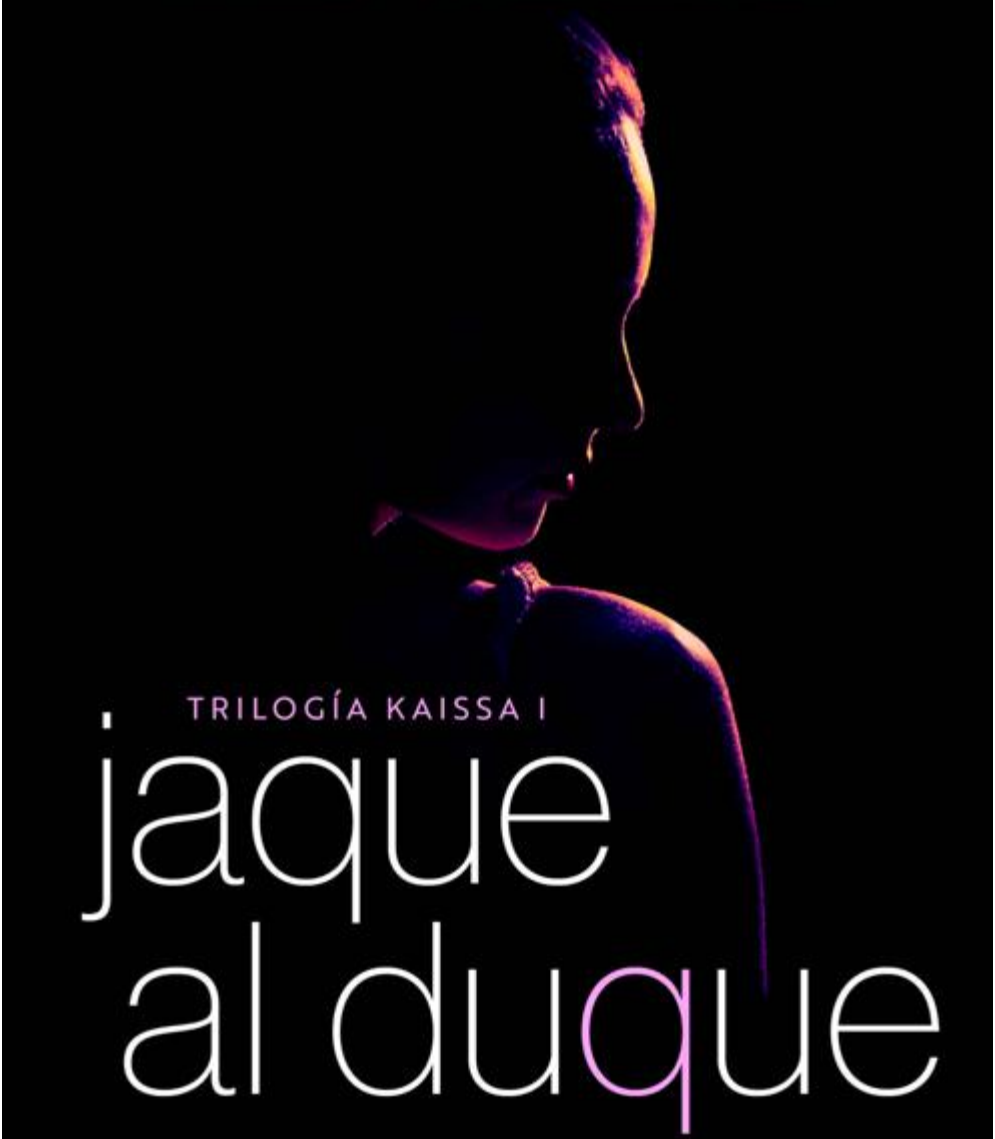
ANNY PETERSON



TRILOGÍA KAISSA I

¡jaque al duque

Grijalbo

ANNY PETERSON

TRILOGÍA KAISSA I

jaque al duque

Grijalbo

jaque al duque

ANNY PETERSON

Grijalbo

Para una de las personas más excepcionales
que conozco, Irene Bueno.
Sabes ayudar en los peores momentos
y alegrarte en los mejores.
Gracias por cuidar de mí

ulises

Prólogo

La jugada está ahí, pero necesitas verla.

SAVIELLY TARTAKOWER

Viernes, 6 de marzo

—¡No dispare! —grita el hombre al que estoy apuntando.

Y no me extraña. Seguro que ha captado que ganas no me faltan. Ha tenido a medio país en vilo durante las últimas cuarenta y ocho horas.

Mi compañera se acerca a la cuna que hay situada en un rincón de la estancia y, sin dejar de apuntarlo, comprueba el interior.

—¡Parece estar bien! —la oigo, aliviada.

Yo no pierdo de vista al secuestrador en ningún momento.

—Date la vuelta —le ordeno sin esperar que obedezca a la primera.

—También es hijo mío… —farfulla con rabia.

—Pues pelea por él en los tribunales, en lugar de llevártelo por la fuerza. Date la vuelta, ¡vamos! Te recomiendo que no empeores las cosas.

En cuanto se vuelve, no pierdo ni un segundo en reducirlo con una maniobra que le sorprende y le hace soltar una queja.

—Lo tenemos —informa Keira por el *walkie-talkie*—. Que traigan una ambulancia, el bebé presenta signos de deshidratación.

En cuanto oigo ese detalle cierro las esposas con un poco más de fuerza de la necesaria, arrancando otro alarido al detenido.

—No te muevas de aquí si no quieres terminar con una bala en cada rodilla —le digo antes de levantarme e ir hacia mi compañera, quien me regala una gran sonrisa. A veces creo que solo vivo para seguir provocándole sonrisas como esa; no suele ofrecerlas gratuitamente.

Chocamos los antebrazos, como siempre hacemos cuando resolvemos un caso peliagudo en tiempo récord, y nuestras miradas de satisfacción prometen materializarse en un polvo violento a modo de celebración al final del día. Es casi un ritual entre nosotros.

Keira no es una policía del montón. Desconozco cómo funciona su corazón, pero su mente lo hace de una forma completamente distinta a la de los demás. Adicta al ajedrez y estudiosa consumada de jugadas, sus neuronas se saltan los límites de velocidad obedeciendo patrones complejos que no he visto en mi vida. Podría decir que no existe nadie como ella, pero a buen seguro hay por ahí algún niño prodigio que la iguale en su capacidad de ir siempre tres pasos por delante.

Recuerdo la primera vez que se lo dije. Me sonrió con una mirada de listilla señalando las letras impresas de su mochila: ALWAYS THREE STEPS AHEAD. Al parecer es una conocida marca de *merchandising* de ajedrez, de la que tiene varios artículos y prendas de ropa, y yo creyéndome original al mencionarlo… Un día aparecí con una camiseta de la marca, y al verme le entró uno de esos ataques de risa que indican que tienes a alguien en el bote.

La observo en silencio mientras rebusca entre las pertenencias del detenido. Coge su teléfono y anota las últimas llamadas de hoy. Como os digo, siempre tres pasos por delante para hacer justicia con el pequeño Liam.

Ayer, en cuanto nos llegó el aviso del secuestro, fuimos rápidamente a interrogar a la inconsolable madre. Sabemos lo mal que pintan los casos como este en los que lo único que el agresor pretende es castigar a su expareja provocando daño a los hijos, pura violencia vicaria. Pero la mente de Keira se puso a trabajar, haciendo gala de ese extraordinario talento ajedrecístico con el que suele comparar todo tipo de situaciones vitales con el famoso juego.

—¿Qué clase de pieza es esta persona? —se preguntó en voz alta.

No le costó mucho discurrir que el sujeto en cuestión solo era un peón con un terrible delirio de ser rey. Un hombre que se pasaba los días tirado en el sofá, proyectando mil trucos para hacerse rico sin tener que mover un dedo mientras su madre le mantenía activa la cuenta de Netflix y le llenaba la nevera de táperes.

«Un peón al servicio de la reina», caviló. Y es que nunca hay que desafiar las ansias de una abuela por pellizcar mejillas regordetas.

Pusimos en marcha un dispositivo para captar su vehículo en las cámaras de tráfico desde el momento en que raptó al niño en plena calle, pero Keira tenía otra táctica que, según me explicó, había aprendido en la serie *Lucifer*: la estrategia de preguntar a los testigos qué era lo que más deseaban. Aunque ella la había adaptado a: «¿Cuál era su adicción?».

—Nada da más pistas sobre una persona que saber a qué es adicta… ¿Qué obsesionaba a Marco? —preguntó a la mujer—. O ¿qué sueños tenía? ¿Dónde ha podido huir para estar cerca de ellos?

No sé lo que habría pasado si ella hubiese respondido otra cosa, pero dijo: «Italia. Siempre ha querido ir a Italia. Su comida. Su gente. Su historia… Está obsesionado con ese país», y Keira se puso en acción como impulsada por un resorte. Cogió su teléfono y mandó un audio a Alicia, nuestro contacto en la base.

—Pide una orden. Necesito la relación de compras o alquileres de propiedades en Italia por un español en los últimos tres meses. También la lista de pasajeros que viajan hoy y mañana hacia Italia acompañados por un menor que no ocupa asiento.

Cuando fuimos a la vivienda habitual de la madre de Marco y nos encontramos con el piso vacío, sonaron todas las alarmas. ¿Mudanza rápida a la vista?

De las siete personas que viajaban con un bebé hacia la Toscana,

solo dos aparecían en las bases de datos de hoteles cercanos al aeropuerto. Y el secuestrador resultó ser nuestra primera opción.

Lo de Keira era magia. Antes de tener resultados, ya estaba barajando otras dos posibilidades. Y eso con prisa; imaginaos cómo funciona cuando dispone de un poco más de tiempo.

Mi inevitable atracción sexual por ella es como tener hambre constantemente, una sensación molesta que soporto con resignación. Pero cuando llego a mi límite de admiración no me queda más remedio que plantarme en su casa a altas horas de la noche para, sin mediar palabra, lanzarme a besarla.

En esas ocasiones no solemos llegar a la cama. Cualquier superficie me parece buena para quitarle la ropa a zarpazos, venerar cada rincón de su cuerpo y dar gracias a Dios por que me deje invadir su intimidad, algo que, por cierto, no es nada fácil.

Keira es una de esas mujeres, tan raras como interesantes, que desprenden un aura de fuerza, arrojo e inaccesibilidad brutal. Es una Daenerys de la Tormenta, una Cersei, es Brienne de Tarth… Perdón, intento buscar un ejemplo que no tenga que ver con *Juego de Tronos*, lo que ocurre es que esa serie me tiene obsesionado, aun habiendo pasado años desde su retransmisión. Pero hablo de esa mirada… Esa mirada coraje que te avisa de que no tiene un pelo de tonta.

Cuando esa misma noche se cumple nuestra profecía sexual, mi mano se cuela en sus bragas y su humedad me chiva que ha estado fantaseado con que vendría. Sumerjo dos dedos en su excitación y gime al entender que voy a follármela como nos gusta. Sin florituras ni romanticismo engañoso, sino que será uno de esos polvazos más eficaces que el Prozac.

Nuestros encuentros son así. Solo resuellos y gemidos matizando nuestras miradas cómplices. Aplaudiendo el sinsentido. Aceptando la locura que nos embarga cuando formamos tan buen equipo y disfrutamos de su apropiada recompensa.

Luego la nada. Ni un café.

Cuerpos vistiéndose sin arrepentimiento. Un último beso cohibido. Un «hasta mañana» oficial. Sin un «te quiero». Sin un «me importas». Sin un «esto no cambia nada». Aquí paz y después gloria.

Ni siquiera nosotros sabemos lo que somos, pero nos da igual mientras no nos haga sufrir.

keira

1
Lo imprevisible

Solo un jugador fuerte sabe cuán débil es su juego.

SAVIELLY TARTAKOWER

Jueves, 12 de marzo

Como inspectora de policía que soy, sé que hay casos y «casos».

El de esta semana es el típico que nadie querría tener encima de su mesa, y menos yo, que soy alérgica al famoseo.

Cuando zapeo no aterrizo en debates rosas ni por equivocación, pero si mi jefe me implora que resuelva en tiempo récord el caso que nos ocupa con esos ojillos deseosos de jubilarse con honores, yo obedezco.

A él no le importan mis métodos cuestionables o si alguien se

queja, y aunque le importase me daría igual. Si amo mi trabajo es porque en él, como en el ajedrez, la mayor parte del tiempo el fin justifica los medios. Y cuando el fin es salvar una vida, cualquier medio para lograrlo me parece válido. Así de maquiavélica soy.

Tengo mis manías, como todos, ahora no disimuléis. Por ejemplo, cada vez que investigo un caso tomo notas en las que vuelco mis opiniones descarnadas al respecto de los sospechosos sin ningún tipo de pudor. Criticarlos sobre el papel me da la paz que necesito para ser amable con ellos cuando los tengo delante, porque algunos son para darlos de comer aparte. Si alguien leyera mis comentarios, resultaría bastante violento.

Aquí donde me veis, no soy Miss Simpatía, pero intento ser justa ante todo. Por las mañanas, empiezo a ser persona a partir del primer café; el resto del día es mera negociación, depende de lo *random* que sea la jornada.

Random significa «imprevisible o aleatorio», lo aclaro porque más de la mitad de la población lo usa mal. Y lo imprevisible me da mal rollo. Me lo dan muchas cosas: la niebla, el olor a quemado, la gente por la que no pasa el tiempo… (vampiros). Y también acumulo varios odios: a las cosquillas, a los resfriados, a las vacas… Podría seguir. La lista es infinita.

Mi madre detesta que use la palabra «odio»; según ella es demasiado intensa. Prefiere que diga que algo «no me gusta», pero en mi opinión, ese verbo no hace justicia a ciertas cosas. Porque «gustar» implica que hay una elección, mientras que «odiar» es algo inevitable, como «amar».

Como os contaba, el imprevisto de ayer se llevó el premio del mes.

Andaba yo pensando en «peón D4, caballo F3, caballo C3…», cuando mi móvil sonó con estridencia a mi lado y lo miré con fastidio.

¿Y lo mucho que me revienta que un dispositivo electrónico interrumpa mi vida, os lo he contado? En mis mejores sueños, toda la tecnología de la Tierra desaparece junto con los sujetadores, el reguetón y las bocinas, y volvemos todos a la época de las antorchas y los caballos.

Oh, sí…, eso me haría inmensamente feliz.

Sin redes sociales, sin electricidad, sin tomates que no saben a tomate… Ser policía entonces debía de ser una eterna partida de

Cluedo.

Dejé lo que estaba haciendo, que no era otra cosa que ver en YouTube las cinco aperturas más agresivas y sorprendentes de la historia del ajedrez, y atendí el mensaje.

Debía hacerlo. Tengo a todo cristo silenciado, excepto a mi jefe, que vive en el mundo del Ya-Todo-Ahora y es el único capaz de burlar mi sistema de seguridad «antimemes».

Gómez:
Tienes un mail. Míralo. Ahora

Y subrayado. En buena hora le enseñé esa función…

Gómez:
Después ven a la sala uno de interrogatorios. Es URGENTE

—Para ti todo es urgente —murmuré.

Una de mis múltiples estrategias: hablar sola. Lo hago desde que un fantástico terapeuta me lo recomendó. No está muy aceptado socialmente, pero tiene un efecto catártico alucinante. Resulta sorprendente lo que llegas a decirte.

Buceé en mi ordenador y encontré el e-mail nuevo.

Y ahí estaba, desatando el caos en la línea del asunto, el sujeto principal de esta maldita investigación: Ástor de Lerma.

Un tío tan famoso que hasta yo sabía quién era.

Un ricachón asiduo a plasmar su cara en el papel cuché que acapara todas las portadas de las revistas del corazón cada vez que sale a cenar con alguien. Pertenece a la élite aristocrática española y suele evitar los posados asegurando que solo desea llevar una vida normal; una tarea nada sencilla, teniendo en cuenta que acumula en su haber más de veinte títulos nobiliarios. Habéis leído bien.

¡Es un duque! Uno joven, sexy y moderno que goza de una reputación intachable, a pesar de pegarse la vida padre por el hecho de haber nacido en una familia a la que invitarían la primera a una fiesta vip en Park Avenue. Además, es un filántropo volcado en obras benéficas víctima de una belleza ultraevidente, con ojos azules, abdominales marcados y tupé. Solo le falta agenciarse una capa y

echar a volar, pero qué queréis que os diga, a mí me parece más rancio que la naftalina.

La siguiente información captó mi interés en el informe: «Alumna de la Universidad de Lerma desaparecida».

—Universidad de Lerma… —farfullé para mí misma.

Sin duda, una de las más elitistas del país, si no la que más. Por sus aulas pasan los herederos de las mayores fortunas del mundo. Descendientes de imperios empresariales multimillonarios, hijos de líderes políticos e incluso miembros de la realeza. También hacen hueco a cualquier apellido de renombre que pueda costear su elevada matrícula. Hablo de hijos de jueces y altos cargos que manejarán los hilos el día de mañana si consiguen entrar en alguno de sus prestigiosos clubes, sociedades secretas de las que, sin duda, el duque formaba parte desde antes de nacer. Pero… ¿qué relación tenía él con la alumna desaparecida?

Mi instinto relampagueó e imaginé mil motivos por los que una chica como esa podría desaparecer. No había más que verla: pelo dorado, ojos claros, piel lechosa e inmaculada… Todo envuelto en una inapelable dulzura que invitaba a secuestrarla.

«Confirmada relación amorosa con Ástor de Lerma», leí después. Y fue cuando la cosa empezó a ponerse interesante, porque cuando el amor interviene empiezan a cometerse errores a mansalva. No falla. Y si el duque de Lerma era sospechoso, no sería fácil demostrarlo; es una figura muy popular y respetable. Pero a menudo quienes más se esfuerzan en parecer honorables tienen muertos enterrados en el jardín.

Y para su desgracia, a mí me gusta desenterrarlos, a lo Miércoles Adams. ¡Esa cría era una visionaria! Hacía las cosas de forma eficaz. O sea, con dolor.

Admito que es un poco bestia, pero ese humor negro me flipa, no puedo remediarlo. Me encanta el cine en general y las series policiacas, aunque me muera de risa con las licencias que se toman. Sin embargo, una cosa es cierta: la realidad supera con creces la ficción más surrealista.

Empecé a leer el informe del caso con minuciosidad y cuando vi que la hermosa desaparecida era la hija de un ministro me levanté de un brinco de la silla para salir disparada hacia la sala de

interrogatorios.

Por una vez, Gómez tenía razón, aquello era URGENTE con mayúsculas.

Se sabe que las primeras cuarenta y ocho horas tras una desaparición son las más cruciales, así que descubrir el paradero de esa chica ya debía de ser una prioridad nacional.

Salí de mi despacho ignorando la irritación que me producía mezclarme con el resto de mis compañeros. No estaba el horno para bollos, ahora os cuento. A cada paso que daba me acercaba más a la vorágine habitual de una comisaría en jornada laborable, dejando atrás mi oasis de paz y bienestar situado al final de un pasillo por el que nunca pasa nadie.

No es que sea una antisocial, es que mi jefe me había prometido tres días de descanso tras cerrar el último caso, que había sido movidito, y llevaba un look de relax total con un recogido aleatorio en el pelo. Creedme cuando digo que a mí la ropa y la apariencia me la traen al pairo, sobre todo en el trabajo, pero desde que circula por ahí ese maldito rumor me siento más observada y juzgada que nunca.

«Será porque es cierto», me reprendo a mí misma mentalmente.

«¡Culpable!». (Golpe de mazo). Estoy liada con el inspector Ulises Goikoetxea, mi compañero desde hace tres años.

Lo nuestro es largo de contar. Solo diré que para las mujeres que lo persiguen (todas) lo nuestro es un *Expediente X*. Y no solo por mi look poco femenino, sino por mi carácter a juego, que no invita precisamente a hacer amigos. Ya tengo suficientes, gracias. Y en pleno siglo XXI, todavía hay quien no distingue el amor del sexo.

Os diré, si me preguntáis, que lo primero es la mayor patraña de todos los tiempos (la matemática y la biología lo avalan), pero, en serio, el día que la gente deje de juzgar con quién te apetece acostarte habremos avanzado como sociedad.

Lucho con ahínco contra los estereotipos que contribuyen a perpetrar la mala imagen del colectivo femenino. No necesito que ningún hombre me salve. No me gusta ir por ahí usando mi sexualidad como arma para resolver mis problemas. Odio que los hombres me interrumpan constantemente cuando estoy hablando o que se sorprendan cuando domino un tema técnico. Me duele que no me tomen en serio y que solo miren a mi compañero varón cuando se

trata de explicar algo importante. Me da mucho coraje todo eso y se me da de pena disimularlo. Perdón por existir.

—¿Por qué eres tan borde con todo el mundo? —me preguntó un día Ulises, después de mandar a freír espárragos a uno de Asuntos Internos por llamarme «corazón».

—Porque quiero que me respeten y no puedo esperar a que me crezca una polla.

Él negó con la cabeza y se mordió la sonrisa que luchaba por aparecer en sus labios.

—Estás loca, ¿lo sabías?

Sí, loquísima…, pero mi experiencia me dice que para ganarse el respeto de un hombre no solo tienes que demostrarle que eres tan buena como él, sino ser mejor. Y llevo demasiados años dejándome la piel y luchando con tesón para hacerme un hueco en esta comisaría como para dejarme reducir por un apelativo tan condescendiente.

—Y… si tú estás loco por mí, ¿quién está más loco de los dos?

Es un ejemplo del adictivo pique que Ulises y yo nos traemos. Nuestra particular sintonía para resolver casos se presta a ello. Frases tipo «Cierra la boca que te va a entrar una mosca» cuando alardea de sus brillantes conjeturas o «Deja de babear» cuando reduce a un detenido son muy habituales. Le encanta chincharme. Y nos divierte intentar quedar el uno por encima del otro. Puede parecer infantil, pero para mí forman parte de esos pequeños detalles que te alegran la vida.

La primera vez que nos acostamos fue después de meter entre rejas a tres cabronazos que habían atracado una tienda de ultramarinos, agrediendo con violencia a una cajera que tenía síndrome de Down. Me enveneno cuando atacan a personas vulnerables, en serio, pero la normalidad con la que Ulises conectó con ella me conmovió mucho, y creo que me lo notó en la cara. Tuvo que hacerlo. Porque esa misma noche se presentó en mi casa de madrugada y me folló a conciencia en silencio sobre la mesa de la cocina en cuanto le ofrecí algo de beber. Después desapareció durante días excusando su ausencia con un mensaje corto. «Papeleo», decía en él. Y como lo conozco, descifré enseguida que necesitaba estar un tiempo sin verme, hasta que se le pasara la enajenación mental transitoria.

Comprensible. Es lo más normal del mundo después de un atracón de cualquier cosa: ponerse a dieta. Pero se convirtió en una tradición entre nosotros. Por eso cuando Ástor y su pandilla entraron en nuestra vida ayer, miércoles, Ulises y yo llevábamos cinco días sin vernos.

Mi no-relación con él es… ¿Cómo definirla? ¡Perfecta!

Como os contaba, llegué al vestíbulo y hui de la posibilidad de verme atrapada en el ascensor con alguien al que tendría que saludar con falsedad.

«¿Qué tal tu mujer? ¿Y los niños? ¿Y el perro…?». Mira…, paso.

En vez de eso, subí por la escalera sin alterar lo más mínimo mis pulsaciones cardiacas. Estoy en forma. Tengo las piernas de acero de tanto correr, aunque no por la calle. Así evito cruzarme con un pelotón de miradas culpables que siguen dudando si poner remedio a su futura (y más que probable) enfermedad cardiovascular debido a su sobrepeso. Suelo correr en la cinta de mi casa y tengo un complejo de hámster que me muero, pero es mejor así. No me gustan las multitudes. Ni que me toquen, a no ser que yo dé permiso expreso. Bueno, Harry Styles puede tocarme lo que quiera.

Cuando llegué a la sala de interrogatorios, me adentré en el espacio que precedía a la cabina de declaraciones.

—Ibáñez… —me saludó mi jefe—. Por fin. ¿Has leído ya el informe?

Contesté afirmativamente sin mirarle.

Al otro lado del cristal había tres hombres. Uno estaba de pie, de espaldas a mí, y no hacía falta que se volviera porque habría reconocido ese trasero pellizcable en cualquier parte; era Ulises. Los otros dos estaban sentados a la mesa de los detenidos.

¡Uno de ellos era el duque de Lerma!

El impacto de su imagen me provocó una pequeña arritmia. Habría jurado ante la Biblia que no existían hombres así. Su cara era un delito en sí mismo y su cuerpo una amalgama de músculos que daban de sí la tela del traje a medida que los cubría, revelando que tenía la fuerza suficiente para someterte en un segundo, tanto si le gustabas como si no.

Oh là là!

—¿Qué tenemos? —pregunté disimulando mi impresión.

—Una joven ha desaparecido. Se llama Carla Suárez, y la última

vez que la vieron estaba discutiendo con él, Ástor de Lerma. Lo han detenido hace una hora.

—¿Quién los vio?

—La compañera de piso de la chica. Es quien lo ha denunciado. Dice que él la recogió y que se marcharon discutiendo. Ya no volvió a casa.

—¿Qué opinas? —me interesé por sus cavilaciones.

—Que está demasiado indignado para ser culpable. ¿Has leído todo el informe? Es un pez gordo.

—Ya lo he visto.

—Pues hay más. Acaba de decirnos que ha estado recibiendo notas amenazadoras…

Achiqué los ojos.

—Qué conveniente, ¿no?

—Puede. Lo que es seguro es que está metido hasta el cuello y no podemos dejarle marchar. Por otro lado, a ninguno nos conviene que la prensa se entere de esto. Ya tenemos a los de Exteriores encima porque Carla Suárez es hija de un ministro, y si el duque no ha sido puede ayudarnos a encontrarla. Además, habrá que protegerlo, porque como le pase algo se me cae el pelo. Este tío conoce hasta a Dios…

—¿Y cómo va a ayudarnos?

¿Sabéis cuando una pregunta desata un pandemonio? Pues esa lo hizo.

Y por supuesto, la respuesta me salpicó.

Gómez me contó que iba a poner en marcha una operación especial en la Universidad de Lerma en la que quería que me infiltrara. A mí me pareció innecesario, pero él aseguró que aquello no era un simple secuestro con rescate, era algo personal contra el duque. Habían raptado a su novia y amenazado con matarlo, lo que no me esperaba oír es que era «nuestra oportunidad».

—¿Oportunidad de qué? —pregunté, confusa.

—La Universidad de Lerma es un hervidero de gente poderosa con infinidad de trapos sucios dirigido desde las sombras por la sociedad secreta del club KUN. Entre sus ilustres antiguos alumnos destacan los hombres más corruptos del país. ¡¿Te imaginas la de secretos que sabrá el duque?! ¡Y ahora lo tenemos cogido por los huevos!

Cerré los ojos despacio y, mentalmente, llamé de todo a mi jefe.

¡¿Cómo podía ser tan ambicioso?!

En realidad, Gómez es un buen hombre, pero de un tiempo a esta parte ha perdido el norte. Me molestó que su objetivo principal no fuera encontrar a la víctima sino al culpable, y todo para acumular prestigio y distinciones para la unidad. Se ha acostumbrado a salir en portada a tirada nacional y sé que planea jubilarse por todo lo alto antes de los sesenta. Para él, que una chica hubiera desaparecido era solo un daño colateral en favor de algo más grande: su ego.

Su codiciosa mirada me dio la razón y no pude evitar sentirme un poco culpable por ello. En los últimos años Ulises y yo hemos resuelto casos que nadie conseguía cerrar. Y aunque es cierto que Gómez ha sido quien nos ha allanado el terreno, últimamente se ha vuelto insaciable.

Si solo fuera mi jefe, le pararía los pies, pero resulta que también es el novio de mi madre… Sí, muy fuerte.

Se conocieron el año pasado con motivo de la entrega de la Orden al Mérito Policial, cuando nuestra comisaría fue premiada con la Medalla de Oro; ella también es policía. Y desde entonces, digamos que Gómez hace oídos sordos a los rumores entre Ulises y yo, por la cuenta que le trae.

—Te va a encantar lo que pone en las notas amenazadoras —señaló.

«¿A encantar?».

—¿Por qué? ¿Qué pone?

Otra pregunta apocalíptica.

Debería recordar que son los gatos los que tienen siete vidas, no los humanos curiosos.

—Prefiero que te lo cuente él —contestó enigmático mi jefe—, así entenderás por qué eres perfecta para infiltrarte. Procura tener paciencia con el duque, es un poco difícil.

—Define «difícil».

—Aristócrata enfadado y prepotente que tiene amigos hasta en el infierno.

—Voy a entrar —zanjé impaciente.

Fue un día horriblemente *random*… porque no preví lo mal que me caería Ástor de Lerma ni tampoco la biológica reacción de mi cuerpo a su imponente presencia. Fue una maldita pesadilla.

En cuanto abrí la puerta, todas las miradas recayeron sobre mí al unísono. Fueron tres pares de ojos masculinos evaluando mi anatomía de arriba abajo como si tuvieran rayos X.

La diferencia de apreciación entre la mirada de Ulises y la del duque fue ofensiva. Pero ¿qué esperaba? Uno de ellos estaba rememorando nuestro orgasmo sincronizado de hacía cinco días y el otro era un hombre acostumbrado a tratar con modelos, no con mujeres imperfectamente reales.

No fueron imaginaciones mías. El clásico aroma de desprecio de la clase alta se olfateó en el aire. Una mezcla nacida del mejor cuero italiano con el que estaban confeccionados sus zapatos y el tic tac de su prohibitivo reloj de edición limitada. Una fragancia que desprende alguien repleto de vitamina C por el zumo recién exprimido que se ha tomado justo después de su masaje de las once.

Con ese nivel de vida, lo mínimo es proyectar una imagen de anuncio de colonia. Y yo no estaba tan mal para haber desayunado solo un café de marca blanca.

—Buenos días. Soy la inspectora Ibáñez —me presenté sintiendo la mirada fija de Ulises sobre mí, pero lo ignoré—. Estoy aquí para ayudarle, señor De Lerma.

—Eso implicaría que necesito ayuda —replicó molesto—. Déjenme hacer una llamada o serán ustedes los que la necesiten.

Fue atracción fatal instantánea.

¡Cómo no! Ironía y chulería dándolo todo en un envoltorio casi obsceno. Era la versión masculina de un profundo y grotesco escote al que no puedes dejar de mirar. Buf…

Por unos segundos, me quedé atrapada en esa cara modelada por el diablo y, antes de desviar la vista, acerté a ver que debajo de la americana llevaba un chaleco. «¡Un puñetero chaleco!».

¡¿Quién viste un tres piezas un día entre semana?!

No digo que no le quedara de muerte, pero es que a su lado cualquiera parecía un pordiosero y, por un momento, no me extrañó que alguien quisiera cargárselo.

Me habría gustado contestarle algo intimidante que le bajara los humos. Sin embargo, tengo domesticada mi impulsividad gracias a mi preciado ajedrez; sus dogmas son muy útiles para la vida diaria: templanza, pensar antes de hablar y no mostrar tus armas a la primera

de cambio.

—Si es listo, la escuchará antes de hacer ninguna llamada —le sugirió Ulises señalándome.

El duque me miró e, irritado, aceptó que prosiguiera. Y fui al grano.

—Hábleme de las notas amenazadoras… ¿Qué decían?

—Ya se lo he contado a él.

—Pues ahora cuéntemelo a mí. ¿Dónde las encontró y cuándo?

—Una en mi despacho de la universidad, la semana pasada, y la otra ayer, en el interior de mi casa.

—¿Las cámaras captaron algo?

—Dentro de la vivienda no hay ninguna, y estuve dando una pequeña fiesta con algunos amigos, así que pudo ser cualquiera.

—Quiero una lista de todos los que pisaron ayer su casa —dije tajante—. Invitados y servicio. ¿Qué hay de las cámaras del campus?

—No enfocan directamente hacia mis dependencias. La única pista que dejaron fue una pieza de ajedrez.

¡¿AJEDREZ?! Fue oírlo y cuadriplicarse mi interés.

—¿Qué pieza? —pregunté casi sin aire.

—Un rey de color blanco manchado de pintura roja tumbado junto a las notas.

Me imaginé al cabrón de mi jefe sonriendo al ver mi cara de alucine.

—¿Qué decían las notas? —volví a preguntar con avidez.

El duque guardó silencio, como si no quisiera recordarlo.

—«Tu jaque mate definitivo se acerca» —se adelantó mi compañero, consiguiendo que lo mirara—. Y: «Antes de que termine el torneo, estarás muerto».

—¿Qué torneo?

—El torneo anual de ajedrez que se juega en mi club —aclaró el duque—. Llevo años ganando y, por lo visto, a alguien le molesta.

Nos miramos durante un segundo eterno.

«¿Tan bueno eres?», traslució mi mirada, pero él la apartó con desdén.

Escribí algo en mi libreta para mantener la calma: «El tío se cree la leche…».

—¿Qué acaba de anotar? —Su voz me interrumpió exigente. Era

más ronca y vibrante que la de un narcotraficante chungo. Supersexy.

Levanté la vista y me quedé helada al toparme con sus fríos ojos azules. Fue como si un profesor acabara de pillarme escribiendo una notita en el colegio.

—No es asunto suyo —acerté a decir.

—¿Era sobre mí? —demandó contrariado—. ¿Qué ha escrito?

—Cosas mías —zanjé adusta.

Me miró como si no me creyese. Joder… Seguro que también se le daba de maravilla el póquer.

—¿Cuándo es ese torneo? —pregunté para cambiar de tema.

—Empieza pasado mañana y dura hasta el próximo fin de semana.

—¡Eso es ya! —exclamé alarmada—. ¿A qué esperaba para avisar a la policía de que le habían amenazado de muerte?

—Me lo había tomado como una broma —contestó ceñudo—. Hay mucha rivalidad en el club y la gente no sabe perder… Tampoco ganarme, he ahí el problema.

«¡Lo vendemos sin abuela, oiga!».

Ya entendía por qué Gómez había dicho que era un tío difícil. Estaba como un tren y era experto en ajedrez. Todo un reto para mí. Me refiero a no abalanzarme sobre él y comenzar a lamerle el cuello.

—¿Qué ponía en la segunda nota? —pregunté con profesionalidad, ignorando mi inoportuna avalancha de hormonas.

—«Sin tu reina, estás muerto» —sentenció clavándome la mirada.

Vaya ojos… Brutales. Mortales. ¿Asesinos? Desde luego, no había ni rastro de miedo en ellos. Yo diría que ni sabía lo que era eso.

—¿Carla era su reina? —pregunté incisiva.

El joven trajeado que acompañaba al duque se le acercó para susurrarle algo al oído. También iba sobrado de atractivo y, a todas luces, acababa de aconsejarle que no admitiera nada que pudiera incriminarlo.

El duque guardó silencio, inspiró hondo y cambió de postura con resignación.

«¿Esas tenemos?». Levanté una ceja.

Me crucé de brazos esperando a que contestara y él me retó alzando el mentón y observándome con una expresión extraña. Su mirada se desvió hacia mi ropa y descubrí que le perturbaba que se me viera la tira del sujetador por un lado de mi camiseta sin mangas.

«Perdoné usted», pensé irónica, y la oculté enseguida.

No me parecía tan grave. Siempre he sido calurosa. Su atuendo sí que era reprobable. Si yo tuviera que llevar un traje así, también me estaría asfixiando en mi propia mala hostia.

—De acuerdo… —fingí indiferencia—. Se lo preguntaré de otro modo: ¿cuál era la naturaleza de su relación con Carla Suárez?

Me mantuvo la mirada tan fijamente que empezó a latirme rápido el corazón.

«¿Es legal mirar así? ¿Sin ningún método anticonceptivo ni nada?».

—Yo no me follaba a Carla —aclaró el duque con una rotundidad que hizo que todos alzáramos las cejas.

Quiero pensar que ese verbo, en esa boca, con ese tono de voz profundo y sensual haría que la libido de cualquiera se activara de golpe.

—Solo era su mentor —aclaró severo ante nuestro silencio—. Lo soy de muchos estudiantes brillantes que se merecen la oportunidad de conocer a personas influyentes que pueden exprimir su potencial al máximo.

No me preguntéis cómo, pero me pilló pensando que el verbo «exprimir» había sido demasiado gráfico.

—Sabemos que la noche de su desaparición usted y Carla Suárez discutieron —reveló Ulises—. Que la recogió en su casa para ir a una fiesta en el club KUN, de la que ella nunca volvió. ¿Entiende lo que eso significa, señor De Lerma?

El duque nos apuñaló con sus ojos azul hielo como si fueran un par de estalactitas afiladas. Te perturbaban como si llevarle la contraria fuera la peor idea del mundo. La tensión que destilaba su mirada amenazaba con hacer estallar su traje en mil pedazos, liberando un cuerpo hercúleo imposible de obviar. Todo él quitaba el hipo. ¡Y a mí nada me lo quita! He llegado a hacer auténticas barbaridades para librarme de él. Una vez, hasta perdí el conocimiento.

—Si saben eso, ¿por qué no han empezado por ahí? —masculló molesto.

—Para analizar su reacción —respondió Ulises, tranquilo—. Y déjeme decirle que no ha sido muy alentadora.

—Piensen lo que quieran, pero no permitiré que se ensucie el buen nombre de la universidad ni el mío propio.

—Eso dependerá de usted —intervine otorgándole el poder—. Si coopera con nosotros, llevaremos esto con la máxima discreción, se lo garantizo. Lo primordial es encontrar a la chica.

—Estoy de acuerdo —replicó seco.

—Me alegro, porque tenemos prisa —arrancó Ulises haciendo gala de su poca paciencia para el protocolo—. Sin paños calientes, señor De Lerma: usted es el principal sospechoso y no podemos dejarle marchar. Lo de las notas amenazadoras solo ramifica la hipótesis de que un sujeto quiera intimidarle, pero, por lo que sabemos, usted mismo pudo escribirlas para despistarnos. Rece para que el culpable no haya sido tan listo como para dejar ningún rastro de Carla en su casa, porque tendría usted serios problemas. Por lo pronto, podemos retenerle aquí setenta y dos horas como prevención hasta registrar su domicilio… A no ser que esté dispuesto a colaborar con nosotros.

Eso en mi pueblo se llama echar un órdago. Es decir, la amenaza definitiva, tipo «O estás con nosotros o contra nosotros».

La cara del duque se convirtió en un retrato de Picasso; algunas partes de ella iban por su cuenta, desencajándose por momentos.

La amenaza de Ulises había sido muy esclarecedora para mí porque ¿quién teme que otro pueda manipular pruebas en su contra? Solo alguien inocente. Sumadle que tengo un instinto único para olfatear mentiras; por suerte o por desgracia, también os digo.

—¡No tengo nada que ocultar! —estalló el duque—. Registren todo lo que quieran, pero les aseguro que no voy a quedarme aquí tres días pudriéndome en un calabozo. ¡Eso es lo que quiere ese payaso! Que me pierda el torneo. Es su gran jugada maestra para ganarme este año… Pero solo tengo que hacer una llamada.

—Además no tienen pruebas suficientes —añadió el abogado como broche de oro—. Vieron a Carla en el club después de discutir con mi cliente. Ningún juez lo retendrá aquí.

Ulises me miró exasperado por el aplomo con el que hablaron.

Estaba claro que no nos dejarían encerrarlo; el teléfono rojo echaría humo. El mismísimo fiscal general nos obligaría a soltarlo de inmediato alegando que era un buen chico que solía hacerse pis en su piscina cuando era niño.

—Señor De Lerma —empecé en un intento de calmar los ánimos —, necesitamos su ayuda…, pero usted también necesita la nuestra, no lo dude ni por un momento.

Una ceja sorprendida se curvó en la cara más seductora que he visto en mi vida. Su forma de contraer la mandíbula esperando a que ilustrara mi aseveración me hizo apretar las piernas.

«Joder… ¡Así no se puede trabajar!».

Me humedecí los labios escandalizada de que su *sex appeal* me obligara a tragar la saliva acumulada en mi boca antes de continuar hablando.

—Si de verdad es inocente, está en grave peligro. Quien haya sido no parará hasta conseguir inculparle o matarle. El noventa por ciento de las veces es alguien muy cercano a la víctima que tiene la posibilidad de crear pruebas falsas. Si las encontramos, nadie podrá librarle de una condena. Necesitamos su colaboración para encontrar a Carla antes de que eso suceda.

Se hizo un silencio cortante y definitivo en el que, por suerte, el excelentísimo se rindió a la evidencia.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó irritado.

Él no sé, pero nunca imaginé la cantidad de cosas turbias que yo tendría que hacer.

ástor

2
El plan

Un mal plan es mejor que no tener ningún plan.

FRANK MARSHALL

Jueves, 12 de marzo
9.05 h.

Consulto de nuevo la hora y empiezo a agobiarme.

«¡¿Dónde se ha metido la inspectora?!».

Sumaré «impuntual» a su larga lista de aspectos por pulir.

Por mi parte, lo tengo bien aprendido. Me lo inculcó mi madre: ya puedes ser un asesino de cachorros, pero la impuntualidad no se perdona. También es una mujer difícil donde las haya, así que puede decirse que estoy acostumbrado a lidiar con personas complicadas.

La inspectora me puso nervioso desde el primer momento, y no en plan romántico. Me aseguraron que era extremadamente lista (se callaron que también es borde), y ahora me arrepiento de haber hablado de más.

Es posible que no la conociera en las mejores circunstancias. Estar encerrado en una sala de interrogatorios llena de espejos y micrófonos me recordó que soy un maldito criminal.

Menos mal que cuando llegué a comisaría, mi abogado ya me esperaba con su habitual tranquilidad férrea de chico con suerte; si no, a saber la que habría armado con mi versado don de gentes.

—No te preocupes —dijo tocándome un hombro en cuanto nos dejaron solos y encerrados en la cabina de interrogatorios.

—Dime que esto no está pasando… —Me pellizqué el puente de la nariz.

—Tranquilo, te van a ayudar.

—¿A ayudar? ¡Si sospechan de mí! ¡¿Cómo he pasado de ser víctima a verdugo de un día para otro?! ¡Estoy bien jodido!

Y todavía no sabía hasta qué punto.

Toda la operación me parece un plan trillado que terminará hundiendo mi reputación.

Se supone que la inspectora se infiltrará hoy en la universidad como alumna de máster y se convertirá en mi nueva conquista. Y su compañero, en mi nuevo escolta… Todo muy surrealista. No quiero que aparezcan en cualquier ámbito de mi vida con sus aires insolentes y digan cualquier grosería que me deje en ridículo. Y lo van a hacer. Pretenden acompañarme al torneo para protegerme e investigar mi entorno a la vez, pero ya les dije que los acompañantes solo pueden acudir a la fiesta nocturna posterior, que no tienen acceso a la sala de juego.

—Entonces tendré que participar en el torneo —espetó ella sin titubear cuando les informé en comisaría.

«Claro que sí, ricura…», pensé irónico. ¡No duraría ni una ronda!

—No depende de mí que pueda participar… Hay ciertas normas.

—¿Qué normas? —preguntó interesada.

—Si no se es miembro del KUN ni del club de ajedrez de la universidad se necesita una invitación externa, y para eso hay que ganar antes a un miembro del club de ajedrez de la universidad, que

son los que lo organizan. Y son muy buenos, ni siquiera yo puedo ganarles a veces.

—¿Ni siquiera usted? —repitió ella con ironía—. Asombroso…

—Solo digo que deberían tener un plan B.

—Y ¿no podría usted pedir una invitación al presidente del club? —sugirió el inspector.

¡Muy listo, sí señor! Démosle un aplauso.

—No —contesté severo.

—¿Por qué no?

—Porque no me llevo muy bien con él que digamos.

Los inspectores se miraron asumiendo que soy un tipo muy odiado. En efecto.

—No importa, no hará falta —le murmuró ella a él.

—¿Cómo que no hará falta? —pregunté confundido.

—Lo dice porque tiene delante a una de las mejores ajedrecistas del país —explicó el inspector llamando mi atención.

«¿Quién? ¿Ella?»

La miré con tanto escepticismo que la obligué a apartar la vista.

—¿Qué Elo tiene? —demandé receloso.

Ella sonrió con tirantez ante mi tono incrédulo y autoritario.

—Señor De Lerma, debería saber que preguntar por mi Elo es más inapropiado que preguntar por mi talla de sujetador.

—¿Qué es eso del Elo? —quiso saber Filemón. Apodé así al inspector porque no recordaba su nombre, ¡y porque estaba claro que ella era Mortadela!, aunque se creyera jamón de Jabugo.

—Es la media matemática que calcula la habilidad relativa de un jugador de ajedrez —explicó la inspectora sin quitarme la vista de encima.

—Me parece un dato a tener en cuenta. —Le sostuve la mirada.

—Seguro que no es nada comparado con el suyo —repuso mordaz.

Un escalofrío me recorrió entero. No es muy alentador notar que no le caes bien a la poli que tiene que demostrar tu inocencia.

—¿Usted sospecha de alguien? —aprovechó para preguntar—. ¿Tiene enemigos en el club o fuera de él?

«A ti te lo voy a contar…», pensé para mis adentros.

—No. No tengo ni idea de quién ha podido ser.

«Cualquiera. A dedo. En el KUN todos tienen complejo de Dios».

—No importa, lo deduciremos investigando su entorno personal. No vamos a separarnos de usted en ningún momento durante los próximos tres días.

«¡¿Cómo?! ¿Tres días? Eso es INACEPTABLE».

Miré a mi abogado en busca de ayuda, pero antes de que Charly pudiera intervenir, el inspector acalló su intentó de protesta diciendo:

—Es eso o el calabozo. Podría destruir pruebas.

Les deleité con una sonrisa tan falsa que me dio miedo hasta a mí. No podía esconder lo cabreado que estaba.

Pero de pronto, me abordó el recuerdo de mi última discusión con Carla:

—Pensaba que eras diferente… —le había echado en cara, dolido.

—¡Yo también! Pensaba que lo tuyo era una pose, pero ya veo que es cierto, ¡eres el hombre de hielo de verdad!

—No lo hagas, Carla, te arrepentirás de esto.

—Yo creo que no —me desafió con chulería.

«Madre mía…», me aflojé la corbata agobiado al rememorarlo.

No me extrañaba que hubieran venido a detenerme si nos habían oído decirnos esas frases. Lo gracioso es que era cierto. Carla iba a arrepentirse. Y yo también… Aquello era algo muy serio.

—¿Te das cuenta de la gravedad del asunto? ¡Carla ha desaparecido! —grité a Charly antes de que los inspectores aparecieran en la sala de interrogatorios—. Héctor va a flipar cuando se entere.

—No te preocupes tanto por él, tiene pelos en los huevos.

—Como esto sea una puta broma de alguien, juro que me lo cargo de verdad.

—O puedes no darle importancia —simplificó Charly—. La gente es muy envidiosa, Ástor. Y no sé dónde estará Carla, pero quizá se lo haya buscado.

—No digas eso ni en broma —le advertí muy serio clavándole la mirada.

Él chascó la lengua extrapolando su frase a un recuerdo lejano.

—No me refería a lo que estás pensando… ¡No es lo mismo para nada! Aquello fue un accidente, Ástor.

—¿También crees que merecía morir?

—¡Claro que no! No fue culpa de nadie.

—Déjalo ya —exigí nervioso—. Todo lo que digo me hace parecer aún más culpable.

Pensaba que ya había cubierto el cupo de errores garrafales en mi vida, pero al parecer me equivocaba. Este caso va subiendo posiciones en el *ranking* por momentos.

Lo peor que puedes hacer cuando te pasa una desgracia es preguntarte «¿Por qué a mí?», pues no suele haber respuesta. Pero como esta sea «Porque te lo has buscado», entonces prepárate para sufrir.

Yo no nací para ser un número uno. Al fin y al cabo, no era el primogénito, y en familias como la mía el legado de un hijo menor es disfrutar de las sobras de sus hermanos, que son abundantes.

Mi vena competitiva estaba en el Caribe, tomando el sol. A mí no me criaron para seguir los pasos de mi padre. Para eso ya estaba Héctor, mi perfecto hermano mayor, el que según Charly ya se escondía para mear, y al que yo adoraba.

Me encantaba vivir a la sombra de su futuro título. Me gustaba ser el socarrón. El atrevido. El que nunca se preocupaba por nada porque él me cubriría siempre. Era genial ser la oveja negra. El descarriado. El corrompido por placeres hedonistas como único objetivo intrínseco de la vida. Vaya tiempos…

Era un verdadero privilegiado porque era LIBRE.

Pero todo eso se acabó.

Y no me doy ninguna pena, yo mismo me lo busqué.

He viajado por todo el mundo. Obtenido la mejor educación. Las mejores ropas, coches, casas… He vivido experiencias únicas y he salido más noches que el camión de la basura. Disfruté de la vida sin rendir cuentas a nadie hasta que un mal día mi sonrisa se esfumó. Y cuidado, porque es cierto que todo puede cambiar en un instante. A mí me pasó.

Estaba siendo una noche genial hasta que un coche nos embistió y di un volantazo que hizo que una de mis pasajeras muriera en el acto. Aquello fue un fundido a negro en el que solo se oyó el sonido de cuatro vidas rompiéndose. Y aunque me repitieron hasta la saciedad que ella firmó su sentencia de muerte por ir sin cinturón de seguridad, nunca olvidaré el revoltijo de extremidades ni aquellos ojos sin vida que me miraban desde la carretera cuando por fin me sacaron del

vehículo.

Sigo viéndola todas las noches en mis pesadillas.

Estar en esa puñetera sala de interrogatorios me trajo muy malos recuerdos, y mi abogado suspiró resignado al percibir mi pánico por volver a cometer un error de ese calibre.

Esa fatídica noche él también me perdió como su inseparable compañero de fatigas. Aun así, todavía se preocupa por mí. Charly es un inmaduro adorable y el mejor amigo que alguien puede tener. El único que se quedó cuando todos los demás huyeron como las ratas de un barco que se hunde.

Me pareció muy violento tener que señalar a la policía que su maravilloso plan hacía aguas. No obstante, me vi acorralado y lo solté de sopetón. Como quien se arranca una tirita.

—Nadie se va a creer que estoy interesado en la inspectora como pareja.

No quise ni ver la cara que puso cuando una pizca de vergüenza ajena se coló en mi voz.

—¿Y por qué no iban a creerlo? —preguntó el inspector, confuso.

—Porque no encaja en mis gustos en lo referente a mujeres.

—Vaya… —musitó la inspectora—. Nunca me habían dicho tan abiertamente que soy más fea que Picio. —Fui a defenderme, pero no me dejó—. ¿Y cómo debería ser para encajar en sus gustos, señor De Lerma? Porque no puedo teñirme de rubia con estas cejas tan oscuras ni regresar en el tiempo para volver a tener veintiuno, como a usted le gustan… Lo lamento mucho.

Si las miradas matasen, a mi familia ya le estarían dando a elegir entre pino o roble.

—Eres demasiado lista para ser rubia —bromeó el inspector para desactivar la bomba en la que se había convertido su compañera.

—No me gustan esos estereotipos de mierda, ya lo sabes —replicó ella, tajante—. Hay rubias muy listas, por mucho que os pese a todos.

«Menudo carácter, guapa», pensé, y me humedecí los labios al imaginarme domándola.

En realidad, no es fea. Y esa mala leche prometía apasionados encuentros de cama… Tiene un cuerpo atlético y una maravillosa piel morena gobernada por unos ojos negros alucinantes, pero me pareció que cargaba con una terrible sobredosis de personalidad. Su

brusquedad al hablar nunca congeniaría con el club KUN, donde la sofisticación es norma.

—No se trata del color de su pelo o de la edad —intenté explicarme—. Aunque se maquillara y se enfundara un vestido de firma, no conseguiríamos que mi entorno se lo creyera. Se requieren unos modales y un estilo que llevan su tiempo pulir, y usted carece de ellos.

Cuando me oí decirlo me di cuenta de que era un «aunque la mona se vista de seda, mona se queda» en toda regla. Y su mirada desencajada me lo confirmó.

«¡Mierda…!». Puede que en mi epitafio ponga «Bocazas», pero no pondrá «Mentiroso».

La miré expectante y esperé su ataque bárbaro inminente. Podía sentir cómo le hervía la sangre.

—Si no nos facilita trabajar juntos, pondremos su mundo patas arriba hasta encontrar a Carla. La universidad, el club…, todo se verá vulnerado mientras usted espera encerrado —sentenció con una templanza admirable, aunque por dentro estuviera trinando—. Será un buen escándalo, y lo más probable es que termine con usted en las portada de todas las revistas acusado de ser un desequilibrado.

El aire crepitó a mi alrededor al oír la amenaza y la tensión de mis músculos evidenció mi lucha interior por ahogar un grito.

¡Estaba claro que no entendían nada! E ignoraba cómo explicárselo.

—Todo el mundo sabe que no persigo una relación seria —expuse.

Especialmente mi madre, mi torturadora personal para buscar descendencia ducal. En cuanto me viera con una chica que no formara parte de sus elegidas para perpetuar el apellido familiar, me acosaría a llamadas. Y no estaba dispuesto a aguantar su perorata.

Para acallarla, la inspectora tendría que convertirse en un bombón por el cual fuera lógico haber perdido… las dos cabezas. Y solo había una persona capaz de obrar un milagro así.

—Conozco a alguien —dije de pronto—. Es una asesora de imagen muy buena que quizá podría ayudarla a…

Los segundos se hicieron eternos intentando no caer en la ofensa.

—¿… a parecer una chica Bond? —completó el inspector con sarcasmo—. Si yo fuera usted, preferiría tener al lado a la mente más

brillante que ha pasado por esta comisaría, no a una jodida Barbie.

—Pero la gente no sabrá eso —refuté—. Y a mí me gustan las modelos. Denúncienme. Si quieren que resulte creíble, la inspectora tendrá que parecerlo.

—¿Insinúa que no podría enamorarse de alguien… normal? —me increpó ella intentando ridiculizarme de nuevo—. ¿Cree que los sentimientos pueden elegirse? El amor tiene poco de física y mucho de química, ¿sabe? A menudo somos víctimas pasivas de una descarga neurobiológica que puede hacer que te enamores hasta del tío más imbécil que tienes al lado —dijo mirando de reojo a su compañero, que se mordió una sonrisa en los labios.

En ese momento me di cuenta de que había algo entre ellos. Eso había sido una pulla personal.

—Hay que empezar cuanto antes. —El inspector se activó, levantándose de la silla—. Ahora le traerán su teléfono para que efectúe esa llamada a la asesora de imagen. Consiga que nos reciba mañana. No tenemos tiempo que perder.

Una vez que nos quedamos a solas de nuevo, Charly se dedicó a meter el dedo en la llaga cuando empecé a cagarme en todo.

—Esto va a ser un desastre —sentencié.

—¿Por qué? ¡La chica no está tan mal! Tiene algo…

—Sí, muy mala leche. Es como un maldito potro salvaje de rodeo.

—Relájate. No dudan de que eres inocente y quieren ayudarte.

—Sí, claro… ¡Metiéndola en el club! Sabes que no va a colar.

—A mí me gusta mucho —insistió Charly, animado—. Una chica así te sacará de tu zona de confort, para variar.

—Lo que me va a sacar es de mis casillas, ya lo estoy viendo.

—O quizá consiga quitarte el palo que tienes metido por el culo —remató jocoso.

—Ese palo se llama «responsabilidad». ¿Te suena de algo?

El cabrito volvió a sonreír divertido, pero yo no estaba para risas.

—No tiene gracia, Charly. ¡Creen que soy un puto pervertido!

—¿Y quién no lo es?

—No bromees ahora… ¿Por qué no me has dejado decir nada? Quería explicarles que no tengo ningún rollo raro con las jovencitas.

—Porque cuanto menos digas, mejor. ¿Quieren meter a una poli en el club? Que lo hagan. ¿Hacerla pasar por tu nueva conquista y que

investigue tu entorno? Me parece bien. Pero tú no des explicaciones de lo que haces o dejas de hacer. Tu inocencia se demostrará por sí sola porque lo eres, ¿entendido?

Suspiré con pesar.

—No quiero que esa mujer husmee en mi vida… ¿Y si cuenta algo?

—Podrías negarte a cooperar, pero yo también creo que lo mejor para Carla es que no se sepa que la policía está implicada. Quien haya sido podría desaparecer sin dejar rastro.

—Como la maten por mi culpa, me pego un tiro…

—No empieces a rayarte.

«Tarde», pensé notando que el corazón me martilleaba en el pecho. Me lo toqué y llegué a la misma conclusión de siempre, que moriré de ansiedad antes de los cuarenta; mi cuerpo lleva tiempo mandándome señales.

Soy Ástor de Lerma, alias Iceman, como dicen las malas lenguas. Mi corazón está chapado en rodio; eso es resistencia máxima. Ahora bien, por dentro se mantiene con vida de manera superficial. Por eso nadie se creerá que estoy intimando con una mujer al extremo de meterla en mi casa e introducirla en mi familia. Aun así, si están decididos a continuar con el plan, al menos que lo hagan bien. O será un cantazo.

Cuando me devolvieron el teléfono para que mi asesora hiciera su magia, me enervó mucho que un agente se quedara supervisando todos mis movimientos.

Busqué el número y esperé los tonos hasta oír la dulce voz de Olga:

—¡Ástor, cariño…! ¡¿Qué tal estás?!

—Hola, guapísima… Necesito un favor —mentí con descaro, porque lo que en realidad necesitaba era un milagro.

Ahora estoy aquí, esperándola, y siento un recelo casi temerario por convertir a la inspectora Ibáñez en la protagonista de *Miss Agente Especial*. Tengo la sensación de que va a ser como pegarse un tiro en un pie… El principio del fin de Iceman. Porque desde que ayer pasó la noche en mi casa, la Antártida ya no es lo único que está derritiéndose en el planeta.

keira

3
La duquesa adecuada

La estrategia es a lo que se recurre
cuando ya no hay nada que hacer.

SAVIELLY TARTAKOWER

Jueves, 12 de marzo
9.10 h.

Ojeo el móvil y veo un mensaje ducal de frustración.

¡Que espere, joder! Necesito mis ratos a solas para pensar en el caso sin tener que verle ese maldito careto de portada de *GQ*.

¿Y ese pelo? Es como intentar concentrarte al lado de un maldito border collie que te mueres por acariciar.

Bromas aparte, hasta que no te pasa, no te crees que un tío cañón

sea capaz de provocar una taquicardia a una mujer inteligente y dejarla medio lerda. Pero pasa. Os lo juro.

En las últimas veinticuatro horas Ástor de Lerma me ha visto desnuda, me ha visto llorar y me ha acariciado la mano con afecto.

Eso último fue demasiado para una humilde plebeya como yo.

Las manos de un hombre siempre han sido mi debilidad. Es un fetiche que me supera por completo. Si son bonitas, son kryptonita para mí. Se me desconecta el cerebro y dejo de razonar. ¡Y las suyas son alucinantes! No sé cómo no me derretí formando un charco en el suelo cuando me rozó la primera vez. ¡Sus nudillos podrían ganar concursos de falanges distales!

Lo que me mantuvo cuerda fue verle perder los papeles dos o tres veces haciendo que se me solidificara la sangre. Menudo genio tiene… Si le explotase la vena del cuello, creo que le saldría *sex appeal* a chorro, en plan peli de Tarantino.

Debería haber hecho caso a mi instinto y estacionarme en la etapa tres de «el viaje del héroe»: el rechazo a la llamada a la aventura. Y lo intenté, no creáis.

Cuando el duque dijo las palabras mágicas en la sala de interrogatorios: «¿Qué tendría que hacer?», Ulises y yo nos miramos y acordamos un receso para hablar con nuestro jefe.

—Menuda encerrona… —acusé a Gómez en cuanto salimos.

Él sonrió ladino.

—Lo siento. Con lo capullo que es, sabía que os saldría natural acorralarle.

—¿En qué consiste el plan exactamente? —preguntó Ulises, impaciente.

Gómez me miró para que diera mi veredicto.

—Creo que es inocente —verbalicé.

—¡Ni de coña! —discrepó Ulises—. Puede que no haya secuestrado a Carla Suárez, pero ese tío es de todo menos inocente… ¡Se le ve en la cara!

La verdad es que tenía una cara hecha para pecar, pero de ahí a que fuera un asesino había un trecho.

—Si lo descartamos, el círculo se estrecha mucho —barajó Gómez.

—A quienes acudieron a la fiesta en su casa —acoté yo—. Uno de ellos dejó la nota.

—Exacto. Y que se hayan llevado a Carla es una pista en sí misma. Averiguad por qué. Ibáñez, haz que el duque de Lerma te cuente su vida con pelos y señales. Tú, Goiko, estarás siempre cerca de ellos, como su nuevo guardaespaldas. Si le han amenazado, es creíble que tome medidas.

—De acuerdo. ¿Lista? —me preguntó Ulises haciendo ademán de volver adentro, pero mis piernas no se dignaron moverse.

«¿Yo, la amante florero, infiltrada en un club sexista? ¡Ni loca…!».

—El duque tiene razón, esto no va a funcionar —los detuve.

—¿Por qué no?

—¡Porque no soy tan buena actriz! Además, ese mundillo de ricachones misóginos que cree estar por encima de la ley me da arcadas, ya lo sabes. No sirvo para infiltrarme en un sitio así. ¿No me conoces o qué?

—Keira… —Mi jefe, desesperado, recurrió a llamarme por mi nombre—. Hay un jodido psicópata suelto. Vidas en juego. Y el duque es un vip. Si le ocurre algo, el asunto será muy mediático y quedaremos fatal. Te pido que pases esas cosas por alto y te centres en encontrar a la chica.

—¿Me pides que haga la vista gorda con el machismo? No puedo. Lo siento.

—¡Te hablo de dar un golpe en el centro del machismo! Ese club arcaico está lleno de personalidades y seguro que encuentras mucha mierda.

—Quizá demasiada… Esa gente tiene sicarios a sueldo, y cuando estás cerca de descubrir algo, casualmente, sufres un accidente.

—¡¿Crees que no lo sé?! —me rebatió enérgico—. Por eso hay que aprovechar esta oportunidad y hacerlo en el más estricto secreto, aunque te necesito en primera línea. Seguramente, esa pobre joven esté encadenada en un sótano a merced de un cerdo asqueroso y quiero que descubras quién diantres la tiene.

Lo observé indecisa sin llegar a creerme que le importara esa chica, más bien era un experto en hacerme chantaje emocional.

—Y seguro que es alguien con mucho peso en la sociedad —caviló.

Ahí estaba… El quid de la cuestión haciéndome una peineta.

—No puedo con ese tipo de gente, de verdad —lamenté.

—Por eso eres la idónea —subrayó mi jefe—. Tú no te dejarás deslumbrar por ese mundo de lujo ni por un sospechoso tan… apetecible.

—Pero ¿no hemos quedado en que el duque no es sospechoso?

—¿Ves?, te digo que es guapo y tú solo oyes «sospechoso». ¡Es genial!

—Muy guapo, sí… Si te gustan los ceños fruncidos descomunales.

Los dos se echaron a reír.

—Venga ya, Kei —se burló Ulises—. Si es adorable… ¡Es como si un panda hubiera tenido un hijo con una princesa Disney!

Nos descojonamos los tres.

—¿Queréis parar ya? —nos riñó Gómez sin disimular lo bien que se lo pasaba con nosotros.

—Es ella, que está cabreada porque el duque la ha llamado «fea».

Mi jefe sonrió en vez de salir en mi defensa. «Mamones».

—¿Qué esperabas, hija? Es el soltero más cotizado del panorama.

—Por eso mismo —dije cruzándome de brazos—. Buscaos a otra más guapa… Yo paso de hacer el paripé a lo *Pretty Woman*.

Ulises puso los ojos en blanco.

—Solo he dicho que no te matará arreglarte un poco más.

—¿Para qué? —Me enfadé—. ¿Crees que así haré mejor mi trabajo?

—No, pero en este caso es necesario para tu tapadera —lo justificó Gómez—. Mañana a primera hora te esperan en un salón de belleza que conoce el duque y espero que te comportes. No nos hagas quedar mal.

Apreté los puños ahogando las ganas de estrangular a alguien. Ulises se dio cuenta y dijo:

—Las habrá más guapas, pero ninguna tiene tu pericia, Kei… El tío todavía no es consciente de cuánto te necesita.

Intenté no sonreír ante el cumplido.

Ulises es un hombre intuitivo que se da cuenta de las cosas; sobre todo de lo que necesitan los demás. Y en ese momento sabía muy bien qué debía decir para aplacar mi ira. Me ha demostrado mil veces que me valora mucho a nivel profesional, pero le encanta mortificarme por ser tan poco femenina.

Nunca me ha interesado eso de arreglarse para gustar a los demás,

lo que coloquialmente llaman «sacarse partido», y si él supiera el motivo estoy segura de que no me vacilaría tanto.

—¿Qué ganas metiéndote conmigo? —le pregunté una vez, dolida.

—Lo hago para recordarte lo que es sentir algo —respondió con sencillez.

Y me quedé a cuadros. Porque es cierto. Como policías, estamos tan insensibilizados de todo que, de vez en cuando, es necesario recordarnos que hay cosas que todavía importan. Que todavía duelen y que no estás tan solo en el mundo como piensas.

Pero ¿qué me importaba a mí lo que dijera Ástor de Lerma?

Puede que a mi jefe le pareciera normal tener que pasar por «chapa y pintura» para estar a la altura del duque, pero a mí no.

—¿Sabes lo humillante que es oír que no tengo el estilo suficiente para ir de su brazo? Me dan ganas de dejar que lo maten; un superficial menos en el mundo.

Ulises se rio, pero Gómez insistió:

—Olvídate de él y céntrate en Carla Suárez. Su compañera de piso me ha dicho que podéis pasar por su apartamento a mediodía, estará allí un rato. A ver qué encontráis entre sus pertenencias.

—¿Y qué hacemos mientras tanto con el duque? —pregunté preocupada—. Está de los nervios, no podremos retenerle mucho más aquí. Pronto echará mano de su amplia cartera de recursos de las altas esferas para que lo soltemos.

—Está claro que esconde algo —dedujo Ulises—. Parece nervioso.

—Sí, seguramente el club KUN está detrás de la desaparición de la chica —sugirió Gómez soñador.

—Si el duque colabora y nos permite entrar en su vida, podré averiguar más fácilmente quién la tiene —teoricé en voz alta.

—Aquí no va a quedarse, por sus cojones que no. Y no podéis dejarlo solo, tendréis que llevároslo con vosotros como «colaborador» —afinó Gómez—. Pero interrogadle a fondo antes de iros. Vamos a contrarreloj, chicos. Urgad en su vida. Meteos hasta en su puta alma. Pasad la noche los tres juntos en un piso franco y por la mañana id al salón de belleza.

—Joder… —me quejé desganada.

—Y relájate con él, Keira —me advirtió mi jefe—. Acepta sin rechistar todos los consejos que te dé o no sobrevivirás en su mundo.

¿Puedo confiar en ti?

—Sí…, papá —contesté burlona.

Es curioso que usara la palabra «papá», porque en mi caso fue una figura sin rostro que me abandonó antes de cumplir los dos años; no le recuerdo en absoluto. Y digo «me abandonó» porque dudo que hubiera dejado atrás a mi madre de no existir yo. Ella es una de esas mujeres a quien todo el mundo idolatra. Llevo arrastrando el clásico complejo de «mi mami es más guay que yo» toda la vida. Más guapa, más divertida y más… todo. Sin embargo, superé la fase de odiarla cuando me demostró que era una buena aliada.

Es hora de contaros algo sobre mí. Así entenderéis mejor por qué nunca podré relajarme con hombres como el duque y sus amiguitos.

Mi madre me tuvo a los dieciséis años. Eso significa que cuando cumplí catorce ella tenía treinta. Y su novio de entonces…, bueno, por desgracia es tan común que seguro que os imagináis ya qué pasó.

Al principio fueron detalles sin importancia. Un roce. Una mirada demasiado larga. Quedarme traspuesta en el sofá y al despertar descubrirlo pegado a mí y con su mano sospechosamente dentro de su bragueta.

Mi madre estaba tan enamorada de él que no le expliqué nada. ¡Llevaban seis años saliendo! A la tierna edad de ocho yo montaba a caballito sobre sus rodillas, ¡por el amor de Dios! Quería pensar que me lo estaba imaginando todo, pero un día salí del cuarto de baño y lo pillé agachado fisgando por debajo de la puerta. Tuvimos una discusión épica y decidí contárselo a mi madre, que, para mi sorpresa, me creyó.

Cortó con él en el acto y lo echó de casa.

Meses después, se encontró con su hermana en el supermercado y esta le preguntó con cautela cuál había sido el motivo de la ruptura. Mi madre no le dio detalles.

—¿No habrá tenido algo que ver con la niña? —dijo de pronto. Y a mi madre se le saltaron las lágrimas cuando añadió—: Es que cuando yo era pequeña, mi hermano… se propasó conmigo.

En resumen, aquel puto enfermo fue lo más parecido a un padre que tuve, y, desde entonces, mi madre y yo solo nos hemos tenido la una a la otra.

A partir de ese momento, mi madre se convirtió en mi mejor

amiga. No es que tuviera problemas para hacer amigos; mis compañeros del colegio me invitaban a fiestas de cumpleaños o al cine, y se juntaban conmigo en el recreo…, pero tendía a darles largas porque prefería estar sola, haciendo mis cosas. En mi tiempo libre leía mucho y me gustaba jugar al ajedrez. Nunca he sido una chica muy sociable.

Quizá no acusaba la necesidad de compañía de gente de mi edad porque mi madre y yo lo hacíamos todo juntas, y su forma de ser y el tiempo que me dedicaba me aportaban muchísimo más. A veces, sin embargo, me sentía culpable de que hubiese renunciado a su vida por mí, especialmente, a salir con hombres.

Hasta que Gómez se cruzó en su vida, claro. ¿Casualidad? No lo creo.

Yo diría que se lanzó porque sabía que era el único hombre, aparte de Ulises, del que me fiaba. Y no es que yo no haya salido con otros chicos… Tuve un novio en la universidad. Pero todo terminó con una orden de alejamiento. Me pregunto si no tendré un maldito imán para los psicópatas.

Y si estáis preguntándoos qué fue de mi verdadero padre, os diré que cuando empezó la universidad siguió con su vida y ya nunca más supimos de él. Mi madre consiguió que le retiraran la patria potestad por abandono, y hasta hoy. En resumen: puso su granito de arena en mi montaña de desconfianza y aversión hacia el amor y desapareció del mapa.

Gracias a eso, nos instalamos en casa de mis abuelos para que mi madre pudiera llevar una vida lo más «normal» posible pese a su desliz (es decir: yo). Y, mientras ella estudiaba para aprobar la oposición a policía, yo, lejos de ponerme a jugar con el maquillaje de mi abuela o a probarme sus zapatos de tacón, pasé mucho tiempo con mi abuelo, que fue quien me enseñó a jugar al ajedrez.

¡Y en buena hora!, ya que se convirtió en mi adicción. Una estupenda.

Mucha gente no lo sabe, pero las adicciones salvan vidas todos los días. Si no tienes una, invéntatela, porque será lo único a lo que puedas agarrarte cuando todo lo demás te falle, que lo hará. Incluido tú mismo.

—Tendrás que perder cientos de partidas antes de convertirte en

una buena jugadora —me decía mi abuelo José Luis cuando me enfadaba y arrasaba con todas las fichas del tablero. Siempre he tenido un carácter fuerte… Mi jefe lo sabe muy bien.

Cada nuevo caso que Gómez me propone es para mí, dure lo que dure, una nueva partida cuyo objetivo siempre es el mismo: dar caza al rey del adversario a la vez que protejo el mío. Y no me importa cuánto tenga que sacrificar por el camino. ¿Recordáis? «El fin justifica los medios». Y aunque en la vida no sucede lo mismo, yo intento aplicar sus normas todo lo posible. Porque ir a por todas sin detenerte ante nada es lo que te distingue entre ser «bueno» y ser «el mejor». La suerte no tiene nada que ver. En el ajedrez, la suerte no existe, es pura estrategia.

—No, cariño —me corregía mi abuelo con sabiduría—, la estrategia es a lo que se recurre cuando ya no hay nada que hacer. Cuando lo hay, lo que necesitas es una táctica.

Años más tarde me di cuenta de que siempre había parafraseado a los grandes maestros del juego. Y así aprendía yo, de ajedrez y de la vida.

Al final, Ulises y Gómez me convencieron para participar en el caso de la desaparición de Carla Suárez.

Cuando volví a entrar en la sala de interrogatorios, me encontré al duque sentado en la silla y sujetándose la cabeza. En cuanto me oyó, sin embargo, adoptó una postura perfecta en menos de un segundo. Recuerdo haber pensado que debía de ser duro tener que ofrecer siempre la imagen que se esperaba de él.

—Hola de nuevo —saludé tranquila—. Pronto nos iremos, pero antes necesito hacerle unas cuantas preguntas sobre Carla Suárez.

El desánimo se apoderó de su rostro. Aun así, seguía siendo arrollador.

—Es importante —subrayé al notar su pasividad—. La encontraremos antes si no me oculta ningún detalle. Necesito saber qué relación le unía a ella y sobre qué discutieron exactamente, señor De Lerma.

—Inspectora… —intervino su abogado, que estaba de pie. Más tarde, anotaría en mi cuaderno que era uno de esos tíos calculadores que siempre parecen tener prisa. Decidí que sería el primero a quien investigaría porque parecía ser íntimo del duque y tenía la suficiente

chispa de locura en sus ojos azul claro como para orquestar todo aquello. Su pelo, un poco largo y rebelde, me recordaba al del actor Bradley Cooper—. Espero que entienda que una persona de la posición de mi cliente debe proteger su intimidad.

«¿Qué posición? ¡Ah, una por encima del resto de los mortales!».

—Y yo espero que entienda que si miente, irá a la cárcel.

—Bueno, una cosa es mentir y otra no decir toda la verdad… —Sonrió ufano—. Si quiere que el duque le cuente detalles embarazosos de su vida, tendrán que garantizarle el derecho al secreto profesional mediante un escrito adicional que lo proteja de futuras difamaciones sobre su persona.

—¿Está de broma?

—No, hablo muy en serio. Y no le estoy pidiendo nada del otro mundo. El sumario del caso es secreto de por sí. Su difusión está prohibida para cualquier funcionario de la institución pública relacionado con la justicia; de lo contrario, podrá ser penado con cárcel e incluso con la inhabilitación. Solo le pido, inspectora Ibáñez, que firme esto para testimoniar que es consciente de ello. Hay mucho en juego… Piense en el bien de Carla.

—¿Intenta chantajearme emocionalmente, señor Montes?

—Llámeme Charly, por favor. —Sonrió encantador.

—Bien, Charly, ¿sabe cuántos policías han sido condenados por filtrar información sobre los detenidos a periodistas? La respuesta es: un número infinitesimal periódico que tiende a cero.

—Le aseguro que estoy de su parte, inspectora —afirmó conciliador—. Solo digo que la total transparencia de mi cliente puede ser crucial, y es posible que no lo sea si se ve comprometido su derecho a la confidencialidad de toda información relacionada con el proceso.

—Su confidencialidad no se verá comprometida, se lo garantizo.

El abogado inspiró hondo y se acercó más a mí.

—Ástor es muy cabezota —susurró con secretismo—. Lo conozco muy bien y sé que preferirá que lo maten a deshonrar el apellido familiar.

Mi mirada y la del duque conectaron durante un instante.

—Solo es un escrito donde reconoce que si se filtra algo de lo que le sea confiado, tendrá consecuencias. Si no piensa hacerlo, no debería

ser un problema…

Me lo pensé durante unos segundos eternos.

—De acuerdo. Firmaré.

—¡Perfecto! —se alegró el abogado.

Su cliente, sin embargo, no cambió de cara. Se notaba que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Qué ascazo… ¿Se merecía esa cara un ser carente de emociones? Debería encerrarlo solo por la distracción que me causaba.

El abogado me tendió un papel en el que tan solo había escrito un párrafo. Lo leí. Era el texto prometido, de modo que lo firmé.

—Bien. Mi trabajo aquí ha terminado —sentenció Charly—. Llámame si me necesita. —Acto seguido, se despidió del duque dejando un gesto cariñoso en su hombro—. Todo va a ir bien, As… Colabora, y esto se arreglará pronto.

«¿As? Lo que faltaba… Lo ha llamado como a la carta más valiosa de la baraja».

Los carnosos labios del duque emitieron un murmullo; seguramente sería un «adiós», aunque bien podría haber sido un insulto.

—En fin… —Suspiré, impaciente, en cuanto nos quedamos solos —. Tenemos poco tiempo y necesito que sea totalmente sincero, señor De Lerma, así que saltémonos los formalismos, ¿le parece? Cuéntemelo todo. ¿Cuál era la naturaleza de su relación con Carla?

—¿Podemos saltarnos también el morbo? —replicó molesto.

—Cualquier detalle puede ser importante, pero, si quiere, empiece por el principio. ¿Cómo se conocieron?

—Carla es una alumna brillante de tercer curso. Vino a las tutorías de Orientación laboral. No tenía muy claro si quería seguir con la carrera que había elegido, y un café nos llevó a otro…

—Un poco joven para usted, ¿no? —Me hostigué por mi comentario fuera de lugar, pero si no lo decía, reventaba.

El duque entrecerró los ojos.

—Es mayor de edad —replicó cortante—. Y la edad es el único número que engaña, inspectora Ibáñez.

«¿Es cierto eso?».

De pronto recordé a mi abuelo y lo bien que lo pasábamos juntos a pesar de nuestra diferencia de edad. También a mi madre y los

cuchicheos que tuvo que aguantar por su extrema juventud cuando entré en el jardín de infancia. ¿Debería juzgar yo a qué edad es apropiado hacer cualquier cosa? Acepté pulpo como animal de compañía.

—De acuerdo, pero… ¿le está permitido salir con alumnas?

—Solo éramos amigos. Para mí, Carla era un ser de luz, alguien a quien siempre quieres tener cerca, y de pronto empezó a acompañarme a galas, a cenar, al cine…

—Esa es la definición de «salir». Estaba saliendo con una alumna.

—Como amigos —remarcó hosco.

—¿Tengo que creérmelo? —Ladeé la cabeza—. ¿Es verdad que no pasó nada entre ustedes? No tiene por qué mentirme.

Con apartar la vista me respondió a esa pregunta. ¡Claro que pasó! ¿Qué mujer iba a resistirse a él? Que levante esa zarpa de mamífero mentiroso.

Lo vi inspirar contrariado y, por fin, ceder.

—Cuando cogimos confianza, la dejé acompañarme a una fiesta del club KUN. Llevaba un vestido palabra de honor que habíamos elegido juntos, y pensé que le quedaría bien una gargantilla de diamantes.

—Muy *Pretty Woman*.

—¿Qué?

—Nada. Continúe, por favor.

—Cuando vio la joya, se puso tan contenta que me besó y yo no me aparté… Era muy fácil dejarse llevar por el entusiasmo de Carla. Fue un buen beso, pero luego llegamos a la fiesta y todo se estropeó.

—¿Qué pasó exactamente?

—Digamos que se dedicó a dejar claro a todo aquel que se la comía con los ojos que estaba reservándose para el matrimonio —expuso dolido—. Ni siquiera yo sabía que era virgen.

«¡¿No me jodas?! ¿A los veintiuno?».

¡Y yo que me creía especial por perderla a los diecinueve con un repartidor de pizzas! Sí, ya sé que suena a película porno, pero en realidad es una historia preciosa. Todos los viernes pedía una pizza de jamón con champiñones y aparecía Él con su pose de malote. Estaba como un puñetero tren. Cadenitas. Tatuajes… Buf. Nos contábamos cosas interesantes que nos habían sucedido durante la semana y

esperábamos con ilusión a la siguiente. Fue casi un amor epistolar de la era moderna, pero con la ventaja de no masacrar árboles.

Supongo que debió de notar que cada vez le abría la puerta con un pijama más provocativo, y una noche lluviosa, estando sola en casa, llegó empapado y le ofrecí una camiseta seca.

Cuando se quitó la húmeda nos miramos, y el mundo se detuvo al igual que nuestros corazones. El resto es historia. La tapicería del sofá fue la única que resultó herida en esa secuencia… Mi madre puso el grito en el cielo.

—Carla era virgen, vale —pensé en voz alta—, pero… ¿por qué airearlo así en el club?

El duque dudó si contestar durante un incómodo segundo.

—Porque sabía que en el KUN se cotizan muy caras.

Mi cara reflejó un «¡¿perdón?!» gigante que sus ojos se encargaron de mitigar alzando el mentón en un gesto que conocía muy bien. El de «no te atrevas a juzgarme»

Capté que tenía que dejarle explicarse.

—Es una actividad consentida y legal llevada a cabo dentro de una propiedad privada… Pero, sinceramente, la llevé porque no pensé que fuera de las que se exhiben al mejor postor.

Intenté tragar saliva, pero me fue imposible.

—De acuerdo… —Carraspeé—. Cuéntemelo todo. ¿Allí dentro se compran mujeres o cómo va la cosa?

—No, exactamente. Se subastan. Cuando ocurre, la chica pasa a ser miembro del club durante tres meses y puede disfrutar de todos sus privilegios, pero lo hará como propiedad de un miembro. Son las normas… Y para elegir de cuál, se lleva a cabo una puja entre todos los interesados. El precio sube mucho si la chica es virgen, claro. No es lo habitual.

Me quedé en *shock*. «¿Pujas de virginidades?».

«¡Pero… ¿en qué mundo demente vivimos?!».

Intenté disimular las ganas que tenía de encerrarlo ya.

—¿Por eso discutieron? ¿Porque Carla se exhibió para ser subastada?

—Sí, fue decepcionante. Intenté convencerla de que no lo hiciera.

—¿Diría que es usted celoso, señor De Lerma?

—No es eso… Ella no tenía necesidad de hacerlo. Me preocupaba

por ella… Era una buena chica.

—Pues esa «buena chica» tenía mucho dinero en su cuenta corriente del que sus padres aseguran desconocer la procedencia. Ahora ya sabemos de dónde salió.

—No era dinero de la puja, si es lo que insinúa —aclaró—. Ese va a parar al fondo fiduciario del club KUN. Ellas ganan más al pasar a formar parte de la sociedad durante el tiempo que pertenecen a alguien. Solo los contactos que hacen tienen un valor incalculable.

Mi mente tenía la boca abierta. Y ¿qué tipo de favores hacían ellas a cambio? Podía imaginármelos.

—Entonces ¿usted se enfadó con Carla porque quería tenerla gratis o…?

La respuesta de Ástor de Lerma fue mirarme como un auténtico lunático.

Por lo visto era un tío altamente susceptible. Esa parte de él me acojonaba de verdad. Parecía no importarle nada, excepto su incuestionable honor.

—¡Intenté convencerla de que no lo hiciera, por su propio bien! —estalló con rabia—. La habría esperado cuanto hiciera falta…

Lo último se le escapó. Fue como si él mismo acabara de descubrirlo. Y a mí también me sorprendió porque… ¡me había dado el móvil! Aquello sonaba a: «O mía o de nadie».

—¿La subasta llegó a realizarse? —Disimulé mi aversión.

—Sí. Fue hace un par de noches. Fui a su casa para convencerla de que no participara y discutimos. Su compañera de piso nos oyó… Como Carla no atendió a razones, la dejé en el club y me fui a casa. Me pareció normal no volver a saber nada de ella porque terminamos bastante mal.

—¿Usted no participó en la subasta? —pregunté extrañada.

—No. Nunca participo. —Entrelazó las manos con calma.

—¿Por qué no?

—Porque no podría compartir a mis amantes con nadie.

—¿Qué quiere decir con «compartir»?

—Una Kaissa, así llamamos a las chicas subastadas, puede usarse como moneda de cambio en las diversas actividades del club. Cualquiera puede retarte, y estás obligado a jugarte la compañía de tu Kaissa… Por eso los miembros no hacen Kaissa a sus esposas ni a

cualquier mujer que les importe un poco. Solo es un juego… y si hubiera sentimientos de por medio, dejaría de serlo.

—Y usted estaba enamorado de Carla —dije sin pensar.

Craso error por mi parte.

El duque me miró con una ojeriza que se me agarró a la garganta.

—Quizá no sea tan lista como cree —dijo con crueldad—. Para enamorarme a mí hace falta mucho más que fingir tener candidez. Carla y yo solo nos estábamos conociendo. De todos modos, me interesaba porque me agradaba lo suficiente como para…

Se detuvo en seco.

—¿Para qué? —lo animé a seguir, muerta de curiosidad.

—Para desempeñar el papel de duquesa —rezongó de mala gana—. Algún día tendré que casarme. Más bien, pronto.

—¿Por qué pronto?

—Porque sí —zanjó como si no quisiera ahondar en el tema—. Conocí a Carla y me cuadró, pero resultó ser una decepción. Eso es todo.

—Entiendo…

—No estaba enamorado de ella —remarcó captando mi desconfianza—. Si no, me habría saltado todas las normas para estar juntos, pero no nos dio tiempo a llegar a eso. A veces el club KUN pone a prueba tu integridad; el dinero corrompe a la gente, pero el poder lo hace todavía más.

—¿Le gusta formar parte de un club tan inmoral? —pregunté con inquina.

—No generalice, por favor. Hay muchos hombres honorables y brillantes formando parte del ideal que intentó fundar mi bisabuelo.

—¿Un ideal donde las mujeres son tratadas como mercancía?

—Son tratadas como reinas, se lo aseguro. La lista de espera para entrar de acompañante en el KUN es larga. No maltratamos a nadie.

—«Sin tu reina, estás muerto» —recordé en voz alta el texto de la segunda nota—. Esa frase puede relacionar el secuestro de Carla con sus amenazas de muerte —deduje mirando hacia el cristal, sabiendo que Ulises nos observaba desde el otro lado.

El duque siguió mi mirada y preguntó:

—¿Por qué no entra su compañero?

—Tenemos que crear una conexión más íntima entre nosotros si

pretendemos pasar por una pareja, señor De Lerma. Voy a estar pegada a usted toda la semana, viviendo en su casa, fingiendo que tenemos una relación…

—Insisto en que nadie se lo creerá.

—¿Ni disfrazándome de pija sexy, como usted quiere?

Por un segundo me pareció verle estirar las comisuras de la boca.

—No importa cómo se vista… Nadie se lo creerá, repito. Yo no soy de novias serias, soy de encuentros esporádicos. Nunca meto a chicas en mi casa ni me dejo ver en actitud cariñosa con ellas… En definitiva, yo no me enamoro.

—¿Esa es otra norma suya? —pregunté perspicaz.

—Pues sí.

—¿No le parece un poco presuntuoso presumir de que es capaz de dominar sus sentimientos? A veces no elegimos lo que deseamos… ¿No cree que sería plausible que una de las chicas con las que tiene sexo esporádico se convirtiera en algo más serio a ojos de los demás?

Su mirada se agrandó evidenciando que le horrorizaba esa idea, pero se recompuso.

—¿De verdad cree que fingir tal cosa ayudará a encontrar a Carla?

—Tener acceso íntimo a su vida, señor De Lerma, es crucial para averiguar quién ha tramado todo esto. Si está relacionado con las notas, puede ser un ajuste de cuentas. Además, ¿no ha dicho que estaba buscando a una posible duquesa? Puedo ser yo.

La cara que puso me indicó que estaba listo para odiarme con toda su alma. Ni siquiera me miraba como se mira a una mujer, sino como a una ecuación compleja que no podía resolver. No. Peor… Una integral. ¡O una derivada chunga! Sí, eso era para él. La derivada de una mujer. Es decir, en lo que puede llegar a derivar si no se arregla.

—En efecto, busco esposa, pero no cualquiera cumple el perfil.

—Si Carla lo cumplía, ¿por qué piensa que decidió meterse a Kaissa?

—Eso debería preguntárselo a ella —contestó serio.

—¿Cree que alguien pudo coaccionarla? —discurrí—. ¿O sobornarla? Solo para fastidiarle a usted.

—No lo había pensado hasta ahora —musitó dolido.

De repente, el altavoz emitió un sonido extraño y me quedé a la espera de oír la voz de Ulises.

«¿Quién ganó la puja de Carla?», se oyó.

Miré con atención al duque esperando su respuesta.

—La verdad es que no lo sé —contestó el aludido, sombrío.

—¿Cómo que no?

—No quise mirarlo…

—¿Y cómo podemos averiguarlo?

—Accediendo a la cuenta corriente del club y comprobando quién y cuánto pagó por Carla —masculló contrariado.

«¿Quién es el tesorero?», se oyó a Ulises por el altavoz.

Cada vez que hablaba, el duque miraba hacia el espejo con aprensión.

—Soy yo —confesó reacio.

En ese momento, la puerta se abrió y Ulises entró en la sala con el ímpetu que lo caracteriza cuando olfatea información crucial cercana.

—Compruébelo ahora. —Se sacó un teléfono del bolsillo y lo depositó frente a él. Era el del duque.

Que se quedara a su lado, apoyado en la mesa, resultó un poco agobiante. Pero lejos de negarse y montarnos otro numerito, el detenido desbloqueó el teléfono y accedió a la aplicación de su banco.

—Joder… —murmuró conmocionado.

—Deme su nombre —ordenó Ulises severo, y le hice un gesto para que aflojara el tono de acoso y derribo.

El duque le mostró el terminal, devastado. Por la forma en que se presionó los párpados, entendí que descubrir quién había sido acababa de romperle todos los esquemas.

—Fue mi hermano…, Héctor de Lerma —reveló en voz baja.

«¡La Virgen!». Nunca mejor dicho.

Ulises y yo nos miramos alucinados y empezamos a asediarle a preguntas indistintamente:

—¿Dónde puede estar ahora?

—¿Dónde vive?

—Vive conmigo…

¡¿Con él?!

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Ulises con avidez.

—Esta mañana no lo he visto antes de irme al campus… Así que fue anoche.

—¡Tenemos que ir a por él de inmediato! —concluyó Ulises.

—¡Héctor no ha hecho nada malo! —lo defendió el duque, pero no se le notaba del todo convencido.

—Alégrese, señor De Lerma —repuso Ulises—, porque ahora mismo usted es menos sospechoso que antes.

Escaneé al duque y no vi alivio en sus ojos. Más bien, al contrario. Vi la mirada de Katniss Everdeen dispuesta a sustituir a su hermana en *Los Juegos del Hambre*, aunque le supusiera una sentencia asegurada.

ástor

4
El cubo de Rubik

Quien asume riesgos puede perder;
quien no los asume pierde siempre.

SAVIELLY TARTAKOWER

Jueves, 12 marzo
09.10 h.

Desde que dejamos la comisaría ayer fue un no parar.

No sé cómo explicar la violación de intimidad que ha supuesto para mí estar bajo la guardia y custodia de *Mortadela y Filemón*. Violaron mis sentidos obligándome a ver y a oler cosas que no quería; vulneraron mis pertenencias confiscándome el móvil y…, no puedo ni decirlo, ¡conduciendo mi magnífico Aston Martin!

Invadieron mi casa, mi lugar de trabajo…, ¡todo! No sabría decir qué fue lo peor. Bueno, sí, que aparte de meterse en mi vida, ¡me obligaron a meterme en la suya!

Después de descubrir la implicación de mi hermano en la puja me hicieron seguirles a paso rápido por los pasillos de la comisaría. Actuaban como si tuvieran una buena pista, cuando yo sabía que era imposible que hubiera sido Héctor. Cuando lo conocieran, se darían cuenta de que estaban persiguiendo a un fantasma. O eso esperaba.

Admito que por un momento dudé. «¿No habrá querido vengarse de Carla por hacerme semejante feo al ofrecerse como Kaissa?».

La carrera desembocó en un despacho aislado y pequeño en el que los inspectores se desenvolvían con agilidad, esquivándose el uno al otro como en una coreografía del Circo del Sol.

Amontonaron carpetas y guardaron sus ordenadores portátiles en sendas fundas a gran velocidad. Yo me quedé de pie, a un lado de la entrada, sin moverme para no molestar.

—Enseguida nos vamos —me avisó el inspector Goikoetxea al notar mi incomodidad. Era un tío perspicaz, lo reconozco—. ¿Cogemos un coche de incógnito? —consultó a su compañera, e iniciaron una conversación silenciosa que solo ellos entendieron. Me pareció alucinante, sinceramente.

No hacía falta ser Einstein para percatarse de que tenían una conexión metafísica inexplicable. Percibí confianza y compenetración, y también miradas ardientes. Eran una fantástica mezcla de viejo matrimonio y pareja que empieza a salir. Algo envidiable para un zombi emocional como yo, que hacía años que estaba muerto por dentro.

—¿Ha ido en coche a la universidad esta mañana? —me preguntó ella de pronto.

—Sí.

En buena hora lo confesé.

—Pues iremos a por él. Os esperaré fuera mientras interrogáis al hermano —dijo al inspector. Entonces me miró—. No puede verme todavía. Invéntese algo e infórmele de que hoy no dormirá en casa.

—Respecto a eso… —protesté.

—Tenemos mucho que hacer antes de que empiece el torneo —me cortó la inspectora sin dejar de recoger sus cosas—. Hay que

prepararlo todo, y usted debe estar con nosotros en todo momento.

—Pero… tengo mucho que hacer.

—La inspectora Ibáñez está siendo amable —explicó su compañero manipulando su pistola con habilidad—. No podemos dejarle solo. Mañana usted y ella se conocerán de forma pública en la universidad. Será un flechazo de manual. Y a partir de ese momento, ya no se separarán. Podrá ir adonde necesite, pero con la inspectora.

Eso sonaba fatal.

La observé detenidamente y juro que hice un esfuerzo por acostumbrarme a su presencia como si fuera un entrañable perro guía, pero en ese momento se colocó un arnés porta armas que constriñó su camiseta de algodón marcándole el pecho de una forma tan sensual que me dejó sin aliento.

«¡¿Qué estás mirando?!», me reñí enfadado, y aparté la vista.

Bien. Vale… «Es más atractiva de lo que me pareció inicialmente», pensé, pero seguro que se debía al embrujo momentáneo de verla en su guarida emanando cierto poderío al más puro estilo Lara Croft. Podía llegar a entender que su compañero hubiera sucumbido a ella teniendo poco más donde elegir cerca, pero en una elegante fiesta del club KUN con el tipo de mujeres que se pasean por allí, la inspectora jamás llamaría mi atención.

Recuerdo pensar que su aparición en mi vida iba a generar muchos cuchicheos desagradables. Me equivocaba en lo de «desagradables».

Confiaba en que Olga la hiciera parecer al menos un maldito ocho.

Uy, qué va… No soy el típico impresentable que puntúa a las mujeres por su físico, soy peor, ¡lo hago con todo! Con comidas, con series, con el fútbol, conmigo mismo y mis sentimientos… Es una pequeña obsesión que arrastro desde hace mucho.

No se me dan bien las palabras, esa es la verdad, en especial, los adjetivos calificativos. ¡Son tan subjetivos…! Sin embargo, los números son exactos. Certeros. No pueden malinterpretarse y nunca se enfadan conmigo.

Un seis y medio no es un siete. Y un siete no es un ocho. Sabiendo eso, la vida es mucho más fácil. Porque ya nunca es «qué», sino «cuánto».

Así que… ¿CUÁNTO iba a tardar la inspectora en meter la pata

cuando la presentara en mi entorno? Auguraba una marca olímpica.

Lo que no vi venir es lo poco que tardaría en volverme loco a mí.

De pronto, se dirigió hacia donde me encontraba y se me plantó delante.

«¿Qué hace…? ¿No ve que el espacio es reducido?».

—¿Puede apartarse? —me pidió sin amabilidad—. Tengo que coger una cosa de ahí detrás.

Me volví y vi que había una estantería baja a mi espalda.

Obedecí, y ella se agachó para buscar algo. Fue una pésima idea fisgar qué cogía, porque en esa postura me dejó entrever un escote de lo más apetecible.

Desvié la mirada tan rápido que casi me parto el cuello. Ni siquiera me dio tiempo a racionalizar mis pensamientos porque la inspectora se fue de mi lado creando una estela olfativa tan brutal que me dejó alelado.

«Hostias…».

Un inciso: no me gusta que la gente se acerque mucho a mí, entre otras cosas porque soy más maniático para los olores que el tío de la novela *El perfume*. No obstante, me sorprendió muchísimo que la inspectora me oliese especialmente bien, y no hablo de jabón o colonia, sino de ella misma, de su fragancia corporal. De su maldita piel. Un detalle que, al final del día, terminó siendo un verdadero problema, creedme.

Salimos del edificio para ir al aparcamiento, donde nos fuimos directos hacia un Seat Ibiza plateado. Cuando entendí que me tocaba sentarme detrás, no supe reaccionar.

No me quejé porque los dos inspectores me habían demostrado ya que aborrecían la vacuidad de mi mundo de lujo, así que me monté en aquel utilitario convencido de que sería un trayecto corto. Me veo en la obligación de puntuar la experiencia con un flagrante tres. Habría sido un cuatro si no hubiera tenido que ir con las piernas tan abiertas. De todos modos, la situación empeoró cuando llegamos al aparcamiento de la universidad y nos bajamos del coche.

—¿Qué se supone que haces? —La pregunta me salió del alma cuando vi que el inspector accionaba el mando de mi Aston Martin con intenciones de subirse en él. Me quedé tan anonadado que empecé a tratarle de tú.

El poli frenó en seco y dijo:

—Voy a conducir yo.

—Nadie conduce mi coche —le advertí tajante.

Que sonriera con calma me crispó más todavía.

—Creo que aún no entiendes tu situación —musitó pasivo agresivo, tuteándome a su vez—. Eres sospechoso hasta que se demuestre lo contrario. Te dejamos acompañarnos en vez de esperar en el calabozo porque eres quien eres y nos conviene, pero no creas que nos fiamos de ti. Y menos aún de permitirte conducir. Podrías provocar un accidente, dejarnos inconscientes y huir del país.

—¡Pero… ¿qué dices?! —exclamé, ultrajado por mencionar lo que nunca podré perdonarme a mí mismo.

Juraría que ese poli desconocía lo traumatizado que me dejó aquel siniestro en particular, pero me envenenó de igual forma que si lo supiera. En ese momento, sentí que debería estar en prisión, porque las ganas de matarlo que me entraron no fueron ni medio normales.

—Decídete… —me vaciló el inspector—. ¿Vas a cooperar o nos esperas en detención preventiva?

Su obstinación y su chulería terminaron de sacarme de quicio. Supongo que porque me recordaba un poco a mí.

—Joder… —Me froté la cara, superado—. ¡Necesito despertarme de esta maldita pesadilla! ¡Nadie toca mi coche!

—No es para tanto —intervino la inspectora—. Ulises conduce muy bien. No pasará nada, ¿de acuerdo?

«Se llama Ulises. Vale. ¡Pues Ulises me está tocando mucho las narices!», pensé furioso. Sin embargo, resoplé indignado y me dirigí a la puerta del copiloto de mi flamante biplaza.

—Al menos ahora podré ir delante, si no le importa a la parejita…

No sé por qué lo dije, pero se encargaron de que me arrepintiera rápidamente, cuando ella se dirigió al Ibiza y dijo a su compañero:

—Nos vemos allí…, amorcito. Te echaré de menos.

Lanzó un beso con guasa al inspector y este, sonriente, lo cogió al vuelo como un idiota enamorado. Alguien debería advertirles de que, entre broma y broma, la verdad asoma.

Me subí a mi coche, molesto, y el poli ocupó el lugar del conductor.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —le pregunté sin pensar. No es

que me importara una mierda, pero acababan de mofarse de mí y quería confirmarlo para sentirme mejor.

—Dios, ¡qué maravilla de cacharro! —Ulises me ignoró, ocupado como estaba acariciando el volante como si fuera una mujer.

«¿Así acaricia a la inspectora?».

Bufé, muerto de celos. Por el coche, no por ella, que quede claro.

Di una serie de indicaciones bordes al inspector, y arrancó el motor poniendo los ojos en blanco después de mi quinto «Con mucho cuidado». Acto seguido, introduje la dirección de mi casa en el GPS para poder ir callado el resto del trayecto.

Cuando estuvimos frente al portalón de mi chalet, Ulises se cambió de ropa. Pantalón y camisa negra. Arma reglamentaria y unas gafas de sol opacas cubriendo sus astutos ojos verdes. Podía entender lo que la inspectora Ibáñez veía en él. Era un tío implacable y seguro de sí mismo que parecía salido de la serie *Narcos*. No marcaba músculos, pero era alto y compacto. Pelo castaño claro, rapado por los lados y levantado por delante a lo James Dean. Un *heartbreaker* de manual, vamos… Un más que merecido siete y medio.

Cuando entramos juntos en el recinto lo corroboró murmurando:

—Haz como si yo no estuviera. Soy tu escolta. Di a tu hermano que han denunciado la desaparición de Carla y que te han interrogado. Enfádate por la puja. Pregúntale qué hizo con la chica después y explícale que me has contratado por lo de las notas amenazadoras.

Asentí y metí la llave en la cerradura un poco nervioso.

—¿Héctor…? —lo llamé nada más entrar.

Obtuve el silencio por respuesta.

Fui hasta su cuarto y comprobé que la casa estaba vacía.

—Llámalo por teléfono —me ordenó Ulises, tendiéndome el móvil.

Lo cogí y lo manipulé en silencio.

—Mierda…

—¿Qué? —preguntó acercándose mucho a mí.

Justo a eso me refería, ¡por lo general, nadie se me pega tanto! Nunca. Y ellos lo invadían todo, ¡joder!

—Tengo tres perdidas de mi madre. He de devolverle la llamada o empezará a telefonear a todos los hospitales.

—Llama primero a tu hermano.

Lo hice. Pero no hubo suerte.

—Escríbele —insistió Ulises, ansioso—. Pregúntale dónde está.

Obedecí, y tampoco hubo respuesta.

—¡Maldita sea! —exclamó frustrado el inspector. Otra cosa que teníamos en común: enfadarnos con dramatismo cuando algo no sale como queremos.

—Tarde o temprano, responderá —le prometí—. Él no ha sido.

—Vámonos. —Me ignoró, cabreado, y me hizo un gesto para que le devolviera el teléfono.

—Debería llamar a mi madre —le recordé—, quizá sepa algo de mi hermano.

—Hazlo. Y pon el manos libres.

Habría preferido ir a su casa y hablar con ella en persona, porque si me dejaba ver con una mujer sin que supiera nada de ella, entraría en combustión. Lo malo es que vive a las afueras de la ciudad en un caserón que se empeñó en comprar para que sus tres perros pudieran mear en un jardín parecido a un Versalles en miniatura.

¡Dichosos chuchos! Los quiere más que a mí.

Busqué su contacto en Favoritos y accioné el altavoz.

—¡Hijo, qué ilusión que me llames! —saludó contenta.

La imaginé tumbada en la terraza tomando el sol, con unas gafas enormes, un pañuelo en el pelo y un daiquiri de piña medio vacío en la mano. Como si la viera.

—Hola, mamá… ¿Cómo estás? He visto que me has llamado.

—Si, quería hablar con tu hermano, pero no lo encuentro y he caído en que tengo otro hijo, así que te toca aguantarme un rato. ¿Qué es de tu vida? ¿Alguna novedad?

«Si tú supieras…».

—En realidad, sí. Hay algo de lo que me gustaría hablarte.

Reparé en que Ulises negaba con la cabeza, prohibiéndome decir nada.

—¡Ay, no me asustes, cariño! ¿Tiene que ver con una mujer?

Sonreí un poco ante sus poderes premonitorios de bruja.

—La verdad es que sí.

—¿Cómo se llama?

—Todavía no sé su nombre completo…

Oí que daba un gran trago a su mejunje para coger fuerzas.

—¿No la habrás dejado embarazada?

—No, tranquila. Solo quería avisarte de que tengo algo por ahí y no quiero que empieces a hiperventilar si te llegan comentarios.

—¡Me huele a desgracia, Ástor! ¿Quién es ella? —exageró, como siempre, y me la imaginé abanicándose. El fatalismo nos viene de familia.

—Nadie que tú conozcas… Relájate, ¿vale?

—¿Es guapa al menos? —preguntó como si estuviera al borde del desmayo—. Que te tachen de tener mal gusto es lo peor que puede pasarte, hijo.

—Es muuuy guapa, mamá —mentí—, y lista —dije la verdad.

Ulises me clavó la mirada como si quisiera sacarme el hígado y comérselo crudo. ¿Estaba celoso?

—¿Qué edad tiene?

—Menos de treinta…

—¿Con quién puedo hablar que la conozca ya?

—Con nadie, mamá. Mañana conocerá a mi amiga Olga, la del salón Mademoiselle.

—Hoy en día se llaman «follamigas», hijo.

—Mamá… —la reprendí mirando a Ulises, que no perdía detalle.

—Solo intento que hables con propiedad. Un amigo es un ser querido no consanguíneo con el que no te irías a la cama. Por ende, ¡nunca podrás tener amigas! ¿Lo entiendes, mi vida?

Cerré los ojos abochornado.

No es ningún secreto de dónde sale mi terror a las palabras. Mi madre lleva toda la vida atosigándome con usarlas mal. Y puede que sea cierto en el caso de Olga, porque los amigos no se miran como nosotros lo hacemos. La tensión sexual que hay entre nosotros ha colgado redes 5G. Sin embargo, mi madre se equivoca en una cosa: Olga y yo nunca nos hemos acostado.

—Mamá, tengo que dejarte —dije apurado—. Te llamaré pronto, ¿vale?

—¡No te atrevas a colgarme sin decirme quién es esa mujer, Ástor! —exigió.

Metí los dedos por el cuello de mi camisa para separármela de la piel húmeda.

—Te la presentaré este fin de semana, lo prometo.

—¡Dame su apellido!

El inspector golpeó un lugar desnudo en su muñeca donde debería haber un reloj.

—Un beso, mamá. —Y colgué.

Ulises intentó disimular su diversión cuando le devolví el móvil.

—Una conversación muy interesante…

—No sabe dónde está mi hermano —señalé serio, a pesar de que él ya lo había oído gracias al manos libres.

—Volveremos luego a por él. Ahora voy a llamar a un equipo especial para que venga a registrar el chalet de arriba abajo.

Enarqué las cejas, alarmado.

—No te preocupes. Ni notarás que han estado aquí… Y no sufras por tus juguetes sexuales, que esos agentes están acostumbrados a ver de todo. Lo preocupante será que los perros olfateen algo, hallen evidencias de ADN o detecten con infrarrojos restos de sangre…

Una punzada de miedo se clavó en mi pecho. ¿Y si alguien había dejado pruebas como esas en mi casa igual que dejó la nota?

—Mientras tanto, iremos al apartamento de Carla —decidió Ulises poniéndose en marcha y saliendo de la casa.

En menos de quince minutos estábamos frente a su edificio. Los tres. Me callé cuando la puerta del portal se abrió porque tenía muy claro lo que ocurriría en cuanto su «compañera» me viera.

Al salir del ascensor, todo sucedió muy deprisa. La chica esperaba ver a dos agentes, y antes de que gritara «¡Tú…!», en un tono nada amigable, ya me había adelantado para detener con el pie la hoja de la puerta que intentaba cerrar.

—¡Sofía, espera…! ¡Son policías! ¡Abre!

Al ver que no tenía fuerza suficiente para cerrarla, Sofía huyó hacia el interior del piso, bajo la atónita mirada de los inspectores.

—¡¿Qué quieres, Ástor?! —preguntó asustada, parapetándose detrás de una mesa y buscando algo con lo que defenderse.

La inspectora se adelantó a su respuesta.

—Tranquilícese, soy la inspectora Ibáñez. —Le enseñó la placa con rapidez—. Se que la han avisado de que vendríamos a hacerle unas preguntas sobre Carla.

—¡¿Con él?! —exclamó incrédula—. ¡Si es el culpable! ¡No

soportó que cortaran y la mató! ¡Fue él!

—¡Eso no es cierto! —grité alucinado.

Fui hacia Sofía tan enfadado que el terror congeló su huida. La cogí por los brazos.

—¡Sofi, tú me conoces…! ¡Sabes que nunca lo haría! —exclamé mientras se revolvía histérica.

—¡Quieto o disparo! —gritó la inspectora apuntándome con su arma.

La miré anonadado sin llegar a soltar a la chica. Por algún inexplicable motivo, supe que no me dispararía.

Ulises, sin embargo, tenía una expresión rarísima en la cara. Sus ojos estaban clavados en Sofía como si estuviera viendo un fantasma.

—¡Suéltala ahora mismo! —me ordenó la inspectora con severidad. Solo cuando lo hice, continuó—. ¿Cuánto hace que os conocéis vosotros dos?

Un silencio señaló nuestra reticencia a hablar de nosotros. Era evidente que había detectado una confianza inusual entre Sofía y yo. Lógico. La conocí mucho antes que a Carla.

—Sofía es una alumna que tiene acceso a las fiestas del KUN —simplifiqué. Era simplificar mucho, pero tendría que valerle.

—¿Has sido Kaissa? —preguntó la inspectora, perspicaz.

—¡Ni de coña! —replicó Sofía con repugnancia—. Te ofrecen grandes oportunidades, pero todas comienzan poniéndote de rodillas.

Tragué saliva, incómodo. Sabía que le habían hecho proposiciones.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste algo de Carla? —le preguntó la inspectora.

—La tarde de la subasta. Porque… saben que hubo una subasta por su virginidad, ¿no? —lanzó con inquina al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Sí, lo sabemos.

Ulises no reaccionaba. Su mirada seguía clavada en Sofía. Quizá el pobre acababa de descubrir lo que era una chica guapa de verdad.

Lo cierto es que Sofía era espectacular: cuerpazo de escándalo, pelo negro lacio y largo, y los ojos verdes más desafiantes que he visto en años. Era una mujer de armas tomar. Atrevida y lista. Al menos lo fue cuando le ofrecieron ser Kaissa y rechazó la invitación con

elegancia.

—Esa noche Carla no pensaba venir a dormir al apartamento —continuó Sofía—. Su plan era quedarse en casa del ganador, y me pareció lo normal. Sin embargo, cuando a la mañana siguiente no supe nada de ella me preocupé. —Me señaló con el ceño fruncido y añadió —: Cuando estaba a punto de irse a la subasta, apareció Ástor hecho una furia.

—¡Solo quería impedir que cometiera una estupidez! —me justifiqué.

Sofía me ignoró.

—Estaba como loco. Muerto de celos… Y cuando supe que Carla había desaparecido, tuve claro que le había pasado algo malo. ¡Ella nunca se habría marchado sin decírmelo! ¡Estoy segurísima!

Sus ojos se humedecieron pensando en lo peor.

—Yo no fui, Sofi. —Me acerqué atribulado, y que retrocediera con miedo me dolió—. Han estado dejándome notas amenazadoras… Y a Carla se la han llevado porque quienquiera que fuera sabía que me importaba mucho.

—¿Estás diciendo la verdad? —preguntó ella confusa y llorosa.

—Te lo juro —confesé con desesperación—. Tú nunca te has puesto de rodillas, y no quería que ella lo hiciera… Sé que es tentador, pero no hay nada más valioso que la dignidad. En cuanto cruzas esa línea, dejas de respetarte a ti mismo… Nadie debería ponerse un precio.

La inspectora me miró extrañada, como si ese discurso no le cuadrara en absoluto con la imagen que tenía de mí. Pero ya le había dicho que nunca pujaba, que me parecía denigrante.

—Deberías habérselo impedido —acusé a Sofía.

—¡¿Crees que no lo intenté?! —protestó enfadada—. Pero es más cabezota de lo que parece… ¡Estaba emperrada en hacerlo!

—¿Cómo es posible? —dije incrédulo—. Carla no es así, ¡la conozco, joder!, y nunca se vendería de esa forma… ¿Por qué lo haría?

—Ni idea —repuso Sofía con tristeza—. Pero estaba muy convencida por algún motivo. Supongo que todo el mundo tiene un precio…

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. No había sido por dinero.

Imposible. Nunca mostró interés en él. Sus padres tienen de sobra.

—Si tú no has sido, ¿quién tiene a Carla? —preguntó Sofía como si acabara de plantearse mi inocencia por primera vez.

—Es lo que intentamos averiguar —intervino la inspectora—. Cuéntame todo lo que sepas, por favor. ¿Carla mantenía alguna relación con otro chico, quizá de la universidad? ¿Exnovios celosos? ¿Pretendientes pesados?

Antes de contestar, Sofía miró a Ulises como si le incomodara que estuviera observándola tan fijamente y con una expresión tan extraña.

—¿Pasa algo? —le preguntó preocupada.

Él se frotó los ojos en un intento de disimular su turbación.

—Eh… No, nada… Perdón. Háblanos de Carla, por favor.

Como no podía ser de otra manera, Sofía habló maravillas de ella. Carla era una chica estudiosa, cariñosa y amable que acudía puntualmente a todas sus clases. No había salido con nadie en la universidad antes de hacerlo conmigo y todo el mundo la adoraba. Sofía contó anécdotas de ambas con su desparpajo habitual, pero a mitad del interrogatorio Ulises se disculpó diciendo que nos esperaba en la calle. La inspectora intentó disimular su incomodidad por dejarla tirada.

—¿Sabes de dónde sacaba el dinero extra que había en su cuenta bancaria? —le preguntó en un momento dado.

—Sí… —admitió Sofía, si bien parecía reacia a dar explicaciones.

—Están investigando la procedencia de ese dinero, pero nos ahorrarás tiempo si nos lo cuentas…

—Carla fue Sugar Baby durante un tiempo en la página web SugarLite. Es muy famosa. Se sabe que muchas de las acompañantes de los miembros del KUN salen de ahí. Incluso el duque utiliza ese servicio —dijo mirándome de reojo.

«¡Me cago en mi puta vida…!», pensé abochornado.

La mirada de asco de la inspectora me atravesó dejándome mudo. Quería defenderme de todos los prejuicios que asomaban a sus ojos, pero opté por callar.

—¿Por qué se metió en algo así si no necesitaba el dinero? —preguntó la inspectora confusa.

—Para conocer a hombres influyentes. Aunque mucha gente piense lo contrario, Carla no consideraba que fuera prostitución. De

hecho, le interesó mucho eso de que el sexo no fuera obligatorio. Era virgen, y decía que estaba reservándose para alguien especial.

Hubo un cruce de miradas que cuestionaron claramente mi hombría. ¡Joder…! A pesar de todo, seguí guardando silencio.

—¿Y no le pareció arriesgado meterse ahí? —preguntó la inspectora con aprensión—. Podían haberla forzado… En comisaría tenemos montañas de denuncias de ese tipo.

—Supongo que es una lotería —contestó Sofía—. En esas webs hay todo tipo de perfiles, pero Carla solo quedaba con hombres de un estatus social muy elevado.

—Aun así, no hay que fiarse —repuso la inspectora.

—Lo sabemos. A Carla y a mí, cada fin de semana nos ofrecen subirnos a un yate y regresar a casa cargadas de regalos caros —expuso Sofía—. Eso sí es peligroso, porque sabes que el pasaje no es gratis. Sin embargo, en esa web te ampara un contrato legal que no te obliga a tener sexo con tu cita si no quieres, y si se propasan, estás protegida. La policía sabrá cuándo, con quién y en calidad de qué estabas en el lugar de la agresión, y se especifica que el servicio es solo de compañía, no sexual.

—Entiendo —zanjó la inspectora, aunque sin cambiar de idea—. ¿Puedes mostrarme dónde está la habitación de Carla?

Se quedó estupefacta cuando descubrió que el cuarto era una oda al color rosa palo. No solo las paredes estaban pintadas de ese tono, sino que albergaban todo un mundo monocromático a su vez: la colcha, las cortinas, multitud de objetos… Te hacía dudar de tu agudeza visual y frotarte los párpados.

La inspectora empezó a evaluarlo todo con ojo clínico, e intenté entender cuáles eran sus métodos de deducción.

Tocó un suave cojín de pelo que había sobre la cama. ¿Pensaría que Carla era romántica y soñadora? Después se fijó en la colcha. Era de terciopelo, igual que la de mi madre, y me dije que, después de todo, quizá Carla sí tuviera pretensiones de duquesa.

La agente repasó los objetos de la estantería uno por uno y se entretuvo en leer la placa de un trofeo.

—¿Fue Miss Madrid? —preguntó de pronto.

—Sí, hace un par de años —confirmó Sofía—. Su madre la obligó a presentarse cuando cumplió los dieciocho, pero no ganó el ansiado

título de Miss España que tanto dicen que te resuelve la vida.

—¿Te la resuelve? —preguntó la policía, contrariada—. No lo sabía.

—Bueno… Tienes muchas papeletas para acabar casada con un futbolista o trabajando en televisión. A los hechos me remito. Es un gran trampolín —explicó Sofía con un matiz de ambición en la voz.

La inspectora no contestó y pasó a ojear algunos títulos de la estantería.

—Mmm… —rumió pensativa.

—¿Qué? —pregunté intrigado. «¿Qué ha visto ahora?».

—¿Virginia Woolf? ¿Simone de Beauvoir? ¿Moderna de Pueblo? —enunció extrañada—. ¿Todo un análisis sociológico que denuncia que las mujeres y los hombres han asumido como realidad una estructura que alimenta la dominación masculina, siendo Sugar Baby y vendiendo su virginidad en una subasta? Algo no me cuadra… Quizá tengas razón sobre ella —me dijo mirándome a los ojos.

Oír esa reflexión y tratándome de tú por primera vez fue como si alguien acabara de bajarme el pantalón. Quizá yo estuviera seguro de ciertas cosas, pero ella era buena demostrándolas.

—Hay conceptos muy distintos en este espacio tan pequeño… —continuó, pensando en voz alta mientras cogía un cubo de Rubik—. Por ejemplo, ¿qué busca una chica como Carla en un juego como este?

—Le obsesiona demostrar que es algo más que una cara bonita —contestó Sofía cruzándose de brazos—. Se frustra mucho intentando resolver ese puñetero cubo. Suele sacar buenas notas, pero dice que es por ser trabajadora, no inteligente.

En mi humilde opinión, quizá Carla no tuviera el ingenio perspicaz y rápido de Sofía, pero ponía empeño y cariño a lo que hacía y conseguía buenos resultados.

—Sorprendente… —murmuró la inspectora, abstraída.

—¿Qué es sorprendente? —pregunté impaciente.

—Que alguien hoy en día se considere tonto. La gente suele pensar que está de vuelta de todo y que son los demás los que se equivocan. Nadie acepta una crítica, y esto es, cuando menos, extraño.

—¿El qué? —preguntó Sofía.

—Enfrentarte tan abiertamente a tus miedos —dijo mirando el cubo—. Nadie quiere que le metan el dedo en la llaga.

De pronto, me vi preguntándome cuál sería la «llaga» de la inspectora. Ella me miró como si estuviera pensando lo mismo de mí.

A continuación, cogió el maldito cubo y empezó a girar las filas buscando la combinación correcta. Al ver que los colores comenzaban a coincidir a gran velocidad, mis cejas fueron elevándose por mi frente.

Una vez resuelto, lanzó el rompecabezas al aire haciéndolo girar sobre sí mismo.

—¿Cómo lo has resuelto tan rápido? —Sofía estaba perpleja.

—Hay muchas formas de hacerlo —contestó la inspectora quitándole importancia—, y todas están en internet, al alcance de cualquiera.

Colocó de nuevo el cubo de Rubik en la estantería. Cuando se dio la vuelta, encontró a dos figuras inmóviles mirándola alucinadas.

—Acabo de flipar —declaró Sofía, divertida—. ¡Tienes que encontrar a Carla! Confío en que lo hagas.

Y por primera vez, yo también creí en esa posibilidad.

—Para eso estamos aquí —murmuró la inspectora sin dejar de observar la habitación. Había usado el plural, y eso que era evidente que su compañero estaba fuera de juego. No entendía qué le había pasado a Ulises ni por qué había mirado a Sofía con tanta fijeza.

Todavía estaba decidiendo si la inspectora era todo lo que prometía ser cuando me vi diciendo:

—Perdona, pero… ¿el objetivo del Rubik no es resolverlo por ti mismo, sin usar trucos de internet?

—Eso es una estupidez —respondió tajante, sorprendiéndome de nuevo—. Muchas veces pensamos que algo es difícil cuando ni siquiera nos hemos molestado en buscar su lógica. Si algo ya tiene una solución estudiada, ¿por qué matarte en encontrarla tú mismo por ciencia infusa?

»Si aprendes su funcionamiento de antemano llegas al mismo punto de aprendizaje mucho antes. Y ese conocimiento es el que se queda en ti. Cuando a alguien se le da bien algo sin tener ninguna experiencia previa es porque la lógica le ha mostrado el camino para hacerlo en experiencias anteriores similares. La mayoría de los mecanismos de los juegos están basados en matemática pura y son aplicables a todo, por eso los entendidos recomiendan cierto tipo de

juguetes para despertar la inteligencia innata de los niños.

—¿A qué mecanismos «aplicados a todo» te refieres? —insistí intrigado.

Ella pareció halagada por mi interés y por haber usado sus palabras exactas.

—Cuando cualquier problema se te hace grande, como en este caso es tener nueve posiciones con colores distintos en seis caras opuestas y querer ordenarlos, solo hacen falta tres cosas: la primera, tener fe en que puedes resolverlo; esa es importante. La segunda, centrarte en hacerlo punto por punto, no todo a la vez; en el cubo, esquina por esquina. Y la tercera, tener una pista inicial que siempre vendrá de la mano de la matemática. En esta ocasión, la ventaja matemática nos dice que en la perfección de un cubo con lados iguales la forma de cruz siempre será un aliado que gobernará la axonometría. Si mantienes una cruz del mismo color arriba y otra abajo y buscas rellenar las esquinas, sale solo.

Tenía la boca abierta cuando terminó la explicación.

—Por fin me cuadran muchas cosas —resolvió Sofía—. ¡Yo siempre suspendía Matemáticas! Por eso a los veinticinco sigo en la universidad…

—No es por eso, es porque empezaste más tarde —le recordé.

La inspectora nos miró enigmática.

—¿Podemos hablar un momento? —me dijo, y no fue una pregunta.

Me arrastró hasta la puerta, dejando a Sofía atrás.

—Conoces bien a Sofía, ¿no? —Buscó mi confirmación.

—Sí, desde hace años…

—Y, ¿confías en ella? Dime la verdad.

¡Directa al grano! Pero no dudé.

—Sí. Totalmente.

—¡Genial!

Regresó al interior de la habitación. La seguí.

—Tendrás que ayudarnos, Sofía. ¿Podrás guardar el secreto de que soy policía? Voy a infiltrarme en la universidad para encontrar al culpable que se ha llevado a Carla.

—¡Claro! ¡Soy la primera que espera que atrapes a ese malnacido!

—Bien —celebró—. Me guiarás por la universidad para indicarme

quiénes forman parte del club de ajedrez. Necesito que me inviten al torneo que se celebra en el KUN este fin de semana. Alguien quiere hacer daño al duque de Lerma.

—¡Cuenta conmigo! De hecho, mi ex es el presidente de club.

—¡No me digas! —exclamó la inspectora.

Me miró, y debió ver algo en mi cara, no me preguntéis qué, que la impulsó a decirme con la mirada: «Ese es el tío con el que te llevas mal, ¿no? ¿Es por Sofía? ¿Sientes debilidad por ella?».

Me ponía de los nervios que leyera en mí como en un libro abierto.

—Inspectora, si Sofía se va de la lengua, todo el plan se irá a la mierda —apunté.

—¡¿Por quién me tomas?! —se ofendió Sofía.

La tenía justo donde quería. Resoplé teatral y continué:

—Si mantienes la boca cerrada hasta el final de la investigación tendrás un premio, ¿de acuerdo?

—¿Qué soy, un perro? —se quejó con las manos apoyadas en las caderas.

—Si se filtra algo, sabremos que es por ti, y puedes ir olvidándote de la recompensa, ¿estamos?

—¿De qué hablas? ¿Qué recompensa?

—De cincuenta mil euros que serán tuyos si guardas silencio.

—¡¿Qué?! —exclamó Sofía con los ojos muy abiertos.

—Mañana le presentarás a Saúl y le dirás que se deje ganar para que la inspectora pueda acudir al torneo.

—No —rebatió la aludida—. No le dirás nada. Limítate a presentármelo.

—¿Estás segura? —preguntó Sofía, extrañada—. ¡Saúl es buenísimo al ajedrez!

—Tranquila, no habrá problema —zanjó sin más—. Mañana nos vemos en la universidad, ¿de acuerdo?

«¡¿Cómo que no habrá problema?!», la miré anonadado. ¿Quién se creía que era? ¿Bobby Fischer?

—Vale… —aceptó a regañadientes Sofía—. Hasta mañana.

—A las dos de la tarde os encontraréis en la puerta principal —acoté—. Adiós, Sofi.

Cuando salimos del apartamento, la inspectora me hizo la

pregunta del millón:

—¿No has dicho que te fiabas de ella? ¿O es que te gusta regalar dinero a las chicas guapas?

La media sonrisa que me arrancó casi me dolió en los labios. La falta de costumbre, supongo.

—Sí que me fío de ella.

—¿Entonces…?

—Sé que necesita dinero para hacer un MBA en Oxford y he visto la oportunidad de procurárselo. Sofía está becada, no es rica como todos los demás alumnos. Y su ayuda y su silencio bien lo valen, ¿no te parece?

La inspectora quiso abrir la boca para protestar por inercia, pero cambió de opinión.

—¿Cómo sabes que quiere hacer un MBA? —me preguntó curiosa.

—Lo sé todo sobre las chicas que pisan el KUN.

—Ha dicho que no ha sido Kaissa.

—Y es cierto. Está totalmente en contra de eso, pero es Sugar Baby, y ha venido a unas cuantas fiestas de acompañante.

La inspectora se sorprendió. Y la entendí. El impetuoso espíritu feminista de Sofía no cuadraba con eso para nada. Ser Sugar Baby está casi peor visto que ser político.

—¿Cómo es posible que le parezca mal ser Kaissa y bien ser Sugar Baby? —rumió la inspectora en voz alta.

—Porque son literalmente opuestas —dije tajante.

—Explícamelo, por favor.

—Unas son esclavas sexuales y las otras tiene el poder de elegir si quieren tener relaciones o no.

—Un poder imaginario.

—Te repito que Carla era virgen. Hay gente que cumple las normas.

—Lo dices como si todas fueran loables… Mira las del KUN. Ni siquiera tú respetas a las chicas que deciden ser Kaissa.

—Sí que las respeto. Pero decido personalmente quién puede entrar en el club y quién no. Es un círculo muy exclusivo, y no puede entrar cualquiera.

—Pero Carla sí cumplía los requisitos… ¿Qué pasó cuando os fuisteis de su casa juntos?

—Ya te lo he dicho: intenté convencerla de que renunciara a convertirse en Kaissa, pero no hubo manera. Y no me quedé a verlo.

—¿Le confesaste tus sentimientos hacia ella? Quizá eso la habría frenado…

—Te repito que no sentía gran cosa por ella… —remarqué mosqueado.

—Me parece que si no sintieras nada por ella no te habrías puesto así…

—Tú no lo entiendes —rezongué—. Me sentía responsable de que una chica tan dulce hubiera caído en esa trampa. No sé cómo lo hago, pero soy experto en arruinar la vida a la gente.

Me cabreé conmigo mismo por hablar de nuevo más de la cuenta. Empezaba a vislumbrar lo lista que era esa mujer, y tuve la imperiosa necesidad de cambiar de tema y recordarle quién era yo. O más bien, quién debía ser.

—Mañana irás al salón de belleza de Olga, pero eso no será suficiente, también necesitas ropa nueva. Conozco a una modista muy buena… Podríamos ir ahora mismo.

Era la primera mujer a la que veía torcer la boca después de decirle que teníamos que ir de compras.

—¿Y si a esa pobre modista le da un ataque cuando te vea aparecer con un adefesio como yo? —me picó, burlona.

Me mordí una sonrisa en los labios ante su sarcasmo.

—Es más discreta que un cura. Además, soy su mejor cliente.

—¿Dónde se habrá metido Ulises…? —murmuró pensativa. De hecho, siempre parecía estar pensando en varias cosas a la vez.

Al salir del edificio, lo encontramos apoyado en el Ibiza con los brazos cruzados mirando al vacío.

—¿Qué te ha ocurrido ahí arriba? —preguntó ella, casi enfadada.

Su compañero se puso de pie con un gesto nervioso y se frotó la cara como si quisiera volver al mundo real.

—Lo siento, es que esa chica… Dios…, ¡es igualita a Sara!

—¿Cómo que igualita?

—¡Parece su puta reencarnación, joder! ¡Casi gemelas…! Y no podía seguir en ese piso ni un segundo más… —Respiró hondo como si no le llegara a los pulmones el oxígeno suficiente.

No sabía quién era esa tal Sara. Pero la inspectora me miró en

silencio y pude leer en sus ojos un claro: «Estamos jodidos».

keira

5
El león amarillo

En el ajedrez hay dos tipos de jugadores:
los buenos y los duros.

BOBBY FISCHER

Ay, Sofía…

Alguien debería hacer un monumento a esa chica, ¡es guerrera! Lo supe por el tono que usó al decir «de rodillas». Se notaba que era de las que preferían morir de pie.

Su aparición dio un vuelco a toda la investigación al revelarnos que el duque contrata a Sugar Babies. ¡Din, din, din! ¡Premio!

Desde que noté la familiaridad con la que Sofía reprendía al magnánimo Ástor de Lerma tuve claro que iba a jugar un papel determinante en este entramado. Y no olvidemos los estragos que

causó en el pobre Ulises.

Pedí al duque que esperara en el coche mientras hablaba con mi compañero en privado, e insistí en que llamáramos a Gómez para informarle de lo que habíamos descubierto. Ya me lo imaginaba frotándose las manos, pero sobre todo, lo hice para que Ulises olvidara que se había encontrado con la *doppelgänger* de Sara.

—¡¿No me jodas?! Ya veo el titular: «El KUN, sede de explotación sexual» —celebró nuestro jefe.

—No es tan sencillo… —habló Ulises hacia el manos libres—. Ser Sugar Daddy es una práctica legal muy extendida por todo el mundo, también en nuestro país. Son hombres de mediana edad con un alto poder adquisitivo que pagan por la compañía de una chica joven y guapa. A cambio, ellos les brindan una ayuda económica para pagarse la carrera o disfrutar de toda clase de lujos materiales, como viajes, joyas, ropas… Mandaremos una petición judicial a la web para comprobar si Carla salió con alguno de los asistentes a la casa del duque el día que dejaron la nota.

—Se mire por donde se mire, ahora sabemos que la desaparecida ejercía la prostitución de lujo —ratificó mi jefe.

—Para el carro… Ellas no lo ven así —lo corrigió—. La prostitución es sexo a cambio de dinero, y ellas ofrecen solo su compañía. Se creen honorables geishas, chicas que amenizan encuentros masculinos de alto copete. Es el método de moda para socializar con *la crème de la crème* sin compromiso. De hecho, recuerda que Carla era virgen.

—Entonces ¿el sexo no está implícito en la oferta?

—Exactamente —confirmó Ulises—. Y las webs que se dedican a eso prohíben tajantemente la contratación de sexo a cambio de dinero en sus plataformas.

—Ya, ¡y voy yo y me lo creo! —se mofó Gómez.

—Quizá nos estemos equivocando y a Carla la tenga alguien que se ha extralimitado en su papel de Sugar Daddy —aventuré—. Hay que rastrear a todos los que la han contratado en los últimos meses.

—¿El duque es uno de ellos? —preguntó Gómez, suspicaz.

—Nos han confirmado que el duque utiliza la web, pero creo que no tenía ningún contrato de compañía con Carla —atajó Ulises.

—Ah, pero… ¿hay un contrato de por medio?

—¡Por supuesto! Esto no es amor, son negocios.

—Nunca veo la diferencia —añadí jocosa. Y noté que el duque me miraba desde la distancia, apoyado en su Aston Martin, como si él pensara lo mismo. ¿Cómo podía existir alguien tan atractivo?

Creo que me había oído o me había leído los labios, si no, no me explico la necesidad de anclar su mirada en mi boca de esa forma…

Aparté la vista porque no quería volver a sentir ningún tipo de conexión extrasensorial con él. Ya había sido suficientemente rara la forma de mirarme en el piso de Carla… Parecían haberle impresionado mucho mis teorías. Y él me dejó de piedra a mí al ofrecer dinero a una chica que habría cooperado gratis para ayudar a su mejor amiga.

Que Ulises la relacionara con Sara fue un «éramos pocos y parió la abuela».

Sara…

¿Su novia muerta del instituto por la que se juró no volver a enamorase de la misma forma nunca más? Sí, esa Sara.

—Idos —me ordenó Ulises, incómodo—. Necesito estar un rato a solas. Conduce tú, Keira. Me reuniré con vosotros más tarde, ¿te importa? —me suplicó con la mirada.

Odiaba verlo tan afectado, así que accedí.

—De acuerdo. El duque dice que tengo que comprarme ropa y además, quiero pasar un momento por mi casa. Te aviso luego, ¿vale?

—Vale. Gracias —respondió sin mirarme.

Ástor se sorprendió cuando fui yo la que se puso al volante del Aston Martin en lugar de Ulises.

—Cambio de planes. Mi compañero tiene que hacer un recado. Pero tranquilo, que tengo todos los puntos del carnet de conducir.

Para mí sorpresa no objetó nada, solo resopló un poco.

—¿Quién es Sara? —preguntó en cuanto arranqué; no pudo resistirse.

—No necesitas saberlo. Vamos a comprar ropa y a mi casa.

—¿Para qué tenemos que ir a tu casa? —gruñó.

«¡Hombres!». Eran expertos en cabrearme.

¡¿Tan difícil era caer en la cuenta de que necesitaba hacerme una mochila de supervivencia básica de Cenicienta para infiltrarme en el maldito baile de palacio?!

—Por lo general, mi jornada laboral es de ocho horas—aclaré displicente—, el resto del tiempo soy un ser humano normal con necesidades vitales básicas. Así que si me voy a mudar a tu casa y a tu vida durante una semana, tengo que avisar a mi familia y coger al menos mi cepillo de dientes. Si te parece bien, claro.

—Creo que es más urgente ir a ver a Mireia —convino el duque—. Es una de las mejores modistas de la ciudad. Mañana tienes que estar deslumbrante cuando supuestamente nos conozcamos en la universidad.

—¿Necesito ropa de primera clase para ir colgada de tu brazo?

—Ropa que no sean ni mallas ni vaqueros. ¿Tienes algo que no sea eso?

—¡Está bieeen! —accedí, aunque a regañadientes, al recordar los ruegos de mi jefe—. Pero vamos primero a por mi cepillo de dientes.

Hicimos el trayecto en *mute*, cada uno pensando en sus cosas. Aun así, no me pasaron desapercibidas varias miradas del duque intentando resolver mi derivada.

A los diez minutos, volvió a quejarse.

—Está bastante lejos… Tendrás que coger el coche para todo, ¿no?

—Casi siempre voy en transporte público. Comparto coche con mi madre, pero ella lo usa más que yo. Es una estupidez tener dos vehículos viviendo juntas…

—¿Vives con tu madre? —Sonó sorprendido.

—Sí, es una compañera de piso genial. Solo me lleva dieciséis años. Me tuvo muy joven.

—¿Cuántos años tienes tú? —preguntó intrigado.

—Soy bastante mayor que las chicas que te gustan…

Me miró ofendido.

—¿Eres de las que creen que hay un baremo de edad concreto para mantener una relación amorosa? Antes has defendido que el amor no puede elegirse…

—Mientras sean ambos mayores de edad, a mí me da igual. —Eché balones fuera.

—Sin embargo, Carla te parece demasiado joven para mí —afinó.

—Así es —admití.

—¿Por qué? Las apariencias engañan, ¿sabes? Es muy madura.

Me mantuve en silencio. Ese era un tema que me tocaba la fibra sensible, por lo de mi padrastro.

Cuando quedaba poco para llegar, me vi en la obligación de advertirle: —Hoy mi madre tiene el día libre. También es policía, pero es adicta a las revistas de cotilleos y si te ve colapsará. Así que será mejor que te quedes en el coche.

—Qué pena… Me moría por ver tu casa —dijo con sarcasmo.

El comentario me hizo sonreír.

Que fuera ingenioso era de agradecer. Y notar que le irritaba estar detenido más todavía.

Me detuve frente al acceso al aparcamiento de mi edificio y apagué el cochazo. Que el duque me esperara un rato vendría bien a mi ego.

—Igual me doy una ducha —añadí por fastidiar.

—¿Y decir adiós a ese recogido enmarañado tuyo tan sensual? ¡No, por favor…!

«¡Maldita sea!», pensé al soltar una risita en contra de mi voluntad.

No quería que me hiciera reír, ¡y menos a mi costa!

Me bajé del coche dudando si atestarle una última pullita, cuando un Seat León amarillo salió del aparcamiento y se detuvo justo a nuestro lado.

—¿Keira?

—Mamá… ¿Adónde vas?

—A comprar. ¿Qué haces tú aquí? Y ¿de quién es ese cochazo?

Debí de poner cara de «ups, mierda…», porque enarcó las cejas en un gesto interrogante y me esquivó para cotillear como buena sabuesa.

—¡Ostras…! —exclamó al encontrarse a un tiarrón fornido y vestido de traje de copiloto—. ¡¿Quién es ese?! ¡Está cañón…!

Se bajó del coche e intenté obstaculizarla para que el duque no la oyera.

—Mamá, no des un paso más, por favor.

—¿Qué pasa? ¿No estás trabajando?

—Sí. Es… un sospechoso.

—¡¿Y lo traes a casa?! ¡¿Estás loca?!

—Estoy atada a él por una investigación. ¿No te has dado cuenta

de quién es? —susurré expectante.

—¡Si no me has dejado mirarlo bien! Solo me ha dado tiempo a ver que se parece a Henry Cavill.

—¿Henry Cavill…? Mamá, es… Ástor de Lerma, el duque.

—¡¿Qué dices?! —Abrió mucho los ojos e intentó ver algo más.

—Mamá, para —musité, muerta de vergüenza.

—¿Es sospechoso? ¿De qué?

—En realidad, creemos que alguien quiere incriminarle. Debo estar pegada a él el resto de la semana, y tendremos que fingir que somos pareja.

—¿En serio? —Sonrió alucinada.

A mí no me hizo ni pizca de gracia su incredulidad.

—Me van a hacer un cambio total de look tipo *Princesa por sorpresa*.

Mi madre se tapó la boca, divertida.

—¿No me digas? ¡¿Cuándo va a ser eso?!

—Mañana… Esta noche tampoco dormiré aquí, mamá. Tenemos que planearlo todo y vamos a contrarreloj.

—Está bien, pero ¡mándame fotos mañana! Y llámame sin falta.

—Vale. Ahora tengo que irme, solo he venido a cambiarme de ropa y a coger lo imprescindible… Subo y bajo enseguida.

—¿Y vas a hacerle esperar en el coche? ¡Que suba, mujer! ¡Señor De Lerma, ¿le apetece tomar algo?! —vociferó como una loca.

«¡La madre que me parió!». ¡Que era ella!

Me volví para ver si ya se había largado. Pero no. Estaba ahí y… ¡se estaba apeando del vehículo!

«¡Socorro!». Me dirigí hacia ellos.

—Buenos días, señora… Gracias por la amable invitación, pero me temo que no puedo —se disculpó el duque.

—¡Joder! —exclamó mi madre al reconocerle, y se quedó embobada observándolo como habría hecho con una estrella de cine. Entre el tupé, la mandíbula de superhéroe y esas manos poderosas, la entendí a la perfección.

—Mamá… —Le apreté el brazo con disimulo.

—Perdona, cariño… ¡Es que es guapísimo! Eres guapísimo —le dijo a él con toda naturalidad—. Soy Silvia, la madre de Keira. ¡Encantada de conocerte!

—Lo mismo digo —respondió Ástor con sosegada cortesía.

—Espero que solucionéis pronto el caso —añadió repelente.

—Gracias.

—Madre mía… ¡Ulises estará celosísimo! —exclamó impulsiva.

Cerré los ojos con fuerza. «¡¿Por qué a mí, Señor…?!».

—No tiene motivos. ¡Y deja de pensar que Ulises es mi novio!

—Odia las etiquetas —susurró a Ástor, cómplice—, pero lo son.

—Seguro que entiende que se trata solo de trabajo —repuso el duque.

—Por supuesto. —Sonrió mi madre fantaseando a tope.

—Bueno… —dije dando por terminada la conversación—. Mamá, será mejor que muevas el coche, estás bloqueando el acceso al aparcamiento.

—¿Seguro que Ástor no quiere subir a tomar algo?

—No quiere, mamá —me adelanté a su respuesta.

—De acueeerdo… —Accedió al ver la súplica en mis ojos—. ¡Que vaya bien, señor duque!

«¿"Señor duque"? ¿Es correcto decir eso?». Por favor…

—Gracias, Silvia. Igualmente.

Yo sí di gracias de que regresara a su coche y no insistiera. De inmediato me volví para enfrentarme a la reprobatoria mirada del «señor duque».

—Un conversación interesante —espetó burlón.

Me recordó tanto a Ulises con ese comentario que creo que se me cruzaron los cables de la confianza y el asco indistintamente.

—No ha tenido nada de interesante.

—¡Claro que sí! Ahora sé no solo que te llamas Keira —se pavoneó—, sino también que tienes un Seat León amarillo —dijo poniendo énfasis en el color.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No, la verdad es que te pega. Lo que de verdad me sorprende es lo tuyo con Ulises… No das la impresión de tener novio.

«¡¿Perdona?!».

Y se agachó tan pancho para meter su metro noventa de músculos ducales en el coche.

Gracias a eso no vio mi cara de palurda, que le avisaba que acababa de entrar en terreno pantanoso.

—¿Y qué impresión doy? —pregunté entrecerrando los ojos y apoyándome en su ventanilla abierta. Creo que captó mi tono amenazante y comprendió que de su respuesta dependía que lo llevara de vuelta al calabozo inmediatamente.

—No sé… Pareces muy a la defensiva con los hombres como para tener novio.

Calentando motores…

—Ah, ya… ¡Pero eso solo me pasa con los que os creéis superiores a las mujeres! —Sonreí falsamente—. Ulises es de fiar. Tenemos la relación perfecta. Nos buscamos el uno al otro en época de celo, como el resto de los animales. Sin agobios emocionales.

—Lo aplaudo.

—Gracias. La monogamia es un mito. En fin, vuelvo enseguida. Mientras tanto, si no te importa… —Saqué unas esposas tan rápido que ni las vio y le coloqué una alrededor de la muñeca—. No te muevas de aquí. —Cerré la otra en el asidero del techo y le ofrecí una sonrisa sibilina a la que respondió mirándome con odio al verse retenido.

Me di la vuelta, pizpireta.

—Y yo que me moría por una cerveza… —oí a mi espalda.

Mi maldita manía de tener siempre la última palabra hizo que me volviera.

—Lo siento, pero en casa solo tengo latas… y no me perdonaría que te cortaras esos labios de tan alta alcurnia.

El corazón me dio un vuelco al verlo sonreír. Joder…

Mi madre está loca, pero no es ciega. Repito: ¡¿cómo podía ser tan brutalmente atractivo?!

—¿Sabes? No te pareces a tu madre… —dijo pernicioso—. Es muy guapa.

«¡Hachazo al canto!».

Estuve a punto de contestarle una barbaridad, pero al ver que esperaba mi reacción airada me contuve. Si algo me ha enseñado el ajedrez es a pensar antes de actuar.

Me largué dejándole con la palabra en la boca, no sin antes murmurar un «imbécil» bien audible.

Si creía que me importaba una mierda lo que pensase de mí estaba muy equivocado.

Iba distraída pensando en eso, cuando de repente algo me obligó a detenerme en seco.

Algo, no. Alguien.

Tenía delante a la última persona que esperaba ver.

Hay quienes eligen mal el día para tocarte la moral.

ástor

6
Una simple camiseta

En cada jugada que haces, muestras
un fragmento de tu personalidad.

JUAN P. MIRACCA

Ver llorar a alguien siempre me ha parecido muy violento, y más si no lo conozco de nada.

Seguí a Keira con la mirada (un nombre chulísimo, por cierto) cuando se alejó de mí y vi que se detenía a hablar con un tipo de aspecto extraño.

Enseguida noté algo inusual en su postura. Era como si temiera que se abalanzara sobre ella en cualquier momento.

Cuando él avanzó un paso y la inspectora lo retrocedió, quise, por instinto, salir del coche para ir en su ayuda, pero me encontré

esposado.

Era un tío espeluznante. Llevaba tres rosas en la mano y le goteaba sangre muñeca abajo de tanto como las apretaba, hasta clavarse las espinas. Se las ofreció, pero ella negó con la cabeza, angustiada, y él empezó a gesticular nervioso y a gritarle. Me faltó tiempo para arrancar el asidero al que estaba esposado y salir del coche.

Llegué justo a tiempo para ser testigo de cómo Keira lo inmovilizaba en el suelo con una llave básica de autodefensa.

—¡¿Qué pasa?! —grité.

La inspectora levantó la vista, asustada, como si se hubiera olvidado de mi existencia.

El hombre aprovechó la distracción para intentar incorporarse y ella volvió a bloquearlo hincándole una rodilla en la espalda con rabia. Sus ojos aterrorizados buscaron las esposas que colgaban de mi mano.

—¡Dámelas! ¡Las necesito! ¡Rápido! ¡Cógeme la llave del bolsillo!

—No las necesitas —dije, y agarré al tío con fuerza de los brazos y se los junté a la espalda—. Me tienes a mí.

Lo obligué a ponerse de pie con brusquedad y la inspectora se apartó, asombrada. Pronto rebuscó la llave en su pantalón. Hubo un leve forcejeo en el que el cabrón me manchó de sangre la camisa.

—¡No te muevas! —lo reprendí dándole una buena sacudida.

Keira se apoyó en mi brazo para abrirme las esposas; no sé cómo lo consiguió con lo mucho que le temblaban las manos.

El hombre aprovechó el momento en el que me las quitaba para intentar atacar, y ni lo pensé. Se llevó tal hostia que le faltó cielo para dar vuelvas y caer al suelo redondo.

Keira abrió mucho los ojos y, sin decir nada, se agachó para terminar de ponerle las esposas. Luego sacó el móvil y llamó a un tal Javi para solicitar que viniera una unidad.

—Kei… —farfulló el psicópata moribundo desde el suelo.

—¡Cállate, Cristian! —le gritó ella, cabreada—. No digas ni una puta palabra más —gruñó más seria de lo que la había visto nunca. Bueno, en las cuatro horas que hacía que la conocía.

—¡Keira, yo te quiero! ¿Quién es este tío? ¡No puede darte lo mismo que yo! ¡Deberíamos estar juntos! —aulló el tal Cristian.

La inspectora cerró los ojos, afligida, y me agaché sobre él.

—La próxima vez que hables, te comes el suelo sin querer.

—Yo no…

—¡Último aviso! —Lo zarandeé, agresivo—. ¡Me encantaría verte sin dientes!

Keira se alejó de nosotros como si confiase en que yo lo retendría y la vi apretarse la cabeza, sobrepasada. «¿Quién será este tío?».

No tardó nada en llegar un coche patrulla para llevárselo.

—¡Javi…! Muchas gracias por venir tan rápido —saludó ansiosa.

—¡Keira, ¿estás bien?!

—Sí, sí… Llévatelo, por favor. Que se quede allí hasta el domingo.

—¿Hasta el domingo?

—Sí. De momento…

—Tú mandas.

Cuando se alejaron de nosotros, la vi respirar aliviada.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado.

Keira se fijó en que había unas gotas de sangre en el puño de mi camisa.

—Sí. Gra… Gracias… Joder, te ha manchado. Mierda… Yo… tengo que… Si quieres… puedes…

Me dio tanta pena ver que su mente era incapaz de hilvanar una frase seguida que le facilité el trabajo.

—¿Quieres que suba contigo a tu casa?

Asintió y echó a andar hacia el portal. No nos dijimos nada en los seis segundos eternos que pasamos en el ascensor. Quería ser considerado y darle espacio.

Cuando abrió la puerta de su piso me dejó pasar, pero al cerrarla se quedó extrañamente apoyada en ella. Fue entonces cuando lo oí.

Un quejido bajo que desembocó en un sollozo fruto del derrumbe de una presa de emociones que llevaba conteniendo desde que ese tío se le plantó delante.

No sabéis lo fuera de lugar que me sentí.

Su forma de llorar era una mezcla de lamento y manifestación de alivio, un llanto tan conmovedor que impresionaría a cualquiera. Duró unos diez segundos, después se repuso y desapareció con rapidez hacia el interior de la vivienda.

Me quedé roto y sin saber cómo actuar. Apenas la conocía.

Aunque estaba empezando a hacerlo. No cabía duda de que era una mujer dura. Se había mantenido firme hasta terminar el trabajo, y una vez en la intimidad de su casa se había derrumbado dejando entrever una vulnerabilidad muy humana que trataba de esconder a toda costa.

Esa honradez hizo que me reconociera en ella sin poder evitarlo. Porque yo también había tocado el fondo de ese abismo en alguna ocasión, aplastado por el peso de las circunstancias. Pero si alguien hubiera sido testigo de ello, habría sido mi fin.

Ya no podría andar por ahí, sacando pecho y fingiendo que todo va bien, cuando en realidad vivo en mi propio infierno particular. Un infierno que se ha ido complicando a cada paso desde aquel maldito accidente.

A menudo me entran ganas de mandarlo todo a la mierda. De dejarme vencer y huir lejos, pero mucha gente depende de mí y he aprendido a mantener a raya el dolor. ¿De qué forma? Todavía no estoy listo para contároslo.

Los diez minutos en los que Keira tardó en aparecer me descubrí a mí mismo alucinando con las características de aquel espacio. Tenía la sensación de estar en otra dimensión. Era como tener un filtro en los ojos que hiciera que todo brillara menos y devaluara la calidad de los materiales, pero a la vez casi podía palparse la personalidad, el carácter y los sueños de sus inquilinas en las paredes. Y me pareció… perturbadoramente acogedor.

Cuando de pronto Keira apareció duchada, con el pelo suelto y liso, llevando unos vaqueros y una camiseta negra con el logo de los Rolling Stones, entonces el que quiso llorar fui yo.

Estaba especialmente guapa. Resplandecía como si varias auras intentasen disputarse su cuerpo. La Keira que me protegía, la que lloraba, la que podía hacerme llorar, la que podría matarme de placer… Cuando se acercó más a mí, su aroma penetró en mi nariz y empecé a salivar como cuando entras en una pastelería y acaban de sacar bollitos recién hechos. Fue inevitable… Incontrolable. Algo acojonante que mi sistema nervioso no pudo ignorar.

—¿Estás mejor? —pregunté apocado.

—Sí, bastante mejor… Gracias.

Vi que traía una camiseta azul eléctrica en la mano con la intención de que me desprendiera de mi camisa manchada.

—Esto es lo único que tengo que podría caberte.

Me la tendió y la cogí sin dudar.

—Gracias.

—Puedes usar ese baño de ahí para cambiarte —dijo, y lo señaló.

—Vale.

Al desenrollar la prenda descubrí que era una camiseta de *Dragon Ball Z* y recordé lo mucho que esa serie de animación me gustaba de crío. En una vida pasada que ya ni recordaba.

Cuando volví al salón, Keira no estaba y la esperé escudriñando viejas fotografías desperdigadas sobre los muebles.

—¿Quieres una cerveza? —Me sorprendió, ofreciéndome una lata.

—No, gracias. En realidad, no bebo alcohol.

—¿Nunca?

—No. Ya no.

—¿Por qué?

Solía poner cualquier excusa, pero sentía que le debía ser sincero después de su despliegue de emociones contra la puerta de su casa.

—Hace siete años tuve un accidente de coche por conducir ebrio… Murió una chica.

La sorpresa inundó su cara.

—Desde entonces no bebo —añadí con culpabilidad.

—¿Chocaste contra ella?

—No, iba conmigo en el coche.

Nos mantuvimos la mirada durante varios segundos, y sentí que estábamos cruzando un umbral. El de la confianza. No podía creer que acabara de contarle eso.

—El tío de antes era mi ex —me ofreció por repuesta—. Un novio que tuve en la universidad. Era un maniaco controlador y posesivo que se obsesionó conmigo y tuve que ponerle una orden de alejamiento. Hacía años que no se la saltaba… Su presencia me ha descolocado. Gracias por intervenir. Siento que hayas tenido que presenciarlo.

Creo que se refería a su desmoronamiento, no al resto.

—De nada… Oye, ¿sabes qué? —dije cambiando de tema de forma abrupta—. Lo creas o no, he encontrado una foto en la que sales guapa.

Estuve a punto de echarme a reír por la cara que puso. Se quedó

petrificada y señalé un marco. Se acercó a mirarlo con curiosidad.

—Ahí acababa de graduarme en Matemáticas —me informó.

—¿Matemáticas? ¿Y cómo es que acabaste siendo policía? Los matemáticos están solicitadísimos hoy en día. Ganan un pastón.

—Por varios factores… Mi madre es policía y siempre me contaba historias alucinantes. Eso, unido a una mala experiencia que tuve de niña, me hizo querer ingresar en el cuerpo.

La miré intrigado.

—¿Qué mala experiencia?

—Nunca hablo de ello. Prefiero olvidarlo.

Un silencio incómodo volvió a instalarse entre nosotros. Me moría por saberlo, pero no quería tensar la cuerda y que se rompiera. Teníamos que ir paso a paso.

—Lo del ajedrez cobra sentido ahora que sé que eres matemática —dije pensativo.

—Lo del ajedrez vino mucho antes, en realidad. Las matemáticas se me dan bien, pero les tengo algo de manía porque gracias a ellas empecé a odiar a la humanidad.

—¿Por qué? —pregunté casi con diversión.

Estuvo a punto de darme otra negativa, pero finalmente cedió.

—En mi clase solo había tres mujeres —comenzó a regañadientes —, y el profesor nos sacaba constantemente a la pizarra con una estúpida sonrisita diciendo: «Así todo el mundo atiende». Lo único que le faltaba era darnos una palmadita en el culo al volver a nuestro sitio. Era humillante…, pero cuando me quejé a dirección me dijeron que solo había sido «una broma», y entendí que el mundo estaba tan contaminado de estereotipos sexistas camuflados en clave de humor que jamás podremos desinstalarlos del sistema. Y así nos va.

Levanté las cejas ante su locuacidad.

—¿Eres de las que piensan que los hombres tienen un gen maléfico que les hace ser machistas por naturaleza? Seguro que a muchos chicos de tu clase también les pareció mal que el profesor hiciese eso.

—Para nada. A la mayoría le resultó muy divertido.

—¿Sabes cuál es el problema? —atajé perspicaz—. Que a los tíos nos habéis hecho creer que, en el fondo, esa palmadita en el culo os gusta.

Escuchar aquello le voló la cabeza. Casi visualicé cómo explotaba delante de mis ojos y esperé una reacción agresiva por su parte.

—Dios… —Se apretó las sienes—. ¡No sé si darte una hostia o un abrazo! Porque es así. Ese es justo el problema.

Solté una risita en contra de mi voluntad. Normalmente soy tímido con los desconocidos, pero con ella ya no podía frenarme. Me parecía muy lista. Y justa. Y…

—Casi prefiero la hostia —bromeé—. No me gusta mucho que me abracen.

De repente, me miró como si me entendiera a la perfección, y supongo que pensó: «De perdidos, al río». Hacía media hora que habíamos dejado atrás la línea que separa a un sospechoso de la agente que lo custodia al reducir a un tío juntos.

—Es que… —Se animó a volver a hablar—. Creo que has dado en el clavo. Toda la vida me han hecho pensar que si me pongo guapa estoy dando pie a algo más o permitiendo que me traten como a un objeto sexual. Por eso no me arreglo mucho, pero si no lo hago…

—Sigues siendo objeto de burla —terminé por ella.

—¡Exacto! —Abrió mucho los ojos—. Son dos caras de una misma moneda.

—Es complicado —confirmé empático.

—Más bien, es inútil. Estamos en pañales con este tema —dijo Keira, derrotista—. Antes del siglo XX, la mujer no podía ir a la universidad, ni llevar pantalón ni votar. ¿Te das cuenta del poco tiempo que es eso en comparación con la historia de la humanidad? Esa mentalidad sigue muy arraigada en todos nosotros, tanto entre los hombres como entre las mujeres, en miles de comentarios y comportamientos.

—Ya, bueno…, no es sencillo deshacerse de esa mentalidad cuando muchas chicas siguen usando su sexualidad para conseguir sus objetivos.

—Y tú contribuyes a ello alquilándolas por horas —me acusó.

—Esto no es nuevo. Chicas interesadas y superficiales atraídas por el brillo del lujo y el prestigio ha habido siempre, solo que antes no tenían nombre propio. Te puede parecer mejor o peor, pero es una actitud libre y legal.

—Es explotación sexual.

—Ellas no lo sienten así. Se trata de un beneficio mutuo.

—Ahí está el problema. La normalización de esa transacción. Que las jóvenes de dieciséis años vean vídeos con billones de visualizaciones en TikTok de Sugar Babies enseñando sus regalos y mostrando la vida que a otras les gustaría tener. ¡Lo ven como algo bueno y poco peligroso!, sin tener en cuenta la otra cara de la moneda. Porque las cosas nunca son gratis. Entran pensando que no va a pasar nada, pero termina surgiendo el inevitable momento del «pago». Y muchas se sienten atrapadas y manipuladas. Pudiendo derivar en agresiones y episodios traumáticos.

—Entiendo lo que quieres decir, pero entiéndeme tú a mí… Cuando estás en una posición como la mía no sabes si alguien está interesado en ti de verdad o es por conveniencia. La pura realidad es que nunca verás a un hombre rico solo, por muy feo o mayor que sea. Y yo no quiero que me engañen, ni engañar a ninguna chica con pretextos románticos para tener sexo con ella. En ese sentido, el concepto de Sugar Baby me salva la vida. Porque no es prostitución pura y dura. Yo pago por un servicio muy concreto, que es salir juntos sin tergiversarlo todo con sentimientos. Además, me gusta que haya un control de cuándo y con quién sale una chica. Y lo que más me gusta es que pueda elegir si desea tener sexo o no. ¡Para mí eso lo cambia todo! Una Kaissa está obligada… Debe ser sumisa y obediente. Las Sugar Babies pueden elegir. Y te aseguro que nunca he tenido la sensación de que pagaba por sexo.

—Una Sugar Baby se vende, haya sexo o no —sentenció tajante Keira.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? ¿La perversión de los hombres o la ambición de ellas? Porque la mayoría de esas chicas ni siquiera necesitan el dinero para comer, sino que aspiran a tener un estilo de vida mejor.

—Está bien ser ambiciosa, lo que me crispa es que quieran conseguirlo a costa de un hombre, no por ellas mismas.

—También hay Sugar Babies chicos.

—Me da igual, a los jóvenes les llega el mensaje equivocado. Punto.

—¿Y qué esperas de un mundo donde imperan los valores comerciales por encima de los humanos?

La expresión de su cara no me daba pistas de si me apoyaba o me detestaba, pero hacía años que no tenía una conversación tan revitalizante.

—Se hace tarde —me cortó de repente—. Será mejor que nos vayamos a comprar la dichosa ropa.

—De acuerdo.

—Estoy deseando ver la cara que pone la modista cuando te vea aparecer con esa camiseta de dibujos animados…

Las comisuras de mi boca se elevaron de nuevo.

—Yo también.

keira

7
Cuidado con el perro

Si el error no existiera, debería inventarse.

SAVIELLY TARTAKOWER

Anoche Ulises me necesitaba, por eso lo hice.

O puede que lo necesitara yo, aún no lo tengo claro.

La verdad es que me gustaba sentirle dentro de mí. Me gustaba absorber el placer que me otorgaba albergarlo y fundirnos para huir lejos de la realidad. No fue un acto romántico, sino curativo, porque ambos necesitábamos borrar todas las sensaciones de ese maldito día.

Él por Sara y yo por… No sabía ni por quién. ¿Por Cristian? ¿Por el duque? Daba igual. Por miedo. Siempre es por miedo.

Ulises me había enseñado algunas fotos de Sara en el pasado. Si bien yo la tenía desdibujada en mi mente, al parecer, Sofía y ella eran

dolorosamente clavadas. Cada vez que llegaba su cumpleaños o el aniversario de su muerte a Ulises le daba un bajón considerable y le costaba varios días volver a la normalidad. Pero ahora mismo no podemos permitírnoslo. Por eso me acosté con él anoche.

¿Lo grave? Que fue en casa del duque.

Antes de que me juzguéis, dejadme explicaros cómo terminó el día de ayer, después de que Ástor me ayudara con Cristian, mi acosador. Solo así entenderéis a qué vino ese polvo de emergencia.

De entrada, me preocupaba que Cristian pudiera desmontar mi tapadera apareciendo de nuevo en cualquier momento. Pero se había saltado la orden de alejamiento y no sería difícil conseguir otra para retenerlo en un centro especializado durante una quincena. Solo por si acaso.

Respecto a Ástor, habíamos quedado en que nos íbamos de compras. O así lo llamó él. Olvidad todo lo que creéis saber sobre tiendas de lujo, porque terminamos en un piso particular con champán del caro, sofás italianos y varias salas muy elegantes repletas de ajuares de todo tipo. Un concepto de «compras» que yo no había visto en mi ordinaria vida.

Nada más verme, una mujer entrada en años con un moño tieso lleno de canas que me recordó a la hija de Charles Chaplin me sonrió con cariño. Un gesto que me pilló totalmente desprevenida, diré.

Me esperaba a una estirada que pondría cara de culo al reparar en mi bolsa (que no bolso), en mi camiseta roquera y en mis zapatillas de deporte; es decir, al reparar en mí en general. Sin embargo…

—Así que hay que encontrar algo bonito para esta señorita tan guapa… —murmuró mirándome de arriba abajo con afecto—. ¡Pues no será difícil con ese tipo! Bonita camiseta, Ástor… Venid los dos por aquí.

Miré al duque anonadada y, a pesar de que no se permitió sonreír abiertamente, noté cierto pitorreo en sus ojos por fallar en mis premoniciones al respecto de que esa mujer le estrangularía por llevar una prenda sin marca. Y es que, nada más lejos, ¡esa mujer era el propio sol! Además, se notaba que el duque la adoraba por la delicadeza con la que la había saludado, con una amabilidad entrañable que te hacía desear que te tratara de igual modo.

—Mireia, la señorita Ibáñez necesita ropa para una semana —

comenzó él—. Asistiremos a varias fiestas, a partidas de ajedrez, a cenas en sitios elegantes y… a una comida con mi madre —dijo con aprensión.

«¡¿Su madre?! Un momento… ¡No me pagan tanto!».

—Ya veo —contestó la modista dirigiéndose a una habitación más grande que las anteriores en la que vi burros de metal llenos de opciones coloridas con una largura hasta el suelo—. Empecemos por los vestidos de noche… Pruébate este, querida, es una delicia.

Dejó la prenda sobre un puf de terciopelo morado y siguió rebuscando entre una infinitud de posibilidades.

La «delicia» era un vestido rojo demasiado provocativo para mí. Con todo, no iba a protestar a la primera de cambio. Además, cuanto antes acabáramos, mejor.

Vi que el duque se había quedado a un lado echando un vistazo en el apartado masculino en busca de algo que sustituyera la camiseta. ¿Qué debía hacer? ¿Pedirle que se marchara de la estancia porque me daba vergüencita desnudarme en su presencia? Prefería que se la diera a él.

Así que, ni corta ni perezosa, me desabroché el pantalón y me lo bajé. Luego voló mi camiseta. Nunca había visto la diferencia entre estar en biquini o en ropa interior de algodón. ¿Hay alguna? Mismo trozo de tela tapando mismo trozo de piel.

Cogí el vestido e intenté desentrañar cómo meterme en él. Podía resolver un cubo de Rubik, pero aquello me superaba. ¡Tenía un forro laberíntico y le faltaba una manga!

«¿Por dónde se supone que…?».

—No sé cómo va esto —gimoteé. Y los dos se volvieron hacia mí al instante.

Mireia no dio importancia a mi desnudez, pero la cara del duque se desfiguró por completo. ¿Es que nunca había visto una derivada en ropa interior?

—Esperaré fuera… —murmuró antes de esfumarse atormentado.

«¡A buenas horas, mangas verdes!». Puse los ojos en blanco.

—Yo te ayudo, querida —dijo la mujer viniendo a mi rescate. Cogió la prenda y la ordenó—. No puedes llevar un vestido así con este tipo de lencería. ¿Tienes algo de encaje?

—*Nop*…

—Tranquila, ahora te traigo unos conjuntos. —Me guiñó un ojo.

Cuando los vi, me hizo gracia el nombre de la marca, Agent Provocateur, y me esforcé por no hacer ningún chiste al respecto.

Nos llevó más de una hora elegirlo todo. Zapatos, bolsos, cinturones… Juro que se me hizo eterno, pero admito que Mireia era un remanso de paz colmado de paciencia. Además, algunas prendas eran increíbles.

—Hemos terminado, Ástor —le comunicó cuando los tres nos reunimos de nuevo.

El duque le cogió con delicadeza sus manos apergaminadas, y me dio una envidia que casi me muero. Vaya manos tenía… No quería ni imaginarme la mirada de borrego que debía de estar poniendo cuando él buscó mis ojos.

—¿Todo bien?

—Eh… Sí, sí —contesté disimulando mi pequeña perversión.

Tenía mis quejas porque no hubieran incluido ni unos vaqueros en el paquete, pero cuando lo sugerí, la modista negó vehemente con la cabeza, alegando que a Ástor no le gustaban; parecía conocerle bien y, en el fondo, mi misión era no levantar sospechas.

—Mireia, ¿me lo envías todo a casa, por favor? —le suplicó él con dulzura. Ya no llevaba la camiseta, sino una camisa azul claro que le quedaba como un guante.

—¿A tu casa? —La modista sonrió levantando una ceja astuta. Imagino que se preguntaba qué había entre nosotros realmente—. Está bien…

Me llevé un conjunto aparte para ponérmelo al día siguiente a primera hora de la mañana.

Cuando nos subimos al coche expliqué a Ástor que Ulises me había enviado un mensaje diciendo que nos esperaba en su chalet para hacer guardia por si volvía su hermano.

—Entonces ¿vamos a mi casa? —preguntó esquivando mi mirada.

—Sí. —Me quedé observándolo para ver si me miraba, pero seguía sin hacerlo.

«Seguro que le ha horrorizado el *piercing* de mi ombligo», pensé.

Durante un rato reinó un silencio salpicado de suspiros incansables por su parte, hasta que se decidió a iniciar una conversación.

—¿Has sacado algo en claro sobre Carla hoy?

—Lo único que he sacado en claro es que tú no has sido.

Ahí sí me miró fijamente.

—¿Acaso lo dudabas?

—Te sorprendería cómo es la gente… Esto lo ha hecho alguien muy cercano a ti. Por supuesto, tú eras el primer sospechoso. No descartaba que lo hubieras hecho sin ser consciente de ello.

—¿Y qué te ha llevado a la conclusión de que no estoy loco?

—Tu forma de argumentar lo indefendible. —Me encogí de hombros—. Lo haces de un modo tan cortés y empático que pareces hasta respetable. Pero no te hagas ilusiones, solo es una sensación. Pronto tendré más pistas.

—¿De dónde las sacarás?

—Necesito examinar los lugares donde aparecieron las notas.

—¿Crees que vas a encontrar alguna huella?

—No, pero quiero estudiar el recorrido que tuvo que hacer el autor para dejarlas allí y revisar las grabaciones de las cámaras. Sobre todo las de la universidad.

—Eso ya lo hice yo. No se ve nada ni a nadie sospechoso.

—Entonces fue alguien que conocía muy bien el lugar y que no levantó tus sospechas. Alguien acostumbrado a deambular por el edificio…

Noté que esa observación lo dejaba intranquilo, pero disimuló.

—Mañana, cuando termines en el salón de belleza, será casi mediodía. Querías reunirte con Sofía, lo sé, pero después podemos ir a mi despacho de la universidad y te enseño donde apareció.

—¿Mediodía? ¡No me asustes…! ¿Tanto tienen que arreglar en mí?

El duque se quedó callado, así que insistí un poco.

—Debo de ser el monstruo del lago Ness si necesito tantas horas…

—¿Buscas que te diga que no eres fea? —atajó directo.

—No, solo me gusta torturarte recordándote que has sido muy maleducado esta mañana por haberlo sugerido.

—Únicamente he dicho que no pegábamos. Y aún lo pienso.

—Claro, no pegas con alguien que no haya pasado por una cirugía plástica, ¿no?

Me pareció ver un conato de sonrisa en esa boca perfecta.

—Keira… —Mi nombre en sus labios me provocó una ola de placer desconocida—. Por muy guapa que te pongan, no bastará. Tu actitud romperá ese espejismo en segundos si no aprendes a fingir modales.

—¿Y cómo tengo que actuar para que no noten nada?

—Ya te lo dije: necesitas ensayar una mirada muy concreta.

—¿Qué mirada?

—Una que revele que tienes mucho que aprender todavía.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído.

—Ya veo el titular: «Ástor de Lerma declara “Para que una chica me enamore, tiene que parecer tonta perdida”».

—No es eso —refutó cansado—. Hablo de inocencia.

—Ah, ya lo pillo.

—¿Seguro?

—¡Claro! Si quiero, puedo ser muy inocente y desvalida.

—Demuéstralo. Finjamos que acabamos de conocernos. Si te digo: «Hola, soy Ástor de Lerma, encantado…», ¿qué responderías?

—Diría: «¡Oh, señor De Lerma, dichosos los ojos! El placer es todo mío… —Puse voz sensual—. ¿Puedo besar su anillo… o lamerlo?».

—Mal.

—¡¿Qué quieres que responda?! Pues te diría: «¡Hola!», y ya está.

—Mal otra vez. Un «hola» es demasiado coloquial. Deberías limitarte a decir: «Igualmente. Yo soy Keira», y luego quedarte callada.

—Callada, ¿por qué?

—Para parecer comedida.

—¿Aburrida?

—Recatada.

—Creo que ya sé cómo te gustan las mujeres: que molesten lo menos posible.

Ástor resopló.

—Me gustan prudentes y que no se hagan las graciosas.

—Pues nada, me convertiré en doña Palo Metido por el Culo.

—¿Podrás conseguirlo? —preguntó esperanzado.

Su expresión desesperada me provocó la risa, y lo descubrí sonriendo para sí mismo. Un momento, ¿sabía bromear?

Empezaba a entender que su humor era mucho más sutil que el

mío. Algo muy exclusivo solo reservado para un puñado de personas capaces de captarlo. ¡Y yo era una de ellas! Su mente era un pozo de secretos que me apetecía dragar a fondo.

Al llegar a su casa, nos encontramos a Ulises apoyado en la verja.

—Pinta mal, Kei —me saludó abatido en cuanto nos bajamos del coche—. Creo que el tal Héctor, el hermano, se ha largado a un país sin extradición.

—Que no… —rebatió Ástor molesto—. Déjame llamarlo otra vez. Dadme mi teléfono —me pidió.

Casi había olvidado que lo tenía yo. Se lo di y se lo acercó a la oreja para escuchar los tonos.

—¡Thor! —exclamó de repente, sorprendido—. ¡¿Dónde estás?! ¡Llevo todo el día llamándote!

Ulises le indicó con un gesto que accionara el manos libres, y el duque obedeció con rapidez.

—… barco de Miguel Ángel. ¡Es impresionante, tío! Te dije el otro día que me había invitado hoy a venir. Hemos volado hasta Ibiza con su jet, pero vuelvo mañana.

—¡Ah, sí, sí…! Ya no me acordaba —lamentó el duque cerrando los ojos con fuerza—. Pues nada…, pásalo bien. ¡Y cuidado con el mar!

Ulises vocalizó la palabra «ubicación» señalando el teléfono.

—¡Descuida, hermanito! ¡Lo haré! ¿Todo bien por ahí?

—Sí, sí…, todo bien —farfulló Ástor, renuente—. Oye, mándame tu ubicación para ver en qué zona de la isla estáis.

—¡Vale! ¡Hasta mañana, As!

—Hasta mañana —repitió aturdido, y colgó.

—¡¿Que no te acordabas?! —exclamó Ulises con incredulidad.

—¡Pues no! ¡He tenido un día de locos! Desde que me habéis detenido esta mañana, no he podido pensar con claridad.

—Me pregunto si alguna vez lo haces.

Ástor estaba a punto de encararse con Ulises cuando tuve una epifanía que cortó de golpe la airada discusión que se avecinaba entre ellos.

—¡Eso es lo que quiere el tío que ha hecho esto…! ¡Distraerte!

En ese instante, el móvil de Ástor sonó y comprobamos que la localización era correcta. Su hermano estaba en un punto del

Mediterráneo cercano al islote mágico de Es Vedrá.

—Esto es la hostia… —bufó Ulises, cabreado—. ¡Podrían estar lanzando al mar el cuerpo de Carla en este momento!

—¡Pero ¿qué dices…?! —bramó Ástor, alucinado—. ¡¿Eres así de imaginativo siempre o es que hoy se te ha ido la pinza en mi honor?!

—¡¿Te crees que va a ser tan fácil engañarnos?! —gruñó Ulises acercándose a él para hablarle a cinco centímetros de su cara—. ¡Igual a ella la tienes cegada con tus pectorales y tus pijadas, pero a mí no!

—¡Ulises…! —exclamé sorprendida y enfadada—. ¡Tranquilízate, joder! ¡¿Quién da la ubicación exacta de donde arroja un cuerpo al mar?! ¡Son ricos, no tontos!

—Voy a ordenar que alguien vaya a detenerlo inmediatamente —amenazó Ulises con rudeza—. ¡Nos están vacilando, Keira!

Miré al duque llena de dudas, pero él negó con la cabeza vehemente.

—Ulises… —Intentaba calmarlo. Sabía que lo de Sara lo tenía muy alterado—. Le ha dicho que volverá mañana. Vamos a esperar, así podrás presenciar esa conversación privada entre los hermanos cuando Ástor le pregunte por Carla. ¿No es lo que querías?

—¡¿Y si no vuelve?! ¡¿Has pensado en eso?!

—Haz que le sigan —sugerí—, pero de lejos. Que no lo detengan.

Mi compañero se lo pensó durante unos segundos y cedió.

—Vale. Bien. Vámonos ya, hay mucho que organizar todavía —murmuró molesto, y fue a subirse al coche, pero el duque lo frenó.

—Esperad… ¿Adónde vamos ahora?

—A un piso franco —respondí—. Trabajaremos en el caso y dormiremos allí.

—¿Por qué no nos quedamos en mi casa? —propuso con cautela—. Estaremos más cómodos.

—No es buena idea —murmuró Ulises, reacio.

—Puedo enseñaros dónde apareció la nota y lo que captaron las cámaras el día de la fiesta… Ver mi casa hará que me conozcáis mejor.

Se hizo el silencio mientras Ulises y yo intercambiamos una mirada.

—Yo preferiría quedarme —insistió Ástor ante nuestras dudas.

—Estaría bien ver esas grabaciones —dije a Ulises—. Y podremos echar un vistazo a la habitación del hermano antes de que vuelva.

—Vale, coge todo. Nos quedamos aquí —accedió mi compañero.

Ninguno de los tres previó lo que pasaría bajo su techo.

Un cúmulo de detalles morbosos fueron los responsables de levantar una ola de lujuria que, más tarde, nos rompería en la cara.

Para empezar, el chalet del duque era una orgía arquitectónica con los mejores materiales situada en una ostentosa urbanización de lujo. Un lugar en el que yo nunca viviría cómoda por si algo se rompía o se manchaba, o, cruzaba los dedos, por si me perdía en su océano de metros cuadrados.

Guardaba una línea elegante y vanguardista en tonos de madera oscura, cristal y acero, en consonancia con el aura del duque, pero la habitación de Héctor de Lerma, su hermano, nos sorprendió para bien. No tenía nada que ver con el resto de la casa. Era un espacio cálido, lleno de color y atiborrado de cachivaches y fotografías muy reveladoras. En ellas aparecía un duque mucho más joven junto a su abogado y más amigos haciendo todo tipo de actividades divertidas en la montaña, en la playa, de fiesta… Y también había muchísimas fotos de ellos relacionadas con el mundo de la equitación.

—¿Te gustan los caballos? —pregunté interesada.

—Me apasionan —corrigió Ástor—. Siempre los hubo en la finca de la familia, y hace años la convertí en una escuela oficial de equitación en la que me implico todo lo que puedo. También nos dedicamos a la crianza de purasangres. Es un buen negocio —aclaró para rebajar su nivel de entusiasmo.

Seguimos empapándonos de instantes de su vida hasta que vi una foto que me dejó sin respiración. Era Ástor con gafas de sol sentado en la arena con los codos apoyados en las rodillas, con pantalón corto y una camiseta holgada de tirantes que dejaba entrever un brazo completamente tatuado.

«Dios santo…».

Y lo que me ponen los tíos con tatuajes, ¿os lo he contado?

Sentí que si tragaba saliva empezaría a correrme viva.

—¿Y estos tatuajes? —preguntó Ulises cuando me pilló babeando por la fotografía en cuestión.

—Me los borré casi todos con láser.

—¿Por qué? —insistió Ulises.

Yo no podía hablar. ¡Esa imagen me perseguiría de por vida!

—Se llama madurar —repuso el duque, desabrido.

Ulises y yo nos miramos extrañados. Era como si de verdad se creyera esa patraña, en vez de admitir que tuvo que hacerlo por imagen cuando aceptó representar el ducado de Lerma.

El resto de la casa era frío y minimalista, como él, pero la habitación de Héctor tenía mucho que contar. Al parecer, en otra época, Ástor sabía sonreír. Y era una de esas sonrisas que te robaban el aliento.

En ese momento, odié haber descubierto esa parte de él. Como si no fuera ya lo bastante atractivo… A un nivel odioso. Además, había una frase escrita en el aire que no dejaba de dar vueltas sobre mi cabeza desde que Ulises la había pronunciado: «La tienes cegada». Aunque no sé si me cabreó más esa frase o las coletillas que añadió después: «con tus pectorales» o «con tus pijadas».

Mi primer impulso fue encolerizarme, pero me lo pensé bien y caí en la cuenta de que el comentario apestaba a celos, como había señalado mi madre.

Sin embargo, no era lo único. También estaba Sara… Su recuerdo había vuelto con fuerza a la mente de Ulises, evocando la pérdida. Y el miedo a perderme a mí también a manos del duque le agobiaba por momentos. Ulises me conocía muy bien y se había percatado de mi nerviosismo, nacido del afable y desconcertante comportamiento de Ástor en el rato que estuvimos solos.

Por mucho que me dijera a mí misma que se trataba de una reacción física normal de atracción hacia un cuerpo masculino sin parangón, había algo más… algo invisible apoderándose de sonrisas furtivas involuntarias, de conversaciones existencialistas inevitables y de una extraña e íntima complicidad que escapaba a nuestro control y que podía traernos muchos problemas.

El vértigo de que Ástor empezara a gustarme era real. Ya se sabe: no cuesta nada encariñarse con alguien que acude en tu ayuda para salvarte de un acosador que se presenta en la puerta de tu casa. De todos modos, no fue solo ese vértigo el que hizo que me lanzara directamente a los brazos de Ulises esa noche, sino un excitante encuentro nocturno que había tenido lugar poco antes entre Ástor y yo en su cocina.

Pero no quiero adelantarme. Todo empezó cuando nos encerramos

en su despacho durante horas, tiempo en el que no dejamos de hacer esquemas y anotaciones sobre sus conocidos. También sobre el funcionamiento del club KUN, a saber: su logística, los requisitos para ser socio, la lista completa de afiliados, qué actividades se realizaban en él y si era totalmente privado o podían entrar personas ajenas aparte de los socios.

Mi compañero parecía muy impresionado con su obsesiva organización, y el duque acabó de metérselo en el bolsillo cuando Ulises revisó sus obras benéficas y vio que estaba al frente de una organización sin ánimo de lucro que ayudaba a mujeres víctimas de la violencia de género. Súmale las becas, los concursos y las donaciones cuantiosas de las que era benefactor en otros campos.

Los tres formamos un buen equipo y fuimos eficientes a la hora de confeccionar una lista de sospechosos que cada vez se reducía más. Íbamos por buen camino, lo único que no encajaban eran mis ganas de enterrar los dedos en el alucinante pelo de Ástor.

La proximidad de su cuerpo era muy difícil de ignorar, sobre todo cuando mi brazo rozó accidentalmente el suyo y la electricidad que se disparó en mis venas fue recibida por unos ojos azules que estaban llenos de… de algo prohibido que me provocó un aleteo en el bajo vientre.

A partir de ese instante ya no pude concentrarme en otra cosa que no fuera el punto donde nos habíamos tocado. Lo sentía como el epicentro de un terremoto interno devastador. En resumen, estaba cachonda.

Él parecía percibir esa turbación y en un momento dado se me quedó mirando fijamente como si quisiera que confesase. Fue de película. El típico instante en el que alguien se siente observado y de pronto vuelve la cabeza despacio para encontrarse con una mirada abrasadora. Me taladró durante un segundo con sus iris aristocráticos y, acto seguido, los desplazó hacia mis labios. Fue tan rápido que pensé si no me lo habría imaginado.

Con el paso de las horas, sus descaradas miradas convirtieron el inofensivo aleteo inicial de mi bajo vientre en la película *Los pájaros* de Hitchcock.

—¿Qué tal comprando ropa? —nos preguntó Ulises, interesado—. ¿Te quedaba bien, Keira? ¿Está todo listo?

—Le quedaba muy bien. —El duque de Lerma se adelantó a mi respuesta.

Subí las cejas, sorprendida porque en realidad no me había visto con nada. Ulises me miró interrogante ante mi cara de circunstancias.

—Sí, sí… ¡Todo listo! —afirmé, aunque sonó como si le ocultara algo. ¿Lo hacía?

Hubo un silencio extraño y el duque cambió de tema.

—Hay algo que me preocupa… —empezó con cautela.

—¿Qué es? —pregunté.

—Todo el plan se basa en que ganes una partida al presidente del club de ajedrez. ¿Y si fallas? ¿Y si no tienes el nivel? Podríamos jugar una partida ahora mismo para comprobarlo.

Ulises y yo nos miramos confiados y me dejó hablar a mí.

—No hace falta.

—Yo creo que sí —insistió Ástor, tozudo.

Su tono pedante me crispó un poco.

—Es lógico que no confíe en ti —lo defendió Ulises—. Por lo que he podido ver, es un controlador nato y no te conoce, Kei.

—Pues tendrá que aprender a confiar en mí —zanjé.

—¿Cómo puedes ser tan obstinada? —me presionó Ástor.

—Termina la frase, vamos —contesté—. ¿Por qué no añades: «… siendo una mujer?». Si fuera un hombre, no dudarías tanto de mí, ¿a que no? ¿Qué quieres saber? Tengo mis estrategias pensadas. Si se enroca, retrocederé un alfil y atacaré H7. O haré un tren dama torre desde D3 o colocaré un peón en C4 y bloquearé a sus caballos. Si todo eso no funciona, me apoyaré en una estructura de peones y buscaré sus casillas débiles. También puedo sembrar el caos en la fila seis o colocarle una torre en casa para que avance su rey. ¿Te vale con eso?

El duque me miró impresionado, y sentí la fuerza de un oscuro deseo haciendo añicos su disimulo ducal.

—Me vale —farfulló.

Percibir la excitación en su voz me puso cardiaca.

Fui incapaz de pegar ojo cuando, sobre las dos de la madrugada, Ástor nos instaló en una habitación de invitados provista de dos camas separadas.

Sabía que Ulises tampoco dormía por el ritmo de su respiración, pero me levanté a… No sé a qué. A husmear, supongo. Ástor había

estado fisgando a sus anchas en mi casa, así que hacer lo mismo me pareció lo justo.

Quería buscar una foto en la que saliera feo y señalarla con maldad.

Avancé por el pasillo despacio sin encender ninguna luz.

—Buenas noches… —Su voz profunda hizo que me detuviera bruscamente en mitad de la oscuridad.

—Joder, ¡qué susto! —le reñí bajito—. ¿Te crees Drácula? ¿Duermes aquí colgado boca abajo?

—No. —Noté su sonrisa sin verla—. Solo iba a por algo de beber.

—¿Un poco de sangre? —bromeé.

Ástor avanzó hacia un haz de luz azulado que entraba por un ventanal, dejándose ver por fin.

«¡Por el amor de…!».

Su imagen me fundió el cerebro y no pude terminar la frase en mi cabeza.

Llevaba… ¡nada! Solo un maldito pantalón, ¡pero nada cubriendo esos dichosos pectorales que, por lo visto, me tenían cegada! El pantalón era negro, suave y de pernera ancha, tipo yoga, y cubría sus vergüenzas de forma que dejaba entrever que no llevaba calzoncillos.

«¡No mires hacia la luz!».

Sobre su pecho brillaba una cadena plateada de la que colgaba un ojo de la providencia encerrado en un triángulo equilátero. Si me hubieran dicho que era un dios recién salido del Asgard, me lo habría creído.

Su pelo mojado, efecto recién duchado, enmarcando unos ojos azul oscuro, me dejó catatónica. Por no hablar del tatuaje redondo de su hombro, que demostraba que no se lo había borrado del todo y evidenciaba que todavía quedaba una parte salvaje en su interior.

«¿Quedaría muy fuera de lugar que me desmayara ahora mismo?».

Pestañeé para recuperar la dignidad, si es que la expresión de mi cara podía rescatar siquiera la apariencia.

Debía de estar acostumbrado a que las mujeres lo miraran al borde del desmayo, pero yo, desde luego, no estaba acostumbrada a sentirlo.

Mi indumentaria era muy básica: una camiseta negra de tirantes de licra y un pantalón largo de pijama de cuadros negros y rojos.

—¿Necesitas algo? —preguntó solícito.

«¡A ti!», gritaron mi hormonas al unísono.

Carraspeé, dándome tiempo para sujetar mi lengua llena de baba.

—Agua, tal vez…

—Ven por aquí.

Lo seguí, abochornada, intentando hacer una RCP a la única neurona que me quedaba viva.

De pronto se volvió hacia mí y dijo:

—Cuidado con la…

Pero yo ya volaba hacia sus brazos.

¡¿Qué clase de sádico había colocado una alfombra allí?!

Por suerte, Ástor me sostuvo antes de que mis labios besaran su espléndido suelo. En vez de eso, besé algún punto de su torso cuando mi frente aterrizó sobre su duro esternón y mis pechos se apretujaron contra sus costillas flotantes. Ahí es nada.

Me sujetó por donde pudo y me separó de su cuerpo a toda prisa. Aun así, el daño ya está hecho. Su irresistible olor y la cálida temperatura de su piel ya habían devastado mi organismo.

Nunca había sentido una atracción tan fuerte por un hombre. Me faltó un pelo de gamba para abalanzarme hacia su boca.

—… alfombra —completó la advertencia, como si todavía sirviera de algo.

—Perdón, yo…

No sabía hacia dónde mirar. ¡Mi boca había rozado su piel desnuda!

—Tranquila, es bastante habitual. Todo el mundo tropieza con ella.

—Entonces ya te habrán dicho que no eres nada «acolchable» —bromeé para rebajar la tensión. Ástor me dedicó media sonrisa que hizo que me ardiera la sangre—. ¿Haces mucho deporte?

—Un poco.

—Esta dureza no se consigue con «un poco».

—Vale. Me machaco a diario en el gimnasio. Si no, creo que explotaría… Es mi forma de liberar tensiones.

Me extrañó que tuviésemos eso en común.

—Lo entiendo. A mí me gusta correr en la cinta. Me ayuda a relajarme. Creo que fui hámster en otra vida.

Su sonrisa se ensanchó tanto que le vi hasta los empastes.

«Dios mío… ¡Menuda sonrisa!». Creo que ambos escuchamos tensarse la cuerda del arco de un jodido ser volador que se había propuesto amortizar sus pañales cagándola a lo grande.

Nos alejamos casi a la vez, como si no nos responsabilizáramos de lo que haríamos si permanecíamos un segundo más tan cerca.

—Ven —me urgió, y se adentró en la cocina.

Encendió una luz led que dotaba a la encimera de un resplandor lineal muy sutil. Igual pensaba que la iluminación indirecta disimulaba el hecho de que iba sin camiseta, pero a mí no se me olvidaba. Sin embargo, gracias a eso pude apreciar varias cicatrices perfectamente ordenadas bajo su ombligo. ¿Cómo se las habría hecho? Eran demasiado rectas.

Cogió un vaso de cristal, apretó un pulsador de la nevera para llenarlo con agua fría y me lo ofreció.

—Gracias —murmuré.

Bebí para apaciguar mi garganta; debía de ser lo único seco en mí.

Sus ojos supervisaron el movimiento, y deseé que me estampara contra la nevera y saqueara mi boca a fondo.

«¡Basta!», me grité mentalmente, sorprendida.

No podía seguir por ese camino. Me sentía como si alguien me estuviera empujando hacia el borde de un precipicio sexual, y todavía nos quedaba mucho trabajo por delante. ¡Más bien, todo!

—Pues buenas noches. —Intenté huir.

—Keira…

La manera en la que pronunció mi nombre me puso la piel de gallina. Era como si no quisiera que la sensación que nos sobrevolaba se esfumara.

—¿Qué?

—Hoy hemos hablado mucho sobre mí, pero apenas sé nada de ti, y si vamos a pasar por ser pareja tenemos que intimar. ¿Podrías contestarme a algunas preguntas personales?

La propuesta me dejó fuera de juego.

—¿Qué quieres saber?

—No sé… Lo básico. Ni siquiera sé cuál es tu película favorita.

Esa argumentación me hizo gracia.

—Te vas a reír cuando te la diga. Es *Titanic*.

—¿*Titanic*?

—Sí… La vi siete veces en el cine.

—¡¿Siete?! —Soltó una minicarcajada que me encantó oír.

—¿Y la tuya?

—La mía es *Gladiador*. «Los que van a morir te saludan».

—Buena elección. ¿Qué más quieres saber? —Me animé—. Podríamos coger un cuestionario de internet con una lista de las quince preguntas indispensables para conocer a alguien o algo así.

—Vale… Espera aquí. Voy a por mi móvil y vuelvo enseguida.

Que se fuera me permitió fijarme en su formidable espalda y vi que el tatuaje del hombro continuaba hacia atrás en forma de ola de mar.

«Por el amor de los surferos…».

Qué espalda. Qué perfección. ¡Qué hombre…!

Me pasé el minuto que tardó rezando para que se hubiese puesto una camiseta, pero no hubo suerte.

Contesté a todo tipo de preguntas banales, como «¿Playa o montaña?», a las que lo obligué a responder también, y me reí cuando me confesó que su mayor fobia o manía eran las piscinas.

—¡¿Por qué?! ¡A mí me encantan!

—Les tengo pánico. Una vez lo pasé muy mal en una y desde entonces no me sumerjo ni en la bañera.

—¡Eso es muy raro! —me mofé.

—¿Te parece normal tener miedo a las vacas? ¡Si son adorables!

—Sí, claro… ¡Hasta que te aplasta una! Matan a más gente al año que los tiburones, ¿lo sabías?

Casi se cae del taburete del ataque de risa que le entró. Era un lujazo verlo así.

—Si no me crees, búscalo en Google —dije cruzándome de brazos.

Mi turno de reírme llegó cuando me contó que tenía un TOC numérico de puntuar todo del uno al diez.

—¿Cómo? ¿Pones nota a todo?

—Hasta a las meadas matutinas.

Me mondé de risa. No le creía capaz de decir algo así.

—Y… ¿qué nota me has puesto a mí?

—No pienso decírtela. —Sonrío calculador.

—Entonces ¿ya me la has puesto?

—Te he dicho que se la pongo a todo.

—¿Y a Ulises?

—Siete y medio.

—¡Se lo pienso decir! —Lo amenacé con el dedo, divertida—. Y te partirá esa cara de nueve que tienes.

—¿Crees que soy un nueve? —Sonrió perverso.

—Sí, pero jamás sabrás por qué te he quitado el punto que te falta para el diez… —Le sostuve la mirada.

Fue muy divertido hasta que llegó la pregunta «¿Cuál ha sido el peor momento de tu vida?».

—Es demasiado personal. —Me cerré en banda.

—De eso se trata. Tú sabes cuál fue el mío: el accidente en el que murió aquella chica… Y yo quiero saber el tuyo. Es lo justo.

Guardé silencio. No se lo había contado nunca a nadie. Ni siquiera a Ulises.

—¿Tiene que ver con las razones que te llevaron a hacerte policía? —curioseó.

—Sí. Y supongo que tiene mucho que ver con mi forma de ser en general —contesté apocada.

—Por eso mismo necesito saberlo.

—Fue un caso entre miles de… de abuso sexual infantil intrafamiliar.

Su cara cambió al momento. El humor se esfumó y solo quedó incredulidad.

—No jodas…

—Fue mi padrastro. Yo tenía catorce años… Tuve suerte y no llegó a violarme, pero el trauma me lo llevé igualmente. Entre que mi padre me abandonó al nacer, mi padrastro me acosaba sexualmente y mi novio de la universidad se obsesionó conmigo, no me quedó mucha fe en los hombres ni en las relaciones amorosas. Diste en el clavo por completo, estoy a la defensiva, pero tengo motivos de sobra para estarlo.

—Ya lo veo.

—Por eso no me gusta pensar que doy pie a nada con mi aspecto. Por eso odio tener que pasar por un centro de belleza para que resulte creíble que pueda gustarte —murmuré apartando la vista.

Se hizo un silencio atronador. Y pensé que deberíamos retroceder

varios pasos en sinceridad antes de que fuera demasiado tarde.

—Lamento que te pasara eso —dijo apenado, y movió la mano para colocarla sobre la mía.

«Vale… ¡Ya es demasiado tarde!».

La aparté bruscamente y fue como si Ástor despertara de golpe de ese maligno trance amistoso.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. —Se levantó de repente.

—Vale… Oye, ¿no querías agua tú también? No has bebido nada.

—Ah, sí.

Cogió otro vaso y repitió la misma jugada de antes con la nevera.

Cuando emprendimos el camino de vuelta dijo a tiempo:

—Cuidado con la alfombra maldita.

Le sonreí.

—Ya no se me olvida. Gracias por cogerme antes al vuelo.

—Cuando quieras lo repetimos —bromeó.

Llegamos al punto del pasillo donde yo tenía que tirar hacia un lado y él hacia otro, y no sé cómo debí mirarle, pero hubo un *impasse* en el que ninguno de los dos quiso moverse por si… «¡Por si nada, joder!».

—Buenas noches —musité muy digna rechazando lo que leía en sus ojos.

¿Qué era? ¿Un último apretón de manos? ¿Un abrazo? ¿Un «lo siento» en nombre de todos los hombres? Me negué a averiguarlo y me alejé de la tentación echando leches. Solo esperaba que algún día me diera la risa por haber fantaseado siquiera con que pasase algo entre Ástor y yo.

Cuando llegué a la habitación encontré a Ulises sentado en su cama. Parecía abatido. La expresión de su cara me impulsó a acercarme a él y, sin decir nada, apoyó su frente en mi vientre. Seguía pensando en Sara, fijo.

Le acaricié el pelo para consolarlo. Y el resto… El resto fue solo miedo, ya os lo he dicho.

keira

8
Empieza el juego

El momento más importante de la partida
es el primer movimiento del alfil.

SAVIELLY TARTAKOWER

Hoy.
Jueves, 12 de marzo

Tras el polvo con Ulises, el sueño poscoital ha sido la mar de reparador, sobre todo a nivel mental. Me he reseteado, y Ástor parece haber hecho lo mismo porque ni nos hemos mirado durante el desayuno. Ni siquiera sé cómo va vestido.

Nuestra extraña afinidad de anoche ha desaparecido, y menos mal.

Estaría de peor humor por la mañanita que me espera en el centro de estética, pero alguien nos ha preparado un desayuno increíble con unos deliciosos minicruasanes y café recién hecho; todo amenizado con la semiausencia del duque. Es lo menos que podía hacer por someterme a una tortura insultante en el salón de belleza para convertirme en… No sé cómo acabar la frase, porque, diga lo que diga, sonaría fatal.

Decidimos ir al Mademoiselle en dos coches porque el duque llama demasiado la atención y es mejor que nadie nos vea juntos hasta que nos conozcamos oficialmente. Él llegará antes al salón con su nuevo escolta privado, Ulises, y yo lo haré después, sola. Me viene de perlas perderle de vista otro rato.

Ulises y Ástor se marchan y yo hago tiempo en el coche.

Llevo puesta mi ropa de ser humano normal; no quiero estar toda la mañana incómoda. El atrezo de Superwoman está en una bolsa.

Cuando llego a la dirección indicada, encuentro un local con una impactante cristalera negra opaca. «Mal rollo».

No puede ser casualidad que la puerta pese una tonelada; será para atrapar a los pobres clientes que intenten huir de sus rituales de dolor.

Una vez dentro, el ambiente cambia de forma radical. Luces tenues, sonido ambiental zen y una humedad que te da ganas de desnudarte. «¡Bienvenidos al trópico!», grita una apabullante decoración vegetal.

—¿Es usted la señorita Ibáñez?

Una mujer con traje chaqueta se acerca a mí, rompiendo el encanto del lugar. ¿Nadie le ha sugerido una falda hawaiana?

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme, por favor. El señor Ástor la está esperando.

«¿Señor Ástor? ¡Prefería el “señor duque” de mi madre!».

Me siento un poco Ted Mosby, pero debería ser «señor De Lerma» o «Ástor» a secas, porque «señor Ástor» es más propio de las amas de llaves de los castillos medievales del siglo XII.

Sigo a la mujer trajeada por un pasillo de paredes con vivos estampados florales. El sonido del agua fluyendo salvaje persiste y me entran ganas de orinar, pero se me quitan de golpe en cuanto accedo a una sala y veo al jodido «señor Ástor».

«No está bueno».

«No está bueno».

«¡No lo está!».

Claro que no… Lo suyo supera en mucho el concepto «estar bueno».

Lleva un pantalón blanco ajustado con vuelta y una chaqueta azul claro que le hacen parecer un ser celestial.

«No pienso mirarle las manos», me juro, porque esa camiseta pegada al esternón con el que anoche me morreé ya me ha dejado lo suficientemente noqueada para toda la mañana.

—Buenos días, señorita Ibáñez.

«¿Ayer su tono de voz era tan sexy?».

Un momento…

Observo la jugada, y reparo en que hay otra ficha en el tablero. No me refiero a Ulises, que está haciéndose la estatua en un rincón, me refiero a una chica que podría ser Afrodita reencarnada y está mirándome de arriba abajo con el mismo desprecio que la madre de Rose en *Titanic* cuando conoce a Leo con medio escupitajo en la cara.

¡Acabáramos! ¡El duque está desplegando su sensualidad para ella, no para mí! A mí solo me da de refilón, como si fuera el perfume de la vieja del quinto con la que te cruzas en el ascensor.

—Buenos días —respondo tarde.

—Esta es Olga, la grandísima profesional que se encargará de ti.

«Y tú eres un grandísimo pelota», pienso, y le sonrío irónica.

Es una pelirroja realmente espectacular, y, por cómo la mira, diría que Ástor ha estado dentro de ella.

—Estás en las mejores manos —afirma Olga sin pizca de humildad—. Me alegro de que hayas decidido cambiar tu imagen de forma integral en Mademoiselle. Siéntete afortunada de contar con un… amigo tan influyente como Ástor, porque la lista de espera en este centro es de meses.

—Menuda suerte la mía —digo con mi clásico tono desganado de Miércoles Adams.

Ella me mira un poco extrañada y yo levanto las cejas.

—Muy bien…, As, pensaba pedirte que me esperaras para tomarnos un café juntos, pero tengo muchísimo que hacer aquí… —Me señala, cosificándome—. Nos vemos otro día, ¿vale, cielo?

Se arquea para recordarle lo flexible que puede llegar a ser y le planta un minúsculo beso junto a la comisura de la boca. Esta tía aparece en el diccionario junto a la palabra «descaro».

—Vale. Otro día será, pero te lo debo, Olga. —Ástor le besa la mano, adulador.

Sus miradas firman una promesa sexual en el aire.

—Lo anoto y lo subrayo con amarillo fosforito —replica ella, repelente.

Suspiro tan fuerte la tirria que me generan que se dan cuenta y me miran sorprendidos.

«¡Compórtate, Ibáñez!», oigo a Gómez desde el más allá.

—¿Empezamos? —digo impaciente para justificar mi bufido.

—Sí, será lo mejor, porque cerramos a las ocho de la tarde —masculla ella—. Nos vemos, As. Sígueme, querida. —Y sale de la sala como si su aire fuera de Loewe.

La sigo, no sin antes despedirme de Ástor con retintín.

—Hasta luego…, señor As.

—Nos vemos en la universidad —dice en tono imperativo cuando le doy la espalda.

Por supuesto, me doy la vuelta.

—Depende de lo guapa que me dejen, igual no encuentro el camino…

No sonríe. Ya no le hacen gracia mis bromas. El amargado ha vuelto.

Si esto fuera una historia de terror, os narraría lo horrible que ha sido la experiencia en este lugar, pero tendré piedad y solo os diré que no tenía ni idea de que se podía sufrir tanto por algo a lo que te sometes voluntariamente.

No sabría decir cuál ha sido la peor parte, si el blanqueamiento dental ultrasónico, que creo que hasta me ha borrado recuerdos de la infancia; la depilación con lava ardiente en el mismísimo «ojo de Sauron» (según Olga, algo absolutamente imprescindible); o mis nuevas pestañas mórbidas, que hacen que sienta que levanto pesas con los ojos cada vez que parpadeo, unas once mil veces a día, vamos.

Muy jodido todo.

Tampoco me detendré a describir el olor que he percibido desprendiéndose de mi piel durante la sesión de rayos UVA en pleno

mes de marzo o en el horripilante color elegido para mis uñas. Sin embargo, mi pelo sí merece una mención especial.

Ha dejado de ser aburrido y tiene personalidad propia gracias a unas ondas preciosas que se han apoderado de mi cabeza. Ahora «respira», o eso me han dicho. Además, está borracho de queratina y brilla más que nunca; eso sí me ha gustado.

Siento que pesa menos y que está mucho más suave, pero ahí terminan las bendiciones capilares, porque estoy totalmente en desacuerdo con mis cejas… ¡Parezco otra persona con semejante superpoblación de pelos!

No encontrarte a ti misma en el espejo es lo peor que te puede pasar. Siempre se ha dicho que el maquillaje hace milagros, pero no sabía que aplicándotelo en las cejas se te aparecen todos los santos.

Una chica adorable con una paciencia infinita me ha hecho una guía de *make up* para *dummies*. Brujería pura. Con deciros que mi madre me ha enviado un meme de Homer Simpson rodando por el suelo en cuanto ha visto la foto que le he mandado por WhatsApp…

Mamuchi:
Madre mía!!!
Pero eres tú, cariño? Qué te han hecho???

Yo:
Daño. Mucho daño

Mamuchi:
Estás increíblemente bella
😍

Yo:
Solo espero que funcione y no meta la pata

Mamuchi:
Seguro que sí, pero ten cuidado, por favor, el futuro presidente del Gobierno puede estar en ese club

ahora mismo, y los sicarios no son un mito Yo:

Lo sé, mamá.
Tranquila

Mamuchi:
Es gente muy influyente.
Tienen mucho poder, y el poder a menudo se salta la ley

Yo:
Soy consciente, mamá. No te preocupes

Mamuchi:
Estás guapísima, de verdad! Y nadie sospechará que tienes un cerebro privilegiado debajo de ese pelazo de anuncio…
Quien te haya hecho esto es un maldito genio!

Yo:
Ha sido una cursi que se folla a Ástor de Lerma

Mamuchi:
Era guapa?

Yo:
Tanto que me la follaba hasta yo

Mamuchi:
😉
Si a ti no te gustan las mujeres!

Yo:
Eso no era una mujer.

Era una especie de sirena borde preciosa…

Mamuchi:
Madre mía… Ástor de Lerma!
Admite que es guapo a morir

Yo:
Y también chulo a morir

Mamuchi:
Mis favoritos!
Le dejaría atarme y hacerme lo que quisiera

Yo:
Mamá, córtate un poco

Me envía un montón de caritas llorando de risa y se las devuelvo.

A mucha gente le choca nuestra relación, pero para nosotras los antinaturales son ellos.

Yo:
Te dejo.
Ástor me está esperando en la universidad

Mamuchi:
Bua… Ya verás cuando te vea.
Le va a dar algo!

«O quizá se espere más», me martirizo.

Consulto la hora en el móvil; se me hace tarde. Y, de pronto, veo que tengo un mensaje de un número que no tengo registrado.

Desconocido:
Soy Ástor.

Cómo te ha ido en Mademoiselle con Olga?

Me pregunto cómo habrá conseguido mi número, y llego a la conclusión de que ha tenido que pedírselo a Ulises y después rogarle que le deje usar su móvil para escribirme. Qué valiente…

Creo un nuevo contacto y sonrío al ponerle un apodo que le haga justicia.

Yo:
Ha sido doloroso. Gracias por tu interés

♠ASno: Te has puesto la ropa nueva? Te queda bien?

Yo:
Sí, pero preferiría ir en vaqueros

Aprovecho para lanzar mi queja.

♠ASno: Se supone que hoy tengo que caer de rodillas ante ti… y necesito que estés sublime. Los vaqueros ya no impresionan a nadie No consigo imaginar qué puede impresionarlo a él. Pero parece que se muere por oírme decir que

estoy encantada con mi nuevo cambio de look y que le doy mil gracias por traerme aquí. Lo lleva claro.

Se mantiene en línea al ver que le estoy escribiendo. De la belleza te cansas; de los chistes, jamás.

Yo:
Solo espero que sirva de algo porque ha sido muy doloroso volverme guapa. Alguna vez te han puesto cera en el ojete?
Te aseguro que alguien va a pagar por ello

Se queda en línea sin escribir nada. Sonrío al pensar que le está dando una embolia al leer la palabra «ojete». ¡Que se fastidie! Probablemente Ulises lo encuentre en estado catatónico con el móvil en la mano.

Una frase me anuncia que el duque está escribiendo.

♠ASno: Servirá. Tienes que causar la mejor impresión posible para que se crean que me gustas antes de que te oigan hablar «¡Será cabrón!».

Mi instinto me pide mandarle un audio gritándole que se queda solo, pero mi lado estratégico me dicta que teclee otra cosa. Que le demuestre que, cuando algo me interesa, puedo fingir perfectamente ser una «dama», sobre todo si persigo un jaque.

Escribo mi respuesta.

Yo:

Tendrás que confiar en mí. Nos vemos en un rato

Nuestro encuentro va a ser más tenso que uno entre la Pantoja y los Rivera.

Al llegar a la universidad, me siento muy observada. Esto es como un *Gran Hermano* de ricos y famosos donde todo el mundo se pregunta de dónde he salido. O más bien, quiénes son mis padres para poder estudiar aquí. No me gustan los cuchicheos ininteligibles que oigo a mi alrededor y rezo para que Sofía aparezca lo antes posible.

Cuando la veo, casi la abrazo.

—¡Madre mía, chica…! ¡Estás que te rompes! —grita anonadada.

—Gracias…, supongo.

Nunca he sabido recibir cumplidos. Ni me los creo. He oído tantas veces a personas burlándose de otras a sus espaldas y alabarlas luego por lo mismo que acaban de criticarles que ya no me fío ni de mi sombra.

—Este es el plan —me explica Sofía—: durante la comida nos sentaremos a la mesa de Saúl, mi ex, y diré a todos que te obsesiona el ajedrez. Para que Saúl acceda a jugar contigo debes convertirte en un reto para él. No será difícil porque es un imán para las chicas guapas, pero, de entrada, te va a ignorar, estoy segura. Solo hay que darle una buena excusa para acercarse a nosotras. Y se la pondremos en bandeja —barrunta maquiavélica.

—Serías buena poli, ¿lo sabías?

—Sería buena en muchas cosas —declara sacando la lengua—, pero odio las armas y no creo en el sistema judicial. Yo soy de las que condenarían a muerte directamente a todos los pederastas —añade encogiéndose de hombros.

A los polis nos enseñan a pensar que esas personas son enfermos con un grave trastorno que no eligen tener. Sin embargo, como persona que lo ha sufrido de cerca, tengo que decir que cada vez me cae mejor Sofía.

Con cada cosa que dice me reafirmo en que será una gran aliada. Es astuta, eficaz y, por la admiración con la que habla del club KUN, creo que aspira a formar parte de él algún día.

—Me parece admirable que rechazases ser Kaissa —le concedo.

—¿Sabes que ese nombre viene de la diosa del ajedrez? Normalmente, se escribe con C, pero en el KUN todo es con K.

—Conozco la leyenda de Caissa. Una diosa que hacía predicciones sobre el porvenir de los ejércitos y decidió crear un juego en el que para ganar fuesen necesarios solo la inteligencia y el valor.

—La primera vez que me ofrecieron serlo estaba saliendo con Saúl. En ese momento él dudaba si debía ingresar en el club.

—¿Por qué dudaba?

—Porque se lleva a matar con su padre, que también es miembro.

—¿Quién es su padre?

—Xavier Arnau, el decano de la facultad de Matemáticas. Tampoco se lleva nada bien con Ástor. Bueno, lo cierto es que no se lleva bien con nadie. Es un auténtico cabronazo —suelta como si estuviera rememorando algo.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando salía con su hijo me trataba como si él también tuviera algún derecho sobre mí.

—¿A qué te refieres? —pregunto asqueada, temiéndome lo peor.

—A derecho… carnal —aclara seria—. Me hizo propuestas.

Me quedo callada para que siga hablando. Esto suena a historia gore que contar.

—Saúl se ponía enfermo… No soportaba que su padre me tirara los tejos tan descaradamente, y yo tampoco, la verdad. Le sobornaron para que entrara en el KUN, pero sabía que si entraba y yo lo hacía como su Kaissa, su padre intentaría ganarme a toda costa mediante juego sucio… Supongo que Ástor te ha contado cómo funcionan las cosas allí dentro, ¿no?

—Sí. Y me parece asqueroso.

—Amén.

—Aun así, sigues venerando el KUN —la acuso contrariada.

—Es demasiado poderoso para no hacerlo. Su radio de influencia es mayor de lo que imaginas. Pueden conseguir cualquier cosa, en cualquier ámbito. ¿Sabes lo que es eso?

—¿Por qué rompisteis Saúl y tú? —retomo el tema.

—Porque me hizo elegir entre el KUN y él. Y porque se mira demasiado en el espejo —bromea—. Finalmente, decidió no entrar y

rompimos. Sentíamos que no estábamos en la misma onda.

—Porque tú planeas entrar algún día, ¿no?

Sofía sonríe enigmática.

—Sí, pero no como Kaissa, sino como miembro.

Enarco las cejas extrañada.

—¿Eso es posible, que una mujer entre como miembro?

—Todavía no, pero los tiempos están cambiando…. Le dije a Ástor que el club debería modernizarse y adaptarse a la realidad de que cada día hay más mujeres poderosas y emprendedoras, y lo vi dispuesto a escucharme.

—¿Y no te importa formar parte de un club tan… machista?

—Dejará de serlo en cuanto Ástor se atreva a poner fin a sus juegos de dominación. A él tampoco le gustan, pero no es fácil abolirlos porque sus miembros son demasiado ricos y están muy aburridos; si quieren algo lo pagan, por eso buscan una motivación extra. Quieren emoción. Riesgo. Y eso solo sucede cuando está en juego su honor.

—¿Cómo se juegan su honor?

—Apostándose a sus Kaissa…, es decir, sus amantes Sugar. El contrato de las chicas tiene una duración de tres meses. En ese tiempo pasan a tener todos sus privilegios. Se les dan oportunidades únicas y acumulan contactos importantes. A la mayoría le merece la pena.

—¿A cambio de qué lo hacen? —pregunto imaginándome lo peor.

—A cambio de convertirse en un activo apostable. Es un rollo siniestro que no se limita a mujeres. Los miembros del KUN también se juegan propiedades, escudos, bonos del Tesoro, favores personales y empresariales… Es un show, te lo aseguro.

—Ástor me comentó que nunca había tenido una Kaissa, quizá por eso alguien obligó a Carla a que lo fuera. O puede que la sobornara.

—Es posible. En el club corren todo tipo de desafíos en la sombra. Algunos al límite… Yo llevo años buscando una rendija por la que colarme que no sea poniéndome frente al paredón. Hay cientos de vacíos legales en sus anticuadas normas. Y Ástor, como presidente, me prometió estudiarlo.

No puedo evitar sonreír al sentirme identificada con la lucha de Sofía. Es una pionera haciéndose hueco a codazos en un mundo de hombres. Sin embargo, siendo tan feminista, hay actitudes que no me

cuadran.

—Hay una cosa que no entiendo… —comienzo cautelosa—. Una chica como tú, fuerte, decidida e inteligente, a la que ser Kaissa le parece denigrante, ¿por qué se presta a ser Sugar Baby?

—¿Te lo ha contado Ástor?

—Se lo pregunté yo —lo cubro.

—Sé lo que parece… —contesta atribulada—. Y no lo hago por el dinero. Yo no me vendo. Solo intento meter la cabeza en la boca del lobo para conseguir poder. Porque la información es poder… Pero soy consciente de que mucha gente me juzga y de que es realmente peligroso. De hecho, tengo amigas a quienes les ha ido mal siendo Sugar. Se han dejado seducir por el lujo y las promesas, y han acabado cediendo a hacer cosas deplorables. Pero yo no. Yo los tengo a todos comiendo de mi mano a la vez que me mantengo inaccesible, y eso sube mi caché en su mundo. Estoy preparando el terreno para un futuro.

—Me cuesta entenderlo porque yo odio exhibirme —confieso—. Odio que me vean solo como una presa que quieren cazar y comerse. Odio haberme tenido que vestir así. Y odiaría que me acusaran de usar la sensualidad como un arma.

—A la guerra se va con todas las armas que tengas —replica Sofía con orgullo—. Y esos comentarios vejatorios son solo miedo. Miedo a algo que les doblega como a animales… Me refiero a nuestra belleza.

Trago saliva. ¡Lo que aprende una en la universidad!

—¿A qué cosas deplorables te refieres? —pregunto retomando mi actitud policial—. Ponme un ejemplo.

—No puedo decírtelas… —Se encoge de hombros—. Me metería en un lío. Tendrás que averiguarlo tú misma. Además, confío en que lo hagas.

Joder… Quizá Gómez si consiga sus titulares, después de todo.

Hablamos un rato más, y cuando Sofía me cuenta que está estudiando Periodismo me digo que le pega mucho. Es directa, insistente y tiene gancho. Además, es preciosa, y lo confirma informándome de que, tras terminar sus estudios básicos, hizo sus pinitos como modelo. Mientras tanto trabajó en un par de discotecas vip, hasta que, un buen día, alguien le aconsejó que estudiara Periodismo si quería llegar lejos en el mundo de la farándula y ser

colaboradora en programas de debate. Le concedieron una beca en la UDL y aquí está.

—¿Fue Ástor quién te concedió esa beca? —pregunté interesada.

—Sí. Al principio dudé porque pensé que me pediría que me pusiera de rodillas en la entrevista, ya me entiendes…, pero nada más lejos. Ástor es un caballero. Un hombre de honor. Por eso envié a Carla a su despacho cuando amenazó con dejar la carrera, porque me fiaba de él, y cuando empezaron a salir sin follar, lo entendí todo… ¡Ástor es gay!

Suelto una carcajada y me abstengo de desmentir esa falacia. Sus seductoras miradas de ayer no tenían nada de gais.

Un rato después, Sofía me presenta a sus amigos, y les cuenta que nos conocemos de veranear en Marbella. Resulta que mi padre es un empresario de éxito del sector inmobiliario y me he trasladado recientemente a la capital para hacer un máster de posgrado en la aclamada UDL.

Les da mi verdadero nombre porque Ulises me ha borrado totalmente del sistema; mejor dicho, me ha ocultado, así que nadie podrá deducir que soy policía si me *stalkea*. No aparezco en ningún sitio, ni fotos etiquetadas ni cualquier otro rastro. De hecho, ha creado cuentas privadas falsas en las redes sociales donde se evidencia que soy una joven universitaria más. Incluso ha creado un rastro falso de mi formación académica. Es un genio.

La aceptación en el grupo es instantánea. ¡Lo que hace un poco de maquillaje y tener una madrina popular!

Descubro que es cierto que la belleza abre muchas puertas porque termino comiendo a una mesa rodeada de doce personas que no dejan de hacerme preguntas y me miran fascinadas.

—¿Estás saliendo con alguien? —me pregunta una chica atrevida con aires de desear que revele tener su misma inclinación sexual.

—No, no tengo tiempo para eso… Siempre he estado muy centrada en los estudios.

—Es difícil de creer —salta otra—, seguro que se te echan encima a todas horas, siendo tan guapa.

«¿Es que no se da cuenta de que llevo las cejas pintadas…?».

—Yo siempre digo que le interesa más el ajedrez que los hombres… —Sofía suspira—. Por eso la he invitado a la fiesta de clausura del torneo este finde. Y los demás tenéis suerte de que no participe, porque os machacaría a todos —añade bravucona.

—¿Juegas bien al ajedrez y no tienes novio, Keira? —retoma el tema la primera chica—. Por probabilidad, parece imposible… ¡Ese mundo está lleno de chicos!

—Ya, bueno, es que jamás dejaría que alguien que no es capaz de ganarme una partida se acercara a mis partes íntimas —bromeo perspicaz. Y todos se ríen.

—¡Saúl…! —grita un chico hacia el fondo de la mesa—. ¡La nueva dice que el tío que le gane al ajedrez podrá follársela!

—¡Eso es mucho tergiversar! —exclamo divertida—. Pero podría considerar tener una cita con él, eso seguro. —Sonrío picarona metiéndome el tenedor en la boca de forma sensual.

Mi comentario genera risas y cuchicheos nerviosos. Sofía me confirma con la mirada que el chico que se acerca e intenta hacerse un hueco frente a mí con una sonrisa canalla es su ex, uno de los que reparten invitaciones para el torneo.

—¿Qué hay de cierto en esa oferta? Suena muy interesante. —Me ofrece la mano—. Soy Saúl.

Es un chico muy mono. Ojos del color de la miel, pelo castaño claro un poco largo, tipo DiCaprio en los noventa… Pero lo más atrayente es su mirada de zorro rivalizando con su extrema juventud. Es claramente un alfil. De los que atacan en diagonal sin que lo veas venir.

Le estrecho la mano y él alarga el gesto mientras me contempla sin ocultar que le gusta lo que ve.

Siento miradas de celos por parte de peones femeninos. Sofía tenía razón: Saúl no ha prestado atención a la conversación con la nueva de forma premeditada. Él es mucho más interesante que eso. Es una buena táctica para diferenciarse del resto. ¿Y sabéis qué? Funciona.

—Encantada. Soy Keira, y, según tu amigo, baso mi vida sexual en partidas de ajedrez. —Sonrío sin vergüenza al tiempo que le suelto la mano—. ¿Tú no serás el campeón de España o algo así? Porque hoy no me he depilado.

La sonrisa que me lanza, coreada de risas y silbidos, hace que la

atención hacia la conversación se incremente a nuestro alrededor.

—Tranquila, no he ganado el torneo de España. Ni siquiera me presenté. Aunque lo habría hecho si el primer premio hubieses sido tú.

El jaleo de la gente no se hace esperar ante nuestro atrevido tonteo.

¿Quién dijo que esto iba a ser aburrido?

En el ambiente flota una promesa sexual inequívoca.

—Podemos jugar cuando quieras —le propongo—, pero si gano, ¿qué me llevo?

—¿Veinte centímetros de placer puro y duro?

—Eso me lo voy a llevar aunque pierda; por lo tanto, no hay trato. ¿Qué te parecería meterme en el torneo? ¿O tienes miedo de que lo gane, Saúl?

Su diversión se vuelve escéptica, y eso incrementa mis ganas de «machacarlo», como ha dicho Sofía.

—No hay problema, pero si pierdes me pagarás durante el torneo… en el momento y la postura que yo elija. —Me guiña un ojo.

Me río ante la seguridad en sí mismo que muestra.

—¿De verdad crees que voy a jugarme un polvo en una partida de ajedrez?

—No, con que consideres ser mi pareja en la fiesta inaugural de mañana me basta. Después, ya veremos. Nunca se sabe.

Me come con los ojos, y me dejo con una sonrisa coqueta. Nunca me había comportado así. Es como si mi disfraz me estuviera poseyendo y me lo creyera. Desde que conocí al duque estoy más encendida de lo normal. Prueba de ello es que anoche terminé con Ulises encajado entre mis piernas para sofocar mi fuego.

—De acuerdo —acepto—. ¿Cuándo jugamos?

—¿Qué tal ahora mismo? —ofrece Saúl con una sonrisa torcida.

Le miro los labios. Son gruesos y bribones. No me extraña que Sofía diera buena cuenta de ellos.

—Hagámoslo.

¿Os suena cuando algo se vuelve «viral»?

Yo conocía el concepto, pero nunca lo había experimentado. Cuando nos levantamos para dirigirnos a lo que denominan la «sala de juegos», los móviles empiezan a echar humo de tal forma que al llegar apenas podemos entrar de la cantidad de gente que nos espera ya para

ver la partida.

—¡Se han jugado su virginidad! —se oye al fondo.

Menudo teléfono roto… Me parto. «¿De dónde han sacado que soy virgen?».

Hay mucho barullo. Como si pensasen que el pago se producirá en directo encima de la mesa, a la vista de todos.

Miro a Sofía, divertida, y me guiña un ojo confirmando que el plan está saliendo a pedir de boca. Espero que funcione este señuelo para que todo el mundo vea que llamo la atención del duque.

Estoy nerviosa. Me da miedo no parecerle suficiente y eso me jode.

Separan una mesa con dos sillas, un tablero y un contador de tiempo. Saúl me aparta la silla con caballerosidad para que me siente.

—¿Nerviosa? —pregunta amable.

—Un poco. Ya sabes, es mi primera vez…

Su forma de sonreír al captar mi broma demuestra que tenemos *feeling* y que bajo esa fachada de chico popular que ha demostrado en la cafetería hay un buen tío que solo busca dar espectáculo. Le divierte ser el centro de atención y observar cómo la fauna se agolpa ante nuestra inverosímil apuesta. Ni siquiera se ha planteado nada conmigo, está aquí por prestigio. Puedo notarlo. Y eso me gusta. Me gusta mucho.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta alguien.

Reconozco enseguida esa voz grave y amargada. Es Ástor, abriéndose paso entre la gente.

Suspiro hondo, esperando su inminente evaluación.

—Van a jugar una partida de ajedrez —le informa uno de los presentes.

—Pero… ¿por qué hay tanta gente? —pregunta extrañado.

Oigo que se aproxima adonde estamos y no quiero mirarle, pero lo hago y…

Se acabó.

Sus refinados gustos en lo referente a mujeres (en los que yo no encajaba, según él) se consumen en el fuego de sus ojos.

ástor

9

El hámster

Una partida de ajedrez es a menudo una tragedia.

SAVIELLY TARTAKOWER

Al verla me quedo sin aire. Literalmente.

NO… ES… POSIBLE.

Me arden los ojos. «¡¿Quién diablos es esa?!», agonizo.

—Han hecho una apuesta… Hay algo muy valioso en juego —oigo.

—¿Qué? —pregunto sin poder dejar de mirarla.

—Su virginidad.

Mi boca se entreabre. No por lo que ha dicho, sino por el flash que me atraviesa al imaginar cómo sería disfrutar de esa primera vez.

Se me paraliza el corazón al desearla ardientemente. «¡Joder…!».

—Solo nos hemos jugado una invitación al torneo —aclara Keira poniendo los ojos en blanco.

—Eso si gana ella —repone Saúl con guasa—. Si gano yo, saldrás conmigo el viernes y quién sabe cómo acabará la noche… —Sube las cejas descarado y ella reprime una sonrisa traviesa y sensual.

No podría moverme ni aunque alguien gritara «¡Fuego!». ¿Para qué? Si yo ya estoy ardiendo. ¡Menudo cambio ha pegado!

La inspectora me mira entre avergonzada y divertida. Una mirada prodigiosa que me sube por la pierna como una enredadera y hace que mi pantalón empiece a tensarse en una zona muy concreta.

—¿Quién es usted? —pregunta de pronto, fingiendo no conocerme.

Las palabras se atascan en mi garganta y soy incapaz de responder.

La pura verdad es que yo tampoco sé quién es ella. Parece la inspectora, pero no lo es. Es… ¡un puto once con chocolate caliente por encima!

Su nariz es lo único que reconozco, porque esos ojazos negros enmarcados por unas pestañas espesas más hipnotizantes que las de Cleopatra no me suenan de nada.

—Soy Ástor de Lerma. Mi familia fundó esta universidad.

Es lo único que recuerdo ahora mismo, con su pelo distrayéndome de ese modo. Está perfectamente ondulado con miles de puntas disparadas hacia fuera y presumiendo de un brillo que pide a gritos que enrede mis dedos en él mientras la acorralo contra lo primero que pille.

«¡Detente, te lo ruego…!», me suplico a mí mismo.

—Encantada —musita ella, y extiende su mano hacia mí con delicadeza.

La mía se lanza veloz a acariciarla. Imposible resistirme. No termino de creerme lo que está provocando en mí. ¡Me siento traicionado por mi cuerpo! Tocarla me deja sin habla, para mi total vergüenza.

Mi mirada se pierde en su boca como si fuera un demente.

¿Y esos labios? ¡¿De dónde han salido?! ¿Les han inyectado algodón de azúcar o algo así? Porque prometen que al besarla su dulzura se fundirá en el calor de mi paladar y será pura adicción

surfeando a toda velocidad por mi torrente sanguíneo.

Carraspeo desconcertado al visualizar esos pensamientos.

Repaso su vestuario y compruebo que lleva un pantalón blanco en el que no cabría ni un alfiler entre su piel y el tejido.

—No podéis jugaros su virginidad… —repongo sin pensar.

Aunque sé de sobra que no es virgen. Lo que escuché anoche en mi casa me lo dejó muy claro… Estoy acostumbrado al silencio absoluto, y después de tenerla entre mis brazos cuando se tropezó con la alfombra diabólica estaba inquieto y volví a salir al pasillo.

En buena hora…

—Relájese, señor De Lerma. No voy a perder —dice ella con una seguridad implacable.

«Más te vale», le digo achicando los ojos.

Saúl me devuelve la mirada desafiante. «¡Maldito chaval…!».

Desde que entró a estudiar aquí no ha hecho otra cosa que provocarme. Será por la mala sangre que corre por sus venas… Fue directo a por Sofía cuando se dio cuenta de que éramos amigos, luego quiso robarme a Carla… Y ahora no dejaré que exija una cita a Keira. Ese no es el plan.

—Perdone, señorita, pero no creo que sepa dónde se está metiendo —advierto a Keira iracundo—. Este chico es el futuro Mark Zuckerberg español. Sabe más matemática combinatoria que el profesor de último curso.

—Y yo soy la maldita Beth Harmon de *Gambito de dama*. ¡Que empiece el juego!

El público chilla y la miro sin dar crédito.

Tengo ganas de zarandearla de lo furioso que estoy. Por un momento, se me olvida hasta nuestra «misión», pero enseguida me centro.

Observo el tablero y veo que Saúl ha tenido la amabilidad (o ha cometido el error) de dejarle las blancas, es decir, que Keira mueve primero.

Eso le da ventaja.

Alza la mano con inocencia, haciendo creer a su oponente que no sabe qué mover. Parece tan indefensa que me engaña hasta a mí. Bueno, a mi cuerpo, que mi boca ya está salivando y a punto de jadear.

¿Quién podría culparme? Lleva una americana de cuadros azules claro y beis bajo la que se adivina una camiseta blanca que le marca una delantera bastante abultada. No llega a exhibirse, pero invita a imaginar cómo sería una siesta apoyado en sus pechos.

Estoy en *shock*. Y tan excitado que no puedo ni pensar. Hacía años que esto no me pasaba.

Bajo la vista para librarme de su hechizo y que nadie note lo perturbado que me tiene, pero me encuentro con que su pantalón termina en unas botas militares de Balmain. ¡Mierda…! ¡Esa marca me vuelve loco! Y esa maldita modista lo sabe. Hay en ellas reminiscencias de los soldados confederados, como hebillas y distintivos de combate, que evocan la batalla. Mireia es una sádica…

Alguien me pregunta algo, pero no contesto. Acabo de descubrir que lo que hace que deje de bombear sangre a mi cerebro y la mande directamente a otro sitio son sus malditas uñas.

Están pintadas de blanco, dando al conjunto un toque de vulnerabilidad angelical al que nadie, ni siquiera yo, podría resistirse.

—Madre mía… —se me escapa en voz alta.

Suerte que ella ha movido y todos piensan que lo digo por eso.

¡¿Desde cuándo soy tan impresionable?!

Me paso una mano por el pelo, consternado.

No puedo entenderlo… ¡No soy tan superficial como Keira piensa!

Anoche ya me sentí muy atraído por ella, pero esto pasa de castaño oscuro.

Bueno, siendo del todo honesto, rompió mis esquemas cuando empezó a enumerar las casillas de un tablero según sus estrategias. O quizá fue mucho antes, cuando resolvió un cubo de Rubik delante de mí en menos de treinta segundos… o cuando la vi desmoronarse contra su puerta, demostrando que era humana y se esforzaba por no parecerlo.

Sí… Se podría decir que una parte de ella me conquistó ayer, algo que se agravó de forma preocupante cuando estuvimos en la boutique de Mireia y me tocó verla en ropa interior. Ya se intuía que tenía un cuerpazo bajo esa ropa casual, pero el pendiente en su ombligo me hizo pensar en sexo en contra de mi voluntad. ¡Me violó la vista! Y luego durante nuestra conversación en la cocina sentí como si me estrujaran los pulmones, dejándome sin el aire necesario para hacer

frente a una atracción tan inapropiada. Pero ¡si es la inspectora de mi caso!

«¿Cómo puedo pensar en sexo cuando alguien tiene a Carla y mi propia vida corre peligro?», me fustigo. Mis ojos, sin embargo, vuelven a fugarse sin permiso hacia ella y… Joder, ¡es que está alucinante!

Los cierro con fuerza prohibiéndoles mirarla, aun sabiendo que no servirá de nada. Porque aunque no la mire torturará mis oídos con frases ingeniosas que harán que me tronche de risa por dentro sin poder evidenciarlo. Como cuando dijo que en otra vida fue «un hámster». ¡No me jodas!

Tengo que controlarme.

No puedo permitirme el lujo de sentir nada de esto.

Sea lo que sea «esto», tengo que matarlo de hambre antes de que coja más fuerza y él me mate a mí.

keira

10
La única forma

Gana la partida el jugador que
comete el penúltimo error.

SAVIELLY TARTAKOWER

Ástor me está poniendo de los nervios.

No sé qué leches le pasa, pero está muy raro. Creo que no se fía de mí, porque solo he adelantado un peón y ha soltado un «madre mía».

Saúl mueve lo mismo. Es una apertura muy utilizada, la imitación simétrica. Sirve para intentar adivinar la jugada del contrario y mejorarla. Además, le viene bien para usar más adelante la que sin duda es su pieza favorita: el alfil.

Muevo el caballo y él hace lo mismo.

A todo el mundo le gusta sacar la conocida defensa berlinesa

adelantando los caballos, sobre todo cuando se busca un mate rápido, como es el caso. El caballo es una pieza especial por ser la única que puede saltar por encima de las demás y, al igual que sucede un sábado por la noche en la discoteca, aparcas tus principios y vas con todo. Tratas de lucirte, hacerte la fuerte… o la atrevida, y al día siguiente Dios dirá.

Pero ya he dicho que Saúl es un chico especial. Juega para él, no para los demás. Los alfiles son eminencias en el tablero de la vida. Una pieza elegante, directa y de largo alcance que es más caprichosa que técnica. Ese es su gran punto débil: en el fondo es sensible y temperamental.

Yo sigo fiel a mi plan de sacar el otro caballo. Defensa terminada. Es el momento de la trampa o, como yo lo llamo, el sacrificio.

Sin sacrificio no hay recompensa, ni en la vida ni en el ajedrez.

El duque sigue la partida sufriendo con cada movimiento como si lo entendiese a la par que yo.

Le toca a Saúl, ¿qué hará? ¿Me sorprenderá o caerá en el clásico movimiento que todo hombre hace cuando se siente acorralado por una fuerza mayor de la naturaleza, por lo general femenina?

Y… ¡se enroca! Era de esperar.

Los hombres se acojonan enseguida cuando empiezan a sentir algo inusual. Enrocarse es cuando el rey cambia la posición a la torre, quedando protegido y arrinconado por ella.

De acuerdo. Me toca. Hora de activar las trampas.

Muevo el caballo, amenazando a su peón, y Saúl hace otro movimiento que deja a mi caballo a tiro. ¿Se lo comerá?

«¡Cómetelo, bonito! ¡Te lo he puesto en bandeja!».

Lo miro y avanzo otro peón, advirtiendo que me comeré el suyo si él osa comerse mi caballo, y eso le confunde y le excita a partes iguales. Una vez más, como la vida misma. Dudas. Anticipación… Jamás muestres a un hombre si tienes o no intenciones de irte a la cama con él; esa incógnita lo deja a tu completa disposición porque quizá él quiera comerte, aunque todos suelen temer las repercusiones que pueda acarrearles el hacerlo.

Estoy a punto de descubrir si este chico es de los de «aquí te pillo, aquí te mato» o es más bien romántico y tradicional.

Si me folla, comiéndose mi caballo, está vendido. En dos

movimientos tendré jaque con mi torre o con mi reina. A elegir.

Saúl estudia el tablero previendo mi jugada y sonríe al percatarse.

Separa la torre de su rey para tener libertad de movimiento y me deja paso tras adivinar mi estocada final. Alzo la mano mientras evito sonreír y muevo mi alfil hacia el lado opuesto de su jugada.

Él sigue su trayectoria, extrañado, y se da cuenta de que puedo atacarle desde el otro flanco, como hace un velociraptor en manada.

Su primera reacción es obstaculizarme. De nuevo, algo natural. Pero normalmente cuando empiezas a hacer cosas para defenderte de un ataque injustificado, poniéndote al nivel del atacante, suele salir mal. Muere gente inocente… Y animales. Peones y caballos pasan a mejor vida, y mi alfil, mi reina y mi torre lo tienen a tiro en tres movimientos. Solo le queda una salida, pero Saúl tendría que ser un genio para verla.

Noto que el duque respira aliviado al pensar que ya he ganado. Sin embargo, Saúl me mira fijamente. Un buen ajedrecista no dejaría que se desarrollara la matanza; tumbaría a su rey y me ofrecería la mano tres o cuatro movimientos antes del final. Es una cuestión de respeto por el adversario. Abandonar una partida es un reconocimiento al rival, pero a Saúl no le gusta rendirse y, de pronto, descubre algo en mi mirada.

Se da cuenta de que no es la de alguien que sabe que ya ha ganado, sino una que reza para que no adivine la posible solución.

Observa de nuevo el tablero con esperanza renovada y después vuelve a mis ojos, que van hacia la pieza que debería mover para salvarse y joderme la partida.

Se concentra como si estuviera buscando un sonido que oye pero del que ignora la procedencia. Y de repente cae. Mueve su torre alineándola con mi rey y me acorrala sin piedad.

—Enhorabuena —digo con deportividad ofreciéndole la mano—. No pensé que alejarías la torre de tu rey, has sido valiente.

Ástor me mira desencajado porque el plan se ha ido a la porra.

La sonrisa de Saúl es magnética ante la victoria.

—Bueno, pues… ¿nos vemos mañana por la noche? —dice chulito.

—Quiero su revancha —intercede el duque de pronto—. La jugaré por ella. Y si gano, la liberarás de su pago.

—Es que no quiero liberarla. —Saúl sonríe, canalla.

—Aunque pierdas, todavía puedes invitarla y que vaya contigo porque quiere, no por una estúpida apuesta. ¿No sería más honorable?

Lo miro alucinada. Pero ¡¿qué mosca le ha picado?!

—¿Y si gano yo? —pregunta Saúl, enigmático—. ¿Qué obtengo?

—Me retiraré del torneo —sentencia Ástor, regio—, así quizá este año ganes… por fin.

Se oyen silbidos de desafío y Saúl aprieta la mandíbula.

—Acepto. Estoy en racha. Pero tengo una clase dentro de media hora, así que tiene que ser una rápida. Treinta minutos. Ganan blancas en tablas.

—Hecho.

Ástor se quita la americana con garbo y la coloca en mi respaldo. Lleva una camisa blanca que le queda de muerte, hoy sin chaleco. Me levanto y le cedo el sitio.

—Intentaré que caigas rápido —murmura Ástor.

No ayuda que me mire como si me lo dijera a mí en vez de a él, ni que fije la vista en mis labios para terminar humedeciéndose los suyos.

«¿Qué ha sido eso?».

—¿Empezamos? —pregunta Saúl tocando un peón, que enseguida adelanta.

Y lo que ocurre a continuación yo lo clasificaría para mayores de dieciocho años, porque Ástor se transforma en lo más sexy que he visto en mi vida.

Deja atrás su porte ducal y sus gestos regios y se concentra en la partida emanando un poderío mental que refleja una gran inteligencia. Yo y otras quince chicas comenzamos a bizquear cuando se afloja la corbata mientras decide qué pieza mover. Al final, mueve un peón.

Saúl lo imita, incapacitando su pieza en mitad del tablero.

Con el siguiente movimiento, el duque se desabrocha el primer botón de la camisa y mueve su alfil. Saúl se retuerce. Es como si Ástor también supiera que su oponente tiene debilidad por esa pieza. Y yo tengo otra: el maldito botón de su camisa.

Me muerdo los labios imaginando cómo sería jugar un *strip* ajedrez con él.

De pronto, se apoya los dedos en la frente mientras lo veo analizar las cinco jugadas siguientes. Terminan surcando su suave pelo.

Dios mío… ¡Cómo me gustaría hacerlo a mí! Y toda esa coreografía para acabar moviendo un peón… Pero ya me da igual lo que mueva; solo estoy pendiente de sus increíbles gestos, ¡son demasiado eróticos!

Se remanga la camisa mostrando un poderoso antebrazo. Torre.

No sé qué mueve Saúl, ¡ni me fijo!, solo sé que Ástor acaba de desabrocharse el segundo botón de la camisa. ¡Ay, mi madre…!

Mueve el caballo.

Vuelvo a humedecerme los labios, y no me refiero a los de la boca.

No me había sentido así desde que vi por primera vez la final del Campeonato Mundial de 1972 entre Fischer y Spassky. ¡Esto es demasiado!

Verlo jugar me está fundiendo el cerebro. Y lo grave es que empieza a gotearme por un sitio muy concreto… Es como si me hubiesen echado un conjuro y sintiese cosas que no quiero sentir.

El duque inspira hondo y exhibe sus bíceps cuando se lleva las manos a la nuca pensativo.

¡Hostia puta…! ¿Y esos brazos?

Adelanta la dama.

No hay nada más *hot* que un tío cachas jugando al ajedrez con la camisa remangada, la corbata floja y el resto de los botones deseando salir disparados.

Es complicado salvaguardar la dignidad de las mujeres que lo miran…. Mi respiración se acelera tanto que ya no tengo suficiente con respirar solo por la nariz. Ajedrez o Ástor…, ya no sé qué me gusta más. Supongo que lo mortal es la combinación de ambos.

No puedo apartar la maldita vista. Solo me obsesiona saber qué será lo próximo que mueva y se desabroche, porque liberar un tercer botón sería excesivo.

Ninguna fémina mira ya la mesa, solo a él, y noto que todas estamos deseando que vuelva a ser su turno. ¡¿Va a desnudarse?!

Mueve de nuevo y…

—Mate en tres —murmura imperturbable.

¡Acabo de tener un orgasmo!

Fuera coñas, ha sido uno tántrico. Lo he sentido atravesándome entera. Suerte que un coro de aplausos ahoga mi gemido alucinado.

Ástor se levanta de la mesa y deja a Saúl mirando el tablero con incredulidad. Ni siquiera lo ha visto venir. Es inusual que haya tenido que avisarlo.

—Regresen a sus clases, por favor —ordena el duque, autoritario.

¡Como si pudiéramos hacer otra cosa que no sea ir a fumarnos «el pitillo de después» para recuperarnos de verlo follarse a alguien de esa forma!

Soy incapaz de moverme; sigo en *sexyshock*.

Mi cuerpo arde por él. Me mira, y temo que me descubra en llamas.

—Señorita, venga conmigo a mi despacho, por favor —me insta.

—Claro… Me gustaría darle las gracias. —De tantas formas…

—Hasta luego, Saúl. ¡Otra vez será! —Le sonrío, y me doy la vuelta pizpireta para seguir al duque, que ya se aleja.

Andar no me tranquiliza. Continúo alterada. ¡Ha sido una puta pasada! Pero en cuanto entro en el despacho de Ástor la puerta se cierra de golpe.

—¡¿En qué estabas pensando?! ¡¿Cómo se te ocurre hacer eso?! —grita enfadado.

«¡¿Yo?! ¿Y él? ¡¿Que casi ha rozado la pornografía?!».

—¡¿Qué dices?! ¡Ha quedado de puta madre! Me has salvado de Saúl y ahora empezaremos una tórrida relación… ¡Ha sido un diez, De Lerma!

Me mira como si no diera crédito a mis palabras.

—¡Has perdido, Keira! ¡Y tenías que ganar! ¡¿Qué coño ha pasado?!

—No he perdido —digo tranquila—. Me he dejado ganar…

Tiene los ojos como platos.

—¡¡Ese no era el plan!!

—Lo he cambiado antes de comer. Después de hablar hoy con Sofía, sé en qué posición tengo que entrar en el torneo, y no va a ser con una invitación, sino como Kaissa.

Su cara se desencaja como si mi idea le resultara kamikaze.

—No hablas en serio…

—Ya lo creo. Eso me permitirá participar y comprobar quién puja

por mí. Dos por uno. Y más posibilidades de pillar al culpable.

—¡No puedes hacerlo!

—¡Ya basta! —le cortó cansada—. ¡Yo estoy al mando, no tú! Yo decido.

El duque niega con la cabeza, sobrepasado.

—Eso no es una opción…

—¡¿Por qué no?! ¿Crees que nadie pujará por mí? —pregunto dolida—. ¿No te gusta cómo me han dejado? No sabía qué elegir para hoy, pero podemos buscar otro conjunto que sea más…

—¡Estás bien! —masculla cabreado—. Estás más que bien, joder… Olga ha hecho un trabajo impecable contigo. Aun así…

—Bueno, no todo será mérito de Olga… Supongo que mis padres también habrán contribuido, digo yo…

—¿A ti te gusta? —pregunta como si se muriera por saberlo.

—No está mal… —Me encojo de hombros—. Pero es engañoso, la gente me mira como si me tirara pedos de purpurina.

Ástor cierra los ojos y se pellizca la nariz.

—Keira… —dice rendido—. No vas a ser mi Kaissa. No puedes.

—¡¿Por qué?! ¡Es perfecto! Pujas por mí, entramos juntos y…

—¡Porque todos querrán follarte y no pienso permitirlo!

Lo miro alucinada y mi corazón se detiene al darme cuenta de lo que acaba de decir.

Se crea un silencio cortante que rompo antes de sacar conclusiones precipitadas.

—Pero… si ganas, nadie podrá tocarme.

—¡No puedo garantizarte eso! —exclama desquiciado—. Tú no lo entiendes… ¡Nunca he tenido una Kaissa, y todos están deseando que la tenga para joderme vivo! Son muy competitivos… ¡Irán a por ti y no podré protegerte! El tío que buscamos podría intentar algo y…

—¡Eso es justo lo que quiero! —afirmo convencida—. Que venga.

Ástor niega con la cabeza, desconcertado. Finalmente, inspira hondo.

—No estoy dispuesto a que corras ese riesgo.

—Por suerte, no depende de ti. Voy a hacerlo, Ástor, te guste o no.

—No sabes lo que dices… —Se frota las cejas, preocupado—. Las Kaissa tienen que participar en actividades sexuales… ¿Entiendes eso?

—Mientras lo determine el ajedrez, estaré a salvo.

—¡¿Cómo puedes hablar así?! ¡Ignoras el nivel que hay! ¡Y acabas de perder, joder…!

—¡Te repito que no he perdido! Yo misma le he chivado con los ojos cómo tenía que ganarme. ¡Saúl nunca habría caído por sí mismo! ¿Quieres encontrar a Carla o no? ¿Te das cuenta de que ese es el motivo por el que la han secuestrado? Te negabas a que fuera Kaissa, y alguien desea joderte… Repitamos la jugada, a ver qué pasa.

Que no lo rebata indica que Ástor ve la lógica. Así pues, insisto convencida: —Para ganar, hay que correr algunos riesgos… Y yo confío en ti.

Me mira demudado. Sus ojos no quieren asimilar lo que oye.

—No me hagas esto, por favor… —suplica sosteniendo la mirada.

Percibo tanta franqueza en su voz que su vulnerabilidad me desarma por completo. Pero…

—Ya no hay vuelta atrás, Ástor. Es la única forma de ir al torneo.

keira

11
Lo más creíble

Un peón aislado desprende brillo por todo el tablero.

SAVIELLY TARTAKOWER

Aviso a Ulises de que el plan está en marcha. Sabe que a partir de este momento Ástor y yo ya no nos separaremos y ha aprovechado para ir a comprobar la vida y obra de los ocho individuos que acudieron a casa del duque la noche de la fiesta. Uno de ellos tuvo que dejar la dichosa nota.

Una vez en el aparcamiento, Ástor agradece poder conducir su coche. Desde ahora, estaremos metidos en el papel de parejita feliz.

Introduce la llave en el contacto y da marcha atrás con agresividad, dejando surcos en el suelo al girar y pisar a fondo el acelerador.

—¿Puedes aflojar? —le pido acojonada. Y un poco excitada.

—No. Así es como conduciría si de verdad fuéramos a mi casa a arrancarnos la ropa.

Trago saliva fantaseando con la idea.

—¿Tu hermano estará en el chalet ahora?

—Debería. Habrá vuelto de su viaje y querrá descansar para acudir esta noche a la fiesta de apertura extraoficial del torneo.

Suena hosco y enfadado.

—¿Por qué estás cabreado?

—No lo estoy. —Pero su tono de voz me indica lo contrario.

—Qué poco te ha durado la sinceridad…

—Odio las sorpresas —aclara seco—. Me gustaría haber sabido que planeabas perder contra Saúl antes de verme metido en esa partida y luego quedarme con cara de tonto.

Para cara de tonta la mía cuando se ha desabrochado el segundo botón de la camisa.

—No tengo por qué darte explicaciones de mi trabajo, ¿sabes? Has actuado exactamente como quería que lo hicieras. Eso es lo que importa.

Me mira con rabia. Esa rabia contenida por sentir que no tiene el control de la situación. Tendrá que ir acostumbrándose…

—Tienes que relajarte y confiar en mí —le recuerdo—. Lo tengo todo controlado.

—Si me relajo, las cosas se tuercen. Lo tengo comprobado.

—Pues esto ha salido bien. Ha sido un comienzo público memorable. Has sido un héroe… Solo te ha faltado desnudarte.

—¿Cómo dices?

Es lo que tiene no estar acostumbrada a callarme nada. Soy como soy y no me gusta que me traten de tonta. ¿Quiere hacerme creer que no se ha dado cuenta de que todas estábamos bañándonos en baba? No me lo trago. Aunque lo conozco poco, ha demostrado ser bastante perspicaz.

—Olvídalo… Y deja de querer controlarlo todo. Ese es mi trabajo.

El duque no replica. En lugar de eso, enciende la radio dejándome muy claro que prefiere no hablar más del tema. La melodía de «Wicked game» envuelve la cabina a un volumen elevado. Es una canción que siempre me ha encantado. Amo la música de los ochenta.

El coche avanza hasta la casa, a la que accedemos desde el garaje a través de una puerta que se abre mediante una pantalla electrónica situada en la pared.

—¿Héctor? —pregunta Ástor nada más entrar, pero nadie contesta.

Se oye música de fondo, proveniente de la cocina abierta hacia un salón de doble altura que el día anterior no tuve la oportunidad de apreciar con esta fantástica luz natural. Estuvimos la mayor parte del tiempo en su despacho, sentados a una formidable y enorme mesa de cristal; incluso cenamos allí las pizzas que pedimos a domicilio para no dejar de trabajar.

Verle comer pizza fue supergracioso… Empezó a cortarla con los cubiertos, y Ulises y yo nos tronchamos de risa. Al final, terminó cogiéndola con la mano solo para que nos calláramos.

Al adentrarnos en la casa, encontramos a una mujer de mediana edad bailoteando mientras friega el suelo. Se asusta al vernos, pero reacciona enseguida.

—¡Buenas tardes, señor! —saluda sonriente.

—Hola, Carmen. ¿Qué tal todo?

—Bien, ya estoy terminado aquí. Le he dejado las sobras de la comida en la nevera junto con algo de cena para esta noche.

—Muchas gracias. ¿Has visto a Héctor?

—Sí, está en su habitación, se ha echado un rato… Buenas tardes, señora —me saluda desviando la vista hacia mí.

«¿Señora? Qué mal augurio…».

—¡Holaaa! —saludo jovial a la vez que agito la mano.

Ástor me mira frunciendo el ceño. Y recuerdo al verlo que decir «hola» está prohibido en la jerga pija.

—Igualmente… Encantada. —Hago una reverencia como si llevara un vestido de época.

La mujer sonríe y el duque pone los ojos en blanco.

—Es Keira, mi nueva… amiga. Se quedará unos días. —Tira de mi brazo y me lleva hasta un sofá majestuoso de terciopelo negro—. Esperaremos a que venga Ulises para despertar a Héctor, ¿te parece bien, cielo?

«¿Cielo?». Me besa la mano y flipo a cucharadas.

Su papel de ser humano agradable es tan chocante que solo puedo

asentir con la cabeza e inspeccionar la zona de mi piel en la que me han rozado sus suaves labios. Esos tan bonitos por los que salen tantas memeces.

Vuelvo la vista hacia Carmen y veo que nos mira sonriente todavía, sin dejar de limpiar.

«Vale. Ástor lo ha hecho por eso. Nada más».

Mi ropa, mi pelo, mis pestañas, esta casa… o, mejor dicho, este chaletazo, todo hace que me sienta como si estuviera en una realidad paralela donde soy otra persona. Normalmente, me habría echado hacia atrás para reposar la espalda en el sofá, sacado mi móvil y esperado como si nada, pero estoy más rígida que el palo de una escoba.

Esto va en serio… Y me siento tan fuera de onda que tengo que hacer un esfuerzo para recordarme que soy poli y no una Sugar Baby de verdad. No puedo cagarla, hay vidas en juego.

«¿Dónde estará Ulises?», pienso nerviosa mirando la hora. Ha escrito que estaba al caer. ¡Tiene que estar presente en la conversación con el hermano de Ástor! Héctor fue el ganador de la puja de Carla y puede ofrecernos información valiosa sobre ella.

De repente, Ástor se quita la chaqueta, como si al llegar a casa pudiera ponerse cómodo por fin. Como cuando juega al ajedrez. Se nota que baja sus defensas y es… otro nivel.

Lo miro alelada.

«Dios santo… ¿Cómo puede quedarle tan espectacular una camisa a alguien?». Algunas personas solo deberían llevar sudaderas de capucha, por el bien común.

Me mira, y sus ojos bajan hasta mis piernas sin querer. «Holaaa…».

—¿Te enseño el resto de la casa? —me suplica con la mirada, como si necesitara decirme algo que no desea que Carmen oiga.

—Claro.

Al ponerme de pie, da tal repaso a mi anatomía que me deja loca. ¿Ha sido inconsciente o se está metiendo demasiado en el papel?

«¡Controla tus ojos, idiota!», intento avisarlo, pero Ástor ni se inmuta.

No duda en cogerme de la mano y sacarme del salón; supongo que actúa igual con todas sus queridas. Las maneja a su antojo por su

territorio. Me pregunto si en la cama será igual.

«No sigas por ahí, Keira».

Pero no puedo pensar con claridad con sus dedos entrelazándose con los míos con tanta ternura. El gesto me colapsa. Podría pasarme horas acariciando unas manos como las suyas.

Al llegar al pasillo, me suelta e intento no dar importancia al abandono que deja. Lo veo apretar el puño varias veces, como si no fuera la única que ha percibido algo electrizante en ese contacto.

Es como la diferencia entre oler y saborear. Cuando tu lengua se topa con algo que previamente te ha hecho salivar, tiene lugar una explosión de sensaciones única. Y sentir su piel resbalando en la mía ha sido parecido.

—Este es mi despacho —me informa al llegar, como si no hubiésemos estado horas aquí el día anterior.

Reconozco el enorme escritorio de cristal macizo sobre la alfombra gris claro abrazado a una silla giratoria negra. Estanterías lacadas en negro y, en una esquina, el clásico sillón de piel de Le Corbusier. Es una visión muy elegante. Hay un gran cuadro en la pared enmarcado en pizarra que me fascina, es el esbozo de la Torre Eiffel vista desde atrás y una frase que reza: VIVE TUS SUEÑOS.

De pronto, Ástor se acerca mucho a mí y la habitación empequeñece de golpe. Huele divinamente y estamos solos. Nos miramos, y siento que el corazón empieza a latirme muy rápido. «¡So, caballo…!». Acabo de darme cuenta de que no soporto estar a solas con esos ojos… porque desde que me ha visto en la universidad me mira de manera diferente.

—¿Qué le digo a mi hermano exactamente? —pregunta nervioso.

—Tienes que sonsacarle quiénes pujaron por Carla.

—Preferiría no saberlo —masculla contrariado.

—¡Necesitamos esa información! Y pregúntale también qué pasó cuando ganó. Si estuvieron a solas… ¡Lo que sea!

Ahora me mira con una aprensión desconocida.

De repente se oye el timbre de la casa y ambos volvemos la cabeza. ¡Debe de ser Ulises! Nos miramos de nuevo, y nos damos cuenta de lo peligrosamente cerca que estábamos.

—Sobre todo, no le digas que somos polis. ¡Y no falles! —digo con vehemencia.

Regresamos al salón a toda prisa. Carmen ha abierto, y aparece Ulises con su uniforme negro de escolta. Cuando me ve, los ojos se le salen de las órbitas.

—¡HOSTIAS…! —dice bajándose las gafas—. ¡Vaya cambio, nena!

Sonrío ruborizada al oír su silbido admirativo «¡Fuiiit fiuuu!».

—No alucines, sigo siendo yo.

—Y una mierda… ¡Estás espectacular! —me contradice sin dejar de mirarme de arriba abajo—. Nadie me va a creer cuando cuente que me lo he montado contigo.

—¡¿Te quieres callar?! —Lo sacudo en el brazo, avergonzada.

—¡Si ya no sabes ni pegar! Estoy flipando, Kei…

Vuelvo a sacudirle con fuerza y se ríe aún más alto, pero dolorido. Mis ojos van hacia el duque y… juraría que son celos lo que veo en su mirada.

—¿Ástor? —pregunta una voz desde las profundidades del pasillo.

—¡Estoy aquí! —vocifera él mirándonos histérico.

Parece a punto de entrar en pánico. Y no me extraña. ¡Su hermano es el principal sospechoso!

—Tranquilo —susurro acercándome a él—. Cuanto más natural te vea, antes me demostrará su inocencia.

—¡Es que es inocente! —asevera, aunque bajito.

—¡Concéntrate! —le ordena Ulises, adusto—. Actúa con normalidad. Cabréate con él, pero no gesticules. Si le haces las preguntas adecuadas, Keira sabrá ver si miente.

Ástor me mira como si yo tuviera un radar especial para detectar culpables. Ulises se separa de nosotros deprisa y se queda en una esquina, tieso como una tabla. El mayor arte de un escolta es lograr pasar desapercibido.

—Eh… —dice una voz masculina hacia la que nos volvemos.

Y en ese momento mi mundo da una vuelta de campana.

«¡PERO… ¿QUÉ COÑO…?!»

Alucino en 4D y sé, aunque no lo veo, que Ulises también tiene la boca abierta.

Ástor relaja la postura al contemplar a un chico más o menos de nuestra edad acercarse en una silla de ruedas.

La sorpresa se apodera de mí y se me olvida disimular. ¿Por qué no sabíamos esto? Ástor sale en los medios constantemente, pero

nunca se menciona que tiene un hermano con una discapacidad, ¡y viven juntos! Increíble…

Sofía estaba en lo cierto: ni siquiera alcanzo a entender el poder que tiene esta gente. Si han conseguido tapar algo así, pueden lograr cualquier cosa.

El chico no se parece a Ástor, aunque es igual de guapo. Son como Zipi y Zape. Uno rubio y el otro moreno.

—Eh… —repite Ástor como si fuera su saludo habitual—. Keira, este es mi hermano, Héctor. Héctor, esta es Keira. Acabo de conocerla.

Héctor hace rodar su silla hasta situarla frente a mí y extiende una mano.

—Encantado —dice algo extrañado.

—Igualmente —correspondo apretándosela, todavía en *shock*.

—¿Y quién es ese? —pregunta Héctor al tiempo que señala a Ulises.

—Mi nuevo escolta. ¿Qué tal por Ibiza?

—¿Un escolta? ¿No me digas que te tomaste en serio lo de esas notas amenazadoras? Habrá sido alguno de estos cabrones.

—Por si acaso… ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal el viaje?

—Genial, aunque estoy agotado. ¿De dónde has sacado a este bellezón? ¿Tiene hermanas? —pregunta con guasa.

—¡No, lo siento! —respondo pizpireta—. Ástor me ha rescatado de una partida de ajedrez en la universidad. Yo trataba de conseguir una invitación gratis para el torneo del KUN, pero he perdido —digo con un mohín—. Al final, él ha retado al ganador para salvarme de pagar mi castigo. ¡Y aquí estoy!

La expresión del duque no puede ser más tirante.

—¡Ástor…! —Héctor le sonríe, sorprendido—. ¡No me creo que hayas sido tan espontáneo!, don «lo tengo todo programado al milímetro». Nunca trae a nadie a casa…

—No podía dejar que Saúl se la llevara.

—¿Ese niñato otra vez? —dice arrugando el ceño—. Pues me alegro. Es justo lo que necesitas ahora mismo, hermano. Un ángel para pasar página… Oye, ¡¿por qué no venís a la fiesta de esta noche?!

—¿Qué fiesta? —pregunto haciéndome la sueca.

—Un cóctel de apertura del torneo, para ir conociendo a los rivales.

—Es extraoficial —apostilla el duque—. Yo nunca voy. La oficial es mañana por la noche en el club KUN.

—¿Extraoficial? ¡Eso suena interesante! —exclamo animada, y digo a Ástor con la mirada que nos conviene ir.

—No estoy para fiestas —responde sombrío.

—¿Por qué no? —pregunta su hermano, desilusionado.

Ástor se queda en silencio y veo una disculpa en sus ojos.

—Cielo, ¿puedes dejarnos un momento a solas? Necesito hablar con mi hermano.

—¡Claro! —reacciono exageradamente; odio el apelativo—. Iré al aseo mientras tanto. ¿Dónde está?

—Al fondo a la derecha —me indica Héctor, cortés.

—¡Como todos, ¿no?!

Sonrío mucho para contrarrestar mi salida de tono. Hago el paseíllo, pero me quedo detrás de la puerta, escuchando.

—¿Qué pasa? —le pregunta Héctor, confuso.

Ástor resopla y se pone serio.

—No quería joderte el viaje de ayer, pero tuve que ir a comisaría a declarar… Carla ha desaparecido.

—Ya lo sé —contesta sin darle importancia.

—¿Lo sabes?

—Sí. Me lo ha contado Charly. Y me preguntó si había tenido algo que ver. ¡Como si le cupiera la duda!

—¿Y por qué no me dijiste nada cuando te llamé ayer?

—Porque no quería preocuparte, ya tienes suficiente con lo de las notitas… Tenía miedo de que te emparanoiaras más.

—Dirás que temías que me enterara de que fuiste tú quien ganó la puja de Carla… —replica Ástor, molesto—. Lo he comprobado.

Durante unos segundos no se oye nada.

—Sí, eso también…

—¡¿Por qué lo hiciste, Héctor?! —pregunta dolido.

—¡Por ti!

—¡¿Por mí?!

—¡Sí! Sabía que estabas afectado por su decisión de ser Kaissa y detestaba que otro tío la tuviese… ¡Esa chica te utilizó, As! Así que le prometí dinero si desaparecía del mapa.

—¿¡Qué?! ¡Pues se ha esfumado! Ni siquiera volvió a casa. Y nadie

sabe nada de ella. ¿Cómo se te ocurrió decirle eso? ¡Ahora van a pensar que estás involucrado! Además, la policía cree que todo está relacionado con lo de mis notas.

—¿Qué? ¿Relacionado con lo de las notas?

—¡Sí! ¡¿Qué ocurrió la noche de la puja, Héctor?! ¿Qué pasó después?

—Carla y yo discutimos…

—Genial, esto mejora por momentos —ironiza Ástor—. Cuéntamelo todo.

—Ella me gritó por ganar la puja, debí de frustrar sus planes con algún otro, y la insulté por hacerte pasar por esto.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—Que era una arpía aprovechada con una carita angelical y que no volviera a acercarse a nosotros.

—Joder… —Ástor se pone una mano en la frente—. ¡Carla no es ninguna arpía! ¡La conoces! ¿No pensaste que quizá alguien la había coaccionado?

—Pues no. Solo se me pasó por la cabeza que no le importaban tus sentimientos lo más mínimo.

—¿Cómo os despedisteis? ¿Dónde la viste por última vez?

—Le dije que le ingresaría cien mil euros si se largaba de la ciudad esa misma noche sin mirar atrás.

—¿Te dijo adónde iría?

—No. Cogió un taxi desde el club y ya no volví a verla.

—¡¿Te das cuenta de lo mal que pinta esto?! —grita el duque, nervioso—. ¿Qué hiciste luego, Héctor? ¿Con quién estuviste? ¡¿Cuál es tu coartada?!

—Después me fui. Vine a casa y me acosté. Mi chófer me trajo. Él es mi testigo.

—¿Un trabajador a sueldo es tu único testigo? ¡Pensarán de todo! Que la subiste en tu coche, discutisteis y la mataste accidentalmente. Y de camino a casa, la enterraste en un descampado.

—¡Sí, claro! ¡Con la pala que llevo siempre en el maletero, no te jode! ¡Tienes una imaginación muy vívida, hermano! Pero una cosa es cierta: la habría matado… Ganas no me faltaban.

—Dios mío… —murmura Ástor. Casi puedo visualizar cómo se pellizca el puente de la nariz.

—¡Pero no lo hice! ¡Nos despedimos en el club! Hay testigos de la pelea, y seguro que es posible localizar el taxi en el que se subió.

—Tienes que contar todo esto a la policía, Héctor.

—Charly me dijo que no me preocupara por nada. Le di los nombres de los testigos y el de la compañía de taxis. ¡No sé nada más!

—¿Quién más pujó por Carla? ¡Tiene que haber sido uno de ellos!

—Todos… —admitió Héctor, avergonzado—. ¡Los de siempre!

—¡Malditos desgraciados!

Alucino ante su cólera y lo oigo caminar furioso por la estancia.

—Venga ya, As… ¿Te sorprende? —dice Héctor quitándole hierro—. Todo el mundo te envidia. Y con esta chica nueva pasará lo mismo —añade. Creo que se refiere a mí—. No es por ellas, ¡es por ti! ¡Todos quieren ser tú! Por cierto, hacéis parejaza. Y morena… Es totalmente tu tipo.

«¡¿Soy totalmente su tipo?!».

—Solo quería salvarla de Saúl y…, bueno, digamos que luego todo se ha complicado.

—¡Joder, yo también quiero complicarme así! —Sonríe—. En serio, ¿no tendrá alguna prima? ¡Podría traerla a la fiesta!

—¿Cómo puedes pensar en chicas y en fiestas en un momento así, Héctor? —le reprocha—. ¡Han secuestrado a Carla y somos sospechosos! ¡Hay un loco en nuestras vidas y no sabemos qué más es capaz de hacer!

—Por eso mismo voy a hacer lo que me dé la gana —dice chulesco—. Porque no permitiré que ese cabrón se salga con la suya. Deja que la policía haga su trabajo, As. Yo quiero ir a esa maldita fiesta, ¿sabes por qué? Porque probablemente esté allí. Y tú también deberías ir. Para que se joda y vea que no te afecta nada de lo que ha hecho. Esto es la guerra, hermanito…

Decido aparecer ya en escena para que Ástor no entre en erupción.

—¡Tenéis una casa preciosa! —Vuelvo a sonreír mucho.

Sin embargo, el duque no me devuelve la sonrisa. Parece preocupado y voy directa hacia él para engancharme a su cintura de acero de forma cariñosa. Necesita calmarse.

Su hermano alucina al registrar el gesto.

—Tenéis que venir esta noche… —insiste con los ojos brillantes.

—¡Por mí, sí! —exclamo saltando como una animadora—. ¡Me encantan las fiestas!

Cualquiera que me conozca notaría mi tono de espanto, porque odio las fiestas tanto como Ástor, quien me mira como si lo percibiera. Y quizá precisamente por eso…

—Está bien… Iremos —consiente—, pero volveremos pronto. Mañana tienes clase, Keira, y yo tengo que trabajar.

—¡Genial! —lo celebro efusiva—. Esas noches son las mejores, las de «me recogeré pronto…» —imito su voz de pardillo.

Héctor se carcajea y exclama:

—¡Me encanta esta chica!

Aún no sé qué pensar de él. Parece un tío despreocupado y con las ideas muy claras, pero hay algo en su voz… No sé lo que es. Este hombre es pura impulsividad sin nada que perder, por eso me hace dudar de hasta dónde sería capaz de llegar para proteger a su hermanito del alma de las chicas que quieren aprovecharse de él.

—Bueno, parejita, os dejo —se despide maniobrando con la silla —. Supongo que querréis estar a solas y zanjar apuestas.

—Sí… —confirma Ástor como si le aterrara la idea de quedarse a solas conmigo.

Coge mi mano y dejo de respirar al momento, como si fuera una ortiga y así evitara que me picase.

Héctor hace girar las ruedas con agilidad y se aleja de nosotros con una maestría envidiable. ¿Qué le habrá pasado? ¿Será de nacimiento? Siendo tan rico me extraña que no vaya en una silla motorizada, pero viendo lo musculado que tiene el tronco superior, puedo imaginar que es un friki del deporte y que le gusta aprovechar cualquier oportunidad para ejercitarse.

Estoy muerta de curiosidad, así que en cuanto desaparece pregunto a Ástor por la causa de su discapacidad.

Que se quede pensativo y no me suelte la mano me da la pista para saber que el motivo le afecta de algún modo.

—Fue un accidente de coche… Hace muchos años.

—Ay, pobre… ¡Debía de ser muy joven!

—En realidad, es mayor que yo, aunque no lo parezca.

Ulises no dice nada, parece bastante impactado. El duque me suelta la mano dando por zanjada la conversación. Es evidente que no

quiere hablar más de ello.

—¿Qué os ha parecido? —Nos mira expectante, sobre todo a mí.

—A pesar de sus insólitos deseos de matar a Carla…, es simpático.

Ástor menea la cabeza, disgustado.

—No se lo tengáis en cuenta. Mi hermano es muy exagerado, siempre dice lo primero que se le pasa por la mente, sin pensar, como si tuviera un derecho especial por estar condenado a la silla. No tiene filtro, en eso es como Keira cuando habla de su ojete.

Suelto una risita. ¡Lo recuerda!

—¿Qué tiene de malo hablar de culos? —Sonrío—. ¡Es divertido!

—Es infantil.

—No tengo la culpa de que a ti nada te haga gracia.

—En eso tienes razón.

—Quizá Carla estuviera harta de un amargado como tú.

Ástor abre mucho los ojos.

—¿Qué acabas de decir? —pregunta alucinado.

—¡Ay, perdooona! ¿Era un secreto?

—¡Callaos ya! —berrea Ulises—. Lo has hecho bien, Ástor —le concede—. Pero quiero saberlo absolutamente todo de ese tal Saúl. Tu hermano lo ha llamado «niñato» y quiero saber por qué.

—Es el exnovio de Sofía —aclara Ástor—. Héctor lo habrá dicho porque solo tiene veintiún años… y Sofi tres más, y aun así consiguió salir con ella. Además, a mí hermano le fascina esa chica, desde siempre.

Ulises disimula que no le sorprende.

—Vale. Cuéntale a Keira todo lo que sepas de él —ratifica clavándome la mirada—. Son las cinco. Redactad un informe para Gómez y procurad descansar para esta noche. «Fiesta extraoficial» suena muy sórdido…

—¿Por qué crees que nunca voy? —replica Ástor, incómodo.

—Me voy a casa. Yo también necesito descansar un rato. Y ducharme —apostilla mi compañero—. Volveré a recogeros más tarde.

—De acuerdo.

Veo que Ulises me hace un gesto para que le llame en cuanto pueda.

Cuando desaparece, el duque y yo nos miramos sin saber qué hacer ni qué decir. Somos dos extraños fingiendo gustarnos.

—Lo más creíble sería meternos en mi habitación un rato —propone él.

—Vale… —acepto con un nudo en la garganta.

«¿Solos, encerrados en un espacio diminuto provisto de una cama y con esa camisa blanca desabotonada?». Debo de ser masoca.

keira

12
Insinuaciones arriesgadas

Dos egos han subido a un *ring*: ha comenzado una partida de ajedrez.

JUAN P. MIRACCA

—Ponte cómoda —me ordena Ástor cuando entramos en el dormitorio.

Me quito la chaqueta y los zapatos y me siento en la cama. Él parece haber hecho el pacto mental de ignorarme deliberadamente. Abre armarios, inspecciona cajones y, mientras, lo observo adoptando mi clásica postura india con las piernas cruzadas.

—¿Cuánto mide esta cama? —pregunto suspicaz.

—Dos por dos metros.

—Pues creo que puedes sentarte sin peligro… Cabemos los dos.

Con una sola mirada me confiesa que le preocupa tenerme tan cerca. Se cruje las manos para aplacar sus deseos de pegarme… o de besarme por haberle llamado «amargado», no lo tengo muy claro.

—Tranquila, en diez minutos saldré y me pondré a trabajar un

rato en mi despacho. Tú puedes hacer llamadas o dormir un poco.

—¿Diez minutos? Tu hermano pensará fatal de ti —me mofo.

—Si una primera vez dura más de diez minutos, es que al tío no le gustas de verdad —replica con chulería.

«Ay, mamá… ¿Por qué no me diste ningún consejo para frases que literalmente te meten mano?».

—¿Y no le parecerá raro a tu hermano que, casualmente, yo tenga en tu casa ropa para ir a una fiesta? Se supone que acabamos de conocernos…

—Es verdad. Podemos decirle que el polvo ha sido tan apoteósico que te has ido a casa y has vuelto con una maleta para pasar aquí varios días.

—Modestia aparte, ¿no? Pero vale, así salgo al jardín para hablar un poco con Ulises.

—¿Qué le vas a decir? —pregunta preocupado—. ¿Crees que mi hermano lo hizo?

—Aún no lo sé…

—¡¿Tienes dudas?! —pregunta aterrado.

—Es pronto para responderte a eso, Ástor. Necesito hablar más con él. Conocerle mejor. Héctor manda señales muy contradictorias.

—No te lo discuto. Está como una chota…

—Quiero saber por qué ha llamado «niñato» a Saúl. Te pregunté si teníais enemigos y me contestaste que no.

—¡Saúl no es un enemigo! —dice enfadado—. Lo conocemos desde que era un niño. Es un «querer y no poder», siempre a la sombra esperando su gran momento.

—¿Como ahora? —Señalo la evidencia—. Sería plausible. Dijiste que desea ganar de una vez por todas el torneo, ¿no?

—No lo había pensado, pero… —Niega con la cabeza.

—¿Qué?

—Que no es de esos a los que les gusta ganar con trampas. No sé si me entiendes…

—Es un hombre de honor —simplifico.

—Algo así —admite a regañadientes.

—Y le respetas por ello —afirmo sin temor a equivocarme.

Por primera vez me mira como si no le importara desnudarse ante mí.

—Todavía no tengo claro si Saúl es el tío más molesto del mundo o el más molón… —admite mostrando una vulnerabilidad inaudita.

Sonrío encantada. Ese chico es importante para él. ¡Le cae bien!

—Sofía me contó que no te llevabas muy bien con el padre de Saúl.

—Es verdad. Era íntimo amigo del mío. Aun así, siempre me ha mirado como si no fuera digno de formar parte de su círculo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Mi padre le hablaría mal de mí… Lo creas o no, yo era la oveja negra de la familia De Lerma.

—¡¿Tú?! Imposibleee… ¡Si eres perfectooo! —digo con ironía.

Una sonrisa escapa de sus labios y sus ojos resbalan de los míos para examinar mi postura. Estoy echada hacia atrás con una mano apoyada en la cama (su cama) como si fuera una sirena tentando a un marinero.

Ástor huye antes de que yo pueda corregirme.

—¿Sigue en pie lo de querer ser Kaissa? —pregunta atribulado.

—No hay otra opción.

—Lo comento porque vamos muy justos de tiempo —dice cediendo a la idea—. Para participar en el torneo del sábado deberían proponerte esta noche y hacer la subasta mañana en el club, antes de la fiesta de inauguración. Así que hoy no podemos fallar, ¿de acuerdo?

—¿Qué tengo que hacer exactamente?

—Tienes que hacerte desear… Parecer disponible. Tontear con todos. Y estar espectacular… Ponte el vestido que Mireia te propuso para la gala final, ya conseguiremos otro.

—Según Héctor, si tú finges interés por mí, ellos también lo harán.

—Tranquila, no me hará falta fingirlo.

«¡¿Cómo?!»

Algo parecido al bochorno aterriza en sus ojos e intenta justificarse.

—Ya has oído a Ulises: estás espectacular. —Carraspea—. Ahora mismo, creo que no existe un solo hombre heterosexual al que no le atraigas.

Intercambiamos una mirada, y en la mía se lee un «¿a ti también?».

Su respuesta es caminar de un lado a otro, sintiéndose acorralado,

para finalmente sentarse en la cama de espaldas a mí.

Los siguientes diez minutos son los más largos de nuestra vida, rezando para que ninguno de los dos invada el espacio vital del otro, porque dudo que pudiéramos separarnos. Nuestra atracción corta el aire después de haberle llamado «amargado» y él a mí «infantil». Si no llega a estar Ulises, habría sido una de esas discusiones televisivas que terminan en un beso violento. Uf…

Al final, Ástor se va a su despacho y salgo al jardín para llamar por teléfono a mi compañero.

—¿Ya habéis follado? —me pregunta en cuanto descuelga.

—*Seee*…

—No me extrañaría. Estás irresistible, Kei. Y sé que te mola.

Hay cierto matiz de sufrimiento en su voz y cambio de tema rápido.

—He flipado con lo del hermano y la silla de ruedas, ¿tú no?

—¡Sí, joder…! ¡Ha sido un sartenazo en toda la cabeza! ¿Cómo se nos ha pasado ese detalle?

—Está claro que es algo que no les interesa que trascienda… Pero eso no le exime de poder ser el culpable.

—Al revés, lo respaldaría.

—¿Por qué lo dices?

—En cuanto he salido de la casa, he buscado información en internet sobre el accidente de coche de Héctor y no hay nada. Lo han borrado todo. Pero en el parte del accidente he visto que Ástor conducía y que él fue uno de los implicados. Creo que fue entonces cuando se quedó paralítico… También murió una chica.

Mi boca hace *puenting* hasta el suelo. «Madre mía…».

—Por eso viven juntos —deduzco apenada—. Está cuidando de él.

—Y por eso el título de duque recayó en Ástor y no en Héctor cuando murió su padre. ¿Podría ser una venganza fraternal?

—No sé… Es posible. Necesito tantear más al hermano. Esconde algo.

—¿Tú crees? Yo, ha sido ver la silla de ruedas y descartarlo automáticamente. ¡Y eso que es un pedazo de cliché de villano!

—Ya, pero estaba demasiado…, no sé…, poco extrañado. ¿Me explico? Poco preocupado. Pero a la vez tiene una forma de ser muy impetuosa. Seguro que juega fatal al ajedrez.

—No como el duque —conviene Ulises con sorna—, que te ganó como si fueras un jamón.

—No me ganó a mí. Privó de mi compañía a otra persona.

—Dime la verdad, ¿has perdido a posta esa partida en la universidad?

—¿Tú qué crees?

—Que es imposible que pierdas.

Sonrío ante lo mucho que Ulises me sobreestima. He perdido muchas veces. La mayoría de ellas contra una máquina.

—Me dejé ganar porque no quería una invitación al torneo. Tengo que entrar en el club subastada, igual que Carla. Y comprobar quién puja por mí para joder al duque… Solo así sabremos qué le pasó a Carla.

—Es arriesgado, Kei… ¿Y si averiguan quién eres en realidad?

—No lo harán.

—¿Y si te obligan a hacer algo raro? No sabemos dónde te estás metiendo… ¿Qué le parece a Ástor la idea?

—No le gusta, pero no se gana sin que te coman alguna ficha.

—Yo no quiero que nadie te coma nada… —espeta severo.

Y sonrío.

—Suenas celoso. ¿Pretendes decirme algo? ¿Hincar la rodilla?

Ulises resopla molesto y se toma su tiempo para contestarme.

—No me gusta cómo te mira, Keira… No te dejes seducir por él, por favor.

—No te apures, que para el duque sigo siendo «sangre sucia».

—¡Oh, mi pobre Hermione! —Se carcajea—. Tranquila, pronto caerá ante tu irresistible agudeza, si no lo ha hecho ya.

—No eres gracioso —digo seria.

—No pretendía serlo.

—Que te den —me despido con afán de colgar.

—Keira… —Me frena—. El día que entiendas cuánto vales, te dejará de importar lo que los demás piensen de ti.

—Y el día que tú te atrevas a tener algo que perder, empezarás a vivir de verdad.

Cuando cuelgo, vuelvo al interior de la casa cabreada y también un poco más segura de mí misma. «¡Maldito Ulises! ¿Cómo lo consigue?».

Al momento me llega un mensaje suyo:

Ulises:
Tonta.
La investigación se ha limitado a ocho hombres según las premisas.
Te voy a pasar sus nombres y sus fotos para que los memorices y hables con ellos esta noche durante la fiesta
Yo:
Ok

Ulises:
Héctor de Lerma
Gregorio Guzmán
Jesús Fuentes
Troy Moliner
Paul Krause
Martín Arujo
Alejandro Navarro
Oliver Figueroa

Quiero descansar un rato antes de enfrentarme a lo que se avecina. Regreso a la habitación y estoy más de dos horas estudiando los perfiles de los sospechosos. La fiesta va a ser todo un examen. Pero esta lista de nombres no significa nada en sí misma. Es posible que acudieran a la fiesta en casa de Ástor y que alguno de ellos dejara la nota; no obstante, podrían ser cómplices de una tercera persona que no estaba invitada.

En uno de mis recesos para descansar los ojos me quedo dormida, y cuando suena el despertador anunciando que va siendo hora de arreglarse para la fiesta decido salir de la habitación y hacer un poco de turismo.

Me aventuro hacia el ala oeste, que siempre está prohibida, y sigo el sonido amortiguado de una canción que me lleva hasta un gimnasio.

Es «Girls like you» de Maroon Five. Lo que no esperaba es encontrar a semejante monumento haciendo un ejercicio de rueda

abdominal.

Los músculos de Ástor mantienen el equilibrio de forma sublime sobresaliendo de una camiseta blanca de tirantes y un pantalón corto azul oscuro. Se desliza arriba y abajo sobre un rodillo que exhibe todo su cuerpo en tensión.

«Madre del amor hermoso… ¡Menudo cuerpazo!».

—Perdón, me he perdido… —balbuceo cuando repara en mí a través de un espejo.

—Tranquila, ya he terminado.

Se pone de pie, y siento que necesito agarrarme a algo cuando viene directo hacia mí todo sudoroso. Creo que incluso me echo un poco hacia atrás para que su envergadura no me dé en la cara. Está claro que se ejercita a diario. Esa percha no es genética, la trabaja a fondo, y le funciona porque no puedo apartar la vista de él ni pasando vergüenza.

Con esa cara y ese cuerpo, podría haber sido el modelo mejor pagado del mundo.

—¿Pasa algo? —pregunta chulito, aunque lo sabe perfectísimamente.

—Que le acabas de dar mucha envidia al hámster que hay en mí.

Intenta en vano borrar un conato de sonrisa.

—Me voy a la ducha —anuncia—. ¿Tú quieres ducharte?

Dejo de respirar. ¡¿Es una invitación en firme?!

Nos mantenemos la mirada, y dudo. «Lo sabe. ¡Dios…!».

¡El cabrón de Ulises me ha comido el coco!

Me veo asintiendo e imaginando que me arrastra con él hasta una cascada de agua y que empezamos a devorarnos la boca, a lo bruto, mientras se nos empapa toda la ropa. Pero en vez de eso, me acompaña hasta su dormitorio y me da una toalla limpia.

Enseguida emigra hacia otra parte de la casa con ropa de cambio y me siento un poco decepcionada.

«¿Qué pretendías, Mata Hari? ¡Vuelve a la Tierra!».

¿Veis? Si hubiera corrido en la cinta, no estaría tan salida. Me habría liberado de toda esta tensión sexual como ha hecho él. Maldito sea…

Me resulta extraño ducharme en su cuarto de baño, aunque esté más impoluto que el de un hotel de seis estrellas. Las paso canutas

para meterme en el dichoso vestido rojo yo sola, pero al final lo consigo.

Los zapatos elegidos roban completamente el protagonismo al conjunto, junto con un cinturón negro, a juego, que me ciñe la cintura. No sé si podré andar con estos andamios; a simple vista, parecen muy incómodos. Sin embargo, cuando me los pruebo resultan ser más estables de lo que aparentan. Eso de pie y quieta. Cincuenta metros después, me llamo ilusa. Tienen los tacones finos y se amarran a mis espinillas mediante tiras finísimas de cuero negro. Son un apoyo visual importante, porque la pierna derecha se me ve hasta casi la cadera.

Intento retocarme el maquillaje como me han enseñado esta mañana y me pinto los labios de rojo. Estoy irreconocible en el espejo. Si mi madre me viera no dejaría de dar palmas hasta el verano que viene.

Cuando por fin aparezco en el salón, los hermanos ya me están esperando. También Ulises, que permanece alejado en posición de servicio.

Ástor hace una mueca que no podría catalogar de sonrisa, pero que transmite aprobación, como si por fin yo estuviera a la altura del señorito. Ese pensamiento me cabrea, y creo que aún le gusta más que lo salude con frialdad.

—Estás preciosa —murmura, y me dedica una caricia en el brazo que me pone el vello de punta. ¡Esos nudillos van a acabar conmigo!

—Ya lo creo —confirma Héctor observándome extasiado.

—Gracias… Vosotros también estáis muy bien.

No sé ni cómo he hablado, pensaba que me había tragado la lengua al ver al duque tan arrebatador. De pie, con las manos en los bolsillos, sin necesidad de hacer nada… Torturado como solo él puede estarlo.

No debería impactarme tanto, porque va exactamente igual que por la mañana, pero completamente de negro ahora. Pantalón, corbata, chaqueta y el irresistible chaleco…, todo combinado con una camisa del mismo color. Y con su pelo azabache, que refulge como el ónix. Parece el puto Lucifer Morningstar, con lo que me gusta ese arcángel caído…

—¿Nos vamos? —dice entrelazando nuestros dedos, lo que acaba

con la cordura de la única neurona que me quedaba en la cabeza.

Tengo que hablar con él sobre esto… Confesarle que sus manos me excitan tanto o más que si estuviera lamiéndome los pezones, pero ni siquiera en mi cabeza parece una buena idea mencionarlo.

Ástor ya se ha acostumbrado a juguetear con mis falanges y no parece importarle. Yo, sin embargo, no puedo soportarlo… No puedo, en serio.

Ulises lo sigue como si fuera su sombra cuando nos dirigimos al garaje. Sus ojos son una rendija resentida observando nuestras manos unidas, y me suelto del duque en cuanto su hermano nos adelanta en dirección al coche.

Ástor capta el gesto, pero lo deja pasar.

—Buenas noches, señores —dice un hombre canoso vestido de chófer que espera junto al automóvil.

De hecho, hay cuatro, pero no me da tiempo a fijarme en los modelos porque mi estupefacción alcanza cotas inesperadas cuando abre la puerta del copiloto a Héctor y lo veo maniobrar con su cuerpo para subirse con una facilidad pasmosa. Ahí termino de entender por qué no usa una silla mecánica. Ese mismo proceso sería el doble de lento y tedioso.

El chófer pliega la silla y procede a guardarla en el maletero.

—¿Necesitamos chófer? —pregunto al ver que somos cinco y que me veré obligada a compartir el asiento de atrás con Ulises y Ástor.

—Es verdad… —oigo a Héctor—. Lo avisé porque no contaba con que Ástor se animase a venir. Pero vete a casa, Rodri, y descansa esta noche.

—Gracias, señor —responde el chófer.

—Tú conduces —indica Ástor a Ulises como si fuera su jefe.

Mi compañero debería ensayar sus caras de odio también.

Me subo al coche cuando Ástor me abre la puerta de atrás. Se acomoda junto a mí y, antes de arrancar, Héctor nos echa un vistazo por el retrovisor, esperando ver carantoñas entre nosotros. Casi al momento, el duque vuelve a cogerme de la mano y mi turbación se reinstala.

—¿Qué te pasa? —me susurra al oído al notarlo.

Me acerco a él para que nadie oiga la respuesta. Es mi oportunidad.

—Nada, es que… no estoy acostumbrada a que me toquen.

—A mí tampoco me gusta —confiesa mirándome fijamente, y por un momento me pierdo en sus ojos. Son tan azules e hipnóticos…—. Pero contigo me cuesta menos, no sé por qué.

Mis cejas se arquean, sorprendidas, y él sonríe enigmático.

—Creo que es porque emites señales de que te disgusta que lo haga —admite sin mirarme.

«¡Joder! ¿Esas tenemos…?». Le encanta ponerme nerviosa, qué bien.

Contraataco acercándome a su cuello y hablándole debajo del lóbulo. Yo también sé provocar.

—Es mucho peor que eso —musito sensual—. Preferiría mil veces que me acariciaras el culo antes que las manos.

Él me mira entre sorprendido y divertido.

—Es un gesto demasiado íntimo —trato de explicar—, y además… me chiflan las manos.

—¿Te chiflan las manos?

—Sí, y las tuyas son la hostia —susurro avergonzada.

No le miro. Noto que aprisiona mi mano entre la suya y vuelve a acercar el rostro a mi oído con secretismo.

—No es la primera vez que me lo dicen…

Su voz reverbera en lo más profundo de mi cuerpo. Una vibración adictiva de la que no quiero separarme.

«Joder… ¿qué estoy haciendo?».

—Es que son alucinantes —murmuro volviendo la cabeza hacia él, reteniéndole en nuestro espacio secreto.

Nuestras frentes se juntan por casualidad y no nos movemos porque somos conscientes de lo mucho que da el pego la postura. Parece que estemos haciéndonos confidencias cariñosas, solo que a mí va a darme un infarto. Un hombre así, a esta distancia, es capaz de desencadenarte una cardiopatía.

—Estás increíble —musita de pronto—. Muy distinta…

Me separo de él para mirarle a los ojos un segundo y luego vuelvo a su oreja.

—¿Ya soy digna de ti? —digo con sorna.

No cede ni un milímetro de espacio. Solo me vence la cara para llegar a mi oreja con sus labios y susurrar: —Has sobrepasado ese

límite… Ahora soy yo quien no se merece respirar a tu lado…

Me quedo sin habla, y más cuando termina la frase dándome un beso detrás de la oreja.

El corazón me bombea con tanta fuerza que tiene que estar oyéndolo. Estoy a punto de ahogarme en mi propia excitación.

—¿Podéis dejar de dar envidia de una santa vez? —vocifera el hermano, molesto, desde la parte delantera.

Los dos sonreímos vergonzosos. Y es vergüenza auténtica.

Nos separamos, pero no me suelta. El mamón no deja de juguetear con mis dedos durante todo el trayecto. Menos mal que se hace corto; en cuanto el vehículo se detiene, salgo disparada hacia fuera.

No sé a qué tipo de fiestas vais vosotros, pero yo nunca había asistido a una en un chalet privado con una piscina *infinity* y camareros uniformados llevando bandejas de canapés de un lado a otro sin parar.

¡Menos mal que era informal!

En cuanto entramos, maldigo mi vestuario, máximo responsable de que todo el mundo me mire como si fuera desnuda. ¡Y eso que es de manga larga y me llega hasta los pies!, al menos, en uno de los lados. El problema radica en la total ausencia de tela en su simetría. Una pierna, un brazo y parte de un costado al desnudo. ¡Bravo, Mireia! ¿En qué estaría pensando esa encantadora viejecita al diseñarlo?

Tengo la sensación de que todas las presentes, sin excepción, quieren matarme, y ellos comerme por el simple hecho de aparecer del brazo de Ástor de Lerma.

Trato de actuar como la acompañante perfecta frente a las decenas de personas que me presenta. Es bastante estresante.

—Me pitan los oídos —susurro en su hombro en un momento dado—. ¿A cuánta de esta gente te has tirado?

Ástor sonríe, comedido.

—Si hubiese aceptado más proposiciones, no te pitarían tanto… Lo estás haciendo genial —murmura sin mirarme.

Pero yo sí lo miro a él. No puedo dejar de hacerlo. ¡Ni yo ni nadie!

¿Cómo es el verdadero Ástor? Ahora mismo parece pura fortaleza.

—¡Keira! ¡Qué guapísima estás! —me saluda Sofía, pletórica.

Automáticamente busco los ojos de Ulises, preocupada por si se

desmaya. No puedo describiros lo preciosa que está Sofía y mi amigo se queda tan estupefacto que siento pena por él.

—¡Hola, Sofía! —saludo aliviada—. ¡Qué alegría que estés aquí!

La cojo del brazo y la llevo cerca de mi compañero para preguntarle: —¿De quién es este chaletazo?

—De Gregorio Guzmán. Está por ahí… Es muy majo.

Miro a Ulises, recordando que es uno de los nombres de la lista que me ha facilitado por WhatsApp.

—¿Nos tomamos algo? —pregunta mi nueva confidente, animada.

—Sí, por Dios… —contestó desesperada, aunque en teoría estoy «de servicio».

Necesito alcohol en vena para quitarme los nervios de encima. Y no me refiero al caso, sino a Ástor… Ulises, para variar, estaba en lo cierto: ¡estoy cegada del todo! Y policialmente hablando, no veo tres en un burro. No bromeo, creo que no puedo pensar así vestida… Y menos con la lucha interna que mantengo por mezclar trabajo con una escena tan excitante como la que he vivido en el coche. Ya no sé ni lo que hago.

Hay un par de tipos que no han disimulado su interés por mí. ¿Posibles sospechosos o admiradores del vestido? ¡Quién sabe!

Lo cierto es que me miran más las mujeres que los hombres.

¿Estará una mujer detrás de todo esto? ¿Alguna despechada, quizá?

—Chicas… —Ástor no se despega de nosotras—. ¿Adónde vais?

—A cotillear —le contesta Sofía—. Mejor no nos sigas.

—No os vayáis muy lejos.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Porque no sois conscientes de cómo os miran algunos.

—¡Ese es el plan, As! —exclama Sofía, y acto seguido pide dos bebidas a un barman—. Tenemos que llamar la atención, ¿no? Déjanos solas, anda.

El duque pone mala cara.

—No te preocupes por nosotras. Soy poli —le recuerdo. Y me lo recuerdo a mí misma, porque… vaya tela—. Ve a socializar un poco.

—Justo lo que me apetece —masculla irónico.

Y sonrío. Adoro lo antisocial que es. Lo respeto y, además, lo comparto.

—Bebe un poco, te vendrá bien para relajarte.

—Yo no bebo, ¿recuerdas, Keira?

Toda la información del accidente cruza por mi cabeza. La chica, su hermano… Quiero profundizar sobre eso. Volver a hablar con Héctor. Sin embargo, digo: —Un día es un día. Y hoy no vas a conducir, Ástor.

Me mira raro. Puedo notar su ansiedad rebotándome en la cara.

—Hay otro motivo que no te he contado…

—¿Cuál?

Me mantiene la mirada con intensidad y cierta intimidad. «¿Ya somos amigos?».

—Tomo ansiolíticos… y son una mala combinación con el alcohol.

Quizá a otra persona le habría sorprendido, pero a mí no. Llevo cuarenta horas en su vida y ya estoy estresada. Fue víctima de una tragedia familiar que revive cada vez que ve a su hermano. Tiene muchas responsabilidades y varios enemigos, y arrastra cierta sintomatología depresiva.

—Una copa no te hará daño —digo tocándole el brazo con afecto —. Creo que necesitas relajarte un poco.

Observa mi gesto cariñoso y no aparta el brazo.

—Pensar que ese tipo puede estar acechándonos me cabrea mucho —confiesa de pronto.

—Esa es la clave, As, que nos aceche. Que haga contacto. Ulises nos tiene vigilados. Despreocúpate, ¿vale?

—No me gusta que me llames As…

—Perdón…, señor As.

—Mejor.

Me coge la mano y se la acerca a la boca para besarla dejando la promesa de su aliento rozándome la piel.

Acabo de morir…

Encima, lo remata guiñándome un ojo. «¡Joder…!».

Resucito gracias a un rayo de lucidez mental que me recuerda que lo ha hecho para marcar territorio frente a un posible maniaco y a los múltiples ojos curiosos que nos observan. ¿Acaba de hacerme suspirar un gesto tan posesivo? Me estoy dando miedo.

—¡Lo tienes loco! —se pitorrea Sofía junto a mi oído.

Me recompongo como puedo. ¿Qué clase de policía creerá que

soy?

—Estamos fingiendo, ya lo sabes.

—Sí, sí… —Sonríe pillina.

—¿Qué?

—¡Que nadie finge tan bien! —exclama taimada—. Lo tienes a tus pies y no lo culpo, ¡estás brutal! Dime, ¿habéis descubierto algo más?

—Puede… Oye, ¿no estarás tú detrás de todo esto? Ya sabes, Ástor te obsesiona, Carla era un impedimento y ahora planeas matarme haciéndote mi amiga.

La irreverente carcajada de Sofía demuestra que me equivoco.

Una pena. Cuadraba muy bien…

—¡Yo no soy! Pero no descartes a una mujer, Keira. Aquí hay muchas que van tras el legado De Lerma —alega haciendo un gesto con la cabeza hacia Ástor. Y veo que ya está rodeado de mujeres.

—No lo entiendo. ¿Para qué quieren su título? Yo me conformaría con que me frotara contra sus abdominales para hacer queso rallado conmigo.

Sofía estalla en carcajadas y se agarra a mi brazo para no perder el equilibrio.

—¡¡¡Lo sabía!!! ¡Te mueres por él!

—Estaba de broma… —Pongo los ojos en blanco.

Sofía no deja de reírse y me descubro sonriendo también.

«¿Qué leches me pasa?».

Pues que me lo estoy pasando genial. Las copas, las risas, tener una amiga con la que bromear sobre chicos guapos… Son vivencias que me he perdido a lo largo de mi vida. Y esto de sentirme guapa sin sentirme culpable también es nuevo para mí, como lo de sobrellevar tan bien ser el centro de atención… Intento vivir de la mejor forma posible de acuerdo con mis principios, pero esta farsa está siendo muy reveladora y está poniendo de manifiesto mi propia soledad. No esperaba sentirme tan acogida por un mundo tan distinto al mío. Es bonito notar que te quieren y que te valoran, para variar.

Mi trabajo siempre ha sido mi prioridad. Mis amigos han sido mi abuelo, mi madre y un tablero de ajedrez. También tengo a Ulises, pero esta noche soy otra. Y me estoy sintiendo muy a gusto en esta piel. Tanto, que por momentos se me olvida que estoy trabajando, algo que no me había pasado nunca.

—No te tortures. —Sofía continúa con su perorata—. Si Ástor no te gustara, serías más rara de lo que pareces. ¡Es un bombón! De todos modos, a mí me van los inmaduros y graciosos. Me encanta marearles y volverlos locos. Y Ástor es como una cámara acorazada de un banco suizo; demasiado complicado para mí.

—Y para mí —digo, sobre todo a mí misma—. Además, a él le gustan las chicas como Carla… Dulce, educada, ingenua, inocente… Él mismo me lo dijo.

—Carla solo era un proyecto que se le fue de las manos.

—Aclárame eso.

—Ástor siempre anda haciendo favores a todo el mundo. Se desvive por ayudar a los demás como si debiera algo al universo. Tiene fama de generoso. Por ejemplo, mi beca. Perdona, ¿te estoy aburriendo? —dice al verme pensativa.

—¡No! Sigue hablándome de Ástor, por favor. Conocerlo a fondo es fundamental para entender quién va a por él y por qué.

—¿A fondo? Eso suena a excusa para follártelo. —Se ríe tunanta.

¡La madre que la trajo!

—¡Calla y continúa hablando! —le pido intentando ocultar mi diversión.

—Si buscas un motivo para que vayan a por él, yo te lo doy: Ástor es el típico hombre que deja en mal lugar a todos los demás.

—¿Por qué?

—Porque las comparaciones son odiosas y él es don Perfecto. No se conforma con el ciento por ciento, siempre tiene que dar el doscientos por ciento. Ir un paso más allá, en generosidad, en belleza, en las pruebas del KUN… Es el rey. Sobre todo del *ring*.

—¿El *ring*? Ahora sí que me he perdido.

—El boxeo es una de las actividades principales del club. Es algo completamente clandestino. Corren apuestas. Y usan protecciones para no dejar marcas, pero pelean a muerte en un espacio protegido hasta que uno de los dos queda noqueado. Tienen prohibido rendirse…

—¿Cómo sabes todo esto?

—Por Saúl —confiesa—. Aunque no es del KUN, lleva tres años participando en el torneo de ajedrez y se entera de muchas cosas por su padre.

—Me cayó bien Saúl. Es un chico muy carismático… y guapo.

—Por él me di cuenta de que necesito a un tío más simple que yo para ser feliz —admite Sofía, y da otro trago a su bebida—. Paso de los listos, de los honorables y de los que siguen enamorados de sus ex.

—¿Saúl seguía enamorado de su ex?

—Nunca me habló de ella, solo mencionó un desengaño anterior. Pero me daba la sensación de que todo lo hacía por despecho o para demostrarse algo a sí mismo por ella. Jamás llegó a entregarse del todo conmigo… Quizá por eso duramos tanto tiempo —deduce pensativa—. No soporto a los empalagosos que no te dejan respirar.

—¿Y lo de honorable? ¿A qué viene? —pregunto suspicaz.

—Me refiero a tener que guardar las apariencias… Un día, Saúl será marqués y no le está permitido hacer locuras con una chica corriente como yo. Está claro que no tengo madera de marquesa.

Sin duda, esa historia esconde mucho más, pero ahora mismo tengo que dejarla pasar y centrarme en Ástor.

Echo un vistazo a mi alrededor para localizarlo, y de repente descubro a Ulises mirándonos con la cara desencajada. ¡¿Otra vez el fantasma de su exnovia interfiriendo en la investigación?!

«Esto lo arreglo yo rapidito».

—Ven conmigo, Sofi…

La arrastro en dirección a Ulises, que se queda blanco en cuanto percibe mis intenciones. Su mirada suplicando clemencia no me frena.

—Sofía, este es Ulises, mi compañero. Y tiene un problema contigo.

Ella lo mira de arriba abajo con expresión sorprendida.

—¿Qué problema?

—Ninguno —zanja él, azorado.

—Su novia murió de cáncer hace ocho años y tú te pareces muchísimo a ella. Por eso te mira como si quisiera beberse tu sangre.

—Yo no hago eso…

—¿Ese es el motivo?

Hablan a la vez y se miran cohibidos.

—Os dejo solos —me despido—. Solucionadlo. Me voy a dar una vuelta.

Es hora de empezar a trabajar un poco, ¿no?

keira

13
Decisiones peligrosas

La genialidad consiste en saber transgredir las reglas en el momento adecuado.

R. Teichmann

¿Dónde estará Ástor?

Para localizarlo solo tengo que seguir la intersección de las miradas de varias mujeres y descubrir un corro de hombres en el que está. Lo veo apoyado en la silla de ruedas de su hermano con la notoriedad de un león.

Admitir hasta qué punto me atrae sería dejar florecer un fastuoso deseo que no me conviene en absoluto.

Me acerco a él por detrás y le tomo la mano suavemente.

El grupo entero se queda en silencio cuando se vuelve hacia mí.

Me da la sensación de que todos empiezan a imaginarnos desnudos.

Ástor se muestra atento conmigo y me aleja de ellos con un «disculpad». Cuando por fin me mira, percibo alivio en sus ojos.

—¿Cómo va todo? —pregunta con aprensión.

—Bien… Vayamos a tomar algo. Necesito estudiar el tablero de juego.

Asiente y me guía hacia la barra más cercana colocando una mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Qué necesitas que haga? —me pregunta al oído con una caricia, como si acabara de hacerme un cumplido.

Por un momento, su voz es como brisa en mi piel desnuda y no me deja pensar en nada. Si supiera lo que necesito que me haga…

Odio que su cercanía me afecte de un modo tan catastrófico.

—No sé, sonríe un poco, sé cariñoso conmigo, pásalo bien…

—Yo no soy así. Alucinarían mucho.

—Pues haz un esfuerzo. —Sonrío con falsedad—. Si la persona que te atormenta te ve feliz reaccionará improvisadamente.

—Está bien —murmura observando alrededor con psicosis.

—Tú solo mírame a mí —lo corrijo—, así podré mirar a los demás sin que se note.

—Vale… —Respira hondo e intenta concentrarse en mí.

Me clava una mirada intensa que casi me parte en dos.

«¿Desde cuándo sus ojos tienen el poder de trastocarme tanto?».

Desde que advertí miedo en ellos. Y no del tío que le persigue, sino de mí… De nosotros. De esta intimidad impuesta que nos está costando demasiado poco adquirir.

—¿Qué haces cuando te gusta una mujer? —le pregunto a bocajarro para aligerar el ambiente—. Además de alquilarla por horas, claro…

Lucha por no sonreír, fracasando estrepitosamente. El camarero atiende su demanda. Ástor le ha pedido dos bebidas, la suya sin alcohol, y vuelve a mirarme de forma penetrante.

—En realidad, no hago nada… Sucede de forma natural.

—¡Anda, pues qué bien! Debe de ser muy divertido ser tú.

—Sí, pero no tiene mérito. El apellido familiar me precede. Es como quien liga por tener un Ferrari. En realidad, no es por ti.

—Yo creo que te equivocas. Estamos aquí por lo que eres, no por

lo que tienes. Pensaba que no sería tan exagerado…, que mi madre era una loca fanática, pero ya veo que causas furor.

—Si otro ostentara mi título, sería muy distinto, te lo aseguro.

Me doy cuenta de que no es consciente de lo guapo que es y del estilo que tiene, pero eso me hace pensar en algo.

—¿Por qué el título terminó recayendo en ti y no en tu hermano, que es el mayor?

—Mi madre insistió —responde apocado—. Después del accidente, Héctor quiso alejarse de la vida pública. Dijo que no le interesaba casarse ni tener hijos. Así que solo quedaba yo para procurar un heredero a la familia… No me quedó más remedio.

—¿No querías ser duque?

—Era lo último que deseaba. Me lo tomé como una penitencia.

Sé que está hablando del accidente. Debió de resultarle muy duro asumir esa culpa, pero…

—Cualquiera que te oiga renegar de ser duque te tachará de loco.

—El ducado es una cárcel —sentencia con firmeza—. Todo lo que digo o hago puede ser utilizado en contra de mi familia. Nunca puedo ser yo mismo.

—¿Y cómo eres? —pregunto con verdadero interés—. ¿Qué haría el Ástor de antes que no puede hacer el de ahora?

Sus ojos reflejan secretos oscuros que me muero por descubrir.

—Seguramente, no estaría aquí —admite acercándose más a mí—. El antiguo Ástor se largaría contigo y se perdería en cualquier bar donde nadie estuviera pendiente de si mi lengua termina en tu boca o no…

«*WHAT?!*».

¡¿Insinúa que quiere besarme?!

¡No, joder, solo es una hipótesis! Una ironía de lo controlados que nos tienen aquí muchos ojos… ¿No? ¡¿No?!

Dios santo… ¡No estoy segura!

Hay algo ardiente en sus pupilas. Una pulsión sexual que no es un jodido espejismo. Si no, es que he menospreciado sus dotes interpretativas.

Lo miro fijamente sin saber qué decir y me atrevo a tocarle la cara para comprobar que es real.

Se deja. Ya no sé si nos merecemos un Oscar o si va en serio, pero

las sensaciones no mienten, ni las miradas. Es como estar escuchando «Fix you» de Coldplay cuando el bajo entra en escena al final y llena todo de esperanza hasta que se anima la batería. ¡Magia pura!, os lo digo yo.

Bajo la vista, ruborizada, y procedo a hacer mi trabajo, que no es ligar con un apuesto duque, sino echar un vistazo al tablero viviente.

Me doy la vuelta.

¡Me *cagüen* la leche…! ¡Todo el mundo nos está mirando!

Así es imposible captar a un sujeto que muestre un comportamiento fuera de lo normal hacia Ástor. Me encuentro a la deriva en un mar de ojos cargados de odio y deseo a la vez. Hasta su hermano nos mira con curiosidad.

Me fijo en los hombres que conforman el grupo del que he apartado a Ástor hace unos minutos. Son sus amigos más íntimos, entre los que se encuentran la mayoría de los sospechosos. Un buen puñado de ellos estuvieron en su fiesta y, por lo que he podido estudiar en sus perfiles, ninguno tiene nada que envidiarle. Todos pertenecen a la alta sociedad. Algunos están felizmente casados y otros no. Todos dispuestos a divertirse sin ser vistos…

—De ese grupito, ¿quiénes son los mejores jugadores de ajedrez? —pregunto teniendo una revelación.

El duque vuelve la cabeza para ficharles.

—Chuso y Troy son dignos oponentes. El resto son más flojos.

—¿Quién es Chuso?

—Jesús Fuentes.

—Pues quiero hablar con ellos. De ajedrez, claro… Y de su Elo.

—¿Crees que es un método fiable para calcular la habilidad de un jugador?

—No con exactitud, pero sirve para hacerte una idea de su media.

—Yo tengo una media muy baja —confiesa—, ni siquiera llego a maestro, pero…

—Pero eres mejor que eso, ¿verdad? —me arriesgo a terminar la frase. Sus ojos me confirman que he acertado—. Eres un tramposo… Juegas más de lo que te contabilizan oficialmente y tu media es menor que tu nivel de juego.

Me ofrece media sonrisa canalla.

—No juego mucho. Sin embargo, cuando lo hago es para ganar.

—Ya, usando toda clase de sucias artimañas —añado recordando la escena en la universidad.

—Si el premio merece la pena, sí —musita con voz ronca.

¡Virgen santísima…! Que alguien me detenga, estoy a punto de abalanzarme sobre él. Sus labios corean mi nombre. «¡Mantén la calma, Keira!».

Qué irónico que mi jefe confiara en que no me dejaría seducir…

Quedaría tan estúpido preguntarle: «Oye, Ástor, ¿estás actuando o tirándome los tejos? ¡Porque me estás poniendo como una moto!».

Me miraría con dos platos por ojos y me diría: «¿Tú eres tonta o esnifas galletas porque pone “María” en ellas?».

Como norma, debo suponer que cuanto ocurre a la vista de los demás es más falso que un euro de madera, así que me relajo y decido tomarme todo a guasa.

Por suerte, en este momento el camarero nos sirve las copas.

—Propongo que esta noche vuelvas a ser el Ástor del pasado —digo queriendo hacer un brindis—. Que vean que la desaparición de Carla y las notitas no te han afectado lo más mínimo y que estás feliz.

—No sé si podré… Y no creo que deba.

—Existe un gran remedio casero: emborracharte. —Le acerco mi copa—. Siete años de castigo ya son suficientes, Ástor. Además, la ocasión lo merece.

Me mira entre alucinado y arrobado.

—Mañana es el torneo y quiero estar lúcido —se excusa.

—Cielo, si yo participo, no tienes ninguna posibilidad de ganar.

Esa frase planta una sonrisa increíble en su cara. Una juguetona y desafiante que nunca le había visto, y se acerca a mí como si fuera a besarme, provocando que mi mueca socarrona muera en mis labios.

—No te lo crees ni tú —musita casi pegado a mi boca, lo que me hace desear que se estrelle contra ella.

Sería tan indecoroso… Y tan genial.

Parpadeo un par de veces para deshacerme del extraño escozor que me produce que no lo haya hecho.

—Bebe —le ordeno autoritaria—. Igual son tus últimas horas de vida. Puede que te maten, después de todo… Es un buen momento para volver a beber.

Sabe que bromeo, pero para mi sorpresa coge la copa y da un

trago. Largo, además.

Al saborearlo blasfema, y me río.

Después coge mi mano y me arrastra hasta los dos hombres con los que quiero hablar, y… ¡sorpresa!, el experimento resulta un desastre. Porque un perfil sospechoso adularía el juego de Ástor mientras por dentro estaría fantaseando con verle escupir sangre, pero estos dos sujetos no dejan de meterse con él, de amenazarle directamente y de decirle que este año no piensan dejarle ganar, aunque tengan que cortarle las manos.

—Yo que tú, ni me presentaría —sugiere otro—, seguro que tienes cosas mejores que hacer en las que emplear tu tiempo libre, Ástor.

Que me mire al decirlo lo cubre todo de un velo sexual evidente.

—A mí no me importaría, chicos… Pero la señorita quiere participar en el torneo. ¡Cree que puede ganarme! —Ástor sonríe petulante—. Ya le he dicho que a estas alturas solo hay una forma de que pueda participar: entrar como Kaissa en el club. Si eso sucediera, no me quedaría más remedio que pujar por ella…

La sorpresa es mayúscula.

Sus amigos se miran unos a otros y luego a mí sin dar crédito. Su hermano empieza a reírse como un loco. No sé qué les extraña más, si ver a Ástor con intención de tener una Kaissa u oír «mujer» y «ajedrez» coexistiendo en la misma frase.

Me cuesta lo mío disimular que sus mentalidades de hombre de las cavernas no me dan arcadas, y creo que Ástor lo nota, sobre todo cuando se oyen algunas risitas incrédulas.

—No os riais… Aquí donde la veis, juega mejor que yo —sentencia Ástor.

Me vuelvo hacia él, alucinada. ¿El tío más orgulloso del planeta acaba de decir que soy mejor que él? ¡Si ni siquiera sabe cómo juego de verdad!

Los demás se sorprenden tanto como yo, si no más. Y reacciono rápido.

—No le hagáis caso. —Y añado mirando a Ástor—: Ya te he dicho que, por mucho que me regales los oídos, no pienso acostarme contigo en la primera cita.

La carcajada es general.

Ástor me mira como si quisiera matarme… ¿a polvos?

A partir de ese momento todo cambia. El ambiente se suaviza. Empiezo a relajarme y a pasarlo hasta bien. ¡Aquí no hay ningún psicópata! De hecho, la gente es más amable y cercana de lo que había imaginado en un principio. Es importante saber reconocer cuando uno se equivoca, se te quita un peso enorme de encima. Pero ¿quién se llevó a Carla y por qué?

Empiezo a pensar que se fue ella solita. O eso es lo que me gustaría, porque no estoy centrada. Nada centrada. Estoy de fiesta, pasándomelo bien y, sinceramente, había olvidado que existía esta sensación. Casi peor: ¡nunca la había tenido!

El duque debe de estar haciendo gala de un humor sin precedentes porque en los ojos de cuantos nos rodean hay una pizca de asombro fascinante al verlo tan accesible. Y parecen buscar una explicación en mí. En mi cuerpo, en mis tetas… o en cualquier contacto entre nuestras pieles. Creo que no dejan de imaginar nuestras bocas apenas encajadas mientras le damos al asunto a tope.

«Yo también me pregunto cómo sería, pero parad ya…», les ruego mentalmente.

El morbo está a punto de comerme viva. ¡Con lo tranquila que vivía yo con mis sesiones de sexo intermitente con Ulises!

Por cierto, ¿dónde está Ulises?

De repente, me preocupa no verlo. Hace un momento se encontraba aquí y ahora no está donde lo he dejado con Sofía. ¡Los dos han desaparecido!

Comienzo a ponerme nerviosa; lo necesito cerca, somos un equipo.

Me disculpo con el grupo diciendo que voy al aseo para empezar a buscarlos como la novia celosa que no soy.

Al no encontrarles a primera vista, me los imagino en una habitación haciendo de todo. Ulises no es de los que se andan con rodeos. Al revés. Te descuidas y ya te la ha metido sin preguntar. Y esa chica se parece mucho a su Sara… Para él debe de ser irresistible.

Me adentro más en la casa y descubro espacios con un ambiente más íntimo. Hay gente besándose, drogándose y charlando en actitud sospechosa… ¡Es el lado oscuro de la fiesta!

De pronto, los veo en una esquina. Sofía está contra la pared, acorralada, mientras Ulises la besa con fruición. Alucinante… Y no.

Voy a preguntarle qué leches está haciendo en horas de trabajo cuando, a través de unos altavoces, empieza a sonar por la casa entera una sirena a tope de volumen, asustándonos a todos. Es como las de los años setenta cuando alertaban de que iba a caer una bomba nuclear. Y de repente, se oye una cuenta atrás:

«Diez…».

«Nueve…».

«Ocho…».

La gente empieza a correr hacia la salida. Sofía y Ulises me miran estupefactos.

—¡Os estaba buscando! —les grito.

—¡No hay tiempo! ¡Vamos! —chilla Sofía cogiéndome de la mano para sacarme de aquí.

«Siete…».

—¡¿Qué pasa?!

—¡Es la hora del beso!

—¡¿Qué?!

—¡Es un juego! Si cuando la cuenta atrás llega a cero no estás besando a alguien en el jardín, ¡te tiran a la piscina vestido!

«Cinco…».

—¡¿Cómo…?!

—¡Y se lo toman muy en serio, Keira! ¡Busca al duque! ¡Yo tengo que encontrar a alguien…! —vocifera Sofía, y se lanza a cruzar el salón corriendo.

«Tres…».

Miro a Ulises desconcertada y los dos pensamos lo mismo. «¿Es una puta broma?». Suena a peli americana sádica en la que muere gente a punta pala. Sin embargo, salgo al jardín a toda prisa.

«Dos…».

Localizo a Ástor a menos de diez metros de mí. Tiene la cara desencajada, como si acabara de enterarse del castigo por no cumplir. Su pánico a las piscinas centellea en su mirada.

«Uno…»

Echa a correr hacia mí al mismo tiempo que me lanzó hacia él.

Un «piiiiiiiii» ensordecedor interminable es lo único que oigo cuando nuestros labios chocan con brusquedad al atraparnos casi al vuelo.

Termino de puntillas sujetándole la cabeza para facilitar la conexión de nuestras bocas mientras él se aferra a mi cuerpo en un abrazo que le obliga a enterrar las manos en mi pelo.

Debería haber sido un beso apretado y desértico de apéndices húmedos, pero sus labios resbalan sobre los míos con un movimiento tan irresistible que mi lengua da dos o tres vueltas de campana con la suya sin poder evitarlo. La sensación me provoca un cortocircuito entre el deber y el querer, porque no concibo que ambos coincidan.

El siguiente roce de su lengua arrasa con mi raciocinio del todo.

Pero… ¡¿qué clase de besos he dado yo en mi vida?!

Su sensual cadencia me chiva que es de los que te arrancan la ropa a dentelladas y te follan contra la pared con tu pelo retorciéndose en su puño.

«*Oh my God!*».

Rezo para despertarme de esta alucinación. Finalmente lo hago con la canción de David Guetta «When love takes over», que empieza a sonar con fuerza por los altavoces y me pone todavía más en órbita.

Mi cuerpo va resbalando por el suyo hasta que consigo apoyar completamente los pies en el suelo mientras él sube una mano a mi mejilla para marcar el final del beso. Abro los ojos, y veo los suyos tan cerca que resulta sobrecogedor.

La atmósfera se va animando al son del famoso éxito musical, pero nosotros seguimos sin movernos.

—¿Tú… sabías algo de esto? —pregunto cortada.

—No. Por estas gilipolleces no vengo a estas fiestas… Lo siento, pero no podía terminar en el fondo de esa piscina —dice intentando apartar la vista de mis labios, sin lograrlo.

—Ya, bueno… ¡Prueba superada! —Me ruborizo y finjo naturalidad.

Es mi plan B para todo. Para quitar hierro al asunto, hacer como que no importa, y, con suerte, a veces, hasta yo me lo creo.

Busco a Ulises entre la gente y me topo con sus ojos perdonándole la vida a Ástor. ¡Tendrá morro…! ¡Hace un momento estaba besando a Sofía! Además, él no es un invitado oficial. Solo es un guardaespaldas.

—Parece que a tu novio le ha molestado que te bese —comenta Ástor.

—¿A Ulises? Qué va. Y ya vale con la bromita, sabes de sobra que

no es mi novio.

—Pero hay algo entre vosotros.

—Sí, que es una de las personas más importantes de mi vida. Y las cuento con los dedos de una mano.

Se hace un silencio maligno en el que me martirizo por haber dicho eso.

—Necesito otra copa —anuncia Ástor frotándose el cuello.

—¿Seguro? ¿Te están sentando bien? Te veo muy lanzado para llevar tanto tiempo sin beber…

—No sabes lo mucho que lo necesito. —Me clava la mirada rememorando los lengüetazos que acabábamos de prodigarnos, y siento que yo no podría asimilar esto ni con otras dos copas.

—¡As! —Se le acerca alguien por detrás. Es Charly, su abogado—. ¡No me creo que hayas venido!

—Pues aquí estoy…

Parece que van a darse la mano, pero en vez de eso se aprietan el antebrazo y deslizan las palmas hasta que sus dedos se encuentran y se entrelazan.

Mis cejas se alzan sin permiso. Nunca había visto a un tío con chaleco hacer algo similar. Ha resultado muy macarra. ¿Resquicios de una vida anterior?

«Ay, mami…, ¡a la nena *guta*!».

Charly me guiña un ojo, reconociéndome, y solo entonces me doy cuenta de que no viene solo, Sofía lo acompaña con la sonrisa del gato que se ha comido al… abogado.

—Menudo festín te has dado… —murmura la muy pilla por detrás de mí.

Quiero atizarla por volver a recordármelo. Y por hacerme sentir que, para una vez que tengo una amiga, forma parte de un complot. Igual que este beso con Ástor. ¡Todo es falso!

O puede que no, porque sigo narcotizada por el rastro de su sabor en mi boca. Necesito beber algo para quitármelo y dejar de saborearlo.

Me doy la vuelta súbitamente al oír exclamaciones y veo que algunas personas caen al agua entre risas. ¡Era cierto!

Una sonrisa se instala en mi boca al contemplarlo, y cuando miro al duque sé que estamos pensando lo mismo: «¡Menos mal!». Claro que, en los siguientes segundos sostenidos, se vislumbra un «me muero

por repetirlo, ¿y tú?» que me agita como un tornado.

Aparto la vista a gran velocidad. ¡No debemos ir por este camino!

Cuando resuelva el caso podremos hacer lo que queramos, pero hasta entonces…

Un segundo… ¿Qué pretendo?

¡Si no pegamos nada el uno con el otro! Cuando se acabe todo esto, él volverá a su vida y yo a la mía. ¿Para qué querría yo…?

La pregunta se queda bloqueada en mi mente al descubrir que él sigue mirándome fijamente mientras Charly le habla de otra cosa.

Joder… ¡Esa mirada es capaz de dejarte embarazada de trillizos!

No sé si es del todo consciente, pero se está clavando los dientes en su jodido labio inferior, y resulta ligeramente insoportable.

—Vamos a por unas copas —anuncia Charly llevándose a Ástor.

Doy gracias de que suelte mi mirada y se vaya. ¿Qué diantres le pasa? ¿Estará borracho ya? No me extrañaría, si lleva tanto tiempo sin beber…

La mirada gamberra de Sofía me impulsa a cortar su diatriba burlona con rapidez. Sé muy bien cómo hacerlo.

—Así que dándote el lote con Ulises… —empiezo directa.

Su cara cambia de la diversión a la culpabilidad en décimas de segundo.

—Solo ha sido… Es que… ¡Me ha dado mucha pena!

—¿Lo has hecho por pena? Muy bonito, Sofía.

—¡Es un tío muy intenso! Me ha preguntado si podía tocarme la cara y yo… he querido que me lo toque todo. —Se tapa la boca divertida—. Ha sido como si metiera mano a su novia en el más allá.

Me parto de risa.

—Me río, pero no tiene gracia —le advierto—. Pensaba que hablando contigo se le pasaría, ¡y casi ha sido peor el remedio que la enfermedad!

Sofía pide un cigarrillo a un invitado que pasaba por aquí con su mejor sonrisa. Lo cierto es que es una de esas chicas preciosas que saben que lo son. Tiene una larga melena oscura y unos ojos verdes alucinantes que refulgen sobre una impoluta piel tostada.

Después de encendérselo y expulsar el humo como si fuese Valium se dispone a hablar:

—Igual ha sido una cagada, pero me apetecía hacerle ese favor.

Dejar que la sintiera una vez más, ¿sabes? Y me ha gustado besarle.

¡Nos ha jodido!

—Es que Ulises besa muy bien, lo sé por experiencia.

—¡Ay, Dios…! ¿Estáis liados? —pregunta aterrorizada.

—No, tranquila, no somos nada.

—Había mucha tensión sexual entre nosotros, en serio —continúa sin darle importancia—. Y cuando he querido darme cuenta, ¡nos estábamos enrollando!

—Igual el espíritu de Sara te ha poseído —digo maliciosa.

—Es una historia muy triste. Ulises me ha contado que no se ha vuelto a enamorar desde entonces.

Pongo mi mejor cara de circunstancias, y me viene a la mente la conversación que mantuvimos una noche en el bar al que solíamos ir todos los compañeros de la comisaría cuando yo todavía fingía ser un ser sociable.

Estaba picada con Ulises, para variar, porque había llegado al límite de pullas que podía soportar acerca de que habíamos follado y luego se había olvidado de mí y, en un momento dado, me arrinconó para hablar a solas. Todos habíamos empinado el codo más de la cuenta porque el día siguiente era festivo.

—Keira…, eres una tía cojonuda, de verdad que sí… —empezó, arrastrando las palabras—. He sido un capullo contigo y lo siento mucho, pero no me lo tengas en cuenta, por favor. ¡Es que estás muy buena y yo soy débil! No es por ti, te lo aseguro… Es que mi corazón está ocupado y siempre lo estará.

—¿Quién es ella?

—Alguien que ya no existe —respondió abatido, y casi se queda dormido apoyado contra la barra.

En ese momento no quise ahondar más. Solo le dije que algún día encontraría a alguien que le haría cambiar de opinión, sobre eso y sobre muchas otras cosas, y que no perdiera la esperanza.

Pero Sofía parece morder de muchas manzanas.

—Y tú, ¿qué? ¿Besas a Ulises y a la vez estás liada con el abogado?

Sí, lo sé… En vez de centrarme en encontrar al tío que quiere ventilarse al duque, me pongo a cotillear, pero esto es importante. Ulises lo es.

—Yo no estoy con Charly —se defiende—. Siempre es un problema liarte con un miembro del KUN —dice misteriosa.

—¿Charly también es miembro?

—Sí.

—¿Y por qué es un problema?

—Porque automáticamente pueden ofrecerte ser Kaissa y es muy tentador. Pero ya te lo dije: quiero ser socia y tener a mi marido fuera del club, no me gustaría que viera todo lo que se hace dentro…

—¿Qué se hace con exactitud, Sofía?

—Todo lo imaginable…

—¿Qué es lo más fuerte?

—Lo más fuerte es que no hay límite… Muchas Kaissa han desaparecido. Unas por las buenas y otras por las malas.

La miro de hito en hito. Necesito saber más sobre esto.

De pronto, parece recordar que soy poli y vuelve a dar una profunda calada, cargada de ansiedad.

Ástor y Charly regresan con las bebidas, y me amorro a la mía, ansiosa.

—¿Cómo va la noche? ¿Ya tienes algún sospechoso? —pregunta Sofía cambiando de tema.

—Pues… todos y ninguno —digo perdida—. Venir ha sido una mala idea. No puedo divertirme y trabajar al mismo tiempo. Antes lograba infiltrarme en cualquier parte… Este caso, sin embargo, se me está yendo de las manos.

—¿Quién podría concentrarse? —expone Sofía—. El duque te mira como si fueras comestible.

Celebro que no sean imaginaciones mías, pero…

—Lo malo es que quiero dejarme comer —confieso abatida. Y Sofía suelta una risotada.

—¡Pues hazlo! Estás representando un papel, ¿no? Nadie va a juzgar hasta qué punto te metes en el personaje, Keira.

Tuerzo la cabeza dejándole claro que eso me parece amoral. No debo meterme tanto, más que nada, porque me temo que no habría viaje de vuelta a la realidad.

—Ven conmigo —me dice de pronto Ástor, con una voz y una mirada a las que soy incapaz de negarme.

Me arrastra de la mano hacia el interior de la casa, y lo último que

veo cuando vuelvo la cabeza es la sonrisilla de Sofía mientras me alejo de ella, además de las miradas cotillas del resto de los invitados.

«¿Adónde me lleva?».

Al descubrir que nos adentramos en la zona *chill out* me da un escalofrío. La poca luz y la música ambiental traslucen sensualidad. Ahora está casi vacía, solo hay un par de parejas derrochando amor.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto a Ástor con el corazón en un puño, porque sé muy bien lo que la gente viene a hacer aquí.

—Quiero enseñarte una cosa…

Me lleva hasta una cristalera donde la piscina exterior iluminada desemboca en el interior de la casa. Es un sitio precioso y tranquilo. Ideal para dejarme llevar por mi personaje.

Me arrincona contra el vidrio y se pega a mi espalda buscando mi oído.

—¿Te gusta?

—Sí… —respondo con la voz estrangulada al notarlo tan cerca.

Cuando una de sus manos se posa en mi abdomen, se me corta la respiración. Un segundo después, sus labios rozan mi cuello con desidia como si fuera un vampiro hambriento tanteando el terreno. Su contacto es tan suave que empiezo a derretirme. «¡¿Esto va en serio o…?!».

—¿Qué estás haciendo? —pregunto temblorosa.

—Dar que hablar —musita calmado—. Si quieres ser Kaissa, tienes que hacerte desear… Dejarles con la miel en los labios. Nos han visto besarnos, pero hay que ofrecerles algo más de espectáculo. Desde aquí pueden vernos a través del cristal.

Me sorprende que lo tenga todo tan bien calculado. Que pueda pensar. Yo soy incapaz sintiendo sus manos sobre mi cuerpo.

Ahora que sé que este intento de seducción es un montaje, me relajo un poco, porque por un momento he pensado que se había vuelto loco… por mí.

«No seas ilusa, Keira… ¡Es el jodido Ástor de Lerma!».

Sin embargo, las sensaciones son reales. Está demasiado cerca y huele demasiado bien. Su piel fabrica una esencia única de la que no me apetece alejarme. Me pregunto qué maldita colonia usará. Deberían analizarla y retirarla del mercado. Seguro que lleva burundanga o algo similar.

Su forma de tocarme me obliga a volver la cara hacia la suya y hacer que nuestras frentes se rocen. Soy incapaz de resistirme a su embrujo. Su fragancia me envuelve y evoca con claridad el recuerdo de nuestras bocas devorándose hace diez minutos.

Joder…

Las ganas de besarle otra vez me atraviesan sabiendo que la calidez de su lengua atesora un sabor adictivo… No puedo moverme. Capto su mirada perdida en mi boca y siento que allá vamos… Lame mi labio superior con suavidad sin llegar a atraparlo del todo, dejándome desesperada. ¡Me voy a morir!

—Tenemos que subir el nivel… —dice—. ¿Me permites…?

Sus dedos recorren mi pierna desnuda de forma sugerente desde la rodilla en dirección ascendente, y me enciendo como una traca en plenas fallas de Valencia. Ni siquiera le he contestado que sí, pero mi lenguaje corporal, este estremecimiento que me recorre en silencio, le otorga permiso.

«Dios santo…». Me palpita tanto todo que no puedo ni hablar.

Cuando cuela la mano por la terminación corta de mi vestido y comienza a acariciarme el muslo, reprimo un jadeo de anticipación.

Mi respiración se acelera.

Me asusta que mi cuerpo esté tan receptivo a él. Mis hormonas le hacen la ola cuando se acerca más a mí, afianzando su abrazo alrededor de mí. Como colofón, me besa el cuello.

Un preludio sexual nos agita a ambos al imaginar lo que pasará cuando llegue al final de mi ingle, y me arqueo instintivamente dándole permiso para que siga hasta donde necesito.

Su respuesta es un gruñido ronco de lo más significativo.

No recuerdo haber soportado nunca semejante tensión sexual. Noto su deseo aplastado contra mi culo sin intentar pasar desapercibido y se me escapa un gemido al imaginarlo dentro de mí.

Sus atrevidos dedos traspasan el borde de mis braguitas de encaje, descubriendo mi humedad. Sentiría vergüenza si la necesidad de que me tocara no fuera tan apremiante.

Se le cae un beso en mi hombro desnudo, dándose tiempo para calmar su apetito. Eso me distrae del objetivo de su mano, porque también deseo su boca.

—Deberíamos meter un poco más de realismo a esto, ¿no crees?

—susurra acariciando mi mejilla con sus palabras.

Yo no puedo pronunciar ni una. Tengo los ojos cerrados y jadeo cuando siento sus dedos acariciando la parte externa de mi centro.

—Ya sabes, por el bien de la misión… —añade con un susurro anhelante.

Mi instinto me grita que no puedo negarme y que tampoco quiero.

Ástor me aprisiona entre sus manos de tal modo que creo que no me soltaría aunque se lo pidiera. Nuestro mutuo deseo supera la ficción y nos somete.

—Hazlo… —jadeo rendida—. Por el bien de la misión…

Nada más oírlo, hunde dos dedos sin preámbulos, sorteando mis pliegues, zambulléndose de lleno en mi excitación.

Suelto un gemido sordo y me apoyo en el cristal porque mis piernas me avisan de que no pueden sostenerme más.

Ástor hunde la nariz en mi pelo y comienza a hacer maravillas con su mano, que resbala con una facilidad pasmosa por mi sexo excesivamente mojado.

—Joder… —exhala abrumado, y se apoya en el cristal conmigo para ofrecer resistencia a sus movimientos, cada vez más rudos.

La sensación es indescriptible. Es como si nadie hubiera sabido tocarme nunca. O quizá sea mejor porque lo está haciendo él. Son sus dedos y sus ganas arrancándome más placer del que he sentido en mi vida, y no me permito recordar que esto es una operación encubierta y que la gente nos está mirando. Tampoco que es Ástor de Lerma y que estoy a punto de estallar en sus manos.

¡Bum!

ástor

14
Un resultado explosivo

Un jugador de ajedrez es primordialmente
un gran actor.

MIJAÍL TAL

«¡¿Qué hostias estás haciendo?!», me grito mentalmente.

¡¿Qué hago metiendo mano a la inspectora que lleva mi caso?!

Lo necesario, joder…

¿No querían mi cooperación? Pues aquí está, en bandeja de plata.

A estas alturas del día, ya nada debería sorprenderme.

Las últimas diez horas han sido para bajarse de la vida.

Desde que la he visto en la universidad con su nuevo look, mi cabeza y otras partes de mi anatomía amenazan con reventar.

No suelo engañarme a mí mismo, así que, para ser sincero, diré

que casi me revientan anoche cuando aterrizó entre mis brazos accidentalmente al tropezar con la alfombra. No deseaba soltarla… Y me asusté.

Estaba tan apetecible… Tan cortada y tierna para ser ella, que casi hago una locura.

He querido mantener las distancias todo el día por ese pequeño *impasse* entre nosotros en la oscuridad, por esa tentadora duda, pero ha sido imposible. Verla en mi cama sin chaqueta y sin botas ha terminado de joderme la cabeza. Me apetecía tanto lanzarme en plancha sobre ella que he tenido que salir a toda prisa de la habitación.

Ha sido duro. No está en mi naturaleza resistirme a los caprichos.

Y eso es lo que es Keira. Un capricho puntual que he tenido que dejar abrasarse a base de ejercicio, quemando la frustración, la confusión y el jodido desconcierto que me supone sentirme tan atraído por ella.

Quiero achacarlo todo a la pura gratitud. Me está ayudando con un problema serio. Sin embargo, eso no es lo que me ha llevado a rozarle el cuello con los labios en la parte de atrás del coche al acudir a la fiesta, ni tampoco que mi hermano estuviera observándonos. Ha sido otra cosa… Un deseo inexorable e imparable que acaba de estallar entre sus piernas.

No es culpa mía. La culpa la tiene el maldito vestido rojo de Keira.

Cuando la he visto aparecer con él, he estado a punto de anularlo todo. La fiesta, la misión, mi vida… Porque, total, me iba a morir igualmente si no podía tenerla.

¡Estaba arrebatadora! Me temo que Mireia se quedará sin aguinaldo este año.

Su visión ha iluminado rincones de mi cuerpo que llevaban siglos sumidos en la más aberrante oscuridad. Sensaciones prohibidas que no me merezco volver a sentir.

¿Que qué haría el antiguo Ástor si tomara el control esta noche?

Cuidado con lo que deseas, Keira…

Le he respondido algo muy suave en comparación con lo que ha cruzado por mi mente. Porque no eran besos lujuriosos en un bar oscuro. Todo empezaba y terminaba en mi cama, atada y llorando de placer.

Qué puta mala idea ha sido besarla… ¡Qué mala!

Tendría que haber dejado que me tiraran a la piscina, porque lanzarme a sus labios me ha calado mucho más.

Su lengua ha lobotomizado mi cerebro por completo, dejando al mando a mi polla, y necesito volver a ser yo mismo lo antes posible. Pero ¡a la mierda! Tenía que aprovechar mi demencia transitoria para montar un buen espectáculo contra este cristal.

No me extraña que todo el mundo nos mire como si hubiéramos prendido fuegos artificiales dentro de la casa. De hecho, mi bragueta sigue ardiendo, porque, evidentemente, yo no he culminado.

—No mires hacia fuera… —la aviso mientras trata de reponerse del orgasmo apoyada contra mi pecho. Yo tampoco pienso hacerlo—. ¿Estás bien?

Se lo pregunto porque no tiene pinta de moverse.

Al final, asiente, incapaz de decir nada o de mirarme al menos.

Mejor… No soportaría ver sus ojos ahora mismo. Esto ha sido surrealista. Y me refiero a lo mucho que me ha gustado tocarla.

—Vámonos de aquí —la insto—. El tráiler ya ha terminado.

—Necesito ir al aseo —anuncia apocada—. Y tú deberías ir a lavarte las manos.

Joder… Tan sutil como un bazuca. Así es ella.

«No te la laves ni loco», murmura la parte más primitiva de mi ser.

Las mujeres no entienden que nos embriaga su olor, que lo captamos incluso inconscientemente y que nos doblega. La naturaleza es muy sabia.

La acompaño hasta un aseo y huyo para que no advierta en mis ojos mi deseo de terminar lo que hemos empezado al llegar a casa.

Volvería a preguntarle si está bien, pero nada de esto lo está. Por no hablar de lo confuso y cabreado que estoy.

Voy directo a la barra a por un whisky *on the rocks*. Estoy borracho ya.

Me parece imposible llevar siete años sin beber. ¡¡¡Siete!!! Hasta que su lógica aplastante se ha meado en mis principios y me los he saltado sin pestañear… Porque Keira tenía razón: si hay un buen momento para volver al alcohol es este.

Y no sabía cuánto lo necesitaba hasta que he disfrutado del etanol

escociéndome garganta abajo, como si fuera uno de esos amores tóxicos que cuanto más duelen más los amas.

Pero, gracias a eso, he podido hacer lo necesario para que mañana Keira sea Kaissa. Eso sí, los efectos secundarios van a traer cola, porque además de una resaca astronómica van a derivar en un mono furioso por follármela a lo bruto.

Los sospechosos, es decir, mis amigos más cercanos, ya estaban embelesados con ella viéndome sudar celos cada vez que dejaba de prestarme atención para ofrecérsela a otro, pero en cuanto se han dado cuenta de lo mucho que la deseo se han contagiado de mi fiebre por ella.

No hay una definición mejor, porque me siento enfermo. Sobre todo al saber que antes de que acabe la noche le harán la propuesta.

Vuelvo a beber con dolor.

Sabía que algún día esto me estallaría en la cara.

Llevo años intentando abolir ese estúpido ritual de las Kaissa. Simboliza todo lo que siempre me ha asqueado de mi mundo. No respeto que se jueguen el honor así… Porque ¿qué honor hay en eso? En reducir a una mujer a ser una esclava. En someterla. En comprar su interés… Su explicación se basa en que para ellos esa sumisión representa respeto, confianza y lealtad a la institución. Pero se equivocan en una cosa: esas chicas se prestan a ello fingiendo una sonrisa a cambio de una prometedora recompensa. Y ellos no lo ven mal porque no se trata de un pago en metálico, sino de un poder exclusivo del que están muy orgullosos. Me parece despreciable.

Si normalmente trato de proteger a cualquier mujer de los hombres del KUN, a Keira, que me está ayudando y que arrastra traumas relacionados con el abuso, la protegeré mucho más.

Cuando por fin reaparece en escena, no tardan en abordarla como si fueran perros de presa.

Vuelvo a beber para soportarlo. Esto es un asco…

Diez minutos después, nuestras miradas se han cruzado varias veces. No sé si los demás aprecian las chispas que saltan entre nosotros. Habría que estar ciego para no verlas, y no son fingidas.

Empieza a ponerse nerviosa y me declaro culpable. No puedo dejar de vigilarla como un maldito lunático, afectado por su hechizo.

—Menudo éxito… —comenta Charly chocando su copa con la

mía, y señala a la inspectora con los ojos—. Vaya *performance* os habéis marcado en el cristal… Os ha quedado muy natural, As.

—Gracias.

«Si tú supieras lo natural que ha sido…».

—Y tú decías que era fea… —se burla.

—Yo no dije eso, dije que era como un potro salvaje.

—Eso explica tus ganas de montarla —replica granuja.

Guardo silencio. Es lo que se hace a palabras necias. Y ciertas.

—Te equivocas de cabo a rabo —sentencio.

—A mí tu rabo no me engaña —me pica—. Algo ha cambiado. Ayer no la mirabas así.

—Se supone que tiene que parecer que estoy interesado en ella, ¿no?

—Ya, pero ¿tanto?

Me quedo callado, otorgando con mi silencio, y Charly vuelve a reírse. A veces me gustaría asfixiarlo con mis propias manos. Porque me recuerda a mí antes del accidente. A una parte guasona que ya nunca recuperaré. Un alma minion a la que le gusta hacer malabares con la responsabilidad y las consecuencias de sus acciones. Una que se evapora cuando descubres que el desenlace es una muerte y una paraplejia…, seguida de otra catástrofe aún peor.

—¿Cuál es el plan exactamente? —pregunta Charly sacándome de mis pensamientos más oscuros.

—Que la inspectora entre como Kaissa en el club.

—¡¿Qué?! ¡¿Está loca?! —exclama sorprendido—. ¿Sabe lo que supone eso? ¿Se lo has dejado claro?

—Más o menos.

—¡Tienes que explicárselo!

—¡Ya lo he hecho! Pero cree que voy a ganar siempre.

—¿Y sabe lo que implica que ganes?

—No… Eso no lo sabe.

—¡Joder, Ástor…!

—¡Tengo un plan, ¿vale?! —digo nervioso. Lo tengo. Lo juro.

—Déjalo, no quiero saberlo… No quiero ser tu cómplice. Engáñame como al resto, te lo pido por favor.

—Qué payaso eres, Charly. —Sonrío de medio lado al captar su teatrillo.

—¡Ástor de Lerma sonriendo! ¿Qué está pasando hoy aquí?

—Que he bebido y quieren matarme, ¿lo has olvidado?

—No me sorprende en absoluto —bromea—. Yo que tú echaría un buen polvo antes de que ocurra. Ya sabes, por lo que pueda pasar.

—Como no te calles, el que va a morir eres tú.

Niega con la cabeza, divertido.

—Vale, pero yo sí mojaré antes de tu funeral, porque luego estaré demasiado triste. —Me guiña un ojo y anuncia a todos que se marcha a casa y que nos veremos mañana, no sin antes coger a Sofía de la mano y arrastrarla con él hacia la salida entre risas y arrumacos.

—Qué cabrón… —oigo a mi hermano detrás de mí. Y sé que lo dice por Sofía.

Veo cómo clava la mirada en Charly con envidia y me hundo un poco más en el pozo de culpabilidad en el que vivo por dejarle en su actual estado. Porque ese tío podría ser él.

—Me tranquiliza que se marche con Charly y no con otro —digo pensativo—. Ahora mismo todas las chicas que me importan corren peligro.

—Keira es la que más peligro corre. Se nota que te gusta mucho, hermanito.

—Tampoco te pases, Héctor —digo molesto por su apreciación.

—Lo has dejado muy claro en ese cristal… ¿No te has dado cuenta de que podíamos veros?

—Pues claro que sí… ¡Lo he hecho a propósito!

—¿Por qué?

—Porque quiero que la inviten para ser Kaissa.

—¿Estás seguro de eso? —pregunta suspicaz.

—Esto es la guerra, ¿no? —digo subiendo las cejas—. Quien sea, que venga a por mí…, si se atreve.

—¡A lo loco! —exclama Héctor, feliz—. Aunque, por otro lado, es una pena sacrificar a esa chica mezclándola con los del KUN… ¡Me gusta mucho! Hacéis muy buena pareja. Esta noche has estado pletórico, y creo que ella tiene mucho que ver en eso.

Me mosquea que me lea tan bien.

—Me gusta Keira —admito por fin—, pero lo justo… —Y me lo remarco a mí mismo.

—No te sulfures. Yo lo decía por tu cara de alelado. —Sonríe.

—Es idónea para ser mi Kaissa en el torneo. Es dura… Resistirá.

—Y ha conseguido que vuelvas a divertirte. ¡Si hasta te has echado al coleto unas copas! —Alza las manos alabándola—. Solo por eso ya merece la pena haberla conocido.

—Tengo un mareo alucinante —confieso—. Creo que me he vuelto alérgico al alcohol o algo así.

Héctor se carcajea.

—Es normal, después de tanto tiempo. ¡Ya era hora, As!

—Cuando alguien planea matarte, empiezas a necesitar alcohol.

—No va a pasarte nada —afirma Héctor.

—Lo dices muy seguro, pero olvidas que Carla ha desaparecido.

—Estoy convencido de que Carla se ha ido por su propia voluntad, por eso estoy tan tranquilo. Quizá tuviera una segunda oferta. No eres el único hombre en la tierra, ¿sabes? Y lo de las notas, seguro que son de alguno de estos cabrones, alguien que quiere ponerte nervioso para que la cagues en el torneo. Simplemente. Haz como si nada y espera a que mueva ficha. Con Keira seguro que la mueve… Ha sido un golpe de suerte.

—¿Por qué lo dices?

—¡Porque es una diosa! Con ella pareces otro. Pareces más tú.

Me muerdo los labios. «Mierda…».

«¡No es por ella, es por las circunstancias apremiantes!», me digo.

Y por el alcohol. Y por… De repente, veo que está hablando con el dueño de la casa y que se ríe como nunca la he visto reír al tiempo que lo agarra del brazo. Él también se troncha y, por cómo me miran, sé que las risas son a mi costa. Aprieto los dientes, cabreado.

Gregorio Guzmán es el gracioso del grupo y sabe que el humor es una de las mejores armas para conquistar a una mujer. Lástima que yo haya perdido ese don. En mi compartimento destinado a ello, ahora vive una chica con un montón de huesos rotos que ya nunca se levantará del suelo.

Intento ignorarlos y entablo conversación con otras personas.

No debería beber más, pero no puedo parar. Me ayuda a soltarme. Y a perdonarme… Mis muros de castigo se funden a la misma velocidad que el hielo de mi copa, y la gente me mira como si fuera un milagro verme así. Pero si son mis últimos días en este mundo, mejor aprovecharlos.

Con ese pensamiento pierdo de vista a la inspectora durante un tiempo indeterminado en el que me dejo llevar. Disfruto de ver a mi hermano emocionado con mi nueva actitud. Bromeamos sobre lo que le haremos al cabrón que me está puteando cuando demos con él.

Y, por un momento, deseo que tenga razón. Que Carla se haya ido por su propio pie y que nadie planee matarme de verdad. Aunque si eso fuera cierto, jamás me habría permitido pillarme semejante ciego.

No sé en qué momento de la noche deja de importarme que alguien quiera liquidarme. Supongo que cuando he empezado a fingir que con Keira cerca me siento seguro y todo es más divertido. ¿O no lo estoy fingiendo?

De pronto, oigo su risa. La de Keira. Su inconfundible risa falsa me engañaría hasta a mí si no la conociese ya bastante bien.

Mis beodos ojos repasan su cuerpo, y distingo su mano apoyada en un pecho joven pero ancho. ¿De quién es?

Tardó en llegar a su cara más de lo que me gustaría y me topo con Saúl, risueño, con los ojos brillantes y las manos en los bolsillos por miedo a que se le vayan al pan teniéndola tan cerca.

«Te entiendo, chaval, pero aléjate de ella *ipso facto*», rujo por dentro.

¿Qué hace aquí?

Bueno, esto es una fiesta particular, no del KUN, aunque la mayoría de los invitados pertenezcamos al club.

Mis piernas van hacia ellos hostigadas por… Ya no sé ni por qué.

—Kei…, ¿nos vamos? —le pregunto serio plantándome a su lado —. Héctor quiere irse.

Me mira anonadada, creo que porque la he llamado Kei.

«Dios… ¿Cuándo ha pasado de ser Mortadela a ser Kei?».

—Eh…, sí.

—Espero verte por la uni —se despide Saúl guiñándole un ojo.

Ella le devuelve un gesto con los ojos que nunca pensé que fuera capaz de reproducir: el de darle esperanzas. Y me vuelvo loco. De los de atar, no de amor.

La alejo de él con cierta brusquedad. Soy un maniaco, sí. Ya se lo avisé, por eso es mejor que no intime tanto con nadie.

—¿Ocurre algo? —me pregunta preocupada, haciendo que su aroma se cuele en mi nariz.

—Nada. Solo quiero irme… El alcohol me ha sentado mal.

—Vale, pero necesito hablar con tu hermano a solas un momento. —Me detiene, retándome a contradecirla.

—¿Para qué?

—No le has dejado solo prácticamente en toda la noche, ¿te das cuenta?

Esquivo su mirada para no explicarle el porqué.

—¿De qué quieres hablar con él? —Estoy celoso hasta del viento.

—De ti —sentencia con firmeza—. Necesito poder confiar en él. ¿Le parece bien al señor duque?

Me privo de resoplar como un ogro verde y asiento con calma.

—Bien. Haré tiempo por ahí.

—Quédate donde Ulises te vea. No te alejes.

Se va a hablar con Héctor y yo con Troy. Apenas hemos estado juntos en toda la noche y es alguien con un perfil que quizá no deba descartar. Es altamente competitivo. Aun así, me sorprende al decir: —Ástor, puede que me esté metiendo donde no me llaman, pero… ¿dónde está Carla? Me ha extrañado mucho que trajeras a otra chica.

—Se ha ido de vacaciones —miento para observar su reacción.

Sube las cejas, receloso.

—Pensaba que Carla iba a ser tu Kaissa cuando aceptó la invitación.

—Pues no. En todo caso, sería la de mi hermano, que ganó su puja.

—No importa, te dolería perderla igualmente…

Aprieto el puño para no estampárselo en la cara cuando lo veo sonreír.

—Quizá… Pero Carla no estará disponible para el torneo, así que no la perderá nadie.

—Y tu nueva amiguita, ¿aceptará la invitación que le han hecho?

¿Ya se la han hecho?

Se me paraliza el corazón, aunque en realidad es lo esperado. Para eso he introducido mis dedos en ella, no para saciar mi apetito voraz.

El plan va según lo previsto. Lo hemos hablado esta misma tarde: —¿Cómo voy a entrar en la subasta? —ha querido saber Keira.

—Te lo propondrán ellos. Cuando alguien trae a una chica nueva, son los demás los que pueden ofrecerle acceso. Suelo hacerlo yo

porque mi cargo me obliga, pero en este caso es evidente que te apruebo… y cualquiera de ellos te dará una invitación, si están de acuerdo en aceptarte.

—¿Y qué tengo que hacer para que lo estén?

Entonces se lo he explicado.

Y ahora no debería quejarme porque está haciendo justo lo que le he dicho que haga: parecer disponible y tontear con todos. Como hizo Carla.

En cuanto la he descartado como pareja seria, se ha abierto la veda para «jugar». Y más todavía cuando han captado lo burro que me pone.

—Si ella quiere, saldrá mañana a subasta antes de la fiesta oficial de inauguración del torneo —contesto a Troy fingiendo calma.

—Bien. Será genial verte pelear por ella.

Se va de mi lado y me muerdo el carrillo para mantener la compostura. Ya soy un experto en evitar denuncias por agresión. Llevo haciéndolo siete años cada vez que alguien me dice que mi padre era un dechado de virtudes y tengo que asentir, aunque apretando los dientes.

Respecto a escuchar mil mordacidades educadas similares a la que me acaba de soltar Troy, también estoy curado de espanto. A la gente le gusta quedarse con la última palabra pensando erróneamente que eso les da la razón. Pero las palabras se las lleva el viento, lo que vale son los hechos. Es decir, mis victorias al ajedrez. Esas sí callan bocas.

Frunzo el ceño cuando veo que Keira, enternecida, le toca el hombro a Héctor y él le sonríe con esa expresión tan suya capaz de robar el corazón incluso del Grinch. Lo consigue hasta con el mío, que no me late. Es algo común a todas mis conquistas: se derriten por mi hermano al saber que está incapacitado sexualmente. Lo ven como al clásico amigo homosexual, inofensivo y muy guapo, pero nada más lejos…

«¿De qué estarán hablando?», me rayo.

No son celos reales. No me importa tanto como todos quieren pensar. ¡Es que me estoy jugando el pellejo por ella!

Si llegamos, Dios no lo quiera, a un momento tenso dentro del KUN, sacará la placa y se acabará todo. Keira estará a salvo, pero será mi fin por infiltrar a una policía en el club.

De pronto, veo que Ulises se me acerca. Él sí que lleva toda la noche supurando celos. Creo que el pobre hombre está colado hasta las trancas por su compañera. Mujer cruel…

—Nos vamos a ir ya —le informo seco.

Asiente. Y cuando ve que no hay nadie a nuestro alrededor, dice: —No nos contaste que Sofía está saliendo con tu abogado…

Ha sonado a reproche.

—Es que no están saliendo… Al menos, no oficialmente. Solo follan de vez en cuando.

—¿Y tú? ¿Alguna vez has tenido algo con ella?

Me sorprende la pregunta, pero denota que es bueno en su trabajo.

—Sofía y yo tenemos una relación sobre todo política, es bastante reivindicativa, y gracias a ella empecé a salir con Carla.

—Me sorprende que Carla no haya salido con nadie más en tres años.

—Ya, es raro. Aunque siempre he pensado que…

—¿Qué?

Tomo aire y me obligo a hablar. No soy muy de cotillear, pero…

—Quizá me equivoque, pero siempre me ha dado la impresión de que a Carla le gustaba Saúl cuando estaba con Sofía… Desconozco si ocurrió algo entre ellos cuando lo dejaron… en secreto, digo.

—No como Keira y tú…, que lo vuestro es totalmente público —masculla molesto—. Lo de antes os ha quedado muy real…

—Será porque ha sido real —le confiesa mi borrachera—. Si crees que puede fingirse algo así es que no eres tan listo como pensaba…

¡Se me ha ido completamente la pinza!

Ulises me echa una mirada de plomo y mi corazón empieza a bombear con fuerza al pensar que, si me oliera la mano, me apuñalaría al instante. Incluso yo he pensado en hacerme el haraquiri por la que se me viene encima al tener que compartir cama con Keira esta noche. Yo quería contarle la verdad a Héctor para poder dormir en camas separadas, pero los inspectores todavía no se fían de él y quieren mantener la tapadera de que ella y yo somos pareja.

—Increíble… —opina Ulises con una mueca de desaprobación.

—He hecho lo necesario… —me defiendo. Y no es mentira. Por la misión y porque, si no la tocaba, me moría.

—Me preocupa que Keira vaya a ser Kaissa —confiesa de pronto—. Ya sé que a ti ella no te importa, pero no debería ser tan kamikaze porque, al final, le afectan las cosas más de lo que dice.

«¿A ella o ti?», estoy a punto de señalar. Gracias al ajedrez, no me han roto más dientes.

—Cuando perdió contra Saúl, nos quedaron pocas alternativas.

—Pues más vale que cuides bien de ella ahí dentro —me sugiere—, o lo lamentarás, te lo prometo.

Subo las cejas ante su amenaza no tan velada y me declaro fan de su patentada mirada de perdonavidas.

—Descuida.

—Estaré escuchándolo todo por el pinganillo, piensa en eso… Ya es tarde. Voy a sacar el coche. ¿Me das las llaves? —demanda dejándome estupefacto.

¿Es tarde? Mis sentidos están mermados, es como si hubiera ingerido el triple de alcohol. Y me mira como si temiera por su amiga si sigo bebiendo.

Saco las llaves del bolsillo y se las tiendo.

—No tocaría a una mujer que no me pareciera que lo está deseando.

Ulises sonríe como si recordara algún chiste privado.

—Keira es muy complicada, ¿sabes? Te deseo suerte intentando descifrar qué es lo que desea… —dice displicente al tiempo que se apodera de las llaves y, acto seguido, desaparece.

De pronto me molesta pensar que no la conozco tan bien como él.

La busco con la mirada y veo que sigue hablando con mi hermano. Ella se fija en mí y presiento que está controlando seis cosas a la vez, no tres. Cuando Ulises se marcha, le hago un gesto sutil para que entienda que queremos irnos y que su compañero ha ido a por el coche.

«¿Por qué tanta prisa?», parece preguntarme.

«Necesito encerrarme en una habitación contigo», le chivan mis ojos atrevidos, amparado en que no sabe leerme la mente. Pero ella reacciona como si lo hubiera entendido y avanza hacia mí con rapidez. Sin embargo, en vez de lanzarse a mis brazos, al llegar a mi lado no se detiene sino que me deja atrás. Frunzo el ceño. «¿Adónde va?».

—¡¡Ulises!! —grita echando a correr como puede con los tacones.

La sigo inconscientemente. ¿Cree que se ha ido enfadado?

—¡¡¡Uli!!! —vuelve a llamarlo una vez fuera, pero él acaba de dar un portazo al meterse en el coche.

Dos segundos más tarde, Keira impacta contra el cristal del conductor y empieza a aporrearlo con urgencia, dando a Ulises un susto de muerte.

Cuando llego, la oigo gritar:

—¡No arranques!

Su compañero se queda blanco con la mano en el contacto durante un instante y saca la llave con lentitud. Se baja del coche y comprueba las ruedas. Nada. Se agacha hasta el suelo y revisa la parte de debajo del vehículo. «¿Qué está buscando? ¿No será…?».

—Joder… —dice anonadado.

Cuando se levanta, mira a Keira y suelta un simple:

—Premio.

Ella cierra los ojos y se cubre la nariz y la boca con las manos. Ulises la abraza sin pensar, y sin importarle el poco sentido que tiene que mi escolta abrace a mi cita.

«¿Qué está pasando?».

Besa su pelo y suelta otro taco ante mi mirada atónita.

Me da pánico preguntar.

No puede ser… Me niego a creerlo. Pero maldigo sabiendo que esta es la prueba de que Carla no se ha ido a ninguna parte por su propia voluntad.

Alguien quiere destruirme de verdad.

ástor

15

Huye

Del ajedrez no se puede vivir, pero se puede morir.

SAVIELLY TARTAKOWER

Son las tres de la madrugada cuando llegamos a casa.

Al final, hemos cogido un taxi y Ulises se ha quedado con mi coche, alegando que estaba averiado.

—Gracias, Ulises. —He metido dos dedos en mi bolsillo interior y he sacado un billete de cien—. Te encargas tú, ¿entonces?

—Sin problema, señor… —Lo ha cogido con cara de que no va a devolvérmelo jamás. Me odia.

Al llegar, Héctor se ha ido directamente a la cama, y Keira y yo nos hemos encerrado en mi dormitorio.

—Dime que no había explosivos en el coche —le suplico.

—No había explosivos en el coche.

—¡¿No?!

—¡Pues claro que sí! ¡Es lo más típico del mundo!

La sangre abandona mi cara. ¿Típico? ¡Será para ella!

Quiero gritar un sinfín de barbaridades que empiezan por «¡¿Quién ha sido?!» y terminan con «¡¿De verdad han intentado matarme?!», pero me quedo mudo y paralizado, pensando que es imposible que esto me esté pasando a mí.

—Ulises va a encargarse de todo, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —Me cuesta creer que acabe de decir eso—. Si ayer no me hubieran detenido, ¡ahora mismo estaría muerto! —deduzco—. ¡Y quizá mi hermano también! ¡Y Ulises ha podido morir, y…! —Me presiono el pecho notando que ya empieza el dolor —. Y tú… tú has corrido hacia un coche que pensabas que iba a explotar. No lo entiendo… ¿Cómo lo has sabido?

—Es mi trabajo. Ulises y yo nos salvamos el uno al otro todo el tiempo. Y cuando alguien está amenazado, es de manual comprobar un posible coche bomba.

—Si es tan de manual, ¿por qué no lo ha pensado él? Si no llega a ser por ti, no lo cuenta.

—Ulises tiene la cabeza en las nubes por haber besado a Sofía.

—¿Qué…? ¿La ha besado? ¡¿Cuándo?!

—Olvídalo. Ha sido un beso por fuerza mayor. Como el nuestro.

¿Como el nuestro? Entonces entiendo a Ulises perfectamente… porque es pensar en ello y quedarme imbécil.

Me froto la cara intentando no demostrarle lo que me apetecería hacer ahora mismo «por fuerza mayor». Con toda la fuerza destructiva de la naturaleza que acumulo en los huevos al sentirme atacado por un psicópata que ama los explosivos.

—Y ahora ¿qué? —pregunto cabreado con incredulidad.

—Es una pista nueva. Seguiremos el rastro de los materiales, las piezas… Hay que seguir adelante, pero con mil ojos.

—Pues yo voy ciego —confieso mareado—. ¿Habrá estado en la fiesta? ¿Crees que has hablado con él?

—Puede que ni siquiera estuviera allí, quizá accediera solo al aparcamiento o igual tenía un cómplice dentro. Los explosivos nos darán información. Tienes que relajarte, ¿vale?

—¡¿Cómo voy a relajarme?! —rujo pasándome una mano por el pelo.

Me siento tan fuera de control como un animal salvaje.

—Confiando en mí, Ástor.

—Sí, ya… Puede que me sepa tu película favorita, ¡pero no hace ni dos días que te conozco! ¿Y pretendes que te confíe mi vida?

Keira se me acerca y me toca el brazo para que me calme y la mire a los ojos.

—La confianza no se basa en saber todo de la otra persona, se basa en no saberlo y, aun así, confiar. Es un salto de fe.

De nuevo me deja sin palabras.

—No quería sonar desagradecido… Te doy las gracias por todo lo que estás haciendo por mí, y por prestarte a…. Joder, ¡es que ahora mismo todo esto me parece una misión suicida! —digo preocupado—. En especial para ti.

—¿Por qué para mí?

—Porque, sea quien sea, ¡quien haya puesto la bomba está loco! Y mañana te van a subastar…

—Y tú me vas a comprar.

—No será tan simple, Keira. Hay un ritual y…

—¿Qué ritual?

—Tendrás que hacer una exhibición ligera de ropa delante de muchos hombres. Te darán a elegir entre varios modelitos y, no quiero engañarte, la mayoría de esas prendas son escuetas… Además, las chicas suelen preparar una coreografía sexy con música. Puedes apoyarte en el mobiliario o usar juguetes, pero…

—¡¿Y me lo dices ahora?! —exclama asustada—. ¡Yo no sé ser sexy! Y tampoco sé bailar. ¡Tengo el ritmo donde Cristo perdió la alpargata!

Me la quedo mirando confundido.

¿Es una de esas veces en las que quiere que le eche un piropo? Porque en mi estado voy a lanzárselo con tanto efecto que igual la dejo tonta.

—No me jodas… —digo molesto—. ¿De verdad no sabes lo sexy que eres? Pues menos mal, si no, estaríamos todos perdidos.

Su cara muta de la sorpresa a la desconfianza en segundos.

—No estoy buscando que me regales los oídos.

—No lo hago. En esa fiesta todo el mundo te deseaba, Keira. Todo el mundo…

Se me queda mirando con intensidad, como si estuviera preguntándose si yo también. ¿Quiere que se lo aclare? Joder. Vale.

—Yo el que más.

Me mira aterrada, como si no fueran buenas noticias. Y no lo son. Esto es un marrón, pero no podemos fingir que no se ha derretido entre mis manos contra ese cristal. Su reacción a mi toque ha sido una puta pasada y hasta Dios sabe que me he quedado con ganas de más.

—Es la borrachera la que habla por ti —trata de convencerse.

—Y una mierda…

Me muevo hacia ella arrinconándola contra lo primero que pillo, y aunque leo un «¡no, Ástor!» en sus ojos, mi raciocinio debe de haberse escapado por el agujero de la capa de ozono.

Apoyo mis manos en el armario para que no huya, una a cada lado de su cabeza. Me pego a su cuerpo y aspiro el aroma de su pelo con la intención de que su cercanía me provoque la erección que inevitablemente tendré. Porque menuda nochecita llevo…

—¿Lo sientes? ¿Ves cómo me pones? Estoy a punto de explotar… Así que no vuelvas a decir que no eres sexy —susurro a tres centímetros de sus labios.

Necesito que jadee rendida o me dé luz verde de algún modo, pero no sucede. Respiramos en la boca del otro, muertos de deseos. «¡Por Dios, hazlo ya!».

Mis ganas de ella y el miedo de que me aniquilen hacen que ahora mismo no me importe nada, solo terminar lo que empezamos en aquel cristal.

Su respuesta, sin embargo, es desviar la cara, sobrepasada, y decir: —No puedo, Ástor… No sigas.

Y a buen entendedor, pocas palabras bastan.

Me aparto de su lado con una angustia infinita. Sintiéndome un maldito acosador como los que detesta y totalmente avergonzado. Estar borracho nunca me ha parecido una excusa para perder los papeles, pero siento que necesito huir. No quiero tenerla cerca en mi estado de venado en celo… ¡Y se supone que debemos dormir juntos en la misma cama!

Voy a necesitar un puñetero somnífero para caballos.

Decido meterme en el cuarto de baño para tranquilizarme. Igual darme una ducha fría funcionaría… Pero su voz me detiene en seco.

—¿Qué es lo peor que puede pasarme en el club?

Me doy la vuelta a regañadientes y soy completamente sincero. A estas alturas y visto lo visto, no creo que se eche atrás.

—Si te gana otro, tendrás que hacer lo que se le antoje durante una hora en una habitación privada.

Por un momento, parece horrorizada. Como si no contara con la opción de plantarle la placa en la cara a quien haga falta, aunque con eso me joda la vida.

—No es que no me crea sexy —dice de pronto, retomando la conversación anterior como si quisiera aclararme algo—. Pero no sé usar mi cuerpo para serlo. Para mí, el verdadero erotismo empieza en la mente… La lujuria atrae a cierto tipo de personas que intento evitar.

—No estoy de acuerdo —le rebato intentando defenderme de lo que siento por ella—. El roce hace el cariño. Es decir, la cercanía entre un hombre y una mujer que se atraen lleva a la lujuria.

—Por eso procuro no tocar a nadie, eso confunde las cosas… Y hoy tú y yo nos hemos tocado mucho en nombre de la misión, pero mañana me agradecerás no habernos dejado llevar ahora. No es buena idea. Tenemos que dormir, Ástor…

«Yo no voy a pegar ojo teniéndote al lado con esta Black & Decker entre las piernas…», pienso desquiciado.

—Bien… ¿Quieres usar tú el cuarto de baño primero? —le ofrezco—. Yo igual me ducho.

Asiente, y entra con todo lo necesario para salir diez minutos después con un camisón de seda azul claro con encaje. A mi polla le entra tal mareo que creo que va a vomitar.

¡¿Dónde ha dejado su pijama de leñadora de ayer?!

—Perdona… —Me esquiva, y mete sus cosas en una pequeña mochila.

Me encierro en el cuarto de baño, y maldigo por no tener unas cadenas con las que atarme y sobrevivir a esta noche de luna llena.

Al final no me ducho, tengo un plan mejor. Me cambio y salgo ataviado con una de las camisetas técnicas con las que suelo hacer ejercicio, y veo que Keira ya está en la cama trasteando con su

teléfono móvil.

—Te han llamado —me dice de pronto.

—¿A estas horas? ¿Quién?

—Ponía «Alexis».

—¿Alexis? —digo preocupado—. Será por algo urgente de la finca. Necesito llamarle…

—Toma.

Me da el teléfono y espero, nervioso, los tonos de llamada.

—¿Álex? Sí. ¿De veras? ¿Estás seguro? Vale. Sí, añádela. Todo lo demás, ¿bien? De acuerdo. Pónselo. Sí. Me pasaré a verla esta semana. Bien. Muchas gracias por avisar. Buenas noches.

Tras colgar hago el amago de devolver mi teléfono a Keira, y de pronto me dice que me lo quede.

—¿Ya te fías de mí?

—Te han puesto una bomba en el coche. Alguien va a por ti.

—¿Y si la he puesto yo mismo?

—¿Cuándo? No te he perdido de vista en toda la noche.

Nos mantenemos la mirada y retengo mi móvil con un escueto «gracias».

—Pero mantenme informada de todo el que te hable por él, ¿vale?

—Vale. El que ha llamado era Alexis, el veterinario de la finca.

—¿Va todo bien?

—Sí… Vamos a empezar con las cubriciones mañana y estamos haciendo el control médico.

—¿Cubriciones?

—El apareamiento de los caballos. Tenemos que comprobar cuáles de las yeguas están en celo y cuáles no. La ovulación dura pocas horas, y necesitan un control constante. Es complicado… Solo hacemos montas en marzo y en abril. El embarazo equino dura unos once meses.

—Caramba, qué interesante…

—Lo es.

—Yo también tengo novedades. Los TEDAX han terminado —me informa como si yo supiera de qué habla.

—¿Los… TEDAX?

—TEDAX: Técnico Especialista en Desactivación de Artefactos Explosivos. ¡Me cuesta creer que no lo hayas oído nunca! —Suspira—.

Ulises se ha llevado tu coche y Gómez ha cubierto el informe. Dicen que la bomba no habría explotado.

—Ah, ¿no?

—No. Estaba mal conectada al encendido del motor. O se soltó el cable o no llegaron a conectarlo y solo querían asustarte…

—¿Qué sentido tendría no conectarlo? No sabían que descubriríamos el artefacto.

—Quizá quien lo puso pretendía mandar otra nota más adelante que lo señalara.

—Hablando de notas… Te la han dado, ¿no? La invitación…

—Sí.

Keira saca algo de detrás de su móvil. Es una tarjeta negra muy elegante con el símbolo de la Kaissa en líneas blancas. La pieza de la dama en el ajedrez.

—¿Estás segura de querer hacerlo? Aún puedes echarte atrás…

—Más segura que nunca.

—Vale… Descansa. Vendré al dormitorio dentro de un rato —me despido cabizbajo.

«Ni borracho me meto en una cama con ella con lo mucho que la deseo». Sería una tortura medieval.

Me marcho a mi despacho, dejándola sola. Necesito hacer una descarga biológica urgente si no quiero amanecer con las sábanas manchadas.

keira

16
Tengo un problema

> Uno no tiene que jugar muy bien, es suficiente
> con que juegue mejor que su oponente.
>
> Dr. S. Tarrasch

Viernes, 13 de marzo

Si dijera que no estoy nerviosa, mentiría.

Entrar al club KUN da un canguelo alucinante. Es una fortificación que parece sacada del Medievo; cualquiera podría pensar que está embrujada por el alma de mil chicas que decidieron hacer un estriptis aquí. Y luego las quemaron por ello, claro.

Me sorprende que, en lugar de antorchas, haya luz eléctrica.

Ástor aprieta mi mano para tranquilizarme al notar que no paro

quieta. Pero tengo mis motivos. Mi ropa y mi pelo, sin ir más lejos. Hasta hace dos días no me preocupaba nada mi estilismo, y ahora domina mi existencia.

Atribuyo la culpa a Mireia, por su brutal elección de traje para la fiesta inaugural del torneo. El duque le pidió un vestido negro, pero esto es, más bien, una trampa mortal. Negra, eso sí.

Voy a intentar describirlo aun sin tener ni idea de moda, pero creo que es necesario.

La parte de abajo parece un pareo de playa largo al que le han hecho un nudo sobre mi muslo izquierdo para permitirme andar, lo que me supone llevar toda la pierna al aire sin hacer preguntas. A partir de la cintura, el vestido es como dos tiras largas, de unos diez centímetros de ancho, que se cruzan bajo mi pecho una vez, para volver a hacerlo donde termina mi espalda, cubrir mis senos y, por último, cruzarse de nuevo para anudarse en mi cuello.

Pero lo peor es el pelo.

Junto con el vestido venía una nota que decía: «Este modelo pide una coleta alta (usa laca para fijarla) y sácate dos mechones junto a la cara. Estarás irresistible». Estoy encantada de que alguien tome ese tipo de decisiones por mí, en serio, pero ahora parezco una seguidora de One Direction recién llegada a la pubertad.

Cuando Ástor me ha visto ha estado a punto de echarse a llorar. Y yo con él. La cara de Ulises no ha sido mejor.

—¿Qué pasa? —he preguntado medio cabreada, con las manos en la cintura, cuando han intercambiado una mirada.

—Nada —ha contestado Ulises con rapidez—. Estás genial, Kei.

—Sí, genial… —ha corroborado el duque.

Pero me ha sonado a trola. Y soy un maldito detector, ¿recordáis?

—Estaré fuera, por si me necesitáis —ha dicho Ulises como si lo diera por hecho.

Ha sido un día intenso y duro, como todos, desde que conozco al duque. Hemos ido con prisas y a lo loco. Y al final, cuando en una competición varios individuos tienen las mismas capacidades, prima el que mejor lo hace en el menor tiempo. Es lo que marca la diferencia. Y nosotros hemos andado muy cortos de tiempo. No me responsabilizo de que el plan de ser Kaissa sea una auténtica chapuza.

¿Qué necesitamos para la subasta? Ropa y una actuación.

Ropa: lista. Obviemos el pelo.

¿Y la actuación? Tenemos un problema.

Mi talento en cuanto a artes escénicas se refiere es nulo, así que esta mañana he tenido que hacer la llamada más vergonzosa de mi vida. A mi «mami».

—¡Cariño! ¿Cómo estás? ¡Me tenías preocupada! Menos mal que Nacho sabe algo de vosotros por Ulises, que si no… Es que pasas de mí.

Nacho es Gómez… Mi jefe. Y el hombre que duerme con mi madre.

—Si no te digo nada, es que todo va bien, ya lo sabes… Ulises es un ser muy dependiente.

Nos hemos mofado de él un rato.

—Vale, entonces ¿para qué me llamas? ¿Algo va mal?

—Bueno… Tengo un problemilla.

—¡Cuéntame! ¿Qué necesitas?

«¿Cómo le planteo esto sin que se asuste?», he pensado.

—Es para un juego que necesito ganar. Cada chica prepara una actuación, pero no creo que les impresione mucho verme correr en una cinta. Aparte de eso, no tengo ninguna otra habilidad física. Además, se supone que cuanto más sexy me muestre, mejor… Sin llegar a desnudarme, claro. Algunas van a bailar, pero recuerda lo mal que se me da…

—¡No! No bailes si quieres ganar…

—Amable observación. ¿Qué se te ocurre?

—¿Que sea sexy? Pfff… Está complicado, Keira.

—Piensa en alguna actuación de *Got Talent* o algo así… Necesito que flipen, y a la vez lucirme un poco.

—¿Tienes tiempo de aprender a hacer algo?

—Es para esta noche…

—Madre mía… Sigo pensando.

—Hazlo. O llama a alguna de tus amigas locas. ¡Necesito ideas!

—Vale. Te llamo en un rato. ¡Te quiero, sexy!

He puesto los ojos en blanco, sonriente, al oírla colgar.

No soy de esas personas que piensan que pueden hacerlo todo solas. Creo que nadie puede. Yo, por ejemplo, necesito otras quince piezas para salir vencedora de una partida de ajedrez; solo con la

reina, no llegaría a ninguna parte.

Aprendí hace mucho tiempo que sola quizá llegues antes, pero que con los demás llegarás más lejos. Además, con ayuda la vida es más fácil. Por eso dije a Ástor que, si tienes un problema, no hay que intentar resolverlo por ciencia infusa, sino tirando de trucos. Y mi madre es mi mejor truco jamás contado. Siempre sabe qué hacer. Se le da bien la vida, la gente…, ¡todo! Es una fuente de información vital mucho más fiable que yo. Y es muy inteligente. Que se quedara embarazada a los dieciséis solo demuestra una cosa, una que me alivia de verdad cuando me vuelvo enfermizamente exigente conmigo misma: que en el tablero de la vida se agazapan errores esperando a ser cometidos. Nadie se libra de ellos. Es la definición de ser humano por excelencia. Y lo único que podemos hacer es aprender de ellos.

Mi teléfono ha sonado a los cinco minutos dándome la razón en todo lo que acabo de decir.

—¡Lo tengo! —ha gritado mi madre, eufórica, y me ha hecho sonreír de nuevo. Mi as en la manga nunca falla. Lo que no sabía es que su idea sería tan… ¡argh!

Cuando se lo he comentado a Ástor, sus cejas han llegado al límite del nacimiento de su pelo, pero diez segundos después, tras múltiples flashes pornográficos asolando su cabeza, ha dicho: —No es mala idea.

Pretende que haga *pole dance*, también conocido como baile en barra. El último grito en los gimnasios. Una nueva disciplina artístico-deportiva que promete eliminar el doble de calorías que en media hora de bicicleta estática. ¡Ojo al dato!

—¿Eso no es el espectáculo que se hace en los clubes de alterne?

—¡¿Por qué crees que tienen esos cuerpazos?! —ha bromeado mi madre—. Ahora en serio, en 2017 fue reconocido como deporte oficial. Mucha gente no lo sabe, pero combina genial el fitness con la danza y la acrobacia.

—¿Y es fácil?

—Puede hacerlo cualquiera, y tú estás muy en forma, Keira; tienes fuerza. Marisa, mi profe, me ha dicho que hoy tiene el día libre y puede darte clase durante un par de horas para que te aprendas una coreografía básica.

—¡Eres la mejor…! —Y lo he dicho de corazón.

—Ahora te mando la dirección de su casa. Tiene una barra

instalada en su salón. ¡Está enganchadísima! Tanto, que confía en que se declare pronto el *pole dance* disciplina olímpica, y participar.

¡Mira, tú!

—Gracias, mamá, te debo cien mil.

Sin embargo ahora mismo, vestida así, peinada asá y con Ástor mirándome de reojo, no sé si seré capaz de hacer lo que he aprendido esta tarde con Marisa.

—¿Estás bien? —me pregunta Ástor, preocupado, justo antes de entrar en el club.

Asiento, como siempre que no quiero oír cómo me tiembla la voz.

Él lo da por bueno, a pesar de que no está convencido.

La situación entre nosotros es tensa. Y no es para menos, porque anoche… (un segundo para abanicarme) anoche cuando se fue de la habitación, lo seguí.

Bien o mal hecho, no lo sé… Pero lo hice.

Su comportamiento inusual me había dejado alucinada y lo atribuí a su borrachera. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para rechazarlo, porque después de ignorarme como lo hizo tras lo que vivimos junto a aquel cristal, estaba segura de que era inmune a mí. Para él había sido un ardid necesario para la misión, pensé. Pero cuando me acorraló diluyendo el concepto de espacio vital entre nosotros sin que nadie estuviera mirando, me dejó sin aire.

Ese comportamiento territorial hizo que mi cuerpo se tensara deseándole ardientemente. Quería que me conquistara porque nunca nadie me había hecho sentir suya en tan poco tiempo.

Lo imaginé clavándose entre mis piernas a lo bruto, y me asusté. ¡Porque no podíamos! No debía olvidar que era trabajo. Nos quedaba mucho tiempo que pasar juntos y alguien tenía que capear el daño colateral de tener a un hombre como él tan cerca y tan bebido.

Reprimí la necesidad de poseerle y lo alejé de mí. Pero cuando salió de la habitación, quise saber adónde iba tan urgentemente.

¿A llamar a alguien?

¿A visitar a Carla a su mazmorra?

¿A oler el mechón de pelo que quizá le cortó… antes de matarla?

No lo sabía. La cosa es que lo seguí y… lo que terminó oliendo no fue ningún mechón, sino su mano… La misma con la que me había masturbado en la fiesta.

Os juro que creí morir cuando lo vi intentando rescatar cualquier rastro de mi esencia en ella.

Se había acomodado en la silla giratoria de su despacho con los pies en lo alto de la mesa de cristal; esos eran los modales del «señor duque» cuando nadie lo miraba.

De pronto, se metió la otra mano por el pantalón de pijama y… No pude apartar la vista. ¡Lo intenté! ¡De verdad! Pero ese orgasmo nos pertenecía a ambos. Me tocaba presenciarlo igual que él había presenciado el mío.

No puedo describir esa secuencia. Aun así, sé que me perseguirá como la más erótica y brutal que he visto de cerca en mi vida, sobre todo por tener clarísimo en quién pensaba Ástor mientras la llevaba a cabo.

Esta mañana no me he movido de la cama hasta que se ha levantado. No quería mirarlo y que descubriera en mis ojos lo que había visto… porque soy transparente. Al menos para él.

Ni siquiera le he discutido lo de ir a clase. Él se ha ido con Ulises, que me observaba como si dudara de si me había comido su alfil, cuando lo único que yo había hecho era ver cómo le sacaba brillo.

El que nos ha salvado de que el desayuno fuera un auténtico drama ha sido Héctor con su aparición estelar, recordando anécdotas de la fiesta.

Después de hablar con él la noche anterior, lo veo con otros ojos.

Todo lo que me contó sobre Ástor me dejó estupefacta y muchas frases crípticas del duque empezaron a cobrar sentido en mi mente.

«No sé cómo lo hago, pero soy experto en arruinarle la vida a la gente». El accidente. Al parecer, iban cuatro.

Cuando pregunté a Héctor sobre ese asunto, me dio acceso a la información que necesitaba con mucha naturalidad: —Son tantas las preguntas que te haces… Tantos los porqués… Y al final solo hay una respuesta: «No volverás a caminar» —empezó solemne, si bien medio ebrio—. Era incapaz de creerlo cuando ni siquiera recordaba cómo ocurrió. Solo sabía que había tenido la mala suerte de coincidir en la carretera con un irresponsable que duplicaba la tasa de alcohol permitida en sangre y que me tocó a mí pagar las consecuencias.

—¿Recuerdas algo del momento del accidente, Héctor?

—Pasó más de un año hasta que lo recordé, pero al final lo hice. Y

no guardo rencor a mi hermano, si es eso lo que intentas averiguar… No fue culpa suya, sino mía.

—¿Tuya? ¿Qué pasó exactamente?

—Había sido una gran noche. Yo tenía a una chica impresionante encima, besándome y desabrochándome el pantalón. Imagínate… Mi hermano conducía de vuelta a casa y tenía a su novia ocasional al lado. No es que le gustara ir de flor en flor, él iba de Oscar en Oscar, montándose unas superproducciones dignas de Hollywood en las que se creía un loco enamorado cada vez que conocía a una chica guapa. No obstante, su interés se desinflaba rápido. Claro que mientras le duraba disfrutaba al máximo de conocer cada poco tiempo al amor de su vida.

¿Ástor, un joven enamoradizo? ¡No le pegaba nada!

—No le pega mucho —comenté con una sonrisa tonta.

—Como era de esperar, esa tampoco lo fue, y menos después de lo que sucedió… Tenía que haber protestado cuando mi ligue se quitó el cinturón y se puso a horcajadas sobre mí, pero solo sonreí como un tonto. Sus caricias eclipsaron mi prudencia y escurrí el trasero hacia abajo para buscar la horizontalidad en la zona que más nos interesaba encajar. Meter los pies bajo los asientos delanteros para ofrecer resistencia a sus sensuales movimientos fue un gran error. Esa postura fue la que me costó una lesión medular cuando un coche nos embistió lateralmente.

Me tapé la boca con la mano. ¡Qué horror…! Pero ¿por qué Ástor se sentía tan culpable, si fue otro coche el que los embistió?

—Madre mía… —exclamé sin pensar.

—Fue una tragedia —dijo Héctor—. Todo sucedió en un parpadeo. Mi amante salió disparada por la ventanilla derecha y la parte inferior de mi cuerpo la siguió violentamente mientras mi tronco quedaba amarrado al asiento, lo que me partió la columna de un golpe seco. Me di cuenta al momento de lo que había sucedido porque tenía los pies completamente rotos y no sentía ningún dolor. Me desmayé de la impresión.

No pude evitar bajar la vista hacia sus zapatos, alucinada.

¿Cómo sobrevivió a algo así?

—Lo siguiente que oí fue: «Olvida a los muertos. Saca a los vivos» —continuó Héctor con la mirada perdida—. Y ser consciente de que

nadie venía a por mí me ahogó en desesperación. Quería gritar, pero solo era capaz de emitir un murmullo. No tenía fuerzas para más. De pronto, oí los chillidos de Ástor: «¡Mi hermano! ¡Sacadlo, por favor…!». Poco después noté los dedos de un escéptico paramédico en mi yugular y su posterior aullido: «¡Tiene pulso! ¡Traed una camilla!». Volví a perder la conciencia entre una jauría de gritos en los que solo diferencié un «¡se nos va!». Pero no me fui a ninguna parte. El que desapareció para siempre fue mi hermano, aunque apenas se hiciera un esguince de muñeca.

Con la boca abierta de par en par. Así me quedé.

Ahora entendía aquello de «no te involucres emocionalmente con ningún sospechoso», pero para mí ya era demasiado tarde. Cuanto más sabía de ellos, más me importaban.

Y por cómo Héctor contaba todo aquello, nuestro móvil policial de venganza fraternal dejó de tener sentido. No parecía odiar a su hermano. Más bien, sentía pena por él.

¡Pena! ¡A él!

Esperaba vislumbrar cierto grado de resentimiento en su tono de voz al contarme cómo se quedó en silla de ruedas de por vida, pero no había ni rastro. Lo de pujar por Carla, ahora que los conocía a ambos, se sostenía, sabiendo lo mucho que jodería a Ástor que alguien del KUN pudiera arrebatarle a una chica que realmente le gustaba.

El gesto de Héctor fue una oda a la lealtad. Y la policía no encontró nada sospechoso en su móvil ni en su ordenador al registrarlo.

Para colmo, esta mañana, cuando salíamos del chalet, ha llegado un paquete enorme a nombre de Ástor. Dos transportistas lo han bajado de una furgoneta, y nada más ver lo que era casi me da un ataque.

Era una cinta de correr.

Una puñetera cinta de correr… para mí.

Podía haber dicho: «He pensado que quizá querrías hacer algo de deporte mientras estés aquí…», pero en vez de eso, Ástor se ha encogido de hombros y ha soltado: —Para tu hámster interior…

No sabéis lo que he sentido en ese momento. Creo que mi cara lo ha dicho todo, y los corazones saliendo de mi cabeza lo han confirmado.

—No tenías por qué… Pero… gracias.

—De nada. ¿Nos vamos?

Y nos hemos ido.

Es viernes, un día lectivo normal y corriente, y he tenido que ir a la universidad para mi segundo día de clase. Ya, yo tampoco sabía que cuando finges cursar un posgrado en Matemática aplicada tienes que asistir de verdad, pero Ástor ha torcido la cabeza, diciendo: «En mi universidad no se hacen pellas. En mi universidad lloras si un día no puedes asistir porque estás enfermo, ¿entendido?».

Y cualquiera le lleva la contraria…

—¡Hola, guapetona! —me ha saludado Sofía a la salida—. ¿Qué tal terminó la noche? ¿Hubo «jaque mate»?

Sus cejas han subido varias veces con picardía; las mías solo una.

—¿Cómo…?

—¡Ya sabes, con el duque! ¿Rematasteis la faena en casa? Porque lo del cristal fue… ¡Guau! ¡Ahí había fuego, pequeña!

—¡Si ya sabes que era todo fingido…!

Mi gota de sudor en la frente lo ha desmentido de forma fulminante.

—Entonces ¿no pasó nada? ¡Pues vaya chasco…!

—Bueno, sí pasó: conseguí una invitación para ser Kaissa.

—¡Ay, Dios…! ¡Qué fuerte! Espero que todo salga bien.

—¿Por qué lo dices? —he preguntado extrañada—. ¿Qué puede salir mal? Ástor pujará hasta ganar, y cuando todo se resuelva podrá anular el pago.

—No estés tan segura de eso… Si en el KUN se sabe que eres poli y que Ástor te coló solo para investigar, probablemente lo expulsen. Tiene que parecer real.

—¿Pueden hacer eso? —Frunzo el ceño—. Se supone que es una institución de su familia.

—Ya, pero las normas son iguales para todos. La privacidad es muy estricta en el KUN.

Y ese es otro de los motivos por el que mi nerviosismo no ha hecho más que acrecentarse en las últimas horas.

Eso y encontrarme con Xavier Arnau.

Hasta esta mañana, solo había oído su nombre cuando Sofía me contó que es el padre de Saúl. Y añadió que es un viejo verde, hablando mal y pronto.

Menos mal que nos hemos cruzado con él en un lugar público, porque la lascivia que he percibido en su mirada me ha recordado demasiado a la de mi padrastro.

—¡Sofía! —la ha saludado animado—. ¿Cómo estás, cariño?

—Eh… Bien, bien.

—¡¿Quién es tu amiguita?!

«¿"Amiguita"? Por favor…».

Su diálogo me ha parecido de peli mala de domingo a mediodía, pero os juro que el tono ha sido justo ese, forzado y poco original. Casi un insulto en sí mismo.

—Esta es Keira.

—¡Ah, sí! Me han hablado mucho de ti… Sí que eres guapita —ha dicho casi relamiéndose los labios.

¡Puaj!

—Disculpe, pero… ¿llevo pegado algún cartel en el que se lea: CARNE FRESCA, A SEIS EUROS EL KILO? —he replicado observándome a mí misma.

La cara que ha puesto ha valido millones y la carcajada estrambótica de Sofía ha sido música para mis oídos.

—No sé a qué se refiere, señorita…

—¡Oh, se me habrá caído! ¡Sofía, ayúdame a buscarlo! —he exclamado mirando al suelo, y agarrándola de la mano para alejarnos de su vista.

La aludida apenas podía andar porque se estaba ahogando de risa.

—Pero ¡¿te has vuelto loca?! —ha exclamado admirativa.

—¿Por qué?

—¡Ese hombre es el decano! Aquí es una autoridad… ¡Seguro que se queja a Ástor!

—¡Lo siento, pero no se puede ir por la vida desnudando a la gente con la mirada! Y entre lo de «amiguita» y lo de «guapita», se me han cruzado los cables. Seguro que sus «amiguitos» pervertidos del KUN son los que le han hablado de mí.

—O quizá su hijo, Saúl. ¿No lo has pensado? Jugó contra ti ayer.

Se me ha quedado una cara de tonta que no veas…

—¡Mierda! —Me he tapado la boca, arrepentida. Y Sofía se ha reído todavía más.

Pero a estas horas, plantada delante del edificio, vestida de «carne fresca», ya no me hace tanta gracia. Puede que mi burla le salga cara a Ástor porque el viejo verde de Xavier Arnau tiene pinta de no aceptar un no por respuesta. Y de tener mucha pasta…

—¿Lista? —musita Ástor con la mano ya en la puerta.

Que sus ojos rezumen preocupación no me ayuda. Aun así, asiento. Siempre se me ha dado mejor mentir por signos.

keira

17
Miedo escénico

El sacrificio de la dama para dar
jaque mate es el gol del ajedrez.

NELSON PINAL

Avanzo en silencio.

Si la mano de Ástor no estuviera reteniendo la mía, creo que saldría corriendo. Es lo que me dicta el instinto al verse envuelto en la humedad de un lugar de estas características.

Cuando veo lo que les pasa a las protagonistas de algunas películas, siempre pienso: «¿Eres tonta? ¡Sal de ahí!». Pero aquí estoy, dejando atrás paredes de piedra rústica, techos a doble altura decorados con motivos geométricos y arcadas góticas en cada ventanal, que destilan un ambiente a lo Ana Bolena que asegura una

guillotina escondida en alguna parte. Aunque, por supuesto, todo está salpicado de pequeños detalles contemporáneos como cámaras de seguridad, iluminación secundaria led y una preciosidad de suelo de madera pulido.

—Este es el despacho presidencial —me informa Ástor cuando llegamos a una cámara con réplicas de armaduras del siglo XV y una pared llena de escudos y distintivos junto a una escalera de caracol que da acceso a la segunda planta.

—Qué pequeño… —digo con ironía.

—Por aquí pasan todas las chicas antes de una subasta, para rellenar el papeleo.

—¿Qué papeleo?

—¿No pensarás que personas ilustres dejan que una chica que han conocido hace doce horas y de la que no saben absolutamente nada meta las narices en sus perversiones más oscuras sin firmar un acuerdo de confidencialidad antes?

Mis ojos se agrandan. ¿Ha dicho «perversiones oscuras»?

—Se cubren muy bien las espaldas… El acuerdo es estricto y válido ante un tribunal. Si lo incumples, se encargarán de arruinarte la vida, tanto económica como personalmente. Además de las promesas implícitas de muerte asegurada…

—¿Pone eso en el contrato?

—No, pero se lee entre líneas. Cuando vendes tu alma al diablo, tus deseos se hacen realidad, pero el pago es muy alto. Aquí solo se exige silencio. Por eso, que seas poli supone un conflicto de intereses enorme —dice aprensivo—. Quien me haya hecho esto no se espera que acuda a la policía porque cualquier miembro aceptaría la cárcel antes de perder la membresía del KUN y sufrir sus represalias.

—Y tú, ¿estás dispuesto? ¿Por qué? —pregunto interesada.

—¿Sinceramente? Porque todo esto me importa una mierda… —admite señalando alrededor—. Nadie lo sabe, pero desde que tuve que hacerme cargo de la presidencia del club quise dar un lavado de cara a este lugar. Y no es fácil, ¿sabes? Voy haciendo cambios aquí y allá. En realidad, no me sorprende que alguien quiera liquidarme; se habrá dado cuenta de lo que pretendo… De todos modos, no me importa. A decir verdad, a veces preferiría estar muerto.

«¡¿Qué?!».

Mis músculos se bloquean azuzados por un escalofrío atroz que me deja sin habla.

—¿Y por qué nos ayudas? —No sé ni cómo formulo la frase.

—Por Carla, básicamente…

—¿Porque ya has «jodido demasiadas vidas»? —repito sus palabras.

Ástor guarda silencio durante un segundo y sonríe un poco alabando mi audacia.

—Exacto… Quiero encontrarla. Saber que está bien.

—Lo intentaré —murmuro, y me mira con cierta calidez.

—Ten claro que no podrás acusar a nadie de nada de lo que veas aquí. Ni drogas, ni vejaciones sexuales ni corrupción… La información que obtengas tiene que ayudarte a cazarlos fuera de estos muros. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Aquí son intocables. Hay mucho en juego: negocios, relaciones políticas… La élite financiera viene al KUN a soltarse la melena, y son precavidos con su privacidad. La policía no podrá protegerte de ellos… Ellos son la policía. O la tienen comprometida con favores, amistades y familia… Créeme, aquí no puedes hacerte la valiente en nombre de la ley, ¿de acuerdo?

—Entendido —digo mostrando mi pulgar arriba.

—Bien, pues firma… Pero lee el contrato antes detenidamente, por favor.

Arrastra un folio sobre la mesa y me insta a sentarme en una silla. Lo cierto es que tengo curiosidad por ojear semejante pantomima.

Me tomo mis diez minutos para revisar el texto bajo la atenta mirada del hombre más atractivo que me he echado a la cara.

Esta noche lleva un traje gris Oxford, cien por cien lana, de ciento cuarenta puntadas por centímetro cuadrado. Me he vuelto una maldita experta en ropa. A la fuerza, porque si por un despiste (y yo soy la reina de los despistes) rozas la suavidad de esa tela, te hace pensar que estás colocada y empiezas a actuar como si lo estuvieras.

Me concentro en entender lo que estoy leyendo para dejar de pensar en los gritos de su pobre *blazer* intentado encajar en esos pectorales de Batman. Lo único que pone en el documento es que no puedo comentar la información personal que me sea revelada dentro

del club con una tercera persona, un medio de comunicación o por escrito en mi biografía.

Vaya…, ¡han pensado en todo!

Cojo la pluma para firmar, y nuestras miradas conectan por última vez. Sus ojos son como Mordor en una noche de tormenta al filo de la oscuridad. Están llenos de fetiches sexuales listos para aflorar de sus profundidades en cuanto firme… ¡Qué tentador!

—Listo.

Él toma aire ruidosamente y lo suelta con alivio.

—A partir de ahora, Keira, todo lo que pase aquí dentro quedará solo entre tú y yo —sentencia con un toque sensual inequívoco.

La brisa de sus palabras se cuela por mi escote haciendo que se me endurezcan los pezones. ¡Es lo que he sentido, lo juro!

—Bueno, y Ulises… —añado—. Porque voy a llevar un pinganillo.

Ástor se queda quieto y callado, y sé que le ocurre algo. Está molesto. Es como si este fuera su territorio y yo su responsabilidad, y le fastidia que Ulises deba estar presente de algún modo.

—Tendrás que quitártelo, Keira. Él no ha firmado ningún acuerdo. Además, el pinganillo se te puede caer si te mueves mucho… Y si alguien lo viera…

Mi instinto racional sugiere que proteste, pero el sentimental lo afronta, así que acepto quitármelo en un gesto casi filosófico. Creo que estoy lista para dejar atrás a Ulises y empezar a confiar en Ástor. Al fin y al cabo, voy a adentrarme en su mundo.

No sé por qué esa idea me pone nerviosa. Quizá porque significa que el universo acaba de darme carta blanca dentro del KUN con él.

—Ahora tendrás acceso a todos los servicios del club. Tiene una biblioteca, un cine, una sala donde echarse la siesta, servicio de masajista, de peluquería, un gimnasio, un sastre privado… Y tendrás a una chica que te ayudará personalmente en todo lo que necesites.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa. Será como tu asistente aquí dentro. ¿No sabes dónde dejar tu abrigo? ¿Quieres una aspirina? ¿Necesitas algún artículo de higiene o satisfacer cualquier capricho? Ella te lo traerá.

«Podría acostumbrarme a eso…», pienso alucinada.

Me guía hasta una especie de vestuario, pero no tiene el típico material porcelánico propio de un aseo, este tiene moqueta y papel

pintado en la pared. Sofás de diseño, suelo de mármol y tocadores con espejo individual, como los de la época victoriana.

Una chica con cofia nos está esperando con las manos cruzadas a la altura del pecho. Me fijo en sus dedos parecen ganchos. Estoy a punto de reírme, pero me contengo.

—Buenos días, señora. Me llamo Julia y estoy aquí para servirla.

¡Por Dios…! «¿Qué viste anoche en HBO, Julia?». ¡No me jodas!

¿Estoy en una realidad paralela tipo *El cuento de la criada*? Porque si es así, me cago. Quizá a otras chicas les guste este trato, pero a mí me pone los pelos de punta, sinceramente.

Creo que Ástor es capaz de percibir mi desconcierto porque me pone una mano en la espalda a modo de caricia protectora.

—Quiero que estés tranquila —dice con tono sereno—. Cámbiate de ropa y céntrate en hacerlo lo mejor posible. El resto, déjamelo a mí.

Siento que se está despidiendo de algún modo, y mi mano lo agarra sin permiso para que no se vaya.

Al notar mi desasosiego, su postura cambia. Su pose firme y elegante se rompe y me pega a su cuerpo para susurrarme junto a la sien:

—No te preocupes por nada, ¿me oyes? Nadie va a tocarte, Keira, te lo prometo. Aquí dentro serás solo mía y no pasará nada que no quieras que pase.

Me estalla el corazón por lo que implican esas palabras. Por el alivio que me da su protección y el miedo de anhelar su contacto. Porque recuerdo que la última vez que me dejé tocar por él perdí la cabeza, y en ese estado no puedo dedicarme a buscar al sociópata que tiene a Carla. ¡Es imposible!

Tampoco olvido que el tiempo corre en nuestra contra. En la central no tendrán noticias, todo el peso de la investigación recae en nuestra actuación.

El duque se separa lentamente de mí, pero nuestras manos siguen unidas porque me resisto a soltarlo.

—Te toca confiar en mí —dice con calidez en un último apretón.

Y me quedo sola. Bueno, con Julia. Que relaja un poco la postura cuando el mandamás desaparece.

Es extremadamente amable conmigo sin caer en el «venga, tía, que tú puedes» y usando un palaciego «lo va a hacer de maravilla,

señorita, ya verá… Déjeme decirle que es una pena que tenga que cambiarse de ropa. ¡Está usted majestuosa con ese vestido!».

Podría acostumbrarme, sí…

Al final, me decido por una de las prendas picantes entre las que me da a elegir. Nunca he sido muy amante del *animal print*, pero me pruebo un triquini con estampado de tigresa que me recoge bastante bien el pecho y lleva consigo un complemento que, aunque parezca mentira, me da seguridad. Son unos guantes largos con el mismo estampado.

Siempre he pensado que es más efectivo insinuar que enseñar, y llevar los brazos cubiertos hasta la mitad del bíceps me parece más sugerente que el incómodo tanga con el que termina el modelito.

Los guantes rematan su aparición coronados con una tira de pelo negro y suave, pero mi parte preferida es un antifaz de filigrana de encaje negro, que, si bien no eclipsa los rasgos de mi cara, esconde mi expresión temerosa dándole un aire intrigante.

Ahora solo queda bailar como Marisa me ha enseñado esta tarde. En realidad, son ejercicios lentos de fuerza y equilibrio con piernas y brazos en la barra al son de una música. Marisa ha hecho hincapié en la mirada, en no perder nunca el contacto con un punto fijo lejano y terminar los ejercicios tomándome mi tiempo para estirarme al máximo. Siempre de puntillas. He aprendido unos cuantos movimientos para principiantes de lo más vistosos.

Inspiro profundamente cuando Julia me guía hacia una puerta que parece conectar con la sala de exhibición. Tiene una cortinilla que protege un cristal por el que no dudo en echar un vistazo.

Parece una estancia circular con un escenario rodeada de cristales opacos. En ese momento encienden las luces y me asusto. Los cristales de las cabinas se vuelven traslúcidos y reparo en que empieza a entrar tal número de hombres que ni en los San Fermines.

¿Y si algún loco puja una cantidad desorbitada de dinero que el duque no puede superar? ¿Y si el psicópata me gana?

«Tranquila, Keira…», me digo.

Pero… ¿y si pasa? ¡¿Qué haría entonces?! Probablemente dejarlo seco de un golpe en la nuca. Pero se descubriría todo. Echarían a Ástor del KUN y jamás encontraríamos a Carla.

¡Ay, Dios…! Me acojono viva. Ástor tiene que ganar.

Los riesgos de esta decisión aparecen de la nada haciendo que me palpite rápido el corazón, y no quiero empezar a sudar.

«Te toca confiar en mí», recuerdo sus palabras y cierro los ojos para sacar fuerzas de flaqueza. Necesito echar mano de mi coraje habitual. Del coraje de la Kaissa.

Pienso en el ajedrez y mi determinación cambia. Puedo hacer esto. Ástor va a ganarme y mañana participaré en el torneo para buscar a alguien que tiene tantas ganas de vencer que ha intentado echar a Ástor del tablero.

Y ese tipo no cuenta conmigo.

De repente, aparece un chico joven hablando solo. Lleva una carpeta en la mano y detecto un pinganillo en su oreja.

—Sí, ¡la veo! La tengo. ¿Eres Keira? —me pregunta directamente.

—Sí…

—La tengo, Iván. Sí. Vale. Gracias. ¿Estás lista? —dice ansioso.

—Sí.

—Bien… ¿Necesitas que pongamos alguna canción en concreto?

—Eh, bueno… He estado ensayando con…

Sin venir a cuento, cruza por mi mente una canción. Una que sé que a Ástor le gustará y que a los demás les hace falta escuchar, a ver si les entra en la cabeza que la especie ha evolucionado.

—«Now we are free», de la Banda sonora de *Gladiador*. Ponla cuando comienzan las voces, por favor… El inicio es muy largo.

—Hecho. Entra en un minuto, ¿de acuerdo? Al terminar, sal por la puerta de atrás, es una que tiene una luz de emergencia encendida.

—De acuerdo.

Expulso los nervios con un resoplido exagerado y Julia me sonríe.

Cuando llega el momento entro y todo está oscuro y en silencio, cosa que agradezco.

«No estés nerviosa, no te importan, son nadie para ti…», me digo para tranquilizarme, aunque es posible que uno sí me importe un poco.

Me quedo en blanco. No sé etiquetar lo que Ástor es para mí, pero no es un sospechoso más. Hay algo entre nosotros. Una conexión. Algo que va más allá del caso. Quizá sea el pensar que si ahora mismo el culpable se entregara y todo terminara, no volver a verlo me deprimiría.

La música empieza, y agradezco que no me enfoque ninguna luz. El escenario sigue a oscuras, solo alumbrado por un suave resplandor azulado. Segundos después, la voz de Enya atraviesa el espacio y me pide moverme. Es hora de reivindicar que *Ahora somos libres*.

Me concentro en el ejercicio como si estuviera ensayando sola. Hacía mucho que no escuchaba esta canción. Es preciosa. Intento esforzarme por marcar los movimientos y parecer sensual, pero no es lo mío.

Un reflejo rojizo me distrae, y luego otro y otro, desde distintos puntos del círculo. ¡Son las pujas! Veo el número mil marcado en las casillas. Ya han empezado. Cuando alguien puja, la cabina se enciende tenuemente arrojando una luz que deja discernir quién hay en su interior. ¡Los veo! Me tranquilizo cuando, sin dejar de moverme, localizo a Ástor entre muchas caras de gente que conocí ayer en la fiesta; otras son nuevas.

Me concentro en lo mío para no hacer el ridículo, pero veo por el rabillo del ojo que el marcador del duque no deja de encenderse. El de otros tampoco. Troy, Jesús, Paul… Tres mil, cinco mil, siete mil…

La música coge fuerza, y aprovecho para dar vueltas agarrada con las dos manos a la barra y las piernas en el aire. Luego aterrizo en el suelo de rodillas y me echo la coleta hacia atrás arqueando el cuerpo.

Diez mil, trece mil… Me siento tan ridícula…

Marisa me ha dicho que me vendría bien practicar este deporte en mi día a día porque es una excelente terapia para mujeres que han sufrido abusos o traumas sexuales. Ayuda a ganar confianza en una misma y a dejar de reprimir la sensualidad.

La mía, desde luego, brilla por su ausencia. Pero las luces rojas no piensan lo mismo, y me asusto.

No dejan de parpadear y solo deseo que termine la canción. Veinte mil en uno de los marcadores. Y no es el de Ástor. ¡¿De qué van?!

Busco al duque con la mirada y lo encuentro paralizado en dieciocho mil, con sus ojos anclados en mi cuerpo apreciando cómo muevo la torneada curva de mi culo. ¡¿A qué espera para pujar?!

Sale del trance sobresaltándose, y su luz roja vuelve a cambiar enérgicamente, pero hay otra más rápida que me preocupa. Una que va por veintisiete mil.

Me abro de piernas y pego el pecho a la barra para deslizarme muy despacio por ella hasta el suelo. Hago tiempo para fijarme en quién es y la imagen me deja congelada. ¡Es Xavier!

Doy gracias por llevar antifaz, porque mi cara ha debido de dar pena. Queda poca canción, y sigo danzando, exhibiéndome y rezando todo lo que sé para que Ástor gane. No quiero ni mirar.

Cuando la música termina, la habitación es engullida por la más monstruosa oscuridad y vuelvo a agradecerlo, pero no saber quién ha ganado me llena el estómago de nervios envenenados.

Me levanto como puedo y busco la salida de emergencia en la penumbra.

Empujo la barra antipánico y voy a parar a una habitación pequeña en la que hay un módulo cuadrado, bajo y acolchado, que invita a sentarse. Pero no lo hago. La incertidumbre me obliga a esperar de pie para descubrir quién vendrá a reclamarme.

Transcurren dos minutos eternos hasta que oigo que la puerta se abre y aguanto la respiración como lo haría un ciervo ante un depredador.

Cuando identifico a Ástor, una ola de alivio da tal revolcón a mi sistema emocional que corro hacia sus brazos, desesperada. Él me acoge con fuerza y siento que estoy a punto de llorar.

Me he quitado un peso tan grande de encima que me deshago en lágrimas. Me aprieta más fuerte, y me embebo en su cuerpo, tirando de su ropa con aprensión.

—Chist… Ya está —me consuela—. Joder… Lo has hecho genial.

Oyéndole no sé quién está peor de los dos. Lo miro temblorosa y él acuna mi cara con ansiedad para secar mis mejillas con los pulgares. Mi miedo y mi desazón se ven reemplazados por unas ganas de besarle tan crudas y feroces que me duelen en el alma.

—Kei…, ¿estás bien?

Lo pregunta como si el universo dependiera de ello.

Nuestra cercanía y su respiración acelerada le obligan a anclar la mirada en mis labios. Siento cómo trata de frenar un impulso palpitante, y mi corazón se hincha como un pez globo al distinguir que quiere respetarme, pero son sus ojos…, el espejo de un alma escondida que jamás creyó encontrar el camino de vuelta, los que me hacen recorrer la distancia entre nuestros labios y atraparlos sin

pensar.

En cuanto nuestras lenguas se tocan, un jodido Big Bang estalla entre los dos como si fuera el comienzo de un nuevo mundo esperando a ser descubierto y vivido en su plenitud. Me atrae hacia él con avaricia para devorarme entera y mi boca se abre de pura incredulidad ante su posesión.

No puedo hacer otra cosa que dejarme llevar. Siento que se recrea en mis labios con una ansiedad famélica, como quien lleva días pensando en ello.

Su sabor es embriagador. Su olor, algo indescriptible. Su cuerpo, una fuerza a la que no puedo oponer resistencia. Al contrario. Me contoneo pegada a él como si necesitara mucho más roce. Ambos queremos resolver lo que ayer dejamos a medias dos veces.

Su forma de recorrer mi labio inferior con su lengua me deja noqueada.

«¿Esto está pasando de verdad?», pienso cuando me besa el cuello.

Jadeo anonadada y vuelve a tomar mi boca con ansiedad. A jugar con mi lengua, y a no dejarme pensar en nada que no sea en él y yo juntos. Y lo logra. Ni siquiera puedo abrir los ojos.

Mis manos suben por su pecho hasta su cuello para profundizar el beso. Gime. Gimo. Y ese sonido nos vuelve locos. Le beso desinhibida y reclama mi cuerpo con más ímpetu, atrayendo mi culo contra su erección. El gesto premonitorio me deja sin palabras.

Imaginar su dureza dentro de mí hace que un fogonazo de placer me recorra de los pies a la cabeza. Desliza la palma de su mano por mi muslo para levantármelo y acunar mi entrepierna contra su miembro. No hay vuelta atrás. Está aporreando la puerta de mi libido y hay alguien en casa.

Me mezo contra él buscando un roce animal que hace que mi deseo se inflame con rapidez. Ástor interrumpe el beso con un suave gruñido y busca algo alrededor.

No me da tiempo a pensar cuando una de sus manos me arrastra con él hasta el único mueble de la sala y me obliga a tumbarme de espaldas cerniéndose sobre mí. Quiero gritar que esto es un error, pero mi garganta no parece dispuesta a hacerlo. Mis piernas tampoco cooperan, porque se abren pidiendo más cuando Ástor acomoda su cuerpo viril entre mis muslos mientras su mano y su boca se encargan

de proporcionarme argumentos para no detenerlo.

Sus dedos no dan tregua a mis pechos. Los frotan y amasan con brutalidad por encima de la tela, deseando quitarla de en medio. Su boca ataca las franjas de piel que el triquini deja a la vista junto a mi ombligo, hasta que finalmente decide lanzarse contra mi monte de Venus haciendo que me dé un espasmo.

Imaginarme lo que sería sentir su boca sin la tela hace que me humedezca todavía más. Se lo demuestro tirándole del pelo y apretándole contra mi sexo.

Esa señal hace que aparte la tela sin miramientos y sienta sus voraces labios hundiéndose en mi excitación.

—¡Mmm…! —murmura devastado cuando suelto un gemido culpable por no poder apartarlo de mí.

Imposible. Deseaba esto y no podía aguantar más. Y él parece opinar lo mismo. Sentirle tan enardecido me excita mucho.

Madre de Dios… ¡Está asalvajado! Lo noto en su forma de agarrarme y de comerme. En su hambre de mí. Y quiero entregarme por completo.

«Nadie tiene por qué saberlo», me digo al borde del desmayo.

Sus lametazos me tensan como una cuerda al sentir tanto placer, estoy a punto de correrme como una medallista olímpica cuando se incorpora y me desata el *body* del cuello para tener acceso completo a mi pecho. Cuando mis tetas entran en su visual, las devora sin piedad haciéndome gemir de nuevo.

No me quedo atrás. Empiezo a desabrocharle la camisa, y ver el inicio de su poderoso esternón me colapsa. Deseo quitársela del todo, pero no me deja y vuelve a besarme en la boca haciéndome perder la cabeza. Porque sabe a mí, a sexo y a no poder esperar para sentirle dentro.

Una de mis manos va hacia el botón de su pantalón, indicándole lo que quiero mientras sus besos me hablan sin necesidad de palabras. Me discuten habernos llevado tan al límite. No haberlo hecho anoche, incluso el primer día cuando sentimos esa potente atracción de madrugada en su cocina.

Me alegra ver que tiene un condón a mano y que se propone usarlo.

Se incorpora y se sienta en el mueble con un movimiento

elegante. Deja que se le deslice el pantalón piernas abajo y tira de las mías, atrayéndome hacia él. Me ayuda a ponerme de pie y se fija en que mi triquini de tigresa descansa en mi cintura. Me lo baja hasta deshacerse de él y dejarme completamente desnuda.

—Eres una diosa… —jadea al ver mi depilado brasileño mini.

Me quedo quieta ante su mirada teñida de deseo. Me habría dado vergüenza si la necesidad no fuera tan precaria o si Ástor no pareciera tan desesperado como yo. Se pone el condón y tira de mi mano para encajarme sobre él con una rudeza que me deja más excitada si cabe. Es como si no pudiera entender por qué mi cuerpo todavía no está encajado con el suyo, si aquí dentro le pertenece.

Trago saliva ante el deseo que transmiten sus ojos.

Dios… ¡Es inminente! ¡Vamos a hacerlo!

Lo miro durante unos segundos y no me lo creo. Estoy a horcajadas sobre sus piernas y su belleza me deja sin aliento. Todo él. Lo que hay detrás de sus ojos también.

Me obliga a cerrar los míos cuando me pega más a su cuerpo y arrasa mi boca. Con un leve movimiento nuestros sexos encajan a la perfección.

¡Joder…!

Se desliza hasta el fondo, haciendo que gima sorprendida. Me mantiene pegada a él, efectuando un mínimo retroceso para, enseguida, volver a abrirse paso en mi piel. No deja de besarme, como si quisiera absorber todo el placer que me está provocando. Me colma de una forma indiscutible y me abandono por completo.

Nuestros cuerpos se adaptan con una naturalidad pasmosa, acoplándose como el fino engranaje de un reloj suizo bien engrasado. Sus jadeos avivan mi pasión, y cada estocada filtra a mis sentidos pequeñas dosis infinitesimales del orgasmo en el que promete culminar.

No sabía que el sexo pudiera ser así. Que el placer pudiera convertirse en una energía tan desgarradora que es casi insoportable.

Tanto que tengo que dejar su boca para asimilar su absolutez.

Mis labios aterrizan en su cuello y quiero quedarme sostenida en este delirio de regocijo sin parangón. Uno que se desvanece a medida que nos aceleramos y explotamos juntos en un orgasmo digno de contar a mis nietas (aunque no entra en mis planes tenerlas).

Al terminar, necesitamos un minuto para calmarnos. No nos separamos inmediatamente. Cuando lo hago, intento conservar toda la dignidad que puedo, dadas las circunstancias; acabo de follarme al protagonista de mi caso en curso.

Lo veo quitarse el condón y hacerle un nudo. No sé más. Me centro en recuperar mi triquini y ponérmelo de nuevo.

La vuelta a la realidad siempre es dura.

Me cuesta asimilar que estamos donde estamos y a lo que estamos.

—¿Lista…? —pregunta poco después.

Asiento apocada. Él está completamente vestido de nuevo.

—Vuelve al vestuario, podrás ducharte y cambiarte de ropa, Keira.

—¿Y después…?

—Ya ha empezado la fiesta inaugural. A la puja solo han venido unos cuantos.

—¿Has podido fijarte en…?

—Luego hablamos… Se hace tarde —me corta con rigidez.

Desvía de mí la mirada y me coge de la mano. Es muy propio de él no hacer ningún comentario sobre lo que acabamos de compartir. Quizá don Perfecto se siente culpable porque ha cedido a la tentación y se ha tirado a la inspectora de su caso. Pero no pasa nada, quedará entre nosotros y listo.

Cuando salimos de la sala, Julia me está esperando. Ástor se despide de mí con una fría caricia en el brazo. Después de lo que ha hecho con mis labios, me esperaba algo más, pero aquí hay testigos.

Julia me escolta sin decir nada hasta el vestuario. Me ducho en silencio, sumida en mis pensamientos. Decidiendo cómo debo sentirme respecto a lo que ha pasado entre nosotros.

—Está preciosa —me agasaja Julia cuando termino de vestirme.

—Gracias.

De camino a la fiesta me abruma encontrarme con la cantidad de gente que promete el vocerío proveniente de la sala donde se celebra. Cuando entro me parece una boda de la realeza. Hay mujeres muy elegantes con vestidos y joyas imposibles, y la afluencia es cinco veces mayor que en la fiesta de ayer. Pero no veo a Ástor por ninguna parte.

De repente, distingo una cara conocida entre el gentío.

—¡Charly! —Me acercó a él.

—Inspec… ¡Keira! —reformula a tiempo—. ¡Estás guapísima! —

dice con amabilidad—. ¿Qué tal ha ido…? —Y advierto en sus ojos una preocupación que abarca mucho más de lo que pretende.

—Bien, pero no encuentro a Ástor. ¡Aquí hay mucha gente!

—Sí, son todos los participantes del torneo; no solo hay miembros del KUN, sino gente que ha ganado a los del club de ajedrez. Yo también estoy buscando a Ástor… Entonces ¿ha ido todo bien? —vuelve a preguntar con cautela.

—Sí…, todo bien.

La expresión de su cara me escama. Parece un poco escéptico.

—Vale… Me alegro. Tu entrega es admirable, de verdad.

¿A qué se refiere?

—Quiero que sepas que yo no he visto nada —aclara—. Por respeto…

Cierto es que no le he visto en la puja, pero actúa como si mi baile haya sido lo más embarazoso del mundo.

—No sufras, es mi trabajo…

Sus cejas suben hasta el límite del nacimiento de su pelo.

—Bueno, yo diría que lo de hoy excede un poco a tus obligaciones.

No sabe hasta qué punto.

—Solo ha sido un baile en una barra, Charly —digo quitándole hierro.

Y que al decir eso cierre los ojos lamentándose, me da muy mala espina.

—¡Keira! —oigo que me llaman.

¡Es Ástor! Su voz arrastra cierta ansiedad, pero me alegro mucho de verlo.

Su imagen vuelve a chocarme como si fuera la primera vez.

«¿He tenido a este hombre dentro?».

A menudo, mi instinto de supervivencia intenta hacerme olvidar lo guapo que es; de lo contrario, no podría pensar en otra cosa.

—Ástor… —acaricio su nombre con una sonrisa obnubilada.

—Hola…

Me da un suave beso en la mejilla, y el roce me provoca un agradable rubor. Esto es otra cosa. Coloca su mano en mi espalda y me acerca a él, como si quisiera protegerme de todo con su cuerpo.

—¿Estás bien?

—Sí —respondo extrañada. ¿Por qué no dejan de preguntármelo?

—Necesito hablar contigo un momento —dice nervioso.

—Un poco tarde, ¿no, tío? —lamenta el abogado—. Os dejo solos.

Charly se aleja serio y el duque se muerde los labios. Mal rollo.

Mi mente comienza a dar vueltas a toda velocidad.

—¿Qué pasa aquí…?

—Keira…, escúchame… —balbucea Ástor, acorralado.

Miro alrededor, y tengo la sensación de que todo el mundo nos observa con la misma expresión. La que pondría alguien que me hubiera visto desnuda haciendo de todo.

Lo sé incluso antes de que Ástor lo diga.

Always three steps ahead. Siempre tres pasos por delante…

—Nos han visto… —afirmo.

Su cara soporta la verdad intentando mantenerse imperturbable, pero apenas lo consigue.

—Forma parte del ritual de ser Kaissa… Yo… no quería que te vieras obligada a hacerlo… Ni que sufrieras pensando en ello.

«Que ¿QUÉ…?».

Contengo mi reacción de loca para arriba como puedo.

Mi orgullo pega un grito que me deja sorda. ¿Me ha hecho creer que… para…? Dios…

No puedo montar una escena, o eso me suplican los ojos de Ástor. Me piden que soporte su traición por el bien de la misión, pero me siento incapaz al descubrir que lleva tiempo planeando esto, que es un excelente ajedrecista y que desde el momento en el que supo que quería ser Kaissa fue tejiendo su estrategia para que me creyera su arrebato de pasión y accediera a acostarme con él después de la puja delante de muchísimos ojos. Todo ha sido espectáculo puro.

«Para enamorarme a mí hace falta mucho más…».

Esas palabras resuenan en mi mente perniciosas.

«Quizá no seas tan lista…», me digo.

Lo esquivo y huyo de él. Ahora mismo no puedo ni verle.

ástor

18
El precio del poder

> La desconfianza es la característica más necesaria de un jugador de ajedrez.
>
> Dr. S. Tarrasch

Me fastidia no poder detenerla, como me gustaría.

El problema es más grave de lo que parece, no soy idiota. Sé que me va a costar un mundo volver a ganarme su confianza. La conozco poco, pero lo suficiente para saber que la he cagado hasta el fondo.

Lo jodido es que volvería a hacerlo, porque no tenía otra elección.

Veo que se dirige a los aseos y la sigo.

Allí tampoco podremos hablar, las paredes del club tienen ojos y oídos. Mi plan es esperar a que salga e intentar explicárselo en un lugar más privado.

¿Y qué coño voy a decirle?

Cuando me contó que quería ser Kaissa se me hundió el mundo, así de claro. Revelarle la verdad significaba ponerla en un compromiso que dejaba a Carla sin opciones, y después de lo que me explicó sobre el abuso que había sufrido, practicar sexo conscientemente frente a muchos ojos lujuriosos habría sido horrible para ella.

Lo ha sido para mí. Y por mucho que Keira estuviera dispuesta a hacerlo, Ulises tenía razón al decir que no se puede pasar por el aro de todo por muy kamikaze que seas… porque luego no eres capaz de perdonarte a ti mismo. Lo sé muy bien.

Haberlo sabido de antemano habría sido un fracaso absoluto. Puede que yo mismo me hubiera bloqueado al verla sufrir. La única solución que encontré fue hacer que ella lo deseara. Sentirlo y vivirlo de verdad.

Yo ya había perdido la cuenta de cuándo empecé a ignorar los gritos de mi polla ansiosa por meterse en Keira. Era atracción sexual primaria. La misma que ha hecho que mi corazón se pare cuando la he visto con esos guantes moviéndose al son de esa canción de *Gladiador*. He dejado de bombear sangre y no podía ni pujar.

¡Casi pierdo, joder! Estaba agilipollado.

Todavía no me explico cómo Keira no me entró por los ojos nada más conocerla. Bueno, sí, porque tenía problemas más importantes en ese momento, pero ¿cómo no me di cuenta de lo sexy que podía llegar a ser?

Respondo: porque es una maldita experta en ocultarse. ¡Somos iguales! Por eso sé el esfuerzo que ha tenido que hacer para parecer sensual en esa barra. El mismo que he hecho yo dejando que muchos ojos vieran cómo me la follaba sin piedad, derritiéndome por ella.

No ha sido fácil. En la vida se me habría pasado por la cabeza compartir un momento tan íntimo. En los juegos del KUN, si pierdo pago con dinero; nunca pagaría con mi dignidad o la de otra persona. Por eso cuando he estado a punto de perder, he pulsado el botón de emergencia para pujar diez mil en vez de mil… Y creo que le he dado varias veces. No quiero ni mirar mi cuenta corriente.

Cuando me han comunicado que he ganado, he sentido el mayor alivio de toda mi vida. Seguido del sexo más intenso que existe. Estoy devastado a todos los niveles.

La veo salir de los aseos y me yergo súbitamente. Sus ojos me localizan y se detiene en seco.

—¿Podemos hablar?

Cuando no se niega, doy gracias a Dios y la insto a seguirme hacia un pasillo aislado.

No me gusta que haya tenido tiempo para procesarlo; su aura presume de una nueva coraza de acero galvanizado.

Me odia. Quiere matarme… Y me duele.

—No podías saberlo —digo en cuanto entramos en un salón lleno de tapices medievales que nunca usamos para nada—. No habría quedado natural. Se habría notado mucho y…

—¿Cómo has podido ocultármelo? —pregunta con furia contenida —. ¡¡¡Eres un maldito psicópata!!!

—No podía hacer otra cosa, son las normas del club… Y si te lo hubiera contado, habríamos puesto en peligro toda la misión.

—¿Cómo te atreves a tomar esa decisión por mí? ¡Es algo muy íntimo!

—Dijiste que harías lo que hiciera falta, Keira… Y me he basado en eso.

—¡Lo que has hecho es jugar conmigo! —brama más cabreada de lo que la he visto nunca—. Y mientras tú jugabas conmigo, yo me la jugaba por ti.

Sus palabras me atraviesan. Y sé que esto es serio cuando me mira como se mira a alguien a quien jamás vas a perdonar.

Sería buen momento para aclararle que por mi parte nada ha sido fingido, que me estaba muriendo por ella, pero soy incapaz porque no puedo ser consecuente con esos sentimientos. Son un error.

Están ahí, mirándome con una pose dramática, pero no pienso molestarme en analizarlos. Lo único que quiero es encontrar a Carla… No quiero tener sobre mis espaldas el peso de más vidas. Y para eso necesito que la inspectora se centre en investigar. Ahora que ya está dentro del KUN, por fin puede hacerlo.

—Lo siento, joder… —farfullo—. Lo siento mucho, y cito: «Para ganar hay que hacer algunos sacrificios». ¡He hecho lo que he creído mejor para todos, Keira!

Niega con la cabeza, alucinada.

—No sabes lo que has hecho… —amenaza con la mirada perdida.

Me humedezco los labios, angustiado, porque lo sé muy bien. Estoy fuera de su círculo de confianza. *Caput.*

—Confié en ti desde el principio… —ratifica dolida—. ¡Y me has hecho creer que te gustaba para que aceptara acostarme contigo en ese preciso momento!

—¡Yo no te he hecho creer nada! Has sido tú solita…

—Ya no puedo confiar en ti. —Baja la mirada al suelo.

—¡Lo he hecho por tu bien, Keira! —estallo incomprendido—. Para mí ha sido una puta tortura. Ha sido como saber la hora exacta a la que iba a morir.

—¡Vaya comparación…! ¡¿Follarme ha sido como ir al matadero?!

Y ahí está otra vez, esa mirada.

La que ruega que le diga que cumple mis expectativas con creces, la que cree que lo nuestro es posible. La que quiere que le confiese que conquistar su cuerpo ha sido la rehostia. Pero no puede oírlo. No nos conviene admitirlo a ninguno de los dos. Por eso digo:

—Pues sí, ha sido horrible.

Los ojos se le salen de las órbitas rebosando dolor y traición. La dura realidad zarandeando los cimientos de su autoestima. Me siento escoria, pero es necesario.

—Ha sido horrible, sabiendo que toda esa gente estaba mirándonos —completo débilmente para suavizarlo.

Su mirada vuelve a perderse en la lejanía llena de rabia.

«Resiste…», le suplico en silencio.

Necesito que sea tan fuerte como me ha hecho creer que es. Esa era mi gran apuesta. Mi clavo ardiendo al que agarrarme con ella. Todavía podemos superar esta atracción y seguir con lo importante.

—Ahora sabes que estoy dispuesto a todo para llegar hasta el final —intento convencerla—. ¡Ya estás dentro, joder! ¡Está hecho, Keira! Es lo que queríamos, no lo estropees por pura vanidad… No debemos perder de vista el objetivo de todo esto: encontrar a Carla.

Su mirada me ensarta como la fría y afilada hoja de una bayoneta. Siento el mismo dolor lacerante en mi podrido pecho.

—Tienes razón… —resuelve inflexible—. Centrémonos en la operación y acabemos con esto. Volvamos a la fiesta.

Cuando se dispone a salir disparada como una autómata, la agarro del brazo y la sostengo contra mí.

—Kei, por favor…

—No vuelvas a llamarme así —advierte sin mirarme, pero no intenta soltarse de mí, lo que significa que todavía tiene esperanzas de una última confesión que la ayude a sobrellevar la humillación.

Y se me rompe el corazón porque no la va a tener.

Esa parte de mí ya no está operativa. Estoy atado de pies y manos por mi escudo familiar. Por mi posición y mi destino. Aun así, intento ser todo lo sincero que puedo.

—Piensa lo peor de mí si quieres… Te juro que no pretendía hacerte daño. Siento que tengas que soportar sus asquerosas miradas, pero no te preocupes, no podrán tocarte mientras estés bajo mi protección. Te doy mi palabra.

Me mira con un desafío perturbador.

—Puestos a follar por obligación, casi prefiero que pierdas.

—Por encima de mi cadáver.

—Entonces procura que no te maten.

Se deshace de mí de un tirón y oigo que se va clavando los tacones en el suelo de mal humor.

Cierro los ojos y maldigo. ¡Puta mala suerte tengo!

Hubo un momento en el que incluso fantaseé con que Keira lo entendería. Pero que se enfade demuestra que he hecho lo correcto. ¿No es capaz de admitir que en algún momento terminaría pasando algo entre nosotros de todos modos? Debería darme las gracias por callármelo, aunque suene a locura.

Me quedo un rato en silencio acumulando fuerzas para sobrevivir a la puñetera fiestecita en la que ya somos la comidilla.

¡¿Qué se supone que debería haber hecho?! Decirle: «Oye, Keira, cuando gane la puja tendremos que follar delante de todo el mundo, ¿vale?». No creo que ella hubiera dicho: «¡Vale, Ástor, está hecho!».

¿No ve que le he ahorrado un mal trago alucinante? Lo nuestro era inevitable, joder… Mi polla lo sabe. Yo lo sé. Y Keira también.

Cuando vuelvo a la fiesta la veo hablando con mi hermano y con Troy, que la observa entusiasmado. El que faltaba.

A medida que me acerco, descubro que están hablando de ajedrez.

—¡Ástor…! —me saluda Troy, efusivo—. ¿Sabes que Keira se ha apuntado al torneo ahora que forma parte del club? ¡Estoy deseando enfrentarme a ella!

—Cariño…, no me habías dicho lo que se llevaba el ganador —comenta agresiva—. Ahora tengo todavía más ganas de participar.

—¿Tú no vas a por los cien mil, Héctor? —le pregunta Troy.

—Este año, no —contesto yo por mi hermano, y todos me miran sorprendidos, pero es lo último que necesito con lo que hay en juego —. No puedo cubrir a tres personas… Y ya voy a ser el *Kampeón* de Keira…

—Yo no necesito un *Kampeón* —replica seca—. Me basto solita.

Troy suelta una carcajada ante su desacato y aprieto los dientes.

Si algún día me deja atarla a mi cama, se va a enterar.

¿Qué no entendió del concepto «inocente y desvalida»?

—¿Y si pierdes? —le pregunta Troy, animado, deseando que ocurra—. ¡Necesitarás a alguien que juegue la revancha por ti! O tendrás que pagar con dinero… o en especies.

—Jugaré la revancha yo misma.

—¡No puedes! —exclama Héctor—. Y yo tampoco, por eso necesito a Ástor.

Ella lo mira sin comprender.

—Las revanchas son batallas físicas de tres actividades distintas. El Juego de la Torre, el del Caballo y el del Alfil.

—¿En qué consisten? —pregunta curiosa.

—El Juego del Caballo es una recreación histórica de las antiguas justas.

—¿Justas? ¿Se siguen practicando hoy en día?

—¡Sí!, hay toda una cultura respecto a las disciplinas de combate medieval. Nosotros tenemos nuestras propias instalaciones hípicas y hay una federación deportiva que ha adaptado y modernizado el reglamento que ya existía en el siglo XIV. Debe de haber unos trece clubes en España en este momento, y el KUN es uno de ellos.

—Suena peligroso… —Me mira preocupada. Y mi corazón revive por un momento.

—La actividad cuenta con un buen protocolo de seguridad —le explico—. Los luchadores están bien protegidos y las armas no tienen filos ni aristas cortantes. Se ha convertido en un reclamo turístico para multitud de fiestas medievales que se celebran por todo el país cada año. Es una exhibición espectacular.

—Lástima que no sepa montar a caballo… —dice encogiéndose de

hombros.

—Yo podría enseñarte.

Me sale del alma, y Keira me mira preguntándome si es otro de mis truquitos. Está tan guapa con ese vestido negro y ese brillo poscoital que me cuesta pensar con claridad. La prenda deja entrever trozos de su delicada piel por todas partes, e imaginarla galopando hacia otra persona empuñando una lanza me pone enfermo.

—¿En qué consiste el Juego de la Torre? —pregunta a Héctor.

—Así llamamos a nuestro *ring* de boxeo —contesta él—. Está en el sótano del edificio, y en esa materia Ástor es prácticamente imbatible —añade orgulloso.

Ella me mira, pero no dice nada. No parece haberle impresionado mucho.

—¿Y el Juego del Alfil?

—¿Se te da bien la esgrima, Keira?

—No… —se mofa captando por dónde va la cosa.

—Entonces, confirmado, necesitas un *Kampeón.* —Héctor se ríe.

—Pero… ¿y si gano todas las partidas? ¿Lo necesitaría también?

—Sí —contesta vehemente, sorprendiendo a Keira—. A partir de los cuartos de final, todo el que pierde, sea del club o no, tiene derecho a una revancha justa para recuperar sus bienes y su honor… Es como un doble o nada basado en una competición física, no mental.

—Ya entiendo… —murmura ella—. Si alguien gana en terreno físico, se le perdona la deuda.

—Exacto.

La veo resoplar como si acabara de escuchar un estupidez y me temo lo peor.

—¿Tienes una opinión al respecto? —la pica Troy—. Ilústranos, por favor.

Me muerdo los labios porque me preocupa lo que pueda decir. En este momento, Keira es pura dinamita. Está cabreada conmigo y…

—Estas revanchas sacadas de la manga me parecen el clásico malentendido de la teoría de la evolución de Darwin. Él no dijo que sobrevivirían los más fuertes…, ni los más rápidos ni los más inteligentes, sino aquellos que se adaptaran mejor al cambio. Y premiar la supremacía física en un torneo de ajedrez me parece la reminiscencia de un comportamiento de la Edad de Piedra que no

tiene cabida en la sociedad contemporánea.

Héctor da una palma al aire con entusiasmo.

—¡¿De dónde has sacado a esta chica, As?! —exclama divertido.

Troy y yo nos miramos boquiabiertos.

No sé de dónde ha salido, lo único que sé es que ha puesto mi vida patas arriba y que ahora mismo no puedo ni hablar. Por fin encuentro a alguien que tiene los huevos de cuestionar al club como siempre he hecho, otorgándome la satisfacción de defenderlo con el nuevo punto de vista que deseo darle.

—Puede que Darwin esté anticuado, pero nosotros no —digo displicente, convirtiendo su soliloquio en una batalla dialéctica apasionante que Troy y Héctor no parecen querer perderse. Y menos después de habernos visto follar salvajemente—. El concepto de «selección natural» de Darwin choca a las claras con lo que hemos descubierto en los últimos doscientos años, sobre todo aplicado al entorno de reproducción sexual. Estoy de acuerdo en que esa idea se ha extrapolado hacia la «selección social», sin que las creencias populares pudieran detenerlo, pero… como presidente puedo decirte que nuestro club reformula la interpretación de lo que tú llamas «competencia destructiva» por «colaboración creativa». Es decir, nos ayudamos los unos a los otros.

»Un *Kampeón* es una persona que responde por ti para hacer justicia a la infame genética, que no siempre es justa. Así cualquier hombre educado puede redimirse de los defectos que la naturaleza pone de manifiesto en ese gen egoísta de supervivencia, y ensalzar la "colaboración" como el valor más esencial de nuestros días, en cualquier campo.

—Señoras y señores… ¡Mi hermano! —aplaude Héctor con guasa.

—¿También la colaboración en terreno sexual? —replica Keira, sagaz.

—También… ¿No era esa tu máxima? ¿La de un acuerdo de colaboración «sin agobios» en época de celo? —Utilizo sus propias palabras.

—¡Por favor, no dejéis de hablar! —nos suplica Troy agarrado a su copa como si fuera un cuenco de palomitas.

Keira piensa cómo fulminarme rápido ante mi ataque.

—Tener sexo sin un vínculo afectivo no está mal —expone—.

Fingir un vínculo para tenerlo es lo miserable.

—Coincido. ¿Entiendes ahora por qué quedo con Sugar Babies? —zanjo con chulería. Y resisto que me clave la mirada hasta el fondo de mi alma. Ha sido, sin duda, el mejor *touché* que he dado en mi vida.

—¡Keira! —Sofía aparece de pronto, dejándola con una réplica asesina en la boca—. ¡No te encontraba! ¿Me acompañas a tomar algo?

Mi chica asiente. Porque aquí dentro Keira es mi chica. Mía, por contrato. Y a no ser que pierda, nadie puede ponerle un dedo encima. He dicho.

«Pero fuera de aquí, sí», me recuerda una voz cuando la veo acercarse a Saúl con una sonrisa.

¡Ese chaval es como un grano en el culo!

Se saludan con un beso afectuoso y me arden los pies de ganas de ir hacia ellos e impedir que se hagan más amigos. Seguro que si os digo que nunca he sido celoso no me creéis, ¡pero ese tío es un peligro! Si jugando al ajedrez es bueno, os juro que en otros terrenos es aún mejor. Lo conozco bien. Es inteligente, carismático y atractivo… O sea, un peligro, lo dicho. Y Keira no es mi novia; solo es mi Kaissa, y nuestro vínculo de confianza ahora mismo está en coma. Así que puedo permitirme el lujo de sentir esto sin tildarme de ser un posesivo o un celoso, porque en estos momentos soy un jodido tobogán acuático de oxitocina y solo quiero volver a besarla por todas partes… y más después de escucharla criticar a Darwin de esa forma tan vehemente.

—Te invito a una copa —me dice de pronto Charly al oído. No tiene más que verme la cara para saber que estoy viviendo una tortura.

—Te la acepto encantado.

—Joder… Esa chica te ha cambiado de un día para otro, ¿eh?

Pero no es eso. Es que esta noche ya la he fastidiado suficiente; Keira está muy cabreada conmigo, y necesito alcohol para soportar cómo me mira y lo mal que lo está pasando por tener que oír comentarios inapropiados sobre orgasmos exultantes. Yo he oído unos cuantos ya y he tenido que inventarme un nueva cara de indiferencia para aguantar el bochorno.

La maldita fiesta termina a una hora decente porque al día

siguiente el torneo empieza pronto, y apenas he visto a Keira en estas tres horas.

La que sí ha venido a hablar conmigo ha sido Sofía en un momento dado:

—Cada día te superas más, Ástor…

No me ha gustado la ironía disfrazada de acusación velada de sus palabras.

—Gracias por no decírselo. Pensaba que lo harías, víctima de la sororidad entre mujeres.

—No lo he hecho porque sé que Keira lo estaba deseando. Pero no va a ser fácil que te perdone. Has jugado con sus sentimientos.

—Por su bien.

—Siempre dices lo mismo cuando se trata de echarle huevos a algo —dice molesta.

Sé que se refiere al KUN y su querencia de pertenecer a él. Lleva tiempo presionándome con que proponga su membresía.

—Hay ciertas cosas que no pueden imponerse, ya te lo dije, Sofía, es mejor que ocurran de forma natural, sin forzarlas.

—¿Esas «cosas» tienen pene? Porque no veo que tengas ningún problema para imponerte a las mujeres… Te deseo suerte pensando así, Ástor. Ya me contarás qué tal te va.

He cerrado los ojos despacio y he bebido un poco más. Menuda nochecita…

Cuando la gente empieza a salir del recinto, confío en que Keira acuda al coche, pero en cuanto veo a Ulises distingo una silueta a su lado. Tiene pinta de llevar tiempo con él aquí fuera… Fuera de mi alcance.

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunta Ulises con cierta inquina.

¡¿Se lo ha contado?!

No puedo creerlo… Por su mirada, igual no hay que esperar a que nadie del club me mate, quizá lo haga él mismo.

Héctor se sube en el coche a pulso y guardo su silla en el maletero. Keira sube también y me reúno con ella en la parte de atrás.

No me mira al acomodarme a su lado. Héctor se vuelve captando su actitud distante hacia mí y me mira extrañado. Debe de estar flipando. Y lo entiendo. No sabe qué pinta ella en casa si estamos enfadados.

Nunca he llevado a casa a follar a nadie. Y menos, para no follar.

Cojo mi teléfono y escribo un mensaje a Keira. Tengo que llamar su atención tocándole la pierna para indicarle que mire su móvil.

Lo hace.

Lee mi mensaje y escribe algo a continuación.

Ástor:
Héctor nota que estás enfadada.
Y no le cuadra que te lleve a casa conmigo

Inspectora:
Discutir en una fiesta con la chica que te gusta es muy habitual.
Lo que no le cuadra es que actúes como si fueras humano

Ástor:
Debería acercarme a ti y que vea que hacemos las paces

Inspectora:
Ni se te ocurra volver a tocarme

Me humedezco los labios, contrariado. ¿Qué explicación quiere que le dé?

Keira guarda su móvil y sigue mirando por la ventana con expresión ausente.

Héctor está pendiente de nosotros y sé que me espera una conversación al llegar a casa.

En cuanto la pisamos, Keira se escapa hacia nuestra habitación con un «buenas noches» seco, y, por supuesto, Héctor se acerca rodando hasta mí cuando decido prepararme algo de comer en la cocina.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis enfadados?

—Sí.

—¿Qué has hecho ahora?

—¿Por qué he tenido que ser yo?

—Porque supongo que si fuera al contrario ni la habrías dejado entrar en casa. ¿Por qué ha venido?

—Porque se lo he suplicado —sentencio cortante ante su agudeza.

—¡¿Tú, suplicando?! —Sus ojos se abren divertidos—. Me estás asustando, Ástor… —Pero parece complacido al decirlo.

—Es mi primera Kaissa y quiero que salga bien.

—Ya, bueno… No tienes que darme explicaciones, pero me encanta verte así.

—¿Así cómo?

—Vulnerable. Humano. ¿Enamorado…?

—No estoy enamorado, Héctor —digo serio, sin rastro de duda.

¡La conozco desde hace solo tres días, joder!

¡Ni siquiera sé si me cae bien…! Simplemente, la deseo mucho.

—Sí, sí, ya, ya…

—Deja de ver cosas donde no las hay.

—No espero nada de un tío que vive en el ático de la negación, pero esta chica tiene algo. Lo vi desde el principio. Y me alegro de que no pases de ella por una simple riña de… enamorados.

—Vete a dormir. Y a tomar por culo también, por favor —digo ignorando su risita mientras abro la nevera.

—¿Por qué lo has hecho, As? —pregunta de pronto en tono solemne.

—¿El qué?

—La Kaissa… Tener sexo en público… ¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado?

—Que estoy cabreado —respondo sin pensar. Y es cierto. Tengo una epifanía—. Me están tocando los huevos con las amenazas y lo de Carla, y ya me he cansado… Tenías razón, Héctor, no voy a seguir el juego a ese hijo de puta. Solo quiere asustarme y coartarme, así que me he propuesto hacer justo lo contrario. Desfasar. Quiero que vea, o vean, con sus propios ojos que su plan no funciona… Se acabó. Que se vayan todos a la mierda.

—Todos, menos Keira, ¿no? —dice con sorna.

—Me piro. Tú hazte unas palomitas y sigue montándote películas románticas en la cabeza.

—¡Corre a arreglar las cosas! Me pondré tapones para no oír vuestro salvaje polvo de reconciliación.

Me voy negando con la cabeza. Si él supiera lo jodido que lo tengo…

Además, no hay nada que arreglar. Si había algo, está hecho añicos.

Al entrar en la habitación descubro que Keira sigue en el cuarto de baño y hago tiempo. Necesito ducharme urgentemente; aún huelo a ella.

Cuando sale, no me dirige la palabra. Se mete en la cama y entro en la ducha.

Al salir, la luz está apagada. Se ha colocado de medio lado dando la espalda a mi lugar de descanso.

Me tumbo en la cama, boca arriba, pero no puedo cerrar los ojos. Tenemos que hablar.

Hago un esfuerzo por entender mis sentimientos. La opresión que noto en el pecho tiene nombre propio. Y es…

—Necesito que encuentres a Carla —imploro en voz alta rompiendo el tenso silencio.

Keira tiene ese efecto sobre mí. El de sintetizar lo que quiero reduciéndolo a la mínima expresión. Con ella no me sale endulzar las palabras. Con ella solo vale la verdad.

—Yo también quiero encontrarla. Y cuanto antes lo haga, antes te perderé de vista.

Ese es el espíritu y el quid de la cuestión, pero algo me pellizca el pecho de nuevo haciéndome entender que cuando eso ocurra no volveré a verla. Al parecer, mi cuerpo no desea que se aleje de mí. Pero mi mente sí. Joder que sí… O acabaré volviéndome loco.

—¿Tienes a alguien en el punto de mira? —preguntó ansioso.

—Tenemos varias hipótesis.

—¿Cuáles?

—Ulises y yo hemos estado trabajando en ellas parte de la noche.

—¿Se lo has contado? —No puedo evitar preguntarlo.

Tarda unos segundos en responder, recordando la encerrona.

—Si lo supiera, te mataría.

—No lo dudo. Pero vuestra relación tampoco es muy justa… En el fondo, eres igual de calculadora que yo.

Eso hace que se vuelva. Me espero un guantazo en cualquier momento.

—No sabes nada de mí… Ni de nosotros. No creas que me conoces una mierda por haber echado un polvo mediocre.

—Mediocre, los cojones… Y Ulises está loco por ti, no hace falta conoceros mucho para verlo.

—Eres como Jon Nieve, muy guapo, pero… no sabes nada. ¿Quieres saber dónde está ahora mismo Ulises? En casa de Sofía, y no me importa porque ¡somos amigos! Somos un equipo y a veces follamos. Nada más. No tenemos secretos el uno para el otro… No como tú, que eres don Secretitos.

—No sé por qué estás tan cabreada. Solo quería ahorrarte un mal trago. ¿No has oído eso de «ojos que no ven, corazón que no siente»?

—Pues te has equivocado, Ástor. Sí que siento. Me siento engañada…

—Dijiste que el fin justifica los medios, y ahora estás justo donde querías estar. Encuentra a Carla y punto —digo severo.

—¡Estoy en ello, joder! —contesta cabreada—. Hoy se han registrado los domicilios de sus últimos Sugar Daddies. Para eso sí nos dan permiso con rapidez… Y los de tráfico están verificando las coartadas de tus amiguitos. El taxista dice que dejó a Carla en su calle. Alguien debía de estar esperándola…

Esa información es la que me abofetea con fuerza.

—Joder…

—Vamos lo más rápido que podemos, Ástor, pero estamos atados de pies y manos con tanto vip implicado. Seguimos el rastro de una furgoneta blanca con la matrícula tapada. Cuando conozca más a fondo a los cuatro sospechosos principales, sacaré algo en claro.

—¿Cuatro? ¿Quiénes son?

—Es mejor que no lo sepas… No quiero que te sugestiones cuando estés con ellos.

—¡Yo también pensé que era mejor que no supieras lo del polvo público para no sugestionarte cuando lo estuviéramos haciendo!

Su silencio es música para mis oídos. «¡Es lo mismo, cielo!».

Me vuelvo enfadado hacia mi lado, dando por terminada la conversación. No espero que diga nada más. Ni lo necesito. Lo que ha expuesto sobre la investigación me sirve de bálsamo para confiar en que, en cualquier momento, una pista se cruzará con algún dato y los pillarán. Los delitos pasionales es lo que tienen, se cometen errores

por orgullo, por envidia o por miedo.

Y para miedo, el que he sentido esta noche al estar dentro de ella.

keira

19
Mentiras oficiales

Yo no creo en la psicología.
Creo en las buenas jugadas.

BOBBY FISCHER

Sábado, 14 de marzo

Cuando oigo el despertador, me cuesta abrir los ojos.

Estoy tan a gusto… Huele tan bien… Y está tan mullidito que…

¡Me cago en la leche!

Me separo de un brinco de unos ojos azul galáctico que me atraviesan a tan solo diez centímetros de mi cara.

En su defensa, diré que Ástor parece adormilado. Supongo que se dio la vuelta, yo me volví y… ¡hemos dormido arrimados como dos

hámsteres!

O quizá haya sido mi instinto protector, porque vaya noche me ha dado.

Ástor se incorpora y se sienta en la cama, de espaldas a mí, exudando una frialdad inquietante. Un escalofrío recorre mi columna vertebral.

Me quedo quieta hasta que coge ropa y sale de la habitación.

—Buenos días a ti también… —farfullo cuando ya no puede oírme.

¡Dios mío! ¡Hoy es el torneo!

Salto de la cama y tardo casi una hora en arreglarme. Quién me ha visto y quién me ve…

Los conjuntos diurnos de Mireia son mucho más sobrios que los de las noches. Y el de hoy es algo que me habría puesto en mi día a día, aunque, seguramente, con unos *leggins*, no con las piernas al aire.

Se trata de un vestido camisero negro que me llega a medio muslo, combinado con unas botas de cuero negras y unas gafas de sol del mismo tono. Mucho negro por todas partes, como a mí me gusta. Es un look arreglado pero informal. Mireia hizo hincapié en que llevara el pelo suelto con este *outfit* y en que me pusiera unos pendientes plateados largos que añadió al lote.

¿Resultado? Me siento cómoda y lista para machacar a cualquiera en un tablero de ajedrez. Hasta he soñado con jugadas toda la noche, al menos hasta que un grito me ha despertado dándome un susto de muerte.

Ha sido un «¡nooo!» grotesco, seguido de un violento despertar por parte de Ástor que casi hace que le dé un puñetazo en medio de la oscuridad.

—¡¿Qué pasa?! —he preguntado asustada.

—Nada… Yo… Solo ha sido una pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí, sí…

Después de eso, solo se ha oído el silencio y las respiraciones acompasadas al volver a conciliar el sueño acusando nuestra cercanía.

Esperaba encontrarme con Héctor en el desayuno para que mediara entre los dos, pero no hay ni rastro de él. Al final desayuno sola en la mesa; Ástor se toma un café de pie en la cocina, alejado de

mí.

Genial. Cuanto más lejos, mejor… Sigo cabreada.

Por suerte, Ulises aparece puntual a las nueve y media para llevarnos al club.

Le pregunto con disimulo qué tal la noche y me guiña el ojo. Parece contento. ¡Viva Sofía y sus obras benéficas!

—¿Has dormido bien? —dice Ástor a Ulises con retintín al ir hacia el coche.

—Igual de bien que tú, creo.

Miro mal a Ástor para que no replique nada.

—Estate atenta hoy, ¿vale? —me advierte Ulises sujetándome la barbilla.

Mis ojos vuelan hacia los de Ástor sin poder remediarlo. Y veo que pasa de nosotros apretando los labios en una línea fina.

Ástor decide que esta vez vayamos en un jaguar negro de cuatro plazas que tenía escondido en el garaje. Menudo cochazo… Lanza las llaves a Ulises, quien las coge al vuelo un poco sorprendido.

—Súbete delante —ordeno a Ástor.

Quiero ir atrás sola, sin que sus ojos me acribillen, porque no será precisamente implorándome perdón, sino pidiéndome que recapacite ya que tiene razón.

¿La tiene?

Joder… Me cabrearía mucho que la tuviera.

He estado pensando en ello de madrugada y he llegado a una conclusión: ayer no me sentí engañada, fue peor, ¡me sentí humillada! Y no porque un montón de desconocidos me observaran en una situación tan comprometida —me da un asco tremendo, que conste—, pero lo que realmente me dolió fue que me manipulara para hacerme pensar que el sentimiento era mutuo.

¡Me había engatusado con una estrategia meditada!

Y lo que yo sentí como algo espontáneo e inevitable no lo había sido tanto, en realidad. Porque él contaba con que pasase. Lo dio por hecho, como si no se le resistiera ninguna mujer.

¡Maldito bastardo!

Me cameló como a una imbécil para que bajara mis defensas, renuncié a mis férreos principios profesionales y luego me hizo sentir que nunca sería suficiente para que fuera real.

Me quitó el control… o más bien, lo recuperó.

Yo se lo había quitado a él el día que planeé perder contra Saúl sin consultárselo y ahora estamos empatados.

Anoche, cuando nos metimos en la cama, me dejó clarísimo que su único interés es que resuelva el caso. Y el coraje que siento ahora mismo me ayudará a hacerlo.

Pero lo nuestro no va a quedar así. Mi instinto me dice que siente algo por mí. Él mismo confesó que no es buen actor. Sofía afirmó que «nadie finge tan bien», y esa forma de besarme no parecía obligada, sinceramente.

Así que voy a ir a ese torneo, lo voy a ganar y voy a resolver el caso, y, mientras tanto, no pienso dejar de provocar a este cabrón retorcido hasta que venga suplicando por más… Veremos quién engaña a quién.

En cuanto llegamos al club, nos dirigimos hacia una pequeña recepción donde nos dan unas acreditaciones con nuestros nombres impresos y botellas de agua.

El duque se acerca a varias pantallas en las que se especifica la organización de las rondas por mesa. Habrá dos por la mañana y una por la tarde, pero en cuanto veo el sello de la FEDA avalando que es un torneo oficial que arrojará resultados con mi verdadero nombre, me da un mareo.

—Dios… ¿Esto es oficial? ¿Un torneo de la Federación Española de Ajedrez? ¡¿No era privado?!

Ástor me mira extrañado.

—Es oficial porque vienen árbitros homologados; el club de la universidad está federado y cumple todos los requisitos. Pero se celebra en un espacio privado que se reserva el derecho de admisión.

—Joder… —No puedo disimular mi malestar. Intento respirar.

—¿Pasa algo? —pregunta preocupado.

Me doy la vuelta para que no lea en mi cara el dilema que me supone esto, pero se lo huele y busca mis ojos curioso.

—¿Hay algún problema? —indaga interesado.

—No —miento. Necesito pensar.

—¿Es por tu Elo? Se juega según el sistema suizo. ¿Cuál tienes?

—Ninguno. —Es la verdad. Cierro los ojos, mortificada.

—¿Cómo que ninguno?

—No tengo. No estoy federada. Nunca he jugado en una competición real, solo online. —Lo miro a los ojos con intensidad—. Y no contaba con empezar a hacerlo ahora, la verdad.

Me paso las manos por el pelo, y me retiro unos mechones varias veces detrás de las orejas.

—¿Por qué no estás federada? —pregunta con curiosidad.

—Porque no puedo apoyar la apología que la federación hace de la discriminación de género, sería como admitirlo… ¿Competiciones separadas por sexos? ¿Competiciones mixtas con campeones divididos por sexos con una plaza especial para que gane una mujer? ¡Como si fuésemos discapacitadas! Es muy ofensivo.

—No creo que lo hagan con esa intención. Las estadísticas señalan que las mujeres son peores al ajedrez, Keira.

Le lanzo una mirada rabiosa.

—¿Hablas de estadísticas a una matemática? ¡Esos números no son fiables! Arrojan esos resultados porque juega un tanto por ciento muy bajo de mujeres y la probabilidad de que ganen es remota. Muchas de las que jugamos no nos federamos.

»El reglamento existente contribuye a ensalzar la brecha de desigualdad de género, señalando que hay un escalón intelectual de habilidades y capacidades entre ambos sexos cuando está demostrado que es mentira. Lo que hay es un escalón cultural teñido de un notorio machismo que venimos arrastrando desde tiempos inmemoriales. Y te lo repito, Ástor: hace poco más de cien años que las mujeres empezamos a tener derechos básicos. ¡La revolución de la mujer trabajadora todavía está en pañales!

—Puede que tengas razón.

—Puede, no, ¡la tengo! —Lo agarro del brazo con convicción—. Ahora mismo el ochenta por ciento de las mujeres federadas son menores de edad, Ástor, ¡menores! ¿Sabes lo que significa eso? Que esto no ha hecho más que empezar…

La expresión de su cara en este momento es indescifrable. He dejado sin palabras a Ástor de Lerma, y me gusta. Podría enamorarme de la atención que me está prestando en este instante, pero no viene al caso. Sus ojos revelan admiración y eso me da fuerzas. Voy a

demostrarle que aquí el único que se engaña con respecto a nosotros es él.

—Aunque ahora quizá parezca imposible para muchos, dentro de unos años una mujer podrá llegar a número uno mundial si se lo propone. Y no será brujería; ya hay indicios. Judit Polgar demostró el nivel que puede alcanzar una mujer en el ajedrez. Ganó al número uno de su época en una partida y ha ganado al de la nuestra. Y en la actualidad cada vez son más las mujeres que están alcanzando un nivel altísimo. Pronto habrá más prodigios como la china Yifan Hou, quien ya ha renunciado a participar en campeonatos mundiales exclusivamente femeninos. Solo juega mixtos y tiene muy claro que no necesita que nadie le regale nada.

—¿Y por qué tú no haces lo mismo? Podrías competir, Keira.

—Porque tengo cosas mejores que hacer —sentencio—. Prefiero capturar delincuentes en vez de fichas de madera… Pero si el ajedrez no fuera un mero pasatiempo, si de él dependiera nuestra supervivencia, las cosas serían bien distintas, créeme. Y me parece un insulto que sigan amparándose en que a nivel evolutivo el hombre es más agresivo y letal que la mujer. ¡Que se lo digan a las leonas!

Ástor pierde la mirada en mis labios sin ocultar que se muere por recorrer el espacio que separa nuestras bocas.

Disimulo mi expresión triunfal durante el segundo que dura el gesto.

Finalmente, aparta la vista y se separa de mí, atribulado.

«¡Y un cuerno que no está loco por mí!».

—Será mejor que entremos —murmura.

El corazón me da un vuelco cuando tira de mi mano y nos adentramos en la antesala del espacio preparado para la competición.

Su piel contra la mía de nuevo me produce hormigueo. Quiero pensar que es por el ambiente de ajedrez que se respira, no porque acabe de tener un recuerdo vívido de sentirle enterrado en mi cuerpo. Pero supongo que son ambas cosas.

Saludamos a unas cuantas personas, entre ellos alguno de los sospechosos, y no pierdo detalle de sus gestos hacia Ástor.

Intento soltarme de su portentosa mano, y me sorprende que no me deje hacerlo.

—Saúl… —saluda de pronto—. Buenos días. Mucha gente, ¿no?

El aludido fija su vista en la comunión de nuestros dedos sin mucha ilusión. Por eso no ha dejado que me soltara de él. ¡Será cabrón…!

—Buenos días. Sí… Espero que hoy se te dé mejor el juego, Keira —me vacila Saúl.

—Tranquilo, hoy no voy a dejarte ganar.

Saúl suelta una carcajada encantadora.

—¿Me dejaste ganar?

—¡Pues claro! —exclamo tunanta—. Tenía otras estrategias para convencerte de que me invitases al torneo después.

—Si lo llego a saber… —Me mira donjuán.

—Una lástima que se interpusiera el amor verdadero —opina Ástor besándome la mano.

«¡La madre que lo parió! ¿Ahora lo nuestro es amor verdadero? Yo lo mato…».

—De ser amor, la habrías convencido para que no fuera tu Kaissa. Si me disculpáis, voy a saludar a otras personas.

Saúl se va, dejando a Ástor con la palabra en la boca. Este último expulsa el aire de los pulmones mientras sigue apretándome la mano.

—No lo soporto —barrunta para el cuello de su camisa.

—¿Por qué? Pensáis igual. Tampoco le gusta el concepto de Kaissa.

—Precisamente… —murmura malhumorado.

Se da la vuelta y me arrastra con él hacia unos paneles luminosos, supongo que para localizar en qué grupo juega Saúl. Asimilo que ya no me va a soltar la mano hasta el día del juicio final. Eso es jugar sucio.

—¿Qué es lo que no soportas de él, Ástor? —pregunto intrigada.

—Que su verdad refleja mi mentira —admite bajando la cabeza.

Es lo más poético que le he oído decir, y lo hace con sus dedos rozando mis nudillos como si necesitara seguir tocándome para sentirse bien.

—Explícame eso. ¿Qué mentira? —pregunto soportando su dulce contacto.

—Saúl pudo pertenecer al KUN y no quiso. Y eso que lo agasajé bastante.

—Lo sé. ¿Y…?

—Pues que lo conozco desde que era un crío y casi siempre hemos estado de acuerdo en todo. Tenemos los mismos gustos y principios.

—¿Significa eso que te gusta Sofía?

—Sofía le gusta a todo el mundo —dice como si fuera un hecho.

Es verdad. Es de esas chicas que atrae hasta a las mujeres.

—Pero su decisión de no pertenecer al KUN me dolió —añade—. Me hizo sentir incorrecto. Y me lo reprocha en cuanto tiene ocasión.

—¿Has hablado con él de sus motivos para no ingresar en el KUN?

—Claro. Es por su padre… Xavier Arnau tampoco es santo de mi devoción, pero llegó antes que nosotros, ¿qué le vamos a hacer? A mí también me odia. Así que el sentimiento es mutuo. Pero aquí estoy, dando la cara.

—¿Por qué tienes tanto interés en que Saúl ingrese en el club?

—Es complicado… —desvía el tema evitando entrar en lo personal.

—Creo que podré entenderlo —insisto.

Ástor me mira recordando lo cerca que nos sentimos ayer, y percibo que quiere contármelo. O mejor dicho, que ya ha llegado a su límite de mentiras conmigo.

¡Maldito orgulloso!

¿Por qué no admitió ayer que él también quería acostarse conmigo?

¿Por qué dejó que me sintiera tan mal? ¿Por qué no le importó quedar como un cabrón manipulador carente de sentimientos, si en verdad los tiene?

—Con Saúl dentro, tendría un buen apoyo para cambiar las cosas —admite por fin—. Sin embargo, no quiere ni oír hablar del tema. Me desprecia. No sabe por qué todavía no me he largado pensando como pienso, pero no tuve elección. Él sí.

—Siempre hay elección, Ástor. Aunque estés en desacuerdo con la que tomaste, seguro que tendrías tus motivos.

—Sí.

—Lo que de verdad te molesta es tratarlo mal porque él eligiera un camino diferente al tuyo.

«Vayan ocupando sus mesas, por favor».

La voz se filtra a través de un altavoz oculto, pero Ástor no se mueve ni un milímetro ni deja de mirarme. Solo se acerca a mí y me

suplica: —Necesito que pares.

—¿El qué? —pregunto sorprendida.

—De hacer que desee besarte todo el tiempo.

Su sinceridad aplastante me deja fuera de juego.

Debería cruzarle la cara por mentirme ayer. Porque ya soy capaz de diferenciar cuándo dice la verdad y cuándo no. La dureza condiciona su timbre de voz. Supongo que es lo que tiene ser un hombre de honor. Aun así, todavía necesita sufrir mucho para aplacar mis ansias de venganza.

—Yo no estoy haciendo tal cosa —digo haciéndome la tonta, y me muevo coqueta hacia donde lo hace el resto de la gente.

No quiero empezar a babear por lo bien que huele en las distancias cortas. Hay muchas personas observándonos atentamente.

Busco la mesa que me ha tocado y me encuentro delante a un chico más joven que yo.

—¡Hola! Soy Enrique.

—Yo Keira.

—Soy miembro del club de ajedrez de la uni —se chulea confiado.

—¡Qué suerte, tío, te ha tocado una chica! —le dice otro chavalín. Y recuerdo que, por frases así, nunca voy a torneos presenciales.

Me muerdo los labios para no soltar nada y me agarro al lema de que «el tiempo pone a cada uno en su lugar». O el de que «cuanto más estrecha es la mente, más grande es la boca».

La gente tarda en acomodarse; somos muchísimos. Hay más de cien personas repartidas por varias salas. Ciento veintiocho, para ser exactos. Tras las tres rondas de hoy, solo quedaran dieciséis jugadores para las partidas de mañana. Y de esos, quedarán ocho finalistas para la semana siguiente.

Ástor está en mi sala y no me quita ojo cuando soy yo quien debería estar vigilándole. ¿Podría disimular un poco más? No sé qué pretende, pero pienso torturarle hasta que su atracción por mí sea insostenible.

En la estancia en que me encuentro solo hay dos mujeres contándome a mí, y me pregunto cuántas habrá en total participando en este torneo. Seguro que no llegamos ni a diez. El día que seamos mitad y mitad, se podrán sacar estadísticas reales. Y entonces, que se agarren a la mesa.

Oigo a través del altavoz:

«Bienvenidos al trigésimo cuarto torneo de ajedrez de la UDL. Habrá dos rondas de sesenta minutos durante la mañana antes del almuerzo, con un descanso de cuarenta minutos cada una. Por la tarde se jugará la tercera ronda».

El juego empieza y me tocan las blancas. «¡Yuju!».

Empiezo de forma aleatoria con el propósito de que no se apoye en mis movimientos para crear su táctica. Con lo que tarda en mover, ya he imaginado los dos posibles movimientos siguientes con cada una de mis piezas que no son peones.

Juego al despiste dejando que me coma un peón, un caballo y el alfil que ha abierto paso a mi reina en todas direcciones.

Se lo he dicho a Ástor muy clarito: en cuanto las mujeres tengan libertad de movimiento, se acabó. Por eso siempre nos han tenido sometidas.

Pongo mi señuelo, ataco su esquina con mi torre y mi dama, y la partida termina más rápido de lo que pensaba.

Enrique me mira sin entender qué ha sucedido, y me encojo de hombros como si hubiera sido pura casualidad del destino.

—Vaya, lo siento —digo teatral—. ¡Y eso que tenías toda la suerte de tu lado!

Aguanto la sonrisa, apenas. Se levanta bastante mosqueado y se va. El tío de al lado me mira circunspecto y echa un vistazo al tablero.

—En este juego la suerte no existe —le susurro cómplice.

Miro el reloj. Me sobran cuarenta y seis minutos.

Veo que algunos también se levantan y van a observar otras partidas. No tardo en acercarme a la de Ástor. Está tan concentrado que ni se percata de que estoy a su lado. Me encanta verlo así, tan distraído del resto del mundo. Sin que nada le hiera.

Me he prometido no estar pendiente de su jugada para poder analizar a sus fanes más curiosos, pero, en vez de eso, lo estoy mirando como una boba.

Se ha quitado la chaqueta y tiene dos botones desabrochados.

Es una imagen brutal. No sé explicarlo… Quiero pensar que no es el blanco de la camisa refulgiendo en su cara, el tono cobrizo de su piel, el hipnótico color de sus ojos, sus mandíbulas cuadradas, sus espesas pestañas o su ceño fruncido… Es todo y nada a la vez.

Ástor mueve, y no me resisto a descifrar su estrategia.

«Por ahí, no».

«No».

«No… ¡Ah, ya sé lo que pretende!».

Se hace eterno hasta que su rival tiene a bien bloquear su ofensiva. En cuanto le da al tiempo, Ástor mueve la misma pieza que yo habría movido para obligarle a huir de una muerte segura. Y vuelve a dar al tiempo con agilidad.

Observa el tablero, y cuando ve claro lo que tiene que hacer para ganar, se permite apartar la vista del juego y, por fin, me ve.

Enarca la cejas preguntándome si he terminado y qué tal me ha ido. Le devuelvo una sonrisa misteriosa y me lanza un gesto tan seductor que… Joder, no sé por qué me molesto en contaros esto.

Vuelve a centrarse en el juego cuando la obviedad nos pilla otra vez babeando el uno por el otro. Es odioso.

Su oponente parece decidido a encontrar una solución. Que la hay, pero es muy rebuscada. Ástor me mira, seguro de sí mismo, y levanto una ceja haciéndole ver que yo podría salir de esa. Se traga una sonrisa y finge pensar muy bien qué será lo próximo que va a mover. Qué mentiroso es… y cómo me pone que lo sea. ¡Maldito!

Su velocidad de respuesta denota que sabe adónde quiere llegar. La partida termina en tres movimientos más. Y le sobra media hora.

—Te felicito —me dice encantado cuando nos vamos al descanso —. Enrique es el cuarto mejor jugador del club de ajedrez.

—Al pobre le ha sentado regular perder contra una chica.

—Pero tú no eres una chica cualquiera, eres una diosa del ajedrez.

Que lo diga mirándome los labios no ayuda a reprimir mis ganas de besarle.

—Deja de hacerme la pelota… No pienso perdonarte el hecho de que todo el mundo me viera desnuda.

—No fue todo el mundo. Solo unos cuantos…

—Pues que TÚ me vieras desnuda.

—Tú también me has visto desnudo, así que estamos en paz. Bueno, en realidad, no. Aún me debes algo…

—¿Qué? —pregunto a la defensiva.

—Tú sabrás…

—Pues espera sentado.

—Como quieras, pero si me siento…, tendrás que arrodillarte.

Mi mirada furiosa se estrella contra su sonrisa torcida. Ahora mismo me lo comería vivo. Me gusta apreciar que el ajedrez lo transforma tanto como a mí. Este juego saca la mejor versión de nosotros.

De pronto, le llega un mensaje al móvil y lo revisa. Hice bien en devolvérselo el jueves, sería de vergüenza que continuara confiscado después de habérmelo montado con él.

—Es Héctor —me informa antes de que le sonsaque.

—¿Qué dice?

—Me pregunta si nos reconciliamos anoche. No sabes la charlita que me echó en la cocina. Gracias por eso.

—Te la merecías.

—Pues te va a salpicar. Ha empezado a hacerse ideas raras.

—¿Qué ideas?

—Cree que estoy loco por ti.

Esa frase me hace sonreír. Me dan ganas de decirle: «Héctor es listo. Tú, tonto».

—Es que tu actuación de anoche fue muy convincente —le pincho—. ¿Él nos vio?

—No. Héctor pasa de todo eso… Desde el accidente, su disfunción sexual ha sido su mayor fuente de depresión. Antes era muy activo, y le costó hacerse a la idea de que la situación iba a cambiar. Ha intentado de todo para asumir que su vida sexual ya no es genital, pero no lo lleva demasiado bien.

Noto que la culpa lo abofetea y, por un momento, me da pena. El rufián que era hace un segundo se ha diluido en un suspiro.

—Dice que ha quedado para comer con mi madre. —Chasca la lengua—. Deberíamos ir… Si no, esta noche se plantará aquí para conocerte.

—¿Tu madre sabe que existo? —pregunto extrañada.

—Sí, yo mismo se lo dije… Prefería que se enterase por mí. No puedo ni guiñar un ojo sin que la gente se lo comente, y mi hermano es radio Patio. Además, si ella se lo creía, todos los demás se lo creerían.

—¿Debería temerla?

—Totalmente. Mi madre piensa que la vida es una novela de Jane

Austen y que su misión es desposarme con un buen partido… Por cierto, te adelanto que no le vas a gustar ni un pelo.

—¡¿Por qué?! —pregunto divertida—. ¿Cómo debería ser la perfecta duquesa de Lerma? Dame armas para no disgustarla mucho.

Ástor niega con la cabeza.

—Me da vergüenza decirlo en voz alta.

—Hazme un resumen.

—¿Un resumen? —Me echa una mirada sarcástica que me enloquece. Está guapísimo cuando se pone trágico—. Pues está buscando a mi alma gemela, es decir, alguien amargado y que siempre esté pendiente del qué dirán.

—Pero tú no siempre has sido así. ¿Qué hay del otro Ástor?

—Solo hay uno ya. El otro murió en aquel accidente.

—¿Fuiste a terapia para aprender a gestionar esa culpabilidad?

Ástor hace una pausa sentida, como si intentara reprimir algo.

—Sí, pero ni todos los psicólogos del mundo podrán borrar de mi mente la imagen de aquella noche, como tampoco las consecuencias que acarreó… Mi hermano me lo recuerda todos los días. El primer año fue muy duro. Había que hacérselo todo, y no quise contratar a nadie.

—¿Por qué no?

—Porque tener que cuidarle me obligaba a seguir respirando.

Me clava semejante mirada que le toco la mano sin recordar que estoy enfadada con él. Para mi sorpresa, sin embargo, la aleja de mí, incómodo. Quiere follarme, pero estamos lejos de ser amigos y me duele comprobarlo.

—Nunca me perdonaré lo de aquella chica, como nunca me perdonaré si le pasa algo a Carla —sentencia.

Sus amigos terminan reuniéndose con nosotros y nos preguntan si hemos ganado. Muchos se sorprenden de que yo haya ganado a Enrique Montalvo. Estoy deseando volver a jugar.

Sofía y Charly aparecen de la mano. Alucino un poco, ¡si anoche estuvo con Ulises! Ella me abraza y me cuenta entre risas que ha perdido fulminantemente.

—Lo siento —contesto sonriente.

—Yo más, ¡acabo de perder mil euros!

Miro a Ástor irritada y achico los ojos.

«Ese gasto va a la partida de presupuesto», le ordeno con la mirada. Esto me recuerda que no dejaré que pague nada por mí.

Él me hace un gesto con la cabeza para que lo olvide. Y no me gusta. Seguro que pensaba callárselo. Espero no perder, pero si sucede no permitiré que él corra con los gastos. Tampoco con los de la subasta.

Cuando se anuncia por el altavoz que volvamos a las mesas, Ástor camina a mi lado y acerca sus labios a mi oreja.

—El torneo corre de mi cuenta.

—Desde luego que no. Lo pagará la comisaría. Además, pienso ganar los cien mil.

Me mira divertido, y sonrío falsamente y le saco la lengua. Por un momento, pierde la vista en ella. Sé que antes de que termine el día volverá a intentar rozármela. Y cuando eso suceda, tendré preparado mi jaque mate.

Gano la siguiente ronda sin dificultad contra uno de los preferidos del club y, lejos de enfadarse, mi oponente se muestra muy interesado en mí.

—¡Ha sido increíble! ¿Cuánto tiempo llevas jugando?

—Juego desde niña.

—¿Y nunca has competido a nivel profesional?

—No.

—¡Pues deberías!

—No veo por qué. —Mi respuesta le pilla desprevenido—. No tengo nada que demostrar. Si me disculpas…

Aprendo rápido. Del mismísimo Saúl, que estaba poniendo oreja en mi conversación al estar detrás de mí, esperando su turno para hablar conmigo, aprovechando que Ástor todavía no ha terminado su partida.

Su sonrisa me chiva que es un chico muy seguro de sí mismo, pero Ástor le impone un poco.

—Keira… —me intercepta amable—. Estás en boca de todo el mundo. Acabas de ganar a Andrés Gallardo. Vaya, vaya… —Sonríe encantado—. Estoy empezando a pensar que es cierto que me dejaste ganar.

—No lo dudes. —La sonrisa que le devuelvo es coqueta.

—Ojalá podamos volver a jugar juntos…

—Me encantaría. —Le guiño un ojo.

Saúl me cae bien. Su mirada me transmite respeto. Aunque me lo hubiera dicho en plan sexy, yo seguiría pensando lo mismo. Empiezo a entender por qué a Ástor le cae bien y mal a la vez. Hay un buen chico encerrado en la determinación de la fachada de vacilón de Saúl. Y siento que puedo preguntarle cualquier cosa, así que aprovecho.

—Oye, Saúl… No sé a quién preguntar esto y quizá tú lo sepas.

—Claro. Dime. —A esto me refería. ¡Qué monada!

—No dejo de oír entre la gente que sorprende a muchos que Ástor no haya venido con una tal Carla… ¿Sabes quién es?

Su cara cambia al momento.

—Sí. Es amiga mía —musita serio—. Y la compañera de piso de Sofía.

—¿Es la exnovia de Ástor?

—Se supone que solamente eran amigos, pero empezaron a pasar mucho tiempo juntos y…, bueno…, no sé, salían juntos por ahí.

—¿Y por qué no está aquí?

Noto la incomodidad cruzando su mirada durante una décima de segundo.

—Nadie sabe dónde está. Dicen que ha huido… Es raro, fue justo antes de que tú aparecieras por aquí.

Lo miro fijamente, interesada.

—¿Por qué iba a huir? ¿De qué?

—No sé… Yo fui el primero que le dije que se alejará de los hermanos De Lerma. Y que se alejará del KUN. Pero no me hizo caso. Estaba emperrada en entrar como Kaissa, como has hecho tú. Ástor no quería y se pelearon. Por eso me sorprende que te haya dejado hacerlo. Está totalmente en contra de ese ritual.

—¿Por qué dijiste a Carla que se alejará de los hermanos De Lerma?

—Por nada. Olvídalo. —Se frena como si acabara de recordar con quién está hablando.

—Cuéntamelo, por favor… ¿Corro algún peligro?

Mi intención es parecerle desvalida y hacerle hablar más.

—No, tranquila. —Sonríe negando con la cabeza—. Se lo dije porque estaba celoso. A mí me interesaba Carla.

—¿Te interesaba?

—Sí, pero no se lo cuentes a Sofía, no deseo hacerle daño. Cuando salía con ella veía a Carla muy a menudo y nos hicimos buenos amigos. Al cortar, quise tomarme las cosas con calma, pero esperé demasiado y los De Lerma se me adelantaron.

«¡Estoy flipando a todo color!».

Las piezas del puzle empiezan a encajar. Lo grave es que señalan a Saúl como posible culpable.

—Ástor se cruzó por el medio y te la quitó, ¿no? —Lo animo a hablar.

—Yo no diría que me la quitó. Carla se alejó de mí mucho antes por otra serie de motivos.

—¿Qué motivos?

«¡¡¡Por favor, habla!!!».

Intento controlar que mis ojos no chillen esas palabras cuando Saúl duda si contármelo.

—No quiero tirar piedras sobre mi propio tejado contigo —dice de pronto, cortado—. Porque cuando te canses del espejismo de Ástor de Lerma, podríamos tener una cita de verdad… Tú y yo. Me gusta nuestra conexión. No es algo que suela ocurrirme muy a menudo, Keira.

Me quedo desencajada al oír la palabra «espejismo».

¿Ástor es un espejismo?

—Hijo… —Nos interrumpe una voz espeluznante—. Veo que ya conoces a Keira.

Es Xavier Arnau, acercándose a nosotros con una sonrisa lánguida.

Llega sin preguntar, metiéndose en un conversación privada a la que nadie lo ha invitado, y palmea varias veces la nuca de Saúl con fuerza. Odio ese tipo de saludo colleja. A nadie le gusta. Y a Saúl se le nota en la cara que lo detesta.

Cuando Xavier me mira, siento vergüenza al recordar lo que le dije la última vez que nos vimos sin venir a cuento, pero con lo que sabía de él, me bastó para tenerlo cruzado.

—Claro que la conozco —aclara Saúl a la defensiva—. La conocí en la universidad el primer día que llegó.

Y en su voz resuena un «antes que tú» bien audible.

—Por supuesto —contesta el padre, displicente—. Me han dicho que ya has ganado a dos eminencias esta mañana. —Se dirige a mí.

«¿Eso eran eminencias? Madre mía…».

—Bueno, cuando jugué contra su hijo perdí, así que…

—Me dejaste ganar —puntualiza Saúl con humor.

—Y volvería a hacerlo.

Saúl me mira con un brillo especial en las pupilas. Uno que su padre capta en un segundo e intenta disuadir.

—Ganar a la copia es fácil, cariño —dice con desprecio—. Ya verás cuando juegues contra el original… Lo estoy deseando.

«¿Me ha llamado "cariño"?».

—¿Es usted buen jugador? —pregunto impertinente—. Porque tengo entendido que Ástor de Lerma es quien gana todos los años.

Saúl intenta disimular una sonrisa ante el desagrado de su padre.

—A Ástor yo también le dejo ganar… Ya sabes, a veces hay que hacer concesiones. Estoy seguro de que me entiendes.

—¿Ya estás con tus mentiras, Xavier?

Ástor aparece de la nada con un tono vacilón que me sorprende. Destila una confianza que no creía que tuviera con Xavier Arnau.

Este último se ríe con malicia. Debería verse reflejado en la gran pantalla para corregir esa expresión de «el malo de la película».

—Yo nunca miento, Ástor… Algún día, no muy lejano, te darás cuenta de lo que es perder una partida de verdad. La partida de tu vida.

Me vuelvo hacia él, alucinada. «¿Estoy flipando o ha sonado a amenaza de muerte?».

—Pues de momento, voy ganando, ¿no creéis? —dice al tiempo que me rodea la cintura, arrimándome más a él—. ¿Quieres tomar algo, cariño? —me ronronea al oído—. Acabo de ver que vas a jugar contra Charly ahora. Lo tienes muy fácil.

—No subestimes a Charly —me dice Saúl con secretismo, como si solo reservara su tono amable para mí—. Es un listillo.

—Carlos no tiene ni idea de jugar al ajedrez —opina Xavier con repulsión—. Ni de nada, ya puestos.

—Pero no tiene problemas para conquistar lo que a ti se te resiste… —lo machaca su hijo señalándolo de lejos con Sofía colgada de su brazo.

«Vayan ocupando las mesas, por favor», oímos a través del altavoz.

Saúl se despide murmurando un «mucha suerte a todos».

Ástor me empuja por la cintura, y los dejamos atrás con un «igualmente».

—No sabía que tu relación con Xavier era tan cercana —le digo.

—Nos conocemos desde siempre, ya te lo conté, y trabajamos juntos. Además, sigue siendo muy amigo de mi madre.

Me acompaña hasta mi mesa, donde Charly ya me espera. Estoy atenta para ver si hacen su saludo con toque macarra. Me flipa que lo hagan. ¡Y ahí está! Dios…, qué morbo dan. Es como si fueran los más malotes del lugar.

—Trátamela bien, ¿eh? —dice con sorna a su abogado.

—¿Estás seguro, As? Si la trato demasiado bien, podrías tener problemas. Soy jodidamente irresistible.

Charly sube las cejas un par de veces con guasa y Ástor fuerza una sonrisa.

—Lo siento. Creo que no eres su tipo, Charly.

—¿Y cuál es mi tipo? —pregunto curiosa, retando a Ástor.

—Eso, Ástor, ¿cuál es su tipo? —Charly sonríe.

—Alguien que, al menos, se sepa los movimientos que puede hacer cada pieza —contesta el duque ufano.

—Eh, ¡me sé casi todos! —protesta el abogado.

Su actitud chistosa hace que me sienta cómoda. A Charly le encanta ser el inmaduro del grupo. El que obliga a la gente a poner los ojos en blanco. El que no teme soltar la mayor burrada para hacer gracia. El que no se guarda sus emociones cuando algo le gusta o le impresiona. En ese sentido, es todo lo contrario a Ástor.

Charly es el tipo de hombre que le gusta a Sofía. Despreocupado y divertido. Aunque conmigo saca un lado deferente que me agrada mucho. Es como si para él yo no fuera una mujer con la que juguetear, sino una autoridad. ¿Y a quién no le gusta eso?

A los cinco movimientos de empezar a jugar, dice apurado:

—Ayúdame un poco, por favor.

Me río y me remuevo en la silla. Lo estoy pasando genial.

—Usa los caballos, se mueren de aburrimiento…

—Es que no quiero que me los mates. ¡Soy vegano!

Me parto con él. En bajito.

—Tú no eres vegano. No tienes cuerpo de vegano, Charly.

—Gracias por el piropo. Y sí, me pirra un buen entrecot crudo, vale…, ¡pero soy animalista!

—Pues mueve el alfil —susurro divertida.

—Es que no me van mucho los curas… Yo a ellos sí, pero…

Me tapo la cara para no carcajearme. Nos mandan callar. Se supone que hay que guardar silencio. De todos modos, no creo que echen al mejor amigo y a la chica del *presi*.

—Pues mueve la maldita reina.

—Ah, no. Esa ni de coña. Si me la matas, no podría soportarlo. Soy un sentimental. ¡Entraría en depresión! Casi prefiero entregarme ya.

Alza la mano y mueve el rey hacia delante. ¡No puedo con él! Su sonrisa me transmite que está totalmente de coña, que le da igual el ajedrez y que no le preocupa que le gane una chica; él prefiere ligársela.

—Eres muy divertido —digo haciéndole jaque mate. Tumbo su rey.

—Antes Ástor también lo era —suelta melancólico.

«¿Ástor? ¿Mi Ástor? Quiero decir…, ¿el tío al que intento proteger?».

—Me cuesta creerlo.

—Ya… Sin embargo, estábamos todo el día de cachondeo… Lo echo mucho de menos.

—¿Desde cuándo os conocéis?

—Desde la universidad. Cuando él entró, yo iba a tercero y congeniamos enseguida. Era el rey. Un pijo rebelde… Pero después de muchos años de viajes y fiestas interminables, ocurrió el accidente y se acabó la diversión —musita abatido.

—Pero seguiste a su lado. Eres un buen amigo.

—Sí, ya… En fin, todos cargamos con algo de culpa aquella noche.

—¿Por qué lo dices? —pregunto interesada.

—Durante años estuve preguntándome: «¿Y si…?», pensando que podría haberlo evitado.

—Eso es lo peor que puedes hacer.

—Lo sé, pero recuerdo que se me cruzó por la cabeza llamar a un chófer para que viniera a recogernos y al final no lo hice.

—¿Saliste con ellos aquella noche?

—Sí, pero no cabíamos todos en un coche para volver a casa. La chica que murió me preguntó si podía venirse conmigo —dice con la vista perdida—. Y le contesté que no porque, la verdad, no me apetecía liarme con ella… Si lo hubiera hecho, probablemente seguiría viva y Héctor no estaría paralítico. Y no le habría jodido la vida a Ástor.

Me pongo seria y mi mano va sola hacia su codo para reconfortarle. Mira que yo no soy de tocar a nadie, pero me da mucha pena que eso le atormente.

—No debes pensar así… Podrías fantasear con mil hipótesis distintas: si no hubierais salido, si hubierais ido a otra discoteca, si te hubieras liado con ella… o si el otro coche hubiera parado a poner gasolina un minuto antes. Las leyes del espacio-tiempo son iguales para todos, no solo para ti.

—Lo sé, y casi nunca pienso en ello… Es solo que echo de menos a mi amigo. De todos modos, en los últimos tres días lo noto distinto. Algo ha cambiado en Ástor… No sé lo que es, pero creo que es gracias a ti.

—¿A mí? —repito abochornada.

—Sí, igual me equivoco, pero siento que le estás trayendo de vuelta, Keira.

ástor

20
Jaque familiar

El ajedrez es necesario en toda buena familia.

ALEXANDER PUSHKIN

Con lo bien que estaba yendo el día…

¡Había olvidado la visita obligada a casa de mi madre! Pfff…

Anoche me acosté pensando que hoy, teniendo a Keira tan cabreada conmigo, iba a ser una tortura. Y lo está siendo, pero en el buen sentido.

Supongo que no le debe de haber costado mucho deducir que ayer omití la verdad descaradamente y que me tiene más obsesionado que el coyote con el correcaminos.

Soy imbécil. Sé que disimulo de pena, pero no puedo evitarlo. La miro y siento una respuesta celular automática. Desde anoche recorre

mi sistema como si fuera una maldita droga dura, y el mono vuelve con fuerza cada vez que me folla el cerebro con su clarividencia. Con su verdad. Su poder. Su mirada, su sonrisa… Ese cóctel personalizado de Keira lleva toda la mañana llamándome «hipócrita» y tensando la cuerda de mi paciencia.

A mediodía, Ulises nos informa de que tiene que volver a comisaría y sugiere que nos vayamos solos a comer a casa de mi madre. Mejor. Se habría tenido que quedar fuera porque yo no habría podido explicar su presencia sin alarmarla.

Cuando nos subimos al coche, me quedo mirándola embobado. Está tan guapa con sus victorias debajo del brazo y la certeza de que encaja donde se lo proponga que me dan ganas de enredar su precioso pelo en mi puño y atraerla hacia mi boca. Su respuesta a mi mirada es lanzarme media sonrisa y preguntar si puede poner música.

—Claro. ¿Qué tipo de música te gusta?

—Mucha y muy variada.

—¿Cuál es tu canción favorita?

—¡No tengo! —exclama divertida—. Sería imposible elegir solo una. Igual que una comida o… ¡todo! Ya sabes que no creo en la monogamia.

Suelto una risita ante la comparación.

—Si fueras un hombre, te llamarían «cabrón» por decir eso, Keira. Pero como eres una mujer, resultas fuerte, decidida e independiente. ¿Te das cuenta de lo injusto que es?

—Ástor…, estaba siendo un día muy bonito, no lo estropees, anda.

—Es como lo de que los hombres somos más infieles. ¡Pero si hacen falta dos para ser infiel! Ellas participan en la misma medida del engaño.

—Relájate. Me refería a que soy ecléctica. Pero si te quedas contento, me gusta mucho Amaral.

—Marchando Amaral.

La canción «Cómo hablar» empieza a sonar y la oigo tararearla.

Un sentimental diría que nos viene que ni pintada, porque me está ganando poquito a poco.

—Nos estamos conociendo… Contaremos eso a mi madre —empiezo a decir, como si estuviésemos en mitad de la conversación que estaba manteniendo en mi cabeza—. Seguiremos la misma

coartada. Eres amiga de Sofía de toda la vida y tus padres tienen una agencia inmobiliaria de prestigio en Marbella. ¿De acuerdo?

—Pensaré un nombre, por si tu madre me lo pregunta.

—Bien visto. Pero vamos, no creo que te haga muchas preguntas… Te va a odiar simplemente por cómo vas vestida.

—¿Voy mal?

—Para mí estás mejor que nunca. —Me relamo los labios sin querer y noto que se ruboriza—. ¿Con cuero y enseñando piernas? Ya me tienes a tus pies. Además, me gusta mucho como llevas hoy el pelo…

—Si lo llevo suelto y liso…

—Por eso. Sin artificios. Pero ella no concibe salirse del blanco o del beis para vestir; como mucho, acepta el azul claro en primavera. Y es fan del cuello alto hasta en verano. Tampoco perdona ir sin perlas… La lista de requisitos es interminable, Keira —resoplo angustiado.

—¡Madre mía, qué presión!

—Tranquila, solo me echará la típica charla de «usa protección con este caprichito, hijo». Ya le he dicho que lo nuestro no es nada serio.

—Ajá…

—Le cuadrará que, en cuanto te vi, deseé follarte como un animal…

Me mira. La miro. «Me he pasado. Mierda».

Se lo puedo decir más alto pero no más claro.

—Bien, intentaré mantener la compostura cuando me llame «furcia».

Una sonrisa estalla en mi boca y me duele por la falta de costumbre. Pero es que… ¡es tremenda! Su humor testarudo me hace sonreír.

Cuando llegamos y salimos del coche, Keira alucina con el recinto y me pregunta si somos descendientes de los Borgia. Vuelvo a sonreír contra mi voluntad.

—¿Vive aquí ella sola? ¡Esto es enorme!

—No, vive con el servicio. El jardinero, las asistentas, la cocinera…

—Dime que es uno de esos jardineros cachas que va sin camiseta.

—Casi seguro que sí.

Nos sonreímos de nuevo y la cojo de la mano instintivamente. Quiero que se sienta cómoda, y ella responde al contacto de mi piel como siempre, como si acabara de besarla. Le acaricio los dedos confirmándole que me encantaría.

—Gracias por hacer esto por mí —le digo sentido—. Y te pido perdón desde ya por lo que mi madre te pueda decir. —Pongo los ojos en blanco.

—Tranquilo, ya hice de puta en una función del colegio, en *Los miserables*.

Me río, a pesar de que he notado un ligerísimo resquemor en su broma. ¿Habrán sido imaginaciones mías?

—Será poco rato —la apaciguo—. Hay que volver pronto al torneo. Además, Héctor nos facilitará las cosas. ¿Estás lista?

—Claro.

Entro con mis llaves, y tres miniaturas de perros vienen corriendo a toda velocidad hacia nosotros. Son un chihuahua, un yorkshire terrier y un pomerania. Arman un buen jaleo al llegar junto a nosotros.

—Hola, hola, hola —los saludo mientras saltan entre mis piernas —. Quietos, chicos… *Sit!* —ordeno tajante. Y los tres se sientan a la vez y se quedan muy tiesos.

Keira alza las cejas ante su obediencia y se agacha a acariciarlos.

—Te presento a Edward, Bella y Jacob.

De repente, oigo que se troncha de risa.

—¡¿Como los de *Crepúsculo*?! —exclama divertida.

—No sé qué es eso. Pero no dejes que Jacob te monte la pierna ni que Edward te muerda la mano.

Se apoya en mí, muerta de risa, y yo sonrío a su vez. ¿Qué le pasa?

—¡¡¡Que me parto!!! —jadea.

—Como no quiere caparlos, cada vez que Bella entra en celo se forma un triángulo amoroso que no veas.

Keira me da un manotazo en silencio rogando que me calle. Da la impresión de que le resulta difícil respirar. No entiendo nada, pero me encanta verla reírse así.

—¡Ástor! —grita mi madre desde veinte metros de distancia. Al

parecer, nos ha oído reír desde el jardín.

Tiro de Keira para ir a su encuentro, y le cuesta la propia vida cortar su chorro de diversión. A medida que nos acercamos, veo que mi madre se ha puesto el collar de diamantes que solo utiliza en Navidad.

La pieza central es bastante más grande que un ojo, y costó lo mismo.

Mi madre es más bajita que Keira. Tiene el pelo corto y muy rubio, y, a simple vista, puede apreciarse que heredé mis ojos azules de ella. Lleva una chaqueta de color hueso y, debajo, un jersey de cuello alto de cachemir del mismo tono. Presume de que alguna vez la han confundido con Jane Fonda.

—¡Cariiiño…! —Extiende los brazos y me recibe como si volviera de Irak.

—Madre… Esta es Keira. Keira…, te presento a mi madre, Linda.

—¿Keira y qué más? —La mira de arriba abajo muy interesada.

Ya empezamos…

—Álvarez Martínez. —Le ofrece la mano—. Quizá conozca el *holding* inmobiliario de mi padre, Álmar. Está en Marbella…

—¡Ah! ¡No lo conozco! —Apenas aprieta su mano—. Encantada, querida. Bienvenida a mi humilde morada.

«¿“Humilde”? Venga, mamá…».

—Gracias… ¡Tiene una casa preciosa!

—La casa es normalita, pero el jardín es impresionante.

Keira pone cara de circunstancias y la entiendo, porque de normalita tiene poco. La compró después de morir mi padre. Necesitaba un cambio de aires.

Mi madre se dirige al exterior y la seguimos.

—¿Qué edad tienes, Keira?

«Dios…».

—Veintiocho. ¿Y usted?

«¡¡¡Aaah!!!».

Mi madre se vuelve, estupefacta. Creo que me está dando un ictus…

Keira sonríe al momento.

—¡Estaba de broma! —exclama jovial—. Sé que tiene setenta y cuatro; lo leí en un reportaje del *¡Hola!* Pero mi madre no se lo creyó,

estaba muerta de envidia. ¡Es usted guapísima!

Una sonrisa aflora en los labios de mi madre, sirviendo de RCP para mí.

—¡Oh, gracias querida! Precisamente hicieron ese reportaje para que les enseñara mi jardín. ¡Es único! Estoy enamorada de él.

Cuando atravesamos el porche y Keira lo ve desde cierta distancia se queda petrificada.

—¡Madre del amor hermoso! —grita sorprendida. Y la mía sonríe.

—¿Te gusta?

—¿Gustar? ¡Decir que me encanta sería poco! ¡Es una verdadera pasada!

Mi madre se ríe escandalosamente. Me pregunto qué está pasando aquí.

De pronto, aparecen los perros de nuevo. Deben de haber rodeado la casa.

—¡Amores…! Dejad a Bella tranquila —les riñe mi madre cogiendo a la hembra en brazos.

—Tengo que saberlo… —suplica Keira—. ¿Es usted de Jacob o de Edward?

Mi madre suelta otra risita y responde que de los dos.

—Hace años tuve un pez tropical al que llamé Renesmee, pero cuando murió no me importó mucho.

Las dos se mondan de risa. Sigo sin entender nada.

Continúa su visita guiada por el jardín, muy ilusionada, y Keira se queda maravillada. Es real, no lo está fingiendo. Ya me he aprendido de memoria sus expresiones. ¿Cómo es posible? ¿Tanto la he mirado? La conocí el miércoles y solo es sábado, joder…

En un momento dado, nos avisan de que Héctor ha llegado y volvemos al porche para saludarlo.

—¡Héctor, hijo! ¡Tenías razón! ¡Keira es estupenda!

Ver para creer… No sé qué es peor: que le guste o que no.

—Te lo dije, mamá. Es la bomba.

Guiña un ojo a mi chica y esta le sonríe de vuelta.

—Bueno, pero no os hagáis muchas ilusiones —dice de pronto Keira—. Ástor y yo no vamos en serio, solo es sexo animal sin sentido, ¿verdad, cielo?

La mitad de mi cuerpo se desliza hasta el suelo por el corte que

acaba de pegarme. A Héctor se le sale la risa por la nariz.

«¡Hostias…!».

Entonces Keira se agacha para llamar a Edward, que se acerca muy dispuesto a que lo coja en brazos.

—Yo soy de Edward —admite mimosa besando al animal—. ¡Los vampiros son mi perdición! —Y sonríe a mi madre haciendo que pase por alto su comentario anterior.

De mis ojos saltones pasa a propósito, porque sabe que estoy furioso. «¿Lo del vampiro iba por mí o qué?».

Nos sentamos a la mesa, que ya está preparada para comer.

—Qué guapos estáis… —nos dice mi madre a mi hermano y a mí juntando las manos soñadora—. Dejadme sacaros una foto.

Prepara su móvil y…

—¡Keira, ponte tú también!

—Oh, no, tranquila, no hace falta… No quiero estropear la foto. Los genes de esta familia son desesperantes. ¡Parecéis los Cullen!

Mi madre vuelve a partirse de risa sin motivo aparente, y le insiste.

—No, de verdad —se niega Keira—. Que salgan ellos solos.

Los ojos de mi madre me hacen señas para que la obligue.

—Vamos, cielo, échate una con nosotros… —la animo pasivo agresivo—. ¿Quién sabe? Igual termino enamorándome de ti después de todo…

Nos miramos sabiendo que estamos jugando a un juego peligroso.

—Tu hijo es un romántico, Linda —expone Keira—. Todavía no ha descubierto que nada es para siempre.

—Lo importante es disfrutarlo mientras dure —replica mi madre, comprensiva—. Si yo tuviera tu edad, le daba lo suyo al jardinero.

Estoy a punto de escupir el vino mientras oigo a Keira reírse con autenticidad y decir a mi madre: «Yo pienso lo mismo».

De repente, se levanta, se abre paso entre mis piernas y se acomoda en mi muslo con ese vestido camisero ultracorto que se le sube sin remedio mostrando esos muslos firmes y tersos con los que ayer se abrazaba a mi cintura como una amazona… ¡Joder!

Es humillante empezar a babear al relacionar su olor con el recuerdo de la noche anterior. Cuando la tuve toda para mí, dispuesta, sonrojada, encendida y muy húmeda.

Me relamo los labios sin darme cuenta, y Keira adopta una postura muy sexy para la foto haciendo que algo despierte en mi pantalón. «¡Lo que faltaba!».

Nos miramos, y su sonrisa me comunica que se ha dado cuenta de mi pequeña interacción. Si estuviéramos solos ahora mismo, le borraría esa expresión de la cara a lengüetazo limpio.

Cuando vuelve a su sitio, no la pierdo de vista. Mis ojos no me dejan. Y capto cómo se vuelca la copa de agua por encima a propósito.

—¡Ay, qué torpe…! —exclama.

Se frota con la servilleta y se desabrocha un botón del vestido que ha sido creado únicamente para volverme loco. Las curvas de sus pechos asoman sin pudor, y luego empieza a abanicarse y a jadear.

«Pero… ¡¿qué coño haces?!».

Aparto la vista de su escote, tarde y con torpeza. Mi madre y mi hermano nos miran con diversión, y me pongo a hablar del torneo. Y a servirme más vino. Lo necesito urgentemente.

Cuando las asistentas traen los platos de comida, mi madre y mi hermano se distraen con ellos y veo a Keira meter el dedo en su copa de agua y dejar caer una gota sobre mi bragueta sin que pueda impedírselo.

—¡Ay, Ástor, mi amor! —grita de pronto—. ¡Has vuelto a mancharte el pantalón!

«NO-ME-LO-CREO».

—Es que lo tengo loco —explica con una sonrisa pícara a mi madre y a mi hermano—. Tienes una gotita ahí, cariño. —Señala mis bajos—. Es que se excita muchísimo, y como la tiene tan grande, pues claro…

Héctor se descojona vivo sin disimulo, tanto que se ve obligado a escupir en la servilleta lo que acababa de llevarse a la boca para no morir atragantado.

—Ástor, ve a cambiarte —me ordena mi madre, abochornada.

—¿Quieres que te lo limpie yo con un poco de agua? —me propone Keira mostrándome su servilleta, dispuesta a hacerlo.

Mi hermano fracasa intentando ocultar su diversión. No puede parar. Pienso asesinarlo… Y después a Keira. No me importa ir a la cárcel de por vida.

—Mejor acompáñame al lavabo…, cielo —le digo con voz de

asesino en serie al tiempo que me levanto con la servilleta en la entrepierna tapando la maldita gota.

—Pero cariño, ¡la comida se enfría! —Señala su plato—. Si necesitas aliviarte, ve tú solo. Tu hijo es insaciable, Linda —confiesa a mi madre—. Me tiene escocida, en serio.

—Pues puedo recomendarte una crema para eso.

—¡Ah, ya me dirás cuál!

Es que no puedo creer lo que estoy oyendo.

—Ástor, ve ya, mi vida —me presiona mi madre.

Me voy, pero porque quiero irme de verdad. ¡Y para siempre!

—Sí, ve, cariño mío —añade Keira, maliciosa—. Y tarda todo el tiempo que necesites… Lo entenderemos.

Huyo de ellos con rapidez. No puedo soportar esta situación ni un minuto más. Llego al cuarto de baño y me miro en el espejo con un cabreo histórico. «¿Por qué lo ha hecho?».

Mi móvil suena anunciando que me ha llegado un mensaje.

Es de Keira.

Inspectora:

No sé si habría fingido bien ser tu novia,

pero espero haber fingido bien ser tu furcia.

Por cierto, tu madre es encantadora

¡Maldita sea!

Sus palabras se clavan en mi pecho con toda la razón del mundo. He sido un imbécil. He dicho que «no era nada serio» para no presionarla, no para ofenderla. Ni siquiera sé por qué me pareció un buen plan que conociera a mi madre, pero es que…

Todo el mundo está viendo que no es una de mis clásicas y discretas conquistas. Que esto es diferente. Y tarde o temprano mi madre lo habría descubierto.

Cuando vuelvo a la mesa, me aterra pensar qué es lo siguiente que puede hacer, pero el ambiente ha cambiado. Ahora es distendido y afable. Keira vuelve a ser ella otra vez, y oírla hablar sobre el IPC con su característica efusividad me encanta. Por el contrario, su tono de amante *destroyer* me da pánico. Aunque reconozco que también me

pone muy cachondo.

En un momento dado, Héctor me mira y niega con la cabeza sonriente. Ignoro su gesto paternalista y disfruto de ver a mi madre hablando con Keira como si no fuera una esnob. No conseguiré relajarme del todo hasta que haga saber a Keira lo furioso que me ha puesto y nos pidamos perdón mutuamente.

Porque entiendo por qué lo ha hecho, pero una reacción vengativa ante una mala acción no puede quedar sin castigo. Lo sé mejor que nadie…

Llegada la hora de irnos, me despido de mi madre con un abrazo. No doy crédito cuando me dice al oído: —Me gusta mucho, hijo.

La miro como si fuera una extraña. Como si fuera alguien que una vez fue y a la que echo de menos. Ella y Keira también se abrazan y se confiesan lo bien que lo han pasado. Nunca había visto a mi madre tan participativa con nadie. Ni tan poco quejica. Ni tan relajada… ¿Quizá la clave ha sido que creyera que Keira no es una auténtica candidata al ducado? Entonces ¿por qué acaba de confesarme que le gusta mucho?

Nos subimos al coche y, curiosamente, no tengo nada que decir. Estoy enfadado. Avergonzado. Y excitado porque Keira sigue teniendo el maldito botón del vestido desabrochado.

Cuando llevamos diez minutos en silencio, no puedo más.

—¿Puedes abrocharte ese puñetero botón? —mascullo agresivo.

Mira hacia abajo como si lo hubiera olvidado y se lo abrocha.

—Me lo has hecho pasar fatal, ¿sabes? —La pongo al día.

—¿Yo? Eres tú el que se mete solito en estos fregados. Te has inventado un personaje, el gran Ástor de Lerma, y no hay quien se lo crea. Sin duda, no existe un ser humano así…

—¿De qué hablas? ¿Qué es lo que no existe?

—Un hombre sin sentimientos. Uno al que no le importa nada. Que es impenetrable e imperturbable. Es todo mentira. Nadie puede estar en tensión todas las horas de todos los días. No sonreír nunca. Cargar con el peso de creer que cuantos te rodean dependen de ti. No eres Dios, Ástor, y no puedes ir por la vida limitándote a tener sexo sin sentir nada por nadie. No es creíble.

—Tiene gracia que tú digas eso, ¡porque es justo lo que haces con Ulises! Solo en épocas de celo, ¿recuerdas?

—La diferencia es que yo quiero a Ulises.

La miro fijamente apartando la vista de la carretera más tiempo del prudente y siento que unas inoportunas náuseas se instalan en mi estómago.

—¿Y por qué no estáis juntos?

—Porque estamos bien como amigos.

—¿Seguro que él piensa lo mismo?

—Él, el primero… De todos modos, nuestra relación no la define el sexo, sino el resto de las cosas. Y mientras no encontremos a nadie especial, seguiremos follando cuando nos apetezca. A veces pasan meses sin ningún tipo de interacción entre nosotros. No es algo premeditado, ¿entiendes?

—Pues no, no lo entiendo —digo malhumorado—. Me acusas de bloquear sentimientos, pero vosotros también lo hacéis, así que no me toques las narices, Keira.

—Yo no bloqueo sentimientos, solo rechazo una relación tradicional. No busco casarme ni formar una familia. Y Ulises está igual de cerrado al amor que tú, pero al menos tiene sus motivos.

—¿Qué motivos?

Duda durante un segundo si debería contármelo.

—Te lo cuento porque es la única manera de demostrarte que no estoy siendo una cabrona con él. Su novia del instituto murió y Ulises nunca pasó página. Dice que no va a enamorarse de la misma forma jamás… Por eso ni lo intenta.

—¡Claro que no será igual! Cada vez que te enamoras es distinto, ni mejor ni peor…

—Ya, pero ha idealizado tanto su recuerdo que compara a todas las mujeres con la Sara idílica que su difunta novia sería hoy en día. Y no se puede competir contra alguien que has fabricado a medida en tu cabeza. Alguien que nunca se tira pedos ni tiene un mal día. Y déjame decirte que la duquesa perfecta tampoco existe, Ástor.

—Yo no aspiro a encontrar a la duquesa perfecta.

—¿Ah, no?

—No. Me conformo con encontrar a alguien que le parezca bien a mi madre y que yo no deteste. No contemplo enamorarme como un loco de nadie… Eso es demasiado *premium* para mí.

—¡Porque no te lo permites, Iceman!

—¿De dónde has sacado ese nombre?

—Está en boca de todo el mundo en la universidad… Por eso tu madre trata de sabotearte todo el tiempo, porque sabe que, le lleves a quien le lleves, no te interesa de verdad.

—¡Es ella la que trata de manipular con quién me caso!

—No, solo trata de impedir que te cases con cualquiera. Es como si quisieras castigarte a ti mismo sin amor.

Mi corazón empieza a palpitar rápido al reconocer ese verbo e intenta gritar a Keira que ha acertado y que lo rescate de una vez.

—Eso es, te castigas —repite pensativa—. Como tu hermano está impedido y no tiene pareja, te impides ser feliz también. ¿Es eso?

Me muerdo el carillo con fuerza para guardar silencio, pero no calculo bien la presión y noto sangre en la boca.

Me gustaría decirle que no sabe nada de mí ni de mi familia. Que no crea que me conoce una mierda «por haber echado un polvo mediocre», como ella me dijo a mí. Sin embargo, mentiría. Ha dado de lleno en el clavo. Para mí, vivir es un castigo. Y no me merezco amar a nadie. Mucho menos a mí mismo.

No volvemos a hablar. Cuando ve que me cierro en banda, llama a su madre y le informa de los últimos avances del caso. Luego llama a Ulises y su conversación me escuece. El tono, la confianza… Nunca llegaré a tener a nadie así en mi vida. Alguien incondicional al que contar todo. Más que nada porque me lo he prohibido expresamente.

Con Héctor no puedo ser sincero. Él se llevó la peor parte aquel día y no debo echarle mi mierda encima. Y Charly… A Charly lo necesito para que siga tomándome el pelo. Vivo a través de su cachondeo. No quiero que empiece a mirarme con pena ni, sobre todo, pegarle mi luto.

Me alegro de llegar al club para continuar con el torneo. Me vendrá bien jugar un rato.

—Eh, ¿qué tal con tu madre? —me pregunta Charly cuando nos ve.

—Bien.

Keira me mira, pero la ignoro. Luego se miran entre ellos.

—¿Se sabe algo más? —le pregunta Charly en voz baja.

«Eso, ¿se sabe algo?».

—Mejor hablamos al terminar.

La tensión vuelve a mí al notarla tan ofuscada. «¿Acaso hay novedades?».

—Si hay alguna novedad quiero saberla ahora —le exijo.

—No es nada…

—Keira.

—Ástor… Confía en mí. Puede esperar; no es nada determinante.

Trago saliva, preocupado. «¿Qué habrá ocurrido?».

Charly presiona mi hombro y asiente en silencio para que lo deje correr.

Cuando la tarde termina, busco a Keira con desesperación. Ella siempre acaba su partida antes que yo. Tiene una facilidad pasmosa para ganar.

Al encontrarla, nos informa de que las cámaras de tráfico han situado una furgoneta blanca que estuvo en la calle de Carla la misma noche de su desaparición en los alrededores de la dehesa de Sacedón, cerca de Navalcarnero.

—Están peinando la zona en busca de Carla.

La información me oprime el pecho sin ningún tipo de compasión. Espero que no se confirme el desenlace que temo, porque no sé lo que haría.

Si hay un límite de muertes que un corazón es capaz de soportar, estoy a punto de cruzarlo. No creo que pueda con el peso de ninguna más sobre mi conciencia.

keira

21
Sospechas urgentes

La vida es como el ajedrez, hay lucha y competición
y tiene buenos y malos momentos.

BENJAMIN FRANKLIN

Cuando he leído el mensaje de Ulises de vuelta al torneo me he preocupado. Pinta mal.

Ya me he mosqueado cuando a mediodía me ha dicho que tenía que irse urgentemente a comisaría. No dio detalles para no alertar a Ástor, pero sabía que tenían información nueva. ¿La furgoneta vista en los alrededores de un bosque poco transitado? Mal, no, ¡pinta fatal!

Si apareciera el cuerpo de Carla, Ástor se hundiría en la miseria.

No he querido explicárselo antes de jugar porque, total, aún no había noticias concretas y algo así lo desconcentraría por completo en

la ronda de la tarde.

Cuanto más entretenido esté, mejor. Pero ahora que lo sabe, no puedo evitar sentirme mal por él y por el día que le he hecho pasar.

Volvemos a su casa en silencio y decide no contar nada a Héctor sobre las novedades acerca de Carla. En mi opinión, lo sobreprotege demasiado.

Tenemos menos de tres horas para descansar antes de regresar al club.

En cuanto entramos en la habitación, Ástor se tumba sobre la cama con un brazo sobre la cara. No sé qué decir ni qué hacer para que se sienta mejor.

—¿Tenemos que volver? —farfulla—. Hoy me quedaría en casa.

—Sería conveniente ir, sí… Además, Héctor quiere salir, y no es aconsejable dejarlo solo.

—Es verdad —musita preocupado—. Tenemos que ir con él.

—Descansa un rato, Ástor. Luego te duchas y como nuevo. Ya verás…

No contesta. Yo también me quedaría «en casa» gustosa, pero ya habrá días para eso. Hoy es sábado y la gente sale. Y tengo que hablar con unas cuantas personas esta noche.

Lo dejo descansando y salgo a hacer algunas llamadas.

Durante la ronda de la tarde del torneo he mantenido conversaciones muy productivas con algunos sospechosos y la lista ha sufrido pequeñas variaciones: Héctor de Lerma Gregorio Guzmán

Jesús Fuentes
Troy Moliner
Paul Krause
Xavier Arnau
Martín Arujo
Alejandro Navarro
Oliver Figueroa
Saúl Arnau

Llamadme loca, pero durante la comida en casa de Linda he podido conocer mejor a Héctor y no hay ningún tipo de maldad en él, todo lo contrario. Admiro su fortaleza y su buen humor, a pesar de estar condenado a la silla. Además, quiere a Ástor muchísimo; se nota

en sus gestos inconscientes hacia él. Lo quiere tanto que incluso pensé en la posibilidad de que eliminara a Carla de su vida porque le había hecho daño, pero tiene menos instinto homicida que Mimosín. Así que lo he tachado de la lista.

Respecto a Jesús Fuentes… Esta tarde he jugado contra él y he sacado algunas conclusiones. Lo conocí el primer día en la fiesta extraoficial de Gregorio Guzmán y ya entonces me dio buena impresión. Se metía mucho con Ástor «a lo hijoputa», es decir, de colegueo, pero ayer lo vi pujar por mí durante el baile en barra. No obstante, apenas nos prestó atención después, durante la fiesta, porque acudió con su pareja, con quien parecía tener buena sintonía. Al menos, no la evitaba, como hacían otros. Y esta tarde, cuando me he sentado delante de él para jugar, me ha sonreído y se ha frotado las manos.

—¡Qué divertido! Me toca jugar con la sensación del día… Bueno, y la de anoche. —Me ha guiñado un ojo dejando claro que me había visto *chuscar* con Ástor. Qué bien…

—Pues sí, eres un hombre con suerte.

—Eso no te lo discuto. —Ha sonreído.

Y esa sonrisa me ha transmitido que es un tío, ¿cómo decirlo?, que está muy a gusto en su piel; y este asunto está promovido por una envidia enfermiza de alguien a quien le gustaría estar en otros zapatos.

—¿A qué te dedicas, Jesús?

—Trabajo en la empresa familiar desde hace años. Es una compañía que comercializa licores y vinos de primeras marcas. Llevamos tres de los diez mejores vinos del mundo según la revista *Wine Spectator* y operamos en más de ochenta países.

—Caramba… Debes de estar muy orgulloso.

—Me apasiona lo que hago y estoy orgulloso de cómo lo hago, sí.

Lo que yo decía. Esas cosas se notan en el aura de la gente.

—Ástor me ha contado que eres bastante bueno jugando. —He señalado el tablero de ajedrez.

—Me defiendo.

—Vamos allá, entonces.

Cuando lo he arrinconado con un peón y una torre ha sonreído asombrado y me ha estrechado la mano. Por lo que he oído, otros por

poco tiran al suelo la mesa al perder a las puertas de la jornada de mañana, que promete ser de un nivel superior. Por lo tanto, he tachado a Jesús de la lista. Estoy buscando a un perturbado, no a un tío feliz.

Lo de Paul Krause también ha sido muy cómico. He tenido oportunidad de hablar con él.

Paul es uno de los que pujó por mí y no me costó adivinar con qué intención, ¡para poner celosa a otra chica! Es un tío muy inteligente, con una doble licenciatura en Económicas y Empresariales, bilingüe en inglés y alemán, y ha levantado una de las plataformas de venta online más importantes del país antes de cumplir treinta y cinco años. Con todo, tiene una peculiaridad: es bastante vergonzoso con las mujeres en general. Su punto débil es que le gusta una chica que se llama Lidia, a la que no quitaba los ojos de encima. A mí no me ha mirado más de dos segundos.

A Alejandro Navarro también lo he descartado por la primera frase que ha dicho en cuanto Paul me lo ha presentado. Era sospechoso por haber ido a la fiesta que se celebró en casa de Ástor, pero no acudió a la fiesta de Guzmán. No lo descarté porque quizá pensó que Ástor no iría, o quizá se había quedado fuera, colocando el explosivo. Pero en cuanto me ha tenido delante, ha arrugado el ceño y ha dicho: «¿Tú quién eres? ¿Con quién has venido?».

Tachado automáticamente.

El hombre que buscamos no pierde detalle de cada movimiento de Ástor. Debería tenerme fichada desde el primer día, o desde esta mañana a lo sumo. Así que uno menos.

Del resto de la lista, no puedo decir mucho. A algunos ni siquiera los conozco aún. Pero he añadido un nuevo nombre importante: Saúl.

Tengo serias dudas sobre él y la relación que le une a Ástor.

Que me caiga bien es lo de menos. Está demasiado implicado con Carla, Ástor y Sofía como para descartarlo. Y, por supuesto, por la relación con su padre, Xavier Arnau. Es uno de los motivos por los que me interesa acudir a la fiesta de esta noche: volver a hablar con Saúl. Pero he decidido avisar a Ástor porque no quiero que se ponga… iba a decir celoso, pero quizá ni le importe ya que ahora mismo estamos en un punto muerto.

Hablo con Ulises y me dice que pasará a recogernos sobre las

nueve de la noche para ir al cóctel previsto media hora después en el club.

También llamo a mi madre y a Gómez; los pillo juntos. Mi jefe aprovecha para informarme de que sigue esperando la orden para investigar a fondo a los Arnau. Buena suerte con eso… Dudo que nos la den sin un indicio más claro.

Decido que mi primer propósito en el cóctel será mantener una charla con Xavier. Necesito conocerle mejor y preguntarle si algún vez ha hablado con Carla, pero no sé cómo hacerlo sin que se note que soy policía.

Consulto el reloj. Todavía tengo un poco de tiempo para correr en la cinta. Estoy algo cansada, pero sé que hacerlo me revitalizará y tranquilizará. Luego una ducha y lista.

Al entrar en el gimnasio me encuentro a Ástor. No le digo nada y me subo a la cinta que los técnicos dejaron bien instalada. El ángulo de visión que tengo desde aquí no me permite verlo. «Mejor», pienso. Sin embargo, a los diez minutos oigo que se marcha. Él tampoco me dice nada. Supongo que no tiene sentido quemar tensión sexual y generarla a la vez, ¿no? Menuda pérdida de tiempo.

Al terminar, me ducho, y cuando llega el momento de elegir vestido escojo uno que intenté rechazar con brío en la tienda de Mireia. Pero me hinchó el ego de tal manera que terminé llevándomelo. Perdón por ser humana. Que apenas le hicieran falta complementos me ganó, y terminé de convencerme cuando vi los zapatos de Cenicienta transparentes a juego.

Otro punto a favor de ese vestido es que es de manga larga. ¡Hurra! Mi preciada manga larga, que de alguna forma compensa el hecho de que sea muy corto. Pero muy muy corto…. Tiene un escote en uve y —aquí viene lo peliagudo— es plateado.

Toda la tela está confeccionada por lentejuelas de tamaño mini que brillan a más no poder, pero… ¿he dicho ya que es de manga larga?

Pelo suelto, sin pendientes, sin pintalabios… ¡Son todo extras!

Apenas me maquillo los ojos y, lista en un periquete, salgo al salón, donde me encuentro a Héctor, solo, esperándonos a todos. Ástor está desaparecido.

—Qué guapa —me piropea con media sonrisa—. Te lo repito: mi

hermano no te merece.

Sonrío encantada de volver a escucharlo. Me lo ha dicho en casa de su madre cuando Ástor se ha levantado de la mesa para cambiarse de pantalón y he tenido que confesarlo todo.

—Siento mucho este show —he empezado, abochornada—. Perdonadme, por favor, pero es que… ¡se lo merecía!

—No me cabe la menor duda —ha replicado Héctor en tono confidente.

—Eres una valiente —ha añadido su madre, sibilina—. Ástor tiene muy malas pulgas.

—Pues yo más. Y acabo de demostrárselo. No sé qué te habrá dicho sobre mí, pero como siga así no lo casaréis nunca.

Su madre se ha vuelto a reír con ganas.

—Solo me ha dicho que había conocido a alguien especial… ¡pero no pensaba que tanto!

Me he quedado tan cortada… ¡Maldito mentiroso!

—¡A mí me ha contado que te había dicho que solo era su juguetito sexual! Y, claro, si me trae a conocer a su madre con esa premisa, pues actúo en consecuencia. En esta vida hay que ser coherente.

—Es lo mejor que has podido hacer —me ha apoyado Héctor—. Mi hermano necesita que le metan caña de la buena.

—Yo lo intento a mi manera —ha dicho su madre con secretismo —. Le pongo pegas a todas las chicas que me presenta, porque sé que en realidad ninguna de ellas le gusta, solo quiere que den el pego… ¡y ya no sé qué inventarme! Pero me lo paso pipa —ha añadido divertida —. Contigo está diferente. ¡Lo veo muy torturado! Y eso es buena señal.

«¿“Torturado”?». Tal cual. Pero por él mismo.

—Finge tan bien tener un corazón de hielo que hasta se lo cree — he deducido—. Pero luego sus gestos, sus miradas y sus actos dicen otra cosa.

—¿Qué te dicen?

Lo pienso un momento.

—Que le importa lo esencial de la vida y que es una buena persona.

Su madre ha sonreído con una mueca muy especial y ha afirmado:

—Lo es. Pero en el terreno sentimental ¡es como darse contra un muro!

—Antes no era así —ha aclarado su hermano—. Yo ya no sé qué hacer con él…

Al final, he terminado disfrutando mucho de la comida.

De repente, alguien llama a la puerta de la casa de Ástor. Debe de ser Ulises. Decido ir a abrir porque ya me conozco el sistema.

—¡Caramba, estás preciosa! —comenta mi compañero al verme, sin percatarse de que Héctor está justo detrás de mí y nos mira.

—Gracias. Pasa…

—Buenas noches, señor —lo saluda cortado en cuanto lo ve.

—Buenas noches.

Ástor hace su entrada triunfal en el salón colocándose un gemelo. Está soberbio con esa camisa gris perla, sin corbata y ese traje negro. Se me cierra la garganta cuando me mira a los ojos y, acto seguido, su vista resbala desde mi escote hasta mis piernas.

—Hola… —saluda al recién llegado sin mucha devoción, como si a mí hiciera diez minutos que me ha visto, en vez de un par de horas.

—¿Estamos listos?

—Sí —respondo para que vuelva a mirarme.

Sus ojos azules se clavan en mis iris solo un segundo y vuelve a centrar la atención en su puño. Algo trama. Está muy serio. Más de lo normal.

Nos subimos al coche, ocupando los asientos con el orden habitual. Al sentarme, el vestido se me sube demasiado y termino cruzando las piernas en el sentido opuesto al de Ástor. Una señal inequívoca de que no quiero saber nada de él. Parece captar mi desaire y apoya una mano dominante en mi muslo desnudo de forma distraída.

Se me corta la respiración en cuanto la noto. «Dios…».

¡Menudas manos se gasta! Me enloquecen, y lo sabe.

Son enormes, joder. Son…

—¿Todo bien? —ronronea burlón, sabedor de lo que me provoca.

—Sí… —suelto con un hilo de voz mientras pasea la punta de sus dedos arriba y abajo sobre la piel de mi muslo.

—Y tú, ¿has podido descansar? —le pregunto de vuelta.

—Sí, bastante.

—¿A que está muy guapa esta noche? —inquiere Héctor desde el asiento del copiloto.

—Guapísima —confirma Ástor en un tono impersonal.

—Lo mismo ha dicho tu guardaespaldas nada más verla.

«Joder. Joder… ¡Joder!».

Me muerdo la lengua y me abstengo de volver la vista. Quiero matar a Héctor.

Lo veo sonreír por el espejo retrovisor como el gato de *Alicia en el país de las maravillas* y prometo vengarme de él en otro momento. Ir en silla de ruedas no va a eximirle. Solo quiere provocar a su hermano.

En represalia a esa información, la mano de Ástor resbala por mi muslo con más firmeza, apoyando toda la palma, y me tenso sin poder evitarlo. Es como si acabara de metérmela. Igual, igual.

Sabe muy bien que, si sigue así, probablemente me desmayaré. O me correré. Una de dos.

Sus dedos terminan hundiéndose entre mis piernas. ¿Qué pretende? Sabe que no puedo negarme delante de Héctor. Sospecharía.

Empieza a subir lentamente hacia… «¡Ni de coña!».

Pongo mi mano sobre la suya con intención de detenerlo y lo miro con una advertencia asesina en los ojos. «¡Ni se te ocurra continuar!».

Se pega más a mí, como si quisiera oler mi perfume, y me yergo cuando me acaricia el labio inferior con el pulgar, presionándomelo hacia abajo.

«¡Me va a dar algo!».

Me mete el dedo en la boca para abrírmela y comprobar su esponjosidad, como si planeara probarla.

—Es que Keira está guapísima esta noche —ratifica Ástor, seductor—, por eso se lo habrá dicho, ¿verdad, Ulises? Soy un tío con suerte.

Sin esperar respuesta, sus labios capturan los míos llevándome a la locura. Mi lengua no puede evitar responder a las provocaciones de la suya. Mis terminaciones nerviosas empiezan a dar vueltas más rápido que una brújula ante un fenómeno paranormal y pierdo el norte.

«¡La Virgen…, vaya beso! ¡Y yo que le iba a parar los pies!».

Cuando por fin se aparta de mí, me deja mareada, descolocada y más cachonda de lo que he estado en toda mi vida, con un último toque de su nudillo sobre la curva de mi barbilla. Luego vuelve a su sitio como si nada hubiera pasado.

¿He dicho que estábamos en punto muerto? Porque creo que más bien me he quedado suspendida en el purgatorio.

Me enfurezco. Su lengua caliente y adictiva ha conseguido que por un momento olvide dónde estoy y con quién. Pero me va a oír.

—¿Sabes quién también le parece muy guapa a Ulises? —dice Ástor a su hermano con un tono pasivo agresivo—. Sofía… ¿A que sí, Ulises?

—¡No me extraña! Esa chica es la bomba… Y está muy loca.

—¿Por qué dices que está loca? —pregunto interesada. No me gusta dejar pasar ese tipo de valoraciones cuando estoy aquí, precisamente, buscando a uno.

—Porque siempre hace lo imposible para conseguir lo que quiere.

Esa respuesta me da que pensar. Y al momento me pregunto qué quiere Sofía que no tenga ya. O… ¿qué quería Sofía que Carla pudiera tener? ¿Cree que Carla ha sufrido la misma suerte que las chicas desaparecidas? ¿A manos de quién? ¿Ella misma la hizo desaparecer…?

En cuanto llegamos, acomodamos a Ulises y a Héctor en una esquina del bar y pido a Ástor que mantengamos una conversación en privado. Me lleva de nuevo al salón secreto de los tapices. Está cerca y nunca hay nadie.

—¡¿A qué ha venido lo del coche?! —lo riño enfadada.

—¿No te ha gustado? Ha sido un buen beso.

—No vuelvas a hacerlo —advierto severa.

—Si Ulises disimulara más contigo delante de mi hermano, no tendría que marcar territorio para aplacar sus pullitas.

—¿Ves como eres un inmaduro?

—¡¿Yo?! ¡¿Te recuerdo la que has montado en casa de mi madre?!

—¡¿Qué esperabas que hiciera si le habías dicho que soy tu fulana?!

—¡No le había dicho eso, joder!

—Razón de más para no hacérmelo creer a mí. ¡¿Por qué lo haces?!

—Solo te he dicho lo que necesitabas oír —sentencia firme.

«¡¿Cómooo?!».

Mis manos vuelan hacia mi cintura y mi cara le pide explicaciones.

—No quiero que te cuelgues de mí —remata llenándose de gloria.

Frunzo el ceño, furiosa. Me engañó una vez, pero ni una más.

—¿Sabes qué creo? —digo acercándome a él con chulería—. Que eres tú quien necesita repetírselo una y otra vez para grabártelo en la mente y no caer en la tentación conmigo.

—¡¿Yo?! ¡Te acabo de besar en el coche y te has derretido contra mis labios como un maldito cubito de hielo!

—Exacto. Me has besado tú, no yo. Y no para demostrar nada a tu hermano, sino porque te morías de ganas. ¡Admítelo, joder!

—Estás flipada… —susurra a un centímetro de mi boca.

Nos retamos con la mirada y baja la vista hacia mis labios.

—Y tú estás encoñado —digo sin ceder un ápice.

Se lanza con fiereza contra mi boca, pero me aparto en cuanto la roza.

—No tengo tiempo para esto… —Me alejo de él—. Tengo mucho trabajo y dejar que me folles no forma parte de él.

Escapo con rapidez de su lado.

—¡Keira, espera…!

Suena cabreado y me voy sonriendo. ¡Qué bien sienta rechazar a un duque!

¿Que no quiere que me cuelgue de él?

¿Que solo me dice lo que necesito oír?

¡Ja! Le queda un largo camino para volver a meterse en mis bragas.

¡Este hombre no sabe ni lo que quiere! Y si es estar conmigo, no pienso ponérselo fácil cuando está soltándome esas perlitas… Todos perdemos, pero, al menos, él aprende.

Busco a Xavier Arnau por todas partes; ahora mismo es mi prioridad. Sin embargo, no hay ni rastro de él.

Veo que Saúl está hablando en un corro de hombres y no quiero interrumpirle. Esperaré a que esté libre.

Sigo pensando… «¿Qué tenía Carla que quizá Sofía deseara?».

Charly podría ayudarme con esto. Además, no he de andarme con

rodeos para hablar con él porque, aparte de Ástor, es el único que sabe que soy policía.

Cuando lo encuentro, voy directa hacia él.

—Hola —me saluda—. Os buscaba. ¿Dónde están As y Thor?

Esos apelativos se juntan en mi mente y sonrío.

—¡No me había dado cuenta! ¡As-Thor! —Me río—. Ni idea, pero necesito hablar contigo un momento, Charly.

—Ay, Dios… ¿Soy sospechoso o estoy a tiempo de invitarte a un trago envenenado? —pregunta con sorna.

—Sois todos sospechosos hasta que se demuestre lo contrario —bromeo con la verdad—, pero invítame a algo, por favor… Con veneno o sin veneno, me da igual.

Sonríe y nos acercamos a la barra.

—¿Qué querías preguntarme?

—Es sobre Sofía…

—Oh, oh… —dice teatral—. ¿Esto es por tu amigo, el poli? Porque no tienes que preocuparte, Sofía y yo tenemos una relación abierta y sin ataduras. Parecida a la vuestra, vaya —añade suspicaz.

«¿Ástor le ha contado algo acerca de Ulises y de mí? ¿O ha sido Ulises?».

—Que cada uno meta la boca donde quiera —digo cansada—. Lo que necesito saber es qué tipo de relación tenían Sofía y Carla…, si se llevaban bien.

—¿Pretendes que te cuente algo que pueda incriminar a mi chica?

—Solo quiero llegar al fondo de esto. Sé que Sofía está conectada de alguna forma con lo que le ha pasado a Carla… ¿Eran muy amigas?

—Sofía fue quien avisó a la policía. Y a los padres de Carla.

—Te sorprendería la cantidad de culpables que llaman haciéndose las víctimas…

—¿En serio sospechas de Sofía?

—Lo único que pretendo es averiguar qué pasa con Saúl, su padre, Sofía, Carla, Ástor… ¡Qué diantres pasa con todos! Porque esa es la clave… ¿Sofía y Carla se llevaban bien o no? ¿Qué impresión tenías tú?

—Han tenido sus tiras y aflojas, como todos los convivientes, pero los que tenían un buen cisco montado con Carla antes de que fuera Kaissa eran Saúl, Ástor y Héctor.

—¿Héctor? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? —Me sorprende que lo incluya.

—Se hizo muy amigo de Carla cuando empezó a salir con Ástor. Por eso cuando le dio la puñalada queriendo ser Kaissa, se enfadó mucho con ella… Saúl también, porque está en contra de las pujas y se había hecho amigo de Carla cuando salía con Sofía. Por supuesto, Sofía tampoco entendió por qué Carla quería ser Kaissa. Todos discutieron.

—Menudo lío…

—Tú has preguntado, Keira. —Da un sorbo a su copa—. Quédate con que la decisión de Carla de querer ser Kaissa cabreó a todo el mundo.

—¿Y por qué crees que Carla quiso ser Kaissa? —Ha sido una reflexión en voz alta, y descubro al instante que esa es la pregunta del millón—. Ya tenía a Ástor… ¿Por qué lo hizo?

Charly se encoge de hombros.

—No lo sé… Solo se me ocurre que tuviera una oferta mejor.

—¿De quién?

—De alguien del club que deseara joder a Ástor… y luego la quitó de en medio para que no contara nada.

—Tiene sentido, pero…

—Pero ¿qué?

—Por experiencia, un sicario hace cualquier cosa por dinero, pero alguien como Carla, que no lo necesita, si hace algo es por motivos personales. ¿Qué ganaba ella con un trato así? No podía ser solo dinero…

—No lo sé. Para mí, las cosas solo se hacen por tres motivos: por dinero, por amor o por joder. No hay más. Y joder tiene una doble y placentera connotación. ¿Me sigues? —dice sonriente.

Saúl y Carla se cuelan en mi mente. La clave está en ellos. Estoy segura.

Además de a Ástor, a Saúl le reventaría especialmente que Carla fuera Kaissa. Sería como volver a tropezar otra vez con la misma piedra, en la misma lucha… No podría tenerla porque no es miembro del club. Lo es su padre. ¡Su padre!

¿El que siempre va a por las chicas que a su hijo le interesan?

¡El mismo!

Necesito hablar con Xavier urgentemente.

—Eres un genio, Charly. —Le presiono el brazo con cariño.

—¡Lo sé! —Sonríe petulante. Y luego pregunta confuso—: ¿Por qué?

—¿Has visto a Xavier por aquí? —digo sin contestarle.

—No. Y no creo que venga. ¡Está en la cuarta edad! Si nosotros estamos cansados, imagínate él…

—No exageres. Solo es un sesentón… Y conserva el atractivo.

—¡No me digas eso, por favor! —se queja teatral—. Ese zorro plateado quiere follarse a mi novia desde hace años.

—Sofía no es tu novia —lo pico con sorna—. Gracias. Me has ayudado mucho, en serio… Héctor está en aquella esquina. —Se la señalo—. Y gracias también por la copa.

—A ti por la compañía. Y, oye…, cuidado con Ástor. Le importas más de lo que dice… Yo he aprendido a ignorar sus palabras y a prestar atención a sus acciones, porque ahí está la verdad. Tiene tendencia a sabotear sus propios sentimientos. A destruirlos. A desdecirse. A herir… Así que no le des esa satisfacción, ¿vale? Y no seas muy dura con él…

Asiento conmovida pensando que llega tarde y me voy de su lado.

Tengo que encontrar a Ástor. ¿Dónde estará?

De pronto, me llega un mensaje. ¡Es él!

♠ASno: Ven a mi despacho. Es urgente

Me río del nombre que le puse. Se lo cambiaría, pero le queda mejor que nunca.

«¿Cómo de urgente puede ser un polvo?».

Recuerdo mis últimos instantes con él. Apartándolo de mí… No sé de dónde he sacado la fuerza para hacerlo después de ese morreo en el coche. ¡Y ahora vuelve a escribirme! Es como si supiera que no seré capaz de rechazarlo una tercera vez…

Entonces descubro otro mensaje a la espera. Es de Ulises.

Ulises:

Ven al despacho presidencial, ha

aparecido otra nota

ulises

22
Resurrección

Ellos creen que juegan al ajedrez, pero
es el ajedrez el que juega con ellos.

JUAN P. MIRACCA

—No toques nada —digo al duque cuando veo que inspecciona la nota de cerca.

Esta vez la figura es un alfil. «Se acerca tu hora», reza el papel.

—¿Cómo es que no hay cámaras aquí? —pregunto escéptico.

—Normalmente las hay, pero el otro día cuando vine con Keira las desconecté.

—¿Por qué?

—¡Para que nadie nos oyera! Estamos constantemente hablando del caso, y no soy el único con acceso a ellas. Quien haya dejado esto sabía que estaban apagadas.

—¿Cuál es la cámara más cercana que haya podido captar algo?

—La del vestíbulo principal. Es por donde pasa todo el mundo…

—¿Y cuándo fue la última vez que estuviste aquí? ¿Podemos

acotar las horas?

—He venido durante el torneo a consultar una cosa…

—¿Qué cosa? ¿A qué hora?

—En el último descanso de la mañana. Y la nota no estaba.

—¿Qué has venido a comprobar?

—Si había faltado alguien de los que se habían apuntado al torneo.

—¿Y…?

—No hay bajas.

—Hay que llamar a la científica para que revise las huellas.

—¿Crees que el que lo ha hecho cometería ese error?

—Nunca se sabe. Si hubieras llamado a la policía las primeras veces, quizá habríamos encontrado algo.

—En ese momento pensaba que era un puta broma de mis amigos, y lo sigo pensando. Esto lo está haciendo alguien muy aburrido.

—¿Poner una bomba te parece aburrido?

—Eso solo fue una artimaña… ¡Estaba desconectada!

—Carla sigue desaparecida.

—Quiero pensar que está compinchada con quien intenta jugármela para descentrarme del torneo.

—Ojalá tengas razón, pero ándate con ojo, Ástor. Y deja de jugar con Keira, joder… No sé qué cojones haces besándola en el coche.

—¿Me lo dice uno al que acabo de pillar con Sofía a punto de montárselo en mi despacho? ¿Así es cómo me protege, inspector?

—He descubierto la nota, ¿no? Puedo hacer varias cosas a la vez.

Las comisuras de Ástor tiran un poco hacia arriba, contra su voluntad.

—Yo que tú, no me encariñaría demasiado con Sofía —me advierte condescendiente.

—Ni tú con Keira. No le llegas ni a la suela del zapato.

—Lo mismo digo.

—¡Chicos…!

Keira entra en el despacho, interrumpiendo nuestra riña de gallitos.

¿Cómo puede estar tan guapa? Parece una actriz de Hollywood. Echo de menos a mi chica de estar por casa.

—Hay otra nota —le confirmo solícito.

Mira a Ástor con expresión preocupada, y él aparta la mirada, mortificado, como si la última vez que han hablado hubiesen terminado fatal.

Espero que follen antes de que su tensión sexual me provoque una hemorragia interna.

Keira ojea la nota.

—Joder… Y Xavier no ha venido… —musita en voz baja.

—¿Qué?

—Xavier Arnau. Tengo una teoría que responde a la pregunta de por qué Carla quiso ser Kaissa.

—¿La respuesta no es obvia? —salta el duque, desabrido.

—Para mí, no —replica Keira con dureza—. Ilústrame con tu sabiduría.

El tono de sus voces indica que están a tres gritos de besarse apasionadamente.

—Para conocer a hombres poderosos, claro, cuantos más, mejor, y quedarse con uno que le guste de verdad.

—¿Alguien mejor que tú? ¿Cómo es posible? ¡Si todas se cuelgan por ti!

La burla en la voz de mi compañera hace que el duque apriete los dientes. Debería irme antes de que empiecen a arrancarse la ropa delante de mí.

—Vivir a la altura de un título como el mío no es ningún cuento de hadas, ¿sabes? Aparte de la distinción honorífica, ser un Grande de España va acompañado de una gran presión mediática.

—Yo tengo otra teoría menos pretenciosa… —sugiere Keira.

—Soy todo oídos.

—Creo que Carla se metió a Kaissa obedeciendo las órdenes de alguien. Alguien que sabía que eso sentaría mal a mucha gente, no solo a ti, Ástor… De hecho, quizá no quisiera joderte con su decisión, sino fastidiar a otra persona… ¿Lo has pensado? A Saúl, por ejemplo. Saúl y Carla se gustaban. Saúl me lo confirmó y creo que pasó algo entre ellos… Diría que las respuestas están en la rivalidad entre él y su padre, a quien también le convenía mucho cabrearte para ganar el torneo.

—Carla no me haría eso —disiente Ástor—. Me apreciaba. Héctor cree que me utilizó, pero ella no es así.

—Sin embargo, lo hizo. Vio que te enfadabas y le dio igual… —rumia Keira en voz alta, como siempre hace cuando está a punto de caer en algo—. ¡O quizá lo hizo por tu bien! Puede que alguien la amenazara con hacerte daño si no se metía a Kaissa…

La cara del duque se comprime de preocupación.

—Eso me cuadra más —admite—. Pero ¿quién?

—El que más motivos reúne para ello es Xavier Arnau —aduce Keira—. Con un bonito dos por uno: os jodía a su hijo y a ti a la vez.

—Iré a comprobar si ha llegado —digo para escabullirme de aquí.

Necesito encontrar a Sofía. Lo que me ha contado de ese hombrecillo siniestro cuadra con la teoría de Keira, y creo que ella misma puede correr peligro.

Joder, Sofía… En buena hora se cruzó en mi vida.

Cuando la vi por primera vez en su casa me quedé de piedra. ¡Era la viva imagen de Sara! Preciosa, perfecta, pelo negro, ojos de un verde claro balear, cintura de avispa, pecho abundante… Un maldito dije.

Era clavada a la mujer por la que casi muero cuando expiró su último aliento. Los de seguridad tuvieron que sacarme a rastras del hospital. No podía dejar de hacerle la reanimación cardiopulmonar mientras sus padres lloraban a mi espalda y se rendían. Pero yo no podía perderla… ¡No podía!

Su dulzura, su suavidad, todo el amor que todavía tenía para darme hacían que me negara a decirle adiós. ¡Estábamos seguros de que pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos! Mi amor por Sara era especial. La consideraba mi alma gemela y tenía claro que nunca habría otra igual.

Pasaba de lo que me dijeran mi psicólogo, mis amigos y mi familia; mis ganas de enamorarme de otra persona se esfumaron por completo. Lo único que amaba era mi trabajo, y de no ser por él hace años habría puesto fin a esta farsa llamada «vida» para reunirme con Sara, esté donde esté. Pero no podía irme mientras hubiera gente que me necesitara. Y siendo policía, sale gente que te necesita hasta de debajo de las piedras. Puede que quisiera a un puñado de personas, aunque no de la misma forma que a ella.

Y de repente la vi…

¿Sabéis la bomba atómica? Pues fue un poco lo mismo.

Lo que más me impactó fue verla fuerte, sana y con más ganas de vivir que nunca, pensando que Ástor iba a atacarla. Creía que estaba teniendo una alucinación, que tenía un jodido tumor cerebral y mi mente lo estaba imaginando todo.

Me costó mucho regresar a la realidad. Pasé horas en mi casa visualizando videos de Sara que me sabía de memoria, porque necesitaba apreciar las sutiles diferencias entre ella y Sofía, ¡pero eran casi idénticas! La distinción podría estar en los ocho años que las separaban en edad. Por lo demás era ella, joder. Era Sara… Si me decía que había fingido su muerte, podría llegar a creérmelo.

El jueves tuve miedo de volver a verla en la fiesta extraoficial.

En cuanto la localicé cruzando el jardín del chalet, empezaron las taquicardias. La vi hablar con Keira y Ástor animadamente, y maldije en mi interior. ¡Estaba despampanante! Mi Sara nunca fue tan sexy.

En un momento dado, sus ojos coincidieron con los míos y lo que vio en ellos no debió de ofrecerle mucha seguridad. Parecía un maldito perturbado acechándola.

Poco después, la sádica de Keira la trajo hasta mí y le soltó que se parecía a mi novia muerta. Iba a guardársela y vengarme a lo grande, pero cuando nos dejó solos la conversación fluyo.

—¿De qué murió exactamente? —me preguntó entonces Sofía, curiosa.

—De cáncer. Leucemia…

—Vaya… Lo siento mucho.

—Y yo siento haberme quedado loco el otro día, en tu piso, cuando te vi por primera vez. Es que te pareces tanto a Sara…

—Tranquilo, lo entiendo. ¿Llevabais mucho tiempo juntos?

—Cuatro años. Desde los catorce.

—Oh, el primer amor, qué bonito…

—Para mí solo hay un amor… y no tiene por qué llegar el primero.

—Bien dicho. Y hay veces que nunca llega. Como yo, por ejemplo, que solo me fijo en gilipollas y luego son una decepción enorme.

—Eso se llama «tener mal gusto». —Sonreí de medio lado.

—Es que los buenos están todos cogidos desde los catorce. —Sofía me guiñó un ojo y volví a enamorarme de Sara con fuerza. ¡Mierda!

Todo en Sofía me la recordaba… Sus ojos felinos. Su sonrisa

traviesa. Su corazón latiendo bajo ese escote sinuoso… Uf…

Mi vista acarició sus pechos y me cazó de lleno.

—¿También tenía las mismas tetas que yo?

Disimulé mi desliz fijando la vista en la lejanía. Joder… Tenía que moverme. Hacía rato que no veía ni a Ástor ni a Keira.

—Perdona, he de seguir trabajando.

—Te perdono por haberme mirado las tetas.

Echó a andar detrás de mí. Y supe que no iba a despegármela fácilmente.

—Las tetas no sé, pero en cuanto al resto, sois iguales… Bueno, salvando el hecho de que Sara no era una niña rica.

Noté que me miraba ofendida. Bien. Quería que me dejara en paz.

—Yo no soy ninguna pija, ¿sabes?

Aproveché para volver a observarla de arriba abajo sin dejar de andar.

¡Era su clon en vivo y en directo! Solté un sonoro suspiro que dejaba claro que disentía de sus palabras. La gente no soporta estar en desacuerdo conmigo, no sé por qué. Pero me aprovecho de ello.

—¿Por qué crees que lo soy? —Me frenó del brazo, picada.

Normalmente, no dejo que ningún civil me toque, suelo llamarles la atención, pero esa mano… esa mano era la mano de Dios.

Tragué saliva e intenté parecer indiferente para contestarle.

—Por tus joyas, tu vestido, la fiesta en la que estás, la universidad a la que vas, con quién compartes piso… ¿Sigo?

—Para tu información, soy una alumna becada. Solo existen tres plazas de este tipo en la Universidad de Lerma y una de ellas fue para mí.

—¿Por tus buenas notas?

—¡Ni de coña! —Sonrío—. Los que optamos a esta beca tenemos todos la misma nota: un diez como una casa de grande. A partir de ahí, tienes que impresionarles en la entrevista personal. Es más difícil que entrar en Harvard…

«Encima, es lista».

—Y una vez dentro, es muy fácil que te confundan con uno de ellos…

—¿De quiénes?

—Yo no tengo títulos, ni soy la hija de nadie importante. En

realidad, no soy nadie…

—Solo la chica más guapa del mundo. —Me salió del alma.

La sonrisa que brotó de sus labios fue de las que reflejan que su dueña está deseando verte sin ropa.

—No soy la chica más guapa del mundo —repitió jocosa.

—Para mí sí —dije como si no me importara su opinión—. Y lo serás para alguien más, algún día. Ahora, si no te importa, tengo que irme.

La dejé atrás y pude soltar el aire que había estado reteniendo para no olerla. Charlar con la supuesta Sara durante tres minutos había levantado un vendaval en mi cuerpo que hacía que mi cordura revoloteara como una bolsa de papel sin posibilidad de ser atrapada.

Empecé a buscar a Keira y a Ástor por la casa y terminé en una zona *chill out* donde había un montón de gente metiéndose mano.

«Mmm, me piro…».

Cuando giré sobre mis talones, ahí estaba otra vez Sara… ¡O sea, Sofía!

—Tú también encontrarás a otra persona algún día…

—¿Me estás siguiendo de nuevo? —Fruncí el ceño, irritado.

—¿Me has oído?

—Sí… Vale. Lo que tú digas. Piérdete de una vez…

—¿Por qué yo voy a encontrar el amor y tú no? —insistió cargante—. Yo también me he enamorado intensamente antes, solo que mi ex no ha muerto.

No quería ser maleducado y tal, pero… la boca se me estaba llenando de saliva porque estaba preciosa con esa luz azulada de puticlub. Llevaba un vestido palabra de honor del mismo tono y el pelo, sedoso y suelto, le caía acariciándole los pechos.

—A mí no me interesa el amor —sentencié seco.

—¿Por qué no? ¿No habrás hecho algún voto de castidad o algo así? Porque sería un auténtico desperdicio…

—No. —Quise esquivarla, pero me cortó el paso pegándose a mí.

—¿Por qué me rehúyes? —preguntó confusa y algo dolida.

Aparté la vista de su cara. No podía seguir tan cerca de Sofía o tendría otra puta crisis nerviosa.

Me concentré para ser un capullo con ella y ahuyentarla, pero su cercanía me abrumó y mis ojos terminaron en su carótida palpitante.

La última vez que vi a Sara tenía muy mal aspecto, pálida y desmadejada sobre una cama, sedada y con un respirador artificial. En cuanto se lo quitaron, se le quedó la boca abierta y no pude soportarlo… Intenté cerrársela. Hacer que se le humedeciera el labio inferior, que inspirase y exhalara de nuevo, como Sofía lo estaba haciendo en aquellos precisos momentos.

—Lo siento, no puedo estar contigo. Me recuerdas demasiado a Sara y… —Alcé las manos como si fuera a tocarle los hombros, pero no lo hice. Las dejé suspendidas en el aire—. Tener delante a alguien que parece ella y no poder tocarla es horrible… ¿Lo entiendes?

—Si pudieras tenerla de nuevo dos minutos, ¿qué harías?

—Abrazarla. Muy fuerte.

—¿Solo eso?

—Sí, para sentir los latidos de su corazón.

—Pues hazlo, abrázame.

—¿Cómo…? Mira, agradezco que intentes hacerme tocar fondo o la mierda que te haya pedido Keira, pero ahórratelo, ¿vale? —Me cabreé.

—¡Quizá te sirva de algo…! En serio.

—No servirá de nada. Me tocó la lotería una vez y punto.

—Te servirá para dejar de idealizarla.

—No la idealizo —repliqué brusco—. Sara era la puta hostia.

—No lo dudo, pero puede servirte como tratamiento de choque, de verdad. Sé de lo que hablo.

—Déjame ya, por favor… —Quise irme de nuevo, pero Sofía me sujetó de los brazos. Sentir sus manos sobre mí me dejó paralizado.

—¿Vas a perder la oportunidad de abrazar a Sara otra vez? Cierra los ojos, Ulises, e imagínatelo.

—Tú no eres ella —sentencié.

—Pues imagina que lo soy. Vamos, ¡hazlo!

¿Que la abrazara? ¡No me jodas!

Mi instinto natural me rogó que me abalanzara sobre ella desde el primer momento en que la vi. Tuve que echar mano de todo mi autocontrol para no hacerlo.

De repente, Sofía rodeó mi cuello, poniéndose de puntillas, y se encajó en mi cuerpo.

El mundo giró ciento ochenta grados y me quedé boca abajo, con

el mareo que eso supone. Prácticamente, tuve que agarrarme a ella para no desplomarme. Primer error.

Cerré los ojos. Segundo error…

Y así hasta caer en una tentadora trampa alucinógena. La estreché entre mis brazos sin poder evitarlo y noté la turgencia de sus pechos aplastados contra mi esternón. Ahí estaba su corazón. Latiendo fuerte.

Rodeé su cintura y me concentré en el recuerdo de abrazar a Sara. Para cuando quise darme cuenta, mi sistema límbico ya estaba flipando por haber recuperado al amor de mi vida por un instante.

Que ella me acariciara la espalda me llevó a perder la cabeza, porque empecé a hacer lo mismo, pero con más ímpetu. A estrecharla. A acariciarla. A creérmelo… Y sin verlo venir, mis labios terminaron sobre los suyos.

El *déjà vu* que tuve por poco me provoca un infarto.

No sé cómo terminamos contra una pared besándonos con ansia. Cuando Keira nos sorprendió, alejarme de su boca fue como si alguien me hubiera rociado un extintor a medio metro de distancia.

Por suerte, empezó una locura de cuenta atrás y todo el mundo echó a correr como si alguien estuviera pegando tiros con una semiautomática.

Estaba tan afectado que ni comprobé el coche al subirme… Otro error imperdonable.

Y desde entonces, han sido uno detrás de otro porque la noche que Keira entró como Kaissa en el KUN me acosté con Sofía.

Salió a hablar conmigo mientras duraba el espectáculo y terminó convenciéndome de que me anotara su teléfono. Ya estaba perdido. No dejó de mandarme fotos subidas de tono y de tontear por el chat de mensajería. Me dijo que se había quedado con ganas de mí… Que sintió que conectamos y que me quería conectado a ella hasta que me corriera vivo.

Me mandó su dirección y me aseguró que estaría esperándome.

Cuando dejé al duque y a Keira en el chalet, con esa irrespirable tensión sexual entre ellos, puse el GPS y me fui directo a ver a Sofía.

En cuanto abrió la puerta de su apartamento, la estampé contra la pared y devoré su boca con fruición. Marca de la casa.

Nos pusimos a cien. Ella palpó mi pantalón y sonrió.

—Madre mía, esto promete mucho… —susurró en mi boca.

Su cuerpo sí que prometía placeres inimaginables…

No me dejó desnudarla allí mismo, sino que me obligó a ir a la cama para besarle cada centímetro cuadrado de piel como si quisiera tatuarle mis besos. Alguno se ve que lo hizo.

Sumergirme en ella fue una experiencia religiosa. Me perdí en un estado de felicidad inalcanzable. Follamos varias veces a lo largo de la noche, en distintas posturas. Usé condón. Condones. Y nos dimos toda clase de besos existentes: lentos, rápidos, húmedos… Su saliva me colocaba como nada en este mundo. Y cuando llegó la hora de irme me dijo que me quedara a dormir sin darle más importancia.

—¿Qué hay de Charly, el abogado? ¿Estáis saliendo?

—No. Solo follamos de vez en cuando. Y no es nada celoso. De hecho, le gusta el sexo en grupo.

—¿Qué? ¿Lo habéis practicado alguna vez?

—Sí. Alguna…

El problema es que hoy es sábado, y cuando le he propuesto volver a vernos, Sofía me ha contestado que ha quedado con Charly y me ha sentado fatal.

La he traído hasta el despacho presidencial para recordarle lo que se perdería si se iba con él, pero cuando he visto la nota todo se ha ido al garete. He tenido que avisar a regañadientes a Ástor y a Keira, como si el caso fuera algo totalmente secundario en mi vida.

«¡¿Qué cojones me pasa?! Esto es alucinante…».

Esta gente te aliena. Provoca que te olvides de todo. De lo que haces, de lo que eres, de por qué estás aquí… Sé que a Keira también le sucede. ¿Echaran algo en las bebidas?

Ahora, después de mi conversación con Keira y el duque, salgo del despacho y buscó a Sofía con desesperación.

Cuando por fin la encuentro, veo que está con Charly, riendo, dándose pequeños besos, haciéndose carantoñas… Casi se me disloca la puta mandíbula de apretarla tanto, ¡joder!

Sus ojos se topan con los míos y me lanza una sonrisa sensual que trasmite lo cachonda que la he dejado… para él. De pronto, el tío me mira como si lo supiera todo. Como si pudiera leerme la mente y entendiera perfectamente mi demencia por ella. En vez de verme como yo a él, como a un enemigo, me observa como si estuviésemos en el mismo equipo. Como si fuésemos unos afortunados por poder

disfrutar a Sofía. Y tengo que darle la razón: lo somos.

Un minuto después, recibo un mensaje de ella.

Sofía:

Te vienes a mi casa con nosotros? A

Charly no le importa

ástor

23

Desgástame

Un contraataque nunca es prematuro.

SAVIELLY TARTAKOWER

Ulises se ha ido hace nada y estamos solos.

Keira no ha dejado de observar la nota, de cavilar y hacerme callar para concentrarse hasta que se digna preguntarme a media voz:
—¿Estás bien?

—Sí…

—No te preocupes por esto, Ástor.

—¿Por qué? ¿Por el «se acerca tu hora»? No estoy preocupado.

—Pues lo pareces.

—Solo estoy cabreado, Keira.

—¿Conmigo o con el de la nota?

—Con los dos.

—No tienes motivos para enfadarte conmigo. No he hecho otra cosa que ayudarte.

—¿Cómo que no? Me estás volviendo loco…

—¿Yo a ti? Pensaba que era yo la que estaba loca por ti…

Cierro los ojos e inspiro hondo. «No puedo más».

Avanzo hacia ella y la acorralo contra una pared con rudeza. Mi cuerpo aprisiona el suyo y le hablo muy pegado a sus labios.

—Deja de joderme, Keira… Si me estoy comportando como un gilipollas inmaduro es por tu bien.

—¿Y de qué me estás protegiendo exactamente? —jadea, impresionada por mi cercanía.

—De mí mismo… No sabes quién soy. Ni lo que he hecho.

Le abro los labios con los míos y saboreo su lengua como no me ha dejado hacer antes. Saber que no podría escapar de mí aunque quisiera me excita mucho, y sentir que no desea hacerlo, todavía más.

—¿Tanto te preocupa que me enamore de ti? —apunta con sorna.

—No, de mí, no… De mis manos y de todo lo que quieren hacerte.

Me dejo de palabras y se lo demuestro. La beso con intensidad. Labios, mentón…, allí donde alcanzo mientras cuelo los dedos por debajo de su vestido, traspaso sus bragas y aprieto sus jugosas nalgas contra mí. Me encanta que ponga sus manos en mi cara, como si me prohibiera ir a ninguna parte que no fuera su boca.

Me dirijo a tientas hasta donde me interesa y la acaricio sin rodeos. No he dejado de pensar en su entrepierna desde que la probé. Sus bragas me molestan y decido arrancárselas de un tirón brusco. Su respiración se agita, y doy una tregua a su boca atacando su cuello.

Mis dedos se zambullen en su sexo y gime asombrada. Yo también lo estoy de encontrarla tan húmeda ya. Su excitación me da la razón respecto a cuánto le gusto, y es una confirmación muy peligrosa. Su deseo se traduce en algo tan resbaladizo y viscoso que mi raciocinio se pone en «modo salvaje». Es como el «modo avión», pero pensando en follar todo el tiempo.

Ojalá la vida tuviera una banda sonora que te avisara con música siniestra cuando estás a punto de joderla.

«A la mierda. ¡No oigo nada!».

Le subo el vestido hasta la cintura y le clavo mi erección donde

quiero hacerlo. No puedo esperar a quitarme la ropa. Necesito rozarme con esta mujer para satisfacer una desazón inmediata en un punto muy concreto.

Sentir que podría correrme sin metérsela me abruma un poco.

Keira gime de nuevo al notar mi desesperación. Ese sonido es un número uno en las listas de grandes éxitos, porque antes, cuando me ha apartado de ella en la sala de los tapices, he creído morir.

Sus manos van hacia mi bragueta apremiando que me desnude, pero no puedo dejar de arremeter contra ella; soy como un juguete estropeado que es incapaz de hacer otra cosa. Un jodido juguete del destino, como diría Shakespeare… Esto es lo que pasa en las segundas veces, que el ansia, al saber lo que te espera, te atropella y la impaciencia te impide pensar.

Al final, consigue desabrocharme el botón del pantalón con manos temblorosas.

—Ástor… —gime en mi oído—. El condón…

Me encanta ver que también tiene prisa por sentirme dentro.

Cojo un paquete plastificado de mi bolsillo y lo abro de un tirón con los dientes.

—Quítate el vestido —la insto mientras me lo pongo.

Lo hace por la cabeza de un solo movimiento, y se queda delante de mí tan solo con un sujetador negro de encaje al que le cojo manía al momento.

No me molesto en desabrochárselo. Arraso con él hacia abajo y libero sus pechos, metiéndome un pezón en la boca. Joder… ¡Son la hostia! Llenos, turgentes y tan enhiestos que harían perder el juicio a cualquiera.

Saborearlos de nuevo hace que se me ponga más dura que nunca. El miedo a que me reviente un huevo es muy real.

La llevo hasta mi escritorio, donde la acorralo por la espalda para que apoye las manos en la mesa. Sentirla tan enajenada me enerva.

—Voy a follarte a lo bestia —le advierto—. Sujétate bien.

Su cuerpo se tensa de pura anticipación y me preparo. Mi polla lleva chillando desde que he empezado a comerle las tetas y ya no puede más.

Cuando acerco mi sexo al suyo, Keira arquea la espalda instintivamente y me fijo en la curva perfecta de su cintura coronando

un culo increíble. La necesidad de colarme en su interior me somete y lo hago con una estocada certera.

—¡Dios…! —farfullo conmocionado.

Recibo tal descarga de placer que casi me parte la espalda. Ella gime de gusto y continúo con mi asedio.

Mi cuerpo arde y me pide moverme antes de que me consuma vivo. Mis manos van de su cintura a sus pechos echando más leña al fuego y acerco mis labios al pliegue de su cuello para besarla enardecido.

«¿Qué me está pasando?». El sexo nunca me había sabido tan bien. Debe de ser la tensión del día de hoy. El miedo. La furia. La conexión. Mi madre. El torneo… El puto Saúl queriendo estar tan dentro de ella como yo lo estoy en este momento. Y no puedo…, no quiero que nadie más disfrute de ella, ni de su cuerpo, ni de su mente, ni de sus ojos, ni de su juego ni de sus enfados… más que yo. Estoy loco, lo sé. Loco por ella. Maldito Héctor…

Le vuelvo la cara para morderle los labios mientras sigo bombeando sin misericordia. Estoy en una puta Navidad eterna. Lo que me dicen sus besos me lleva al límite y me demuestra muchas cosas. La primera, que no soportaría perder su permiso para volver a tocarla.

Pongo una palma en su hombro para infundir más profundidad a mis embestidas, penetrándola con fuerza una y otra vez. No quiero que llegue el final, pero cuando lo noto cerca vuelvo a pegarme a su cuerpo y muevo la mano hasta su clítoris.

—Córrete conmigo…

Las piernas le flojean al atacar su punto débil sin delicadeza y sin dejar de ofrecerle acometidas rápidas y secas.

La sujeto del hombro cuando siento que está a punto de llegar para ejercer más resistencia en su carne.

—¡Me corro…! —avisa entre dientes—. ¡No pares!

Y no lo hago hasta que explota en un gemido sordo brutal. Siento cómo sus músculos convulsionan alrededor de mi polla, y solo entonces me dejó ir. Echo la cabeza hacia atrás, aferrado a Keira, y me derramó dentro de ella con una sensación de paz extracorpórea.

No tengo palabras para describirlo porque no existen en el diccionario. Ningún adjetivo haría justicia a lo que acabo de sentir.

Apoyo mi frente en su hombro y sigo jadeando, sin moverme.

—Esto ha sido un cien —sentencio.

Sé que sonríe, aunque no la vea.

—Al cuadrado —añade jocosa.

Salgo de ella y nos ponemos en marcha para vestirnos.

Este momento es el que menos me gusta de estos encuentros. La vuelta a la realidad. Descubrir que he roto sus bragas de un arrebato. Encontrar su vestido del revés. Subirme el pantalón con cero glamour. Tener que hablar cuando ya está todo dicho.

Cuando me meto la camisa en el pantalón y me pongo la chaqueta, Keira ya parece estar lista, y el instante llega. Toca mirarla a los ojos y rendir cuentas sintiéndome muy pobre.

No es una sonrisa lo que hay en su cara, es una mueca de satisfacción pura y dura que me complace mucho más. Me acerco a ella.

No sé qué decirle. Me deja sin palabras.

—¿Qué? —Me sonríe.

—¿Qué de qué…? —Le sonrío.

Me acerco mucho a ella, como si fuera a contarle un secreto.

—Me ha encantado —confieso rodeándole la cintura.

—A mí también.

—Y quiero repetir —la aviso, juntando nuestras frentes.

—Ya veremos…

—¡¿Cómo que ya veremos?! —me quejo.

La aprisiono entre mis brazos y se ríe. Tiene una sonrisa preciosa… Ojalá nunca sepa que sonriendo como lo hace puede conseguir cualquier cosa de mí.

—Depende de cómo te portes y de lo sospechoso que me parezcas —bromea juguetona.

Sonrío otra vez, como un tonto.

—Eso no es lo que pone en tu contrato. Pone que aquí dentro me perteneces… y quiero tenerte de todas las formas posibles.

—¡Nos ha salido caprichoso, el niño! —exclama divertida.

—No sabes cuánto… —Y pruebo sus labios de nuevo con avaricia.

Me quedaría a vivir en ellos. Qué pena que sea imposible.

—Deberíamos volver a la fiesta —dice con esa culpabilidad que a veces tiñe su voz.

Me pongo en su lugar y la entiendo, está de servicio, pero somos tan inevitables como tratar de detener el viento con las manos.

—Volvamos, pero querré largarme pronto a casa. Diré a Héctor que se ponga los tapones y que no se los quite en toda la noche.

Se ríe.

—Te recuerdo que mañana continúa el torneo…

—A la mierda el torneo.

—Vaya, vaya… —Sonríe ufana—. Ten cuidado, que te enamoras…

—Me encantaría jugar la final contra ti —digo de pronto—. Y que me pidieras la revancha una y otra vez en la cama…

Me tapa la boca mientras se parte de risa, y sonrío contra su mano. Me parece increíble estar así con ella… De hecho, con nadie.

—Vámonos ya, necesito hablar con Saúl —dice solícita.

—Ve con pies de plomo, te desea.

—Lógico, si siempre estáis de acuerdo —me vacila pizpireta.

Se deshace de mi amarre y tira de mi mano para abandonar el despacho. Será lo mejor, porque estoy a punto de empezar otra tanda de besos de los que terminan en un orgasmo sincronizado.

Una vez fuera, me tomo un whisky mientras Keira habla con Saúl. No miro hacia ellos ni una vez. Paso. Necesito dejar de pensar en ella y disfrutar de unos minutos de paz, ahora que todos mis soldaditos siguen batallando en el fondo de un profiláctico.

—Me alegro de que hayáis hecho las paces —me dice Héctor con una sonrisa sabionda.

—Gracias. Esta noche ponte los tapones si quieres pegar ojo.

Suelta una carcajada y le sonrío de medio lado.

—¿Vais a hacer un trío? Porque Saúl parece muy interesado…

—Deja de tocarme los huevos, hermanito —lo aviso—. Keira puede hablar con quien le plazca, mientras solo folle conmigo.

«¿A qué viene este ataque de exclusividad, si solo es sexo? ¿O no lo es?», prorrumpe una voz en mi cabeza.

De pronto, veo que Ulises vuelve de dondequiera que estuviera. Y por su aspecto desaliñado, diría que viene de lo mismo que Keira y yo.

Ambos compartimos una mirada en la que parecemos leernos la mente. Nunca me había pasado tan pronto con nadie. ¡Es como si nos conociéramos de otra vida! Como si formáramos parte de la misma

estrella cuando el universo estalló en el jodido Big Bang.

Antes de acercarme a él, doy un gran sorbo a mi copa. «Allá voy».

—¿Quieres beber algo? Te veo un poco deshidratado… —le vacilo.

—No, gracias. Estoy de servicio.

—¿Al mío o al de Sofía?

Ulises hace una mueca. Pero no replica.

—¿Al menos has sonsacado algo útil a Sofía o… ni habéis hablado?

Me mira muy serio.

—Hemos hablado de lo mismo que Keira y tú, ¿te vale?

Me alucina que nos entendamos tan bien. Hablar con él es adictivo.

—¿Te molesta? —le preguntó directo.

Es nuevo para mí hablar tan en clave con alguien que no sea Charly o mi hermano. No hace falta que le diga a qué me refiero. Y no hace falta aclararle que su compleja relación con Keira me perturba un poco.

—No me molesta, mientras no le hagas promesas que no puedas cumplir… Yo nunca se las he hecho. Siempre he sido sincero con ella.

—Yo también.

—¿Cómo vas a serlo, si no eres sincero ni contigo mismo?

Lo miro alucinado. ¡¿Cómo puede fascinarme y crisparme tanto a la vez?!

Trago saliva, incómodo por no poder gritarle como estoy deseando. Y algo me dice que, aunque estuviéramos solos, tampoco lo haría.

—Y Sofía, ¿ha sido sincera contigo? —Vuelvo a la carga, intentando mantener la compostura.

—¿Sobre qué?

—Sobre con quién va a irse de la fiesta esta noche aunque acabe de follar contigo a saber dónde.

Ulises mira al suelo y se toca la nariz, contrariado.

—Eso es cosa suya.

—Sofía tiene muy claro lo que quiere en la vida.

—Y yo también. Y Keira. Eres tú el que al final lo joderá todo con tus contradicciones de mierda.

Joder…

—No me conoces para decir eso —rezongo.

—¿Y tú, te conoces… o ya no?

—Te estás pasando, tío.

—Ojalá sea cierto. Porque hay muchas cosas de ti que no me cuadran. Ten cuidado.

Intenta alejarse de mí, pero lo bloqueo. No he terminado aún con él.

—¿No será que estás celoso y prefieres verme como un monstruo?

Me mira fríamente y sonríe malicioso.

—Nunca podría tener celos de ti. —La seguridad con la que lo dice se me clava hasta las costillas—. Tú nunca podrás darle lo mismo que yo… Y no me refiero a sexo. Cualquiera puede follarse a una chica, pero llegar a su corazón es más difícil. Y al de Keira muchísimo más.

Me quedo frío. «¿Para qué cojones me empeño en hablar con él?».

—Solo quería advertirte sobre Sofía —respondo, creo que a mí mismo.

—Y yo sobre Keira. No le hagas daño o tendré que partirte esa cara de panda que tienes.

Me quedo descolocado. «¡¿"Cara de panda…"?!».

—Me encantaría ver cómo lo intentas. —Y lo he dicho en serio.

Me voy de su lado perturbado porque consigue sacar lo peor de mí. O quizá sea lo único que queda de mi yo real… No puedo hablar así con nadie del KUN, y me sorprendo pensando en lo mucho que disfruto haciéndolo.

Vuelvo con mis amigos e intento soportar la velada, que se traduce en un par de horas más en las que no imaginaba que iba a pasarlo tan bien. Keira y yo estamos cariñosos delante de la gente. Jugar a no besarnos en público es excitante, sabiendo que ambos lo estamos deseando.

La he visto hablar con Ulises un par de veces; no estaban discutiendo, pero me ha parecido que él tenía algún problema. Por mucho que diga que lo tiene controlado, se ha quedado chafado cuando Charly y Sofía han abandonado la fiesta muy juntos.

La vuelta en coche ha sido una sesión de masoquismo.

Iré al infierno por torturar a Keira sabiendo lo mucho que le

gustan mis manos.

Cuando le he acariciado la pierna, ha cogido mi otra mano y la ha colocado sobre su corazón para que notara lo rápido que le bombeaba. Le he mirado los labios y he querido besarla como antes, pero no me fiaba de poder parar si empezaba.

Al llegar a casa, Ulises se ha subido a su coche y ha desaparecido. Héctor se ha despedido de Keira y de mí con guasa, y nosotros… nosotros hemos empezado a besarnos a lo bestia y a rebotar contra todas las paredes antes incluso de entrar en la habitación.

No sé qué me ha poseído, quizá el espíritu de un veinteañero que no tiene otra cosa que hacer que vivir el sexo a pleno rendimiento, pero he sentido la necesidad de cumplir la fantasía con la que todo hombre sueña al menos una vez en su vida.

En realidad, es una de las fantasías más recurrentes tanto en hombres como en mujeres, y cuando en la fiesta de Guzmán me preguntó qué haría si pudiera…, mi imaginación se disparó.

—Keira… —jadeo en su boca, ansioso.

Estamos piel con piel, completamente desnudos, besándonos ensimismados, y sigue haciéndolo después de contestar con un simple «qué», como si no deseara perder tiempo entre frase y frase.

—Quiero que pierdas el control…, que te olvides de quién soy y del caso, y que me dejes ser el Ástor que una vez fui… contigo.

—Sí —contesta excitada—. Sí, joder…, quiero verlo.

—Para eso tienes que someterte a mí.

Me mira, encendida, ansiosa por saber a qué me refiero.

—Quiero atarte —confieso con una voz vibrante y oscura—. Quiero sentir que confías en mí…, que podría hacerte cualquier cosa, que estás a mi merced.

Keira intenta pensar con claridad por encima de la excitación, pero eso es lo peor que puede hacer. El sexo es todo lo contrario a pensar, es dejarse llevar. Capturo un pecho con mi boca y empiezo a chupárselo con fruición mientras amaso el otro. Mi polla presiona su vientre, rabiosa, y Keira gime desconcertada por estar planteándose mi petición.

—Quiero hacerte sentir cosas que nunca has sentido … Di que sí, por favor.

—¿Quieres atarme? —jadea pensando en voz alta.

—Necesito sentir que confías en mí. —La miro fijamente, muy quieto.

Volvemos a besarnos de una forma lenta y estudiada que nos pone como motos. Ni siquiera espero a que me dé el sí verbalmente. Alargo la mano y rescato una cinta que sé que está debajo de la cama. Es de velcro y se adapta muy bien a sus muñecas. Keira no opone resistencia. En silencio, me lanza una mirada cargada de erotismo y se queda con los brazos doblados a noventa grados a ambos lados de su cabeza. Está a la espera.

Vuelvo a besarla con delicadeza y a la vez le acaricio los pechos con deleite. También sus brazos y toda la piel que encuentro por el camino. Se retuerce gustosa, deseando mucho más y alzando el culo frustrada por no poder tocarme. Así es como la quiero: ansiosa.

Beso esa ansiedad y mi mano va directa a su entrepierna para introducir un dedo hasta el fondo sin dejar de besarla. Los jadeos que se le escapan entre un beso y otro reverberan en mi polla, y muto a un estado animal. Se respira el deseo a través de nuestras bocas entreabiertas, pero me trago sus gemidos impacientes.

—Chist… Relájate —le pido cuando noto su agitación.

Sigo besándola lentamente mientras la masturbo cada vez más rápido. La presión con la que su sexo se acopla a mis dedos me hace poner los ojos en blanco de placer.

No puedo más y bajo por su vientre, completamente plano y tan suave que podría llorar. Cuando llego a su centro, lo devoro sin miramientos. Su ardoroso estado empieza a ser preocupante.

—Voy a tener que atarte entera —musito en su monte de Venus al ver cómo le tiemblan las piernas.

Busco otra cinta de velcro debajo de la cama y le ato un tobillo. Repito la operación con el otro y se queda con los muslos separados, totalmente expuesta para mí.

Es como un sueño hecho realidad. Y una pesadilla para Keira, porque empiezo a torturarla con mi boca y con mis manos con una crueldad lenta y sinuosa.

—Ástor… —se queja excitada—. Métemela ya.

—No pienso hacerlo hasta que me lo pidas bien.

—¿Qué…? —farfulla, y piensa rápido—. Por favor…, ¡fóllame ya!

Mis dedos surcan sus muslos, venerándolos hasta su entrada que

está muy bien depilada, hinchada y brillante para mí. La boca se me hace agua y tengo que tragar saliva antes de poder hablar.

—Con un «por favor» no basta —digo con una calma inusitada—. Tendrás que llorar.

—¡¿Qué…?! ¡No voy a llorar! —protesta estupefacta.

—Eso ya lo veremos.

Me centro en torturarla sexualmente sin piedad. La llevo al borde del precipicio en un par de ocasiones, y se enfada cuando impido que se corra. Me tumbo sobre ella y dejo que note el peso de mi cuerpo sobre el suyo, que fantaseé sobre cómo sería tenerme dentro atravesando su carne y llenando por fin el vacío que siente.

Gimo con fuerza solo con imaginarme enterrado en sus entrañas.

—Va en serio…, ¡no puedo más! —jadea desesperada, y sonrío maquiavélico.

Esa frase es falsa. Siempre se puede más. Si supiera cuánto estoy sufriendo yo también… y lo que lo necesito.

Me sitúo entre sus piernas abiertas de rodillas, con la espalda recta, y coloco sus muslos por encima de los míos. Me quedo mudo ante semejante visión. Empiezo a acariciarme despacio, arriba y abajo, y ella me mira con la respiración entrecortada. Se retuerce al observar cómo mi duro miembro llora por ella.

—Ástor… —Su tono suena sospechosamente a suplica.

—Dame lo que quiero y te prometo que te follaré… Sin piedad.

Resopla sobrepasada, deseándolo con fuerza. Me pego a ella para restregarle la polla contra sus pliegues hipersensibilizados. Sé que cada roce absorbido por su clítoris, hambriento y ávido por recibir cualquier estímulo, es un martirio. La oigo gritar y la noto tensarse. Intenta frotarse contra mí.

—Entrégate… —susurro con languidez—. Te voy a dar el orgasmo más grande de tu vida, cariño.

Masturbarla con la punta roma de mi miembro debe de ir en contra de los derechos humanos.

Aprieto los dientes sin dejar de moverme arriba y abajo, sin llegar a penetrarla. Empieza a gimotear, y hago un esfuerzo por no ceder a su necesidad y darle lo que anhela. Si no fuera porque no llevo un condón puesto, ya me habría hundido en su cuerpo sin remedio. En el momento en que me separo de ella para coger uno, lo oigo: —¡Nooo!

¡Vuelve…! —dice a punto de echarse a llorar—. Por… favor…

La última palabra la solloza, rendida.

Me pongo el condón en dos segundos y me cierno sobre ella de nuevo, juntando nuestras frentes.

—Soy todo tuyo, Keira.

Me introduzco en su sexo con un movimiento brusco que nos hace gritar a los dos. Héctor ha tenido que oírnos incluso con tapones. Me clavo todo lo que puedo en ella con embestidas violentas que destrozan nuestras terminaciones nerviosas.

La sensación no es de este mundo. Esto no es física, es metafísica. Su cuerpo y el mío han sido creados para esto por un ser superior.

Un inoportuno orgasmo pide asistencia en la parte baja de mi espalda, pero lucho contra él perdido en un bucle de goce incalculable.

Nos besamos con fanatismo, respirando cuando nos acordamos. Embebo las manos en su culo para pegarla todavía más a mí y no dejo de empujar salvajemente como si quisiera romperla en dos. Como si quisiera marcarla. Grabarme en su piel. Dejar mi sello. Mi firma. Mi alma…

—¡¡¡Joder…!!! —grita Keira al llegar al clímax.

La presión que ejerce en mi polla es tan brutal que empiezo a delirar perdiéndome en el limbo de un placer demasiado crudo.

Esto es demencial. Imposible. Inaudito.

Entro en pánico porque nunca me he sentido así. Tan abrumado y avergonzado. Cuando la miro a la cara, veo dos marcas húmedas al lado de sus ojos y se las borro con los pulgares. Soy incapaz de hablar. Keira tampoco. Tan solo podemos mirarnos incrédulos y embargados por un sentimiento único.

La beso sobrepasado, sin saber qué esperar.

—Ha sido la hostia —dice entonces—. Casi me muero…

—¿Ha merecido la pena?

—Sí, joder… Creo que voy a tener agujetas por haber aguantado tanta tensión.

—Eso es un eco.

—¿Qué?

—La tensión que todavía sientes. A veces no es posible liberar toda la energía acumulada en un solo orgasmo.

Salgo de ella llevándome el condón conmigo y lo tiro a la papelera antes de volver para desatarla.

Nos metemos en la cama y la resguardo en mi pecho durante unos minutos. Esta plenitud es nueva para mí y quiero disfrutarla solo un instante, hasta que me recupere. Nuestros labios no tardan en buscarse de nuevo sin preguntas. Y van aumentando la intensidad de los roces hasta que cojo otro condón de la mesilla y la insto a ponerse encima de mí, a horcajadas. Si pudiera verse desde mi perspectiva ahora mismo, con todo el pelo alborotado, sus pechos bamboleándose y la fantástica curva de su cintura iluminada por ese brillante en el ombligo, se daría cuenta de lo sexy e increíble que es.

Oír cómo se corre cabalgándome de forma tan sensual provoca que yo también me deje ir.

Pero la cosa no termina ahí. No podemos parar… No deseamos que la noche termine nunca. Hablamos y volvemos a hacerlo en distintas posiciones. Queremos desgastarnos. Pulverizar este sentimiento de tanto usarlo, pero no nos aburrimos de nuestra piel hasta que, horas después, estamos demasiado escocidos para seguir abusando de nuestros genitales.

—¿Crees que iba en serio lo de la crema de tu madre? —pregunta chistosa—. Porque ahora mismo la necesito de verdad.

Me río, haciéndola rebotar contra mi pecho. Estoy boca arriba y tengo a Keira acoplada a mi cuerpo como un koala con mi brazo por encima.

—Eso es karma puro y duro.

—¡Cállate! —Se ríe—. Más bien es el taladro percutor del duque de Lerma… Mañana te voy a tener a pan y agua, que lo sepas.

—No me importa. —Finjo indiferencia—. Mañana tengo que concentrarme en ganar. A primera hora sabremos cuándo jugamos y contra quién. Solo habrá ocho partidas y serán multitudinarias, ya verás qué pasada.

—Lo estoy deseando —contesta medio amodorrada.

—Y yo.

Le doy un beso en la cabeza y me mira para que se lo dé en los labios. Cumplo sus deseos recreándome un poco en ello y le deseo buenas noches.

No seré yo quien señale que parecemos algo más que «compañeros

de sexo», cuando no podemos ser nada más.

Lo único que sé es que me duermo con una sonrisa en la boca por primera vez en siete años.

keira

24
La habitación maldita

El ajedrez es el cuento de hadas de los 1001 errores.

SAVIELLY TARTAKOWER

Domingo, 15 de marzo

¡Ay…! Estoy emocionada.

Al ser mi primer torneo presencial no tengo ni idea de cómo será esta fase, pero la expectación de cualquier evento friki, sea de lo que sea, siempre alcanza cotas insospechadas de nervios buenos y estrés.

No es una sorpresa que sea la única mujer que haya conseguido llegar a la eliminatoria de los mejores dieciséis; que todo el mundo quiera hablar conmigo sí que lo es. Y lo que más me sorprende es que no me importe atenderles con una sonrisa. ¿Qué me pasa?

El día se ha planeado para que haya cuatro partidas por la mañana y cuatro por la tarde. Ástor juega el último de la mañana y yo la penúltima de la tarde, así que nos espera una jornada intensa.

Aunque para intensa la noche de ayer… Pfff…

Cuando se lo cuente a mi madre, no se lo va a creer. Empezará a gritar, eso seguro. Hasta yo tengo ganas de hacerlo.

Querrá detalles sucios: de medidas, grosores y tamaños, o lo bien que Ástor se maneja con la lengua por todas partes. Y en esto último le pongo la máxima puntuación. ¡Ay, Dios mío…!

Esta mañana, me ha despertado besándome el cuello y arrimando cebolleta. Bueno, lo suyo más bien es un manojo entero…

No sabía cómo decirle que mi entrepierna estaba cerrada por derribo, pero que no haya insistido mucho demuestra que lo presentía. Ha empezado a besarme los pechos y luego ha ido bajando hacia mi ombligo, entreteniéndose en mi pendiente con devoción. Después… me ha mimado de lo lindo ahí abajo. Como si pretendiera curármelo a lametazos. El orgasmo ha sido apoteósico. Creo que le he tirado del pelo demasiado fuerte, porque me ha dicho entre risas que iba a dejarle calvo.

Por supuesto, luego le he devuelto el favor cuando nos hemos duchado juntos. ¡Ha sido una pasada!

Toda la noche lo fue, en realidad. Lo único que lamenté fue no haber podido hablar con Xavier en la fiesta, pero esta tarde juega en la última mesa y lo pillaré por banda para preguntarle por Carla.

¿Cómo? No lo sé. Algo se me ocurrirá.

Cuando llega la partida de Ástor, estoy atenta por si veo al decano, pero no hay suerte. «¿Dónde se habrá metido ese hombrecillo?». Mis compañeros me darán la respuesta ya que anoche ordené que empezaran a seguirle.

No sé si servirá de mucho, porque esa gente no se mancha las manos. Lo dirigen todo desde el sillón de su casa mientras acarician a su gato.

Antes de ocupar su asiento para jugar, Ástor se acerca a mí y sonrío sabiendo lo que viene a buscar.

—Vengo a que me desees suerte —dice con una sonrisa tan granuja que no puedo resistirme.

Lo agarro del cuello de la camisa y lo acerco a mí muy despacio

mientras lo veo perder la mirada en mis labios. Le acaricio la nariz con dulzura antes de darle un casto beso sin lengua que significa mucho más que un «te deseo». Significa «me gustas», que es más bonito.

Algunos silban al verlo.

¡Qué vergüenza, por favor!

Ahora que es de verdad, que estos besos son reales, todo me afecta de un modo distinto. Porque esto no es «solo sexo», como me juré ayer. Ástor me gusta de verdad. Bueno, quizá «gustar» sea demasiado simple. Ástor me emociona, me revuelve, me intriga, me derrite…, y presiento que puede ser algo importante para mí. Un punto de inflexión en mi vida. Se han tenido que alinear los planetas para conseguir que me sienta así, y el hecho de ser correspondida me resulta completamente nuevo, porque creo que Ástor siente algo parecido.

¿Hasta cuándo? Ni idea.

Hasta que nos cansemos o se complique, por probabilidad.

Finalmente, el duque toma asiento y comienza la partida.

Como es habitual en él, se desabrocha todos los botones que encuentra, en su cuello, sus muñecas…, como si esa opresión le impidiera pensar con claridad. Está guapísimo con una camisa blanca de rayas azules y beis de diferentes grosores. La acompaña con un pantalón chino azul marino y unos zapatos marrones. No sé si Mireia le conjunta la ropa, pero el estilo que derrocha es apabullante.

Muchos ojos permanecen atentos a su primer movimiento. Ástor es el gran favorito, pero su rival empieza duro con las blancas y enseguida se pone interesante. Ambos se toman su tiempo para trazar la táctica y van moviéndose por el tablero huyendo el uno del otro casi todo el tiempo. Llega un momento en el que entran en bucle, y me maravilla ver cómo cambia de estrategia y empieza a apoyarse en sus peones. «Bien hecho…». La infalible fuerza del pueblo es lo que determina la calidad de una comunidad, y consigue sacar adelante la partida.

La gente aplaude entusiasmada cuando Ástor y su oponente se dan la mano al finalizar. Corro hacia él para abrazarle por detrás como el koala que soy.

—¡Enhorabuena! —exclamo contenta.

Vuelve la cabeza y me pide un beso a cambio de una sonrisa juvenil que me deja sin palabras.

Se lo doy asomándome por encima de su hombro, haciendo que mi melena caiga hacia delante en cascada y oculte nuestra intimidad. Él me retiene por la nuca para darme un par de suaves mordidas.

«Madre mía…, ¡cómo estamos!».

De pronto, noto que muchas personas nos miran, incluso me ha parecido que una nos hacía una foto. Ya me veo mañana en todos los quioscos.

«No pasa nada… Es tu tapadera, Keira…». Solo que… no lo es.

No entiendo a qué viene tanta expectación. Imagino que Ástor nunca se había comportado así en público y les choca verlo, pero no sé…, ¿tan aburrida está la gente de su vida? A mí nunca me ha interesado de quién se enamoran los demás.

«¡Uy, lo que he diiichooo! Borra eso…».

A falta de Xavier, aprovecho para hablar con Sofía, porque anoche, a partir de cierta hora, desconecté del caso, lo admito. Llega un punto en el que además de ser policía eres persona. Pero se acabó el descanso. Es tiempo de volver a la investigación hasta tener novedades o permisos. La respuesta está cerca. Lo sé. Está en el grupito siniestro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo a Sofía con cautela.

—¿Es sobre sexo? Ya he visto que Ástor y tú os habéis lanzado… —Sube las cejas tunanta.

—No es sobre Ástor. Pero tú sí tienes que contarme sobre tus chicos… Me preocupa un poco Ulises.

—No te preocupes por él. ¡Está encantado! Sabe que solo es sexo.

—Sí, ya… —Sonrío culpable—. Solo que el sexo nunca es «solo sexo» si lo haces con alguien que se parece al antiguo amor de tu vida.

Sofía se me queda mirando y, de repente, resopla y estalla.

—Vale, me has pillado… ¡No sé ni lo que estamos haciendo! —Se tapa la cara con las manos—. ¡Voy dando tumbos! Solo sé que no puedo evitarlo… Pero tengo grandes esperanzas de que esto se nos pase pronto. ¿Te sirve?

Sonrío porque ese discurso me suena mucho. Demasiado.

—Sí, me sirve… — Y voy al grano—: Quería preguntarte sobre Carla.

—No dejo de pensar en ella —me interrumpe más seria—. Creo que por eso estoy actuando como una loca, porque necesito quitármela de la cabeza… Cada día que pasa sin que me llame voy a peor y sé que tarde o temprano explotaré. ¿Qué querías saber, Keira?

—Carla y Xavier —concreto—. ¿Sabes si se conocían o tenían algún tipo de relación?

—Él era un baboso con ella, como con todas las amigas de su hijo… Siempre va tratando de averiguar si el padre les interesa más que… la copia. «El Arnau original», como dice él.

—¿Te comentó Carla algo sobre Xavier? ¿Algo fuera de lo habitual?

—No, que yo recuerde… Solo tuvo bronca con Saúl cuando quiso meterse a Kaissa.

—Me lo ha contado. Y me ha dicho que a ti también te pareció mal que Carla se metiera.

—¡Claro! Si Carla quería formar parte del club podría haber solicitado la membresía femenina, como hice yo. Apoyarme y hacer fuerza con la causa… Pero tenía mucha prisa por entrar cuanto antes…

—¿Por qué crees que tenía tanta prisa?

—Ni idea. ¡Fue de la noche a la mañana! Tomó la decisión y a ninguno nos pareció bien.

—¿Puede que Xavier la amenazara si no lo hacía?

Sofía se encoge de hombros.

—Yo solo sé que si se hubiera ido por su propia voluntad o si tuviera otra oferta, como insiste en señalar Charly, me lo habría contado para evitar que me preocupara. Siempre nos preocupamos cuando una chica desaparece.

—¿Quién hace desaparecer a las chicas? Dímelo, Sofía —le exijo.

—¡No lo sé! Es lo que trato de averiguar. Pero es alguien que tiene conexiones con el extranjero, porque a menudo las localizamos muy muy lejos de casa…, en otros continentes, convertidas en esclavas.

—Dame nombres, Sofía.

—¡No sé nombres! Solo sé que pasa… Y que nadie hace nada por evitarlo.

Esto me preocupa. ¿Será cierto?

—¿Estás diciendo que se las llevan a la fuerza?

—Todo indica que no, pero…, sé que es un abuso de poder.

Me quedo pensativa. ¿Quién estaba esperando a Carla en la calle aquella noche? La furgoneta blanca era robada. ¿Quién se tomaría tantas molestias y por qué?

Voy uno por uno, Charly, Héctor, Sofía, Saúl, Xavier…, analizando las posibilidades de movimiento, sus sueños y obsesiones y cómo relacionarlas con Ástor. Sin embargo, no veo la respuesta. ¡Necesito más pistas!

Después de la última partida, nos vamos todos a comer a un asador cercano. Ulises se queda fuera, preservando su imagen de escolta buenorro, y se come un bocadillo de beicon y queso tumbado sobre el capó de su coche mientras toma el sol de marzo. Sofía y Charly no pueden resistirse a esa imagen y se excusan para salir a fumar y hablar un poco con él.

Me da un ataque de risa en la comida cuando Héctor cuenta una anécdota sobre Ástor. Por lo visto, su madre solía preguntarle de pequeño si quería «chichi» (diminutivo de chicha), refiriéndose a la carne, y a los nueve años, el propio Ástor le advirtió que dejara de decir eso porque estaba manipulando su futura orientación sexual.

Ver reírse a Ástor hasta el punto de ahogarse ha sido increíble. No pensaba que fuera posible. Y creo que él tampoco.

Después de los cafés, volvemos al club y empiezan las partidas de la tarde. Tras presenciar la primera, Ástor tira de mi mano y me lleva hasta la sala de los tapices.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto sonriente. ¡Como si no lo supiera…! ¡Jur, jur!

—Hemos venido a borrar un recuerdo… —susurra atrayéndome hacia él y rodeando mi cintura—. Te quiero a esta distancia, no más lejos, ¿entendido? Todavía no he superado que huyeras de mis labios en esta habitación.

—Pobrecito… —Sonrío burlona y le beso con una ternura inusitada para subsanarlo.

El morreo me lleva derechita hacia la consola de los sueños prometidos. Tiene la altura perfecta para que Ástor se apoye en ella, me coloque entre sus piernas y siga saqueando mi boca con comodidad.

—Me doy miedo a mí mismo —confiesa pegado a mis labios.

—¿Por qué?

—Porque no me canso de comerte —farfulla entre besos obscenos.

Confirma su frase besándome con voracidad, y me derrito entera. Sentir cómo sumerge los dedos en mi pelo y gradúa el ángulo perfecto de mi cabeza para seguir devorándome como necesita licúa todos mis principios policiales. Su ansia me resulta sexy y salvaje. Que me maneje a su antojo para satisfacer un extraño trauma oculto me pone a cien.

—¿Sabes si hay pastillas para que esto se me pase? —dice agobiado.

Y me echo a reír. ¿Pastillas «Antilove»?

—¡En serio! ¡Un antiviagra o algo así! —continúa la broma con una sonrisa pilla.

Poco a poco, sin embargo, se le funde en los labios y vuelve a coger ritmo en mi boca durante otro minuto.

—Me siento mal por estar tan pletórico contigo, Keira, con todo lo que está aconteciendo en mi vida. Alguien va a por mí, Carla ha desaparecido y solo puedo pensar en… en meterme en tu cuerpo… Esto no es normal, se mire por donde se mire. No suelo ponerme así por ninguna mujer.

«JO-DER. ¡Eso ha sonado a declaración de amor!, y solo hace cuatro días que nos conocemos». Vale que ya nos hemos presentado a nuestras madres, nuestros mejores amigos, nuestras mascotas familiares e, incluso, nos hemos confesado algunos de nuestros secretos mejor guardados, pero… Bueno, también me estoy aprendiendo su cuerpo de memoria en sentido bíblico. Sin embargo, su mente es otra historia… y no digamos ya su corazón.

Sé que todavía me oculta cosas, pero sentir que está tratando de ser sincero, de contarme cómo se siente, de darme acceso a una parte de él donde no ha conseguido llegar ninguna otra mujer desde hace tanto tiempo me enternece mucho. Noto que está confuso, aunque no sé exactamente por qué.

—Estás soportando mucha presión, Ástor. —Le acaricio el pelo con afecto. Y va para los dos—: La psicosis, la incertidumbre… Estamos pasando muchas horas juntos y creo que es normal magnificarlo todo… Ya sabes, el efecto Gran Hermano. Muchas horas de roce…

—Supongo que sí… Pero cuanto más me rozo contigo, más me picas.

Me besa de nuevo, casi con angustia, y mis labios terminan fugándose para fundirme con él en un abrazo en condiciones. Nos quedamos unos segundos quietos. Solo sintiéndonos y teniéndonos.

—Quiero darte las gracias… —Oigo su voz en mi cuello.

—¿Por qué?

Se separa un poco para mirarme a los ojos y continúa:

—Por hacer lo que haces por mí… ¡Y no digas que es tu trabajo! Porque no lo es. Este abrazo no lo es. Ni tu forma de ser, ni tu cuerpo ni tu sonrisa… Todo eso no es tu trabajo y lo estás compartiendo conmigo, además de ayudarme con mi psicópata particular. Eres una mujer increíble, Keira… Ahí fuera nadie conoce tus proezas como policía y, aun así, soy la envidia de todo el mundo ahora mismo. ¿Entiendes eso?

Sus palabras se me clavan muy hondo en el corazón.

—¿Intenta decirme algo, señor Ástor? —Sonrío vergonzosa.

—Que me gustas… Y no solo sexualmente. Me gustas toda tú.

—¿Buscas que te diga que tú a mí también? —pregunto con sorna —. ¿Crees que puede gustarme el duque de Lerma, alias pitufo gruñón?

—¿Pitufo?

—¿O era el enanito gruñón?

—Se me está bajando la erección, cariño…

Vuelvo a reírme con ganas.

Dios…, ¿y lo importante que es reírse con un hombre? ¡Es una parte enorme del pastel!, y más si va relleno de honorabilidad y de unos pectorales de ensueño.

Lo miro arrobada, pero sé que no puedo decirle que, a pesar de toda la burbuja de posición social, el físico de deidad griega e inteligencia suprema que rodean a Ástor de Lerma, me gusta su personalidad. ¡Ni de broma se lo cuento!

No quiero que piense que me tiene comiendo de su mano.

Ni que se raye con que me estoy haciendo ilusiones acerca de nada. Ya hablaré con ellas cuando llegue el momento y las haré entrar en razón. Por ahora, tengo que seguir defendiendo que esto es solo sexo. Una situación. Una casualidad. Pura fantasía química. De lo

contrario, sé que se alejará de mí rápido. Porque algo le atormenta. Puedo sentirlo, aunque sea invisible.

Voy a demostrarle, y a demostrarme, que sé tener los pies en la tierra, después de todo.

—¿Estás diciendo que, si yo no fuera la inspectora de tu caso y nos hubiéramos conocido…, digamos en…, no sé, en un torneo de ajedrez, sentirías la misma atracción por mí?

Analiza mis palabras cargadas de una lógica innegable.

—No contestes. —Pongo mis dedos sobre sus labios—. Ya te digo yo que no, pero puesto que estamos metidos en esto vivámoslo hasta el final, ¿te parece? Me ha encantado cómo has ganado esta mañana, Ástor.

Mis labios rozan los suyos de forma sensual y él aviva el beso olvidándose de la pregunta anterior.

Nos comemos con fruición durante unos segundos y acaricia mi culo apretándome más contra él. Creo que este huevo quiere sal…

Leyendo mis pensamientos me aúpa sobre su cuerpo haciendo que deje de tocar el suelo y me incruste en él. No tarda nada en girar sobre sí para acorralarme contra la consola y demostrar lo bien que podrían encajar nuestros cuerpos sin ropa.

«Tengo que comprarme un mueble de estos… Tiene la altura perfecta».

Cuando comprueba lo lista que estoy para una nueva intrusión, un gruñido de expectación escapa de su boca.

—No me rompas las bragas, por favor —le suplico.

Suelta un resoplido de risa tan chulo que no tengo más remedio que comérmelo a besos al tiempo que le acaricio la cara mientras intenta quitármelas sin romperlas.

No sé cómo lo consigue, con lo pegados que estamos.

Su miembro roza mi centro, que ya está desesperado por él.

—Joder, el condón… —lamenta. Y se queda parado un momento —. Mierda, no he traído.

—¿No has traído? —pregunto incrédula.

—No pensaba hacer esto. Iba a esperar a esta noche… Pensaba que necesitabas un descanso.

—Oh…

Nos miramos un instante, y creo que los dos pensamos lo mismo:

«Sería una irresponsabilidad… Mucha gente lo hace. ¿Enfermedades venéreas? ¡Pero me muero de ganas…! Quiero sentirle dentro. ¡Quiero sentirla dentro!».

Nos resistimos a soltar aquello de «estoy limpio, ¿y tú?». En vez de eso, Ástor suelta un taco y junta su frente con la mía, abatido.

—Me muero por hacerlo, pero no puedo. Es una norma sagrada…

¿Sagrada? Tengo cosas sagradas en mi vida, pero esta no es una de ellas…, por desgracia. Sé que soy lo peor ya que lo he hecho a pelo alguna que otra vez con los dos tíos con los que me he acostado, pero sé que estoy sana. Han sido relaciones que he considerado «de confianza», nunca con un desconocido. Y para mí, Ástor no lo es. Y más si dice que es una norma para él.

—¿Nunca lo has hecho a pelo? —le pregunto extrañada.

—Desde que soy duque, no.

Se aleja de mí al instante, como si dudara de sí mismo si se quedara cerca.

—Lo entiendo —digo abatida.

Me bajo de la consola un poco decepcionada, con las bragas a medio muslo. Vaya clase la mía… Pero como él tiene mucha, me deja intimidad para ponérmelas mientras se la guarda.

—Míralo por el lado bueno —comento jovial—. ¡Así no nos perdemos la siguiente partida!

Sonrío y tiro de su mano. Casi tengo que arrastrarlo hacia fuera.

—Esta puta habitación está maldita… —masculla entre dientes, y vuelvo a troncharme de risa.

Antes de salir a la zona pública, nos paramos para darnos un último beso furtivo. Somos como unos colegiales, sí, pero ¡es brutal!

—Esta noche te lo compensaré —me promete—. Tengo un plan. Baño relajante con pizza y condones…, muchos condones.

—Recuérdame llamar a tu madre para que me dé el nombre de la crema de la que me habló.

Nos partimos de risa. Y volvemos a besarnos.

—Estoy deseando ver cómo fulminas al número dos del club de ajedrez de la universidad. Es un maestro, ¿sabes?

—¿De verdad? —Subo las cejas.

—Sí, pero olvídate de eso. Prepara algo especial y reviéntalo, ¿de acuerdo? —Me mira como si no dudara que fuera a hacerlo.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Cuando volvemos junto a los participantes, la expectación está al rojo vivo.

Se juega la partida, y por fin me toca a mí.

Mi rival es un chico joven que, al parecer, lleva jugando a esto desde que era un espermatozoide. Por lo visto, en su casa ya han comprado un vitrina para su futuro Premio Nobel.

—Tranquila… —me susurra Ástor justo antes de darme su pico de la suerte—. Te beso porque me da la gana, no porque necesites suerte —aclara chulito.

«Derritiéndome en tres, dos, uno…».

Ocupo mi sitio con ese mantra en mente. En este juego nada es cuestión de suerte. Quiero pensar que puedo con mi adversario.

El cerebrito en potencia se sienta frente a mí. No tendrá ni veinte años y ya es maestro… Madre mía.

En realidad, no significa que sea mejor o peor que Saúl o Ástor, simplemente quiere decir que ha dedicado más tiempo a tener un papel donde consta el número de veces que ha ganado.

—Hola, soy Johnny. Encantado —dice ofreciéndome la mano.

—Hola, yo soy Keira, y espero que no dejes que nadie me arrincone.

Por cómo levanta una ceja comprendo que no ha pillado esa famosa conversación de *Dirty dancing*; solo piensa que estoy zumbada.

«¡Sí, nene, lo estoy!», pienso divertida, o igual se debe a que los besos de Ástor me afectan como una droga psicodélica.

El tiempo empieza a correr y me concentro en el tablero. Tengo tres jugadas en mente que empiezan de una forma muy parecida.

Johnny hace un parón importante después de observar mis tres primeros movimientos como si hubiese usado la misma táctica que yo y ahora necesitara decidir por qué camino tirar.

De su movimiento dependerá el mío.

Si juego a la defensiva, lo tendrá mal para abordarme sin sacrificar la mayoría de sus piezas.

Pronto empieza a desesperarle el hecho de que él tarde el triple de tiempo en mover que yo, que me muestro implacable y con las ideas muy claras, aunque no las tenga. Es un farol de los de toda la vida. Manipular psicológicamente a un rival es fundamental en este juego.

Minar sus esperanzas. Hacerle dudar de sí mismo… Igual que en el día a día, vamos. Además, aquí el tiempo corre en tu contra. Sin embargo, en la vida real a menudo se nos olvida que toda existencia es una cuenta atrás.

Johnny toma una decisión arriesgada al meter su último caballo entre mis tropas para provocar un jaque directo, pues corre el riesgo de que mi alfil y mi reina lo despedacen vivo en cuanto ponga a salvo a mi rey. Pero entonces me doy cuenta de que, lo mueva adonde lo mueva, lo expongo al peligro de otra de sus piezas, excepto si lo desplazo a un lugar en el que su caballo se zampará a mi reina en dos movimientos.

Sonrío. Sonrío porque me gusta lo que veo. ¡Por fin un buen reto! Por fin algo en lo que puedo entretenerme en buscar una salida. Por eso me encanta mi trabajo, porque es lo mismo, salvo que la diferencia está en que en el tablero tengo toda la información para resolver el enigma mientras que en la vida real estoy segura de que todavía me quedan detalles por descubrir para acercarme a la verdad de lo que pasó con Carla.

Cuando en un caso no hay pruebas que analizar y todo el mundo parece ocultar algo, todas las técnicas deductivas giran en un vacío cuántico que ni un poli con un olfato antinatural alcanzaría a articular.

—Te dejo comerme la reina, por ser tú… —murmuro divertida.

Mi oponente me ofrece una cautelosa sonrisa de medio lado y sigue pensando en las jugadas que hará después de que eso ocurra.

Se está arriesgando mucho. Su avance es impulsivo y osado. Se ha quedado con pocas piezas y yo tengo muchas para frenar sus ataques con amenazas. Nos vamos comiendo mutuamente, con una clara ventaja numérica por mi parte, si bien con mayor ofensiva por la suya. Hasta que se da cuenta de que uno de mis peones está a punto de llegar a su lado del tablero. Un peón por el que podré recuperar de nuevo a mi dama; entonces estará perdido.

Arruga el ceño viéndolo venir.

«Necesito un puñetero peón así en el caso de Carla».

Junto las manos sobre mi boca y miro a Ástor. Sus ojos se muestran interrogantes, tipo «¿qué tienes preparado?», y me muerdo una sonrisa enigmática que capta excitado. Una que Johnny atisba y le

pone aún más nervioso. «Eureka. ¡Los hombres son tan previsibles…!».

Consume mucho tiempo pensando qué voy a hacer, y cuando mueve lo hace con miedo. Yo también lo tendría si solo me quedaran tres piezas, aunque solo esté a dos casillas de mi rey.

Lo intenta un par de veces más, y cuando mi reina vuelve al tablero no deja que la partida continúe. Me tiende la mano y dice: «Impresionante…».

Un chorro de aplausos reverbera en mi cuerpo y bajo los ojos, cohibida, a la vez que vocalizo un «gracias» que apenas se oye entre tanto barullo.

Miro a Ástor y mi sonrisa se hace más grande al ver la suya. Está aplaudiendo con algo parecido al orgullo.

La gente se cierne sobre nosotros para felicitarnos a los dos.

—¡Vaya jugada! ¡La tengo grabada! ¡La voy a subir a YouTube ya! —escucho a alguien.

—Deberías apuntarte al club —me recomienda Johnny—, me encantaría volver a jugar contigo.

—Lo pensaré. Gracias.

«¡¿Dónde aprendió a jugar?!». «¿Ha ganado algún campeonato femenino?». Hago oídos sordos a esas y otras preguntas que oigo, pensando que tengo toda la intención de ganar este, pero me doy cuenta de que el nivel empieza a ser bastante alto.

Alguien me coge de la mano, rescatándome de un corro de personas que me miran a medio camino entre la curiosidad y la admiración, y agradezco que me secuestre, porque la amabilidad no es mi fuerte.

Deseo que sea Ástor, y lo es. Se acerca a mi oído, sigiloso.

—He cambiado de opinión. Quiero volver a la habitación maldita… ahora.

Por su forma de decirlo, sé que está de broma y suelto una risita.

Le contesto que en este momento mi prioridad es encontrar a Xavier Arnau. Aparecerá en cualquier momento porque es el siguiente en jugar. Y si es quien creo que es, habrá presenciado mi partida.

Cuando lo localizo, pido a Ástor que me deje sola. Lo hace a regañadientes, pero lo entiende. Tengo que trabajar.

Llegar hasta Xavier no es tarea fácil porque no deja de acercase a mí gente para felicitarme. Es una sensación extraña el hecho de que

no me importe que me aborden así. Normalmente, me incomoda que me presten tanta atención.

Por fin, avanzo hacía Xavier con una bebida en la mano, pero está hablando con otra persona y me quedo cerca para que me vea.

En nada lo tengo encima.

—¡Keira…! ¿Puedo felicitarte por tu gran partida? —empieza como si se diera cuenta de que me desagrada que me hable.

—Sí… Gracias, Xavier. Tengo ganas de ver la tuya.

—Así podrás entender el dicho «más sabe el diablo por viejo que por diablo». ¿Sabes? Ástor es como un hijo para mí… Su padre y yo nos criamos juntos en el mismo internado suizo. Soy su padrino.

—No lo sabía —acierto a decir.

«¿Así que es su padrino?». Me quedo pillada. «¿Que es como un hijo para él…?». Me pregunto por qué Ástor no me lo había contado. Aunque tampoco es que signifique mucho, porque sé muy bien el tipo de relación que tiene este hombre con su verdadero hijo…

—Ástor es un cabezón. —Chasca la lengua—. Con la edad que tiene, debería estar sentando cabeza y casándose, pero prefiere perseguir a jovencitas por ahí… Y ahora, encima, empieza con las Kaissa cuando siempre ha comentado que no le interesan. No lo entiendo. Pero una cosa te digo, Keira: ten cuidado… Su última conquista desapareció misteriosamente hace unos días y tengo entendido que la policía sospecha de él.

¡Lo sabe por la orden que hemos pedido para investigarle!

Intento disimular.

—¿La tal Carla por la que pregunta todo el mundo es la chica que ha desaparecido? —Me hago la tonta viendo la oportunidad—. Saúl me explicó que está preocupado, que eran amigos…

—Yo no los llamaría «amigos». Mi hijo y ella terminaron bastante mal… Saúl tiende a recoger las migajas que Ástor va dejando y, claro, luego pasa lo que pasa.

«¿A qué migajas se refiere?».

Mis ojos se abren al máximo. ¡Tengo que sonsacar información a este tío como sea!

—¿Saúl y Carla discutieron…? —Me hago la ingenua.

—Sí. Esa niña los traía locos a todos… Discutió con mucha gente el día que desapareció: con mi hijo por la mañana y con Ástor por la

noche. Los oí en su despacho… La verdad es que no me sorprende que Carla haya desaparecido.

La vida pega tal derrape que me sale fuego de los pies.

«¡¿COMO QUE “EN SU DESPACHO”?!».

—Pero… si me dijo que no había entrado en el club esa noche.

Lo pienso en voz alta, sin filtrar. Atónita perdida.

—Yo estuve pujando por ella para fastidiarle un poco, pero fue aburrido porque al final Ástor no participó. Él y Carla mantuvieron una gran discusión… en su despacho, como te he dicho.

Intento mantener la calma. Que no se note que estoy a punto de explotar como un volcán lleno de ira ardiente en vez de lava.

—Te deseo mucha suerte en la partida —consigo decir—. Tengo que irme.

—Querida, los dos sabemos que no es una cuestión de suerte, sino de mantener la cabeza fría, como todo en la vida.

Su frase me hace sentir imbécil. Es como su superpoder. Yo no he mantenido la cabeza fría. Me he ablandado y derretido como un helado por un jodido sospechoso buenorro que ha estado mintiéndome a la cara desde el minuto uno.

Ástor no dejó a Carla en el club y se fue, ¡entró y discutieron en su despacho! Y seguro que está todo grabado… O debería.

Echo a andar con paso decidido…, bueno, cabreado, más bien. Necesito ver esa cinta de seguridad. Y espero que no la haya borrado, o lo encierro ahora mismo.

keira

25
El sacrificio

El ajedrez es una lucha contra
los errores de uno mismo.

SAVIELLY TARTAKOWER

En cuanto los ojos de Ástor coinciden en espacio y tiempo con los míos, suaviza la expresión y sonríe. Sin embargo, al ver que no correspondo a su gesto, se pone en alerta.

Le separo del grupo con el que está y, con expresión seria, le ordeno: —Vamos a tu despacho.

—¿Qué? ¿Ahora? —Sonríe incrédulo—. Pero…

—Me has mentido, Ástor —asevero sacando mi teléfono—. Me dijiste que dejaste a Carla en la puerta del club y que te fuiste a casa. Cuando en realidad estuviste con ella en tu despacho, discutiendo

mientras rellenaba el papeleo de Kaissa…

¡¿Cómo no caí antes en ese detalle?! ¡Me dijo que siempre se encargaba él de eso!

Ah, ya sé… ¡porque estaba babeando por el corte y la confección de su traje! ¡Arggg! Detesto que me convierta en un ser tan elemental.

—No es lo que parece —contesta Ástor, serio—. En ese momento no quería darte información del club, por eso no te lo conté. En cualquier caso, esa conversación fue más de lo mismo. ¡No cambia nada!

—¡Lo cambia todo! —exclamo cabreada. Y con «todo» me refiero a nosotros—. Y no digas más, que ya no me creo nada… Quiero ver esa conversación. Tiene que estar grabada. ¿O la has borrado?

—No la he borrado —contesta ofendido—. ¿Para qué iba a borrarla si ni siquiera sabía que Carla había desaparecido hasta que me detuvisteis dos días después?

Ástor habría sido un gran abogado.

—Pues vamos a verla —digo seca con el móvil en la oreja. Eso no cambia el hecho de que me lo haya ocultado—. Ulises, entra. Ven al despacho presidencial… Es urgente.

—Es una conversación privada entre Carla y yo… —expone Ástor, molesto.

—Mi entrepierna también es privada. Vamos a verla ahora mismo.

Camino de mala hostia demostrándole que explotaré si lo rebate.

Entramos en su despacho y él se acerca a la mesa.

—No toques nada —le advierto feroz—. Quédate ahí. Esperaremos a Ulises y nos indicarás dónde encontrar la grabación.

—¡Joder, Keira…! No me trates así, ¡esto no cambia nada!

—Me has mentido. —Lo miro fijamente—. Me estoy matando para intentar entender el puñetero drama de *Sensación de vivir* que os traéis entre todos, y tú me mientes. ¡Y encima follamos…! Y Xavier acaba de contarme que es tu padrino, joder… ¡Mi principal sospechoso ahora resulta que es tu padrino!

—¡¿Y qué más da eso?! Me sostuvo cuando era un bebé mientras me echaban agua por encima. ¡¿Y qué?!

—Te dije que quería saberlo todo de ti. ¡Pero estás completamente encriptado, Iceman! Ahora entiendo ese maldito apodo, porque cuando te acercas mucho al hielo, te quema… Como tú.

Se muerde los labios sin saber qué replicar. Así que sigo yo: —Mi sospechoso número uno es casi de tu familia… ¡Lo que faltaba!

Aprieta los dientes demostrando que es sensible a esa afirmación.

—Para mí, Xavier no es nadie —escupe con desdén—. Cualquiera que haya sido amigo de mi padre no me dará nunca confianza.

—¿Por qué?

Se calla. Tampoco va a compartir eso conmigo. ¡De puta madre!

Ulises hace su entrada justo ahora.

—¿Qué pasa?

—Ástor nos ha mentido —empiezo seria—. El día de la puja acompañó a Carla hasta aquí y estuvieron discutiendo en su despacho. Vamos a ver la grabación.

Ulises mira a Ástor alucinado. Yo no quiero ni mirarle.

—Muy top la cagada, tío… —Le enseña el pulgar arriba, irónico.

Los ignoro y me siento en la silla presidencial.

—¿Contraseña? —pregunto cabreada.

—Marta Cuartero Sevilla.

Me quedo con los dedos paralizados en el aire. Reconozco ese nombre. Es el de la chica que murió en el accidente.

Lo tecleo con acierto y se inicia la sesión.

—¿Dónde lo busco?

—En «Mis documentos», carpeta «Club, Seguridad, Cámaras»… Busca luego la carpeta de la fecha, el nueve de marzo.

Lo encuentro con rapidez y accedo.

—Graba todo el día sin parar —explica Ástor—. La pelea fue hacia las ocho y media de la tarde.

Muevo el cursor hasta el horario que me interesa y veo a Ástor entrar en su despacho con Carla.

Le doy al *play* con cierta reticencia porque estoy segura de que no me va a gustar lo que veré. Por algo no ha querido enseñármelo. Carla ocupa la misma silla en la que me senté yo. Su postura es la de una de esas chicas que no saben lo guapas que son. Es pequeñita pero con formas, y en su mirada se transparenta una inocencia que te mueres por proteger y corromper a partes iguales.

—Léelo con mucho detenimiento, por favor —le dice Ástor, serio, acercándole los papeles. Es el famoso acuerdo de confidencialidad con los deberes y privilegios de ser una Kaissa.

Cuando ella va a firma, Ástor la interrumpe.

—Carla, espera… —le pide desesperado.

Ella resopla molesta.

—¿Qué? ¿Es que vas a decirme lo mismo otra vez?

—Carla… ¿Por qué lo haces? No necesitas esto… Yo puedo ayudarte con lo que quieras.

—Quiero formar parte del club, y esta es la única forma.

Ástor inspira con fuerza.

—¿Y por qué me dejas al margen? —pregunta dolido—. ¿Por qué no me has pedido que te compre yo?

No puedo evitar mirar a Ástor, que cierra los ojos afligido. Me mintió también en eso. Lo sabía… Estaba enamorado de Carla.

Me centro de nuevo en la grabación, y atiendo a su respuesta: —Porque siempre has dejado muy claro que no apoyas las pujas, Ástor.

—Por ti, igual habría cambiado de opinión.

—¡¿Por qué?! —pregunta ella, enfadada y confusa a la par.

—Porque te quiero en mi vida… No deseo perderte. Desde que tú estás en ella ha cambiado a mejor, y no me importa esperar a que termines la carrera o…

—¡Yo no quiero estar contigo, Ástor! —confiesa Carla de pronto—. Pensaba que podría, pero no… Me gusta otro.

—¿Quién?

—No te hagas esto… —Niega con la cabeza—. ¿Qué más da quién?

—Carla… —Ástor se agacha a su lado en una de esas posturas imposibles para un hombre de su estatura y con traje—. Si te gusta alguien, díselo, pero no te metas a Kaissa… ¡Tú vales mucho más! No puedes permitir que tu primera vez sea así, debería ser algo especial y con alguien al que le importes mucho… Y a mí me importas. En serio.

—¿Y debería reservarme para ti? —suelta Carla con inquina—. ¿De verdad crees que eres lo mejor a lo que puedo aspirar?

«¡JODER…!», pienso. La cara del aludido lo expresa todo en el vídeo.

—¿A ti esto te parece una relación de verdad? ¡Si tienes hielo en las venas, Ástor! —añade desdeñosa.

«¡Menudo baño! Helado. Nunca mejor dicho».

—Si tuviera hielo en las venas, no estaríamos teniendo esta

conversación —masculla él, herido—. Me preocupo por ti, Carla.

—¿Y crees que por eso ya me quieres? ¿Es eso? Esa calidez que sientes ¡no es amor! En todo caso, se trata de amistad. Y también puede ser genial, no lo niego. Pero te estás confundiendo conmigo, Ástor.

—Me besaste…

—¡Besaría a cualquiera que me regalara un diamante! —se excusa.

—Carla, aunque eres muy joven para entenderlo, formamos buena pareja y…

—¡No, Ástor! Tú eres demasiado mayor para no verlo. ¡Necesito alegría! ¡Pasión! Y… Joder, no te sientas mal, eres perfecto en todo, pero es verdad, ¡estás congelado por dentro! No quiero pasarme la vida al lado de alguien así. ¡Tan taciturno…! Siento mucho todo lo que te ocurrió, pero está claro que no vas a superarlo nunca y no puedo dejar que me arrastres contigo.

Hay un silencio doloroso que se apodera de todo, y Carla se dispone a firmar.

—Te arrepentirás de esto… Recuerda mis palabras.

Ella deja su rúbrica en el papel con descaro y se pone de pie.

—Ya lo veremos —le desafía—. Esta es la única forma de acceder al hombre que quiero y voy a luchar por él, Ástor.

—Te estás equivocando… Solo espero que luego no me vengas llorando ni pidiendo que te rescate de nadie aquí dentro, porque no lo haré.

—Tranquilo, no hará falta.

—Estupendo… Ahora vendrán a por ti, Carla. Por tu bien, cuídate mucho.

Ástor sale del despacho, airado. Y fin de la grabación.

Me vuelvo hacia Ástor y lo veo pellizcándose la nariz, sin planes de levantar la vista.

Observo a Ulises, que levanta las cejas y pone cara de fliparlo con subtítulos. Le indico con un gesto que hable él, porque yo no puedo. No sé cómo me siento. Le odio. Le quiero. Me da pena. Me doy pena…

Lo más surrealista es que Ulises arremete contra mí.

—Joder, Kei… No entiendo cómo se te ha podido pasar esto… ¡No te reconozco! Desde el principio se te fugo el cerebro para empezar a hacer largos en tu entrepierna.

Me encabronan sus palabras.

—¿Hablamos de tus bajos nadando con otra posible sospechosa?

Que Ulises me cabree me ayuda a sacar fuerzas de flaqueza para dirigirme a Ástor. Creo que lo ha hecho adrede, el cabrito.

—Dime, Ástor… —empiezo con sarcasmo—. ¿Te lo pasaste bien el otro día cuando hacía conjeturas sobre Carla y te comenté que quizá se había metido a Kaissa para salvarte de alguien que te había amenazado? ¡Porque era el momento de explicarme que lo hizo porque le gustaba otro hombre!

Ástor me mira ceñudo patentando su marca de disconformidad ducal.

Tiene los ojos brillantes. Detalle importante que tener en cuenta para poner mi corazón en jaque, porque como llore, voy a tener que abrazarlo. Y si lo toco, adiós raciocinio. Ya me conozco sus trucos…

—No me creí que hubiera otro… —murmura convencido.

—¡Claro que no! —se burla Ulises, irónico—. ¿Cómo va a haber alguien mejor que tú, verdad? ¡Es impensable!

Ástor tensa la mandíbula enfadado.

—Carla estaba mintiendo. Lo sé… La conozco. En el club no hay nadie al que no pudiera tener. Y de haber estado interesada en alguien, no le habría hecho falta meterse a Kaissa para conseguirlo; más bien, al contrario. Fue una excusa absurda.

Lo ha soltado mirándome, como diciendo: «No puedes enfadarte por esto, Keira». Pero lo estoy. Muy enfadada. ¡El vídeo es una prueba de Ástor amenazando a Carla! Una prueba que nos ha ocultado, además. Y tengo su mirada pidiéndome que confíe en él y esa camisa a rayas haciendo fuerza en sus bíceps para que el fiel de la balanza caiga del lado que le interesa. «¡Basta!».

Aparto la vista de él, arrepentida de haber estado disfrutando de lo lindo entre sus brazos a pesar de lo delicado de la situación, pero me he equivocado y ahora tengo que cargar con las consecuencias.

—Ástor se vuelve a comisaría —digo con la mirada perdida.

—¡¿Cómo…?! —Oigo su queja—. Espera, Keira…

—Vamos —conviene Ulises, solícito, y se mueve hacia Ástor para obligarle a caminar.

Sin embargo, el duque opone resistencia contra su cuerpo mientras me pregunta repetidamente por qué.

—Keira… ¡Dímelo! ¡¿Por qué no me crees?! ¡Joder…!

—No quiero hacerte daño —lo amenaza Ulises sujetándolo con más fuerza—. ¿Prefieres salir esposado de aquí?

Sé que Ástor busca mi mirada, pero se la niego.

—Es lo que pasa cuando engatusas a la poli equivocada —le responde Ulises por mí mientras lo saca de la habitación a empujones.

Siento un golpe en el pecho al oír ese verbo, «engatusar».

«¿Eso ha hecho? ¿Otra vez? Me cago en mi vida…».

Mando un mensaje a Ulises para que vaya tirando con él, yo iré a comisaría más tarde. Ahora mismo no podría compartir un habitáculo tan pequeño como un coche con Ástor, y dejar que su olor, ese que hace media hora estaba aspirando narcotizada, penetre en mi nariz.

Necesito un receso. Necesito… a mi madre, aunque suene infantil.

Pero no lo es. Es en lo que todo el mundo piensa cuando se está muriendo. Además, en mi caso, es mi mejor amiga, y ahora mismo necesito hablar con alguien de cómo me siento. Alguien que no esté implicado en este maldito caso.

La llamo. Está en casa. Y el tono de mi voz ya la ha preocupado.

Me gustaría quedarme a ver la partida de Xavier, pero no estoy de humor para hablar con nadie. La vieja Keira está de vuelta. Mi mundo de color se ha vuelto gris y mi corazón se ha pintado dos rayas negras de combate en las mejillas.

—Soy la peor policía del mundo —saludo a mi madre en cuanto me abre la puerta de casa.

Su respuesta es abrir los brazos y dejar que esconda en ellos mi vergüenza.

—Eres humana…

—Pediré una segunda opinión —resoplo compungida—. Creo que durante el fin de semana he mutado a coneja.

Se separa de mí con una sonrisa.

—¿Debería estar escandalizada, Keira? Porque no me sorprende en absoluto… Ástor de Lerma es un chulazo como pocos y has estado expuesta a su magnetismo demasiadas horas seguidas.

—Pensaba que podría con esto, mamá —lamento sintiéndome fatal.

—Es un error muy común entre los humanos, pensar que podemos dominar la naturaleza.

Suspiro apaciguada por sus sabias palabras y cierra la puerta a mi espalda.

—Deberías patentar una app y hacerte rica con tus frases de consuelo. ¡Siempre sabes qué decir!

—Es simple sentido común…

—El menos común de todos los sentidos —replico alicaída.

Hora de confesar.

—He metido la pata, mamá… Hasta el fondo.

Vamos hacia el sofá. Me siento y subo las rodillas como cuando tenía catorce años y me di cuenta de que el mundo me asustaba.

Se sienta a mi lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Lo habéis hecho sin condón?

—Qué va… ¡No quiso, el imbécil!

Se ríe. Nada como tener una madre más irresponsable que tú…

—Es normal… No puede ir repartiendo su semilla ducal a diestro y siniestro por ahí.

—Lo dices como si yo estuviera deseando cazarle así. Ya sabes que no quiero tener hijos.

—Y él, ¿lo sabe?

—¡No! ¿Tú se lo contarías a un rollo de una noche? Porque eso es lo que somos. Con la diferencia de que es el sospechoso de mi caso y acabo de descubrir que me ha estado mintiendo desde el principio.

Me tapo los ojos con las manos para detener mis ganas de llorar y ella me acaricia la espalda para consolarme.

—Ulises me lo advirtió —digo pensativa—. «¡Te tiene cegada!», me soltó. Y estaba en lo cierto. Se me han pasado demasiadas cosas… Ástor ha estado jugando conmigo y me ha hecho creer que…

—¿Qué? ¿Qué te ha hecho creer?

—Nada. —Niego con la cabeza, desinflada—. Por eso me siento tan mal, porque he sido yo quien ha echado polvo de hadas sobre esta operación y creía estar volando. Pero no… ¡Había hilos, mamá!

—¿Estás hablando de drogas? —pregunta confusa.

—No. —Sonrío sin querer. Hasta distrayendo es buena—. Es mucho peor… ¡Me he enamorado como una gilipollas! ¡Yo! No sé quién me creía… He sucumbido como una quinceañera a su embrujo.

—No digas eso, Keira.

—De las drogas se sale, mamá, de la oxitocina no. Y él me la

genera en cantidades industriales. —Apoyo la frente en mis rodillas. Hacía mucho que no me sentía tan mal. Es insoportable…

—¿Dónde está Ástor ahora?

—He pedido a Ulises que se lo llevara a comisaría. Ha salido a la luz una grabación donde él discute en su despacho con la chica desaparecida y la amenaza con que va a arrepentirse… Hay un móvil claro de despecho tipo «o mía o de nadie», y me siento una mierda porque no lo vi venir. ¡Cumple todos los requisitos! Una inteligencia por encima de la media, un alto nivel educativo, premeditación, astucia, sentido estricto del orden y proviene de una familia desestructurada… ¡Nos engañó a todos! A mí, la primera. Es tan humillante… Ahora tendré que oír que si el inspector del caso hubiera sido un hombre, esto no habría pasado.

Me desmorono y no puedo evitar que mis ojos se encharquen. Tantos años luchando contra esa idea injusta y sexista, creyendo que controlo siempre la ecuación del amor, y ahora me da un puñetazo en toda la cara.

La furia me devora tanto que…

—Quizá me pida una excedencia —digo extremista—. Esto es la gota que ha colmado el vaso en mi hoja de servicio. Mi reputación para tomarme licencias sexuales me precede. No puedo volver a la comisaría y seguir como si nada hubiera pasado.

—¿Quién lo dice? —responde mi madre, combativa—. Claro que puedes, y ¿sabes por qué? Porque eres la mejor inspectora que ha pisado esa base y llevas tiempo demostrándolo con creces. Y si un hombre en tu posición se tomara la licencia de acostarse con su sospechosa sería todavía más «el amo», pero que lo haga una mujer está mal visto, claro.

—Mamá…

—Esa mentalidad es la que hay que erradicar, no a ti. ¡Da la vuelta a la tortilla! Llevas haciéndolo mucho tiempo, no te rindas ahora, Keira… No solo vas a encerrar al duque, sino que te habrás follado al tío más deseado del panorama nacional. ¡Eres un genio, hija! Tú no has sido engañada, tú lo has disfrutado y ahora el que está jodido es él.

—Me gusta tu forma de verlo. —Sonrío llorosa—. Pero te olvidas de un minúsculo e insignificante detalle: mis sentimientos.

Odio que al decirlo me tiemble la voz. ¿Cómo puede dolerme tanto si apenas lo conozco? Bueno, eso no es cierto. Lo tengo estudiadísimo y me he enamorado como una tonta de su lenguaje corporal. De cómo me mira, de cómo intenta disimular sus sonrisas, de cómo se castiga por sentirse bien, de cómo cuida de su hermano, de cómo acaricia a un maldito perro, de cómo hace ejercicio, de cómo me toca, de cómo gime cuando yo lo toco, de cómo juega conmigo, de cómo es follar con él…, con esos ojos que consiguen desnudarme entera sin tocarme y esas manos que acarician mi piel como si la venerara. Adoro su humor afilado que solo entiendo yo y, sobre todo, su capacidad para captar lo que quiero decir sin que tenga que expresarlo.

Rompo a llorar y mi madre flipa. Ya somos dos. Esta semana va a llevarse el récord de lágrimas derramadas. Van tres veces ya. Y tiene visos de que habrá más.

No sabía que enamorarme sería así, tan incontrolable y traicionero.

—Cariño… —empieza mi madre, triste por verme tan mal—. Hemos hablado de esto muchas veces. Del amor y del sexo. Por favor, no sufras por alcanzar un ideal que el mundo se ha inventado. Tú no quieres una familia tradicional. No quieres casarte ni celebrar una gran boda. Ni siquiera quieres tener hijos… Tú buscas un compañero de vida que se complemente contigo y, a la vez, vaya en la misma dirección que tú. Que sea una bendición y no un suplicio encontrarlo al final del día en tu sofá cuando buscas relajarte del trabajo. Que entienda que necesitas tu espacio para perseguir tus sueños… Y el duque tiene pinta de ser todo lo contrario, mi vida.

—Ya lo sé, pero…

—Sé que te gusta mucho, ¿a quién no?, y me parece bien que disfrutéis de vuestra atracción. Sin embargo, llegará un momento en que tus sentimientos sean menos potentes que tus necesidades… y te resultará más fácil darte cuenta de que no estáis hechos el uno para el otro.

—¿Crees que será así de simple?

—Puede que ahora mismo te cueste verlo porque todos los poros de tu piel te piden pegarte a él hasta saturar tu organismo de su esencia, pero confía en mí en esto: se te pasará, Keira.

Me limpio los ojos y analizo su mensaje.

—Tienes razón. No debería ponerme así por algo que no tiene ningún futuro. No es realista. Y no es nada vital… Nadie lo es, ¿no?

—Exacto. Nos enamoramos de cientos de cosas cada año… y ese subidón, ese buen libro, esa serie buenísima, conseguir un puesto de trabajo, irte de vacaciones, llegar a la final de un mundial de fútbol…, todo eso genera sentimientos muy importantes en momentos puntuales, pero con el tiempo pierden intensidad. Con Ástor te pasará lo mismo. Así que no te lo tomes tan a pecho. Ve a comisaría y demuéstrales de qué estás hecha.

Abrazo a mi madre con miedo porque, por primera vez en mucho tiempo, sus palabras no me han reconfortado. El motivo es que, en lo más profundo de mi ser, siento que se equivoca en una cosa: Ástor no será una simple serie que te emociona en un momento dado o un «qué bonito fue irme de vacaciones a las Maldivas del placer sexual». Será algo más… Será pisar la luna. Será un hito. Una mentira dañina que se te enreda en las entrañas y destroza tus principios. Y cuando todo termine, tendrá el mismo efecto que el atentado de las Torres Gemelas; es decir, algo en mi protocolo de seguridad cambiará de por vida con respecto a mis relaciones amorosas. Marcará un antes y un después.

—Tengo que irme —farfullo perdida—, pero primero voy a ducharme y a cambiarme de ropa. Gracias por todo, mamá.

—Si no he hecho nada.

—Joder que no… Has hecho que me perdone a mí misma por ser tan idiota. Si te parece poco… —Aguanto las lágrimas—. Y me has proporcionado el impulso que necesito para dar la cara. Si eso no es importante, no sé qué lo será.

La abrazo sin dejar que se levante y me devuelve el apretón.

—Cuídate, por favor —me susurra al oído.

Asiento solemne y cuando me estoy yendo, añade:

—¡Me refería a que uses condón!

Sonrío como una boba. No sé de qué me habla. ¡No pensaba hacerlo a pelo!

Bueno, yo qué sé… ¡Nadie es perfecto!

Excepto Ástor, claro.

Qué cuerpo, qué ojos, qué sonrisa, qué manos, ¡qué sabor…!

¿Quién podría resistirse a él? Ha quedado claro que yo no.

Pero Carla sí pudo, y me cuesta mucho entender por qué. Quizá Ástor esté en lo cierto y le estuviera mintiendo. Quizá alguien la hubiera amenazado con hacerle daño y ella quiso protegerle. No hay otra explicación.

Ya no sé qué creer. Tampoco qué pensar. Pero aquí algo no cuadra, porque ¡menudo hombre!

Me lo tomo con calma en la ducha. Necesito pensar bajo el chorro de agua caliente y limpiar mi vergüenza, mi antojo de él, mi estupidez humana y errática, y dejar que vuelva a brillar mi extravagancia. Quiero que regrese mi bordería habitual cuando vuelva a verle.

Una hora después, entro en la comisaría inflando mis pulmones de coraje a su máxima capacidad. No hay dolor.

Pero me encuentro con una hecatombe que no esperaba.

La primera persona que me ve emite una tensión que me preocupa.

—¡Inspectora Ibáñez…!

El estrés con el que pronuncia mi nombre, sus ojos saltones y la vena hinchada de su cuello me confirman que algo malo pasa.

—¡Dese prisa! Llevan rato esperándola.

—¿Quién? Nadie me ha avisado de nada.

—Sala de reuniones tres.

—¿Qué ha pasado? —pregunto casi sin detenerme.

—Han encontrado algo en el bosque.

Un puño estrangula mi garganta y prácticamente corro hacia la sala que me ha indicado. Está en esta planta, la baja, así que llego enseguida, aunque me da tiempo a ojear el móvil por si se me ha pasado algún mensaje de Ulises. Pero no, ¡no me ha escrito nada!

«¿Es que ya no se fía de mí? ¿Tanto la he cagado?».

Mis ojos se vuelven dos rendijas de furia y entro en la sala tres como un elefante en una cacharrería. Mi vista choca contra algo inesperado. Ulises y Gómez están con… ¡Héctor! Y está llorando.

El corazón se me desboca de preocupación.

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Por qué no me habéis avisado?!

—Keira, por fin… —me saluda Ulises.

—¡¿Qué hace Héctor aquí?! ¡¡¡¿Dónde está Ástor?!!!

—Cálmate, Ibáñez —me aplaca Gómez al ver mis ojos inyectados

en sangre.

—No me da la gana. ¡¿Qué han encontrado en el bosque?!

—La ropa de Carla —contesta Ulises directo—. Enterrada. La han encontrado los perros. Y también restos de ácido en las inmediaciones del lugar.

Se me para el corazón. ¿Ácido? No. No. ¡No! Mal rollo… Es el método más efectivo para desintegrar un cuerpo y se usa mucho desde que la serie *Breaking Bad* abusó de mostrarlo en antena.

Ha habido tiempo de sobra para no dejar ni un solo rastro de su cuerpo.

—Las bragas estaban manchadas de sangre. Las han mandado a analizar.

Estoy acostumbrada a oír cosas así, pero no a ver a un amigo que conocía a la víctima romperse por dentro al escucharlo. Es escalofriante.

Héctor achica las lágrimas de sus ojos y dice acongojado:

—Lo siento… Todo es culpa mía.

héctor

26

Jaque mate

El primer elemento esencial para un ataque es la voluntad de atacar.

SAVIELLY TARTAKOWER

Antes del accidente nunca lloraba.

Lo reprimía todo y me hacía el fuerte. No lo recomiendo en absoluto… Luego se devuelve cada lágrima con intereses.

Tras el accidente, mi nueva normalidad era dormirme llorando. Sin expulsar la tristeza de mi cuerpo no era capaz de conciliar el sueño.

Ahora mismo, por suerte, el acto me parece lo más natural del mundo, especialmente en una situación como esta. Porque es verdad: todo es culpa mía.

Keira me mira alarmada al oírme. Sé que no entiende nada.

Mil sentimientos cruzan sus iris, muy puros y algo locos, como ella. Aún no me creo que sea una maldita policía, pero cuando me he enterado he entendido muchos comportamientos extraños de golpe.

—Héctor… ¿Qué es culpa tuya? ¿Has hecho algo a Carla…? —pregunta la inspectora con aprensión.

—No, y ese es el problema… Que no quise tocarla ni un pelo.

Su cara de desconcierto me acorrala. Y me da pena. En especial por cuánto me va a odiar cuando se entere de todo; me caía bien… Aunque no creo que me odie más que yo a mí mismo en este momento.

—¿Dónde está Ástor? —vuelve a preguntar a los otros, impaciente. Se nota a leguas que está loca por mi hermano.

—Custodiado en nuestro despacho —responde Ulises—. Se ha puesto intratable cuando se ha enterado de que Héctor fue quien le envió las notas amenazadoras.

—¡¡¡¿Cómo…?!!! —grita Keira mirándome, acusadora.

Rehúyo enfrentarme a sus ojos al percibir la indignación en su voz. Siempre he sido un cobarde. Bueno, siempre no. La diferencia es que antes no me importaba nada y ahora todo me afecta. Mi discapacidad me ha sensibilizado y he aprendido a valorarlo todo. Hasta una mirada de odio.

—Solo era una broma —digo en mi defensa. Muy pobre. Lo admito.

—¡¿Una broma?! Pero… ¡¿cómo se te ocurre, Héctor?! ¡¿Por qué?!

—Igual no te has dado cuenta, pero Ástor es un muerto viviente —bramo enfadado—. Lo único que le importa un poco es ese maldito torneo en el que siempre gana, y yo quería amenazar algo importante para hacerle reaccionar. Para cabrearlo. Para que me demostrara que aún tiene sangre en las venas… Y no se me ocurrió otro modo que acojonarlo vivo.

—¿Por eso fingisteis el secuestro de Carla? —pregunta con avidez.

—¡¡No!! ¡Lo de Carla no tiene nada que ver! —exploto rabioso—. Solo tenía que desaparecer.

Keira mira a Ulises como si hubiera dicho algo relevante. Se comunican con los ojos. En silencio. No puedo descifrar sus mensajes, pero Keira acaba diciendo:

—Vas a necesitar a un abogado, Héctor… ¿Dónde está Charly?

—Viniendo. Pero él lo sabía todo. Estaba al tanto de lo de las notas.

—¡¿Qué?! Joder… —maldice la inspectora llevándose la mano a la frente—. Pues necesitaréis otro abogado los dos.

—¡Solo queríamos dar algo de emoción a la vida de Ástor! —explico—. En realidad, lo sabían casi todos en el KUN… Lo de Carla es otro tema, no tiene nada que ver con las notas.

—Héctor, cállate ya. —Ulises me corta, adusto, pero noto que lo hace por mi bien. El tío me adora—. Espera al abogado. Cualquier cosa que digas puede ser utilizada en tu contra.

—¡Me da igual! ¡Alguien ha aprovechado la broma para matar a…!

Mi incapacidad para seguir hablando se parece a la de no poder andar, porque por mucho que lo intente no puedo decirlo en voz alta. Solo de pensarlo, el dolor me asfixia y siento una presión insoportable en el pecho.

—¡Yo la quería! —grito de repente—. Estaba enamorado de Carla.

Keira me mira con los ojos muy abiertos. No se esperaba esta confesión.

Casi puedo escuchar a su mente creando hipótesis y considerando posibilidades, evaluando si en alguna de ellas Carla puede seguir viva. Es una mujer increíblemente lista. Aun así, no me extraña que haya dado palos de ciego con lo complicado que se lo hemos puesto.

—¡Tienes que encontrarla! —le suplico desgarrado—. ¡Ha habido un error! Yo no obligué a Carla a huir, ¡lo acordamos! Debía esconderse hasta que pasara el torneo para no caer en las garras de nadie.

—¿Cómo dices? —exclama Keira, sorprendida—. ¿Esconderse dónde?

—¡No lo sé! Era mejor que yo no lo supiera para no tener tentaciones. Se deshizo de su teléfono, le di efectivo y huyó lejos unos días. Que su ropa ensangrentada haya aparecido no formaba parte del plan.

—Hostia puta… —reacciona Ulises—. Empieza desde el principio, Héctor. ¿Carla y tú estabais liados?

—No… Bueno, no mucho.

—¡¿Cómo que no mucho?! —repite Ulises. Y se le escapa una

inoportuna sonrisa de pura incredulidad.

—¡Estábamos enamorados! No es exactamente lo mismo, ¿verdad?

El inspector mira a Keira negando con la cabeza como si no pudiera conmigo.

—Habla —me insta ella muy seria—. Desde el principio, Héctor. Has dicho que ella estaba al tanto de lo de las notitas, ¿no?

—¿Al tanto? ¡Prácticamente fue idea suya…! Casi todo el mundo sabía que íbamos a gastar esta broma a Ástor en el torneo de este año, ¡hasta Saúl! Todo se tramó en un cumpleaños al que mi hermano no quiso acudir. Estábamos hartos de su amargura… Pensamos que si le dábamos motivos para amargarse de verdad, se daría cuenta de que no tiene razones para estarlo siempre.

Que Keira desvíe sus ojos hacia mi silla de ruedas me recuerda que si Ástor está amargado es por mi culpa. Muchas gracias, reina… Ya lo sé. Es como si mi estado físico le molestase más a él que a mí, ¡manda huevos! Pero ahora mismo, a las siete de la tarde de un jodido domingo cualquiera, la broma se ha complicado *unpocobastante.* Y la verdad tiene que salir a la luz de inmediato.

Total…, Ástor ya está pensando lo peor de mí.

Los agentes me ponen delante una grabadora y guardan silencio para que hable.

¿Por dónde empiezo?

Lo mejor será contarles lo que sentí al ver a Carla por primera vez. Era el sueño de cualquier hombre entre los trece y noventa años. Un maldito ángel rubio de carne y hueso.

Hasta que a los veintisiete me quedé paralítico, había estado con toda clase de mujeres. Todas hermosas, decididas, la mayoría de ellas más ricas que yo. Sin embargo, nunca me había golpeado las corneas con semejante despliegue de dulzura e ingenuidad. Carla tenía la sonrisa contagiosa de alguien a quien todo le resulta nuevo y divertido. Exudaba felicidad con una humildad casi táctil que no tenía nada que ver con ser superficial. Poseía, como se llama coloquialmente, alegría de vivir. Y la reconocí porque era la misma baza energética en la que me apoyaba desde hacía años para olvidar mi falta de movilidad.

No podía usar las piernas, vale, pero el mundo y la vida seguían siendo maravillosos. Sin aspirar a grandes planes, solo a pequeños

detalles que me satisfacían hasta puntos insospechados solo por el hecho de no haber terminado bajo tierra en un ataúd.

Ástor me la presentó un día que fui a buscarle a la universidad para ir a comer juntos. Mi hermano se detuvo al ver mi coche y se despidió de ella. Me señaló sutilmente y Carla se volvió hacia mí.

Su belleza me dio un empujón en el pecho, literalmente. Pero lo mejor fue su forma de mirarme. Porque lo hizo como si fuera un hombre deseable. Y hacía tanto que nadie me miraba así…

No sé quién de los dos arrinconó al otro hacia un lugar oscuro de su mente para besarnos de forma violenta, pero ambos lo sentimos.

Un latido después, Ástor se dio la vuelta como si la propia Carla le hubiera pedido que nos presentara, y vinieron hacia mí. El resto fue magia. Todavía no sé cómo conseguí convencerla de que viniera a comer con nosotros. Ástor me miraba como si quisiera matarme. Pero mi antiguo avatar de tío seguro de sí mismo desplegó sus alas, y cada frase que decía, sentía que iba conquistándola más y más. Se notaba en su sonrisa vergonzosa y extasiada por desear a un hombre al que acababa de conocer. Un hombre hecho y derecho que se la comía con los ojos.

Por su parte, era como si algo en mi personalidad la atrajera como una maldita polilla a la luz. Es decir, hacia una muerte segura.

Ástor no quiso estropearme la diversión ni privarme de ese efímero sentimiento de normalidad que casi nunca tenía. Sin embargo, la magia se rompió de manera inevitable a los quince minutos, cuando aparcamos en un restaurante de las afueras de la ciudad universitaria y Carla fue testigo de cómo Ástor sacaba la silla de ruedas del maletero y yo la ocupaba prácticamente lanzándome hacia ella. Quise parecer tan ágil que me hice daño de verdad.

Se quedó muda ante la sorpresa, pero aguanté su mueca de desilusión sabiendo que tenía por delante al menos hora y media de comida para intentar reconquistarla en igualdad de condiciones. Es decir, sentados a una mesa.

Y Carla, siendo como era, enseguida se concentró en pasarlo bien. Ni siquiera preguntó qué me había ocurrido. Hizo como si la maldita silla no estuviera allí o como si no le importara. Fue un rato genial en el que Ástor y yo nos permitimos ser nosotros mismos, hablarle de nuestra madre y de lo mal compañero de piso que era Ástor. Cuando

intentó pegarme, me reí a carcajadas. Fue un momento único… porque siempre me trataba como si fuera de cristal, y esa sensación, la de recuperar un poco a mi hermano, junto con la atracción que sentía por Carla, hizo que forzara la situación y coincidiéramos muchas veces más.

La invitamos a casa muy pronto, como amiga. Yo vacilaba a Ástor preguntándole si ya la había besado y él me mandaba a la mierda diciéndome que solo era una alumna y demasiado joven para él. Pero intentaba convencerle de que no, porque quería vivir eternamente en esa sensación tan gratificante. La de que hubiera alguien más en la habitación que nos ayudara a sacar la mejor versión de nosotros mismos con su mera presencia. Y es que… menuda presencia tenía.

Carla no solo era guapa. Era calor. Era cercanía. Era permitirse ser cariñoso porque su vulnerabilidad lo pedía a gritos. Y también su olor. Tenía esa esencia narcótica que desprenden algunas chicas. Entraba en cualquier sitio y lo inundaba todo con su aroma, consiguiendo amansarte.

Una tarde apareció en casa por sorpresa. Según ella, nos echaba de menos. Esa frase, unida a la sonrisa más inocente del mundo, fue una llamarada que abrasó mi corazón en el acto.

Ástor tenía una reunión aquel día con el patronato y llegaría tarde.

—Podemos hacer algo nosotros —sugirió ingenua.

¿Algo? ¡¡¡Algo!!!

Se me ocurrían muchas cosas y ninguna era buena idea.

Al final, terminamos viendo una película. Se partía de risa con mis comentarios, y me encantó su naturalidad para decirme que le apetecía una bebida y que ella misma iría a buscarla si le explicaba dónde estaban. Me disculpé por ser un anfitrión penoso, pero cuando volvió noté una ligera turbación en ella.

—¿Qué te pasa?

—Eh… Nada, nada.

Pero sus ojos fueron hacia mi polla sin poder evitarlo.

«¡Mierda!». No me había dado cuenta, pero estaba empalmadísimo; un embarazoso montículo abultaba el pantalón de mi chándal.

—¡Dios…! ¡Perdona! —Me coloqué un cojín encima—. No es lo

que crees. ¡Esto es completamente involuntario! Un acto reflejo. Ni me había dado cuenta… No siento nada de ombligo para abajo.

—Tranquilo —farfulló azorada.

Aparté la vista y tuve serias dudas de si mi cuerpo era un hijo de puta que sabía muy bien lo que se hacía a mis espaldas.

—¿No sientes… nada de nada? —preguntó interesada.

—De aquí para abajo, no. —Me señalé la línea exacta.

—Entonces… ¿no puedes tener sexo? ¡Ay, perdona! Es una duda clínica que siempre he tenido. ¿Puede alguien en silla de ruedas practicar sexo? Pero no tienes que contestar. En serio, ¡déjalo!

—Tengo vida sexual, pero no uso… esto. —Me señalé el miembro.

—¡Ah…, entonces como yo!

Esa respuesta casi hace que se me disloque la mandíbula.

—¿Qué quieres decir?

—Que tampoco puedo usar… esto. —Se señaló ahí abajo—. Soy virgen.

«¿Es virgen? ¡¿En tercero de carrera?! ¿Con esa cara?». ¡Por Dios santo! ¡Era como tener delante un unicornio viviente!

—Bueno… —carraspeé sorprendido—, cuando llegue el momento, ya lo usarás.

«Y algún cabrón afortunado te la meterá hasta el fondo mientras pone los ojos en blanco», me callé a tiempo.

—No, no creo que pueda. No me funciona —dijo apenada.

Casi escupo el corazón por la boca.

—¿Cómo que no te funciona?

—Lo he intentado, pero ¡no me entra…! No funciona, en serio.

Tragué saliva ruidosamente. No daba crédito a sus palabras.

—¿Cómo es eso? ¿Dices que lo has intentado…?

—Sí, y no puedo. Me duele mucho. Está cerrado. No puedo mantener relaciones completas. Y los tíos suelen mandarme a la mierda cuando ven que no hay tu tía. Por eso me encanta lo que tengo con Ástor… Es perfecto porque no me presiona para hacer nada y podemos ser amigos… Y, quizá, con el tiempo se me abra o… ¡yo qué sé! Al menos, eso espero.

No pude evitar morderme los labios. «¡Qué fuerte!».

—¿Has ido al médico? ¿Te han dado un diagnóstico?

—Sí. Tengo vaginismo. Es una disfunción sexual por la que la

vagina se comprime impidiendo las relaciones y produciendo dolor. Las paredes se cierran haciendo imposible el coito. Así que nada…, a san joderse.

—¿Y no tiene solución? ¿No hay tratamiento?

—Es un acto inconsciente de mi cuerpo, casi como lo tuyo. Y suele venir por un tema psicológico encerrado en las profundidades de mi alma. Ya he ido a terapias sexuales, y dedujeron que mi tía me traumatizó cuando era pequeña porque la violaron y nunca ha dejado de transmitirme su miedo, de contarme cuánto le dolió y lo mucho que le jodió la vida para siempre. Empecé a manifestar un pánico inconsciente al coito. Es como una fobia que me genera un estrés y una ansiedad que no consigo controlar ni con hipnosis. ¡No hay manera! Mi último terapeuta me explicó que algún día conseguiría relajarme por completo con un hombre que me diera plena confianza y que mi cuerpo respondería por sí mismo, pero estoy casi segura de que no existe un hombre así. Con tanta paciencia y fuerza de voluntad…

—Bueno, Ástor tiene una fuerza de voluntad inquebrantable.

Al decirlo, me entró una especie de malestar. Porque lo de Ástor no tenía mérito, ya que no hay que hacer fuerza contra nada cuando no tienes voluntades. Cuando te lo prohíbes todo a ti mismo bajo un frío manto de indiferencia tan pesado que lo aplasta todo. Tan pesado como un tío de noventa kilos en una silla de ruedas.

—Yo lo pasé muy mal después del accidente con este tema —le confesé—. Siempre fui muy activo sexualmente y me apoyaba mucho en los genitales para disfrutar del sexo… Tuve que adaptarme a la situación que me ha tocado vivir y aprender otros caminos para conseguir placer. No fue nada fácil.

—Pero… ¿llegas al orgasmo? —preguntó interesada—. Yo llego conmigo misma, pero tengo la espinita clavada de compartirlo con alguien. ¡En las películas románticas parece tan genial…! Y en las porno también…

Se me escapó una carcajada. Su candidez me embelesaba de una forma que no podía pensar más que en abrazarla con fuerza, en aspirar su aroma y en comerle las tetas. Eso también.

—Yo no llego al orgasmo mediante la eyaculación —le expliqué—. Lo hago de otra forma.

—¿Qué forma? —Su interés creció.

—¿Has oído hablar del sexo tántrico?

—¿Eso es lo de juntar el pulgar con el índice y hacer «ohm»?

Me mondaba de risa con ella.

—El tantra considera que el orgasmo es una explosión de energía; no importa de dónde provenga. Mediante la estimulación de los diferentes sentidos sensoriales, olfato, gusto, oído, vista y tacto, se pueden activar sensaciones que nos lleven a una intimidad erótica que incremente el deseo hasta hacerte estallar. Las caricias tántricas se basan en diversas combinaciones de maniobras: las presiones estáticas y las presiones dinámicas.

—¡Qué interesante! ¿Qué tipo de maniobras son esas? Igual consiguen desbloquearme a mí también.

—Yo busqué ayuda profesional. Asistentes sexuales expertos en la materia. En España todavía no está regulado por la Seguridad Social como en otros países, pero hay empresas privadas que se dedican a ello. A mí me salvaron la vida… Es increíble el modo en que la sociedad margina a una persona con discapacidad, como si no sintiese nada ni tuviera las mismas necesidades que todos los demás.

—Sí, me pone enferma que se mire hacia otro lado con ciertos temas. Y…, aparte de asistentes sexuales, ¿has tenido citas con chicas… normales? Ya sabes, civiles.

Nuestras sonrisas se morrearon con descaro y aparté la vista preocupado. Joder… Debía andarme con cuidado. Carla era una joven muy especial que estaba consiguiendo que Ástor dejara de ser tan estirado; me negaba a hacer un movimiento en falso que acabara con su nuevo yo. ¡Pero me estaba poniendo muy difícil mantener la compostura! Nuestra atracción era tan evidente que me sometía.

Lo peor es que notaba que si me impulsase con las manos para arrimarme a ella y la besara, Carla respondería al beso. Acababa de dejarme claro que no sentía nada por Ástor, solo le convenía.

—He salido con civiles, sí… Alguna vez. Pero tiene que ser algo muy especial. Alguien que esté dispuesto a renunciar al placer inmediato por otro menos convencional. Porque se trata de llegar al orgasmo sin tocar las zonas erógenas.

—Me interesa esto del tantra. Buscaré información.

—Hazlo. Yo he sentido y he visto cosas flipantes —solté incauto.

No volvimos a sacar el tema hasta que nos explotó en las manos, y de qué forma…

Empezamos a coincidir más a menudo con y sin Ástor. Carla aparecía en casa sin previo aviso, pero a mí no me importaba. Al revés. Me encantaba notar que cada vez había más química y confianza entre nosotros. Era algo totalmente adictivo. Además, me constaba que mi hermano y ella no se estaban liando.

Nos reíamos mucho juntos y me bastaba con su amistad porque era una de las chicas más cariñosas que había conocido. Siempre estaba tocándome. O pegándome. Jugueteaba con mi pelo mientras veía la tele apoyado en sus piernas o luchaba contra mi bíceps con sus manitas cuando le robaba algo y no quería devolvérselo. Creamos un vínculo especial, casi fraternal. Incluso me llegó a decir:

—Gracias por ser mi amigo sin posibilidad de roce.

Subí las cejas y se echó a reír de su propio chiste. Se refería a un roce muy concreto que nunca existiría entre nosotros debido a nuestras mutuas disfunciones sexuales.

—No tienes por qué darlas, me encanta estar contigo, Carla.

—Y a mí contigo. Nunca había tenido un hermano mayor.

Y tan mayor… ¡nos llevábamos más de diez años! Pero los hermanos no se miran como nos mirábamos nosotros. Cogimos demasiada confianza y, en una de las tantas veces que la tuve encima forcejeando entre risas, no pude controlarme y me lancé.

Mi boca atrapó la suya en un beso húmedo y sensual que Carla continuó con gusto. Me volví momentáneamente loco. Dimos cuatro o cinco vueltas de campana con las lenguas antes de empezar a sobarle un pecho, sin pensar… Quería devorarla entera. Sin embargo, paré a tiempo entre resuellos.

—Joder… ¡Lo siento mucho! ¡Mierda! —Me cabreé conmigo mismo—. Se me ha ido la cabeza por completo.

—¿Qué pasa? ¿No querías besarme, Héctor?

—No. ¡Bueno sí…! Pero no. ¡Ástor está muy flipado contigo! Me encanta lo contento que se lo ve desde que te conoce, y no puedo llegar yo y… Nunca haría nada para quitarle esa sonrisa de la cara, ¿lo entiendes? No puedo hacerle esto.

Ella le quitó hierro. Me dijo que no me preocupase y que había sido un lapsus por parte de los dos. Añadió que no quería que

cambiara nada entre nosotros y me pidió, por favor, que lo olvidásemos.

Y la creí, porque ¿cómo iba Carla a estar interesada en mí? ¡En mí!

Aun así, no quedó ahí la cosa.

A la mañana siguiente se saltó las clases y volvió a casa mientras Ástor estaba en la universidad. A esa hora, yo estaba en el gimnasio con mi fisioterapeuta. Cada día hacía con Miguel mi mantenimiento habitual para que mi tronco inferior no se atrofiara en exceso y después yo entrenaba por mi cuenta el tronco superior. Cuando podía, él se quedaba conmigo a entrenar también.

Nos pilló haciendo unas dominadas. Yo tenía un sistema de polea para subir y bajar de la barra solo. El resto del tiempo lo pasaba en el suelo en las posturas más insólitas.

Y de esa guisa me encontró. Tumbado boca abajo, apoyado sobre mis codos.

Creo que me enamoré de ella por completo cuando nos saludó risueña, se quitó el abrigo y se lanzó al suelo para darme un beso en la mejilla, sabiendo que yo no podía levantarme. La habría atraído hacia mí y habría rodado con ella, besándola y haciéndole cosquillas. En lugar de eso, sin embargo, me quedé tieso al pensar que sus labios acababan de degustar mi sudor.

Se sentó a mi lado, a lo indio, mientras me mordía el carrillo impotente. Puta vida…

Pero todavía no sabía la que me esperaba. Era un maldito ingenuo.

Giré sobre mí mismo y me incorporé, quedando sentado a su lado, cara a cara. Miguel huyó despavorido al percibir la tensión sexual que se respiraba entre nosotros, fruto de estar rememorando el morreo del día anterior.

En cuanto nos quedamos solos, me soltó la bomba:

—Me he estado informando sobre el sexo tántrico y quiero probar.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—¿Ah, sí? Qué bien…

—Sí, creo que puede ayudarme a abrir mi… chakra, e igual consigo relajarme lo suficiente con música, velas y aceites esenciales. Sobre todo si sé que nadie tocará mis puntos claves y que no va a

haber un coito inminente.

—Yaaa… Pues… coméntaselo a Ástor cuando estéis en ese punto. Os dejaré usar mi sala de relajación.

—Ástor no me sirve —sentenció firme—. Necesito a alguien que controle del tema.

Abrí los ojos alarmado. «¿No pretenderá que yo…?».

—Y necesito que sea alguien con el que me sienta completamente segura. He pensado en ti, Héctor.

—Carla, yo… Me siento halagado, pero no puedo ayudarte con eso.

—¿Por qué no? ¡No confío en nadie más para hacerlo! ¡Solo quiero un masaje erótico! Y eres el único hombre que conozco al que no le interesa desvirgarme porque no sentirías nada.

El corazón se me paró. ¿Cuánto había investigado? Porque… ¡esos masajes los cargaba el diablo!

—No puedo, Carla. No me lo pidas, por favor.

—Te lo pido con todo mi corazón —dijo mirándome con intensidad—. Además, me debes una.

—¿De qué?

—Si no quieres que cuente a Ástor lo de nuestro beso en el sofá, harás esto por mí.

—¡No fastidies! ¿Quieres partirle el… bueno, lo que sea que esté bombeando lodo negro dentro de él?

Carla sonrió ante mi broma.

—Un masaje. Solo pido eso. Necesito superar esta mierda… Si no, cuando Ástor quiera dar un paso más conmigo, me resultará imposible y lo perderé para siempre. ¿Quieres eso?

Tragué saliva impactado por planteármelo siquiera. ¿Iba a hacerlo?

«Dios mío…».

—Tengo que ducharme —farfullé incómodo—. ¿Me acercas la silla? Me arrastraría hasta ella, pero ya que estás aquí…

—¡Claro!

Me la puso al lado e hice la transferencia desde el suelo con mi habitual método. Estaba acostumbrado a hacerlo todo solo. Ir al baño, meterme en la cama, subir al coche… En realidad, podría vivir solo, pero Ástor insistió mucho en que me quedara con él. Total, ya había

renunciado a su vida por mí.

Me duché sentado en la silla fija que tenía anclada en la cabina y cuando me vestí (que eso me costaba lo mío) encontré a Carla esperándome en el pasillo muy dispuesta.

La llevé a mi sala de relajación y le encantó encontrar un colchón en el suelo, cubierto con un dosel enorme que colgaba del techo.

—¡Qué pasada…! ¡Es precioso!

Se sentó en él a esperar mientras yo preparaba el ambiente, cuidando cada detalle. Música, velas, aceites aromáticos…

«¡¿Qué cojones estás a punto de hacer, Héctor?!», me grité desaforado en mitad de los preparativos. Pero no tenía opción.

—Quédate en ropa interior —le pedí como un profesional.

—¿Qué?

—Has dicho que confías en mí, ¿no? Pues hazlo, Carla. Luego enróllate esta toalla a la cintura y ponte boca a abajo. Ahora mismo vuelvo.

Le dejé intimidad, y cuando regresé la encontré en posición y solo con las braguitas. Quise morirme al contemplar su espalda desnuda. Era la piel más tersa que había visto jamás. Se había recogido la abundante y caótica melena de anuncio en un moño alto para que no me molestase. Estaba preciosa.

Me senté a su lado sobre el colchón del suelo y me froté las manos para calentarlas, embadurnándolas con aceite de canela y cardamomo.

—Voy a ponerte aceite —la avisé—. Facilita notablemente la tarea de hacer que la energía kundalini ascienda desde los chakras inferiores hasta los superiores.

—¿Chakras, en plural?

Comencé a darle un masaje lento y sensual por los trapecios.

—Sí, no solo hay uno, hay siete. Son distintos puntos energéticos que se encuentran en el cuerpo alineados en el canal central, de la columna al cuello. —Presioné su piel desde la nuca hasta el coxis para señalárselos—. Cada uno se relaciona con distintos aspectos de la vida y maneja una energía particular. En este caso, la que nos interesa es la kundalini, la energía psicosexual de la que te hablé… Se cree que tenemos una enorme reserva potencial inutilizada dentro de nosotros. Los masajes están destinados a estimular ese flujo energético, permitiendo despertar y desbloquear sensaciones corporales o energía

trabada en algún punto del organismo.

—Yo la tengo trabadísima ahí abajo.

Sonreí.

—Intenta relajarte, Carla. Este masaje no consiste en estimular directamente ni los pezones ni el clítoris, sino en masajear determinadas zonas avaladas por milenios de experiencia para lograr una capacidad de disfrute similar… pero diferente.

—De acuerdo.

—Eso no significa que no vayas a excitarte. Lo harás y mucho. No te reprimas, ¿vale? De lo contrario, no servirá de nada.

—Vale… —contestó cortada.

Y como había visto cientos de veces ante muchos escépticos, una vez que terminé de repartir la energía de su espalda, incidiendo en el hueso sacro y deleitándome en la curvatura perfecta de sus caderas, le dije que se volviera.

Le di una toalla pequeña y fina para que se cubriera los pechos y otra para los ojos. Ahí comenzó su verdadero descenso a los infiernos.

Empecé a tocarla como había aprendido, y su cuerpo reaccionó obediente con espasmos involuntarios. Contracciones, escalofríos… Su respiración se agitó y sus manos se retorcieron con anhelo. Deslicé los dedos con una presión firme desde sus clavículas, pasando por el centro de sus pechos, sorteándolos, siguiendo sobre su estómago hasta su pubis. Se volvió loca. Luego subí las manos como si me dispusiera a amasarle los pechos, pero en el último momento mis pulgares hicieron un arco para esquivarlos y marcar su curvatura perfecta, incluso llegando a rozar la base.

Pronto no pudo más y se llevó inconscientemente una mano a la entrepierna un instante. Era evidente que no soportaba la presión ni la necesidad de tocarse. Mis dedos resbalaban por su cuerpo con una suavidad demencial gracias al aceite. Llegué a la parte interior de sus muslos y le acaricié el útero usando los pulgares de forma circular hasta terminar en su ingle.

Empezó a jadear más alto que si acabara de meterle un dedo hasta el fondo. Se movía como si estuviera follándomela.

Menudo espectáculo…

Tragué la saliva acumulada en mi boca y apreté los dientes para resistirme y no darle lo que necesitaba justo donde lo necesitaba.

Sentía que la estaba torturando. Su forma de arquearse, las contracciones espasmódicas y el balanceo de su pubis me estaban llevando al límite. Quería huir de esa habitación. De ese insoportable frenesí.

—Tócame —me suplicó de pronto—. Por favor… ¡No puedo más!

Mi mano se movió rauda ante esa orden directa. Sin pensar.

Lo único que hice fue colocar la palma sobre su monte de Venus y presionar su clítoris con mi pulgar, como quien presiona un botón para lanzar un misil.

Le provoqué un orgasmo antológico que me dejó jadeando a mí también.

Sentir cómo me sujetaba la mano para que no se me ocurriese apartarla me borró el raciocinio de un plumazo, y cuando tiró de mi camiseta para atraerme hacia su boca caí en un fundido a negro tan bestial que apenas recuerdo haber sido consciente del estropicio que lo siguió. Lenguas, mordiscos, saliva, comerme sus pechos, su sexo y su boca como si no hubiera un mañana. Sin razonar. Disfrutándolo con todos los poros de mi piel. Al menos con los que tenían respuesta eléctrica.

Su vagina no estaba cerrada para mí, no tenía problema para meter y sacar de ella varios dedos con cuidado. Estaba tan dilatada que noté perfectamente su himen. Joder… Era cierto, ¡era virgen!

Nos besamos durante mucho tiempo. Estábamos idos, extasiados. Enamorados.

—Quiero hacerlo —musitó en mi boca—. Quiero que me folles.

—¿Qué? No… No podría.

—¡Claro que sí! Se te pone dura… y contigo no tengo problemas. Quiero saber lo que se siente. ¡Por favor…!

—¡Carla, no! ¡No puedo! Deberías hacerlo con alguien que…

—Nunca me ha gustado tanto un hombre como me gustas tú, Héctor —confesó—. Creo que me enamoré de ti a primera vista. Algo en tu mirada me cautivó por completo y… ¡quiero que seas tú! Tu personalidad es increíble… ¡Todo tú! ¡Tus piernas me dan igual!

—¡Joder, Carla…! —jadeé indeciso—. No me digas eso… No es solo que crea que te mereces algo mejor, ¡es por Ástor! ¡No puedo hacerle eso a mi hermano! Le gustas mucho y está…

—¡Si le gustara tanto, habría intentado algo conmigo! Pero no lo

ha hecho.

—¡Es tímido! Y las normas de la universidad son muy claras… ¡Él se penaliza constantemente por todo! Se niega toda clase de apetencias, pero siento que no quiere renunciar a ti. Se lo noto. ¡Dale tiempo!

—¡A mí me gustas tú! ¡¿No lo entiendes, Héctor?! Y quiero perder la virginidad contigo. ¡Me encantaría! Confío en ti. ¡No me castigues a mí también!

Me besó de nuevo, y fui incapaz de apartarme. Era tan especial, tan testaruda y pertinaz con lo que se le metía entre ceja y ceja.

Pero Ástor había cuidado de mí muchos años y no debía hacerle eso… No podría ni mirarle a la cara después. Todavía estaba a tiempo de no cagarla hasta el mismísimo fondo. Estaba a tiempo de olvidarlo. De hacer como si nada.

Además, a Carla no le convenía estar con un tío como yo. Necesitaba a un chico de su edad o, por lo menos, a un hombre sin limitaciones que pudiera darle hijos y follársela de mil formas distintas.

Lo que no esperaba es que ella urdiera su propio plan para conseguir lo que quería.

Empezó por besar a Ástor impulsivamente cuando este le regaló un collar. Casi rompo el mando de la tele al verlos. Ella había insistido en ir a la fiesta del KUN con las ideas muy claras: promocionarse como Kaissa para espantar a Ástor y obligarme a reclamarla.

Casi me desmayo cuando Charly me contó que le habían dado una invitación para la subasta.

—¡No me has dejado otra opción! —exclamó enfadada cuando lo discutimos—. Ya he decepcionado a Ástor presentándome a Kaissa… Es cosa tuya si permites que otro me compre y me folle o prefieres hacerlo tú. Decídete.

¿Hacerlo yo? ¡¿En mis condiciones?! ¡¿Con público?!

Claro que nada me impedía que me tomara una viagra y dejar que me montara manchándolo todo de sangre, ¡pero no iba a compartir esa experiencia con nadie por nada del mundo! Ni quería que Carla lo hiciera con un maldito desconocido por el que no sentía nada y que probablemente le haría daño. Iba directa a una trampa mortal en la que me obligó a mediar por un alto precio. ¡Altísimo!

Y no hablo de dinero, hablo de sacarla del punto de mira de todos los miembros del KUN. Y de que alguien en concreto que conocía nuestro plan de despertar de su letargo a mi hermano se ha aprovechado de ello para hundir a Ástor de verdad. Alguien que acaba de sepultarme en un arrepentimiento que nunca podré quitarme de encima si se confirma que Carla está muerta.

keira

27
Los niños están bien

Un mal movimiento anula cuarenta buenos.

BERNHARD HORWITZ

Salgo a tomar el aire tras la cruenta y emotiva confesión de Héctor.

No me lo puedo creer…

Mi estómago es una puñetera montaña rusa ahora mismo. Y no quiero ni imaginar cómo estará Ástor.

Casi sin darme cuenta, me veo yendo en su búsqueda.

Lo he tratado fatal al ver el vídeo de Carla y no se lo merecía. Yo y mis cagadas siderales… Atisbo desde aquí el muro infranqueable que habrá levantado a su alrededor entre nosotros. Uno más alto y sólido que el de la Guardia de la Noche.

Me ha afectado ver tan hundido a Héctor. No he querido mentirle.

Las esperanzas de encontrar a Carla con vida (o una parte de ella siquiera) son mínimas. Y sin cuerpo, no hay delito. Excepto en casos muy muy claros. Pero sabiendo que habían pactado que desapareciera, no será fácil demostrar nada sin el cuerpo.

Encuentro a Ástor en mi despacho. Tiene la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados encima de la mesa; no le veo la cara. Aun así, que no se levante cuando oye entrar a alguien es muy mala señal. Antaño habría pegado un salto y adquirido una pose adecuada. Está cambiando.

—Ástor… —farfullo cauta.

Tarda en incorporarse y mucho más en mirarme. Le importa una mierda que lo vea así. Yo o quien sea. Las novedades han roto completamente su compostura de aristócrata. Ropa con sangre… No hay más que decir.

Cuando por fin nuestras miradas coinciden, me arde el pecho. Esa expresión devastada, ese brillo delator en los ojos, la frustración y el anhelo que desprenden… hacen que quiera abalanzarme sobre él y abrazarlo fuerte. Pero trago saliva y me contengo. Me acerco despacio y le pongo una mano en el hombro.

—¿Cómo estás?

Su forma de responder a esa pregunta incontestable es negar con la cabeza y perder la vista en la nada.

Le tuerzo la cara para que me mire.

—Voy a cogerle, Ástor. Confía en mí…

—Ya lo tenéis —dice serio—. Es mi hermano. Somos una puta familia de asesinos…

Abro los ojos alarmada. Que use el plural llama mi atención, y entonces me acuerdo de la chica del accidente… Me pregunto cuándo dejará de culparse por esa muerte.

Nunca, como bien dijo Carla. Han pasado siete años y sigue teniendo pesadillas con ello. Yo misma he sido testigo.

—No digas eso, Ástor —lo riño agachándome a su lado para ir al encuentro de sus ojos—. Héctor no ha hecho daño a Carla… Lo sabes tan bien como yo.

—Me envió las putas notas.

—Según él, solo querían manipularte para que perdieras el torneo.

—Pues se han equivocado conmigo. Me la suda el torneo.

Pero yo sé que eso no es cierto. He visto lo mucho que Ástor lo disfruta y entiendo que Héctor lo atacara precisamente ahí. Quería que su hermano se defendiera con uñas y dientes ante algo que le importaba. No obstante, lo de Carla complicó las cosas.

Típico… Nadie cuenta con que una mujer tome la iniciativa para resolver un problema saltándose a la torera los deseos de los hombres. Y es indudable que presentándose a Kaissa Carla mataba dos pájaros de un tiro. Así tendría la reacción deseada de los dos De Lerma… Muy lista.

Me levanto cansada, creyendo que no puedo convencerlo de que lo vea de otro modo, y al percatarse de que me alejo de él musita devastado:

—Alguien ha matado a Carla.

La frase me golpea, y me fastidia no tener argumentos para rebatírsela y que deje de ahogarse en culpabilidad. Me gustaría darle esperanzas, pero para mí es evidente que alguien presenció la pelea posterior a la puja entre Héctor y Carla y la siguió hasta su casa para satisfacer sus deseos más oscuros.

—Puede que lo de Carla no tenga nada que ver contigo —intento animarle acercándome de nuevo a él—. Ella se metió en el club y tú siempre has dicho que todos la querrían.

—Sí, ¡pero no pensaba que mi hermano fuera el primero, joder…!

—Los sentimientos no se pueden controlar, Ástor.

—¡Pero se pueden confesar! ¡Lo he sacrificado todo por Héctor! ¡Todo! No sé qué puta duda podía tener mi hermano de que me habría hecho a un lado con Carla también. ¡Yo no estaba enamorado de ella! Simplemente encajaba bien en mi plan vital. ¡No sentía nada romántico por ella! Lo tengo más claro que nunca… Porque ahora sé lo que es el amor.

Nos miramos intensamente como si el eco de una frase resonara con insistencia en la habitación: «¿Lo dices por mí?».

Su forma de responder a esa pregunta no formulada es atraerme hacia su cuerpo y besarme despacio. El corazón me da un vuelco mientras me pierdo en un mar de labios, lenguas y saliva. El bienestar me invade sin poder evitarlo y respiro aliviada. Cuando para, esconde su cara en mi cuello.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunta inquieto—. ¿Dónde vas a

dormir esta noche? ¿Dónde voy a dormir yo?

Lo expone con una necesidad tan palpable que me estruja el corazón. Lo miro con miedo. Miedo a estos sentimientos que ya no podemos negarnos.

—En tu casa… Ambos. No pienso dejarte, Ástor. Esto no ha terminado.

Mis palabras lo atemperan.

—¿Y mi hermano?

—No tenemos nada contra Héctor. Nos ha enseñado una copia de la última restauración de su móvil y hay wasaps con Carla que avalan su historia. Los había borrado a propósito. Es verdad que se enfadó mucho con ella al verse forzado a comprarla. Le dijo que se fuera de la ciudad por su bien, para no estar presente en el torneo. No quería que la encontraras, si la buscabas.

—¿Te das cuenta de que no podré volver a confiar en él?

—Tenéis que hablar —digo diplomática—. Ninguno de los dos deseaba que pasara esto.

Entonces me besa. Y es un beso nuevo que no tengo registrado en mi sistema. Es un beso que no pretende desnudarme, sino que le consuele por lo que ha pasado. Sentirme cerca. A salvo. Confiar en mí.

Le cojo la cara y se lo devuelvo con ganas, atrapando sus labios con suavidad. Siento que esta nueva discusión ha inaugurado otra etapa en nuestra relación. La primera fue la de la puja, y estaba llena de una atracción física imparable, casi vergonzosa, por parte de los dos, pero la superamos. Ahora el enfado ha sido una cuestión de confianza, y superarlo supone navegar por aguas mucho más profundas. Las del enamoramiento. Una cosa es que un hombre se cuele en tus bragas y otra que lo haga en tu corazón. Y yo acabo de darle las llaves para que entre en el mío.

—¿Me perdonas por no haberte creído? —musito cautelosa.

Una frase así, saliendo de mi boca… ¡Que alguien me pellizque!

—¿Y tú a mí por haberte ocultado la conversación mantenida con Carla?

Volvemos a besarnos con más ímpetu para sellar nuestros síes.

Si Gómez o Ulises me vieran ahora mismo, fliparían en 4D sin necesidad de gafas especiales. Ástor en mi silla, reclinado hacia atrás, conmigo sobre su cuerpo duro… No me lo creo ni yo, de hecho.

Cuando nos avisan de que Charly ha llegado a la comisaría, nos reunimos todos en la sala donde está Héctor. Toca confeccionar un informe que resuelva las desavenencias fraternales de los dos De Lerma, que empiezan a emerger en cuanto Ástor ve a Héctor de nuevo.

—¿Eres un crío? —le espeta enfadado al entrar en la sala—. Si te gusta la chica con la que salgo, me lo dices y punto. ¡Ni siquiera me estaba liando con ella!

—¡Sí, claro…! Mi hermano sonríe por primera vez en años y voy a joderle la fiesta… ¡Hacía mucho que no te veía así!

—¡Sonreía porque tú sonreías, gilipollas!

Son tan adorables…

Aunque lo mejor es ver la cara de estupefacción de Ástor cuando Héctor le dice que lo de las notas fue idea de Carla.

—¿Cómo pudo surgir de ella?

—Bueno, le comenté que no habías levantado cabeza desde lo del accidente y que me sentía mal por haberte jodido la vida —dijo Héctor con voz culpable.

—¿Tú a mí? ¡Si fue al revés!

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir, Ástor? ¡No fue culpa tuya! Es más, si no hubieses pegado ese volantazo en el último momento, habríamos muerto todos en el choque frontal con aquella furgoneta. ¡Venía directa hacia nosotros! Nos salvaste la vida… Marta nunca debió quitarse el cinturón.

Ha sido un momento tenso y muy emotivo cuando Ástor se ha cubierto la cara y Héctor se ha acercado a él para decirle:

—Olvídate de mis piernas de una vez. Sigo aquí. Y eso es lo único que importa…

Todos nos hemos quedado sin habla.

—Y no me mates —añade Héctor—, pero me sinceré con Carla y me animó a tomar cartas en el asunto.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—¡Lo que te digo siempre a ti!, que el antiguo Ástor murió en ese accidente y que yo no sabía cómo recuperarlo.

—¡Es que no puedes! —exclama Ástor. Y me mira angustiado—. Por mucho que insistan los psicólogos, hay cosas que nunca conseguiré perdonarme a mí mismo… Es así de simple, Héctor. Hay

cosas irreparables.

—La muerte de Marta es irreparable —señala Héctor—, pero el resto tiene solución. Y Carla dio con ella al decir que «solo cuando uno se enfrenta a una gran amenaza, sale a la luz su verdadera naturaleza». Ella y yo lo ideamos todo, es cierto, pero alguien lo está utilizando para echarnos la culpa de un delito real, hermano.

—Si no le hubierais dado la oportunidad, nada de esto habría pasado —responde Ástor, enfadado.

—No vas a hacer que me arrepienta —contraataca Héctor—. Porque esas notas te hicieron venir a la fiesta el viernes y fue una de las mejores noches de los últimos tiempos. ¡Te divertiste, joder! Fuiste tú de nuevo y pudimos recuperarte un poco. Pensaba que Keira era un milagro caído del cielo, y ahora resulta que es una poli infiltrada por las amenazas de muerte de las notitas. Y no me digas que lo vuestro ha sido mentira, porque no me lo creo. ¿Lo es?

¡Puta pregunta delante de mi jefe…!

A la que nadie osa contestar, claro. Simplemente pasa un ángel con una pala recogiendo mi vergüenza junto con los corazones que salen de mi cabeza. Menos mal que Charly desvía el tema diciendo:

—Yo soy el único que lo sabía todo. ¡Soy el mejor!

—Tú y yo vamos a hablar muy seriamente —reprendo a Charly—, porque habéis entorpecido una investigación policial con las dichosas notitas… Pero ya habrá tiempo para charlar de eso. Ahora lo importante es Carla.

—Estaba pactado que desapareciera —se defendió Charly—. Pero no de verdad…

—Pues ha desaparecido —interviene Gómez con cara de pocos amigos—. Todo indica que alguien la secuestró de verdad, aprovechando la coyuntura.

—¿Qué vais a hacer ahora? —pregunta Héctor con aprensión—. Tenéis que encontrarla como sea… ¡Quizá siga escondida! ¡Quizá esté bien!

El anhelo que destila su voz hace que me duela el alma.

—¿Y cómo explicas lo de su ropa y la sangre? —señala Ulises muy a su pesar.

—¿Una puesta en escena para acojonar todavía más a Ástor? Aún no sabemos si la sangre es suya…

Todas las miradas van a parar a mí esperando que calcule las probabilidades de que eso sea posible. Odio dar esperanzas infundadas.

—Es remoto…, pero posible. Sin embargo, hay un detalle que lo cambia todo —digo apenada.

—¿Cuál? —pregunta Ástor, angustiado.

—La bomba del coche.

—¿Qué bomba? —pregunta Héctor, descolocado. Y en ese instante, justo en ese instante, Carla muere para mí. Porque Héctor no sabe de lo que hablo. Es decir, el promotor de las notas que amenazaban de muerte a Ástor no sabe nada de esa bomba.

—La que había debajo del coche el día de la fiesta de Guzmán… ¿Eso no fue cosa vuestra?

—¡¿Qué coche?! —exclama Charly, tan perdido como Héctor—. ¡¿De qué hablas?!

Ástor se lleva la mano a la sien comprendiendo lo que eso significa.

—¡¡¡¿Qué bomba?!!! —exclama Héctor, nervioso.

Ástor se lo explica.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no quería preocuparte…

—¡Joder…! ¡Tenías que habérmelo contado!

—Pensaba que solo querían asustarme. Estaba desconectada… Nunca habría explotado.

—Quizá la pusieron para usarla más adelante —sugiero—. Igual la colocaron con la esperanza de que no la vierais y activarla más tarde…

Héctor apoya los codos en la mesa y se sujeta la cabeza, entendiendo que esto lo cambiaba todo. Porque demuestra que hay alguien más tramando algo peligroso contra Ástor a sus espaldas.

Miro a Ulises transmitiéndole que necesito hablar con él a solas y no tarda en salir de la sala sin decir nada.

Lo sigo poco después, y Ástor se da cuenta.

—Escucha… —dice Ulises ansioso cuando me planto delante de él —. Tengo un presentimiento.

—Yo también.

—Esto es algo personal. Familiar, incluso… Es como si alguien

deseara ver en la cárcel a Ástor a toda costa. O quizá quieran destapar algo de él… Los Arnau o cualquier otra persona que piense que debe pagar por algo que ha hecho. Un secreto, quizá… Debemos descubrir lo que es.

—Tiene sentido —digo con avidez. Aunque me niego a pensar que Ástor esté ocultándome algo tan gordo, aquí hay gato encerrado.

—Me disculpo por haberte provocado antes, Keira. He sentido que te habías bloqueado al ver el vídeo y lo he hecho adrede.

—Has acertado. Eres un genio. Y me he dado cuenta de que lo has hecho para ayudarme a reaccionar.

—De nada. —Ulises sonríe cómplice—. ¿Cómo estás ahora…?

Suspiro porque a él no quiero mentirle.

—Muy sobrepasada sentimentalmente hablando, pero mejor.

Me aprieta el brazo, compasivo.

—Te entiendo porque yo estoy igual, pero quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre me tendrás…, que por muchos sentimientos que nos desgarren por otras personas, siempre serás mi chica —dice con cariño.

Los ojos se me encharcan y lo abrazo con fuerza. Sé que tenemos público en la comisaría, pero me da igual. Ya piensan de todo.

En ese momento, la puerta de la sala se abre porque Charly sale, y, al fondo, me percato de que Ástor nos mira con carita de perro abandonado.

«¡Mierda!».

—¿Puedo fumar en alguna parte? —nos pregunta el abogado—. Me va a estallar la puta cabeza si no lo hago.

—Sí… Subiendo por esa escalera, a la derecha, hay una terraza. Pero si te pillan, no menciones mi nombre —le dice Ulises.

Charly sonríe y le da las gracias con una caída de párpados que me deja totalmente descolocada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto extrañada.

—¿El qué?

—Eso que he notado entre vosotros —digo moviendo los brazos por el aire—. ¿Te tiras a su novia y le caes bien?

—Eh… Bueno, es que… me estoy acostando con los dos.

—¡¿Cómo?!

—No preguntes —dice mortificado.

—¡¿Dónde te estás metiendo, Ulises?!

Levanta una ceja y se pone chulito.

—Yo también estoy investigando por mi cuenta, ¿sabes?

—¡Sí, ya me sé ese truco! Tienes orgasmos por el bien de la misión… ¡Pues ya podrías haber descubierto lo de las dichosas notas! Nos la han metido bien metida.

—¿Quieres jugar a eso, doña Estoy-muuuy-sobrepasada? Mentiría si dijera que no estoy disfrutando por el camino, aunque no pierdo de vista ni por un segundo la maldita misión.

—¿Qué opinas de lo de Carla? —pregunto sorteando el tema.

—Que, aunque no haya cuerpo, si la han matado, vamos a encerrar a un jodido asesino. Si la sumergió en ácido, no lo hizo solo. Alguien tuvo que ayudarle… Lo encontraremos. Si fue Xavier, quizá su hijo lo ayudara.

No me gusta pensar que Saúl pudiera hacer algo así, pero…

—¿Crees que están fingiendo llevarse mal y que están compinchados contra Ástor? —pienso en voz alta.

—No lo sé, Sofía me ha hablado bastante de Saúl y me ha dicho que es inestable de cojones… Debemos estar atentos, Keira.

—Los Arnau son muy herméticos. Me temo que van a denegar la orden para investigarlos, pero me inventaré algo. Me centraré en Saúl. Creo que le gusto… Le diré que Ástor es raro y a ver qué me contesta…

—¿Y si intentas que te lleve a su casa? —propone Ulises—. A la policía no la dejarán entrar, pero quizá tú puedas colarte… Yo lo he conseguido en casa de Charly por montarme un trío. Eso me ha permitido estudiarle mejor. Estoy buscando relaciones entre él y los Arnau. Hay que investigar a todo el que sea muy cercano a los De Lerma, ahora que Héctor está descartado.

—¿Lo está del todo?

—Yo diría que sí… Su historia me ha parecido sincera y creíble.

—Y te cae bien —afino.

Lo veo sonreír contra su voluntad.

—A ver… El otro día me dijo que quería tatuarse al Mapache de *Los guardianes de la Galaxia*… ¡¿Cómo no me va a caer bien?!

Me entra la risa. Ulises es muy fan de Marvel.

—Pondría mi mano en el fuego a que Héctor no es un asesino… —

sentencia Ulises.

—Y Charly, ¿viste algo extraño en su casa?

—No. Aunque Charly es harina de otro costal. Es muy pasional. Y listo. No encuentro un móvil, pero es un pozo de información muy jugoso sobre Ástor y lo que sea que haya podido hacer en el pasado. ¡Es su abogado! Por eso me estoy acercando a él, para que me lo suelte… El problema es que sabe distraerme muy bien metiéndome la lengua en la boca.

—¡¿Qué?! ¡¿Os habéis besado?!

—Baja la voz —me riñe—. Sofía y él están muy locos… Y me lo contagian a mí.

—Madre mía, Ulises… Pensaba que había sido un trío solo tocando a Sofía, ¡no entre Charly y tú también!

—No hemos hecho nada —aclara rápido—. Sabes que no me van los tíos… Esto es distinto. Charly tiene un estilazo indudable. Te juro que paso de su polla, pero compartir a Sofía juntos fue increíblemente morboso. En un momento dado, ella nos acercó a su boca para besarnos a la vez y… pasó. Estaba tan excitado que Charly y yo rozamos nuestros labios sin querer. Me quedé un segundo parado, pero ella volvió a juntar nuestras bocas y… me dejé llevar. Se puso como loca al vernos. Y yo también. La cosa es que no lo sentí mal, fue muy natural.

—Ajá…

—Déjate de «ajás», que luego la taladramos a muerte entre los dos. En equipo. Él por detrás y yo por delante. Y te juro que casi me muero allí mismo.

—Joder, vaya tela… ¿Es tu primer trío?

—Sí. Al terminar, estaba flipado y Charly me dedicó una sonrisa condescendiente, como si me considerara un novato. Eso me cabreó, y todavía se rio más. De pronto, me dijo que si dejaba que él me diera por detrás mientras yo me follaba a Sofía vería a Dios.

Mi boca se une a mis ojos abriéndose al máximo. Cojo aire porque se me había olvidado hasta respirar. ¡Esto es surrealista!

—Anoche Ástor me ató a la cama —confieso de repente para ponerme a la altura—. Me ató de piernas y brazos a las cuatro esquinas de su cama y me torturó como nunca nadie lo ha hecho en mi vida. Terminé llorando de placer… Y cuando me corrí, sentí que

me desmayaba. Una *petite mort* en toda regla.

Ulises suelta una risita incrédula.

—Pero… ¡¿qué leches le pasa a esta gente rica?!

—Que viven al límite —respondo encogiéndome de hombros.

—Más bien, los traspasan. Tienen demasiado tiempo libre.

—Dicen que todos nos ponemos nuestros propios límites, pero alguien sin límites es capaz de hacer cualquier cosa —pienso en voz alta.

—Sí que hay un límite. Y es la ley, Keira.

Me doy cuenta de que estamos volviendo al caso. O quizá nunca salimos de él.

—Todo juego tiene sus normas —digo clavando la vista en mi compañero—. Y si alguien se las ha saltado, daremos con él. La partida no ha terminado, Ulises.

Asiente, y chocamos los antebrazos como siempre hacemos. Vuelvo a sentirme en casa.

A continuación, entramos en la sala y continuamos con la reunión.

Cuando Charly vuelve, no dejo de pensar en ellos dos morreándose y haciéndole el amor a Sofía a la vez. ¡Joder…!

Al terminar, Ulises nos acompaña hasta la casa de los De Lerma. Lleva a Héctor en mi coche y yo voy con Ástor en el biplaza.

Le dejo conducir con mi mano en su nuca y le acaricio el pelo. Su forma de mirarme transmite agradecimiento y vulnerabilidad a la vez, como si me ocultara algo y supiera que, en cuanto me entere, me perderá para siempre.

Su mano derecha se posa en mi muslo cuando no la utiliza, aprovechando que ya no tiene restringido el acceso a mi piel.

Al llegar a la casa, se va directo a nuestra habitación. Héctor dice estar agotado y también se retira a su dormitorio. Ulises y yo, en cambio, nos quedamos un rato charlando del caso, ahora que podemos hacerlo libremente porque Héctor ya sabe quiénes somos.

Cuando Ulises se va, voy en busca de Ástor. Son casi las diez de la noche.

Lo encuentro tumbado en la cama, boca abajo, agarrado a su almohada. Está desnudo de cintura para arriba, ataviado solo con el pantalón negro del pijama. Es una imagen brutal. No me hace falta apostar a que va sin calzoncillos, porque lo lleva muy bajo y el inicio

de la curva deliciosa de su trasero le asoma por encima de la cinturilla.

Lo primero que hago es quitarme los zapatos. Quiero ponerme cómoda. De pronto, tengo una idea.

Me siento a su lado y le acaricio la espalda.

—Me debes algo…

Ástor abre los ojos adormilado.

—¿El qué?

—Qué rápido olvidas tus promesas… ¡Un baño relajante y una pizza!

Pensaba que primero nos comeríamos la pizza, pero cuando nos la traen, Ástor la coge y me arrastra con ella hasta una bañera. No creáis que es la clásica de porcelana… Al fondo del gimnasio hay un baño enorme donde la mitad del espacio es prácticamente una minipiscina encajada en un murete de cincuenta centímetros de altura. Se accede al interior mediante tres escalones y caben dos o tres personas en ella.

Me encanta que esté rodeada de velas. Cada una diferente.

—Mi hermano es un maniático de los baños zen —comenta Ástor abriendo el grifo. Y empieza a prender los pabilos con un encendedor alargado que coge de un cajón.

—Qué pasada de sitio… —digo boquiabierta cuando veo el resultado final con todas las velas encendidas.

—Te va a encantar. Tienes toallas aquí. —Señala un mueble—. Llámame cuando quieras salir, ¿vale?

—¿Cómo? ¿No vas a bañarte conmigo?

—No. Ya sabes que no me gusta el agua. Pero quiero que disfrutes de esta experiencia. Yo antes lo hacía mucho…

—Pero… ¡Yo quiero hacerlo contigo! Venga, mira qué chulada… ¡Esto no es una piscina! ¡Si apenas cubre, Ástor!

—Cubre lo suficiente para ahogarme, Keira. —El sonido del agua cayendo diluye sus palabras pero no sus temores.

—Por favor… —me oigo suplicar, y empiezo a desnudarme con lentitud, quedándome en cueros delante de él.

Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Ástor me contempla como si hubiera pensado que nunca más volvería a verme así.

Aprovecho para acercarme a él y besarle despacio. A la vez, le

meto las manos por la cinturilla del pantalón del pijama y palpo su culo de acero. «Aquí podrían romperse nueces…».

Es oficial: no lleva calzoncillos debajo.

Después de unos cuantos besos melosos, hago que su pantalón aterrice a sus pies y sonrío mirando hacia abajo.

—Creo que tu amiguito quiere meterse en el agua conmigo…

No replica, así que lo cojo de la mano y lo arrastro hacia la bañera, que ya está lista.

—Keira… —protesta—. No puedo.

—Confía en mí… Esto no es una piscina —repito.

Utilizo su mano de apoyo para meterme en el agua antes de que se lo piense más. Me llega por debajo de las rodillas y lo miro con un puchero.

—No me gusta… —responde a mi súplica silenciosa.

—Yo confié en ti el otro día… Te va a gustar, ¡hazme caso!

Le ofrezco mi mano y él la mira confuso.

—No te va a pasar nada mientras estés conmigo, Ástor.

Lo veo tragar saliva antes de poner su mano en la mía y le ayudo a entrar.

Sin perder tiempo, empiezo a besarle de nuevo para distraerle y él me acaricia la cintura con ternura. Me alegro de que no haya salido corriendo ya.

—¿Lo ves? No pasa nada… Ahora solo falta que te sientes. Lo haremos juntos —digo volviéndome de espaldas a él; acto seguido, le obligo a bajar muy despacio.

Nos introducimos en el agua y es una sensación genial. Huele a jazmín gracias a unas sales de baño y un par de bolitas de aceite que Ástor ha echado a medida que se llenaba.

Sentados, el agua nos cubre hasta el pecho, y me vuelvo hacia él, contenta.

—¿Todo bien?

—Sí…

—¿A que en las piscinas el agua no está tan calentita? Esto es diferente.

—Sigue siendo agua estancada, Keira.

—Pues lo diferente es que yo estoy aquí, ¿vale? Y conmigo nada malo puede pasarte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo…

Me sumerjo delante de él para mojarme el pelo y los brazos, y le echo agua por encima, porque sé que no va a sumergirse por nada del mundo. No quiero preguntarle al respecto, y menos, ahora mismo. Me quedo apoyada en su pecho y alzo la cabeza para besarle sin prisa. Esto es maravilloso.

—El plan pizza-bañera me parece la bomba —digo entusiasmada—. ¡Pásame un trozo!

Ástor sonríe de medio lado. Abre la caja para sacar una porción y, en cuanto me la da, coge otra para él. Me parece increíble estar compartiendo este momento.

¿Qué otras sorpresas oculta Ástor de Lerma?

La sonrisa se me borra pensando que puede que lo que oculte no sea tan entrañable como esto. Pero tengo el presentimiento de que no ha de ser tan malo, de que, si alguna vez ha traspasado la línea, habrá sido por un buen motivo, como el perfecto antihéroe.

Quiero dejar de pensar en ello y relajarme, ahora que parece que ha superado su pánico al agua. Terminamos de comer y… me apetece un postre.

—Dime la verdad, ¿con cuántas chicas has hecho esto?

Sonríe, reservado.

—Con… unas cuantas.

—¿Cuántas?

—No voy a contestar a eso, inspectora. Pero puedo decirte que la primera vez que lo hice fue en Las Vegas, y me pareció una pasada.

—Entendido. Soy la mil uno, ¿verdad?

Sus manos rodean mi vientre mientras intuyo su sonrisa.

—Lo creas o no, no hago esto con cualquiera. Y si lo hago, no estoy en esta postura y hablando. Básicamente, estamos gimiendo.

—Jo… ¡Cómo las envidio! ¿Y yo soy la pringada que tiene que darte conversación?

Ástor me ataca con cosquillas y me parto de risa con dolor.

—¡Para…! ¡Las odio!

—¿Cómo puedes odiarlas? ¡Si estás sonriendo!

Le sujeto las manos y forcejeamos otro poco.

—Qué desgraciada soy… —me quejo—. Unas tienen orgasmos aquí y yo tengo que soportar tus cosquillas.

Vuelve a reírse y entrelaza los dedos de nuestras manos para abrazarme utilizando mis propios brazos también.

Me mira. Le miro… Está tan guapo con el pelo humedecido y con gotas pegadas a sus pestañas que rezo para que el tiempo se detenga.

—Ellas solo tenían eso de mí… Tú me estás haciendo sentir cosas que no he sentido con nadie.

Esa afirmación es muy seria.

—¿Como cuáles? —pregunto curiosa.

—No sé cómo calificarlo. Se me dan mal las palabras, Keira.

—¿El señor duque no encuentra las palabras? ¡Lo que pasa es que no quieres ser esclavo de ellas! El rollo de la numeración es un buen mecanismo de defensa, pero conmigo no cuela, Ástor.

—Desde que estoy contigo, apenas lo uso —dice cayendo en la cuenta—. A tu lado, la vida del uno al diez se queda muy corta…

Lo miro extasiada.

«Dios mío… ¿acaba de decirme «te quiero» con números?».

—Es el mejor cumplido que me han hecho —reconozco encantada.

—Pues me alegro de que te sirva, porque no voy a decirte nada más… Como mucho, podría contarte una historia con moraleja.

—Te escucho.

—Vale… Allá voy. Cuando me gradué estuve un año haciendo un máster en París. Mi madre ama esa ciudad. La he oído contar muchas veces que me concibió allí.

—Las cigüeñas traen muy buen género de París…

—Siempre que tenía un rato —prosigue ignorándome—, iba a sentarme a los pies de los jardines del Trocadero para comerme un bocadillo mientras contemplaba la Torre Eiffel. Me choca lo grande que es de cerca. En las películas siempre parece más pequeña. Sin embargo, con la estatua de la Libertad me pasa lo contrario. Decepciona un poco lo pequeña que es en la realidad.

—No te desvíes… ¿Yo soy la Torre Eiffel o el bocadillo?

Suelta una risita y me clava de nuevo los dedos en el costado.

—¡Sigue, por favor! —me burlo—. ¡Sé que la historia va a tener miga! ¿Lo pillas? ¡La miga del bocadillo!

—Tú no eres el bocadillo, Keira. ¡Estaba demasiado bueno! —Intenta pellizcarme sin éxito—. Tú eres una chica con la que empecé a

coincidir todos los días a la misma hora en los jardines del Trocadero. Se ponía de piernas cruzadas con su cuaderno y dibujaba las impresionantes vistas. Me encantaba observarla y ver cómo iba avanzando con el boceto. La miraba y nos sonreíamos, pero jamás llegué a hablar con ella. No quería distraerla. Y no fallaba nunca. Hasta que un día, lo terminó y no volvió.

—¿Y en qué te recuerda eso a lo que sientes por mí? —pregunto extrañada.

—A que, días después, me di cuenta de que llevaba tiempo yendo allí por ella, no por las vistas… Y contigo me está pasando lo mismo. El torneo es mi Torre Eiffel… y yo solo puedo mirarte a ti.

Acerco su cara a la mía y lo beso con lentitud. Su forma de rozar mis labios cada vez me dice más cosas, igual que sus palabras. Su boca causa estragos en mí, la use como la use.

—¿Volviste a verla? —pregunto melancólica.

—No. Pero una semana después, en el lugar donde ella solía ponerse hallé una hoja de papel con una botella de agua encima para evitar que saliera volando. Me acerqué y vi que era el dibujo. Había una frase escrita: «Vive tus sueños».

Abro los ojos, alucinada.

—¡¿Crees que lo dejó allí para ti?!

—Me gusta pensar que sí.

—¡¿Te lo quedaste?!

—Por supuesto. Está colgado en mi despacho. ¿No lo has visto?

—¡Joder, sí…! ¡El cuadro de París! ¡Vaya historia, Ástor! —exclamo alucinada—. Yo te dejaré unas bragas cuando me vaya.

Nos reímos y volvemos a besarnos hasta convertir unos inocentes lametazos en algo más, en una obra de arte que nos gustaría conservar para siempre. Una que se revalorizará con el paso del tiempo, porque este recuerdo, el de estar así con él, aquí y ahora, lo guardaré eternamente.

La temperatura sube cada vez más. Nunca había hecho nada parecido. Me refiero a hacer el amor a oscuras en el agua. Y digo a oscuras porque tengo los ojos cerrados.

No dejamos de besarnos lánguidamente hasta que me doy la vuelta y me pongo a horcajadas sobre él. Sus manos acarician mis pechos con devoción. Sus pulgares rozan mis pezones con suma

suavidad mientras nos derretimos a besos.

No es que yo tenga nada en contra de los condones. Sin embargo, no soy capaz de romper un instante tan increíble para preguntar por uno. Y no digo nada cuando siento su miembro aprisionado entre su bajo vientre y el mío. Solo me froto contra él, reclamándolo, y Ástor se encarga de encajar nuestros sexos sin separar las bocas.

Sentirnos sin barreras es brutal. Nuestros jadeos dan fe de ello. No queremos acelerar para alcanzar al orgasmo. Queremos seguir sintiéndonos así, como si fuésemos uno.

Intentamos alargarlo todo lo que podemos, incluso llegando a detenernos para notar cómo lo albergo dentro de mí. Pero cuando empieza a chuparme los tetas vuelvo a moverme con un deseo irrefrenable.

—¿No tomarás la píldora? —jadea extasiado.

—No. ¿Por…?

—Porque me encantaría correrme dentro de ti.

Un calor desconocido se extiende por mi pecho al entender que estaba dispuesto a fiarse de mí si le hubiera contestado que sí.

—Pues ni se te ocurra… —Sonrío melosa—. No quiero ser madre.

Coloca la mano en mi nuca y se clava más profundamente en mi interior, disfrutando de unas embestidas más antes de retirarse y terminar. Las vivo como si nada importara. Lo beso tan ensimismada que por un momento olvido que tiene que apartarse. Y cuando lo hace, lo lamento. A mí no me ha dado tiempo a llegar, no nos hemos sincronizado. Ha sido… extraño. Es como si me hubiera castigado sin ello.

Cuando se recompone, me besa superficialmente y decido que no son imaginaciones mías. Le pasa algo.

—¿Estás bien? —pregunto directa.

—Sí… —Miente sin disimulo.

—Empiezo a conocerte y te noto raro. Te pasa algo, Ástor.

—Me apetecía terminar dentro de ti, eso es todo.

—Pues lo siento, no puede ser.

Me mira de forma extraña.

—Es que ese «no quiero ser madre» ha sonado a «nunca».

—Y así es —confirmo sincera.

—¿Tan claro lo tienes? —pregunta extrañado.

—Sí.

—Todavía eres muy joven, Keira. Quizá cambies de opinión.

—Detesto que me digan eso —replico molesta—. ¿Tan inconcebible es que una mujer no quiera ser madre?

—Es raro.

—¿Por qué? ¿Crees que es algo intrínseco? ¿Te parece que una mujer no está completa sin experimentar la maternidad y que no desee tener hijos es una actitud egoísta, como si fuera una obligación natural?

—No creo eso, pero…

—La gente piensa que si no eres madre es porque has priorizado tu vida profesional o no has encontrado tu mitad y se te ha pasado el arroz. Pero ¿qué pasa con las que no queremos serlo y punto? Parece que, teniendo tiempo, recursos y pareja, no es una opción válida renunciar a ello. Sin embargo, soy una mujer y no me interesa ser madre. ¿Tan difícil es de creer?

—¿Por qué no quieres serlo?

—Porque me gusta mi vida tal como es. No me gusta el rol de madre. No me gusta hacer disfraces ni manualidades para el colegio, ni ir al parque y hablar con otras madres de erupciones cutáneas o percentiles. Tampoco me veo embarazada. Pasar por todo eso me haría infeliz, y no quiero tener que renunciar a mi vida por otra persona como tuvo que hacer mi madre por mí.

—¿Crees que tu madre se arrepiente de haberte tenido?

—No es que lo crea, es que lo sé. No fui una decisión meditada. Pero yo sí tengo la oportunidad de elegir. Y sinceramente, para mí sería un castigo. A las mujeres se nos juzga por lo que hacemos y por lo que no hacemos. Nos dicen que ser madre es una condición innata y luego nos llaman «malas madres». Para mí, esa obligación impuesta por la naturaleza es la mayor base de desigualdad de género. Siempre me he sentido una carga para mi madre, aunque me quiera mucho, y me niego a hacer sentir así a nadie.

—La maternidad no es un complot de la naturaleza ni de la sociedad para someter a las mujeres, Keira —discrepa Ástor—. A la mayoría de ellas les hace felices ser madres.

—Está muy mal visto decir lo contrario, a pesar de que todo el mundo coincide en que es muy duro. Hay mucho movimiento respecto

a este tema por redes sociales actualmente. Si rascas un poco, lo ves. Quizá si no lo fuera tanto se animarían más mujeres… Pero no quiero entrar en el debate de la enorme predisposición sexista con la que nos bombardean desde que nacemos con eso de que tener la regla es ya una evidencia de que tu misión en la vida es emparejarte y cuidar de los demás sin rechistar. La madre tiene que encargarse de todo y el padre se va de rositas. No compro.

—Entiendo que te agobie esa responsabilidad, pero…

—No te equivoques, nunca me ha asustado la responsabilidad. Llevo mis compromisos y obligaciones a rajatabla y no pienso dejar que la crítica social me ponga contra las cuerdas para hacer algo que no quiero hacer. Por no hablar de la superpoblación que existe y que está mermando los recursos naturales del planeta.

—¿No te parece que si todo el mundo pensara como tú nos extinguiríamos? —dice medio en guasa.

—Bueno… Hay mucha gente que no debería reproducirse por el bien de la humanidad.

Sin darnos cuenta, estamos desconectados, no solo física, sino espiritualmente. Me gustaría echar la culpa a la flotabilidad, pero creo que mi discurso ha pinchado la burbuja de color rosa en la que estábamos y ha convertido esta bañera en el nuevo *Waterworld*… Sálvese quien pueda.

La decepción campa a sus anchas por la cara de Ástor.

—¿Tanto importa que no quiera tener hijos? —Quito hierro al asunto.

Ástor se queda pensativo.

—Cuando mi padre murió, juré a mi madre que me ocuparía del legado familiar y que le daría al menos un nieto.

—Bueno, tampoco es que yo sea la candidata apropiada, ¿no?

Lo que veo en sus ojos es lo más horrible que he tenido que ver. Y os aseguro que he visto cosas muy desagradables. Es un desengaño profundo que nos traspasa a los dos desembocando en un desencanto repentino que noto casi quemándome en la piel. La lógica implacable de que somos de mundos distintos y de que queremos cosas distintas se impone entre nosotros.

El agua se enfría a marchas forzadas y la realidad se me clava en el pecho cuando entiendo hasta qué punto este tema es importante

para él. Ástor necesita tener hijos por su posición y yo no quiero tenerlos… Fin del partido. Hora de dejar de jugar e ir al vestuario. Nadie ha ganado. Todos hemos perdido.

Salimos de la bañera en un silencio frágil y glaciar, pero Ástor sigue mostrándose amable y considerado conmigo. No se larga dando un portazo, lo que me da esperanzas de que el «querer» gane al «poder» en el «quiero y no puedo» en el que nos hemos embarcado.

Necesito secarme el pelo antes de meterme en la cama. Y luego me gustaría encontrarnos bajo las sábanas, empezar a besarnos y olvidar durante un ratito el minúsculo detalle de que lo nuestro está abocado a una muerte anunciada.

Mientras estoy con el secador nos imagino haciendo el amor y quedándome felizmente traspuesta después de un orgasmo que lleva macerándose en el agua de esa bañera más de cuarenta y cinco minutos. Sin embargo, al volver a la cama, el que está traspuesto es él. Debe de estar hecho polvo después del día que hemos tenido… Súmale un baño relajante y es entendible…, ¿verdad?

Verle dormir me llena de ternura. Respira una paz entrañable, y me embarga el temor de que despierte y se ponga triste por algo que no alcanzo a entender.

Comprendo que para Ástor mi repulsa a la maternidad ha sido una vil traición. Yo me he enamorado de él sabiendo cómo era, pero sus sueños Disney (si es que los tenía) de convertirme en duquesa acaban de irse por el desagüe de esa bañera.

Me meto en la cama y me quedo dormida al minuto, pegada a su calor, aunque sin tocarle. Es una gilipollez, pero siento que no me lo merezco. No obstante, en mitad de la noche, se abraza a mi espalda y me besa fugazmente donde pilla.

Un segundo después, su respiración vuelve a ser pesada. Y ese gesto vale más que cualquier orgasmo que hayamos dejado atrás. Es un «te quiero» silencioso. Es el «todo irá bien» que necesitaba oír con urgencia, aunque haya sido sin palabras.

ástor

28
Tiempo de descuento

Nadie ha ganado una partida abandonándola.

SAVIELLY TARTAKOWER

Miércoles, 18 de marzo

Vuelvo a leer la nota como si estuviese en otro idioma:

PIERDE ESTA NOCHE O ME COBRARÉ OTRA FICHA IMPORTANTE.

Ese «otra» es lo que me ha matado. ¿Se refiere a que ya se ha cobrado la vida de Carla?

La insinuación de que está muerta me provoca taquicardia.

¿Me está dando un infarto? Creo que mi corazón lleva en cuenta

atrás desde que apareció su ropa en el bosque y todo se descontroló.

Yo me descontrolé.

Empezando por hacerlo sin condón con Keira esa misma noche en la bañera, agilipollado por sus besos de caramelo, pasando por el millón de sucesos extraños en los que me he visto implicado durante la última semana.

Y ahora esto… Una nueva nota amenazadora de alguien que pretende seguir torturándome, con la petición de que pierda la partida, cuando es Keira lo que está en juego. No puedo hacerlo.

Debería haber abolido esas abusivas e injustas normas del KUN hace años, pero no es fácil. Como presidente, más que gozar de poder, te insinúan que estás a su servicio y parecen disfrutar demasiado del privilegio por el cual pueden pedir la revancha en un miserable doble o nada para arrebatarte de un manotazo lo que más quieres.

Hoy, miércoles, son los *play offs* del torneo. Se jugarán cuatro partidas, y los ganadores disputarán la semifinal el viernes. Los dos vencedores se enfrentarán en la gran final el sábado. Alguien, sin embargo, está tratando de acabar conmigo antes de un modo u otro.

¿Quién se tomaría tantas molestias?

¿Qué quiere? ¿Ganar? ¿Ganar con trampas y amenazas? Patético…

Héctor lleva desde el domingo sin salir de su habitación. Pegado a su ordenador día y noche, buscando a Carla incesantemente. Se ha propuesto llamar a todos los hoteles y hospedajes en un radio de cincuenta kilómetros de Madrid. Según él, tiene que estar escondida en alguna parte.

La noticia de que estaba enamorado de ella me pilló por sorpresa.

¿Cómo no lo vi? Ahora me parece tan obvio…

¡Héctor era el único tío del KUN que Carla no podía tener! Y me duele no haberme dado cuenta antes. Por él. Por ella. Porque se la han llevado solo para hacerme daño. Y, de nuevo, una culpa viscosa y mezquina ha vuelto a posarse sobre mis hombros para destrozarme por dentro.

Necesito de forma apremiante una dosis de paz… Una «cura». Pero estando tan vigilado por la policía no puedo permitírmela.

El lunes por la noche Héctor y yo tuvimos una conversación seria y casi obligada. La que nos hacía falta a los dos desde hace muchísimo

tiempo.

—¿Podemos hablar? —dije apoyado en la puerta de su dormitorio.

—Sí. Pasa… ¿Qué necesitas?

—Solo quiero hacerte una pregunta.

—Adelante.

—¿Por qué no viniste a hablar conmigo para contarme que te gustaba Carla, en vez de jugar a las notitas asesinas?

—Te pido perdón, Ástor —dijo mordiéndose los labios—. Sé que habría sido lo más maduro… Solo necesitaba que reaccionaras de una maldita vez. No iba a soltarlo en comisaría, delante de todo el mundo, pero el verdadero motivo de todo esto es que necesito que dejes de autodestruirte, Ástor… Llevas años así, y vas a peor.

—No voy a peor —refuté dolido. Como buen adicto.

—Mientes… Me he hecho el ciego durante mucho tiempo con este tema. Admito que nunca fui del todo consciente del maltrato psicológico al que te sometió papá; para mí, era su férrea disciplina contra tu rebeldía adolescente… Si lo hubiera sabido…

—No fue solo maltrato psicológico, Héctor.

—Lo sé. Sé que era de la vieja escuela… Mamá me contó que me dio tal paliza antes de los tres años que no se me ocurrió volver a desobedecerle nunca más. Ni siquiera lo recuerdo… Pero sé que contigo fue distinto y desconocía que lo hubieras pasado tan mal…

—No era todo el tiempo, eran épocas… Y lo sobrellevaba.

—Sí, ocultando muy bien los cortes, los golpes y las quemaduras que te autoinfligías… Si alguna vez vi algo, lo achaqué a que eras patoso y vivías deprisa, nunca sospeché que eran autolesivas. La primera vez que acabaste en urgencias, papá me dijo que lo hiciste para llamar su atención y le creí. Te pido perdón también por eso. Pensé que me tenías envidia.

—No te la tenía —le dejé claro—. Para mí eras un *pringao* obediente y perfecto; yo, al menos, me divertí durante un tiempo… Y eso es algo que me pesa mucho ahora…

—Nunca me perdonaré haberte dejado dos años con él cuando me fui a la universidad…

—Olvídalo, Héctor. Ha llovido mucho desde aquello.

—Sí, pero lo sigues arrastrando.

—Lo tengo controlado… —mascullo—. Ya no me corto ni me

hago heridas visibles.

—No, ahora te haces cosas peores, Ástor.

—No te metas en eso. A mí me ayuda. Es mi forma de regular mis emociones negativas. Libero tensión y me aporta la calma que necesito.

—No es solo eso, sé que lo haces como autocastigo para aplacar tu culpabilidad. Y si le sumas lo estricto y perfeccionista que eres contigo mismo, te conviertes en un perfil muy preocupante…

—Pues no te preocupes. Solo es una distracción…

—Lo sé. Sé que distraes la atención de tu dolor emocional con dolor físico, Ástor. Pero un día se te irá la mano y te perderé.

—Lo dices como si me necesitases para algo… Como si un amargado como yo te aportara mucho.

—Tú no eres así. Solo tienes que cambiar el chip ya.

—¿Y cómo lo hago? ¿Cómo se olvida esto? —Señalé su silla—. ¿O esto? —Me cogí el traje asqueado—. ¿O la muerte de papá…?

—No te cargues también con lo de papá… Se mató él solito.

—Sí, pero se dio a la bebida por mi culpa, por truncar el destino de su gran heredero. Me lo dijo él mismo… —rezongué—. Mira, Héctor, agradezco tu interés por que sea feliz, pero no todos estamos destinados a serlo. Deja de intentar cosas raras que lo único que me causan son más quebraderos de cabeza de los que ya tengo.

—Yo no quiero ser un problema para ti. —Sonó dolido.

—Yo no he dicho eso.

—Pues es como me haces sentir. Creo que estás amargado por mi culpa, por haber tenido que ocupar mi lugar… Entonces llegó Carla y vi que te hacía feliz. Y cuando surgió algo con ella, me sentí fatal y la rechacé. Te elegí a ti por encima de mí, Ástor.

Mis ojos me traicionaron humedeciéndose al oír eso.

—No debiste hacerlo… —sentencié, dándome cuenta de algo—. Estaba feliz porque sentía que Carla nos hacía felices a los dos. Encajaba en nuestras vidas. Incluso puede que inconscientemente apostara tanto por ella porque me gustaba cómo influía en ti. Me habría dado igual con quién de ambos estuviera, mientras se quedara para siempre… Creo que, muy en el fondo, sabía que te gustaba. Siempre fue consciente del impacto que tenía en ti. Y fue un revulsivo emocional bestial para mí, Héctor.

—Ese impacto del que hablas te lo causa ahora Keira… Lo veo. Así que no la pierdas.

Esas palabras hicieron que una lágrima de tristeza brotara de mis ojos, pero me la limpié antes de que rodara por mi mejilla.

—Es un poco tarde para eso, Héctor.

—¿Por qué? —preguntó preocupado—. ¡Si ayer estabais genial!

—Lo estábamos, pero me dijo algo que lo jodió todo, Héctor. Y… no sé qué voy a hacer. —Rehuí su mirada.

—¿Cuál es el problema?

—No le digas que te lo he contado —le advertí.

—¿Qué es?

—Me dijo que no querrá tener hijos. Nunca. Y claro…

—Joder… ¿Es una decisión definitiva?

—No sabes cuánto. Y yo debo tenerlos, así que… se acabó.

Lo vi rebuscar en su mente una solución práctica, pero no había ninguna. Ninguna que no implicara renunciar a una parte importante de uno de nosotros mismos.

—Lo siento mucho, Ástor —lamentó finalmente.

—Yo también… Keira me gusta de verdad, pero… bueno, ya estoy acostumbrado a que todo me salga mal. Sobreviviré.

—¿Cómo? ¿Con más dolor?

—Con lo que sea necesario —zanjé el tema adusto.

—¿Hasta cuándo vas a aguantar vivir así, Ástor? No me culpes por intentar hacer algo antes de que termines matándote.

—Tranquilo, quizá no te quede mucho tiempo de aguantarme… Alguien me quiere destruir, y al final, igual lo consigue.

Esa conversación me hundió un poco más en la mierda, si era posible.

Puede que por eso llevo dos días sin tocar a Keira, imponiendo una distancia fría entre nosotros que sé que está acusando y que le duele. Supongo que lo achaca a las novedades sobre Carla y su nulo instinto maternal, y lleva parte de razón, pero hay que sumarle que la semana está siendo de locos.

El lunes por la mañana aparecieron imágenes muy sugerentes en varias revistas del corazón con titulares del estilo: «¿El duque de Lerma por fin enamorado?».

Qué hijos de puta… ¿Qué le importará eso a la gente?

Además, mi sonrisa de gilipollas mientras pego mi frente a la de Keira responde de sobra a esa cuestión retórica. Tuve que quitarle hierro cuando Keira fibriló al verlo. Dijo: «Me cago viva», en el sentido figurado y en el literal, ya que los nervios le destrozaron el estómago al leer cosas como «Analizamos el look de la chica que ha robado el corazón a un duque». La madre que los parió a todos…

Pero la prensa rosa no es el mayor de mis problemas ahora mismo. Hay cuestiones mucho más preocupantes, por ejemplo: el lunes por la tarde, en el Juego del Caballo, mi jaco protestó con un relincho irritado, leyéndome la mente. Yo tampoco quería estar allí, jugando revanchas estúpidas para justificar la mediocridad de otros. Solo quería cabalgar hacia un lugar desconocido que me alejara del tinglado ilógico en el que se había convertido mi vida.

Tenía que encontrar a una duquesa para fabricar un heredero, se lo había jurado por mi honor a mi madre, y Keira no quería tener hijos. Eso sí era una coz directa al corazón.

No es que estuviera pensando en hacerla madre ya, pero el hecho de que no existiera esa posibilidad hacía que nada me importara demasiado. No había marcha atrás. Teníamos que dejar de comernos a besos antes de que doliera demasiado. Tenía que terminar con lo único sano que había sentido en años.

Y mientras, «Procura que no te maten», como Keira me había aconsejado hacía unos días.

Porque no miento si digo que llevo toda la semana pensando que alguien lo está intentando con ahínco.

Cuando me batí en la justa con el caballo, me dio la sensación de que la silla estaba muy suelta y tuve que hacer una fuerza sobrenatural con las piernas para agarrarme al animal y no salir despedido.

No comenté nada, pero fue muy peligroso. El propio impulso de acertar en las protecciones de mi contrincante me deslizó de la montura de forma temeraria. No llegué a caerme, pero casi arranco el pelo al pobre equino, que fue el que me mantuvo en el sitio gracias al amarre.

El martes, participé en el Juego del Alfil.

Siempre se me ha dado bien la esgrima. Mi hermano y yo jugábamos mucho de pequeños porque nos encantaba recrear las

batallas de los piratas del *Monkey Island* mediante insultos ingeniosos. Jugué la revancha contra el cerebrito que perdió contra Keira el domingo por la tarde, y menos mal que era bastante malo… porque no habría podido ganarle con el mareo que arrastraba. No era capaz de enfocar la vista y prácticamente veía doble. Era como si me hubieran drogado. Sin embargo, también lo disimulé. No quería preocupar a Keira ni a Ulises. Me habrían apartado de la competición, y era justo lo que buscaba ese hijo de perra… Fuera quien fuese. Y como no había podido conmigo en dos días, ahora me mandaba otra puta notita.

Estaba a un paso de dejar que la ira tomara el control de todo.

Tendrá que venir a matarme directamente, cuerpo a cuerpo, si quiere acabar conmigo. Y cuando lo intente, le destrozaré aunque sea lo último que haga.

Otro tema que me tiene amargado es Ulises y su actitud.

Desde que vi cómo abrazaba a Keira en la comisaría, abriendo sus enormes alas para protegerla del mundo, supe que para él yo sobraba. También, que me consideraba poco más que una distracción sexual para ella y que cuando Keira precisaba ayuda de verdad siempre acudía a él. Eso significaba ese abrazo. Que Keira no me necesitaba a nivel emocional.

Y esa sensación me dejó vacío y sin fuerzas para continuar luchando.

Ulises había encajado bien con mi hermano, e incluso con Charly, pero no terminaba de fiarse de mí. Podía notar su desprecio y sus ganas de perderme de vista. ¿Por qué? No lo sé.

Llevo desde el domingo soportando la sensación de que cuando él está presente yo desaparezco para Keira. Tengo que aceptar el hecho de que, si compartimos espacio y algo la asombra, él será el primero al que mire instintivamente. Y no puedo evitar que me duela.

—¿Cómo estás? —le preguntó Ulises cuando se encontraron el lunes por la mañana en mi casa.

—Bien. ¿Y tú?

—Todo bien.

—¿Me llamas luego y hablamos?

—Claro… —Keira le sonrió cómplice. Y él le guiñó un ojo.

Nunca seré capaz de competir con eso por muchos besos que nos demos, a pesar de que no podía quejarme del despertar que había

tenido, abrazado a ella en una cama *king size* como si nos sobrase el mundo. Quise hacerle el amor, pero me lo impidieron una montaña de cosas. La tristeza. El miedo. La incertidumbre… Estar con Keira era como un espejismo. Porque el día que descubrió la grabación comprendí que esconderle información era un gran error y, hoy en día, todavía le escondo demasiados secretos.

Si los supiera, se alejaría de mí por la vía rápida, estoy seguro.

Me pregunto si no es justo eso lo que debería provocar…

Lo nuestro acarrea un problema insalvable, así que apenas puedo mirarla a la cara sin que atisbe mi decepción y mucho menos besarla como si no pasara nada.

Por su parte, no me está preguntando ni exigiendo nada, pero sé que tiene la mosca detrás de la oreja. Y en cuanto me interrogue a fondo, lo escupiré todo.

No sé cuánto más aguantaré sin tirar de la artillería pesada de la que hablaba Héctor. Hace tiempo que no la necesito, estaba en un periodo tranquilo desde que conocí a Carla. Pero a raíz de su desaparición, la necesito más que nunca.

Al final, van a matarme entre unos y otros.

El martes por la mañana tuve una conversación singular con Ulises. Nos pasábamos el día juntos en mi despacho. Él como un mueble más, a su rollo con su ordenador, pero reconozco que me daba tranquilidad tenerle cerca mientras Keira estaba en sus clases.

—¿Tú tienes hermanos? —le pregunté por curiosidad.

—No. Soy hijo único.

—Pues no sabes la suerte que tienes… —mascullé irritado.

—¿Aún no has perdonado a Héctor? —preguntó burlón.

—¿Tú qué crees?

—No es mal tío, solo está un poco loco… ¿Siempre ha sido así?

—¿Héctor? Qué va… Antes era superserio. La gente dice que en el accidente nos intercambiamos los papeles. Ahora el gruñón soy yo…

—Tu padre aún vivía cuando tu hermano se quedó en silla de ruedas, ¿verdad?

—Eh…, sí.

—¿De qué murió exactamente?

En ese momento empezó a galoparme el corazón. Hacía años que un policía no me interrogaba sobre aquello. Y no pude disimular mi

turbación.

—De un infarto.

—¿Y por qué en su autopsia pone que se ahogó?

Pelos de punta.

No podía reaccionar. Tragué saliva despacio para contestar.

—Casi nadie conoce ese detalle. La versión oficial es la del infarto, pero en realidad lo encontramos flotando en la piscina de casa.

Ulises subió las cejas sorprendido.

—¿Qué le pasó?

—Si has leído el informe de la autopsia, habrás visto el dato de que también iba muy borracho… Dijimos lo del infarto porque no queríamos que la gente especulara sobre su adicción a la bebida. A raíz de nuestro accidente, mi padre entró en depresión y empezó a abusar del alcohol. ¿Por qué te interesa este tema, Ulises?

—Desde que supe que Xavier es tu padrino quise investigar la historia de tu familia. La persona que buscamos es alguien que va contra ti o contra el escudo de los De Lerma, y Xavier se crio con tu padre.

—Sí, eran los dos igual de hijos de puta.

Ulises me miró perspicaz y maldije mi bocaza.

—¿Te llevabas mal con tu padre, Ástor?

—Como la mitad de la humanidad. Héctor era su niño bonito y yo la oveja negra. Le afectó mucho asimilar que algún día el título recaería sobre mí y no sobre Héctor. Yo era la vergüenza de la familia.

—¿Cuántos años tenías cuando murió tu padre?

—Veintisiete… Ahí empecé a ser otra persona.

Nos sostuvimos la mirada.

—Yo también empecé a ser otro cuando ingresé en la policía… Desde los dieciocho solo bebía y salía de fiesta para olvidar.

—¿Para olvidar… a Sara?

Su cara se volvió de hormigón armado.

—¿Keira te lo ha contado? No pensé que fuera tan indiscreta.

—Tú pronunciaste su nombre cuando te dio el telele al conocer a Sofía. Y un día dije a Keira que pensaba que me odiabas porque estabas enamorado de ella y me contó que prometiste no enamorarte de nadie nunca más cuando murió tu novia.

—Yo no te odio. Me eres indiferente —dijo categórico.

—Qué afortunado soy… —bromeé.

—No espero que alguien como tú entienda lo que pasé con Sara.

—Lo entiendo mejor que nadie —sentencié serio—. Sé lo que es no olvidar a los muertos… Y no permitirte ninguna alegría en su honor. Soy un entendido en la materia.

Ulises me miró como si todavía quedara esperanza en mí. ¿Por qué me importaba lo que pensara alguien como él? Era una persona rota. No iba a permitirse querer a nadie. Y eso me hacía pensar que teníamos mucho en común. Estábamos atrapados en la misma mierda y colados por la misma chica. ¡Con lo poco que me gustan los triángulos amorosos!

Al llegar al club para jugar los *play offs*, nos hemos encontrado con la dichosa notita en mi despacho, y ha sido la gota que ha colmado el vaso en una semana de mierda.

—Tiene que haber sido alguien de los que va a jugar ahora —digo convencido.

—¿Quién juega? —pregunta Ulises.

—Las partidas son: Gregorio Guzmán contra Keira. Saúl contra Martín Arujo. Xavier Arnau contra Oliver Figueroa. Y yo jugaré contra Troy Moliner…

Nos miramos los tres expectantes.

—Si alguien pretende que pierda contra el jodido Troy lo lleva claro —mascullo enfadado.

—Pasa de la nota —me dice Keira—. Quien haya sido, te la ha puesto para que te desconcentres y pierdas, Ástor.

—No sé por qué se molesta, si tengo lo de Carla clavado en el pecho como un maldito aguijón. —Me lo toco dolorido, y Keira pone su mano sobre la mía. No puedo evitar acariciársela.

Joder… ¡cuánto echaba de menos su contacto!

Ella parece pensar lo mismo mientras me clava una mirada afligida. Sabe que me siento deprimido y sospecha que estoy frío desde nuestra conversación en la bañera, pero me gusta poder seguir teniéndola cerca. Con lo lista que es, quizá ni siquiera haga falta tener la conversación de: «Si no quieres tener hijos, esto no va a ninguna parte». Rezo para que se dé cuenta por sí misma.

—No pienses ahora en Carla —insiste Keira—. Tu forma de ayudarla es ganando para hacer que quien se la ha llevado mueva

ficha.

La miro con pena. Sé que no tiene muchas esperanzas de encontrarla con vida, pero yo sí. Debo tenerlas… o me moriré.

—Mi miedo es que vaya a por otra persona —digo preocupado agarrando su mano, que sigue en mi pecho—. A por ti, o a por alguien de mi familia o mis amigos.

—¿Y crees que la solución es ceder a su chantaje?

—No. Y tampoco podría, aunque quisiera. —Suspiro hastiado—. Me está poniendo entre la espada y la pared. O pierdo y renuncio a ti, o atacará a los míos. Pero tranquila, Keira, no pienso perder.

—No quiero que ataque a nadie por mí —musita contrariada.

—Tú no eres ninguna moneda de cambio, Kei —suelta Ulises, mosqueado.

Sin embargo, no nos volvemos hacia él. Lo ignoramos disfrutando del momento más íntimo que hemos tenido en días.

Acaricio la cara a Keira con mi otra mano y le subo la barbilla con el índice.

—Nadie te va a poner un dedo encima. No lo permitiré.

—Lo haría por ti. Si no quedara más remedio…

—Ni lo pienses. —Le beso la frente y la acerco a mí para abrazarla —. Piensa solo en ganar, ¿vale? Resistiremos hasta que cometa un error.

Keira asiente, acongojada, y quiero tranquilizarla porque va a jugar la primera.

Me separo de ella echando de menos sellar mi confianza con un beso en su boca, pero ya no sé ni lo que somos. Supongo que un amor imposible.

Cuando la partida de Keira empieza, intento concentrarme en el tablero y en su capacidad para buscar una salida cuando se siente acorralada. Algo que yo soy incapaz de hacer ahora mismo con ella.

—Necesitaba emborracharme, entiéndelo —farfullo beodo.

Es noche cerrada. Solo quiero volver a casa.

—Vale, campeón —responde Charly cargando conmigo.

—Para no matar a nadie más —completo totalmente ido.

Apenas soy capaz de andar. Mi cuerpo no responde, y Charly no

podría conmigo a no ser que Ulises me estuviera sujetando por el otro costado para que no termine desplomado en el suelo.

Necesitaba olvidar el espectáculo que he montado esta tarde en el club durante los *play offs*. Creo que he metido la pata hasta el fondo.

Tanto Troy como Xavier me sacaron de quicio con sus sonrisitas de mierda, y pensar que alguno de ellos (o de los que nos estaban mirando) podía estar detrás de lo de Carla minó mi autocontrol.

Mi partida fue la última y todo el mundo se quedó a verla.

Keira había ganado a Guzmán. Xavier y Saúl a sus respectivos oponentes, y solo quedábamos Troy y yo.

El gracioso no dejó de vacilarme en toda la tarde durante los descansos, porque se había corrido la voz de que ya me había enterado de la broma de las notitas. Todos los que fueron a mi casa aquel día estaban en el ajo, y uno de ellos debió de idear llevarse a Carla aprovechando la superposición de los acontecimientos.

—¿Pasaste miedo pensando que iban a matarte? —se burló Troy.

—Para nada. Lo estaba deseando. Qué pena que al final fuera mentira…

Se oyeron varias risas tras el comentario. Pero yo no estaba bromeando.

—No nos guardes rencor, Ástor… ¡Todo fue idea de Carla! Y ahora nos deja el marrón a nosotros. ¡Qué lista! Yo también habría desaparecido… Así es más realista, ¿no crees?

Su levantamiento de cejas hizo que apretara los puños con fuerza.

«¿La tienes tú?», le pregunté con una mirada asesina, aunque mantuve la calma y le seguí el juego.

—Lo único que creo es que ya no sabéis qué hacer para que pierda el torneo —dije impertinente—. Pero ahora tengo a Keira y no pienso perderla. Llegaremos juntos a la final y volveré a ganar, Troy. —Le guiñé un ojo a ella y me sonrió juguetona.

Por alusiones, respondió:

—Me ganas todas las noches, cariño… ¿No podrías dejar que fuera yo quien ganara el torneo?

De nuevo, carcajadas y silbidos. Sobre todo cuando le contesté que no.

Troy no me puso las cosas fáciles en el tablero. La partida se alargó casi dos horas. No podía pensar entre tanto odio, rencor, amor

y deseo… Demasiadas emociones para lo acostumbrado que estoy a prohibírmelas. Me iban follando el cerebro en tropel mientras me enfrentaba a uno de los mejores ajedrecistas del club.

En el medio juego, la partida se volvió agresiva. Me di cuenta de mi estado cuando Charly se posicionó a mi lado y me puso una mano en el hombro para frenarme en caso de que fuera a dar un puñetazo a Troy.

Cuando me cansé, decidí hacer una jugada arriesgada y sacrificar a mi reina.

Troy me miró como diciendo: «Vaya… ¡Tu reina ha vuelto a desaparecer!», y no tiré el tablero al suelo de milagro. Todo esto en el más respetuoso silencio, lo que supuso el doble de tensión.

Finalmente, moví mi alfil con templanza esperando que se diera cuenta de su error, pero nadie parecía reaccionar. Ni siquiera Keira lo advirtió, aunque creo que estaba más pendiente del público que de la partida.

—Te voy a ahorrar tiempo, Troy —dije petulante—. Tengo jaque mate en cuatro.

Me levanté sin darle la mano y busqué la salida más próxima, tenía la sensación de que me estaba asfixiando, pero en medio de los comentarios envidiosos que despertó la hazaña, oí un familiar «lo que hay que ver…» procedente de Xavier, seguido de una risita incrédula. Me volví hacia él, cabreado.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¿Acaso esperabas que perdiera?

—No… Me río porque el orgullo te ciega, Ástor. Igual que a tu padre…

Me acerqué a él con una expresión tan amenazadora que las personas que estaban a su lado se echaron hacia atrás temerosas. Me quedé a un centímetro de su nariz.

—Pues cuidado, Xavier, porque cuando juegan conmigo soy capaz de cualquier cosa.

Eso iba tanto para él como para el cabrón que me estuviera persiguiendo.

—Ástor… —me calmó Charly llegando a mi lado—. Déjalo, anda.

De repente, me di la vuelta, rabioso, hacia todo el mundo.

—¡Si alguien quiere acabar conmigo que se deje de notitas y venga directamente a por mí si tiene lo que hay que tener…!

—El único que va a acabar contigo eres tú mismo —murmuró Xavier—. Y serán los demás los que paguen por ello.

—¡¿Qué cojones estás diciendo, Xavier?!

Me lancé a por él. Iba a romperlo en dos como a un papel que ya no sirve, cuando otro cuerpo se interpuso en mi camino frenando mi súbito arranque. Era mi guardaespaldas, Ulises, que me protegía hasta de mí mismo.

Entre él y Charly me alejaron de allí sin dejar de oír la diversión de Xavier.

—¡Como sigas así, Ástor, pronto lo perderás todo! —me espetó de lejos.

Me sacaron de la sala prácticamente a empujones. Y en cuanto me vi libre, quise volver para seguir la pelea con Xavier.

—¡Ástor, basta ya! —Charly me cortó el paso.

—¡Es él! ¡Está detrás de todo! ¡Prácticamente lo ha admitido!

—Si eso es cierto, le habrá encantado verte así —replicó mi amigo—. Ten paciencia.

Tanto él como Ulises siguieron instándome a que saliera del edificio para tomar el aire.

—Se me ha acabado la paciencia —gruñí. ¿Era cierto… o es que me dolía demasiado el corazón por lo de Keira? Es tan humano pagar una frustración con alguien que no tiene nada ver con ella…

Cuando estábamos a punto de salir, me llamó una voz a lo lejos.

—¡Ástor…!

Era Saúl. Había salido corriendo de la sala detrás de nosotros.

Charly puso los ojos en blanco y se adelantó para frenarle.

—Ahora no, Saúl…

—¡Solo quiero hablar con él un momento! Ástor, lo siento… Disculpa a mi padre.

¿Que le disculpe? ¡Y un huevo!

—Saúl… —Me acerqué, deshaciéndome del amarre de mis amigos—. ¿Dónde está Carla? Dímelo, por favor…

—No lo sé… Yo también la estoy buscando.

—Déjate de hostias, Saúl. ¡¿Dónde está?! ¡¿La tenéis escondida?! —Lo cogí del traje con fuerza y se asustó—. ¡Me la suda el jodido torneo, ¿vale?! Soltadla y me retiraré. ¡Te lo juro!

Saúl me miró con la cara desencajada. Oírme a mí mismo

rogándole de esa forma hizo que mis ojos se cubrieran de una fina capa de humedad caliente que amenazaba con inundarlos de un momento a otro. No podía controlarlo.

—Te juro que no sé nada… —balbuceó alucinado—. La última vez que la vi discutí con ella por presentarse a Kaissa. ¡No sé nada más!

—Yo también discutí con Carla. Y Héctor. ¿Quién más lo sabía? ¿Tu padre habló con ella de algo?

—Sí, los vi hablar. Llegué a pensar que la había sobornado para que se presentase a Kaissa y jodernos a los dos —expuso enfadado.

Lo solté e intenté ser más amable con él. Parecía estar de mi parte.

—¿Has preguntado directamente a tu padre si sabe algo de ella?

—Sí, pero ya lo conoces… Nunca lo admitiría. Prefiere reírse de mí y verme impotente. También se lo comenté a la policía, pero no tienen pruebas que lo vinculen a Carla. Mi padre me contó que la llamó a su despacho y hablaron de algo que ella no quiso contarme, pero…

—Alguien sigue amenazándome, Saúl. Y Carla no aparece. Si le hicieran daño, no me lo perdonaría en la vida.

—No sé qué decirte, Ástor… —musitó atribulado—. Solo puedo pedirte perdón por el comportamiento de mi padre y esperar.

—No tienes que disculparte por él. No elegimos a nuestros padres… —Y al decirlo recuerdo años de miradas entre nosotros por el deplorable comportamiento de nuestros progenitores.

—Quería avisarte de que, por puntuación, mi padre jugará contra ti y yo contra Keira el viernes en la semifinal —me informó reticente—. No dejes que te provoque… Lo mejor que puedes hacer es ganarle.

Asentí, disgustado.

—Gracias, Saúl.

Era la primera vez en tres años que hablábamos de forma afable. El verano antes de empezar la universidad lo pasó muy mal por una chica e intenté echarle un cable, pero después todo cambió. Yo cambié.

—De nada… Hasta luego.

Se dio la vuelta para irse por donde había venido y se topó de frente con Keira. Lo había visto y escuchado todo sin intervenir. No lo advertí porque estaba de espaldas, pero estoy casi seguro de que le guiñó un ojo porque ella le sonrió.

Sin embargo, cuando me miró a mí de nuevo, el aire se cargó de tristeza como si nuestra atracción y todo lo bonito que sentía por ella no cupieran en ese instante de mi vida. Sabía que la había decepcionado de mil formas, y aun así había apostado por mí y habíamos salido fortalecidos de los obstáculos, pero no podía pasar por encima de mi deber. No había nada más que decir.

—Necesito una copa —murmuré hacia Charly, que se activó como si mis deseos fueran órdenes para él. Y más, esos.

—Vámonos de aquí —propuso—. A un bar, fuera del campus.

Y eso hicimos.

De camino al aparcamiento, apareció Sofía y susurré a Ulises que viniera conmigo en el coche. Él me miró con una expresión indescifrable. Casi conmocionado. O emocionado, nunca he captado la maldita diferencia. Pero cuando se impuso a Keira, alegando que prefería venir conmigo por seguridad, sin dar a entender que yo se lo había pedido, volvió a ganarse mi respeto.

Una vez en el coche, no le di las gracias. Tampoco le aclaré que no me apetecía que Keira me psicoanalizara y me abriera en canal en ese momento. No hizo falta. Ulises era el único que parecía entender que mis sentimientos por ella se vieran eclipsados por otros males. Por secretos inconfesables que aún no había contado a nadie.

No pregunté nada cuando las chicas no aparecieron en el bar, a pesar de haber salido todos a la vez del KUN. Ulises, Charly y yo empezamos a beber mientras criticábamos a los cuatro contrincantes perdedores de esa noche, y me alegré cuando Héctor apareció de repente, algo demacrado. Por lo visto, había decidido unirse al mundo real.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañado pero contento.

—Me he enterado de lo que ha pasado… ¿Qué has hecho, As?

No habíamos vuelto a hablar desde aquella conversación días atrás. Él estuvo encerrado en su habitación mientras yo me enfrentaba al mundo solo. Ah, y a todas las trampas de amor y odio que me tendía la vida.

—¿Yo? ¿Qué has hecho tú, joder…? Me has convertido en un maldito paranoico y me he puesto como loco —admití avergonzado.

Aunque fuera totalmente cierto, mi hermano adivinó que lo decía en broma y se unió de buena gana a cagarse en la puta con nosotros.

El tema principal giró en torno a Carla.

—Yo soy el único al que esa chica no engatusó con su pose angelical —presumió Charly—. Aparte de que donde esté una morena, que se quite todo. Carla me dio mala espina desde el principio.

—¡¿Mala espina de qué, *tontolaba*?! —le espetó Héctor, divertido.

—Hoy en día nadie es tan inocente —explicó Charly.

—No dirías eso si la hubieras tenido temblando en tus manos, al borde del orgasmo, con espasmos musculares sin apenas tocarle nada.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté alucinado.

—Es una historia brutal —confirmó Ulises con una sonrisa secreta.

Sabía que él había oído su testimonio al completo, y su aprobación me bastó para creer que era un sentimiento legítimo. Eso me confirmó que yo nunca estuve enamorado de Carla, porque nada me haría más feliz que ver a Héctor correspondido. Aunque, eso sí, si la chica en cuestión fuera Keira, no lo llevaría tan bien… De hecho, no habría podido soportarlo. Era consciente de que me había dado muy fuerte con ella, pero los astros no estaban de nuestro lado.

Cada vez que consultaba la hora, Ulises me miraba como si me leyese el pensamiento. Sabía que estaba preguntándome dónde estaba Keira. Y si lo sabía tan bien, es porque él estaba pensando lo mismo.

Entonces lo entendí. Ulises ya no estaba trabajando en aquel momento. No estaba protegiéndome de nada en ese bar, sino sufriendo conmigo, como amigo.

Llevaba la camisa desabotonada y las mangas remangadas hasta el codo. Y quise sentirme igual. Relajarme como él. Así que lo imité.

Cada vez que empinaba su cerveza, me miraba como diciendo: «Tú tendrás un ducado, pero yo tengo el mundo entero».

Cabronazo…

Y cada vez me daba más cuenta de que también tenía a la verdadera Keira. La mía solo representaba un burdo papel de infiltrada en un caso policial.

Cuando estaba a punto de escribirle un mensaje, la susodicha y Sofía aparecieron por la puerta. Su mirada me atravesó el corazón como si fuera una flecha de cupido.

Iba en vaqueros, y recuerdo pensar que estaba más preciosa que nunca. No miento. Otros dos tíos que la avistaron desde la barra opinaban lo mismo.

Llevaba la melena suelta y brillante, una camiseta negra de tirantes estrechos y unos botines de punta y tacón fino que asomaban por debajo de su pantalón haciéndole unas piernas y un culo perfectos.

Aparté la vista con resignación al ver la sonrisa cómoda y confiada que exhibían sus apetecibles labios. Era la sonrisa de una mujer sobre la que no tenía ningún tipo de control. Una mujer decidida e independiente que estaba fuera de mi alcance.

Un dolor se instaló sobre mis costillas. Sería la patada que me acababa de dar el destino. Y me gustó, porque me hizo olvidar todo lo demás.

Toda la noche fue un buen adelanto de lo que sería no tenerla. La clarividencia de lo poco que encajábamos juntos en el mundo real y de lo que disfrutaba riéndose con un grupo de gente joven que la llenara de verdad. Algo que parecía no haberse permitido nunca.

Eso no significa que no nos mirásemos con frecuencia.

Nos regalamos sonrisas nostálgicas, pero llenas de una sensación de libertad que hacía mucho que no disfrutaba debido a mi posición.

¿Keira renunciaría a esto por estar conmigo? Claro que no. Ni siquiera yo quería que lo hiciera… Estaba pletórica y había decidido no sacar el tema de la partida.

No me dejaron levantarme para pedir ni una vez; por eso terminé como terminé. Se propusieron encharcar mi ansiedad, y me pareció bien, pero en un momento dado, me levanté para ir al aseo y Keira aprovechó la oportunidad para seguirme.

Me interceptó a la salida, habiendo imaginado ya tres posibles variantes de esa conversación, como poco. Su cautela la delató.

—Hola…

—Hola.

Simplemente por el tono, diría que no recordaba que fuera tan alto.

Sentí que su cuerpo reaccionaba al calor que emanaba el mío obligándola a adquirir una postura sugerente que solía adoptar cuando buscaba un beso. Su rubor fue el resultado de fijarse en mis mangas remangadas hasta donde mis bíceps lo permitían, y se mordió los labios por culpa de ese botón conservador que llevaba desabrochado.

—¿Ya estás mejor de tu siroco? —preguntó con guasa.

—Sí, ayuda que vaya un poco ciego —admití con media sonrisa. Ella me dedicó otra, provocando que mi vista se perdiera en sus labios.

Ni el tío de Matrix sería capaz de esquivar la atracción que había entre nosotros.

Pivotó inquieta, esperando algo más por mi parte, y juro que oí cómo su escote me llamaba a gritos con esa camiseta tan básica y ajustada. Mi lengua protestó por no poder saborearla y todo mi cuerpo intentó impulsarme hacia ella para acorralarla contra la pared. Sin embargo, luché contra él con fuerza.

—Negaré haberlo dicho, pero… estás guapísima con esos vaqueros, Keira.

Su sonrisa me cegó por un momento como lo harían los faros de un coche.

—Será que me siento cómoda con ellos. No recordaba cuánto…

—Me gusta verte así, pasándolo bien. A veces me olvido de que soy solo un caso más que archivar en tu historial.

Subió una ceja con sutileza y guardó silencio.

—Hablando de eso, esta mañana he tenido una charla con Saúl —comenzó adquiriendo una actitud más profesional—. Y si no hubieras estado tan críptico conmigo, te habría contado que él no sabe nada de Carla. No puedes agarrar así a la gente, Ástor… A nadie. Es un abuso de poder.

—Ya lo sé. Le pediré perdón. Estaba fuera de mí… Él me conoce.

—Le diré que lo sientes. He quedado a comer mañana con él.

—Ah, ¿sí? ¿A comer?

—Sí, quiero que me hable de la relación entre Sofía, Carla y su padre.

—Pues yo quizá aproveche para comer con Olga… Porque le dije que la llamaría por tener la amabilidad de hacernos un hueco en el salón de belleza de un día para otro y al final no lo hice…

Sus ojos se volvieron negros por un segundo.

—Ah, vale, bien…

—Bien. —Tomé aire dando por terminada la conversación.

Ni que decir tiene que después de eso bebí a un ritmo más rápido para perder el conocimiento lo antes posible. Era un modo natural y menos doloroso de dar por hecho que lo nuestro había terminado sin

necesidad de hablarlo.

Horas después, de madrugada, creo que Keira y Sofía entran en mi casa detrás de nosotros, pero no estoy seguro. Todo me da vueltas. Solo sé que los chicos me dejan en la cama y que la oscuridad se cierne sobre mí a marchas forzadas.

Lo único que quiero es llorar como un niño… No, más bien como un hombre que ha perdido el control de su vida.

keira

29
Confesiones

El ajedrez subsiste gracias a los errores
que se cometen jugándolo.

SAVIELLY TARTAKOWER

Madrugada del jueves, del 19 de marzo

Echo a todo el mundo de la casa de Ástor. Menos a su hermano, y solo porque vive aquí y me mira con carita de pena.

—No quería que volviera a beber para verle así —comenta sin más.

—Después del numerito en el club, es comprensible.

—No es solo eso. Está sintiendo muchas cosas a la vez. Lleva siete años actuando como una maldita máquina, Keira… Yo solo quería que

volviera a sentir, pero no de esta forma. Tengo miedo de que vuelva a caer en antiguos vicios.

—¿Te refieres a las drogas?

—No… Me refiero a hacerse daño a sí mismo.

Por un momento no sé qué significa eso y me quedo descolocada.

—Cuando era adolescente se autolesionaba —aclara Héctor—. Cortes en la piel, golpes, agujas, quemaduras…, todo le valía.

Aun habiendo visto sus marcas y sabiendo lo exigente que es, me cuesta creerlo.

—¿Qué le pasó? Porque esas conductas suelen aflorar cuando se vive alguna situación estresante o traumática, como un abuso o violencia doméstica.

—Justo eso. Mi padre era muy duro con él, y Ástor no encontró otra salida para controlar sus sentimientos negativos.

—Me dijo que tomaba antidepresivos —expongo con cautela.

—Eso fue después. Ástor no llegó a superar lo del accidente. Ya te dije que hice lo de las notas para intentar sacarle de su ostracismo y que apreciara más su vida. Llevo mucho tiempo preocupado por él. Los primeros años fueron horribles, se autocastigaba de todas las formas que podía. Ayunaba, se daba palizas de entrenamiento físico, se abstenía de tener sexo… Y a medida que yo fui mejorando y ganando en calidad de vida, Ástor fue aflojando la soga que se había puesto al cuello. Llegué a temer por él… Estos dos últimos años en los que yo he recuperado bastante mi autonomía, se ha encerrado en el trabajo y en los caballos, y se ha apartado totalmente de la vida social. No sabía cómo hacerle volver, y, sí, puede que lo de la broma haya sido una estupidez, y sé que me vais a meter una buena sanción, pero no me arrepiento porque gracias a ello has aparecido tú en su vida… Todos nos hemos dado cuenta de que siente algo muy fuerte por ti.

—Yo también por él —admito.

—Bien y… ¿crees que lo vuestro tiene futuro?

Esa pregunta me pilla por sorpresa. «¿Lo tiene?».

—Le veo presente —contesto sincera—. La verdad es que… Te vas a reír, pero no creo mucho en el amor.

—¿Cómo que no crees?

—En su duración, al menos. Con el tiempo, todo pierde intensidad —repito las palabras de mi madre—. Lo que nos pasa es solo un

proceso químico que surge a raíz de…

Su cara va desfigurándose a medida que hablo como si le estuviera revelando que Papá Noel, el Ratoncito Pérez y Aitana no existen.

—¿Qué me estás contando, Keira? —dice casi enfadado.

—¡Simplemente creo que nada es para siempre! Soy complicada. —Me quedo callada—. ¡Soy rara, Héctor…! No creo en la monogamia. Bueno, sí, mientras dure el amor, sí. O sea, que me gusta la fidelidad, pero… Mierda, mejor olvídalo todo… ¡No deberíamos estar teniendo esta conversación!

Sonríe un poco.

—¿Sabes lo que creo? Que nunca has estado enamorada de verdad. Las relaciones sociales son complicadas. Lo sé porque yo tuve muchas durante años. Creí estar enamorado, creí morirme, volví a estarlo de nuevo…, y pensaba como tú, que todo era un tiovivo que nunca dejaba de girar, pero eso se piensa hasta que llega «el definitivo», alguien que te rompe los esquemas y te convierte en la mejor versión de ti mismo… Alguien que te hace entender lo que es el amor de verdad y descubres que no es nada parecido a lo que habías imaginado. Una clase de amor que viene para quedarse. Para marcarte y transformarte. Para recordarte lo que es estar vivo, y no solo vivir… Y para mí esa es Carla.

La tristeza barre la emoción de mi cara.

—¿Te parece una locura que siga pensando que puede estar viva, Keira?

Lo miro con una pena enorme.

—No sé, Héctor. Puede ser… Ojalá lo esté, de verdad.

Mi mirada le chiva que apenas creo en mis propias palabras. Parece que me quiere decir algo más, pero se calla con los ojos vidriosos.

—Vete a la cama, Héctor. Sea lo que sea, lo sabremos pronto, ¿vale?

Asiente y se va rodando. Unos cuantos días más de esperanza no lo matarán.

Suspiro hondo, cansada, y me dirijo a nuestra habitación. Mía y de Ástor, aunque sea solo algo temporal, como todo en la vida.

Ástor, seguramente, habrá caído en un coma etílico importante,

pero quiero cambiarle de ropa y quizá sonsacarle información ahora que no está en condiciones de mentirme.

Su comportamiento de hoy me ha hecho pensar sobre sus traumas de culpabilidad. Y he decidido que son demasiado profundos para tratarse solo de algo en lo que él no tenía ningún tipo de control, como ese accidente. Una culpabilidad tan arraigada proviene de un acto voluntario, no de un percance que ocurre sin poder evitarlo.

Le desabrocho el pantalón y se lo quito. Cojo el de yoga que guarda debajo de la almohada y se lo pongo. Al ser elástico resulta fácil hacerlo. Después, le desabrocho la camisa, botón a botón, y se la quito con cuidado. Siempre duerme sin camiseta.

Voy a por un vaso de agua y un ibuprofeno, e intento abrir la cama para meterlo. Al tirar de las sábanas, lo despierto. Apenas.

—Kei… —farfulla desde otro mundo.

—Estoy aquí.

Le pongo una pastilla en la boca y le doy agua. Traga con los ojos cerrados y luego se queda agarrado a mi mano.

—Te quiero —suelta de pronto, sumiéndose enseguida en la inconsciencia.

Me quedo parada.

«*Keep calm and*… ¡deja de flipar, Keira! Esto no cuenta como declaración».

Se supone que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad, pero si afirmas algo así con la muerte pisándote los talones en un notable estado de estrés y culpabilidad abismal no creo que sea demasiado fiable.

—Yo también te quiero —murmullo acariciándole el pelo, y me quedo tan ancha. Porque es lo que siento en este momento. ¿Cómo he llegado a esto? Ni idea, pero es real para mí—. Ojalá supiera de qué te sientes tan culpable, Ástor…

No tengo esperanzas de que me conteste, pero lo hace.

—Murió… Por mi culpa.

Sigo acariciándole el pelo con pena.

—Fue un accidente. Tú no querías que pasara.

—Sí quería.

Esa respuesta me trastoca. ¿Quería? ¿Qué está diciendo?

—No… No querías.

—Sí… —repite adormilado—. Lo quería muerto.

Subo las cejas sorprendida. ¿No será «muerta»?

—¿Quién querías que muriera?

Guarda silencio. Y cuando creo que ya no va a responder, suelta: —Mi padre…

¡¿Cómo que su padre?! No entiendo nada. ¿Qué pinta su padre?

—¡No! —grita asustado rememorando algo—. ¡No lo hagas!

—Ástor… ¡Ástor! —Lo zarandeo para que se despierte y deje de sufrir.

Abre los ojos asustado y vuelve a la realidad.

—Keira… —Me agarra la mano con aprensión—. No te vayas, por favor.

Lo calmo y hago que se relaje. Cuando cierra los ojos de nuevo, veo que una lágrima escapa de la comisura de uno de sus ojos, y me dan ganas de llorar a mí también. Estoy preocupada por todo lo que Héctor me ha contado.

Sin soltarle, me meto en la cama y me tumbo muy pegada a él. A su espalda. Le acaricio la cara para borrarle el surco húmedo de tristeza y le beso detrás de la oreja.

—Tranquilo, no me voy a ninguna parte.

Cuando suena la alarma a la mañana siguiente estoy sola en el colchón. Mientras me ducho, la información que descubrí anoche vuelve a mi mente: Ástor se siente culpable porque deseaba que su padre se muriera. Quiero hablar de esto con él.

Lo encuentro en el salón.

—Buenos días —saludo afable.

—Buenos días.

—Has madrugado.

—Sí. Anoche, yo… Lo siento, Keira. Siento todo el día de ayer, en general.

—No te preocupes.

—La nota me tocó mucho la moral y necesitaba un descanso.

—Lo entiendo.

—Vale. Esto… ¿me dijiste que hoy comes con Saúl o lo soñé? —me pregunta de repente.

—Eh, sí… ¿Y tú con Olga?

Arruga la cara molesto.

—Eso parece… —resopla disgustado—. Por lo visto, ayer le escribí. Soy idiota.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece verla. Olga y yo nunca hemos tenido nada y no quiero que se haga ilusiones. Ella siempre se me insinúa, pero…

—¿Por qué? Si esa chica es un diez… De Lerma —intento bromear, aunque con la boca pequeña.

—Ya, pero…

—Pero ¿qué? ¿No tiene pedigrí?

—¿Cómo?

—¡Linaje! Quería decir linaje… O sea, que no es una Grande de España.

—No. No lo es, pero ese no es el problema.

—Una pena… Creo que haríais buena pareja.

Ástor me mira intentando pescar la mentira en mis ojos, y para librarme de su yugo suelto una idiotez aún más gorda: —Os saldrían unos niños muy guapos…

¡¿SOY TONTA O COMÍA TIERRA DE PEQUEÑA?!

Nuestras caras son de traca… No sé quién de los dos alucina más.

—No creo que sea el momento de empezar nada con nadie —opina contrariado.

—Bueno, ya has quedado con ella —le recuerdo—. Así que pásalo bien.

Cierra los ojos, atormentado, e inspira hondo.

—Y tú con Saúl.

—Lo mío es por trabajo.

—Pero él no lo sabe —replica cortante.

Me alegro de que suene el timbre más de lo que os podáis imaginar, porque no quiero terminar discutiendo con Ástor. Anoche me confesó que me quería y yo le estoy lanzando a los brazos de otra mujer.

Ulises aparece y me da un beso en la sien. También parece alicaído.

—¿Va todo bien?

Se encoge de hombros. Algo le pasa. Me arde el culo por ayudarle cuando siento que lo necesita.

—Tirando… ¿Y vosotros?

—Tirando también.

Solo es una palabra, pero muy reveladora. ¿Problemas en el paraíso del amor libre? ¿Qué le habrá pasado al trío más famoso a este lado del río Mississippi? Puedo imaginarme que anoche terminaron juntos y revueltos si me baso en la potente anticipación sexual que flotaba entre ellos en el bar, pero parece que algo se ha torcido. Igual que entre Ástor y yo.

—¿A qué hora es lo del boxeo hoy? —pregunta Ulises al duque.

Lo miro preocupada. ¡Es verdad! Hoy se juegan las revanchas de los que perdieron ayer en los *play offs*. Me pregunto si luchará contra nuestros vencidos, Troy y Guzmán.

—A las siete —murmura Ástor.

—¿Contra quién? —quiero saber.

—Contra Guzmán… Troy pagará, tiene alergia a los deportes, pero Guzmán no va a perder la oportunidad de darme una paliza para llevarte a la cama.

—Pues lo machacas —le ordena Ulises, serio—. ¿O tienes todos esos músculos de adorno?

Mi compañero coge un minicruasán de la mesa, con toda la confianza del mundo, y le da un mordisco. Nos lo quedamos mirando. Es sorprendente lo fácil que nos ha resultado sentirnos cómodos aquí.

—Estoy preocupado —anuncia Ástor de repente—. Llevan toda la semana intentando sabotearme en las pruebas… He notado cosas raras, y puede que hoy intenten algo parecido.

—Cosas raras, ¿como qué? —pregunta Ulises, interesado.

—Galopé con la silla del caballo suelta y podía haberme matado… No veía bien durante la partida de esgrima y estaba muy mareado, quizá me echaron algo en el agua; tuve suerte de ganar… Luego lo de la nota para que perdiera ayer. Y me da miedo que quienquiera que sea intente algo esta noche en el boxeo.

—¡¿Por qué no nos has contado todo esto antes?! —Me enfado.

—No quería preocuparos, ni que me disuadierais de seguir.

—¡Deberías habérnoslo explicado! —exclama Ulises—. Joder…, así no podemos hacer bien nuestro trabajo, Ástor. Si te pasa algo…

—Os lo estoy contando ahora —dice serio.

—Hoy deberías quedarte en casa —propone Ulises—. Si quiere volver a amenazarte, que venga hasta aquí. Le estaremos esperando.

—¿Veis? Os informo y ya queréis encerrarme.

—No es mala idea —apoyo a Ulises—. A partir de ahora y hasta dentro de dos días, todo lo que haga ese loco va a ser impulsivo y peligroso. Quédate en casa hasta las siete, Ástor. No tendrá forma de llegar a ti para volver a amenazarte. Y si lo intenta, lo pillaremos.

—Olvidáis que he quedado con Olga.

Hay un cruce de miradas confusas entre los tres.

«Ya ves…, ¡el figura!», lee Ulises en mis ojos.

—Pues dile que venga aquí —atajo kamikaze.

«Por mis ovarios que hoy se ven».

—¡Sí, claro…! Te digo que no quiero darle esperanzas, ¿y la invito directamente a mi cama?

—Igual te viene hasta bien —asevero—. No tienes ni por qué usar condón, seguro que ella está encantada de engendrar un hijo tuyo.

Me levanto rauda y voy a por mi abrigo para largarme. Estoy loca, lo sé.

—Hasta la tarde… —les digo yendo hacia la salida.

—¡Y tú no te olvides de usar condón esta vez! —oigo vociferar a Ástor justo antes de que consiga salir por la puerta.

Ardo en furia. Que le den. Debo centrarme en Saúl y en el caso.

Cuatro horas después, me encuentro con el susodicho en el vestíbulo principal y… joder, será que tengo mala suerte, pero hoy Saúl está especialmente guapo, especialmente sonriente y especialmente feliz de estar conmigo. No como otros…

Empezamos a hablar de matemáticas y le comento lo mucho que me está gustando el máster. Él me confiesa que está entre sus planes cursarlo cuando termine el año que viene.

Me gusta que comparta mi pasión por el tema. Entonces recuerdo que Ástor comentó que sabía más matemáticas que el profesor de tercero. Intento observarlo de modo aislado y llego a la conclusión de que es un chico al que no me gustaría dejar de ver cuando todo esto termine.

Hace un día precioso y nos comemos una hamburguesa en un lugar al aire libre llamado La Vaca. Mal rollo. Pero están bastante buenas.

¿Hacía cuánto que no tenía una «cita» así? Ni lo sé…

Es cierto que para mí es trabajo, pero para Saúl no y está resultando… encantador, la verdad.

—¿Qué tal te va con Ástor? —me pregunta con cautela—. ¿Es todo lo que esperabas o te lo pasas mejor…, digamos, con alguien más joven y simpático, alguien como yo?

Fuerza una sonrisa y me río de su expresión de lunático.

—Ástor es complicado —admito. Y lo digo muy en serio.

—Lo sé. Si lo hubieras conocido antes… El tío era alucinante.

—Dicen que era un viva la Virgen.

—Para mí era Dios. —Lo ha afirmado con tal devoción que ese «era» me suena a fraude—. Cuando sucedió el accidente yo tenía quince años y Ástor era todo lo que quería ser en la vida. Alguien que se pasaba por el forro todos los protocolos y a quien le daba igual lo que pensaran de él. Cumplía con sus estudios de forma brillante, pero a la vez era un vividor.

»Recuerdo que una vez apareció en una comida del día de la Madre con unas pintas tremendas. ¡Imagínatelo, ¿vale?! Nuestros padres de punta en blanco, con camisas y chaquetas, y él se sienta a la mesa con una camiseta de baloncesto de los Lakers, el brazo completamente tatuado y unas Ray-Ban de vampiro resacoso que yo me partía de risa. Como te decía, mi Dios. Ahora da pena verlo —concluye desdeñoso.

—No te veo llevando tatuajes, Saúl —me mofo, ignorando el resto de sus comentarios.

Sé que lo sigue admirando, lo noté ayer en su forma de hablarle. Además, puede que el Ástor del que yo me he enamorado no sea el que él recuerda; de hecho, probablemente sea mejor, más maduro y responsable después de haber aprendido de sus errores.

—¿Yo? ¡Me hago un tatuaje y mi padre me deshereda a los cinco minutos! —exclama Saúl—. Bueno, tampoco es que me importase mucho… Soy su único hijo y voy a encargarme personalmente de que su apellido muera con él, porque en cuando herede pienso cambiarme de nombre. Lo venderé todo y empezaré una nueva vida lejos de aquí.

En otro continente.

Me quedo alucinada.

—¿Hablas en serio?

Su sonrisa socarrona me chiva que no.

—Soñar es gratis. —Me saca la lengua—. Pero cada día me gusta menos lo que veo a mi alrededor… Bueno, en estos momentos, sí me gusta lo que veo.

Me clava la mirada con una indirecta muy directa, y siento que el rubor cubre mis mejillas como una quinceañera. ¿Qué me pasa? Alucino con mi propia reacción. Igual soy más normalita de lo que pensaba.

Pero es que Saúl tiene algo… Puede que solo sea el espectro de haber contado con Ástor como figura masculina en la que fijarse en su niñez, porque tiene algo de él. Por eso hubo química entre nosotros desde el día que nos conocimos, algo muy inusual en mí. La gente, en general, me repele. Al menos, la gente de la que me rodeo día a día. Pero Saúl me cae bien y me molesta darle esperanzas de algún modo para sacarle información. Me siento fatal, pero…

—Lo mío con Ástor no es nada serio… —comienzo el plan—. Creo que sigue enamorado de Carla y que yo solo soy una tirita para él.

Es decirlo y que mi estómago se queje con un retortijón mortal.

—Las comparaciones son odiosas, Keira —opina elegante—. Carla es muy buena chica, preciosa y cariñosa; su dulzura llegó a confundirme cuando salía con Sofía, que es todo lo contrario… Seductora, picante, rebelde… Pero tú eres diferente a ellas. Eres imprevisible, y tu forma de jugar al ajedrez me tiene obsesionado. Sé que Ástor no te soltará fácilmente… Le gustan los bichos raros.

Me río a carcajadas. No sé si sentirme halagada o… En realidad, ha hecho observaciones positivas de todas nosotras. Si algo es Saúl es amable. Y no es fácil ser amable. Yo, por ejemplo, no sé serlo.

—Me soltará cuando Carla vuelva a aparecer —digo inocente, para ver si sabe algo más.

Saúl se pone más serio de lo normal.

—No creo que vuelva, Keira —dice triste—. Te sorprendería cuánta gente desaparece por aquí. Hay toda una red subterránea de favores y compraventa de personas… consentida, ¿eh? Aun así, tela… Padres que meten a sus hijas como parte de un acuerdo de fusiones

multimillonarias, compromisos nupciales de conveniencia, jeques árabes que se encaprichan de alguien y le ofrecen una cantidad desorbitada de dinero por tenerle durante un año formando parte de su harén particular… Si te cuento lo que he llegado a ver… Y Carla tiene un perfil que llama mucho la atención. —Se acerca a mí para que nadie más lo oiga—. Solo espero que esté bien y que mi padre no haya tenido nada que ver con su desaparición.

—¿Sospechas de tu padre, Saúl? —pregunto confidente. ¡Estoy cerca!

—Sé que tramaban algo —musita—. Según él, Carla le pidió ayuda.

—¿Ayuda para qué?

—Creo que con su relación con Ástor…

Frunzo el ceño. ¿Con Ástor… o con Héctor? Veo que Saúl no tiene la información actualizada. Pero seguramente le comentó que quería hacerse Kaissa para dar un escarmiento a Héctor. O incluso quizá fuese idea de Xavier para aprovecharse de ello y…

—¿Qué crees que tu padre le dijo? —pregunto con disimulo.

—No sé… Supongo que malmetió entre ellos como hizo conmigo y con Sofía, hasta que consiguió que Carla pasara de Ástor.

—¿Tú sabías que iban a gastar una broma a Ástor en el torneo con unas notas amenazadoras?

—Sí, y me parecía fatal. No me gustan las trampas ni las manipulaciones. De hecho, estuve a punto de avisarle… Hubo un tiempo en el que éramos algo así como amigos —dice dolido—. Ástor sabía que mi padre me tenía tan puteado como el suyo a él y trataba de ayudarme, pero luego cambió… Así que, en el fondo, yo también deseaba que dejara de ser un gilipollas y volviera a ser el de antes.

—Todo el mundo dice eso, pero no creo que Ástor pueda cambiar. Nadie puede volver a ser el que era, por mucho que lo intente. Eso de que la gente no cambia es mentira. El cambio es lo único constante en nuestras vidas, Saúl.

—Tienes mucha razón —dice embelesado.

Me mira de una forma tan seductora que se me empieza a calentar la sangre. ¡Qué intensa es la gente joven! Vale, yo también soy joven, pero Saúl más, aunque nadie lo diría. Se nota que hace deporte. Que se cuida y que dispara *sex appeal* por la muñeca cuando quiere, como

si fuera una telaraña de la que no puedes escapar.

¡Con esta gente es imposible concentrarse!

—¿Crees que la desaparición de Carla está relacionada con las notas? —pregunto directa olvidando que no sabe que soy policía.

Pone una cara rara.

—No creo… Ella estaba muy furiosa por algo. Cuando discutimos me dijo que éramos todos unos cretinos y que estábamos cortados por el mismo patrón. No sé… No la entendí bien. A veces crees que alguien te enloquece, pero de repente aparece otra persona y, con muy poco, te demuestra que estabas idealizando a la anterior y que hay más peces en el mar. A mí me ha pasado muchas veces…, la última contigo.

Estamos tan cerca que cuando lo descubro mirándome los labios no reacciono enseguida intentando analizar lo que acaba de decir. Su mano se mueve hábil y la parte externa de sus nudillos roza mi cara.

Tiene unas manos preciosas de dedos largos y finos… «¡Socorro!».

Veo que se inclina hacia mí y sus labios entran en contacto con los míos sin poder evitarlo. Son suaves y tentadores, no me besa con la exigencia y voracidad de Ástor.

—Saúl… —Me aparto de él con rapidez.

—Lo siento —dice cerrando los ojos—. Lo siento mucho, de verdad. No he podido evitarlo.

—No pasa nada… Pero que sepas que he cruzado caras por mucho menos.

Sonríe avergonzado.

—¿Significa eso que no está todo perdido entre nosotros, Keira?

—Significa que eres muy mono como para pegarte…

Sonríe de nuevo y se muerde los labios.

—No vuelvas a hacerlo, por favor. Estoy con Ástor.

O eso creo… Ya ni lo sé. Pero quiero estarlo. Quiero hablar con él.

—No estás con él, solo eres su Kaissa —me corrige serio—. Y si pierde esta noche, tendrás que acostarte con otro, Keira… Todavía no entiendo cómo se ha arriesgado a eso. Para mí, ha caído muy bajo si está dispuesto a compartirte.

Me gusta que no lo entienda; dice mucho de él. Evidentemente, no sabe lo que nos traemos entre manos.

—Él no cree que vaya a perder. Y menos, en el *ring*.

—Chorradas. Le pueden hacer caer cuando quieran —asevera—. No te fíes de nadie aquí, Keira.

Su frase me asusta un poco.

—Confío en Ástor.

—Yo también confiaba en él —dice irónico, y suspira—. Ahora vuelvo, voy un momento al aseo a lavarme las manos. Apesto a kétchup.

Aprovecho su ausencia para llamar a Ulises.

—¿Qué tal todo? ¿Cómo va la cita de Ástor? —pregunto cotilla.

—Eh… Bien, bien… Va bien.

—¿Ya han comido?

—Sí. Ahora están en el porche del jardín tomando café.

—¿Qué te parece ella?

—Está… bien…

—¿Bien? Le dije a mi madre que me la tiraría hasta yo.

—Vale, casi se me cae la tranca al suelo cuando la he visto.

Me río con soltura. Curiosamente, estoy tranquila. Ástor ha podido estar con Olga durante años y no lo ha hecho. Debe de tener un motivo de peso.

—La he investigado por si no era humana —continúa Ulises— y, al parecer, es la hermana pequeña de la chica que murió en el accidente. ¿Cómo te quedas, Kei?

Muerta.

Muerta me deja el comentario y toda la implicación emocional que conlleva para Ástor. ¡Joder…!

—Ella parece estar muy agradecida con él. Por lo que he oído, la ayudó a que su negocio despegara y prosperara… Y le va muy bien.

—¿Qué están haciendo ahora? —pregunto nerviosa.

—No lo sé… No estoy con ellos.

—¿Les has perdido de vista, Ulises?

—Estamos en casa. No le sigo como un puñetero perro faldero… Les he dejado intimidad.

«¿“Intimidad”? ¡Mierda!».

—¿Acaso te preocupa? —me pica, el muy cabrito.

—Para nada… —Pero siento la mentira enredándose en mi garganta.

—¿Puedo hacerte una pregunta íntima que creo que me afecta de

algún modo? —dice de pronto, cauteloso.

—Dispara…

—¿Ástor y tú habéis follado sin condón? Lo digo por el comentario de antes.

«¡Ayyy, Dios…!».

—¡No! Solo fue… un momento en la bañera. Es que…

—Gracias por avisarme —replica enfadado—. Para tu información, yo estoy follando con protección. Pero tú deberías llevar una camiseta que ponga: «Disfruta de mi papiloma».

—¡No era viable usar un condón en el agua! Habríamos tenido que salir, secarnos, colocarlo, y el momento habría pasado, solo fue un calentón… Y lo único que conseguimos fue rayarnos con el tema de los hijos. Le dije que no quería tenerlos, y no hemos vuelto a tener sexo desde entonces… ¡Eso fue el domingo!

—Joder… Ahora lo entiendo todo…

—¿Qué?

—Su comportamiento errático de esta semana y la borrachera de ayer…

—No es por mí. Ástor está superagobiado. Héctor me dijo que no levanta cabeza desde hace tiempo. Y ayer habló en sueños de su padre. Se siente culpable porque deseaba que muriera. ¿Qué te parece eso?

—Justo lo estoy investigado. Su padre murió ahogado en la piscina de su casa. Pero en los medios se dijo que fue un infarto. La realidad es que estaba ebrio.

—Joder… ¡¿Y lo encontró él?!

«¡¿Ese es el famoso suceso de la piscina?! Hostias…».

—Sí, él y su madre. En la declaración ponía que ella lo oyó zambullirse y al rato bajó porque no subía a dormir. Lo encontró en la piscina flotando. Avisó a Ástor, que intentó reanimarle, pero ya era tarde.

—De ahí viene su aprensión a las piscinas —musito.

—Y tú, Kei, ¿cómo vas con Saúl? ¿Te ha contado algo interesante?

—Sí, que Ástor era un quinqui en su juventud y que le admiraba.

Oigo la carcajada de Ulises al otro lado de la línea. Y sigo:

—Y que ahora cree que es gilipollas.

—Ya somos dos. —Aunque no lo veo, sé que sonríe.

—Pues ayer en el bar parecía que os llevabais muy bien —lo pico.

—El alcohol ensalza la amistad, ¿no lo sabías?

—Saúl me confirmó que Ástor se llevaba mal con su padre y que eso les unía. Estaba al corriente de lo de las notas, pero no cree que tenga relación con Carla. Él sospecha que su padre le buscó un trato mejor. No parece saber nada de su amorío con Héctor.

—Todos colados por la misma chica y el jodido Thor se la llevó de calle… —dice casi con orgullo.

—¿Thor?

—Héctor.

—Has dicho Thor.

—Tú llamas al gilipollas «As»… Yo puedo llamar al hermano como me salga del culo. ¿Acaso no es así como lo llaman a veces?

Me río de que sea tan picota.

—Tranquilo, pronto tú también llamarás As a Ástor —me burlo.

—Ni lo sueñes.

—Te dejo, Ulises. Luego nos vemos. Corto.

—Corta lo serás tú.

Sonrío como una boba y cuelgo.

Una hora después, vuelvo a casa para cambiarme antes de acudir al club para disputar el Juego de la Torre, es decir, el boxeo. Reconozco que Saúl me ha metido un poco de miedo en el cuerpo.

Llamo al timbre y Ulises me abre con una cara rara.

—Hola… ¿Dónde está Ástor?

—Eh… No sé. ¿Echando la siesta?

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Ella todavía no se ha ido y están en su habitación —dice casi sin aliento, como si esperase que montara en cólera.

«Keira, respira…». ¿Se han metido en la habitación? ¿Para qué?

«¡¿Tú qué crees, boba?!».

Una bola de hierro cae a peso desde mi estómago. Es mi corazón.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—No sé…, un rato.

Madre mía… ¡Aquí el que no corre vuela!

Cojo una Coca-Cola Zero de la nevera, le doy varios tragos y me siento en el sofá a esperar con la mirada perdida en el infierno.

Ulises empieza a decirme algo y le pido que se calle. No quiero saber nada más. Consulto mi móvil y veo un mensaje.

Sofía:

Estás loca?!

Entonces lo veo…

Es una foto. Una maldita foto de un beso.

Casi me cuesta distinguir que somos Saúl y yo. Pero lo somos. Alguien nos la ha sacado de lejos. ¿Cómo es posible? ¡Si ese beso ha durado medio segundo!

Me sujeto la cabeza y me voy a la mierda con transporte *prime*.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que aparecen Ástor y Olga… La tensión es máxima.

Él la acompaña hasta el exterior de la casa y entorna la puerta para despedirse en privado.

«Ajá…».

Me la imagino echando su melena de Ariel hacia atrás para encajar sus bocas una última vez y quiero morirme.

Ástor entra poco después y se acerca al sofá donde Ulises y yo estamos sentados. El corazón me bombea tan rápido que debe de notarse en mi pecho a simple vista.

—Me voy a duchar —comenta—. Nos iremos a las seis y media.

Me pongo de pie de un brinco y me adelanto a él.

—No. La que se va a duchar soy yo. —Y pongo rumbo al cuarto de baño.

—Eso. Ve tú, corre… Está claro que lo necesitas. ¡Y lávate la boca!

Me doy la vuelta, envenenada. Es obvio que ha visto la foto. En el campus las noticias vuelan, maldita sea.

—¿Qué has dicho? —pregunto amenazante.

—¿No podías haber sido un poco más discreta con Saúl? —dice con desdén—. Sabía que tarde o temprano me avergonzarías, Keira.

—¿Y tú? Que me haces esperar en el sofá a que termines de… de…

—¡Al menos aquí no hay público!

—¡¿Público?! ¿Precisamente tú me lo dices? —Mi mirada lo mata—. ¡Yo no sabía que Saúl me besaría! Ha durado el segundo que he tardado en apartarme de él. Eso es un vídeo en pausa, por eso se ve tan mal. ¡Alguien nos estaba grabando!

—Por suerte, a Olga y a mí no nos ha grabado nadie.

—Eres un cabrón —mascullo, y me largo enfadada.

—¡Solo sigo tus consejos!

—¡¡¡Os queréis callar ya!!! —grita Ulises dejándonos paralizados—. Dios…, ¡follad de una puta vez! ¡Esto es insoportable!

Me voy a la ducha muy cabreada. No pienso salir hasta que sea la hora de irnos. Incluso me he traído al cuarto de baño ya la ropa que me pondré esta noche.

Activo la música e intento no pensar en Ástor y Olga. En él besándola y enterrándose entre sus piernas hasta el fondo… con condón. ¡Joder!

¿Por qué soy tan tonta?

¿Cómo pude creer que yo sería especial para Ástor de Lerma?

Me alegro de que mis lágrimas se confundan con el agua que se pierde por el sumidero, así no cuentan.

Hora y media después, estoy lista, pero solo son las seis en punto.

Busco a Ulises por la casa con cierta ansiedad. Es como si necesitase un abrazo. ¡Cualquiera que me oiga…! Pero siento que ya no soy la misma persona que hace dos semanas. Creo que ninguno lo somos. Cambiamos por momentos, por estímulos, y ha habido demasiados estos últimos días.

Encuentro a Ulises solo en el mismo lugar del sofá donde lo he dejado.

—¿Cómo no vas a tenerlo loco? —dice con media sonrisa al verme.

No puedo ofrecerle otra. Solo me siento sobre él y me hago una bola en su regazo. Sus brazos me reconfortan al rodearme y acariciarme.

El modelito que llevo esta noche se presta a toda clase de posturas. Es un pantalón ancho negro de terciopelo con una caída supercómoda y un top de tirantes muy corto a juego, quedando parte de mi vientre al aire. Va con una blusa por encima, caída por los hombros, casi traslúcida, de color negro, con la que siento que puedo

tapar un poco mi estupor. Una gargantilla negra pegada al cuello completa el conjunto.

Ulises me acaricia con suavidad intentando consolarme.

A los diez minutos, oímos un ruido atronador. El sonido de un objeto muy grande y pesado rompiéndose contra el suelo en mil pedazos.

Ambos nos sobresaltamos y buscamos la procedencia con rapidez. Lo que se ha roto no es cualquier cosa; el estruendo provenía del despacho de Ástor.

Al llegar nos encontramos la mesa de cristal hecha añicos y a Ástor en el suelo, sentado contra la pared y salpicado de miles de esquirlas.

—¡¿Qué ha pasado?! —exclama Ulises—. No entres —me dice, sabiendo que llevo sandalias.

El suelo es un caos de pequeños fragmentos puntiagudos con los que Ástor parece haberse cortado ya. Tiene un arañazo en la cara, como si le hubiesen alcanzado.

—¿Qué coño has hecho? —insiste Ulises cuando llega hasta él.

Ástor no parece tener intención de moverse. Simplemente, le tiende el teléfono desde el suelo.

Ulises lo coge y lo observa de cerca.

—Mierda… —farfulla al leerlo.

—Mi madre está ahí —aclara Ástor con la vista perdida—. Me llamó ayer y me dijo que se iba a un balneario con dos amigas este fin de semana.

—¿Qué pasa? —pregunto desde la puerta, todavía en tensión.

Ulises se acerca a mí con el móvil en la mano para mostrarme un mensaje: Pierde hoy o alguien volverá a ahogarse

Lo acompaña una foto de la entrada de un hotel *spa*.

«No puede ser verdad», me digo.

Pienso rápido en una solución.

—¿A cuánto está de aquí ese hotel? —pregunto con avidez.

Ulises saca su móvil para buscar rápidamente la información.

—A cincuenta minutos.

—Que manden a alguien ya —ordeno.

—No da tiempo —replica Ástor—. Sea quien sea, ya está allí. Son

las seis y pico, y a las siete empieza el combate. Si no pierdo, matará a mi madre, como ha matado a Carla… Ya lo habéis leído.

Ulises y yo nos miramos alucinados. No debemos dejar que el pánico nos domine.

—¿No se puede retrasar el combate? —propongo.

—Si no eres puntual, se considera perdido. Son las normas, Keira.

—Puedo llegar en menos de una hora al hotel —afirma Ulises—. Solo tienes que aguantar un poco en el cuadrilátero sin noquearle, Ástor. ¿Cómo se llama tu madre?

—Linda… Linda Solanilla.

—Me voy —dice Ulises, tajante—. La encontraré.

Ástor no da crédito a su ofrecimiento kamikaze. Tendrá que volar con el coche. Las gracias se le quedan atascadas en la garganta presas de la emoción.

—Llévate el Jaguar —le ofrece—. Las llaves están en la caja de la entrada.

—¡Ten cuidado! —grito a Ulises cuando echa a correr.

No me creo que esto esté pasando.

Me fijo en la procedencia del mensaje e intuyo que habrá sido enviado desde uno de esos móviles prepago irrastreables que ya habrán destruido para evitar que triangulemos su señal.

Ástor me mira desde el suelo y cierra los ojos devastado, apoyando la cabeza en los antebrazos.

¿No piensa moverse de ahí?

—Después del combate, quiero que me lleves a comisaría —dice de pronto.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque ese tío no va a parar hasta verme entre rejas… Lo sé.

—Levántate y ven hasta mí, por favor —le suplico extendiendo la mano, pero no se mueve.

—Quiero que me encierres, Keira. Quiero confesar un crimen…

Mi corazón se para y mis ojos se abren al máximo.

¿De qué está hablando?

keira

30
Jaque al rey

> Una vez terminado el juego, el rey
> y el peón vuelven a la misma caja.
>
> PROVERBIO ITALIANO

No contesta a mis primeras preguntas.

—Ástor… Ven aquí conmigo, por favor —lo llamo de nuevo—. Lo solucionaremos.

—No… No sé quién está haciendo todo esto, pero sé por qué.

—¿Por qué? —pregunto desesperada.

—«O alguien volverá a ahogarse».

—Como tu padre —concluyo con rapidez.

—Sí…

—Ulises me lo contó. Estaba borracho, ¿no?

—Como siempre… Pero no fue un accidente, Keira. Fui yo…

Mi alma grita «¡Nooo…!» mientras se desgarra por dentro.

Se me para el corazón y me quedo muda; quizá para siempre.

¿Fue él? ¡JODER! ¿De ahí viene todo? ¿Alguien busca venganza en la sombra?

—¿Quién más está al corriente?

—Que yo sepa, nadie.

—¿Cómo ocurrió exactamente?

—Yo estaba en mi habitación cuando mi padre llegó dando voces… Venía buscando guerra. Estaba totalmente desquiciado. Mi madre estaba viendo la televisión y salió al jardín porque él no entraba. Les oí discutir y decidí bajar porque no me fiaba de él.

»Iba por la mitad de la escalera cuando oí: "¡La culpa también es tuya, puta…!", y eché a correr hacia el jardín. Al llegar, vi que tenía a mi madre de rodillas y sujeta por el pelo, y cuando empezó a estrangularla con todas sus fuerzas perdí el norte.

»No era la primera vez que le dejaba marcas. Mi padre llevaba años maltratando a mi madre tanto física como psicológicamente cada vez que se enfadaba, pero claro… era el duque de Lerma, el señor de la casa y su palabra era ley. La primera vez que me enfrenté a él me partió el labio de un guantazo; solo tenía quince años. Héctor acababa de irse a la universidad… Mi madre me pidió que no volviera a encararme con él nunca más.

De repente, soy consciente de que me estoy tapando la boca con la mano.

—Las agresiones no terminaron ahí —continúa Ástor—, y empecé a hacer pesas para defenderme. ¿Sabes lo que es abrazar a tu madre y que gima de dolor porque el cabrón de tu padre ha aprendido a no pegarle en la cara?

Sé que ha sido una pregunta retórica, pero me mira con un dolor y una impotencia en los ojos que me entran ganas de llorar. «Pobre Linda…».

—Cuando me fui a la universidad, vivía pensando que cualquier día me llamarían de la morgue, pero mi madre me aseguró que sin mí en casa mi padre estaba mucho más tranquilo. Por eso intenté alejarme de ellos todo lo posible, hacer mi vida… Y ojos que no ven, corazón que no siente, pensé. Pero cuando tuvimos el accidente, se

volvió completamente loco.

»Me culpaba a mí de todo, aunque fuera otro conductor borracho el que había chocado con nosotros. Me dijo que tenía que haber muerto yo…, que mi hermano estaba muerto en vida por mi culpa.

»Empezó a beber más que nunca, y después de varios episodios violentos mi madre me pidió que volviera a casa porque le temía. Héctor todavía seguía en el hospital. Estuvo casi nueve meses ingresado…

—¿Qué pasó cuando viste que la estaba estrangulando?

—Fui corriendo y lo separé de ella empujándolo con fuerza. Mi madre cayó al suelo desmayada. Creía que estaba muerta, que le había partido el cuello. Ni siquiera oí cómo él caía a la piscina, o quizá sí, pero solo me agaché para socorrer a mi madre. Vi que respiraba a duras penas… Nunca olvidaré su cara en esos instantes. Cuando quise darme cuenta, reparé en que mi padre estaba en el agua. Si mi madre me hubiera gritado que lo sacara, lo habría hecho, pero se quedó callada y me suplicó con los ojos que no lo hiciera. O eso me pareció… No importó, porque cuando volví a mirar hacia el agua, mi padre ya no se movía… No pensé lo que me afectarían esos segundos de indecisión durante el resto de mi vida. La duda de si podría haberlo salvado me pesará para siempre…

Dos lágrimas enormes surcan mi cara contra mi voluntad.

Me veo impedida por las sandalias y opto por quitármelas. Voy a la habitación y me calzo rápidamente unas zapatillas de deporte sin calcetines.

Cuando por fin entro otra vez en el despacho y me acerco a Ástor haciendo crujir el suelo bajo mis pies, lo encuentro con la cabeza apoyada en los brazos de nuevo.

Pongo las manos sobre sus hombros y le doy un momento para que me sienta. Mis ojos siguen encharcados al pensar en su madre y en lo terrible que debió de ser vivirlo y callarlo. Y termino abrazándolo, cerniéndome sobre él.

Acabo de enterarme y estoy abrumada, pero me hago cargo de que Ástor lleva muchos años sufriendo esto en silencio. Castigándose por ello. Sin permitirse sonreír, ni divertirse… ni amar.

Juraría que Héctor no lo sabe. Ha dicho que nadie lo sabía.

Me choca darme cuenta de que Ástor ya cargaba con esto cuando

me besó por primera vez. Cuando me hizo el amor después de la puja y en cada ocasión que me ha sonreído desde entonces. También cuando me besó en la bañera y esta mañana cuando me recomendó que usara condón con Saúl. Él convive con esa verdad cada día y yo soy la que debe ser fuerte ahora. Soy la variable de la que dependerá que se hunda o continúe soportándolo unas horas más.

—Levanta, vamos —le ordeno seria.

Mi tono adusto funciona y obedece. Creo que piensa que voy a detenerlo.

Pequeños cristales caen de su ropa al suelo y lo saco del despacho. Lo guío hacia el cuarto de baño, donde hago que se siente para limpiarle la cara con una toallita húmeda en silencio.

—Dime algo, Keira —susurra destrozado.

—¿Qué quieres que te diga? —Continúo con mi tarea.

—Todo lo que piensas de mí…

—¿Como amiga o como policía?

Se queda callado al entender que quizá sean respuestas distintas.

Consulto la hora. Se nos hace tarde.

—Cámbiate. Tenemos que irnos ya.

—Como amiga… —elige.

Me tomo mi tiempo para responder.

Observo su cara, llena de dolor, y se la toco sin poder evitarlo.

—Solo puedo decirte que, probablemente, si alguien hiciera daño a mi madre, lo mataría con mis propias manos sin pensar.

—Si le pasa algo ahora, no sé lo que haré.

—Confía en Ulises. Pero si por lo que sea no llega a tiempo, pierde, Ástor. Y ya está. Podré soportarlo… Guzmán es majo —intento bromear para quitarle importancia.

—Nadie va a tocarte —afirma muy serio.

—Olvídate de tu honor y de tu hombría por una vez, Ástor. Di a todos que yo no significo nada para ti. Que acabas de tirarte a otra esta misma tarde… Estás a salvo de la humillación pública.

Su mandíbula se tensa. Quiere rebatirme algo, pero se calla.

—Se hace tarde —insisto cuando no se pronuncia.

Ástor se cambia en silencio y salimos de la casa.

Durante el trayecto en coche nos mostramos taciturnos. Todavía tengo mucho que asimilar, pero sé que lo que me ha narrado no es un

asesinato. Quizá omisión de socorro, que también es delito, en todo caso, pero dadas las circunstancias, para mí no tuvo elección. Era él o ella otro día.

Le digo que ponga música y nos envuelve «It must have been love» de Roxette sonando en los Cuarenta Clásicos. Desde que conozco a Ástor, un montón de detalles no dejan de recordarme a la película *Pretty Woman*. Y ahora esta canción…

Entramos en el club a las siete menos cuarto, y Charly viene a nuestro encuentro a toda prisa.

—Joder, ¡ya pensaba que no llegabais! Me iba a dar algo…

Nos mira preocupado y ve que Ástor tiene rasguños en la cara.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. Vamos —responde con sequedad el duque.

Estoy segura de que nadie más sabe lo que me ha contado a mí.

Y… ¿por qué me lo ha explicado?

Bajamos por una escalera hacia un pasillo subterráneo siniestro. Nunca había estado en esta parte del club. No es tan glamurosa como la de arriba, y es enorme.

Ástor se detiene delante de una puerta que promete ser un vestuario.

—No te separes de ella —ordena a Charly.

—Descuida…

Me mira una última vez y desaparece. Nunca le he visto más triste y agobiado que en este instante. Lo único que me apetece ahora es abrazarlo.

Cuando nos quedamos solos, Charly me guía caminando a mi lado.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—Ha roto la mesa de cristal de su despacho.

—¿Por qué?

Niego con la cabeza. No quiero hablar del tema. Ni preocupar a Charly.

—Por un golpe. Está muy nervioso por todo, ya sabes.

—Entonces le vendrá bien repartir unas cuantas hostias… Y no temas por él. Es el mejor.

—Le preocupa que intenten hacerle algo para que falle.

—¿Como qué? —pregunta frunciendo el ceño.

Me encojo de hombros. La verdad es que no tengo ni idea.

En ese momento, entramos en el clásico ambiente alrededor de un *ring* clandestino. Hay una pelea en curso y el barullo es ensordecedor. El cuadrilátero está elevado un metro del suelo y hay gradas con asientos por los cuatro costados. Se ven mujeres, deben de ser Kaissa, porque son las únicas que tienen acceso. Sin embargo, la mayoría de los espectadores son hombres. Una cabina al fondo marca las apuestas junto a la estadística y las regalías. Ástor tiene a la mayoría a favor, supongo que la fama le precede. Pero me interesa mucho saber quién ha votado en contra de él sabiendo que puede perder previa amenaza.

—Charly, ¿podrías averiguar quién ha apostado en contra de Ástor? —Le señalo la cabina.

Me mira curioso y cae en la cuenta.

—¡Eres un genio! Voy a preguntar. Pero acompáñame, que Ástor me ha dicho que no te deje sola.

—No pasa nada, ve tú. Te espero justo aquí.

—Vale, pero no permitas que te secuestren ni nada parecido, por favor.

Se aleja, e inspiro hondo.

Así que esto es lo que siente una mujer normal y corriente. Un temor incierto e injusto por ser atacada por cualquier demente en cualquier momento. Y de pronto me doy cuenta de que ese es el motivo principal por el que me hice policía. Para sentirme segura. Hacía mucho que no experimentaba este miedo. El mismo que pasé el día que me enfrenté a mi padrastro estando solos… Cada vez que pienso que podría haberme golpeado con facilidad y haberme hecho desaparecer de la faz de la tierra para que no contara nada, me entra un malestar terrible. Y desde que soy policía, ya no tengo miedo porque he sido entrenada para defenderme y para proteger a los demás. Si embargo, conocer a Ástor me ha transformado en una persona más humana y frágil a todos los niveles. En resumen, en alguien más sensible, física y socialmente hablando.

¿Y lo que me arrepiento de no haber venido armada, os lo he contado?

Consulto el móvil, nerviosa. Espero que Ulises esté a punto de llegar a ese balneario y nos informe de que la madre de Ástor está a salvo para que él pueda ganar. Y no solo por salvar mi integridad, sino

porque no se puede ceder al chantaje ni un ápice. Nunca.

Termina el combate, y me fijo en que el ganador es Saúl, que se ha batido contra el contrincante al que venció ayer.

Cuando el árbitro sostiene su puño en alto, me mira y me sonríe detrás de su protector dental. Sonrío y arranco a aplaudir como está haciendo la mayoría del público.

El ambiente se embrutece en cuanto todo el mundo se levanta y se mezcla. Me quedo quieta donde Charly me ha dejado para que pueda encontrarme sin problema.

—Keira… —Oigo una voz conocida.

Es Saúl, que intenta llegar hasta mí en medio del gentío. Se ha quitado el casco y está sudado. Lleva un pantalón corto de *kickboxing* rojo y negro y… nada más. Bueno sí, una pedazo de tableta abdominal que no sabía que escondía bajo la ropa.

—¡Felicidades! —exclamo haciendo alusión a su victoria.

—Gracias. Esto…, ¿te ha llegado un mensaje con una foto nuestra? —pregunta algo cortado.

—Sí. Me la ha mandado Sofía.

—¿Ástor está muy cabreado? —dice rascándose la cabeza.

—Un pelín.

—Pues menos mal que no me ha tocado pelear contra él, porque igual me mata.

Que utilice justo ese verbo me pone los pelos de punta. Intento sonreír porque sé que es una frase hecha, pero no puedo olvidar lo que Ástor me ha confesado. ¿Fue tan espontáneo lo de su padre como me ha parecido… o hubo algún tipo de alevosía? Esa pregunta no deja de dar vueltas en mi mente. Al fin y al cabo, me han entrenado para dudar de todo, pero él mismo quería entregarse. Y además, lo veo en sus ojos. Es un buen hombre… Un hombre que se ha tirado a Olga.

Niego con la cabeza para deshacerme de esa idea. No es que nos hubiéramos jurado amor eterno ni nada…

—¿Ha venido tu padre? —pregunto a Saúl, interesada.

—Está sentado por ahí abajo. Voy a ducharme. ¿Te veo luego?

—¿Tan poco aprecio tienes a tu vida? —digo sonriente.

—A veces merece la pena jugársela —replica con una mueca canalla. Me guiña un ojo y se va.

Vuelvo a consultar el móvil. ¡Son menos cinco…! Empiezo a

ponerme muy nerviosa.

Charly me localiza y me arrastra con él hasta la primera fila, cerca del rincón que va a ocupar Ástor en el cuadrilátero.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó impaciente.

—No me lo quieren decir, pero Ástor podrá comprobarlo cuando el club se lo cobre porque van a perder.

A las siete en punto una voz comienza a hablar por el micro y me doy cuenta de que es el mismo chico que me atendió antes de hacer mi debut de baile en barra. Debe de ser el maestro de festejos o algo así.

Anuncia a Gregorio Guzmán, que sale al *ring* como si fuera un profesional, dando puñetazos al aire y saltitos cortos. Se acerca a mi lado y me saluda seductor. Le devuelvo la sonrisa. ¡En realidad es un payaso! Pero no sé si sería igual de chistoso en una habitación a solas conmigo.

Trago saliva, inquieta.

El presentador anuncia a Ástor, que sale caminando con calma, encapuchado con una bata abierta negra con ribetes dorados y con un pantalón parecido al de Saúl, pero negro y dorado. Sus músculos tensos advierten de lo que es capaz. Aun así, su mirada es lo que más impone.

Está muy serio. Alguien ha amenazado a su madre para que pierda este combate y me entregue. Para que sufra… y está cabreado.

Una vez en el *ring*, nos busca por las cercanías hasta que nos ve, y clava su mirada salvaje en la mía como si fuera a luchar por algo que todavía no está perdido.

Se quita la bata y se centra en ponerse los guantes sin prisa. Los choca entre ellos y salta un poco para calentar. Lo veo lanzar un directo al aire y mis labios se separan ligeramente. ¿Cómo puede ser tan tierno conmigo a veces, cuando es capaz de generar esa potencia? Un golpe así partiría hasta el viento si osara interponerse en su camino… No deja de botar para entrar en calor y, en un momento dado, vuelve a mirarme para saber si hay noticias de Ulises.

Lo compruebo de nuevo y mi negativa le desanima.

El combate empieza y no quiero ni verlo. Ástor y Guzmán golpean sus guantes a modo de saludo y, poco después, empiezan a lanzarse ataques puntuales y cortos.

Me alivia ver que Ástor se cubre bien la cara, a pesar de llevar un protector facial tan acolchado como los guantes. Se enganchan un par de veces y se sueltan. Así pasan dos *rounds*, donde los púgiles pueden sentarse quince segundos cada dos minutos antes de volver a la carga.

Van girando y se esquivan sin dejar de llevar a cabo un ágil juego de pies, a la vez que se oye el impulso de la pegada.

Si eso, me voy poniendo de los nervios…

Ástor intenta dar en la cara a su rival y, de vez en cuando, proyecta un directo veloz sobre sus costillas. Se agarran, y el árbitro los separa de nuevo.

«¡Por Dios, que termine esto ya!».

Sé que es un deporte, pero la violencia en todas sus formas me espanta. Estoy acostumbrada a erradicarla, no a animarla.

Compruebo el móvil otra vez, y nada. ¡Ya son las siete y ocho!

No aguanto más y escribo a Ulises preguntándole dónde está.

De repente, Guzmán pega un potente derechazo a Ástor en las costillas y se oye una exclamación generalizada entre el público. Ástor parece un poco desorientado, y el árbitro interrumpe el *round* cuando comienza a recibir tres o cuatro golpes seguidos que lo debilitan cada vez más.

¿Qué leches le pasa?

Ástor se sienta a descansar y bebe agua. Parece dolorido.

Se vuelve hacia mí y me mira a través del casco. Me preocupo. Le pasa algo.

Charly, que también se ha dado cuenta, se acerca a él y hablan unos segundos.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto cuando regresa a mi lado.

—Que Guzmán le está golpeando muy duro y que no es normal.

—¿Cómo que no es «normal»?

El silbato marca el reinicio y Ástor se levanta a regañadientes.

Intenta esquivar los golpes de Guzmán todo lo que puede, cubriéndose la cara, lo que permite a su contrincante propinarle otro golpe en las costillas.

Las caras de los espectadores empiezan a cambiar. Ástor se coloca una mano bajo las costillas flotantes y parece tener dificultades para moverse y respirar. Apenas esquiva los golpes que le lanza Guzmán.

Me pongo de pie llevada por la desesperación; también lo hacen

muchas otras personas. Se nota que el presidente del club les importa, no todo el mundo le odia.

Ástor consigue llegar a su rincón a duras penas y me acerco a él.

—¡Ástor…! —exclamo con la voz rota—. ¡Déjalo! ¡Ulises no contesta! ¡No pasa nada, en serio, ríndete antes de que empeores!

—¡Ástor, ríndete! —exclama Charly, asustado—. ¡Échate al suelo! ¡Ahora!

—Puedo aguantar… —balbucea dolorido—. Solo es una costilla rota.

«¿Solo? ¡Ah, pues nada!».

—¡Basta, Ástor! —lo riño—. ¡Por favor, no seas orgulloso!

Niega con la cabeza, y suena el silbato que anuncia el fin del descanso.

—No es orgullo… —resopla—. Moriría protegiéndote, Keira.

Mi corazón se salta un latido al oírlo. ¡Ningún tío ha querido matarse por mí antes!

Le hacen levantarse y camina vacilante con un hematoma horrible en las costillas. No soy consciente de que se me caen las lágrimas. ¿Qué me está haciendo este hombre?

De repente, mi móvil se ilumina y veo que acabo de recibir un wasap.

Ulises:

Todo controlado. La tengo

En cuanto lo leo, con los ojos muy abiertos, mi corazón vuelve a latir.

Me abalanzo hacia el *ring* para rodearlo y que Ástor me vea.

Cuando enfoca la vista en mí y le hago la señal de que su madre está bien, se separa de su contrincante con intención de reformular una nueva actitud de ataque.

¡Ese es mi chico! ¡O no…! ¡Da igual! «¡Vamooos, dale!».

Lo miro con ansiedad mientras no deja de moverse. Fija la mirada en Guzmán y se acerca a él con intención de acabar el trabajo. Hasta ahora no podía atacarle, solo defenderse.

Esquiva un golpe y le asesta un izquierdazo tremendo de forma lateral con todas sus fuerzas. Su estilo no es muy técnico, es tipo gladiador. Un jodido Aquiles sexy capaz de derribar a su adversario de

un solo golpe certero y sobrehumano.

Guzmán se tambalea, y Ástor no pierde el tiempo en rematarlo, a pesar de que sufre un dolor indecible, estoy segura. Recibe un par de golpes apretando los dientes hasta que ve un hueco donde atizarle con la derecha después de echar el codo completamente hacia atrás. ¡Pam!

Guzmán sale despedido y rebota contra las cuerdas elásticas. Ástor se agacha y lo carga sobre su hombro, para levantarse acto seguido haciendo que su oponente caiga al suelo dando la voltereta.

«¡¡¡OSTRAS!!!».

El público chilla enloquecido al ver que Guzmán ya no se mueve. Estoy segura de que ahora mismo no sabe dónde está el cielo y dónde la tierra. Ástor jadea agarrándose el costado, y el presentador no tarda en levantarle el brazo bueno proclamándolo campeón.

¡Menos mal!

Charly lo ayuda a bajar del *ring* y nos miramos con intensidad en medio del bullicio. Tengo tantas cosas que decirle…

—Eso tiene mala pinta. —Charly está palpándole el costado—. Deberíamos ir al hospital, Ástor.

De repente, una idea invade mi cabeza y me doy la vuelta con convicción. Los amigos de Guzmán intentan reanimarlo y sacarlo del cuadrilátero.

Camino hacia el caído y me planto frente a él.

—¿Estás bien, Guzmán?

—Sí… —contesta algo mareado—. Es muy doloroso pretenderte, chica…

Sonrío un poco.

—¿Me dejas ver tus guantes? Quítatelos, por favor.

Yo misma le ayudo a hacerlo.

Nada más palparlos noto que el derecho no es tan mullido como el izquierdo. Me fijo en las costuras y veo que son distintas en ambos guantes. Tiro de un hilo suelto… y se resquebraja.

—¡¿Qué haces?! —protesta sorprendido.

Pero enseguida advierte que hay algo entre el relleno. Una estructura sólida blanca.

Algunos curiosos empiezan a tocarla, indignados.

—¡Es yeso! —acusa uno.

—¿Qué…?

—¡Eso va en contra de la normativa! —salta otro.

La cara de Guzmán es un interrogante enorme.

—Yo no lo he puesto ahí. ¡Los guantes son del club!

—¿Quién te los ha dado? —pregunto.

—Ya estaban en mi sitio, junto con el resto de la equipación, cuando he entrado en el vestuario.

—Averigua quién te ha preparado el equipo y de dónde ha sacado esos guantes, Guzmán. Ástor tiene una costilla rota…

Cuando me vuelvo para buscarlos, Charly y Ástor ya no están.

Sigo su rastro hasta el vestuario masculino echándole morro.

—Vámonos a urgencias ahora mismo —ordeno al encontrarlos.

—No hace falta —rebate Ástor, previsible.

—Sí que hace. Guzmán llevaba yeso en los guantes, Ástor. Esa costilla podría perforarte un pulmón.

—Solo es una contusión.

—¡Charly…! —me quejo buscando apoyo.

—Deberías ir a que te miren, Ástor.

—¿Debería? ¡Menuda ayuda eres! —Lo miro mal.

—Se me pasará descansando un poco —zanja Ástor.

—¡¿Cómo puedes ser tan cabezota?! —grito enfadada—. ¡O nos vamos ahora mismo a urgencias o me largo a mi casa y te dejo tirado con el caso, elige!

Un cuarto de hora después, estamos entrando en urgencias.

Privadas, claro, así que le hacen pasar a los cinco minutos.

¡Hombres…! Para mi sorpresa, Ástor me pide que entre con él, y Charly se queda fuera. Lo habrá hecho para no dejarme sola o porque su amigo no le acariciaría el pelo como lo estoy haciendo yo en este momento, tumbado en una camilla mientras esperamos los resultados.

—¿Te duele mucho? —pregunto.

—Me dueles más tú…

Sonríe un poco cuando pongo los ojos en blanco.

—No me ha gustado ese beso con Saúl —confiesa.

—Ni a mí que te acostaras con Olga…

—No hemos hecho nada —ataja—. Solo quería que lo pensaras.

El alivio me recorre por dentro como la mecha de un petardo, y cuando llega hasta mi corazón, explota y arde como una maldita antorcha.

—¿Tengo que creérmelo?

—Es la verdad… Se ha ofrecido a ayudarme para ponerte celosa. Soy idiota, Keira. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—No… Un idiota no sabe lo que hace. Tú eres un capullo.

—Soy un capullo —repite apretando mi mano con los ojos cerrados.

—Si esperas que te contradiga, no voy a hacerlo.

Inspira hondo.

—Lo siento mucho —formula por fin. Y parece sincero, pero…

—¿Por qué querías ponerme celosa?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Dilo, Ástor.

—De verdad que no lo sé —dice acorralado—. Sentía que te perdía y quería saber si tú… Si sentías lo mismo por mí.

—¿Te refieres a si yo también te quiero? —Me la juego, y se queda petrificado—. La otra noche, borracho, lo dijiste… Dijiste que me querías, Ástor.

Me mira sin fuerzas para negarlo. Está más guapo que nunca, el maldito. Lo he dicho porque estoy segura de que jamás habría encontrado esas palabras en su vocabulario. Como bien me aseguró, son demasiado *premium* para él.

—Eso explicaría que no pueda dejar de pensar en ti —musita culpable—. O en tocarte, besarte, hablar contigo y tenerte pegada a mí todo el tiempo… Quiero vivir en tu puta sonrisa, Keira. No soporto estar cerca de ti y no poder tocarte. Me dueles aquí dentro.

Lleva mi mano hasta su corazón y siento que le palpita frenético.

—¿Y qué recomiendas como tratamiento? —pregunto socarrona.

—Que me beses ahora mismo —suplica moribundo.

Sonrío y me acerco a sus labios, mimosa. Apenas me lo creo. Los ojos se me cierran cuando siento su respiración invadiendo la mía. Es el mejor lugar del mundo. Su boca. Nos acariciamos con los labios y la suavidad de su lengua despierta todos mis sentidos de golpe. Estaría horas degustándole como una obsesa. Tiene toda la razón: esto es enfermizo y complicado. Sin embargo, es una verdad como un templo.

—Hola, parejita —saluda el médico cuando aparece y nos pilla de pleno—. Ya veo que ha sido una pelea con final feliz…

—No me escayole, por favor —le ruega Ástor—. Tengo que hacer

el amor con esta mujer al llegar a casa.

Me entra la risa y al médico también.

—Te alegrará saber que nunca escayolamos, aunque esté rota, que lo está. Lo que voy a ponerte es una banda de compresión con velcro. Pero nada de movimientos bruscos, o verás las estrellas y tardará más en curar… —dice mirándome a mí.

—Tranquilo, doctor. No le dejaré hacer nada. Gracias por todo.

Al terminar, Charly nos acerca a casa en su coche porque hemos dejado el nuestro en el club. Podría haber conducido yo, pero he preferido ir con él en el asiento trasero para no dejar de tocarlo.

—¿Dónde está Héctor? —pregunto al llegar al chalet y descubrir que está vacío.

—En casa de mi madre, cuidando de los perros. Cuando ella se va de fin de semana, se queda allí. Lo tratan a cuerpo de rey.

—Así que… ¿estamos solos? —Sonrío pizpireta.

—Estamos solos —confirma lobuno.

Se acerca a mí con hambre y le rodeo el cuello con las manos para besarle mientras le acaricio la nuca. Me asusta darme cuenta de lo mucho que he echado de menos sus besos. ¿Cómo voy a separarme de él cuando todo esto termine?

Intento olvidarlo, y vamos directos a la habitación. Al entrar volvemos a engancharnos con pasión, pero con el máximo cuidado.

—Hoy va a tener que ser lento —musita en mi boca.

—Perfecto, porque hoy lo quiero lento.

Sonríe y enredamos nuestras lenguas de nuevo. Es un mentiroso. Lo que me hace no tiene nada de lento. O al menos, de suave.

—Qué bien sabes, joder… —musita en mi boca.

¿Por qué no puedo dejar de temblar como si fuera una primera vez?

La respuesta aparece en mi mente sola: «Porque lo es». Es esa primera vez en la que sabes que te quieren. Y que es algo mutuo.

Ástor acuna mis pechos, amasándolos despacio, y mis pezones se endurecen al sentir que los pellizca enardecido. ¿Es normal que eso repercuta directamente en mi entrepierna? No es lo que hace, sino cómo lo hace. Me pega por completo a su cuerpo para que note su

excitación contra mi vientre y gimo por la expectativa de sentirle dentro.

Sin verlo venir, me da la vuelta y ataca mi cuello haciendo que me retuerza de deseo. Me baja el pantalón, que cae al suelo rápido por la holgura que tiene, y cuela sus dedos por el borde de mis braguitas mientras me muerde la oreja.

¿Cómo puede tenerme así ya? Mi clítoris demanda atención inmediata. Y como si me hubiera leído la mente, baja la mano hasta mi sexo y lo invade con los dedos sin preguntar. Se me entrecorta la respiración y lo siento exhalar una sonrisa.

—Soñaba con volver a tenerte así de mojada… Necesito comerte ahora mismo.

«Si su lengua me toca ahí abajo, se ahoga fijo por el tsunami…».

Me pregunto cómo lo va a hacer teniendo tanto dolor. Al momento, se me ocurre una idea y le informo de que voy a tomar el control.

Lo desnudo y le ordeno que se tumbe en la cama, y ni siquiera rechista.

—¿Y ahora qué? —pregunta expectante.

—Ahora voy a desnudarme para ti.

Lo hago despacio y su cara va cambiando a medida que voy mostrando cada rincón de mi piel. Nunca pensé que haría algo así delante de un hombre, pero el deseo con el que me mira me basta para perder la vergüenza. Y para excitarme cada vez más.

Empiezo a acariciar mi entrada con lascivia y su boca se abre sola.

—¿Esto es lo que quieres? —Le enseño mis dedos brillantes y me llevo uno a la boca. Lo lamo lentamente y suelto un «mmm…».

—Sí, por favor —contesta atropellado.

Intenta incorporarse sin recordar que está herido y se queja.

—No te muevas, Ástor. Voy a darte lo que quieres, confía en mí.

Me acercó a él y maniobro para sentarme a horcajadas sobre su vientre, de espaldas. Coloca las manos en mi cintura apoderándose de ella y me acerca a su boca como si no pudiera esperar ni un segundo más para degustarme.

Sentir sus labios en mi sexo es un empujón cósmico que me priva de pensar. Y cuando por fin me sitúo, me doblo hacia delante apoyándome en la cama, para agarrar su miembro y empezar a

lamerlo.

Su gruñido rebota en mi centro y nos excitamos más. Ahora mismo somos la maquinaria perfecta. Dos piezas que encajan sin error.

Mi melena cae sobre su cuerpo y sigo chupando con fuerza. Sus caderas se agitan cuando aumento el ritmo. No sé cuánto tiempo nos dedicamos a alabarnos a través del sexo oral, pero de repente oigo: —Keira, joder… Para o me corro.

—Pues hazlo —le incito—. Yo también estoy a punto de llegar.

Mantenemos un ritmo intenso, y la boca se me desencaja cuando una sensación abrumadora me atraviesa y tengo que parar.

«¡Por Dios…!».

Nunca pensé que el sexo pudiera ser tan gratificante…

Al oírme, Ástor se deja ir y trago sin contemplaciones.

La visita al cuarto de baño es obligada después, pero pronto estamos los dos de nuevo en la cama abrazados bajo sus increíbles sábanas de algodón egipcio.

Las circunstancias han exigido que la noche en la que nos deberíamos decir «Te quiero» con todas las letras haya terminado en un sesenta y nueve que impide pronunciarlo de forma romántica cara a cara… Así que tendré que hacerle un jaque mate para que lo verbalice de una maldita vez.

—¿Ya tienes claro si siento lo mismo que tú? —le pregunto vacilona.

—Claro, lo que se dice claro, aún no —responde intuitivo.

Él también quiere oírlo, pero no pienso ponérselo fácil porque el suyo no contó ya que estaba adormilado.

—¿Puedo preguntarte algo? —suelta de pronto, apurado.

—Sí…

Me preparo para su ofensiva. Seguro que busca que le confiese mi amor en tono solemne.

—¿Por qué no estoy en la cárcel?

Esas palabras me trastocan por un momento, pero al instante me doy cuenta de que no iba tan desencaminada. Porque la respuesta podría ser perfectamente «Porque te quiero». Sin embargo, en lugar de eso, digo: —Antes de contestarte, yo tengo otra pregunta para ti… ¿Por qué me lo has confesado?

—Porque necesitaba que lo supieras.

—¿Por qué? —le presiono.

—No lo sé —responde, y parece realmente perdido—. Me dijiste que querías saberlo todo de mí, y no deseo ocultarte nada. Soy muy intransigente conmigo mismo y confío en ti. En tu juicio. Tu opinión servirá para calmarme o para terminar de aceptar mi destino. Tú decides, Keira.

Ese «confío en ti» es lo más bonito que alguien me ha dicho nunca. Y no quiero que quede como que haré la vista gorda porque estoy enamorada de él, porque no es así. No podría… Lo cierto es que…

—No creo que un juez te mandará a la cárcel por como me has contado que sucedieron los hechos. Además, no hay pruebas… Y tu madre no testificará contra ti.

—Me planteé contarlo en su momento porque pensaba que lo entenderían, pero mi madre me dijo que ni se me ocurriese. Que tiraría mi vida por la borda y mancillaría el apellido de la familia para siempre.

—Suele depender del informe que te haga el policía de turno. Los jueces no se complican… Si tu padre atacó a tu madre de esa forma y era reincidente, creo que está muy claro que fue defensa propia. En lo que tu madre tiene razón es que el sambenito no te lo habría quitado nadie.

—No fui a prisión, pero me metí en otra cárcel personal… El recuerdo de aquel día no ha dejado de atormentarme. Llegué a pensar que una condena sería la solución para expiar una culpa que no me deja vivir.

—Mírame, Ástor. —Le cojo la cara y no puedo evitar besar su tristeza—. Si te sirve de algo, yo te absuelvo de todo. No sabes hasta dónde llega la maldad del mundo. La demencia. La locura… En parte por eso tampoco quiero tener hijos. Porque todo lo que sé que podría pasarles no me dejaría vivir tranquila nunca más… Pero tú no eres mala persona, Ástor, y no te mereces sentirte así. Deberías permitirte ser feliz.

—La felicidad no es algo que pueda alcanzarse y poner una uve verde en la casilla correspondiente. Para mí, la felicidad son instantes efímeros, porque la rueda siempre vuelve a girar. Sea como sea, quiero que sepas que ahora mismo estoy siendo muy feliz.

Nos besamos de nuevo y se encaja en mi cuerpo. No ha sido un «te quiero», pero me sirve.

Se roza conmigo a pesar del dolor que debe de estar sintiendo, como si hacerlo aliviara su alma. Me abro para él y nuestros sexos encajan apenas sin buscarlo. Y sin condón…

Nos quedamos mirándonos mientras nos movemos sensualmente al unísono con lentitud, perdidos en una sensación única.

—Keira… —farfulla abrumado al sentirla o quizá por darse cuenta de que se ha vuelto a olvidar del preservativo—. Te quiero… —jadea en mi boca, como si se justificara a sí mismo el error. Reconociéndolo. Asumiéndolo…

Siento que mi cuerpo no puede contener unos sentimientos tan grandiosos. Quiero llorar. Y también reír. Pido un deseo al universo: que esto no se acabe nunca.

—Yo también te quiero… —musito con un hilo de voz.

El orgasmo llega precedido por un estado emocional, no físico, que desencadena el éxtasis sin necesidad de acelerones o movimientos bruscos y rápidos. Parece brujería. Nunca lo había experimentado así.

Esto no lo explican la ciencia ni las matemáticas.

Esto debe de ser amor.

A tus pies, Roxette.

ástor

31
La última esperanza

La amenaza de la derrota es más
terrible que la propia derrota.

ANATOLI KÁRPOV

Viernes, 20 de marzo

La miro de reojo.

Nunca me había parado a observar a una chica mientras se maquilla delante de un espejo. El detalle de sus gestos automáticos cuando su mente está en otra parte es alucinante. Y los de Keira transmiten una idea muy concreta: ha nacido para arrasar. Arrasar vidas, tableros y corazones. El mío, el primero.

Las últimas horas a su lado han sido un regalo. Hemos estado

solos, sin Héctor ni Ulises. Ha sido tan romántico que si fuera diabético tanta carantoña me habría matado.

Los empleados de la finca han flipado bastante con nosotros. Hoy Keira me ha querido acompañar a supervisar unas montas y le ha encantado la experiencia. Parece que le gusta esta faceta de mí y quizá ayude a contrarrestar otras que no le motiven tanto cuando las descubra.

Sea como sea, mis prioridades están cambiando. Ha conseguido que me pregunte ciertas cosas sobre el futuro. Sobre todo, en cuanto a cómo quiero sentirme a partir de ahora.

Por ejemplo, queda menos de una hora para que empiece la semifinal del torneo y, por primera vez en años, no me importa perder. Es como si ya hubiera ganado solo por vivirlo a su lado.

No quiero alterarme cuando vea a Xavier, pero va a ser difícil no hacerlo cuando vea a Saúl. No puedo olvidar que puso sus labios sobre los de Keira cuando sabía perfectamente que estaba conmigo.

¿De qué cojones va ese niñato? Le he tratado como a un hermano pequeño toda la vida y, de repente, se ha vuelto contra mí. Y Saúl no es alguien que quieras tener en contra… Es un tío listo y eficaz. Sus notas son ejemplares. Su popularidad le precede, pero parece no tener suficiente con poder ligarse a cualquier chica del campus. Él quiere más. Busca superarme… Intenta joderme. Ansía lo que yo persigo.

Ayer, por suerte, no me lo crucé en el *ring*, pero hoy va a ser inevitable. Juega contra Keira. Y cuando se sonrían, me moriré un poco por dentro.

¿De verdad deseo sentirme así el resto de mi vida? ¡Con lo bien que estaba yo siendo un iceberg humano!

Keira camina hacia mí con media sonrisa y me derrito un poco más.

No es consciente de lo guapa que es, y eso me encanta. Ni siquiera yo lo sabía, lo que me cautiva todavía más. En realidad, me gustaría que nadie lo supiera. Solo yo.

No sé explicarlo…

Tiene un estilo único para lucir un conjunto sexy sin que resulte obsceno ni premeditado. La tela se adapta a su cuerpo fibroso como si estuviera dibujada en ella, sin necesidad de mostrar de más. Lleva un mono, como yo llamo a esa pieza única de ropa que une pantalón y

parte de arriba, de color dorado atado al cuello, dejando sus enloquecedores hombros al descubierto. La sinuosa curva de sus caderas junto con la redondez perfecta de sus pechos provocan que no puedas apartar la mirada. Es tan perfecta en su sencillez que perturba.

Ayer Olga apareció en mi casa de punta en blanco. A Ulises casi le da una apoplejía. Con todo, ese tipo de belleza, casi fantasiosa, que requiere un trabajo y una dedicación desmedida no puede compararse a la naturalidad de Keira. Ella seduce de otra forma. Prometiéndote que si cortas la tira que se ata a su nuca lo que hay debajo te dejará sin aliento. Sin embargo, Olga resulta espectacular vestida y maquillada, pero da la sensación de que si empezaras a desnudarla debajo no verías nada interesante.

—¿Estás lista? —pregunto a Keira.

—Sí… Hoy quería ir más cómoda —dice a modo de disculpa.

—Vas perfecta.

El tono de mi voz da vergüenza ajena, porque asegura que pensaría lo mismo aunque llevara puesta una bolsa de basura.

—Tú deberías dejar de ponerte camisas blancas si no quieres que te linchen —replica ufana—. A nadie debería sentarle tan bien una.

—Si por ti fuera, iría con una camiseta de *Bola de dragón*.

—Ni se te ocurra. —Sonríe divertida—. Si además de guapo fueras un cachondo, sería demasiado para mí.

—Por suerte, ya no soy así —lamento—. Estás a salvo, Keira.

Juntamos las frentes sin poder evitar el imán que parecen tener nuestras cabezas últimamente.

—Yo te prefiero así… —musita en mi boca—. Gruñón, reflexivo e intenso.

Y que diga eso me conmueve muchísimo. Es la primera persona, aparte de mi madre, que no prefiere al Ástor de antes. Que sabe lo que ocurrió con mi padre, que conoce mis obligaciones sociales y morales y que sigue a mi lado. Queriéndome. Pero soy muy consciente de que todavía no lo sabe todo de mí, y eso me preocupa.

El miércoles, noche de boxeo, fue muy especial para los dos. Le confesé que la quería porque cualquiera que me haga llegar a ese estado de felicidad se merece oírlo. Le hice el amor mientras sufría un dolor indecible en el costado, y, gracias a eso, tuve el mejor orgasmo de mi vida.

Exacto. Todavía ignora que soy adicto al dolor. Y que no sé vivir sin él porque hasta ahora era el único placer que me permitía. Poca gente entiende que es una línea muy fina la que separa el dolor del placer. Y se ha convertido en algo compulsivo para mí.

Anoche ni siquiera me molestó tener que hacer la marcha atrás. Mi sistema nervioso estaba inundado de endorfinas que luchaban contra mi costilla rota. Ambas sensaciones se conectaron a nivel cerebral y emocional y disfruté como en mi vida.

—¿Vendrá Héctor esta noche? —Keira interrumpe mis pensamientos.

—Sí. Me dijo que vendría a vernos, aunque está muy tocado por lo de Carla. ¿Y Ulises? ¿Qué sabes de él?

—También vendrá. Ha dejado a alguien de su confianza vigilando a tu madre y lleva todo el día en Tráfico, tras una pista.

Suspiro pesadamente al recordar la pesadilla dentro de este sueño.

—Todo irá bien —me asegura Keira con una caricia.

«¿Qué significa eso?», pienso mirándola a los ojos, preocupado. Porque, por más que se solucione lo de Carla, mis sentimientos están del revés. Ya me da igual ganar el torneo o saber quién está detrás de todo. Me da igual ir a la cárcel o que mi madre reniegue de mí. Lo único que quiero es estar con Keira, que siga a mi lado después, aunque no sea de cara al público.

Tengo que hablar con ella de eso. Porque no sé si estará dispuesta a ser «la amante en la sombra». A que seamos otros Camilla y el príncipe Carlos; y que, algún día, quizá algún día… lo nuestro sea posible.

Cuando entramos en el club lo hacemos de la mano y todo el mundo vuelve la cabeza, expectante. Keira se tensa y tiro de ella para mezclarnos con el gentío. Todavía no estoy casado con otra, maldita sea.

—¿Quieres beber algo? —le pregunto solícito.

—Sí, por favor.

Nos apoyamos en la barra sin dejar de mantener el contacto.

—Tranquila. —Rozo su cintura y mis labios lo hacen con su sien.

Algunos se acercan para preguntarme qué tal estoy de mis recientes contusiones. Entre ellos, mi contrincante, Guzmán.

—Ástor… Te he estado llamando —dice cauteloso—. ¿Cómo

estás?

—Bien, bien. No te preocupes.

—Siento mucho lo de ayer… ¡No me di cuenta de que llevaba yeso en el guante!

—¿Y qué creías, que te habías vuelto supermán con esa pegada tan dura?

—No, yo… —Sonríe aliviado al notar en mi tono que lo digo en broma—. No entendía por qué te estaban afectando tanto mis golpes… Pero me parecía genial —admite jovial, encogiéndose de hombros.

Sonrío de medio lado porque ha sonado sincero. Y porque estoy contento.

—No te apures… No lo sabías, no fue culpa tuya.

—Gracias por reaccionar así de bien —dice gratamente sorprendido—. Y gracias a ti, Keira. —La mira—. Porque creo que eres la responsable de que esté de tan buen humor últimamente.

Se la queda mirado, arrobado, y le entiendo. Sé que es mucho pedir que deje de babear, así que lo paso por alto.

Después de escuchar un «te quiero» de sus labios, estoy mucho más tranquilo. Lo que hemos compartido estás últimas horas ha sido muy especial. Curiosamente, Keira se apoya en mí y busca mi oído, haciendo que baje la cabeza y sonría cuando me muerde la oreja, mimosa. Guzmán huye ante esa muestra de cariño, y cierro los ojos para aspirar el olor del pelo de Keira. Es insuperable.

—No vuelvas a hacer eso en público o no respondo de mí.

—¿No te ha gustado? —musita pillina.

—Demasiado.

Se vuelve con coquetería y baja una mano por mi pecho hasta acariciarme la herida del costado. Apenas siento un agradable dolor gracias a los potentes analgésicos que me recetaron, y el roce de su mano consigue despertar una parte de mí que lleva horas desmayada por culpa de tanta actividad.

—Empiezo a pensar que eres tú la que quiere matarme —la acuso.

Su sonrisa me deja en el límite elástico de mi cordura. Si se parte, será culpa suya.

A punto está de ocurrir cuando se muerde los labios mientras sigue bajando la mano hasta alcanzar la hebilla de mi cinturón.

—No te mueras todavía, aún tienes que me verme ganar, Ástor.

Beso su sonrisa sin poder evitarlo. Me la pela que nos vean. Otra novedad en mí.

—Es evidente que habéis hecho las paces —oigo detrás de mí.

Me vuelvo y veo a Ulises, que analiza sagaz mi mirada empañada.

No digo nada, solo lo acerco a mí y lo abrazo con fuerza. ¡Au!

El poli se queda tieso, como si no se lo esperase. Exactamente igual que yo cuando él reaccionó tan rápido ayer al ver que mi madre estaba en peligro. Su eficacia para atajar una amenaza me dejó impresionado. Su arrojo. Su preocupación. Su auxilio.

—Gracias por ir a proteger a mi madre —digo sentido.

—Es mi trabajo —se excusa, incómodo.

Y una mierda… Sé lo que vi.

Recuerdo la expresión de sus ojos haciéndose cargo de mi calvario e intentando desvivirse por aliviarlo. Recuerdo su toque preocupado en mi brazo y su determinación heroica cuando me estaba hundiendo en una grieta oceánica de la que no había retorno. Recuerdo cómo nos gritó que folláramos de una vez cuando Keira y yo estábamos discutiendo… Me pareció que con esa frase nos daba su bendición para estar juntos. Como si entendiera por qué nos gustamos… Fue reconocer que ha aprendido a apreciarme de algún modo.

Ulises se aparta de mí y se alisa el traje, quizá para quitarse una extraña sensación de encima. La de mi gratitud eterna.

—Bueno…, ¿habéis visto a Sofía? —pregunta muy interesado.

—Tiene que estar por aquí —contesta Keira sin rastro de celos.

—Están allí. —Localizo a Charly de un vistazo—. Vamos con ellos.

Al llegar a su lado, el calentamiento global de la sala aumenta. Las miradas entre ellos hablan por sí mismas y no me cabe duda de que estos tres han gemido juntos.

Si la tensión sexual que generan se convirtiera en comida, no habría hambre en el mundo. Y de repente, aparece el que faltaba… Saúl.

Nos saluda cordial, con una sonrisa estudiada e interesante, y empieza a hablar con Sofía y Keira animadamente.

Charly, Ulises y yo lo miramos como si quisiéramos hacer un caldo con sus huesos.

Mi mejor amigo levanta una ceja, sorprendido de que todavía no le haya arrancado la cabeza después de la foto que ruló por todas

partes ayer en la que robaba un beso a Keira.

—Que gane el mejor —oigo que le dice mi chica con pitorreo.

Keira está guardando las distancias con él por mí. Lo percibo. Y no me siento orgulloso de que mis celos la cohíban, pero mentiría si dijera que no me duele verlos juntos. Quizá sea que Keira me da algo de envidia… porque yo perdí el respeto de Saúl hace mucho tiempo. Sea como sea, sigo cabreado con él porque sabe perfectamente que no se puede ir por ahí besando a las novias de los demás.

«No es tu novia», me recuerda la mirada arrogante de Saúl.

Aparto la vista de él y apuro mi copa.

Me cuesta un mundo admitirlo, pero tiene razón. No es mi novia y nunca lo será. Si rechaza el planteamiento de ser mi amante, la perderé para siempre. Conocerá a otro. Le sonreirá. La besará… Y tendré que joderme mientras él no se cree lo afortunado que es por haberla encontrado. Más que yo, a pesar de mi fabulosa cuenta corriente.

Llega Héctor y consigue que me centre en él. Siempre ha tenido ese don, el de llenar el silencio con conversaciones interesantes; la silla nunca le ha impedido captar la atención. Incluso captó la de Carla cuando yo la estaba medio cortejando. Medio, sí… O quizá nunca lo hice. Ya no lo sé.

Se acerca el momento de empezar la partida de Keira y Saúl. La expectación es enorme. Todo está a punto en una sala donde han colocado una mesa y dos sillas con una plataforma elevada alrededor de un graderío para que la gente los observe. También hay pantallas que retransmiten el tablero en tiempo real conectadas a una aplicación móvil.

Keira y yo nos miramos. Sé lo que quiere. Toca desearle suerte.

Me acerco a ella y la abrazo de la cintura por un instante. Luego le cojo la cara y le digo que va a conseguirlo. Los dos sabemos que puede con Saúl. Ella se traga su sonrisa confiada y me ofrece otra anhelante. Le sujeto la barbilla y cubro sus labios con los míos en un beso casto y sentido.

—La única suerte aquí es la mía —le confieso en un murmullo.

Su cuerpo se eriza cuando una extraña corriente nos atraviesa.

—A por él —susurro enigmático.

Keira respira hondo y se sienta frente a Saúl con una mirada asesina.

—Házmelo suave, *porfa*… —suplica el cabrón con guasa, y ella sonríe por el doble sentido de la frase.

«¿Por qué tiene que ser un tío tan fantasma?». Y tan guay…

Mi chica comienza adelantando el peón de la dama, para liberarla. ¿O debería decir «desatarla»?

Es lógico empezar moviendo un peón. Si no abren camino a los alfiles, las torres y la dama no pueden moverse, pero hay que saber cuál de ellos mover si quieres controlar el centro del tablero.

Tocar el que está a la izquierda del rey debilita su defensa de un modo notable, y Saúl es justo esa pieza. Ese peón a la izquierda de su padre, que lo mira como si fuera su mayor vergüenza por no querer seguir sus pasos. Como lo fui yo en su día. Ahora solo soy el maldito «rey» inútil al que se quieren cargar.

Xavier me mira y me sonríe levantando las cejas. Me recuerda tanto a mi padre en ciertos gestos que apenas puedo sostenerle la mirada.

Me centro de nuevo en la partida, y constato que tanto Keira como Saúl empiezan a emplear unas estrategias cada vez más inusuales. Quiero creer que están haciendo hueco para maniobrar en un futuro, pero me cuesta adivinar sus planes.

Saúl busca un jaque incansable con su ficha fetiche, el alfil, y Keira termina adelantando su rey. Una acción de la que no soy muy partidario porque impide el enroque con la torre.

Me lamo los labios, nervioso.

Confío en Keira. Es muy creativa, y la he visto hacer verdaderas maravillas en el tablero. Sin embargo, la cosa se le está complicando.

Las fichas caen una tras otra capturadas en una matanza sin piedad hasta que solo quedan los reyes, un par de peones y un alfil de cada color. Tiene toda la pinta de acabar en tablas y habrá que repetir la partida.

Los dos estudian todas las opciones posibles. Yo he visualizado hasta seis jugadas anticipadas que no darían la victoria a nadie. Pero Keira, en un alarde de cálculo, imaginación y valentía, sacrifica un alfil. Algo completamente impensable para Saúl. Y para todos.

Este se da cuenta tarde de la doble amenaza de un peón de Keira por coronar el lado contrario y ser sustituido por la dama. Y para más inri, su rey pretende atacar a su preciado alfil arrinconándolo sin misericordia.

Saúl la mira, extasiado, Keira cierra los ojos con culpabilidad y un rey cae. ¡El de Saúl!

—Me tienes de rodillas —sentencia la partida con una frase sexy.

Estalla un escándalo que me rompe los tímpanos. ¡Con lo que me gusta a mí el silencio! Pero me alegro de que Keira ya esté en la final. Y si fuera contra mí, ya sería la hostia.

Suelo esperar todo el año para disfrutar de este momento… y se vuelve brutal cuando ella se lanza a mis brazos, feliz.

—Me he quedado loco —le confieso, admirado.

—¿En serio? ¡Es una jugada muy conocida! No sabía si me saldría bien… ¡Para mí es la mejor jugada de la historia! ¿1998? ¿Alexéi Shírov?

—No la conozco.

—¡Bua…! ¡Tienes que verla! ¡Es orgásmica!

—Tú sí que eres orgásmica —le susurro al oído.

—Contigo, multi… —musita justo antes de besarme.

A la gente le da reparo interrumpirnos. Oigo varios «aaay» muy tiernos y soy consciente de que cuando ella ya no esté me mirarán con pena al recordarnos así.

¿Por qué estoy pensando en cuando ella ya no esté? Quizá con suerte quiera quedarse conmigo.

Una bola del ocho imaginaria parece responderme un doloroso «no cuentes con ello». De todos modos, ahora tengo que concentrarme. En veinte minutos tendré delante a Xavier y quiero ganarle.

Pero no tengo que esperar tanto… Viene a buscarme las cosquillas mucho antes, en el descanso previo.

No contesto a ninguna de sus gilipolleces habituales. Respondo con monosílabos, rozando la mala educación. La frase más larga que le digo es «Terminemos con esto…» cuando por fin nos sentamos. A lo que Xavier contesta: «Esa es tu solución para todo, ¿verdad? Enterrar lo que te hace sentir mal».

Me quedo tan en *shock* que tardo en reaccionar.

«¿A qué se refiere? ¿A mí mismo o a mi padre?», me pregunto.

Porque no es la primera vez que me acusa de fingir ser quien no soy. Él me conocía muy bien antes y me despreciaba.

Mi mente ha vuelto a aquella piscina sin poder remediarlo. A cuando dejé que el problema terminara por la vía fácil, y después lo enterré…, sacrificándome a mí por el camino.

Cuando la partida comienza, mi turbación es descomunal. No puedo ni pensar. Muevo fichas a lo loco por el tablero sin saber qué hago. Poco a poco, no obstante, consigo remontar y ponerle en problemas. Pero vuelve con el ataque psicológico.

—Juegas igual que tu padre, Ástor.

Lo miro impactado y su maliciosa sonrisa me deja noqueado.

Mis ojos vuelan hasta Keira, que me observa como si supiera exactamente lo mal que me he sentido al oír eso.

Y cuanto más necesito su apoyo, peor me siento. Me rayo pensando que no soy digno de ella y que nunca lo seré. No soy digno de nada bueno que me pueda pasar, joder… Elegí mi jugada hace mucho. Elegí sacrificar al rey para salvar a la reina.

Sin darme cuenta, Xavier me acorrala tanto fuera como dentro del tablero y consigue hacerme un jaque mate bestial. Estoy eliminado.

—Vete a descansar, Ástor —parlotea condescendiente dando por terminada la partida—. No quiero que pierdas la cabeza, como le pasó a él…

La gente se asusta cuando, de un manotazo, mando el tablero a tomar por culo y cojo de la camisa a Xavier para acercármelo a la cara con asco.

—¡Ástor, no! —oigo entre la multitud.

Sé que ha sido Keira.

A la vez, cinco o seis personas se abalanzan hacia mí para que suelte a Xavier, aunque sin éxito.

Lo miro con mi rabia al rojo vivo y le hablo casi pegado a su boca.

—Eres tú el que va a acabar como él como vuelvas a mencionarle.

Lo suelto y salgo de la sala sin que nadie ose interponerse en mi camino.

«¡Me cago en mi alma…!».

Nunca había sufrido un arrebato así y me avergüenzo profundamente de ello. Pero todo hombre tiene un límite.

Salgo del club dispuesto a subirme en el coche y largarme lejos, y

de pronto me doy cuenta de que las llaves están en mi chaqueta. Y mi chaqueta está en la silla de la que me acabo de levantar cabreado. ¡Puta mierda!

En este momento, Ulises y Charly aparecen en el aparcamiento con mi blazer en la mano.

—¡¿Te has vuelto loco?! —me increpa Ulises. Charly no se atreve.

—¡¿Vas a tocarme los huevos tú también?! ¡Porque ya me los han tocado bastante!

—No puedes dejar que ese viejo te afecte así —opina Charly—. ¡Pasa de él, joder…! ¡Siempre te lo digo y nunca me haces caso!

—¡No puedo! ¡Ese hijo de puta está detrás de todo! ¡Lo sé y no puedo hacer nada al respecto! —Resopló furioso—. Mi chaqueta… —exijo serio.

La cojo y rescato las llaves del coche del bolsillo.

—No apoyo lo que has hecho —condena Ulises—, pero esta pelea nos ha dado un motivo para volver a pedir una orden para investigar a Xavier… Es evidente que tiene una fijación obsesiva contigo.

—Quiere que explote… Eso quiere. ¡Quiere verme encerrado… o muerto! Y al final lo va a conseguir.

—Necesitas relajarte —apunta Charly, que me quita la chaqueta de la mano y la abre para que me la ponga—. Vámonos al Dark Kiss. Ya es hora, As…

—No —respondo por inercia. Aunque lo necesite, no puedo ir.

—¿Por qué no? ¡Es la forma más rápida de que todo te importe una mierda! Lo necesitas.

—¿Qué es el Dark Kiss? —pregunta Ulises, perdido.

—Un club experimental —contesta Charly—. Ástor está perdiendo el control… Y no me hostiéis, pero la culpa la tiene Keira. ¡Está haciendo que lo sientas todo demasiado a flor de piel, Ástor, y no es buen momento para que estés hipersensible! Tus enemigos lo están aprovechando.

Cierro los ojos, torturado.

Que me aspen si no tiene sentido lo que Charly acaba de decir.

¡Me estoy convirtiendo en un caballito de mar! Locamente enamorado de una individua de otra especie marina con la que nunca podré concebir.

—Vámonos al Dark —sentencio yendo hacia mi coche.

Ulises no sabe qué hacer cuando Charly celebra mi resurrección demoniaca con un grito de euforia.

—¡Vente, Ulises! —le pide yendo hacia su coche deprisa. Sabe que tenemos que irnos antes de que las chicas y mi hermano nos detengan —. A ti también te vendrá de puta madre para quitarte las mierdas de la cabeza… ¡Todas!

Mi mirada coincide con la del inspector. Su indecisión me pide permiso.

—Ven con nosotros —lo invito.

No tarda ni un segundo en subirse a mi coche de copiloto por primera vez desde que lo conozco. Es un gran paso para nosotros. El gesto da a entender que ya se fía de que lo lleve.

Salimos del aparcamiento con un acelerón y un giro brusco de volante de los que dejan marcas en el suelo.

Ulises me mira alucinado. Yo lo miro. Y terminamos sonriéndonos.

Todavía no me creo que esté renunciado a mi última noche con Keira… Porque lo es. Lo estoy firmando ya. Sé que la fiesta se va a alargar. Sé que mantendré relaciones sexuales con gente varia y sé que me drogaré… porque necesito olvidar por un momento que mañana termina el torneo y que perderé a Keira para siempre.

keira

32
Dark kiss

Si tus planes son buenos, no hay
necesidad de esconderlos.

MAGNUS CARLSEN

—¡Keira…!

Una voz me detiene justo cuando estoy a punto de salir corriendo detrás de Ulises y Charly, que se han ido en busca de Ástor.

Por lo visto, Xavier tiene algo importante que decirme y quiero saber qué es.

—No era mi intención que pasara esto.

Mi cabreo entrecruza mis cables pelados.

—¡¿Y qué pretendías que pasara diciendo todo eso a Ástor?!

Saúl se interpone entre nosotros para calmarme.

—No le hagas caso, Keira. Es su estilo. Tirar la piedra y esconder la mano después.

—¡Si os tiro piedras es por vuestro bien! —exclama Xavier—. ¡Sois todos estúpidos!

—Y tú solo sabes ganar a costa de sacar trapos sucios —le increpa su hijo.

—Dicen que nada puede hacer daño a aquel que es feliz consigo mismo —suelta desdeñoso—. Si Ástor se pone así, por algo será… ¡Solo quería advertirle de que lleva el mismo mal camino que su padre!

—¿Qué mal camino? —pregunto extrañada.

—No le escuches, Keira —me ruega Saúl.

Xavier sonríe al percibir el ahínco con el que su hijo defiende a Ástor.

—Se protegen entre ellos, querida… No tienes más que ver dónde acabará esta noche Ástor para entender a qué camino me refiero… ¡El de la depravación!

—Vámonos, Keira. —Saúl me arrastra fuera del alcance de Xavier.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Quiero escucharle!

—No lo hagas, por favor… —me pide imperiosamente—. Mi padre sería feliz viviendo en una sociedad conservadora y teocrática. Cree que los derechos humanos son puro libertinaje.

De pronto, veo a Héctor a punto de salir y corro a reunirme con él.

—¡Héctor!

—¡Keira! ¿Dónde está Ástor? No contesta al teléfono. Cuando se pone así es cuando más inútil me siento, de verdad. ¡No puedo seguirle ni pararle los pies!

—Charly y Ulises han ido a buscarle.

—Ya, pero dudo que ellos lo detengan. Están más locos que él.

Su respuesta me sorprende y me coge de la mano visiblemente preocupado.

—Tienes que encontrarlo, Keira, por favor… No quiero que recaiga.

«¿Recaer en qué? ¿En lo que me contó sobre autolesionarse?».

—¡Keira! —Sofía llega a mi lado, alterada—. ¡¿Dónde están?!

—No lo sé. Han salido… Vamos a buscarlos.

Al llegar al aparcamiento, descubrimos que sus coches han desaparecido.

—¿Adónde habrán ido? —me pregunto en voz alta.

Héctor maldice por lo bajo como si no le extrañara en absoluto.

—A un lugar al que yo no puedo seguirles —responde anulado.

—¿Qué lugar?

—Sé adónde han ido —afirma Sofía.

—Yo también. Puedo acompañaros —se ofrece Saúl.

—Es mejor que no vengas —opina Sofía—. Solo empeorarías las cosas.

—Yo no soy mi padre —masculla ofendido.

—Ya, pero eres el tío que ayer besó a Keira —replica Sofía, acusadora.

—¿La besaste? —Héctor está atónito—. Chaval, ¿tú no tienes tu propio coto de caza que siempre tienes que venir al nuestro?

Saúl pone los ojos en blanco por la alegoría y lo ignora.

—Me quedo, pero llamadme si me necesitáis. Iré a buscaros adonde sea, cuando sea —dice a Sofía, solícito. Luego me mira fijamente como si de verdad le importásemos las dos. Qué mono.

—Gracias —responde Sofía, afable, y le aprieta una mano, gesto que imito.

Ayudamos a Héctor a subir a su coche adaptado, aunque nos diga que no le hace falta. Coloca la silla a su lado, desmontada, y nos mira.

—Chicas, tened cuidado, por favor. Y Keira…, felicidades por vencer esta noche. Espero que mañana me des una alegría y ganes al gilipollas de Xavier.

—Descuida —digo sin tenerlas todas conmigo. Porque lo que Xavier ha hecho hace un rato me ha parecido soberbio. Claro que Ástor estaba muy distraído.

—¿Seguro que te vas bien? —pregunto preocupada.

—Sí. Necesito que llegue ya mañana y que Carla salga de donde esté escondida —murmura Héctor, y se lo ve esperanzado.

Lo miro intentando robarle un poco de confianza y me despido con un beso en la mejilla. Me sonríe agradecido y arranca.

En cuanto me vuelvo hacia Sofía, me cruzo de brazos.

—¿De verdad sabes dónde están?

—Tengo una ligera idea…

—¿Dónde?

—En un club de perversión ultrasecreto para ricos y famosos.

—¿Cómo…?

—Ser socio cuesta unos ochenta mil euros al año. Y adivina, necesitamos cambiarnos de ropa para que nos dejen entrar.

Joder. Vale… Pervertido. Secreto. Ricos. Suena fatal…, suena a que tengo muy idealizado al Ástor de los últimos días. Suena a que ha despertado de un embrujo y no quiere ser esa persona nunca más. Y lo más importante, suena a que voy a pasarlo mal y a que no me va a gustar lo que veré.

Y por supuesto, suena a que los cuentos de hadas son solo películas de Hollywood.

—¿Y cómo vamos a entrar en ese club, Sofía? —digo, aunque la pregunta que en realidad me hago es: «¿Quiero entrar?».

—Tengo mis contactos —responde ella, taimada.

Cuando me miro en el espejo en casa de Sofía no doy crédito.

¡No puedo salir así a la calle por nada del mundo!

—Das el pego de sobra —responde ella a mi frase no pronunciada.

—¿Qué tipo de club exige que nos vistamos así? —pregunto temerosa.

—Uno en el que se hacen toda clase de actividades sórdidas. Su principal fin es proteger la identidad de quienes las disfrutan.

—Sofía, ¿cómo estás tan segura de que van a estar allí?

—Porque llevan años yendo, y porque me lo marca el localizador del teléfono de Charly.

—¿Un localizador?

—Sí, lo rastreo mediante una aplicación de pago.

—¡Eso es muy psicópata!

—Peor es él, que lo sabe y le encanta que lo haga. Estás preciosa, ¿sabes? —dice cambiando de tema.

Vuelvo a mirarme en el espejo y resoplo frustrada.

—¡Se me ve todo, joder!

—Ni te mirarán. Allí hay chicas en pelotas por todas partes.

Subo las cejas, impresionada. Vale… Entiendo. Pero casi me parece mejor ir desnuda, de verdad.

Mi vestido es negro. Y hasta ahí puedo contar.

Bueno. Sigo… ¡De perdidos al río! Os juro que es como si me hubiese comprado un vestido normal y me lo hubiera rajado con un cuchillo por todas partes. Su desconcertante diseño consiste en una serie de grandes aberturas en forma de diamante por toda la parte delantera que cubren estratégicamente mis pezones (que no la forma de mi pecho) y dejan casi toda mi figura al descubierto. No hay lugar para la imaginación, en serio.

Por su parte, Sofía va con un minivestido dorado confeccionado con un tejido llamado lúrex. Por lo visto, es hilo de aluminio bañado en oro que hace que la prenda sea prácticamente transparente. Además va sin sujetador y con un tanga de color carne.

—Se te ven los pezones —la aviso—. ¿Vas a salir así a la calle?

—Este vestido es de una firma muy cara. Cuando presentaron la colección, la modelo que lo llevó en la pasarela iba así. Si no me crees, compruébalo.

Me enseña la foto que lo demuestra.

—Nadie ha dicho que los diseñadores no vayan colocados cuando crean…

—Es precioso —sentencia convencida—. Estaba esperando la oportunidad adecuada para estrenarlo.

—Ya… Es que nunca es buen momento para ir por la calle en tetas.

—Por la calle no, pero sí en un antro como al que vamos. —Sonríe perversa.

—No sé si quiero ir, Sofía —decido de pronto—. Creo que voy a pasar…

—¡¿Por qué?!

—¡¿Qué sentido tiene?! —exclamo abriendo los brazos, dolida—. ¿Me planto allí en plan: «Hola, Ástor, vengo a salvarte de ti mismo. Vámonos a casa, ¡esto no te conviene!»? ¡Yo no soy nadie para él! Ni su novia ni su madre… Me dirá que él hace lo que quiere.

—¡Lo que quiere es estar contigo! Pero le acojona tanto lo que siente por ti que necesita blindarse, Keira.

—¿Por qué las mujeres intentamos engañarnos pensando eso? —replico pensativa—. «Es que el pobre me quiere tanto que claro…» —parafraseo cabreada—. ¡La culpa es nuestra! Que solo nos gustan los

tíos lo suficientemente cretinos para pensar que podemos cambiarlos…

Sofía sonríe.

—Me gusta lo que oigo…, aunque yo voy más allá. Me parece fantástico que rehúsen sentirse vulnerables por una tía, pero sus cerebros de guisante no pueden concebir que nosotras también necesitemos descansar de sus tonterías y de todo lo que nos hacen sentir, que es el doble, por cierto. Es indudable que las mujeres tenemos más aguante para soportar dolor, tanto físico como sentimental, pero si ellos se van de putas para aliviarlo, nosotras nos vamos de putos, ¿estamos? A ver si lo soportan.

La miro con incredulidad.

—¿Te he dicho que eres mi *ídola*?

Sofía sonríe encantada.

—Alguna que otra vez… —Me saca la lengua—. Nosotras tenemos que aguantar la típica frasecita de que una noche de sexo no signifique nada para ellos, pero veremos si aguantan que la tengamos nosotras.

—¡Me apunto a eso!

—La única forma de romper con los estereotipos es demostrando que lo son.

—¡Adelante! —Me pongo de pie con ganas renovadas.

Sofía me ha hecho pensar; ella sabe cómo demostrar que no es solo una cara bonita. Es de esas personas que te animan a improvisar y a ser valiente. Ahora entiendo que a Ulises le haya calado tanto.

Ástor y yo aún no hemos hablado claramente de nuestro futuro. Nos hemos dicho «Te quiero», pero es fácil querer cosas… Sobre todo las que no podemos tener y no nos convienen.

No hace falta que venga nadie a decirme que me he enamorado de un imposible. Pero la pregunta adecuada sería: «Sin futuro, ¿según quién?».

Está claro que acabamos de empezar, que ahora mismo bebemos los vientos el uno por el otro, pero cuando se terminen los seis meses de retozar como animales sobre cualquier superficie, ¿qué ocurrirá?

Sé que ni siquiera debería estar pensando en ello, pero no puedo evitarlo, soy ajedrecista, y siempre estoy pensando en las próximas jugadas para no equivocarme en la inmediata.

Tal como yo lo veo, solo tenemos una opción: empezar a salir y

ver cómo nos va, descubrir si nos adaptamos bien o no estamos dispuestos a aguantar ciertas cosas por el otro.

Un taxi nos deja delante de la puerta del club y…

¡¿Qué no iban a mirarnos?! Madre mía de mi vida…

Al acercarnos a la entrada Sofía parece conocer al tipo de la puerta porque se abrazan efusivos y él la piropea. Me presenta, y el gorila, un tío tres por tres con pinta de cagar cadenas, evalúa mi modelito de arriba abajo y asiente sin decir nada.

«Se me ve todo, lo sé…», pienso. Y por eso flipo cuando nos entrega un par de antifaces de encaje negro, dando a entender que en este club debe ir todo al descubierto menos la cara.

Por dentro, el local es espectacular. El mínimo detalle está rematado con una elegancia exquisita. Las luces, la decoración vegetal, los muebles… Hay gente fumando fuera y se oye música de fondo.

Algunos hombres se nos quedan mirando con más interés que una pantera a un cervatillo. Sofía me ha mentido. Dentro, las mujeres no van completamente desnudas. La mayoría se pasea con elaborados conjuntos de encaje dignos de una noche de bodas satánica, mientras que los hombres van vestidos de etiqueta y la mayoría lleva máscara para salvaguardar su identidad.

La interacción entre los asistentes me recuerda a las bacanales de la antigua Roma. No es que haya estado en alguna, pero he visto películas e imágenes suficientes; voy a resumirlo en un «todos con todos» demencial.

He registrado algunos artilugios propios del BDSM, para los que estén dispuestos a explorar sensaciones fuertes.

Sofía me lleva hacia una barra donde también saluda a la camarera con un meloso beso en la boca. Disimulo mi desconcierto al verlo. Pide unas copas y me mira para evaluar mi opinión.

—¿Conoces mucho a esta gente? —pregunto casi obligada.

—Sí. Antes trabajaba aquí… Por eso nos han dejado entrar gratis.

Me quedo boquiabierta. Miles de posibilidades pueblan mi mente.

—Aquí conocí a Ástor y a Charly antes de entrar en la universidad.

Esa información ofrece una nueva perspectiva a todo. A Ástor. A mí… A ellos. Joder… Mi vida es como una fiesta sorpresa continua.

—¿Carla también trabajaba aquí? —pregunto interesada.

—¡No! Nunca traería a Carla a un sitio así. ¡Se sentiría incómoda!

Nos guardan los abrigos detrás de la barra y pedimos unas bebidas.

Sigo a Sofía hasta un reservado acolchado y se sienta a contemplar el panorama. ¿De verdad han traído a Ulises aquí?

—¿Cómo habrá entrado Ulises? —pregunto curiosa.

—Pagando la entrada de una noche. Son dos mil euros.

Abro los ojos alucinada. ¡¿Dos mil?!

—Vale… ¿Cuál es el plan, Sofi?

—Este —responde enseñándome una pastilla y haciéndola desaparecer en su boca. Me ofrece otra y niego con la cabeza.

—Te vendría bien…

—¿Qué efectos tiene?

—Te hace feliz.

—Yo no necesito pastillas para eso.

—Entonces, igual no sabes lo que es ser feliz de verdad. —Coge su copa y le da un trago largo.

Me pregunto si habla en serio. Supongo que todo el mundo tiene claroscuros. Yo soy antidrogas desde mucho antes de ser policía. No las entiendo. ¿Dan la felicidad? ¿Seguro? En todo caso, será una felicidad falsa e irreal que luego acaba fundiéndose y haciendo que te golpees con más dureza contra la realidad.

—¿Dónde están? ¿Los ves? —pregunto inquieta—. ¿Qué hacemos?

—Necesitas relajarte… —me reprende—. El plan consiste en pasarlo bien. Si lo pasamos bien, ellos nos encontrarán a nosotras, créeme.

Siento que Sofía me da mil vueltas en el arte de la guerra de sexos.

—Aquí hay mucha gente… —mascullo—. Igual no nos ven.

—Están a tus tres y diez, Keira. Pero, en serio, necesitas beberte un par de copas antes de empezar a juzgarlo todo.

Miro hacia las coordenadas indicadas y lo que veo me deja sin aliento.

Ástor, Charly y Ulises han invadido una zona en la que hay un sofá negro enorme, dos sillones grandes y una mesita baja. Ulises ocupa una butaca individual y está dándose el lote con una chica que

tiene subida encima. *OMG!*

Su camisa negra está completamente abierta y ella manosea su miembro por encima del pantalón. Charly está… ¡Oh, no…! Está metiéndose una raya en la mesa con dos chicas al lado que lo miran deseosas de que las invite. Y Ástor… ¡Por Dios…! Tiene los pies en el suelo, pero está estirado cuan largo es sobre el sofá con la cabeza hundida entre los cojines del respaldo y… hay una chica sentada a su lado, agachada sobre él que, por cómo mueve la cabeza, diría que le está…

Aparto la mirada, sobrepasada.

«¡Pero ¿qué esperaba ver?! ¿Una reunión de *boy scouts*?».

Me dan ganas de levantarme y salir de aquí sin mirar atrás. Sin embargo, primero cojo mi copa y le doy varios tragos seguidos para paliar el dolor. Es oficial: venir ha sido una idea pésima.

Sofía me pone una mano en la espalda a modo de consuelo.

—Y aun así, está enamorado de ti, ¿qué te parece? —dice irónica.

—Sí, ya… —musito dolida—. Si lo estuviera no haría esas cosas…

—Estar enamorado es muy jodido, ¿sabes? Porque no implica obligatoriamente ser correspondido o que sea una posibilidad real.

—Yo le correspondo. Y Ástor lo sabe. No hay excusa que valga.

—¿Ni siquiera el amor?

—Si hay amor, no hay cuernos. No hay ganas de nadie más. Es muy sencillo, Sofía.

—No hay nada sencillo en el amor —defiende—. Es puro caos. Es alegría. Es dolor y es miedo… El amor es muchas cosas y no todas son buenas.

—Recuérdame otra vez para qué hemos venido aquí —digo sin dejar de visualizar en mi mente esa mamada.

—Para darles una puñetera lección —sentencia Sofía, belicosa—. Charly estaba loco por traer aquí a Ulises… Lo ha convertido en su pequeño proyecto de ciencias, se lo está pasando pipa con él, volviéndolo loco, pero ¿sabes qué? Que a Ulises le está viniendo bien para abrir su mente. Es lo que necesitaba… o nunca olvidará a Sara.

Levanto una ceja.

—¿Y qué ganas tú con todo esto?

—Nada, solo quiero ayudarle.

—No me lo creo, lo siento. Eres muchas cosas, pero no una buena

samaritana. ¿Qué ganas tú con esto? Contesta.

Su cara muda al desconcierto y es consciente de que la he pillado. Bebe de su copa como si no tuviera escapatoria y suspira.

—Vale, pero no quiero que te cabrees, Keira —empieza cautelosa.

«Ay, madre…».

—¿Qué pasa?

—Es que… me he enamorado de Ulises —dice cerrando los ojos como si fuera lo peor que podía pasarle—. Y nunca me había enamorado. No así… Siempre lo tengo todo bajo control con los hombres. Me gusta el sexo con ellos y me gusta gustarles. También estar en pareja… Pero nunca me había colgado así de nadie.

—Así, ¿cómo? Explícate —pregunto interesada.

—Pues… en cuanto me levanto, mi primer pensamiento del día es para él. Y ya no sale de mi mente en toda la jornada… ¡Keira, hasta ahora, yo solo he pensado en mí misma! Luego… necesito verle, y nunca había necesitado ver a nadie con tanta prisa. Lo echo de menos cuando no está conmigo, lo que tampoco es normal. ¡Yo no suelo necesitar a nadie, joder! Al revés; de hecho, necesito tomarme mis descansos de la gente. Forzar sonrisas es agotador, pero con él no me pasa porque son naturales y… también me hace sentir segura, aunque me duela el estómago cuando lo veo. Además, todas las putas canciones me recuerdan a él y me he vuelto mejor persona o algo así… ¡Estoy acabadísima!

No puedo evitar soltar una carcajada ante esa última frase. Y me fastidia pensar que yo siento lo mismo por Ástor, aunque vaya a correrse en la boca de otra de un momento a otro… ¡Maldita sea!

—Ulises es el mejor —le aseguro a Sofía con convicción.

—Sí, pero está muy jodido… Por eso creo que reventarle un poco la cabeza no le vendrá mal. Tiene que borrar recuerdos para hacer hueco a otros nuevos… Necesito que se permita quererme un poco. —Sus ojos brillan al decirlo, amenazando con derramar lágrimas que, sin embargo, no llegan a caer. Ella las doma con maestría. Parece tener práctica en hacerlo.

—¿Y qué pasará cuando te quiera? —le pregunto preocupada—. Tus planes de futuro no encajan con su vida.

Lo digo porque es lo que yo pienso de mí misma con respecto al gilipollas del sofá negro.

—Las mujeres de la posición a la que aspiro tienen todos los amantes que quieren —responde con despreocupación.

—Ulises es orgulloso y tradicional, no se prestará a ser «el amante».

—Ahora mismo, él no se plantea nada con nadie. Primero, que supere esa barrera, y luego, ya veremos.

Vuelvo a mirar hacia Ástor comprendiendo que estamos en una situación parecida. ¿Voy a continuar en su vida? ¿En calidad de qué? Es como si lo único que me importara fuera salvarle de su infierno interior al que lleva años agarrado por…, bueno, por motivos de peso como la muerte de su padre o la discapacidad de su hermano. A pesar de todo, debería pasar página y tratar de ser feliz. Conmigo o con otra. Nuestro amor es solo un ensayo general de lo que podría llegar a sentir el resto de su vida. Y luego… «Ya hablaremos de nosotros», como dice Sofía.

Me fijo bien y veo que la chica ya no está sobre él, pero sigue en la misma posición que antes. No la ha variado ni un ápice. Me pregunto si se habrá tomado algo y estará desmayado. Por un momento, temo por él. Debo de ser idiota.

Ahora es Ulises el que disfruta de una limpieza de sable privada.

«¡Será cabrón! ¡Qué bien se lo pasa en horas de curro!».

Charly lo observa con sumo interés, y de repente, se levanta, va hacia él y… ¡le besa! ¡Dios santo…!

Es impactante ver que Ulises le sigue la corriente como si no supiera lo que está haciendo. Eso sí, muerto de ganas.

Creo que es lo más pornográfico que he visto nunca.

Miro a Sofía, alucinada, y ella me sonríe encogiéndose de hombros.

—A mí no me mires. A Charly le gusta todo, y Ulises… está en un proceso de ensayo y error, pero todavía no ha sucumbido completamente… Quizá lo haga esta noche.

«¡Madre del amor hermoso!».

—Si no lo veo, no lo creo —farfullo conmocionada.

Es como si la forma de pensar de Ulises hubiera cambiado de la noche a la mañana. ¡Esto es surrealista!

—No pongas esa cara —me riñe Sofía—. Si te hubieras tomado la pastilla, tú y yo ya estaríamos morreándonos.

Me da la risa. Es eso o llorar.

—No necesito ninguna pastilla para besarte —digo con chulería—. Si quiero hacer algo, lo hago. Las drogas no te impulsan a hacer nada que no quieras. Las drogas son para los cobardes, los que no se atreven… A mí me gusta disfrutar de las cosas a plena conciencia. Que sea real.

Me sonríe y me mira con admiración.

—No me extraña que Ástor haya perdido la chaveta por ti, Keira. ¡Eres genial! Y fuerte. Si los chicos nos vieran besarnos, creo que les daría un síncope.

—Pues no lo descartes —digo con osadía, y bebo de mi copa.

Sofía suelta una carcajada ante mi tono vengativo.

—¿Qué tienes pensado? —pregunto más seria—. Quiero saberlo…

—Y yo quiero que me cedas el control por una vez, Keira. Relájate o mi plan no funcionará. Necesitas beber más, porque vas a tener que cooperar y es preciso que nos deshagamos de tu mente calculadora. Apura tu copa y pidamos otra.

—¿Perdona? ¡Tú eres mucho más calculadora que yo! —Me río.

—Eso me dice Ástor siempre cuando le sugiero mil argucias para que cambie las cosas de una vez por todas en el KUN, pero no se atreve.

—Que tú hagas que parezca fácil no significa que lo sea, Sofía.

—Sí que lo es. Cuando llegue el momento, tú sígueme el juego, nada más. Únicamente tiene que parecer que te diviertes… O mejor, arriésgate a divertirte de verdad. ¡Suéltate la melena! Solo así entenderás lo poco que significa para Ástor que una tía que no sabe ni cómo se llama se la haya mamado durante un minuto. Tú le importas mucho, Keira.

—No vas a convencerme. Ahora mismo le odio.

—Lo que pasa es que estás celosa… Y cuanto antes te quites esas gilipolleces de la cabeza, mejor. Por eso me gusta tanto Charly, él sabe lo que siento por él al margen de con quién me corra —dice convencida—. El sexo es sexo y el amor es amor, aunque la mayoría de la gente no sabe ver la diferencia.

Me acuerdo de cuando yo postulaba lo mismo. Y ahora me doy cuenta de que yo tampoco sé diferenciarlo. A la vista está. O quizá es que antes no estaba realmente enamorada…

—Vale… Lo intentaré. Te seguiré el juego, Sofía.

Desde el momento en que le doy luz verde, empieza la locura.

Intento olvidarme de mi vida y de mi trabajo. Y los chupitos me ayudan. Bebo y finjo pasarlo bien. Como si mi jornada laboral hubiera terminado y yo no fuera yo. La de Ulises, desde luego, parece finiquitada del todo.

Cuando nuestras sonrisas ya son perpetuas, Sofía hace una señal a la chica de la barra, y cuatro chicos altos, guapos y musculosos vienen hacia nosotras y empiezan a colocar copas de champán encima de nuestra mesa para ofrecer un espectáculo que llamará la atención de todo el local. Consiguen alzar una estructura de cristal cada vez más alta que culmina en una sola copa.

Vuelvo la mirada hacia Sofía y descubro que ya se está besando con uno de los chicos. Él le succiona los pechos por encima del vestido y ella parece sentirlo como si no llevara nada. La escena me resulta tan excitante que todo mi cuerpo se tensa.

De pronto, otro de los chicos se sienta a mi lado y empieza a besarme el cuello de una forma muy sensual.

«¡No, por favor!», chilla mi raciocinio apareciendo en escena.

Su cuerpo es una roca; sus labios, de terciopelo, y debe de tener mi edad, pero… no lo conozco de nada y…

Estoy a punto de apartarle con educación cuando una luz cegadora cae sobre la pirámide de copas enfocando directamente nuestro reservado.

Multitud de cabezas se vuelven hacia nosotras y me apuesto lo que sea a que Ástor terminará mirando, porque han apagado el resto de las luces y empieza a sonar «Symphony» de Zara Larsson.

Adoro esta canción.

Siento que el universo me empuja a cooperar y cierro los ojos.

Me olvido de dónde estoy y me presto a las caricias del chico que, en realidad, son muy agradables. Intento pensar que no es un hombre que se esté aprovechando de mí, sino que, más bien, soy yo quien se aprovecha de él… ¡Es su trabajo!, le pagan por hacerlo, y eso me da fuerza para canalizar mis miedos y dejarme tocar. Además, está siendo superdulce y respetuoso, y noto que ronda mis labios pidiéndome permiso.

«Vale… Allá vamos».

Nos besamos al ritmo de la música y… ¡Guau…!

Me da un repaso con la legua que me deja flotando. ¡Vaya labios! La gente grita y creo que me estoy perdiendo cómo el champán cae de una copa a otra y rebosa hasta abajo. ¡Mecachis…!

Abro los ojos para averiguar si mi actuación ha servido para algo y descubro que los objetivos están de pie en su reservado, discutiendo entre ellos. No dejan de mirar hacia aquí. ¡Nos han visto!

Al momento entiendo que esto es una patada en toda la cara a una idea muy concreta: los hombres se escudan en el sexo vacío de sentimientos como mero alivio, tratando a la mujer como un objeto sexual. En cambio, que una mujer lo haga ni se les pasa por la cabeza. Está mal visto. Nos carcome. Lo tenemos prohibido moralmente… Pero el sexo vacío lo es para todos, y no tengo que sentirme mal conmigo misma por recurrir a él. Lo interesante del caso, por supuesto, es que esa vacuidad es una falacia, y sé que Sofía tratará de desmentirla cuando respondan con enfado en tres, dos, uno…

Me parece una gran lección para todos, que se joda mister Mamadas.

Cierro los ojos y me dejo seducir por las caricias adictivas y sensuales de… llamémosle X. Me aúpa contra su cuerpo duro, haciéndome sentir deseada, y me besa con delicadeza. ¡Así es imposible no ponerse a tono…! No me quiero imaginar el erotismo que desprendemos ahora mismo. Soy la primera que está fascinada por ser capaz de hacer esto sin juzgarme a mí misma.

De pronto, miro a Sofía, que me sonríe subiendo las cejas y haciendo un gesto de triunfo. Sabe que nuestras víctimas nos están acechando.

Y, ni corta ni perezosa, me acerco a ella y la beso apasionadamente.

Su sorpresa es genuina, pero noto su sonrisa en mi boca y comienza a responderme con lujuria y a arquearse de forma sensual.

Hay mucha gente alrededor de la fuente de champán esperando a coger una copa de cortesía frente a nuestra *performance*, y noto que alguien, de pronto, me roza el brazo obligándome a finalizar el beso.

¡Es Ástor!

Me mira a través de su antifaz con una expresión que promete represalias graves. Lo que no consigo entender es por qué eso me

calienta tanto la sangre. En este momento soy pura adrenalina.

—¿Qué cojones hacéis vosotras aquí? —pregunta el mismo al que le parecía mal saludar con un «hola».

—Ástooor… —arrastro su nombre, feliciana—. ¿Cómo te va? Estamos pasando el rato, ¿verdad, Sofi?

La susodicha intenta aguantarse la risa, pero apenas lo consigue.

—Síííí… ¡Hola, As! Estaba enseñando a Keira todo esto, ya sabes… ¿Qué hacéis vosotros por aquí?

—¿Qué crees que hacemos? —dice furioso—. Intentar relajarnos.

—¡Pues igual que nosotras! Entonces todo aclarado, ¿no?

Charly se agacha frente a Sofía como si fuera una reina egipcia tumbada en un sofá. Nos mira totalmente subyugado, demostrando que nos ha visto besarnos.

—Sof…, ¿te apetece tomar algo? —pregunta muriéndose por ella.

—Estoy servida, gracias —responde con fingida indiferencia—. Hola, Ulises… —Lo saluda de lejos—. Espero que os estéis divirtiendo tanto como nosotras. ¡Hasta luego, chicos!

No puedo borrar la sonrisa de mi cara al ver que no tienen intención de moverse. Por mi parte, en vez de enfrentarme de nuevo a Ástor, miro al señor X, que me espera sonriente dispuesto a empezar de nuevo. Avanzo hacia su cara, pero Ástor intercepta el acercamiento.

—Disculpa… —le dice en un alarde de educación—. ¿Serías tan amable de dejarme hablar con ella un momento?

Se saca cien euros del bolsillo y se los tiende con dos dedos.

El traidor de X los coge, se encoge de hombros y se va.

Miro a Ástor furiosa porque me ha quitado «mi juguete». ¿He ido yo a apartar a la tía de su miembro tirándola del pelo? Increíble…

¿Ellos pueden «relajarse» y nosotras no? ¡Demostrado!

Sofía se levanta del sofá y camina hasta la barra con aires gatunos. Ulises y Charly la siguen como lo harían dos patitos con su madre.

Ástor aprovecha su ausencia para sentarse a mi lado y me levanto huyendo de él.

—¡¿Por qué has hecho que ese chico se vaya?! —exclamo enfadada—. ¿Yo no tengo derecho a divertirme? ¡Hace un momento una tía te la estaba chupando!

Pero Ástor ni siquiera me mira a la cara. Su vista se ha perdido en

mi vestido en cuanto me he puesto de pie y ahora saliva como lo haría un animal salvaje ante su presa. Sus ojos azules vuelven a clavarse en mi retina y se pone de pie, enfadado.

—Keira… —me reprende con dureza, pero las palabras se le funden en los labios cuando capta mi postura indignada—. Tú no eres así.

—Así, ¿cómo? No te sigo, Ástor. Porque eres tú el que acaba de echar a ese chico, ¡yo iba a seguir besándole! ¿Te crees un caballero de brillante armadura con el escudo de los De Lerma bien visible? ¡No necesito que me salves de nada…! ¡Tú sigue a lo tuyo!

Se acerca a mi cara, furioso por lo que acabo de decirle. Aun así, me mantengo firme y no retrocedo.

—Me la suda ese emblema y todo lo que representa, Keira. Pero a mi madre le importa mucho, y por eso lo respeto. Tú, sin embargo, no engañas a nadie aunque beses a Sofía.

—¡Tú tampoco! ¡Por muchos tatuajes que te borres!

La gente a nuestro alrededor sigue de fiesta y el barullo va en aumento.

—Joder… Acompáñame a un lugar más privado.

—¿Sin un «por favor» ni nada? Tú flipas… —Sonrío sin ganas—. No tenemos nada de que hablar, Ástor. A no ser que quieras contarme por qué te has ido corriendo del torneo para venir a un sitio como este.

Lo veo cerrar los ojos afligido durante un segundo, pero enseguida se acerca de nuevo a mi oreja para que le oiga mejor.

—He venido porque ya no podía más… Necesitaba olvidarlo todo.

Lo miro a los ojos, herida.

—¿A mí también?

Me sostiene la mirada sin saber qué decir y percibo que apenas hay azul en sus iris.

—¿Te has drogado? —pregunto extrañada.

En lugar de responder, aparta la vista e inspira cansado. Sé lo que significa eso.

—Tú no eres así —le suelto las mismas palabras que él a mí.

—¡Tú no sabes cómo soy! —exclama disgustado.

—Pero tú sí sabes cómo soy yo, ¿no?

—¡Sí, joder! ¡Tú eres la puta hostia…! ¡Siempre lo haces todo

bien!

—¡Yo no lo hago todo bien! —le grito en la cara—. ¡Me he liado contigo! ¡Primer error! ¡Y luego me he enamorado de ti! ¡Segundo error…!

Baja la cabeza molesto por mis palabras y se acerca a mi oído otra vez cogiéndome del brazo con vehemencia.

—No quiero hablar a gritos, Keira. Por favor, ven conmigo… Por favor…

Me mira fijamente y capto tanta agonía en su petición que cedo.

Asiento, y me coge de la mano para llevarme a algún sitio. Sin embargo, me suelto de un tirón. No quiero sus malditas manos sobre mí.

Me mira desconcertado. Piensa rápido y vuelve a cogerme de la mano para arrastrarme a la fuerza hasta donde se ha propuesto.

La ira se apodera de mí al comprobar que no puedo soltarme aunque quiera. ¿Se cree un hombre de las cavernas o qué?

Nos adentramos en la zona de juegos del club y nos cruzamos con infinidad de gente haciendo todo tipo de actividades sexuales: oral, tríos, juguetes, reservados con cortinas y camas redondas con dosel transparente…, hasta que llegamos a una habitación privada que parece la guarida de un asesino en serie con muy buen gusto. Solo entonces me suelta.

—¡No vuelvas a agarrarme así en tu vida! —le grito muy cabreada.

—¡¿Ahora no quieres que te toque?! —gruñe, y se quita el antifaz como si no pudiera respirar con él.

—¡No! ¡No vuelvas a tocarme nunca más! —Yo también me lo quito y nos miramos a los ojos con rabia.

—¡¡¡Joder, Keira…!!! —Se mueve con nerviosismo, pasándose las manos por el pelo—. ¡¿Por qué me haces esto?!

—¡¿Yo?! ¡¿Qué te he hecho yo?! ¡He hecho lo mismo que tú! ¡Venir a un club liberal y liarme con alguien! ¿Por qué está mal?

—¡Porque yo lo hago para alejarte de mí y tú lo haces para que venga a ti! ¡¿No ves la puta diferencia?!

La certeza de sus palabras me destroza por dentro. Es cierto. No engaño a nadie… Los ojos se me llenan de lágrimas de pura humillación.

—¿Por qué quieres alejarte de mí? —Mi voz se rompe al final de la frase.

Ástor se frota la cara al verme sufrir. Parece al borde del colapso.

—No quiero alejarme de ti, ¡pero tengo que hacerlo…! Por el bien de los dos. Deseaba cabrearte para que fueses tú quien te alejaras… Así podría odiarme lo suficiente para negarme tu compañía. Pero vienes aquí y te propones rajar mi oxidado corazón de arriba abajo al verte besando a otro tío… ¡¿Por qué?!

—¡Yo también te he visto a ti con otra!

—¡Pero tú no tenías que verlo! —me espeta—. Nunca te haría daño tan gratuitamente… ¡Eres una sádica, joder!

Me quedo con la boca abierta. Yo creía que era una revolucionaria…

—Sabes lo que siento por ti, Keira —continúa, hastiado—. Lo del secuestro de Carla está siendo muy duro para mí, ¡y no puedo permitir que vueles por los aires todas mis defensas! Necesito recuperar el control de mis emociones.

—Y eso solo lo consigues castigándote, ¿no? —deduzco—. Héctor me lo ha contado todo… Dice que eres adicto al dolor y que estás buscando que yo te lo haga.

Su cara es un poema de Pablo Neruda.

—¿Cómo puede ser tan bocazas? —se lamenta furioso.

—¿Es cierto? ¿Necesitas sentir dolor para purgar tu alma?

—Sí, y lo que más daño puede hacerme es alejarme de ti.

—Pero haciendo eso nos castigas a ambos —digo herida—. Porque tú también sabes lo que siento por ti.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin que pueda evitarlo. La expresión culpable de su rostro se quiebra, y se acerca a mí para juntar su frente con la mía.

—No quiero castigarte, Keira… —susurra secándome las gotas con los pulgares—. Lo hago para protegerte de mí mismo. Estoy condenado. Te confesé que era un asesino y aun así no te fuiste… Ya no sé qué más hacer… —Le tiembla la voz de pura inseguridad—. No quiero hacerte daño, pero sé que te lo haré porque soy incapaz de resistirme a ti. Yo… no puedo protegerte de mí.

—No necesito que me protejas de ti —musito compungida—. Solo que te permitas quererme.

Sus labios acarician los míos, y siento una paz tremendamente triste al percibir su dolor.

Dicen que cuanto más alto subes, mayor es la caída… Y los dos sabemos que la nuestra va a ser mortal.

keira

33
Me dueles

La verdadera belleza del ajedrez consiste en la lucha elemental entre diferentes personalidades.

ALEXANDER ALEKHINE

Me lleva contra la pared y me besa con desesperación. Le entiendo muy bien. Es aterrador necesitar tanto algo.

Me sostiene las manos por encima de la cabeza y pega su cuerpo al mío con brutalidad.

—Voy a morir de ti, joder… Lo sé —sentencia en mi boca—. Empezando por el modelito que llevas… Casi me mata.

—No es mío. Es de Sofía —jadeo entre besos.

—Pues se me ha parado el corazón al verte.

Sin poder impedirlo, me lo sube y me lo quita por la cabeza. Me

quedo solo con las braguitas de encaje negro, y su mirada se vuelve oscura. Me aprisiona de nuevo contra la pared haciendo que gima, y noto que me levanta a pulso para que le rodee la cintura con las piernas.

—¿Quieres saber cómo soy de verdad? ¿Entender mi adicción?

—Sí —respondo sin despegarme de su boca.

—¿Quieres saber lo que me haces sentir? —jadea, y nos miramos fijamente.

—Sí —musito perdiéndome en la oscuridad de sus ojos.

—Pues vas a tener que confiar en mí, Keira, porque no puedo explicártelo con palabras, tendrás que sentirlo… ¿Confías en mí?

—Confío en ti.

Por algún motivo, oír esa frase lo vuelve loco. Me lleva en volandas hasta el centro de la habitación y me deja de pie.

De pronto, me levanta los brazos y cierra una esposa alrededor de una de mis muñecas. Estaban colgadas del techo por unas cadenas.

Instintivamente bajo la otra mano para impedir que me la amarre, pero vuelve a subírmela y la aprisiona junto a la otra.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunto asustada. Y muy excitada.

—Tú me esposaste una vez, ¿lo recuerdas?

—Cuando eras un sospechoso.

—Pues en esta habitación, yo soy la autoridad.

Me quedo boquiabierta. Todo mi cuerpo burbujea de expectación y de intriga.

—¿Qué vas a hacerme? —insisto muerta de curiosidad.

Se dirige hacia la puerta quitándose la camisa y mostrando su musculosa espalda con parte del tatuaje de su hombro. En realidad, es una rosa de los vientos que marca los cuatro puntos cardinales; su norte contiene espinas, y creo que está a punto de mostrármelas.

—Tranquila, no voy a hacerte nada que no me supliques —me advierte con una sonrisita torcida—. Pronto entenderás de qué quiero protegerte… Ya tuviste un pequeño adelanto cuando te até a mi cama.

Que corra el pestillo de la puerta hace que me humedezca en el acto, pero cuando lo veo coger una fusta de cuero con un pequeño rectángulo al final, como la que usa con los caballos, todo mi cuerpo se tensa.

¿Qué va a hacer con eso? ¿Va a pegarme? ¡Porque por ahí no

paso!

¡OH, DIOS…!

«No, no, no… ¡Esto no es lo mío, en serio!».

Muy chachi leerlo en los libros y verlo en la gran pantalla, pero no quiero vivirlo. Pensaba que sería como en su cama: te ato y te follo. Nada más.

—Ástor…, no me gusta que me hagan daño —susurro a media voz.

—A mí tampoco me gusta estar enamorado de ti, pero lo sufro.

Me quedo clavada ante esa revelación. ¿Le duele quererme?

Siento el roce de la fusta abriéndose paso entre mis muslos y los muevo, inquieta. La caricia deja una estela de cosquillas que necesito rascarme cuanto antes. Empezamos mal. ¿He mencionado que las odio?

Se pasea por mi ombligo, rodeándolo como un tiburón hambriento, y trago saliva.

—Esto es lo que empezó a volverme loco en la boutique de Mireia —confiesa refiriéndose a mi *piercing*—. Quise meter la lengua hasta el fondo e imaginé que me agarrabas del pelo para llevar mi boca hacia otro lugar más al sur.

Sacude la fusta, dándome un golpe seco en el bajo vientre que hace que me estremezca entera.

—Ástor…, no sé si esto me va a gustar. No me siento cómoda.

—¿Mental o físicamente?

Esa pregunta me pilla por sorpresa.

—Mmm… Las dos cosas.

—Tienes miedo al dolor, es la respuesta más natural. Pero necesito demostrarte por qué a mí me gusta tanto… Déjame enseñarte lo que te hace a nivel mental.

—No me gusta que me peguen… ni sentir dolor físico.

—Dejemos que tu cuerpo lo decida, ¿te parece?

Se arrodilla, y siento su delicioso aliento en mi tripa. Desliza las manos por mi cintura con suavidad y empieza a lamerme el ombligo.

Me sacudo al notar su lengua en contacto con esa piel tan sensible. Todo mi cuerpo entra en un estado de rigidez delicioso cuando, suavemente, empieza a deslizarme sus manos por todas partes. Uf, esas manos…

—Ástor —suplico deseosa, cediendo al anhelo de que ataque ciertas zonas que reclaman su asedio.

Me baja las bragas con una lentitud insoportable mientras me acaricia las piernas con la yema de los dedos y no pierde la oportunidad de besar mi pubis cuando le queda a la vista.

La idea de que comience a devorarme en cualquier momento hace que me moje hasta el punto de notar que estoy goteando.

¡Necesito que me toque! Pero ¡ya!

Quiero sentir su lengua justo ahí y que lama toda la excitación que me está generando.

No sé si es por estar atada, por el golpe que me ha dado o por sus caricias delicadas, pero tengo la necesidad biológica de que entre en mí cuanto antes. Y, a poder ser, a lo bestia.

Su boca se dirige hacia mi centro con devoción, y cuando creo que está a punto de zambullirse de lleno me sopla el clítoris. Entiendo que va a hacerme sufrir de lo lindo. Como hizo en su cama o peor… Porque esta vez tiene algo muy importante que demostrarme.

Se deshace de mi ropa interior piernas abajo y me acaricia los muslos con veneración mientras me mira a los ojos. Lo que veo en ellos me deja temblando de necesidad. Arrulla mi monte de Venus con los labios, esquivando el punto donde más lo necesito, y vuelve a ponerse de pie.

¡Maldito sea!

Levanta la fusta de nuevo y la posa sobre mis pezones erectos.

«Ay, Dios…».

Sonríe de medio lado al comprobar que mi respiración se ha transformado en un ligero jadeo de pura ansiedad. El tacto del cuero es suave, cálido e insuficiente, porque lo que de verdad necesito es que me estruje los pechos con fuerza, tironee de mis pezones con los dientes y me los chupe famélico como ha hecho otras muchas veces.

En esta posición de manos arriba mis tetas se ven firmes y preciosas, y Ástor se entretiene en repasar su curvatura aprovechando lo expuesta que estoy. Un nuevo golpe recae sobre ellas.

—¡Joder! —me quejo al sentir el escozor.

—Has dicho que confiabas en mí… ¿Tanto te ha dolido? Di la verdad.

—Podría vivir sin ello.

Las comisuras de su boca se elevan un poco.

—Es necesario…, si quieres entenderlo.

—Creo que lo entiendo. Me sufres, y ahora quieres que lo haga yo.

—No, para nada. Es verdad que me dueles, ni te imaginas a cuántos niveles, porque no te merezco y tampoco puedo permitirme tenerte, al menos, como tú quieres. Pero precisamente por eso, cuando te toco o estoy dentro de ti, es lo más placentero que he sentido nunca. Y para que lo entiendas, necesito un poco de dolor previo, para que tu sistema nervioso ordene a tu cuerpo que genere sus propios narcóticos.

—Debería haber imaginado que te iba el BDSM… Tu obsesión por el cuero te delata.

—En realidad, no suelo practicar el BDSM. Estoy recurriendo a él para que sientas en tu piel lo que siento yo. Aunque tú, que habitualmente haces *running*, deberías entender ese culto al dolor mejor que nadie. Esto es muy parecido al famoso «subidón del corredor» que se experimenta al someterte a una actividad agotadora que desencadena un cóctel de sustancias químicas en tu cuerpo inundándolo de euforia. Nuestro sistema está diseñado para contrarrestar cualquier tipo de dolor. Por eso automáticamente aumenta el placer. Y es el único que me permito sentir.

—¿Por qué tiene que ser el único? —pregunto angustiada.

—No todos disfrutamos con las mismas cosas. Mucha gente encuentra placer en hacer cosas desagradables, como montarse en una montaña rusa; algo de lo que cualquier animal huiría aterrorizado. También hay quien disfruta viendo películas tristes.

—No me creo que a alguien le guste que le peguen o que le infrinjan dolor.

—El BDSM no va de eso, Keira. Es un ejercicio de confianza y comunicación. Es como cuando dices a alguien que se deje caer hacia atrás porque lo cogerás. Cuesta confiar, pero cuando lo haces y ves que no pasa nada surge una explosión inédita de placer. ¿Vas a confiar en mí o no?

—Confío en ti. Aunque sigo sin entender qué hay de bueno en el dolor.

—Pronto lo entenderás… Nadie cuestiona a alguien que decide hacer el Camino de Santiago o subir al Himalaya, que también son

muy dolorosos. Salir de tu zona de confort y desafiar tus límites siempre es arriesgado, pero está demostrado que tiene sus beneficios.

—¿Como cuáles?

—Ayuda a reducir el estrés y la ansiedad porque es muy liberador. Y mejora la autoestima y las habilidades sociales. Me viene de perlas para soportar ser quien debo ser… Y a ti también te vendría bien.

—¿A mí?

—Sí. No sabes lo que tu cuerpo es capaz de sentir y ofrecer. Tu obsesión por los prejuicios sexistas te ha limitado sexualmente.

—Ahora mismo me siento limitada por ti. Tócame, por favor…

Un brillo travieso coge fuerza en sus ojos al oír mi súplica.

—Ya te dije que suplicarías… Te repito la pregunta: ¿confías en mí?

—¡Sí, joder…! Pero no me hagas daño. Solo te pido eso, Ástor.

—Te prometo que lo resistirás. Quiero que experimentes todo lo que el dolor puede darte. Quiero que lo entiendas y que no me veas como a un sádico… Te prometo que la respuesta de tu cuerpo te sorprenderá, Keira.

—Está bien… Pero tócame ya —gimo abatida.

Mi ruego lo desconcentra por un momento de su rol de dominación. Sondea mis ojos y me besa como si no entrara en sus planes hacerlo, como si se estuviera saltando el protocolo por mí. Y que no pueda evitarlo me enternece. ¡Yo, enternecida! ¡¿Quién soy?!

Se aparta de mi lado como si fuera consciente de mi potente hechizo.

—Necesito que estés callada o no podré hacerte lo que quiero… Me distraes demasiado.

«¿Qué quiere hacerme? ¡Ay, Diooos…!».

Lo veo mover una mesa que hay contra la pared de atrás hasta que alcanzo a sentarme en ella. Tira de una polea y mis manos bajan hasta mi vientre. No me desata. Hay todo un intrincado de estructuras y mecanismos sobre mi cabeza, y Ástor empieza a manipularlo como si supiera muy bien lo que está haciendo. Parece un experto.

Coloca una funda mullida en la mesa para que me tumbe de espaldas y me sube las rodillas hasta la altura de los pechos. Luego las abre dejándome completamente expuesta a él. ¡Joder…!

Observa mi sexo de reojo, y vislumbro una fuerte tentación por

tocarme al encontrarme tan húmeda y lista. Aun así, se resiste a renunciar a sus planes y se conforma con pellizcarme los pechos con fuerza. ¡Au…!

De pronto, me separa las manos y las ata cada una a su pierna correspondiente mediante una cinta con velcro. Da varias vueltas a la misma con rapidez y me mira fijamente.

—Relaja las piernas. No las sostengas tú.

Obedezco, y siento que las tiras que salen del techo lo hacen por mí, lo que me permite descansar. ¡Me tiene totalmente abierta! Y estar así, tan a su merced, me excita como nunca. Imaginarlo follándome hace que la temperatura de mi cuerpo suba como si tuviera fiebre.

Lo observo maniobrar sin poder creerme lo atractivo que está. Me mira de vez en cuando y le veo tragarse la baba al verme tan sometida a él. Por confiar en él. Lo entiendo… Desde luego que es un ejercicio de confianza ¡porque espero que me folle más fuerte que nunca a pesar de su fractura de costilla!

Entonces caigo: eso será más dolor que sumar a su fiesta particular.

Me acerca a él de un tirón brusco, dejando mi culo más allá del borde de la mesa, y gimo de expectación. El corazón me late a mil por hora. Y más cuando comienza a desabrocharse el pantalón… ¡Ay, joder!

Su miembro aparece en escena y empieza a acariciárselo con languidez. Mis ojos se agrandan y siento que me posee la locura. Lo necesito ya. Mi cuerpo está llorando por él. Sobre todo la hendidura a la que, de pronto, acerca su mano y mete un dedo para comprobarlo. Existe un miedo real a engullirle todo el brazo y que pierda hasta el reloj… Nunca he estado tan dilatada, y su invasión me hace gemir de alivio.

—Hostia, cómo estás… —musita con la voz quebrada de deseo.

Cierro los ojos, histérica. Ni se imagina lo que siento.

—Corro peligro de que me dé un infarto si no empiezas ya —le advierto.

Sonríe, y me acaricia los muslos con vehemencia para aliviarme un poco.

—Voy a ello. Pero tienes que soportar algo antes, Keira. Ya verás…

De repente, me da un cachete fuerte y rápido en el interior del muslo.

Aprieto los dientes y dejo que el escozor pase. Ni siquiera lo he asimilado cuando me da otro en el lado opuesto, igual de fuerte.

Es una sensación extrañísima para alguien a quien nunca le han puesto una mano encima. No sé cómo tomármelo o cómo gestionarlo… Solo sé que me gusta que después me pase las manos por encima para contrarrestarlo, y siento que su caricia me enciende más todavía. «No me lo creo».

Coge la fusta y… ¡oh, Dios! Me da unos golpecitos rítmicos en el clítoris. Con cada uno de ellos me electrocuta de placer y grito sin cortarme. Mi sexo se tensa de una forma desconocida ante ese dolor, pero a continuación, Ástor posa su boca sobre él y grito por el contraste de sensaciones.

—Sabes tan bien… —dice contra mi sexo mientras no dejo de gritar.

Diez segundos después, estoy a punto de llorar de felicidad cuando lo veo ponerse un condón y arrimarse a mi cuerpo con intención de penetrarme. Noto su punta roma jugueteando con mi entrada sin decidirse a hacerlo, y un sollozo torturado escapa de mis labios.

Y, como si esa fuera la señal que estaba esperando, me da un último cachete fuerte en la nalga y se hunde en mí con rabia.

Me muero literalmente de placer. Ni siquiera he sentido el dolor, se ha mezclado todo incrementando una sensación de plenitud única.

¿De qué ha muerto, doctor? De un placer que no tiene explicación científica.

El coito no es como otras veces… Estoy en la cresta de la ola desde el primer segundo, gimiendo como si me estuvieran matando. Lo que siento es inenarrable. No hay palabras que lo definan. No sé si es bueno o malo. Solo sé que me perturba por completo.

Ástor me somete a un ritmo rápido que me acerca al precipicio del orgasmo como en un esprint de cincuenta metros. No son estocadas lentas y profundas, son castigadoras y rápidas. Gimo como si estuviera poniendo un maldito huevo. No puedo ni pensar. No puedo mover las manos ni las piernas, solo puedo entregarme a la luz.

Estoy a punto de correrme, pero no llega. ¿Por qué? ¿Cómo lo

hace? Esto es demasiado…

—¡Oh, Diosss…! ¡No puedo más, Ástor! ¡Necesito llegar! ¡Ah…!

Me mira alucinado sin dejar de mover las caderas y contesta:

—Tranquila… Estoy estimulando tu punto G, por eso estás así. Esta postura es perfecta para eso. No llegas porque no estoy rozando tu clítoris… Y no pienso hacerlo todavía.

Lo oigo jadear y moverse cada vez más rápido y fuerte.

—¡Me voy a moriiir…! —aviso alucinada—. ¡No puede ser bueno soportar esta tensión tan brutal! ¡Diooosss…!

Mi cerebro se derrite de gusto.

—Esto no es nada —resopla, y vuelve a pegarme una cachetada vehemente.

Pero a mí ya me da igual todo. Hasta agradezco que me distraiga de esta sensación tan demencial.

Un segundo… ¿Ha dicho que esto no es «nada»?

Me asusto de verdad, porque si esto va a más, no podré soportarlo.

Solo puedo gritar como nunca en mi vida al sentir que me folla de una forma tan intensa que hace que me pregunte cómo es que él no se ha corrido aún.

No entiendo nada. Lo veo apretar los dientes y sufrir. Sufrirme… La desesperación se cuela entre mis gemidos y, de pronto, veo que coge algo. No sé qué es… Es como un micrófono. Lo enciende, y un zumbido se abre paso en mis oídos. ¿Qué va a hacer?

Lo lleva lentamente hasta mi centro y al colocarlo sobre mi clítoris siento que me desmayo.

El placer se intensifica hasta un punto insostenible. Ástor no deja de moverse dentro de mí. Fuerte. Duro. Y pongo los ojos en blanco para despedirme de todo en lo que creo. Estoy a punto de irme al otro barrio. Lo sé.

Mi cuerpo convulsiona haciendo que mi espalda casi levite de la mesa. Él suelta un taco y sube la intensidad del aparato, lo que hace que grite con todas mis fuerzas. Y en ese momento, salé de mí con fuerza y me corro viva. Literalmente. De verdad. Siento el líquido saliendo disparado de mi cuerpo sin cesar. Nunca había experimentado nada parecido.

El orgasmo me engulle, y no termina nunca porque Ástor mantiene el vibrador sobre mi clítoris. Me ahogo en placer.

Juro en arameo, y sigo experimentando la eyaculación femenina por primera vez en mi vida. Vamos a tener que salir de aquí en canoa.

Cuando todo termina, me cuesta recuperar el control de mi cuerpo.

Poco a poco, soy consciente de que Ástor me desata. Sus besos y caricias sobre los amarres son de agradecer.

Cuando me incorpora, veo el estado del suelo y suelto una exclamación.

—No te preocupes —dice con una sonrisilla—. Solo quiero saber si te ha gustado.

Lo miro alucinada.

—¿Esto es lo que sientes por mí?

Se cuela entre mis piernas, encajándose en mi cuerpo, y me mira solemne.

—Tal cual. Eres un viaje psicodélico que me deja destrozado.

—Ahora lo entiendo todo. —Apoyo mi frente en la suya.

Nos besamos con una agradable lentitud después de tanto ajetreo y suspiro emocionada.

No me creo que este hombre me quiera así. Que me quiera con tanto dolor y placer. Como se quieren las cosas inalcanzables.

¿Lo somos? Inalcanzables… Puede que sí, pero me da igual. Ahora mismo nos tenemos. Y es posible que pasen muchas cosas entre el ahora y el nunca. Sobre todo tratándose de nosotros.

Lo aprieto con más fuerza contra mí, disfrutando de su cercanía, y me abraza con todo su ser.

—Es como si Xavier lo supiera todo —dice de pronto—. Como si supiera lo que hice… o lo que no hice.

—Creo que son imaginaciones tuyas, As… Él utiliza tus propios demonios para atacarte, no dispone de más armas.

—Charly tiene razón en algo —dice pensativo—. Desde que te conozco, todo me afecta más. Han cambiado muchas cosas… Sobre todo, mi forma de sentir. Antes estaba totalmente bloqueado. Lo tenía prohibido porque me conozco, y sentir a este nivel me afecta en lo bueno y en lo malo.

—Quiero pensar que yo soy lo bueno —digo cohibida.

—Sí, pero enamorado de ti soy un blanco fácil para mis rivales. Por eso quería alejarte… Para poder castigarme por ello. Mi intimidad

se reduce a esto, Keira. A una máscara en un club. A relaciones vacías, sin rostro ni nombre. Solo sentidos, no sentimientos.

—¿Sigues queriendo que me aleje de tu lado? —pregunto con miedo.

—No… Quiero estar contigo. Pero eso tiene sus repercusiones. Llevo años reprimiéndome para no montar un espectáculo como el que he dado hoy en el club. —Baja la cabeza, avergonzado—. Y encima he perdido. Quería jugar la final contra ti. Ahora la jugarás contra Xavier, y nos atacará. Seguro que ya te está investigando para hurgar en tu alma. Seguro que ya sabe que eres policía y lo utilizará para hundirme, aunque ganes. Creo que eso es lo que quería desde el principio. No soporta que sea el presidente del club ni del patronato. No soporta que haya sustituido a mi padre… Y me parece que piensa que yo lo maté.

—No va a averiguar nada —le aseguro—. Ulises es muy bueno borrando huellas del sistema. Ha inhabilitado toda información que haya sobre mí y, en cualquier caso, podemos decir que tú no lo sabías, que te engañé.

—Quiero que le ganes —me implora juntando de nuevo nuestras frentes—. Tú serás mi mejor victoria, Keira.

—Ya, pero si gana él, quizá suelte a Carla.

—¿Todavía tienes esperanzas de encontrarla con vida? —me pregunta extrañado, soportando toda la culpabilidad que eso acarrea.

—Hay algo en Xavier que no me cuadra —musito pensativa.

—¿Lo imbécil que es?

—Aparte… Pero no es eso. Es que su tono no tiene los matices adecuados de la envidia tipo «te voy a hundir la vida». Su rabia hacia ti está teñida de una frustración extraña y… no sé, es como si quisiera salvarte de algo que no puede decirte y tú no le hicieras caso.

—¿Salvarme de qué? —Busca mis ojos, contrariado.

Sé que mis palabras le están afectando y se supone que he venido a tranquilizarle. Así que tomo aire y pienso qué debo decir. Rebusco en mi mente las palabras que el propio Xavier ha utilizado antes.

—Salvarte de… seguir el mismo camino que tu padre. De la depravación.

El dolor atraviesa su rostro.

—Entonces ¿crees que soy un depravado? Pensaba que te había

gustado esto y que habías entendido lo especial que puede ser. Que te había ayudado a comprenderlo.

—No me refería a esto en concreto —lo tranquilizo—. Ha sido increíble, te lo aseguro. ¡Ha sido brutal! —admito ruborizada—. A este paso, no podré separarme de ti cuando todo esto termine —bromeo con la verdad.

—Pues no lo hagas —dice serio—. Quiero que te quedes conmigo, Keira.

El alivio nos atraviesa a ambos y nos besamos. No sé cómo se me dará ser la novia de un hombre tan poderoso, pero vale la pena intentarlo.

Hundo los dedos en su pelo y continúo besándole como si no deseara dejar de hacerlo nunca. Terminamos en un abrazo sentido.

—Dime una cosa… —Estoy cortada—. ¡¿Quién diantres va a limpiar todo esto?! —exclamo risueña señalando el suelo y tapándome los ojos.

Ástor se ríe como si le divirtiera mi apuro. Verlo tan feliz es muy valioso.

—No te preocupes, están acostumbrados.

—Llévame a casa, por favor —musito abrazada a su cuello—. Mañana quiero pasar toda la mañana en la cama. Y quiero hacer algo contigo al aire libre, hasta que llegue el momento de la partida final.

—¿Y si te llevo a la finca de la familia para dar una vuelta a caballo?

—¡Me encantaría!

Sonríe satisfecho, y añade:

—Habrá que comprarte ropa adecuada para montar, un casco y una de estas. —Señala la fusta.

—Interesante… —Levanto una ceja con expresión traviesa—. Soy muy vengativa.

—Lo siento, soy demasiado controlador para dejarme dominar, Keira.

Levanto las dos cejas ahora.

—Yo también. Y acabas de reducirme en esta mesa. ¿Es que no confías en mí?

Ahora sonríe divertido.

—¡Claro que no…! ¡Me destrozarías! Hay que saber hacerlo bien.

—Puedo comprarme un libro de dominación para principiantes.

Niega con la cabeza y dice:

—Mejor dedícate al ajedrez.

Que rechace así lo que para él es el *summum* de la confianza me duele un poco. Es como si todo lo que dice no se aplicara a él. Como si tuviera que cumplir con cierto rol si quiero ser su pareja. Y eso de que cada uno tenga un papel diferente no va conmigo.

De pronto, se da cuenta de que sigo desnuda.

—Vístete y vámonos de aquí.

—He cambiado de opinión —digo súbitamente—. No quiero irme.

Me mira extrañado.

—Voy a vestirme, pero quiero una copa. Este sitio es la bomba. Tú invitas…

Su cara de asombro es fotografiable, e intento disimular mi triunfo.

Vamos a un reservado y pedimos un par de combinados. Cotilleamos sobre Ulises, Charly y Sofía, y me río muchísimo cuando admite que verles besarse casi le provoca una conmoción cerebral.

—Muy liberal para unas cosas y muy poco para otras —le vacilo.

—Es que pensaba que Ulises era totalmente hetero.

—Creo que él también… —Me río.

Tardamos muy poco en trenzar nuestras lenguas de nuevo, nuestras piernas también lo hacen y nos frotamos con la ropa puesta entre confidencias. Es maravilloso sentir cómo sucumbe a mis labios incluso después de haber tenido sexo hace nada. Eso lo es todo para mí, no la mamada de una desconocida. Y de repente caigo y me separo de él, poniendo las manos en su pecho.

—Oye… ¿tú has llegado a correrte en la sala de torturas?

—Eh… No.

—Ah, ya… porque ya te habías corrido con la mamada, ¿no?

—No. Ni siquiera me había dado cuenta de que una tía había empezado a hacérmela. Estaba en pleno cuelgue… Cuando lo he visto, la he echado. No he llegado a correrme.

—¡¿Y cómo es posible que estés aquí tan tranquilo?! —Flipo.

Baja la mirada como si le hubiera pillado y vuelve a mis ojos.

—De tranquilo, nada… Si ahora mismo alguien me golpeara la polla, se rompería la mano…

Suelto una carcajada.

—Por eso me estaba muriendo por irme a casa —continúa—, pero la niña quería torturarme un poquito más, y yo encantado.

Su frase me hace sonreír, aunque al momento me siento fatal.

—Madre mía… ¡Lo siento mucho! ¡No lo he pensado!

Solo he pensado que intentaba imponerme un rol de género y… ¡Pues va a ser verdad que ese tipo de pensamientos dominan mi vida y la limitan!

—No importa, Keira. —Sonríe resignado. Y esa sonrisa tan solidaria me maravilla—. Forma parte de la increíble tortura de amarte.

—¡No digas eso! —me quejo, divertida.

Espera… ¿Ha dicho «amarme»?

Mis ovarios explotan de emoción. Qué monada…

—Tranquila. Me gusta esto. —Me acaricia la cara—. Estar así contigo. Me parece bien soportar cierta penitencia a cambio de permitirme ser feliz un ratito más.

Sus frases me matan. Héctor dijo que nunca se permitía disfrutar de nada, y no quiero que sienta que tiene que hacer ningún sacrificio por «amarme».

—Ástor… —balbuceo conmovida al entenderlo.

Y él me besa para que no siga hablando.

Cuando ve que no coopero mucho, susurra pegado a mi boca:

—Bésame, Keira… Bésame hasta que me muera, por favor…

El tono es tan implorante que lo hago al borde de las lágrimas.

«Joder… Lo de Ástor no son cincuenta sombras, ¡son ciento cincuenta por lo menos!».

ulises

34
La última vez

Un jugador que es sorprendido
está derrotado a medias.

PROVERBIO HINDÚ

Sábado, 21 de marzo

Me despierto y sé que no estoy en mi casa.

Huelo el lujo incluso antes de abrir los ojos. Es el piso de Charly.

La noche de ayer fue una auténtica locura, aunque esclarecedora: me he vuelto loco. Esa es la conclusión.

Loco por ella. Y por él.

Nunca me había sentido así. Ni de bien. Ni de mal. Creo que lo llaman amor. El real, complicado y caótico, no como el de las películas. Uno que te pilla totalmente desprevenido, tocándote y con

el pantalón por los tobillos.

Estoy empezando a entender que lo que tenía con Sara era un amor idílico de cuento de hadas en el que nuestras necesidades básicas estaban cubiertas y nos bastaba la saliva del otro para ser felices. Pero llega un momento en la vida en el que necesitas algo más… ¡Sorpreeesa! Necesitas ser productivo y estar orgulloso de ti mismo. Porque resulta que hay que quererse a uno mismo para poder querer a los demás. Y yo no podía querer a nadie.

¿Qué estaba haciendo mal?

Supongo que cerrarme en banda tantos años al amor me había pasado factura. Ni siquiera me había planteado empezar a salir con Keira en serio. ¡Con lo afines que éramos! Con lo que nos necesitábamos día a día y lo que nos aportábamos… Gracias a este caso, por fin entiendo que ella es mi familia. Mi casa. La estabilidad emocional a la que te agarras cuando todo falla, mientras que lo de estos dos…, miro sus cuerpos desnudos y enredados a mi lado, es algo muy distinto. Es la inestabilidad total; mi yo más profundo nadando en el lodo de lo que puedo llegar a exigirme a mí mismo. Ahí es nada.

Me levanto y me visto despacio.

Mi reloj me avisa de que son las dos del mediodía del sábado y tengo cosas que hacer antes de recoger a Romeo y Julieta a las siete de la tarde para ir a la final del torneo.

Me cago en Ástor, de verdad.

¡¿Cómo ha conseguido llevarme a su terreno?!

¿En qué momento me ha hecho tenerle un mínimo de respeto?

No sabría decirlo… Será que nos parecemos más de lo que me gustaría admitir, a pesar de pertenecer a mundos tan distintos, y que la amistad es un reflejo involuntario tan inevitable como el amor.

Cuando Charly le recomendó ir al Dark Kiss para despejarse y dejó caer que a mí también me vendría bien, me lancé sin pensar.

No sabía que Ástor tendría que desembolsar una friolera de dos mil pavos para que yo pudiera entrar con ellos, pero lo hizo sin pestañear.

¿Por qué cuidaba de mí? ¿Tanto le importaba Keira?

Empezaba a creer que sí. Sobre todo cuando los vi horas más tarde en un reservado comiéndose a besos como si al día siguiente se acabara el mundo.

¿Cómo cojones se les había ido tanto de las manos el asunto a esos dos?

Claro que yo no soy quién para hablar… Porque os aseguro que compartí la cara de estupefacción de Ástor cuando me pilló in fraganti con la lengua de Charly metida en la boca. Madre mía…

Su expresión pasmada fue un chispazo de lucidez momentáneo. Porque desde que habíamos entrado con las máscaras y nos habían acomodado en el reservado, se nos habían echado encima cinco modelos semidesnudas que habían conseguido fundirme el cerebro al instante.

Vi que Charly pasaba algo a la que tenía encima y que ella se lo metía en la boca. Entonces la chica me besó, y apenas me dio opción a rechazarlo porque su lengua lo asoló todo a su paso. Me lo tragué. Puede que ayudara que me estuviera clavando las tetas, en las que solo llevaba unas pezoneras negras con flecos en forma de corazón.

Estoy casi seguro de que lo que me dio era MDMA. Esa droga no está asociada con la euforia, sino con el aumento de la intimidad; es decir, hace que te sientas más conectado con tu vulnerabilidad. Por eso se la conoce como la reina de «tomar malas decisiones» sexualmente hablando.

El simple hecho de que alguien te ponga la mano encima te hace experimentar una sensación mágica, y si una persona a la que admiras empieza a besarte pues… te sientes felizmente atrapado en tu bola de nieve particular de placer.

Es como crear tu propia realidad sexual en la que las reglas dependen solo de ti. Olvidas por un momento que el mundo en el que vivimos te bombardea a diario con lo que debes sentir y pensar, y te dejas llevar sin mirar atrás.

Oler de nuevo el característico *aftershave* de Charly me recordó a cuando Sofía juntó nuestras bocas una noche y me encendí como nunca. Tenía que averiguar qué marca usaba, porque, por una vez, no mentían al decir que era verdaderamente irresistible.

Otra cosa que aprendí anoche es que sucumbir a la tentación es más fácil cuando llevas una máscara. Es como si ni tú mismo pudieras reconocerte haciendo algo que sabes que morirá contigo.

Hacía años que no probaba las drogas. Si bien es cierto que me entregué a ellas y al alcohol durante meses cuando Sara murió, se me

pasó rápido la tontería cuando una noche me detuvieron por meterme en una pelea. Iba pasadísimo. Y para que no me empapelaran dije a los agentes que estaba estudiando para ser policía. Lo había visto en una película: si tienes antecedentes, no puedes serlo. Acto seguido les conté que mi novia acababa de morir de cáncer. Es más, se lo demostré, y les prometí que era la primera y la última vez que me metía en un lío como aquel. Les supliqué que no me quitaran mi sueño de ser poli y, al final, dejaron que me fuera con una multa.

Reconozco que en ese momento no me planteaba acabar como madero, pero esa idea caló en mí de algún modo y ya no pude olvidarla. Tras años de vagar perdido en la tristeza sin que nada me interesara realmente, decidí prepararme la oposición para ingresar en el Cuerpo.

Había visto muchas orgías mirando porno, pero no me imaginaba a mí mismo participando en una. Al principio, el parecido de Sofía con Sara fue clave para que me obsesionara con ella y quisiera repetir, pero fue Charly quien me impresionó al demostrarme que algo iba mal en mi vida. Fue ese tío feliz y rico que se follaba a Sofía sin compromiso alguno cuando le apetecía el que me hizo ver que valía la pena luchar por tener una vida mejor.

Su interés por mí me halagaba. Y nuestra rivalidad por Sofía barra tonteo adictivo me arrastró a hacer cosas que nunca había pensado hacer… como follarme a un tío mientras él se follaba al amor de mi vida, ya no sabía si viva o muerta.

Fue una sensación apabullante. Cuando me deslicé dentro de él, creí que el mundo se abriría bajo mis pies y que me perdería a mí mismo en una montaña de prejuicios baratos. Pero no fue así. Más bien me produjo el efecto contrario. Me abrió los ojos a un mundo que desconocía. El mundo real. No el que nos han hecho pensar que lo es a base de cultura pop.

No me avergüenzo en absoluto de nada de lo que pasó anoche. Me considero un tío hetero, hecho y derecho, que está descubriendo una forma más de placer. Sin ninguna connotación emocional. Al menos, de momento.

Charly solo es un sujeto que me excita. Un mero gusto erótico surgido de una oportunidad que aproveché; como parte activa, me gustaría aclarar. Y cuando se me ocurrió buscar en san Google si era

una especie de monstruo por —gustándome las mujeres— haber tenido relaciones sexuales con un hombre y haberlo disfrutado tantísimo, di con un término que me dejó bastante tranquilo: heteroflexibilidad.

Al parecer, es más común de lo que parece. En un famoso estudio donde, en una escala del cero al seis, siendo el cero un estado en el que tu conducta y atracción sexual es estrictamente heterosexual, y el seis, una condición homosexual por completo, resulta que la mayoría (entre millones de encuestados) es de rango uno o dos. Esto es… que somos predominantemente heteros con incidencias o proyecciones puntuales de homosexualidad. ¿En serio? ¿La mayoría? Con todo, no me sorprende en absoluto, porque ¿quién puede culparnos de sentir atracción hacia determinada estrella de rock, actor o actriz o deportista de élite? En resumen, de desear a alguien a quien admiras.

Y a mí Charly me tenía obnubilado con su verborrea de abogado.

Otra cosa es que tuviera que drogarme y tenderme una trampa sexual para que diera el paso, aunque debo admitir que se lo montó muy bien.

Cuando Sofía huyó de la fuente de champán, la seguimos hasta una barra como dos neófitos hambrientos.

Charly no perdió el tiempo. Se colocó detrás de ella y le susurró algo al oído mientras deslizaba sus manos hacia el interior de sus muslos. Yo me apoyé al lado, de espaldas a la barra, y me crucé de brazos. Sofía me miró a los ojos trasluciendo lujuria gracias a las palabras guarras que Charly le decía.

—¿Sabes lo cachondo que me ha puesto verte comiéndole la boca a esa poli? —musitó él.

Yo sí lo sabía. Lo mismito que a mí.

El tándem Sofía-Keira había sido un KO a mi compostura racional. Estaba tan encendido que prefería no acercarme a nada o empezaría a frotarme como uno de esos perros salidos que no pueden evitar montar cualquier cosa para aliviarse.

—Déjame ver cuánto te has mojado cuando te ha besado así, Sofi —murmuró Charly enajenado, haciendo una incursión en sus bragas.

Sofía se arqueó, apoyándose en la barra, y tiró de mi corbata para acercarme a su boca. Jadeó entre mis labios al notar la mano de Charly haciendo de las suyas, mientras él escondía el rostro en su pelo

y soltaba un taco.

Sin pensarlo dos veces, arrasó mi lengua y no la paré.

Besarla bajo los efectos de esa droga fue como volver a tener quince años y explotar en los calzoncillos la primera vez que le metí mano a Sara. Lo sentía todo al límite de mis posibilidades. A putos niveles supersónicos. Y cuando palpó mi entrepierna me encontró más duro que en toda mi vida.

—Quiero que me folles ahora mismo —exigió en mis labios.

Y yo, que deseaba estar dentro de ella, me dejé arrastrar hasta la zona de juegos, sin saber la que ambos me tenían preparada.

Era un área destinada solo a actividades sexuales. Había muchos ambientes distintos y múltiples camas. Todo el mundo compartía espacio y me sentí más libre. No había servicio de bar, pero sí barra libre de condones, toallitas húmedas y vaselina a discreción.

Nos acomodamos en un sofá redondo, uno a cada lado de Sofía, y pronto le quitamos el papel de plata que llevaba de vestido casi de un tirón.

Empezamos a besarle los pechos y la boca. Ella se retorcía de placer al ser tocada con tanta veneración por dos hombres terriblemente hambrientos.

Noté que me desabrochaba el pantalón y me quité la camisa, pero me fijé en que Charly no se desnudaba todavía. Se dedicó a observarnos, a ser testigo de cómo Sofía me hacía sexo oral.

No lo entendí, pero tampoco era capaz de pensar mucho. Estaba siendo la mejor mamada de mi vida, y creo que su mirada de *voyeur* tuvo mucho que ver en ello. Me puso a mil ver a Charly jactarse de haberme convencido para ir al Dark Kiss, de que no me quejara cuando me ofreció drogas y de constatar lo dura que me la estaba poniendo su querida novia.

El ambiente era tan excitante y lo estaba sintiendo tanto todo que no pensaba en otra cosa que no fuera cambiar de postura y penetrar a Sofía con fuerza de una vez. La noche anterior seguimos un ritual parecido entre los tres. Hicieron que me tumbara, Sofía me montó, echándose un poco hacia delante y Charly la embistió a ella desde atrás practicándole sexo anal.

Fue una sensación demencial… Porque las salvajes embestidas de Charly eran las responsables de mover a Sofía dentro de mí. Es decir,

fue como si él me estuviera follando a mí a través de ella. ¡De locos!

Pero en el Dark Kiss las tornas cambiaron.

Cuando se cansó de mirar, Charly interrumpió los lametazos que Sofía estaba prodigando a mi miembro y empezó a besarla.

Mi boca se abrió alucinada al entender que lo había hecho solo para tener mi sabor en su lengua. Esa certeza en su mirada casi me lleva de cabeza al orgasmo.

Sofía aprovechó para desnudarle entre besos húmedos y cuando terminó él la instó a tumbarse en la cama. Para entonces, yo ya no podía más. Me había puesto un condón porque necesitaba meterla en caliente urgentemente y ya me daba igual dónde. Tal como lo había previsto Charly.

Al ver que se cernía sobre ella y empezaba a hacerle sexo oral, bloqueando con su cabeza mi destino final, casi me da algo.

¡¿Y yo qué?!

¡Ya estaba listo! Y hasta arriba de MDMA, atosigándome por sentir más.

Me proponía apartar a Charly para lanzarme en plancha hacia Sofía cuando, de repente, él me miró con intensidad, tiró de mi mano para atraerme hacia él y tuve que colocar una rodilla en la cama para no caerme. Quise apartarme de su retaguardia, pero de pronto noté una sustancia aceitosa en mis dedos. Era vaselina, y él mismo me la había puesto.

A partir de ese momento, todo sucedió muy rápido. Charly se embadurnó el trasero dejándolo totalmente deslizante y a mi disposición. Lo vi agacharse para meterse en Sofía colocándole las piernas por encima de sus hombros. Y entendí sin dudar lo que me estaba ofreciendo.

Juro que quise morirme.

Sobre todo cuando sentí que mi cuerpo tiraba de mí hacia el suyo. Fue algo instintivo y animal. Si hubiese estado sereno, quizá me habría parado a pensarlo, pero en aquel lugar, en aquel instante y en mi estado, me pegué a su espalda y me hundí hasta lo más hondo en él.

Con saña, como si quisiera castigarle por obligarme a hacerlo. Pero luego… Ay, luego…

Sentí una presión tan brutalmente gloriosa que tuve que apoyarme

en su espalda para no desmayarme de la impresión. Los gemidos de los tres se entremezclaron elevándonos a una nueva dimensión. Me volví loco, y empecé a moverme cada vez más rápido y fuerte. Tenía la sensación de que si llegaba al orgasmo explotaría como una puta supernova.

Oírles gritar al llegar al clímax desencadenó una oleada de placer dentro de mí que no creo que vuelva a sentir jamás. Fue impresionante.

Horas más tarde, cuando volvimos a casa, pude hacerle el amor a Sofía por fin a la antigua usanza. Y cuando Charly intentó que me mostrara pasivo, le deje claro que en mi culo no era bienvenido. Al final se conformó con tomar de nuevo a Sofía por detrás.

En ese momento supe que no quería volver a besar a Charly. Porque era capaz de hacerme cambiar de opinión… y de acera.

He entendido que la mente humana es muy amplia en lo que a preferencias sexuales se refiere. Pueden ser tan diversas como nosotros mismos seamos, pero el mundo de los sentimientos es un terreno totalmente distinto y el doble de grande.

Cuando me quedé dormido, me di cuenta de que me estaba enamorando como un idiota de algo que nunca podría ser.

Y al despertar lo he tenido todavía más claro.

—¿Te vas ya? —me pregunta Sofía adormilada aún, atrapada en el cuerpo de un Charly comatoso.

Ese abogado va a necesitar tres semanas para recuperarse de todo lo que se metió ayer. Es como un puto químico loco. Me dijo que mezclaba sustancias «para compensarlas», según él. Y le contesté que así es como crearon la bomba atómica. No entendí por qué se partió de risa.

—Dame un beso —me pide Sofía, mimosa.

Me arrodillo en una alfombra persa que valdría más que yo en cualquier subasta y la beso.

—Prométeme que nunca dejarás de quererme, pase lo que pase…

Es verdad. Anoche le dije… cosas. Tuve que admitirlo cuando me lo preguntó mientras botaba en mi vientre con una energía desquiciante que me provocaba un placer que apenas podía soportar.

—¿Qué sientes por mí, Ulises? Quiero oírlo… Quiero oír lo que tus ojos me gritan todo el tiempo —jadeó excitada.

Y… ¿qué iba a contestarle si llevaba más de una semana viéndola hacer toda clase de cosas adorables antes y después de nuestros encuentros fortuitos de cama? Cocinó para mí en mallas y una coleta mal hecha mientras hablábamos de mil temas. La vi ahogarse de risa en silencio. Atragantarse con una palomita. Se emocionó con una película. La vi llorar mientras se corría muy despacio contra mí después de decirle que me estaba enseñando a amar de nuevo. Le dije que la quería porque lo ves muy claro cuando estás acostumbrado a no querer ni necesitar nada.

—Nunca podré dejar de quererte —le prometo con tristeza y trago saliva con fuerza por lo siguiente que voy a decir—. Pero, del mismo modo, sé que nunca podré compartirte. Y no voy a volver a hacer esto… Tendrás que elegir, Sofía.

—Pensaba que te gustaba nuestro trío —musita con pena.

—Ha estado de puta madre, pero Charly me ha animado a ser mejor. A perseguir lo que quiero… Y ahora lo quiero todo, no solo ser el tercero en discordia mientras vosotros sois la pareja oficial. No me lo merezco.

—Ulises, ¡espera…!

Pero me voy desoyendo su petición.

No hay nada que Sofía pueda decirme que haga que lo vea de forma distinta. Sus palabras fueron claras la primera vez que le reconocí que estaba interesado en repetir, porque para mí no había sido un simple calentón, sino algo más.

—No te ofendas —me soltó entonces torciendo la cabeza con coquetería—. Me gustas mucho, Ulises, pero yo juego en otra liga… Me han dado una oportunidad única y no puedo desaprovecharla.

Era su forma de decirme que no me hiciera ilusiones porque su plan era casarse con un hombre rico. O con varios, los que le diera tiempo, para ir amasando su fortuna. Ya me la imaginaba… Con lo lista que era, pensé, enseguida reuniría pruebas suficientes de infidelidades; el vicio no distingue clases. Y no iba a renunciar a ello por el enamoramiento pasajero de un chico de barrio.

Paso por casa para una puesta a punto antes de ir a la comisaría, por si hay algo nuevo sobre alguno de los hilos de investigación que

seguimos. La gente que vigila a Xavier me mantiene informado. También hablo con los agentes que están vigilando a la madre de Ástor; les doy instrucciones y les digo que hoy necesito que estén muy atentos. Apenas tengo tiempo de comerme un sándwich de la máquina en mi despacho mientras compruebo la vida laboral de Sofía y me informo de cuánto tiempo estuvo trabajando en el Dark Kiss.

Se me pasa el rato volando. He de ir ya a buscar a la parejita.

Sé que va a ser tenso, porque creo que Keira también me vio con Charly. Ástor tirará de su discreción habitual, pero dudo que Kei lo haga porque carece de ella.

Me sorprende que sea él quien me abra la puerta. ¿Dónde está Carmen? Esa mujer es un encanto. Seguramente le habrán dado el día libre aprovechando que están solos. Ástor me saluda, pero no me mira a la cara. Me vale…

Lleva un traje especialmente elegante y una camisa con doble cuello. Confirmo que existen.

—¿Todo bien? —me pregunta cauteloso.

—Sí… ¿Y vosotros?

—Muy bien —admite.

—Me alegro.

—¿En serio?

Nos miramos por un momento. Ninguno de los dos añade nada. El silencio se llena con demasiadas frases proverbiales y todas vienen a decir lo mismo: «Tu colega me ha cambiado la vida, ¿sabes?».

Estamos de acuerdo.

Se oyen los tacones de Keira mientras avanza por el pasillo y se acaba el tiempo. Para odiarlos, parece haberse vuelto una experta en llevarlos.

En cuanto aparece nos deslumbra con un conjunto de noche muy especial. ¿En serio será capaz de volver a la normalidad después de haber conocido esta versión de sí misma o se quedará con Ástor para siempre?

Me recorre un escalofrío al pensarlo. Aun así, dudo que Keira deje su trabajo y se ponga a tener bebés. No es su rollo.

Viendo cómo se miran, la hostia va a ser considerable para los dos.

—Guau… —farfullo anonadado—. Pareces una maldita reina, Kei.

Lo digo porque la prenda podría pasar por un vestido palabra de honor largo de color negro, pero lo abraza una capa de tela blanca, a modo de bata, que parece unirse bajo el pecho y sube por este terminando con dos picos rígidos por encima del balcón de su escote. Dos líneas negras cortan la capa formando un óvalo para unificar el conjunto. Su melena negra, suelta y lisa refulge con un brillo espectacular. Se ha pintado los labios de rojo y lleva los ojos delineados. ¿Dónde está mi chica alérgica al maquillaje? ¿Volverá algún día?

—¿Te gusta? —me pregunta insegura.

—Estás preciosa —digo con sinceridad.

Ástor me clava una mirada en toda la cabeza, pero no dice nada. Se nota que él ya la había visto porque si no, estaría desmayado en la alfombra.

Keira se pone las manos en la cintura como si fuera a echarme la bronca y dice:

—Ástor, ¿nos dejas hablar un segundo a solas, por favor?

El aludido se va en silencio. En cuanto se cruzan, la mirada de Keira cambia a otra más gamberra y se acerca lentamente a mí.

«No, por favor…».

—¿Qué tal anoche con Charly? —pregunta directa con picardía.

—Prefiero no hablar del tema, Kei.

—Os vi besaros. ¿Te gusta? Solo quiero saber eso.

—Si no me gustara, no lo habría hecho.

—Vale, genial. Es que no sabía que te gustaran los hombres.

—Yo tampoco. Es la primera vez que hago algo parecido.

—¿Qué hiciste exactamente? —pregunta muerta de curiosidad.

Tuerzo la cabeza y me callo. Lo peor que puedo hacer, vamos.

—¡¿No me jodas?! —dice con los ojos muy abiertos—. ¿Follasteis?

—Yo a él —aclaro serio—. Estaba drogado y me dejé llevar.

—Dios mío… —Se tapa los ojos, divertida—. Mejor no te cuento lo mío… ¿No crees que nos estamos dejando llevar demasiado? —pregunta con miedo.

Y me alivia que sienta lo mismo. También que parezca preocupada. Porque lo es. Muy preocupante. Los dos estamos en una situación de la que sales escaldado.

—Es posible —admito—. Pero es difícil mantenerse al margen de

sus locuras cuando estás interactuando con ellos. ¡Te seducen con mil argucias!

—Dímelo a mí… Hoy hemos estado en la finca de los De Lerma todo el día. Hemos montado a caballo, comido allí y ha sido…

—¿Qué?

—Maravilloso. Demasiado maravilloso… No puedo evitar pensar que el mundo real no es así; nosotros lo sabemos muy bien, Ulises. Es imposible que yo sea la prota de una maldita película romántica donde el amor lo puede todo… Porque no es cierto. Me incomoda ser tan feliz porque siento que es mentira.

—¿No estás cómoda vestida de princesa? —me burlo señalándola.

Keira revuelve los ojos y me empuja un poco el brazo. Ya ni siquiera le sale pegarme.

—Dijimos a Mireia que necesitábamos un vestido para la fiesta de la final del torneo y se ha tomado la molestia de confeccionar ella misma uno inspirándose en el ajedrez. Voy de dama negra, solo que me he comido a la blanca —dice levantando las cejas maliciosa.

—Estás guapísima, de verdad. —Sonrío.

—Ya, pero no puedo ir vestida de gala todos los días… ¡y esta gente lo hace! Echo de menos mis vaqueros.

—El miércoles por la tarde los llevaste.

—¿Por qué eres así, Ulises?

—¿A qué te refieres?

—¡Más femenino que yo! Fichas mi ropa, te lías con tíos, usas acondicionadores caros…

Mis ojos se vuelven dos rendijas cuando noto su tono vacilón.

—¡Es broooma! Estoy gratamente sorprendida, la verdad.

—No lo estés tanto. No volveré a hacerlo. Ha sido una locura aislada. He dicho a Sofía que no quiero compartirla más, pero ella tiene muy claro el tren de vida que desea llevar.

—Ya… —dice apenada.

—¿Y tú? ¿Lo tienes claro con Ástor? ¿Qué pasará cuando termine el torneo y no cumplan con la amenaza de matarle? ¿Hasta cuándo vas a seguir con él?

—No lo sé —dice cohibida.

—Tendrá que contratar seguridad privada de verdad y seguir con su vida hasta que demos con alguna otra pista… No podemos

dedicarle más tiempo.

—Lo sé… Voy paso a paso. Día a día. Mañana, ya veremos.

—¿Estás enamorada de él? —pregunto casi sin aire.

Que no lo niegue enseguida me da la respuesta y, aunque ya lo sabía, me entristece mucho el sufrimiento que le espera.

—Dice mi madre que se me pasará —musita esperanzada con los ojos vidriosos.

La miro con más pena que nunca.

—Sé que apenas nos conocemos, pero…

—No me vengas con esas, Kei. Hasta yo lo he conocido bastante y no he estado tanto tiempo con él como tú. Poco habrá ya que no sepas. Al menos, sabes lo importante.

Keira inspira una gran bocanada de aire.

—Tenemos que irnos —dice agobiada—. ¡Ástor! ¡¿Nos vamos?!

Su novio aparece y abandonamos la casa. No sé por qué le ha pedido que nos dejara solos. Tiene cara de haberlo oído todo escondido al otro lado de la pared, porque está serio de cojones.

Ellos se van en el biplaza y yo les sigo de cerca en el Ibiza.

Cuando entramos en el club nos damos cuenta de que hay mucha más gente que los días anteriores. La gran final se presenta trepidante.

Nos encontramos con un Héctor nervioso. Creo que es la primera vez que parece el hermano mayor, en vez de Ástor. Va impecablemente vestido. Está muy guapo.

Mierda… ¡¿A que me van a empezar a llamar la atención los tíos?!

No. Simplemente salta a la vista que va más arreglado de lo habitual. ¡Punto pelota!

—¿Cómo estás? —le pregunta a Ástor—. ¿Mucha resaca, hermano?

—No mucha…

—Espero que te canses de ofrecer disculpas hoy, porque lo de ayer fue inaceptable —le advierte serio.

—Descuida, lo haré.

Entonces mira a Keira.

—Gracias por ir a buscarle… y por traerlo de vuelta sano y salvo.

Se hace el silencio como si esa frase trascendiera de significado

extrapolándolo mucho más allá de la noche anterior. Siete años más allá, de hecho.

Keira se agacha hasta la silla para acariciarle la cara con cariño y decirle que está guapísimo. ¿Veis? No es que yo sea… ¡nada de nada! Que tampoco sería un drama si lo fuera, ¿eh? Pero no lo soy.

A Ástor se le cae la baba a cubos observando a Keira. Si esto no termina pronto, sufriré un coma hipoglucémico. Y si eso no ocurre, no me escaparé de un buen infarto de miocardio por culpa de la imagen que ofrece Sofía.

Lo sabía…. ¡No me van los tíos en absoluto! Acabo de empalmarme. Como mucho, soy bisexual… ¿No dicen que todos lo somos? Pues listo.

Sofía va toda de rojo, labios y uñas incluidas, con un vestido que parece ese regalo de Navidad que siempre pides y nunca recibes. Lo digo porque lleva un lazo exageradamente grande sobre el trasero que le cae a modo de cola vestido abajo.

Esta gente no es real…

A su lado, un Charly completamente repeinado se coloca un cigarrillo entre los labios y maldice al recordar que no puede fumar aquí dentro. Acaricia la barbilla a Sofía para informarle de que sale a fumar. Ella sonríe y yo me muero.

No se besan, pero se miran cómplices, y él emprende rumbo hacia nosotros con un estilo que no tiene el resto de las personas que hay aquí. No es repelente ni engreído; la suya es una pose única que me gustaría tener a mí.

De pronto, nos ve.

—Eh, tíos… Me estoy agobiando un huevo con tanta gente. Salgo a fumar. ¿Alguien me acompaña?

Que me mire levantando las cejas no es casual. Me da la sensación de que todos me observan aguantando la respiración para ver qué respondo. Sería un momento perfecto para hacerle un feo. Sin embargo…

—Voy contigo.

Y aunque no la vea, tengo claro que la perra de Keira está sonriendo al recordar que ayer le peté el culo a este tío. Dios mío… ¡qué sensación más maravillosa! Sé que a muchos hombres heterosexuales les gusta que sus parejas les estimulen esa zona con

juguetes eróticos de todo tipo, pero yo nunca me he atrevido a dejar que me metan ni un dedo.

Charly ya se está encendiendo el cigarrillo cuando llego a su lado.

—Te has ido muy rápido esta mañana, Ulises —me dice antes de expulsar el humo y suspirar aliviado al proveerse de su ansiada nicotina.

—¿Por qué estás tan nervioso? —le pregunto interesado.

—No soporto las multitudes… La gente es muy lenta… y muy rica. Me alegro de que estés aquí. —Me ofrece el paquete de tabaco para que coja un pitillo y niego con la cabeza.

—Tú también eres rico.

—Soy el más pobre del lugar. —Se ríe—. Y el más divertido. —Me guiña un ojo.

—De eso no me cabe duda… Contigo uno no se aburre, Charly.

—Sofía está hecha polvo —me suelta de pronto para que entre al trapo.

—¿Por qué? —Aunque lo sé de sobra.

—Porque dice que vas a causar baja… Que te vas del equipo.

—¿Qué más da? Lo de ayer fue solo un amistoso contra los barrios bajos. Yo no juego en la liga oficial.

Charly suelta una risita por la comparación deportiva, pero me duele y voy a por todas.

—Podrías renunciar a ella… Tú puedes tener a cualquier chica, y lo vuestro no es nada serio.

—¿Crees que serviría de algo que la dejara? —pregunta tranquilo.

—No sé… —«¡Quizá sí!», pienso. Porque después de él, yo podría ser una buena opción. Antes, nunca…

—Sofía me gusta mucho —confiesa Charly, ensimismado—. No es una esnob y es bastante puta.

Vuelvo todo el cuerpo hacia él con un gesto brusco.

—¡Lo digo en el buen sentido! —Se da prisa en aclarar—. Es todo lo puta que me gustaría que fuera mi mujer algún día…

—Pues di mejor «sexualmente activa».

—A eso me refería.

—Ergo… todas las que son sexualmente activas son unas putas.

—¡Joder, dame un respiro, tío! Sabes a lo que me refería.

—Sí, pero un día tendrás un hijo que te oirá hablar así y le

parecerá bien que su mujer sea una estrecha porque, de lo contrario, sería una puta, lo que le condicionará a una infidelidad incipiente. Hay que tener mucho cuidado con lo que se dice si queremos que la sociedad avance, Charly.

—¡Joder…! Me apunto a criar un hijo contigo.

Pongo los ojos en blanco. Es cierto que es divertido. Y atractivo. Y huele que te cagas. Y… ¡Basta!

—¿Sabes por qué no tenía novia? —dice de repente—. ¡Por que el sexo se acaba! Pero estoy empezando a pensar que con Sofía no se nos acabaría nunca… Me lie con ella por primera vez hace tres años en el Dark Kiss. Para mí no es solo un capricho, siempre me ha gustado. Cuando Ástor la ayudó a conseguir una plaza en la universidad empezó a salir con Saúl, y me jodió vivo. Cuando cortaron, sufrí varios rechazos por su parte hasta que un día lo conseguí. Tu problema no soy yo, Ulises… Si me quitase de en medio, se buscaría a otro de primera división. Y no serías tú.

—Lo sé —reconozco bajando la cabeza, realista.

Sé que lleva razón. Y parece que a él le gusta de verdad Sofía. Encajan… Joder, encajamos los tres de maravilla, pero…

—Lo siento, pero no puedo ocupar el sitio que me tenéis reservado. Quiero más.

Charly sonríe y da una calada a su cigarrillo con ganas.

—Ya sé lo que es querer más. Yo inventé ese concepto… —dice, y le creo—. Pero estar con nosotros ya es «más» de lo que tenías, Ulises. ¿No estás de acuerdo?

—No niego que conoceros ha supuesto un antes y un después para mí, pero me queda una vida en blanco por delante. Estaré bien.

—¿Solo bien? —repite desafiante. Y se toma su tiempo para decir algo que me deje con la boca abierta—. Siempre he creído que si dejas de buscar la perfección, estás muerto.

Y lo consigue. Mentalmente, tengo la boca desencajada, de tan abierta que la tengo.

Maldito Charly…

—Te echaremos de menos —zanja casi molesto—. Y Ástor también echará de menos a Keira.

—Yo no los veo separándose cuando todo esto se resuelva —le traslado mis miedos para ver qué opina.

—Me sorprende que digas eso, Ulises.

—¿Por qué?

—Porque tú la conoces mejor que nadie. Y yo, aunque la conozco poco, sé que tarde o temprano huirá de él. Si fuera por Ástor, se quedaría con ella para siempre. Hacía que no lo veía así desde… ¡nunca! Keira también supondrá un buen antes y después para Ástor…, pero no durarán. Ella se alejará.

—¿Por qué crees eso? —pregunto interesado.

—Porque, al igual que tú, habrá condiciones que no podrá cumplir. Me cuesta cumplirlas a mí y estoy en el ajo…

—¡Chicos! —nos llama una voz femenina. Es Sofía—. Va a empezar. Si no entráis ahora, puede que luego no os dejen pasar.

Charly tira la colilla al suelo y la pisa. Si fuera amigo mío le haría recogerla con los dientes, pero lo hace sabiendo que, a la salida, la colilla ya no estará ahí. Alguien la habrá retirado. Eso es ser rico. Y lo demás son tonterías.

Entramos en el último minuto. Está a punto de empezar la partida.

Keira está preciosa y desafiante sentada a la mesa ante el cabrón de Xavier.

Desde aquí no oigo lo que se dicen. Esta sala es mucho más grande que la de ayer. Hay más gente y más pantallas en las que visualizar el tablero para seguir las jugadas. A mí, la verdad, me importa bien poco el juego. De ajedrez sé lo básico. Lo único que me interesa es que gane Keira porque para ella es realmente importante.

Ástor está muy pendiente, demostrando que también le importan mucho ambas cosas. Héctor está a su lado, con su clásica mueca triste. Su humor ha dado un giro radical desde que apareció la ropa ensangrentada de Carla. Y no me extraña.

De repente, me atraviesa un epifanía.

¡La persona que va contra Ástor tenía que saber lo del acuerdo entre Carla y Héctor! Quienquiera que fuera solo intentó usar la desaparición de ella para mantener al duque detenido en comisaría y que no pudiera participar en el torneo. Como nos saltamos el protocolo dejando que hiciera vida normal y asistiera al encuentro, el culpable cambió de táctica. Quiso asustarlo y desmoronarlo haciéndole creer que la había matado. Cuando no funcionó, amenazó a su madre, a Linda. ¡Quería echarlo de la competición a cualquier

precio! Deseaba conducirlo a un estado de nervios para que perdiera. Y lo consiguió.

Quizá sea cierto que esta noche todo termine.

Quizá Carla aparezca mágicamente después de cumplir su cometido, pero… ¿y si gana Keira? ¿Hasta dónde podría llegar una mente que ha sido capaz de montar este tinglado solo para herir a Ástor de algún modo?

Llega un momento en la partida en la que ya no entiendo nada. Cuando todas las piezas están ordenadas, todavía, pero luego me cuesta seguir el juego.

«Cada nuevo movimiento genera múltiples nuevas posibilidades», me dijo una vez Keira cuando yo la llamé «friki» porque se tiraba mucho tiempo mirando al tablero sin mover ficha.

Gracias a eso, ahora sé que, dependiendo de si Xavier gana o pierde, el responsable recurrirá a un plan B que puede ser peligroso para Ástor.

Quiero ponerme de pie y acercarme a él. Se supone que soy su seguridad privada. ¡¿Qué hago tan lejos de él?! ¿Y si alguien lo ataca? ¿Y si alguien saca un arma y le dispara a bocajarro?

Se oyen murmullos nerviosos y me fijo en las pantallas. Quedan pocas fichas, lo que significa que se acerca el final.

—¡Dios…! —grita de pronto Ástor.

Me llevo un susto de muerte. Por un momento, creo que alguien le ha clavado una daga de cuatrocientos años en un órgano vital. Pero entonces lo veo sonreír maravillado y reparo en que Keira también lo está haciendo. Son los primeros en darse cuenta de que «mi chica» ha ganado la partida.

Cuando los demás se percatan empiezan a aplaudir con fuerza y a ponerse de pie. Me pierdo la preciosa sonrisa triunfal de Keira, pero me centro en llegar hasta Ástor cuanto antes. Me cuelo entre la multitud en medio de un estruendoso aplauso y alcanzo mi destino justo cuando todo el mundo se mezcla como en una batalla campal.

—Ven conmigo —ordeno a Ástor apartándole del tumulto.

—¿Qué pasa? ¡Tengo que ir con Keira!

—¡No, Ástor! Espera… Preveo represalias. Quien esté detrás de todo esto acaba de perder. Hay que estar atentos.

—¿Qué va a hacerme? ¡Esto está lleno de gente!

—Precisamente. No se notaría nada. Puede hacerte cualquier cosa.

—Y si no me encuentra a mí, podría ir a por Keira —deduce serio caminando hacia el interior de la sala de nuevo.

Corro tras él y lo sigo, pendiente de que nadie se le acerque.

Cuando llega a Keira, la abraza y la besa preocupado.

—¡¿Dónde estabas?! —le pregunta ella.

Permanezco con los cinco sentidos en alerta. La gente quiere acercarse a ellos, pero intento hacer de escudo humano con educación mientras los escolto hacia la salida. Muchas personas han abandonado ya la sala y los conduzco hacia un lugar seguro.

Charly me pregunta qué ocurre al notar mi nerviosismo. Le cuento mis sospechas y mira alrededor, inquieto. Al menos alguien me hace caso.

Keira sigue flipada por la victoria e ignora mi psicosis.

—Vamos afuera —propone Charly, claustrofóbico—. Aún hay demasiada gente aquí.

Salimos a los porches donde hemos estado fumando antes y lo veo coger su teléfono.

—Sofía no me contesta… —murmura preocupado.

—¡No me lo puedo creer! —grita Keira todavía eufórica—. ¡Lo has visto! ¡¿Le has visto la cara?!

—¡Sí! ¡Joder…! ¡Ha sido increíble! Tú eres increíble. —Ástor la besa con devoción.

Pongo los ojos en blanco. ¡Siguen en su mundo de unicornios a cuadros blancos y negros!

De repente, caigo en la cuenta.

—¿Dónde está Héctor?

Nos miramos entre nosotros y un silencio maligno se apodera del ambiente.

—Vamos a buscarle —insto a Charly.

Ástor se pone pálido y reacciona.

—¡Voy con vosotros!

—No, tú quédate aquí —le ordeno—. Keira, toma. —Le doy una de mis armas—. Atenta a todo. Ahora venimos.

De repente, un coche negro cruza el aparcamiento a una velocidad inusualmente alta. A todos nos llama la atención y volvemos la cabeza.

—¡Son Héctor y Saúl! —grita Charly reconociéndolos.

—Se lo ha llevado. —No quería decirlo en voz alta, pero me ha salido sin querer.

Ástor echa a correr sin pensar, y Keira y yo lo seguimos. Su coche está más cerca y lo saca de un acelerón marcha atrás. Keira llega justo a tiempo para subirse en el lugar del copiloto. Yo entro en mi coche y arranco. Siento que me tiemblan las manos al meter la llave en el contacto. Cuando voy a salir, un coche me bloquea al paso y tengo que esperar.

—¡Maldita sea! —Golpeo el volante, cabreado.

Cuando por fin abandono el complejo, lo hago a toda hostia porque me doy cuenta de que los he perdido.

Intento pensar en frío. Me detengo a un lado del arcén y abro mi portátil para iniciar un programa que utilizo para monitorear teléfonos. Introduzco el número de Ástor; seguro que lleva el móvil en el bolsillo.

Un punto verde aparece en mi pantalla y le doy a «Seguir ruta». Arranco el coche a toda velocidad. Solo espero llegar a tiempo porque tengo la sensación de que van directos hacia una trampa.

ástor

35
No mires atrás

El rey es una pieza de pelea. ¡Úselo!

W. Steinitz

Nos vamos a matar.

Conduzco como un loco por la recta que discurre paralela a la finca del club. Está llena de pasos de cebra con badenes y me los como uno a uno. Solo rezo para no pinchar y no atropellar a nadie.

—¡Ástor…! ¡Frenaaa! —exclama Keira.

Pero no puedo. Veo el coche negro a lo lejos y tengo los ojos inyectados en sangre.

—¡No puedo perderle!

—¡Si nota que le seguimos intentará darnos esquinazo metiéndose en la autopista! ¡Hazme caso! Procura no llamar tanto la atención.

Piso un poco el freno porque el coche que perseguimos llega a un ceda el paso y también tiene que frenar. Gira a la derecha lentamente y aprieto el volante con las manos.

—No va a la autopista.

—Porque no nos ha visto. Síguele a una velocidad normal.

—Ulises tenía razón… ¡Esta es la represalia! ¿Cómo no me he dado cuenta del punto ciego que era Héctor? ¡Es el más indefenso! Y mi mayor debilidad…

—Tranquilo, Ástor, lo cogeremos.

Empieza a dolerme el pecho y a palpitarme rápido el corazón. Me lo presiono y Keira me mira preocupada. Pone su mano sobre la mía.

—No se va a escapar. Tengo el arma de Ulises.

Asiento y me esfuerzo por no perderle. Ha bajado la velocidad.

Veo que Keira se acerca el teléfono al oído.

—Hola. Sí. Vale… Ulises viene justo detrás de nosotros —me informa.

Su compañero acaba de decirle que ha solicitado refuerzos y que intentarán cortarle el paso interceptando el coche de Saúl de frente.

La cabeza me va a mil por hora pensando en que pueden estar haciendo daño a mi hermano en este mismo momento, y así se lo transmito a Keira.

—No le hará nada dentro de un coche. ¡Dejaría demasiadas pistas! Y luego tendría que quemar ese cochazo.

—Cuando Saúl se compró ese A8 le dije que era un coche de ministro y él me respondió que algún día pensaba serlo. Cabrón…

—Tranquilo, esto debe de tener una explicación.

—Si le pasa algo a Héctor me moriré, Keira… ¡Me moriré del todo!

—¡No le va a pasar nada!

Inspiro hondo para mantener la calma. Me preocupa que esté anocheciendo. En menos de un cuarto de hora estará oscuro y yo explotaré.

—Oye, Siri, llama a Héctor —digo en voz alta, agotando opciones.

Keira me mira y se mantiene en silencio mientras escuchamos los tonos de llamada.

Cada vez me acerco más al automóvil que perseguimos. Hasta pienso en adelantarlo y cruzarme en su camino para que se detenga.

Entonces me doy cuenta de adónde se dirigen.

—Van a su casa… —musito sorprendido—. ¡Saúl lleva a mi hermano a su casa!

Reconozco el camino. He estado en casa de los Arnau mil veces.

¿Se habrá arrepentido? ¿Habrán hablado? Saúl parece un chico la mar de razonable, excepto cuando se pone tonto, claro.

—¿Ástor? —contesta Héctor de repente por el manos libres.

—¡HÉCTOR…! ¡¿Estás bien?!

—¡Sí! ¡Me he tenido que ir corriendo!

—¡¿Por qué?! ¡¿Qué pasa?!

—¡Saúl y yo estamos siguiendo a Sofía!

Keira y yo nos miramos alucinados.

—¿Por qué? —pregunta Keira confusa.

—Cuando has ganado la partida, Saúl ha oído a Sofía hablando por teléfono. Y por lo que decía, le ha parecido que era con Carla.

—¿Qué ha oído Saúl exactamente? —insiste Keira.

—Sofía ha dicho: «¡Les ha ganado una mujer! ¡Lo hemos conseguido! El plan ha funcionado. Los De Lerma están desesperados». Luego se ha reído y ha dicho: «Me reúno contigo ahora y lo celebramos».

—¡Va a mi casa! —oímos a Saúl—. Seguro que mi padre le ha dado las llaves.

«Xavier, claro… ¿Ha tenido a Carla todo este tiempo?».

—Héctor, puede ser una trampa —le advierte Keira—. No entréis en la casa sin nosotros. No sabemos quién es el cómplice de Sofía.

—¡No puedo esperar! ¡Seguro que Carla está allí! —grita Héctor.

—No lo hagas, Héctor, pueden considerarlo allanamiento.

—No lo será —replica Saúl—. Es mi casa.

—Deja la verja abierta —le ordeno autoritario.

—Tú no estás invitado, Ástor —replica malicioso.

—¡Maldita sea, Saúl! ¡Esto no es un juego!

—Parad e iremos juntos —propone Keira—. Os estamos pisando los talones…

De repente, un coche se incorpora a la vía y tengo que frenar de golpe.

—¡Mierda!

—Lo siento, chicos… No podemos perder a Sofía —explica Héctor

—. Nos vemos allí, ¿vale?

—¡No! —exclamo furioso.

El coche de Saúl se aleja, pero, a estas alturas, nadie duda que se dirigen a la propiedad de los Arnau.

Al llegar allí, la puerta está cerrada.

—¡Maldito idiota! —rujo cagándome en Saúl, y salgo del coche pensando en cómo saltar la valla.

Keira me imita y trata de detenerme.

—¡Ástor, espera!

—¡¿Qué?!

—¿Y si esto es justo lo que quieren? ¿Y si Saúl está compinchado con Sofía? Esto puede ser una trampa para matarte.

—¡Mi hermano está ahí dentro! —grito alarmado.

—Esperemos a Ulises… Será más seguro entrar con él.

—¡No puedo!

—¡Y yo no puedo saltar el muro así vestida y con estos zapatos! —Se enfada ella—. ¡Nos visten así para que seamos inútiles, joder!

—Lo siento —digo esquivándola—. Tengo que entrar, Keira.

—¡Ástor, por favor…! ¡Si entras, será allanamiento!

—¡Será pollas! Dame el arma.

—¡Ni de broma!

—Bien, entraré sin ella.

Me desabrocho la camisa y me la remango para tener movilidad en los brazos y saltar el muro.

Keira se quita los zapatos de mala leche y me ordena que la suba a ella primero, recogiéndose el vestido hasta la cintura.

Cuando por fin saltamos, le indico que rodearemos la mansión y entraremos por el jardín. Con suerte, podré forzar la puerta corredera de cristal del porche.

Hay luz en la casa y al cruzar el jardín vemos perfectamente a Saúl agarrando a Sofía de los brazos en el interior de la vivienda. Héctor está al lado con cara de circunstancias.

—Déjame a mí —me ordena Keira al notar mi urgencia por actuar.

Siento que está a punto de darme un infarto. El corazón me palpita en las sienes y estoy loco por empezar a gritar el nombre de mi hermano, pero me callo cuando Keira se agacha y avanza con el arma en alto hacia el interior de la casa.

—¡¡¡Quietos todos!!! —grita poniéndose delante de mí y apuntándolos.

Saúl suelta a Sofía y se queda con las manos arriba, asustado al ver la pistola.

—¡Keira! ¡Qué bien que has llegado! —exclama Sofía, aliviada—. Justo a tiempo para el truco final.

Al oírla, Keira sigue apuntándola con el arma como si fuera una lunática. Porque es como ha sonado. ¿Qué ocurre aquí?

—¡¿Por qué sonríes?! —pregunta Keira—. ¡¿Qué está pasando?!

—Ahora te lo explico —dice Sofía tranquilamente—. ¿Puedes bajar el arma, por favor?

—No. Explícame qué coño es todo esto, Sofía —exige sin obedecer.

—He sido yo todo este tiempo. Solo quería dar una lección a los del KUN. Héctor y Ástor incluidos. ¡Y tú has sido mi mejor jugada! —Sonríe feliz—. Felicidades por ganar a esos neandertales… Les costará un tiempo superar que les ha ganado una mujer.

—Sofía, ¿qué has hecho…? —digo perplejo—. ¿Dónde está Carla?

—Lo he hecho también por ti, Ástor. Necesitaba que vieras la diferencia entre sufrir por algo y sufrir por nada… Estamos hartos de tus caras largas, y Héctor tuvo una buena idea con lo de las notas. Sin embargo, se quedaba un poco corta y tuve que meterle sangre.

Me quedo sin habla. «No, por Dios…».

—¡¿Dónde está Carla?! —pregunta Héctor, desquiciado.

—Primero baja el arma, por favor, Kei…

Keira la baja con expresión estupefacta, pero no la guarda y Sofía se conforma.

—¿Salgo ya? —De repente se oye una voz femenina.

Una que conozco muy bien. Héctor, Saúl y yo nos volvemos con cara de alelados.

—¡Síííí! —exclama Sofía.

Carla sale de un armario con una sonrisa culpable.

—¡Hola…!

El corazón me estalla como una palomita de maíz al comprobar que está sana y salva. Se me quita tal peso de encima que mi centro de gravedad se desestabiliza y me tambaleo contra el mueble más cercano.

Keira viene a socorrerme, creo que por pura pena. O preocupada al pensar que, definitivamente, me está dando un ataque.

Miro a Héctor, y su expresión denota que está a punto de escupir un pulmón.

—¡¡¡CARLA!!! —grita aliviado.

—Sorpresa… —musita ella tunanta—. Os la hemos metido pero bien, machotes…

Me cubro los ojos con una mano y hago un esfuerzo por no matarla yo mismo. Por no gritar hasta que se rompan los cristales. Por no llorar… ¿Todo ha sido mentira?

—Pero… —farfulla Héctor—. ¿Cómo has podido hacerme creer que estabas muerta? —pregunta incrédulo y herido.

—Quería que te dieras cuenta de lo que supondría vivir sin mí.

—¿Sabes cuánto he sufrido?

—Yo también. Renunciaste a mí, Héctor… y me dolió mucho. Quería que te dieras cuenta de lo que realmente significaba para ti…

—Joder… Pues ha funcionado. ¡Ven aquí ahora mismo…! ¡No quiero volver a separarme de ti nunca!

Carla corre hacia mi hermano sonriente para abrazarlo, y el alivio inunda mis venas de nuevo.

—¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho? —dice Keira, indignada —. Esto es delito, Sofía… Concretamente el artículo 457 del Código Penal: «Simulación de delito». La multa será considerable por la movilización que habéis causado… y podríais ir a prisión.

—No me importa. Alguien tenía que hacer algo… El KUN tiene que dejar ya de mercadear con mujeres —replica Sofía—. Y ahora que lo sabes, espero que no hagas la vista gorda como Ástor…

—¡Yo no hago la vista gorda! —me enfado—. Lo estoy intentando solucionar a mi manera.

—Pues es penosa —replica ella cortante.

—Estás jugando con fuego, Sofía —digo serio—. Joderle el negocio a esa gente puede tener un precio muy alto.

—Estoy dispuesta a asumirlo —afirma con chulería—. Y también tenía que hacer algo para que dejaras de actuar como un capullo. El caso de Carla habrá sido el de muchas Kaissa. Sabes que hay desapariciones, Ástor… Y no haces nada por impedirlo.

—¡¿Qué quieres que haga?! ¡No hay pruebas! ¡No tenemos

nombres concretos! Y el día que los tengamos, estaremos muertos antes de poder acusarlos. ¿Crees que no habría hecho algo ya si hubiera podido? —pregunto herido—. ¿Crees que soy como ellos?

—Solía pensar que no…

—Te he dicho miles de veces que no es fácil.

—Por eso necesitábamos ayuda profesional. —Señala a Keira.

Me froto la cara. Para mí este tema es un callejón sin salida. Siempre lo ha sido. Hecha la ley, hecha la trampa. El lado oscuro del KUN lo tiene todo estudiadísimo. Si descubriéramos algo, las chicas declararían que lo han hecho de forma consentida. Esto pasa hasta en los burdeles más sucios de trata. Las tienen amenazadas. Y resulta imparable.

—La mayoría de las veces todo es consentido —digo a Keira a modo de resumen—. Y hacer las preguntas equivocadas te puede acarrear más de un problema —añado con aprensión. No deseo que Keira se meta en esos asuntos tan turbios.

—Por eso quise implicar a la policía —alega Sofía, kamikaze. Como si eso fuera un límite infranqueable para el KUN—. Cuando Carla discutió con Héctor, vimos la luz.

—Te aseguré que funcionaría —interviene Carla, pizpireta—. Nada como sentirse amenazado de muerte para que aflore tu verdadera naturaleza. Siento haberte hecho sufrir tanto, Ástor —me dice juntando las manos—. Pero tu hermano no quería estar conmigo por no herir sentimientos que yo sabía que tú no tenías. Y me vi en la necesidad de tramar un plan…

—Eso lo entiendo, Carla —interviene de nuevo Keira—. Pero ¿por qué lo llevasteis más allá? La ropa ensangrentada, el ácido, la bomba… Porque fuisteis vosotras las que la pusisteis, ¿no?

—Sí… —musita Carla con expresión arrepentida.

—¿Qué clase de sádica hace algo así? —Keira está desconcertada.

—No fue idea suya, sino mía —admite Sofía en defensa de su amiga.

Keira la mira inquisitiva.

—¿Entiendes hasta qué punto esto ha sido una ida de olla? ¿De dónde sacaste la bomba? ¿Y el ácido? ¿Te parece lícito infligir un sufrimiento tan agudo a una persona haciéndole pensar que es responsable de un asesinato o asustarle haciéndole creer que alguien

quiere matarle? —pregunta mi chica retóricamente. Su voz esconde un matiz hiriente que no pasa desapercibido a Sofía.

—Necesitábamos un punto discordante para que la investigación siguiera adelante —responde más sombría que antes.

—¿Con qué fin? —le pregunto cabreado.

—Quería que los del KUN se pusieran nerviosos. Yo… —Sofía parece indispuesta. Sus ojos brillan amenazadores al no contar con el apoyo de Keira—. ¡Tenía que hacer algo! ¡No podían quedar impunes! —exclama rompiendo en un sollozo.

—Se te ha ido de las manos, Sofía —condena Keira negando con la cabeza.

—Lo sentimos mucho —dice Carla apocada—. Pero también has conocido a Keira, Ástor. Sofía me contó que era una mujer con potencial para derribar tus defensas, aunque yo no creía que tanto. Le has ayudado muchísimo a sobrellevarlo todo —le dice ingenua.

«¿"Ayudado"? Dios mío…».

No quiero ni mirar a Keira.

¡Lo que ha ocurrido es que nos hemos enamorado como dos incautos y ahora resulta que todo ha sido un montaje!

Todavía no me lo creo.

—¿Por qué estáis aquí? ¿Xavier os ha ayudado? —pregunto incisivo.

—Sí. Xavier estuvo encantado de hacerte tocar fondo, Ástor —responde Carla—. No quería que te perdieras a ti mismo en la depresión como le pasó a tu padre.

Me muerdo los labios y miro a Keira. Supongo que imagina que nadie está al corriente de las circunstancias que rodearon la muerte de mi padre.

La veo sacar su teléfono para responder una llamada.

—Ulises… Sí. Todo bien. Ya he terminado. ¿Estas fuera? Espérame. Voy enseguida y te cuento.

Me muerdo los labios, preocupado. ¿«Espérame»?

Siento que lo que tenemos se despega del mundo real como si estuviera unido con celo.

—Venga, volvamos al KUN. ¡Llevo demasiados días encerrada y la fiesta espera! —exclama Carla con inocencia.

—¿Estás de broma…? —La miro perplejo—. ¿Crees que estoy para

fiestas? ¿Crees que voy a perdonaros así sin más?

—¿Preferirías que estuviera muerta? —me reta Carla.

—No, pero estoy muy enfadado con vosotras… No puedo asimilar todo esto en un parpadeo y seguir la noche como si nada.

—Pensaba que esto serviría para que te dieras cuenta de que no puedes seguir desperdiciando tu vida —dice Sofía—. ¡Estás vivo, Ástor! Y tienes la obligación de vivir plenamente y morir saciado. ¿No te sientes aliviado?

Me froto la cara, malhumorado. Aliviado estoy, claro, pero…

—Además, ¡Keira tiene que ir a recibir el premio del torneo! —me recuerda—. Al menos te llevas eso por las molestias.

Keira y yo volvemos a mirarnos pensando que está completamente loca. ¿«Las molestias»? La tensión en la cara de la inspectora crece. Sé que está muy cabreada. La conozco. Y esa frase ha encendido su motor de la mala leche al tildar nuestro inesperado enamoramiento como «una ligera molestia» que se supera con una noche de fiesta y pelillos a la mar.

—Saúl, ¿tú lo sabías todo? —pregunta Keira en tono acusador.

Viendo su cara, casi me da pena… Y su silencio lo delata.

—Yo… Lo siento. Me pidieron ayuda y no pude negarme. —Suena avergonzado—. Siento haberla besado aquel día, inspectora.

La vergüenza barre la cara de Keira al recordarlo y se enfurece aún más.

—Pero ¡fue un placer…!, que conste en acta —intenta arreglarlo haciéndose el gracioso.

Lo atravieso con la mirada, y hace el gesto de cerrarse la boca y tirar la llave, después de decir: —Mejor me callo.

—Vámonos de aquí —apremia Héctor—, necesito una copa. Además, tengo planeado volver a secuestrar a Carla.

La susodicha Carla se echa a reír, y la sonrisa de Héctor me dice que va a ser una gran noche para él. Al menos una buena noticia…

—Voy saliendo —dice Keira, muy seria, y abandona la habitación.

La seguiría. Necesito hablar con ella a solas urgentemente, pero también con Sofía. Por eso me quedo y la enfrento.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le susurro dolido.

—Lo necesitabas, As… ¿Me odias mucho? Lo siento, en serio. De todos modos, Charly dice que ahora eres otro. No me pidas que me

arrepienta, por favor. Sé que me he pasado, pero…

—Te has pasado muchísimo de la raya, Sofi… Espera, ¿Charly estaba al tanto?

—No te enfades con él. Lo convencí porque también te quería de vuelta… Todos te queremos. Y sabes que lo que ocurre en el KUN no es ni medio normal.

—Eres demasiado idealista. Todavía no has aprendido que no basta con desear algo. Hay cosas que no pueden ser y punto.

—Eso decías siempre de ti mismo y mírate ahora… ¿Sigues hundido por lo que le sucedió a Héctor o ha pasado a un segundo plano?

Odio pensar que Sofía tiene razón. Pero es cierto que ahora mismo, que mi hermano esté en silla de ruedas me reconcome menos que nunca. Lo que me importa es saber que está vivo. Me he llevado un susto de muerte al pensar que lo habían secuestrado a él también.

Miro a Carla y su cara de rebeldía inocente me puede. ¡Está viva!

—Ya puedes cuidármelo bien —le digo refiriéndome a Héctor.

—¡Claro que sí! —exclama Carla, radiante—. No lo dudes.

Vuelve a abrazar con fuerza a Héctor, y ver la sonrisa culpable de mi hermano me hace feliz.

«Encima, no voy a poder siquiera cabrearme a gusto».

Entonces miro a Saúl.

—Lo siento otra vez —murmura antes de que acierte a reprocharle nada. Pero sé que no lo siente de verdad. Sigue guardándome rencor.

—Tendré que oírlo muchas veces para perdonaros a todos.

—A mí todavía no me has dado las gracias por lo de las notitas —replica mi hermano, socarrón.

—Sí, claro… Muchas gracias por hacer que me enamore como un idiota de la inspectora que llevaba mi caso. Me has destrozado la vida.

—Keira fue un golpe de gracia, ¿a que sí? —presume Sofía, la muy granuja—. En cuanto la conocí, sabía que te volvería loco, Ástor. ¡Me lo he pasado en grande con vosotros! Y Charly ni te cuento…

—Cuando lo coja, lo reviento —prometo—. Venga, vámonos.

Al salir al exterior donde están los coches aparcados, me siento extrañamente cansado por el estrés de la situación.

Encontrar a Ulises me tranquiliza un poco, aunque la expresión de su cara no sea muy alentadora. Trata a Keira como si fuera la víctima

de todo esto. Y se olvida de que yo también lo soy.

Me mira serio, pero no dice nada. A Sofía, sin embargo…

—Te felicito. Finges de maravilla ser guay, cuando en realidad estás loca.

—Sabes que contigo no fingía, Ulises.

—Y tú sabes que vas a tener que pasarte por comisaría, ¿verdad? —le espeta cabreado.

—Lo haré, pero ¿tiene que ser ahora o puedo ir el lunes a saldar mi deuda con la justicia?

—Cuanto antes mejor.

—Ahora Keira tiene que ir a recibir su premio. Son cien mil euros y un trofeo muy mono —dice en su particular tono convincente.

Ulises se lo piensa durante un momento.

—Te espero el lunes a primera hora —masculla severo.

—Yo no quiero ese premio —replica Kei con un patente mosqueo.

—Sí que lo quiere —rebate Ulises mordaz—. Os seguimos.

Keira se vuelve hacia él, y todos podemos oír lo que le dice, aunque no quiera.

—¡¿Vas a dejar que Sofía se vaya sin más?! Debería ir ahora mismo a comisaría, Ulises.

—Sube al coche, Keira.

—Pero…

—Vamos. Sube.

Ella se enfada todavía más, pero milagrosamente obedece. Me pregunto cómo lo consigue Ulises.

Mi chica abre la puerta del coche de su compañero, y me acerco antes de que se meta.

—Kei…, ¿te vienes conmigo y hablamos? —le propongo cauto.

—No es el mejor momento, Ástor —contesta Ulises por ella.

Lo ignoro a propósito y la miro a ella con ojos suplicantes.

—Keira, por favor… Tenemos que hablar.

—Estoy demasiado cabreada, Ástor.

—¿Conmigo? Yo tampoco sabía nada de esto.

—Ya lo sé. Es que… no me apetece tener esta conversación encerrados en un coche, ¿vale? Hablemos en el KUN.

—Venís al club, ¿entonces?

—Sí, nos vemos allí —responde Ulises, cortante.

Keira mira al suelo dándome a entender que por ella no iría ni volvería a vernos en su vida.

Asiento en silencio. No debo estropear más las cosas. Aun así…

—Keira —digo sin poder evitarlo; espero hasta que levanta la vista—. Para mí esto no cambia nada.

Me mira dolida, pero guarda silencio. Se sube al coche de Ulises devastada, y me voy cabizbajo hacia el mío.

Saúl se ofrece a acompañarme, pero no es el momento. No quiero cometer un delito con su cabeza.

De camino al club me voy envenenando al pensar en el engaño. No tanto por parte de Carla, que ha luchado por el amor de mi hermano, sino por todos los demás. ¿Tan hartos estaban de mi actitud depresiva?

Me he esforzado mucho por cumplir con las expectativas de ser el honorable duque de Lerma, ¿y ahora resulta que todos quieren que deje de ser un rancio y empiece a ser feliz? No caerá esa breva.

Además, hay quien no piensa igual. La cabeza visible de la institución del KUN no puede ser un puñetero loco inmaduro. Sé que a muchos les gustaría que fuera todavía más inhumano de lo que soy. Y alguien en concreto me dará la razón.

Llamo a mi madre con el manos libres y contesta enseguida.

—Ástor, cariño… ¿Cómo estás? —pregunta apesadumbrada. Y su tono me chiva que está al corriente de todo antes de que se lo explique.

—Mamá… Hola. ¿Tú lo sabías?

—Sí… Xavier me lo contó para que no me asustara, pero yo no estaba de acuerdo. Lo último que quería es que sufrieras más de lo que ya lo has hecho… Me dijo que necesitabas una…, ¿cómo lo llamo? Ah, una intervención. Me pidió que sacara una foto de la entrada del balneario y se la enviara. Yo… lo siento, hijo.

—Cuando me amenazaron con hacerte daño tuve tal crisis que rompí la mesa de cristal de Murano de mi despacho, mamá.

—Lo siento mucho, Ástor —repite—. No sé qué más añadir… Entiendo que todo el mundo eche de menos al chico que eras, pero tienes un pasado que ellos no entienden y nuevas responsabilidades. No les hagas caso. Sigue con tu vida como si nada.

—No puedo. Algo ha cambiado… Me he enamorado, mamá.

—¿Hablas de Keira? ¡A mí también me gusta! Me pareció muy graciosa e inteligente… Aunque tendría que renunciar a su trabajo como policía para dedicarse solo a ti.

—¿Por qué? ¿Qué hay más honorable que dar caza a delincuentes?

—Una duquesa es una duquesa, hijo… De todas formas, dejará de trabajar para cuidar de vuestros hijos, y luego seguro que no quiere volver.

—Mamá, eso no va a pasar —anuncio desolado—. Ni va a dejar su trabajo ni quiere tener hijos. Me lo dijo muy claramente.

—¡¿Cómo que no quiere tener hijos?!

—Lo que oyes.

—Eso sí que es un problema… ¡Y grande!

—Para una vez que encuentro a alguien…

—Tampoco estabas buscando, Ástor. Igual ahora que has cambiado el chip te abres a más gente y encuentras a alguien que encaje como duquesa.

—¡No quiero a otra! La quiero a ella…

—Ástor… Tu posición va más allá de una cuestión de amor. Tienes una responsabilidad vital, ¿vas a renunciar a ella por esa mujer?

Me quedo callado durante unos segundos, y noto la preocupación y la aprensión en su respiración. Teme que el antiguo Ástor tome el mando y deje tirada a la familia. Al apellido. Al título. A ella. Después de haber hecho lo que hice… o no hice.

—No —respondo solemne—. Te prometí un nieto De Lerma y te lo daré, pero yo decidiré cómo, cuándo y con quién… Y ahora mismo quiero estar con Keira, mamá.

—Nunca te pediría que renunciaras a ella. Mantenla contigo si te hace feliz, pero que ella tampoco te haga renunciar a ti mismo, porque eso no es amor. Si dices que no va a dejar su trabajo ni va a tener hijos por ti, tú continua con tu cometido también. Busca a alguien para formar una familia… Y si mientras tanto ambos deseáis seguir viéndoos, hacedlo.

Eso es horrible.

Juré que nunca tendría una amante como tenía mi padre, pero no veo otra salida. ¿Tengo derecho a pedir a Keira que renuncie a su vida

por mí? Y lo más importante: ¿ella lo haría?

Sé que la respuesta es no. Y también sé que no puedo perderla. No puedo ponerla entre la espada y la pared sin ofrecerle una alternativa. Porque es de las que moriría por hacer lo correcto. Más bien, nos mataría a los dos.

—Ya veré lo que hago —digo a mi madre, hastiado—. Estoy llegando al club, tengo que dejarte.

—De acuerdo, cariño… Y no te enfades con Xavier, sufre mucho por ti.

Pues no debería. Ya sufro yo por todos de sobra.

Intento serenarme porque vengo calentito y tengo que poner buena cara para que esto no se vuelva aún más vergonzoso de lo que ya es.

Voy a reivindicar mi autoridad con un buen discurso que les deje claro quién está al mando. Soy el presidente del club KUN y no puedo renunciar a todo por lo que he luchado durante años por fugarme al Caribe con una chica, aunque sea lo que más deseo en el mundo. Además, ella tampoco querría fugarse conmigo. Ya se sabe, el amor no basta para que una relación funcione… No en el mundo real.

keira

36
Pieza tocada

Si quieres hacer feliz a un amigo, déjate ganar.

DINA FOGUELMAN

—¡¿Cómo se atreven?! —grito furiosa.

Doy gracias por no haberme ido con Ástor, porque el brote de histeria del que estoy siendo víctima no es nada agradable.

Supongo que Ulises sabía que iba a explotar así y me lo ha impedido. Me conoce muy bien. Y es lo primero que me ha dicho en cuanto he bajado: «Desahógate conmigo primero».

—¡¡¡Se han burlado del sistema!!! —continúo a grito pelado—. ¡¿Esta gente se piensa que puede comprarlo todo o qué?! ¡Y seguro que les sale barato porque el juez que les toque será amigo de alguien que es su amigo! ¡¡¡Me siento utilizada, Ulises!!! ¡Y también insultada!

—Pensaba que estarías orgullosa de tus colegas feministas.

—¡Eso es lo que más me jode! ¡Que encima no puedo culparlas por querer parar los pies a esos asquerosos! Pero esto se ha convertido en un «el fin justifica los medios» a lo bestia! Y mi corazón ha sido el maldito medio, ¡joder!

—¿Has terminado? —murmura Ulises en tono monocorde.

—¡¡¡No!!! ¡Me han desgraciado la vida, Ulises! ¡Han hecho que me enamore de un tío inalcanzable al que pensaba que querían matar!

—Perdona, pero te has enamorado tú solita, nena.

—¡De eso nada! ¡Han creado una tesitura en la que era inevitable! Fingir ser pareja, dormir juntitos, que me toque con esas manos… ¡Me cago en la puta! ¡¿Quién podría resistirse?! ¡Ni siquiera tú te has resistido a nada de lo que te han ofrecido! ¡Me siento sucia! ¡Nos han mareado! ¡Incluso me han hecho dudar de mi inteligencia!

—Pero Ástor no tiene la culpa de nada.

—¡Me da igual! ¡Ástor es el más culpable por empezar algo que no puede terminar! —Me cruzo de brazos enfadada con él. O con el mundo entero, no lo sé.

—En eso estáis empatados. ¿No dijiste que sería «solo sexo»?

—¡Dije eso porque no podía ser nada más, evidentemente!

—Pues ya ves que sí, Kei. Aunque si lo tienes tan claro no lo alargues. Sería muy masoquista.

—Pero… ¡¿cómo le voy a decir adiós?! ¿Quieres que me muera? ¡Estoy tan enfadada que no puedo ni pensar!

Joder. JODER. ¡Joder…! En serio, ¿qué voy a hacer ahora?

Le quiero, pero es como si todo hubiese sido ficticio y provocado. Como si estuviera manchado, como si no fuera auténtico…

Quiero estar con él, pero la humillación por el engaño ha sido tan grande que… ¿cómo lograré mirar a la cara a cuantos lo rodean? ¡Nos han jodido!

—¿Qué voy a hacer ahora? —digo en voz alta, más calmada.

—La vida sigue, Kei —contesta Ulises—. Me refiero a la vida real. Igual así vestida, viviendo en ese casoplón y montándotelo con un tío como Ástor te cuesta verlo, pero en cuanto vuelvas a la realidad, a la comisaría, a tu casa, y te enfundes unos vaqueros, agradecerás haber cortado por lo sano. La «reina Keira» es solo una invención.

—No sé si podré hacerlo —farfullo mientras me masajeo las sienes

a dos manos.

—Tú misma lo has dicho, vuestra relación ha sido propiciada por la cercanía. ¡Os habéis peleado muchísimas veces en este tiempo! Y en el mundo real, si eso pasa dejas de ver a esa persona y punto, pero vosotros estabais obligados a «trabajar» juntos en este maldito circo y volvíais a engancharos. Hazme caso y pon tierra de por medio rápido, nena. Y si de verdad estáis predestinados, encontraréis el modo de volver a veros…, aunque sea en el torneo del año que viene.

—¡¿Estás loco, Ulises?! ¡¡¡No repetiré el año que viene!!!

—Pues te vendrían genial otros cien mil.

—No pienso quedármelos —zanjo asqueada—. Es casi lo que Ástor ha tenido que pagar por mí, entre la puja, el vestuario…, y voy a devolvérselo.

De repente, veo más claro que nunca que incluso nuestra primera vez fue una maldita transacción. Un engaño. Y lo pagó como hizo Richard Gere en *Pretty Woman*.

—Kei, de seguir juntos, ¿qué futuro os espera? —me plantea Ulises hipotéticamente—. ¿Él abandonaría su mundo? ¿Tú formarías parte del suyo? ¿Renunciarías a tu trabajo?

—¿Por qué uno de los dos tiene que dejar atrás su vida? —cuestiono.

—¡Porque las vuestras no encajan! Eso es de primero de *Barrio Sésamo*.

—Pues yo me perdí ese capítulo.

—Nunca coincidiríais, Keira.

—Sí, por las noches, en casa, como todo el mundo.

—Ástor tiene mucha vida social y tú tienes tus turnos. Sabías que esto era un disfrute momentáneo…, algo temporal.

—¿Y si yo dejará la policía? —suelto de repente.

Ulises me mira preocupado.

—¿Hablas en serio? —pregunta triste.

—Le quiero… —sollozo perdida. Juraría que es una razón de peso.

—Vale. —Traga saliva consternado—. Y… ¿crees que serías feliz?

—No lo sé, Ulises.

—Yo creo que no, porque dejarías de ser tú. Luego está el tema de tener hijos… Ástor debe tenerlos sí o sí, y tú no quieres. ¿Estás

dispuesta a cambiar de opinión sobre eso?

—No.

—¿Harás que él renuncie a ello? ¿A su legado? ¿A su apellido?

—No.

—¿Entonces…?

—Es verdad. —Cierro los ojos con pesar—. Lo nuestro no tiene ningún sentido. Lo tenía cuando estábamos implicados en un caso juntos temporalmente, pero incluso eso ha resultado ser mentira… ¡No nos une nada!

—Algo sí, el amor —me recuerda Ulises.

—Un amor que tarde o temprano se extinguirá —dice mi parte más lógica—, y que va a causarnos más problemas y dolor que otra cosa. Es mejor dejarlo aquí.

—Es lo que te he dicho desde el principio. Y yo haré lo mismo. Lo haremos juntos, Keira.

ástor

37
El enroque del rey

No hay nada más engañoso que las
jugadas que parecen naturales.

RICHARD RÉTI

Entro en el club y Charly viene hacia mí casi corriendo.

—¿Vas a matarnos a todos? —pregunta temeroso y serio.

—Mientras durmáis. Muy lentamente —respondo en el mismo tono sin dejar de andar y sin mirarle.

—Adelante, enfádate, estás en tu derecho… Pero no puedes negar que ha funcionado. Estas dos semanas has sido más tú mismo que en años.

Me paro y le clavo mi peor mirada. Sé que tiene razón, aun así…

—Eso no quita para que no hayáis jugado con mis sentimientos,

Charly.

—Era necesario… Si no duele, no se aprende.

—Y con los de Keira —añado señalando el verdadero problema. Entonces se da cuenta.

—¿Va a venir a por su premio? —pregunta apocado.

—Sí.

—¿Y Ulises?

Al decirlo percibo que la culpabilidad lo come vivo. Joder… ¡Me había olvidado de que al pobre lo ha mareado como han querido para despistarlo también y poder llevar a cabo esta maldita encerrona!

—Ulises está muy cabreado —lo aviso—. Y viene hacia aquí.

No me gusta lo que han hecho con él. Sobre todo porque a su lado lo mío con Keira también parece fruto del estrés artificial generado por la situación. Como bien dijo ella en su día: «Si yo no fuera la inspectora de tu caso y nos hubiéramos conocido…, digamos en…, no sé, en un torneo de ajedrez, ¿sentirías la misma atracción por mí?».

Y que todo haya sido mentira da sentido a esa perspectiva.

Continúo andando, y Charly me sigue como si hubiera caído en la cuenta a la vez que yo de la que le espera con Ulises en cuanto se vean.

Entro en la sala principal donde se hará la entrega de premios y reparo en que todo el mundo me mira. Genial.

—Necesito un whisky —digo en voz alta.

—Te lo traigo ya mismo —se ofrece Charly con rapidez.

Más le vale. Lo veo irse y me acerco al escenario en el que repartiré los premios. Hay un trofeo enorme para el ganador con un cheque de cien mil euros y otro de menor importe para el subcampeón.

Los invitados me miran sorprendidos cuando yo mismo enciendo el micrófono y los focos saltándome el protocolo de esperar a que lo hagan los técnicos. Coger el micro sin que un presentador me dé la entrada es algo impensable para la eminencia que represento ser aquí y más todavía para la excelencia que soy a pie de calle. Pero paso. Puede que sí empiece a ser un poco yo de nuevo.

—Señores y señoras… Buenas noches. Gracias por su paciencia. En cuanto llegue la ganadora del torneo, procederemos a la entrega de premios. Antes, no obstante, me gustaría decirles unas palabras. Creo

que se las debo, porque vaya días llevo…

Los presentes sonríen encandilados por mi tono cercano y chistoso.

—Han sido años difíciles para los De Lerma…, pero nos hemos sentido arropados por la comunidad del KUN y quería dar las gracias a todos. Espero poder celebrar esta noche el inicio de una nueva etapa llena de felicidad, porque juntos formamos una gran familia.

Todos me aplauden y vitorean, y veo que Charly se acerca a mí con dos vasos. Le cojo uno sin pensar y bebo sin cortarme un pelo. Sé que no estoy dando la imagen correcta al hacerlo con tanta ansiedad, pero es lo que deseaban, ¿no? Que fuera más natural… Pues venga.

—Ya están aquí —me susurra Charly, y atisbo a Keira entrando en el salón con Héctor, Ulises y los demás.

Cuando algunos ven a Carla acompañando a Héctor se crea un murmullo de expectación.

—Terminemos con esto —mascullo.

Vuelvo a encender el micrófono sin ningún tipo de ceremonia.

—Amigos, ¡acaba de llegar la protagonista de la noche! —exclamo sin saludos formales. A tomar por culo todo—. Keira, querida, ¿puedes acercarte al escenario?

Parece pensárselo un momento, pero finalmente accede. Ni se imagina lo elegante que está con ese vestido. Recuerdo la intrepidez con la que ha saltado el muro, y me muerdo los labios. Eso no lo hace cualquier mujer. Es una todoterreno. Sonrío cuando se acerca a mí, pero no me devuelve la sonrisa.

—Amigos, ¡mírenla…! —La señalo con orgullo para hacer que se ruborice—. Les puedo asegurar que ha sido un verdadero placer no haber ganado este año.

Se oyen risas por la posible doble lectura de mi frase. Porque el resto no sé, pero placer ha habido un montón.

—¿Dónde está Xavier Arnau? —pregunto acordándome de él.

—¡Estoy aquí! —se oye cerca. Y lo veo.

—Xavier, sube tú también a recoger tu premio, el del «perdedor», digo, del subcampeón… —Sonrío con guasa, y la gente se ríe alucinada.

Mi padrino sube al escenario tan sonriente como yo, pero no con malicia, sino encantado de verme de tan buen humor.

«¡Maldito sea! Cooperó con ellos…».

—Es broma, Xavi. Me dio una paliza, ¿saben? Es un excelente jugador —digo al público poniéndole una mano en el hombro, aunque le odie a muerte.

Él parece asombrado con mi cambio. ¡Ja! Que no cante victoria, cuando lo pille a solas, se va a enterar.

—Tú también eres un buen chico, Ástor, aunque muy malo jugando al ajedrez.

La gente estalla en carcajadas, y mi risa es auténtica ahora. Al momento tengo un flash de mis trece años, riéndome de la misma forma a su lado, pero fue la primera y la última vez que sucedió, porque fue a costa de mi padre y este me lanzó un vaso con hielos a la cara que me hizo daño. Xavier se quedó patidifuso y me fui corriendo. Y llorando. En ese momento me debió de clasificar como alguien a quien no tenerle respeto. Sin embargo, no era más que un crío.

Puede que sea un buen jugador, pero no es un buen hombre. Para mí siempre cargará con la culpa de saber que mi padre era como era y nunca lo detuvo.

—Quizá yo sea malo jugando al ajedrez, Xavi, pero todavía no tengo ningún premio de consolación en mis vitrinas —digo con chulería—. ¡Felicidades! —Le doy la mano—. Y ya, sin más dilación, les anuncio que es un honor para mí hacer entrega de este trofeo y este cheque a una mujer que se ha impuesto de forma magistral a todos los participantes sin haber participado en ningún torneo antes. Espero que sigas jugando y que sigas ganando muchos torneos, Keira. ¡Un aplauso para ella!

La ovación llega como una ola de euforia. Coloco una mano en su espalda y las ganas de besarla cuando me sonríe con timidez me atraviesan el corazón.

Ella se fija en mis labios y me dejo llevar pensando que probablemente sea la última vez que lo haga.

Nos hemos estado besando durante todo el torneo y la gente nos ha visto, así que aprovecho el revuelo del momento para atraerla hacia mí y besarla. Un beso casto que grita lo mucho que significa para mí.

Los decibelios de los vítores aumentan por un instante, pero Keira aparta la cara con una sonrisa vergonzosa y se acerca al micro. Todo

el mundo calla para escucharla.

—Para mí también ha sido un verdadero placer, Ástor… Y quiero aprovechar para darte las gracias por permitirme vivir esta experiencia y esta aventura… ¡Gracias a todos!

Los asistentes aplauden, y disimulo el extraño malestar que me ha generado oír la palabra «aventura».

¿Eso soy para ella? ¿Una aventura?

No es una mala descripción porque es lo que ha sido. Aun así, mi intención es que la aventura continúe.

Nos bajamos del escenario y nos mezclamos con el gentío. Vamos hacia nuestros amigos, pero no aguanto ni un minuto más sin saberlo. La detengo sujetándola del brazo con delicadeza y le digo:

—¿Podemos hablar a solas, Keira? Por favor…

Me mira hecha un mar de dudas y tarda unos instantes en asentir, como si esa conversación fuera su condena al patíbulo.

Tiro de ella con suavidad para sacarla de aquí, y que me parta un rayo si el lugar más cercano para hablar en privado no es la maldita sala de los tapices.

Una vez que entra, Keira no se vuelve enseguida hacia mí, sino que camina un poco, retrasando el momento de decirnos cómo nos sentimos, aunque yo ya lo haya hecho en la mansión de los Arnau.

—Tenías razón… —comienza de pronto.

—¿En qué? Porque la tengo muy a menudo —intento meterle humor a la situación.

Sonríe un poco y tuerce la cabeza. Me gusta que lo haga.

Mi cerebro parece haber hecho clic al captar un simple mensaje: «Sé tú mismo o alguien morirá». Y ahora no puedo parar… Había aprendido a callarme las bromas. A silenciar esa voz vacilona a la que todo le hacía gracia, incluso una ruptura, como es el caso.

Lo noto en la tristeza que desprenden sus ojos; va a cortar conmigo.

—Tenías razón en que esto no cambia nada, Ástor.

«¿Entonces…?».

Me acerco a ella esperanzado, pero se aparta de mí.

—Ástor, ha estado genial, pero…

—¿Te refieres a la «aventura» de *Dónde está Carla*?

—Me refiero a nosotros…, a lo que hemos compartido.

Ah. Eso… Al motivo por el que mis palpitaciones están a punto de partirme el pecho.

—¿Sabes las ganas de besarte que tengo ahora mismo?

Y no puedo ser más sincero.

Me mira devastada, porque sé que también las siente, además de miedo y un enfado monumental. Lo sé muy bien. Cientos de ideas sobre humillación, amor y futuro se están dando codazos ahora mismo en su mente, pero yo solo quiero hacer una cosa antes de ocuparnos de ese desorden y poner todas las cartas sobre la mesa.

Me acerco a ella de nuevo, junto nuestras frentes y la siento languidecer. Todo lo que no nos decimos es lo mejor del mundo.

Encajo nuestros labios con el beso más decadente y genuino que tengo, y sentir que se derrite en mi boca es…, a falta de una palabra que lo defina mejor, es la hostia. Porque me parece algo sagrado. Divino. Celestial.

Le sujeto la cara y la beso a conciencia, dándome la enhorabuena por haber sentido esto al menos una vez en la vida. No creo que vuelva a sentirlo.

—Ástor… —Aparta la cara, afligida.

Y se acabó.

Nos quedamos quietos. Muy juntos. Y me decido a mirarla por fin. El brillo delator de sus pupilas me pone en preaviso, pero no pienso caer sin luchar.

—Podemos hacer que funcione —digo agarrándome a un clavo ardiendo.

—¿Cómo? —pregunta desolada—. Todo ha sido mentira, Ástor.

—Lo que hemos compartido no lo ha sido. De hecho, ha sido lo mejor que he sentido nunca —sentencio firme—. Y no quiero perderlo. Quiero estar contigo, Keira… Tengo un plan.

—¿Cuál?

—Seguir con nuestras respectivas vidas…, pero juntos.

—¿Cómo se hace eso? —pregunta perdida.

—En secreto.

Esas dos palabras empapan sus esperanzas calándola hasta los huesos. Lo analiza como si no hubiera pensado siquiera en esa posibilidad y responde dolida:

—No puedo, Ástor…

—¿Por qué no? ¡Nos adaptaremos!

Me mira sin entender.

—¡La gente lo hace todos los días! —insisto.

—¿Tener amantes?

—A mí tampoco me gusta, pero el amor se abre camino sin importar una mierda nada… ¡Y ni siquiera estoy saliendo con nadie todavía! Podemos seguir un tiempo juntos, y si conozco a alguien…

—¿Te estás oyendo? —exclama incrédula.

—Es la única solución para que ninguno de los dos deje de ser quien es.

—Ástor, queda claro que ninguno va a cambiar su vida por el otro. Las parejas normales lo hacen. Se cambian de ciudad, de trabajo y de compañía telefónica, todo con el fin de construir un futuro en común, pero nosotros no lo tenemos. Tú necesitas una duquesa para casarte y tener hijos, y hacer eso no entra en mis planes.

—Quizá con los años cambies de opinión —digo abatido.

—¡No voy a cambiar de opinión! —zanja adusta—. Y tú tampoco. Esto no va a ninguna parte… Seguir solo nos haría más daño.

¿Más? No creo que lo que siento por ella pueda dolerme más que ahora mismo.

—No nos hagas esto, Keira… Danos tiempo para encontrar una solución. No me hagas renunciar a mis sentimientos ahora que acabo de recuperarlos.

Sus ojos se encharcan al ver el sufrimiento en los míos. Las lágrimas que caen por sus mejillas me queman a mí.

—Es mejor frenarlo ahora, Ástor —solloza—. Piénsalo bien… Piensa en la prensa y en el acoso que sufriremos. Piensa en tu madre. En tu título, tu reputación, tu edad… No quiero robarte más años con algo que no tendrá el final que tú quieres. Los motivos que nos separan siempre estarán ahí y nuestro comienzo siempre estará marcado por una mentira.

—Si piensas así, ¿por qué has llegado tan lejos estos días? ¡¿Por qué anoche me besaste como si te fuera la vida en ello?! —digo cabreado.

—Porque entonces la vida nos iba en ello —responde, dando completamente en el clavo.

Un silencio recorre la sala de los tapices, y siento un escalofrío

horrible. Lo que fuimos ya es un fantasma que acaba de pasar por mi lado, dejándome helado.

—Hemos permanecido juntos por el caso —remarca Keira—. Pensábamos que alguien en las sombras te perseguía y no entraba en mis planes abandonarte, pero ahora que sabemos que nadie te acecha deberías seguir con tu vida y tus planes… Y yo con la mía.

Siento un dolor indescriptible en el pecho. Es el final… La caída del telón que termina de partirme el alma.

—Pues ya está —zanjo conmocionado—. No hay nada más que decir.

—Te deseo lo mejor, Ástor. Tengo que irme… —Lloriquea.

Me quedo de pie, muerto en vida, mientras Keira se aleja de mí. Quiero detenerla, pero no tengo con qué y la impotencia me deja rígido.

De repente, se para y se da la vuelta.

La miro con el corazón en un puño.

«Dios… Por favor, que se lo haya pensado mejor».

—Si necesitas algo, llama a Ulises. Él se encargará de todo.

Presiono los labios para mantener a raya mis ganas de llorar.

Un «llámame si necesitas algo» hubiera estado mejor, pero me encuentro ante alguien que prevé con maestría cualquier jugada antes de que suceda.

—Adiós, Keira…

—Adiós, Ástor.

En cuanto desaparece, voy hacia la famosa consola en la que no llegué a hacerle el amor y me apoyo en ella, consciente de lo mal que estoy en realidad.

Esta vez no voy a culpar a la habitación… La culpa es mía. Llevo mucho tiempo pagando por mi errores y seguiré haciéndolo. La diferencia es que ahora tendré que poner buena cara, para no amargar a nadie.

Mi estado perpetuo de autocastigo vuelve a cubrirme como un manto oscuro pensando que me lo merezco todo. Por Marta Cuartero, por mi padre, por mi hermano… Tengo que aguantar el tipo ante cualquier desgracia que me suceda porque me lo he ganado a pulso. Este desengaño, también. Todo es poco para lo que he hecho.

Charly y Héctor han intentado derribar mi culpa metiéndome en

un problema serio y voy a darles lo que quieren. A todos. Será mi nueva condena. Una más cruel incluso que la anterior: tragarme mi destino fingiendo que no me estoy atragantando con él.

Les daré sonrisas y diversión, honraré el escudo de los De Lerma y traeré al mundo a un heredero… o a varios, mientras finjo ser alguien que no soy, cuando en realidad estoy podrido por dentro.

Por fin seré la viva imagen de mi padre.

keira

38
Tablas

El ajedrez es una guerra en un tablero. El objetivo es aplastar la mente del oponente.

BOBBY FISCHER

Ulises no abre la boca en todo el camino de vuelta a casa en coche.

Supongo que ya ha oído suficiente en el trayecto de vuelta hasta el club. He gritado muy alto y me he cagado en los muertos de todo el mundo. Pero también he tomado una decisión irrevocable: dejar lo mío con Ástor aquí y ahora. Y ha sido el sacrificio más doloroso que he tenido que hacer en mi vida.

—¿Estarás bien? —me pregunta Ulises cuando aparca delante de mi portal.

—Sí, no te preocupes por mí… Me voy a tomar unos días libres.

—Yo también —dice abatido. Sé que ha tenido una discusión corta y letal con Charly y Sofía antes de abandonar el KUN.

—¿Qué te han dicho Sofía y Charly? —pregunto con la boca pequeña—. ¿Te han pedido disculpas, al menos?

—No, porque aseguran que nada de lo que ha pasado entre nosotros ha sido premeditado.

—¿Y les crees?

—Sinceramente, me la pela, Kei. Se acabó.

Sin embargo, nunca había oído una frase más falsa en él. Está muy decepcionado, se lo noto. Su aura depresiva ha vuelto para quedarse.

Lo abrazo porque siento que es lo único que puedo hacer. Él me rodea el cuello y me retiene escondido entre mi pelo.

—Desintoxícate de él y de su mundo, ¿vale? —me dice preocupado—. Lámete las heridas y convéncete de que has hecho lo correcto. Te recuperarás de esto.

—Lo mismo digo, Ulises —mascullo con pena.

No nos soltamos durante un rato porque no queremos. Cuando finalmente me separo de él y me bajo del coche me siento aún peor.

Uso mis llaves para entrar en casa sintiéndome una extraña. Me alegro de que mi madre no esté, porque tendría que volver a justificar mi cara de drama cuando me viera tan desolada. Pero son las diez de la noche de un sábado, así que ella y Gómez deben de haber salido a cenar.

Me libro del vestido como puedo y cuando lo veo arrugado encima de la cama me choca lo mucho que desentona con el resto de mis cosas. De mi vida. Igual que Ástor.

Estos amores solo funcionan en las novelas románticas, donde ninguno de los personajes usa el retrete jamás, como debería ser lo normal, gracias al envidiable metabolismo que les permite tener un cuerpazo como los que suelen tener.

Lo que me recuerda que tengo que ir al baño…

Al terminar, me meto en la ducha. Estoy tan hundida que no tengo fuerzas ni para llorar.

Me perturba pensar que no volveré a verle. Pero eso no es cierto. Es mucho peor. Ástor no ha muerto y lo veré en las revistas, en las páginas especiales con las mejor vestidas de su boda, en la sesión de fotos de su primer hijo y en un largo etcétera.

«¿Cómo he podido colarme tanto por él en tan poco tiempo?».

Cuando me ha dicho «No me hagas esto», mi corazón ha empezado a pegarme por no poder darle lo que quería.

Puede que sus allegados intentaran devolverle las ganas de vivir, pero a mí me las han quitado.

Estaba muy bien sin sentir nada de esto. Era feliz en mi ignorancia, que sigue siendo mucha; aun así, me encontraba muy cómoda pensando que el amor estaba sobrevalorado y que yo no lo necesitaba para nada. Qué mentecata…

Salgo de la ducha y me envuelvo la cabeza y el cuerpo en sendas toallas.

Me pilla por sorpresa que no pueda ni vestirme. Que la capacidad de seguir haciendo como si nada me abandone de repente.

Me tumbo en la cama y me encojo sintiéndome fatal. No quiero llorar, pero Ulises se equivoca… Odio mi vida. Estoy odiando cada segundo que estoy sin Ástor.

Y tengo fuertes tentaciones de llamarle para suplicarle que se vaya de esa puñetera fiesta en la que le dolerá la boca de tanto sonreír sin ganas y venga aquí a rozarla contra mi piel todo lo que pueda.

Pero no serviría de nada.

Haga lo que haga, yo pierdo.

Este maldito *Jaque al duque* ha sido un jaque mate a mi corazón.

sofía

Epílogo

La vida es como una partida de ajedrez. Cada decisión que tomas tiene una consecuencia.

P. K. Subban

Seis meses después

Echo de menos a Ulises.

Desde que Keira y él desaparecieron de nuestras vidas todo ha ido empeorando por momentos.

Ástor antes me daba pena, ahora me da pánico… La sonrisa que ofrece últimamente es peligrosa. De las que prometen hacer una locura en el instante más inesperado.

Charly y Héctor parecen encantados con que se haya convertido en un déspota feliz que no se calla nada; ya no parece importarle el qué dirán. Se ha transformado en una de esas personas que pueden hacer lo que les plazca por ser quienes son. Está empezando a caerme

mal.

—Oye…, ¿estás bien? —le pregunté un día, cuando mencioné que iba a ir al cine con Keira.

Sí, seguimos siendo amigas, aunque me costó lo mío recuperarla.

A las semanas de desaparecer, me planté en su casa. Ulises me dio su dirección después de insistirle mucho en que quería devolverle algo que se dejó en mi casa.

Keira se sorprendió al verme y le dije que no deseaba perderla como amiga. Vale, lo admito: tampoco deseaba perder una posible conexión con Ulises. De todos modos, es cierto que la idolatro. Nunca he conocido a una mujer que destaque en un mundo de hombres… ni que tenga los cojones de renunciar a Ástor de Lerma y su legado. *Chapeau!*

Me dejó muy impresionada que hubiera gente que se permitiera el lujo de tener principios. Me trastocó, la verdad.

Pensaba que me encontraba en una posición privilegiada por codearme con los del KUN, pero Keira había renunciado a una vida de ensueño y no podía entenderlo. Me mosqueaba mucho porque su decisión de huir denigraba la mía de quedarme. Y sentía que necesitaba reafirmar mi determinación.

Terminé de sentirme mal cuando Charly me contó que Keira le había devuelto a Ástor los cien mil euros del premio del torneo. Hizo que los cincuenta mil que me había dado a mí de extranjis por guardar silencio me quemasen en la mano.

¿Desde cuándo era así? ¿Desde cuándo tenía escrúpulos?

La «operación Carla» nos cambió a todos, no solo a Ástor.

A partir de ese momento, se empezó a torcer mi mundo.

Después de que Keira ganara el torneo, las cosas mutaron. Ástor se esforzó por sugerir cambios a favor de la integración femenina en el club KUN, y a ampliar el poder y el respeto de las Kaissa gracias a las credenciales y notables habilidades de la suya. Cuanto más cerca estaba para mí la posibilidad de ser miembro del KUN, más dudas tenía de querer serlo. Algo no encajaba, necesitaba encontrar respuestas. Y la de Ástor cuando le pregunté si estaba bien al mencionarle a Keira y ver que le mudaba la expresión me dejó preocupada.

—Mejor que nunca… Gracias por tu interés, Sofía.

—A mí no tienes por qué mentirme, Ástor.

—No lo hago. Lo nuestro no tenía futuro y he pasado página, así de simple.

—Ir todas las noches al Dark Kiss no es pasar página.

—Pero ayuda —replicó con una sonrisa cruel.

Puse cara de pena y le insistí. Le recomendé que no se rindiera, que Keira merecía la pena… Sin embargo me paró los pies de forma cortante alegando que no me metiera en su vida porque no era asunto mío.

Pero sí que lo era… Porque Charly lo acompañaba muchas de esas noches y, aunque no tenemos una relación «oficial», me molestaba. Un día los seguí y no me gustó lo que vi. No es que estuviera celosa de que una doña nadie le comiera la boca, es que sentía que había renunciado a Ulises por él y se suponía que íbamos a dar un paso más en nuestra relación. Y lo dimos, sí…, aunque hacia atrás.

Eso hizo que me plantara en el piso de Ulises poco después. Le había echado un vistazo a la dirección de su DNI una noche que estuvo en mi casa… ¿Qué pasa? ¡Soy cotilla por naturaleza! Tengo complejo de Lois Lane, siempre ávida de información, y no pude evitarlo. Porque la información es poder y nunca se sabe cuándo te puede venir bien. A mí, más veces de las que recuerdo.

Había pasado un mes, y lo sorprendí volviendo a casa al terminar su turno. Le pregunté si me invitaba a un café y…, bueno, algunos lo llamarían «recaída», yo lo llamo «salto del tigre». Ya vamos por el tercero desde entonces. Todo a espaldas de Charly, claro. No obstante, la semana pasada se enteró y tuvimos una fuerte discusión. Que también acabó en un polvo salvaje, pero… teníamos que hablar. Hablar en serio de lo nuestro, porque yo le quiero. Charly da tres mil vueltas a todos los miembros del KUN, y no deseo perderle. Además, de cara a la galería estamos juntos, y si algún día me interesa de verdad ser miembro del club me niego a cargar con la reputación de que salga casi todas las noches por ahí sin mí.

—¡Ástor me necesita, Sofi! ¡Está fatal! —argumentó Charly.

—Según él, está perfectamente.

—¡Y una mierda! Te digo que cualquier día nos lo encontramos colgado de una viga. ¡No es broma, joder…!

Parecía realmente preocupado por su amigo, pero no se daba cuenta de que a la vez estaba dejando morir lo nuestro. O igual es que

le insuflamos más vida de la que tenía solo gracias a Ulises y a la «operación Carla», no lo sé.

Y hablando de Carla…

Nosotras también hemos ido a peor estos meses.

Me lo esperaba un poco porque es habitual olvidar a los amigos cuando empiezas una relación. Además, parece que Héctor y ella van en serio. Me explicó que todo era muy intenso y que estaban forjando un vínculo muy consistente, que son los que luego te ayudan a resistir las malas épocas.

Al principio, me contaba a diario todos los avances que ella y Héctor hacían en el terreno sexual, incluso cómo había perdido por fin su virginidad con él. ¡Muy fuerte…! El problema fue que empezó a ponerse celosa al notar la extraña química que, misteriosamente, empecé a tener con su novio.

¡Yo no hice nada, lo juro!

Es solo que Héctor y yo nos conocíamos desde hacía tiempo y siempre nos habíamos caído bien, pero cuando empezó a venir más por casa para ver a Carla la dinámica de nuestras conversaciones cortas y divertidas molestaba a la señorita porque se sentía incapaz de unirse y meter baza. Así fue como empezó a evitarme. Y a evitar quedar en nuestro piso con Héctor. Me sentí abandonada. Ella y Charly pasaban más tiempo en casa de los De Lerma que en la mía.

Cuando nos veíamos todos juntos y Héctor y yo nos saludábamos, a Carla le cambiaba la cara. Era muy incómodo. Los oía discutir en privado y me sentía mal por ellos.

¿No se daba cuenta de que Héctor estaba enamoradísimo de ella y que, precisamente por eso, era de los pocos hombres con los que podía ser yo misma y no tener que fingir modales de princesa Disney?

¡Yo era más como Lady Di! Una princesa rebelde de pueblo. Es decir, de las que mueren jóvenes y bellas por meterse en líos.

Ahora mismo mi vida es como una gran madeja de lana desordenada donde no se ve el principio ni el final, y he creído oportuno quedar con Carla en un rincón de la universidad que nos encanta a ambas para hablar. Es un espacio recogido entre dos edificios que me recuerda a los clásicos jardines secretos de Londres. Un sitio precioso y tranquilo por el que casi nunca pasa nadie porque te obliga a dar más vuelta, y hoy en día se ha convertido en nuestro

rincón especial.

Le he mandado una nota de voz por WhatsApp esta mañana citándola aquí. Quería que reconociera en mi tono mis buenas intenciones, que me creyera cuando digo que necesito recuperar a mi amiga urgentemente, porque mi vida acaba de sufrir un cambio radical y necesito consejo profesional… Pero no estoy segura de que venga.

Estoy tan nerviosa que llego diez minutos antes. Me toca esperar y desesperar sentada en uno de los bancos. Para convencerla, he dicho a Carla que tenía que contarle algo muy importante. Es uno de los descubrimientos más jugosos de los últimos tiempos. Algo que explica muchas cosas… y que puede abrirme paso en el KUN definitivamente, pero necesito que ella esté de mi parte para seguir adelante.

Estoy perdida en mi móvil cuando un golpe de viento trae hasta mi nariz una fragancia muy particular. Sé quién lleva esa colonia incluso antes de levantar la cabeza.

Elevo la vista y sonrío felicitándome por mis dotes de sabuesa.

—¡Hola…! ¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

—Hola —contesta con una cara extraña.

—¿Por qué has traído eso? —pregunto al ver lo que tiene en la mano—. ¿Y por qué llevas guantes?

—¿No es obvio?

Mi cara cambia cuando veo que alza la mano.

La sorpresa me paraliza de tal forma al asumir lo que está a punto de pasar que no puedo esquivar a tiempo el brutal golpe que me da en la cabeza con el objeto.

Lo peor no es el intenso dolor que siento expandiéndose por todo mi ser a gran velocidad. Lo peor es el crujido que he oído.

Un sonido trágico. El del adiós. Porque sé que acaba de abrirme el cráneo.

Mi mente sufre un cortocircuito mostrándome que no somos más que máquinas. Acto seguido, se me nubla la vista y siento que me desvanezco.

Noto la textura del banco posarse en mi cara. O será al revés.

Pierdo sensibilidad a medida que mi cerebro se va inundando de sangre sin remisión. Puedo notarlo. Me empapa por dentro y por fuera, y un líquido espeso se desborda de mis labios.

«¿Por qué…?», pienso asustada. Pero mi boca ya no lo dice por mí.

Una ola de frío se apodera de mi cuerpo, y sé que es lo último que pensaré en mi vida. «¿Por qué?». Menuda pérdida de tiempo, si ya sé por qué…

—No deberías haberte metido donde no te llaman, Sofía.

Y ahí está la respuesta. En el fondo, lo sabía. Siempre lo he sabido.

Nunca debería haberme metido en un mundo que no es el mío.

Keira hizo bien en huir de él. Fue más lista que yo.

Claro que ella es una verdadera dama.

Agradecimientos

Se me hace difícil condensar en solo unas líneas todo el agradecimiento que siento en estos momentos. Para que os hagáis una idea, es lo contrario a la página en blanco en la que no sabes qué poner: pretender citar a tanta gente en tan poco espacio es un reto que me colapsa.

De entrada, soy de las que cree que es imposible escribir una novela sin ayuda externa. Puede que no tecleen contigo, pero te facilitan tanto el poder hacerlo que resulta inevitable sentir que es un poco de todos al terminar.

De todos los que te animan cuando las palabras no fluyen, cuando te presionas a ti misma sintiendo que no será suficiente, cuando estás en racha y ves la luz. Cuando te escriben preguntando «qué tal» y te despides diciendo «menos mal que hemos hablado». Gracias por tanto apoyo y consideración.

La lista de personas a la que me refiero es extensa entre familia cercana, amistades antiguas y nuevas y una enorme comunidad virtual forjada libro a libro durante años en las redes sociales. Esta última es como una mano invisible que te toca el hombro cuando más lo necesitas. Siempre tiene una frase de aliento e ilusión cuando posteas tu estado de ánimo al ciberespacio. La gratitud que acumulo para con

todas ellas es incalculable.

Si tengo que sintetizar, quisiera dar las gracias por la confianza en general. La de mi editora, la de mis lectoras, la de muchas sonrisas y abrazos acompañados de «te lo dije» cuando les hablé de esta gran oportunidad. Siento que no os merezco y me ilusiona compartirlo con vosotros.

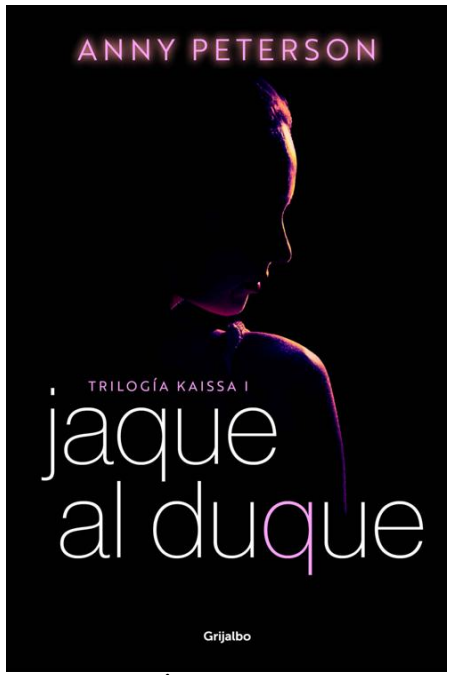
Sobre todo con mi pareja, Pablo, y mi lectora cero, Irene, a quien le he dedicado este libro porque se lo ha ganado a pulso. Ellos son quienes más han sufrido mis neuras durante el proceso de escritura y han sabido cuidar de mí a cada paso.

No puedo dejar de mencionar a Bego, mi canaria favorita, por su incalculable ayuda siempre y su envidiable inteligencia emocional. Eres mi gurú. No me faltes nunca, por favor. También gracias a mis Villanas, en especial a mi Comando Chip y Chop, por estar siempre ahí, apoyándome.

Y por último, gracias a mi madre, Inmaculada Casas Clotet, el motor de mi existencia, incansable e inagotable en su labor de facilitarme la vida y ayudarme a ser feliz.

Gracias a todos por construir mis sueños conmigo.

La trilogía más explosiva y oscura de Anny Peterson, la autora que causa sensación entre miles de lectoras de romántica.



Cuando el famoso aristócrata Ástor de Lerma, dueño de la universidad más elitista del país, empieza a recibir amenazas de muerte mediante notas acompañadas de figuras de ajedrez, proponen a la inspectora Keira Ibáñez, especialista en el juego, para llevar el caso. Sin embargo, la inocencia del atractivo duque pronto se pondrá en jaque debido a la misteriosa desaparición de una alumna del campus.

El afamado instinto de Keira hace que confíe en ese hombre que la desquicia a la par que la atrae irresistiblemente. ¿Podrá fiarse de su intuición o tal vez la seductora mirada de Ástor le está nublando el juicio?

Solo una cosa está clara: cuanto más se adentre en el mundo del duque, más le costará ganar esta partida a sus dudas y deseos inconfesables.

El juego ha comenzado.

Anny Peterson (Zaragoza, 1983), conocida en las redes sociales como Lady Fuxia, es licenciada en Arquitectura superior por la Universidad del País Vasco en San Sebastián y tiene un máster en Marketing, Publicidad y Diseño gráfico por la NETT Digital School.

Amante del cine y lectora acérrima, debutó como escritora de novela romántica en 2017 y desde entonces su carrera ha sido un éxito. Durante su infancia ya se divertía escribiendo y siempre tuvo el sueño de publicar un libro. Lo que no esperaba es que miles de lectoras se volcaran con sus historias y le permitieran dedicarse a la escritura a tiempo completo.

Penguin Random House Grupo Editorial
Primera edición: abril de 2023
© 2023, Anny Peterson
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Shutterstock, por las ilustraciones del interior Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imagen de portada: © Wojciech Zwolinski / Arcangel Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-253-6373-3
Compuesto en: leerendigital.com Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Jaque al duque

Prólogo
1. Lo imprevisible
2. El plan
3. La duquesa adecuada
4. El cubo de Rubik
5. El león amarillo
6. Una simple camiseta
7. Cuidado con el perro
8. Empieza el juego
9. El hámster
10. La única forma
11. Lo más creíble
12. Insinuaciones arriesgadas
13. Decisiones peligrosas
14. Un resultado explosivo
15. Huye
16. Tengo un problema
17. Miedo escénico
18. El precio del poder
19. Mentiras oficiales
19. Mentiras oficiales
21. Sospechas urgentes
22. Resurrección
23. Desgástame
24. La habitación maldita
25. El sacrificio
26. Jaque mate
27. Los niños están bien
28. Tiempo de descuento
29. Confesiones
30. Jaque al rey
31. La última esperanza
32. Dark kiss
33. Me dueles
34. La última vez

35. No mires atrás
36. Pieza tocada
37. El enroque del rey
38. Tablas
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Anny Peterson
Créditos

ANNY PETERSON

TRILOGÍA KAISSA II

dama negra

Grijalbo

dama negra

ANNY PETERSON

Grijalbo

Te quiero matar de amor.
Y no lo sabe nadie.
Nadie puede imaginárselo

PABLO LÓPEZ

keira

Prólogo

Aquellos que dicen que entienden el ajedrez no entienden nada.

ROBERT HÜBNER

Viernes, 26 de septiembre 9.00 h.

—Sofía Hernández Prieto, veinticinco años.

El forense pronuncia su nombre como si yo no la conociera. Como si nunca hubiera reído con ella, brindado con ella o besado sus labios para escandalizar a un duque.

Ver un cadáver nunca es agradable, pero tener delante el de una chica a la que recuerdo llena de vida, de ingenio y de fuerza es un duro bofetón de realidad que hace que mis seis meses de sufrimiento por romper con un hombre que ni siquiera era mi novio me avergüencen.

Aparto la mirada de Sofía sintiendo un fuerte dolor en el

estómago. Los recuerdos me provocan ganas de vomitar. Por él, por ella y por lo bien que estábamos todos entonces. La fragilidad de la vida siempre me revuelve las tripas. En un segundo brillas preciosa en una fastuosa fiesta con un vestido rojo más espectacular que el de Julia Roberts cuando va a la ópera en *Pretty Woman* y al siguiente estás en la morgue, desnuda.

Cuando llegamos al lugar de los hechos, la habían cubierto con una manta isotérmica de aluminio, pero ahora que puedo fijarme en detalle, el tono pálido de su piel, sus labios agrietados y lilas y su cuerpo ganando rigidez por segundos me crean un desasosiego que me cuesta disimular.

—¿Se encuentra bien, inspectora Ibáñez?

—Sí, sí…

¿Cuántas veces decimos «Sí» cuando queremos decir «No»?

Demasiadas.

Ulises ha preferido no entrar. Se ha quedado fuera, sentado en una silla con la cabeza entre las manos. Le he dicho que se marchara a casa y me ha mirado como si acabara de hacer un chiste.

No puedo, ni quiero, imaginarme cómo está. Al parecer, la última vez que la vio tuvieron una fuerte discusión y se presentó en mi casa de madrugada huyendo del cruel maleficio de seguir enganchado a una relación imposible.

Tendría que haber hecho como yo y alejarse todo lo posible de la Universidad de Lerma y sus ocupantes, porque ha sido volver a pisarla y que me ahogaran un millón de sentimientos que había enterrado diligentemente en un cofre en lo más hondo de mi corazón, como si fueran un tesoro maldito que debería estar oculto para que nadie pudiera caer nunca más en su embrujo.

Sensaciones y emociones de las que me había despedido de forma radical hacía tiempo, como quien deja de fumar por recomendación médica augurando una muerte prematura.

¿Quién ha matado a Sofía y por qué? Eso es lo que quiero saber.

Y lo más importante: ¿qué hacía Ástor de Lerma en el maldito escenario del crimen?

keira

1
Reencuentros fatales

Dos días antes

Supe que algo iba mal nada más oír el teléfono fijo del despacho.

Teníamos ese trasto casi de adorno; nadie lo usaba. Gómez solía escribirme un mensaje si era algo urgente, así que si llamaba era porque no podía esperar ni a que lo leyera.

—¿Sí? —respondí con miedo.

—Ha aparecido un cuerpo en el patio de la Universidad de Lerma. Afirman que es Sofía…

—¡¿Qué dices?! —me alarmé.

Ulises me miró preocupado a pesar de que él ignoraba lo que yo acababa de escuchar. Sin embargo, prefería clavarme un tenedor en la pierna antes que reproducir esa información.

—Id allí echando hostias… Quiero que llevéis la investigación vosotros. Esto huele a ajuste de cuentas del club KUN, y sois los únicos que conocéis todos sus entresijos. Daos prisa, la científica ya está en camino.

—Vamos para allá.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mi compañero nada más colgar, pero fui incapaz de responderle. Simplemente, no pude decirle que la chica con la que quería pasar el resto de su vida estaba muerta. De nuevo.

—Ha aparecido el cuerpo de una joven en la Universidad de Lerma. Tenemos que ir inmediatamente… La científica nos está esperando para el levantamiento del cadáver.

—¿La han identificado?

Era el momento de decir: «Sí… Es Sofía. Lo siento muchísimo, Ulises», pero mi garganta no juntó los fonemas y me fue imposible. Supuse que mi boca, esa en la que se resguardaría para soportar el dolor, no podía ser la misma que le diera la mala noticia. Tendría que enterarse de otra forma.

—No lo sé. ¡Vámonos ya!

Estos meses Ulises y yo nos hemos apoyado mucho mutuamente. Lo mío con Ástor no tenía vuelta de hoja. Se trataba del jodido duque de Lerma, y como tal, debía cumplir con ciertas obligaciones familiares. Lo nuestro no era viable. No podía dejar vacante el título que pertenecía a su padre y a su hermano. Sin embargo, lo de Ulises y Sofía era muy distinto. Ella sí podía renunciar a sus planes de dominación del mundo por una vida con amor, aunque nunca lo haría mientras siguiera obteniendo el cariño de Ulises cada vez que chascaba los dedos.

Por más que se lo señalara, mi compañero era incapaz de resistirse a ella.

Se había dejado convencer por Sofía para volver a tocarla, a probar su piel, sus labios… como una droga que te da un subidón momentáneo sin tener en cuenta que el bajón será tres veces peor cuando te priven de ella.

Y sus bajones me los comía yo, por supuesto.

—Te necesito, Kei… —susurraba enterrándose en mi pelo con lágrimas en los ojos.

Yo sabía lo que eso significaba. Ulises necesitaba que le hiciera olvidar a Sofía. Y también a Charly. Pero sobre todo a la persona en la que lo habían convertido. Una que se sentía extraña en su propia piel. En su ropa y en su vida… Y lo entendía demasiado bien, porque a mí me pasaba lo mismo. El problema es que yo ya no era capaz de acostarme con Ulises para aplacar su dolor, como hacíamos antes. El recuerdo de Ástor me tenía presa, y sentía incorrecto cualquier otro roce.

Yo también sufrí lo mío. El mono por haber renunciado al duque fue terrible, pero estaba convencida de que lo mantenía a raya. Hasta que lo vi de nuevo, claro.

No creáis que llevaba un maldito traje de tres piezas… Fue peor. ¡Iba de *sport*! Llevaba un pantalón chino azul marino con una camiseta del mismo color y un *blazer* marrón chocolate. Os juro que al verlo me tragué un chillido. Mi orgullo retuvo a la fuerza mi corazón tapándole la boca mientras se removía histérico, tratando de liberarse.

«Me cago en la leche… ¡Y yo pensando que lo tenía superado…!».

Siempre se me ha dado bien engañarme a mí misma, y por extensión, a los demás. ¿Qué más daba sentirme triste a todas horas, si no se me notaba? Recordaba cómo era estar bien y daba la impresión de estarlo. Al parecer, sin embargo, todavía quedaban vestigios de mi paso por la Universidad de Lerma…

Mantenía el tipo, pero, como Ulises, tampoco había podido volver a mi antiguo yo. Las semanas que pasé infiltrada en la vida del duque habían cambiado mi forma de percibir el mundo. Me costaba entender que todo había sido una manipulación, que muchos de sus amigos estaban al tanto de que era policía y que acepté infiltrarme como Kaissa con todas sus obligaciones; y sobre todo, que cediera a acomodarme en esa vida y en sus brazos dejando atrás mi profesionalidad policial… Me había enamorado. Pero no pude asumir las consecuencias.

Cuando llevaba tres días sin verle, nadando en la más absoluta agonía, escuchando canciones que me recordaban a nosotros, me llegó un paquete a casa con una nota suya.

Querida Keira:

Por favor, al menos quédate con la ropa. Es tuya.

Ástor de Lerma

¿No podía haberme mandado un mensaje al móvil para preguntar si la quería, antes de enviármela?

Me metí en nuestra conversación de WhatsApp muy cabreada. Apenas había unas líneas escritas que demostraban que todo el tiempo que estuvimos juntos recurrimos en contadas ocasiones a la dichosa tecnología. Nos enamoramos a la antigua, estando muy a mano y sin poder evitarlo… Y acordarme de cómo lo tenía memorizado hizo que me entraran ganas de llorar. Porque Ástor no era ningún **♠ASno**, al revés, en todo caso era un purasangre que no debía cruzarse con alguien del montón.

Después de cambiarle el nombre, vi que estaba en línea y mi corazón se saltó un latido. Había deseado encontrar un motivo para recordarle que seguía teniéndome al alcance por esa horrenda vía, pero me había resistido honorablemente.

Iba a escribirle que no quería esa ropa, que se la metiera por su ducal retaguardia, pero sería como escupirle un «no va conmigo, igual que tú», así que le puse:

Keira:
Me ha llegado la ropa. No creo que la use mucho a diario, pero gracias

Unos días después de que me contestara un rancio «de nada» con un desgarrador punto al final de la palabra «nada», me llegó otro paquete.

Cuando lo abrí y vi lo que era me quedé atónita. Estuve a punto de llamar a Ástor para insultarlo. Pero primero me lo probé… Lo siento.

Eran unos vaqueros preciosos de la marca Balmain, su favorita, y no tardé en comprobar en internet que costaban unos mil cuatrocientos euros.

¡La Virgen…! Con todo, el precio no era lo más aterrador. ¡Lo peor es que me parecieron hasta baratos de lo bonitos que eran! De talle bajo, con bolsillos laterales con cremallera y elementos texturizados en la zona de las rodillas… El sueño de cualquier adicta a los *jeans*.

Pero no podía quedármelos.

Keira:
Por qué me mandas unos vaqueros?

Lo mío nunca ha sido saludar y preguntar qué tal, mejor ir al grano.

Ástor:
Así podrás usarlos a diario

Keira:
No tenías que comprarme nada

Ástor:
Si no los quieres, tíralos. No voy a enterarme.
Solo quería que tuvieras algo mío que encajara en tu vida

No le contesté nada, porque ¿qué se contesta a ese roto?

Estuve veinticuatro horas pensando en mi siguiente movimiento. Sostuve los vaqueros sobre el cubo de la basura un par de veces, pero no pude dejarlos caer. Eran demasiado bonitos.

Muy bien… Si quería hacerme un regalo, perfecto, pero se lo devolvería con creces. Llevaba días mirando de reojo el cheque de cien mil euros que permanecía clavado en el panel de corcho de mi habitación. Todavía no había pisado la calle desde la final. Tampoco me había quitado el pijama. Solo deseaba sumirme en un estado vegetativo donde los hombres no existían y saturarme de helado de chocolate con *cookies*. Pero antes llamé a Charly y lo convencí para que me diera el número de cuenta de Ástor. No hubo mejor motivo para salir de casa que ir al banco a ingresarle el cheque personalmente. Así no podría devolverlo.

El resumen de todos los mensajes furiosos que me mandó fue un gran «¡¿ESTÁS LOCA?!». Incluso me llamó, pero no descolgué, solo le recordé por WhatsApp que nunca le devolvimos la cantidad que se había gastado pujando por mí y en la ropa extra.

Ástor:
Ya me lo cobré con creces

Keira:
Gracias por llamarme puta.
Deberías ver *Pretty Woman*

Ástor:
Eres tú la que me está devolviendo el dinero como si fuera el pago de lo que hemos compartido.
Te digo que no me debes nada

Keira:
Entonces estamos en paz porque follamos?
Tienes que ver esa película urgentemente, Ástor

Ástor:
Ven a verla conmigo.
Necesito verte

Keira:
Y yo necesito olvidarte.
Deja de mandarme paquetes, por favor.
Esto no nos ayuda a ninguno de los dos.
No quiero que me escribas más

Ástor:
Ok…
Voy a borrar tu número para no verme tentado.
Pero quiero que tengas ese dinero.
Lo ganaste limpiamente

Keira:
Fue por trabajo

Ástor:
Las cuentas del club deben mostrar transparencia.
Quédatelo y punto. Por las molestias

Keira:
Si ves la película, entenderás por qué no puedo coger ese dinero.
Bórrate mi número de teléfono cuanto antes, por favor.
Adiós

Ástor:
Ahora mismo lo hago.
Adiós, Keira

En fin… Un desastre dialéctico que solo nos acarreó más dolor.

Recé para que no apareciese en la puerta de mi casa con otro cheque, pero no lo hizo. Quizá entendiera lo gilipollas que fue Richard Gere cuando recordó a Julia Roberts que estaba «a su servicio» después de haberla besado en la boca.

De camino hacia el escenario del crimen, los nervios me pasaron factura. La situación iba a ser una bomba de relojería… No solo volvería a ver a Ástor después de varios meses, sino que temía la reacción de Ulises al enterarse de quién era la víctima.

No nos costó nada encontrar el lugar exacto; ya había dos coches de policía, una ambulancia y una cinta cercando la zona para alejar a los curiosos.

Al bajarnos del automóvil, todo sucedió a cámara lenta. Vimos a Carla manchada de sangre llorando en la parte trasera de un coche patrulla, a Charly apoyado en un árbol sujetándose la frente y a Ástor hablando con dos agentes dentro del escenario del crimen.

Ulises captó la información a la vez que yo y echó a correr por

puro instinto.

Cerré los ojos, devastada, y lo seguí un segundo después.

Sorteó la barrera con agilidad y llegó adonde yacía el cuerpo cubierto por la manta de aluminio.

Su cara se contrajo al reconocer las pulseras en el brazo que había quedado destapado. Ástor reparó en él y balbuceó alarmado:

—Ulises…

Sus ojos asustados se encontraron, y confirmaron a mi compañero sus peores presagios.

Avanzó hacia el cadáver con decisión, pero Ástor lo interceptó a tiempo chocando contra él, impidiendo así que retirara el cobertor y la viera.

—¡No…! —empezó a gritar Ulises, fuera de sí—. ¡¡¡No puede ser!!!

Ástor lo sujetó como pudo, llevándose golpes que iban perdiendo fuelle por momentos a medida que Ulises se sumía en la desesperación.

Pasé la cinta por debajo con los ojos llenos de lágrimas sin derramar al ser testigo de su dolor.

Un policía y un paramédico ayudaron a Ástor a controlar a Ulises y lo sentaron en otro de los bancos que conformaban el pequeño jardín circular donde Sofía yacía muerta.

Me acerqué a ellos sin establecer contacto visual con el duque. No podía enfrentarme a su mirada en ese instante; Ulises me necesitaba, de modo que me senté a su lado colocando mi mano en su espalda mientras él trataba de contener su pena con las manos en la cara.

En momentos así no hay palabras. Solo el tacto es capaz de expresar lo que necesitas decir de verdad. Que estás ahí, que lo entiendes y que compartes su dolor.

Lo consolé como pude, sintiéndome inútil, y cuando reuní la fuerza suficiente levanté la vista para encontrarme con Ástor.

Nuestras miradas conectaron en medio del caos, de la tristeza y de la ruina que suponía perder a Sofía. Percibí la amargura que empañaba sus ojos y me dieron ganas de abrazarlo y de que me abrazara, pero sabía que si lo tocaba la adrenalina bulliría en mis venas.

No hubo espacio para un «hola» o algo similar. Solo quise

transmitirle un «gracias» por impedir que Ulises viera a Sofía en ese estado. Porque su imagen lo habría perseguido de por vida, como le persiguió la de Sara en los últimos momentos de su existencia.

Yo, sin embargo, no iba a librarme de verla. Tenía que saber qué le había pasado, cómo y por qué.

—Quiero verla… —farfulló Ulises—. ¡Tengo que verla!

—No, Ulises. Es mejor que no —respondí—. Lo único que importa es coger a quien ha hecho esto.

Ulises volvió a patear el suelo, incrédulo; seguía en modo negación. La ira todavía no se había apoderado de él, pero miedo me daba cuando lo hiciese…

Para un policía, la muerte es una sombra que sobrevuela la vida de todo individuo, amenazando con posarse en él en el momento más inesperado. Vemos el peligro todos los días, por todas partes, y todavía os preguntáis por qué no quiero tener hijos y por qué trato de insensibilizarme de todo… Pero lo cierto es que estamos familiarizados con ese sentimiento de fatalidad. Y lo único que nos alivia un poco es poder hacerle justicia.

Le di un último abrazo y un sentido beso en la mejilla, y me levanté. Sobre mi tristeza ya se había instalado un manto frío de furia que lo inundaba todo contra quien había matado a Sofía tan brutalmente; no me había pasado por alto la cantidad de sangre que había en el suelo.

—Quédate aquí… —susurré, y volví a mirar a Ástor, pidiéndole que lo custodiara por mí.

El duque asintió perdido en mi cara, como si todavía no se creyese que me tuviera tan cerca y aprovechara para estudiarme con detenimiento. Ya debía de haberse dado cuenta de que el influjo de su querida asesora de belleza, Olga, había sobrevivido a mi normalidad.

No era un secreto que ahora me arreglaba más que antes. Ástor no perdió detalle de mi traje gris oscuro entallado y la camisa blanca que llevaba debajo. También se fijó en mi melena, lisa y algo más corta, y en la placa que colgaba de un cordón, junto con mi móvil, sobre mi pecho.

Lo vi inspirar hondo al reparar en el arnés de cuero negro donde reposaba enfundada la pistola.

«Deja de mirarme…», le supliqué mentalmente. Necesitaba

concentrarme y hacer bien mi trabajo.

Me acerqué a los agentes que vigilaban el cuerpo de Sofía y me informaron:

—Inspectora Ibáñez… Parece ser que el asesino dejó aquí el arma del crimen.

El agente señaló un objeto que yo conocía muy bien. Era el trofeo de Miss Madrid que había visto en su día en la habitación de Carla, aunque ahora estaba manchado de sangre en una de las esquinas de su pesada base.

—¿Qué se sabe? —pregunté con voz neutra.

—Que la encontró Carla Suárez, amiga de la víctima. Dice que todavía seguía con vida cuando llegó y que intentó socorrerla. Y que por eso estaba manchada de sangre. Habían quedado aquí, según ella, para hacer las paces… Nos han confirmado que el trofeo es de Carla Suárez. Y hay huellas en él. Estamos a la espera de que nos confirmen que coinciden con las de la detenida…

Levanté una ceja. ¿Por qué se habrían peleado Carla y Sofía?

Aparté la manta de aluminio para estudiarla y me quedé sin aliento. Sofía tenía una profunda hendidura en la cabeza producida por el terrible impacto de la base del trofeo. Solo una, pero muy violenta. Y me pareció raro porque, normalmente, en los crímenes pasionales el agresor suele repetir el golpe dominado por la rabia, pero este fue un ataque único, certero y premeditado.

Vi el iPhone de Sofía en el banco, como si se le hubiera escurrido de la mano al caer, y saqué de mi bolsillo una bolsa y unas pinzas para recogerlo.

La trayectoria de la herida sugería que el golpe se había efectuado de frente. Sin embargo, no había signos en sus brazos desnudos de haberse defendido. Es decir, que tuvo a su asaltante cerca y no se lo esperaba… Porque lo conocía y confiaba en esa persona.

—Tapadla —ordené devastada.

Mis piernas me llevaron ante Carla. Necesitaba hablar con ella. Sabía que me estaba saltando el protocolo y que no podía interrogarla allí, sin grabar la conversación y sin ofrecerle un abogado, pero todo apuntaba a ella y quería verle la cara y evaluar su reacción natural.

Apenas la conocía, por mucho que hubiera sido la protagonista de mi caso anterior con Ástor; aun así, no tenía muy buen recuerdo de

ella.

Cuando me vio, hizo un mohín y negó con la cabeza, llorosa.

No supe qué pensar. O era la mejor actriz del mundo o la palpable tristeza en su cara reflejaba un sentimiento genuino.

—Carla, tienes derecho a un abogado, pero me gustaría saber si…

—¡Yo no he sido! —exclamó nerviosa—. Cuando la he visto de lejos pensaba que estaba tumbada descansando, pero luego me he fijado en que había mucha sangre y… ¡No sabía qué hacer! ¡Aún respiraba, y me he asustado mucho! ¡Le he preguntado, pero no me ha dicho nada!

—¿Tú has traído el trofeo hasta aquí?

—¡¡¡Qué va!!! —gritó indignada—. ¡No sé de dónde lo han sacado!

—¿Quién ha podido cogerlo de tu estantería? ¿Quién ha estado en vuestro piso últimamente?

—¡No lo sé! ¡Nadie! Pero ayer perdí las llaves de casa. Y fue raro porque yo nunca pierdo nada, ¡y ahora creo que alguien me las quitó para incriminarme! ¡Tienes que ayudarme, Keira!

—¿Eres consciente de que seguramente tus huellas estén en el trofeo? —le advertí agorera—. Y es el objeto que ha matado a Sofía…

—¡Claro que habrá huellas mías! ¡Porque es mío! ¡Quien haya sido lo habrá manipulado con guantes, supongo!

Podría ser… O también podría tener esa excusa preparada.

—Joder… ¡No me crees! —Sonó preocupada.

¿Cómo iba a hacerlo? Lo único que sabía de Carla es que una vez me mintió fingiendo su propio secuestro. Nunca olvidaré su sonrisa triunfal al final, aun sabiendo todo el daño y estrés que generó a Ástor. Y, por extensión, a mí… por haberlo conocido.

—¿No has visto a nadie cuando has llegado aquí, Carla? ¿No había alguien cerca que puedas describirme?

—No. ¡Nadie! —Sollozó, derrumbándose—. Muy poca gente pasa por aquí y… —Empezó a llorar ahogando sus palabras.

—Vale, tranquila… Seguiremos hablando en comisaría.

—Yo no he sido, Keira, tienes que creerme —gimoteó—. ¡Sea quien sea, va a salirse con la suya si me encerráis a mí!

—¿Sofía te comentó si tenía problemas con alguien?

—No, pero últimamente no levantaba muchas simpatías entre los

miembros del KUN después de lo que hicimos… Además, decían que se estaba poniendo muy pesada con lo de ser el primer miembro femenino del club y estaba presionando mucho a Ástor… Habla con él.

—Lo haré.

—¿Vas a ayudarme? —preguntó ansiosa mientras se limpiaba la humedad de la nariz.

Le sostuve la mirada intentando vislumbrar en ella la verdad, pero no podía pasar por alto sus «antecedentes». Estaba ante la moraleja del cuento de *Pedro y el lobo*: de tanto mentir, al final nadie te cree cuando dices la verdad.

Mi confianza en Carla era nula. Sus métodos para recuperar el amor de Héctor unidos a la gran idea de destapar la mala praxis de los miembros del KUN y de reprobar a Ástor habían cambiado mi vida convirtiéndome en una mártir, y no iba a perdonárselo fácilmente.

Tragué saliva recordando la angustia en la que había estado sumida durante todo el verano; el peor de mi vida, con diferencia… Sobre todo cuando hace unas tres semanas, en pleno agosto, Ástor apareció en una revista de la mano de una rubia platino entrando en una conocida discoteca de Ibiza.

«¿Nueva novia?», rezaba el titular de la portada. Fue como tener que tragarme una bola de fuego llena de cristales.

—Encontraré a quien ha hecho esto, Carla —le dije convencida. «Seas tú u otra persona», completé mentalmente, y me fui de su lado porque no dejaba de pensar en Ulises.

Sin embargo, en ese momento vi a Charly y me acerqué a él.

—Charly…

Cuando levantó la vista del suelo, sus ojos enrojecidos me acorralaron con una expresión lívida. No quedaba nada de su guasa habitual en ellos.

—Lo lamento mucho… —formulé en primera instancia.

—¿Qué te ha contado Carla? —preguntó angustiado—. ¿Ha sido ella? ¿Cómo ha podido…? ¡¿Cómo ha podido hacerlo?!

Alguien ya estaba en plena fase de ira.

—Cálmate, por favor… —musité acariciándole el brazo—. Sé cómo te sientes, pero poniéndote así no vas a arreglar nada. Al revés.

—¡Es que no lo entiendo! —explotó. Su mirada era salvaje e

irracional.

—¿Sabes de alguien que quisiera hacer daño a Sofía?

—¿Tanto? No. Casi le partí la boca a algún que otro miembro del KUN por faltarle al respeto, pero, aparte de eso, solo me dijo que había discutido con Carla.

—¿Por qué discutieron?

—Al parecer, Carla estaba muy celosa de lo bien que se llevaban últimamente Héctor y ella. Y… ¡Dios…! ¿Crees que la ha matado por eso? ¿Cómo ha podido llevarlo tan lejos? ¿Se ha vuelto loca o qué? ¿Seguro que ha sido ella?

El histerismo de Charly me dio mucha pena. Era abogado. Su *modus operandi* era hacerse muchas preguntas, y tenía pinta de que no podría volver a dormir sin recurrir a medios químicos.

—Esto no lo ha hecho alguien que pasaba por aquí, Charly, ha sido premeditado. Tú eres quien mejor conocía a Sofía y puedes ser de gran ayuda… ¿Estás seguro de que no sospechas de nadie más?

Se pasó una mano por el pelo, pensativo.

—No sé, Keira… Sofía conocía a muchísima gente y de muy diversa índole: gente del Dark Kiss, del KUN, sus clientes de la web SugarLite… Son un montón de grupos distintos que no tienen nada que ver los unos con los otros.

—Vale. Vamos a interrogar a todo el mundo, pero a ti, el primero, ¿de acuerdo? No es nada personal, Charly. Solo pura estadística… El novio suele ser el culpable el ochenta por ciento de las veces…

—¿Hablas en serio? —soltó alucinado—. Joder…

—Solo dime dónde estabas hace una hora, Charly.

—Jugando al squash —contestó rotundo—. Tenía previsto reunirme con ellas al terminar el partido. Sofía me dijo que iban a hablar por fin y que me esperarían para ir a tomar algo juntos; juego aquí al lado. Keira…, cuéntame cómo ha sido, ¡no me han dejado verla! ¡¿Qué le ha hecho?!

La agonía que refulgió en su voz ante esa incertidumbre me dolió hasta a mí.

—Ha sido un golpe contundente en la cabeza… Muy rápido, sin duda. No habrá… sufrido mucho.

En cuanto lo dije, Charly se desmoronó de nuevo contra el árbol, como si precisara apoyarse en algo vivo. Pero lo que realmente le

hacía falta era un amigo.

Volví junto a Ástor para decirle que Charly lo necesitaba y se fue a buscarlo.

Me sentí impotente cuando llegó la jueza y se produjo el levantamiento del cuerpo. Mientras se lo llevaban en una funda negra sobre una camilla yo no podía dejar de barajar posibles alternativas al respecto de su asesino. Lo único que tenía claro es que aquello lo había hecho alguien que conocía bien a Sofía y a Carla y que sabía que habían quedado.

Cuando Ulises y Charly se encontraron cara a cara al irnos, se abrazaron sin dudar ni un segundo. Fue un momento desgarrador y silencioso en el que ninguno de los presentes dijo nada.

—Keira… —susurró Charly—. Por favor, tenme informado de todo lo que vayas averiguando.

Mantuve una expresión estoica en vez de señalarle lo poco profesional que sería compartir información confidencial con un presunto sospechoso.

—Quiero confiar en vosotros, chicos —empecé pragmática mirando simultáneamente a Charly y a Ástor—, pero Sofía conocía muy bien a su asaltante, y sois todos sospechosos hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Cómo? —protestó Ástor.

—¿Podéis demostrarme que no habéis sido? —dije locuaz—. ¿Tenéis coartada? ¿Cómo te has enterado tú, Ástor?

Si hubiera abierto un poco más los ojos, se le habrían caído al suelo. La expresión de congoja que cruzó su rostro por dudar de él me hizo polvo, pero era lo que había.

—Un alumno de la universidad ha venido corriendo a mi despacho en cuanto se ha enterado de lo que había sucedido; saben que siempre estoy allí a estas horas… He bajado y he encontrado a Carla en pleno ataque de ansiedad. Hasta se había orinado encima…

Todos nos quedamos callados ante el dato, aunque a mí no me sorprendió mucho; era muy habitual. Las personas reaccionan al estrés de formas muy distintas, y una de ellas es que tu sistema nervioso parasimpático relaja tus esfínteres al máximo para evitar que te dé un infarto al registrar una súbita subida de tensión. La primera vez que lo vi fue en una chica que acababa de atropellar a un niño. Se quedó tan

en *shock* que cuando salió del vehículo tenía el pantalón totalmente empapado y ni siquiera se había dado cuenta. También es común en personas a las que atracan a punta de pistola o de navaja.

—De acuerdo… —carraspeé—. De todos modos, Ástor, necesitaré ir a tu despacho para registrarlo a fondo.

—¿En serio?

—Si queréis que confíe en vosotros, demostradme vuestras coartadas ahora mismo. Sin excusas. Sobre todo si pretendéis que comparta información confidencial del caso.

Ástor y Charly se miraron circunspectos.

—Vale, bien… Iremos a mi despacho ahora —cedió Ástor.

—Y tú, Charly, ¿cómo te has enterado exactamente? —le pregunté directa—. Si habías quedado con ellas, ¿por qué vas así vestido? ¿No te cambias después de jugar?

—¡Esto es increíble…! —exclamó incrédulo.

—Solo dame una explicación. ¿Por qué no te has cambiado?

La tensión ascendió por momentos impidiéndole contestar enseguida.

—Al terminar de jugar, he ido a los vestuarios para ducharme y cambiarme. Lo primero que hago siempre es abrir mi taquilla para comprobar mi móvil, y he visto que tenía varias llamadas perdidas de Carla. También un wasap en el que me decía que viniera enseguida al «jardín secreto» porque Sofía estaba herida. He cerrado la taquilla con rapidez y he salido corriendo, por eso no me he cambiado y solo llevo encima el móvil. —Me lo muestra—. De todos modos, en la escuela de squash hay cámaras que me habrán grabado entrando, jugando y saliendo…

—¿Dices que la escuela está cerca?

—Sí, al final de esta avenida.

—Ulises, ¿cómo estás? ¿Pido a alguien que te lleve a casa?

Negó con la cabeza rotundo.

—¿Quieres ir a comprobar la coartada de Charly y nos vemos aquí en veinte minutos?

—¿No me crees, Keira? —preguntó Charly, dolido.

Nunca lo había visto tan serio. Sí, ya… Su novia acababa de ser brutalmente asesinada y yo estaba acusándole de ello, pero no podía caberme la más mínima duda sobre su implicación. No descartaba que

él lo hubiera orquestado todo a distancia. Tenía un buen motivo…

Sabía de buena tinta que Charly había sido el protagonista de la última discusión entre Sofía y Ulises. Al parecer, había descubierto con sorpresa que su novia seguía viéndose con mi compañero a sus espaldas. No habría ocurrido nada si el estatus de su relación siguiera siendo abierta, pero se ve que últimamente había cambiado. Charly le había propuesto ir más en serio y Sofía parecía tener dudas. Al final, la riña se solucionó acordando que los escarceos de Sofía con Ulises habían terminado para siempre.

—¿No quieres que encuentre al culpable? —pregunté a Charly, severa—. Pues déjame trabajar… Quiero vuestras coartadas hoy.

—Vamos —instó Ulises a Charly antes de que replicara algo más.

En cuanto se fueron, llegaron otros tres coches patrulla. Yo misma los había llamado, y se presentaron ante mí para seguir indicaciones.

—Peinad el campus de extremo a extremo —les dije—. Mirad en cada papelera y detrás de cada matorral. Buscamos un guante de látex o algo similar. Si veis cualquier cosa de plástico o un objeto con sangre, cogedlo también; este tipo de agresiones suelen salpicar. Quizá el asesino haya abandonado algo que lo delate. Dividíos por los posibles caminos por donde pudo huir tras la agresión. Si alguien encuentra algo, que me llame enseguida. Mientras, nosotros iremos a tu despacho —dije a Ástor. Y empecé a andar sin comprobar si me seguía. Lo hizo.

—¿De verdad sospechas de mí? —preguntó conmocionado, y sentí cómo me clavaba una mirada tensa y expectante.

—Sospecho hasta de mi sombra, Ástor… No te ofendas.

—Me ofende bastante, pero bueno…

—¿Tú crees que ha sido Carla? —quise saber.

Ástor se encogió de hombros, apesadumbrado.

—Sinceramente, espero que no… Mi hermano está colado por ella. Pero la encontré sobre el cuerpo, manchada de sangre, con el trofeo al lado y la mirada perdida. Así que…, no lo sé, Keira.

—Si ha sido ella, la haré confesar. Tengo un plan.

Pero la ingenua de mí no sabía que algunos planes se tuercen y terminan en beso…

¡¿A quién se le ocurre encerrarse con un tío como él en una habitación tan pequeña, llena de superficies en las que poder

arrinconarme?!

Nunca aprenderé.

ástor

2
La lista negra

Viernes, 26 de septiembre
12.30 h.

—Necesito verla… —me suplica mi hermano con desesperación.

—Keira me dijo que esperásemos a que nos llamara para ir a comisaría, Héctor.

—¡Ya han pasado treinta y seis horas! Ástor, necesito ver a Carla… ¡ya!

No puedo seguir reteniendo a Héctor en casa. Su novia está imputada por asesinato y, por lo visto, sus padres armaron un buen jaleo al enterarse de que pasaría la noche en el calabozo. Pero todas las pruebas la señalan como presunta culpable.

—Está bien… Vamos, Héctor.

No quería ir porque esperaba no tener que volver a ver a Keira tan pronto después de lo que ocurrió anteayer en mi despacho.

Al parecer, soy gilipollas profundo.

Cuando vi a Sofía muerta en ese banco, una grieta llena de lava se abrió en el suelo amenazando con convertir mi mundo en un infierno.

La aprensión me quemó vivo. El terror de Carla, la reacción de Charly, la reputación de la Universidad de Lerma… Y, sobre todo, lidiar con mi eterno complejo de culpabilidad.

Porque, sí, creía firmemente que Sofía estaba muerta por mi culpa.

Yo la rescaté de su antigua vida.

Yo la convencí para entrar en esta universidad.

Yo respaldé su campaña para postularse como el primer miembro femenino del KUN.

Y ahora está muerta… No hay más que decir.

Sin embargo, yo no había sido el artífice material. Y ya tenía una larga lista de sospechosos en la cabeza.

Para empezar, Sofi no caía muy bien a ciertas personas del KUN. Y eso que la mayoría de los miembros no se habían percatado del montaje del secuestro de la Kaissa… Decidimos no airearlo para mitigar los efectos. Hoy por hoy, el proceso judicial sigue en marcha con su imputación, pero si Sofía estaba en el punto de mira del KUN era porque me había presionado mucho para cambiar los estatutos internos y poder admitir por fin a mujeres. Sabía de sobra que a muchos no les entusiasmaba la idea.

Por otro lado, Héctor me había contado que estaba teniendo problemas en su idílica relación con Carla por culpa de Sofía… ¿Y si la discusión había llegado demasiado lejos entre ellas?

Por último, aunque no menos importante, no debía olvidar que una noche en el Dark Kiss, mientras Charly se morreaba con una chica con una violencia y unas ganas que llamaron mi atención, yo le había preguntado por Sofía.

—¿Ya no estáis juntos, Charly…?

—¿Por qué lo dices? —me contestó beodo.

—Porque te veía muy ilusionado con ella. Pensaba que habíais decidido ir más en serio… Y, de repente, te veo con otras.

—Siempre cuesta dejar atrás una relación abierta, es normal dar

los últimos coletazos, Ástor —expuso echando balones fuera.

—Mmm…

Miró al frente y bebió con calma de su copa.

—Sofía está con Ulises… —confesó—. Sé que está con él esta noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque rastreo su móvil con una aplicación de localización.

—Sois de lo que no hay… —Negué con la cabeza—. Vais de liberales, y luego sois los más celosos y controladores del mundo.

—Es al revés. Como no tenemos nada que ocultarnos, nos dejamos rastrear por el otro. Los dos nos concedimos permiso para hacerlo. Y lo usamos para darnos sorpresas y tener encuentros porno.

—¿Y por qué te molesta que Sofía dé esos últimos coletazos con Ulises?

—Porque no han contado conmigo… —admitió Charly con fastidio.

—Entiendo. —Sonreí.

—Podríamos estar los tres la mar de bien, pero Ulises pasa de mí.

—¿Tanto te gustaba? —le piqué.

—Tiene una buena polla. Keira la conoce muy bien…

Lo llamé «hijo de puta» y seguimos bebiendo tranquilamente.

En realidad, no sospechaba más de unos que de otros, pero Keira sí, y me lo dejó claro de camino a mi despacho.

—Lo que más me jode es que probablemente haya sido uno de vosotros… —masculló molesta.

Esas palabras me sacaron del trance bobalicón en el que me había sumido por tenerla tan cerca de nuevo.

Cuando apareció en el escenario del crimen lo hizo como un rayo de luz directo desde el cielo. Como cuando Rafiki enseña a Simba al resto de los animales y se crea un haz precioso que parte el viento y lo calienta todo. Me hizo sentir el puto rey otra vez…

Fue verla y esfumarse la eterna sensación glaciar de la que era víctima desde que Keira me dejó, incluso habiendo pasado uno de los veranos más calurosos que se recuerden. Y cuando reparé en que Ulises estaba a punto de cometer la locura de ver muerto a alguien a quien amas, me abalancé hacia él. Esas cosas no se olvidan.

Keira mantuvo una pose muy profesional durante el proceso,

mientras yo notaba que se me llenaba la boca de saliva, la entrepierna de sangre y el corazón de un anhelo enfermizo. Y eso con Sofía todavía de cuerpo presente. Fue una sensación demoledora.

Toda la situación fue demencial. Inverosímil. Ilógica… Incluso abrigaba la esperanza de que, en cualquier momento, Sofía se levantara gritando que era otro maldito montaje… Pero la cantidad de sangre que había en el suelo no dejaba lugar a la esperanza.

Dicen que el miedo a la muerte puede aumentar la libido. Que verla de cerca te hace sentir más vivo que nunca y desear reproducirte.

No sé si será verdad, porque para mí la muerte simplemente reordena tus prioridades y te recuerda que estás de paso en este mundo. Y, teniendo eso en cuenta, no sé cómo se me ocurrió meterme con Keira en mi despacho tratando de disimular lo mucho que nos había afectado que Sofía acabara de morir.

La miré incrédulo por acusarnos.

—¿Lo dices en serio? ¿Sospechas de uno de nosotros, Keira?

—Creo que sabéis más de lo que contáis, como siempre…

Me quedé apoyado en la puerta de mi despacho con las manos en los bolsillos después de cerrarla. Me parecía increíble tenerla tan a mi alcance después de lo mucho que había agonizado por ella. La había echado tanto de menos… Me había dolido tanto el pecho que a veces no entendía cómo seguía vivo.

En este tiempo, me he subido varias veces al coche con intención de ir a su casa, pero siempre terminaba llevándome de nuevo al interior de la mía, agarrado por los huevos.

Sentía un vacío insólito. E intentar llenarlo metiéndome entre las piernas de otras todavía lo acusaba más.

—Yo no he sido, te lo juro —declaré. Por si le cabía la puta duda.

—Eso espero, Ástor… —musitó distraída sin dejar de rebuscar en mi basura, en las estanterías y hasta en la maceta del rincón.

Que pronunciara mi nombre sin pensar me calentó la sangre. Siempre supe que Keira era una de esas personas por las que no pasa el tiempo. Esas con las que todo vuelve a ser como la última vez que las viste, aunque hayan pasado meses. Supongo que hay experiencias, miradas y besos que unen demasiado, que son eternos y nada puede destruirlos.

—Me jode que creas que he podido ser yo…

—¿Después de lo que Sofía te hizo hace seis meses? ¿Ya la has perdonado? Porque a mí me costó un mundo, Ástor, y lo tuyo fue mucho peor.

—Cometió un error… Pero todos tenemos derecho a una segunda oportunidad.

—Todos menos tú, ¿no?, que tienes que cumplir una condena eterna…

Me quedé sin habla. Pero Keira cambió de tema rápido, demostrando que lo único que le importaba era Sofía. No yo. A mí ya me daba por perdido.

—Háblame de cómo iba la cosa para hacerla el primer miembro femenino de los KUN… Seguro que te estaba volviendo loco.

—No creas… ¡Marchaba bien! Me presionó un poco para llevar a cabo una votación masiva y al final salió que sí. Tenía planeado cambiar los estatutos internos, aprovechando que este año se cumple el bicentenario del club.

—Bonita coincidencia… —repuso enigmática—. Necesitaré una lista con todos los que no apoyaron la candidatura de Sofía y votaron que no.

—Fue una votación anónima.

—Me da igual. Quiero esa lista, Ástor. Seguro que es un secreto a voces.

—De acuerdo, la confeccionaré. Dame tu e-mail. Ya no tengo tu móvil, ¿recuerdas?

—Mejor me la das en persona, así te ahorras tener que borrarlo después otra vez…

Al oír esa frase lacerante la atravesé con la mirada.

—Me dijiste que borrara tu número, Keira… ¿Acaso hice mal?

—En realidad, fue idea tuya. Y tampoco te costó nada borrarme de tu vida…

«¡¡¡¿CÓMO?!!!».

—Espera… ¿no era eso lo que querías? ¿Cortar por lo sano?

Que guardara silencio despertó algo en mi mundo. Una presencia. Empecé a oír unos golpes secos y contundentes que se acercaban a mí como si un jodido tiranosaurio rex viniera a devorarme vivo por volver a soñar con estar juntos.

Sin darme cuenta, me acerqué mucho a ella, rayado por lo que significaba ese silencio.

La vi observarme de reojo, temiendo mi nueva cercanía. No podía dejar de mirarla esperando una aclaración. Estaba tan guapa que dolía contemplarla, y su nerviosismo terminó de pulverizar mi paciencia.

Sumadle sus ojos paseándose sin permiso por mi cuerpo como si estuviera recordando lo que era capaz de hacerla sentir.

Notarla tan sensible a mí, con sus emociones tan bien atadas frente al resto del mundo, me dio un ápice de esperanza por el que luchar.

—¿Has pensado en mí, Kei…? —insistí acariciando su nombre—. Porque yo no he dejado de pensar en ti ni un solo día.

—¿En Ibiza tampoco? —replicó cortante.

—Apenas recuerdo haber estado allí. Estaba anestesiado.

—Xavier tenía razón… —dijo con inquina—. Te estás buscando la ruina, Ástor.

—Mi ruina fue enamorarme de ti.

La vi bajar la cabeza, apesadumbrada, y aproveché para acercarme todavía más a ella. Fue percibir su olor y recordar cien momentos. Esa mezcla entre el jabón que usaba y la fragancia que fabricaba su piel era mi perdición, y deseé que se quedara pegado a las paredes.

—¿No me has echado ni un poco de menos…? —pregunté con un tono tan herido y sincero que pareció desarmarla por completo.

Me miró como si fuera a llorar y quise abrazarla.

—Sofía está muerta… —musitó simplemente.

Como si eso significara algo crucial en nuestra historia. En el amor húmedo que dejamos secándose al sol con la esperanza de volver a ponérnoslo algún día. Como si justificara su estado de confusión emocional.

Y claro que lo hacía. Significaba que la vida era demasiado corta y que cada segundo que pasaba sin que nuestros labios se estuvieran tocando era un puto desperdicio de tiempo.

La empujé bruscamente hacia atrás para acorralarla contra una estantería.

—Keira, joder… —jadeé contra sus labios—. ¿Sabes cuánto he sufrido por ti?

Su aliento descontrolado me volvió loco, y que otorgara razón a mis palabras con su silencio me hizo atacar su boca con violencia sin poder remediarlo. Cuando nuestras lenguas se entrelazaron creí morir, porque una luz cegadora se apoderó de mí llevándome directamente al cielo. Aproveché para degustarla a fondo como tantas veces había deseado y no fui consciente de estar clavándole los dedos en la cintura para atraerla hacia mí con fuerza.

Me tragué el gemido que emitió cuando entendió mis intenciones de querer ir más allá y se separó de mí al instante.

—¡Ástor, para! No podemos…

Perder el contacto con su piel supuso un jarro de agua fría sobre una hojarasca que estaba a punto de prender con fuerza de nuevo.

—Perdóname… —dije cerrando los ojos, afligido—. Lo de Sofía me tiene descolocado. No entiendo nada… Y a Héctor le dará algo cuando se entere de que Carla está detenida. Estoy postergando el momento de llamarlo porque me temo que será brutal.

—Tranquilo… Voy a resolver esto —sentenció convencida—, pero no puedo tenerte cerca mientras lo hago… Entiéndelo, por favor.

—Ya lo sé… De verdad. No volverá a pasar. Pero te pido que no me mantengas al margen. ¿Me das tu número para estar en contacto?

Me miró como si acabara de pedirle matrimonio. Como si de su respuesta dependieran todos nuestros futuros orgasmos.

—Apúntalo. —Lo cantó, y lo anoté en mi móvil—. Hoy no vamos a saber nada, Ástor. Una muerte así acarrea mucho papeleo… Redactar el informe pericial, autopsia, interrogar a Carla a fondo, registrar el teléfono de Sofía… Hoy, descansad. Cuando sepa algo, te escribiré.

—De acuerdo… Y ya me dirás qué encuentras por el campus. Es buena idea lo de mirar en todas las papeleras. Quienquiera que fuera tuvo que deshacerse de los guantes para no levantar sospechas al escapar…, porque supongo que se cruzaría con alguien.

—Sí, pero no quiero mentirte, Ástor, lo de Carla pinta mal… Si no encuentro evidencias que avalen que ella no ha sido, la procesarán. Y no me gustaría… Pero no va a ser fácil demostrar que la han incriminado.

Aprieto los puños esforzándome por no abrazarla.

—Gracias, Keira… Desde ya. Te prometo que te dejaré espacio

para que puedas hacer tu trabajo.

El problema es que me miró como si no deseara ese espacio. Al contrario. Sus ojos traslucían el deseo de tenerme más cerca todavía. Prácticamente dentro, joder… Hay que ver lo mal que se nos daba disimular esa querencia.

Hice un esfuerzo titánico por apartar la mirada de su cara y salimos de mi despacho poco después.

Héctor y yo nos plantamos en comisaría y pedimos ver a la detenida Carla Suárez. Ser testigo de cómo se abrazan me rompe el corazón. Ver tan feliz a mi hermano con ella los últimos meses ha sido lo único bueno de mi vida. La sonrisa de su cara estaba consiguiendo que me desprendiera de mi culpabilidad poco a poco, pero ahora…

—¡Alguien me ha tendido una trampa! —exclama Carla, asustada.

—Lo sé, cariño… No te preocupes, descubrirán la verdad y saldrás de aquí —le asegura Héctor confiando plenamente en ella.

—¡¿Cómo pueden creer que he sido yo…?! —solloza afligida.

—Estabas llena de sangre y era tu trofeo, Carla —expongo sin pensar. Y me siento fatal porque fui yo el que informó a la policía de que el trofeo era de ella—. Además, cuando te preguntaron, les dijiste que habíais quedado para hacer las paces porque estabais enfadadas… ¡Les diste el móvil, Carla!

—¡Era la verdad, pero yo nunca le haría daño! Y no me jodas, mis celos estaban más que justificados. Sofía y Charly estaban pasando por un bache y ella empezó a tontear con Héctor para darle celos. ¡Y yo tenía miedo de que se enamorara de ella! —explica atormentada—. Pero prácticamente lo habíamos solucionado. Esa misma mañana me dijo por mensaje de voz que tenía algo muy importante que contarme ¡y estaba contenta! ¡Que lo escuchen y sabrán que no miento!

—¿Sofía mencionó con qué estaba relacionado lo que tenía que contarte? —pregunta Héctor, ansioso.

—No, solo que se trataba de un cotilleo muy jugoso y que era la información definitiva para abrirle las puertas en la vida.

Héctor y yo nos miramos extrañados. ¿Qué coño podría ser?

—¿Cuánto tiempo voy a quedarme aquí? —pregunta aprensiva—. ¡Esta noche ha sido horrible! ¡Yo no debería estar en este lugar, Héctor…!

Mi hermano vuelve a abrazarla con amargura, y me pongo enfermo.

—Yo no he sido, Ástor… —Me mira, sincera—. Ha tenido que ser alguien del KUN.

—Esa es una acusación muy seria, Carla…

—¡¿Y esto qué es?! ¡Estoy detenida! ¡Me robaron las llaves! ¡Han entrado en mi casa y cogido mi trofeo para incriminarme!

—Me cago en todo —se lamenta Héctor—. Ahora que por fin nos iban bien las cosas…

Carla llora pegada a su cuello y no puedo evitar morderme los labios con desazón. Es imposible que haya sido ella… ¿Tiene siquiera la fuerza necesaria para propinar un golpe mortal a alguien?

«Mierda…».

—No te preocupes, Carla —intento tranquilizarla—. Keira te ayudará.

—El que va a ayudarla soy yo.

Nos volvemos hacia una voz cargada de petulancia.

—Mateo Ortiz, abogado —se presenta—. Y ustedes no deberían estar aquí…

—Es mi novia —aclara Héctor con brusquedad.

—Ahora mismo solo puedes confiar en mí, Carla —le dice a ella ignorándonos. Mis cejas se arquean sorprendidas—. Y mucho menos, confiaría en Ástor de Lerma.

Cambiando a «modo alucinar».

—Disculpe…, ¿nos conocemos?

—¿Quién no le conoce a usted? —Sonríe con falso peloteo el abogado.

—¿En qué se basa para decir a su clienta que no confíe en mí?

—¡¿Que en qué me baso?! —repite divertido—. ¡Su vida es material para películas de serie B, señor De Lerma…! Está salpicada de muertes inexplicables, ¿me equivoco?

—¿Perdón? —pregunté anonadado.

—La última, Sofía Hernández, una chica que rescató del Dark Kiss para que cayera directamente en la boca del club KUN…

—¡¿Cómo se atreve?! —gruño poniéndome de pie, al dejar al descubierto mis mayores temores.

Su respuesta es sonreír. Y me permito el lujo de imaginarlo con los

dientes rotos, tirando por tierra la imagen de chico bien parecido, con traje caro y un maletín de Hermès en la mano.

—Carla —se dirige a ella—, tus padres me han contratado para defenderte. Para mí es evidente que alguien quiere endosarte esta muerte y te aconsejo que no te fíes de nadie.

—De mí puede fiarse —sentencia Héctor apretando los dientes.

—Sí, bueno… «Dime con quién andas y te diré quién eres» —enuncia desabrido—. A no ser que no sepas con quién andas… Perdón por lo de «andar». —Levanta la mano a modo de disculpa.

—¿De qué coño vas? —digo acercándome a él, dispuesto a matarlo.

—Buena idea. Atacarme en una comisaría…

Estoy rojo de ira. Ojalá fuera una persona que supiera controlarse cuando lo provocan. Odio ser así, estoy trabajando en ello, pero si se meten con los míos, no respondo.

—Ástor… —me frena Carla—. Será mejor que tú y Héctor os marchéis.

—Sí. Mejor para tu abogado… —amenazo mirándole con desprecio.

Espero a que mi hermano bese a su chica tiernamente, y terminan juntando sus frentes.

—Te quiero.

—Te quiero… —responde ella con pena.

A Héctor no le gusta que empuje su silla, pero sé captar cuándo lo necesita. Y esta es una de esas ocasiones. Porque el esfuerzo de alejarse de Carla sería demasiado grande, y se lo ahorro.

Salgo de allí queriendo saber quién es Mateo Ortiz.

¿Qué mi vida «está salpicada de muertes inexplicables», dice?

¡Qué cojones sabrá él!

Dios… ¿Qué sabe exactamente?

keira

3
Descansa en paz

Viernes, 26 de septiembre
12.35 h.

Salimos de la morgue hechos mierda. Perdón por la expresión… Podría haber elegido otra más elegante: «cabizbajos», «consternados», «tristes»… Pero ninguna se acerca a cómo nos sentimos de verdad. Esto es una verdadera mierda.

Como me temía, durante la autopsia de ayer no hallaron indicios de ningún tipo en el cuerpo de Sofía. Fue una muerte rápida. Sin pelea. Sin ADN bajo las uñas. Nada.

El forense nos ha comentado que los padres de Sofía vinieron a verla sobre las nueve de la noche para identificar el cadáver. Y se fueron tres minutos después, sin derramar ni una lágrima, sosteniendo

un sobre en las manos que contenía su certificado de defunción.

En vista de que no hay nada relevante a nivel físico, les han dado permiso para enterrarla esta misma tarde en el cementerio de Atienza, un peculiar pueblecito de Castilla-La Mancha.

—Voy a ir —decide Ulises.

—¿Adónde?

—Al entierro. Anoche lo estuve hablando con Charly.

Estoy a punto decir: «¿En serio?», pero claro… ¡ambos eran sus «novios»!

—Te acompañaré. No quiero que conduzcas. Y Charly tampoco debería conducir.

—Desde luego… Se iría directo contra un quitamiedos. Me dijo que Ástor lo llevaría… Puedo ir con ellos, Kei, no hace falta que vengas…

Me quedo callada. No me apetece ver a Ástor, y menos después del fatídico morreo de ayer en su despacho. Fue como meterme un chute de heroína en pleno síndrome de abstinencia. Pero…

—Iré, de todos modos —decido, y Ulises me mira extrañado—. ¿Qué pasa? Sofía era mi amiga. Hace tres semanas fui al cine con ella. Se compró unas palomitas dulces y durante toda la película estuvo haciendo muchísimo ruido al masticar.

Sonrío con tristeza, pero Ulises no se une a mí. Su boca no fabrica sonrisas, ni con tristeza ni sin ella. Está totalmente bloqueado a nivel emocional, y nunca sé qué hacer en momentos así.

De la morgue nos vamos directos a casa de Sofía. Ayer por la tarde los de la científica registraron su vivienda buscando indicios, pero les dije que no tocaran nada. He de revisarla con calma, por si dejó alguna anotación en alguna parte o alguna pista. Pienso hurgar hasta en la basura.

Después de una hora en su piso, no encontramos nada. Tampoco en la habitación de Carla, donde el hueco que hay ahora en su estantería es cómplice de la barbarie.

—Lo que más pistas va a proporcionarnos es su teléfono —señala Ulises—. Haré una llamada para saber si hoy lo tendrán jaqueado ya.

Su desgarrada voz trasluce lo afectado que está. La visita a casa de Sofía ha sido devastadora, y volvemos a comisaría cabizbajos y callados, ahora sí.

En cuanto entramos por la puerta, identifico una silueta única como si tuviera un maldito radar para duques. Ástor está de pie, con las manos en los bolsillos y su clásica expresión seria y taciturna.

Se me seca la boca al repasar su porte. A pesar de todo, está mejor que nunca.

Lleva un pantalón blanco, un polo azul marino con ribetes blancos y unas gafas de sol colgando del ojal de un botón abierto. Está tan rompedor que no reacciono. Noto cómo se produce una pequeña grieta en mi convicción de que no iba a suponerme un problema volver a verlo.

Héctor nos localiza al acercarnos a ellos.

—Hola… —saluda triste.

Los ojos de Ástor me atrapan de una forma desquiciante. Como si me estuviera pidiendo perdón por acosarme. Ulises lo saluda con el mismo tono lúgubre mientras me agacho para abrazar a Héctor.

—Lo siento mucho… —digo en su hombro. Luego me separo de él.

—Carla no ha sido —me asegura Héctor—. ¿Qué vamos a hacer?

—Tú no puedes hacer nada, solo tener paciencia.

—Pero… ¡debéis hacer algo para ayudarla!

—Héctor… —lo reprende Ástor—. Confía en Keira y déjala hacer su trabajo, ¿vale?

Nos miramos como si ocultásemos algo. ¿Lo hacemos? Claro que sí.

—Los padres de Carla han contratado a un abogado que se supone que es muy bueno —comenta Héctor a regañadientes—. Pero es un imbécil, ¡acaba de echarnos de la sala! ¿Puede hacer eso? ¡Ha dicho a Carla que no se fie de nosotros!

—Sobre todo de mí —apunta Ástor, jocoso.

—¿Por qué? —pregunto interesada.

—Y yo qué sé, Keira.

A mí se me ocurren tantos motivos… Pero me callo.

—¿Has podido hablar con Carla? —me pregunta Héctor, interesado.

—No. Ayer por la tarde no nos dejaron interrogarla porque su abogado no pudo venir. Además, ella no estaba en condiciones.

—Está muy asustada —lamenta Héctor—. ¿Qué es lo peor que

podría pasarle? ¿Qué condena le caería si no encontráis al verdadero culpable?

—De quince a veinticinco años —responde Ulises con sequedad.

—¡¿Cómo…?! —La sorpresa raja por la mitad la cara de Héctor.

Ástor mira angustiado a su hermano y luego a mí pidiéndome auxilio.

—En su caso, lo más probable es que sean quince años sin agravantes —musita Ulises—. Y por buena conducta, en diez años estará fuera. Puede que ocho, si presentáis un recurso… Pero Sofía seguirá muerta.

Todos miramos a Ulises apenados, y él se cruza de brazos y baja la vista, enfatizando que no está de acuerdo con esa injusticia.

—Carla no lo hizo, Ulises, estoy seguro… —recalca su novio.

Mi compañero sonríe con ironía.

—Si supieras la cantidad de veces que hemos oído frases así… «Mi marido, imposible». «Mi hijo es incapaz de matar a nadie». «Ella no quería hacerlo…». Pero la verdad, Héctor, es que nunca llegamos a conocer del todo a los demás. Somos animales muy capaces de hacer cualquier cosa por supervivencia. No lo olvidéis: la única diferencia entre un loco y un cuerdo es que el cuerdo sabe disimularlo muy bien.

Todos volvemos a mirarnos unos a otros. Es obvio que Ulises debería estar de baja y no al frente de este caso que le toca tan de cerca, pero Gómez espera que podamos trincar a alguien del KUN con un asesinato. Y como no está al corriente de nuestra vida sentimental, no es consciente del problema. Pero contárselo tampoco serviría de nada. Las licencias que existen en las comisarías a nivel interdepartamental son ilimitadas… Por no hablar de que Ulises es el niño bonito de Gómez; le dejará hacer lo que quiera a la voz de: «Es decisión mía», por mucho que los demás opinemos que nadie en su situación aguantaría algo similar. Se lo insinué de camino al depósito y me miró con expresión amenazadora.

—¿Y si Carla no lo hizo? —insiste Héctor—. ¿Has pensado en lo injusto que sería para ella? Yo también estoy muy tocado por lo que le ha pasado a Sofía, ¡era una gran chica! Alguien le ha arrebatado la vida y pretende arrebatársela también a mi novia encerrándola durante años. ¡Esto es una venganza dos por uno por la que ambas liaron el curso pasado…! ¡Lo veo clarísimo! Y no podemos permitirlo,

Keira.

—Haremos todo lo posible —insisto para tratar de apaciguarlo.

—Héctor, ¿dónde estabas tú ayer por la tarde? —le pregunta Ulises a bocajarro, volviendo la situación todavía más incómoda.

—En mi puñetera casa, durmiendo la siesta —contesta feroz. Y el brillo de sus ojos revela lo dolido que está por no haber podido proteger a ninguna de las dos—. No voy a ir al entierro. Habrá mucha gente que piense que lo hizo Carla y no quiero violentar a su familia… Es mejor que no me vean allí.

—Charly me ha dicho que te vienes con nosotros —comenta Ástor a Ulises.

—No, al final me lleva Keira.

Ástor me mira fijamente con sus potentes ojos azules provocándome un escalofrío. Alguien debería arrancárselos y llevarlos a un museo.

—¿Queréis ir en dos coches? —pregunta, confuso—. No hace falta… Venid con nosotros.

¿Dos horas de ida y dos de vuelta aspirando su aroma? No, gracias.

—Tranquilo… No queremos molestar.

—No es molestia —insiste—. Y viajaréis más cómodos en mi Land Rover. A no ser que no os fieis de mi conducción, claro… Lo comprendería perfectamente.

Abro los ojos, anonadada. ¡La madre que lo parió!

—¡Claro que nos fiamos de ti! —suelto rápido. Demasiado rápido, me temo—. Está bien…, iremos juntos.

—Perfecto. Os recojo en tu casa a las tres y media, Keira, ¿de acuerdo?

—Vale… —digo azorada.

«¡¡¡Mierda!!!».

—Hasta luego —musita Ástor empujando la silla de su hermano.

Me los quedo mirando sin poder evitarlo. No me perdonaría a mí misma dejar pasar la oportunidad de ver ese culo sin que lo tape una chaqueta larga. Además de las manos, me gustan los culos… ¡Que alguien me compre, que estoy en oferta!

¿Soy yo o ahora Ástor viste más *sport* y menos *palometidoporelculo*?

—Admiro las dotes de manipulación del duque —masculla Ulises.

—¿Qué…? ¿Qué dotes?

—Olvídalo —dice poniendo los ojos en blanco—. Vamos a ver a Carla.

Nos avisan de que nos está esperando en la sala de interrogatorios. En cuanto accedo a la antesala previa, advierto a través del cristal que hay un hombre de espaldas dándole indicaciones firmes. También tiene un buen culo, todo hay que decirlo. Pero Carla parece compungida mientras lo escucha.

—Joder… ¿Sabes quién es ese, Kei? —comenta Ulises, cotilla.

—No. ¿Quién?

—Mateo Ortiz, el célebre abogado de los ricos y famosos.

—Ay…, ¡otra vez no! —gimo con fastidio—. No soporto a ese tío.

—Es bueno en lo suyo.

—¡Pero está loco! No tiene ni pizca de sentido común…

—¿Qué hace aquí? Está acostumbrado a ganar, y con este caso tiene las de perder… Todas las pruebas apuntan a Carla.

—¿De verdad crees que ha sido ella, Ulises?

—A estas alturas, no sé qué creer… Pero ya nos engañó una vez, Kei. Es lo único que sé de ella. Y que últimamente hacía sufrir a Sofía por culpa de que a su novio se le iban demasiado los ojos.

—¿Y si es inocente?

—Nadie es tan inocente como aparenta serlo Carla.

—Hablas como Charly. ¿Y si fue él? ¿Y si le sentó como un tiro lo tuyo con Sofía y la mató…?

—No lo creo. Lo resolvieron, y al final fue él quien se llevó el gato al agua, no yo.

—¿Y si Sofía no te olvidaba y pronunció tu nombre durante un polvo con Charly? Quizá le cabreó y estudió cómo matarla.

—Se te está yendo la olla, ¿eh? Charly tiene coartada. Yo mismo vi los vídeos. Estuvo jugando al squash casi una hora.

—Pudo encargarlo.

—No sé… Si algo tengo claro es que quería a Sofía, de eso estoy segurísimo. Yo nunca fui una amenaza real para él… —musita dolido.

Aun así, no suena muy convencido. Creo que duda de todo y de todos.

—Tenemos que averiguar qué secreto descubrió Sofía —dilucida finalmente—. Esa es la clave.

—Pues pongámonos a ello. —Le acaricio el hombro—. Y esa piraña puede ayudarnos. —Señalo a Mateo Ortiz con la mirada—. Todavía flipo de que salvara a ese cantante acusado de forzar a una menor. ¡Era un caso muy claro!

Entramos en la sala de interrogatorios, y Mateo se vuelve hacia nosotros.

—¡Hombre…! ¡Pero si son el dúo Ibáñez y Goikoetxea! —exclama teatral—. Te han tocado los mejores sabuesos, chica… Igual tienes suerte y te libras y todo —dice a Carla guiñándole un ojo.

Pongo los míos en blanco. «Ya empezamos con sus tonterías…».

—Hola, Mateo —saludo aburrida—. Ya podías haber venido ayer.

—No, no podía. Tenía que cuidar de mi sobrino de un año. Pero te aseguro que habría preferido estar aquí, le están saliendo los dientes… Bueno, ponedme al día.

—Ya tienes el informe —masculla Ulises, arisco—. ¿No sabes leer?

—Sí, pero quiero saber de quién sospecháis vosotros.

—De todo el mundo —sentencio con firmeza.

—Yo sospecho de ella —dice Ulises, tajante, señalando a Carla. Y sé que es una de sus clásicas tretas para ponerla nerviosa y hacerla saltar.

—¡¿De mí?! —grita pasmada—. Pero ¡¿por qué?!

—Sofía me contó muchas cosas sobre ti… —continúa Ulises—. Me consta que no eres el angelito que todo el mundo cree…

—¡A mí también me contaba muchas cosas de ti!

—Alto… ¿Os conocéis? —pregunta Mateo, confuso.

—En realidad, no —niega Ulises, agresivo—. Te juro que no había hablado con ella en mi vida.

—¡¿Qué?! ¡Nos conocimos hace seis meses! ¡Hemos estado juntos en la misma habitación! ¡Con Keira sí hablé mucho! —expone Carla.

No me gusta por donde va esto, así que aclaro:

—Lo cierto es que solo he hablado contigo una vez, Carla… Cuando confesaste ser una mentirosa y una manipuladora, junto con Sofía.

—¡Exacto, joder! ¡Dije la verdad! ¡Y ahora te digo que yo no he sido! ¿Vais a dejar suelto a un asesino?

—¿Tú quién crees que lo hizo? —pregunta Mateo a Carla.

—¡¡¡No tengo ni idea!!! —grita alterada.

—Si no te calmas, en el juicio todo el mundo pensará que estás loca de remate, preciosa… —apunta su abogado, indiferente—. A veces es mejor confesar. Decir que estás arrepentida, que se te fue la mano y que quieres tanto a tu novio que, claro… Un error lo tiene cualquiera.

Ulises se lanza contra él sin llegar a tocarlo y le habla pegado a su cara.

—Lo de Sofía no ha sido un puto error… Era una persona, y ya no está.

—¡Joder, tío…! ¡Me has escupido! —maldice Mateo limpiándose la cara.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, abogado, esto es muy serio.

—Hoy la testosterona está que arde por aquí —responde—. Keira, ¿no estarás ovulando?

Me pellizco el puente de la nariz y niego con la cabeza. Este tío es incorregible.

Reconozco que parece inverosímil que exista gente así, pero juro que la hay. Está delante de mis ojos para decir siempre lo más inapropiado. Es como el doctor House tocapelotas de la abogacía. Alguien sin nada que perder e igual de bueno defendiendo a sus clientes que el famoso médico curándolos.

—Ulises y Sofía estaban liados —se chiva Carla entonces.

—¡Ah, vale! Eso explica muchas cosas… —Mateo abre una libreta.

—Si se sabe, nos apartarán del caso —le advierto—. ¿Quieres eso?

—Para nada. Juntos formamos mucho mejor equipo, pero… ¿con quién más estaba liada la víctima? Eso es lo único que importa.

—Con su novio, Charly —añade Ulises a regañadientes.

Mateo presiona un boli para activarlo y anota algo.

—Bien. ¿Con quién más?

—¿Te parece poco? —pregunta Ulises, incrédulo—. Tenía novio y aparte se acostaba conmigo…

—¿Tan ingenuo eres? Donde caben dos, caben tres… ¡o más!

Ulises y yo nos miramos pensando: «Ay, madre…».

—¿Sabéis de dónde sacaba el dinero Sofía? Porque iba de rica, pero no lo era —señala Mateo—. Anoche investigué sus redes sociales e indagué un poco en su vida.

Levanto una ceja, sorprendida.

Es inmaduro e insoportable, pero el muy idiota hace los deberes.

—Tenía una beca de estudios —informa Ulises.

—Sí, pero yo hablo de su estilo de vida. Vivir donde lo hacía, llevar la ropa que llevaba… Todo eso hay que pagarlo, y sus padres no tienen dinero. ¿De dónde lo sacaba?

—Sofía era una Sugar Baby muy cotizada —expone Carla—. Ganaba mucho dinero teniendo citas con hombres muy poderosos. Los acompañaba a eventos, a cenar… Quedaban a través de la web SugarLite. Se descargó la aplicación en el móvil. Cuando lo desbloqueéis podréis acceder a todos sus chats… ¡Igual ha sido uno de ellos!

Ulises se muerde los labios con fuerza demostrando que tiene más ganas que nadie de revisar ese teléfono y dar con el culpable.

—¿Tenía sexo con ellos? —pregunta mi compañero, vulnerable.

—Con la gran mayoría, no —asegura Carla—. Sofía se movía en círculos muy exclusivos; lo que más le gustaba era conocer a hombres interesantes que pudieran impulsar su carrera. Y ellos buscaban en ella algo más que un físico.

—¿Cómo qué? —pregunta Mateo, interesado.

—Buena conversación, simpatía, saber estar… Un valor añadido. Y Sofía lo era… —Carla rompe a llorar—. No había otra como ella… ¡Yo la admiraba mucho! Era sexy, ingeniosa y divertida.

—Rebaja un poco el nivel de psicopatía —le recomienda su abogado de nuevo—. O el jurado pensará que querías comértela viva…

—¿Esto te hace puta gracia? —pregunta Ulises, cabreado—. Todavía no la hemos enterrado, ¿sabes?

Mateo abre las manos con inocencia.

—¡No era una gracia! ¡Solo intento ayudar a mi clienta! Y es mejor que no se ponga tan intensita en el juicio… Eso refuerza el homicidio por envidia o admiración. Porque son sinónimos, aunque la gente se empeñe en diferenciarlos.

Odio admitirlo, pero Mateo puede sernos de gran ayuda. Es listo y no tiene pelos en la lengua. No sé si juega al ajedrez, pero de hacerlo seguro que sería agresivo y directo. Ataca sin contemplaciones. Y es justo lo que necesitamos ahora mismo, dada nuestra funesta

implicación emocional con los sospechosos.

Hablamos durante largo rato sobre los celos que hubo entre Sofía y Carla, y esta última nos cuenta que ya habían hecho las paces y que habían quedado ese mismo día para hablar largo y tendido sobre ello.

—¡Ya estábamos bien! Me mandó un mensaje de voz diciendo que tenía un cotilleo muy jugoso que contarme. ¡Comprobadlo en mi móvil!

—Sofía era la reina cotilla del Dark Kiss —explica entonces Mateo—. ¿Lo conocéis? He aceptado este caso precisamente porque la víctima trabajó allí…

—¿Qué relevancia tiene eso? —pregunto interesada—. ¿Crees que el Dark Kiss tiene algo que ver con su muerte?

—Es muy probable. El mundo de la jet set es muy pequeño, y todos los que están mal de la cabeza terminan en ese club.

Ulises y yo nos miramos. ¿Hemos entablado amistad con unos locos y desarrollado sentimientos por ellos?

La respuesta de mi compañero es sonreír burlón.

—Suenas como alguien que va a misa los domingos, Mateo. El Dark Kiss es solo un club experimental.

—Y una mierda. En vez de Dark Kiss, deberían haberlo llamado Dark Hole, porque ese tugurio es un maldito agujero negro por el que muchas chicas desaparecen… para luego aparecer muertas misteriosamente.

Su última frase me deja petrificada. «¿Qué coño…?».

De pronto recuerdo la fijación que Sofía tenía con las desapariciones pactadas (o no) de chicas, algo que también me comentó Saúl en nuestra cita. Pero Ástor estaba en lo cierto: en cuanto tiré un poco de ese hilo me encontré con un muro de piedra y varias contestaciones de chicas implicadas del tipo: «No se meta en mi vida».

En España desaparecen unas sesenta personas al día, rondando las veinte mil al año, y el noventa por cierto de esos casos se resuelven al cabo de entre tres y quince días como una «ausencia voluntaria». Más de la mitad de esas chicas tienen entre trece y dieciocho años, y su «ausencia» se considera un berrinche.

—¿Han aparecido chicas muertas que trabajaban en el Dark Kiss? —pregunto inquieta.

—Sí. Y todas en extrañas circunstancias… Sofía es la última.

—¿Crees que puede guardar relación? —pregunto a Ulises.

Pero Mateo se adelanta a su respuesta:

—Hace tiempo que todos los caminos turbios conducen al Dark Kiss. Se maneja mucha información en sus camas. Algunos se pasan de fiesta, se les va la mano y la lengua, y luego consiguen taparlo por ser quienes son…

Y con esa premisa que abre una nueva línea de investigación nos vamos a comer y a prepararnos para el viaje a Atienza.

No me gusta que haya tantas variables para dar con el culpable. ¿Ha sido alguien del KUN? ¿Del Dark Kiss? ¿De la web de citas? O puede que sea alguien vinculado a esos tres sitios a la vez.

Vale… ¡¿Por qué al final todas mis sospechas conducen a Ástor?!

«¿Y por qué nunca quieres creer que ha sido él?», me reprendo a mí misma.

No sé qué pensar, pero la palabra «venganza» brilla con luces de neón parpadeantes sobre este asesinato.

¿Qué clase de pieza de ajedrez era Sofía? Es complicado analizarla, porque en realidad parecía representar todas a la vez. Sabía ser sigilosa como un alfil, en otros ámbitos era la reina y conmigo era una torre sólida de principios férreos… Sin embargo, en el fondo, en lo más profundo de su ser, siempre se sintió un peón. Indispensable para el juego, la propia alma del tablero, pero algo sacrificable sin más para muchos.

Claro que Sofía era un peón… El peón es una pieza que puede convertirse en cualquier cosa si llega a lo más alto. Puede incluso hacerse más poderoso que el mismísimo rey. Y empiezo a pensar que el comportamiento psicótico de Sofía en el pasado no era más que las ínfulas de grandeza de un peón al que en su día alguien dio la espalda.

No vale la pena revisar ningún teléfono. El móvil de Sofía nos dirá todo lo que necesitamos saber. De momento, estamos en blanco.

No alcanzo a entender la mala decisión que ha sido meterme en un coche con Ástor hasta que huelo su colonia al saludarlo. ¡Maldito país que obliga a rozar mejilla con mejilla cada vez que ves a un simple conocido! Tengo la sensación de que existe un límite de tiempo para soportar este aroma sin tener la vergonzosa necesidad de ponerle los labios encima.

—Siéntate delante —me ofrece Charly.

—¿Qué…? No, por favor, hazlo tú. —Y ha sonado a súplica.

—Insisto. Quiero que vayas cómoda.

«¡Y yo quería tener a Ástor lo más lejos posible!», grito internamente.

Maldigo entre dientes… y cedo.

Tenía planeado sentarme atrás, en el lado opuesto al de Ástor para poder observarlo todo lo que quisiera sin que se diera cuenta. Culpable.

El tío está impresionante hasta de funeral. Lleva un traje negro y mi camisa blanca favorita desabrochada. Yo voy con una de las prendas que compramos en la boutique de Mireia: un mono entero negro, con una chaqueta por encima. Creo que ha recordado que una vez me lo quitó con los dientes, porque lo mira mucho.

Ponemos rumbo a Atienza y suspiro profundamente. Había olvidado lo cachonda que me pone verlo conducir…

«Joder… Borra eso, Keira». «Mira la carretera. Respira. Exhala. Piensa. Existe. Disimula lo loca que te vuelve… ¡Vamos a un maldito entierro!».

—¿Y tú cómo estás, Ulises? —pregunta Ástor a mi compañero cuando por fin cogemos la desviación de la autopista—. Tienes unas ojeras terribles…

—Sigo en *shock* —admite el aludido—. Y no entiendo por qué vosotros no. No se me va de la cabeza que alguien ha matado a Sofía. No puedo dormir. Ni comer. Ni hacer nada…

—Pero… ¿estás tomando algo para soportarlo? —pregunta Charly.

—¿Como qué? ¿Drogas…?

—¡Qué coño, drogas! ¡Ansiolíticos!

—No. No estoy tomando nada.

—Madre mía… —murmura Ástor, alucinado.

—Yo no podría resistirlo de no estar recurriendo a fármacos —confiesa Charly, y le muestra el frasco de pastillas al que se aferra con aprensión.

—Pues deberíais poder hacerlo sin necesidad de eso —opino severa.

Creo que mucha gente abusa de ciertas medicinas. Por cierto, ayer me alarmó que Ástor dijera que apenas recordaba haber estado en

Ibiza. Alucino.

—Hay cosas que duelen demasiado para superarlas sin química —responde Ástor, cortante.

Le sostengo la mirada. «¿Se refiere a mí?».

Él la aparta a regañadientes para evitar tener un accidente.

—Amén, hermano —apostilla Charly ajustándose las gafas de sol —. Hazme caso, tío… —se dirige a Ulises ofreciéndole el frasco—, y coge una.

—¿Quieres que te recuerde lo que pasó la última vez que me diste una pastillita? —le suelta Ulises de pronto.

—¿Que fue la mejor noche de tu vida? —replica Charly chulito.

Ástor y yo nos miramos de reojo intentando contener una sonrisa que pugna por abrirse paso en nuestros labios. Todos recordamos perfectamente esa primera noche en el Dark Kiss…

No lo veo, pero puedo sentir la intensidad con la que Ulises está mirando a Charly. Y sé que también lo echaba de menos, porque en sus momentos más bajos no solo hablaba de Sofía, sino también de él. Echaba de menos a los dos.

De pronto, veo que Ástor toquetea el equipo de música.

Trago saliva cuando empieza a sonar «Sin ti no soy nada» de Amaral…

¡Lo que faltaba! Mensajes subliminales. Y le siguen «Te necesito» y «Moriría por vos».

Se ajustan tanto a lo que siento por él que ya no sé ni en qué postura ponerme.

—¿Qué cojones te ha dado con Amaral? —se queja Charly al rato —. ¿Quieres terminar de matarnos o qué?

—A Keira le gusta mucho —responde Ulises por él.

—Amaral es un hito que nos marcó a todos —me defiendo.

—Habla por ti… —resopla Charly.

—Mentira. —Me vuelvo hacia atrás, belicosa—. Amaral es historia viva de la música española. Sus temas ya son clásicos… Y son increíbles.

—Cuando Keira pone esa mirada, solo queda agachar la cabeza —le recomienda Ulises con sorna—. No parará hasta que te avergüences de ti mismo y te haga llorar.

—Me encanta eso de ella… —musita Ástor sin pensar.

El coche se queda en silencio y el rubor cubre mis mejillas.

«¡Dios…!».

—Te voy a poner una, Charly —digo decidida, haciendo honor a la acusación de Ulises—. Y quiero que todos cantéis el estribillo, porque os la sabéis, aunque no seáis conscientes de ello. Las buenas canciones son las que te calan muy hondo sin darte cuenta. Y si la cantáis mentalmente también contará como que tengo razón —digo pizpireta.

Oigo un ligero resoplido de risa por parte de Ulises y me doy por satisfecha. Es un buen comienzo. Para eso he venido a este viaje. Para que no olvide que aún me tiene a mí.

—Esta canción es un canto a salir adelante y a sentirse libre para hacer lo que te dé la gana…

—Ponla de una vez —me azuza Charly.

Empieza a sonar el inicio de «El universo sobre mí» y comienza la magia.

Esta canción siempre me ha parecido un homenaje al hecho de vivir como tú quieras y no como te digan los demás. Nunca me falla si necesito fuerza y esperanza.

Cuando va a llegar el estribillo les pregunto si están listos, y no es una sorpresa que los cuatro nos la sepamos.

Al terminar pido a Ástor que ponga la música que le guste a él. Quiero saber cuál es su favorita. Y para mi sorpresa empieza a sonar «Yellow» de Coldplay.

No me lo puedo creer… ¡Coldplay es uno de mis grandes amores musicales! De esos que nunca superas. Estoy a punto de volverme loca cuando caigo en lo mucho que le pega. Es tan nostálgica como él.

Me mira. Le miro… «¿Por qué siento esto, Dios mío?».

—Para mí, la música de Coldplay es épica —me explica con la vista al frente—. Cuando escucho sus canciones es como si el tiempo se detuviera y no existiese un antes y un después. Transmiten como nadie la mejor sensación del mundo…

—¿Cuál?

—La de mantener la esperanza hasta el último momento, a pesar de todo.

No puedo ni tragar saliva. Tengo la piel de gallina.

Reparo en que Ulises se coloca las gafas de sol y entiendo que es

para que no le veamos llorar. Acto seguido, oigo el tintineo del frasco de pastillas de Charly saliendo de su bolsillo. Lo abre y él mismo mete una en la boca a Ulises, quien, en su estupor, no la rechaza. Luego le pasa una botella de agua para ayudarlo a tragársela. La verdad es que igual no le viene mal, teniendo en cuenta la que nos espera al llegar. Ver desaparecer el ataúd de Sofía por un agujero en un muro va a ser muy duro.

Una hora después llegamos a Atienza.

El pueblo me sorprende gratamente. No sabía que tuviera un imponente castillo en ruinas que se alza sobre un cerro rocoso de la Serranía de Guadalajara y un precioso casco histórico medieval delimitado por unas gruesas murallas. Sus tortuosas calles y sus casas blasonadas se entretejen haciéndote pensar que estás en otra época, y no me extraña enterarme de que existe una candidatura en firme para que se lo declare Patrimonio Mundial de la UNESCO, junto con Sigüenza, su pueblo vecino. Al parecer, el mismísimo Cid Campeador lo avala en su montura.

El cementerio tiene unas vistas dignas de admirar. Hay más gente de la que esperaba; la mayoría forastera. Ofrecen una pequeña misa en la que nos quedamos de pie atrás, porque no cabemos en los bancos.

Ástor y yo actuamos como ángeles protectores de nuestros mejores amigos, poniéndoles una mano en el hombro cada vez que se frotan los ojos para achicar las lágrimas. El simple hecho de ver el féretro y saber que Sofía está dentro me corta la respiración. Se me anega la mirada varias veces, pero contengo el llanto.

Personalmente, me está costando mucho asimilar lo que ha pasado. Creo que no podré hacerlo hasta que no encierre al responsable. Hasta entonces, para mí, Sofía no descansará en paz.

Cuando la meten en el nicho, Charly se derrumba sobre el hombro de Ulises y este aguanta el tipo como puede. Esto es horroroso. Me refiero a asumir la fragilidad, la maldad, la injusticia… y tener que seguir viviendo con ello.

Miro a Ástor. En sus ojos centellea la pena, y me reconforta tenerlo al lado en este momento, aunque lo sienta muy lejos de mí.

De pronto, noto su mano envolviendo la mía como si no pudiera evitar regalarme una caricia para darme ánimos. Y yo se la devuelvo.

Solo entonces una lágrima resbala por mi mejilla. Sus gestos siempre consiguen romperme.

Cuando todo termina nos alejamos con rapidez de la densa amargura que colma el ambiente.

—Necesito una cerveza antes de irnos… —suplica Charly.

Y todos asentimos. Pero esa cerveza se nos va de las manos. Bueno, a Charly y a Ulises. Se beben los dos primeros botellines sin respirar. Y sin hablar. Yo me pido una Coca-Cola Zero; no me gusta mucho la cerveza. Con limón, todavía, pero sola no. Sin embargo, Ulises me acaba convenciendo para pedirme un cubata, «en honor a Sofía», y accedo a su chantaje emocional. Ástor no pasa del agua porque tiene que conducir.

De repente, un chico guapísimo y completamente vestido de negro entra en el bar y me fijo en él.

¡Joder! ¡Es Saúl! Increíble lo que se cambia en meses a su edad…

—¡Hola! —exclamo sin pensar.

No es que esté flipando con él, es que de pronto he recordado que existe y mis neuronas han explotado al pensar: «Exnovio de Sofía». «Le gustaba Carla». «Despecho». «Envidia». «Su padre lo maltrata…».

¡Bingo!

—Hola… —musita apocado mirándonos a todos—. No sabía que habíais venido.

Sus ojos vuelven a mí, pero finalmente aparta la vista, azorado. No nos vemos desde que se descubrió todo el montaje de Sofía y Carla, pero sigo sintiendo que no le soy indiferente.

—Únicamente he entrado a coger una lata para el viaje —nos explica—. Me vuelvo a Madrid ya…

—¿Tienes prisa? —lo tanteo—. Podrías quedarte un rato, Saúl… No hemos tenido la oportunidad de hablar, todo ha ido muy rápido.

Saúl traga saliva y mira a Ástor buscando su consentimiento para sentarse, pero es Ulises quien habla por él.

—Saúl, lo que Keira quiere decir es: ¿Dónde estabas cuando mataron a Sofía?

Lanzo una mirada envenenada a Ulises. ¿Qué está haciendo?

—No es el momento… —lo reprendo—. No tienes que contestar, Saúl —le digo con tacto—. Solo pretendía averiguar qué tal estás.

—¿Puedo sentarme? —pregunta haciendo ademán de coger una

silla.

Cuando ve que Ástor no entona su aprobación, dice:

—Sofía me mandó un mensaje muy extraño la mañana que murió…

Todas las cabezas se vuelven hacia él al unísono. El corazón empieza a palpitarme rápido en el pecho. Siento el peligro acumulándose en los puños de los tres neandertales que tengo al lado… Pobre Saúl.

—Siéntate —le exijo para protegerlo—. ¿Qué te escribió exactamente?

—Te lo enseño —contesta afable, desbloqueando su teléfono—. Días atrás le pregunté si podíamos vernos y tomar un café, quería hablar con ella…, y me contestó que había quedado con Carla y que mejor quedábamos otro día. Entonces añadió: «Tengo que contarte un bombazo. ¡Vas a flipar!» —lee en el móvil—. Le dije que no fuera cabrona dejándome en ascuas, que me contara al menos con qué tenía que ver. Y me contestó esto…

Gira el teléfono para que lo lea.

Sofi:

Tiene que ver con Ástor. Y como llegue a saberse, se lía parda

keira

4

Hoy, no

Mi cara de asombro al ver el mensaje en el móvil de Saúl preocupa a Ástor, pero la mirada que Ulises le lanza después de leerlo lo hace todavía más.

—¿Qué pone…? —nos pregunta el duque, temeroso.

Ulises se pasa una mano por la cara para evitar abalanzarse sobre él.

Le doy el teléfono a Ástor para que lo lea él mismo. Al hacerlo, le cambia la cara de tal modo que Charly pregunta:

—¿Qué pasa?

—Que el secreto es sobre Ástor… —revela Ulises, muy serio—. ¿Sabes a qué se refiere?

—No —responde el aludido, extrañado.

A continuación, me mira alarmado y mantenemos una

conversación silenciosa:

«¿Se refiere a lo de la muerte de tu padre, Ástor, o me estás ocultando algo más?».

«¡No te oculto nada más, Keira!», me indica abriendo muchos los ojos, histérico.

«Entonces ¿qué es?».

«¡No lo sé! ¿Tú le explicaste a Sofía lo de mi padre?».

«¡Claro que no! ¿Hay algo más por ahí que no me estés contando?».

«¡Que no, joder…!».

—¡¿Queréis dejar de miraros?! —exclama Ulises observándonos a ambos—. ¡¿Qué cojones pasa?! ¡¿A qué secreto se refiere, Ástor?!

—¡Te digo que no tengo ni idea…! —exclama nervioso.

—¡Esa no es la cara de alguien que no tiene ni idea!

—¡Te juro que no sé a qué se refiere!

—¡Haz memoria, joder…! ¡Han podido matarla por ese asunto!

—Sofía conocía los secretos de mucha gente —interviene Charly para calmar los ánimos—. Le llegaba información constantemente. ¿En su móvil no habéis encontrado ninguna conversación relevante?

—Todavía no hemos podido revisarlo —lamenta Ulises—. El técnico no nos lo ha dado aún.

—Es que es muy pronto —opina Saúl, extrañado—. No hace ni cuarenta y ocho horas que ha pasado… ¡y ya la han enterrado! Parece que tenían prisa o algo así.

—Querían taparlo rápido… —pienso en voz alta.

—Yo estaba en clase cuando ocurrió —acuña Saúl—. En Álgebra, concretamente.

—El aula donde se imparte queda al lado de donde sucedió —señala Ástor, locuaz.

—No me lo recuerdes… Todavía no me creo que estuviera tan cerca de ella. Tengo la sensación de que podría haberlo evitado… —dice abatido—. He oído que culpan a Carla, ¿es verdad?

—Todo apunta a ella, pero es complicado… —reconozco afligida.

Saúl se muerde los labios y me da en la nariz que sabe algo.

—¿Has hablado con Carla hace poco? —pregunto entonces.

—No… —admite con pena—. No hemos hablado en todo el verano. Me ha borrado de su vida definitivamente. No es la primera

vez que me hacen un *ghosting* así.

—¿Te pido algo de beber? —le propone de repente Ástor, quizá animado por esa última frase que yo no he pillado.

Pero supongo que él sabe a qué otro *ghosting* se refiere Saúl. Alguien que le borró de su vida en el pasado… ¿Será la chica de la que Sofía me dijo una vez que él no se había recuperado? Sea como sea, miro a Ástor agradecida por su bondad. En el fondo, es un amor de hombre, aunque por otro lado sea un borde con Saúl.

Pedimos otra ronda, y Ulises y Charly una más. Ástor rechista:

—¡Luego no va a haber Dios que os aguante en el camino de vuelta! Y como vomitéis en mi coche, me vais a pagar la limpieza completa de la tapicería. Os lo aviso.

—Yo no quiero irme de aquí… —dice Ulises de pronto.

—¿Cómo? —Me espero cualquier cosa… En el estado en el que está, es capaz de comprarse una casa en este pueblo solo para estar cerca de Sofía.

—No quiero irme todavía. No me apetece nada subirme al coche y empezar a llorar por sentir que me alejo de ella para siempre. Prefiero estar aquí, bebiendo y sintiéndola cerca un rato más…

La pena vuelve a empaparnos a todos como una lluvia torrencial veraniega.

—Además, si me subo a un coche ahora mismo, vomito fijo… Y no pienso pagar ninguna limpieza. Seguro que la de tu tapicería cuesta un riñón, Ástor.

—Yo también voto que nos quedemos —lo secunda Charly—. Buena idea, tío… Y necesitamos otra copa más.

Ástor y yo nos miramos perplejos. «¡Joder…!».

—A mí me da igual —opina de repente—. Es viernes, y mañana no tengo que madrugar. Supongo que habrá algún sitio para dormir por aquí —plantea resolutivo.

«¡Ay, Dios…!».

Enciendo el móvil para buscar posibles alojamientos.

—He encontrado uno —anuncio—. Hotel Convento Santa Ana.

—¿Un convento? ¡No fastidies…! —se queja Charly—. ¿No hay nada mejor?

—El Four Seasons está completo —ironizo, sacándole la lengua.

Mala idea… Ástor se queda embobado mirándome la boca.

«Para ya, por favor».

—Intenta reservar —sugiere nervioso.

Me pregunto por qué lo está… Y por qué lo estoy yo. ¡Esto no me gusta nada!

—Voy… Tienen habitaciones libres —digo trasteando en mi móvil—. Ya está. He reservado dos dobles.

—Camarero —balbucea Ulises señalando a Ástor—, a este hombre póngale tres copas, que nos tiene que coger el ritmo…

—Mejor, no. —Ástor sonríe con cautela—. Alguien tiene que mantener el orden aquí; si no, la cosa puede descontrolarse mucho…

Y que me mire mientras lo dice hace que me hormiguee todo.

«¡Madre mía!».

Que opte por quitarse la chaqueta tampoco ayuda a relajarme.

Ignoro su presencia durante un rato en el que hablo con Saúl sobre las asignaturas que tiene este curso. Oigo que Ástor y Charly cuentan batallitas a Ulises de sus años estudiantiles, y Saúl no pierde detalle, sonriendo de vez cuando escucha frases sueltas. A todos les ha venido bien este rato. No sé cuál de los cuatro está más afectado, pero consiguen olvidarlo a intervalos. Aunque se nota mucho cuando de repente lo recuerdan porque les cambia la cara radicalmente.

—Bueno, yo me voy a ir ya… —avisa Saúl—. Keira, si quieres puedo llevarte de vuelta a Madrid…

Ástor me clava una mirada suplicante: «¿Te vas a ir? Quédate…».

En realidad, no haría falta que me quedara. Es evidente que Ulises va a dormir agarrado a la cisterna del váter esta noche.

Me siento forzada a decidir en este instante si tengo intención de acabar la noche con él o no. ¡Qué presión…!

Los segundos pasan, y Ástor me pide sin palabras que nos permita celebrar la vida solo hoy. Como si esta noche no contase. O igual son todo imaginaciones mías, joder.

—Me quedo… —farfullo—. Ulises me necesita. Puede entrarle la llorera en cualquier momento y quiero estar cerca de él.

—De acuerdo —se despide Saúl, tristón—. Ya nos veremos, Kei.

Ástor y Saúl se lanzan una mirada que da miedo. ¿Qué ocurre? Yo no puedo mirar a Ástor porque, al parecer, ya está decidido, ¿no? Va a pasar algo entre nosotros esta noche. «¡Me estoy muriendo!».

Charly sale del local con Saúl con la excusa de fumarse un pitillo,

pero sé que quiere decirle algo en privado. ¿Qué será?

—Voy al aseo —notifica Ulises.

Por su tono, diría que ya va bastante cocido. Su decisión provoca que Ástor y yo nos quedemos solos.

«Dios, si estás ahí, no permitas que mi vista aterrice en sus labios bajo ningún concepto, por favor».

—¿Quieres comer algo? —me pregunta con dulzura. Como si esto hubiera mutado a una cita amorosa de repente.

Pero ahora mismo tengo un nudo en el estómago que me impediría tragar nada… Nada que no fuera él. Así que niego con la cabeza, abrumada.

Ástor escudriña mi rostro como si notase algo distinto en mí. Por ejemplo, la decisión de quedarme para pasar la noche juntos…

—¿Qué te ocurre? —me pregunta curioso.

—¿A mí? Naaadaaa…

«Que no soporto estar a solas contigo sin tocarte. Solo eso».

—¿A ti te apetece comer algo? —le pregunto de vuelta. Y cometo el error de mirarle, dejando que sus ojos me envuelvan como si estuviera viendo justo lo que quiere comerse…

Me fijo en su boca. «¡Maldita sea!».

Se la humedece, y me muero en silencio. Esto es un error garrafal.

—Algo tendremos que comer, ¿no? —dice como si nuestro destino fuera inevitable.

Aparto la vista dándome por aludida. Había una más idiota que yo, pero murió.

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo, preocupado.

—Sí, sí… —Carraspeo nerviosa.

De pronto, me coge de la mano.

«¡OH, DIOS MÍO!».

—No me gusta verte así conmigo… Relájate, por favor, Kei.

«¡¿Está de broma?!». Sus manos acarician las mías. No puedo relajarme si me toca, ¡y lo sabe! Tengo un trauma con sus malditas falanges…

—Me alegro de que te hayas quedado —musita sincero—. Gracias.

—¿Por qué me las das? ¿Qué crees que significa? —digo a la defensiva.

Sus ojos brillan perspicaces.

—Que preferías quedarte a irte. Y con eso me basta…

—Tendrá que bastarte —le remarco—. Porque no puede pasar nada entre nosotros, Ástor.

—No pasará nada que no quieras que pase…

Y que diga eso me mata. ¡Lo que yo quiera, no! Elegimos no estar juntos porque era inviable, y sigue siéndolo. Nada ha cambiado.

Pero eso es mentira. Sí ha cambiado algo… Sofía ha muerto. Y esa circunstancia ha puesto nuestros mundos patas arribas.

Ulises vuelve del aseo y Ástor suelta mis manos con disimulo. Aun así, mi compañero lo capta al vuelo a pesar de estar beodo.

—Voy a pedir. ¿Queréis algo? —pregunta para darnos más tiempo. ¿Por qué lo hace?

—Ulises… —lo aviso—. No bebas más. Mañana estarás fatal.

—Acabamos de enterrarla, Kei… No me pidas que razone. Hoy, no.

«Hoy, no».

Esas dos palabras rebotan entre mis ojos y los de Ástor, y los dos pensamos lo mismo, que hoy no es día para ser razonables con nada.

Procuro no beber mucho, no puedo dejar que mi sentido común se relaje. No quiero que se difumine mi umbral de peligro y volver a caer en los brazos de Ástor. Sería un paso atrás contra esa sustancia perjudicial que me hace tocar el cielo durante un segundo para luego precipitarme en picado hasta el infierno…

El grado de alcoholismo de nuestros amigos, sin embargo, sí es preocupante. No entiendo cómo se han puesto así.

—¡Si no han bebido tanto…! —exclamo cuando veo que prácticamente son incapaces de andar hasta el hotel.

—Mezclar ansiolíticos con alcohol hace que los efectos de ambas sustancias se multipliquen por dos —me explica Ástor—. Es como si hubieran bebido el doble.

—Entonces tenemos un problema…

—Ya te digo. —Sonríe paternalista—. Venga, chicos. La última en la habitación, tengo algo para vosotros allí… —Me guiña un ojo para que sepa que lo que quiere es que aterricen en una superficie blanda cuando se desmayen.

—¿Qué tienes en la habitación? —pica Charly, interesado como un niño pequeño.

—Algo que te va a venir muy bien —ronronea Ástor levantando las cejas.

—¡Vamos, tío…! —dice Charly a Ulises, crédulo. A saber qué se piensa que es…

Ástor me sonríe canalla por salirse con la suya.

«No le mires fijamente, Keira. ¡No es tan adorable…!».

Entramos en el hotel, y mientras yo tramito la reserva, Ástor les impide sentarse en los sofás de recepción. Si no, ya no los levantamos de ahí en toda la noche.

Tenemos que ayudarlos a llegar hasta las habitaciones.

—La he perdido, Kei —farfulla Ulises contra mi pelo—. Otra vez… ¡¿Por qué?! Tú no te pierdas, ¿eh?

—Sabía que terminaría mal… —suelta Charly, más allá que acá—. ¡Lo sabía, joder…!

—¿Por qué lo dices? —le pregunto, interesada como policía.

—¡Porque se metía en todo…! Le advertí muchas veces que podía ser peligroso, pero era insaciable… Ástor, ¿qué has traído? Dame algo, por favor… —suplica cuando Ulises y yo estamos a punto de entrar en nuestra habitación.

Apenas puedo con mi compañero, y Ástor viene en mi ayuda. Le pide a Charly que se quede fuera, pero este nos sigue cuando entramos juntos para depositar a Ulises en una de las camas casi inconsciente.

—¡Necesito algo, Ástor! ¿Qué tienes? —le insiste.

Ástor se quita de nuevo la chaqueta, agobiado, con Charly pegado a él.

—Tengo un Espidifen… Puedes esnifarlo si te hace ilusión, pero no te lo aconsejo.

—¡Cabrón…! —Se queja Charly dejándose caer sobre la otra cama.

—Levántate de ahí… Tú no duermes aquí. —Ástor lo agarra.

—¡Que te follen! —farfulla Charly resistiéndose a él. Parece incapaz de abrir los ojos—. ¡Me has engañado! ¡Me has dicho que tenías algo…!

—No necesitas más mierdas, chaval. Solo descansar. Vámonos… —Ástor vuelve a tirar de él.

—¡No! ¡No quiero dormir contigo…! ¡Todo esto es culpa tuya! —dice atormentado—. ¡Que te follen a ti y a tus putos secretos!

El rostro de Ástor se quiebra como si fuera una presa sosteniendo un volumen de culpabilidad líquida que ya estaba al límite. Por un momento, creo que va a llorar.

—No le hagas caso —le digo deprisa—. Está borracho…

Al oírlo, Ulises cambia de postura y se coloca boca abajo sobre el colchón, escondiendo su cara en la almohada. Me acerco a él porque no me gusta esa posición, así no podrá respirar.

—¿Estás bien? —le pregunto acariciándole el pelo, haciendo que vuelva la cabeza hacia mí.

—No… Nunca más estaré bien, Keira… No sirvo para estar bien.

Su mensaje me inunda de pena, pero es todo demasiado reciente. Y si algo le ha demostrado Sofía es que el ser humano es capaz de reponerse de cosas que creía imposibles, como su duelo anterior.

—Tienes que descansar, Ulises. —Lo acaricio—. Ha sido un día horrible.

—Tú intenta ser feliz, Kei… Pero no cuentes conmigo. Ya no…

Lo que intento es no dar importancia a sus palabras alcoholizadas, pero no me gusta nada lo que oigo. Suena a rendición.

Los dos borrachos se quedan traspuestos en una calma inusitada, y miro a Ástor, que se hace consciente de la situación que nos han dejado: dormir los dos en la misma habitación.

—Voy a esperar cinco minutos… —me avisa—, y cuando Charly esté profundamente dormido lo trasladaré como pueda hasta la otra habitación.

Que diga misa, si quiere, pero los dos sabemos que ya no va a moverlo.

Me levanto y me reúno con él para observar a los dos caídos.

Me mira. Lo miro. La tensión del ambiente se vuelve irrespirable porque estamos solos otra vez. Porque no podemos disimular nuestra química y el potente tirón que provoca en nuestros cuerpos. Somos como dos imanes arrastrados por un inoportuno campo de fuerza en una habitación demasiado pequeña.

Ástor resopla, y se aleja de mí todo lo que puede murmurando:

—El universo me odia.

Se marcha hasta el fondo del pasillo de acceso y se apoya de espaldas a la puerta, cruzándose de brazos como si tratara de reprimir algún tipo de impulso animal.

—El universo no te odia… —lo contradigo.

«En todo caso, nos odia a los dos», pienso al contemplar sus potentes bíceps marcados bajo su camisa.

—Pues será el karma, que me persigue por todo lo que he hecho… Ya has oído a Charly: todo esto es culpa mía.

—No puedes cargar con las culpas de todo siempre, Ástor. Deja alguna para los demás… Por ejemplo, para el verdadero asesino.

—Yo alimenté la avaricia de Sofía —lamenta ofuscado—. Le di los medios y la apoyé en su candidatura al KUN… ¡Y mira cómo ha terminado! Si de verdad la han matado por un secreto que tiene que ver conmigo, es porque alguien no quería que yo me enterara.

—O porque tú no querías que ella lo divulgara —señalo perspicaz.

No me gusta evidenciar que sospecho de él, pero tenía que decirlo para salvaguardar mi reputación de policía, venida a menos por un enloquecimiento amoroso…

—Lo entiendo… —asume Ástor—. La jodida diferencia entre tu hipótesis y la mía es que yo sé a ciencia cierta que yo no he sido —dice serio—. Para mí, esa es la mayor fisura en el plan perfecto del asesino…, y necesito que me creas, ¡joder! Es lo único que me importa ahora mismo, el resto me da igual…

Sus palabras se me clavan en el pecho. ¿Por qué le importa tanto?

—¿Qué más da lo que yo crea de ti? —pregunto cautelosa.

—¡Mucho! Toda mi vida es una mentira, Keira, pero tú fuiste de verdad… Y quiero que lo sepas porque estoy pensando en confesar que lo hice yo, aunque sea mentira… Me da igual ir a la cárcel con tal de que mi hermano pueda ser feliz con Carla.

Abro los ojos estupefacta. ¡¡¡Será idiota!!!

—¡¿Qué coño dices?! ¡Eso es una locura! ¡¿Y qué pasa si Héctor rompe con Carla el año que viene?! ¡¡¿Y si ha sido ella?!! ¡Ástor, no puedes hacer eso!

—¡Carla no ha sido! Lo sé… Antes pensaría que lo ha hecho Charly, y mira que lo quiero con locura, pero Carla no tiene lo que hay que tener para matar a nadie… Y, entiéndelo, se lo debo a mi hermano.

—¡¡¡No le debes nada!!! —exclamo enérgica acercándome a él.

¡Joder…! ¡¿Piensa en serio entregarse?! ¡Me va a dar algo!

—Te equivocas, sí que se lo debo —dice afligido—. Héctor no

murió en el accidente, pero su esperanza de vida se redujo cinco veces solo por el hecho de tener una lesión medular… Casi lo pierdo el primer año por una disreflexia autonómica…

—¿Qué es eso?

—Es un problema médico potencialmente mortal. Una reacción exagerada del sistema nervioso a un estímulo irritante por debajo del nivel de la lesión. Se empieza con sudores fríos, escalofríos y dolores de cabeza, pero puede llevar a niveles peligrosos de hipertensión y causar una embolia o convulsiones. Héctor las tuvo, y pensé que se moría… Nos dijeron que podían surgir mil complicaciones en cualquier momento, por eso mi madre insistió tanto en que el ducado pasara a mis manos… No es que Héctor no pueda tener hijos, es que no quiere.

Me duele imaginar lo mal que debió de sentirse por su hermano.

Me aproximo a él para reconfortarle, pero noto que se tensa.

—No te acerques a mí, por favor —suplica con un hilo de voz—. Te prometí que no volvería a abalanzarme sobre ti, pero siento que estoy a punto de perder el control en todo momento…

No le hago caso, y sigo adelante. Necesito que recapacite.

Ástor baja la cabeza, agonizante.

—No vas a entregarte, ¿me oyes? Dame tiempo. Déjame trabajar…

—Keira, pueden pasar años hasta que se celebre un juicio. Carla irá a prisión preventiva y mi hermano sufrirá lo indecible…

—¿Y qué pasa contigo? No pienso dejar que lo sufras tú.

Me mira apenado con esa cara jodidamente perfecta y dice:

—Lo soportaré… Nada es comparable al sufrimiento de no poder tenerte.

Un segundo después, mi boca está sobre la suya.

Se lo ha ganado con creces… ¿No tenerme es peor que la cárcel?

Su reacción es instantánea y me reclama, agarrándome del cuello como si me necesitara para respirar. Me besa con un ansia que transmite lo mucho que se ha estado reprimiendo.

Madre de Dios…, ¡qué bestialidad de beso! Menos mal que Charly y Ulises no pueden vernos al estar al fondo del pasillo. Ni oírnos, porque están casi en coma.

Nuestras lenguas se revuelcan juntas mientras se aferra a mí con

una fuerza sobrehumana. Mis manos surcan su suave pelo y las suyas presionan mi culo con una posesividad enfermiza. Me clava en su cuerpo de tal forma que no puedo pensar en otra cosa que no sea en tenerlo dentro.

Como un acto reflejo de mis deseos, empiezo a desabrocharle el cinturón con la respiración entrecortada. Mi mano se cuela dentro de sus calzoncillos sin miramientos. Lo noto tensarse por completo cuando tomo su miembro para bombearlo un par de veces con vehemencia. Ambos empezamos a respirar con dificultad, ansiando mucho más.

No puedo parar ahora… Y no lo hago. Me agacho, termino de deslizarle los calzoncillos hacia abajo y lo acojo en mi boca con una necesidad imperiosa.

—Ah… Joder… —susurra sorprendido.

Sabe tan bien que no puedo pensar en nada más.

Lo abarco hasta donde soy capaz, haciendo una presión deliciosa con mis labios sobre su dureza.

Noto que coloca una mano en mi cabeza con cuidado, y lo oigo resoplar cuando bordeo la punta con mi lengua y succiono con fuerza.

—Keira, por Dios… Tenemos que irnos de aquí —gime—. Pueden despertarse y…

Chupo con más ímpetu para enmudecerlo, y funciona. Me siento Dios acallando al duque de Lerma. Estoy tan encendida que lo hago cada vez más rápido y brusco. Nadie va a despertarse. Soy silenciosa como un *ninja*.

—Dios… Para o me corro… —musita desesperado.

Pero me niego. La satisfacción me inunda al ver que se apoya en la pared porque la fuerza abandona sus piernas. No le doy tregua.

—Keira, por favor… —Se inclina para detenerme—. No quiero correrme así… —Me sube a su altura, agarrándome por los hombros, y lo miro jadeante—. Quiero hacerlo dentro de ti…

—¿Has traído condones?

—No… No acostumbro a llevarlos a los entierros.

Sonrío un poco. Echaba mucho de menos su humor británico.

—Mierda… ¿Y qué vamos a hacer…?

No contesta. Vuelve a la habitación para coger su chaqueta y me insta a salir, cerrando con cuidado. No vamos muy lejos, justo al lado.

En cuanto abre la puerta, me aborda para besarme de nuevo incluso antes de cerrarla.

Por el amor de Dios… ¡Sus besos son lo mejor de este mundo!

¿Habéis tenido esa sensación? Me refiero a la de no cansarte nunca de alguien. Yo jamás. Y me alucina pensar que con Ástor no pararía.

Abandona su chaqueta sin mirar y me baja la cremallera del mono.

—Ástor… —gimo cuando empieza a besarme el cuello con pasión desde atrás.

Quiero recordarle lo del preservativo, pero no me salen las palabras cuando me deja desnuda y suelta un gruñido muy erótico al ver que no llevo sujetador. Después ataca mis pechos con fruición como si jamás los hubiera visto y tuviera que conquistarlos por primera vez. Libero un grito cuando me clava los dientes en uno de ellos sin poder contenerse.

Acto seguido me tumba sobre la cama como si no pesara nada para terminar de quitarme las bragas por los pies.

—No sabes cuánto he deseado volver a tenerte así —dice mientras se desabrocha la camisa—. Te veo mejor que nunca, Keira…

Rozo entre sí mis piernas con el mismo deseo irrefrenable que percibo en su mirada. Siento que lo necesito dentro cuanto antes, y me sirve cualquiera de sus apéndices… Su lengua, sus dedos, su polla…, me da lo mismo, pero ansío que me toque con urgencia.

Se cierne sobre mí, y podría llorar solo por sentir su piel caliente arrullando la mía. Me besa por todas partes haciendo que me retuerza de placer. Labios, hombros, pechos, tripa…, hasta llegar adonde los dos queremos que pose su boca.

—Mmm… —se oye cuando por fin prueba mi néctar. Mi gemido ha debido de escucharse hasta en el bar.

Noto que se agarra a mis piernas con fervor, y yo a su pelo, preparada para correrme en cinco segundos. He soñado tantas noches con esto… Con su boca otra vez sobre mi centro. Y no puedo más. Sentir cómo me devora con esa ansia me pone muchísimo. Toda mi piel arde por él.

Las contracciones de mi cuerpo le anuncian que estoy a punto de llegar y se esfuerza en hacérmelo más deprisa.

—No pares… —gimoteo. Un instante después, estallo entre resuellos exagerados.

Me quedo en un estado de flotabilidad considerable.

Lo siento reptar por mi cuerpo poco a poco hasta llegar a mi boca.

—Estás deliciosa… —Me besa—. Y ahora voy a follarte fuerte.

—¿Y el preservativo? —pregunto desfallecida.

—No tengo… —confiesa—. Pero necesito sentirte, Keira. Hoy más que nunca. Por favor… Necesito volver a aquella bañera y reescribir la historia… Necesito que confíes en mí solo una vez más. Me apartaré a tiempo, te lo prometo…

No sé qué me conmueve más, si la desesperación que percibo en su voz o la que advierto en su mirada, pero me viene a la mente aquello de que «antes de llover, chispea». Aun así, decido arriesgarme como una imbécil. Yo también quiero sentirle. Sin embargo, de pronto atraviesa mi mente un pensamiento que sí consigue frenarme:

—Habrás estado con muchas mujeres estos últimos meses…

—Nunca me arriesgaría a hacerlo sin protección con nadie. Solo contigo, Keira.

—¡Si hay noches de las que ni te acuerdas! —le recuerdo.

—El tío que te diga que ha practicado sexo sin enterarse miente. Cuando estoy en ese estado de suspensión, ni siquiera se me levanta… De todas formas, me hago pruebas cada seis meses y estoy limpio.

—Yo no sé si estoy limpia… —admito. No porque haya estado con nadie desde que estuve con él, pero nunca me he hecho prueba alguna.

Su semblante cambia por un momento al imaginar con quién he podido tener sexo, pero intenta olvidarlo y me mira desesperado.

—Me da igual, Keira… Me la suda. Como si me pegas la clamidia. Necesito meterme en ti ahora mismo… Quiero clavarme en toda tu alma, joder.

Me quedo boquiabierta.

Poco más que decir. En cuanto siente que me abro para él, Ástor se hunde en mi interior de una forma lenta pero contundente, sin dejar de mirarme. Ambos gemimos aliviados y nos sentimos tan plenamente conectados que la dicha resulta casi insoportable.

Esto es muy distinto al día de la bañera. Cada vez que se retira y vuelve a entrar en mí experimento miles de descargas de placer por

todo el cuerpo que me recuerdan que jamás volverá a ser tan único con nadie.

Nos besamos ensimismados, disfrutando de cada profunda estocada, y pongo los ojos en blanco de puro éxtasis. Joder… No hay nada mejor que follar después de llegar a un orgasmo. Es otra clase de placer. Uno en el que no persigues una meta ni te obsesiona dar salida a una tensión desquiciante, sino que sientes el amor en estado puro. Y duro. Durísimo… Hasta el fondo. Por un momento, desconecto del coito para apreciar otro tipo de detalles. Lo que dicen sus manos. Sus labios. Su respiración ahogada. El brillo de sus ojos… Es maravilloso. Y, de repente, vuelve ese remolino apremiante y una llama va cogiendo fuerza poco a poco en mi interior hasta prender la mecha de nuevo.

Me empiezo a acelerar, y él conmigo. Consigue aguantar hasta que alcanzo el clímax otra vez manteniendo el equilibrio sobre mí y saliendo en el último momento con un grito sordo para terminar derramándose en mi estómago.

A pesar de haber sido un día muy triste, la noche está resultando memorable. Totalmente única.

«¿Va a serlo? ¿Será “única”?».

Esa duda sobrevuela nuestras cabezas sin llegar a verbalizarse. En estos momentos no nos interesa perseguir la certeza, preferimos ir a la deriva en la incertidumbre. En el agradable limbo de la ignorancia voluntaria.

Y precisamente por eso, la madrugada se convierte en un atracón de todas las fantasías que hemos tenido durante los últimos meses. Que no tienen nada que ver con fetiches, fustas ni experimentos raros, sino con el simple hecho de ver nuestros dedos entrelazados en el aire de nuevo y hacer el amor con una cadencia tan especial que, cuando te encuentras tiempo después cara a cara sin ser pareja, no eres capaz de mantener el tipo al recordarlo.

Una intimidad que pensaba que no volvería a sentir en la vida.

ástor

5
Tenemos que hablar

Lunes, 29 de septiembre

«Tenemos que hablar».

Todo el mundo sabe que esa frase nunca trae nada bueno, en especial si proviene de la persona responsable de que te hayas pasado el domingo mirando el teléfono cada cinco minutos.

El viernes en el entierro, nosotros, la investigación y el planeta entero se detuvo hasta que Carla pasara a disposición judicial o el móvil de Sofía arrojara nuevas pistas. Fue un *impasse* en el que el tiempo se paró y pude tenerla de nuevo, pero han sucedido muchas cosas desde que dejamos Atienza el sábado por la mañana.

Empezando por las pullitas de Epi y Blas al día siguiente. No creo que haga falta especificar a quiénes me refiero…

—¿Dónde tienes ese maldito Espidifen? —gruñó Charly en cuanto fuimos a despertarles a la mañana siguiente.

—Ah, ¿ahora lo quieres?

—Es lo menos que puedes hacer por mí después de lo de anoche, Ástor.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Ulises, despistado.

—Se pusieron a tocar la flauta en la habitación, ¿no lo oíste?

—¡Ah, sí! Pero dinos, Keira, ¿era un clarinete normalito o un pedazo de fagot?

Y los dos empezaron a partirse de risa a nuestra costa.

Putos Epi y Blas…

—Os espero abajo desayunando —masculló ella como respuesta. Y se fue de la habitación mientras yo los miraba como si me dieran vergüenza ajena.

—Y tú, ¿la hiciste cantar un aria o una ópera entera? —se burló Charly—. Fue un buen concierto, en general…

Puse los ojos en blanco ante su inmadurez y no entré en su juego.

—Yo también os espero abajo.

—¡Disfrutad del desayuno musical! —vociferó Ulises antes de que pudiera cerrar la puerta.

Menudos gilipollas…, aunque prefería eso a su inminente depresión.

Más tarde, ya en el coche, cuando retomaron las bromitas subí el volumen del equipo de música al máximo para no oírlos, pero pronto las canciones les recordaron de dónde venían… y las risas se transformaron en llanto y dolor.

Me di cuenta del cambio en cuanto comenzó «Resurrección» de Amaral.

Me moría por coger a Keira de la mano mientras sonaba esa canción porque me sentía como quien describe su letra. Sus besos me habían devuelto a la vida por un momento, aunque no supiera hacia dónde íbamos. Solo rezaba para que no volviera a huir en sentido opuesto al mío.

Al llegar a la ciudad dejé a cada cual en su casa con un «ya nos veremos», y la sonrisa comedida de Keira me dio a entender que sería más pronto de lo que pensaba. Me contuve un par de horas antes de escribirle un mensaje: Ástor:

Qué te gusta hacer un sábado por la noche?

Keira:
Cualquier cosa…
Menos ir contigo a un lugar público

Ástor:
Ja, ja!
Te dejo elegir. Pero quiero verte sí o sí

Keira:
No me apetece mucho salir.
Estoy agotada.
Apenas hemos dormido esta noche.
Me conformo con una partida de ajedrez y un buen vino

Ástor:
Suena de maravilla.
Dónde quedamos?
Con el revuelo que se ha formado alrededor de la universidad, algunos paparazis se han acercado a mi casa para que les dé más datos.
Qué te parece si voy yo a la tuya?

Keira:
Estás seguro?

Ástor:
Sí. Por qué?

Keira:
Por nada…
Pero trae el vino, ya sabes que aquí solo hay latas de cerveza Ástor:

Oído.

Llevaré también copas de cristal. Un reserva en vaso de nocilla pierde mucho Keira:

Bien pensado 😛

Keira me confesó entre risas que había echado a su madre de casa para tenerla solo para nosotros. Le dijo que se traería a un ligue y le pidió que se fuera a dormir a casa de su novio. No le contó que era yo, pero cuando nos despertamos el domingo su madre estaba allí, y fue muy violento.

La culpa fue nuestra por amanecer casi a mediodía, después de dos noches en las que apenas pegamos ojo, practicando mucho sexo (con condón esta vez) y habiendo dejado una partida de ajedrez en tablas que terminó en uno de los mejores polvos de mi vida.

—¡¿Habéis dormido los dos en tu cama de noventa?! —exclamó su madre, atónita—. Pero… ¿cómo habéis cabido?

—Mejor no preguntes, mamá —respondió Keira, abochornada.

Me pareció muy morboso hacerlo en su cama. Me gustó poder escudriñar su habitación y husmear entre sus cosas, no solo el salón como la primera vez que fui. La imaginé llorando sobre su cama la primavera pasada, después de la final del torneo de ajedrez del KUN, y sintiéndose tan mal como yo. Pero lo peor fue descubrir sobre su escritorio una revista veraniega donde aparecíamos Olga y yo saliendo de un restaurante.

—Esto fue un montaje —dije sosteniéndola en alto. Keira se ruborizó por que la hubiese encontrado—. Lo hice para que la prensa te dejara en paz…

—¿Y tenías que ir justo con Olga?

—No podía pedírselo a nadie más. Lo hice porque Sofía me dijo que lo estabas pasando muy mal con el acoso mediático…

—Sí… No dejaban de hablar de mí. De mi ropa, de mi pelo… Como si esa fuera la clave para conquistarte.

—Si supieran que fue suficiente con sintetizar la ecuación matemática de un cubo de Rubik…

Me lanzó una sonrisa tan bonita que tuve que besarla.

—Lo siento… —musité en sus labios—. A mí también me molesta

la prensa, pero terminas acostumbrándote. Se trata de hacer como si no existieran.

—Valoro mucho el anonimato.

—No sé lo que es eso… —respondí victimista.

Su cara de diablilla me chivó que se le acababa de ocurrir una idea perversa. Se puso los vaqueros que le regalé (¡le quedaban de muerte!) y nos fuimos a comer a un pueblecito perdido en el que no sabían ni quién era Michael Jackson.

—¿Ves como ser anónimo no está tan mal? —comentó ufana.

—Toda la razón, Keira.

Sonreí acunando su cara y besándola de nuevo. Me quedé pegado a sus labios unos segundos de más, y puso una mano en mi mejilla para regalarme otra caricia. Había extrañado tanto sus gestos sinceros y espontáneos… En mi mundo casi nada lo es. Todo parece premeditado y calculado al milímetro. La ropa, las expresiones, las sonrisas, las charlas, los besos… Todo supeditado al qué dirán. Cero naturalidad. Y el comportamiento de Keira era justo lo contrario. Me embriagaba como nadie.

Pero nada es para siempre…

Esa misma tarde enviaron a Carla a prisión preventiva a la espera de juicio. Y como es lógico, mi hermano enloqueció.

—¡¿Cómo es posible que pase esto?! ¡Que no se pueda demostrar la inocencia de una persona! ¡Que ninguna cámara captara nada!

—Héctor, cálmate, es pura burocracia —le dijo Keira—. No se puede tener a alguien en el calabozo más de setenta y dos horas, y ha sido fin de semana… Todavía no hemos podido ni analizar el teléfono de Sofía.

—¡Cada hora que pasa es un infierno para nosotros! ¡¿No lo entendéis?!

Keira y yo nos miramos llenos de culpabilidad.

Nunca, jamás… supeditéis vuestra felicidad a la de otra persona. Sé que es difícil cuando te sientes responsable de alguien y le pasa algo, pero el sentimiento de que cada hora desde el entierro de Sofía para mí había sido maravillosa y para Héctor una tortura me desgarró por dentro como una cizalla desafilada.

Vaya por delante que Sofía era alguien muy especial para mí. Era mi protegida. Mi apuesta. Y confiaba mucho en su potencial. Pero

¿por qué no acudió a mí cuando se enteró de ese secreto tan importante? No dejaba de pensar en eso y me hacía estar un poco enfadado con ella… Por otro lado, temía el momento en el que esa sensación desapareciera y me embargara la pena por completo.

Keira quiso ir a comisaría para acompañar a Carla personalmente en su ingreso en prisión, y decidí quedarme con Héctor para distraerle. Al rato, nos llamó para contarnos que había podido tranquilizarla bastante.

Como los paparazis habían desaparecido de la puerta de mi casa, le dije que viniera a dormir, pero su respuesta fue negativa.

Keira:
Necesito descansar, Ástor.
Mañana es lunes y tengo mucho que
hacer.
Ya te llamaré, vale?

Al leerlo, una nube negra se posó sobre mi cabeza. Le contesté un «vale» y luego le planté un corazón rojo…, con dos cojones.

Que me devolviera un emoji lanzando un beso hizo que sonaran todas las alarmas. Se acabó el espejismo.

No quería rayarme y busqué refugio en Charly:

Ástor:
Cómo estás?

Charly:
Fatal.
Anoche salimos hasta tarde

Ástor:
Con quién? Adónde?

Charly:
Estuve en el Dark Kiss. Con Ulises

Me quedé mudo porque no sabía qué pensar al respecto de que no me hubiesen avisado… ¿Preferían estar a solas?

Charly:
No te dije nada porque sabía que estarías con Keira.
Yo me habría quedado en casa, completamente dopado, pero sabía que Ulises estaría torturándose así que lo hice por él Ástor:

Míralo… El santo

Charly:
Ese soy yo

Ástor:
Tú sabrás lo que haces

Charly:
Qué quieres decir?

Ástor:
En mi opinión os hace falta llorarla un poco. A los dos. En vez de hacer algo de lo que os podáis arrepentir… O ya lo habéis hecho?

Charly:
Hablas como si no me conocieras.
Yo nunca me arrepiento de nada de lo que hago

Me lo figuraba. Pero el que realmente me preocupaba era Ulises.

Ástor:
Y él? Se arrepiente?

Charly:
Ulises no siente nada ahora mismo. Es un zombi.
Está tan mal que me hace sentir que

yo no la quería lo suficiente Ástor:

No digas eso. Claro que la querías

Charly:
Muchísimo.
Pero creo que no de la misma forma que Ulises

Esa respuesta me sorprendió. Pero esperé, porque estaba escribiendo.

Charly:
Me he dado cuenta de que hay distintas formas de querer.
Algunas personas terminan con una pareja afín entre las muchas que podrían tener y otras encuentran a "su persona".
Yo era afín con Sofía.
Congeniábamos muy bien y la prefería a cualquier otra chica que hubiera conocido, pero no tenía la seguridad de que sería la única, me entiendes?

Alejé el móvil de mí en cuanto lo leí.

Reflejaba justo lo que yo sentía por Keira, que no encontraría nunca a nadie como ella. Era demasiado especial. ¡Lo éramos juntos, joder!

¿Significaba eso que era «mi persona»? Y si lo era, ¿por qué tenía que ser todo tan complicado?

Como decía, ese «tenemos que hablar» que acaba de mandarme hoy lunes de buena mañana me ha preocupado bastante y le he contestado: Ástor:

Cuándo quieres que hablemos?

Keira:
Cuanto antes.

Puedes venir a comisaría, por favor?
Hemos accedido al móvil de Sofía y
tengo dudas

Dejo lo que estoy haciendo y me planto allí en menos de veinte minutos. Enseguida me conducen a la sala de interrogatorios, donde me sorprende encontrar a Charly con una cara larga que me hace presagiar lo peor. También está Ulises y… ¡Mierda, el horripilante abogado de Carla!

—Ástor —me saluda Ulises en un tono extraño.

Trago saliva al verle. Tiene peor pinta que el viernes.

Busco la mirada de Keira esperando que me acaricie con ella, pero tampoco hay suerte. Su expresión denota que nuestro *impasse* amoroso ha terminado.

—Buenos días —contesto serio.

Ulises se pone de pie demostrando que va a llevar la voz cantante.

—Gracias a todos por venir. Hemos tenido acceso al móvil de Sofía y hemos encontrado algo importante.

—¿Qué? —pregunta Charly, impaciente.

—Una aplicación llamada SugarLite. ¿La conocéis?

—Claro… —respondo cuando me miran—. Ya lo hablamos la primera vez que estuvimos en su casa. Os dijo que yo había usado esa web en alguna que otra ocasión… Carla también la usó durante un tiempo. ¿Creéis que ha podido ser algún cliente?

—Sí —contesta Keira, convencida—. Hemos analizado a los tíos con los que quedaba y hemos encontrado a una persona muy conectada contigo, Ástor…

—¿A quién? —pregunto perplejo.

—A Xavier Arnau.

Cierro los ojos, lamentándome, y me sujeto la cabeza. «¡¿Es que ese hombre nunca va a salir de mi vida?!».

La expresión de Charly no cambia. Es obvio que ya conocía esa información. Seguramente es lo que lo tiene tan abatido. Y no me extraña… ¡Xavier con Sofía! Supongo que no pueden calificarse de cuernos porque tenían una relación abierta hasta hace bien poco, pero no deja de ser asqueroso. Lo digo por su forma de ser, no por su edad.

—Xavier quiso tener a Sofía desde el momento en que fue novia

de su hijo —expone Keira—, y al final encontró la manera de hacerlo. Hemos cotejado los movimientos bancarios y le pagaba una cifra irrechazable solo por quedar… No sabemos si se acostaban o no.

—Sofía me juró muchas veces que no, pero viendo la cifra estoy seguro de que sí… —musita Charly, desabrido—. Ahora me cuadra más la sonrisa de esa sabandija cada vez que me miraba…

—Así que Sofía rompió el férreo tratado que tanto defendía sobre las Sugar Babies y finalmente llegó a cobrar por sexo… —deduce Keira con un atisbo de decepción en la voz.

—El dinero fácil es más adictivo que la cocaína —sentencia Charly —, y ella lo necesitaba. No era rica. Lo que quiero saber es cuándo fue la última vez que quedó con Xavier —se atreve a preguntar.

—Dos días antes de su muerte… —expone Ulises, herido—. El lunes pasado, para ser exactos.

Charly se lleva la mano a la sien y farfulla un taco.

—Quizá le dijo algo sobre Ástor entonces —sugiere Keira.

«Pues seguramente…», me digo a mí mismo. Siempre he pensado que Xavier sabía algo sobre lo que ocurrió realmente con mi padre. ¿Se lo habrá confesado mi madre? Porque, visto lo visto, aquí todo el mundo se va de la lengua… Yo se lo conté a Keira y mi madre puede habérselo contado a otra persona. Y Xavier, además de mi padrino, es uno de sus mejores amigos.

Por otra parte, he llegado a la conclusión de que si Sofía no me contó el secreto enseguida es porque temía mi reacción. Porque era algo embarazoso que le incomodaba explicarme; si no, estoy seguro de que me lo habría contado. Esa paranoia me carcome.

—¿Qué sentido tiene que Xavier cuente un secreto a Sofía y luego la mate por ello? —se pregunta Ulises en voz alta.

—Yo no creo que haya sido Xavier —contesta Keira, pensativa.

—Entonces ¿quién? —pregunto perdido.

—Hay varias alternativas factibles, además del evidente «sota, caballo y rey»… Es decir, un Sugar Daddy, un Kunner o un Darker…

Arqueo una ceja alucinado. ¿Ha dicho «varias alternativas»?

¡¿Cuándo ha tenido tiempo de pensar en otra cosa que no sea mi lengua avasallando su boca?! ¿Es multifunción? ¿Me besaba mientras ideaba esos brillantes motes grupales para los sospechosos? De verdad que estamos a años luz…

Keira ordena unos papeles con intención de comenzar a hablar. Se me hace raro que compartan esta información con nosotros, pero conociéndolos ya un poco, me juego el cuello a que tratan de llevarnos hacia un callejón sin salida para sonsacarnos algo.

—Nosotros contemplamos varias hipótesis —empieza con voz profesional, con esos labios que anteayer lamían con fruición todo mi cuerpo—. La primera, que quien haya matado a Sofía lo haya hecho solo para encarcelar a Carla. ¿Qué enemigos tiene ella? ¿Y Héctor? ¿Alguien quiere que Carla deje de ser su novia? ¿Por qué?

La impresión me golpea en el pecho ante su capacidad para extrapolar posibilidades terroríficas. «Héctor no, por favor… Espero que no tenga nada que ver con mi hermano».

—La segunda, que quien haya matado a Sofía quisiera impedir que ingresara como primer miembro femenino del KUN.

—Para mí, la más factible —opina Charly.

—Y la tercera…

—Esta déjamela a mí —la interrumpe el abogado, satisfecho—. La tercera, que hayan matado a Sofía para evitar que destapara un secreto turbio sobre los hermanos De Lerma. Muy probablemente relacionado con el Dark Kiss.

—Yo no tengo secretos turbios —digo ultrajado. Pero Keira me mira acusándome de mentir descaradamente.

—Pues no tienes cara de inocente —replica el picapleitos—. Sofía no solo mandó un mensaje a Saúl diciendo que tenía que contarle algo goloso sobre ti, sino que también mandó uno a Carla diciendo que era sobre los hermanos De Lerma. ¿Era el mismo secreto? ¿O eran diferentes? ¿De qué forma les implicaba a ellos?

Charly y yo nos miramos sorprendidos. ¿De Héctor y de mí? Pero el idiota del abogado tiene razón en una cosa. ¿Por qué contárselo a ellos concretamente? Eran puntos clave, pero se estaban olvidando de algo.

—Lo que menos sentido tiene para mí es que el asesino se tomara la molestia de coger el trofeo de Carla para incriminarla —expongo.

—Justo esa es la clave —me concede Keira—. Lo personal de ese detalle… ¿Por qué incriminar a Carla?

Un silencio barre la sala ante esa pregunta sin respuesta. Pero tengo la certeza de que la contestación es: para jodernos a Héctor y a

mí.

—Hay una persona que encaja a la vez en las tres hipótesis que hemos expuesto —dice Ulises de pronto—. Saúl.

«¡¿Saúl?!». Ese nombre retumba en mi pecho como una patada.

—Estaba despechado por Carla —empieza a enumerar Keira—. Ni siquiera se hablaban. Se manifestaba abiertamente en contra del KUN y nunca quiso que Sofía ingresara en él. Y te tiene un amor-odio obsesivo, Ástor.

Trago saliva con dificultad por la consistencia de esa alternativa. Pero algo dentro de mí se niega a creerlo.

—¿Vais a ir a por él? —pregunto confuso.

—Estamos a la espera de que nos aprueben la orden para detenerle y registrar su casa y sus cosas; seguro que nos la dan en breve. Tuvo contacto con la víctima por mensaje ese mismo día. El día anterior le dijo que quería hablar con ella. ¿De qué exactamente? Pensamos que quizá solo deseaba saber qué planes tenía.

Vuelvo a pensarlo. «¿Saúl? ¿En serio? No lo conocen como yo».

«Bueno… ¿Y si ya no lo conozco tanto?».

Esto es una pesadilla.

Me cuesta mucho creer que haya sido Saúl, pero todo encaja tan bien que es irrebatible.

—Averiguar que Sofía estaba follándose a su padre y que fuera oficial que iba a entrar en el KUN podría haber sido la gota que colmó el vaso para que decidiera matarla —alega Ulises, convencido.

—Entonces ¿podemos irnos ya? —pregunta Charly, deseoso de salir de aquí.

—Mejor poneos cómodos —le contesta Ulises con desdén—. No vais a ir a ninguna parte con esta información. Pasaréis el día aquí, incomunicados, hasta que hablemos con Saúl; no podemos arriesgarnos a que le aviséis de que es nuestro nuevo sospechoso. ¡Y no admito quejas! —Se adelanta cuando ve que mi abogado va a interrumpirle para decir que tenemos derechos—. Esto es importante… Necesitamos poder fiarnos de vosotros, y para ello es preciso que esperéis aquí un rato largo.

¡Eureka…! Por eso nos han hecho venir. Para contarnos detalles comprometedores del caso y tener un motivo para retenernos. Muy bonito, chicos.

—No podéis hacer esto —protesta Charly, indignado.

—Hay dos formas de hacerlo: por las buenas o por las malas —replica Ulises—. Será más largo por las malas… Esto es solo una cuestión de confianza.

—La base de la confianza es la libertad… —masculla Charly.

—¿Por las malas? Como quieras. Os quedáis aquí; podéis ponerme todas las denuncias que queráis, ya me limpiaré el culo con ellas.

Ulises se va de la sala de interrogatorios dejándonos con la boca abierta tras esa última frase. Es evidente que la culpabilidad que siente no le cabe por la puerta y pretende camuflarla con profesionalidad policial. Una profesionalidad mutilada por sus sentimientos.

Entiendo que en estos momentos no puedan descartar nada ni a nadie hasta confirmar las sospechas sobre Saúl. Deben encontrar al culpable. Y yo, por Héctor, espero lo que haga falta.

—¿Podemos hablar? —pregunto a Keira cuando se dispone a salir detrás del abogado.

—Luego —me dice con un mohín—. Ulises está que trina por lo de Xavier y Sofía… Aguantad aquí y esta tarde hablamos, ¿de acuerdo?

—Vale…

La miro transmitiéndole que me muero por besarla, pero apenas me presta atención.

—¡Maldita sea! —exclama Charly en cuanto nos dejan solos—. Esto es de locos… ¡Hola, chicos! —Saluda al cristal—. Sabemos que estáis ahí esperando a ver de qué hablamos ahora, pero siento decepcionaros. ¡Estáis perdiendo el tiempo con nosotros! Sobre todo tú, Mateo, que siempre has vivido de encontrar mierda de la jet. Pero con nosotros no vas a rascar nada, ¡cagamos arcoíris!

—¿Conoces al abogado de Carla? —pregunto sorprendido.

—Sí… Estudió conmigo. Fue el número uno de mi promoción. Si existe un abogado capaz de sacar a un culpable de la cárcel, es él… Quizá Carla se libre después de todo. —Se pasa la mano por el pelo, nervioso—. Sofía es la víctima perfecta para ir a por un pez más gordo, ¿verdad, Mateo? —dice al cristal.

—Tranquilízate, Charly.

—¡No puedo! ¡Tenía cosas que hacer esta mañana! Mi plan no era quedarme aquí todo el día, As. Tengo una puta coartada, joder… ¡No

tienen derecho a retenerme!

—Solo serán unas horas… ¿No quieres que Ulises confíe en ti?

Al decir eso me mira mortificado. Estoy deseando que me cuente el rollito que se traen entre manos, que, a tenor de su reacción, no es ninguna tontería.

—No pueden retenernos sin pruebas. Punto. ¡No podéis! —grita de nuevo hacia el cristal—. Tengo compromisos que me resulta imposible eludir alegando que la policía no se fía de mí. ¡Eso mancha mi imagen profesional! Así que no solo han matado a mi prometida, sino que además he de aguantar que me tengan aquí sin permitirme ir a trabajar.

La puerta se abre y Ulises entra con la cara desencajada.

«Ay, madre… ¿Qué le pasa?».

—¿Tu prometida…? —pregunta con la mirada de un destripador.

Quiero recomendar a Charly que no diga una palabra. Ulises ya ha tenido suficientes decepciones amorosas por hoy con lo de Xavier.

—Sí, lo habíamos hablado —admite Charly, kamikaze—. Yo ya tengo una edad y quería que Sofía dejara esa puta web de los cojones… ¡Yo podía mantenerla de sobra! Hasta le presenté a mi madre y le contamos nuestros planes… Estaba muy ilusionada.

—¿Por qué no me explicaste todo esto el sábado por la noche? —le recrimina Ulises.

—Porque sabía que te dolería…

El inspector arruga la expresión y se prepara para hacerlo trizas: —¿Sabes, Charly? Deberías dejar de tratarme como si fueras mejor que yo, porque no lo eres; solo tienes más dinero. Y Sofía no dudaba entre nosotros. En todo caso, lo hacía entre tu dinero y yo. Y si la han matado es porque estaba buscando la forma de eliminarte de la ecuación consiguiendo pasta por su cuenta, pero seguramente chantajearía a la persona equivocada y se la cargaron.

Es difícil silenciar a Charly, o, ya puestos, a cualquier abogado, pero Ulises acaba de hacerlo, sellándolo con un portazo estruendoso al irse superofendido.

Cierro los ojos compungido. Me siento mal por ellos. También por Sofía. ¿A quién chantajearía con mi secreto? Nada tiene sentido…

Al único que podría chantajear con eso es a mí.

O a mi madre…

Abro los ojos alucinado. ¿Y si Xavier la mató para evitar justo eso?

ulises

6
No pierdas el tiempo

Keira me arrastra, a mí y a mi cabreo, hasta la deliciosa máquina de café de la comisaría. Es mi mejor amiga después de ella.

—Relájate un poco… —me aconseja a media voz tocándome el hombro.

Su caricia me atormenta al recordar una dolorosa familiaridad que ya es historia. La observo y admito que está más preciosa que nunca. La envuelve ese halo vigoroso que rodea a la gente que ha echado un buen polvo en los últimos días. No hay duda de que volver a ver a Ástor le ha sentado de maravilla. Me alegra que ya no sea esa alma en pena que arrastraba a todas partes meses atrás; ahora yo he tomado el relevo. He perdido cuatro kilos desde el miércoles pasado.

—¿Has comido algo esta mañana? —me pregunta preocupada.

—Sí. Tranquila…

Miento fatal. La verdad es que no soy capaz de ingerir nada.

Tengo el estómago replegado sobre sí mismo. Ayer hice un esfuerzo por comerme media manzana, pero solo me entra bien el alcohol. Mi organismo ha detectado que adormece mis instintos asesinos, porque de lo único que tengo ganas es de coger mi arma, entrar en el KUN y liarme a tiros con todos los integrantes de la lista que nos pasó Ástor con los miembros que no estaban a favor de que Sofía ingresara en ese club.

Otro elemento que parece anular esos bajos instintos es Charly…

Llevo pegado a él como una maldita lapa desde el entierro de Sofía. Y eso es muy peligroso para mi sistema emocional.

Por un lado, me tranquiliza porque siento que aún queda algo de Sofía en él, de su esencia, pero, por el mismo motivo, también me entristece.

El día del asesinato hicimos el camino juntos hasta la escuela de squash en silencio. No sé cómo estaba él, pero yo me encontraba fatal. Tenía sudoración fría, dolor torácico y náuseas; a los dos minutos tuve que parar para vomitar en un seto. Conocía bien los síntomas del *shock*. Mi cuerpo no quería seguir moviéndose como si no pasara nada, como si la chica a la que ambos amábamos no hubiera aparecido muerta cien metros atrás.

Mis ojos sabían que nunca más volverían a verla sonreír; mis orejas, que ya no la oirían gritar mi nombre al llegar al orgasmo. Mi boca, que jamás volvería a arrasar su labio inferior…

Enseñé la placa en la recepción de las pistas de squash y el encargado me mostró las imágenes que yo quería revisar en el horario concreto. Después acompañé a Charly al vestuario para recoger sus cosas de la taquilla.

—¿Juegas mucho? —le pregunté por rellenar un silencio que nos estaba ahogando en lágrimas no derramadas.

—No.

—Ya decía yo… Me has parecido un poco paquete, Charly.

—Intento hacer algo de deporte para compensar los excesos, y aquí, aunque no tengas pareja, puedes venir a entrenar a cualquier hora y siempre hay alguien con quien jugar.

Creo que fue lo único que nos dijimos hasta volver al campus. Eso y un «adiós» al despedirnos con la mirada más triste del mundo. Pero esa misma noche me escribió y me mandó unas cuantas fotos bonitas

de Sofía. Fue cuando me comentó lo del entierro.

Admito que la pastilla que me obligó a tragar en el coche me ayudó a combatir el peor momento… o quizá fuera estar con él el resto de la tarde. No lo sé.

—Oye… —me dijo en un momento dado en el bar, cuando Ástor y Keira no nos escuchaban—. Si nos quedamos aquí esta noche, habrá que dejar que los tortolitos duerman juntos, ¿no? Si no, igual terminan follando en el pasillo.

Solo asentí. Se notaba que Ástor y Keira lo estaban deseando. Y no sería yo quien les impidiera disfrutar de la vida, ellos que podían… Me pareció previsible que la muerte de Sofía fundiera todas las excusas loables para mantenerlos separados, al menos por ese día.

De vuelta en Madrid el sábado a mediodía, llegué a casa y me metí en la cama con intención de no volver a pisar el suelo hasta el lunes. Tenía una resaca horrible y unas ganas de morirme que no me dejaban ni respirar.

Al caer la noche, aparecieron los primeros pensamientos suicidas y, como si me hubiera leído la mente, me llegó un mensaje de Charly.

Charly:

Te recojo en media hora. Dúchate

Le llamé directamente. No tenía fuerza ni para escribirle un wasap.

—No vengas —rezongué en cuanto descolgó.

—Voy a ir. Prepárate ya.

—No sabes dónde vivo, Charly.

—Sí que lo sé. Rastreé a Sofía hasta tu casa. Sé que os visteis varias veces después de que nos dieras la patada… Vístete, Ulises.

Me quedé tan cortado que dije:

—Dame una hora.

—Mejor cuarenta y cinco minutos. Y ponte una camisa.

Bajé cuando me mandó un wasap avisándome de que ya estaba allí.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando me subí en su coche.

—Al único sitio donde todo importa una mierda…

—¿Al Dark Kiss?

Charly otorgó con su silencio y arrancó.

—Yo paso. Es muy caro y no quiero que me invites…

—Háblale a mi mano. —Me la puso cerca de la cara, y se la aparté de un manotazo. Sonrió levemente.

No quise discutir. «¿Quiere pagar? Pues que pague».

En cuanto entramos en el Dark, me dio un bajón considerable. Los recuerdos apretujaron mi corazón con crueldad, y Charly se dio cuenta. Por eso despachó al primer par de chicas que se nos acercaron nada más sentarnos en el reservado diciéndoles que queríamos estar solos.

Pedimos dos copas y sacó lo que parecía ser una muestra de colonia. Un botecito alargado de cristal, sin letras, con un líquido transparente.

—¿Qué es eso?

—Tu rescate —murmuró.

—No quiero drogarme, Charly…

—Y yo no quiero que estés así. Ayer la enterramos, Ul… Confía en mí, ¿vale?

Mi corazón se saltó un latido cuando me llamó Ul. ¡Así me llamaba Sara! Lo gemía en mi boca cuando quería que la tocara, además de besarla. Cogía mi mano novata, y sentir que le urgía mi contacto me ponía a mil.

—El problema de las drogas —empezó Charly, aburrido— es que la gente no sabe consumirlas. Esto te va a sentar de lujo. Prueba solo un poco…

—¿Todo esto es un montaje para violarme? —bromeé—. Porque tiene toda la pinta…

Charly no pudo reprimir una carcajada. Y sonreí al oírlo.

—Te juro que no. Esto es L, o sea, GHB, incoloro e inodoro. Dos gotitas y te provocará una sensación de bienestar muy agradable.

—Como me desmaye y colonices mi culo, te doy una paliza…

Me miró canalla, reteniendo a la fuerza su diversión.

—Tranquilo, si un día colonizo tu culo, será porque me lo supliques…, te lo prometo.

Le sostuve la mirada, asegurándole que eso nunca iba a suceder. Charly me la devolvió exhibiendo la mejor versión de «nunca digas de este agua no beberé», y mi respuesta fue poner los ojos en blanco.

El recuerdo de Sofía volvió a aplastarme poco después debido al

ambiente, y aspiré profundamente el dolor residual que nos rodeaba.

—Solo quiero que dejes de sentirte mal, Ulises —insistió Charly.

Hizo ademán de dejar caer un poco de líquido en mi copa, y no me preguntéis por qué, pero no se lo impedí.

—Aún no me creo que la hayan matado, Charly… —comenté deprimido.

—Os dije que Carla no me daba buena espina.

—¿Crees que alguien es tan estúpido como para planear algo así y luego quedarse en el escenario del crimen llorando con el arma del delito en la mano?

—Quizá. No sé… Es guapa, pero nunca tuvo muchas luces. Y en medio de una discusión puede pasar de todo en un momento dado. Al tomar conciencia, se quedaría paralizada y ya era tarde para huir.

—Yo creo que ha sido algún hijo de puta del KUN que no quería que Sofía fuera miembro —expuse.

—¿Y fue a colarse en casa de Carla para robar el trofeo e incriminarla? Lo dudo mucho… Esa gente no se complica. Contratan a un sicario y no llegas ni a tu coche al salir de clase…

—Pudo ser alguien que quisiera joder a Carla…

—Más bien a Héctor —discurrió Charly—. La ha perdido…

—Él no la ha perdido. Nosotros hemos perdido a Sofía.

Su mano cayó sobre la mía como si deseara aligerarme el dolor. Me importa un huevo lo que digan, un gesto así es diez veces mejor que una varonil palmadita en el hombro. Une más. Pero se supone que los hombres no deben rebasar cierto límite de afecto entre ellos, y me encantó que Charly se pasara la norma por el forro.

—Yo todavía no he hablado con Héctor —confesó cohibido—. Y no quiero hacerlo… Me escribió, pero no le he contestado…

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece pelearme con él. La versión oficial es que su novia ha matado a la mía.

—Es muy fuerte… —admití.

Y lo era. Ellos eran amigos desde hacía muchísimos años, pero ahora… Ástor estaba en medio, además.

Seguimos bebiendo y hablando hasta que la química empezó a hacer efecto en nuestro organismo y comenzamos a reírnos de todo.

—¡Oh, no, Keira…, no sigas, me voy a correr! —imitó a Ástor.

Me partía de risa. Charly y yo estábamos muy borrachos en Atienza, pero exageramos y fingimos quedarnos dormidos para propiciar ese encuentro entre Ástor y Keira. Lo escuchamos todo. Fue la puta bomba…

De repente, aparecieron dos chicas ligeras de ropa con ganas de jugar y nos dejamos querer llevados por el colocón. Lo que sentía no era una sensación de bienestar, era una oleada intensa de felicidad inexplicable que me gustaría disfrutar todos los días. Ahí estaban, las orejas de la adicción asomando por encima de mi hombro. Pero no me preocupó mucho porque, de algún modo, era aún más adicto a sufrir por amor.

Los besos de las chicas nos distrajeron durante un rato de un modo superficial. No dejaba de pensar en lo distintos que eran sus labios a los de Sofía. Y cuando nos preguntaron si queríamos pasar a la parte de atrás para rematar la faena, dije a Charly que no me apetecía un festival erótico, que estaba bien allí.

Solo duró un segundo, pero me miró los labios y mi sutil gesto de retracción le reveló que no iba a darle pie a nada aquella noche.

—Pues nos quedamos aquí —contestó indiferente—. Aunque… yo no puedo irme a casa con un arma cargada entre las piernas, llevo casi una semana sin vaciarla. —Acercó la mano de su chica a su bragueta, y ella, captando el mensaje, empezó a desabrocharle el pantalón mientras se besaban lánguidamente y se acomodaban hacia atrás.

«¡Joder…! ¡Qué lanzado! ¡Qué desvergonzado! ¡Qué…!».

Quería ser como él.

Y, además, me la ponía dura querer ser como él.

Mi chica palpó y encontró mi armamento listo para disparar. También llevaba muchos días sin ningún tipo de interacción sexual y no dudé en recostarme sobre los cojines y dejar de pensar. Era un sofá de dos, no de cuatro, por lo que estábamos un poco apretujados. Sentía el brazo de Charly rozarme cada dos por tres. Su codo, más bien.

Cuando las chicas comenzaron la felación, no me lo podía creer… Los dos mil euros de la entrada bien valían el encontrarte dentro a personas que lo único que perseguían era el morbo y el placer de liarse con un desconocido atractivo… y rico.

Miré a Charly, jadeante, pero su polla se llevó toda mi atención;

recuerdo pensar que tenía el mismo brillo de excitación en los ojos.

De pronto, me fijé en sus labios entreabiertos y creo que captó el deseo inconsciente de estrellarme contra ellos.

¿Qué coño era aquello…?

Cuando vi que se acercaba a mí para reclamarlo, se lo impedí poniéndole una mano en el pecho, pero me agarró del brazo para retenerme contra él, exigiendo que no me mintiera a mí mismo y admitiera lo que deseaba.

El corazón comenzó a bombearme con una violencia desconocida.

Bajé la vista hacia sus labios y… ¡Joder, no podía!

Lo solté y me dejé caer hacia atrás sintiendo su mano todavía sobre mi brazo e imaginando que eran sus labios los que iban a hacerme explotar de un momento a otro. En medio del orgasmo entendí eso de «lo único que hace que todo te importe una mierda», porque la sensación de satisfacción fue tan abrumadora que, por un momento, dejé atrás todo lo que me oprimía. Todo… ¿Cómo era posible?

Charly era un maldito mago del hedonismo.

La mayor pega de ese truquito, aparte de lo insalubre, fue el día siguiente. Donde todo se volvió peor de lo que recordaba inicialmente. No tenía claro si compensaba sufrir tal agravante por un alivio momentáneo.

—Acabamos de recibir luz verde —me avisa Keira, sacándome de mis recuerdos tras revisar su correo desde el móvil—. Vamos a por Saúl, así Charly podrá irse de aquí rápido si tiene cosas que hacer.

Charly, ya… El tío con el que acabo de discutir y al que odié con todas mis fuerzas el domingo por tener una resaca que todavía no se me ha pasado.

Keira y yo cogemos el Ibiza para dirigirnos a la Universidad de Lerma.

—Mantén la calma con Saúl —me advierte por lo bajini captando con su radar infalible mi espíritu de venganza.

Asiento porque no quiero desdecirme cuando le parta la cara a ese crío.

En cuanto nos ve aparecer, se le desencaja el rostro. No sé si por mi expresión asesina o por lo guapa que está Keira hoy.

—¡Hola! —exclama sorprendido.

—Hola, Saúl… ¿Tienes un momento? —le pregunta Kei, educada.

Me pone enfermo que haga eso. Es como si no creyera en sus propias conjeturas al respecto de que Saúl es el culpable.

—¿Sucede algo?

—Muchas cosas… —le resumo mientras jugueteo con las esposas para dejarlo blanco del todo.

Keira me amonesta con la mirada.

—Tranquilo, no vamos a esposarte… a no ser que eches a correr —le aclaro punzante—. Ahora, acompáñanos, por favor.

—¿Qué ha pasado? —pregunta alarmado.

—Hemos podido acceder por fin al móvil de Sofía —le informa Keira.

—¿Y…?

—Saúl, ¿tú sabías que Sofía era una Sugar Baby? —le pregunta con cautela.

—¿Una qué…?

—Una chica que cobraba por tener citas con hombres ricos.

—Ah, sí… Me lo contó cuando empezamos a salir. Ella lo describía como un servicio de azafatas para hombres de éxito que querían pasar el rato en compañía de mujeres bellas. Según ella, no era nada sexual.

—¿Y tú te lo creías? —pregunto pernicioso. En realidad, Sofía nos engañó a todos, no solo a mí.

—Sí, me lo creía. Porque solo su compañía ya valía su peso en oro —sentencia con firmeza clavándome la mirada.

Sus palabras me revuelven por dentro. ¡Este DiCaprio de pacotilla estuvo un año saliendo con ella! Al margen de su estudiado peinado de guaperas al que seguro que le echa diez mil productos caros, no tiene con qué disimular sus ganas de hacerse un hombre. Y sigue:

—Sofía no solo era una chica espectacular, sino también carismática, y deberíais saber que esa escasa combinación está muy demandada en la alta sociedad. Trabajó en muchos sitios antes de darse cuenta de que podía ganarse la vida de otra forma, pero me dijo que solo era un medio para conseguir un fin, y con el tiempo logró obtener el respeto de la comunidad.

—¿Respeto? Te recuerdo que la han asesinado… —mascullo.

Keira me presiona la mano cuando a Saúl comienzan a brillarle los ojos. «¿Ahora le da pena? ¡¿Y yo qué?!».

—Consiguió que muchos hombres poderosos pagaran por salir con ella. Intentaron llevársela a la cama, pero no lo lograron —continúa en su defensa—. Además, contaba con la protección de Ástor de Lerma…

Aprieto los puños.

—¿Sabías que tu padre era uno de sus clientes? —ataco sin piedad.

Keira se rinde conmigo y suspira apesadumbrada. Lo siento, para mí la verdad está por encima de la mala educación.

La cara de Saúl lo dice todo. Su falta de sorpresa. Su expresión contenida y molesta… Claro que lo sabía. Su padre se habría encargado de restregárselo a fondo por la cara.

—Sí, lo sabía —admite.

—Vaya, vaya… —digo con sarcasmo—. ¿Desde cuándo?

—Ella misma me preguntó si me parecía bien. Mi padre le había ofrecido una gran suma de dinero solo por quedar y me dijo que necesitaba la pasta… —aclara algo más serio.

—¿Tu padre te lo restregó? —quiero confirmar.

—Mi padre solo es un pobre infeliz cuya única finalidad en la vida es demostrarme que lo hace todo mejor que yo. Lo mío con Sofía no funcionó. Y como ya no estaba enamorado de ella, le dije que hiciera lo que quisiera con él. Era mucho dinero, y me pareció mejor que lo tuviera ella que otra cualquiera. Además, se supone que solo era salir…

—No estabas enamorado de Sofía porque ya albergabas sentimientos secretos por Carla, ¿verdad? —señalo perspicaz.

Saúl mira a Keira, acusador, pero no puede echarle nada en cara. Desde el momento en que él la engañó con el circo del secuestro de la Kaissa hace meses, no le debía lealtad a lo que le contó «en confianza».

—En ese momento, sí, sentía algo por Carla, pero…

—Pero ahora ya no, porque te ignoraba, ¿cierto?

—¿Qué estás insinuando? —pregunta Saúl, displicente.

—Insinúo que tenemos una orden para registrar tu casa, chaval… Tenías motivos de sobra para matar a Sofía e inculpar a Carla.

Se queda callado ante esa grave acusación y, sorprendentemente, no pone objeciones.

—Pues andando.

Los minutos pasan esperando a que proteste o diga algo que lo condene del todo. Es nuestra táctica habitual, pero con Saúl no parece funcionar y empiezo a ponerme nervioso. Ni siquiera se queja cuando, una vez en el coche, Keira le confisca el móvil y lo encerramos en la parte de atrás como a un detenido.

Diez minutos de silencio después, cede a su indignación:

—¿Sois conscientes de que alguien del KUN ha matado a Sofía?

Keira y yo nos miramos ladinos, viendo que se muere por hablar.

«Déjame a mí», pido en silencio a mi compañera. Y no replica porque es evidente que siente una extraña debilidad por Saúl.

—Sí, sabemos que fue alguien que no quería que Sofía entrara en el KUN… ¡Anda, como tú!

—Admito que no me gustaba la idea, pero yo deseaba que fuera feliz. ¡Sofía me importaba! Seguíamos siendo muy buenos amigos.

—¿Por qué cortasteis exactamente, Saúl? —pregunto interesado.

—Teníamos objetivos distintos en la vida —dice diplomático—. En cuanto la vi, me lancé a por ella y me paró los pies. Empezamos a hablar y me contó que Ástor la había apoyado para que estudiara porque creía que valía para ello. Me conquistó cuando me aseguró que su finalidad era triunfar por sí misma y no terminar siendo la mujer florero de ningún hijo de papá. Pero, al final, la atracción y el cariño venció sus reticencias y empezamos a salir…

—¿Cuál fue el problema real que os hizo separaros? —ahondo.

—El KUN. Ni más ni menos. Le hablé en profundidad del club cuando me agasajaron para que formara parte de él, ofreciéndome un poder casi ilimitado, y Sofía me animó entusiasmada. Aseguró que me tenía envidia. Ahí nació su idea de entrar como miembro femenino. Le habían brindado la posibilidad de hacerlo como Kaissa, pero decía que el comunismo corporal no era lo suyo…

—¿Eso decía la reina de los tríos? —prorrumpo despechado.

«¡Cállate, Ulises!», me grita Keira mentalmente con los ojos. Y veo que Saúl me mira mal.

—A Sofía le gustaba el sexo, no cobrar a cambio de sexo —aclara enfadado—. Según ella, eso era de putas.

—Vaya tela… —murmura Keira negando con la cabeza.

La atención de Saúl persigue ese comentario y pregunta extrañado:

—¿Qué significa eso? ¿Crees que por el simple hecho de que a una chica le guste el sexo ya es una puta?

—¡No! —exclama Keira dolida—. Odio ese maldito estereotipo machista de que cuanto más folla un tío es «el puto amo» y si lo hace una tía es «una guarra». De todos modos, me parece que Sofía no era como tú crees, Saúl… Ni tampoco como yo pensaba.

—Ni yo… —Me subo al carro, afligido.

—¿Por qué lo decís? —pregunta Saúl, ingenuo.

Keira y yo nos miramos de nuevo. Tenemos que explicarle la verdad.

—Hemos descubierto que era más ambiciosa de lo que parecía…

—No me sorprende. Tenía un talento natural para saber estar entre gente distinguida y seducirla sin llegar a nada sexual.

—¿Estás seguro de eso? —lo provoco—. ¿Tu padre nunca llegó a presumir de que había mantenido relaciones sexuales con Sofía?

—Mi padre nunca confirma ni desmiente nada. Prefiere que te tortures pensando en la opción que no quieres escuchar…

—Pues follaban —revelo brusco—. En su móvil hay conversaciones que lo avalan.

Saúl se queda sin aire durante unos segundos, luego dice:

—Sigue sin sorprenderme… De hecho, ahora algunas cosas cobran sentido.

—¿Cuáles? —pregunta Keira, interesada, y me echa un vistazo rápido previendo que estamos a punto de obtener información importante.

—Las malas lenguas dicen que antes de empezar a salir conmigo lo intentó con Ástor… No sé qué ocurrió exactamente entre ellos, pero, fuera lo que fuese, no cuajó.

La cara de Keira se descompone lentamente; aun así, hace un esfuerzo por que no se le note.

—Cuéntanos más —apremio al chaval.

—Tiempo después de cortar, Sofía vino un día muy preocupada a contarme que mi padre había ofrecido dinero a Carla por quedar con ella… Entonces achaqué su inquietud a que tenía miedo de que le

quitara su puesto como concubina inalcanzable. Sin embargo, después de lo que acabáis de contarme, creo que seguramente la estaba protegiendo. A la vez, pensé que mi padre solo lo hizo para joderme cuando captó mi interés por Carla —dice ofuscado—. Sofía y Carla discutieron por ello…, y fue cuando Sofi avisó a Ástor de que mi padre iba a por su amiga para que intercediera. Ástor empezó a involucrarse con Carla, primero como amigos, pero luego empezaron a salir… y Sofía, sencillamente, enloqueció. Carla estaba consiguiendo lo que ella no había podido: implicarse más a fondo con los De Lerma. ¿Y sabéis cuál fue la solución de Sofía para no quedarse fuera de esa ecuación? Empezar a salir con Charly…, que llevaba interesado en ella desde tiempos inmemoriales.

«Hostias…». Trago saliva.

—¿Crees que lo hizo solo para estar más cerca de los De Lerma? —pregunta Keira, anonadada.

Saúl guarda silencio como si acabara de darse cuenta de que no está bien criticar a los muertos. O a Ástor.

—¿Crees que se conformó con Charly? —pregunto a mi vez, incisivo—. También es un buen partido…

Y lo pienso de verdad. A pesar de lo que acabo de decirle en comisaría, a mí me encanta la personalidad de Charly. Su forma de ser, su estilo… ¡Todo! Lo menos interesante de él es su apellido, su éxito o su dinero.

—No sé qué deciros… —resopla Saúl confuso.

—Saúl, por favor, necesitamos ayuda para atrapar al asesino de Sofía. Dinos todo lo que piensas. No revelaremos tu punto de vista a Ástor —subraya Keira con vehemencia.

Saúl se ablanda, y se lanza:

—Mi opinión es que, en el fondo, Charly y Sofía eran muy afines. Por fin ella había encontrado a alguien con el que encajaba a la perfección, pero parecía decepcionarle darse cuenta de ello…

Esas palabras me atraviesan vivo. Me resultan desgarradoras, de hecho. Ha sido como oír que a Sofía le avergonzaba quererme porque creía que se merecía más… Porque si lo pensaba de Charly, imaginaos de mí.

Se supone que la mejor sensación del mundo —en la que se basan miles de películas sobre el amor— es pensar que ese sentimiento lo

puede todo. Luchar por lo imposible. Mantener la esperanza. Pero a veces la realidad se impone de tal modo que te deja fuera de juego.

Como le pasó a Keira con Ástor, mismamente.

En ocasiones no basta con querer a alguien. Él es duque, y ella… Ella no encajaba en su vida, solo en su corazón. Como yo con Sofía. Y ahora estoy viviendo algo parecido con Charly.

Entre Sofía y yo no había lugar para otro hombre, aunque, siendo sincero, lo hubo una noche en el Dark Kiss… Charly se plantó en el jodido medio y me perturbó de tal manera que no deseaba volver a sentirlo nunca más; no podría soportarlo… Sin embargo, había encajado en mi alma de un modo tan desconcertante que no fui capaz de distinguir que eso fue lo que más me descolocó, no el maldito sexo heteroflexible.

Cuando llegamos a casa de Saúl, registramos sus dependencias a conciencia en busca de cualquier detalle. Hasta levantamos el colchón de su cama. El espacio es minimalista. Es un chico muy ordenado y poco dado a las distracciones, todo lo contrario al estilo rococó de Héctor, es decir, abarrotado de detalles rimbombantes de los que poder sacar conclusiones fundamentadas. Lo único interesante de la habitación de Saúl es su mesa de estudio. Llena de bolígrafos de todos los colores, subrayadores y hojas clasificadas con pósits.

—¿Dónde está tu cofre de los secretos? —le presiono.

—Yo no tengo secretos.

—Todo el mundo tiene un lugar donde deja a buen recaudo cosas que le importan, Saúl. Un escondite… ¿Quizá en el falso techo del cuarto de baño?

—Compruébalo tú mismo… —contesta displicente—. No sé qué buscáis exactamente, pero os puedo ahorrar tiempo: yo no maté a Sofía. Tengo una coartada, testigos que afirmarán haberme visto en clase a la hora exacta del crimen. Aunque bien podría haberlo organizado a distancia de forma telemática… Pero aquí está mi ordenador; llevároslo y analizadlo… Haced que un experto os saque hasta los archivos que he borrado en el último mes. Repasad mi historial de búsquedas. No estoy especialmente orgulloso de él, pero es lo que hay, me pone lo que me pone… Y buscad también en mis cuentas bancarias por si he hecho alguna transferencia sospechosa

para pagar a un sicario. Soy transparente —dice abriendo las manos —. Luego, cuando os canséis de perder el tiempo conmigo, me avisáis y os ayudo a investigar a los del KUN.

—Hablas igual que Charly —apunto divertido.

—Es que Sofía tenía muy buen gusto…

—Gracias por la parte que me toca.

—Ah, ya… Bueno, también se le iba la olla de vez en cuando, tú eres un buen ejemplo de ello.

Alzo una ceja y Saúl sonríe con guasa. ¡No tiene un pelo de tonto!

—¿Cuál es tu lugar favorito de la casa? —le pregunta entonces Keira con expresión distraída, y sé que esa cabecita suya está tramando algo.

—Arriba… Hay una terraza pequeña en el tercer piso, con buenas vistas. Tengo un balancín grande. ¿Queréis que os lo enseñe?

—No. Me basta con saber que tienes afición a las alturas —responde enigmática.

Automáticamente, mira hacia arriba. Hay varias cajas iguales colocadas sobre una estantería llena de enciclopedias y obras maestras de la literatura que parecen haber sido compradas en colección.

—¿Qué hay en esas cajas? —pregunta perspicaz.

—Cosas que ya no uso. Ropa, calzado, libros…

—Bájalas —ordeno sin titubear, adivinando los deseos de Keira.

Saúl trae una escalera para cogerlas y empezamos a abrirlas hasta que damos con una interesante. Está llena de fotografías y recuerdos de su infancia. Algunos muy banales. Entradas de cine, posavasos, chapas… Todo un templo anterior al mundo tecnológico e incluso más antiguo. De pronto, me llaman la atención unas fotos de Sofía envueltas en una prenda de tela fina de color rosa donde descansan unas llaves.

—¿Y esto? —Lo señalo.

—Pensaba devolvérselo, pero al final, por hache o por be, no lo hice.

—¿De dónde son esas llaves?

—De… su casa —dice renqueante—. Me las dio cuando salíamos, y andaban por aquí junto con esa camiseta que se dejó un día…

Keira y yo nos miramos lamentando lo que está a punto de ocurrir.

—¿Tienes un juego de llaves de casa de Sofía…? ¿Te refieres a las llaves de donde, presuntamente, desapareció el objeto que terminó con su vida?

—¡No…! ¡Yo no he entrado en esa casa desde hace mil años…! —exclama Saúl, asustado.

Keira cierra los ojos y se pinza el puente de la nariz en un gesto muy suyo.

—Joder, Saúl… —maldigo entre dientes—. Ahora sí que nos vas a hacer perder tiempo.

keira

7
El fin del principio

No me reconozco…

Antes de salir de la comisaría, he ido al aseo a retocarme. ¡Yo!

El motivo es que he quedado con Ástor para cenar en un restaurante megasofisticado, con el propósito de hablar de «lo nuestro», y quiero estar presentable. ¡Eso es todo, lo juro!

Que le vaya a decir que ha sido un error volver a liarnos no significa que deba ir oliendo a *eau* de sudor, ¿no? Bueno, vale, también me he cambiado de ropa. En cuanto me ha escrito que había reservado mesa en un sitio tan pijo he salido a comprar un vestido a una tienda cercana.

Al terminar mi turno, he ido directa al aseo de la comisaría (sorprendido de que lo utilice) para arreglarme un poco: desodorante, maquillaje básico, incluso me he cepillado el pelo.

Sí…, soy lo peor.

O eso me aseguró mi madre el sábado cuando volví por la tarde a casa desolada, tras ser testigo de cómo Carla ingresaba en prisión a lágrima viva.

—Tienes que ser fuerte… —le dije cogiéndole la mano con firmeza a la que habría sido mi cuñada si… ¡Si nada!

—¡No puedo, Keira…! ¡Soy inocente! —me juró, también con la mirada.

Incluso la propia Sofía habría afrontado todo aquello con más entereza, pero Carla no. Capté un destello de terror en sus pupilas que me convenció de que decía la verdad, y me sentí fatal por ella. Tenía que darme prisa en resolver el caso, porque esa chica no se merecía pasar por una situación que, probablemente, la empujaría a la locura y a la desconfianza eterna en el ser humano.

Por eso he tomado la decisión de centrarme y dejarme de cuentos de hadas con Ástor. No podemos permitirnos el lujo de disfrutarnos en este preciso momento, por pura clemencia hacia los afectados, que resulta que son nuestros mejores amigos o familiares…

Mi madre se cruzó de brazos en cuanto entré por la puerta de casa.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —me preguntó seria.

—¿A qué te refieres? —Me quedé parada.

—Con Ástor… ¿Volvéis a estar juntos?

—Nunca lo hemos estado, en realidad.

—Déjate de semántica, hija. ¿Quieres que te recuerde lo mucho que te costó superarlo la última vez?

«No lo he superado, mamá», pensé débilmente. Tuve que esmerarme más que nunca para que creyera que lo había hecho. Han sido seis meses espantosos.

—No es nada. Es que… ha muerto una amiga en común y…

—Y os habéis unido en el dolor.

—Algo así.

—Ya… Cualquier excusa es buena para volver a caer en la tentación, ¿eh, Keira?

—La muerte de Sofía no es ninguna excusa. Ha sido un asesinato, y me trae de cabeza. La novia del hermano de Ástor ha sido acusada porque todas las pruebas apuntan a ella. Sin embargo, creemos que la

han incriminado.

—¡Madre mía…!

—Por eso te digo que no te preocupes… Lo mío con Ástor ha sido un lapsus momentáneo, y voy a decirle que no tiene sentido seguir adelante. Necesito concentrarme y encontrar al culpable de la muerte de Sofía.

—Keira… Yo lo único que quiero es que no os hagáis más daño. Él tiene un destino que cumplir y tú…

—Lo sé, mamá. Ya he visto *Los Bridgerton*. Ahórratelo, ¿vale?

En cuanto abro la puerta del restaurante me alegro de haberme cambiado. Entrar en este lugar es como acceder a una dimensión celestial, no apta para humanos molientes.

Una chica angelical me acompaña hasta una salita privada donde Ástor ya me está esperando. Es verle y sentir un golpe seco a la altura de las costillas que me deja sin respiración.

¡Voy a quemar esa camisa blanca aunque sea lo último que haga! Un trozo de tela no debería tener tanto poder… ¿Y esos ojos? ¿Qué hago con esos ojos…? Por no hablar de esa pronunciada mandíbula que me ha devorado mil veces sin compasión y que ahora mismo se tuerce en una media sonrisa que hace que se me olvide hasta mi nombre. ¡Joder…!

Niego con la cabeza para salir del feliz trance de imaginar que corro hacia sus brazos y le muerdo los labios.

«¡Basta, Keira…! Intenta ser normal, deja de babear y habla».

—Hola… —saludo nerviosa—. ¿Qué es este lugar? ¿Por qué no estamos donde hay más mesas?

—He pensado que no sería conveniente que nos fotografiasen juntos.

—¡Ah! Bien pensado, sí… Mejor que solo te fotografíen con Olga.

Sube las cejas durante un segundo y decide (sabiamente) ignorar el comentario.

—Siéntate —me ordena como si fuera el diablo y quisiera hacer un trato conmigo—. Estás guapísima… —Echa un vistazo a mi ropa.

¿En serio? Juro que es el vestido menos provocativo del mundo. Palabrita. De canalé, color beis, cuello redondo y sin mangas. Podría correr un maratón con él. Es cómodo y elástico. Sin embargo, por

cómo me mira, Ástor parece fascinado con lo ajustado que me queda.

—Gracias… —digo temerosa de que se lance a mis labios y no pueda apartarme.

Pero vengo a eso justamente, a frenarle. Y, en el fondo, quiero pensar que sabe lo que voy a decirle después de no llamarle en todo el domingo.

—Siento lo de esta mañana… —empiezo—. Ulises está paranoico.

—No pasa nada. Lo he visto mal. Me da bastante pena, la verdad.

Anhelo besarle solo por decir eso.

Hubo un tiempo en el que pensé que Ástor era demasiado sobreprotector, incluso algo controlador, pero luego entendí que solo tiene un gran corazón.

«¡Corta el rollo, Keira!».

Me pilla mirándole los labios y se los humedece en un acto reflejo.

—Ástor, yo… —Me atasco incapaz de verbalizarlo.

—Sé lo que vas a decirme. Y me parece bien, Keira.

—¿Lo sabes?

—Sí. Y opino lo mismo…

—Nada ha cambiado —expongo encogiéndome de hombros.

—Lo sé… Pero lo de Sofía ha vuelto a juntarnos y me gusta esto. Quiero poder verte y hablar contigo sin que pase nada entre nosotros. Solo como amigos… ¿Crees que podremos lograrlo?

—Amigos… —repito escéptica. «¡¿Quién coño podría ser su amiga?!».

—Sí. De hecho, tengo un regalo para ti… Para sellar nuestra amistad. —Sonríe jovial para evitar que lo rechace bruscamente.

Me resulta tan irresistible que veo claro que jamás podremos ser amigos.

—No me gusta que me compres cosas, Ástor, ya lo sabes…

—No lo he comprado.

—¿Lo has robado?

—Está en tu e-mail —revela—. Creo que aún no lo has mirado…

Cojo mi móvil intrigadísima y lo reviso con una sonrisa en la boca.

—«Formulario de Inscripción de la Federación Española de Ajedrez, FEDA» —leo en voz alta.

—El cupo se abre solo una vez al año, en el mes de septiembre. Y,

¿adivina qué? Hoy es veintinueve. Mañana es el último día para apuntarse este año.

—¿Por qué quieres que me federe?

—Para que consigas el Elo que te mereces.

—¿Según qué *ranking*? —increpo a la defensiva—. ¿El femenino, que es considerablemente inferior al masculino? Paso, de verdad.

—Kei…, tú misma lo dijiste: el mundo está cambiando. En cien años esperemos que jueguen la misma cantidad de niñas que de niños al ajedrez, ¡y tú podrías ser el referente y la inspiración que necesitan! Podrías ser el inicio del cambio…

—No soy tan buena, Ástor.

—No lo sabrás hasta que te pruebes —señala tajante—. Te lo debes a ti misma… y a todas las mujeres.

Pongo los ojos en blanco. ¡Maldito sea!

—Ulises tiene razón…, ¡tus dotes de manipulación son admirables!

Ástor sonríe encantado.

«Dios, qué sonrisa… Me la tatuaría en mis partes íntimas».

—¿Eso ha dicho el cabronazo de Ulises? —pregunta divertido.

Sonrío también yo. Imposible no hacerlo con la cara de pillo que está poniendo.

—*Seee*…

«¿Puede recordarme alguien por qué tengo que privarme de este señor, por favor?».

Deberíamos dejar que la cruda realidad se imponga por sí sola. Las estadísticas dicen que en dos años se nos gastará el amor de tanto usarlo y todo terminará. Eso, si no nos cansamos antes por diferencias irreconciliables como… no querer tener hijos, por ejemplo. Pero, al menos, dejaría de vivir con la certeza de que ningún hombre podrá superarlo jamás.

—El primer paso es inscribirse —dice con calma—. Tu Elo se determinará por las primeras nueve partidas oficiales que realices. Una vez conseguido, podrás participar en algún torneo grande para aumentarlo. Después, irás a torneos internacionales para enfrentarte a gente muy buena y subirás en el *ranking* con rapidez…

—¿Qué soy, tu nuevo caballo ganador, Ástor?

—Puede. Con lo que me gusta montarte…

Bajo la cabeza, escandalizada.

—Lo siento. —Sonríe sinvergüenza—. Me la has dejado a huevo…

No puedo ni mirarle. ¿Quién es este nuevo Ástor y dónde está mi chico amargado y alérgico a las sonrisas?

Vuelvo a tirar de mis riendas con fuerza. Si entro en su juego, no comemos. Comida, digo… Me gustaría contestarle que a mí también me encanta cabalgarle a lo bestia, pero me corto y digo: —¿No íbamos a ser amigos?

—Perdona. Fallo técnico… —bromea con esos labios que deberían estar señalizados de lo peligrosos que son.

Tengo la sensación de que si nos tocamos saltarán chispas. La tensión sexual a nuestro alrededor es tan alta que, con suerte, igual explotamos.

Unos ligeros golpes en la puerta nos avisan de que alguien va a entrar.

¡Salvada por la camarera!

—¿Saben ya lo que van a pedir?

—Lo siento… —digo cogiendo la carta—. ¿Nos da tres minutos?

Asiente educada, y cuando se va, Ástor vuelve a mirarme fijamente mientras ojeo los platos.

—¿Qué pedimos? —le digo para romper la magia.

—A mí solo me apetece una cosa —ronronea—. Almeja…

Suelto una risotada y me escondo tras la carta por un momento.

—Esto no es serio, Ástor…

—¡Lo digo en serio! —Sonríe señalando la carta—. Lo pone aquí, almejas a la marinera… —Sigue riéndose—. ¿Tú eres muy marinera, Kei?

Me callo para no echar más leña a las mismísimas llamas del infierno. Me cuesta decidirme, y Ástor continua con su campaña.

—Entonces… ¿te vas a inscribir o no? Me fastidió mucho que las partidas del torneo del KUN no te contasen para puntuar por no estar federada. Había gente de bastante nivel…

—¿Por qué te importa tanto que lo haga?

—Porque sé lo que el ajedrez significa para ti…

—¿Qué crees que significa?

—Lo mismo que para mí. Es hogar… Te sientes cómoda con él. En casa. Y no quiero que renuncies a la distinción que te mereces por una

visión anticuada e injusta del juego. Quiero que luches y que les revientes…

Oír de su boca las palabras que mi madre me ha dicho muchas veces hace que me dé cuenta de que Ástor no es un hombre más. Es como si me quisiera de una forma especial.

—No sé si merecerá la pena —digo cansada—. Comentarios violentos, miradas reprobatorias… Huyo de eso, porque me conozco.

—Valdrá la pena —asegura.

Su determinación me convence y me seduce a parte iguales.

—Si insistes…, me inscribiré —digo encogiéndome de hombros.

—Buena decisión. —Me guiña un ojo, satisfecho.

Cenamos de maravilla. Ástor me cuenta que la chef es una de las mejores de la ciudad y que realizó sus estudios de cocina en Francia. También hablamos del caso y le cuento acerca de Saúl.

—Me siento fatal por haber tenido que detenerle —confieso.

—¿Por qué? ¿No crees que fuera él?

—No. Pero que hubiera unas llaves en su casa es indicativo…

—¿Estás pensando en Xavier?

—Sí…

—Esta tarde he ido a ver a mi madre —dice de pronto como si tuviera relación con el tema—. Necesitaba saber si le había contado a Xavier lo de mi padre… Lo que realmente pasó aquella noche en la piscina. Se me ocurrió que igual él se lo explicó a Sofía en un descuido, porque bocazas es un rato, y luego pudo tener miedo de que ella lo contara…

—¿Y qué te ha dicho tu madre? —pregunto interesada.

—Que no se lo ha confesado nunca a nadie. Aun así, ya te dije que tengo el presentimiento de que Xavier lo sabe. Ignoro cómo. Quizá lo intuya porque tiene claro que yo odiaba a mi padre. Y como me ve tan torturado, lo sospeche.

—Tienes que dejar atrás esos remordimientos, Ástor. Por tu bien.

Se me queda mirando como si deseara poder hacerlo.

Ahora es él quien me mira los labios por lo que acabo de decir. Mi mente vuela, y nos imagino besándonos con una pasión arrolladora. Su mano se sumergiría debajo de mi vestido y ascendería con descaro hasta alcanzar la curvatura de mis pechos. Y yo tiraría de su pelo mientras…

—Esta cena no ha sido buena idea —farfullo avergonzada. Porque sé que mi expresión es transparente y la lee a la perfección—. Lo del otro día está muy reciente, Ástor, y ahora mismo que tú y yo estemos a solas no es viable.

—A mí también me está matando… —confiesa en un susurro.

De pronto, volvemos a oír unos golpecitos. Bendita camarera.

—¿Puedo ofrecerles algo más? ¿Quieren postre?

Ástor me mira, no para preguntarme si yo quiero, sino para dejarme claro lo que le gustaría a él.

—No, gracias —contesta cuando niego con la cabeza, atribulada —. La cuenta, por favor.

En cuanto nos quedamos solos de nuevo, me viene a la mente una buena forma de bajarnos este inoportuno calentón.

—Saúl me ha dicho que Sofía quiso algo contigo… Y que cuando pasaste de ella empezó a salir con él. ¿Es cierto?

Ástor desvía la mirada de forma significativa. En su idioma eso es un sí rotundo que su honor no le deja verbalizar.

—Lo nuestro no fue nada serio…

—¿Hubo un «lo vuestro»? —pregunto alucinada—. ¿Por qué no me lo contaste en su día, Ástor?

—Porque no fue nada. Charly y yo conocimos a Sofía cuando trabajaba de relaciones públicas en el Dark Kiss y…, bueno, ya sabes…

—No, no sé. Explícate.

—Ya has estado allí, Keira…

—Cuéntame qué pasó —le ordeno más tajante de lo que pretendía.

Hace una pausa para medir mi enfado, y lo veo dudar.

—¿Me lo preguntas como exnovia celosa o como policía?

—Como policía —contesto seria.

Su forma de mirarme me chiva que está a punto de mentirme para no hacerme daño.

—Dime la verdad, Ástor… —le presiono antes de que se decida por ocultármela.

—La verdad es… que la primera vez que vi a Sofía en el Dark Kiss me pareció una chica preciosa y no dudé en enrollarme con ella en cuanto se me presentó la ocasión.

Mi mundo se agrieta bajo mis pies y lo disimulo como puedo.

Intento recordar que en ese momento yo no los conocía de nada y que Sofía era muy atractiva. ¿Solo se besaron o…?

«¿Qué importa? ¿Te haces una idea de a cuántas mujeres habrá besado Ástor en su vida? ¿Y solo este verano…?».

Mi corazón se cubre de metal saltando en el aire a lo Iron Man para bloquear el impacto de lo siguiente que vaya a decir.

—Pero no follamos.

«¡Uf…!».

—Sofía no quiso… —remata—. Me dijo que ese no era su trabajo. Era la directora de animación de la antesala a la parte de atrás.

—Entiendo… Era como la madame del lugar.

—Han pasado casi cuatro años de aquello, Keira…

Respiro aliviada. No es que importe mucho, aunque… «Cállate, anda».

—Pero según Saúl, ella volvió a intentarlo en la universidad…

—Cada vez que íbamos al Dark, pedíamos las copas en su barra y hablábamos un rato. Charly llegó a obsesionarse con ella y empezó a ir a verla más veces sin mí, hasta que consiguió captar su atención. Tenían mucha química juntos y terminaron acostándose, pero después siguieron siendo solo amigos. Sofía decía que no tenía tiempo para novios por estar estudiando un módulo y trabajando a la vez.

»Una noche, nos invitaron a una fiesta benéfica y Charly la llevó de pareja. Yo asistí con una Sugar Baby, y así fue como Sofía se enteró de la existencia de ese servicio. No dejó de bromear diciendo que se sentía rara por estar allí “de gratis”. Meterse en la web SugarLite le permitió dejar su trabajo en el Dark Kiss y empezamos a encontrárnosla en eventos a los que solíamos ir, acompañando a otros hombres que conocíamos. Todos sus Sugar Daddies le aconsejaron estudiar. Y yo le ofrecí la posibilidad. Poco más hay…

—Entonces ¿no intentó seducirte una vez en el campus… o tú a ella?

Capto que le cuesta hablar de esto. No sé si por mí o porque está muerta.

—Cuando empezó la universidad, la vida de Sofía pegó un cambio radical. Estaba muy agradecida conmigo, y un día vino a mi despacho a darme «las gracias», pero la rechacé… Se ofendió, y me aseguró que

no era ningún pago por nada, que deseaba hacerlo de verdad. Aun así, le dije que no podía porque Charly sentía algo especial por ella. Veía que cada vez se integraba más en nuestro mundo y pensé que, si en un futuro terminaban casados, me arrepentiría de haberlo hecho.

—Pobre Charly… —digo pensativa.

—¿Por qué?

—Porque al final Sofía empezó a salir con Saúl.

—Ya… Creo que Charly le recordaba demasiado a su antigua vida y ella pensaba que con Saúl podía ser otra persona. Quizá una marquesa…, porque Saúl algún día lo será.

—Y por Saúl conoció el KUN, ¿no?

—Exacto.

—¿Y Carla? ¿Sofía te pidió que la rescataras de Xavier?

—Eso fue en el siguiente curso. Sofía se trasladó a vivir con ella al poco de empezar a salir con Saúl, pero pronto surgió un conflicto de intereses entre ellos; Sofía estaba obsesionada con el KUN y Saúl lo repudiaba. Cuando lo dejaron, Xavier fue a por Sofía a muerte, y no quise meterme… Pero en el momento en que empezó a ir a por Carla, Sofía me pidió que interviniese. El resto, ya lo sabes…

—Sí, lo recuerdo… Carla te encajó como duquesa, pero salió mal.

—No… El resto es que me enamoré de ti.

Aparto la vista a tiempo. Si no, ya estaríamos besándonos.

—A veces nos enamoramos de personas que no nos convienen, Ástor —condeno—. La clave es darnos cuenta y actuar en consecuencia…

—¿Y cómo se hace eso, Kei? —susurra cogiendo mi mano y acercándosela a la boca—. Porque yo no he podido olvidarte. De hecho, no creo que pueda nunca…

El roce de sus labios sobre mi piel me invita a mandarlo todo al carajo y montárnoslo aquí mismo.

Toc, toc, toc…

Esa es la mano de Dios, sin duda, no la de Maradona.

—Les traigo la cuenta —nos comunica la camarera, apocada.

—Gracias —contesta Ástor soltándome.

Saca una tarjeta de crédito de su cartera y la deposita sobre el datáfono cuando ella se lo acerca.

—Muchas gracias… Espero que todo haya sido de su agrado,

señor —se despide la camarera haciéndole ojitos, antes de retirarse caminando hacia atrás.

Ástor saca un billete de veinte y, sin florituras, lo pone en la bandeja. Luego vuelve a mirarme con nostalgia y recupera la mano que había dejado. Me acaricia como si no pudiera evitarlo.

—Gracias por la cena… —musito cohibida.

Sus dedos causan estragos en lo siguiente que iba a decir haciendo que lo olvide, pero era algo parecido a: «Tengo que irme».

—Keira…, creo que separarnos fue un error. Podríamos haber pasado el verano juntos. Hartarnos de hacer el amor, que se nos pasase esta fiebre enfermiza y desencantarnos un poco el uno del otro antes de retomar nuestras vidas… Pero cortar la relación de golpe en el mejor momento posible fue un suicidio emocional.

—Era un buen plan, pero ¿y si hubiese pasado justo al contrario? ¿Lo has pensado?

—Una matemática no debería tener miedo a esa remota probabilidad…

—Contigo las estadísticas no funcionan, Ástor. Lo he comprobado.

—¿Eso es un cumplido? —Sonríe canalla, y mi corazón ya está llorando por no poder tenerle.

La verdad es que no creo que me cansara de Ástor nunca… Quizá el problema es que tengo claro que él de mí sí, y siento que sería una apuesta demasiado arriesgada por mi parte. De las que terminan alejándote de todo lo que alguna vez te importó. Y de repente, recuerdo a Carla. Su mirada devastada. La injusticia del encierro… Y decido que si no puedo alejarme de Ástor por mí misma, lo haré por ella.

—Tengo que concentrarme en sacar a Carla de la cárcel, ¿no es lo que querías, Ástor? Y todo esto me distrae mucho… Tú me distraes.

—Ese comentario es muy sexista —me acusa más serio.

Mis cejas suben sin permiso. Pienso en ello por un momento. Lo siento, es la pura verdad. Me distrae.

—Igual es que la naturaleza es sexista y no queremos verlo —zanjo.

—¿Insinúas que estar enamorada te vuelve más tonta?

—El amor distrae —sentencio—, lo dijo Woody Allen. Es anestesia para el alma. Evita que pensemos en cosas malas y deja atrás las

preocupaciones. Enamorarse te hace caer en un estado donde las muertes trágicas no tienen cabida. Por eso Ulises y yo resolvemos tantos conflictos, porque nuestra vida amorosa es inexistente y podemos dedicarnos a pensar en las pistas a conciencia sin implicarnos emocionalmente.

Veo que aprieta la mandíbula.

No sé si entiende adónde quiero llegar. Y lo sigo intentando.

—Se sabe que la felicidad bloquea el instinto de supervivencia. Es un hecho… Por eso la gente funciona tan bien bajo presión.

Ástor me mira con esos ojazos que quitan el hipo y suspira pesaroso.

—¿Sabes que diciendo esas cosas solo haces que me enamore más de ti? —Sonríe con tristeza—. Pero ese instinto de supervivencia del que hablas también se ve mermado al adaptarse a la seguridad de lo rutinario, en este caso, a tu poder para insensibilizarte de todo. Y la seguridad se parece mucho a la felicidad, pero no lo es. Es una falsa ilusión. Si la variable soy yo, es porque no puedes insensibilizarte de mí…, ¿no crees?

«La hostia…».

—¡Cállate ya… o vamos a terminar follando! —digo sujetándome la cabeza.

Su risa en cascada me electrifica el corazón llenándolo de vida, obligándome a sentirlo todo. A fundir mi coraza metálica. Porque en una cosa tiene razón: él me hace sentir insegura… Tambalea como nadie mis principios básicos antisociales, y eso es muy peligroso.

—Será mejor que nos vayamos… —acierto a decir.

Me levanto y vamos hacia la puerta callados y pensativos.

Cuando estamos a punto de salir a la calle, oigo mi nombre.

Vuelvo la cabeza y veo a Mateo, cenando solo en una mesa de la zona común. «¿Qué hace el abogado de Carla aquí?».

Noto la reticencia de Ástor a acercarse a él, pero ya es tarde para no hacerlo. Voy a su encuentro.

—Qué aproveche… —le digo a modo de saludo.

—Gracias. Me alegro de encontrarte, Keira. Iba a llamarte luego para contarte algo importante sobre el caso, pero… ¿Qué hacéis aquí juntos? ¿Estáis saliendo otra vez? Buenas noches, Ástor…

Madre mía… ¡Es como un torbellino sin filtro! Y al parecer

también ha hecho los deberes sobre nosotros.

—Buenas noches… —contesta el duque con sequedad.

—¿Qué ibas a contarme? —pregunto directa—. Y no estamos saliendo. Solo somos amigos.

—¿Amigos? Qué horror… Bueno, pues resulta que, hablando con Saúl, he tenido una revelación sobre el verdadero asesino…

Ástor y yo nos miramos, y decidimos caer en su trampa.

—¿Qué revelación?

—¿Por qué no te quedas conmigo y lo hablamos tranquilamente? Hasta mañana, señor De Lerma…

Cierro los ojos, avergonzada. «¡Este tío es increíble!».

La incomodidad de Ástor y sus ganas de arrearle un guantazo llegan hasta mis ondas cerebrales.

—Ástor se queda. —Salgo en su defensa—. Lo que tengas que decirme, dilo delante de él. Pongo la mano en el fuego por Ástor…

El aludido me mira conmovido con un agradecimiento infinito en los ojos.

«¡No le mires…!».

Me siento en una silla y le insto a que haga lo mismo.

—Cuéntanos, ¿qué has descubierto? —pregunto tenaz.

Antes de hablar, Mateo se mete un buen trozo de filete en la boca y nos hace esperar mientras lo mastica, se lo traga y bebe un poco de vino tinto. Es un caso de hombre…

—Primero déjame decirte que estás guapísima con ese vestido… Nada que ver con tus trajes de policía marimacho.

—¿Por qué tienes que ser así? —me quejo, asqueada.

—La pregunta es: ¿por qué inventan esos trajes tan horrendos?

—Di algo elocuente o me largo ahora mismo —lo amenazo.

—Xavier sabe mucho más de lo que nos ha dicho esta tarde. Según su hijo, estaba a favor de que Sofía entrara como miembro en el KUN, pero…

—¿A favor? ¿Eso os ha dicho? —interrumpe Ástor—. No tiene ningún sentido, Xavier es muy conservador. Y machista, y homófobo, y racista… Lo tiene todo. Para él, Sofía solo era un modo de ejercer el control sobre su hijo, sometiéndola sexualmente con dinero.

—Por eso mismo no cuadra —subraya Mateo subiendo las cejas locuaz—. Y yo digo: igual no le importó porque pensaban matarla…

Mateo estará como un cencerro, pero es inteligente. ¿Por qué a Xavier no le preocupaba que Sofía fuera a ingresar en el KUN?

—Y tenía motivos para incriminar a Carla —añade Ástor—. Intentó comprarla como a Sofía, pero no pudo… Quizá sí haya sido él, Kei —deduce mirándome con ansiedad.

—El problema es que tiene coartada confirmada —comenta Mateo.

—Por supuesto. En todo caso, habrá sido un encargo —dice Ástor.

Me miran para que tome partido por una u otra postura, y capto en el aire que ambos tratan de impresionarme. Si cuando digo que no quiero hombres a mi alrededor mientras trabajo, no es por nada… Odio que la política se cuele en todas partes.

Inspiro hondo haciendo a un lado su concurso de meadas.

—Fuera por encargo o no, un asesinato deja un rastro —cavilo en voz alta—. Cuando golpeas a alguien con esa violencia en la cabeza salpica bastante… ¿Adónde fue el asesino después? ¿Tenía un medio de transporte cerca? ¿Nadie vio a un tío manchado de sangre por el campus? Me cuesta mucho creerlo…

—Por esa zona pasa poca gente —expone Ástor.

—Ya, pero en algún momento el atacante tuvo que volver a la civilización. Tuvo que lavarse, cambiarse o, como mínimo, deshacerse de los guantes con los que sujetó el trofeo para golpearla sin dejar sus huellas. Siempre hay un punto de riesgo. ¿Cuál es en este caso?

—Lo más rápido sería huir en un coche que estuviera aparcado cerca de antemano —opina Mateo.

—No hay cámaras en esa zona del campus —lamenta Ástor.

—Te equivocas. Hay cámaras por todas partes —caigo en la cuenta—. Hay más de setecientos satélites que nos vigilan desde el cielo en tiempo real, lo malo es que esos datos no están a disposición del ciudadano, si no, esto sería un *Gran Hermano* a escala mundial. La privacidad y la libertad se irían a la mierda, pero está todo grabado…

—¿Y cómo podríamos acceder a esas imágenes? —pregunta Mateo, excitado como buen cotilla.

—Conozco al jefe de seguridad de una compañía importante de seguros que utiliza drones para vigilar varias empresas. Podría pedirle que hiciera un rastreo de la zona a esa hora concreta por si han captado algo.

—Eso sería genial —dice Ástor, impresionado—. Quizá alguien lo grabara todo desde el aire.

—Y siguiendo con la lógica de que estamos vigilados… —continúo lanzada, y noto que Ástor me mira arrobado, como si pudiera ver a través de mi piel y le sedujera lo que descubre a nivel mental—. Otra posible vía es el control tecnológico al que estamos sometidos con los teléfonos móviles y sus GPS. Los movimientos de cualquiera están almacenados en millones de servidores. Puedo conseguir una orden para rastrear el teléfono de cada uno de los sospechosos y cotejarlos con el de Sofía. Analizar coincidencias en el espacio y tiempo de su última semana de vida…

—Un estudio así no será rápido —dice Mateo—. Y también puede fallar si el individuo en cuestión no llevaba el móvil encima.

—Esa casualidad sería sospechosa en sí misma, ¿no crees? Los smartphones ya son como una extensión de nosotros. Ulises se ha pasado el día entero analizando los movimientos bancarios de los Arnau y de todos los hombres de la web SugarLite con los que salió Sofía, empezando por los más cercanos a su muerte… Espero que encuentre algo. Pero esto se ha convertido en un maldito trabajo de chinos.

—¿En el móvil de Sofía no había nada más de interés? —pregunta Ástor—. ¿Alguna foto? ¿Conversaciones…?

—No. Lo más relevante son las que mantenía con Ulises a espaldas de su novio…

—Es que Ulises es un gran sospechoso —señala Mateo, y da un trago de su copa. Lo miro mal.

—Eso es incorrecto —interrumpe Ástor—. Sofía no lo hacía a espaldas de Charly. Él lo sabía todo. Se monitoreaban los teléfonos.

—¡¿Perdona?! —exclama Mateo, alucinado—. Rectifico: ¡Charly se ha convertido en mi nuevo sospechoso número uno!

—No es lo que crees… —lo defiende Ástor—. Era algo mutuo.

—Has dicho «monitoreaban» —repite Mateo—. Una cosa es usar una aplicación para saber dónde está alguien en un momento dado y otra muy distinta es poder entrar en su teléfono. Acceder a sus mensajes y fotos… ¿Era así? Porque pudo borrar lo que le interesaba que no vierais antes de que la encontraseis muerta…

Los nervios se apoderan de mi estómago con crudeza. Me cago en

todo lo cagable…

—¿Y si ha sido Charly? —digo asimilando esa posibilidad real por primera vez. Miro a Ástor, asustada—. ¿Y si Ulises está en lo cierto y Sofía planeaba deshacerse de él? Además, Charly le tiene manía a Carla desde siempre…

—¡Charly está hecho polvo! —exclama Ástor, incrédulo.

—Puede ser buen actor —tercia Mateo.

—¡Estáis hablando de mi mejor amigo! —replica el duque con una agresividad desconocida—. Lo conozco bien. Es un pieza de cuidado, pero nunca haría nada que pudiera dañarnos a mi hermano o a mí, ¡y esto está destrozando a Héctor! No te digo que le sentara bien lo de Sofía y Ulises, pero no estaba tan obsesionado con ella como creéis. Ayer mismo me confesó que era una buena opción como compañera de vida, pero que no sentía que fuera su alma gemela. En ese aspecto, Ulises tiene más papeletas para cometer un crimen pasional que él. Igual es Ulises el que se está marcando el papel de su vida… Porque Charly me dijo que Sofía había tenido muy buena actitud delante de su madre cuando le contaron que planeaban casarse. Quizá engañó a Ulises porque no quería dejar de verle y cuando él se enteró la mató…

—¡¿Por qué iba Ulises a incriminar a Carla?! —exclamo escéptica.

Mateo nos mira regocijándose en nuestra confrontación. Está encantado con esto. Y de pronto, caigo: —¿Quién en el KUN querría incriminar a Carla? Esa es la clave.

—Ulises podría quererlo —insiste Ástor—. Le tenía ojeriza por simular su secuestro el curso pasado, sobre todo, teniendo en cuenta el sufrimiento que os había ocasionado…

—¡Esto se pone cada vez mejor! —exclama Mateo, y se mete otro trozo de carne en la boca, como si no le afectara lo más mínimo.

Me sujeto la cabeza. Me estoy encontrando mal por lo bien que cuadra la hipótesis de que Ulises pueda ser el culpable.

—Tenemos que irnos ya… —digo molesta—. Disfruta de la cena, Mateo.

—Gracias. Keira, ¿te parece si quedamos mañana por la noche y nos contamos los avances? Tendré datos nuevos. Mañana buscaré cuándo accedió Sofía al Dark Kiss por última vez y con quién estuvo.

—Bien… Hasta mañana.

Me levanto un poco mareada y Ástor me imita.

Salimos del restaurante y caminamos hacia el aparcamiento privado donde el Aston Martin nos espera.

—No tienes por qué llevarme a casa, puedo coger un taxi.

—No digas tonterías… —musita Ástor.

Acciona el mando del coche para abrirlo y nos subimos, pero no arranca.

—No soporto a ese tío… Se nota que quiere llevarte a la cama, Keira.

—Pues ya tenéis algo en común —respondo displicente.

Una sonrisa involuntaria estalla en su preciosa cara otorgándole un brillo paranormal.

—*Touché*… —Me acaricia con la mirada—. Gracias por decir que pondrías la mano en el fuego por mí —murmura en tono solemne—. Es muy importante para mí.

—Es la verdad. Confío plenamente en ti…

Nos miramos como se mira la gente que se quiere sin tregua. Sin razones. Sin dudas… «Mierda».

Pasan los segundos y ninguno de los dos aparta la vista. Yo soy incapaz, y Ástor termina acercándose y colándose entre mis labios como si fuera inevitable.

La suavidad con la que ahonda en mi boca, haciendo que nuestras lenguas se entrelacen, laxa mi cuerpo al instante. Me pesan tanto los párpados que no sé si podré volver a abrirlos algún día. Tampoco quiero… Deseo vivir eternamente en esta oscuridad donde solo siento el roce de sus labios, su mano acunando mi cara y su lengua arrullando la mía con una ternura inusitada, como si fuera la última vez que se lo permitiera en la vida.

Y cumpliendo esa pauta, Ástor se detiene y se separa lentamente de mí.

—Lo siento… Necesitaba despedirme de ti como Dios manda.

No me da tiempo a contestar nada. Arranca el coche en silencio. Creo que pasa de volver a oír que esto es lo mejor para nosotros, y me deja fría pensar que ya lo ha asumido de forma implacable.

Debo de ser extraterrestre, porque el silencio que acontece, nacido de la sensación de que no queda nada más que decir, inunda mis ojos de lágrimas indeseadas.

Mi madre tiene razón: ha sido volver a mi vida y empezar a llorar

de nuevo.

Ástor percibe que me limpio la mejilla con disimulo y, sin perder de vista la carretera, me observa intercalando rápidas miradas.

De pronto, coge mi mano y la retiene junto a la suya posándola sobre el cambio de marchas para manipularlo. Luego se la acerca a la boca y me besa el dorso. Por último, se la queda en el regazo hasta que la conducción le obliga a soltarme de nuevo.

Juro que no soy yo, es mi mano abandonada la que se hace consciente de dónde está. De la cálida consistencia que la rodea. De lo cerca que queda su bragueta…, y resbala hacia ella desafiando el modélico y maduro autocontrol del duque.

Al notar movimiento, Ástor se tensa, pero continúa conduciendo.

—¿Adónde vamos…? —pregunta con algo de esperanza en la voz.

—A mi casa —respondo llanamente.

Sigue la ruta sin decir nada, y cuando llegamos le indico que aparque en una zona muy concreta. Es un rincón oscuro propiciado por la sombra de un árbol grande. Allí nadie podrá ver cómo me despido yo de las cosas como Dios manda…

En cuanto el vehículo se detiene, lo agarro del cuello para atraerle hacia mí y empiezo a besarle con pasión. Responde confundido y sobrepasado por mi actitud vehemente, que le chiva cómo va a terminar esto…

En un minuto estamos al rojo vivo. No dejo de estimularle el miembro con el pantalón desabrochado. Ástor jadea en mi boca con la mano profundamente enterrada en mi húmeda entrepierna.

«¡Qué bueno, joder!».

Cuando no puede más, echa el asiento completamente hacia atrás, ampliando el espacio, y se saca un preservativo del bolsillo.

La anticipación me quema en las venas al ver cómo se lo pone. Me subo el vestido antes de sentarme sobre él, dándole la espalda, y veo fuegos artificiales cuando me encajó en su dureza de una sola estocada.

Los dos gemimos extasiados y jadeantes.

Se agarra a mi cintura con todas sus fuerzas y no deja de moverse. Lo siento tan dentro de mí que no puedo describirlo. Coloca las manos en mis caderas para controlar el ritmo, haciendo que me arquee, y me recorre un intenso placer por todo el cuerpo. El sonido licuado de

nuestra excitación me nubla la mente. Nuestros sentimientos han pasado a estado líquido, y sé que vamos a explotar a la de dos. Imposible llegar al tres.

En cuanto cuela una mano por delante de mí y pulsa la tecla adecuada comienza la cuenta atrás para lanzarme al infinito.

Gimo enloquecida cuando me corro como en mi vida y él me acompaña segundos después con un alarido gutural. Follar con Ástor es otro nivel. Uno que, no quiero engañarme, no superaré nunca.

Noto sus labios demandantes en mi mejilla y vuelvo la cara para juntar nuestras bocas con suavidad.

—Eres increíble… —susurra acusador—. Me obligas a hacer cada cosa…

—¿Yo? —Sonrío divertida—. No tengo la culpa de que nuestra situación vital nos lleve a actuar como dos adolescentes primerizos.

—Y tanto… Si por mi fuera, estaría todo el día metido en tus bragas.

Sellamos un último beso, y vuelvo a mi sitio bajándome el vestido.

—Solo quiero hacerte una última pregunta —dice solemne esperando a que termine de adecentarme.

Temo tener que aclararle de nuevo que esto ha sido solo una despedida.

—Dispara…

—Es muy importante —insiste inquieto.

—Dime…

—¿Rellenarás los formularios de la FEDA?

Una sonrisa invade mi rostro a traición, y Ástor se contagia de ella.

—Sí…

—Con eso me basta.

Nos miramos una última vez, asumiendo que ya no estamos juntos y que no volveremos a estarlo, jamás. Sin embargo, algo calienta nuestras miradas.

Quizá haya sido esa última frase. Porque a mí también me basta con saber que lo querré siempre, pase lo que pase y ocupe el lugar que ocupe en mi vida. Amigo, novio, sospechoso, el tío famoso de las revistas… Siempre será alguien especial para mí. Y ese «siempre» me conmueve mucho. Nunca lo habría dicho.

Tenía la certeza de que el amor es algo finito y temporal. Tan solo una reacción química con un principio y un final, pero ahora veo que estaba equivocada.

El amor es lo único inmortal.

héctor

8
El primero y el último

Martes, 30 de septiembre

Vuelvo a dar un potente puñetazo a mi *punching ball*.

No hay nada mejor para descargar tensión que golpear un saco de boxeo en forma de pera amarrado a un muelle y que te devuelva el golpe. Como la vida misma, porque toda acción tiene su repercusión. Ni más ni menos.

Este trasto es un gran canalizador de la ira. Y yo acumulo mucha…

Carmen, nuestra adorada asistenta, entra en el gimnasio con cara de susto. No se lo reprocho. Desde hace unos días, no soy la mejor compañía. Nada como que inculpen a tu novia por un crimen que no ha cometido para que tus modales se esfumen.

—Señor Héctor…, perdone. Alguien ha venido a verle…

Miro hacia abajo. No estoy muy presentable que digamos. Voy sin camiseta, estoy sudado y muy enfadado con el mundo.

—Que pase.

«Y que se vaya rápido», pienso para mis adentros.

Es martes, y llevo seis días sin hacer otra cosa que no sea dormir y machacarme en el gimnasio. Seis días sin sus besos… Estoy a punto de volverme loco.

De pronto, veo aparecer a quien menos me esperaba.

—¿Ulises…?

—Hola… —saluda cohibido el inspector.

El otro día me quedó bastante clara su postura en comisaría: cree que Carla mató a Sofía y, teniendo en cuenta lo que sentía por ella, es normal que su mente busque con desesperación una explicación, pero me jode que no sospeche de lo previsible que es señalar a Carla.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo…

—Pensaba que ya estaba todo dicho… —replico displicente—. Todo apunta a Carla, ¿no? Caso cerrado.

—Relaja el tono, Héctor. No hay nada cerrado. Seguimos trabajando en ello.

Pero lo que de verdad me relaja es rescatar señales en su aspecto de que también han sido los peores seis días de su vida.

—¿Cómo lo llevas? —pregunto por educación.

—¿Cómo estarías tú si, en vez de en la cárcel, la chica a la que amas estuviera muerta?

Mi cara se descompone al imaginar esa posibilidad.

¿Carla muerta? Me moriría en el acto… *Caput.* Aun así, la mera presencia de Ulises me demuestra que tengo delante la prueba de que eso no es cierto, de que se puede sobrevivir a algo así.

—¿Cómo lo soportas? —pregunto con una curiosidad sincera.

—Ni idea… Todo ha dejado de tener sentido para mí. Incluso yo mismo… —confiesa Ulises—. Tú todavía tienes posibilidades de ser feliz, y nos estamos esforzando por ayudarte, así que ten un poco de fe. No existe el crimen perfecto, pronto descubriremos algo.

—Eso espero…

—Sofía estaba apuntada a una web de citas y estamos cotejando los perfiles. Vengo a preguntarte si tú tienes algún enemigo declarado

en el KUN o donde sea. Alguien que quiera joderte vivo, Héctor…

—¿Yo? No. Yo ya no soy nadie relevante en la sociedad.

—Ya, claro… Solo eres la persona más importante para el duque de Lerma, su única debilidad.

—Solía serlo… —digo con tristeza—. Pero ya no lo soy.

Llevo meses pensando en esto, y no había podido comentarlo con nadie. Mira por dónde, le ha tocado a él…

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ulises captando mi queja.

—Monté el paripé de las notas del torneo para que Ástor dejara de autodestruirse, pero no sirvió de mucho. Antes no se permitía ser feliz con nada… y ahora parece que solo puede serlo con Keira. No me hace mucha gracia que hayan vuelto a engancharse…

—Si así son felices…

—Por ahora —señalo serio—. Pero el que ha tenido que ver a mi hermano como un zombi todo el verano he sido yo. Y ha sido horrible. Yo quería darle ganas de vivir, y por culpa de Keira se le quitaron todas de golpe…

—Keira también lo ha pasado muy mal —la defiende.

—Es diferente… Fue su decisión.

—¿Insinúas que es menos duro «dejar» que «que te dejen»?

—Por supuesto.

—No sabes de lo que hablas, Héctor —dice Ulises negando con la cabeza—. El mayor castigo siempre proviene de uno mismo…

—Me encontré a Ástor sin conocimiento en un armario… —suelto severo—. Se había intentado ahorcar con un cinturón, según él, para probar una práctica sexual que consiste en retener el aire con el fin de sentir mayor placer… La llamada «asfixia erótica». Pero se le fue la mano y se desmayó. Si la barra del armario no llega a ceder por el peso, no quiero ni pensar en lo que habría pasado…

Ulises me mira petrificado.

—¿Es que se ha vuelto completamente loco…? —dice enfadado.

—Ha estado muy deprimido.

—¡Yo también he estado muy deprimido este verano y no se me ha ocurrido hacer una cosa así!

—Ya, pero tú no estabas solo, tenías a Keira, ¿verdad? Y Ástor tiene tendencia a autolesionarse desde crío…

—No lo sabía… —musita, impactado al oír ese nuevo dato.

—Hemos estado en urgencias mil veces y, aunque lo de mi hermano no es una tendencia suicida, a veces puede herirse más gravemente de lo que pretende. Me dijo que no me preocupara por lo del armario, que era un práctica extendida para sentir el orgasmo con mayor intensidad, pero investigué y es altamente peligrosa. ¡Ha muerto muchísima gente haciendo eso…!

—También ha muerto mucha gente a causa de las drogas, y se siguen consumiendo… O practicando salto base, y la gente se sigue tirando.

—¿Te imaginas que hubiera llamado a Keira en mitad del verano para decirle que mi hermano ha muerto asfixiado por mi culpa?

—¿Por tu culpa? —repite Ulises, confuso.

—Sí… Conoció a Keira por las malditas notas amenazadoras, y me preocupa lo que pueda hacer cuando vuelvan a separarse… Ya tengo suficientes problemas ahora mismo. Por favor, habla con ella, Ulises… ¿De verdad prefiere morirse de pena a plantearse que algún día pueda cambiar de opinión sobre tener un hijo? Porque eso es lo único que los separa de la felicidad absoluta…

—Te engañas si crees que eso es lo único que los separa —rebate Ulises—. Pertenecen a clases sociales muy distintas y…

—¡Eso son gilipolleces! ¡Al rey le sobreviene la muerte igual que al mendigo! Le atraviesa la misma humillación al entender que la naturaleza es ingobernable. Como el amor. No se puede luchar contra eso… Yo lo sé muy bien.

—Dime una cosa, Héctor… —empieza el poli, más afable—. ¿Ni por un momento te has planteado la posibilidad de que Carla haya matado a Sofía? Piénsalo bien, por favor…

—No. Ni por un puto momento —sentencio tajante.

—¡¿Por qué no?! —Se cabrea cuando le asalta la horrible sensación de que el asesino de Sofía sigue suelto—. ¡Y no me digas que porque la conoces! ¡Nadie sabe de lo que es capaz otra persona! La mayoría de la gente te sorprendería…

—Porque no tiene un jodido gramo de maldad dentro. Su lado salvaje es tan puro e ingenuo que llorarías si lo vieras. Yo lo hice…

Joder si lo hice…

Cuando la «operación Carla» se destapó la primavera pasada, empezó la mejor época de mi vida. Sí, incluso de mi vida pudiendo

usar las piernas.

Tienen razón cuando dicen que lo más grande que te puede pasar es estar enamorado y ser correspondido, sobre todo de una persona como Carla. Juro que no entendía cómo podía quererme… «¡Porque estás muy bueno!», me contestaba ella, divertida, sacándome la lengua. Y yo sonreía como un tonto porque usara precisamente mi mayor miedo, el físico, como motivo y justificación para estar conmigo, en vez de por mi personalidad.

El mismo día de la final del torneo quiso «dar el paso» definitivo: perder la virginidad conmigo. Pero le dije que no… Quería que fuera algo especial.

Aunque llevábamos semanas sin vernos y estábamos famélicos el uno del otro, me conformaba con abrazarla, besarla y verla correrse con mi mano o con mi lengua… No tenía ninguna prisa por ir más allá. Quería que el día que lo hiciésemos fuera apoteósico…

Y lo fue. ¡No aguantamos ni una miserable semana de rigor!

Como prometí, no me había despegado de ella desde que volvió a aparecer, y estaba feliz. Lo único que enturbiaba esa sensación era saber que Ástor estaba encerrado en su habitación sufriendo lo inimaginable por haber terminado su relación con Keira.

Una de las veces que fui a controlar cómo estaba, su respuesta fue sacar una maleta del armario y decirme que se largaba un par de días a Montecarlo con Charly.

Cuando afirmo que la jugada de las notitas salió cara, no miento… Y notaba que seguía dolido conmigo.

—Es lo mejor… Así no os molesto… —añadió al paquete de culpabilidad—. Tú disfruta con Carla, ¿vale?

Esa frase me mató. ¡Yo estaba dispuesto a postergar mi felicidad por él!, pero sabía que hacer eso le sentaría todavía peor.

—Vale, vete… Y gracias por no enfadarte conmigo para siempre… —Carraspeé—. Y por entender que me enamoré de Carla sin pretenderlo.

—Tranquilo, Héctor… Creo que inconscientemente siempre supe que Carla formaría parte de nuestra familia. Cuídala… Es una de las buenas.

Y eso hice, intentar satisfacer todos sus deseos como mujer. Sin embargo, me aterrorizaba no estar a la altura de sus expectativas.

Porque ella quería cosas que no dependían de mí. Como mi polla. Por ejemplo…

En cuanto nos quedamos solos, todo se volvió más caliente e intenso. Carla trataba de meterme mano de forma tradicional y yo le recordaba que debía ser de cintura para arriba. Mi centro del placer no era mi entrepierna, sino mi boca, mis orejas, mis pezones o cualquier franja de piel agradecida de sentir sus caricias.

Lo entendió perfectamente cuando le dije que se sentara en mi cara… *Facesitting*, creo que lo llaman. Lo que viene siendo una actividad que te proporciona un extraordinario orgasmo mental.

Llegó un momento en que el tono de su voz me dio hasta pena.

—Por favor… —gimió en mi boca—. Quiero perderla ya…

—¿Por qué le das tanta importancia? La «virginidad» no es nada científico. Solo es un concepto sociocultural y religioso que fomenta la discriminación de género, Carla.

—A mí me ha marcado el hecho de no poder tener una sexualidad plena cuando he querido… Y ahora que siento que contigo puedo, ¡lo necesito! ¡Es como si tuviera un vacío ahí dentro…! Uno que quiero que tú llenes. ¿Eso es malo, Héctor?

Sonreí enternecido. ¿Cómo podía derretirme tanto? Ni en mis mejores sueños habría recreado que me desease una chica como ella.

—Cariño… He tocado tu himen con mi dedo, y no hay ninguna diferencia entre eso y hacerlo con mi miembro. Bueno sí, que yo no voy a sentirlo… Sin embargo, con la mano sabré exactamente lo que está pasando…

Carla se levantó y me miró seria.

—Tú has tenido sexo tradicional antes. Yo no. Tú sabes lo que se siente. Yo no. Tú puedes imaginártelo, recordarlo, asemejarlo a otra percepción en otra parte de tu cuerpo, ¡pero yo tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo! Por favor, entiéndeme…

—Lo entiendo perfectamente.

—¿Significa eso que vamos a hacerlo? —preguntó esperanzada.

—No quiero que estés nerviosa. Lo prepararé todo y empezaremos lentamente con un masaje erótico, como la primera vez…, y cuando estés temblando de placer, usaré un anillo para mantener mi erección y que sea más potente y duradera.

—¡¡¡Ay, Dios mío!!! —Se puso a saltar, y empecé a reírme—. ¡Yo

solo he tenido orgasmos clitorianos! ¡Me muero por saber cómo es uno vaginal!

Entonces sí que me eché a reír con ganas.

—Mi amor…, solo hay un tipo de orgasmo, y es mental. Lo único que varía es la zona que se estimula para conseguirlo. Cuando es directamente el clítoris, sin penetración, lo llaman «clitoriano», y si es desde dentro, con penetración, se llama «vaginal». No te rompas la cabeza buscando el punto G, Carla. ¡Ni siquiera los científicos lo encuentran! No quiero que te obsesiones con la penetración, ¿vale? Lo importante es disfrutar.

—Vale… Tampoco las tengo todas conmigo acerca de que pueda conseguirlo —musitó cautelosa—. ¿Y si se me cierra en el último momento? ¡¿Y si se cierra durante y te la parto?! —Se tapó la boca asustada.

Pensaba que me moría de risa.

—Cielo…, tu coño no es una guillotina. No debes sugestionarte pensando todo eso. Lo único que tienes que hacer es relajarte y disfrutar. Te prepararé hasta que lo desees mucho, hasta que no puedas pensar en otra cosa. Irá bien… —Le acaricié la barbilla.

—Madre mía… —Se le llenaron los ojos de lágrimas y se mordió los labios, emocionada.

Me quedé anonadado mirándola. Esperando a que dos hermosas lágrimas surcaran sus mejillas, y cuando sucedió, tuve que besarla.

Estaba tan preciosa cuando lloraba…

Sé que suena fatal, pero es la verdad. Las lágrimas tenían un extraño poder sobre Carla. Su piel se volvía más suave; sus facciones, más turgentes, y sentía su corazón abriéndose de par en par. Me parecía una visión de otra galaxia…

Lo preparamos todo con mimo, y cuando llegó el momento la noté especialmente nerviosa. Le dije que teníamos todo el tiempo del mundo para hacerlo, que no se presionara con conseguirlo ese día, que ya lo lograríamos.

Se desnudó por completo y empecé a darle un masaje mordiéndome los labios. El miedo atenazó mi garganta al ser consciente de que era un privilegiado por haberme elegido para vivir ese momento. Tenía miedo de perderla algún día. Así que puede decirse que, ahora, estoy viviendo mi peor pesadilla.

Durante el masaje la sentí más excitada que nunca. Sus músculos convulsionaban tanto que pensaba que en cuanto la penetrara se correría al segundo, mezclando el dolor y el placer por completo.

No quería que el orgasmo eclipsara esa fricción que ella ansiaba experimentar. Esas ganas, ese empuje, mi amor abriéndose paso en su carne… De manera que me propuse hacerla estallar antes con los dedos.

En cuanto uno se desvío de la ruta segura y se aventuró en su humedad, Carla dio un respingo delicioso que me llenó la boca de saliva.

Me relamí y tragué. Sabía que al rozar su clítoris explotaría como una maldita presa hidráulica, así que no dudé en posar mis labios sobre ella para que lo hiciera en mi boca.

—¡Ah…! —gritó alucinada.

Su sabor, las contracciones de su cuerpo cada ocho décimas de segundo y sus gritos de placer me elevaron a un estado de energía único. Sentir sus manos aferradas a mi pelo con fuerza casi me lleva al orgasmo mental a mí.

Había llegado el momento…

Me coloqué el anillo elástico en la base del pene y me estimulé con la mano con la esperanza de no tener que usar la bomba de vacío para llenarlo de sangre. Por suerte, mi miembro respondió a la acción mecánica. Y recé para no tener problemas para mantener la erección durante el tiempo necesario.

Cuando se recuperó un poco, Carla abrió los ojos y observó mis movimientos. Quiso sustituir mi mano y la dejé hacerlo, pero odié no sentir su caricia en mi miembro. Era como si no me estuviera tocando a mí…

Para distraerme, cogí el preservativo y lo saqué de su funda. Aunque era algo muy remoto dada la calidad de mi esperma, mejor prevenir que curar.

—Espera… Quiero hacer una cosa antes de que te lo pongas —me avisó Carla, ilusionada.

De pronto, se agachó y empezó a chupármela.

Y en ese instante sentí que no tenía superada la mierda de terapia sexual por la que había pagado una millonada. Que no poder sentir sus ardientes labios sobre mi polla me estaba bloqueando a nivel

emocional. ¿Para qué lo hacía si sabía que yo no sentía nada? Que buscara esa falsa sensación de normalidad me fastidió el momento.

A nivel físico, mi pene respondió adquiriendo más consistencia que nunca gracias a sus caricias y al anillo constrictor. Y cuando se dio por satisfecha, se tumbó y me coloqué el condón.

—¿Qué tengo que hacer…? —preguntó preocupada.

—Precisamente, esa es la clave, no hacer nada… Solo relájate y déjame venerarte como te mereces, mi vida.

Me cerní sobre ella y la besé con ternura, permitiendo que sintiera mi cuerpo desnudo en contacto con el suyo. Sus piernas se abrieron para que me acomodara entre sus muslos y su pelvis subió pegándose a la mía.

Me encantó que nuestros ombligos se besaran. Me dediqué a lamer sus pechos y a masajearlos despacio. Su impaciencia se reflejaba en los movimientos involuntarios de su cuerpo. Sentir mi miembro duro entre sus piernas la estaba poniendo a mil y no podía estarse quieta.

—Por favor… —me suplicó entre jadeos.

—¿Quieres hacerlo ya?

—Sí…

—Pues vas a tener que ponerte encima… Pero no te lances a lo bruto, hagámoslo despacio, ¿de acuerdo? Si en algún momento quieres parar, me lo dices, ¿vale?

—Vale…

Metí la mano entre nosotros para comprobar su humedad y… ¡aquello era el caudal del Amazonas!

—Joder… —musité excitado. Y halagado.

Quise besarla para agradecerle el cumplido tácito de estar tan húmeda por mí, pero Carla se incorporó, poniéndose de rodillas, y buscó acomodarse sobre mi cuerpo a horcajadas. Se acercó a mi miembro para rozarlo levemente con su entrada. ¿Aquello era ir despacio?

—Espera, nena… Con calma… No se te ocurra hacerlo de golpe…

Restregó mi punta roma contra su clítoris sin llegar a introducirla y empezó a volverse loca.

—Dios… —gimió extasiada.

Puse mis manos en su cintura para controlar el movimiento específico. Darle placer era una sensación adictiva.

—¿Esto es lo que quieres, cariño?

—Sí… —gimoteó desesperada—. No puedo más… ¡Hagámoslo ya!

Respiré hondo e introduje la cabeza de mi miembro sin llegar a traspasar su himen. Me daba pánico hacerle daño. Avancé un poco más, pero retrocedí al sentir que Carla se tensaba al toparse con un impedimento. La deseaba tanto que mi boca no dejaba de babear como un maldito San Bernardo. Mi cuerpo respondía a ella de la forma que podía.

Volví a sacarla para frotar de nuevo su clítoris por fuera, lo que propició que se relajara un poco. En ese momento me di cuenta de que no debía avisarla cuando, por fin, me introdujera en ella por completo, así su cerebro no le daría la orden de cerrarse en banda por un temor inminente.

Carla no dejaba de moverse ansiosa sobre mí. Se notaba que lo deseaba mucho, pero le daba miedo y eso la tenía en un sinvivir.

—Esperaremos un poco… —susurré acercándola más a mí y juntando nuestras frentes.

En cuanto lo dije, sentí cómo soltaba aire por la boca y relajaba aún más la postura. Dejar de esperar una posible intrusión la alivió mucho, y me lo tomé como la señal definitiva. Era ahora o nunca.

—Te amo tanto… —susurré en su boca.

Nuestras bocas encajaron al mismo tiempo que me sumergí con vehemencia en su sexo. Un gemido ahogado escapó de sus labios, y me clavó las uñas en la espalda con asombro. Había entrado hasta el fondo.

—Chist… Ya está. Me tienes dentro, Carla, como querías… —musité. Y sentí cómo derribaba las barreras mentales y físicas que llevaban años perturbándola.

Nos quedamos muy quietos, enterrados el uno en el otro durante unos segundos.

—¿Estás bien?

—Sí…

La cogí de la barbilla e hice que me mirara. Tenía los ojos encharcados y dos lágrimas le caían por las mejillas.

—¿Te ha dolido mucho? —pregunté con desazón.

—No… Para nada… —sollozó—. Por eso lloro, porque ha sido maravilloso…

Suspiré de alivio y le limpié las lágrimas con mis propios labios. Luego la besé de nuevo. No podía no hacerlo.

—Voy a seguir muy despacio, ¿vale? Relájate, mi vida…

Asintió conmocionada.

La moví un poco y nos acoplamos con naturalidad. No dejé de indicarle cómo debía impulsarse arriba y abajo para entrar y salir de mí con suavidad. Yo no sentía la cohesión, pero me bastaba con saber que una parte de mí le estaba proporcionando la satisfacción que deseaba. Sentirse colmada. La pegué más a mí, atrayendo su culo, y oír el sonido de la humedad que producían nuestros cuerpos al rozarse me excitó muchísimo.

Llegado un momento, quise imponerle un ritmo más rápido porque sus gemidos me lo pedían.

—Coge ritmo… Quiero que llegues por ti misma…

—¿Así? —preguntó con media sonrisa vergonzosa.

La miré, y su inocencia volvió a conmoverme haciendo que me entraran ganas de llorar de felicidad. Eran tan dulce y bonita…

Empezó a moverse cada vez con más énfasis. Fijé su cadera a la mía y disfruté de las increíbles vistas de sus pechos bamboleándose. Acaricié todo su cuerpo hasta apretárselos y metérmelos en la boca. Carla gimió.

—Busca el punto que más te guste y dale caña… —la animé.

Y no me cupo duda cuando lo encontró.

—¡Oh, Diosss…! —gritó alucinada.

Echó la cabeza hacia atrás y volvió a mis ojos. Su expresión no daba crédito a lo que estaba experimentando, y yo tampoco. Más que nada, porque me sentí triste.

Que se materializara delante de mis ojos la idea de que yo no era partícipe del sexo que Carla deseaba tener me partió el corazón.

Al terminar, se abrazó a mí y farfulló lo increíble que había sido. Para ella. Y no hay nada peor que sentirte en desacuerdo con alguien del que estás enamorado. Es genial compartir ideas y tener opiniones diferentes, pero no en un tema tan importante y personal como este.

—¿Ha sido muy raro para ti? —preguntó de pronto.

—Eh… Bueno, un poco… Pero me ha gustado verte disfrutar a ti.

—Lamento haber sido tan egoísta —dijo con un mohín—, pero necesitaba sentirte dentro de mí… Necesitaba saber lo que se siente

y… ¿Sabes qué? Tenías razón. No tiene nada que envidiar a lo que hacemos normalmente.

Sus palabras me llegaron al alma. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, hagamos lo que hagamos, siempre disfruto un montón contigo, pero una parte muy importante es notar cuánto me disfrutas tú a mí. Tu respiración, tus besos, tus movimientos y gemidos… Y esta vez te he sentido más distante. Me ha gustado ser yo quien se movía, buscar mi propio placer y sentirme llena… Sin embargo, me he dado cuenta de que compartirlo contigo es lo mejor de todo, Héctor.

La besé sintiendo algo totalmente nuevo. El placer de que te elijan por encima de lo que todo el mundo prefiere. Una sensación incomparable que se traduce en un chute de autoestima espectacular.

Con el tiempo, fuimos perfeccionando la técnica. Dejamos el coito de lado y nos dedicamos a masturbarnos de mil formas distintas. Pero más adelante me hizo volver a valorar mi miembro como parte activa de su disfrute.

—No puedes dejarlo de lado. ¡Tú no lo sientes, pero funciona, Héctor! Y prefiero mil veces notar la suavidad y el calor de tu pene que el de uno de plástico. Puedo masturbarme con él, y necesito que entiendas que siento que eres tú el que me está dando placer, no un objeto o algo inanimado.

Exploramos mil y una posibilidades con juguetes y nuestra vida sexual se volvió más que aceptable… Pero lo mejor es que Carla se convirtió en una experta en hacerme sentir querido. Y alguien así no puede haber asesinado a otra persona a sangre fría. ¡Es jodidamente imposible…!

—Carla no es peligrosa —digo a Ulises, convencido. Le pillo distraído fisgando la cantidad de aparatos que tenemos en el gimnasio de casa—. Y la prueba de ello es que se enfadó con Sofía en público. La gente peligrosa es la que te sonríe y asegura que todo va genial mientras te imagina sufriendo un calvario. Carla tenía miedo de que a mí pudiera gustarme Sofía, porque era una chica que atraía a todo el mundo. Era una de esas personas que te hacen dudar de ti mismo… Aun así, en el fondo, Carla la apreciaba. Casi diría que la idolatraba. Y estaba muy feliz de haber hecho las paces con ella. Me dijo que no

soportaría perderla… ¿Por qué iba a matarla?

—Está bien, intentaremos demostrar su inocencia —musita Ulises, conmovido.

—Me parece increíble que esté en la cárcel… —Me paso la mano por la cara—. Está sola, y me da pavor que esto la destruya, ¿sabes? Su inocencia. Su bondad… Todo lo que me hace amarla. Tengo miedo de que esto la cambie como el accidente cambió a mi hermano…

Nos miramos a los ojos, y me gusta sentir que Ulises me entiende y que a él también le preocupa. No lo conozco mucho, pero es un tío cojonudo.

—Danos tiempo, ¿vale? Lo resolveremos, Héctor. Confía en Keira… Yo siempre lo hago.

—De acuerdo.

Me quito los guantes y le tiendo la mano. Siento que necesito sellar esta promesa de algún modo. Se acabó dar hostias al *punching ball* por hoy.

—En realidad, yo venía a hablarte de Charly… —suelta de pronto.

«¿Ulises ha venido hasta mi casa por él? Ay, madre…».

—Charly… —Me encojo de hombros—. Le escribí y no me contestó. Allá él.

—Está fatal… Sus planes de vida se han ido al garete. Y él también está solo. Tenéis que hablar.

—Me ha dejado muy claro que no quiere verme.

—Lo que no quiere es disgustarte… Ástor está divido entre víctima y acusado, pero es tu hermano, y Charly tiene las de perder. Decidió apoyarse en mí, pero no soy la mejor alternativa… Los dos queríamos a Sofía. Y hoy hemos discutido por ella… Le he dicho cosas muy feas.

—Vaya lío… —Resoplo.

—Quiero que os veáis y habléis, Héctor.

—¡Por mí, sí, joder…! ¡Es Charly quien no quiere verme!

—Pues habrá que engañarlo. Le propondré quedar en algún sitio y vienes tú también.

—¿Dónde?

—En un bar que hay cerca de mi casa, para que no sospeche nada.

—Hecho. Envíame la dirección… Anota mi móvil.

—Será sobre las siete. El bar se llama La Veleta.

—Allí estaré, Ulises —le prometo—. Solo espero que tú cumplas con tu parte del acuerdo y me devuelvas a Carla.

—Haré todo lo posible.

ulises

9

Mejor llama a Sindy

Entro en el bar con media hora de antelación. ¿Por qué estoy tan nervioso?

Ah, sí… Porque ayer cuando discutí con Charly en comisaría lo infravaloré, como hacen todos, y me siento fatal por ello.

Le he mandado un mensaje:

Ulises:
Tenemos que hablar. Nos vemos a las siete en La Veleta? Es el bar que hay debajo de mi casa. Espero que vengas
Y me ha contestado con un simple «ok».

¡Maldita sea…! Tiene derecho a enfadarse, pero ¿no lo tengo yo a ponerme como loco? ¡Estaban prometidos, joder! Fue oírlo y mi

cerebro reaccionó con un fundido a negro. Entré sin pensar en la sala de interrogatorios y se me fue la olla por completo. Sumad a eso la bomba de que Sofía también se follaba a Xavier Arnau… Demasiado para mí.

¡Me sentí estúpido! Tenía la sensación de que no sabía quién era la chica de la que me había enamorado después de jurar que nadie volvería a estar a la altura. Y eso me tenía de los nervios.

¿Lo estaba realmente? Enamorado…

¿Era de Sofía o del recuerdo de Sara? Ya ni lo sé. Solo sé que, al final, lo único real, lo imprevisible, lo que de verdad me cambió la vida en aquella turbulenta relación fue la crucial implicación de Charly. Y no quiero perderle…

Pido una cerveza y respiro hondo.

—¿Cómo te va, Ulises? —me pregunta el dueño del bar al notar mi exasperación.

—Como siempre…

Y es verdad. Sigo igual de amargado que antes. O más…

Cuando me he ido de casa de Héctor he vuelto a comisaría y he estado todo el día revisando las grabaciones de los locales que hay en los alrededores del lugar del crimen en la hora exacta en que se cometió. Cotejando matrículas del acceso a la autopista. Analizando la ruta que marca el GPS en el móvil de Sofía… Pero nada. He estado a punto de lanzar el portátil por la ventana por no dar con una pista que nos ayude a encontrar al culpable.

Y eso no ha sido todo… También hemos tenido que lidiar con Xavier Arnau, que ha aparecido con tres abogados, a falta de uno, para levantar la detención preventiva de su hijo, que ha pasado la noche en el calabozo. El pobre idiota ha caído totalmente en nuestra trampa.

No solo no hemos soltado a Saúl, sino que hemos conseguido una orden para retener a Xavier como presunto implicado por su relación con la víctima y la web de citas de Sugar Daddies.

Seguramente los dos Arnau saldrán mañana, pero Xavier se va a comer esta noche en el calabozo. Y me he estado dejando los cuernos para encontrar algo que lo incriminara antes. Pero no ha habido suerte… ¡Menuda mierda!

—Hola —oigo una voz a mi lado.

Me sobresalto, y me topo con Charly al levantar la vista. Me sorprende no verlo enfundado en su clásico traje de abogado. Tiene una grave fijación con el azul marino, pero esta vez lleva una camiseta de algodón negra de altísima calidad, de esas que aprecias lo suaves que son con solo verlas, y una chaqueta deportiva también negra con cuello de motorista. Está muy… Olvidadlo.

—Hola… Llegas pronto.

—Siempre. Mi madre dice que llegar a la hora es llegar tarde. ¿Por…? ¿Esperamos a alguien más, Ulises?

Los huevos se me suben a la garganta. ¿Cómo llega a esas conclusiones tan rápido? Ah, ya… porque es abogado.

—No, a nadie… —miento de pena. La falta de costumbre—. ¿Qué quieres tomar?

Se da la vuelta y dice al camarero:

—Eh, jefe, ¿me pones una caña? —Y se sienta evidenciando que él no va a ir a por ella. Eso jamás—. ¿De qué querías hablar?

Madre mía. ¡A eso lo llamo yo ir al grano…!

Carraspeo y voy con todo.

—De nosotros, Charly.

—Nosotros… —repite confuso—. ¿Qué pasa con nosotros?

—Quería pedirte perdón por lo que te dije ayer de Sofía… Lo he estado pensando y creo que el engañado fui yo. Para ella, solo era el patito feo de clase obrera enloquecido por poder follarse a un cisne…

—No te fustigues con eso. Le gustaba ser un pato libre contigo…

Lo miro y me echo a reír por la comparativa.

No daba un duro por sonreír hoy. Y todo el mundo sabe que un día sin sonreír es un día perdido. Si hago un recuento vital, creo que me sale a pagar…

—Por mí no te rayes —dice quitándole importancia. Como si él no lo valiera—. Yo creo que, en el fondo, ella lo quería todo, pero la avaricia rompió el saco…

—Siento haber dicho que Sofía quería deshacerse de ti. Te he llamado porque me da mal rollo que…

—Tú fuiste el único que quiso deshacerse de mí, cabrón… Si hubiésemos seguido los tres juntos después del montaje de Carla, no hubiera tenido que pedirle que se casara conmigo. Pero la vi dudar, sentí que la perdía y…, no sé…, nada fue igual entre nosotros desde

que te apartaste. Lo que lo hacía especial era estar los tres…

—No podía seguir con aquello —digo apocado—. Soy hetero…

—Yo también —contesta extrañado.

—¡Anda ya…! ¡Tú eres bisexual, por lo menos!

—Todos somos bisexuales —sentencia Charly como si fuera un hecho.

—Yo no. —Sonrío—. Te aseguro que nunca me había acercado a un hombre antes… Jamás.

—Hombres, mujeres… Somos personas. Será que ninguno te atraía lo suficiente.

—A mí me gustan las tetas —digo tajante. ¡Hombre ya…!

Su risa rasga el aire.

—¡Y a mí! Mucho… Pero también me gustas tú. ¿Pasa algo?

Un manto de vergüenza me cubre entero. Hacía que no sentía algo así desde primaria, cuando la presión de lo correcto y lo incorrecto cae sobre ti con todo el peso de la ley del patio.

—Me gustaría que fuéramos amigos… —digo débilmente.

—Bien, vale… Pero no me pongas caritas porque no respondo…

«¿"Caritas"? ¡Joder…! ¡No puedo con él!».

—¡Yo no te pongo caritas…!

—Lo que tú digas, Ulises.

Vuelvo a beber para hacer tiempo y siento que me mira fijamente.

—¿Qué has hecho hoy? —me pregunta con curiosidad.

«Ir a ver a Héctor… —retumba dentro de mí—. Y trazar un plan a tus espaldas para recuperarte…».

—Nada… Repasar movimientos bancarios, revisar cámaras… ¿Quieres saber cuánto cobró Sofía por acostarse con Xavier?

—La verdad es que no.

—Mejor, porque tenía cinco ceros.

—Joder… —Lo veo bajar la cabeza—. ¡Te he dicho que no quería saberlo!

—Lo siento. Es que a mí me ayuda a sobrellevarlo…

—¿Por qué? ¿Se merecía más morir por haber cobrado cien mil euros por follarse a un viejo verde que se parece a George Clooney?

—Ciento veinte.

—Eres idiota, Ul —musita intentando esconder una sonrisa—. Me gustaría saber cuánta gente rechazaría realmente una oferta así. En

serio… Es mucho dinero por cuatro empujones mal dados.

—Yo, desde luego, no lo rechazaría. —Me encojo de hombros. Y volvemos a reírnos—. Lo que digo es que me alivia pensar que Sofía era humana… Que no era tan inalcanzable como yo pensaba. Y que igual sí me quería, después de todo…

—Claro que era humana, nadie es perfecto. En el mundo real se rompen corazones todos los días.

De repente, se abre la puerta del bar y vemos entrar a Héctor en su silla. Charly se sorprende y me mira pidiendo explicaciones.

—Sorpreeesaaa… —musito con alegría fingida.

No sé si está agradecido o quiere matarme, pero hablando de cosas humanas, su mirada desconcertada me hace sonreír.

—Hola, chicos… —saluda el De Lerma.

Charly se pone de pie de un salto. Parece nervioso. No se ven desde… No se han visto desde que Sofía apareció muerta.

—Hola…

—Lo siento mucho… —dice Héctor, sentido—. ¿Cómo estás, Charly?

—Cabreado. Dolido. Alucinado. Deprimido… Un poco de todo…

—Ya… Yo también.

Se quedan mirándose a los ojos, y puedo saborear muchos años de vivencias compartidas que se han visto comprometidas de la peor manera.

—Tenemos que estar juntos en esto —digo para romper el hielo. Y cuando me miran, perdidos, me siento tan importante que me arde el pecho—. Tenéis un enemigo común. Alguien al que no le supone ningún problema destrozaros la vida. No le dejéis hacerlo… Confío en encontrar algo que exculpe a Carla, pero vosotros debéis mantener un frente unido, ¿de acuerdo?

—Siento haberte evitado, Héctor. Estaba obcecado con encontrar a un culpable rápidamente —se justifica Charly—. Y no quería discutir contigo.

—Yo tampoco. He sido un egoísta… Si hubiera sido al revés, no sé qué habría hecho…

El ambiente se vuelve incómodo de nuevo.

—Mi novia murió con dieciocho años —digo de pronto—. Y resulta que la vida continúa…, más o menos… Sigo aquí, sonriendo a

veces… —Miro a Charly—. Sobre todo cuando este gilipollas dice alguna parida de las suyas.

Los tres sonreímos levemente.

—Vamos a cogerle —añado—. Confía en mí, Héctor… Keira encontrará un patrón. Y Mateo Ortiz, el abogado de Carla, aunque es lo peor, es muy bueno. Está buscando relaciones entre el KUN, el Dark Kiss y la web SugarLite. Vamos por buen camino.

—Yo me centraría en el KUN —dice Héctor, sombrío—. Tenéis la lista de los que votaron en contra de la candidatura de Sofía, debería estar entre ellos… Al salir a favor, Sofía habría entrado como socia la semana que viene en la gala del Bicentenario, y como no podían impedirlo, alguien la ha quitado del medio…

—¿Y por qué culpar a Carla? —señalo.

—¿Y por qué no? —ofrece Charly—. Es una buena forma de silenciarlo rápido y evitar que se investigue mucho. Sería alguien que sabía que Carla y Sofía habían reñido.

—Y luego está el famoso secreto de los De Lema —digo categórico —. Vamos a rastrear el teléfono de Sofía. Comprobar dónde estuvo y con quién las semanas previas a su asesinato. Alguien tuvo que contarle algo que no debía…

—Eso sí que no lo entiendo… ¡No tenemos ningún secreto! —exclama Héctor.

—¿Estás seguro? —pregunto desconfiado.

—Segurísimo. ¡No hay nada ilegal en nuestras vidas…! Al menos, en la mía. No sé lo que hacen estos dos en sus noches locas en el Dark Kiss…

—Follar —confiesa Charly—. Nada más… Somos solteros y libres. Y nos gusta el sexo.

—Y también os drogáis… —añade Héctor, malhumorado.

—Solo cuando tenemos un mal día.

—Pues lleváis muchos malos días este año…

—¿Tengo yo la culpa? —se defiende Charly—. Fuiste tú el que quiso sacar a Ástor de su letargo con esas notitas amenazadoras. Eras tú el que quería emociones fuertes en su vida… No te metas con nuestro modo de sobrellevarlas.

Héctor me mira como si estuviera recordando que Ástor las sobrelleva jugando a asfixiarse en un armario.

—Me meto porque estoy acojonado —confiesa Héctor—. Keira ha vuelto a su vida, y me preocupa que mi hermano tenga una recaída severa…

—Tal como yo lo veo —intervengo—, su modo de sobrellevar el dolor por la muerte de Sofía es permitirse estar juntos un tiempo, para lamerse las heridas… Pero tanto Ástor como Keira tienen claro que lo suyo no va a ninguna parte.

—¿Lo tienen? —pregunta Héctor pasándose una mano por el pelo —. Porque no quiero que Ástor sufra. Bastante ha sufrido ya… Quiero que sea feliz.

—Lo está siendo ahora mismo —digo sin temor a equivocarme.

—Keira no es buena para él —insiste Héctor—. Es como una droga. Subidón extremo y recaída fatal. Ya ha estado a punto de matarle…

—¿De qué hablas? —pregunta Charly, perdido.

—¿Te ha parecido normal el comportamiento de Ástor este verano? Es como si no te importara verlo tan mal… —dice molesto.

—Ástor me importa —sentencia Charly, serio—. Pero ya es mayorcito, y no suele dejarse aconsejar. Y menos, por mí.

—Pues igual deberías dejar de lamerle tanto el culo y preocuparte más por él…

—¿Qué insinúas, Héctor?

—No insinúo nada, lo afirmo.

—Chicos… —Los calmo—. Todos estamos muy tensos…

—¡Yo no puedo reemplazarte, Héctor! No me cargues con esa responsabilidad… —continúa Charly sin hacerme caso.

—¡No te estoy pidiendo eso! Solo que seas un buen amigo en lugar de un puto lacayo…

—Yo no soy el lacayo de nadie —se defiende Charly, arisco.

—Quizá deberías dejar de ser el abogado de mi hermano para permitirte el lujo de llevarle la contraria de vez en cuando… Tomar cartas en el asunto, en lugar de decirle a todo que sí por miedo a quedarte sin tu plaza de honor a su lado…

—Me estás tocando la moral, Héctor… —lo avisa Charly con frialdad.

—No sé para qué he venido —musita el De Lerma chascando la lengua—. Parece que todo te la suda. Han matado a tu novia, y no te

veo poniendo el KUN patas arriba ni pidiendo explicaciones a nadie; ves que Ástor está recayendo en la misma mierda que lo ha tenido fatal este verano, y también pasas… ¿Cuál es tu motivación vital? ¿Ser un parásito para siempre? ¿Intentar follarte a Ulises? ¡Dime…!

Charly se levanta de golpe y se va mascullando un «vete a la mierda».

Mis ojos son dos platos, directamente. «¿Qué coño ha pasado?».

Miro a Héctor, y la aflicción constriñe sus ojos cerrados.

—¿A qué ha venido esto…? —pregunto perdido. ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho o me lo he imaginado? ¿Nos ha acusado de estar tonteando?

Héctor resopla cansado. Se frota las cejas con los dedos y los baja por su cara hasta acariciarse la barbilla.

—Lo siento… Me estoy volviendo un monstruo… Estoy tratando mal a todo el mundo. Pero es que… ¡esto es de locos! Me siento más inútil que nunca. Completamente inválido a todos los niveles… Y nadie me ayuda.

—¿Qué quieres hacer que no puedas? Dímelo y lo haré por ti. ¿Quieres que hable con Ástor? Puedo ponerle las pilas. ¿A quién quieres que vigile del KUN? ¿Hay algún chismoso al que pueda sobornar? ¿O acojonar…? ¿Buscarle problemas en su vida privada para que colabore? ¡Dime lo que tengo que hacer y lo haré, Héctor!

—¡Tú no puedes hacer nada, Ulises! —exclama cabreado—. Porque estás igual de alelado que todos los demás. Has venido a mi casa con el pretexto del caso, pero en realidad lo que te ha movido hasta allí es hacer las paces con Charly. Porque te la pone tan dura ser su mano derecha como a él se la pone ser la de Ástor, ¡y así es imposible sacar a mi novia de la cárcel, joder! Encima, Ástor tiene la nariz enterrada en el coño de la inspectora al cargo, y yo no puedo liarme a hostias con nadie como me gustaría, solo con mi saco de boxeo. ¡Esto es un puto desastre!

Inspiro hondo para controlar el cabreo que supuro. Y me levanto.

—Cuando te hayas cansado de ser un capullo y quieras hacer algo productivo, llámame, Héctor…

Me voy de allí dejando un billete de diez euros sobre la barra.

Horas después, me presento delante de una puerta.

Toc, toc, toc.

La persona que la abre me mira sorprendida.

—Hola… ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. ¿Puedo pasar?

Charly se aparta, abriendo más la hoja para que entre en su casa. Se ha cambiado de ropa. Ahora lleva un pantalón de seda azul cobalto y una camiseta blanca muy ligera que no esconde ningún rincón de su poco trabajada (lo justo) musculatura. Se parece a la mía. Los De Lerma abusan de las máquinas y están mucho más mazados…

—¿Todo bien? —le pregunto titubeante.

—Más o menos… Ya sabes…

Nuestras miradas cargadas de significado se cruzan, y me escolta hasta el salón. Se me hace raro pensar que nunca me ha dado tiempo a fijarme bien en su casa. He recorrido estás paredes a trompicones con Sofía en la boca y con él pegado a su culo hasta su dormitorio, pero no había podido fijarme en la decoración ni en los detalles. El piso tiene mucho estilo, como Charly.

—¿Quieres tomar algo? —me ofrece hospitalario.

—Lo que tú tomes…

—No. Dime lo que quieres: vino, un refresco, cerveza, una copa, whisky sin hielo…

—Vino estará bien…

—¿Tinto o blanco?

—Nunca me has hecho tantas preguntas seguidas. —Sonrío—. Normalmente, eres un puto mandón…

—Porque me dejas —dice apartando la mirada—. ¿Cuál quieres?

—Blanco.

—Pfff… Cuánto tienes que aprender todavía, Ulises…

Tuerzo la cabeza y lo veo sonreír de medio lado.

—¿Estás bien? —pregunto cuando la mueca se funde en sus labios.

—Sí…

—Héctor se ha pasado de la raya.

—Da igual… Supongo que es cierto. Vivo a la sombra de Ástor. No es fácil ser el amigo del jefe… Su apellido lo condiciona todo. Es como si su palabra valiera más que la mía. O todo él, directamente…

—Ástor no tiene sangre azul.

—Pero casi. Solo está un escalón por debajo de la realeza…

—Estoy seguro de que te considera un buen amigo. Siempre estás ahí para él y, conociéndote, le debes de meter más caña de la que piensa Héctor…

—Bastante más, pero no puedo imponerme a él como Héctor pretende, solo hacerle sugerencias… Yo no tengo potestad familiar, y con ciertos temas sé que no ganaré. Keira es uno de ellos. Ástor ha estado muy mal este verano, es verdad, pero lo único que yo podía hacer era estar a su lado y vigilarlo. Si le hubiera echado bronca, habría huido de mí y quién sabe qué le habría sucedido entonces… Además, yo también tengo mi vida. He pasado más tiempo con Sofía estos meses y puede que haya descuidado un poco a Ástor.

—Echo de menos a Sofía… —declaro en voz alta, y doy un buen trago a mi copa para que me arañe la garganta.

—Yo también… No me la quito de la cabeza. Pero intento convencerme de que, cuanto antes asimile que no va a volver, antes lo superaré.

El silencio barre la estancia. Y los dos volvemos a beber para anestesiar el dolor de esa realidad.

—¿Te quedas a cenar? Iba a ver el partido…

—¿Qué partido?

—El del Madrid.

—Dios… —Cierro los ojos, asqueado—. Algún fallo debías de tener.

Su sonrisa me deslumbra tanto que hasta siento cómo me calienta.

—¿No me digas que eres del Barça? —pregunta conmocionado.

—Es el mejor equipo del mundo.

—Joder, ¡qué vergüenza…! ¡He besado a un tío del Barça!

—De hecho, soy más antimadridista que del Barça. Es decir, prefiero que pierda el Madrid a que gane el Barça.

—Vete de mi casa ahora mismo —me ordena serio.

La sonrisa que me provoca casi me duele en los labios.

—¿Más vino? —me ofrece a continuación, dejando claro que era una broma.

«Joder… ¿Qué estoy haciendo aquí? No debería beber más… Debería irme y…».

Le acerco la copa y vuelve a servirme, aunque todavía la tenga

llena.

Al final, pedimos unas pizzas a un restaurante italiano que Charly conoce y que, según él, tiene una salsa de tomate *made in Italy* capaz de arreglarte la vida.

Podría haber llamado a un par de amigos de la facultad con los que suelo quedar a tomar algo o pasarme por el bar donde se afincan los compañeros de la comisaría (sea la hora que sea, siempre hay alguien de turno saliente), en lugar de estar aquí con Charly… Y comprender que prefiero quedarme con él me perturba un poco.

Le he dicho que vamos a ser amigos, pero suelo estar más relajado con mis amigos, y no tengo por costumbre repasar cada uno de sus movimientos ni me pregunto constantemente qué pasaría si…

—¡Goool! —exclama Charly, feliz, y sé que tengo un problema cuando no me importa que haya marcado el Madrid con tal de verle sonreír.

Fracaso en la misión de parecer enfadado con una sonrisa luchando por aparecer en mis labios. Se burla de mí, berreo y lo aplaco con más bebida.

Cuando termina el partido hago ademán de irme, pero Charly me convence para prepararme una copa con un ron importado que, según él, es «teta de monja».

—Nunca había oído esa expresión… «Teta de monja».

—¿No? Es un postre muy antiguo.

—¿Ese ron es dulce?

—¡No! Se supone que la teta de una monja está inmaculada… Es decir, «sin usar». Sin… ¿contaminar? Párame, por favor…

—No sigas, te lo ruego.

—Me refiero a que el ron no contiene aditivos. Es natural. Y brutal.

Y me toca quedarme, claro. Con lo que no cuento es con que, a mitad de explicarle mi complicada no-relación con Keira y los subterfugios a los que aludía para no salir con ella en serio, llamen al timbre.

—¿Esperas a alguien? —pregunto sorprendido.

—¡Hostia…! ¡Se me había olvidado por completo! —Se lleva una mano a la sien.

—¿Qué?

—Es una chica… Una chica a la que he llamado antes, cuando estaba cabreado…

—¿Quién es?

—Es de pago —admite mortificado—. Sin subterfugios de esos de los que hablabas…

Me tapo la boca para esconder una sonrisa.

—No te rías, cabrón. Como si tú nunca lo hicieras…

—Pues no. Nunca lo hago. Soy policía. Salgo a ligar en plan normal…

—Eres un aburrido, Ulises. Donde esté el sexo pagado…

Ding, dong.

—Yo me voy —anuncio poniéndome de pie, nervioso.

—¡No! Aún tienes la copa llena. He pagado una hora, pero me sobra media. Quédate y bébetelo tranquilamente.

—¿Seguro…?

—Sí —contesta Charly yendo hacia la puerta.

Oigo que se saludan, y de repente entra en el salón una chica alta, morena, de pelo largo y ojos verdes… Un segundo… Se parece sospechosamente a…

Me abstengo de decir su nombre siquiera mentalmente y me fijo en que lleva la clásica americana marrón con las piernas al aire. Si se la abre y no veo más ropa debajo, me desmayaré.

—Hola —me saluda confusa al verme. Y se vuelve hacia Charly—. La tarifa que has pagado no es de trío —lo avisa.

—¡No, tranquila…! Yo me voy enseguida —le informo—. En cuanto me termine esto. —Levanto la copa.

—Un trío serían doscientos más —apostilla ella ignorándome.

Charly y yo nos miramos fugazmente por un momento.

—Tranquila, él se irá… —confirma Charly—. Ponte cómoda, por favor. Considera que la hora ya ha empezado. ¿Quieres tomar algo?

—Vale. Lo que sea… —dice feliz de cobrar minutos sin hacer nada.

La chica y yo nos miramos comedidos. Es un bellezón. Me sonríe un poco y empieza a quitarse la chaqueta. Resulta que debajo lleva un vestido minúsculo de color plateado, muy corto y con un generoso escote. Mis ojos me traicionan fotografiándola para mis noches solitarias, y sonríe sabedora de lo que provoca en mí.

—¿Cómo te llamas? —preguntó solícito.

—En la agencia me llamo Sindy.

—¿Y en el mundo real?

—Carolina —confiesa ruborizada.

—¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

Me muero por saber cómo ha terminado en esto.

—¡Qué bien! ¡Eres muy agradable! —manifiesta ella entonces.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tienes cara de buen chico.

—Y tú de buena chica… Por eso me encantaría saber qué te ha llevado a meterte en este mundillo…

Charly aparece con una botella de ginebra rosa, y recuerdo que es la que le gustaba a Sofía.

—¡Muchas gracias! —exclama agradecida Carolina cuando se lo sirve—. Y respondiendo a tu pregunta, me gusta dedicarme a esto. No dista mucho de ir acostándome con tíos gratis por ahí cada fin de semana.

—Bueno, la diferencia es que esos tíos los elegirías a tu gusto, ¿no?

—Eso lo compensa el dinero. Y el sexo es sexo. Los hombres capaces de pagar mi tarifa en el rango de edad que yo estipulo suelen tener un perfil que no suele desagradarme. Vosotros, por ejemplo, sois una monada… Los dos.

La media sonrisa que asoma en la boca de Charly hace que empiece a hormiguearme el estómago.

—Así se habla, Sindy.

—Se llama Carolina.

—Sindy mola más. —Le guiña un ojo y toma asiento a su lado.

—¿Y te planteas esto como algo temporal…, Carolina? —remarco el nombre para que Charly sonría.

—Sí, estudié un grado medio de Estética y Belleza, y mi prima es peluquera; queremos ahorrar y montarnos un negocio propio. Estoy harta de trabajar para grandes cadenas para las que no somos más que un número. Quiero triunfar por mí misma…

—Brindo por las emprendedoras, sí señor. —Charly alza la copa—. La palabra «puta» solo se inventó para someter a las mujeres y que no

explotaran su grandísimo poder: el erotismo. Son tan jodidamente superiores a nosotros que da miedo —zanja convencido, probando su copa.

En ese momento, Sindy se levanta y se acomoda encima de Charly, que se deja invadir encantado.

—Es la primera vez que no quiero esperar para empezar… —ronronea mimosa en su cuello—. El cubata que me has puesto está buenísimo, ¿quieres probarlo?

Y empiezan a besarse con lentitud, degustándose y poniéndose las manos encima.

La imagen me atraviesa y me empalmo en el acto. La chica está como quiere; es dulce, simpática… Y Charly… Charly es Charly.

A mí también me han dado ganas de besarle cuando… En fin, básicamente cada vez que abre la boca…

Vuelvo a beber, agobiado por esa revelación. «¿Cómo puede estar tan bueno?». Y no me refiero solo al maldito ron…

Inspiro profundamente escuchando sus besuqueos. Debería largarme ya, pero, de repente, oigo la voz de Charly susurrando: —Te doy trescientos más, si convences a mi amigo de que se quede con nosotros…

El corazón me da un vuelco cuando ella me mira desafiante, encantada de saber que no le va a costar nada convencerme.

Es una chica lista, porque en vez de asaltarme, corriendo el riesgo de que me niegue, se sienta a mi lado y me coge una mano con las dos suyas. No asustan mucho al ser frágiles y pequeñitas, pero…

—¿Como te llamas? —me pregunta seductora.

—Ulises…

—Me encanta ese nombre…

Posa mi mano sobre la piel desnuda de su muslo y empieza a subirla.

—Solo quiero enseñarte una cosa, Ulises…

La sube hasta sus braguitas, y dejo que sumerja mis dedos por debajo de la tela, descubriendo su melosa excitación.

—Y todavía no me habéis tocado… —añade sugerente—. A mí me gusta esto, Ulises. Me ha gustado cómo olía al entrar. Me ha gustado él, me has gustado tú… Me ha gustado el tono honesto de tu voz, tu amabilidad, y me gusta ver en tus ojos que te mueres por estar dentro

de mí…

Presiona más mi mano para que mi dedo se introduzca hasta el fondo en su cuerpo, y un segundo después nos estamos besando con avaricia.

«¡Joder con Sindy…!».

Oigo que Charly se levanta, baja la intensidad de las luces y empieza a sonar «Faded» de Alan Walker en una *cover* acústica preciosa. Conozco la canción porque la escuché mil veces cuando murió Sara. Tengo toda una lista con la temática sobre la pérdida, y este tema forma parte de mi top diez.

El estribillo pregunta si todo fue una fantasía. Si fueron imaginaciones o un simple sueño. Es decir, lo mismo que me estoy preguntando yo ahora…

Noto que Charly se acomoda al otro lado de Sindy y que empieza a acariciarla despacio. Le baja un tirante del vestido haciendo que sus pechos queden expuestos, y ella mueve la cabeza hacia él en busca de sus labios. Los míos se pierden en su escote y le bajo el otro tirante. La mano de Charly le sujeta un pecho, hacia el que me lanzo y compartimos varios roces. Mi excitación aumenta solo de pensar que volveremos a compartir todo. Mi mano se embrutece entre las piernas de Sindy, que gime, separándose de la boca de Charly. Ataco su cuello pegando mi erección a ella, y su mano responde agarrándola. Charly ataca su yugular por el otro lado y Sindy echa la cabeza hacia atrás, enardecida.

Busco su boca y Charly hace lo mismo…, lo que nos obliga a detenernos a mitad del camino para no chocar. Sindy nos mira, deseosa, y siente que debe elegir a cuál de los dos besar. De pronto, coge nuestras cabezas y nos arrima a ambos hacia su boca. A la vez…

No doy crédito…

Nos besa a los dos haciendo que los labios de todos se encuentren, resbaladizos. Sentir la textura familiar de la piel de Charly me tensa como nunca. Su sabor, su olor… Ella se aleja y hace ademán de acercar de nuevo nuestras cabezas con la intención de que nos besemos, solo Charly y yo.

Mi primera reacción es resistirme, pero él me mira con un anhelo que me parte en dos y, sin pensarlo un segundo más, lo hago. Envuelvo sus labios con los míos y nuestras lenguas se encuentran

haciendo que me atraviese una descarga de energía erótica muy potente.

Que Sindy aproveche para tocar nuestros miembros hinchados no hace más que mejorar el asunto.

Pronto reclama los labios de Charly, dejándome huérfano, y me descubro pensando que esta sensación no puede ser real.

No puede ser verdad…

Me estoy pillando por un tío.

ástor

10
La jugada

Seis días después
Lunes, 6 de octubre

Llaman a la puerta y levanto la vista del ordenador.

—Hola… —saludo extrañado al ver quién es—. ¿Qué haces aquí?

Héctor entra rodando con su silla en mi despacho de la universidad.

—No sabía adónde ir… Y no podía estar en casa ni un minuto más. Hace casi dos semanas que asesinaron a Sofía y que detuvieron a Carla, y no puedo continuar con mi rutina porque está en la cárcel; solo cabe preocuparme. ¿Se supone que tengo que seguir con mi vida como si ella no estuviera sufriendo a cada segundo…?

—Te entiendo, pero…

—Deberías ir a verla, As. Está fatal. No sé cuánto tiempo sobrevivirá encerrada en ese lugar. Carla no es tan dura. Está sufriendo mucho… Y yo con ella. Esto me está consumiendo.

Me echo hacia atrás en mi silla y lo miro pensativo.

—Ahora quizá entiendas cómo llevo sintiéndome yo durante años con respecto a ti… Es exactamente lo mismo. ¿Cómo podía volver a disfrutar de la vida sabiendo que mi hermano estaba «sufriendo a cada segundo» una condena eterna por mi culpa?

Su cara se desfigura cuando la certeza lo atraviesa.

—Te repito por centésima vez que no fue culpa tuya.

—Esto tampoco es culpa tuya, Héctor, y mírate. Yo llevo siete años sintiéndome así por ti, y sé que no es agradable, pero al final te das cuenta de que tienes que seguir adelante, aunque sea a regañadientes. Al menos lo de Carla tiene solución… Confía en Keira… Y, a las malas, en ocho años será libre de nuevo y podréis estar juntos.

—¡No puedo esperar ocho años! —exclama escandalizado.

Ya sé que es mucho pedir, pero… Yo confío en Keira.

—Si Ulises puede soportar no ver a Sofía nunca más y yo puedo aguantar no estar con Keira ya, tú podrás esperar un poco… —digo displicente.

—¿No vas a volver con Keira? —pregunta comedido.

—No. Nada ha cambiado desde el verano…

Me da la sensación de que respira aliviado ante mi respuesta.

—Sé que parezco un egoísta de mierda —admite Héctor, triste—, pero esto no es por mí, ¡es por ella! ¡Carla no se merece esto!

—Lo entiendo. Y hay gente inteligente tratando de solucionarlo. Pero, mientras tanto, el mundo sigue girando y no puedes mantenerte al margen. Siento no estar en disposición de volcarme más contigo ahora mismo, Héctor… Tengo muchísimo trabajo para organizar la fiesta del Bicentenario. Va a asistir gente muy importante, y necesito seguridad adicional. También tengo a un potrillo enfermo que quizá haya que sacrificar, y por último, debo lidiar con mamá y su vena de casamentera insaciable… Estoy hasta arriba.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Suspiro resignado, porque la verdad es que no. Y él lo sabe.

—Había pensado en hacer este miércoles una «noche de fútbol» en

casa con unos cuantos del KUN. No hemos quedado desde que empezó la liga. ¿Podrías encargarte de eso, Héctor…?

—Vale, pero es lunes… Dame algo que hacer hoy o me moriré.

—¿Por qué no vas a ver a Charly a los juzgados? Los lunes se pasa todo el día allí y seguro que tiene ratos muertos.

Mi hermano pone una cara extraña.

—No estamos en muy buenos términos ahora mismo… Cree que mi novia ha matado a la suya.

—Ya no lo cree. La policía sigue la pista de alguien del KUN que usaba la web SugarLite… O eso me dijo la última vez que hablamos.

—¿Cuándo has estado con él?

—Hablamos el viernes por teléfono. No lo he visto este finde.

—Yo lo vi hace una semana y terminamos discutiendo…

Levanto la ceja, sorprendido.

—No me ha contado nada. ¿Qué pasó? ¿Por qué discutisteis?

—Por ti.

—¡¿Por mí?! ¿Por qué?

—En ese momento todavía no habías tomado la sabia decisión de alejarte de Keira, y yo estaba muy preocupado por ti… Pensaba que te volverías loco otra vez y le pedí que interviniera…

Mi parte dramática me mira amordazada con los ojos muy abiertos desde el oscuro lugar al que la desterré la semana pasada.

—Pues no te preocupes. Estoy bien…

—¿Cómo puede ser? ¿Dónde está el truco? —pregunta extrañado.

La pura verdad es que no tengo ni idea… Y no quiero pensar mucho en ello ni alardear, pero desde que me despedí de Keira en el coche estoy más tranquilo.

Llamadme loco, pero sentí que, en vez de despedirnos para siempre, estábamos sellando que no volveríamos a perdernos de vista nunca más, aunque no pudiéramos ser pareja.

¿Cuánta gente vive secretamente enamorada de su mejor amigo o amiga, de su cuñada, de un compañero de trabajo… mientras sigue con su vida como si nada? Demasiada…

Y yo he descubierto que no puedo vivir sin Keira. Bueno, poder, puedo, pero no quiero. Hay personas que iluminan tu existencia. Es una realidad. Sin ellas todo es en blanco y negro, pero cuando aparecen, una cascada de colores inunda tu alma y te rebozas en el

privilegio de estar en su presencia. Dije muy en serio que quizá con eso me baste. Y siendo justos, igual tampoco me merezco más…

—Entonces ¿no quedaste con Charly el fin de semana? —me pregunta mi hermano, extrañado.

—No. He estado muy liado con esto —le respondo. «Por suerte», me callo—. Y él tampoco me ha llamado, así que supongo que quedaría con Ulises… Ahora son uña y carne.

De nuevo pone una cara rara. Tengo complejo de confesionario.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada… Que igual te evita porque le dije que dejara de ser tu perrito faldero y empezara a ser un buen amigo… —musita con culpabilidad.

—¿Qué? ¡Joder, Héctor…! —Me llevo los dedos a las sienes.

—¡Lo siento! ¡En ese momento era un puñetero monstruo! No he sabido gestionar toda esta mierda… ¡y tenía miedo de perderte! Me siento más inútil que nunca, Ástor…

—¡Pues empieza por no liar más las cosas, por favor! —digo cabreado—. A ver… El miércoles hay fútbol. Tienes que hacer las paces con Charly antes o no vendrá. Esa es la misión que te encomiendo para hoy, Héctor. Venga, lárgate y déjame trabajar. Debo seguir con esto.

—Vale… Deséame suerte.

—Suerte.

—Y, Ástor… —Lo miro expectante—. Me alegro de verte tan bien.

—Gracias. Y no te preocupes más por mí. Ahora, fuera de aquí.

Se va con algo parecido a una sonrisa.

Mucha culpa de «estar bien» la tiene una foto que recibí un par de días después de lo que he bautizado como «el último polvo». Intento no pensar mucho en ello porque a mi polla le dan mareos y amenaza con vomitar.

La foto era un pantallazo de la inscripción de Keira en la Federación Española de Ajedrez, y sonreí al verla.

Le respondí con un wasap:

Ástor:

Ya estás lista para competir 😉

Ella me devolvió otro con una sonrisa y uno más con un mono

tapándose la boca. Fin.

Esa simple interacción me alegró el día entero.

No quise seguir hablando y salí de la conversación. Me gustaba flotar en esa sensación de misterio. En la duda de cuándo volvería a sorprenderme con un mensaje. O yo a ella.

Es verdad que he estado toda la semana liadísimo enviando invitaciones a la gala del Bicentenario y encargándome de la logística, pero el viernes por la tarde tuve tiempo de investigar dónde había torneos cercanos a los que Keira pudiera acudir para empezar a puntuar, y encontré varios. No me tembló la mano a la hora de mandárselos. Eran encuentros pequeños, pero oficiales. No habría grandes jugadores con los que conseguir una buena marca, pero… Y de pronto tuve una idea. La Idea.

Cogí el teléfono y pedí algunos favores. Al acabar el día, el vigente campeón de España de ajedrez accedía a disputar, en plena gala del Bicentenario, una partida contra la ganadora absoluta del último torneo del KUN. Todo por una atractiva ofrenda económica disfrazada de acuerdo de marketing. Al fin y al cabo, muchas marcas iban a patrocinarse en la fiesta por acuerdos similares. Y ganar al campeón de España sería un buen pelotazo para Keira.

El domingo, fue ella la que me mandó la foto de un tablón que exhibía su nombre en el #1. Había ganado un torneíllo al que había acudido esa misma mañana.

No pude controlarme y la llamé.

Me contó que Ulises había tenido la bondad de acompañarla y escuché un desabrido «te debo una, tío…» que me sacó una carcajada. Hablamos tan distendidamente de las partidas, de la gente y del lugar, que dejó un cálido reguero de bienestar en mi interior.

—¿Cuántas rondas han sido?

—Siete…

—Perfecto.

Me metí en el calendario de torneos de Madrid y vi que había varios la semana siguiente.

—Si te presentas a uno esta semana, tu Elo se activará por fin.

—No tengo prisa…

—Sí que tienes —la presioné con cautela—. Confía en mí, Keira…

—¿Por qué? ¿Qué estás tramando? —preguntó intuitiva.

—Tengo un secreto… —contesté juguetón—. Igual me matas, pero merecerá la pena.

—¿Cuál es?

—Primero gana otro torneo y luego te lo cuento.

—Eres odioso, Ástor.

—Lo sé.

Noté que sonreía a través del teléfono. ¿Cómo no iba a estar bien?

Firmaba por tenerla así. No verla ayudaba a mi nulo autocontrol por tocarla cuando estaba cerca. ¡Era perfecto!

Por la noche Héctor me informa puntualmente de que ha solucionado las cosas con Charly. Y no me sorprende, porque mi amigo y abogado no es nada rencoroso. ¡Pasa de todo siempre!, y su humor tragicómico lo precede. Es muy difícil hundir a una persona que afronta el dolor con humor. Lo que no sé es si habrá hecho las paces con Ulises desde que el lunes pasado discutieron en la comisaría.

Que Ulises acompañase a Keira un domingo por la mañana era indicativo de que no había salido el sábado anterior…

La duda me corroe y me muerdo el labio.

Llamo a Charly, pero no me coge el teléfono y lo maldigo. Eso no lo haría un «perrito faldero»… O igual por eso mismo no me lo coge. Joder… ¡¿Por qué las ideas de bombero de Héctor siempre terminan salpicándome?!

Cuando llega el miércoles, Carmen deja la casa preparada para recibir a varios forofos del fútbol. Vienen siete —aunque en mi salón cabemos cómodamente diez—, y entre ellos hay un invitado especial.

Charly aparece el primero, y me alegro; así podemos hablar un poco.

—¿Qué tal? ¿Cómo vas? Te veo más delgado… —señalo preocupado.

Se lo he notado en la ropa. Lleva un pantalón beis remangado y le asoma una camiseta blanca por debajo de una camisa vaquera oscura de manga corta.

—No tengo mucho apetito últimamente…

—¿Qué tal el trabajo?

—Como siempre.

—Vale, iré directo al grano: ¿qué tal con Ulises?

Me mira con cierta prudencia.

—Bien… Normal. ¿Por…?

—¿Seguís quedando?

—No… Hace más de una semana que no lo veo.

—¿Por qué? ¿Qué coño pasó hace una semana?

—¡Nada…! —exclama acorralado.

—¿Nada? Héctor me contó que habíais discutido…

—Ah, eso… Nada… Coincidirás conmigo en que lo de Sofía y Carla es una situación peliaguda. Todos estábamos muy nerviosos. Pero ya está solucionado…

—Entonces ¿con Ulises estás bien?

—Que sí… —responde Charly, casi molesto.

—Vale, porque va a venir ahora.

—¡¿Cómo?!

Su reacción es la mayor pillada que recuerdo desde hace ni sé.

—¿Qué pasa? ¿Estáis bien o no?

Charly blasfema y saca su tabaco como si fuera su medicación para los nervios.

—Me salgo a fumar…

Lo detengo de inmediato.

—¿Me cuentas qué pasa, por favor? No seas crío…

Me mira con una intensidad extraña.

—Con el debido respeto, Ástor, no es asunto tuyo…

—¿Tú puedes saberlo todo sobre mi relación con Keira y yo no puedo saber qué te pasa con Ulises? Te recuerdo que os vi besaros en el Dark Kiss hace seis meses…

—Estábamos drogados…

—¿Esa es tu excusa? Nosotros hemos estado colocados muchas veces juntos y nunca nos ha dado por ahí…

—¿Estás celoso? —Sonríe burlón.

Por un momento, siento que recupero al antiguo Charly, no al atormentado desde que murió Sofía.

—Pues… ¡un poco, la verdad! —bromeo subiendo las cejas. Él niega con la cabeza, sonriente—. Me preocupo por ti, igual que tú por mí… Eso es lo que hacen los amigos. Y lo somos, ¿no?

Charly desvía la vista, herido, recordando la acusación de Héctor.

—No hagas caso a mi hermano… —añado—. Tú y yo hemos estado a solas el doble de veces que has estado con él, y no es quién para juzgar nuestra relación. De hecho, puede que cuando está él, tú te bajes un escalón inconscientemente porque es mi hermano… y por eso tiene una percepción errónea de nosotros. Pero tú no me tratas con una deferencia especial, ¡al revés!, me tratas como nadie se atreve a hacerlo… Eres lo único auténtico que he tenido durante años, Charly…

Presiono su brazo para que me mire, y sus ojos brillantes obedecen.

Se remueve para que lo suelte y se pasa una mano por el pelo.

—Con Ulises… es complicado —admite finalmente.

—¿Por qué?

—Para empezar, está confuso. Nunca le había atraído un tío…

—Tú también lo estabas la primera vez, en ese club de Shanghái, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Fue muy chocante… Estaba en plena obsesión por las asiáticas y, de repente, vi a ese chico noruego y se me fue la cabeza. Me atrajo tanto que fuera totalmente opuesto a ellas… y también a nosotros. Y entendí que la diversidad es clave. Por no hablar de lo que disfruté cuando me desvirgó…

—¡Sin detalles, colega! —Le empujo risueño—. ¿Y cuál es el problema?

—Que a mí nunca me había gustado un tío… No así. Lo otro solo es morbo sin sentimientos. Pero con Ulises… todo es sentimiento. La semana pasada, discutimos el lunes en comisaría y el martes me citó en un bar. Cuando fui, apareció Héctor en plan encerrona y discutí también con él, pero esa misma noche Ulises se plantó en mi casa…

—Pero… el sábado anterior, ¿pasó algo entre vosotros en el Dark Kiss?

—No. Solo nos colocamos y estuvimos con unas chicas. Si hubo un momento de duda, Ulises lo rehuyó. ¡Y me pareció bien! Tengo la horrible sensación de que le estoy poniendo los cuernos a Sofía… —dice pinzándose la nariz.

Esa frase me hace fruncir el ceño.

—No pienses eso… Es normal que os hayáis unido en el dolor. Keira y yo también lo hicimos, al fin y al cabo…

—Me dijo que quería ser mi amigo. Y yo estaba dispuesto a serlo, pero apareció en mi casa y…

—¿Y…? —pregunto más cotilla que la vieja del visillo.

—Se quedó a cenar y vimos el partido. Hasta ahí, todo bien. Pero olvidé que tenía programada una chica para después… y terminamos haciendo un trío con ella. Yo por delante y él por detrás…

—¡¿Tan necesario es que me des las posiciones, Charly…?! —agonizo.

—La cosa es que… ella nos obligó a besarnos entre nosotros y fue…

—¿Qué…?

—¡Muy íntimo! No sé explicarlo, Ástor. Diferente a otras veces… Al terminar se fue y no he vuelto a saber de él. Yo tampoco le he llamado.

—Entonces ha sido un acierto invitarle —digo subiendo las cejas.

—¿Lo has hecho a propósito?

—Un poco. —Sonrío cabrón.

—Me voy al jardín… A fumar y a cagarme en tu alma, joder —remata alejándose de mí.

—Vale. ¡Cuando llegue te lo mando envuelto para regalo!

Su respuesta es enseñarme el dedo corazón sin necesidad de darse la vuelta.

Voy a despertar a Héctor con la sonrisa en la boca; son más de las ocho y descubro que ya está en la ducha.

—¿Necesitas algo? —le pregunto solícito.

—No, no…

—Vale. Charly ha llegado ya, está en el jardín.

—Dile que se vaya a dar por culo a su casa…

Vuelvo a sonreír. Joder, esto es nuevo… O más bien viejo. Hay contestaciones concretas que me trasladan a otra época de mi vida. A una en la que Héctor no estaba paralítico, yo no era duque y nadie había muerto. Noto una buena sintonía que no sentía desde hace años.

Me siento un poco culpable, pero… me emociona que, a pesar de las horribles circunstancias, todavía existan instantes en los que lo olvidemos todo y salga a la luz nuestro verdadero ser.

De pronto, me vibra el bolsillo anunciando que tengo un wasap.

¡Es Keira!

Me paro en medio del pasillo y maldigo lo rápido que me late el corazón.

Es la foto de un pequeño trofeo en su mano, y debajo pone: Keira:

Ya estás contándome el secreto

Sonrío de nuevo. Y ya van muchas veces hoy. Pero no pienso decírselo todavía.

Solo escribo:

Ástor:

Felicidades!

Prefiero decírtelo en persona, por si te apetece abofetearme Keira:

ÁSTOR!!!

Suelto una risita al ver su respuesta.

Salgo de la conversación y sigo avanzando por el pasillo. Hoy va a ser un gran día.

keira

11
Secretos incontables

«¡¿Será capullo?!». Aun así, sonrío.

Nota mental: «No verle funciona. Tenerle al lado en un coche a oscuras no».

Llevamos más de una semana alejados y lo estoy llevando bien.

Desde que el lunes pasado detuvimos a Saúl, mi vida es una locura, pero el jaleo me ha ayudado a no pensar en muchas cosas. Por ejemplo, en lo alto que es en verdad Ástor, en la imponente anchura de su espalda, en el azul royal de sus ojos, en el sabor adictivo de su lengua… Por no hablar de esa sonrisa que te enajena y de sus entrañables teorías de por qué huyo de él.

¡Qué maravilla!

Porque tiene razón. Toda la razón. La mayoría de los seres humanos estamos distraídos y muy cómodos en la seguridad de

nuestra rutina, y un poco de adrenalina ayuda a aumentar la audacia. No obstante, lo que Ástor no entiende es que para mí estar cerca de él es como colocar una bomba en mi zona de confort y dejar que todo salte por los aires.

Y yo, ahora mismo, necesito paz.

Xavier Arnau apareció en comisaría como una apisonadora la misma tarde del lunes que detuvimos a su hijo, y decir que se puso borde sería el eufemismo del siglo. Su complicado carácter se vio acorralado por las evidencias de su relación sexual con la víctima.

—¡¿Se han vuelto locos?! —gritó fuera de sí—. ¿Por qué iba a querer yo a Sofía muerta? ¡Lo pasábamos muy bien juntos!

—Creemos que para que no se fuera de la lengua con algo que le contó —le informó Ulises.

—Lo que Sofía y yo hacíamos no era precisamente hablar, muchacho, aunque la lengua sí que la usábamos bastante…

Que dijera aquello delante de su hijo me pareció lamentable. Además, se lo quedó mirando como si esperase que replicara algo, y Saúl picó.

—¿Por qué, papá…? ¿Por qué tienes siempre que ir detrás de todas las chicas que me gustan? ¡Es enfermizo!

—Para demostrarte que son todas unas zorras…

—¡Ya basta! —gruñí cabreada.

Xavier me sonrío pasivo-agresivo.

—Tú tampoco te libras, querida. Te abriste de piernas muy rápido para Ástor, a pesar de estar infiltrada en una operación policial…

—¡¿Cómo se atreve?! —intervino Ulises—. Se va a tragar una multa por desacato a la autoridad antes de irse de aquí.

—Uy, el que faltaba… El muerto de hambre que se creía que a Sofía le importaban más los sentimientos que el dinero y la posición…

En ese momento, la puerta se abrió y entro Gómez con una expresión vengativa que me dejó tiesa. Parecía Jon Nieve dispuesto a recuperar Invernalia.

—Buenos días, señor Arnau… Será mejor que se calme un poco.

—¿Quién es usted? —preguntó el detenido con algo más de respeto al ver que Gómez y él tenían edades parecidas.

—Soy el máximo responsable de esta comisaría y vengo a invitarle personalmente a pasar una noche en nuestras instalaciones debido a

su deplorable comportamiento. Se la ha ganado…

—Eso no va a pasar —respondió Xavier, muy seguro de sí mismo.

—Le prometo que sí. Y no pierda el tiempo en llamar a nadie del Tribunal Supremo, porque ninguno de sus amiguitos podrá defenderle sin salir en los periódicos. Está todo grabado. —Señaló la cámara del techo—. No me cabe duda de que en otros lugares goza usted de total impunidad para dar rienda suelta a su mala educación, pero vilipendiar a un policía es delito.

—¿He dicho algo que no sea verdad? —dijo insolente.

—No se le acusa de calumnia, sino de desacato. Ha venido usted con tres abogados, le recomiendo que los utilice para contestar cualquier pregunta que se le haga. Le ruego que deje trabajar a mis agentes sin ofenderlos… Estamos aquí por Sofía Hernández.

—Sofía era la mujer más ambiciosa que he conocido en mi vida, y no me sorprende que…

Uno de sus abogados lo cortó en seco tocándole el brazo.

—Disculpen al señor Arnau. No volverá a suceder, se lo aseguro…

—Eso espero, o irá acumulando noches de hotel como hay Dios —se despidió Gómez, amenazante.

Mis ojos hacían chiribitas. «¡Mi héroe!».

Sé que siempre digo que no necesito que me salven, pero la verdad es que ignoraba lo bien que sienta. Nunca había sabido lo que era tener un padre… Un protector. Esa fue la primera vez que lo sentí.

—Agentes… —dijo uno de los abogados para reanudar el interrogatorio. Aunque usó el plural, solo miró a Ulises—. Nosotros hemos venido a defender a Saúl Arnau. No pueden retenerle. No hay pruebas contra él y tiene una coartada con testigos.

—Tenemos pruebas: un juego de las llaves de la casa de la víctima estaba en el cuarto de su defendido —acotó Ulises.

—Se considerarán pruebas circunstanciales dado que fue novio de la víctima en el pasado.

—Tenemos, también, a un padre sociópata con una necesidad imperiosa de demostrar que puede conseguir cualquier cosa a base de sobornos… —insistió Ulises.

—Cuanto antes aprendáis eso en la vida, mejor —soltó Xavier.

—Señor Arnau, guarde silencio, por favor —lo riñó su abogado.

—¿Quieren más pruebas? —escupió Ulises—. ¿Qué tipo de

persona paga para acostarse con la novia de su hijo?

El abogado se cuadró.

—El tribunal no juzgará la moralidad de mi cliente, sino los hechos delictivos. Aquello fue un acuerdo consensuado y legal.

—Bien. Pero la víctima era la pupila de un enemigo declarado de su cliente, conocido por criticarle en público, y Sofía avisó a sus amigos de que había descubierto un secreto muy jugoso sobre Ástor de Lerma.

—Exacto. Avisó a Saúl Arnau, lo que le exculpa automáticamente de haberle contado nada él mismo y querer matarla por ello.

—Pero a su padre no —sentencié yo con rabia.

Solo entonces el abogado me miró. Y lo hizo como si yo no pintara nada en un asunto como este. ¿Qué clase de ejemplo habría tenido en su casa de niño para aprender a ignorar automáticamente a una mujer tratándose de un tema serio?

—No tienen forma de demostrar que Xavier Arnau confiara a Sofía una información que pudo costarle la vida…

—Pero si indicios suficientes de que podría haberlo hecho. —Señalé el móvil—. Si no, no nos habrían dado permiso para retenerle aquí mientras registramos su casa a fondo y analizamos todos sus movimientos bancarios a tres meses vista. Va a permanecer unos días detenido, Xavier…

—¡Yo no fui! —masculló él, enfadado.

—Si eso es cierto, no le importará que lo comprobemos…

—¡Puedo hacer más que eso, mentecatos! Algunos miembros del club ofrecieron dinero a Sofía para conseguir lo mismo que yo, pero ella se negó. ¡Quizá la mataran por eso! Os daré sus nombres.

«¡Por fin algo interesante!», pensé con disimulo.

Que el KUN era un nido de envidias venenosas era un hecho. Intentamos enmascarar lo mucho que necesitábamos como agua de mayo ese hilo del que seguir tirando.

—¿Y por qué íbamos a creerle? —cuestionó Ulises, sagaz—. Para mí, su palabra no vale nada. No suelta más que porquería por la boca…

Enseguida me di cuenta de su táctica. Atacar la honorabilidad de un marqués susceptible siempre es un buen plan.

—¿No quieres arrestar a quien mató a Sofía? —replicó Xavier,

enfadado—. ¡Ninguno de ellos habría permitido que una zorra de saldo fuera miembro del KUN!

No pude ni tragar por denostar así a Sofía delante de Ulises. Me esperaba cualquier cosa de mi compañero, incluso que sacara su arma y le volara la tapa de los sesos sin titubear. Por suerte, se quedó en *shock*.

—Dígame quiénes son ahora mismo —ordené a Xavier, ruda, poniéndome de pie.

Me miró y sonrío sibilino.

—Te lo diré si nos dejáis marcharnos a mi hijo y a mí ahora mismo.

No reaccioné con ira, como él esperaba, ni con impotencia, la que yo sentía. Solo resoplé cansada y fingí no tener prisa.

—Nadie va a librarle de una noche aquí, señor Arnau, ya ha oído a mi jefe. Y mañana le imputaremos por obstrucción a la justicia. —Me marqué un farol, aunque tenía claro que sus rottweilers se me tirarían al cuello.

—Mi cliente está dispensado de declarar como individuo por tener una relación afectiva con la víctima análoga a una pareja. La ley así lo establece —enunció de carrerilla otro de los abogados.

—Muy bien. Seguiremos adelante sin esa información. Ástor de Lerma ya me pasó una lista de miembros que no querían a una mujer en el club.

—No os servirá de nada. —Xavier sonrío, malicioso—. Los que yo digo votaron que sí en el referéndum. Porque no les importa en absoluto el resultado. La democracia es para los soñadores…

—¡¡¡Si sabes algo, dilo, papá!!! —estalló su hijo—. ¡Si no, me largo de la ciudad y no me vuelves a ver el pelo jamás, te lo juro por Dios!

En ese momento aprecié muchísimo a Saúl. Sin embargo, su padre lo miró con altivez dispuesto a soltarle una de sus lindezas.

—¡No es momento para tus gilipolleces! —se le adelantó Saúl—. ¡Dilo ya o me largo esta misma noche! No me pongas a prueba… Tú te vas a quedar encerrado, pero a mí van a soltarme. Cogeré todo lo que pueda y desapareceré, ¡te lo juro por mamá! Diles AHORA MISMO quiénes son esos hombres —ordenó furioso—. Terminarán descubriéndolo de todas formas, y tú habrás perdido mucho más…

Se hizo un silencio en el que los segundos se contaban por latidos. Finalmente, Saúl apartó la vista de su padre, avergonzado de llevar su sangre.

—Oliver Figueroa y Jesús Fuentes. ¿Contento? —masculló Xavier.

—¿Jesús Fuentes? —repetí extrañada—. Lo conozco. Jugué contra él en el torneo del KUN y me pareció un tío muy decente, tiene una empresa de licores.

—Jugaste contra el hijo. Yo me refiero a Jesús Fuentes padre… —aclaró Xavier—. Ni siquiera dejó que sus hijas formaran parte de su empresa familiar, imaginaos… Para él, una mujer sirve para lo que sirve. Oliver, por otra parte, conocía a Sofía del Dark Kiss… Después de que lo rechazara varias veces, consiguió una cita con ella a través de la web y la sobornó para que no contará que había intentado forzarla…

—¿Cómo sabe todo eso? —reaccionó Ulises, sensible a sus palabras.

—Ella misma me lo contó, chico…

—¿Se lo está inventando? —pregunté desconfiada.

—No. Y puedo demostrarlo. Lo tengo todo grabado. No soy ningún tonto… Grabo todos mis encuentros íntimos con mujeres, no vaya a ser que a alguna le dé por inventarse algo y meterme en un problema… Soy perro viejo.

Ni que decir tiene que empezamos a esmerarnos a fondo en buscar información sobre esos dos sujetos en el más estricto secreto.

—Ástor, Charly y Héctor no pueden saber esto —me advirtió Ulises en privado—. No sabrán disimular y podrían entorpecer la batida.

—Y a ti, ¿no te será difícil no partirles la cara si descubrimos algo?

Hizo una mueca.

—La justicia los castigará, no yo…

—Deberíamos denunciar a Figueroa… —dije preocupada—. O al menos, avisar a los responsables de la web SugarLite de su comportamiento. Sofía hizo mal en taparlo. Quizá otras chicas no se hayan librado de su asqueroso ataque. Sofía lo amenazaría con hundirlo mencionando a Ástor, y ella misma le ofreció un trato, pero otras no habrán sabido gestionarlo tan bien…

Pronto nos dimos cuenta de que Figueroa y la familia Fuentes eran más intocables de lo que pensábamos. El abogado de Oliver Figueroa nos dejó claro que nuestra única testigo estaba muerta y que no teníamos base en la que fundamentar una denuncia; aun así, mandamos un e-mail a la web SugarLite para que tomaran medidas y preguntaran a las chicas que habían estado con ese hombre si querían denunciar algo. Ninguna hablo por miedo a represalias o sobornos encubiertos, y me dio muchísima rabia. Ni siquiera nos dejaron comprobar su coartada o sus cuentas. Estaba blindado.

Mateo, como abogado de Carla, nos informó de que iba a investigarlo «a su manera». No quise saber a qué se refería con eso…

Respecto a Jesús Fuentes padre, se mostró todavía más intratable. Recibió a Ulises a regañadientes, y cuando mi compañero mencionó a Sofía se indignó y lo negó todo, alegando que él era un hombre felizmente casado y que ni la conocía.

Lo que sí hicimos es revisar las cintas de Xavier. Menudo cerdo.

—No soy un pervertido —respondió a mi cara de asco—. Soy precavido, que es diferente. Las demandas por acoso y violación son una treta muy utilizada para hundir a un hombre poderoso, y no por eso voy a privarme de tener sexo. Tengo firmado su consentimiento y mi compromiso de no difundirlo jamás. Todo legal.

—Eso no lo hace menos asqueroso —repliqué.

—Solo trato de proteger mi vulnerabilidad. Y puedes estar segura de que Ástor hace lo mismo…

Subí las cejas. ¿Ástor me había grabado? Lo dudaba mucho. Pero si tenía cintas de velcro en su cama para sujetarme de las muñecas y de los tobillos, podía esperarme cualquier cosa.

Vuelvo a consultar el teléfono por si Ástor me ha escrito algo más.

¿Cuál será ese secreto por el que cree que voy a abofetearlo?

Sonrío de nuevo sin poder evitarlo. Se me hace muy difícil pensar mal de él; a fin de cuentas, me ha convencido para apuntarme a torneos, ¡y el de hoy ha sido una pasada! La gente se ha acercado a preguntarme si pertenecía a algún club. Menos mal que llevaba conmigo a mi propio «guardaespaldas»; habría ido sola, pero he pedido a Ulises que me acompañara porque estoy preocupada por él.

El viernes, al terminar la jornada, me preguntó con una extraña

timidez si quería que fuéramos a cenar juntos a un buen restaurante. En plan «cita».

—¿Y eso? —pregunté confundida.

—Ya sabes…, la cita que nunca hemos tenido. La que te debo desde hace mucho tiempo…

—¡¿Qué?!

Me eché a reír. Igual no debería haberlo hecho porque miró al suelo, avergonzado. Enseguida le toqué el brazo, arrepentida.

—Oye, ¿a qué viene esto?

—A nada, es que estoy tocando fondo… Sofía está muerta y la vida es corta. Y yo… te quiero, Keira.

—Yo también te quiero, Uli, pero…

—No me refiero a como amigo…

—¿Qué dices?

Me miró subiendo las cejas y me tapé la boca para ocultar mi sonrisa, pero no pude disimular la diversión que derrochaban mis ojos.

—Joder, no te rías… ¡Me estoy declarando!

—¡Pero Ulises…! —grité divertida—. ¡Esto no es una declaración! Esto es… ¡una ida de olla! ¡Tú no me quieres en ese sentido!

—¿Cómo puedes decir que no te quiero? —preguntó dolido—. Te quiero más que a mi vida, Keira…

Intenté ponerme seria porque sus palabras me llegaron al corazón.

—Cariño… —Tomé aire para serenarme y le cogí la mano—. Eres una de las tres personas más importantes de mi existencia. Hemos pasado por muchas fases: la de capullo repelente, la de capullo encantador, la de follador repelente, la de follador encantador… —Él sonrió—. Y puede que hace seis meses me hubiera caído de culo si me hubieras pedido una cita en serio, pero admite que nuestras vidas han cambiado mucho desde entonces y que ahora no estamos en ese punto para nada…

—Por eso mismo, Kei… Ya no sé en qué punto estoy y quiero volver a uno donde todo tenía sentido. ¡Nosotros teníamos sentido!

—¿Por qué ahora? —pregunté extrañada.

—Porque antes ninguno quería complicarse. ¡Estábamos bien como estábamos!

—¿Y ahora no?

—No. Ahora yo necesito más… —Se mordió los labios.

—¿Por qué?

—¡Joder, Keira…! —resopló angustiado—. ¡Y yo qué sé! ¡Es como me siento!

—Yo te diré por qué. Intentas tapar algo gordo con rutina. —Sonreí al recordar las palabras de Ástor—. Pero esa falsa seguridad no te hará feliz…

—Ya no aspiro a ser feliz —dijo derrotista—. Solo a no sentirme un extraño en mi propia piel…

Sus palabras llamaron mi atención. Y algo en mi cabeza hizo clic.

—¿Todo esto es por Charly? —pregunté intuitiva.

Ulises se encogió de hombros y apartó la vista, azorado.

—¿Quedamos a cenar y me cuentas lo que te pasa de verdad? —le insté cariñosa.

—Vale, pero hazme feliz y ponte un buen escote, por favor… —murmuró torturado.

Cuando se tapó los ojos, le coloqué mis manos encima con una sonrisa y le di un beso en la nariz. Sentir que me necesitaba como amiga me gustó mucho más que cualquier polvo que hubiéramos echado. Y casi me da un jamacuco cuando en la cena me contó lo que había pasado el martes en casa de Charly… Quizá no supiera en qué punto estaba, ¡pero era uno muy alejado de mí, eso seguro!

—Y os besasteis… —repetí analizándolo bien.

—Sí… Y fue mortal.

—Pero… ya os habíais besado antes, ¿no? En el Dark Kiss.

—Con Sofía en la ecuación todo tenía un sentido. Lo del otro día fue… diferente.

—¿No estabais también con una chica?

—Sí, pero sentí que me sobraba… Fue brutal, Kei…

—¿Brutal de bueno o de malo?

—¡Las dos cosas!

—¡No me jodas, Ulises! ¡Las dos cosas no pueden ser!

—¡Pues lo fue! Fue lo mejor y lo peor del mundo junto, ¡de verdad!

—¿Por qué fue «malo» exactamente?

—¡Porque no soy homosexual, joder! ¡En serio! No tengo nada en contra de los gais, ni de nadie, pero…

—Eso no es cierto —lo corté—. Al parecer, tienes algo en contra

de la gente como tú. No te aceptas…

—¿Y cómo soy yo?

—¡Tú eres tú, Ulises! ¿Por qué hay que poner etiqueta a todo? ¡Qué peñazo! No todo tiene que ser blanco o negro, ¡o gris! A bote pronto, hay doscientas cincuenta y seis tonalidades de grises distintas…

—¿Cómo?

—¡Sí! ¡Cada color exento de saturación da lugar a un gris distinto! ¿Por qué no puede ser igual con la sexualidad? A ti te gustan las mujeres, en general, pero ahora te gusta un tío. ¿Por qué tiene que significar algo terrible?

Ulises apoyó la frente en su mano.

—No lo sé. Pero ojalá no me sintiera así… Lo único que sé es que no puedo escapar de ello. Lo he intentado esta semana. No he visto a Charly y él tampoco me ha llamado, y aun así, no puedo dejar de pensar en él.

—¿Por qué crees que no te ha llamado?

—Igual porque sabe que flipé bastante cuando…

—Cuando… ¿qué?

—Me cuesta hasta pronunciarlo, joder… —Se frotó la cabeza.

—¡Dilo de una vez!

—Me la chupó… ¡Me la chupó y casi me muero! Lo agarré del pelo, me miró fijamente y mi mundo se fue a la puta mierda, te lo juro…

—¡¡¡OH, DIOS MÍO!!! —Mi voz sonó más aguda que nunca.

Mis ojos, abiertísimos. Los suyos, cerrados ante mi soponcio.

—No es para tanto… —aclaró—. Tampoco es como si nunca hubiera albergado mi miembro en alguno de sus otros orificios…

—Joder, ¡no me acordaba de eso…!

—Pues yo no he podido olvidarlo en todo este tiempo…

—Así que esto es un ictus —dije poniéndome una mano en el pecho.

—No seas payasa… —Sonrió un poco.

—¡Es en serio…! Como en verano apenas me hablaste de él, había borrado de mi mente que una vez tuvisteis sexo…

—Yo lo había dejado enterrado en «Cosas de las que me arrepiento».

—Quizá por eso estuviste tan traumatizado… Por los sentimientos nuevos que Charly te generó, y no tanto por Sofía…

—Yo culpaba a las drogas de ese desliz y de que me hubiera gustado tanto… Al menos lo hacía hasta el martes pasado. Ahora ya no sé qué pensar…

—Tienes que volver a verle. ¡Necesitas aclarar tus ideas!

—No sé si estoy preparado. Es de locos, pero siento que estoy traicionando a Sofía… El tío que la mató sigue suelto y yo pensando en follarme a su prometido… Este no soy yo, Keira. La última vez que estuve de luto me pasé más de un año sin tener relaciones sexuales…

—No puede compararse —lo tranquilicé con pena—. Cuando murió Sara eras poco más que un niño y ahora eres un hombre. Y eres policía; estás curtido, has visto muchas cosas… Además, tampoco estuviste tanto tiempo con Sofía…

—¿Crees que eso influye? ¿A ti se te pasaría tan rápido si Ástor muriera? —me preguntó de repente.

¿Ástor muerto? No quise ni planteármelo. Y de repente entendí que el valor de las cosas no se mide por el tiempo que duran, sino por la intensidad con la que se viven.

Lo que siento por él no puede mirarse fijamente… Es como la luz del sol. Si estás demasiado cerca, te consume en llamas y a ciento cincuenta millones de kilómetros, te calienta lo suficiente para mantenerte con vida, pero todo el mundo sabe lo que ocurriría si el sol se apagara…

—Digamos que no ha hecho falta que muriera para no tener ganas de volver a mantener relaciones sexuales con nadie… —confesé—. ¿Responde eso a tu pregunta?

Ulises me miró preocupado, como si me escondiera un secreto.

—Creo que deberías saber una cosa, Keira…

—¿Qué?

—Héctor me contó que este verano Ástor intentó suicidarse…

—Perdona, ¿qué…?

Ni siquiera pude racionalizarlo. ¡Era imposible!

—Me dijo que puso una excusa tonta, pero lo vi muy preocupado. A Héctor no le gustó que volvierais a liaros. Tenía miedo por su hermano, porque, según él, lo vuestro no tiene futuro. También me comentó que en su opinión deberías replantearte lo de tener un hijo

para que Ástor y tú pudierais estar juntos…

Lo miré horrorizada.

—Son las palabras de Héctor, no las mías —subrayó cauteloso.

Cerré los ojos dolida.

—¿Eso cree que es el amor? ¿Aceptar condiciones? ¿Ceder en temas existenciales que te definen solo por estar con alguien…?

—Así viven ellos el amor. Está completamente condicionado por su clase social. Apuesto a que nadie en su ámbito sabe que Charly es bisexual… Plantearme algo con él sería entrar en un vestidor de lujo, no en un simple armario. ¿Sabes qué te digo? Que prefiero no verle… Prefiero centrarme en el caso y punto.

—Pues ya somos dos… —contesté convencida.

Pero a medida que pasaban los días nos dábamos cuenta de que no podíamos dejar de pensar en ellos, y eso que anduvimos como locos trabajando con varios departamentos para investigar a fondo a los sospechosos. Finalmente, dejamos que Xavier Arnau y su hijo volvieran a casa. No parecía haber nada inusual en sus vidas.

Ahora mismo deseo llamar a Ástor y continuar con nuestro juego, pero me abstengo. En vez de eso, escribo a Ulises. Debe de estar a punto de llegar a su primera fiesta de la jet set.

Keira:
Pásalo bien en casa de Ástor viendo el fútbol.
Quiero detalles sucios al final de la noche.
Y no me refiero a quién gana el partido, sino a si tú metes un gol

ulises

12
El primer paso

Leo el mensaje de Keira sin desbloquear el teléfono. ¡Será perra…! Sabe que odio las metáforas sexuales deportivas.

Estoy haciendo tiempo fuera del chalet de los De Lerma, pero viene alguien y no puedo retrasarlo más.

—Hola… Estaba…

Me callo a tiempo. ¿Por qué le doy explicaciones?

Jesús Fuentes hijo me mira de arriba abajo juzgando mi vestimenta. Seguramente nadie lleve el uniforme de su equipo favorito, pero es lo único que tenía cuello en mi armario. No soy amante de los polos, y dudo que alguien lleve aquí una camiseta normal y corriente.

—Eres el escolta de Ástor, ¿no? —Me reconoce.

—Eh… Sí. —Aunque creo que hoy no vengo en calidad de eso.

—Yo también tengo esa camiseta, pero desde que me la firmaron

todos los jugadores no he vuelto a ponérmela. Eres muy valiente por venir con ella, aquí la mayoría es del Madrid.

—Supongo que no se puede tener buen gusto en todo… —bromeo.

Jesús suelta una risita y llama al timbre.

La puerta se abre y aparece Ástor.

—¡Bienvenidos! Jesús… —Me parece que va a darle la mano, pero al final se agarran mutuamente el antebrazo y luego se sueltan—. Ulises… —Se acerca a mí y me da un ligero abrazo. Es una situación rara, y ambos nos quedamos cortados—. ¡Pasad! Ya han llegado algunos…

Jesús se acerca a la zona del sofá y me quedo con Ástor, atrás.

—Me alegro de que al final hayas podido venir.

—Qué remedio… Eres implacable —añado, y sonríe—. Gracias por invitarme.

—Charly está en el jardín —me informa.

—¿Y a mí qué me importa dónde esté? —respondo a la defensiva.

Ástor me mira alarmado. Pero el gesto se transforma en una sonrisita perspicaz. «¡Mierda! ¿A quién quiero engañar?».

—Iré a buscarle… ¿Puedo llevar algo de beber como apoyo moral?

—Sí. —Saca un par de botellines de la nevera—. Llévale una a él. Ha salido a fumar…

—Gracias.

—Suerte… —me dice vacilón. Y no le contesto. «Maldito sea…».

Voy hacia el jardín con pies de plomo. Me siento como una bola rodando hacia un triángulo perfecto de bolos. Me pregunto si los tiraré todos o solo unos cuantos.

Encuentro a Charly al borde de una piscina pequeña que no tendrá más de tres por cinco metros. Al oír que alguien se acerca se vuelve y, al ver mi camiseta, finge que le he disparado en el corazón. Es un payaso…

Su imagen en conjunto es demoledora. Sus fibrosos pectorales marcándose bajo la ropa, su piel bronceada, su humor retorcido conquistando sus facciones, incluso su cabello, imperceptiblemente más largo, hacen que mi bola se desvíe hasta caer en el canalón lateral sin posibilidad de dar absolutamente a nada que me haga sumar puntos…

«De puta madre».

—¿Ástor te ha dejado entrar en su casa con esa camiseta? —pregunta con guasa.

—Sí, hasta me ha abrazado.

—No te creo —dice alucinado.

Sonrío y le paso una de las cervezas.

—Gracias… ¿Cómo te va todo?

—Bien… —respondo apocado bajando la cabeza—. ¿Y a ti?

—Muy bien. —Hace una pausa—. No sabía que vendrías…

—Tu plan de evitarme tiene cabos sueltos.

—Yo no te evito.

—Ah, ¿no? —pregunto vacilón.

Bebemos mirándonos a los ojos. La tensión se corta en el aire.

—Tú tampoco me has llamado, ni te has vuelto a presentar en mi casa de improviso —me acusa.

—Ni tú en la mía.

—¿Querías que lo hiciera…?

Gri, gri, gri…

En la próxima curva nos estrellamos, lo veo. Pero supongo que ese es el quid de la cuestión. ¿Quería que se presentara en mi casa o no?

—Sí y no a la vez —contestó críptico.

—Buf… Es la peor respuesta que he oído, Ul.

—No es fácil para mí… —confieso.

—Tranquilo, nadie te está obligando a nada. —Y se vuelve a mirar el agua de la piscina para darme espacio—. La vida ya es muy complicada como para que esto te suponga un problema, Ulises. Por eso no te he llamado.

—Pensaba que íbamos a ser amigos…

—Milagros, a Lourdes —replica sincero—. Me atraes demasiado para ser tu amigo. Y como no quiero incomodarte, he optado por alejarme de ti. Paso de dramas adolescentes, yo vivo en el mundo real…

¡Me cago en su madre…! ¡¿Por qué siempre me hace lo mismo?! Intentar ridiculizarme llevándome a una situación límite. Es brillante.

—El mundo real, ¿eh? Dime una cosa, ¿tus amigos del KUN saben que te gusta… todo?

—Yo no he dicho que los demás vivan en el mundo real, hablaba

de mí. —Me guiña un ojo y me deja medio loco. Es tan… Ufff…

«¡Contente, Ulises!», me ordeno mentalmente.

—¿Y no te importa tener que esconderte, Charly? —le presiono.

—Creo que nadie tiene por qué saber lo que me gusta en el dormitorio. Eso no me define como persona. Solo es una parte más de mí. Una privada.

Me dan ganas de empujarlo a la piscina por su locuacidad.

De hecho… ¡Qué coño…!

Me acerco a él, y se asusta previendo mis intenciones. Me agarra y flexiona un poco las rodillas para que no lo desplace. Aun así, puedo con él, y se aferra más a mí, amenazando con que yo también caeré al agua si oso empujarle.

—¡¿Qué haces…?!

¡PLAS!

—¡Joder! —se queja, empapado, manteniendo la cerveza en alto —. ¡¿Tú eres tonto o saliste de un huevo Kinder?!

Me da la risa, pero lo acorralo contra la pared de la piscina y se pone serio al momento.

—No quiero que te alejes de mí… A mí me gusta el drama adolescente…

Me mira con un deseo que me hace trizas.

Mi vista salta haciendo *puenting* hacia sus labios y Charly hace lo mismo.

—Eh, ¿qué hacéis ahí? —pregunta una voz. Es Héctor, que aparece flotando hacia nosotros como una de las gemelas de *El resplandor*.

—Nos hemos caído a la piscina —explica Charly, fastidiado.

—¿Os habéis caído?

—Se ha caído él —explico—. Yo solo me he tirado para salvarle… Ya sabes, deformación profesional.

Charly me mira entre alucinado y divertido, y niega con la cabeza.

Salimos del agua y nos reunimos con Héctor.

—Charly, dime que le has empujado tú por llevar esa camiseta…

—Justo. Así ha sido, Héctor.

—Entonces ha merecido la pena… Venid, Ástor os dará ropa seca. No os preocupéis, tiene setecientos pantalones y unas mil camisetas…

Cuando Ástor nos ve, sube las cejas extrañado.

—No sé si quiero saber lo que ha pasado…

—Que Charly se ha caído a la piscina —digo sin pensar—. He intentado ahogarle, pero no ha habido manera…

De repente, la cara de Ástor cambia radicalmente. Se pone tan serio que temo que vaya a gritar, y al instante caigo en lo que acabo de decir. ¡Su padre murió en una piscina! «¡Mierda!».

—Venid por aquí —musita con un hilo de voz, esquivándome.

La culpa me golpea en la mandíbula y miro a Charly con una expresión atenazada. Él le quita importancia con un simple gesto de la cabeza.

«¡Joder, qué torpe soy…!».

Ástor elige dos conjuntos de su armario y los deja sobre la cama.

Quiero decirle que lo siento, pero creo que solo lo empeoraría.

—Cuando os cambiéis, dadme vuestra ropa, la pondré en la secadora —nos dice Ástor.

Suelto un «gracias» que suena totalmente a «¡¡¡perdóóón!!!», y se va de la habitación, no sin antes echar una mirada a Charly en la que se lee: «Ni se te ocurra hacer nada en mi cama».

Me pongo histérico al momento.

—Eres anormal… —me dice Charly quitándose la camiseta mojada—. Con lo guapo que me había puesto…

—Te lo merecías… —Me quito la mía.

Nos miramos unos segundos. A los dos nos gotea el pelo… y seguro que algo más. «¡Joder!».

Mis ojos resbalan por su cuerpo sin poder evitarlo. Nos hemos visto desnudos un montón de veces, pero nunca a solas…

Me desabrocho el botón de los vaqueros con miedo, pero la lentitud puede confundirse con que lo estoy haciendo sensualmente.

Charly no se queda atrás y me imita. Se quita el pantalón, y veo que lleva un bóxer gris con un elástico negro en la cintura. Están empapados.

—¿No nos ha dejado calzoncillos? —pregunta Charly.

—¿De verdad quieres ponerte los calzoncillos de Ástor?

—Es verdad. Mejor, no…

—Tendremos que ir sin nada…

—Entonces seguro que nos regala la ropa…

Sonrío. Pero se me borra la sonrisa en cuanto Charly se deshace de

su ropa interior y veo su…

Me cago en todo… ¡No la tiene precisamente relajada!

«Dios… ¿Qué hago fijándome en la polla de otro tío?».

Pivoto sobre mí mismo mientras lo veo ponerse el pantalón de Ástor, pero no llega a abrochárselo. Mis ojos no se están quietos…

—Lo que me has dicho en la piscina… —suelta de pronto—. ¿Iba en serio?

—¿Qué? —respondo alelado. «¿Por qué no termina de abrocharse el pantalón? Me estoy mareando».

El inicio de su cuidado vello y sus músculos oblicuos marcados no dejan de hacerme señales luminosas. De pronto, noto que se acerca más a mí.

—Lo de que no querías que me alejara de ti…

—Eh… Ah… Eso…

Habitación de Ástor. Semidesnudos. Mojados… «¡Esto no está pasando!».

—Yo… Bueno…, sí…, iba en serio.

Cierro los ojos con fuerza y me pongo la camiseta seca.

—Quítatelo todo y dámelo… —ordena Charly, subversivo, mirándome a los ojos—. Para dárselo a Ástor… —aclara después.

Joder… Vale. ¡Qué presión!

Obedezco y me quito los calzoncillos también. Por suerte, la camiseta tapa mis partes. Se los tiendo, y Charly se acerca a mí para cogerlos. Reúne las prendas húmedas en una sola mano y me mira sin moverse. Como si no quisiera apartarse de mí.

Sus labios llaman mi atención como Las Vegas en medio del desierto… Humedezco los míos inconscientemente y él los observa. Cuando avanza, retrocedo sin pensar. «Ay, madre…».

Se queda quieto y, sin decir nada, retrocede y coge su camiseta de encima de la cama.

—Te espero en el salón…

«¡¡¡NO!!!».

Me muevo por instinto y logro llegar a la puerta justo antes de que Charly la abra. Mi cuerpo lo aprisiona contra la hoja y dejo de respirar.

«Joder. Joder. ¡Joder…!».

No sé ni lo que estoy haciendo.

Charly se vuelve, y nos quedamos cara a cara, muy cerca.

—¿Qué quieres? —pregunta, sabiéndolo de sobra.

Escudriño cada ángulo de su cara y termino con la vista clavada en sus labios. Nuestras bocas se acercan por momentos. Solo un centímetro me separa de cruzar la línea. Clavo mis ojos en los suyos. Iris verdes contra iris azules…

—Ten cojones y hazlo de una vez… —dice excitado.

Me estrello contra su boca haciendo que su cabeza golpee la puerta y me pego a su cuerpo con agresividad. El contrapunto de la suavidad de su lengua y la calidez de su saliva me parece brutal. Y la conclusión de que comerle la boca es la mejor sensación del mundo me mata del todo.

Su mano se coloca en mi nuca para controlar el beso, y me asusta pensar que me lo follaría aquí mismo, sin preámbulos y sin drogas.

De pronto, recuerdo que estoy en cueros, y que ya le estoy clavando mi erección con todo el descaro. Sería tan fácil darle la vuelta y metérsela…

Me separo, sobrecogido.

—Lo siento, yo…

—No… —jadea Charly—. Has hecho bien en parar antes de que sea demasiado tarde… Ástor nos mataría.

—Joder, ya…

—Aunque hay cosas por las que no me importaría morir… —dice jadeando.

Me coge del polo y me atrae hacia él para encajar nuestras bocas de nuevo. Sus lametazos nublan mi razón por completo.

«¿Cómo puedo desearle tanto? Esto me supera…».

—El partido está a punto de empezar… —Corto el beso.

Charly sabe que no me interesa el partido, pero lee las dudas en mis ojos y me suelta.

Tardo en moverme en busca de un pantalón seco y me lo pongo. Ha sido surrealista.

Volvemos al salón, y Ástor nos mira inquisitivo preguntándose si hemos mancillado su espacio de alguna forma. ¡Disimulamos de pena!

Empieza el fútbol, y no me toca estar cerca de Charly porque quedan los sitios que nadie ha elegido. Uno en cada esquina. Pero de sus ojos no me libro.

De vez en cuando, se topan con los míos y me despedazan. Nunca me habían morreado con la mirada de esa forma. «Luego», parece decirme y es casi una advertencia.

«¿Luego qué? ¿Adónde vamos a ir? ¿Qué vamos a hacer exactamente?». Inspiro hondo para relajar los nervios.

Yo tengo claro lo que quiero hacerle. Y también lo que no quiero que me haga.

Cinco minutos después, Ástor se levanta y dice:

—¿A quién le falta bebida?

«¡A mí!», pienso. Porque con la cerveza no me vale, necesito algo más fuerte. El limpiador de hornos podría estar bien…

Varios invitados hacen un gesto con la mano y Ástor me mira directamente.

—¿Me ayudas, Ulises?

Me levanto solícito y lo acompaño hasta la cocina, que queda abierta al salón. No sé si necesita ayuda o quiere hablar conmigo.

Saca unas copas de cristal heladas de un arcón y empieza a tirar cañas y a colocarlas sobre una bandeja. Ese grifo de cerveza es nuevo. No lo tenía instalado en primavera. Lógico, comenzó a beber otra vez cuando conoció a Keira.

—Gracias por haber venido… —me repite.

—De nada. Insististe bastante, ¿recuerdas?

—¿Y no te preguntas por qué?

—Contigo dejé de preguntarme «por qué» hace mucho tiempo, Ástor…

Me mira con algo parecido al cariño. Tiene el don de hacerme sentir importante, el cabronazo. Pero sabe a qué me refiero… Nuestra conexión es especial. No sé si buena o mala. Pero es una cuestión de honor inevitable. ¿Nos queremos? ¿Nos odiamos? Quién sabe…

—Te insistí porque quería hablar contigo del caso —me aclara—. Pero, antes, tengo curiosidad por saber cómo habéis caído a la piscina.

—Digamos que Charly se ha pasado de listo…

Ástor sonríe encantado. Y aprovecho para decir:

—Siento el comentario de hace un rato… No recordaba lo de tu padre…

—Ni te preocupes. Y ahora, cuéntame, Ulises, ¿cómo está Keira?

—Está… bien. Extrañamente bien, de hecho. Como tú. Tengo

curiosidad por saber cómo habéis llegado a este frágil equilibrio. ¿Qué ha sido de las reacciones dramáticas de antaño? Héctor me contó lo de tus experimentos turbios con cinturones en los armarios…

Sus ojos se abren al máximo y la cerveza se le va por fuera.

—¿Mi hermano te lo ha contado…? —Alucina—. ¡Es un puto bocazas!

—Más bien se preocupa por ti.

—Solo estaba… probando una cosa… —Me mira inquieto—. ¿No se lo habrás dicho a Keira?

La alarma en sus ojos me hace sentir mal.

—No —miento para tranquilizarlo—. Pero deberías contárselo tú.

—No veo por qué. ¡Fue un accidente…! —se excusa nervioso.

Hay un silencio incómodo y muy íntimo que intento superar equilibrando la balanza.

—Keira también estuvo muy mal… De hecho, no ha vuelto a estar con nadie. Ni siquiera conmigo…

Lo veo cerrar los ojos y maldecir en voz baja.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Quería que lo supieras.

—Pues no quería saberlo. No despiertes mis demonios, Ulises. Ahora estamos bien…

—¿Y cuál es tu truco para estar bien, Ástor? Porque me vendría genial saberlo…

—No lo sé. —Suena sincero—. Y no quiero buscarle explicaciones, solo que me dure. La muerte de Sofía ha cambiado mi percepción de las cosas y he estado muy ocupado últimamente, quizá sea eso…

—¿Ocupado con qué?

—Con la gala del Bicentenario del KUN. Tengo una pequeña sorpresa para Keira… —Sonríe enigmático.

—Temo tus sorpresas, Ástor de Lerma… Te temo muchísimo.

Sonríe canalla y se piensa si revelármelo o no.

—He conseguido que acceda a jugar contra ella el vigente campeón de ajedrez de España.

—¡¿En serio?!

—Sí, y como le gane, se hará muy popular. ¡Va a ser genial!

—¿Y a qué esperas para contárselo a Keira? ¿Y si te dice que no quiere?

—¿Crees que dirá que no? —Su cara se desencaja por un momento.

—Ay, Dios… —Me pellizco el puente de la nariz—. Acabo de entender por qué estás tan bien… ¡No tienes ninguna intención de que salga de tu vida!, ¿verdad?

—¿Por qué iba a querer que saliera de mi vida?

—Vale. Lo pillo… Eres un masoca de manual, pero ¿qué pasará cuando empecéis a veros con otras personas?

—Ahora mismo no tengo ningún interés en hacer eso…

—¡Ni ella! ¡Por eso es un error! ¿No te das cuenta, Ástor? ¡Os vais a eclipsar!

—Te equivocas —sentencia serio—. Puedo salir con otras, lo que no puedo es volver a perder a Keira. Y cada vez que la vea y hablemos afablemente será mi momento feliz del mes.

—¡Ástor, por Dios…! ¡No se puede vivir de migajas!

—No necesito más.

—¡Claro que vas a necesitar más…! ¡Y caeréis una y otra vez en la tentación!

—He sobrevivido siete años sin ningún tipo de lujo afectivo y puedo seguir haciéndolo, Ulises —dice en tono monocorde—. Su amistad será mi único pecado.

—¿«Amistad»? Ya… Me temo que tu madre estaba en lo cierto desde el principio… ¡No sabes tener amigas chicas! Se supone que no puedes tirártelas, ¿sabes?

—La amistad no conoce límites… o eso dicen.

—¿Crees que tu plan permitirá a Keira llevar una vida normal?

—¡Keira no quiere una vida normal; si no, estaríamos juntos!

—Entonces tu plan sigue siendo que sea tu amante. Porque, tarde o temprano, tú te casarás y… seguiréis la mar de «bien», follando sin parar.

—Ser infiel no va conmigo.

—Eso dices ahora, Ástor. Pero da igual cuanto te resistas, no se puede luchar contra el amor, te lo digo yo…

Y noto que sus ojos me avasallan a preguntas sobre Charly. ¡Lo sabe! Siento que este tío lo sabe todo de mí sin que nadie se lo haya contado, y eso lo convierte en… algo parecido a un amigo.

—Subestimas mi fuerza de voluntad, Ulises —me increpa chulito

—. ¿Sabes lo que es? Es cuando uno se pone límites y los respeta…

—No es que yo no tenga fuerza de voluntad, es que resulta que no me rindo fácilmente ante mi peor enemigo: yo mismo.

Ástor me sostiene la mirada sin saber qué hacer conmigo.

—La gala del Bicentenario es este sábado —anuncia—. ¿Y si vienes tú también? Charly puede llevar a un acompañante…

—¿Como si fuéramos pareja? Tú te drogas…

—¡Pues que te invite Héctor, si te sientes más cómodo, Ulises! Pero es una buena oportunidad para acercaros a los sospechosos para los que no habéis conseguido una orden…

—Ástor…, todavía no lo entiendes. Aunque nos dijeran a la puta cara que lo hicieron ellos, no podríamos demostrar nada. Han cubierto demasiado bien el rastro. Estoy muy preocupado por Carla… Hay que sacarla de la cárcel cuanto antes.

Ástor se muerde los labios y me mira como si quisiera abrazarme.

—A mí también me preocupa, por eso he ideado un plan…

—¿Qué plan?

—Es un poco locura… y un poquitito ilegal.

—¿Has dicho «un poquitito ilegal»? Joder, Ástor… —Sonrío.

—Un poquitito de nada. —Intenta ocultar su diversión—. Escucha, ¿y si pudiéramos monitorizar los teléfonos de los sospechosos?

—¿Cómo? —pregunto interesado.

—Las medidas de seguridad serán muy estrictas y nadie se lo espera. Durante la gala tendrán que dejar el móvil en la entrada, en un guardarropa. Y con ayuda de expertos, podremos jaquearlos. También es imprescindible poner un cebo para que el culpable mueva ficha…

—¿Qué cebo? —pregunto anonadado.

—Una trampa… En el programa del evento contemplé un espacio de tiempo para presentar a Sofía como primer miembro femenino del KUN. La plaza sigue vacante… Ese será el cebo. Si meto a otra chica, los interesados en derrocarla moverán ficha y podremos ver qué pasos dan a través de sus teléfonos.

—¿No estarás pensando en meter a Keira de cebo?

—Tiene los méritos necesarios para el puesto…

—¡¿Quieres ponerla en el punto de mira del psicópata que ha matado a Sofía por ingresar como mujer?! ¡Ni hablar!

—Keira va a ser completamente intocable —dice con autoridad—.

Te tiene a ti, Ulises. Y a mí. No es lo mismo intentar matar a alguien que no se lo espera que a una policía advertida… Además, la cuestión es que los pillaremos en cuanto empiecen a planear algo o alguien diga una sola palabra de lo que hicieron a Sofía en sus móviles… Veremos sus movimientos con antelación, mensajes, llamadas y coordenadas. ¡Lo tendremos todo!

—Esto es muy ilegal, Ástor, no solo «un poquito» —señalo—. Y lo peor es que no podremos usarlo como prueba ante un juez.

—No importa. En cuanto sepamos quién es, yo mismo me lo cargaré… ¿Eso estaría muy mal o…?

—Bastante mal.

—Eso pensaba… —Por su tono, sé que está de broma, pero también sé que un club como el KUN tiene su forma de hacer justicia —. Ahora en serio, Ulises, lo importante es saber quién fue. Luego ya encontraréis la manera de demostrarlo. —Coge la bandeja llena de bebidas con afán de volver al salón—. Cuando la gente se vaya después del partido, quédate y lo hablamos en profundidad, ¿vale?

—De acuerdo.

El problema es que esa conversación se alargó mucho…

El partido terminó sobre las once, y aún nos tomamos otra copa. La mayoría de los invitados se fueron a medianoche, otros remolonearon veinte minutos más, y cuando por fin nos quedamos solos, Charly quiso servirse otro cubata.

—Voy a dejar el coche aquí y me cojo un taxi luego —explicó.

—Puedes quedarte a dormir —le ofreció Ástor.

Y no sé por qué todas las miradas recayeron en mí.

—Háblame del equipo de seguridad que vas a contratar, Ástor —dije ignorándolo—. ¿Cómo lo haremos? Habrá muchísimos teléfonos…

—Cada uno irá destinado a una funda con un número y se irán colocando por orden en unos casilleros. Será muy fácil localizarlos. Yo estaré en la entrada para anotar en qué números están los móviles de los sospechosos. Haremos una lista.

—Yo te ayudaré —intervino Charly—. Habrá mucha gente. Haremos dos filas de acceso para pasar por el detector de metales, y ahí se les otorgará la funda numerada donde dejar sus teléfonos. Así lo controlaremos bien.

Asentí embelesado y Charly me guiñó un ojo. Mi reacción fue

ruborizarme como un gilipollas. Y para colmo, Ástor nos pilló.

—¿Cuándo vamos a contárselo a Keira? —pregunté preocupado.

—¿Estáis seguros de querer decírselo? —objetó Charly—. ¿Y si no lo aprueba? Espiar sin consentimiento es un delito grave, además de que el planteamiento pone en riesgo su vida…

—Si yo estoy dentro, ella también —respondí con más seguridad de la que sentía.

—O puede que, en vez de verte como un poli corrupto de lo más sexy, piense que tu implicación con Sofía te está nublando el juicio… —alegó Charly.

La palabra «sexy» rebotó en mi cerebro como si fuera un *pinball*. No dejaba de pensar que si se quedaba a dormir allí no podríamos estar juntos…

—Igual Keira estaría más tranquila sin saber que una espada de Damocles pende sobre su cabeza… —añadió Charly.

Ástor me miró con serias dudas.

—Ni te lo plantees —contesté severo a su pregunta no formulada —. Esconder algo a Keira es lo peor que harás en tu vida. ¿Todavía no te has enterado? ¿Te recuerdo lo de la puja y lo de la grabación del despacho?

—Tienes razón —cedió con rapidez—. Tiene que saberlo…

—Otra cosa es que eso la desconcentre en su partida de ajedrez. —Caí en la cuenta.

—Podrá con ello —aseguró Ástor—. Si algo he aprendido es que sobreproteger a la gente es un error. Pensaba que les hacía un favor, pero es desconsiderado y peligroso. Además, Keira es fuerte. Más que yo, que me rindo a la mínima conmigo mismo…

Me miró al parafrasear lo que le había dicho en la cocina y también miró a Héctor, admitiendo que quizá lo del armario hubiera sido un intento de suicidio que no quería reconocerse a sí mismo.

—Pues se lo decimos —concluyó Charly—. Pero… ¿cuándo?

—El viernes por la noche —decidió Ástor—. Podemos convertir esta casa en el centro de operaciones. Quedamos aquí, se lo enseñamos todo y cruzamos los dedos para que diga que sí.

—Lo que más va a costarnos es convencerla para convertirse en miembro del KUN —advertí. Los tres me miraron sorprendidos—. Lo odia a muerte.

—Ya se infiltró una vez —dijo Charly.

—Pero como Kaissa, no como miembro a favor de todas sus salvajadas… No lo va a soportar.

Eran las tres de la madrugada cuando decidimos irnos a dormir.

Héctor fue el primero en despedirse, pero Ástor fue testigo de una incómoda conversación en clave entre Charly y yo.

—¿Quieres que te acerque a casa? —le ofrecí.

—No, ya les he dicho que me quedo. Está feo declinar invitaciones, Ulises.

—Vale… —dije cortado.

—Quédate, si quieres… —propuso Ástor entonces. Y Charly lo miró dándole las gracias—. Hay habitaciones de sobra… —añadió, dando a entender que no daba por hecho que fuéramos a compartirla.

«Dios… ¡Qué locura!».

—No, gracias… Prefiero dormir en mi cama.

—Como quieras… Pues… hasta el viernes —se despidió Ástor.

Cuando los De Lerma desaparecieron y nos dejaron solos, Charly me miró risueño.

—Eso es lo que más me gusta de ti, lo maleducado que eres…

Sonreí de medio lado.

—Gracias. Bueno, ya nos veremos…

—¿Estás libre mañana? —preguntó cauteloso—. Podría pasarme por tu casa…

—¿Por mi casa?

—Sí…

Hubo un silencio atroz, haciéndonos cargo de lo que significaba.

—Las sábanas de mi cama no tienen trescientos hilos, te lo aviso…

—¿Quién ha dicho que vayamos a usar la cama?

Me quedé petrificado y lo vi sonreír tunante. Fantaseé con estamparle contra la pared y hacerle arrepentirse de sus bromitas.

—Mañana me paso por allí —resolvió—. ¿A eso de las nueve?

—Bien…

Se acercó mucho a mí, tanto que llegó a juntar nuestras frentes durante un segundo, y después se fue, dejándome con una dolorosa necesidad de besarle.

¡Cabronazo…!

Juro que no volveré a poner fecha y hora a un polvo. Nunca he

estado más nervioso. Una cosa es tener una cita aleatoria y otra muy distinta es quedar para follar inminentemente.

Cuando suena el timbre de mi casa, me arde la sangre en las venas. Es abrir la puerta y soy yo el que termino estampado contra la pared con los labios de Charly asaltando los míos. La puerta sigue abierta cuando hago una pausa para quitarme la camiseta.

Lo empujo hacia la hoja para cerrarla y me pego a él con pasión.

Ya no hay tiempo para pensar si esto me parece bien o mal. Normal o raro. Si es un error o un acierto. Solo quiero hacerlo y punto.

Amarra mi pelo mientras arraso sus labios sin ningún cuidado. Mi polla palpita quejándose de lo dura que está, y me entra curiosidad por ver si él está igual.

Le quito el pantalón a zarpazos y obtengo mi respuesta. No concibo lo que siento ni lo que veo, porque me parece la hostia de bonita y solo me apetece hacer una cosa…

Miro a Charly a los ojos, respirando con dificultad, y leo su deseo en ellos. Su ansia es tan palpable que no me freno… Me agacho y me la meto en la boca sin pensar. El gemido que emite me excita tanto que me doy la enhorabuena.

Me hago cargo de lo que está sintiendo, porque yo lo viví bajo sus fauces la semana pasada. Y fue una puñetera pasada. Se lo hago como me gusta a mí, y percibir que se derrite en mi boca me pone a mil.

—Me *cagüen* la puta… —jadea entre dientes agarrándose a las paredes como puede.

No tarda en tirarme del pelo con violencia para apartarme, y reconozco el gesto: estaba a punto de correrse.

Me pone de pie, me agarra de la barbilla con urgencia para asediar mi lengua volviendo el beso sucio y demencial al descubrir su sabor en mi boca. Es tan rudo que dejo atrás pensar que esto no es cosa de hombres. Más bien es al revés, porque solo un hombre podría tratar tan salvajemente a otro hombre.

De repente, me transformo. Mi rol de agente de la ley toma el control y lo vuelvo contra la puerta como lo haría con un detenido que fuera a pagar el precio por ponerme tan cachondo…

Junto sus brazos atrás con fuerza y suelta un gruñido de dolor. Mi otra mano va hacia su polla y la embadurno con su excitación. Me

enloquece oírle gemir de gusto.

Dejo que sienta cómo me desabrocho el pantalón mientras le digo al oído que no se mueva. Cuando destapo mi polla, está a punto de explotar. Acariciármela justo cuando veo que Charly abre un poco las piernas me deja muy cerca del abismo… «Dios mío…».

Me saco un condón del bolsillo, y los segundos hasta que me lo pongo hacen que nuestros sexos se dilaten todavía más.

Me pego a él. Aspiro profundamente su olor y me hace cerrar los ojos de placer. Me encajo en su espalda con la firme intención de follarme esa mueca de gamberro que pone siempre, ese estilazo que tiene para fumar, su mirada libertina desafiando la mía…

Y en ese momento recuerdo su abrazo en el escenario del crimen como si fuera el único que pudiera entenderle…

Sin más dilación, me deslizo dentro de él y Dios vuelve a existir para mí. Es como si Sofía y Sara juntas hubieran vuelto a la vida… Como si hubiera vuelto yo. O el espejismo de lo que fui hace meses y tanto me asustó.

Ese fantasma que me poseyó aquella primera noche en el Dark Kiss. Esa parte de mí que hace que lo que digan los demás me importe una mierda pero de verdad.

ástor

13
La proposición

Ahora sé lo que sintieron en Pearl Harbour ante el ataque japonés. Bueno, lo supe ayer, cuando un perturbado decidió bombardear un estado mental al que yo denominaba «Hawái».

El jueves pregunté a Keira, muy confiado, si estaba libre para cenar el viernes por la noche, y su respuesta hizo que me acordara de Ulises diciendo: «¿Qué pasará cuando empecéis a veros con otras personas?».

Keira:

Ya tengo planes.

He quedado a cenar con Mateo Ortiz

Ástor:

Vas a salir con el abogado de Carla?

Keira:
Sí. Bueno… No.
Solo me lo pidió para hablar del caso.
Y me dijo que, de paso, me invitaba a cenar

Ástor:
Lo mío era un plan de todos juntos en mi casa.
Ulises, Charly, Héctor… También queríamos hablar del caso. Por qué no os venís?
Además, quería darte la sorpresa de la que te hablé

Me maldije en silencio por teclear esas palabras. «¡Qué mierda…!».

Hay que estar loco para meter a un tío como Mateo Ortiz en mi casa, pero se nos agotaba el tiempo y el muy imbécil había citado a Keira un viernes por la noche con el pretexto del trabajo. ¡Alucinante!

Me preocupaba su confidencialidad. Seguro que cuando se enterara de que íbamos a espiar a gente tan poderosa, sus ojos daban vueltas sin parar hasta coincidir con dos diamantes.

Keira:
Lo comento con Mateo y te digo algo

Ástor:
Vale

Al final, me contestó rápido que vendrían.

Y ahora estoy nervioso. Por verla y por sus múltiples reacciones, a la sorpresa y al plan.

Ding, dong…

Tengo el extraño presentimiento de que Keira y ese abogado van a aparecer los primeros… porque Dios me odia.

Abro la puerta y… «¡Lo sabía!».

—¡Hola! —exclama Keira, jovial; parece muy contenta de verme.

—Bienvenidos… —respondo disimulando lo mucho que me ha impactado su visión.

No lleva un vestido transparente ni nada parecido, al contrario… Viste un jersey fino negro y un pantalón del mismo tono que se adapta a su delgada figura con una perfección y una elegancia que me dejan sin palabras. Melena suelta, limpia y brillante… Maquillaje discreto pero eficaz… La maldita perfección, joder.

Cuando avanza para darme dos besos, su fragancia me desarma. Lucho por no estrecharla entre mis brazos y no soltarla. Tendré que conformarme con sentir el roce de su mejilla. Cuando llega a la otra, se queda agarrada a mi cuello con un brazo durante un segundo y me da un ligero achuchón.

Por Dios, ¡la quiero…!

«¡¿Qué he hecho yo para merecer esto?! Ah, ya me acuerdo…».

—Me alegro de verte… —Y carraspeo como un idiota.

—Y yo a ti.

—Bonita casa, señor De Lerma… —parlotea Mateo.

—Llámame Ástor, por favor…

—Como gustes. Tú puedes llamarme Mat.

«Ni muerto, gracias».

Los acompaño a la cocina y les ofrezco bebidas.

—Cuéntamelo todo sobre los torneos de ajedrez —presiono a Keira.

La sonrisa que exhibe hace que las mariposas de mi estómago se conviertan en murciélagos carnívoros.

Tiene toda la razón… Si Mateo no estuviera aquí, si hubiera venido sola, nada podría impedir que estuviera pegado a esa boca tan llena de todo lo que siempre he querido en la vida. Una chica preciosa, inteligente, que me entienda, que sepa rebatir mis ideas follándome el cerebro y que me atraiga sin remedio físicamente.

Imagino sus pechos llenando mis manos, su lengua jugosa envolviendo la mía y esa mirada que no cree en el amor cediendo a sentirlo conmigo… ¡Uf!

—¿Ástor…?

—¿Qué…?

—Que si no está Héctor en casa.

—¡Ah, sí, sí…! Sale enseguida. Siempre se toma su tiempo en arreglarse.

—Doy fe de ello —dice ufana—. Lo sufrí cuando viví aquí un tiempo.

Joder, sí… Aún recuerdo esas dos increíbles semanas que pasó en esta casa. Las mejores de mi vida… La tuve desnuda a medianoche, en el desayuno, en la bañera, en la ducha… En ese sofá, en la mesa de mi despacho…

Me muerdo los labios, y Keira aparta la vista porque sabe lo que estoy rememorando.

—Disculpa, ¿tienes por ahí un abridor? —interrumpe Mateo señalando su botellín de cerveza.

—Yo te lo doy —se ofrece Keira, y va hacia el cajón donde sabe que están.

Cuando se lo tiende a Mateo, me lanza una sonrisa por la que vendería mi alma.

«¡Cásate conmigo…!».

Escuchar esa frase dentro de mi cabeza me golpea tan fuerte en el pecho que tardo en moverme cuando oigo el timbre de nuevo.

Ding, dong.

Es oficial. Amo la puntualidad.

—Disculpad… —digo librándome de su encantamiento.

Me acerco a la puerta y al abrirla me encuentro con Epi y Blas.

—Señores… Bienvenidos de nuevo a mi humilde morada.

Le cojo el antebrazo a Charly y lo acerco hacia mí para chocar nuestros cuerpos por un instante.

—Ulises… —Dudo.

Con él no me sale ni ofrecerle la mano como a un ministro ni tampoco hacerle la seña del antebrazo de los KUN. El otro día le di un abrazo y no sé quién de los dos flipó más. Todavía no hemos encontrado nuestro saludo…

De pronto, veo que levanta la mano como si en vez de un apretón fuera a chocármela hacia abajo e instintivamente recojo su palmada en la mía. No contento con eso, aprisiona mi mano y hace que nuestros pulgares se abracen mientras junta su cuerpo al mío. ¡Joder…!

«A ver… ¿Me has retenido la mano como en un pulso y las has colocado entre nuestros corazones?».

Por un momento me quedo sin aire. Es un gesto tan perfecto para nosotros que me entran ganas de llorar. Porque somos eso. Un pulso al corazón que siempre perdemos el uno contra el otro.

—Eh… Sí… Vale… Pasad… —Carraspeo de nuevo—. Keira y Mateo ya han llegado…

En el salón se produce una situación extraña cuando Ulises da un único beso a Keira en la mejilla y ella roza su cabeza con él usando el lenguaje animal más ancestral. Pero Charly se queda mirando a Mateo con expresión extraña.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunta, como si no tuviera derecho.

—Había quedado con él para cenar —responde Keira por él—, pero como Ástor me dijo que ibais a hablar del caso, hemos venido.

—¿A cenar? No pierdes el tiempo, abogado…

—Perdona, pero yo no estoy de luto…

Cierro los ojos ante esa frase. Es la peor que podía haber elegido para dirigirse a Charly. Y a Ulises, claro está. Porque los dos se sienten culpables de que su acercamiento por la muerte de Sofía se haya convertido en… en lo que sea que hay entre ellos.

La situación se tensa considerablemente, e intervengo rápido.

—¿Qué queréis de beber? ¿A alguien le apetece vino? Va genial con los tentempiés que ha preparado Carmen…

Héctor nos honra por fin con su presencia, y cuando nos acomodamos en los sofás empiezo por el plato fuerte.

—A ver, Keira… Querida Keira…, esta reunión era para proponerte una cosa… Una sorpresa —digo nervioso—. Nos encantaría que Ulises y tú vinierais a la gala del Bicentenario del KUN porqueee… —alargo la palabra cuando ella pone cara de que eso es lo último que le apetece— he conseguido que el vigente campeón de ajedrez de España acepte jugar una partida contra la vigente campeona del KUN…

Sus ojos y su boca se abren a la par.

—¡¿CÓMO?!

—Va a ser una pasada… ¡Imagínate que le ganas! —Empiezo a emocionarme—. Se te abrirían las puertas de todos los torneos de prestigio…

Keira sonríe de una forma que me tranquiliza por completo.

—¿Es en serio…? ¿Cómo lo has conseguido, Ástor?

Intenta disimular que sus nervios están de celebración dentro de ella. Se tapa la boca para que no salga disparado el champán con el que están brindado.

—Puedes hacerlo…, puedes ganarle, Keira. ¿Lo harás?

—Dios mío… ¡No sé qué decir…!

—Solo di que vendrás. —Sonrío impaciente.

—¡Claro que iré, Ástor! ¡Qué fuerte!

Se pone de pie de un salto y viene a abrazarme con fuerza. Todo mi cuerpo reacciona a ella. Compartir su ilusión es mejor que sincronizar un orgasmo.

Se me escapa la risa cuando empieza a hacer sonidos extraños y a decir frases inconclusas y sin sentido.

—Lo harás bien… Solo tienes que estar tranquila, Keira.

—¡Puedo ponerme el mismo vestido que llevé en la final del KUN! ¡Lo tengo guardado!

Niego con la cabeza sin dar crédito y Ulises me ofrece media sonrisa, como diciendo: «Ya era así cuando la compraste».

—¿Qué pasa? ¿Por qué os miráis de esa manera? —pregunta ingenua.

—¡Porque eres más rara que un perro verde! —Ulises se descojona—. Ninguna mujer quiere repetir vestido en una situación similar cuando la mitad de los invitados ya la han visto con él. Hasta yo conozco esa norma femenina…

—¡Es que es el mejor vestido del mundo! ¡Si hasta pude saltar un muro con él para allanar una propiedad!

Todos nos reímos.

—Podemos ir a ver a Mireia mañana por la mañana… —le ofrezco.

—Ni hablar, Ástor. No vas a comprarme más ropa —dice apurada—. Además, esto no es ninguna misión… Esto es…

Ella misma se interrumpe al observar nuestras caras. ¿Cómo puede ser tan avispada?

—Un segundo… Hay algo oculto detrás de todo esto, ¿no? —Vuelve a mirarnos a todos y se convence—. Contadme qué es…

Héctor se ríe, alucinado por su perspicacia.

—Cuando quieres, eres la leche, Keira. No entiendo cómo todavía no has atrapado al hijo de puta que tiene a mi chica en la cárcel…

Me hago cargo de que ese desacertado comentario de mi hermano no cae bien a Keira. Ya se siente lo suficientemente culpable, y no puedo evitar salir en su defensa.

—Keira está haciendo todo lo posible, Héctor, el problema es que quien lo hizo ha cubierto de fábula sus pasos, por eso vamos a tener que recurrir al juego sucio… —digo con cautela, y consigo que Keira me mire interesada—. Tienes razón, Kei, hay algo más… En un principio la sorpresa era solo esto, pero después se nos ocurrió una idea…

—¿Qué idea?

—Es un movimiento arriesgado —la aviso—. No sabemos qué te parecerá… Por eso hemos preparado una presentación. ¿Héctor?

Mi hermano enciende el proyector y explico el plan tal como lo concebimos hace dos noches.

Al terminar, Keira nos mira uno por uno, preocupada.

—¿Tú estás de acuerdo? —pregunta a Ulises, extrañada.

—Ya hemos agotado todas las vías de investigación y no hay nada… Es una gran oportunidad. Tenemos que sacar a Carla de la cárcel antes de que al idiota este —dice señalándome— le dé por inculparse…

La vergüenza cubre mi cara al recordar que me oyeron decirlo en la habitación del hotel de Atienza el día del entierro de Sofía. Y también oyeron muchas más cosas…

Héctor mira a Ulises con agradecimiento por hacer que la decisión de Keira me involucre de algún modo. Es decir, obligarla para salvarme a mí del patíbulo. Muy hábil, pero me resulta muy incómodo…

—Al margen de eso, ¿qué te parece, Keira? —le pregunto con miedo.

Me mira, y pienso que me encantaría saber lo que está pasando por su mente ahora mismo.

—Está bien, lo haremos…

No ha dudado.

«¿Lo hace por mí? ¿Es consciente del peligro que correrá?».

—Eh, ¿hola…? ¡Estoy flipando! —exclama Mateo, estupefacto.

—Si quieres ganar este caso, será mejor que colabores —le sugiero.

—¿Fisgar a diestro y siniestro los móviles de personas importantes? ¡Contad conmigo! Pero necesito ir a esa fiesta. Así te veo jugar, Keira. Tengo muchas ganas… —dice sugerente.

Me muerdo el carrillo con fuerza cuando se miran y se sonríen. «No me jodas…».

—Todo está preparado… —retomo la conversación—. Y luego solo habrá que esperar a que alguien tome medidas contra la nueva incorporación del KUN…

—Eso es lo que menos me convence —admite Keira—. Pasar a formar parte del KUN.

—Os lo diiije… —tararea Ulises con una sonrisa orgullosa.

—Será algo reversible, ¿no? —pregunta ella con aprensión.

—No sé… Nunca se ha dado el caso de que alguien deje el club.

—Soy rarita, lo sé, pero ¿hicisteis una lista de requisitos para que entraran mujeres? Porque me sorprendería mucho cumplirlos…

—¡Claro que los cumples! —clamo venerándola con la mirada—. Tenías a todo el mundo a tus pies en el KUN…

—Porque en ese momento era tuya —replica sin más.

Pero esa frase es música para mis oídos y me recreo en ella. «Mía». «Toda mía…».

—Y una de las condiciones que yo habría puesto para ser miembro —continúa Keira— es que la candidata nunca hubiera sido Kaissa. Es decir…, ¿cuántos de esos hombres me han visto desnuda? Para mí, ya he perdido su respeto para siempre…

—¡¿Cómo que desnuda?! —pregunta Mateo, alucinado—. ¡¿De qué coño habláis?!

—¡De nada! —contestamos todos a la vez, y nos entra la risa floja.

—Me has dado una idea, Kei —digo de pronto—. Presentarte como miembro va a levantar muchas ampollas ¡y es justo lo que buscamos!, pero podré aplacar la mayoría de las quejas ofreciéndoles revisar las condiciones, y una puede ser esa, que la candidata no haya sido Kaissa antes; otra, que los miembros no puedan estar casados entre sí, porque sé que esa particularidad es la que más desagrada. Les asusta que sus mujeres tengan potestad para entrar y salir del club como Pedro por su casa y se les acabe la «diversión». Muchos lo

consideran un refugio íntimo a todos los niveles…

—Bien pensado… Así podréis rechazar mi candidatura por incumplimiento.

«Y así podrás casarte conmigo…». Ese pensamiento me deja en blanco durante unos segundos.

Soy consciente de que empeoro por momentos…

—Por favor… —suplica Mateo, agónico—. ¿De qué diversión habláis exactamente? ¡Me estoy muriendo…!

Y todos volvemos a reírnos, pero no le contamos nada.

Un rato después, me encuentro con Charly en la cocina.

—¿Todo bien? —pregunto, porque desde que Mateo ha mencionado lo del luto lo he notado un poco decaído.

—Sí… Solo espero que esto sirva de algo… Quiero saber quién mató a Sofía de una puta vez y olvidarme de todo.

—¿Para qué quieres saberlo? —pregunto temiendo su venganza.

—¡Para que lo pague, claro…!

—Yo también quiero que lo pague, pero me da miedo que Ulises y tú actuéis imprudentemente cuando sepamos quién ha sido…

—¿Hablas de tomar represalias? ¿Me crees capaz, Ástor? Ah, es verdad… En Atienza dijiste que pensarías que había sido yo antes que Carla…

—Imbécil… Simplemente sé lo que es capaz de hacer la rabia. Y nadie puede prever cómo reaccionará al enfrentarse a quien ha matado a un ser querido. Lo más normal del mundo es que el cuerpo te pida hacer justicia, pero eso te destrozaría la vida, Charly… —Estoy a punto de soltarle que a mí me la destrozó haberlo hecho con mi padre—. Y no deseo que nada nos separe nunca… No sabría qué hacer sin ti…

Se emociona visiblemente y me sonríe de medio lado.

—Vale, pero quiero que sepas que, si me lo pidieses, mataría a ese capullo y nadie se enteraría —dice señalando con los ojos a Mateo. Sonrío—. Tú hazme una señal y lo borro del mapa en un parpadeo… Lo haría encantado.

Empiezo a reírme y le empujo juguetón.

Sus ojos controlan a Ulises sin querer; está hablando con Keira.

—No hagas caso a Mateo… Cada uno lleva el luto a su manera, y creo que Ulises te hace bien. ¿Os va mejor?

—Sí…, mejor. Poco a poco…

—Pues poco a poco entra hasta el fondo —bromeo.

Esquivo el manotazo que Charly pretende darme y me río a gusto. Al final, huyo de él y voy hacia Keira y Ulises.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando noto el nerviosismo de ella.

—Que Keira quiere irse a casa a estudiar aperturas raras de ajedrez como una loca —se chiva Ulises—. No creo que duerma en toda la noche…

La miro torciendo la cabeza y ella se muerde los labios, culpable.

—Pues vete —digo afable—. ¿Quedamos mañana por la mañana para lo del vestido? —Antes de que se niegue, insisto—. La gente irá muy elegante, Kei, y muchas miradas recaerán sobre ti. Además, esto se ha convertido en «una misión» propiciada por los del KUN, así que déjanos correr con los gastos, ¿vale?

—Ve, Keira… —la anima Ulises cuando se queda callada.

—Tú también puedes venir y te coges un traje para ti.

—Yo iré vestido como me salga del culo.

—Captado. —Escondo mi sonrisa.

Cuando vuelvo a los ojos de Keira me está mirando ilusionada.

—Muchas gracias por la partida… Es una gran oportunidad.

—Gracias a ti por ayudarnos…

—Me largo antes de que empiece a garrapiñarme —musita Ulises poniendo los ojos en blanco.

A la mañana siguiente, paso por casa de Keira para ir a la boutique de Mireia. Me ha traído el chófer en el Jaguar para evitar situaciones comprometidas…

Le hago señas para que se suba atrás conmigo, y su sonrisa irónica trasluce que ha percibido mi terror a volver a estar solos en un coche.

Cuando se acomoda, mi vista se posa sobre la piel desnuda de sus piernas sin poder evitarlo. No me coge de improviso que la boca se me llene de baba. Lleva un vestido suelto que se sujeta apenas por una lazada en los hombros y unos botines de ante marrones. Ya estoy a mil… ¿Por qué no habré tenido en cuenta los recuerdos de todas las veces que hemos compartido espacio aquí atrás? Pfff… Anhelo la libertad de pasear mi mano por sus muslos, de arrimarme a su cuello para ponerla cardiaca, de besarla con descaro delante de Héctor y

Ulises…

—Hola… —Sonríe coqueta.

—Estás radiante —digo sin pensar. Porque es la verdad.

La expresión de su cara se dulcifica. Creo que nunca la había visto tan feliz. Cuando la conocí estaba a la defensiva con la vida, con cualquier cosa lujosa que le gustara, y ahora no se reprime al mostrar regocijo en disfrutarlas.

—Estoy emocionada por la partida de esta noche… —confiesa—. ¿Le va a dar tiempo a Mireia a confeccionarme un vestido decente?

—Seguramente retoque alguno de los que ya tiene. Y en cuanto termine, te lo mandará a casa de inmediato con un mensajero.

—Genial…

Su mirada se posa en mis labios, pero la aparta enseguida. Me asfixia la certeza de que si ahora mismo la besara no me rechazaría. Pero a largo plazo volvería a alejarse de mí al ver que no somos capaces de reprimirnos.

Una vez en la boutique, Mireia nos recibe con cariño.

—¡Ástor! ¡Qué feliz me hace veros juntos otra vez…! —exclama dando por hecho que somos pareja—. ¡Gracias a ti mis ventas subieron mucho en verano! —informa a Keira—. ¡Eres toda una *influencer*!

Me río de la cara que pone y me permito colocar una mano en su cintura para corroborar sus palabras.

—No me la asustes, Mireia, por favor… Lo mío me ha costado convencerla para que vuelva. Necesitamos un vestido de gala para esta noche… ¿Qué tienes que puedas apañar rápido?

—¡A ella todo le quedará de cine!

—¿Tiene algo en negro y blanco? —pregunta Keira, cohibida—. Es para una partida de ajedrez, y el último que me hizo me encantó. Deseaba felicitarla personalmente, Mireia… Era impresionante.

—¡Oh, gracias, querida! Venid por aquí y vemos qué tengo…

Nos lleva a la sala principal y comienza a sacar opciones, pero parece que a Keira no le convence ninguna. Termino sentándome en el sofá y espero a que se decida. ¡Es como si buscara un vestido capaz de obrar un milagro! El de ponerme de rodillas y confesarle que necesito hacerla mía en cada luna llena…

—Pruébate este —le sugiere Mireia, obligándola a coger uno.

—Es que no me veo con…

—Confía en mí, cariño.

Keira me mira acorralada por el hecho de que un apelativo tan adorable no la haya incomodado. Sonrío ante su turbación.

El vestido en cuestión tiene un escote palabra de honor y un corte sirena que lo hace muy femenino, pero lo que lo convierte en la quintaesencia de lo chic es que es de terciopelo negro.

—Si te queda bien, puedo añadirle una franja blanca en la parte de abajo, quedará ideal… Pruébatelo y te lo muestro cogido con alfileres. ¡Vamos, desnúdate!

Antes de que pueda levantarme del sofá, Keira tira de su lazada y el vestido vaporoso que lleva resbala por su cuerpo hasta la cintura dejando a la vista su sujetador sin tirantes. Cuando se lo saca por la cabeza, y se queda en ropa interior, mi corazón se salta un latido. «¡¿Se ha olvidado de que estoy aquí o lo ha hecho a propósito?! Mujer cruel…».

Mireia la ayuda a ponerse el nuevo, y vuelvo a babear cuando la veo subirle la cremallera despacio. La culpa es del sonido; resulta igual de sugerente que al bajarla, y además me recuerda que está prohibida.

—Estás divina —comenta Mireia, satisfecha mientras la observa en el espejo—. ¿Qué te parece a ti, Ástor?

Cuando se dan la vuelta hacia mí, no hay sorpresa en la cara de Keira, solo cachondeo.

—Eh… Sí, es muy bonito…

Keira se fija en mis piernas, colocadas estratégicamente para disimular mi erección, y suelta una risita.

«¿Quieres jugar a eso?», le digo con la mirada. Su caída de ojos me desafía como nunca. «¡Me cago en la leche…!». Puedo demostrarle que yo también la dejo sin respiración cuando quiera.

—Aquí irían bien unos *stilettos* negros tipo sandalias con tobilleras de brillantes… Veré si me queda un par en el almacén. ¡Ahora vuelvo! —avisa Mireia.

«Ya eres mía, Keira…».

Mis ojos conectan con los suyos, y sé que me brillan de hambre cuando me levanto del sofá con el sigilo de una pantera. Se queda paralizada como lo haría ante tal carnívoro. Paseo a su alrededor con pasos lentos y estudiados, hasta que me detengo a su espalda y, sin

apartar mis ojos de los suyos en el espejo, le hablo pegado al lóbulo de la oreja.

—¿Vas a llevar el pelo suelto esta noche? —pregunto sensual.

—¿Quieres que lo haga?

—Lo que no quiero es que pienses que puedes desnudarte delante de mí sin repercusiones… No somos tan amigos.

Mis labios rozan su cuello recordándole lo que hemos sido, y capto que empieza a respirar por la boca porque ya no le basta con la nariz.

—Mireia cree que estamos juntos —se excusa—. Habría sido raro pedirte que te fueras de la habitación…

—¿Por qué ibas a hacerlo, si ni siquiera me lo pediste la primera vez que estuvimos aquí?

—Esa vez pensé que no te había gustado mi cuerpo.

—Pues pensaste mal, Kei…

Recorro con el dorso de mis dedos la curva de su cintura por ambos lados a la vez. Es tan perfecta…

Ella jadea, reaccionando a mi toque, y aprovecho para atraerla más hacia mí con suavidad y clavarle otra cosa.

—Va a volver ya… —me avisa, azorada, ladeando la cabeza, lo que hace que nuestras respiraciones se mezclen.

Podría robarle un beso ahora mismo, pero prefiero robarle el corazón en el futuro.

—Me gusta cuando llevas la melena suelta…, con sutiles ondas sinuosas…

Para compensar no haber caído en la tentación, me permito aspirar profundamente el aroma de su pelo. Keira cierra los ojos.

—Hueles tan bien que me merezco un premio por no comerte…

Jadea, y la sostengo por los brazos cuando noto que le fallan las piernas.

—Formáis una pareja preciosa —oímos a Mireia.

Me cuesta un mundo separarme del olor y la suavidad de la piel de Keira, pero lo hago y me vuelvo hacia Mireia.

—Gracias… —Sonrío melancólico.

Cuando nos vamos de allí, Keira y yo agradecemos que el chófer nos esté esperando abajo. La dejo en su casa, y rezo para contenerme y no dar un paso en falso esta noche. Porque estoy seguro de que si lo

hago, la perderé para siempre.

keira

14
El Bicentenario

Mi madre me lo advirtió: «Ser policía es peligroso». ¡Pero esto es pasarse!

Me da más miedo que Ástor se me acerque esta noche con un traje a medida que el hecho de que vayan a intentar algo contra mí.

¿Cómo me he visto metida de nuevo en una situación así? Me refiero a jugar una partida importante con un vestidazo y que él esté a mi lado rompedor. ¿Quién puede soportar la tentación?

Necesito centrarme…

Quiero ganar esta partida.

Quiero que todo salga bien y pasarme el domingo rastreando teléfonos a los que me han negado el acceso por pura corrupción. Necesitamos encontrar algo definitivo para ayudar a Carla de una buena vez. Héctor confía en nosotros.

Sufro hasta que, a media tarde, me llega a casa un vestido envuelto en gasas dentro de una caja preciosa. Mireia es un genio y una santa. El orden de los factores no altera el producto. Su aguja es como una varita que cumple todos mis deseos.

Al ver el resultado tengo claro que llevaré la melena suelta. Dentro hay una nota que reza: «Labios rojos. No lo dudes».

Sonrío al leerla. «Gracias, hada madrina».

Durante años —y doy fe de que hay gente viva que lo sigue pensando—, los labios rojos fueron labios «de fulana». Y durante más años todavía, nunca me los pinté por si alguien me acusaba de haberme buscado solita lo que me pasó con mi padrastro.

El mensaje de que las que se pintan, trasnochan y llevan ropa provocativa van pidiendo a gritos que les pase algo malo me parece de un conservadurismo y un machismo atronadores. Es fácil culpar a la víctima.

Pero… ¿y qué pasa con las que no se pintaban ni llevaban vestidos sexis y, aun así, las acosaron a plena luz del día? ¿Qué pasa con ellas, eh? ¿Qué excusa tiene el loco que se cruzó en sus vidas? ¿Cuál de las dos ideas es más improbable: pensar que el ataque fue aleatorio o pensar que pintarse los labios de rojo fue el detonante de la agresión?

Yo no era nada de maquillarme. El concepto en sí me repelía, me parecía un añadido engorroso y fútil. Ahora, sin embargo, lo entiendo como parte de una visión global.

Hoy por hoy soy consciente de que vivía mi vida sin color. Vaya por delante que adoro el negro, pero los hechos están ahí: si pintamos la ropa, ¿por qué no pintarte la cara? ¿Por qué no vamos todos vestidos de gris o de negro, por qué añadirle color? Y puestos a añadir, ¿por qué no se le puede agregar al pelo y a las uñas sin que implique ninguna maliciosa intención o despierte un prejuicio?

¿De verdad es una provocación tan grande a los férreos instintos humanos? Entonces ¿por qué coño esos instintos saltan de la misma enfermiza manera con una niña indefensa? O con alguien haciendo footing con una mallas horribles. O con las muchas mujeres normales y corrientes que son acosadas todos los días…

¡Excusas!

No son más que excusas, como las que me ponía a diario para no disfrutar de la libertad de ser yo misma y expresarme como quisiera.

«Radiante», ha dicho Ástor. Y lo estoy. Soy más feliz desde que añadí color y posibilidades a mi vida. Desde que me permití ser yo misma y no como los demás quieren que sea.

Me arreglo la melena con mimo. Con las ondas bonitas que sé que le gustan a Ástor, y ¡qué leches!, a mí también me gustan. ¡Cuántos años desperdiciados con una coleta rancia! Cuantos años considerando mi pelo como una molestia o como algo que esconder. Prácticamente tenía una mentalidad yihadista.

Me pinto los labios de rojo Ferrari, y a quien no le guste… ¡que se vaya a la mierda en autobús!

Hago una pequeña mochila con todo lo necesario para pasar una noche fuera de casa, porque hemos acordado que dormiríamos todos en el chalet de los De Lerma con el fin de hacer un seguimiento controlado en vivo.

—¿Lo veis necesario? —pregunté reacia cuando lo propusieron. Porque como volviera a tener delante de mí a Ástor sin camiseta y con ese pantalón negro de capoeira con el que dormía, igual me echaba a llorar.

Tendría que confiar en que solo fuera así cuando se levantaba de extranjis a medianoche para beber agua… Cosa que yo no pienso hacer por nada del mundo, así me diseque.

—Terminaremos tarde —respondió Ulises—. Para irnos a dormir cada cual a su casa, levantarnos, vestirnos y volver aquí, mejor nos quedamos y listo… Hemos decidido que este chalet será el cuartel general de la operación.

«Sí, ya… Y la cama de Ástor es el botón rojo que hará que mi entrepierna explote».

—De acuerdo… —accedí agitada, y Ástor me miró con una inocencia fingida que ningún juez se tragaría.

Consulto el reloj. Es la hora.

Justo antes de salir de mi casa, voy a despedirme de mi madre. Cuando me ve, se tapa la boca, alucinada, y vuelvo a sonreír.

—¡No me creo lo preciosa que estás…!

—Gracias…

—En serio, hija, rebosas el glamour de los años veinte, ¡solo te falta una boquilla para fumar y una pluma en la cabeza!

—Me gustan los veinte.

—¿Y a quién no? Pásalo muy bien, cariño, y… mucha suerte.

—El ajedrez no es cuestión de suerte, mamá… No sé si algo en la vida lo es realmente…

—Yo me refería a Ástor…

¡Zasca!

Ahí sí necesito que el azar esté de mi lado y no nos deje tirados situándonos a menos de diez centímetros el uno del otro y solos.

—No te preocupes. Los dos tenemos las cosas claras.

—Me encanta cómo los matemáticos confiáis en los cálculos, sin tener en cuenta el caos del amor.

—Adiós, mamá… —digo aburrida.

—¡Quien juega con fuego se acaba quemando, Keira! ¡Siempre es así, por probabilidad! Y cuanto más tiempo pases con él…

—Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos que nuestra mutua atracción. Carla sigue en la cárcel.

—Ten cuidado, por favor…

—No te preocupes. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero.

Cuando bajo a la calle, un coche negro ya me está esperando en la acera y me lleva directamente al club. Ástor ha insistido en ofrecerme el servicio y no he querido discutir. Son las ocho en punto y el sol acaba de esconderse en un octubre tímido. Me encanta este punto del día en el que todavía no es noche cerrada y un azul intenso lo baña todo de una nostalgia preciosa. Es un momento único y efímero que siempre me ha cautivado, y me fascina que equilibren el etalonaje cromático en una película con el fin de transmitir esa misma emoción, jugando con la temperatura del color de una escena para lograrlo.

En las inmediaciones del KUN encontramos tráfico. Hay mucha interacción en el aparcamiento exterior y una fila de gente accediendo por la entrada principal.

Cuando el vehículo se detiene en la puerta principal, me abren la puerta, pongo un pie en el suelo y me siento como Kate Winslet recién llegada al Titanic, bajándose de su carruaje. Pero no hay ningún barco, solo el imponente edificio del KUN, y me recorre un escalofrío al observarlo. He sufrido tantas emociones ahí dentro que me da cierto respeto volver a entrar.

Ástor tenía razón… La gente va excesivamente arreglada, y vuelvo

a dar gracias a Mireia mentalmente.

Entro en el vestíbulo principal y me fijo en los rigurosos controles de seguridad. Me pongo en una fila ordenada que avanza hacia dos detectores de metal que sobresalen en altura a lo lejos.

Tengo tiempo. La partida de exhibición no es hasta las nueve, pero estoy nerviosa por no saber la hora exacta porque no llevo reloj.

De pronto, localizo a Ástor al lado de los chicos de seguridad oteando el ambiente como un león en busca de una oveja. Pero yo no soy una oveja, soy una leona que puede sobreponerse a lo sublime que está.

En cuanto me ve, se acerca para recibirme.

—¿Cómo vais? —pregunto en plural al descubrir a Charly al lado del otro arco.

Me ve de lejos, y sube las cejas a modo de saludo.

—Bien. Todo marcha, Kei… ¿Necesitas una bolsa?

—No, he dejado el móvil en la mochila, en el coche.

—Bien…

Nos miramos durante un segundo sintiendo que nuestros cuerpos son reacios a despegarse.

—No quiero distraerte mucho, Ástor… ¿Adónde voy?

—Busca el salón de actos, está al fondo a la derecha. Ulises y Héctor ya están allí.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Hasta luego…

Ástor presiona mi mano y me mira con una intensidad que se traduce en un «estás increíble» que se ha prohibido verbalizar, pero el que está soberbio es él… He procurado no mirarle directamente porque no quería sentir ese tirón alfa irresistible.

Camino despacio intentando controlar mi respiración. En mi mente comienza a sonar una canción de Pink en versión de música clásica.

Hay gente por todas partes. La sala de los tapices, curiosamente, está a reventar. Cierro los ojos para no recordar mis andanzas en ella y sigo adelante.

Cuando llego a mi destino, el lugar me parece majestuoso y enorme. Veo la diminuta mesa en la que se disputará la partida sobre el escenario y me pongo enferma al pensar que todo el mundo va a

centrar la mirada en mí en algún momento de la noche. Hay una cámara preparada para grabar de forma cenital y dos pantallas gigantes a los lados que prometen reproducir en directo todos mis movimientos.

Localizo la silla de ruedas de Héctor y a Ulises al lado. Camino hacia ellos, y cuando me ven me taladran con la mirada hasta que llego.

—Buenas noches, chicos…

—No voy a decirte que estás guapa —empieza Ulises—. Porque no lo estás. ¿A que no, Héctor?

—Para nada… ¡Podrías haberte arreglado mínimamente, mujer!

Sus bromas me hacen soltar una risita que consigue relajarme un poco. Son los mejores.

—Eso, encima ríete de forma encantadora. Había un tío en la esquina que todavía no estaba flipando.

—¡Cállate ya! —Pego a Ulises, divertida. Lo hago porque sé que no va a parar hasta que tenga un contacto hostil con él.

—Keira no sabe aceptar cumplidos —explica a Héctor—. No está en su naturaleza de velociraptor…

—Y tú, ¿de dónde has sacado ese traje? —pregunto extrañada. Es un conjunto muy bonito, azul marino oscuro brillante. Parece un capo de la mafia.

—Es de Charly. Insistió… ¿Quieres que te traiga algo de beber?

—No, gracias. Odiaría que mi vejiga me traicionara en mitad de la partida. Me quedaré aquí quieta hasta que empiece…

—Vale, pero no te olvides de respirar —añade Héctor con sorna—. Tranquila, estoy seguro de que el plan funcionará… Y mañana podré ir a ver a Carla y contarle que estamos un poco más cerca de sacarla de allí.

La fe ciega que tiene en que esto arroje soluciones me hace polvo. Ojalá tenga razón, pero lo de que alguien del KUN haya colgado el asesinato a Carla me sigue escamando. Una cosa es querer deshacerse de Sofía y otra inculpar a alguien inocente con ello… aunque puede que solo fuese lo más cómodo y plausible.

En ese momento, el campeón de España entra en la sala. Sé que es él porque lo he investigado como una acosadora de manual. Por suerte, él no sabe quién soy yo. Veo que ha venido acompañado de un

hombre más mayor que él. ¿Será su padre? ¿Quizá su novio?

«¡Déjate de salseo!».

De pronto, Saúl entra en la sala y va directo hacia él. Se saludan e intercambian lo que parece una sucesión de frases hechas. Mi cuerpo se tensa por completo cuando Saúl me mira y me señala. ¡Yo lo mato!

Me vuelvo y busco ayuda en los ojos de Ulises.

—Dime que no vienen hacia aquí… —le ruego, atacada.

—No vienen hacia aquí.

Pero su tono de voz dice lo contrario. Inspiro hondo y me preparo para reaccionar como si no me faltase un tornillo.

—Keira… —oigo la melodiosa voz de Saúl.

Por un momento, recuerdo que me besó en un acto muy íntimo. ¡Mal momento para rememorarlo!

Me doy la vuelta haciéndome la despistada.

—¡Ah, hola, Saúl…!

El corazón me va a mil por hora. Será porque la última vez que lo vi tuve que esposarle…

—Quiero presentarte a Jorge, el campeón absoluto de España. Jorge, esta es Keira, la ganadora del torneo de ajedrez del KUN.

Sonrío como si fuera de mi misma raza herbívora en una selva llena de carnívoros.

—Encantada… —digo ofreciéndole la patita, pero el tal Jorge me planta dos besos como Dios manda.

—Vaya… Va a ser una partida muy injusta… —dice adulador.

Me cambia la cara y todo el mundo lo nota. «Hola, Keira-Godzilla».

—¿Injusto para ti o para mí? —replico impertinente.

Los testigos aguantan la respiración y espero a que responda.

—Para mí, claro… —aclara gracioso—. No esperaba a una mujer tan guapa de contrincante.

—¿Y qué esperabas? ¿A un adefesio listo y friki?

Sus ojos se abren con sorpresa.

—No… Yo… no he dicho eso —farfulla avergonzado.

—¿Crees que no lo has dicho? Entonces igual sí que va a ser injusto para ti…

Hay un silencio en el que Ulises baja la cabeza para que no lo vean sonreír. Se lo pasa genial cuando aparece en escena mi lado

feminista camorrista.

—Keira…, danos un respiro —interviene Saúl, conciliador—. No todas las mujeres son como tú. Los estereotipos generalizan demasiado, pero existen por algo, como los refranes…

—«El noventa y nueve por ciento de las estadísticas solo cuentan el cuarenta y nueve por ciento de la historia», pequeño, lo dijo Ron DeLegge, si no, yo también podría suponer que la mayoría de los que están aquí son hombres blancos, machistas y cisgénero que no asimilan que una mujer que no tenía ni clasificación Elo ganara el torneo de ajedrez de primavera…

—¿No tienes Elo? —pregunta Jorge con sorpresa.

—En ese momento, no lo tenía.

—¿Por qué no?

—¿Para qué? ¿Para que juzguen mi juego con parámetros ajustados a mi infravalorado y diminuto cerebro de mujer? Paso…

—Esa diferencia es porque las estadísticas señalan que…

—No me hables de estadísticas de hace cincuenta años, por favor. Nuestra capacidad intelectual es la misma, otra cosa es que cada sexo tenga sus fortalezas en áreas cerebrales determinadas, pero una vez más, no puede generalizarse. Cada individuo funciona de una forma distinta, y no admitirlo es discriminación pura y dura.

—El cerebro de una mujer es más pequeño, por lo tanto…

—Por esa regla de tres, las ballenas y los elefantes nos darían mil vueltas a los humanos. Y… ¿sabes que el cerebro de Einstein era más pequeño que el de un hombre promedio?

—¿Insinúas que no hay ninguna diferencia estructural entre el cerebro de los hombres y el de las mujeres? Porque hay estudios que dicen que…

—Insinúo que esas diferencias no afectan directamente a la inteligencia. Esa sutil diferencia entre hemisferios se ha malinterpretado durante años para denigrar las habilidades femeninas y poner de manifiesto conceptos tan famosos como el síndrome premenstrual. Hasta se prohibió a las mujeres participar en proyectos de la NASA por miedo a que hubiera «arrebatos temperamentales» a bordo de la nave. Sin embargo, se demostró que no les pasa a todas. Yo misma ni me entero de la regla y tengo mala leche para regalar durante todo el mes…

—Doy fe de ello —confirma Ulises, sonriente.

—Si eso es cierto —dice Jorge, muy interesado en el debate—, ¿por qué no hay ninguna mujer en el top diez de los mejores jugadores del mundo en ajedrez?

—Por pura probabilidad. Únicamente el nueve por ciento de las mujeres en el mundo juegan al ajedrez. Eso supone que, de cada diez jugadores, solo habrá una mujer… ¿Y pretendes que sea justo ella mejor que todos los demás? ¿Y si el campeonato fuese de nueve mujeres contra un hombre? ¿Ganaría él o habría muchas más posibilidades de que lo hiciera una mujer?

—Keira es matemática —aclara Ulises a Jorge al ver su expresión asombrada.

—El top diez femenino que buscas está en su casa y no tiene ni Elo… —continúo—. Este juego, por lo que sea, suscita menos interés entre mujeres que entre hombres. Quizá no les atraiga lo suficiente, pero no es un problema de capacidad ni mucho menos… Afirmar algo tan polémico afecta a todos los sectores de la sociedad, justificando una desigualdad endogámica que tiene que erradicarse cuanto antes.

—A mí me encantaría que más mujeres jugaran al ajedrez —alega Jorge—. Es un deporte muy sano.

—Ya lo creo, cada vez más colegios lo ponen como optativa. Pero lo cierto es que es un deporte muy absorbente que exige mucho tiempo de perfeccionamiento, y en ese sentido es posible que las mujeres no le vean la parte práctica, pero si jugáramos a vida o muerte, como parece ser el caso en la lucha contra los derechos de las mujeres, la cosa cambiaría…

—¿Y por qué crees que a las mujeres no les suscita tanto interés? ¿No te parece que pueda haber una razón biológica detrás? —alude Jorge.

—¿Biológica? ¡Para nada! Es una cuestión totalmente educacional. Hace quince años regalar una muñeca a un niño era tan impensable como regalar un juego de ajedrez a una niña. Pero el mundo está cambiando. El respeto y la libertad se están imponiendo lentamente, y, a medio plazo, el número de jugadoras aumentará considerablemente.

—Tu elocuencia me tiene más impresionado que tu belleza —contesta Jorge con elegancia.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Creo que es el mejor piropo que me han hecho —digo agradecida—. Pero esto no es una teoría utópica, esto está pasando ya, incluso a nivel físico. No quieren hacerse eco de que hay mujeres superando a los hombres en deportes de extremo rendimiento. La brecha entre sexos disminuye día a día. La ciclista Fiona Kolbinger completó una travesía brutal en las condiciones más extremas desde Bulgaria hasta Francia diez horas más rápido que su rival masculino más cercano… La corredora de ultramaratones Ann Trason batió veinte récords mundiales en distancias de sesenta a ciento sesenta kilómetros frente a muchos hombres.

—Esas son una entre un millón…

—No. Solo son las que se han molestado en intentarlo. A veces no es que no podamos, es que no queremos. Súmale el peso de que cuando una mujer se mide contra un hombre tiene que soportar lo que llaman «la amenaza del estereotipo», es decir, la ansiedad de saber que existen prejuicios contra ella solo por ser mujer. Esa presión reduce sus capacidades intelectuales… Las mujeres ganan el doble de veces contra un hombre si se les vendan los ojos y no saben contra quién están jugando…

—Pues ya es tarde para vendártelos —bromea Jorge.

—Tranquilo, tengo muchas ganas de jugar contra ti. —Sonrío achicando los ojos.

—Ten muchísimo cuidado con esa sonrisa, Jorge… —cuchichea Saúl, y le saco la lengua.

—Si has ganado al maniaco de Saúl, me das bastante miedo…

—Maniaco… —repite Ulises, vacilón—. Nosotros también lo apodamos así en privado.

La mueca de Saúl me hace reír y le transmito que es solo una broma.

Lo cierto es que, durante todo el tiempo que estuvo detenido, jamás pensé que hubiera sido él, sino su padre. Intenté tratarlo lo mejor posible, y me lo agradeció.

A medida que se acerca el momento, me pongo más nerviosa. La gente se va acomodando en el espacio de butacas y pronto se llena.

¿Dónde leches está Ástor?

Cuando creo que ya no voy a verlo antes de tener que subir a la

palestra, aparece con Charly.

—¡Hola! —exclama Ulises, aliviado. Otro que estaba de los nervios ya.

—Todo ha ido genial —confirma Ástor, comedido—. Mis chicos ya están en ello. Sentaos… —ordena a Ulises, Charly y Héctor. A mí me coge de la mano y me arrastra por un lado hasta el escenario.

Sentir su mano sobre la mía bajo este techo me trae muchos recuerdos. Noto una presión en el pecho. Y sé que es mi corazón aporreando desde la celda donde lo he encerrado esta noche.

Sé que tengo cara de susto. Estoy en un tiovivo de emociones.

Nos colamos entre bambalinas, y Ástor va hacia una nevera para extraer una botella pequeña de agua.

—Toma.

La abro sin decir nada y bebo varios tragos como si fuese vodka. Hay varias personas del equipo técnico pasando por detrás de nosotros.

Vuelvo a mirar a Ástor a los ojos y su expresión se suaviza al captar mi temor.

—Escúchame… —Me frota los brazos—. Olvídate de todo, ¿vale? Del público, de quién es él, de quién eres tú… Solo juega, Keira. Juega como sabes y nada más. Con eso será suficiente.

—No soy tan buena —murmuro como un mantra en el que justificar mi futura derrota.

—Nadie es tan bueno en realidad. —Hace que lo mire a esos ojazos azules eclipsados por unas dilatadas pupilas en la semioscuridad que nos rodea—. ¿Por qué crees que un ordenador ganará siempre la partida? Porque nosotros somos humanos. Tú estás nerviosa, pero a él también le supone mucha presión verse desbancado. Cualquier variación emocional que una máquina no tendría te puede hacer perder una partida…

—O ganarla… —musito sin pensar.

«Por Dios…».

No tendré tanta suerte de que no caiga en por qué lo digo… Su belleza me cabrea, pero su capacidad de deducción es todavía más preocupante para mis pobres hormonas.

Su forma de humedecerse los labios delata que sabe a lo que me refiero. En el torneo anterior siempre nos dábamos un pico para

desearnos «suerte», como excusa para volver a besarnos, como si fuera algo decisivo, cuando no lo era en absoluto. Pero ahí estaba la gracia.

Pierdo la vista en su boca sin querer y me acerca más a su cuerpo.

Se crea un *impasse* en el que nos debatimos entre el bien y el mal. Uno de los dos debería razonar y echar a ese elefante rosa de la habitación.

—No voy a besarte… —decide Ástor con firmeza—. Por varios motivos… y ninguno es que no quiera hacerlo. No voy a besarte porque no lo necesitas, Keira. Solo tienes que ser realista… ¡Puedes ganarle! Entra en ese escenario pensando solo en eso. —Me acaricia la cara—. Y si no ganas, ya habrá más oportunidades… Eres un hecho probado que intentaremos demostrar las veces que haga falta, ¿de acuerdo?

Cierro los ojos con fuerza para no lanzarme a sus labios y estrella los suyos contra mi frente.

—A por él… —murmulla en mi sien—. Tengo que salir ya al escenario.

Ástor va hacia el maestro de festejos, que ya le está esperando, y le coloca un micro en la solapa del traje. Le da indicaciones y habla por un pinganillo con la cabina de control del final de la sala.

Al otro lado del escenario veo a Jorge. Le habrán dicho que entre por ahí para juntarnos en la mesa uno por cada lado. Me saluda a lo lejos y le imito. Al menos, no es un capullo.

—Buenas noches, señoras y señores… —escucho la voz ronca y varonil de Ástor. Es su voz fingida, sin ese deje vulnerable con el que me ha susurrado ese «a por él».

Cuando me presenta, salgo a la luz y la gente aplaude.

«Tierra, trágame…».

No quiero mirar a nadie, solo al tablero perfectamente iluminado que tengo delante de mí. Brilla tanto que seguro que es nuevo.

Cuando aparece Jorge, aplauden todavía más fuerte. Ástor lanza una moneda al aire para ver quién sale con las blancas. Y le toca a él. ¡Ouch!

Nos sentamos para empezar el juego y se hace un silencio con el que casi me pitan los oídos. Será una partida limitada a una hora, así que Jorge no pierde tiempo en mover, demostrando que tenía muy pensado cómo empezar si tenía esa suerte.

Yo también muevo, siguiendo mi estrategia, clasificada según la pieza que él ha movido. Está todo estudiado.

Los primeros quince minutos nos dedicamos a movernos rápido por el tablero creando situaciones predeterminadas que ya nos sabemos casi de memoria. No es hasta los veinte minutos que la cosa empieza a complicarse, y me agobia pensar que me esperan otros cuarenta de tortura psicológica intensa.

Jorge es un fiera. No me da tregua. Pero es de esos jugadores que juegan «a joder» y no a ganar. Oigo murmuraciones entre el público cada vez que me bloquea, e intento no pensar dónde estoy y para qué, como me ha recomendado Ástor, pero quizá eso sea un error…

De pronto, Jorge se convierte en todos los sospechosos protegidos que no muestran transparencia en el caso de Sofía… y yo tengo que intentar cazarles. ¿Qué táctica debo usar?

No se puede luchar contra su hegemonía con una sola pieza, hay que formar un equipo… La reina ha muerto… La han asesinado —o mejor dicho «sacrificado»— para arrinconar a mi rey. La clásica jugada arriesgada pero eficaz. Y yo soy el nuevo objetivo a batir. Es decir, el cebo. El éxito va a depender de dos recias torres como dos soles, los De Lerma, y de dos caballos fuertes y desbocados, Ulises y Charly, también de un alfil con una lengua muy afilada, que es Marco, sin duda. Pero nos falta otro… ¿dónde está?

Mis ojos van, de repente, a por un alfil que todavía no había tocado y lo veo claro. Esa será la pieza que nos ayude a triunfar esta noche. El mundo desaparece y me centro solo en el juego. Enfrentarme a Jorge es un privilegio y quiero disfrutarlo. No sé cuántas veces más movemos, pero cuando empieza a ponerse nervioso, comienzo a sentirme cómoda yo. Los murmullos aumentan, pero ahora noto que son a mi favor. Y en un momento dado, él vuelca su rey y un sonido de asombro cruza el anfiteatro. Comprensible. Ni yo misma me lo creo. ¡¡¡He ganado!!!

Una cascada de aplausos baña nuestro gesto al darnos la mano. Jorge permanece serio y desaparece sin establecer un nuevo contacto visual conmigo.

Me retiro, abrumada, por mi lado del escenario, y no sé hacia dónde ir para huir del inevitable baño de multitudes que me espera. Pensaba que Ástor estaría aquí para acompañarme.

De pronto, aparece y el alivio me atraviesa de pies a cabeza. No tiene que decirme nada para que corra hacia sus brazos. Me cargo de una energía indescriptible al sentir la fuerza con la que me acoge. No hay palabras. Esto solo puede describirlo el estribillo de la canción «Still falling for you» de Ellie Goulding. Porque así es como me siento. Sigo enamorada de él. Todo lo que respiro y siento es él. Lo que tenemos nunca se romperá ni envejecerá… Sé que Ellie la escribió para nosotros.

Nos separamos para mirarnos y nuestros ojos lo corroboran todo. Y sucede, tira de mi mano con ímpetu y me lleva hacia una puerta que hay en la parte de atrás. Da a un pasillo corto que conecta con la biblioteca, y en cuanto cierra la puerta me besa llevado por el éxtasis de la canción, que, estoy segura, él también oye.

Nuestras lenguas se atropellan como si alguno de los dos fuese a parar en cualquier momento, pero ninguno lo hace. Imposible hacerlo.

—Soy un desastre… —se lamenta en mi boca—, pero te juro que no podía más. Tenía que besarte…

—Yo tampoco —admito amarrándole del pelo con fuerza para que no escape.

—Cuando he visto que ganabas… Joder… Ha sido…

Volvemos a besarnos como locos. Ya hablaremos después.

«Un segundo, ¿en realidad no tenía fe en que ganara?».

—Pensaba que confiabas en mi juego… —jadeo en sus labios.

De repente, me mira y me coge la cara como si quisiera que prestara mucha atención a lo siguiente que va a decir.

—Ese es justo el problema, Keira… —sentencia, y me sorprende —. Nadie daba un duro por que ganaras, yo era el único que estaba seguro en el fondo de mi ser. Y no pienso volver a alejarme de ti nunca más porque mi instinto me dice que eres la mujer de mi vida.

Me arden los ojos y mi cara se arruga en una mueca de llanto contenido por todo lo que hemos sufrido. Por negarnos a verlo.

Ástor junta nuestras frentes y respeta mi crisis de sofocos sin besarme.

—La primera vez que te vi llorar así contra la puerta de tu casa me conmoviste muchísimo. Ahí me di cuenta de lo fuerte que eras en realidad. Del esfuerzo tan grande que hacías para mostrarte siempre tan dura siendo tan sensible. Porque sin esa base, la dureza no tiene

mérito. Tu espíritu y tu fuerza me enamoran, Keira. Tu cuerpo me somete de formas que no alcanzo a comprender… Y no puedo dejar de pensar que estás hecha para mí.

Igualita a la declaración de Ulises, vamos… Esto son palabras mayores. Esto es… una auténtica locura. Como debe ser el amor.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —musito, y Ástor me mira expectante—. Que yo siento lo mismo por ti…

Sus ojos traslucen un alivio inmenso y me besa embelesado.

Por un momento, pierdo la noción del tiempo en su boca.

—No. Lo mejor de todo es que un montón de gente te está buscando ahora mismo y tendrá que esperar a que te haga el amor…

Esas palabras, unidas a su exuberante beso posterior, calientan mi vientre con unas ganas que llevo acumulando semanas y que, por fin, van a ser saciadas y disfrutadas por la verdad de nuestras confesiones.

—Mierda… —dice de pronto Ástor.

—¿Qué?

—Adivina… No tengo condones…

Nos miramos serios, y, al instante, nos echamos a reír. Ya es una tradición para nosotros.

—Pues no es el momento ni el lugar para hacer la marcha atrás…

—Lo sé… —resopla con fastidio.

—De hecho, no deberíamos hacer eso nunca más. Es muy irresponsable…

—Pues habrá que buscar otro método anticonceptivo, porque no quiero ser el causante de que haya déficit de látex en el mundo teniendo en cuenta la cantidad de veces que pretendo hacerte el amor.

Me da un ataque de risa. Y pronto me veo atrapada de nuevo entre sus fuertes brazos para callarme con un beso.

¿Otro método anticonceptivo?

No es mala idea. Si no podemos luchar contra el amor, al menos, lo haremos contra el plástico.

ulises

15
El chat maldito

Todavía no he tenido ocasión de felicitar a Keira por su triunfo, está muy solicitada entre los invitados.

Al parecer, un friki ha estado retransmitiendo la partida en directo en una famosa página web de ajedrez y se ha hecho viral. No me ha costado mucho deducir que ha sido Ástor, porque el resto de los asistentes tiene su móvil requisado.

Poco después, nos reunimos todos en el salón principal a merced de un servicio de *catering* que empieza a sacar bandejas con todo tipo de aperitivos. Y resulta que tengo hambre. Y sed.

«¿Por qué será?», pienso mirando al causante de mi deshidratación. Charly ha dejado mis fluidos corporales bajo mínimos, pero me siento mejor que nunca.

MEJOR… QUE… NUNCA.

Guau…

Bebo otro sorbo de vino mientras intento disimular que hay algo muy gordo entre nosotros. Porque lo hay. ¿El qué? No lo sé. Pero es «algo», además de un vicio sexual insaciable. Será la famosa bacteria del amor. Un parásito que anida en lo que me hace sentir cuando me besa despacio, cuando me sonríe, cuando me acaricia… Algo que yo no controlo en absoluto. Me controla a mí. Lo más jodido es que me gusta que lo haga.

Ayer nos marchamos de casa de Ástor directamente a la de Charly, y en esa ocasión solo fuimos dos. Me eché a reír cuando el idiota se molestó en encender unas velas.

—¡Así mola más! —se justificó.

—¿Te han dicho que eres un romántico?

—Me gusta el fuego.

—Un romántico pirómano.

—Que te follen, Ulises.

—Lo estoy deseando…

Esa frase precedió una pelea de titanes por ganar la posición superior y sodomizar al otro. Pero como yo me he criado entre zarzas y Charly en una enredadera de oro, gané yo. Y él lo disfrutó como un loco.

Admito que a veces me daba envidia porque ponía unas caras inexplicables de gusto. Eran mucho mejores que las mías.

—¿Tanto placer se siente? —le pregunté curioso a altas horas, en el íntimo sopor de unos besos lentos que había olvidado que existían.

—Mucho… El sexo anal estimula directamente el punto G masculino, que está en la próstata. A muchos hombres que no son homosexuales les gusta que sus mujeres se lo hagan con juguetes. Lo que haces en la cama no define tu orientación, sino la atracción a simple vista.

—A mí me atraen las mujeres, desde siempre… —sentencié con seguridad—. Pero también me atraes tú… Sin remedio y sin sentido.

Charly sonrió con orgullo y volvió a besarme. Era tan… buf.

Me imaginaba besando a otro hombre y me entraban los siete males, pero Charly era como un ente distinto para mí. Mis prejuicios le habían dejado pasar dándome la razón. Supongo que eso es lo que ocurre cuando te enamoras. Nos volvemos daltónicos y nos saltamos banderas rojas. Fundadas o infundadas. Pero lo hacemos.

—Existen miles de etiquetas para lo que tú eres —contestó Charly, tranquilo—, pero ¿qué más da? Disfrútalo, Ulises, y no pierdas el tiempo en conseguir que una sociedad todavía muy retrógrada lo entienda. La vida son dos días, y la juventud uno, el resto del tiempo… te lo pasas en pañales.

Me partía con él. Pero de vez en cuando el recuerdo de Sofía me pellizcaba el corazón. ¿Sería así siempre? ¿La muerte de Sofía se me clavaría en el alma como lo hizo la de Sara y la tristeza volvería a robarme años de vida… o esta vez sería distinto?

—Deberías probarlo —me animó Charly acariciando mis nalgas—, aunque sea con un juguete, si tanto te violenta que te lo haga yo…

—No es por ti, es que… me da mucha impresión meter cualquier cosa por ahí…

Se rio y se acercó a mí.

—Son prejuicios. Toda la vida te han hecho pensar que ese es un orificio solo de salida, pero te han mentido. Es una parte de tu cuerpo con la que puedes sentir mucho placer y las grandes civilizaciones lo tenían muy normalizado.

Volvió a besarme y nos quedamos dormidos apoyados el uno en el otro.

Mi mente vuelve a la fiesta y sigo buscando a Keira…

—¿Cuándo es lo de nombrar a Kei miembro del KUN? —pregunto a Charly, y le pillo metiéndose un canapé en la boca.

Lo mastica sin elegancia para contestarme rápido, y sonrío por la cara que pone. ¿Hasta cuándo tendré que aguantar que cada cosa que haga me parezca terriblemente adorable?

—Aj… —Arruga el rostro—. Sabía raro al final.

—Cosas peores te habrás metido en la boca…

—Pues tampoco tantas —contesta chulito comiéndome con los ojos, lo que me obliga a apartar la vista, ruborizado.

Al cabrón le encanta ponerme nervioso en los lugares públicos, pero yo no voy a salir del armario, más que nada, porque no estoy en ninguno. Lo mío es un vestidor de lujo con camisas de leñador, vitrinas de cristal que exhiben mis armas favoritas y un zapatero doble con botas de punta de acero… En ese marco, ¿quién se fijaría en el tío en pelotas apoyado en un lateral con un pitillo sexy en la boca?

Se sabe que la mitad de los trescientos espartanos que defendieron

las Termópilas eran heteroflexibles ¡y no pasaba nada! Yo soy igual, pero sin los abdominales dibujados.

Justo cuando decido que debería dejar de beber vino, Ástor sube al escenario, coge un micrófono y escenifica su propia versión de «sujétame el cubata…» que voy a liarla.

—Damas y caballeros, gracias por asistir a una celebración tan especial para el KUN. Doscientos años no se cumplen todos los días.

»Mi abuelo me contó en una ocasión que había creado este club para hombres hechos a sí mismos. La idea era dejar entrar a quien lo mereciese, no solo a aquellos provenientes de familias con un título nobiliario. Por desgracia, un día el aforo se llenó y no pudimos admitir a miembros nuevos porque las plazas se iban heredando de padres a hijos. Pero hoy, doscientos años después, algunos apellidos han desaparecido. O bien porque no han sabido mantener un legado digno, o bien porque no han tenido descendencia. La cuestión es que hay cinco plazas disponibles que se pueden volver a ofrecer, y estaría bien otorgarlas por meritocracia.

»Dicho esto, debemos tener en cuenta que el mundo ha cambiado más en los últimos doscientos años que en los últimos dos mil, y que tenemos que adaptarnos si nos proponemos sobrevivir a la evolución.

»En la actualidad hay hijos de miembros que no han querido pertenecer al club, y cada vez se tiene menos descendencia. Calculo que en unos veinte años podríamos quedar menos de la mitad… Por eso opino que, si deseamos que nuestro escudo perdure en el tiempo y sea fuerte, hay que meter sangre nueva. Hace unas semanas propuse la idea de introducir a mujeres como miembros del club. Mujeres independientes, trabajadoras y poderosas. Mujeres que nos hagan sentir orgullosos de lucir el blasón.

Hay un murmullo generalizado en la sala que atufa a desacuerdo.

—Y en base a esto —continúa Ástor, valiente—, tengo una propuesta en ciernes. No es nada oficial. Se efectuará una votación global y definiremos los parámetros para las nuevas incorporaciones, tanto femeninas como masculinas. Por ejemplo, que no pueda ser el o la cónyuge de un miembro ya inscrito, porque para nosotros toda la familia ya forma parte del clan. Pero quería proponer a una mujer que ahora mismo es un orgullo para el club por haber ganado al vigente campeón de España en ajedrez. Una reputada matemática que, sin

duda, pronto se convertirá en un portento a nivel mundial en la materia. La señorita Keira Ibáñez…

Ástor anima a la gente a aplaudir y le obedecen con timidez.

—Disfruten de la velada. Gracias por venir —concluye implacable, y huye del escenario antes de que le aborde un grupo de hombres que ya requieren hablar con él con urgencia.

Voy en busca de Keira. Es un buen momento para desaparecer juntos y llevármela al despacho de Ástor, que en este instante parece el centro de operaciones de la NASA. Hay cables por todas partes, maletines abiertos con ordenadores y cuatro informáticos con gafas de culo de vaso muy atareados. Los demás tendrán que quedarse en el salón actuando con normalidad.

—¿Cómo vais? Ástor acaba de soltar la bomba —les informo al llegar al lugar.

—Ya casi hemos terminado —me comunica el que está al mando —. Tenemos órdenes de devolver las fundas con los teléfonos al guardarropa, recoger todo e irnos a su casa para montar el despliegue allí. ¿Es correcto? Total, ahora mismo nadie va a escribir nada, porque nadie tiene su teléfono a mano.

—Es correcto, pero ¿dónde está el teléfono de Jesús Fuentes? —pregunto con avidez. Porque es, con diferencia, el que más me interesa.

—Aquí.

Ya está desbloqueado y me meto en sus chats de mensajería.

Reviso las últimas conversaciones y de repente veo un grupo llamado THE KUNEST.

La terminación superlativa en inglés llama mi atención. Sería algo así como «Los más del KUN». ¿Los más hijos de puta?

Encuentro todo tipo de comentarios horribles sobre Ástor y la gala.

> Como ponga el vino de la última vez, me retiro

> Seguro que truca la partida de ajedrez para que gane su putilla

> Sí, seguro que la muy guarra lleva un

pinganillo o algo así

Cuando Keira los lee, sus ojos crepitan de furia.

—Comprueba quiénes están en ese grupito —ordena aguantando el tipo con profesionalidad—. Mira a ver si hay alguno del que no hayamos cogido el teléfono.

—Joder, ¡debe de haber unos veinte! —clamo comprobándolo—. Y tenemos solo los de la mitad.

—Mierda… Hay que actuar rápido, Ulises. Debemos buscarlos por la sala y averiguar sus números de funda como sea.

—¡¿Y cómo coño vamos a hacer eso ahora?! —pregunto alterado.

—No lo sé. Necesitamos a un carterista profesional para que les coja la ficha sin que se den cuenta. ¿A quién conocemos? ¡Al Poni! Tú tienes su teléfono, ¿no? Dile que venga echando leches. Le pagaremos el taxi hasta aquí… Y le prestas tu traje. ¡Tenemos que intervenir el móvil de todos ellos!

—¡¿Y si el Poni no me coge el teléfono?! ¡Piensa en un plan B!

Keira rebusca en su mente con rapidez hallando resultados al instante.

—Diré a Ástor que suba la calefacción para que tengan que quitarse las chaquetas. Que cada uno de nosotros controle dónde la dejan dos de ellos o… ¡Mierda, no…! ¿Cómo podríamos hacer que nos enseñen su chapa con el número? ¡Piensa, joder…! —se dice a sí misma—. ¡Iré a hablar con ellos uno por uno! ¡Haré que me la…! ¡No! ¡Tiene que ser otra cosa…! ¡Joder…!

—¡Keira…! ¡Tranquilízate! —La agarro de los brazos—. Lo primero, apunta todos los nombres que nos faltan y ve a decírselo a Ástor. Cuéntaselo todo e intenta hacer lo que has dicho. Llévate el boli y anotad los números al lado. Yo voy a llamar al Poni. Vosotros —digo a los técnicos, que se quedan pasmados— no os mováis todavía ni desconectéis nada. Esos cabrones no pueden escaparse.

Keira termina de copiar los nombres y se marcha a toda prisa.

Maldigo en voz alta y vuelvo a meterme en el «chat maligno» de Fuentes. Utilizo el buscador para escribir el nombre de Sofía y veo que aparece once veces. ¡Once!

El corazón empieza a martillearme con fuerza. Joder… ¡Estamos muy cerca! ¡Lo presiento!

Reviso cada una de las frases que lo contienen:

La alumna que ha aparecido muerta en la universidad es Sofía

Sofia, la *scort* a la que se follaban unos cuantos del KUN?

Sí, esa Sofía… Se habría metido en algún lío con alguien

No me extraña… Siempre se metía donde no la llamaban. Ya me diréis qué pinta esa chica como miembro del KUN

Eso me pregunto yo

Busco el nombre de Ástor. ¡Usado más de cien veces…! Busco el nombre de Charly. No aparece. Pongo: Carlos… Tres veces.

Le doy y…

Seguro que ha sido Carlos. Querría deshacerse de ella e idearía todo eso con su mejor amiga

Con lo buena que estaba Sofía! Pero Carlos se cansaría de follársela en todas las posturas existentes

Seguro que se lo merecía… Sofía era una de esas liberales que no entienden una bofetada por respuesta

Me sube la bilis por la garganta y creo que voy a vomitar.

Carlos tampoco se merece estar en el KUN. Solo es una garrapata que chupa

la pasta a los De Lerma. Y, encima, se cree uno de nosotros. Acaso tiene algún otro cliente conocido como abogado?

No le hacen falta más clientes. Vive como Dios. Es un mantenido

Envidioso! Si quieres vivir igual, arrodíllate y chúpasela a Ástor, como hace él

La verdad es que tiene cara de que le gusta chupar pollas

Sí, pero solo de las caras. Ja, ja, ja!

Dejo de leer porque el estómago se me está revolviendo de forma insólita. No quiero que Charly vea estos mensajes. Se cabrearía mucho. Demasiado…

Si los lee, se alejará de los De Lerma por orgullo, menudo es él… Empiezo a conocerlo bien. Y también dejaría el KUN. Todo por los comentarios de tres retrasados. No. No puede leerlos…

Me centro en lo que hemos acordado con Keira y llamo al Poni, que casualmente está detenido. ¡Su puta madre! ¡Qué idiota!

De pronto, Keira vuelve a entrar en el despacho corriendo, con una idea brillante en la estela de sus ojos: organizar un sorteo con el número de las fichas para que la gente las saque de sus bolsillos y podamos verlas. Lo disponemos todo rápido en plan cutre con ayuda de Ástor, pero nos damos cuenta de que necesitamos a un séptimo elemento. Es decir, a una séptima persona que nos ayude a controlar a cada uno de los objetivos y a anotar la información de su chapa.

Mientras preparan los papeles con los números del cero al nueve, comunico a Ástor que nos vemos obligados a pedir ayuda a Saúl.

—¿Qué…? ¡¿Estás loco, Ulises?! ¡Empezará a hacer preguntas y…!

—Ástor…, confía en mí. Saúl es buena gente. No quiso meterse en el KUN en primero de carrera, pero quizá si se lo pides ahora ocupe una de las vacantes disponibles. Necesitas apoyos aquí dentro… —le

sugiero con intensidad después de lo que he leído—. Y él puede ser uno muy bueno. Piénsalo. Se lleva bien con todo el mundo.

Me mira como si se le hubiese pasado por la cabeza más de una vez, pero…

—¿Y si nos delata?

—No lo hará. Estamos buscando al asesino de Sofía y a él también le interesa cogerlo. Además, lo conoces de toda la vida, ¿no?

—Sí… Creía conocerlo… Llegamos a tener una buena relación cuando era un niño, pero al entrar en la universidad se volvió contra mí, no sé por qué…

—Pues habla con él. Cuando estuvo en comisaría nos ayudó mucho y me dio muy buenas vibraciones. Sentí que estaba de nuestra parte. Es de los nuestros…

Ástor me clava una de sus intensas miradas y me arrepiento al momento de mis palabras. Acabo de admitir que tenemos una especie de alianza. Siendo él quien es y siendo yo… nadie. Ha sonado muy presuntuoso por mi parte, y le acabo de otorgar el grandioso poder de despreciarme o de hacerme sentir orgulloso. Está en su mano… Y que me preocupe lo que vaya a decir indica lo mucho que me importa ya.

—Joder… —bufa contrariado—. Cómo odio que siempre tengas razón, Ulises…

Se va de mi lado, y no puedo evitar sonreír cuando lo veo caminar en dirección a Saúl. Puto Ástor… ¿Cómo ha conseguido hacerse querer? ¡Si no lo tragaba! Me gusta que sea justo y sincero. Y me gusta que le enfade apreciarme tanto.

El chaval abre mucho los ojos mientras escucha lo que Ástor le está pidiendo, y asiente alucinado. Saúl es un chico listo. Y prueba de ello es que aprovechó la oportunidad de besar a Keira.

Empieza el sorteo y todo sale a pedir de boca. Anotamos los números al lado de los nombres, y soy el único que corre hacia el guardarropa para coger sus teléfonos y llevarlos al despacho de Ástor, para ponerlos en manos de los técnicos. Los demás se quedan y escenifican su papel.

El que aparece diez minutos después para ayudarme a supervisar los monitoreos es Charly, y luego me acompaña a devolver los móviles.

—Misión cumplida —dice satisfecho cuando dejamos el último—.

Habrá que celebrarlo, ¿no?

Y que lo diga con una sonrisilla me pone nervioso. «¿Qué tiene pensado?».

No hace falta ni preguntarlo. En vez de dirigirnos al salón, me lleva hacia otro lado y no tarda en acorralarme en una sala extraña llena de tapices.

Empieza a besarme desaforado y le sigo el juego. «No pretenderá hacer nada aquí, ¿no…? ¡Podría entrar cualquiera y…!».

Que se lance a desabrocharme el pantalón me da la pista definitiva.

—¿Qué haces…? —jadeo nervioso.

—Toda esta situación me ha puesto muy cachondo, ¿a ti no?

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —lo reto excitado.

El morbo nos gana la partida, y Charly se agacha para tirar de mi pantalón hacia abajo.

Cuando se propone demostrar algo es muy pertinaz.

—¡Jo… der! —Alucino, cogiéndole del pelo al sentir la dedicación con la que me saborea. ¡Está desatado!

Me lleva al límite con movimientos perfectos y rápidos en menos de dos minutos. Tenía hasta un clínex preparado a mano, el cabrón… Y que me bese después me deja tan alelado que no me da tiempo a reaccionar cuando la puerta se abre de golpe y unos familiares ojos odiosos caen sobre los míos.

«¡Hostia puta…!».

—¡Pero ¿qué coño hacéis vosotros aquí?! ¡Depravados…! —grita Xavier Arnau.

Dios… ¿Qué cree que ha visto?

¿Nos estábamos besando o ya no? Mi pantalón está desabrochado. Y tengo a Charly muy cerca.

—¡Debería daros vergüenza, maricones! —exclama Xavier con asco. Duda resuelta.

La reacción de Charly no se hace esperar, y flipo en colores cuando no muestra ni pizca de nerviosismo ni culpabilidad.

—Es su palabra contra la nuestra, señor Arnau. Nadie creerá los desvaríos de un viejo que ya no sabe qué inventarse para llamar la atención…

—¡Sé lo que he visto!

—¿De verdad? ¿A estas horas y habiendo ingerido tanto alcohol? ¿Está seguro de que ha visto al exprometido de la mujer de sus sueños haciendo algo indecoroso? Qué conveniente… Suena a que está despechado. Suena a que está tonteando con su medicación o con nuevas drogas… ¿Se ha drogado esta noche, señor Arnau? Podrían hacerle un test de sustancias para salir de dudas.

—¡No intentes distraerme, muchacho, no eres más que un liante!

—No. Solo soy un joven consolando a un amigo por su reciente pérdida… Pero usted, ¿qué hacía aquí? ¿Ha sobornado a alguna camarera para reunirse con ella o la ha amenazado directamente?

—¡¿Cómo te atreves?!

—Tengo una amiga en el *catering* que podrá corroborar esa historia…

—¡Estás loco! —exclama furioso—. Y tú… —dice mirándome con odio—. Tú mataste a Sofía para ocupar su lugar, ¿verdad? Ahora lo entiendo todo…

Me quedo sin habla. ¿Piensa que yo la maté porque estaba enamorado de Charly? ¡Qué imaginación!

El aludido refulge agresividad al oírlo y reacciona:

—Vuelva a decir eso y todo el mundo sabrá que le diagnosticaron un trastorno anancástico de la personalidad… Yo también sé fisgar en la vida de los demás. Si se va de la lengua estará acabado, señor Arnau. Perderá su puesto de decano y nadie dudará de que el loco es usted porque los síntomas son su completa definición: rectitud y escrupulosidad excesivas junto con una preocupación injustificada por el rendimiento de su hijo. Su pedantería y convencionalismo. Su rigidez y obstinación. La insistencia en que los demás se sometan a su voluntad… No juegue conmigo o saldrá perdiendo. Y ahora, lárguese…

Sorprendentemente, Xavier retrocede y se marcha sin decir nada.

Sigo con la boca abierta. Pero ¿qué cojones…?

Charly se vuelve hacia mí y sonríe ufano.

—¿Por dónde íbamos, Ul…?

Beso la ferocidad con la que me ha defendido sin mediar palabra. Íbamos por cuando me estaba planteando si le quiero…

Son las dos de la madrugada cuando aterrizamos por fin en casa de

Ástor. Los eternos tortolitos han estado muy cariñosos toda la noche, pero no ha sido hasta que nos hemos subido al coche y los he visto enterrados el uno en el cuello del otro que me ha quedado claro que Keira y el duque habían vuelto a enrollarse.

La verdad es que no me sorprende en absoluto.

Al abrir la puerta del chalet, se han quedado un momento fuera, seguro que para morrearse con frenesí antes de ponernos a trabajar.

¿Me molesta? No. Ya no. Pero me preocupa un poco… Héctor me ha contagiado sus miedos.

Cuando han entrado, Keira ha cambiado el chip a modo trabajo.

Nos dedicamos a observar los móviles de los sospechosos en tiempo real; muchos de ellos ya han vuelto a manos de sus dueños y me temo lo peor.

La cara de Ástor cuando empieza a leer el chat cambia de golpe, llenándolo de una aprensión palpable, y me siento fatal.

A alguien más le sorprende que la putilla haya ganado al campeón de España?

Seguro que Ástor se lo iba chivando todo con un programa de ordenador

Pues sí… Si no, no se explica!

Lo habrá hecho para darle más prestigio y que entre como miembro en el club

Qué le ha dado con esa mujer? Ni que fuera Afrodita

La quiere meter en el KUN como sea. Y ni siquiera es nadie.

Habrá que exigirle que endurezca las condiciones. Mínimo un patrimonio de quinientos mil euros, si no, esto se

va a convertir en un club de barrio!

No puede meter a su zorra porque sí… No podemos permitirlo!

—Ese «no podemos permitirlo» es muy prometedor —rompo el silencio—. ¿Qué harán para impedirlo? Estaremos pendientes de todos sus movimientos. Sus e-mails. El GPS… Al resto de los comentarios no hagáis ni caso, por favor —digo mirando a Keira, que tiene la cara totalmente demudada.

—Son escoria humana —sentencia Charly, asqueado.

—Este tipo de grupos maliciosos siempre son iguales —apostilla Héctor—. Hablan seis o siete indeseables y el resto nunca interviene, pero lo leen todo para luego criticarles con un tercero.

Todos miramos a Keira porque no pronuncia palabra, parece humillada.

—Esto es como lo de la prensa… —le recuerda Ástor acariciándole la espalda—. Tienes que pasar de todo. Si no encuentran otra explicación a que hayas ganado, el problema lo tienen ellos, no tú… Eh, Kei… —Intenta que lo mire, pero sus ojos brillan demasiado y ella aparta la mirada.

—Disculpad… —murmura afligida, y desaparece por el pasillo hacia las habitaciones.

Ástor se va detrás de ella después de mirarnos y mascullar un «me cago en todo». Y no confío en que regresen de nuevo al salón.

—Esos ya no vienen —verbalizo—. Han vuelto a liarse en la fiesta —informo a Héctor.

—Ya me he dado cuenta.

—Tranquilo… Ástor va a estar bien. Lo veo más fuerte que nunca.

De pronto, llega un nuevo mensaje al grupo:

Ástor se ha vuelto loco! Pretende cambiar un club de toda la vida y meter a mujeres? Hay que dar un golpe de Estado! Volver a hacer elecciones de presidencia. Incapacitarle de algún modo

Estoy de acuerdo

Y yo

Y yo

Miro a Charly y a Héctor, temiéndome lo peor.

—Esto pinta mal, Ulises… —farfulla Héctor, preocupado.

—Al menos, estamos prevenidos. Imaginaos si no hubiésemos hecho esto… —digo nervioso—. También se meten con Sofía. Dicen que se merecía morir por meter la nariz donde no debía…

—¿Y dicen algo de Carla? —pregunta Héctor, ansioso.

—No lo he comprobado…

Escribo el nombre con miedo y arroja tres resultados:

Dicen que la tal Carla es virgen… Está para mojar pan!

Un coñito capaz de resistirse a Ástor de Lerma? Yo me apunto a esa puja!

Carla y Héctor? Imposible… Supongo que es de esas chicas que haría cualquier cosa con tal de formar parte del legado de los De Lerma, incluso follarse a un minusválido

Pero si Héctor no puede follar, no?! Puede correrse siquiera?

Ni idea. No creo

Igual lo hace Ástor por él y todo queda en familia

Ja, ja, ja!

—Bueno, ya basta… —Apago el programa, atolondrado—. Esto no es buena idea. Hemos cogido los teléfonos para ver qué planean hacer

contra Ástor y Keira de ahora en adelante, no para leer comentarios hirientes del pasado.

—¿A mí me mencionan? —pregunta Charly, vulnerable.

«¡No, no, no…!».

—Estoy seguro de que si lo hacen, no vale la pena leerlo.

—Busca mi nombre, por favor —insiste.

—No, Charly… Hazme caso… ¡Os iréis todos a la cama jodidos por tres gilipollas!

—¡Si hablan de mí, quiero leerlo…!

Y me siento fatal porque sé que no voy a poder impedírselo.

—Pues yo no quiero saber nada más… —dice Héctor, hundido—. Son unos hijos de puta, y espero que Ástor pueda echarlos del club cuando todo esto termine.

—Eso queremos todos, Héctor… —lo apaciguo.

—Me voy a la cama… Hasta mañana.

—Hasta mañana. Descansa, ¿vale? Pronto sabremos algo…

Cuando nos quedamos solos, Charly insiste en leer los comentarios del chat sobre él y se queda blanco con todo lo que encuentra. Hay frases muy venenosas. El precio de tener esta información está siendo muy alto y doloroso.

—Me *cagüen* Dios… —musita Charly, devastado.

—Por favor, escucha… No dejes que…

Se va de mi lado, ignorando mis palabras, para sentarse en el sofá. Es como si no pudiera seguir manteniéndose en pie. Se tapa la cara con las manos para contener su inevitable explosión y me da muchísima pena.

Tengo la sensación de que se pone más gris que un trol triste y me rompe el corazón verlo así. Ha leído cosas muy duras relacionadas con su relación con los De Lerma, y sé que los quiere con locura.

Me siento a su lado y le acaricio la espalda lentamente.

—Eso no lo piensa todo el mundo, Charly… Solo son tres gilipollas. No les des importancia, anda. No la merecen. Están equivocados…

Mientras hablo siento su resistencia a admitir que está llorando en absoluto silencio y lo abrazo. Menuda mierda de idea hemos tenido… Debería haber previsto que la gente es muy cruel protegida en el anonimato, pero al menos ahora sabemos que esto pinta peor de lo

que imaginábamos. Ástor va a necesitar protección extra. Temo que puedan atentar contra él… Ya ha habido amenazas veladas.

Al rato, insto a Charly a levantarse y lo arrastro hasta la habitación que suele ocupar. Si fuera por él, se pasaría dos horas odiándose en estado catatónico en el sofá. Está destrozado. Yo mismo le quito la ropa y lo meto en la cama. Me desvisto y me tumbo a su lado. Apago la luz y lo abrazo por detrás.

—Por favor… No hagas caso. Eres muy inteligente para caer en eso. Os conozco a todos, y no os veo así para nada. Te tienen envidia, Charly. Nada más…

—¿No crees que tenga cara de chupapollas…?

Ahí me ha pillado.

—Bueno…, igual yo no soy la persona más adecuada para responder a eso —digo intentando hacerle reír, pero no funciona. Está muy jodido—. Charly… —Dejo caer un beso en su hombro—. Cuando alguien no puede decir nada malo de otra persona la llama «chupapollas», ¿entiendes? Igual que cuando no quieren asimilar que Keira ha ganado justamente. La llaman «zorra», se inventan un motivo y a correr… Solo así pueden dormir tranquilos por las noches. Olvídalo… Es normal que causes esta sensación. Yo la tuve desde el primer momento en que te conocí en comisaría, en serio… Te cogí pelusilla porque tienes un estilazo que no puedes con él, y los De Lerma están a tu lado porque te consideran un gran apoyo para ellos. Sinceramente, la mayor parte del tiempo no sé qué harían sin ti…

—Eso mismo me dijo Ástor el otro día… —murmura por fin.

—¡Claro! ¡Ellos te adoran! ¡Eres como de la familia! Si hasta tienes tu propia habitación en esta casa…

—¿Y para ti, Ulises? ¿Qué soy para ti?

La pregunta me pilla desprevenido. Y lo que es peor, derretido por él.

—Para mí… —Suspiro profundamente—. Ahora mismo eres la parte más importante de mi mundo. Y tengo muy pocas partes…

Se vuelve hacia mí y empieza a besarme lentamente, pero la intensidad y el sentimiento van subiendo por momentos. Termino acomodándome encima de él y me coloco entre sus piernas abiertas, dejando que nuestros sexos se rocen. Todo es tan natural que me asombra.

No había planeado tener sexo con Charly porque lo veía muy deprimido, pero alcanza un condón del bolsillo de su pantalón y me lo pone en un segundo. No dejo de besarle en ningún momento donde buenamente pillo. Cuando estamos listos, rodea mis caderas con sus muslos, eleva un poco la pelvis y me introduzco en él con suavidad.

Gimo de gusto. Esta nueva postura es una pasada. Es perfecta…

Perfecta para cuando estás enamorado.

keira

16

La *vie* (no) es *rose*

París
Quince días después

Han tenido que pasar dos semanas para darme cuenta de que lo nuestro va en serio. Han sido las mejores de mi vida, pese a que las demoledoras frases de ese maldito chat THE KUNEST todavía dan vueltas en mi cabeza causándome náuseas.

«¿Que hice trampas?».

«¿Que soy su "putilla"?».

Dios santo…

He intentado plasmar lo que siento por Ástor en la famosa ecuación del amor: $(\partial + \mathbf{M})\ \Psi = \mathbf{0}$. Para mí, tenía todo el sentido del mundo que diese cero, porque nada es eterno. Pero ya no me sirve,

porque me he dado cuenta de que el amor es eterno mientras dura, y el mío por él durará siempre.

Qué hago en París, lo revelaré a su debido tiempo. Primero, necesito explicaros lo mal que me sentí al leer esas frases en el chat y lo mucho que influyeron para alcanzar un nuevo nivel en mi relación con Ástor.

Tuve que irme del salón porque no quería desmoronarme delante de todo el mundo, pero agradecí mucho que Ástor me siguiera.

Cómo cambian las cosas… De preferir estar sola a querer que te sigan, hay un gran paso.

—Lo siento mucho… —le oí decir, angustiado, a mi espalda.

—No es culpa tuya, Ástor.

—Precisamente por esto nunca leo nada de lo que dicen de mí en ninguna parte. No se puede gustar a todo el mundo, Kei; siempre salen detractores. Y entre ellos, algunos crueles y maleducados que tienen el tacto en el orto… Lo mejor es ignorarlos en su dolor. A mí me da hasta pena que alguien tenga que cargar con pensamientos tan mezquinos, la verdad, porque solo un infeliz es capaz de generar comentarios tan maliciosos.

Lo abracé con fuerza sabiendo que no cambiaría su compañía por nada del mundo. Incluso renunciaría a tres centímetros de su… cimbrel y a la mitad de sus pectorales con tal de no perder ni un ápice de su impecable lógica para hablar o su forma de ver la vida. Me encantaba. Y no quería separarme de él nunca más. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero la pregunta correcta era: «¿Por quién?».

—Prométeme que no volveremos a separaremos por algo que no seamos nosotros mismos… —le pedí solemne—. Que nada será nunca más importante que lo que sentimos el uno por el otro… Porque siento que lo que tenemos es algo único —dije con lágrimas rodando por mis mejillas.

Ástor fabricó una expresión perfecta que podría aparecer en el diccionario al lado de la onomatopeya «guau». Estaba teñida de un alivio y una ternura conmovedores.

—Te lo prometo, Kei… —Me besó para sellarlo. Y me limpió la cara con sus pulgares.

—En serio —continué preocupada—, no soy de esas personas que

pueden enamorarse cuatro o cinco veces en su vida… ¡A mí no me gusta casi nadie! Los soporto un rato, pero de ti no me canso nunca, Ástor… Para mí eres como la adicción hecha persona.

Al oírme sonrió y me arrastró hasta su habitación sin decir nada, y cuando cerró la puerta me besó con una veneración que me dejó sin aliento, sujetándome la mandíbula.

—Me importa una mierda ese chat, Keira —susurró en mi boca—. Solo me importas tú…

¿Alguna vez habéis necesitado que alguien os posea *ipso facto*? Yo sí.

Como si me hubiera escuchado, me dio la vuelta y me bajó la cremallera del vestido dejando besos en cada franja de piel que iba descubriendo en mi espalda. Tiré de su camisa para sacársela del pantalón. Y a punto estuve de darle un tirón perpendicular para hacer que todos los botones saltaran por los aires… Pero de pronto, sentí que estaba goteando. Al principio pensé que era de pura excitación, pero enseguida me fijé en que tenía una mancha de sangre en mis braguitas. «¡Nooo!».

—Un segundo… —farfullé cohibida, y me escondí en el cuarto de baño como si tuviera cinco años.

«Ahora no, por favor… ¡¿Por qué a mí?!».

¡No me tocaba la regla hasta la semana siguiente! No tenía nada que ponerme y… ¿Por qué no seré una de esas chicas previsoras que llevan todo lo necesario para el fin del mundo en su maxibolso?

—¿Va todo bien? —preguntó Ástor desde el otro lado de la puerta.

No, nada iba bien, pero tenía que actuar con naturalidad e imponerme a mis ridículos remilgos.

—Ya salgo…

Estaba segura de que, en cuanto mencionara el periodo, Ástor se subiría a la lámpara del techo con un crucifijo en la mano.

Lavé mi ropa interior con jabón y la dejé tendida en un práctico radiador porta-toallas. Me envolví una alrededor de la cintura y salí del cuarto de baño.

Ástor me miró preocupado.

—¿Estás bien?

—Malas noticias… Me ha bajado la regla. Se me habrá adelantado por el estrés de esta noche; a veces me pasa.

—¿Y por qué es una mala noticia? —preguntó extrañado.

Tuve que pensar rápido algo que no sonora a un tabú estúpido.

—Porque no podemos hacerlo así…

—¿Por qué no? ¿Te duele?

Junté las manos sobre mi boca por un momento. Ya leía los titulares: «Murió de vergüenza».

—Porque sería… ¿poco higiénico?

—El sexo siempre lo es. ¿Nunca has tenido relaciones con la regla?

—La verdad es que no… —admití nerviosa—. ¿A ti no te importa?

—Ni a mí ni al ochenta por ciento de los tíos. Generalmente sois vosotras las que decidís que a nosotros nos va a parecer algo asqueroso, pero te puedo asegurar que esa no es la tónica general. A mí me da completamente igual. Y creo que si no existe la suficiente intimidad y confianza para hablarlo abiertamente, quizá no deberías acostarte con esa persona…

—Eso es muy… revelador —balbuceé vergonzosa. Estaba claro que en estos temas yo era Rain Man y él, Tom Cruise.

—El problema es que no he traído nada… —lamenté—. No lo tenía previsto y…

«Joder… Este no era el plan. Ahora mismo debería estar gozando como una campeona en vez de sentirme tan incómoda».

—Eh… —dijo Ástor acercándose a mí con cariño—. Dime qué necesitas y lo haremos. Podemos ir a una tienda veinticuatro horas o a una farmacia de guardia. Lo que quieras…

Sonreí débilmente, agradecida.

—Gracias. Lo primero… ¿podrías traerme mi mochila? La he dejado en el sofá del salón. Y luego podemos ir a una farmacia cercana.

—De acuerdo.

Me besó con dulzura, y me sentí más comprendida y querida que nunca, ante una feminidad de la que siempre renegaba.

De camino a la farmacia, Ástor se aventuró:

—Ya que ha salido el tema… Podríamos empezar a usar algún método anticonceptivo que nos libre de los condones. Si no, igual me arruino contigo…

Sonreí como una tonta. Como dije, no era mala idea. Así dejaría

de preocuparme por traer niños al mundo. Que se rompa un condón está en mi *ranking* de pesadillas recurrentes. Me pasó una vez y, aunque lo solucionamos sin grandes dramas con la pastilla del día después, fue un pelín terrorífico. Quizá lo mejor fuese tomar precauciones si la actividad iba a volverse tan recurrente como deseaba.

—Podría pedir cita y que me receten alguno… —sugerí.

—Puedo llamar ahora mismo a mi médico personal y que te cargue la receta en tu tarjeta sanitaria —dijo él sacando su móvil.

—¡¿Ahora?! ¡Son las tres de la madrugada!

—Le pago para que esté disponible las veinticuatro horas. Y no sale barato.

—No hay prisa, ¿no?

—En realidad sí que la hay, Keira. En la mayoría de las píldoras, si empiezas a tomarla el primer día del periodo estás protegida todo el mes desde el principio.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté extrañada.

—Por amigos…

—¿Cómo que «por amigos»? ¿Los tíos habláis de estas cosas?

—¿De temas que repercuten directamente en el placer o la tortura de nuestros miembros? Es de lo único que hablamos todo el tiempo.

Me reí con ganas. Tenía sentido.

—Voy a llamarle —anunció ante mi silencio.

Por suerte, no tardamos mucho en conseguir ambas cosas.

De vuelta en la habitación, mucho más tranquila, Ástor me dejó a mi aire. Me aseé, me puse uno de los camisones de seda que no había dejado de usar desde que conocí a Mireia y nos metimos en la cama.

Tenerle cerca sin camiseta siempre me ponía a tono. Palpé su pecho todo lo que quise mientras nos besábamos lánguidamente, y no sé cómo terminé desnuda cuando sus labios empezaron a lamerme los pezones con delicadeza.

Que fuera tan cuidadoso me erizó la piel de una forma inaudita, porque recordaba que en la biblioteca del KUN había manifestado tenerme unas ganas salvajes y se estaba controlando mucho.

Me acarició por todas partes, y empecé a sentirme inquieta. Le deseaba tanto que me dolía. Fueron los preliminares más largos de mi vida hasta que me tuvo totalmente ansiosa, y no impedí que su mano

fuera hacia mi centro y encontrara la tira del tampón. Ni me acordé.

—Necesito hacerte el amor ahora mismo… —suplicó con una certeza que se me clavó en el alma—. Quítatelo, por favor…

Se volvió hacia la mesilla, cogió un par de trozos de papel de una caja y me los ofreció. En cuanto me libré del tampón, me lo quitó de la mano y él mismo lo depositó en el suelo, envuelto. ¡Qué puta vergüenza! Pero cuando se cernió sobre mí de nuevo, todo cambió. Su dedicación hizo que mis pensamientos se fundieran, y nos convertimos en caricias suaves, roces húmedos de labios y respiraciones profundas. Sin miedos. Sin barreras… Solo piel contra piel fabricando el amor más puro.

Lo que empezó siendo un pequeño desastre se convirtió en una de las mejores noches que he pasado con Ástor. Su ternura me abrumó. Fue increíble sentir cómo se introducía en mí y me hacía el amor con una suavidad desquiciante. El orgasmo llegó sin avisar, el de ambos, porque ninguno quería que aquello terminara nunca. Notar cómo se derramaba dentro de mí por primera vez fue un hito que nos marcó a los dos. Y no hizo falta mencionar un «te quiero», porque cada beso, cada palabra y cada sensación lo susurraban por nosotros. Fue una noche inolvidable.

A la mañana siguiente, resultó cómico desayunar todos juntos en la cocina de los De Lerma, pero Ulises estaba bastante serio. El motivo fueron una serie de frases del chat THE KUNEST que le parecieron preocupantes para la seguridad del anfitrión. Sin embargo, Ástor disimuló su aprensión.

—Quieren derrocarme, qué novedad… Me da igual.

—Pues a mí me preocupa —rebatió Ulises—. Alguien ha matado a Sofía y pueden hacerte lo mismo si planean quitarte de en medio.

—¿Y qué quieres que haga? —replicó cabreado.

—Contratar seguridad privada. Poner más cámaras en el campus de la universidad, en el KUN, en esta casa… En todos los putos lugares que frecuentes, Ástor —sentenció Ulises, neurótico, denotando cuánto le importaba.

—¿Para qué? —objetó Héctor—. ¿Para grabar a quien se lo cargue? Yo prefiero intentar que eso no pase, llámame loco…

—Ástor avisará a todo el mundo de que va a reforzar la seguridad, eso hará que se lo piensen dos veces antes de atacarlo. Y los nuevos

escoltas pueden…

—Yo no quiero nuevos escoltas, te quiero a ti —expuso Ástor con firmeza.

Ulises lo miró, halagado.

—Yo no puedo, tengo que trabajar…

—¿No puedes cogerte una semana de vacaciones?

—¿Y cuando pase esa semana?

—¿Otra? —Ástor subió las cejas.

—No puedo… —contestó Ulises, apesadumbrado.

—¿Y si te pides una excedencia? Te haré un contrato privado. No tienes por qué seguir cobrando una miseria…

Abrí los ojos escandalizada.

—¡No! —protesté—. ¡Para eso, tendría que dejar la comisaría y a mí! ¡Ni hablar…!

—¿Prefieres que me maten, mi amor? —preguntó Ástor con ironía.

—No lo tengo claro… —repliqué en broma.

Ulises sonrió con orgullo mientras mi chico trataba de morderme el cuello, ofendido.

—Bueno… —retomó ignorando nuestros arrumacos—. Hay algo más… Respecto al «chat maligno», que es como lo he bautizado, queda terminantemente prohibido acceder a él para buscar comentarios anteriores. Yo mismo supervisaré todas las acciones de los implicados cada ocho horas. ¿De acuerdo? Os doy vacaciones.

Podría habérselo refutado, pero me pareció bien. Yo no quería leer ni una palabra más, solo deseaba que apareciera un culpable pronto.

Sobre las siete de la tarde, volví a mi casa desoyendo las quejas de Ástor.

—¡En algún momento tendré que volver! —exclamé entre risas.

—Solo digo que ha sobrado un montón de comida china del mediodía, ¡y Héctor y yo no podemos comérnosla toda…!

Negué con la cabeza, muerta de amor por esa excusa tan pobre.

—Ástor, debo volver… Tengo cosas que hacer. Tengo una madre, un trabajo y una vida aparte de ti. Y tú también.

Me miró como si fuera a rebatírmelo.

—Y no digas que yo soy tu vida, porque no lo soy. Solo soy una pequeña parte de ella.

—Pero eres la más bonita con diferencia… —subrayó seductor.

Sonreí, y no insistió más porque, en el fondo, sabía que yo tenía razón. Y porque empezó a tramar a mis espaldas llevarme a París, claro…

Al llegar a casa, mi madre me notó en la cara que había vuelto con Ástor y se me quedó mirando con una ceja levantada nada más entrar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así…? —pregunté extrañada.

—Entras apestando a felicidad ¿y pretendes que no comente nada?

No pude evitar sonreír.

—Pensaba que te alegrarías por mí…

—Y así es, pero ¿qué pasa con sus obligaciones ducales, Keira?

No lo habíamos hablado, pero estábamos siguiendo su plan A.

—Las ha aplazado temporalmente —contesté con seguridad.

—¿Cuánto tiempo?

—El que sea necesario, ¿vale?

—Vale, vale… —dijo levantando las manos—. ¿Y su madre está de acuerdo con eso?

—Tendrá que estarlo si no quiere que su hijo se mate un día de estos…

—¡¿Qué…?! —Sonó preocupada.

Me reñí por soltar semejante perla, pero necesitaba que lo entendiera rápido.

—Mamá, la vida es corta…, y si no puedes ser tú mismo y vivirla como te dé la gana, ¿qué sentido tiene? A menudo, somos nosotros los que nos ponemos impedimentos, no los demás. Y Ástor y yo no vamos a hacerlo más…

No replicó nada y me fui derechita a mi habitación. Me daba igual que nadie se alegrara por nosotros. Yo estaba feliz.

Solo había una cosa que no nos dejaba disfrutar al cien por cien: Carla. La infelicidad de Héctor era el orden del día en la vida de Ástor, y su enfermizo lema «Si mi hermano no disfruta, yo tampoco» seguía latente en su interior.

Estaba acostumbrada a separar mi vida personal del trabajo, pero este caso estaba totalmente mezclado y no podía evitarlo.

Confiaba a ciegas en la criba del «chat maligno» de Ulises. Tenía

la sensación de que, tarde o temprano, arrojaría repuestas.

Esa semana estuvimos mucho tiempo con Héctor. Incluso lo acompañamos a visitar a Carla para infundirle ánimos y paciencia, pero, sobre todo, lo hicimos para aplacar nuestra culpabilidad por ser tan felices.

Ástor y yo habíamos decidido estar juntos. Los obstáculos habían desaparecido del camino o habíamos tomado la resolución de ignorarlos por un tiempo para disfrutar el uno del otro porque sentíamos que era lo que debíamos hacer. El amor no se puede frenar, ¿verdad?

Pero Ástor procuró retener su dicha por su hermano. O por mi periodo, todavía tengo dudas. Lo cierto es que demostró mucha paciencia, a pesar de que sus miradas y sus caricias alimentaban las llamas de mi deseo como nada.

Cuando no pudo más, Ástor me avisó de que pasaría a recogerme para llevarme a cenar a un restaurante muy exclusivo. Los nervios se apoderaron de mi estómago como si fuera una quinceañera. ¡Por fin íbamos a poder disfrutar de una cita normal! Sin embargo, aquello de «normal» no tuvo nada.

Para empezar, me recogió en un espectacular Roll-Royce con una de esas ventanillas separadoras para tener intimidad con el chófer. Fue sentarme a su lado en la parte de atrás y que la atracción estallara entre nosotros. Admito que iba vestida para matar con un vestido blanco muy corto, y una chaqueta, un bolso y unos zapatos de tacón altísimo negros. Sus ojos se estrellaron en la piel de mis piernas, y fue acariciando mis muslos, mi vientre, mi pecho y mi cuello para terminar cogiéndome de la barbilla y clavándome la mirada en los labios. Creo que no nos dijimos ni «Hola», solo me arrimó hasta sentarme sobre él y empezó a besarme de una forma tan sensual que apenas oí el sonido de la ventanilla separadora elevándose. Dios… ¡Qué hombre!

No penséis que perdimos el control y nos pusimos a retozar en aquella tapicería de terciopelo beis. Los tiros no iban por ahí. De alguna forma, sentí que las apuestas habían subido, que Ástor quería superarse a sí mismo y demostrarme lo *cool* que podía ser estar con un duque. Planeaba derretirme con sus irresistibles caricias como si quisiera hacerme entender cómo serían las cosas si yo fuera suya y él

mío para siempre.

Estuvo toda la noche tentándome, provocándome con sus labios hasta hacerme desear más. Era evidente que no había olvidado que tenía la regla y que pretendía repetir la jugada de dejarme al borde de la desesperación. Pero yo prefería esperar, y su sonrisa, más confiada de lo normal, me advirtió que había captado a la perfección mis crueles intenciones y que iba a lamentarlo dejándome cachonda perdida.

—Tengo una sorpresa para ti… —susurró en mi boca, enigmático.

—¿Cuál?

—Si te lo dijera, ya no sería una sorpresa… Pero necesito que te cojas la semana que viene de vacaciones. ¿Podrá ser? Te prometo que no te arrepentirás, Kei…

Siguió besándome el cuello con una suavidad demencial para convencerme. Jamás debería saber que aquello no hacía falta.

—Quizá pueda… —dije haciéndome la interesante—. Tengo enchufe directo con el jefe. ¿Qué has pensado?

—Irnos de Madrid. Quiero enseñarte un lugar muy especial para mí. Estaremos solos. Habrá paz, naturaleza, algunos caballos y uno de los mejores chefs franceses de la actualidad.

—¿Nos vamos a Francia?

—Sí. Está a menos de dos horas en jet privado.

—¿Un jet? Eso es demasiado para mí…

—¿Por qué? —preguntó sin entender—. ¿Qué ocurre?

—Me da cosa… No sé si estaré a la altura de las circunstancias… No tengo el vestuario adecuado para ir… adonde planees ir en jet. Y no pienso comprarme más ropa.

—No necesitas nada. Pasarás la mayor parte del tiempo desnuda…

Sonreí al percibir una oscura promesa en su voz.

—Confía en mí, Kei. Estaremos solos.

—¿Cuándo nos iríamos?

—El viernes. Y volveríamos el domingo siguiente. ¿Qué opinas?

—Opino que estás loco, Ástor —dije nerviosa.

—No sabes cuánto… Pero por ti —susurró antes de besarme—. ¿Te apuntas o no?

—Está bien —cedí embelesada. Y volvimos a besarnos encantados.

Pero no estaba preparada para lo que me esperaba.

¿Alguna vez algo os ha parecido «demasiado» bueno?
Palabra clave: demasiado.

keira

17
La vida es demasié

Ástor me recogió en mi casa el viernes a mediodía para ir al aeropuerto y embarcar en un avión canijo pero muy moderno.

¿Cómo lo llamó? «Taxi aéreo».

Me reí en su cara y mascullé que parecía un taxi muy caro. Lo cierto es que fue toda una experiencia salpicada de ilusión. Nos habíamos permitido relajarnos un poco porque Ulises nos aseguró que necesitaba tiempo para supervisar el seguimiento de los integrantes de THE KUNEST, el «chat maligno». Estaba tan convencido de que encontraría algo que no quise meterme.

Prácticamente nos echó de casa. Ástor le dejó las llaves de su fortaleza y pusimos rumbo a la región del Valle del Loira, conocida por sus fastuosos castillos rodeados de un entorno natural excepcional.

Antes de aterrizar ya tenía la boca abierta por lo que había visto

desde el aire, pero cuando llegamos al palacete me pareció un maldito cuento de hadas hecho realidad. Uno que prometía ser muy porno.

Ástor me aseguró que la propiedad tenía quince hectáreas, es decir, unos quince estadios de fútbol, abrazando un *château* renacentista de unos setecientos metros cuadrados repleto de lujos. A las grandes explanadas de césped verde flúor adyacentes a la mansión se le sumaba su propio bosque y un viñedo. Era el jodido Downton Abbey.

—Dime que esto es alquilado, por favor…

La respuesta de Ástor fue sonreír con diplomacia. Su ducal porte me impresionó más que nunca cuando varios… ¿criados? —lo siento, cualquier otro término quedaría muy moderno aquí— lo asistieron a su llegada.

—Esta casa lleva en el legado familiar más de doscientos años…

—Nooo —me quejé teatral, tapándome la cara, y Ástor me consoló, risueño, apartándome la mano.

—¿Qué te parece, Kei? ¿Te gusta o no?

Y al decirlo sonó como si le estuviera juzgando directamente a él, a su persona, no al *château*.

—Es impresionante… —confesé.

Porque era la verdad. Esa era justo la palabra que lo definía todo. Porque impresionaba mucho, y a mí pocas cosas me impresionan ya. Excepto descubrir que el hombre al que amas se ha estado reservando contigo para no ahuyentarte al darte cuenta de lo sublime y extraordinario que es en realidad.

Ástor era como un maldito pavo real. Uno de los animales más fascinantes y preciosos que existen, incluso sin tener la cola extendida. —¡Qué doble sentido tan bien traído!—. Ahora en serio, tenía la misma personalidad melancólica que los hace especiales y un prodigioso dibujo policromado que se extiende en abanico cuando quieren exhibir los genes de su descendencia.

En eso iba pensando mientras me enseñaba las dependencias de la mansión y el despliegue que había movilizado solo para nosotros. Tenía dos *halls*, cuatro salones de recepción —todos con chimenea—, ocho dormitorios, cinco cuartos de baños…, ejem, todo supurando un lujo endogámico casi insultante habiendo niños que pasan hambre en el mundo. Me estuvo contando que había reformado el *château* hacía

menos de un año y que actualmente se alquilaba para eventos privados de alto copete.

Para mi gusto, sobraba la aclaración. Era evidente que no estaba destinado a fiestas de cumpleaños con ganchitos… ¿El problema? Que yo adoraba los ganchitos por encima de muchísimas cosas, y esa realidad me hizo sentir que no encajaba con aquel lugar en absoluto.

Ástor me llevó de la mano recorriendo aquellas estancias rococó como si tuviera miedo de que saliera corriendo. Y casi lo hago cuando subimos unas escaleras parecidas a las de la Ópera de París, esas que subes un tramo y luego se bifurca hacia los lados opuestos, y en el encuentro de ambas nos topamos con un cuadro que era un retrato gigante del oportuno duque de Lerma que tuvo a bien comprar la propiedad en primera instancia.

—Madre mía… —balbuceé cuando lo vi completamente peripuesto con la indumentaria masculina imperante en la Europa del siglo XVIII—. ¿Tú tienes algún retrato así, Ástor?

—Solo uno… Mucho más pequeño. Y porque mi madre insistió…

—¡¿Dónde está?! ¡Quiero verlo! —me pitorreé.

Aunque igual si lo viera, terminaba de morirme de la impresión al analizar que el tío del cuadro solía enterrar con ahínco su ducal miembro en mi interior.

—Estará en alguna parte, tapado con una sábana. No está expuesto.

—Esto es increíble, Ástor. Estoy alucinando, en serio…

—Pues todavía queda lo mejor. —Sonrió lobuno.

—¿Qué es? —No podía imaginármelo.

—Mi habitación.

Cuando me la enseñó, supe que ya no saldríamos de allí sin mancillarla antes. Nuestro equipaje estaba mágicamente en ella aunque nosotros no lo habíamos sacado del coche. Todo era demencial.

La cama rematadamente *vintage* con un cabecero altísimo de roble oscuro nos llamaba insinuante ondulando un dosel transparente de encaje. No hizo falta mucho más para caer juntos sobre el colchón revestido con sábanas egipcias de mil hilos y sentir a Ástor sobre mí ansioso por meterse en mi cuerpo. Os juro que por poco me desmayo.

¿Aquello era real? ¡Me había enamorado de un duque! Uno de

verdad. Un hombre superior al resto de los mortales. Un Grande de España…

Cuando lo conocí, todo eso no significaba nada para mí, pero ahora… Ahora la cosa estaba tomando un cariz muy serio.

Hicimos el amor sin barreras. Ni de látex ni mentales. Fue como si nos desnudásemos por primera vez de verdad, por completo. Allí yo no era policía ni él el presidente del KUN. «Solo era un duque delante de una chica sin linaje, pidiéndole que lo quisiera…». ¿Os suena? *Too much for the body!*

Todo fue tan perfecto en los días siguientes que no tiene sentido que lo narre. Podría perderme en detalles grandilocuentes como la sensación de mi pelo erizándose al sentirme tan colmada una y otra vez por Ástor. Por ese poderío que discerní la primera vez que lo vi jugar al ajedrez. O detalles sucios como lo que disfrutaba torturándome con la masturbación, infligiéndome un mínimo de dolor, cogiéndome del pelo o soltándome, de cuando en cuando, una cachetada que hacía que me catapultase a la luna. O todas las veces que me juró que me amaba tanto que le dolía y todavía le gustaba más. Aquellos días fueron una fantasía, no la realidad. El mejor entorno, la mejor comida, la mejor compañía… Algo inigualable. Algo que te llena tanto que sientes la terrible paz de que ya puedes morirte tranquila.

La cantidad de besos que llegas a darte con alguien al inicio de una relación puede alcanzar un nivel surrealista. Luego se supone que se afloja el ritmo y se pierde intensidad, y lo avalo porque nunca he sido muy besucona, pero con Ástor podría estar horas sin parar… Tenía la sensación de que nunca se me pasarían las ganas. Y me parecía lo más maravilloso del mundo.

Unos días después, mientras disfrutábamos de un precioso pícnic a la orilla de un río, me propuso pasar el último fin de semana en París para enseñarme sus lugares favoritos y para regresar poco a poco al mundo real, donde existía más gente y sonidos aparte de los de nuestras respiraciones entrecortadas a punto de llegar al clímax.

Y aquí estamos…

El aire fresco de la noche enfría mi nariz en lo alto de la Torre Eiffel, pero no puedo estar más a gusto.

—¿No te parecen unas vistas increíbles, Kei? —La voz de Ástor, abrazado a mí, mirando juntos hacia los Campos Elíseos iluminados sí que me parece increíble.

—Lo más increíble es estar aquí contigo…

Roza su mejilla con la mía en agradecimiento y suspira.

—¿Sabes, Keira? Estaría realmente loco si no te pidiese que te casaras conmigo ahora mismo, con estas vistas…

Me echo a reír porque su tono no es serio.

—Ni se te ocurra…

—¿Y si te dijera que tengo una cajita en mi bolsillo? —continúa vacilón—. ¿Me creerías?

Sonrío de puros nervios. «¿Se ha vuelto loco? ¿Más aún, digo?».

—No me creo nada… —suelto, chulita—. Y lo digo por tu bien, porque te contestaría que no…

—¿Por qué? —pregunta divertido—. Estoy enamoradísimo de ti y existen alternativas para el legado de mi título… No tengo prisa.

—¿Qué alternativas? —pregunto temerosa. Porque su legado lleva días haciéndome un nudo en el estómago. Ha sido fantástico disfrutar del *château*, pero a la vez me he sentido tan fuera de lugar que… pfff.

—La más evidente es que el ducado puede recaer en cualquier persona de la familia, en un sobrino o una sobrina, por ejemplo, y cuando Héctor empezó a salir en serio con Carla se me pasó por la cabeza que algún día podrían ser padres… Pero ella solo tiene veintiún años.

—Ya… Es muy joven.

—Y yo también para renunciar a mi vida tan pronto… O a ti.

—Pero ¿Héctor puede tener hijos? Es una duda que tengo.

—Por poder, sí. Los médicos le dijeron que podría conseguirlo sin problema por fecundación in vitro. Sin embargo, mi hermano no quería ser un lastre. Odiaría sentirse incapaz de cuidar a su hijo por completo. A mí me pareció un razonamiento pésimo, pero hay que estar en su piel para juzgarlo…

Suspiro melancólica. Estoy muerta de miedo por el futuro. Y porque algún día su última salida para tener descendencia sea yo.

Ástor me besa el pelo haciendo que cierre los ojos en la noche parisina. Se desvía hacia mi cuello y me abraza más fuerte, como si quisiera tranquilizarme al respecto.

—Sé que es broma, pero…, hipotéticamente, casarnos no tendría ningún sentido para nosotros —digo con voz queda.

—¿Broma? Pálpame los bolsillos, si te atreves… —dice juguetón.

—¡No pienso hacerlo! —exclamo nerviosa y sonriente. Me niego a caer en su trampa y que luego se ría de mí. Sé que solo quiere tomarme el pelo…

—No es un tema para tomarse a broma, Kei —susurra rozando su nariz con la mía. Me lanzo en busca de sus labios, pero retrocede privándome de ellos—. Quizá no tenga sentido, pero es lo que más ilusión me haría en el mundo… —aclara sincero—. Unir nuestros caminos y estar lo que me queda de vida contigo, que, por lo que sabemos, puede ser poco tiempo…

—¿Eres idiota? —Le pego, ofuscada, y su respuesta es retenerme las manos, juguetón, para abrazarme con más fuerza—. Desde que retiraste mi candidatura de los KUN quieren matarte menos —lo tranquilizo—. Además, no creas que no me he fijado en que estás haciendo campaña por si exigen una nueva votación presidencial. Meter a Saúl en el club ha sido una buena jugada.

—El mérito es de Ulises. Fue idea suya.

—Lo tengo bien adiestrado… —Sonrío petulante.

—Nos tienes adiestrados a todos, bruja —susurra en mi boca, y besa mi sonrisa socarrona.

—No hay mayor cliché que pedir matrimonio en la Torre Eiffel o en el Empire State Building —me burlo—. Así que ni se te ocurra hacerlo.

—¿Qué responderías? —pregunta con una sonrisa enigmática.

Lo miro coqueta recordando todo lo que he sentido con él desde que lo conozco, y decido que estaría loca si le dijera que no. Porque le quiero y quiero estar con él para siempre, eso no puedo tenerlo más claro, el problema es su mundo de clase alta, al que nunca terminaré de acostumbrarme…

Por una parte me seduce, pero por otra me acojona muchísimo, y así se lo he manifestado a Ulises cuando me ha escrito estos días preguntándome qué tal nos iba. Ahora que he visto en vivo y en directo lo que supondría emprender una vida en serio con Ástor, debo admitir que la herencia de su ducado me pesa. Quizá sea un problema mío, pero, de algún modo, siento que no soy digna de él. O

directamente de ser amada por nadie, no lo sé… Será que ningún hombre me ha querido bien nunca.

Es cierto que Ástor es distinto. Estos días en el palacete lo he visto interactuando con sus empleados, con los caballos… Y ha sido totalmente transparente para mí. Noto que por fin tiene la libertad de ser él mismo conmigo, y puedo decir que le he visto más allá de su título. Que he captado un matiz especial del que creo que solo yo podría enamorarme. Uno que no tiene nada que ver con la grandiosidad que hay detrás de su apellido. Ástor es un hombre con el que puedo intercambiar miradas cómplices cuando la vida te deja disfrutar de pequeños retazos de una belleza y una felicidad tan endebles como administrarle la medicación a un potrillo que lucha por salir adelante.

—Estuvo muy enfermo —me explicó Ástor acariciándolo—. Nadie apostaba por él, me recomendaron sacrificarlo, pero quise mantenerlo con vida… No podía dejarlo morir. Y aquí sigue… Por eso he querido venir, en parte. A visitarlo.

—Es como nuestro amor, entonces… —señalé romanticona.

Se me quedó mirando con la necesidad de decirme tantas cosas que solo pudo atraerme hacia él y besarme ensimismado. Al despegar sus labios, me juró:

—Siempre mantendré con vida lo que siento por ti, Kei…

—Lo mismo digo, Ástor —le juré mirándolo a los ojos—. No podemos dejar que nadie acabe con esto… Ni siquiera nosotros mismos…

—Ni nuestras madres —masculló apesadumbrado.

—¿Te ha dicho algo tu madre de que estemos juntos de nuevo?

—Me ha dicho muchas cosas… —resopló disgustado—. Que tengo un deber que cumplir. Que no puedo romper una tradición centenaria. Que la familia es lo más importante y que todo lo demás puede fallarme…

—¿Y qué le has contestado a eso?

—Que tiene razón —dijo mirándome serio—. Pero que también tengo un deber que cumplir conmigo mismo y es disfrutar de esta sensación única mientras pueda… —Volvió a besarme despacio—. Le he explicado que siempre puedo tener un hijo dentro de cinco años mediante un vientre de alquiler y mil cosas más. De momento, no

quiero pensar en ello… Hay tiempo de sobra.

—Pero Ástor…, ¿tú quieres realmente ser padre? ¿Lo deseas? ¿Tienes un reloj biológico que te pide vivir ese papel?

—No. Ahora mismo, no…

—Vale. —Suspiré aliviada—. Porque no me gustaría interponerme si ese es tu deseo…

—Yo solo deseo estar contigo, Keira. —Me cogió la cara—. Nunca había conocido a nadie como tú. Me entiendes como ninguna otra persona lo hace y eres la única que me conoce en todos los aspectos de mi vida… ¡En todos!

Abro los ojos de nuevo y vuelvo a estar en la Torre Eiffel.

—La verdad es que no podría decir ni sí ni no —contesto a su pregunta de qué respondería a una petición en firme de matrimonio.

—¡Algo tendrías que contestar, Keira…!

—Seguramente pediría tablas… —bromeo.

Me empieza a hacer cosquillas y me retuerzo. ¡Sabe que las odio!

De pronto, lleva mi mano hasta su bolsillo para que lo palpe por encima y noto un objeto cuadrado, pequeño y duro.

Pongo los ojos como platos y él sonríe, canalla.

—Tranquila…, no voy a pedírtelo ahora —dice sin inmutarse.

—¿Y por qué lo has traído?

—Solo quería hacerte un jaque —dice chulito—. Es un aviso… De momento, te dejaré huir.

—¡Qué amenaza más romántica!

Me río, y él también, aunque procure por todos los medios mantener la seriedad en este instante.

—Solo quería que supieras que yo estoy listo… Pero esperaré a que tú lo estés. ¿Nos vamos a cenar? —dice emprendiendo la marcha.

—Sí, quiero… —digo con aire solemne.

Ástor me mira con el corazón en vilo.

—¡Cenar! ¡Que quiero cenar! —Y empiezo a reírme con fuerza.

—Ya lo sabía… —se defiende, y me río a carcajadas por su tono mientras tira de mí para irnos y masculla que soy una bruja cruel.

«¿“Cruel” yo?».

No pensaréis lo mismo cuando os cuente que esto no son solo unas vacaciones románticas llenas de sexo, lujo y pasión. Ástor me desvela durante la cena que otra de las razones por las que quería venir es que

nos ha apuntado a un torneo de ajedrez privado que organizan varias marcas internacionales de relojes.

—¡¿Perdona…?!

La diversión en su cara es tan contagiosa que no puedo enfadarme. Por no hablar del interés que ya hierve en mis venas por saber quiénes participarán y cómo podría influir en mi Elo.

—Han invitado a grandes maestros de todo el mundo y a sus patrocinadores y han organizado unas partidas rápidas entre ellos. Puro marketing y espectáculo.

—Imagino que nos habrán dejado participar gracias a una cara donación de última hora…

—Sí, pero eso no era suficiente… También con la promesa de que iría acompañado y… porque me habían visto comprando un solitario en una de las joyerías más caras de París…

—¡¿Cómo?!

—Necesitaban un poco de interés mediático. —Se encoge de hombros.

—¡Ástor, no! No pienso ir… ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—Tranquila, seguramente te eliminen en la primera fase… —me pica.

Y ya no hay vuelta atrás. ¡Cabrón! ¡Sabe que no sé decir que no a un buen reto! Y jugar contra grandes maestros es otro sueño hecho realidad.

Lo que sí me he planteado es jugar desnuda, por si alguien sugiere que hago trampas… No obstante, Ástor dice que las medidas *anti-cheating* son significativas. Menos monitorizar tu teléfono, hacen de todo. Y hablando de monitorizar teléfonos…

Ulises nos contó que en nuestra ausencia Héctor estaba perdiendo los nervios por no encontrar alguna pista que pudiera ayudar a sacar a Carla de la cárcel. Al parecer, nadie del chat THE KUNEST ha seguido un protocolo que pudiéramos tildar de peligroso, ni contra Ástor ni contra mí, ante las exageradas medidas preventivas de Ulises.

Mi compañero sigue muy preocupado. Pero creo que hay algo más. Es como si Ulises no pudiera permitirse ser completamente feliz con Charly hasta que cierre el capítulo de Sofía, y lo entiendo. Por eso he desarrollado un plan paralelo en mi mente que consiste en depositar toda mi confianza en el enfoque de Mateo Ortiz. Está loco,

pero su estrategia no es tan descabellada.

Si ninguno de los veinte sospechosos mueve un dedo en busca de venganza, es hora de probar con las pesquisas del abogado de Carla. Sabemos que Sofía tenía una serie de ingresos, no muy altos pero sí constantes, que recibía bajo mano presuntamente en el mismísimo Dark Kiss coincidiendo con su aleatoria asistencia a él.

Facilité a Mateo las grabaciones de drones que me habían llegado para que analizara cada coche y matrícula captados desde el aire diez minutos antes del asesinato, en las inmediaciones. Y estaba a la espera de noticias determinantes. Era mi excusa para permitirme disfrutar de estos días de asueto con Ástor.

A la mañana siguiente en la esplendorosa París, contra todo pronóstico y probabilidad, quedo finalista en el torneo, poniendo cara de lerda cuando todos los fotógrafos enfocan sus cámaras hacia mí y se proponen dejarme ciega con sus flashes.

Veo a Ástor mordiéndose una sonrisa en los labios en un lateral mientras me indica que no lo mire a él, que mire hacia delante antes de que alguien lo reconozca. A él lo han eliminado.

—Estaba seguro de que ganarías —se mofa de mí cuando desaparecemos en un taxi.

Lo miro mal. Me alejo cuando intenta besarme granuja y vuelve a reírse con ganas.

¡Maldito sea!

Por la noche acudiremos a la gala de cierre donde se disfrutará de la gran final. Es imaginar la lluvia de flashes que tendré que soportar al llegar a la fiesta colgada del brazo de Ástor y entrarme pavor. ¿Alguna vez os han acorralado en un *photocall*? Es aterrador pensar que vas a morir contra un mosaico lleno de marcas inasequibles.

Por suerte, Ástor pidió a Mireia que enviara un vestido para la ocasión, especialmente confeccionado en negro y blanco. Y como siempre, casi lloro de la emoción al verlo.

—Pero… ¿Cómo lo has…? —No me salen ni las palabras.

—Lo encargué porque sabía que lo necesitarías, Kei.

—¡No podías saberlo! —lo acuso exaltada—. No podías, joder…

Ástor se sienta en la cama, paternalista, y me acaricia la barbilla.

—Has nacido para esto, Keira. Lo supe desde la primera vez que te vi jugar contra Saúl…

—¡Si perdí!

—Al ver esa jugada, pensé en traer a Saúl cogido de una oreja al torneo europeo, pero cuando me dijiste que se la habías indicado tú con los ojos, caí de rodillas fulminado ante ti. Nunca había visto un movimiento tan brillante… Y he visto muchos. Tienes un don, Kei.

Y ese don va a salir el miércoles en portada de todas las revistas de papel cuché del país…

Ya nos he visto etiquetados esta mañana en mil sitios en las redes sociales. Menos mal que no tengo un Instagram real a mi nombre. El que me hice para fisgar a los demás se llama *DiNoALaMostaza*, y tengo unos cien seguidores fieles que la detestan.

Para más inri, juego la final contra un ruso y siempre me han dado pavor. ¡Los rusos tienen tableros de ajedrez en vez de sonajeros…!

Mientras jugamos, estoy convencida de que el hombre está borracho porque me resulta demasiado fácil engañarlo. Echo mano de la picaresca española, y no lo ve venir. Cuando visualiza la jugada y entiende su aciago final, me pregunta en un inglés extraño:

—¿Qué ha sido esto?

Me encojo de hombros y contesto:

—Será inspiración…

Una buena frase que aprendí en la película *Encanto*.

No entiende ni media palabra, pero al día siguiente tengo que respirar en una bolsa de papel cuando leo en algunas portadas: «La inspiración española arrasa».

¡¿Me habrán leído los labios?! ¡Ah!

Como decía, han sido los días más felices de mi vida…, a pesar de que varios periodistas nos están esperando en el aeropuerto de Barajas al llegar a España, y que alguien ha jaqueado mi e-mail de la base de datos de Chess.com y descubierto mi nick online donde ya soy gran maestra, pero allí no es nada oficial.

No me hace ninguna gracia volver a estar en el punto de mira de la prensa rosa, pero alguna penitencia debía tener ser tan feliz.

Ástor me rodea con el brazo, y nos subimos al coche con el que su chófer nos ha venido a recoger.

Un vez dentro, empieza guasón:

—Lo siento…, pero la culpa es tuya por ganar…

—¡Sí, claro! ¡Si hubiera estado sola en ese *photocall*, nadie habría venido a recibirme al aeropuerto!

—Eso es lo que tú te crees, Keira. Pronto serás más famosa que yo, y cuando te inviten al torneo europeo en primavera, ya verás…

—¡Si soy una novata! Pasarán años hasta que tenga la puntuación requerida para participar en él…

—Les dará igual, ya has ganado a grandes maestros muy importantes. Estás en boca de todo el mundo. En unos meses, yo seré el menor de tus problemas, cariño…

Su sonrisa me chifla, pero esto no me gusta nada.

—Odio ser el centro de atención, Ástor —gimoteo—. Quizá debería dejarlo ahora…

—¿No quieres saber hasta dónde puedes llegar?

—¡Sí, pero no quiero compartirlo con los demás!

—¿Por qué no? Eres pura «inspiración», nena… —dice vacilón.

Me pierdo en la sonrisa absolutamente feliz que me lanza y dejo que sus labios se posen en los míos con suavidad y devoción.

—Decidas lo que decidas, Keira, yo estaré a tu lado, ¿vale? Así que vete acostumbrando…

Jamás se me habría pasado por la cabeza que esa premisa se rompería tan pronto. Que lo que parecía una alianza indestructible, poderosa y eterna pudiera hacerse añicos por un simple mensaje de texto… Pero mientras cenamos en casa de Ástor con Charly y Ulises, mi móvil suena; cosa que jamás hace porque ya sabéis que solo tengo el sonido activado para tres personas en concreto que saben que no deben molestarme un domingo a no ser que sea algo de vida o muerte…

Cuando leo el mensaje, comienzo a agrietarme, como lo haría un vampiro al sol.

—No me jodas… —consigo decir antes de romperme en mil pedazos.

ástor

18
La definitiva

La cara que pone Keira al leer el mensaje no me gusta nada. Palidece por momentos.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupado.

No quiere ni mirarme. Otra mala señal.

No busca refugio en mí como lleva haciéndolo desde hace muchos días para compartirlo todo, demostrando que confía plenamente en mí. A quien mira es a Ulises, que se queda petrificado al momento. Debe conocer sus caras fatales.

—¿Kei…? ¿Qué ocurre?

Que dude hasta de enseñárselo a él hace que se me pare el corazón. Al final, le pasa el móvil, y cuando Ulises lo lee su rostro se descompone.

Nos mira a todos estupefacto y piensa antes de hablar.

Me estoy cabreando. Y asustando. Mi cara trasluce un «¡¿qué coño pasa ahora?!».

Keira se lleva la mano a la frente, ocultando sus ojos, y Ulises se pone de pie para sacar su móvil y llamar a alguien.

—¡Cállate…! —grita enfadado a su interlocutor en cuanto le contesta—. Cuéntamelo todo ahora mismo. ¿Cómo lo has averiguado? —Hace una pausa mientras escucha la respuesta—. ¿Cuándo? Joder… ¿Estás seguro? Vale. Luego te llamamos. ¡Que sí, joder…! Adiós.

Y cuelga con un rictus duro.

No he querido ni moverme porque Keira ha sumergido todos los dedos en su pelo y apoyado los codos en la mesa. Y la conozco. Si ha optado por no hacer contacto visual conmigo es por algo terrible.

Busco los ojos de Ulises implorando información, y su gélida mirada me congela la piel.

—Mateo Ortiz ha descubierto algo… —dice con dificultad.

—¿Qué?

—Que sois los dueños de SugarLite, la famosa web de citas de las Sugar Babies… Tú, Héctor, Charly… y la madre de Charly.

Mi mundo se desintegra como si fuera el epicentro de una explosión nuclear. Empiezo a ponerme azul.

Miro a Charly, pasmado. Tiene los ojos cerrados porque teme mi reacción. Sabe que Héctor y yo debíamos estar absolutamente blindados como accionistas, detrás de su madre que es el socio mayoritario de la empresa. Me gasté mucho dinero en que así fuera, joder…

—¿Cómo ha dado con nuestros nombres? —pregunto con una calma pasivo-agresiva forjada en el fuego de un cabreo supremo.

—¿Eso es lo único que tienes que decir, Ástor? —me suelta Keira, furiosa, sin atreverse a mirarme todavía.

Inspiro hondo sintiendo todo el peso de su decepción sobre mí, pero alguien acaba de traspasar una puta línea infranqueable y no voy a parar hasta aplastarlo. Porque esa persona y no otra es quien pretende hundirme la vida sacando todo esto a la luz. Quizá solo matara a Sofía para que esto se hiciera público, vete tú a saber…

—Ahora mismo es lo único que importa —sentencio—. Averiguar cómo y por qué han dado con nuestros nombres, porque ahí está la respuesta de por qué murió Sofía. No lo dudes.

Todos me miran confundidos.

—¿Cómo los ha conseguido? ¡Dímelo! —exijo a Ulises, cabreado—. ¿Qué te ha explicado Mateo por teléfono?

—Que pidió una orden judicial para averiguar quiénes eran los socios…

—¿Por qué? —rebato fiero—. ¿Por qué buscó esa información? ¿Bajo qué pretexto? No tiene puto sentido querer saber quién está detrás de la web.

—Sí que lo tiene —refuta Ulises—. Mateo descubrió que el Dark Kiss era una cantera de la web. Sofía hacía pequeños ingresos a su cuenta que coincidían con el alta de las Sugar Babies. Los del Dark le dijeron que era la propia web la que tenía un trato con ella por conseguir a chicas nuevas y renovar el género…

—Eso no es suficiente motivo —mascullo envenenado—. Es todo completamente legal. ¿Qué importa quién pagara a Sofía? Hacía un buen trabajo.

Ulises responde rebosando indignación:

—Mateo tiene casos abiertos sobre chicas desaparecidas del Dark Kiss que Sofía metió en la web SugarLite, y un juez ha tenido a bien investigar quién estaba detrás de todo. Y resulta que sois vosotros… Esto es jodidamente increíble…

Aprieto los dientes con aprensión. Sé lo que parece, pero…

—Sofía no metía a nadie en la web, solo informaba a las chicas de su existencia cuando le preguntaban de dónde había sacado un bolso de Christian Dior. Luego, ellas mismas se registraban. Y si ponían en la casilla de cómo nos habían conocido que era gracias a ella, le dábamos un suplemento. No hay nada de malo en ello, Sofía era una buena relaciones públicas. La web es un negocio que me interesaba mantener en el anonimato. Estoy en todo mi derecho. La ley nos obliga a que haya una cabeza visible con la mayoría de las acciones, y esa es la madre de Charly, pero es imposible que nuestros nombres hayan salido a colación. ¡IMPOSIBLE!

—¡Me importa tres cojones, Ástor! —grita Ulises, decepcionado—. ¡¿Por qué no nos lo dijiste?!

—¡Porque es algo que quiero mantener al margen de mi vida! Pero no os quepa duda de que voy a emprender acciones legales contra Mateo por desvelar mi identidad a terceros. Me protegen

acuerdos de confidencialidad muy severos, y no ha respetado el protocolo de actuación. La web SugarLite no es responsable de lo que pueda suceder en las citas. Sería imposible controlar los encuentros cara a cara. Pero si esta información trasciende y se ve desacreditada mi reputación, os aseguro que rodarán cabezas…

—¿Nos estás amenazando? —dice Ulises, incrédulo.

—No es una amenaza, es una realidad. Ese abogado se ha buscado la ruina. Y me encargaré personalmente de que no vuelva a ejercer. ¡Sabía a lo que se exponía difundiendo esta información! Esto es algo personal, y lo pagará caro. La empresa habría cooperado con la máxima transparencia si su señoría se hubiera puesto en contacto con nosotros para resolver cualquier duda. Pero revelar nuestra identidad sin motivo es algo que lamentará de por vida. Y ahora que lo sabéis, Mateo os acaba de hacer cómplices de una información que, bajo ningún concepto, puede llegar a la vía pública. Si lo hace, todo aquel que lo sepa quedará imputado —digo con rudeza.

Mis palabras hacen que Keira levante la cabeza y me mire como si no me conociese de nada. Es lo más doloroso que he sentido en la vida. Estaría bien que en alguna ocasión me concediera el beneficio de la puta duda.

—¿Por eso mataste a Sofía…? —me acusa devastada—. ¿Para que no contara tu secretito de que eres dueño de una web de Sugars?

Sus palabras me atraviesan como dagas, y me muerdo la lengua para soportar el dolor. Charly apoya la cabeza en su puño, previendo la que se avecina.

—Pensaba que pondrías la mano en el fuego por mí, Keira… —inquiero.

—¡¿Cómo voy a ponerla si eres un mentiroso de mierda?!

—Yo no he mentido —contesto calmado—. Es más, ahora creo que mataron a Sofía con intención de destapar precisamente esto… El objetivo final siempre he sido yo… Quieren hundirme.

—¡No intentes darle la vuelta! —me ataca Keira—. ¡Ella murió porque se enteró de que estabais detrás de la web. ¡Ese es el gran secreto sobre los De Lerma! Y acabas de dejar muy claro que matarías para que no se supiera…

—¡¿Y no te ha dejado claro mi reacción de que ni me planteaba que pudiera saberse esto?! —exclamo airado—. ¡Ni por un momento

pensé en esta posibilidad porque no había motivo alguno para pensarlo, a no ser que uno de nosotros tres se hubiera ido de la lengua!

—Fui yo —confiesa de repente Charly—. Yo le conté lo de la web a Sofía…

La traición me parte por la mitad con un corte limpio. Mi cuerpo ya no me obedece. Mis ojos no ven y no puedo respirar.

—¡¿CÓMO?! ¡¡¡Joder!!! ¡¿En qué coño estabas pensando, Charly?!

—¡¿Cómo te has callado algo así?! —le reclama Ulises, furioso.

—¡Porque eso me señalaba totalmente como culpable! —grita Charly, angustiado—. Si vas a emprender acciones legales, Ástor, hazlo contra mí…

—¡Sí, claro…! —grito irónico—. ¡Las emprendo contra nosotros mismos, no te jode! ¡La has cagado bien, Charly! ¡LO HAS JODIDO TODO!

—¡¿Crees que no lo sé…?! —admite dolido, enterrando la mano en su pelo—. ¡Pero tenía mis motivos…! ¡Pedí matrimonio a Sofía y me dijo que necesitaba pensárselo! ¡Me hizo sentir que no era suficiente para ella! ¡Y tuve que contárselo!

La humillación en su voz es patente.

—Te diste cuenta de que me quería a mí e intentaste sobornarla… —dice Ulises, pensativo, recordando las dudas de Sofía.

—¡No seas iluso…! —replica Charly con crueldad—. La intención de Sofía siempre fue trepar socialmente con un matrimonio ventajoso. Quería casarse con un jodido magnate y bañarse en dinero y champán. Si me insinuó que yo no era lo suficientemente rico para ella, ¡imagínate tú…!

—¡Charly…! —Lo freno para que se calle, pero sé que no lo hará.

—¡Quise demostrarle que no era el puto lacayo que todo el mundo cree que soy! —continúa enérgico—. Que tengo mis negocios. Mi madre y yo tenemos firmado un poder donde me cede todas sus acciones aunque aparezcan a su nombre, así que el socio mayoritario de la web soy yo… y quise que Sofía lo supiera. ¡Se suponía que iba a compartir mi vida con ella! —exclama justificándose—. Quizá otras mujeres no lo habrían entendido, ¡pero Sofi sí! Ella era usuaria activa de la web y nunca la tildaría de «prostitución encubierta». Sabía diferenciarlo. Se lo dije para que estuviera tranquila respecto al futuro y aceptara renunciar a las suculentas comisiones que se embolsaba

siendo Sugar Baby; no quería que siguiera haciéndolo si nos casábamos. Le recordé que no sería eternamente joven, y aceptó.

—¿Llegó a decirte que sí? —pregunta Ulises con el puño blanco.

—¡Sí! ¡Y estaba muy contenta de haber pescado a un pez gordo por fin! Pensaba darle el anillo ese mismo fin de semana… Hasta tenía una reserva en un restaurante con estrella Michelín. ¡Todo se estaba arreglando! —exclama mirando a Keira esta vez—. Me dijo ilusionada que había quedado con Carla para hacer las paces y contárselo todo, pero, en vez de eso, el plan del fin de semana fue ir a su puto entierro. ¡Así que no penséis ni por un jodido momento que fui yo…!

Un silencio atronador como el que se oye después de que se rompa un cristal recorre la estancia. La ansiedad de Charly sale a trompicones de su garganta con un leve jadeo.

Me froto la cara. Esto es un desastre total…

¿Cómo ha podido irse todo al traste en un segundo?

—Tenéis que ir a comisaría ahora mismo —musita Keira con la mirada perdida.

—Kei, por favor… —suplico cuando veo que se levanta—. ¿Podemos hablar un momento en privado?

Me mira de arriba abajo con una máscara de dureza muy familiar.

—No, Ástor… Tenías que haber hablado antes. Ahora ya es tarde…

—¡Pero Keira…!

—No quiero oírlo —dice levantando una mano—. Lo que tengas que decir, lo dices en comisaría mientras te toman declaración…

—¡No! —Golpeo la mesa, enfurecido, haciendo que todos se asusten—. Me vas a escuchar ahora, joder… —digo sin nada más que perder. Porque está claro que ya la he perdido—. La única mentirosa que hay aquí eres tú por hacerme creer que confías en mí y que sabes cómo soy. No me culpes por no saber hacer bien tu trabajo… Sofía murió, y tenías que averiguar por qué. Sin embargo, no eres capaz de hacerlo si nos descartas a todos nosotros. Pero te aseguro que estás cagándola otra vez, Keira, porque yo no he sido. —Le clavo la mirada como en mi vida lo he hecho—. Y si me dices que no me crees, hemos terminado para siempre, te lo juro. Porque significará que no eres tan lista como yo pensaba —sentencio muy serio.

Los ojos de Keira destilan odio y dolor a raudales. No sé si contra

mí o contra sí misma.

—¡Cada vez que intento confiar en ti, descubro que me ocultas algo, Ástor! Me la sopla si has sido tú o no, ¡el problema es que ya no puedo confiar en ti! ¡He llegado a mi límite de sorpresas! Y todo lo que hemos vivido estás semanas está manchado por esta ocultación tan grave. ¡Y no me vengas con que no has mentido! ¡Porque me has mentido a la cara al decirme que era la única que lo sabía todo de ti, cuando no es cierto…! ¡Para mí, tu palabra ya no vale nada! ¡¿Te queda claro?! Saúl tenía razón, ¡no eres más que un puto espejismo!

Recoge sus cosas con rabia y comunica a Ulises que se verán en la base.

Los músculos no me responden para seguirla, aunque me muera por hacerlo. Acaba de mutilarme con palabras.

Saco fuerza de donde no tengo para ir tras ella.

—¡Keira, espera…!

Pero Ulises me corta el paso con su propio cuerpo.

—No lo empeores, Ástor… Déjala irse…

—¡Quítate de en medio!

Intento superarle con los ojos llenos de impotencia, pero me retiene con fuerza.

Forcejeamos, y el brillo de mi mirada llama al suyo de algún modo.

—¡Hazme caso, joder, Ástor…! Ven a declarar y te soltaremos pronto.

—¿Y a mí? —le pregunta Charly, abatido.

Vuelvo la cabeza. Me había olvidado completamente de él. Y no debería porque es el responsable de prender mi vida en llamas. Este secreto era un juramento sagrado entre socios, ¡casi entre hermanos!, y me ha fallado de la peor manera. A Charly no le pega buscarse la ruina por una mujer de la que no estaba perdidamente enamorado… Ha sido un problema de ego.

—Tú vas a tener más problemas —lo avisa Ulises con voz neutra.

—Crees que fui yo, ¿verdad? —responde Charly, dolido.

Mi garganta se cierra cuando Ulises no contesta, otorgando con su silencio. Se me oprime el pecho al pensar en esa posibilidad e intento encontrar sentido a que Charly lo hiciera, pero no lo veo.

—¡Contesta, joder…! —interpela Charly.

—Lo que yo piense no importa —murmura Ulises, angustiado.

—Pero lo piensas. Piensas que Sofía no llegó a decirme que sí porque te quería a ti, ¿verdad? Y entonces la maté para salvaguardar el secreto.

—El secreto de Ástor —remarca Ulises con inquina—. Porque sabías que Ástor se enfadaría mucho contigo si descubría que lo habías contado, y más a alguien tan oportunista como ha resultado ser Sofía.

Mis ojos se abren a su máxima capacidad.

—Yo no fui —contesta Charly, irritado por tener que repetirlo—. Y Sofía estaba encantada de casarse conmigo, que te quede claro, ¡encantada! No quiero que te pases otros diez años idealizándola porque no es así. Pudo elegir y me eligió a mí.

—A ti no, en todo caso, a tu dinero.

—Exacto… Como bien dices, era ambiciosa, Ulises, pero no tan lista, porque yo te habría elegido a ti sin dudarlo ni un instante…

Ulises contiene la fuerte conmoción que se refleja en su rostro y nos ordena que nos movamos con un hilo de voz, pero Charly insiste.

—Solo quiero que sepas cómo era Sofía de verdad para que no estés deprimido lo que te queda de vida… El resto me da igual. No encontraran pruebas porque yo no la maté, así de simple…

Se hace un silencio. Ulises niega con la cabeza, sobrepasado.

—Vámonos de una jodida vez… —ordena, nervioso, poniéndose en marcha, y no nos queda más remedio que seguirle si no queremos que nos amenace con su arma.

Pasamos toda la noche en el cuartelillo.

El proceso es lento, tedioso y dolorosamente amargo; casi está amaneciendo cuando un juez de guardia decide si nos suelta o no. Al final, solo nos prohíben salir del país porque no hay indicios de que haya relación entre la web SugarLite y la muerte de Sofía. Exijo ver a Mateo para pedirle explicaciones, pero no está allí. Cuando lo tenga delante igual le calzo una hostia que le cambio el signo del zodiaco…

A Charly también lo sueltan. Al fin y al cabo, tiene una coartada palpable y sus conversaciones por WhatsApp con la víctima confirman que estaban felizmente prometidos. Su reserva en el restaurante Michelín termina de convencerles de que no tenía intención de matarla cuando el crimen fue algo completamente premeditado.

Eso no quita para que esté cabreadísimo con él. Su indiscreción me ha costado cara. Mi relación con Keira, ni más ni menos.

Cuando nos vamos, me pide que hablemos. Ha estado toda la noche susurrando que lo sentía mucho, que estaba harto de que todo el mundo pensara que vivía a mi sombra, pero a mí no me apetece hablar ahora. Lo único que quiero es caer en una hibernación química y rezar para que Keira recapacite.

Tres días después, Héctor, que no se había enterado de la hecatombe porque se había ido a Barcelona a una Comic-Con con un amigo, avisa a nuestra madre sobre mi nuevo estado vegetal. Y mi progenitora no tarda ni tres horas en personarse en nuestra casa.

—Ástor, cariño… —escucho cuando entra en mi habitación en penumbra—. ¿Entiendes ahora por qué no me parecía bien que salieses con Keira?

«Me cago en todo… ¿Qué tendrá que ver una cosa con otra?».

Maldigo mentalmente que venga a tocarme la moral con eso en este momento.

—Vete, mamá —ordeno ronco sin moverme ni un ápice.

Estoy tirado en la cama hasta arriba de fármacos que causan relajación y somnolencia y dejan muchas manchas de baba sobre la almohada. Mis únicos amigos fieles, los barbitúricos.

La oigo chascar la lengua al verme de esa guisa.

—Ástor, no puedes estar así…

—Incorrecto. Puedo hacer lo que me dé la gana, lo he aprendido hace poco y es genial…

—Cariño…, esta familia te necesita.

—Ya voy, ya voy… Tráeme un vasito.

—¿Qué?

—Te doy mi esperma y fecundas a quien tú quieras, madre… A la carta. Pero ahora déjame tranquilo con mis penas; sé que te importan bien poco…

Empiezo a sentirme mal cuando pasan dos minutos sin que diga nada.

—Solo me preocupo por ti, Ástor, siempre lo he hecho, pero Xavier tiene razón, llevas años autodestruyéndote…

¿Dónde he oído eso antes? Ah, sí… Me lo dijo Keira. Debe de ser

verdad, entonces…

—Así facilito el trabajo a los que me quieren muerto…

—Nadie te obligó a meterte en ese horrible negocio de la web. Héctor me lo ha contado todo. ¡¿Por qué lo hicisteis…?!

—No te lo dije, pero cuando el ducado llegó a mis manos descubrí que tenía muchas deudas. Papá estaba loco…, ¿sabes? Habría quebrado en menos de un año, quizá por eso bebía tanto y estaba tan alterado en aquella época. Necesitaba dinero para llenar de nuevo las arcas, y se me ocurrió una idea…

—¿Y tenía que ser justo un negocio de prostitución?

—Para mí no lo es, mamá. Fue una idea legítima nacida de mi propia necesidad… Solo creé una oferta para una demanda real. Hasta ese momento, yo era un chico anónimo que no tenía problemas para ligar, pero cuando me convertí en duque, la cosa se complicó…

»Las mujeres con las que podía relacionarme eran "muy limitadas", según tú, y se me ocurrió hacer una base de datos con chicas que tuvieran un nivel de estudios y una presencia acordes con tus refinados gustos. Y que cobraran por ello me pareció lo más justo, porque ese detalle era el único que defendería su honor en caso de que quisieran negarse a tener relaciones… El servicio de ofrecer una compañía de calidad no es nada fácil de encontrar, y ese dinero es el que las libera precisamente de estar obligadas a tener contacto carnal por haber sido simplemente "invitadas" a gozar de lo que un hombre rico puede y quiere ofrecerles. Otra cuestión es lo que pase después… Yo no tengo la culpa de que el lujo y el poder ponga cachondo a todo el mundo…

—Ojalá esto no llegue a oídos de nadie, Ástor, porque la gente no lo percibirá así. La mayoría jamás ve más allá de la idea básica, que en este caso es la venta de personas, sea de su tiempo o de su coño, da lo mismo…

—Todo el mundo vende sus habilidades, mamá. Los peluqueros, los cerrajeros, los electricistas… Y si tienes clase y belleza, puedes vender tu compañía. Te repito que la web no obliga a mantener relaciones sexuales…

—No insistas, eso ya no importa.

—Sí que importa. Esa web salvó nuestro escudo, no yo.

—Sí, pero… ¿a qué precio, Ástor?

—Está visto que al más alto… —contesto pensando en Keira. ¿Cómo se me ha pasado por la cabeza en algún momento que un puto apellido es más importante que ella?

—Ya basta, hijo. Lo que quiero es que te levantes de la cama y te dejes de vasitos con tu esperma. Piensa en la reputación que vas a dejar al futuro heredero del legado De Lerma, salga de donde salga…

—Exacto… ¿Por qué voy a sentenciar a una persona que ni siquiera ha nacido todavía a cargar con mi apellido? No es un buen legado, mamá… No lo era cuando me cayó encima a mí. Quise cambiar las cosas, abolir todo lo que me parecía inmoral del KUN y convertirlo en algo de lo que mis hijos pudieran sentirse orgullosos, pero está visto que tendré que hacerlo cuando muera cierta generación… Ahora mismo todo es demasiado inestable… Estamos en un momento único en la historia de la humanidad donde la sociedad está dividida entre la vieja escuela y la nueva; hay un cambio de mentalidad tan grande entre abuelos y nietos, e incluso entre padres e hijos, que la situación es insostenible. Yo no puedo con ello…

—Si alguien puede cambiar las cosas es alguien en tu posición —dice mi madre sentándose a mi lado—. A pesar de todo lo que has vivido, aún puedes recuperarte, ¡tienes ese lujo! Y ya es hora de superar tu maldita culpabilidad.

No puedo. Nunca he podido y nunca podré.

—Lo he intentado, mamá… —Me duele tanto la cara de intentar aguantar un sollozo que casi no puedo hablar—. Pero siento que no tengo redención…

—Esa es una penitencia que tú mismo te has impuesto, Ástor… Y lo entiendo. Es más cómodo pensar que no hay esperanza, así puedes seguir igual, deshumanizándolo todo para que no te importe nada.

—Tú me has hecho renunciar a lo único que me ha importado…

—Porque no te convenía, y lo sabes. Pero si para ti es especial…

—Nunca querré a nadie como quiero a Keira, mamá. ¡Eso lo sé! Si te ha pasado, lo sientes dentro —digo señalándome el pecho—. No puedo explicarlo. No es un amor normal, es…

—Pues recupérala, hijo.

—¡Imposible! Cree que soy un mentiroso de mierda… Y lo soy. Toda mi vida es una gran mentira.

—Pues haz que empiece a ser verdad.

La miro con esperanza y me cae un escudo virtual en la cabeza.

—¿Y avergonzar el apellido familiar? —repongo.

—No vas a avergonzarlo, Ástor. Tú no eres el rebelde que creías ser en tu juventud. Ya no. Ahora eres un líder. Y lo has demostrado a lo largo de todos estos años. Si no estuvieras capacitado, no habrías podido aguantar tanto tiempo en una posición de tanto poder. ¡Se te da mejor de lo que crees! El problema es que estás deprimido… Por eso te insistía en que te emparejaras, para que fueras feliz.

—Pues me has tenido amargado con tanta restricción de mujeres…

—¡Porque no podía permitir que te casaras con la primera que pasara! ¡Y me daba igual que pensaras que era una esnob! Sabía que cuando quisieras a alguien de verdad, te importaría una mierda lo que yo dijera de ella…

—Joder, mamá… —Alucino. Y se me encharcan los ojos porque tiene razón. Es así.

Y Keira también tiene razón. Todo el mundo miente. Ella es la única que siempre dice la verdad… Y yo… Yo únicamente sé que la quiero con toda mi alma y que nunca más confiará en mí.

Al día siguiente, al volver a la universidad después de casi cuatro días sin aparecer por allí, me encuentro con una montaña de papeles encima de mi mesa y me da por pensar quién habría lidiado con ellos si yo hubiera muerto repentinamente. Es decir, si hubiera hecho caso al aberrante impulso de engullir más ansiolíticos de los recomendados por el médico para quitarme de en medio de una jodida vez…

Me enfrasco en el trabajo como he hecho millones de veces para no seguir pensando en mis problemas, y poco antes de la hora de comer alzo la vista porque oigo que llaman a la puerta.

Odio que mi corazón palpite frenético cuando veo que es Ulises. Ningún tío había tenido antes ese privilegio.

—Buenas… ¿Se puede?

—Hola… Sí…, pasa —contesto extrañado—. ¿Qué haces aquí?

Entra renqueante y se queda a una distancia prudencial.

—Quería verte… Pero si estás ocupado, vuelvo otro día.

—No. Siéntate, por favor…

—¿Cómo te va? —pregunta con cautela, buscando el rastro de una

soga por el suelo.

—Sigo vivo —le aclaro con sarcasmo.

—Una respuesta muy sincera —me felicita, inquieto.

Es increíble… Es como si pudiera leer en mis ojos cómo me siento.

—Pensaba que tú también estabas cabreado conmigo… —señalo.

—Y yo. Pero algo en mi ADN me lo impide… Es muy frustrante…

La primera sonrisa en varios días siempre duele en los labios. Es como un seísmo inesperado agrietando la piel de tu boca, y que me la provoque Ulises me mata un poco más por dentro.

—El sentimiento es mutuo —admito—. Y también me revienta…

Una sombra de sonrisa asoma en los labios del policía.

—Estoy preocupado por ti, Ástor —dice por fin, y suspiro pesadamente ante su falacia. Porque sé que no es ÉL el que está preocupado.

—¿Te envía Héctor? No dejes que te coma el coco… Es un experto.

—No. Me envía Keira…

Mis nervios se ponen de pie al escuchar su nombre.

—¿Keira está preocupada por mí?

—Pues sí… Creo que le da miedo que te entregues o algo así.

—Mi hermano tiene miedo de que me suicide, Keira tiene miedo de que me entregue… y tú, ¿de qué tienes miedo? —lo vacilo.

—De no tener la información suficiente para salvarte a tiempo…

La mirada que me echa hace que me tiemble un ojo traidor. Tengo que tragar saliva para detener unas lágrimas inminentes. «¡Atrás, malditas…! No estáis invitadas a la fiesta». No quiero desmoronarme delante de nadie, y menos de él.

Ulises estudia mi reacción y confiesa:

—Estoy aquí porque tengo la sensación de que ellos saben algo que yo no… y quiero saber qué es. Cuéntamelo, por favor…

—¿Por qué piensas eso? —pregunto interesado.

—Porque conozco a Keira, y su preocupación por ti es real. Le dije que nadie en su sano juicio se entregaría por un delito que no hubiera cometido y ella me dijo que sería tu forma de autocastigarte… Pero no creo que se refiera al accidente de tráfico donde otro coche chocó con el tuyo, sino a otra cosa… ¿Hay algo más, Ástor? ¿Quizá algo que tenga que ver con tu padre?

Lo miró impertérrito por un momento, pero termino negando con la cabeza ante su perspicacia.

—¿Puedes llegar a esa conclusión y no puedes encontrar al asesino de Sofía? Es insultante…

Ulises resopla por la nariz, desanimado, y se apoya en el respaldo de una silla que todavía no se anima a utilizar.

—No me machaques con eso, por favor, me estoy volviendo loco… Algo se nos ha debido de pasar por alto en el caso de Sofía… No dejo de repasarlo todo una y otra vez porque he debido de tener la pista en la mano y no la he visto… ¿Vas a contarme tu horrible secreto o no?

Lo observo durante unos segundos, y sus ojos me dicen que, sea lo que sea, está de mi parte. No sé por qué, pero siento que puedo confiar en él.

—Héctor no lo sabe… Solo lo saben Keira y mi madre.

—Dilo de una vez.

—Yo maté a mi padre.

Y para mi sorpresa, confesárselo a Ulises me causa un alivio inesperado. Sus cejas se arrugan por el impacto de la noticia.

—¿Qué…? ¿Cómo fue?

—Dejé que se ahogara… —digo creyendo cada palabra—. Se cayó a la piscina borracho y no quise salvarlo. Ese es mi gran secreto…

Lo he dicho como si no fuera gran cosa, pero el silencio comprensivo de Ulises hace que mis ojos cedan ante la vergüenza de mis palabras y se llenen de lágrimas no derramadas. Me los aprieto con ambos nudillos para achicar el agua.

—Joder… —jadea Ulises, conmocionado, tomando asiento por fin en la silla que hay frente a mi mesa—. ¿Lo viste caer?

—Oí gritos y bajé al jardín. Lo pillé estrangulando a mi madre… Traté de impedirlo y lo empujé lejos de ella. Estaba tan borracho que, en pocos pasos, cayó a la piscina. Fui a socorrer a mi madre y él se ahogó…

—¿Pudiste haberlo salvado?

Supongo que ese es el quid de la cuestión… Y me duele la boca al decir:

—Eso ya nunca lo sabré…

Nos quedamos mirándonos hasta que mi vista se vuelve borrosa.

—No hubo premeditación —sentencia Ulises con firmeza—. Tuviste que elegir a quién salvar…

—Quería que muriera —confieso con amargura—. Esa es la verdad, y no hice nada por evitarlo.

—Estabas furioso.

—No intentes quitarle hierro… Dijimos a la policía que nos lo encontramos muerto en la piscina. Cuando lo cierto es que lo dejé morir. No quise rescatarlo. Ni hacerle el boca a boca. Ni nada…

—No creo que hubieras podido salvarlo, Ástor…

—Eso no lo sabes —digo apoyando los codos en la mesa y la frente en mis manos.

—Un borracho se ahoga en el mismo tiempo que un niño pequeño. Con veinte segundos es suficiente porque su instinto es inspirar con fuerza en vez de retener el aire y el agua entra directamente a sus pulmones. Cuando tu padre cayó, estabas atendiendo a tu madre. Seguro que te llevó más tiempo del que crees comprobar su respiración, revisar su cuello, su nivel de conciencia, y quizá hasta le dijeras algo; y cuando volviste la cabeza hacia tu padre apenas le quedarían unos pocos segundos de vida. Tiempo insuficiente para tomar una decisión racional en tu estado de *shock*. Ningún jurado te condenaría, Ástor, créeme.

—¡No me moví, Ulises…! —Me arden los ojos—. Tomé la decisión de no moverme. Y eso es lo que importa para mí.

—¿Tú madre te pidió que lo hicieras?

—No. Estaba demasiado aturdida. Mi padre casi le parte el cuello… Ocultó sus marcas con un jersey de cuello alto.

—Nadie habría desatendido a una persona herida a la que ama para salvar a otra a la que odia. Es inhumano. Quizá deseaste que muriera, pero no creo que tomaras la decisión consciente de no moverte para que lo hiciera.

—Lo dices porque soy yo… Si fuera un tío de la calle, ya estarías esposándome…

—No es cierto. Pensaría lo mismo —me corta convencido—. La gente que lleva una vida normal quizá no lo entienda, pero yo he vivido muchas situaciones surrealistas y tensas, y sé cómo reacciona un civil. La mayoría se bloquea, y si tiene un impulso, lo ejecuta sin pensar. Sin razonar. Y, otra cosa…, ¿era la primera vez que tu padre

se ponía violento o hubo agresiones anteriores?

—Las hubo… Pegó a mi madre un montón de veces, y a mí también hasta que pude defenderme.

Ulises cierra los ojos, consternado.

—Lo tengo clarísimo… Un juez no te castigaría por lo que pasó, así que deja de hacerlo tú.

—Entonces ¿no vas a detenerme?

—No. —Sonríe con tristeza.

—¿Por qué?

—Porque lo estás deseando y prefiero que sufras —me vacila.

—Eso tiene sentido.

—Ástor… —dice más serio—, si esto es lo que te hace sufrir, entrégate tú mismo. Solo así podrás pasar página…

La posibilidad me aterra y me tienta a partes iguales.

Esa idea es una soga. Puedo ahorcarme con ella o utilizarla para trepar y salir del agujero en el que llevo tantos años metido.

La mirada de Ulises me dice que él sostendrá el otro extremo de la cuerda, y tomo una decisión.

—¿Comes conmigo antes de acompañarme a comisaría?

ulises

19

Sálvame

Mismo día, viernes, 7 de noviembre 14.00 h.

Ástor y yo salimos del edificio.

Me choca que me haya hecho caso, pero de verdad pienso que entregarse puede ayudarlo en su depresión. El idiota ha llegado a importarme mucho después de estar dos semanas entrando en su casa como si fuera la mía, a la hora que me apetece, para recibir informes de los monitoreos de los móviles de los sospechosos. Flipé cuando se fueron a Francia y me dio las llaves. No había llegado a ese nivel de confianza con ningún ser humano antes. ¡Ni siquiera con Keira!

No es de extrañar que nuestra conexión vaya *in crescendo*. Al fin y al cabo, es la persona favorita de mis dos personas favoritas. O al menos, lo era hasta que hace cinco días el bombazo de la web nos explotó en las narices a todos.

No he vuelto a hablar con Charly…

Creo que tenemos un problema grave de comunicación. Nunca hablamos; lo nuestro es el lenguaje de signos… Sobre todo durante el sexo.

Después de la gala del KUN estuvimos más enganchados que nunca. Pasamos más tiempo desnudos que vestidos y solo nos separamos durante nuestras jornadas laborales. Y aun así, en esas horas no dejábamos de enviarnos mensajitos picantes como dos idiotas.

Me mandó una imagen mordiendo su propia corbata, diciendo que su boca buscaba desesperadamente cualquier objeto fálico, y me dio un ataque de risa en mitad de la comisaría. Eso sí, mi foto fue mucho mejor, lamiendo una porra…

Cuando nos veíamos, no solíamos cruzar palabra. Con una mirada nos bastaba, el resto eran diálogos de besos sucios, tiernos, peleones, tristes, felices… No hacía falta nada más.

Le ponía muy cerdo que apareciera con la correa porta armas puesta y me pedía que no me la quitara mientras le follaba. Mis cosas estaban tiradas por su casa, y un día me lo encontré con mi arma en la mano.

—Lo siento. —La dejó rápidamente como si fuera un niño pequeño.

—¿Sabes cuántos accidentes ha habido por manipular armas sin tener ni idea, Charly? Incontables…

—Perdona, es que… me ha picado la curiosidad.

—Te lo digo por tu bien.

—Es que las veo por la tele y… ¿Has tenido que usarla alguna vez?

—Alguna.

—¿Has matado a alguien?

—No. Por suerte, no ha sido necesario. Pero tengo amigos en UDYCO…, ya sabes, la Unidad de Droga y Crimen Organizado, que disparan contra individuos a diario…

—Me gustaría probar a disparar un arma para saber qué se siente.

—Podemos ir un día al campo de tiro.

—¿En serio? —Sonrió emocionado.

—Claro…

—¿Y si allí me pongo cachondísimo, me quiero follar algo y solo te tengo a ti a mano…?

Me reí. Y así se pasaba la vida. Con indirectas muy directas sobre querer follarme. Le había dado luz verde para volver a llamar a una chica si le apetecía mojar, pero Charly siempre respondía que no. Luego empezábamos a enrollarnos, lo intentaba conmigo, y en el momento de la verdad le paraba los pies.

Lo que sentía por él iba mucho más allá del placer sexual. Era algo mental. Y puede que también físico, pero no tenía nada que ver con su polla en mi culo. Eran sus ojos, sus labios, su forma de retenerme contra él, su olor, su pelo… ¡Su puto pelo me volvía loco! Esas greñas de estrella de rock no me dejaban pensar en nada. Cuando iba con traje se repeinaba el pelo hacia atrás como un dandi, pero vestido de *sport* lo llevaba alborotado y parecía un surfero australiano cañón. Y yo me moría por ser su ola, pero me daba miedo…

El día que lo llevé a la galería de tiro fue muy excitante. Le enseñé a sujetar un arma con la máxima provocación. Imponiéndole mi cercanía, mirándonos de reojo y sobándole mucho, sabiendo que allí dentro no podíamos hacer nada aunque quisiéramos. Fue genial. Llegó a insultarme…

El hambre era real. Las ganas se amontonaban. Y esa misma noche, la tentación llamó a la puerta…

La chica apareció por sorpresa sobre las once. Miré alucinado a Charly y su sonrisa canalla me puso a cien. Acabó follándosela con fuerza mientras yo me lo cepillaba a él, recreando el mismo tándem que la primera vez que lo tomé por detrás en el club con Sofía.

—Deberías probarlo… —dijo soñador cuando terminamos—. Meterla y que te la metan a la vez es la puta hostia… No has sentido nada igual. Es como ver a Dios.

—Ya me lo dijiste… Supongo que para comprobar el volumen y la capacidad de mi boca cuando me la dejaste abierta.

Se desternilló de risa.

—Sé que cada vez tienes más ganas de averiguar qué se siente, Ulises…

—No empieces…

Pero en realidad Charly no parecía tener prisa con el tema. Se conformaba con follarme la boca a lo bestia y que lo llevase al límite.

Lo tenía comiendo de mi mano… Lo sé porque en ocasiones cotidianas su mirada se quedaba anclada en mi boca recordando con lascivia lo que le provocaba con ella… y yo sonreía engreído.

Una mañana de domingo, me desperté boca abajo agarrado a mi almohada con una pierna por encima, y sentí que Charly se acoplaba a mi espalda y empezaba a besarme el cuello y los hombros con suavidad. Cuando noté su miembro duro contra mi trasero, me tensé.

—Tranquilo… —susurró al percibirlo—, no haré nada hasta que me lo pidas, te lo prometo, Ulises, pero déjame fantasear un poco con ello…

Y le dejé…

El traidor de mi cuerpo empezó a responder sin mi permiso, como Charly esperaba. Era un cabronazo. Me puso enfermo con roces y caricias que empezaron siendo lentos y se tornaron más intensos después.

Su respiración deseosa casi me hace perder la cabeza, incluso le dejé colarse entre mis piernas y rozar mi zona cero con su punta. Estaba a un pelo de gamba de preguntarle si tenía lubricante cuando llamaron al timbre repetidamente.

—¡Mierda…! —exclamó con fastidio.

—¡¿Qué?!

—¡Es mi madre!

—¡¿Cómo?! ¿Cómo lo sabes?

—¡Porque siempre llama al timbre como si se estuviera electrocutando con él! ¡Tienes que esconderte, Ul!

—¡¿Te estás quedando conmigo?! —dije alucinado.

—¡No! ¡Muévete! Ella no puede enterarse de esta faceta de mí.

—Pues no pienso esconderme… —Sonreí infantil.

—No es momento para bromas… —dijo nervioso vistiéndose a toda velocidad. Y me tronché de lo excitado que estaba todavía—. Quédate aquí. No hagas ni un puto ruido o te mato, ¿me oyes?

Lo miré con cara de niño pillo deseando hacer travesuras.

—Va muy en serio. Mi madre es muy estirada, por eso he salido tan desviado…

—Ahora me cuadra todo…

—Silencio —me rogó llevándose el dedo índice a la boca—. Me desharé de ella rápido y seguiremos donde lo hemos dejado…

Eso me hizo soltar una sonora carcajada.

—¡Chist! —me riñó enfadado.

—No me vuelves a pillar en estas ni loco, Charly, estaba a punto de ceder…

—¿En serio? —preguntó con una sonrisa preciosa en la boca.

Le lancé una mirada intensa y volvieron a llamar. Cerró los ojos, disgustado.

—¡Maldita sea! Me la voy a cargar por interrumpirnos… Ahora vuelvo. ¡No hagas ruido!

Solo tardó cinco minutos en volver.

—Qué rápido la has despachado.

—Le he dicho que estaba con alguien…

—Ah, ¿sí?

—Sí. Está muy preocupada por mí… Por lo de Sofía. Creo que esperaba encontrarme muerto o algo parecido. Olvidé responder a sus dos últimas llamadas y se ha plantado aquí…

—Qué mal hijo eres.

—Ya lo sé… Por eso le he contado que estaba con alguien. Para tranquilizarla.

—¿Y qué te ha dicho?

—Le ha parecido un poco pronto, pero bueno…

Me quedé pensativo sintiéndome fatal. Porque no era pronto, ¡era prontísimo! para estar «así» con otra persona. Sí. «Así».

—Yo no busqué esto, Charly… —dije en voz alta. A nadie en particular. A mí mismo. O quizá a Sofía, si me estaba escuchando—. Pasó sin que pudiera evitarlo y… lo único que sé es que me hace feliz.

Charly se acercó a mí y me cogió la cara, sentándose a mi lado.

—A mí también, Ulises.

—Pero tu madre tiene razón, y me siento mal…

—¿Por qué exactamente?

—Porque si Sofía no hubiera muerto, esto no habría pasado y…

—¿Y…?

Hice una pausa sentida.

—Que ahora mismo no podría renunciar a ti por nada ni nadie…

Soltó aire por los labios, alucinado. Entendiendo que ese «por nada ni nadie» significaba «por ella». Apenas me creía que lo hubiera dicho en voz alta.

—Yo siento lo mismo… —reconoció de pronto—. Y es duro de asimilar. Yo tenía una vida planeada y, de la noche a la mañana, se desvaneció. Pero ahora, sentir que la que tengo es mejor si cabe es… horrible.

—Lo sé —dije echándome hacia atrás, angustiado.

Era injusto y desagradable. ¿Había terapia para esas cosas? Porque vamos…

—Pero yo creo en el destino —añadió Charly—. Y creo que, si nos hubiésemos seguido viendo, habríamos terminado igual… Cuando nos dejaste, Sofía y yo nos tambaleamos un poco. Los dos te echábamos demasiado de menos; ya nada era lo mismo, faltaba la magia. Ella pudo volver a tus brazos, pero yo no… Y cuando me enteré, más que celos, me dio envidia. Muchísima envidia… Creo que por eso le pedí matrimonio…, para recuperarte a ti también.

Casi me caigo de la cama al oír aquello.

—Charly… ¿le pediste matrimonio a Sofía para recuperarme?

—Puede que inconscientemente sí… —admitió—. Porque tú la querías y yo quería que volvieras a mí. A la vez también la quería a ella. Y ella lo quería todo… La solución era compartirlo.

Esa misma noche fue cuando quedamos a cenar con Ástor y Keira, porque regresaban de su estancia en París, y…, en fin…, fue un auténtico desastre, pero yo ya sospechaba de Charly. ¡Cómo no!

Pensé en la posibilidad de que la hubiera matado para recuperarme. Quitar de en medio a Sofía y apañarlo todo porque se había enamorado de mí y quería «tenerme de nuevo»… Pero algo no terminaba de encajar en esa idea.

¡Ah, sí…! Que me muero por él…

Que me tiene total y absolutamente a sus putos pies.

¿Y por qué iba a matar a Sofía? Si con romper con ella y emborracharse conmigo en la hipotética boda de Ástor y Keira habría alcanzado su objetivo… Porque creo que no habría podido resistirme a él, igual que no pude hacerlo en pleno luto por la mujer que pensaba que amaba y que, al parecer, no conocía tan bien como creía. Lo conocía más a él. Su leal entrega a los De Lerma sin necesitarlos económicamente, su envidiable forma de pensar tipo «vive y deja vivir», su carisma… ¡Joder…! No necesitaba saber nada más de Charly. Solo descubrir cuál era su adicción: Los trajes caros, el licor de

hierbas y yo. Bueno, y Ástor…

De pronto, miro a Ástor y soy muy consciente de él. De quién es. Y de lo importante que es… Es el dueño de esta universidad, del club KUN y de una polémica web. Y vuelvo a presentir que corre un gran peligro y que está en mi mano salvarlo.

—¿Nos sentamos en esta terraza? —me pregunta como si nada.

—Vale. —La verdad es que tengo hambre.

Como si le hubiera olido, una camarera sale del establecimiento con su mejor sonrisa.

—¡Buenos días, señor De Lerma! ¿Le traigo el menú?

—Sí, por favor, Claudia. Y una caña. ¿Ulises?

—Otra…

La chica se va con una mirada afectuosa.

—Y tú, ¿has hablado con Charly últimamente? —me pregunta en cuanto se sienta.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco…

—¿Vas a perdonarle? —pregunto con prudencia.

—¿Y tú…?

—No evadas mi pregunta con otra.

—Vendió mi lealtad por una chica… y eso no lo hace un amigo.

—No te ha fallado en quince años, y por un fallito de nada ¿te vas a cerrar en banda con él?

—Tú lo llamas «de nada». Yo lo llamo «Keira».

—Charly no tiene la culpa de que Mateo Ortiz haya descubierto lo de SugarLite, ni de que no se lo contaras tú mismo a Keira.

—¡Es que no había nada que contar! Era algo mío. Nuestro. Y prometí no mencionarlo hasta la extinción de la humanidad. No era algo que afectara directamente a Keira…

—Pero a Sofía, sí. Y al caso…, dime una cosa, Ástor, ¿tú sabías que Sofía se veía con Xavier? Y no me mientas.

—¡Claro que lo sabía, joder! —admite a regañadientes—, pero no que follaban. No soy dado a meterme en la vida sexual de la gente. ¡Y Charly también lo sabía! Lo sabía todo de Sofía… Su grado de sinceridad me parecía excesivo, pero pensábamos que solo eran citas, porque ella mantenía la política de no acostarse con sus clientes. Jugaba a eso. A hacerles competir por ver quién lo conseguía…

—Entonces perdónale por haberle contado lo de la web, porque Charly leyó cosas muy feas en el «chat maligno» sobre su presunta relación de servidumbre con vosotros, y Héctor también sobre su relación con Carla. Espero que puedas echar a esas manzanas podridas del club algún día.

—Estoy en ello, Ulises… —barrunta—. ¿Y tú? ¿Vas a perdonar a tu novio?

—Charly no es mi novio —contesto displicente—. Ese es el que le presentas a tus padres, y yo no tengo ninguna intención de hacerlo…

—¿Por qué no?

—¿No vas a preguntarme cómo está Keira? —contraataco inquieto.

—No, porque ya lo sé. Seguramente esté tan mal como yo o peor… Ocurre cuando amas a alguien de quien sospechas. —Hace una mueca.

—Ayer vio una foto vuestra en una revista y se puso a llorar…

Ástor inspira hondo ignorando mi plan de machacarlo hasta que diga algo que lo condene.

—Últimamente pasa mucho tiempo con Mateo… —Le atravieso el corazón sin piedad—. Andan tras la pista de un socio del Dark Kiss…

El duque me mira impasible. La verdad es que el tío es bueno disimulando su ira. No se nota que le arde la sangre, aunque tiene la vena del cuello a punto de reventar.

—El puto Mateo… —masculla—. Es el que más ganas tenía de descubrir quién había detrás de la S. L. de la web. ¿No te preguntas por qué, Ulises?

—Solo estaba haciendo su trabajo, Ástor… Y creo que Keira le mola…

Me quedo a la espera de que tire las bebidas que acaban de traernos de un manotazo, pero no me complace y continúo mi hazaña.

—Yo entiendo a Keira, ¿sabes? Sé lo que es estar enamorado de alguien de quien sospechas…

—Ah, ¿sí? ¿Estás enamorado de Charly? —Sonríe punzante.

—¿Eso has oído? Acabo de decirte que sospecho de él…

—Ya… —Sonríe tranquilo.

—¿Tú no? —Quiero saber—. ¿No se te ha pasado nunca por la cabeza que él esté detrás de todo?

Ástor da un trago a su copa helada y me mira pensativo.

—Imagino que habrás tenido esta misma conversación con Keira, donde tú eras yo e intentabas convencerla de que no pensara mal de mí solo porque crees que es lo que quiere escuchar, ¿me equivoco?

—Eres odioso, De Lerma… ¿Te lo han dicho alguna vez?

Ástor sonríe ampliamente y admite que sí. Lo peor de todo es sentir lo cómodos que estamos juntos y solos. Cada vez más… Es el preludio de una amistad inminente que ya no tiene vuelta atrás. Nos hemos unido en la desgracia, y eso es para siempre.

La verdad es que nunca he tenido un amigo que no fuera policía. Perdí a los pocos que tenía de niño porque de los catorce a los dieciocho dediqué todo mi tiempo a Sara. Cuando murió, nadie quiso abrir los brazos a un conocido sumido en la mala vida por culpa de una depresión, y después empecé en la academia. Mi compañero de cuarto en Ávila fue mi primer amigo de verdad, aunque éramos muy distintos. Me brindó apoyo y compañía, pero no tenía una conexión tan fuerte con él como la que siento ahora mismo con Ástor. Nos parecemos y nos entendemos con una facilidad arrolladora.

Empecé a trabajar mano a mano con mi jefe cuando llegué a la unidad, mis informes y mis notas destacaban de las del resto de mis compañeros y ascendí rápido por mi cuenta. No tuve una compañera hasta que el propio Gómez me juntó con Keira. Y se convirtió rápido en mi mejor y peor amiga. Luego superó ese rol y ahora… Ahora alguien como Ástor ha irrumpido en nuestras vidas, descalabrándolas a niveles surrealistas…

—Ni yo soy tú, ni Keira es Charly —le contesto seco.

—En los roles de la relación, sí. Ellos tienen un lado racional consistente, el nuestro es comida para patos…

Me echo a reír y Ástor me imita. Es una sensación agradable.

—Es cierto que nosotros somos más temperamentales…

—Y altamente depresivos…

—Pero las perspectivas sobre que la web tenga algo que ver con la muerte de Sofía son diferentes en vuestra pareja que en la nuestra —expongo.

—¿En qué?

—En que yo estoy seguro de que tú no has sido, Ástor. ¿Tú lo estás de que no haya sido Charly?

—No mientas. No estás del todo seguro de que yo no haya sido…

—En un noventa por ciento.

—Pues igual que yo con Charly —replica sagaz—. Pero te recuerdo que el otro día me trataste como si fuera culpable.

—Es que nunca te había visto tan enfadado…

—Porque lo estaba. Confié mi honor en alguien y me falló. Solo por eso ya no puedo poner la mano en el fuego por Charly nunca más…

—Pues Keira siente exactamente lo mismo por ti, ¿lo entiendes ahora, Ástor?

Un dolor casi tangible se refleja en sus ojos. Creo que por fin lo pilla. Y me siento fatal por ser yo quien se lo señale. Porque, con lo masoquista que es, igual se abraza a esa idea hasta que se volatilice…

—Tienes razón, Ulises —murmura desolado—. Gracias por hacerme ver que lo nuestro es un callejón sin salida…

Me mojo los labios, inquieto. No pretendía que se rindiera con Keira.

—He intentado hacerla razonar… —le digo—. Y me ha dado la sensación de que la web le importa una mierda. Simplemente has roto su confianza. Recupérala y listo.

—¿Y cómo se hace eso? Estamos todos igual, ¿no te parece?

—No. Tú y yo no —le recuerdo.

—Brindo por eso. —Levanta su copa y la choca con la mía.

Entonces entiendo de golpe y porrazo cómo es Ástor de verdad. Una de esas personas que jamás dará la espalda a alguien que le necesita. Un faro para los perdidos. Una atalaya. Y se cuela en un pódium solo reservado para gente a la que no quieres perder de vista jamás.

—Keira aún te quiere —sostengo—. Le preocupas. Aprovéchate de eso.

—No pienso hacerlo, Ulises… Dile que estoy bien. Que no voy a hacer ninguna locura y que ya no estás preocupado por mí.

—Pero lo estoy…

—Si lo estuvieras, habrías aceptado ser mi guardaespaldas. Total, Keira ya tiene un nuevo compañero de fatigas, ¿no? El puto Mateo…

Lo miro enfadado. Joder… esto es justo lo que me cautiva de él, esa acusación velada por no salvarle de sí mismo. Sus comentarios-

pataletas por no demostrarle que lo aprecio. Me lo está pidiendo a gritos…, pero en silencio, como un buen mártir y buen hombre de honor que no se rebajaría a pedir cariño.

—No estoy seguro de que Keira comprenda lo manipulador que puedes llegar a ser… —digo irritado, y Ástor sonríe de nuevo.

—El amor es ciego, tío… Por eso sospechas de Charly. Porque te ciega «demasiado».

—*Touché!*

Más sonrisas imborrables.

—No soy tu guardaespaldas porque no lo necesitas, Ástor —le digo—. Ya vimos que los del KUN no iban a hacerte nada. Mucho ruido y pocas nueces…

—Olvida a los del KUN. Quien me escama es Mateo…

—¿Solo porque quiere follarse a Keira?

—No. Aparte. Ese tío no es trigo limpio, ha ido a por mí desde el principio. Entérate de a cuántos jueces pidió la maldita orden hasta que encontró a uno borracho que se la diera… Estaba muy emperrado en entrar en un caso en torno a la web y al Dark Kiss. ¿Qué pista dices que están siguiendo exactamente Keira y él? Porque creo que puede ser solo una excusa para ligársela.

—Van tras un tío que al parecer salió con Carla a través de la web… La cita terminó mal, y Sofía se encaró con él en el Dark Kiss.

—¿Cómo se llama?

—Juan Manuel Montreal.

—No me suena de nada.

—Mateo tiene a una muerta y a otra desaparecida que pudieron habérselo cruzado en el Dark. No pienses mal de Mateo sin hablar antes con él, sus pesquisas están desviando el foco de atención al respecto de que Charly y tú tengáis algo que ver con la muerte de Sofía…

—¿Todavía no lo han detenido?

—No… Están buscando más pruebas. Su coartada y demás…

—Espero que encontréis algo pronto.

—Yo también, Ástor…

Comemos envueltos en conversaciones fluidas que trascienden a lo personal de forma chistosa y entrañable. Cuanto más lo conozco, más convencido estoy de que Ástor encaja a la perfección con Keira. Y

conmigo. ¡Maldita sea! Lo mío deben de ser los tríos…

Después del café, Ástor sigue en sus trece de entregarse por un presunto homicidio imprudente y lo acompaño.

Nos disponemos a cruzar un paso de cebra rumbo al aparcamiento cuando vuelvo la cabeza y veo que un coche se acerca a nosotros a gran velocidad. Espero en tensión a que la reduzca, pero en cuanto me doy cuenta de que no tiene intención de hacerlo empujo a Ástor con un doloroso placaje y rodamos por el suelo antes de que nos arrolle.

El coche pasa de largo y me vuelvo rápido para captar algo. Distingo un coche negro con los cristales tintados y la matricula tapada con cinta aislante metálica. ¡Joder…!

Ástor no se mueve. Tiene la mirada fija en el asfalto, seguramente pensando lo mismo que yo. ¿Y si no llego a estar aquí…?

—¿Estás bien?

—Pero ¡qué coño hace ese puto loco…!

—No era un conductor temerario. ¡Han intentado atropellarte!

—Igual no nos ha visto, Ulises…

—¡Tenía la matrícula tapada, joder!

Y esa frase hace que nos miremos seriamente.

—Es imposible… —balbucea Ástor.

—De eso nada. Tenías razón… —le concedo. Y maldigo por lo bajo—. Necesitas un escolta. O varios…

Los dos nos sostenemos la mirada, y capta mi determinación.

—Ahora mismo solo me fio de ti, Ulises…

—Entonces, tendré que ser yo —accedo como si no me quedara otro remedio.

Ástor me mira conmovido, sabiendo que es justo lo que esperaba que dijera.

Voy a hacerlo porque no puedo negar que me importa lo que le pase…

Y también a Keira.

O quizá solo sea para tener más cerca a mi «exnovio». Ya ni lo sé.

keira

20
Sentimientos arriesgados

Viernes, 7 de noviembre
16.00 h.

Nunca dejaré de ser inspectora…

Lo digo porque, después de dos semanas de fantasía pura, la realidad ha vuelto a golpearme, y de qué manera…

No obstante, sigo pensando que si la ignorancia es felicidad, prefiero estar triste y tener toda la información pertinente, aunque me sienta insignificante en un mundo que gira a toda velocidad sin tenerme en cuenta para nada. Aunque tenga que asimilar que solo dependo de mí misma para ser feliz. De mis propias decisiones. Y esas decisiones se toman mejor siendo racional que emocional.

Sabía que Ástor me ocultaba muchas cosas cuando lo conocí y,

aun así, no pude evitar enamorarme de él como una inconsciente. Fui quitándole capa tras capa hasta sentir que era quien mejor lo conocía, y descubrir que me seguía ocultando información crucial después de besarme como lo hizo en lo alto de la Torre Eiffel calcinó mis sentimientos por completo.

¿Cómo se perdona algo así? ¿Cómo te perdonas a ti mismo haber sido tan confiado como para creer que Ástor era diferente a los demás?

El amor es la mayor traición hacia ti mismo que sufrirás jamás. Porque no es solo que ya no confíe en él, es que ha conseguido que dude de mí. De mi prudencia. De mi juicio… Y la confianza es la base de cualquier relación. Con otros y con uno mismo.

La web SugarLite me da igual, no voy a entrar a juzgar la moralidad de la actividad, ya dije lo que opinaba sobre eso, pero cuando descubrí el pastel y Ástor se volvió loco sí le juzgué a él. Su reacción, su comportamiento… Porque, diga lo que diga, es muy fuerte callarte que la alumna que ha muerto en tu universidad estaba metida hasta el fondo en tus negocios turbios mientras los defiendes a capa y espada.

No hay derecho, joder…

No puede una relajarse nunca, no me jodas. Luego dicen que soy borde.

¿Acaso no era lícito pensar que pudo haberla matado el propio Ástor para salvaguardar el secreto? ¿Revisé bien su despacho el día del asesinato o estaba más pendiente de si me miraba de reojo con deseo? Me sentía una pésima policía, como bien señaló él…

«No me culpes por no saber hacer bien tu trabajo».

«Si me dices que no me crees, hemos terminado para siempre».

Pero ¡¿cómo coño iba a creerle después de callarse ese detalle?!

Ulises también se quedó muy afectado por la información, pero en su empeño por actuar como abogado del diablo y defender a Ástor se le fue pasando el enfado con él.

Con Charly era distinto, claro. Me contó que cuando me fui de casa de Ástor la conversación degeneró hacia su rivalidad por Sofía. Y ese era un tema peliagudo entre los dos.

No me extrañó que mi compañero dudara de Charly porque todo apuntaba hacia él. Aunque, en realidad, no tenía motivos de peso para

matar a Sofía. Motivos conocidos, al menos. Pero lo que de verdad redujo mis sospechas sobre ambos fue pensar que Sofía no habría sido tan tonta, por mucho que Saúl fuese uno de sus mejores amigos, para contarle una información que podría destruir la reputación de Ástor y Charly, cuando ese iba a ser su futuro medio de vida. Habría sido arrojar piedras contra su propio tejado.

Y justo por eso, no puedo perdonar a Ástor.

Porque sé que hay algo más que no me está contando… Otro secreto. Y no pienso tragar con más mentiras. Seguro que hay infinidad de trapos sucios que todavía desconozco de él. Mateo tenía razón desde el principio…

Ahora mismo tengo clara mi postura sobre nosotros, aunque me sienta devastada. Ya se me pasará… Estoy más segura que nunca de que el amor es una maldita enfermedad. Solo rezo para que sea pasajera y no crónica…

Lo que peor llevo es llorar por cualquier cosa. Estoy tan baja de moral que no puedo ni escuchar música. Solo valgo para trabajar y centrar mi atención en problemas más serios que los míos. Llevar un arma pegada a mi piel me reconforta mucho ahora que vuelvo a sentirme sola en el mundo.

Sentirse solo no es estar solo. Quitaos eso de la cabeza. Sentirse solo es no poder confiar en nadie para contarle cómo te sientes de verdad, sea bien o mal. Porque no poder compartir las alegrías es de lo más triste que hay en esta vida. Casi tanto como las penas. O más…

La estridencia del teléfono fijo de mi despacho me hace volver a la realidad y me recorre un familiar escalofrío al oírlo. Cada vez que ese cacharro suena, me temo lo peor.

—¿Sí? —contesto cohibida.

—Keira… —Es Ulises—. Baja. Ástor está aquí. Está detenido…

—¿Cómo que está detenido? —repito con el corazón en un puño.

—Sí… Se ha entregado él mismo… Ha venido a confesar un crimen.

Se me abre un agujero negro en el pecho por el que cabría toda la galaxia. Mi presión arterial se desploma. Veo borroso y empiezo a sudar… «¡No, por Dios…!».

—¿Puedes venir? Estamos en la sala tres.

—Voy ahora mismo.

No sé ni cómo echo a correr con semejante bloque de cemento en el estómago. «¡¿Qué coño está haciendo…?! ¡¿Se ha vuelto loco?!».

Puedo contar que amenazó con hacerlo para que soltasen a Carla. Y no hay pruebas de que lo hiciera él. ¡Este hombre va a matarme a disgustos!

Tardo una eternidad en llegar a la maldita sala tres. En la antesala de la cabina me encuentro a Ulises y veo que Ástor está dentro, solo.

Verle me causa una pequeña arritmia.

Joder… Por mucho que me engañe, nunca voy a poder superar lo mío con ese hombre. Y lo sé porque, teniendo en cuenta que estaría guapo hasta recién salido de un incendio, no tiene buen aspecto y sigue atrayéndome más que nunca. Su dolor es magnético para mí. Tiene la típica cara de alguien que ha perdido al amor de su vida hace cinco días y no le interesa seguir viviendo. Trago saliva.

—¿Qué pretende con esto? —protesto de mala gana—. No pienso dejar que lo haga. Cerrarán el caso y nunca encontraremos al culpable, ¿eso es lo que quiere?

Ulises me mira aprensivo.

—No se trata de Sofía… Ha confesado lo de su padre.

Me quedo paralizada, mirándolo de hito en hito. ¿Qué ha hecho qué…?

—Hostias…

—Sí.

—¡Qué tonto es! —exclamo enfadada—. ¿Lo vas a llevar tú?

—Qué va… No me han dejado. Saben que somos amigos…

—Hay que revisar el informe que hagan. ¡Todo depende de eso! Y necesita un abogado ya. ¿Has llamado a Charly?

—Sí. Me ha dicho por mensaje que estaba viniendo, pero…

—¿Podemos fiarnos de él? —pregunto con cautela.

—Y yo qué sé… —murmura Ulises, cabizbajo.

Me toco el pelo con nerviosismo. Esto es grave.

—Voy a entrar…

—¿Estás segura? —Me frena.

—No… ¡No estoy segura de nada, joder, pero el muy imbécil trata de autodestruirse y tengo que impedirlo!

—Igual verte lo hunde más y termina diciendo lo que no debe… —me avisa temeroso—. No lo alteres, Keira…

Maldigo en silencio.

—¡¿Cómo se le ocurre hacer esto?! —ladro furiosa—. ¿Cree que es un juego? ¿Esta es su forma de llamar mi atención?

—¿No has pensado que quizá no todo tenga que ver contigo? Que igual esto es lo que necesita para dejar de juzgarse a sí mismo por lo que pasó…

Sus palabras me desestabilizan, me hieren y me dan ganas de llorar.

—Pero… ¡podría ir a la cárcel si cuenta mal la historia! Y créeme, la cuenta de culo…

—Todo irá bien…

—¡¿Quién nos lo garantiza?! —digo al borde de la histeria.

—Tranquila… Pero tú no digas que ya lo sabías, Keira. No seas kamikaze, que te conozco…

Ulises me mira retándome a contradecirle.

—¡Me da igual lo que me pase! No dije nada porque yo me dedico a atrapar psicópatas, ¡y Ástor no lo es!

—Opino igual. La casuística lo es todo. Si Ástor no hubiera estado ahí, ya no tendría madre. Para mí era ella o él…

—Hay gente que está mejor muerta… —sentencio obcecada.

—Que no te oigan decir eso, Keira —resopla Ulises preocupado—. Estás demasiado implicada, joder… Mejor no entres. La cinta está grabando. Quédate aquí, que todavía podríamos liarla más…

—¡¿Y tú no estabas implicado en el caso de Sofía?! Odio tu doble rasero, Ulises, en serio…

—No es lo mismo que te ciegue el acusado que la víctima…

—¡Es lo mismo cuando el acusado es la víctima!

En ese momento llega Charly, y no me pasan desapercibidas las intensas miradas entre él y Ulises. No se veían desde el día D. Me refiero al desembarco de mi alma en el infierno. Cuando descubrimos lo de la maldita web SugarLite en casa de Ástor…

—Charly… —lo saludo con apremio—. No hay tiempo. Escucha… Es VITAL que la historia del informe que haga el policía quede bien redactada. Revisa el doble sentido de cada palabra…

—¿De qué coño va esto? ¿Qué ha hecho esta vez el imbécil de Ástor?

—Ha confesado que mató a su padre… —explica Ulises.

—¡¿QUÉ…?! —El abogado abre mucho los ojos y se queda lívido.

—Pero no fue así —me apresuro a corregirlo.

Se lo cuento lo mejor que puedo en un par de frases y Ulises me ayuda interviniendo de cuando en cuando.

Cada vez que él habla, a Charly se le van los ojos hacia su boca y siento que deja de prestar atención a lo que le estamos diciendo.

—¡Esto es muy importante, Charly! —Lo sujeto por un hombro—. Ástor puede ir a la cárcel si ese informe no se redacta bien. No le dejes decir NADA o la cagará con una de sus frases autodestructivas…

—Deberías entrar y decírselo tú misma, Keira —me recomienda Charly, acojonado—. Seguro que está en plan fatalista ahora mismo…

Ulises me mira.

—Dile que se centre en la atención que brindó a su madre mientras estaba aturdida antes de saber que su padre se encontraba en el fondo de la piscina. Seguramente comprobaría sus constantes vitales. Y dile que declare que cuando miró hacia el agua su padre ya no se movía.

—Me contestará que eso es mentir.

—¡Ástor ni se acuerda de lo que pasó! —exclama Ulises, alterado.

Charly lo mira sorprendido.

—Voy a entrar —decido, atacada de los nervios. Porque no me fío ni un pelo de Ástor.

Me adentro en la sala y sube las cejas al verme. Capta que estoy cabreada en una décima de segundo y se humedece los labios.

Me quedo de pie delante de la mesa y apoyo las manos en ella.

—Ástor… —digo muerta de miedo—. Escúchame bien, ¿vale? Quiero que cuentes los hechos. Solo eso. Lo que pasó segundo a segundo. No quiero que cuentes cómo te sentiste, solo lo que hiciste, ¿me has entendido? Te lo preguntarán muchas veces, repite siempre la misma secuencia. Redacta las acciones mecánicas que realizaste, no las que no realizaste. ¿Queda claro?

Lo veo asentir y respiro aliviada, aunque me preocupa que su mirada sea tan lúgubre.

—Contaré exactamente lo que pasó… —dice sin más.

Sí, pero me preocupa que cuente «lo que él cree que pasó», e insisto: —Te la estás jugando, ¿me oyes? No exageres ni dramatices, Ástor. No quieren conocer tus emociones, solo tus acciones.

Seguramente cuando miraste hacia el agua el cuerpo ya no se movía o ni te acuerdas, porque estabas en *shock*.

Sus ojos empiezan a brillar sospechosamente, y coloco mi mano sobre la suya para que no se desmorone. Me la agarra y se la lleva a la cara para ocultarse tras ella. Roza sus labios contra el dorso de mi mano y lo siento en todas partes. Segundos después, me suelta.

—No te preocupes por mí, Keira. Solo necesito que alguien que no me conozca de nada lo juzgue. Contaré la verdad. La pura verdad. Y que ellos decidan…

«Me cago en todo».

—Vale. Bien —digo preocupada—, pero esto no va de confesar tus deseos más oscuros, Ástor, sino tus acciones en ese momento. Recuérdalo, por favor… —digo visiblemente afectada—. Fuiste a salvar a tu madre. Nada más. No hiciste nada más. No tenías que hacer nada más. No podías…

—Inspectora Ibáñez… —oigo detrás de mí la desagradable frecuencia de voz del tío más repelente de toda la comisaría.

También es mala suerte…

—Ah… Hola… Yo ya me iba…

Me largo antes de que me pregunte nada y me cruzo con Charly que entra detrás de él.

Ulises y yo nos quedamos fuera de la sala, pegados al cristal, escuchándolo todo.

Junto las manos, entrecruzando los dedos, y apoyo la boca sobre ellos.

Es la peor media hora de mi vida. Nuestro compañero no deja de lanzar constantemente las mismas preguntas a Ástor de formas enrevesadas para que varíe su versión. Típico de estos procedimientos.

—Creo que lo tengo —dice un rato después, dando por finalizada la sesión—. Solo tiene que firmar aquí, señor De Lerma.

—¿Puedo leerlo antes? —pregunta Charly, avispado.

—Claro…

Lo comparte con Ástor, pero este apenas ojea el informe.

—Perdón, pero aquí —señala Charly—, donde pone: «El acusado no fue a socorrer a la víctima de la piscina», ¿no sería mejor poner: «El hijo de la víctima vio al atacante en la piscina y, consciente de que ya no podía hacer nada por él, no lo socorrió»? Creo que es exactamente

lo que el señor De Lerma ha dicho. Escrito así, parece que no quiso salvarlo, ¿no cree?

—Ese es mi chico… —musita Ulises con orgullo.

El policía mira a Ástor, que se remueve en la silla, loco por subrayar que no quería salvar a su padre. Aun así, el duque vuelve el rostro hacia el cristal y, aunque no puede verme, se calla al recordar mis palabras.

—¿Fue así? —le pregunta el policía—. ¿Cree que ya no podía hacer nada por él?

Cierro los ojos con fuerza como si Ástor fuera a lanzar un penalti.

—No lo sé… —responde apocado.

—Él estaba agachado sobre su madre, intentando reanimarla, ¿verdad, Ástor? —sale a su paso Charly.

—Sí…, estaba con mi madre.

El agente reflexiona un instante, y se dispone a borrar la frase con uno de los bolígrafos con goma que usamos en la comisaria para, acto seguido, reescribir el texto.

—¿Le parece bien así?

—Perfecto —confirma Charly, aliviado tras unos segundos. Y sigue leyendo hasta el final—. Está bien…

—Pues fírmelo, señor De Lerma, por favor…

Ástor coge el bolígrafo y obedece sin pensar.

—Puede irse.

—¿Puedo irme? —pregunta perplejo.

—Sí, ya le he tomado declaración. Le citarán para un juicio rápido, si es necesario.

—Pero… No lo entiendo… ¿Me dejan en libertad?

—Señor De Lerma, sus remordimientos de conciencia no son nuestra prioridad. No es usted peligroso, ni un asesino en serie ni una persona violenta. Según mi discrecionalidad policial, no merece ser incriminado por esto.

—¿Qué es la «discrecionalidad policial»?

—Que yo decido, basándome en mis principios, mis valores y mi experiencia personal, que usted no representa un peligro para la sociedad. Sus limitaciones humanas no le permitieron dar más de sí en un momento estresante, pero no es el causante de los hechos. No estaba usted en plenas facultades para hacer más…

—Pero…

—Muchísimas gracias —contesta Charly por Ástor—. Esperaremos esa citación. Buenas tardes, agente…

Mira a Ástor con ojos inquisitivos para que se calle mientras el policía recoge los papeles.

Cuando se quedan solos, entramos en la sala en tromba.

—¡La madre que te parió…! —lo riñe Ulises—. ¡Charly te ha salvado el culo! Le debes una enorme…

Ástor lo mira extrañado y mantienen una conversación silenciosa. Luego me mira para saber mi opinión.

—Te has arriesgado mucho… —le digo enfadada.

—Bueno… —Evade la bronca poniéndose de pie—. Al parecer, ha salido bien. Han dicho que puedo irme, y me voy. Hasta otra, chicos…

«¿Cómo que "hasta otra"?». Alucino pepinillos. Va a ser verdad que no lo ha hecho para verme a mí…

—¿Podemos hablar un momento, Ástor? —digo deteniéndole.

—Sí, pero aquí no, mejor en la calle… —contesta seco.

Echa a andar y lo sigo. ¿Por qué está tan raro?

Vale que después de nuestro último cruce de palabras no ha habido más comunicación por parte de ninguno de los dos, pero pensaba que estaría más… accesible. ¡Lo noto totalmente cerrado en banda!

Salgo a la calle tras él y el sol de la tarde me ciega por un momento.

—¿Por qué lo has hecho, Ástor? Dime la verdad… ¡Era arriesgado!

—«Remordimientos», lo ha llamado el agente.

—¿Por qué ahora? —Busco el calor de su mirada, pero es de hielo.

—Porque me has demostrado que nadie va a confiar nunca en un criminal…

El silencio deja que sus palabras me escuezan.

—Yo nunca te he visto así. Ni cuando me lo contaste ni ahora.

—Mentira. Tú nunca has confiado en mí, Keira… —Aparta la mirada.

¿De qué va? ¡He confiado como una tonta en él, de hecho!

—¡Lo hice en muchas ocasiones! Y me he sentido engañada cada vez… La puja, el vídeo en tu despacho, ahora la web… Tienes muchos secretos, Ástor, y has tratado de ocultármelos deliberadamente

mientras te convencías a ti mismo de que me querías… Pero eso no es querer. Querer es confiar. Y yo ya no confío en ti. Sé que me escondes muchas más cosas…

—Te equivocas, Keira. No trato de ocultarte nada deliberadamente.

—Ah, ¿no? ¿Y quién es Nat?

—¿Qué…?

—Nat. A veces pronuncias su nombre en sueños. ¿Es una exnovia?

—Es… una de mis «terapeutas especiales».

—¿Una? ¿Es que tienes varias?

—Sí. Es la que me ayuda a gestionar el dolor… Trabaja en el Dark Kiss. Es un ama de BDSM. Solo ella sabe castigarme como necesito…

Lo que oigo me atraviesa el corazón. ¿Lo castiga? Pensar en alguien infringiéndole dolor me pone enferma.

—¿Has estado con ella esta semana? —pregunto haciéndome la dura. Sabiendo que la respuesta dolerá.

—¿Qué importa eso?

¿Lo veis? Ha dolido…

—Quiero saberlo, Ástor.

—Desde que Sofía apareció muerta, no he vuelto a estar con ella…

—¿Y en verano?

—Sí…

—¿Y cuándo pensabas volver a verla si seguíamos juntos?

Se hace el remolón ante mi tercer grado.

—Eso ahora ya no importa…

—¡¿Cuándo, Ástor?!

—¡Nunca! —grita severo—. Cuando estás conmigo, no la necesito.

—Claro, porque quererme ya es suficiente castigo para ti, ¿no?

Se muerde los labios porque le he pillado. ¡Esto es el colmo…!

—¡Joder, Ástor…!

—No te preocupes más por mí. Me irá bien. Adiós, inspectora…

Hace el amago de marcharse y flipo tanto que lo sujeto del brazo.

—¿«Adiós, inspectora»? Pero ¡¿qué coño te pasa?!

—Nada… —contesta serio—. Te avisé, decidiste y se acabó. Ya no estamos juntos, Keira. De hecho, no quiero volver a verte nunca.

Me duele mucho oír su abierto rechazo. Es como si ya no respirásemos el mismo aire. Como si nunca me hubiera querido. ¿Por

qué se comporta como si yo tuviera la culpa de todo?

—Me pediste que confiara en ti, ¡pero es imposible confiar en alguien que te oculta tantas cosas! —exclamo en mi defensa—. Yo te he contado detalles de secreto de sumario de la investigación que no debería compartir con nadie bajo ningún concepto, y tú sigues ocultándome información crucial… ¡Me siento estúpida!

—No soy perfecto, Keira. Cuando me conociste cargaba con muchas mierdas, y no te las conté por miedo a que te alejaras de mí cuando las descubrieras, como finalmente has hecho. Y no puedo depender de alguien así, tan cobarde. Porque cada vez que discutimos, actúas igual. No luchas. No perdonas. No me das el beneficio de la duda… Que desconfíes así de mí hace que yo desconfíe de ti, de cuánto me quieres en verdad y de cuánto ves realmente en mi interior…

Notar cierto desengaño en su voz me tortura como nunca, y vuelvo a arremeter.

—¡Que necesites ocultarme cosas significa que tú tampoco me ves! ¡Que no aciertas a entender que yo te habría apoyado en todo, como lo hice ciegamente desde el primer día que te conocí! Te pedí que fueras cien por cien sincero conmigo ¡y no lo fuiste…! A Ulises ni se le pasa por la cabeza esconderme nada, porque él sí confía en mí. ¡Pero tú no! El desconfiado eres tú, Ástor, yo he confiado en ti una y otra vez… Pero los hechos hablan por sí mismos. Nunca te he fallado.

Ahora la que se larga soy yo. Se acabó. ¡No he hecho nada malo! Tengo la conciencia muy tranquila…

Vuelvo a la sala tres pensando en su horrible actitud, y al abrir la puerta me doy de bruces con una conversación acalorada entre Ulises y Charly.

—Perdón… —intento recular por haber interrumpido.

—Tranquila, ya me iba —dice Charly, malhumorado, esquivando a Ulises de mala gana. Mi amigo baja la cabeza disgustado.

Otros que no han solucionado nada.

—¿Estás bien? —pregunto a Ulises, y niega en silencio.

—Parece que en esa universidad les dan clase para ser tontos del culo… —opina desabrido.

—Sí. Y los dos sacaron matrícula de honor —remato—. ¿Un café?

—Vale… Esto ha sido el colofón de una semana de mierda…

Al llegar a la zona donde está la preciada máquina, le pregunto: —¿Qué le pica exactamente a Charly? En mi opinión, debería estar de rodillas ante ti…

—Pues está enfadado conmigo.

—¿Él? ¡Tendrá valor…! ¡Si te la ha metido doblada con lo de la web!

—El problema es justo el contrario, que no me ha metido nada de nada… y acaba de echármelo en cara.

Sonrío sin querer, pero es que… ¡vaya tela!

—Así que, ¿después de dos semanas siendo los osos amorosos, todavía no le has dado acceso a tu arcoíris? No me extraña que esté cabreado…

—¿Por qué? —dice Ulises manipulando su adorada cafetera.

—Hombre, a ver… No sé… Una relación es un *quid pro quo*, y parece que esta discusión te ha venido de perlas para evitar ese inevitable desenlace…

Lo veo achicar los ojos.

—A ti sí que te ha venido de perlas, Kei… Ya no te quedaban excusas para alejarte de Ástor y su gran linaje de duques. Te llevó al *château* y te acojonaste viva, reconócelo…

—¡Eso no tiene nada que ver! ¡El problema es que Ástor es como una puta piñata que no deja de soltar sorpresitas afiladas con cada golpe que recibe!

—Exacto, son golpes que le dan a él. Y hoy casi se lleva el definitivo.

—¿A qué te refieres?

Suspira con desgana como si no quisiera contármelo.

—No te va a gustar oírlo…

Más sorpresas. Genial…

—Alguien ha intentado atropellar a Ástor en la universidad.

—¿Qué…? —Me quedo pillada—. ¿Estás seguro?

—Yo estaba con él. Y menos mal…, si no, ahora mismo estaría en el hospital. O muerto.

—¿Qué me estás contando…? —alucino—. ¿Has identificado el coche?

—Era negro con cristales tintados y tenía la matricula tapada.

—¡No fastidies! —Me cojo la cabeza.

—Y hay más…

—¡Cómo no! —protesto irónica.

—Voy a pedirme una excedencia para ser su escolta, Kei…

—¡¿QUÉ?!

—Me necesita…

—¡Yo también te necesito…!

—¿No quieres que Ástor siga vivo?

—¡Claro que sí…! ¡Pero…!

—En realidad, lo hago por ti.

Niego con la cabeza, sobrepasada, y empiezo a enfadarme de verdad.

Esto no me gusta. No me gusta nada. Es peligroso que Ulises proteja a Ástor teniendo este último tantos secretos. ¿Quién sabe qué más oculta y quién quiere acabar con él? ¡Ese puesto de trabajo es un suicidio en ciernes…!

—Piénsalo bien, Ulises… Ástor tiene una doble vida. Sus secretos te explotarán en la cara, como a mí, ¡y encima es un puto masoquista! Me ha dicho que necesita sentir dolor y ser castigado… ¡Está loco, joder! —exclamo con los ojos llenos de lágrimas sin derramar—. Por eso me he alejado de él. ¡Porque no es seguro estar a su lado!

Ulises me frota un hombro para intentar consolarme.

—Si pudiésemos controlar de quién nos enamoramos todo sería muy fácil. Ástor lleva años mal, pero podemos ayudarlo y convencerlo de que deje atrás todos sus demonios. ¿De quién crees que ha sido la idea de que se entregue hoy? —dice subiendo las cejas.

—¿Tuya? —pregunto casi sin voz.

Mi amigo asiente despacio.

—Le he obligado a contármelo y he visto claro lo que necesitaba. Tú no, porque le quieres demasiado como para arriesgarte a perderlo, pero a veces, una visión objetiva viene bien.

—Me ha dicho que soy una cobarde y que siempre huyo cuando hay problemas, ¡pero no huiría si sus mentiras no me humillaran constantemente! Me he abierto a él y hemos estado mejor que nunca… Sin embargo, cuando la cosa se pone fea parece que eso no significa nada para él… Siento que no confía en mí. Que no cuenta conmigo…

—Porque cuando «la cosa se pone fea» tú huyes, Kei… Hay que

saber estar también en las malas. Y déjame decirte que tontear con Mateo Ortiz no es lo más inteligente que has hecho…

—¡No estoy tonteando con él, solo estoy intentando solucionar el puñetero caso! ¡Esa es mi forma de ayudar a Ástor! ¡Porque él no estará bien hasta que Héctor lo esté! Y eso no ocurrirá hasta que Carla salga de la cárcel. Sofía estaba muy involucrada con la web SugarLite y con el Dark Kiss, y quizá por ahí encontremos algo, por eso me estoy pegando a Mateo.

—Pues Ástor sospecha de él. Y yo también. Ha sido salir a la luz lo de la web y que intenten atropellarle. Me huele mal, Kei. ¿Mateo y tú habéis quedado hoy?

—Sí, esta noche…

—Joder, ¿por qué quedáis de noche? ¿No ves que quiere liarse contigo? ¿O es que ya lo habéis hecho?

—¡Oye, pero ¡¿tú de qué vas exactamente?!

—¡Es que parece que estás ciega, Keira! Es evidente que quiere algo contigo y te está llevando por donde le conviene para que odies a Ástor y, en cambio, confíes en él. Si no lo ves, no puedo ayudarte… —me reprocha.

—Pensaba que tenías más fe en mí —digo herida—. Si hablases conmigo, sabrías que yo ya no confío en nadie. Ni siquiera en ti…

Ulises me mira dolido.

—¿No confías en mí?

—Tú también estas ciego… Porque Charly puede decir misa, pero no sabemos cómo fueron las cosas de verdad con Sofía en los últimos momentos. ¿Y si manipuló su teléfono…? Si tenía acceso a su móvil, pudo dejarlo preparado para que todo fuera como él dice que fue. Y no te veo cuestionándolo, Ulises, solo te veo queriendo dejar tu trabajo para pegarte a Ástor y estar todavía más cerca de Charly.

—¡Lo hago por vosotros, joder! —exclama agraviado.

Nunca habíamos discutido así… O quizá es que nunca habíamos vivido y amado de verdad.

—Venga, sé sincero… —lo reto—. En el fondo, lo haces para recuperar a Charly.

—¿No me has oído? ¡Casi atropellan a Ástor delante de mis narices! ¡Alguien va a por él! ¡Eres tú la que está obnubilada con Mateo y sus pistas de mierda! ¿A quién coño le ha contado lo de la

web? ¡Eso es lo que tenemos que averiguar! ¡Porque uno de sus clientes pudo haber matado a Sofía solo para que se destapase quién era el dueño de la web! ¡¿No lo has pensado?!

—¡Claro que lo he pensado! ¡Por eso quiero resolver el caso de una jodida vez, pero no puedo hacerlo desestimando a gente porque son nuestros amigos! Carla, Charly, Ástor… ¡Cualquiera de ellos pudo hacerlo en realidad!

—¡¡¡Ástor no ha sido, joder!!! —grita Ulises fuera de sí—. ¡¿Cómo puedes dudarlo todavía?! ¡No lo entiendo, te lo juro! ¡Y él tampoco! No me extraña que no quiera estar contigo…

—¡¡BASTA!! —exclamo rabiosa.

De repente, soy consciente de que toda la comisaría nos mira. Seguramente estamos dando la imagen de la típica pareja celosa, pero me da asco lo equivocados que están y ni me molesto en aclarárselo.

Vuelvo al despacho cabreada, y a los dos minutos Ulises aparece porque también es el suyo.

No le hablo. Lo último que necesito es que se ponga de parte de Ástor. Me atormenta lo ciego que está. Que estamos. Esto es demencial…

—Nos tienen en el bolsillo, joder… —dilucido—. A los dos, Ulises. Lo de la web ha hecho que me dé cuenta de ello. ¡Nos tenían obnubilados…! ¡Nos tenían jurándonos amor eterno mientras se guardaban esa información tan importante! Por eso ya no confío en nadie. Ni en ti, porque estás encoñadísimo. ¿De verdad confías plenamente en Charly? ¿O en Carla? Porque yo ya no. Estoy siguiendo la pista de Mateo porque es en lo único que me puedo permitir creer.

La expresión de su cara y las pocas ganas de rebatírmelo me chivan que, en el fondo, Ulises está de acuerdo conmigo. Por eso sigo con mi campaña.

—Respóndeme a esto y sé sincero: ¿ni se te pasa por la cabeza que Charly pueda haberse liado contigo solo para que lo descartes como sospechoso?

El dolor atraviesa su cara ante semejante idea y me mira furioso.

—Ese es tu problema, Keira… Lo ha sido siempre; no es nuevo. Que no te fías de nadie… Ni siquiera de ti misma. No sé si ha sido Charly o no, pero nunca dudaré de lo que siente por mí. No es problema mío si no sabes diferenciar cuándo las muestras de afecto

son verdaderas y cuándo falsas…

Se va cabreado del despacho, y siento que la he cagado al poner en duda su relación. Y la mía. ¿Tiene razón? ¿Tanto me han dañado todos los hombres de mi vida? Mi padre, el abandonador; mi padrastro, el abusador; mi ex, el psicópata… Y mi actual novio, el mentiroso.

«No soy perfecto, Keira».

«Cuando me conociste cargaba con muchas mierdas, y no te las conté por miedo a que te alejaras de mí».

«Hay que saber estar también en las malas».

Y ahora son peores que nunca… Pero tengo un plan.

Hago unas llamadas y mando un mensaje a Ulises para que venga esta noche a la quedada con Mateo. Lo lee, pero no contesta. No sé si aparecerá… Espero que sí porque necesito llegar al fondo de este asunto, y solo hay un lugar en el que podemos hacerlo: el Dark Kiss.

keira

21
Métodos infalibles

Viernes, 7 de noviembre
22.00 h.

Cuando el taxi me deja en la puerta del Dark Kiss me siento rara.

El recuerdo de estar aquí con Sofía en una misión similar hace que la eche muchísimo de menos. Ella fue un portal a otra clase de vida. Me despertó, me inspiró y me incitó a aceptar partes de mí misma que ni sabía que tenía. Y le debo al menos hacerle justicia.

Quizá haya arriesgado demasiado con mi vestuario. Me he puesto un vestido que tenía sin estrenar. Lo compró Ástor para cumplir ciertas fantasías eróticas alguna noche íntima en la que no saliésemos de casa… No digo nada y lo digo todo…

El diseño es bastante simple. Muy corto, palabra de honor y de

cuero negro. *C'est fini.* Me he recogido el pelo en una coleta alta tipo poni y llevo unas sandalias negras de tiras. Solo me falta el antifaz y podría ser cualquiera.

Cuando Mateo llega, con un traje negro y una camisa blanca, sonríe de forma pícara al verme.

—Madre mía… Intento ser buen chico, ¡pero no me lo pones nada fácil, Keira!

Se recrea de más al darme dos besos a modo de saludo.

—Gracias por hacerme sentir culpable por provocarte —zanjo.

—Eh… —Levanta las manos—. Solo he dicho que estás muy guapa. A pesar de lo que puedas pensar, la mayoría de los hombres tenemos autocontrol; los que no deberían estar enjaulados como el resto de los animales del zoo… En mi opinión ¡una mujer guapa es un disfrute para la vista de todos los sexos. Y quien tenga un problema con eso… que vaya a un psicólogo.

Lo miro pensativa. Acabo de descubrir por qué Mateo me cae bien. Resulta que me devuelve la fe en la raza humana. Vale que no para de soltar frases que le haría tragar junto con cristales rotos, pero no deja de refutar las mías con maestría. Me gana matizando la delgada línea entre un piropo y un comentario lascivo. Entre la caballerosidad y el micromachismo. Entre ser un capullo o alguien que dice gilipolleces sin maldad… Y ser capaz de diferenciarlo me hace sentir bien conmigo misma.

—¿Crees que Ulises vendrá? —me pregunta entonces.

—No lo sé, démosle cinco minutos de cortesía…

Miro alrededor, nerviosa, pensando que puede que Ástor esté aquí esta noche. Tengo la sensación de que en cualquier momento se apeará de un deportivo caro y dará las llaves a uno de los aparcacoches mientras me clava una mirada afilada por verme con Mateo, como si fuera una fresca…

Y ya estoy otra vez. ¿Por qué me llamo «fresca» a mí misma? ¿Acaso la largura de mi falda compite con la de mi libertad?

Consulto la hora en mi móvil. No es propio de Ulises retrasarse y ya van cinco minutos. En cuanto inspiro y espiro, lo veo bajarse de un taxi más guapo que nunca.

Sonrío al ver que también va todo de negro, a juego con su alma. La única nota de color son unas finas líneas rasgadas en oro en el

estampado de su camisa, que lleva abierta hasta el tercer botón como si fuera un maldito *gigolo*.

—¡Hola! —saludo aliviada.

—Hola…

—Estás genial… ¿De dónde has sacado esa camisa, Ulises?

—De una tienda —murmura sin querer entrar en detalles.

—Pues es superchula. Muy tú…

—Gracias. Tú también estás muy tú, Keira. Solo te falta el látigo…

—Gracias. —Sonrío complacida por su enfoque.

—¿Cómo hacéis para derrochar tanta tensión sexual? —pregunta Mateo, curioso.

Es tan… políticamente incorrecto y cómico a la vez.

—Es pura bioquímica. ¿Entramos ya? —digo nerviosa por si aparece quien yo me sé…

Ulises adivina mis temores ducales y echa un vistazo alrededor. Es obvio que él también se ha planteado que Charly puede estar aquí. Ese tercer botón desabrochado lo ha delatado…

Nos acercamos a la puerta y el abogado habla con el responsable para que nos dejen entrar gratis.

Al adentrarnos en el local la oscuridad me envuelve y siento escalofríos al recordar la última vez que estuve aquí. Tuve el mejor orgasmo de mi vida y dejé el suelo perdido de… Dejémoslo…

Nos instalamos en un reservado y pedimos tres copas.

La misión está clara: abordar al sospechoso y hacerle hablar. Solo que Mateo piensa que el sospechoso es Juan Manuel Montreal, el tío que discutió con Sofía, y para nosotros el sospechoso es… el propio Mateo. ¡Tachán!

Se ha tragado que voy a ser el cebo y que haré lo necesario para sonsacar información a ese tío, a Juan Manuel, pero a quien queremos sacar información es a él y a su ferviente interés por Ástor de Lerma. Por eso Ulises ha accedido a venir. No doy un duro por que el cliente de la web SugarLite me diga nada interesante. En cuanto le pregunte, sabrá que soy poli y saldrá por piernas…

—Estáis muy tiesos —comenta Mateo—. Hay que disimular un poco más. Fingir que lo pasamos bien. Que estamos calientes y esas cosas…

—Qué más quisieras —le contesta Ulises, serio—. ¿Estás seguro de

que ese tal Juan Manuel va a venir aquí esta noche? ¿Cómo lo sabes?

—Porque siempre viene los viernes de principios de mes, me lo han confirmado. Se queda un rato por la zona de la barra hasta que elige una chica y luego va a un reservado con ella. Y si cuaja, pasan a mayores dentro… Es su *modus operandi*. Y hoy tienes que ser tú, Keira… No te costará nada que caiga en tus redes así vestida…

Me trago señalarle que el físico no lo es todo y que mi plan es freírle el cerebro con mi inteligencia…

—El que ha caído en nuestras redes eres tú… —suelta Ulises. Y no doy crédito. ¡¿Por qué se destapa?!

De pronto, un morenazo alto con un antifaz y una camisa blanca se acerca a nosotros. Y solo hay un tío al que le queden así las camisas…

¡Es Ástor!

Pero no me mira a mí. Está totalmente centrado en su presa, el letrado.

Mateo se pone de pie precipitadamente para huir, pero un guardaespaldas de Ástor aparece de la nada y le deja claro que no tiene escapatoria. ¡Es Charly! En ese momento Ástor pone una mano en el hombro a Mateo y le hace volver a sentarse a la fuerza. La tensión es palpable.

—Hombre, Mateo… —lo saluda pasivo-agresivo—. Eres muy caro de ver, ¿sabes? Qué suerte encontrarte aquí y que podamos charlar en persona, como no me coges el teléfono…

—Iba a llamarte…

—Sí, claro… —Ástor finge una sonrisa escalofriante—. Pues aquí me tienes… No te cortes. Explícate… ¿Por qué has decidido joderme la vida?

Mateo me mira incómodo, queriendo saber si yo he participado en esta encerrona. Espero que mis ojos le dejen claro que no. Los de Ástor revisan el gesto y coinciden con los míos por un momento, pero aparta la vista enseguida.

—No creas que voy a cortarme porque Keira esté delante —lo avisa—. Ella ya sabe lo cabrón que soy y ya me ha hecho la cruz… Así que, venga, cuéntame, ¿por qué tanto interés por descubrir quién estaba detrás de la web SugarLite? Me han dicho que llegaste a pedir trece órdenes antes de que te la concedieran… ¿A qué venía tanta

insistencia?

—Sofía era usuaria de la web y pensé que podría tener relación…

—Qué feo es mentir, Mat… —murmura Ástor, vacilón.

—No estoy mintiendo…

—Te lo preguntaré de otra forma: ¿cuál de tus clientes te pagó un dineral para que lo averiguaras? Confiesa…

El abogado me mira acorralado y dice:

—No sé de qué me estás hablando, de verdad…

Ástor respira hastiado, y me asusto cuando me mira fijamente.

—Keira, cariño…, vas a tener que marcharte —dice relajado. Y no puedo creer lo que oigo—. Mateo no va a hablar delante de una poli…

—No te vayas, Keira —me suplica Mateo, acojonado—. He oído que Ástor puede ser muy siniestro…

—Oh, las malas lenguas… Me encantan —replica el aludido—. Hacen que la leyenda crezca…

Lo miro flipando a todo color. ¡Ástor no es siniestro! Aunque con esta actitud, lo es un poquito. ¡Parece el maldito Joker…!

—Ástor no es peligroso —verbalizo. Y el silencio que recibo a cambio me deja en bragas, en todos los sentidos… ¿Lo es? Eso explicaría por qué me gusta tanto.

—¿Sabes qué pasa, cielo? —me explica Ástor, displicente—. Que aquí dentro no soy Ástor de Lerma… Creo que eso ya lo sabes. Aquí soy la peor versión de mí mismo, y te agradecería mucho que nos dejaras un momento. Ulises…

Con solo decir su nombre, mi mejor amigo viene hacia mí como si ya trabajara para él en vez de conmigo. «Pero ¡¿qué coño es esto…?!».

—Keira, acompáñame un momento, por favor…

—¿Cómo…? ¡Ni hablar! Pero ¿de qué va esto? ¿Os creéis unos mafiosos o qué?

Busco la mirada de Ástor, pero no se presta a engancharla a la mía.

—Keira…, confía en mí por una vez —musita Ulises. Y esa alusión a la conversación que hemos tenido esta misma tarde en comisaría me debilita sin remedio—. Ven a la barra conmigo. No van a hacerle nada… Solo quieren hablar. Por favor…

Me levanto y me voy vigilando a Ástor, que todavía no ha alzado la vista del suelo. Desprende un aire de justiciero que le sienta

demasiado bien. Es como esos tíos que no tienen nada que perder. Y aquí dentro, ahora mismo, nadie lo reconoce.

Ulises me empuja de la cintura hacia la barra.

—Espero que te pague bien por ser su gorila —mascullo con saña.

—Descuida, va a pagarme genial. Pero Ástor tiene razón: ese tío no va a soltar prenda delante de nosotros…

—¿Por qué no me has dicho que habías planeado esto con Ástor?

—Porque no es asunto tuyo.

—Ulises… —lo reprendo.

—Ástor me lo ha pedido. Mateo no le cogía el teléfono… Es un gilipollas y un cobarde. Y tú una ilusa si crees que lo de la web ha sido por casualidad…

Vuelvo a mirar hacia ellos y veo a Mateo negando profusamente.

—¿Creéis que han comprado a Mateo para que lo averiguara?

—Por supuesto que sí.

—Yo sigo pensando que ha podido ser el tío al que estamos esperando, Juan Manuel Montreal… Al menos hay que descartarlo…

—¿Hablas en serio, Keira? Suponía que solo habías venido para ver a Ástor otra vez y provocarle un cortocircuito entre su polla y su cerebro con ese vestido puesto…

Lo miro conmocionada. ¡La madre del cordero! ¡Ya no parece mi amigo, sino el de Ástor!

—¡No es eso, gilipollas! Estoy preocupada por él. Y después de lo que acabo de ver, mucho más…

—Deberías dejarle pasar página, si no quieres estar con él…

—Y tú a Charly, si no le vas a dejar disfrutar nunca de tu edén…

Nos retamos con la mirada al filo de un enfado. Pelearme así con Ulises es un nuevo escalón en nuestra relación.

—Joder… ¿Por qué nos peleamos? —formulo abatida.

Ulises inspira hondo acatando la culpa.

—Porque estamos bien jodidos…

—¿Has vuelto a hablar con Charly?

—Es obvio que no —admite echándole un vistazo.

El susodicho nos clava la mirada de lejos. Una mirada seria y letal.

—¿Qué vas a hacer con él, Ulises?

—No lo sé… ¡No sé nada! Mi vida es un caos desde que los conocí.

—La de todos.

Vuelvo a vigilarlos. Siguen charlando. Ástor parece más tranquilo y menos amenazante.

De repente, veo que Mateo me hace una señal y me avisa de que el sospechoso ha llegado. Lo localizo en la barra y me preparo. Ástor me mira serio de arriba abajo, captando mis intenciones.

—¿Qué se supone que vas a hacer con ese tío? —me pregunta Ulises, celoso. Es como si Ástor hablara a través de él.

—Lo necesario. ¿Recuerdas?

—Ten cuidado, Kei…

—Un poquito más de fe en mí, por favor.

—Eso mismo te pidió Ástor, y no se la concediste…

Me alejo de Ulises con ese puñal clavado en la espalda para orbitar al lado de mi objetivo. Me obligo a cambiar de actitud hacia otra más sugerente con el propósito de atraer a mi víctima. Quién me ha visto y quién me ve…

Los ojos del señor Montreal no tardan ni una milésima de segundo en caer sobre mí. Le sonrío, y me sonríe.

—Buenas noches, preciosa…

—Buenas… —respondo coqueta sacando pecho. No pierde detalle de cómo sobresalen por encima del palabra de honor.

—¿Estás sola…? ¿Puedo invitarte a algo?

—No veo por qué no —accedo—. Tomaré un Absolut con naranja.

—¿Cómo te llamas?

—Lucía. ¿Y tú?

—Un nombre precioso… Yo soy Juanma. Encantado…

Toma mi mano y me da un beso en el dorso. «Vaya, vaya… Un *gentleman*». Pero su caballerosidad se diluye cuando sus ojos tratan de aprenderse mi vestido como si tuviera que dibujarlo.

No le culpo; ninguna persona se viste así para que no la miren.

Juanma pide las bebidas, y el lenguaje de su cuerpo cuando se apoya en la barra es inequívoco. Está en modo conquista.

—¿A qué te dedicas, Juanma?

—Uy… —Sonríe enigmático—. Esa es una pregunta muy inusual.

Subo las cejas.

—¿Por qué?

—Porque casi todos venimos aquí a desconectar de quienes somos. Solo buscamos disfrutar, sin entrar en lo personal. El mero hecho de

estar aquí ya indica que te van bien las cosas, ¿no?

¡Planchazo!

La realidad de nuestros días dándome en el cogote. Lujuria y dinero. Fin de la conversación.

—Solo quería saber un poco más de ti… Tengo por norma no comerle la boca a nadie que pueda ser un narco al que le van bien los negocios. Créeme, Juanma, ya me ha pasado… Y por mucho que me apetezca, intento conocer un poco a la persona; aquí hay gente de todo tipo.

—Tienes razón… Yo también me he encontrado de todo. Pero por experiencia te digo que si hablas de más te buscas problemas… Alguna chica se ha presentado en mi despacho, o me ha esperado en el muelle donde tengo amarrado el yate o ha rondado mi casa…

—Y a tu mujer no le ha hecho gracia, claro…

Una sonrisa estalla en su boca.

—No mucha, no… —Da un trago a su bebida oscura—. Es broma, no estoy casado. Y ya estoy hablando de más… —Sonríe—. ¿Y tú qué? Espero que no venga nadie a partirme la cara cuando te bese dentro de unos diez segundos…

Esa frase hace que se me escape una risita. ¡Es bastante bueno ligando!

—Pues a decir verdad, te podrían caer hostias por todas partes. A tus dos y cinco y a tus nueve menos diez distingo a dos ex… Pero tenía la esperanza de que fueras amante de los deportes de riesgo.

Su sonrisa es perpetua ahora y, en vez de responderme, se acerca a mí para invadir mi boca y paladearla lentamente.

Para mi sorpresa, el beso no me desagrada. Los roces contra su áspera mejilla son agradables y diferentes. Morbosos. Y más sabiendo que Ástor me está mirando…

Es oficial. ¡Soy una zorra!

Y curiosamente, me da igual. Juanma ha jugado bien sus cartas y ahora me toca jugar las mías.

Cuando el beso se vuelve intenso lo freno, vergonzosa.

—Disculpa… Me he dejado llevar —me excuso—. La verdad es que es mi primer día trabajando aquí y no sé muy bien hasta dónde tengo que llegar… Solo soy animadora, se supone que no voy a pasar a la parte de atrás, pero no sé cómo avisarlo sin que… Lo siento…

—No te disculpes, no pasa nada —dice sin enfadarse.

—¿Tú sabes cómo funciona esto? Sofía, mi supervisora, no me ha dado muchas indicaciones. Vengo de una web de citas en las que el contacto físico no es obligatorio y tengo miedo de meter la pata aquí…

—Conozco a Sofía. Tiene muy buen ojo para las mujeres guapas —dice acariciándome la barbilla—. Y estoy seguro de que va a estar orgullosa de tu trabajo, porque me estás poniendo a mil, pequeña… Y esa es la misión de las chicas de esta zona de la sala, dejarnos a tono para que queramos acceder a la parte de atrás. Una vez que traspasas esas paredes, sabes que cualquier hombre o mujer estará dispuesto a satisfacerte; no vas a encontrar un «no» por respuesta. Pero a mí me gusta más esta zona, precisamente porque existe la duda. Así que estás en todo tu derecho a frenarme… Lo divertido es intentar que cambiéis de opinión.

Me guiña un ojo y me besa el cuello con delicadeza.

«¡Madre mía…! ¡¿Este tío es el sospechoso?! ¡Por favor…!». Estoy a punto de dejarme matar…

¿Carla rechazó a un hombre así estando soltera y sin compromiso? Me cuesta creerlo… Debía tener un buen motivo.

El aspecto, la elegancia y la carismática conversación de este tío se llevarían al huerto al noventa por ciento de las chicas. Y me incluyo.

De pronto recuerdo que, según nos contó Héctor, Carla tenía un severo problema con el sexo. Pero tampoco veo a este tipo forzando a nadie. Además, ha hablado de Sofía en presente…, es decir, que no tiene ni idea de que está muerta.

Echo un vistazo hacia Ástor aprovechando que Juanma sigue distraído hundiendo su nariz en mi pelo y… ¡ya no está!

¡Ástor se ha ido!

Chequeo a Ulises, que no nos quita ojo de encima, y veo que Mateo y Charly siguen hablando solos en el reservado. ¿Dónde se ha metido el duque?

Y automáticamente, lo sé. Con ella…

—Perdona un segundo…

Me disculpo con Juanma y me marcho hacia donde creo que Ástor puede estar. El mismo sitio por el que me llevó agarrada de la mano

hacia la zona de atrás.

—¡Keira! —Me alcanza Ulises—. ¿Qué pasa? ¿Adónde vas?

—A buscar a Ástor.

—¿Y el sospechoso?

—Él no ha sido. Cree que Sofía sigue viva. ¿Adónde ha ido Ástor?

—No lo sé, pero deberías dejarlo en paz, Keira…

—¡No puedo! ¡Le quiero! ¡Y va directo a hacerse daño! ¡Lo sé!

—Quizá Charly sepa adónde ha ido…

—¡Pregúntale, por favor! —le pido con ojos suplicantes.

Sigo a Ulises de vuelta al reservado, y su forma de agacharse sobre Charly y posarle una mano en el hombro hacen que él se derrita al momento. Noto sus pupilas dilatándose al máximo. Lo de estos dos es increíble…

Charly se levanta y nos dice que sabe adónde puede haber ido Ástor. Nos lleva a una zona que yo no habría encontrado ni por casualidad y se detiene frente a una puerta dorada.

—¿Estás segura de que quieres interrumpirle, Keira? Se va a cabrear y te mandará a la mierda —me advierte Charly, severo.

—No tengo nada que perder…

—Vale, pero dile que le has seguido, por favor. He hecho las paces con él hace tres segundos y no quiero que vuelva a enfadarse conmigo por irme de la lengua…

—De acuerdo. Tranquilo. Idos…

Ulises y yo nos miramos una última vez. Sus ojos me transmiten preocupación. Por mí, por Ástor, por él… «Uno por uno, por favor…».

Llamo a la puerta con el corazón desbocado y rezo porque alguien me abra. Lo hago repetidamente para que no se lo piensen mucho.

La hoja cede unos centímetros y acierto a ver a una pelirroja.

—¿Sí?

—¿Está Ástor contigo? Ástor de Lerma…

—Estamos ocupados…

En cuanto lo dice meto un pie entre el marco y la hoja para que ya no pueda cerrarla.

—Necesito verle ahora mismo.

—Ahora no puede…

—¡AHORA! —repito con dureza.

Empujo la puerta con fuerza para entrar, y la sorpresa gana la

partida a Nat, que protesta al desestabilizarse por llevar unos zapatos de tacón de aguja de unos quince centímetros.

Lo que veo me deja sin palabras…

Ástor está desnudo de cintura para arriba atado a una silla de cuero, de esas con diferentes sistemas de seguridad para sujetar pies y manos, como si fuera un animal. Se ve que les he interrumpido en el inicio, porque todavía no le ha quitado el pantalón ni aprisionado los pies.

Ástor me mira sorprendido y su ceño se frunce.

—¿Qué coño haces aquí?

—No. ¡¿Qué coño haces tú aquí…?! —exclamo enfadada.

—Vete ahora mismo.

Suena rotundo y desvía la mirada hacia otro lado.

—Ástor, ¿por qué haces esto…?

—¡Ha dicho que te vayas! —repite Nat con dureza.

Me vuelvo hacia ella, iracunda. «Esta no sabe con quién está tratando…».

—Te lo voy a pedir bien: déjanos un minuto a solas, por favor.

—Ni hablar. En este momento, Ástor está bajo mi responsabilidad.

—Soy policía —digo con autoridad—. No le pasará nada, tranquila. Sal de aquí…

Me mantengo firme con la esperanza de que se trague mi tono amenazante.

—Ástor, ¿quieres que me quede? —le pregunta.

—Espera fuera, Nat. Ella se irá enseguida…

La falta de fe en nosotros de Ástor me duele tremendamente.

En cuanto nos quedamos solos, me mira con seriedad.

—¿Qué quieres, Keira?

—¿Que qué quiero? —repito incrédula—. ¡Quiero que pares! ¡No quiero que estés aquí! ¡No quiero que te hagas esto a ti mismo…!

—Siento comunicarte que no estás al mando de mi vida. Vete.

—¡Ástor, joder…!

—¡Tú no lo entiendes! ¡Lo necesito!

—¡No lo necesitas! Y tampoco lo mereces…

—Vete, por favor… —musita derrotado—. Te lo suplico… Esto es lo peor que puedes hacerme, Kei…

—¿Por qué? —pregunto al borde de las lágrimas.

—Porque cuanto más tiempo estés aquí, más dolor necesitaré para distraerme de la angustia que me provocas…

Sus palabras me duelen en el alma.

—¿Yo te causo angustia?

—¿Tú qué crees? Acabo de verte besando a otro… Eres perversa, joder. No soy tan fuerte como tú crees… No puedo soportarlo todo y necesito que pare este dolor …

—¡Ese tío es el sospechoso por el que he venido! Y, por cierto, desconoce que Sofía esté muerta, así que ha sido para nada…

—Me da igual, Keira… Para mí engloba a todos los tíos que te besarán después de mí y que disfrutarán de algo que yo he amado intensamente…, y me duele demasiado. Vete de una vez…

—¿Y crees que a mí no me duele verte recurrir a Nat como si fuera tu salvavidas? ¿Una sádica dispuesta a torturarte con todo esto…?

Me fijo en los utensilios elegidos para infligirle un dolor profundo. Látigos de nueve puntas con pequeñas bolas de metal incrustadas al final, varios tamaños de velas encendidas para derramar sobre él cera caliente, pinzas para los pezones, una táser para electrocutarlo… ¡Por Dios…!

—Entre Nat y yo no hay nada —aclara con voz ronca—. Ni siquiera es un rollo sexual… Su labor es únicamente aliviar mi dolor psíquico desviando la atención hacia un dolor físico controlado. Es una experta en hacerlo, y me funciona muy bien. Por favor, Kei, vete…

Mi estómago se revuelve y suelto un «joder» antes de pasarme las manos por el pelo. No habrá nada sentimental ni sexual, pero les une un hilo emocional muy tóxico que me desvela que Ástor es más masoquista de lo que yo pensaba.

—No puedo irme, me siento responsable, Ástor… Dices que conmigo no necesitas hacerlo, y eso es ponerme entre la espada y la pared. ¿Si estoy contigo no te harás daño? No he visto mayor chantaje emocional…

—No es así… Solo me estaba engañando a mí mismo, Keira, porque no estoy en disposición, ni social ni psicológica, de tener una relación de pareja seria con nadie. La autolesión no es algo que se pueda abandonar de la noche a la mañana… Cuando llevas mucho

tiempo haciéndolo, llegas a depender de ello como un medio para manejar los sentimientos. Es un alivio instantáneo muy adictivo. Y sabía que tarde o temprano volverías a hacerme daño… Así que no, no pensaba dejarlo aunque estuvieras conmigo…

La presa de mis ojos cede y las lágrimas caen por mis mejillas.

—No soporto pensar que necesites infligirte dolor… por mi culpa.

—Pues es lo que hay. Siento no ser perfecto…

Me veo acorralada y pienso con rapidez cómo solucionarlo, pero no se me ocurre nada. Todas las jugadas de ajedrez que conozco terminan sacrificando al rey. Me limpio la cara avergonzada de que esta vez mi «sentir» gane la batalla al «pensar».

—Tenías razón, soy un mentiroso… —dice rendido—. Por un momento creí que tenía derecho a ser feliz contigo…, que podía permitírmelo…, y lo siento por esa mentira.

—¡Sí que tienes derecho! —exclamo indignada—. No deberías tener que pagar ningún tipo de penitencia por lo que ha ocurrido en tu vida, porque no es culpa tuya…

—Lo que tú digas…

—¡Yo no! ¡Te lo ha dicho un desconocido esta misma tarde! Piénsalo bien. Tú no provocaste su muerte…

—Ya…

—No. Ya, no. No fue culpa tuya, Ástor…

—Lo sé…

—No, no lo sabes. NO. FUE. CULPA. TUYA.

Me mira casi con odio, como lo hizo *El indomable Will Hunting* en su película. Estoy segura de que no la ha visto, pero es uno de los grandes momentos del cine. Robin Williams le repite una y otra vez a Matt Damon que no es culpa suya, hasta que se da cuenta de que autoengañarse es terriblemente humano. Una maravilla de escena.

—No fue culpa tuya… Y te lo repetiré las veces que haga falta, Ástor…

Se derrumba y baja la cabeza con una mueca dolorosa.

—Puede que lo de mi padre no, pero perderte sí ha sido culpa mía…

Me acerco a él. Sus ojos brillantes sostienen sus lágrimas, su ira y todo su amor por mí.

—No me has perdido… —musito acariciándole la cara.

Cierra los ojos de gusto sin poder evitarlo, como si estuviera seguro de que nunca más lo tocaría así. Como si yo pudiese permitirme esa temeridad.

—Voy a ayudarte a salir de todo esto, te lo prometo —le aseguro.

—No puedes… Olvídalo… Déjame solo.

—Va a ser verdad que no me conoces tanto —digo confiada—. Mis métodos son infalibles…

—He probado todo tipo de terapias y no funcionan…

—La mía funcionará.

Me mira con escepticismo, esperando a que se la ilustre.

—Es simple, Ástor. Y un poco políticamente incorrecta, pero funciona siempre.

—¿De qué se trata?

—Del ojo por ojo.

—¿Qué…?

—Verás… La mayoría de las veces, hasta que no te pasa a ti, no lo entiendes… Somos así de gilipollas. Empatizar es un superpoder raro de encontrar hoy en día. Así que, cada vez que te infrinjas dolor, yo me haré lo mismo. A ver qué tal te sienta…

ástor

22

Ojo por ojo

¿Qué acaba de decir…?

«¡Está loca!».

Quiero gritárselo, pero se me queda atascado en la garganta cuando Keira se acerca a la mesa BDSM para contemplar el arsenal de todo lo que Nat tenía preparado para mí.

Coge el látigo, y me quedo atónito al ver que se baja el vestido hasta la cintura. Sus pechos quedan al descubierto porque no lleva sujetador, y mi vista se pierde en ellos sin poder evitarlo.

Con su mano libre comienza a acariciárselos con suavidad, y mi bajo vientre no tarda ni un segundo en tensarse por completo.

—¿Los recuerdas, Ástor? —pregunta sensual—. ¿Recuerdas lo sensibles que son y lo duros que se ponen cuando tu lengua juega con ellos?

La tensión inicial se convierte en una erección en toda regla.

—Keira…

—Lo que se me hinchan cuando me torturas deseando tenerte dentro de mí… Pues… mira esto.

Se arrea un fuerte y rápido latigazo en ellos que me duele hasta a mí.

—¡No…! ¡Ese látigo es muy duro, Kei! ¡Duele demasiado! Si no sabes utilizarlo bien…

—Tú ibas a usarlo contigo. Lo habrás hecho miles de veces, así que…

Vuelve a flagelarse en el mismo sitio, y apenas puede controlar la queja que pugna por salir de su boca.

No puedo creerlo… Se mantiene callada, pero el dolor aparece en estado líquido en sus ojos y en forma de marcas rojas sobre su piel.

—Keira, joder… ¡Para! No tiene gracia…

—Ya te digo yo que no la tiene… —gime—. Dios, qué dolor…

En ese momento, se fija en la tienda de campaña para siete en la que se han convertido mis calzoncillos… Yo no quería excitarme, pero soy como el perro de Pávlov, y el sonido de un latigazo dispara una reacción física incontrolable en mi cuerpo que desemboca en una enorme erección.

—Para, por favor… —musito suplicante.

—Igual sería interesante ponerme estos antes de volver a darme un latigazo… —Coge las pinzas para pezones.

—No lo hagas. Antes necesitas preparación. Si no estás acostumbrada puede ser mortal…

Se lo coloca y resopla angustiada. Su cara se descompone al igual que la mía. Conozco ese suplicio. Es perverso. Va incrementando poco a poco, a cada segundo, dando la sensación de que nunca va a parar de crecer… y te asustas. Keira me mira desconcertada sin saber si podrá soportarlo, y quiero gritarle que se lo quite. Pero la determinación en sus ojos corta la diatriba que le tenía destinada. Porque se está imaginando la cantidad de veces que yo lo habré soportado y acaba de decidir que ella también puede. Sin pensarlo mucho, se coloca la segunda pinza en el otro.

Me muevo bruscamente al imaginar la demencial sensación que estará sufriendo. Ese dolor no te deja pensar en otra cosa que no sea

quitarte las pinzas de inmediato, lo sé muy bien. Es perfecto para olvidar cualquier mierda que tengas en la cabeza.

Trata de controlarlo porque es inteligente y sabe que puede luchar con ello. Está familiarizada porque es parecido al dolor de correr, o el de una piedra en el riñón, y sabe que su cuerpo puede, que la gente lo hace a diario y que aguantar tendrá su recompensa… En este caso, su recompensa soy yo.

—¡Keira…! —Me rindo, afligido—. ¡Dejaré de hacerlo, te lo prometo! Pero para ya… ¡Por favor!

—No me mientas, Ástor… —masculla dolorida—. Acabas de decir que es algo que no puede dejarse así como así. Y Ulises me lo contará cada vez que lo hagas en casa o cada vez que vengas aquí. Si yo tengo que soportar que te hagas daño, tú también…

Mi réplica rápida y enfadada se ve eclipsada por un nuevo movimiento de ella. Se baja el vestido del todo y se queda solo con un tanga negro de encaje de la colección de Mireia. Mi polla empieza a sudar al ver tanta piel…

Trago la saliva acumulada en mi boca y antes de que pueda decir nada, lo dice Keira.

—¿Qué más hay por aquí?

Observa la mesa, y vuelvo a intentar soltarme de las cadenas… sin éxito.

—Keira, desátame… —ordeno serio. No quiero que coja nada más.

—Espera… Todavía no he terminado.

—Has terminado. Desátame, por favor… ¡NAT! —grito con fuerza.

Cuando veo que Keira corre hacia la puerta para echar el pestillo antes de que Nat entre, se me para el corazón.

—¡No corras con las pinzas puestas! —grito horrorizado.

Pero ya es tarde… Tras poner el pestillo, se queda apoyada en la puerta, muerta de dolor.

—*Hostiaputa*… —la oigo balbucear.

Mis niveles de culpabilidad se disparan. Apenas puedo respirar.

—Dios, Keira… —Me entran ganas de llorar—. ¿Qué estás haciendo?

—Ya… Acabo de darme cuenta… de que correr no ha sido… la mejor idea. —Le cuesta hablar—. Me está atravesando un dolor inhumano ahora mismo…

Y sé que lo dice en serio. El mínimo movimiento con eso puesto es como una descarga eléctrica, así que no quiero imaginar lo que habrá sido ese violento bamboleo hasta la puerta.

—Irá menguando poco a poco —intento tranquilizarla.

—¿Seguro? Es interminable, joder…

—¡Quítatelas ya, Keira! Por Dios… ¡QUÍTATELAS! —exijo cabreado haciendo un ruido salvaje con las cadenas que sujetan las cintas de cuero y, a la vez, mis muñecas. Hasta me hago daño.

«Me cago en la puta…». ¡Son de hebilla, no de velcro! Estoy bien atado.

Keira empieza a caminar despacio hacia la mesa, y se me cae el alma a los pies cuando entiendo que tiene intención de seguir. Con lo dolorida que está… ¿Qué pretende hacer ahora?

¡Puto método infalible de mierda!

Me maravilla lo lista que es. Es cierto que cuando más se sufre es viendo sufrir a una persona a la que quieres…

Coge de nuevo el látigo y me mira amenazante.

—No, por favor… —le suplico.

—Eso mismo digo yo: «No, por favor…». Pero no me haces caso, Ástor. —Y se golpea la tripa con más fuerza que antes, apretando los dientes.

Siento una impotencia tan grande que se me caen las lágrimas.

—Desátame… —sollozo resignado.

Pero me ignora cogiendo una vela.

—Ten cuidado… —la aviso alarmado—. Llevan bastante rato encendidas y no se pueden usar sin más. Hay que esperar. Keira… ¡Keira! —exclamo cuando grita por derramar un poco del ardiente líquido sobre su muñeca.

¡Es una maldita chiflada!

—¡No seas kamikaze, joder! ¡Yo hago estas cosas con un experto! ¡Eso va a dejarte marca! ¡Keira, por Dios…! ¡No sigas!

Apaga la vela y sopla un poco la cera líquida.

—Creo que voy a echármela en la ingle… —fantasea.

—¡¡¡Ni se te ocurra!!!

Doy varios bandazos rudos con los brazos hasta que uno de ellos se ve liberado al romperse la cadena que une las muñequeras a la silla. Con el subidón de adrenalina, ni me molesto en desabrochar el otro.

Tiro con fuerza, y también cede.

Avanzo rápidamente hacia Keira y la atrapo en dos zancadas con los ojos desorbitados. Mando la vela lejos de un zarpazo y la cojo por los brazos. Estoy muy preocupado.

Su instinto es zafarse de mí, pero pronto frena en seco, tensándose de nuevo por el dolor de las pinzas.

—¡NO TE MUEVAS!

Presiono una para sacársela y me preparo para oír el grito que sé que va a dar. La regresión de la sangre a ese punto maltratado es como sentir tres orgasmos concentrados. Keira chilla y mi boca va directa a su pezón para aliviarlo. Al sentir la calidez y suavidad de mi lengua le fallan las piernas y tengo que sostenerla.

Pero mi alarde de heroísmo dura poco. Siento que me derrumbo con ella hacia el suelo, víctima de mi excitación, al ser testigo del éxtasis que está sintiendo. Le dura unos diez segundos y, antes de que pueda recuperarse, le quito la otra pinza y el placer la inunda de nuevo. Vuelvo a aplacar el dolor con mis labios.

Sé que si la tocase ahora mismo se correría de forma salvaje, y decido hacerlo. Mi mano bucea en sus bragas de diseño, y nada más hundir los dedos estalla en un orgasmo brutal que me los succiona en una humedad sin precedentes.

—Madre mía… —farfullo anonadado al oír sus alaridos.

Directamente, Keira se traslada a un mundo lejano y desconocido. Tal como está, sé que tardará un rato en reponerse.

Noto una presión en la entrepierna que no he sentido en mi vida. Mi glande hinchado palpita impaciente al verla experimentando semejante disfrute y no me deja pensar con coherencia.

Sin dar yo la orden, mi mano arrastra sus bragas hacia abajo para quitárselas del todo y vuelve a subir acariciando el contorno de sus increíbles piernas.

La arrimo más a mí, pegando su cara a mi pecho, y la laxitud de su cuerpo indica que prácticamente ha perdido el conocimiento.

—Mi vida… —susurro contra su frente. Y sé que me ha oído cuando reacciona a mi voz—. Mi amor…

Abre los ojos y me mira como si acabara de sobrevivir a una explosión nuclear. Los segundos pasan lentos, y me da tiempo a repasar todas las facciones de su cara. Son tan perfectas… Cejas, nariz,

pómulos, boca… Ni siquiera me doy cuenta y ya estoy hundiendo mi lengua entre sus labios. Me siento flotar. Keira responde al beso con un movimiento suave.

Su sabor es insuperable, ahora lo sé… Estaría días besándola en esta postura. En el suelo. Desnudos. Aunque ella parece pensar que estamos en un sueño. En un *impasse* entre la conciencia y la inconsciencia.

Mis anárquicas manos no dejan de moverse y aprovechan para acariciarle los pechos de nuevo para curárselos. Se estremece.

—¿Estás bien, Kei?

—Sí… Ahora sí —musita, y me agarra para volver a besarme como si no quisiera perder el tiempo hablando cuando puede tener mi boca.

Mi mano tampoco se detiene. No deja de acariciarla por todas partes. Empezando por el bajo vientre y asciendo de vuelta hasta sus maltratadas areolas… Pero cuando la suya encuentra mi erección sufro un espasmo que no le pasa desapercibido.

Al comprobar mi alta sensibilidad, su mano se sumerge con más decisión en mi ropa interior, y cuando me acaricia los testículos jadeo en su boca, muerto de placer.

—Con cuidado, estoy a punto de reventar… —la aviso.

No dejamos de besarnos mientras pone todo su empeño en liberar mi miembro.

Cuando lo consigue y su mano resbala lentamente por mi erección, tenso la mandíbula y dejo de besarla. No la veo porque tengo los ojos cerrados, pero noto que ella solita se sube a horcajadas sobre mí. Y una vez conseguido, vuelve a tomar mi boca.

Sentir su torso desnudo pegado al mío es algo celestial. Se mueve para encajar nuestros sexos, y suelto un gemido sordo mientras me abrazo a ella con fuerza. Pensaba que nunca más volvería a tenerla así.

Ambos nos quedamos quietos disfrutando de la invasión. Es el mejor puto lugar del mundo, estar dentro de ella.

No puedo creer que esto esté pasando. Que nuestros cuerpos húmedos y resbaladizos se estén acoplando de nuevo con tanta naturalidad y perfección. La sensación me embriaga hasta un punto que no soy capaz de calificar, pero está cercano a mil…

—Dios, Keira…

Mi miembro duro y caliente entra y sale de ella con desesperación. Nos movemos cada vez más rápido, y mi cuerpo se contrae suplicando por un orgasmo que estoy reteniendo con uñas y dientes.

—Kei… —agonizo desesperado.

Y oír mi lamento hace que comience a botar sobre mí a un ritmo frenético, provocando penetraciones duras y profundas que me hacen perder el control del todo.

Llegamos juntos al clímax. Un clímax tan largo y devastador que cuando termina nos quedamos aturdidos, apoyados el uno en el otro.

Nunca. Nada. Nadie…

En serio. No habrá otra como ella. Y saberlo también duele.

Cuando recuperamos la lucidez, no nos movemos enseguida.

Ninguno quiere volver a la realidad; la realidad apesta. Me quedaría abrazado para siempre a esta idea de Keira. De nosotros. A esta plenitud. Pero la gravedad se impone, haciendo que se me baje. Y terminamos separándonos.

Keira se levanta para buscar algo con lo que limpiarse mientras me visto despacio… No tengo prisa por mirarla a los ojos y descubrir que, a la hora de la verdad, la prudencia manda en lo nuestro, no los sentimientos. Empiezo a desabrocharme las muñequeras de cuero con gesto serio.

—Te has pasado tres capitales de provincia… —la riño.

—Te he dicho que mi método es *heavy* pero eficaz.

—No vuelvas a hacer algo así en tu vida…

—Dependerá de ti…

Nuestras miradas chocan como en un cruce de espadas belicosas.

—Esto no cambia nada, Keira… —digo con acritud.

—Pues ya lo hará. Llegará un día en el que dejes de sentirte culpable y ya no necesites torturarte para conciliar el dolor…

—Me refería a nosotros…

—Lo sé… Tengo claro que se acabó, Ástor. Supongo que algún día dejaremos de querernos. Danos tiempo…

—Mientras siga viéndote, no podré olvidarte…

—Pues me vas a ver mucho… Porque no pienso dejarte tirado con este marrón de no saber gestionar una ruptura. Me hace sentir

culpable. Así que cada vez que necesites recurrir al dolor físico, quiero que me llames…

—¿Para qué?

—Para vernos…

—¿Y volver a terminar así?

—No quiero que te hagas daño…

Paseamos por el borde del precipicio de nuestras palabras.

—Si te sigo viendo, nunca dejará de doler, Keira.

Me mira con una sonrisa triste.

—Verás como sí. Los humanos nos terminamos cansando de todo. Los «no puedo vivir sin ti» son para las canciones. Claro que se puede, Ástor… Y nos irá bien por separado. Pero antes tienes que superar esto. Y voy a ayudarte…

—¿Cómo vas a ayudarme a superarlo, si tú eres la causante?

—Es un buen reto. Puedo ser la enfermedad y su cura.

Me río por no llorar. Ha sido un día demasiado intenso.

Y no me refiero a que casi me atropellan. Ni a lo que acaba de pasar con Keira, que, hostias…, sino a que me hayan soltado en la comisaría después de confesar que dejé morir a mi padre en esa piscina.

Ha sido como accionar un jodido limpiaparabrisas por encima del recuerdo de su muerte y asumir mis propios prejuicios. No es que ya no me afecte, pero no me atormenta como antes. Que un desconocido piense que yo no provoqué la muerte de mi padre, me ha tranquilizado mucho. Quizá el verbo «provocar», haya sido clave…

—De acuerdo, Keira, te llamaré si te necesito —le digo lo que quiere oír, aunque no pienso llamarla…

Tampoco tengo claro que nos vaya a ir tan bien por separado. Los dos éramos un puñetero desastre antes de conocernos, y lo seguiremos siendo después.

ulises

23

Confía en mí

¿Quién me mandará preocuparme por un tío que hasta hace poco me caía regular?

Un tío por el que me estoy planteando pedir una excedencia…

Un tío que está enamorado de mi mejor amiga/amor platónico.

Se habla poco del mal uso que dan a este concepto, ya que fue inventado por un menda llamado Platón, que enseñaba filosofía unos cuatrocientos años antes de Cristo.

No es algo moderno. No es tu *crush*.

Un *crush* es una persona que aplasta tu raciocinio. Un flechazo instantáneo nacido de una idea concreta, pasional, superficial y puntual, casi siempre inalcanzable, por ser imaginario, famoso o desconocido. Pero el tal Platón, el jodido dueño del concepto en cuestión, se refería a todo lo contrario.

El amor platónico pertenece al mundo de las ideas. A un plano

mental, no terrenal. No al de las pasiones físicas, sexuales o superficiales. El amor platónico no puede personificarse, y si lo hiciera te enamorarías de una forma de ser o de pensar. Es decir, de algo impalpable que descubres en otra persona y que encaja con tu pensamiento de la forma más bella y perfecta.

Lo que tienen en común el *crush* y el amor platónico es el factor del idealismo, puesto que el segundo pertenece al mundo de las ideas y estas son infinitas en su perfección.

Dicho esto, siempre he pensado que Keira es mi amor platónico. Con la salvedad de que follábamos de vez en cuando, pero no era amor romántico. Nunca lo fuimos. Románticos, digo. Éramos un amor inalcanzable, básicamente porque no queríamos alcanzarlo, ni aun teniéndolo al alcance de la mano. ¿Me explico?

Teniendo esto claro, hablemos de Charly…

Charly se ha encargado de demostrarme que mi resistencia a Keira durante años no se debía a Sara, sino a que no era amor verdadero.

Del que da miedo. Del caótico. Del incontrolable. Del único que te hace palpitar el corazón contra tu voluntad estando quieto.

Y así palpitaba el mío cada vez qua salía alguna lindeza de la osada boquita de piñón de Charly. Maldito fuera…

Keira tenía razón: no fue la noticia de la web lo que nos alejó, sino cómo se defendió de su error, echando mierda sobre Sofía, y por extensión, sobre mí.

A estas alturas del partido, siendo prácticamente novios en lo esencial, ya me había dado cuenta de que lo mío con Sofía fue una conexión extracorpórea por el recuerdo de Sara y el principio de un enamoramiento con Charly, algo de lo que ni siquiera yo mismo había sido consciente inicialmente. Él sí, claro. Porque en el terreno sentimental, Charly me da trescientas vueltas.

Sofía estaba buena hasta decir basta, nadie lo pone en duda. Era lista, divertida y una fiera en la cama. Es decir, hablamos de la maldita perfección. Pero lo nuestro tampoco era amor. El amor es otra cosa —gracias a Dios—, el amor es un factor equis que… o lo tienes o no. Algo ingobernable e ilógico que no decides tú.

El amor es que te llame «tonto» y te mueras de ternura.

El amor es ceder en un mundo en el que nadie cede porque está bien visto ser egoísta y mirar por ti primero. El amor está en los

detalles. En los pensamientos más pequeños, que existen; todos los tenemos, aunque no todos sepamos transmitirlos correctamente. Amor es lo que siento cuando miro a Charly y pienso: «¿Por qué? ¿Por qué te quiero tanto, cabrón? ¿Cómo has conseguido que tu luz me ciegue?».

—Espero que no se maten ahí dentro… —me ha dicho cuando hemos dejado a Keira en esa habitación del pánico con Ástor atado.

—No lo harán… Se quieren.

—Me refiero a Nat y a Keira. Las dos tienen mucho temperamento.

—¿Nat es la tía que tortura sexualmente a Ástor?

—Lo tortura a secas, no sexualmente. Es una animal, según Ástor. Hace años que la tiene en nómina. Esa mujer vive como quiere a costa de sus traumas…

Tenemos esta conversación mientras nos movemos entre grupos de gente que está haciendo el amor con pasión, así que mi atención a las palabras de Charly decrece, a raíz de que me crece otra cosa…

Una «cosa» que no le pasa desapercibida, marcándose en el pantalón de tela fina que he decidido ponerme hoy. ¡Error! Para un día que no llevo vaqueros…

—Estás muy guapo, por cierto —murmura Charly mirándome de reojo.

Carraspeo un «gracias» en tono bajo e ignoro la evidencia.

No pienso decirle lo guapo que está él con ese nuevo corte de pelo, pero casi me da un síncope cuando lo he visto esta tarde en comisaría.

Ástor pendiendo de un hilo, y yo preguntándome si mi «ex» consigue ese efecto con gomina o con cera de peinado… Sea como sea, está condenadamente sexy.

Lo que no ha sido tan sexy es nuestra conversación antes de salir de la sala de interrogatorios:

—Gracias por venir tan rápido y salvarle, Charly —le he dicho.

—Lo que sea por Ástor…

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien…

—Vale…

En ese momento ha mirado hacia otro lado haciéndose el duro, y he puesto los ojos en blanco, agotado. Pero lo que de verdad me apetecía era estamparlo contra el cristal irrompible y preguntarle por qué cojones no me había llamado en toda la semana, si fui yo el agraviado por sus mentiras y sus comentarios desdeñosos hacia mi «no-amor» con Sofía…

Y luego le habría morreado a lo bestia, claro. «Puto amor… ¡Vaya mierda!».

En vez de eso, hemos estado los dos tiesos y correctos, fingiendo que no dormíamos el uno sobre el otro en una misma cama hace nada.

—¿Sabéis algo nuevo del caso de Sofía? ¿Algún otro sospechoso sacado de la manga de última hora…?

—¿«Sacado de la manga»? No te pases, tío… Que le contaras lo de la web y luego apareciera muerta, viendo lo mucho que se enfadó Ástor, no es sacarse nada de la manga, guapo… Es mentir descaradamente al policía que casualmente te follas.

—No es mentir. Y yo no te follo, Ulises, ¿recuerdas? Pero tenlo claro: no te mentí, simplemente omití información irrelevante.

—¿«Irrelevante»? Y una mierda.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Ul. No tengo por qué contártelo todo…, y menos de mi vida anterior.

—Tienes razón, hay muchas cosas que no sé…, como que Sofía escribió a sus amigos cinco minutos antes de morir diciendo que tenía un secreto jugoso sobre Ástor y tú le habías contado uno muy grande.

—Se lo conté para que se casase conmigo. Quería que supiera que tenía más dinero del que ella creía…

—Según tú, se lo contaste para que yo volviera a ti… Y sonó muy psicópata, por cierto.

—Eso te lo dije porque quería follarte —ha soltado, dejándome boquiabierto—. La gente como tú, Ulises, necesita escuchar cosas así para abrirse de piernas…

«¡SERÁ HIJO DE…!», he pensado cabreado.

Y más excitado que nunca. «Joder, aguántame…».

Pero esa información casi me ha puesto contento y todo. Porque le ha restado la premeditación y la alevosía que tanto me preocupaban de él y ha sumado un par de puntos a su lado cabronazo, con lo que me pone…

—Y luego dices que no eres un mentiroso… —He salido por peteneras—. ¿Solo querías regalarme los oídos para follarme, Charly?

—No solo para eso… Deseaba que fuera verdad. Para no tener que alegrarme de que Sofía haya muerto…

En ese momento, me he tenido que agarrar a algo para no desmayarme. Porque ese tío… ese tío que solía meterme la lengua hasta la campanilla y yo a él la polla hasta ni os cuento ha demostrado que tiene los cojones más grandes de toda España por decir eso en voz alta en una puta comisaría donde se investiga el caso de su novia muerta.

Justo entonces la puerta se ha abierto con brusquedad y ha aparecido Keira, cargando con su propia mala leche.

—Perdón… —Se ha dado cuenta de que ha interrumpido algo.

—Tranquila… —ha farfullado Charly—. Yo ya me iba…

Y yo sí que me he ido… ¡Pero a la mierda con todo! ¿Tanto me quería…? Joder…

Me quiere tanto que si tuviera que elegir entre que Sofía viviera o estar conmigo… Dios santo…

¡Ha sido demasiado!

Después, me he ido a casa sin comer, a tumbarme en la cama boca abajo, todavía impresionado por esa conversación con Charly y furioso por no haberle besado cuando lo tenía tan cerca.

Menudo día…

Más tarde, he recibido el mensaje suplicante de Keira para acudir al Dark Kiss con Mateo esta noche y, ni corto ni perezoso, he avisado al «tío que tengo que admitir de una vez que me cae mejor de lo que me gustaría» de que esta noche iba a poder hablar, por fin, con el abogado más escurridizo del mundo, Mateo Ortiz.

Y os juro que Ástor me ha ganado por completo cuando lo ha abordado como si fuera un jodido matón. Después, Keira ha hecho su numerito, con sus pertinentes repercusiones emocionales —que me han salpicado, como siempre—, y aquí estamos… Charly y yo solos… en la zona más oscura del Dark Kiss.

Yupiii…

De repente, Charly se para frente a un par de tíos rubios que se están enrollando. Parecen extranjeros. Nórdicos. Vikingos, o casi, y…

Oh, oh. Capto su cambio de planes en un segundo.

—Sal tú, si quieres… Yo me quedo por aquí. No se me ha perdido nada ahí fuera con Mateo… —se excusa. Y empieza a desabrocharse la camisa, impasible.

¡Pero… ¿qué ven mis ojos?!

¿Acaba de insinuarme que va a unirse a la fiesta de esos dos?

¿Y qué es eso de «sal tú, si quieres»? ¿Cómo que «si quiero»?

Se deshace de la camisa y la deja en un colgador de la pared. La boca se me hace agua al ver su torso desnudo y tonificado.

«¿Babear por un hombre? ¿Yo? ¡Jamás de los jamases!». Trago saliva.

Cuando se desabrocha el pantalón, se me pone dura. «¡Cojonudo!».

Mi orgullo me dice que me largue, que estoy a punto de caer muy bajo porque llevo demasiado tiempo quieto como un pasmarote, pero mi cuerpo no coopera. Se queda para ver cómo Charly se sienta al lado de los vikingos, que se vuelven hacia él, descubriendo sus intenciones.

Las pirañas no esperan cuando huelen la carne fresca, y el ataque hacia mi greñas loco es acuciante. Lo besan y palpan su mercancía por encima de la ropa interior, y me quedo petrificado y deseando ser ellos.

De pronto, los ojos de Charly coinciden con los míos, preguntándome qué coño voy a hacer al respecto. Y le odio por ello.

Porque no lo sé ni yo. ¡Tengo dudas!

No quiero estar con esos tíos. Y tampoco quiero que toquen a Charly. Es mío…

Mis instintos homicidas infantiles afloran y me apetece lanzarles algo a la cabeza. Un pollazo, por ejemplo…

No sé ni cómo lo hago, pero me veo tirando con fuerza de su brazo para arrancarle de las garras de esos guiris.

Ignoro su cara de confusión y me estrello contra su boca agarrándolo de la nuca como un maniaco.

Charly responde al beso, colocando las manos en mi cara.

—Pensaba que no ibas a hacerlo nunca… —musita en mis labios.

—Eres gilipollas —juro en su boca. Y me sonríe—. Eres peor que yo, joder… —Le tiro del pelo para dominarle y besarle como quiero.

La excitación arrasa mis modales. Sé que le gusta que me pase de

rudo, que tome el control, notar mi posesividad…, y empiezo a devorarlo sin compasión.

De repente, recuerdo a Keira extrañándose de que no haya querido aceptar que Charly me posea. ¿Cómo lo llamó? «Inevitable desenlace…». ¿Lo es de verdad?

Como si me hubiera leído el pensamiento, Charly se separa de mí y me arrastra de la mano hacia otro lugar.

No sé adónde me lleva, pero tampoco me importa mientras no me suelte.

Después de dar un par de vueltas, encuentra a una chica que parece estar disfrutando en soledad tras haber echado un buen polvo.

Se sienta a su lado y le dice algo al oído. Ella asiente, y se relaja visiblemente abriéndose de piernas.

Charly me insta a ponerme al otro lado de la chica, pero me da que lo hace para que me sienta cómodo. De pronto, comienza a lamerle un puntiagudo pecho y a acariciarla por encima de la braguita.

Su deleite al chupar me da envidia y no tardo en imitarle con la otra. La verdad es que la chica tiene unas tetas increíbles, capaces de alimentar a toda una guardería y dejar algo para nosotros. Ella se retuerce ante nuestras atenciones y empieza a ponerse a tono.

Charly arrastra mi mano hasta su centro, que ya está húmedo y preparado para recibirnos. ¿Este es su plan? ¿Hacerle una doble penetración?

Me sorprendo a mí mismo deseando borrarla de la ecuación. Llevo cinco días sin ver a Charly, sin sentir el roce de su piel por todas partes, y es lo único que me apetece en este momento. No una desconocida. Pero tengo claro que esta noche dormiré pegado a su nuca y me da igual.

Durante los preliminares, la chica apenas participa, solo se deja hacer, y puedo disfrutar de Charly a placer. Bombeo sus partes con tanto ímpetu que me acusa de que voy a provocarle un esguince.

—Quiero follarte… —lo justifico con un jadeo. Necesito que entienda que mi excitación es máxima.

—Yo también… —contesta con la respiración acelerada.

Cuando nos miramos la duda tiñe mis ojos con ese «yo también». ¿Me está diciendo que quiere que le folle o que quiere follarme a mí?

La idea reluce en sus ojos y me deja sin respiración. ¡Dios…!

Charly dice a la chica que se tumbe boca arriba en una cama cercana. Y cuando casi puedo imaginar la sensación que está a punto de sentir al introducirse en ella, me mira y me ordena que lo haga yo.

Resulta una ofrenda irrechazable. En otras circunstancias, me tiraría en plancha y la embestiría como a un cajón que no cierra, pero hoy sé muy bien las repercusiones que acarreará obedecerle… Quiere hacerme ver a Dios, cuando ni siquiera sé si creo en Él.

Charly percibe mi indecisión y no deja ni que me lo piense. Se pega a mí espalda, cuela la mano por delante hasta mi miembro y lo bombea un par de veces, haciéndome ver las estrellas.

—Confía en mí, Ulises… —susurra en mi cuello.

Y no es que no lo haga, pero me da un pánico atroz que me duela, que no me guste y mil cosas más.

—Necesito que me sientas… —me asegura angustiado.

Y yo también quiero sentirle, pero solo a él. Dios me sobra. Y la chica también.

Al no contestarle, Charly me empuja hacia la cama y hace que me suba a ella de rodillas. Empiezo a sudar cuando siento que me agarra por detrás y me besa la espalda, afianzando su posición de dominación.

Pierdo el control en el preciso momento en que permito que sus manos resbalen por mi piel hasta llegar a mis huevos; mi cuerpo se relaja contra mi voluntad. Es su brusco amarre el que termina de someterme, y no digo nada cuando me inclina, dejándome a cuatro patas, expuesto a él.

Es la posición perfecta para cambiar de opinión. Porque no me veo haciendo esto. Pero no cuento con su pericia…

Su mano vuelve a bombear mi polla, y, sin embargo, es su boca la que me deja sin habla cuando siento que se agacha y me lame los testículos.

Me la han mamado mil veces, pero nadie se había acercado tan al sur jamás. Debo de ser un desgraciado…

Las caricias se me antojan irresistibles al discernir el agrado con el que lo hace, y me resisto a frenarle porque me gusta demasiado. Además, estoy recién duchado y eso tranquiliza mi pudor. Sentir su lengua acariciando mi ano, humedeciéndolo con saliva, causa estragos

en mi organismo.

En un momento dado, Charly se incorpora y se junta más a mí para colocar su miembro entre mis piernas. El gesto despierta un tirón dramático en mi vientre, donde se arremolina todo lo bueno que siento por él.

—Relájate —jadea con la respiración entrecortada. Y es como si se lo dijera a sí mismo, demostrando que para él esto no es su pan de cada día, que «soy yo» y no otro.

Me gusta sentir que tiembla por mí.

Intento relajarme de nuevo, y todos mis sentidos apoyan la idea.

Me ayuda oler su colonia, recordar lo guapo que lo he visto hoy, el sabor de su lengua en mi boca… y sentir esa deliciosa pulsión que me azota sin piedad cuando un dedo ansioso trata de introducirse en mi coto vedado.

Un intenso espasmo recorre mi cuerpo cuando Charly prepara el lugar para invadirlo con algo mucho más grueso…

—No entraré hasta que me lo pidas… —me avisa. Y me relajo recordando que me lo prometió una vez. No hará nada hasta que se lo suplique…

Un orgasmo empieza a culebrear en la parte baja de mi espalda al imaginarlo empalado en mí. ¿Voy a hacerlo? ¿Voy a traspasar la línea de «follarme a un tío» y dejar que «me folle»? Madre mía… Pero no es un tío, es…

—Charly… —protesto para impedir que continúe, pero me ignora levantándome el culo para arrimarse aún más a mí.

La postura, la ansiedad y que empiece a bombear mi polla de nuevo me dejan la mente en blanco.

Me obliga a cerrar los ojos de gusto, logrando que la excitación me acorrale y no me permita pensar en nada.

¿Qué coño tengo que pensar…? ¡Si lo estoy deseando!

Lo sé cuando frota su glande contra mi entrada, más resbaladiza que nunca, y gimo de expectación. Lo hace varias veces, y su paciencia y deferencia me vuelven completamente loco.

Me pone enfermo sentir lo fácil que tiene el acceso y que consiga retenerse a sí mismo. Mi cuerpo responde a su tentativa y se dilata, hambriento. Es una sensación jodidamente desquiciante.

—Vamos… —le imploro—. ¡Hazlo ya…!

El cabrón ni cuenta hasta tres. Introduce la gruesa cabeza, y siento una descarga eléctrica de placer mezclado con desconcierto que sobrepasa cualquier cosa que haya sentido en mi vida.

—Quédate quieto, Ul —me aconseja—. Deja que se adapte…

Pero no puedo esperar. Necesito que avance… o me moriré. Y sin pensarlo un segundo, me impulso hacia atrás haciendo que se introduzca en mí hasta el fondo.

Los dos soltamos un gemido explosivo que se me clava en el corazón matándome de placer. Y cuando empieza a moverse de nuevo veo a la Santísima Trinidad y a todos los ángeles señalándome el camino hacia el cielo.

—Dios… —jadeo alucinado.

Charly se mueve ofreciéndome estocadas profundas y resbaladizas que nos sumergen a ambos en un éxtasis espectacular. Sus manos bloquean mis caderas para fijar mi posición y que lo sienta totalmente dentro. Las emociones me ganan la batalla haciéndome sentir totalmente suyo.

—Ese no es Dios… Todavía no… Enseguida lo verás…

Las oleadas de un placer inaudito me subyugan a él. Mi cuerpo se arquea obligándome a vivir el sexo en un plano muy distinto a lo que estoy acostumbrado. Manejado. Deseado. Querido.

Trato de resistir sus implacables embestidas con los puños apretados. Estoy a punto de desmayarme. De llorar. De empezar a soñar a lo grande. Y de correrme vivo. Solo necesito…

De repente, Charly me empuja con su cuerpo hacia delante para que me encaje con la chica. Mi dureza se abre paso en su interior, multiplicando las sensaciones por dos. Es imposible que esto sea real… Por un momento no puedo pensar, solo sentir. Esto supera con mucho cualquier tipo de droga. Sentirle detrás de mí, provocándome tanto placer, es más de lo que me merezco. El ritmo resulta insostenible cuando los tres nos movemos a la par varias veces. Es demasiado bueno. Oigo que Charly explota soltando un gemido gutural que desencadena mi orgasmo sin remisión.

Es un momento indescriptible. Único. Inenarrable… Solo puedo decir que si hay un límite para querer a una persona es este.

No existe un más allá.

keira

24
Manipulaciones humanitarias

Un mes después

La psicología inversa, con un cabezón, funciona a cualquier edad.

«Llámame». Y no lo hará.

Pero era justo lo que quería… Darle el poder. Saber que podía llamarme y que no quisiera hacerlo. Porque eso es lo contrario a sufrir por amor y desesperar.

Lo mío, sin embargo, fue peor… Yo sí que no podía llamarle, y por ende, no pude dejar de pensar en hacerlo.

Por supuesto, tenía mis métodos y la disciplina suficiente para mantenerme distraída un mes, antes de elegir un barranco por el que tirarme. Lo digo por el día que Ulises me contó que Ástor tenía una cita…

Al parecer, había sido idea de su madre; él no quería, pero quizá no fuera tan mal consejo empezar a salir con otras personas. Había más peces en el mar, ¿no? La angula estaba rica, pero salía cara, y unas gambitas de vez en cuando no podían hacer daño… Te lo comes todo, menos la cabeza, y arreando. Sin rayadas.

Ástor había tenido sexo con muchas mujeres antes que conmigo y seguiría teniéndolo después. Me bastaba con pensar que a ninguna la miraría como a mí, y que tampoco lo harían sufrir tanto como yo.

Por mi parte, seguí indagando en los asuntos de Mateo, y admito que me entretenía pasar tiempo con él. Era un hombre atractivo y mentalmente hábil con el que siempre me divertía.

Me confesó que sus clientes le habían pagado por encontrar al dueño de la web SugarLite porque, según ellos, era el culpable de que sus hijas hubieran desaparecido, pero me aseguró que, al saber que era Ástor, se asustó y les devolvió el dinero. Jura que no llegó a desvelárselo.

—Es un hombre muy poderoso… —subrayó—. Y no es broma, alrededor de personas así ocurren muchos sucesos misteriosos. Paso de aparecer muerto en cualquier cuneta… No sé quién habrá querido atropellarle, pero ahí tienes un buen ejemplo. Lo único que sé es que mis clientes no han sido, hay mucha más gente que va a por él. Y si sigue vivo es porque habrá silenciado a muchos otros a su manera. Aléjate de él, Keira…

—Ástor no es peligroso —le repetí con seguridad.

—Entiendo que contigo sea delicado, pero no lo conoces.

—¿Qué sabes tú de él que yo no sepa?

—Yo no. Mi hermana…

Acabáramos…

Cada vez que doblaba una esquina, me encontraba una nueva sorpresa. Y dolía, pero al menos mi dignidad ya no estaba en juego. Estas cosas seguían convenciéndome de que cortar con Ástor había sido lo mejor.

—¿Qué pasa con tu hermana, Mateo?

—Salió con él un tiempo…

—¿Cuándo?

—Antes del accidente de Héctor…

—¿Y…?

—Fue bastante cabrón con ella. Para él, mi hermana era como un Tamagotchi al que alimentaba con sexo para que no muriera…

—¡Por Dios…! —Me tapé la boca, muerta de risa.

—¡Va en serio, Keira! —exclamó Mateo al ver que no podía parar de reírme.

—¿Me estás diciendo que tú nunca has sido un cabrón?

—¿Yo? Jamás. ¡Yo soy un santo…!

—Sí, ya… Todos somos el malo en la película de alguien.

—Yo puedo ser el tuyo, si quieres… —dijo subiendo las cejas.

Me dio otro ataque de risa.

—¡¿Tienes siquiera una hermana?! —pregunté perspicaz.

Mateo sonrió poniendo cara de «¡cazado!». Y me felicité por no tener tan oxidados mis instintos policiacos. Al menos, seguían siendo infalibles con gente de la que no estaba enamorada…

—Me gustas mucho, Keira —confesó por fin—. Y es muy difícil competir contra alguien como Ástor de Lerma. ¡Lo tiene todo! Y no me extraña que quieran cargárselo… Es el Kennedy de la aristocracia española.

Me gustó mucho esa comparación.

Sabía que Ástor era el ídolo de muchos y la envidia de otros tantos. Uno de esos líderes que funcionan porque no quieren serlo, porque son justos y nobles. Además de ser un dios en la cama, en los negocios y un brillante jugador de ajedrez.

No… Nadie podía competir con él. Pero, a la vez, cargaba con el peso de sus traumas, de su posición, de su apellido y de todos los secretos que hacían que me sintiera poca cosa a su lado… Me hacía sentir que era alguien con quien no merecía la pena compartirlos.

Esa misma noche, cuando me acompañó a casa, Mateo me besó. Y no me aparté porque… No sé por qué. ¿Por pena? ¿Porque me caía bien? ¿Porque me hacía reír? No. Porque quería olvidar a Ástor.

Pero cuando terminó el beso, no me fui nada convencida. Tenía que haberle dicho que no estaba segura, aunque él debía de haberlo notado ya, y le quedó cristalino cuando me escribió más tarde para preguntarme si quedábamos al día siguiente y le di largas.

Estaba sola. Más sola que nunca sin Ulises en la comisaría y sin tener de dónde tirar en el caso de Sofía.

Fui a visitar a Carla a la cárcel, y todavía me dejó más deprimida.

Apenas la conocía, pero sus lágrimas teñidas de inocencia me hicieron llorar a mí también. Tal vez influyera que me preguntara por mi relación con Ástor y me contara lo comprensivo y gentil que había sido siempre con ella.

Al final, Gómez, preocupado, terminó llamándome a su despacho en calidad de jefe, no de novio de mi madre, si no, quizá me habría hecho caso cuando rechacé la «especial» terapia psicológica que tenía preparada para mí.

Entré en su despacho arrastrando los pies, y me pidió que no le interrumpiera hasta terminar de exponer su petición.

—No pienso hacerlo… —contesté certera.

—Es una orden, Keira.

—¡¿Por qué yo?!

—Porque quiero que te encargues de ella. Contigo va a aprender mucho. Acaba de empezar y necesita apoyo. Ha ocupado la plaza que Martínez ha dejado libre tras su jubilación y no conoce a nadie. Instrúyela y que te ayude con lo que estés haciendo…

—¡No me jodas! ¿Tengo cara de niñera? Sabes que no me gusta la gente… ¿No puede encargarse otro?

—No. Y a ti te vendrá bien. En vez de regalarte un perro, te doy a De la Torre. De nada. Espero que te haga mucha compañía…

—¿Estás seguro de que quieres joderme así…? —lo amenacé.

—Intento ayudarte, Keira… Y a ella. Apunta maneras. Es lista. Pero tiene un historial complicado y no puedo ponerla con cualquiera…

—¿Qué historial complicado?

—Eso es información clasificada.

—Déjate de hostias…

—Al llegar, De la Torre me hizo una petición un tanto especial y empecé a investigarla… Pidiendo favores descubrí algunas cosas de ella…

—No soporto cuando te pones críptico. Si voy a encargarme de ella, habla de una vez.

Su sonrisa me chivó que me tenía justo donde quería, muerta de curiosidad.

—Se llama Yasmín.

—Lo siento por ella.

—No empieces… Es un nombre bonito.

—Se llama como mis pastillas anticonceptivas. ¿Qué más?

—¿Tú tomas pastillas anticonceptivas? —preguntó escéptico.

—¿Podemos ir al grano? —resoplé avergonzada.

—Sí, mejor… Pues descubrí que, cuando tenía diecisiete años, fue víctima de una violación…

Me quedo callada. Tristemente, no es nada fuera de lo común. Cada cuatro horas se denuncia una violación en España. Cada cuatro putas horas… Más todas las que no se denuncian, claro.

—¿Qué petición rara te hizo?

—No tener que trabajar con hombres a solas. Les tiene todavía más tirria que tú. Al parecer, fue una violación en grupo…

—Mierda…

—¿Te vale? Te está esperando en tu despacho.

—¿Qué edad tiene?

—Veintipocos. Lleva menos de un año en activo y pidió trabajar en esta comisaría. Estaba la primera de la lista para cuando hubiera una baja.

—De acuerdo. Me voy.

—Keira, no le digas que lo sabes. Deja que te lo cuente ella…

—¿Me tomas por estúpida? —contesté desde la puerta a modo de despedida.

Cuando entré en mi despacho y la vi de espaldas, sentada en una de las sillas, con el uniforme perfectamente planchado y con el cinturón del arma puesto dentro de comisaría, puse los ojos en blanco. Cinco años me separaban de aquella estampa incomoda. Yo vestía como quería y el arma la tenía de adorno tras los muros de la base.

—Buenas… Soy la inspectora Ibáñez.

Al oírme, se puso rápidamente de pie. Cuando se dio la vuelta lo primero que me vino a la mente es que era opuesta a mí.

Rubia, ojos ámbar, piel clara, cara angelical y los dientes más blancos que he visto en mi vida; llegaría a creerme que tiene doce años, si no fuera por su altura. Sobrepasaba mi uno setenta.

—Buenos días, señora.

—Oye…, ¡que te llevo pocos años! —la acusé con una sonrisa, y le ofrecí la mano.

—Perdón…, inspectora. —Me la apretó levemente.

—Llámame Keira y ya está. Gómez me ha dicho que vas a estar conmigo un tiempo…

Me desplacé hasta mi silla y le indiqué que volviera a sentarse.

—Para mí es todo un honor… Es usted una inspiración y…

—Por favor… —dije levantando un dedo—. Tutéame o me voy a deprimir.

—Perdón.

—Y deja de pedirme perdón por nada.

—Per… Vale.

La vi morderse los labios y mirar al suelo. Me forcé a ser buenecita.

—Háblame un poco de ti, de tu familia y de tus aspiraciones. Así nos conocemos más…

—No tengo contacto con mi familia desde que me fui de casa a los dieciocho. Solo hablo con mi hermana pequeña de vez en cuando. Vivo sola, tengo dos gatos, se llaman Klaus y Damon, y estoy cursando segundo de Criminología…, voy poco a poco con algunas asignaturas. Mi plan es terminar la carrera y saltar a la escala ejecutiva.

—Vaya… Parece que tienes las cosas muy claras. ¿Y quién es «tu persona»?

—¿Qué persona?

—¿Quién dirías que es la persona más importante de tu vida? Ya sabes, a la que ves o llamas todos los días. Con quien pones a parir tu mala suerte o celebras tu buena fortuna.

Un silencio atroz recorrió la habitación. Ni siquiera parpadeó para darse tiempo y responderse esa pregunta a sí misma. La vi rebuscando en cajones de su mente sin encontrar nada, y la pena me arañó de una forma tan familiar que tuve que ir en su ayuda.

—Vale, perdona, pero tengo que saberlo ya… ¿Lo de llamar a tus gatos Klaus y Damon es por *Crónicas vampíricas*?

La sonrisa que le estalló en la cara devolvería a un muerto a la vida.

—¡Sí!

—¡Me encanta esa serie!

—¡Y a mí! ¿Has visto la de *Los Originales*?!

—Aún no.

—¡Pues tienes que verla!

—Me la anoto.

No volvimos a abordar el tema de «su persona». Le hablé de pequeños casos que estaba resolviendo y de sitios a los que me acompañaría aquel día. Le pedí que viniera vestida de paisana a partir de entonces.

—¿En serio? Pero…

—Para patrullar o desempeñar puestos de servicio el uniforme es reglamentario, pero en trabajos de investigación resulta contraproducente. La mayor parte de las veces es mejor que no sepan que eres policía.

—¿Y el arma y la placa?

—La placa, siempre. Y el arma, ahora en invierno, la puedes llevar bajo el abrigo sin que se te vea. En verano es más problemático.

Una hora después, cuando llegó el momento de diseccionar el caso de Sofía, puso una cara extraña al revisar minuciosamente la carpeta con toda la información que teníamos.

—¿Qué pasa?

—Mmm… Nada…

—Si quieres ser una buena policía vas a tener que aprender a poner cara de póquer. ¿Qué pasa?

—Te he visto en alguna revista con el duque de Lerma…

—¿Y…?

—Y nada…

—Dilo ya.

Yasmín me miró con cierta precaución.

—Que ha sido algo muy comentado…

—No he leído nada. ¿Qué se comenta? —dije haciéndome la tonta.

—He oído tantas versiones distintas y opuestas que es imposible que todas sean verdad. Y si voy a ayudarte con el caso, me gustaría conocer la versión oficial…

—¿La versión de qué? —pregunté inquieta.

—Dicen que inicialmente era el sospechoso de tu caso…

Eché la cabeza hacia atrás y resoplé con tedio. Entre esto y lo del ajedrez me tendrían frita hasta el final de los tiempos.

—Perdona, no es asunto mío… —me interrumpió antes de que pudiera contestar—. Olvídalo.

—Ástor y yo nos liamos mucho antes del asesinato de Sofía. Seis meses antes. Nos conocimos por otro caso. Amenazaron con matarlo a través de unas notas y… bueno, es igual… Volvimos a vernos cuando encontraron el cuerpo de Sofía en la universidad. Estuvimos juntos unos días, luego lo dejamos, luego volvimos otra vez y…, al final, se acabó.

—Vaya, eso son muchas veces… —musitó Yasmín con la boca pequeña.

—En realidad él nunca fue sospechoso —atajé.

—¿Nunca? Pues por aquí he leído que ha estado detenido varias veces…

—Por malentendidos…

—Ya veo… ¿Y por qué este caso no está cerrado? ¿No es evidente que fue la amiga celosa, la tal Carla?

—En principio sí, pero esa «amiga celosa» es la novia del hermano de Ástor, y claro… Los dos dicen que Carla es incapaz de hacer algo así, y hemos estado trabajando en la idea de que fuera una trampa, de que alguien que sabía que ella había quedado con Sofía la inculpara utilizando un objeto personal de Carla para matarla.

—Un poco rebuscado, ¿no? Y si así fuera, ¿quién iría a su casa a por ese objeto? Solo podría ser un conocido que supiera dónde vive y que tuviera acceso a sus llaves…

—Carla perdió, o le robaron, las llaves el día anterior…

—¿Eso es cierto? ¿Lo habéis comprobado?

—¿Cómo…?

—¿Que si hay pruebas de eso o la creísteis sin más, a pies juntillas, por ser quien es?

El corazón comenzó a palpitarme rápido. Una cría… Una novata que no conocía a nadie y que no era parte de la defensa acababa de señalar algo tan obvio que empecé a encontrarme mal.

Jamás deberíamos haber llevado el caso de Sofía… ¡Habíamos dado por hecho demasiadas cosas! Ástor había anulado mi mente virtuosa…

—¿Cómo comprobarías tú eso?

—Si las perdió, tendría que haber hecho copias, ¿no? ¿Dónde? ¿Cuándo? Se puede comprobar si es cierto, para empezar…

La forma de pensar de Yasmín me impresionó y quise aprovechar

la racha.

—Vale. Ahora imagina que descartas a Carla por lo que sea, ¿por dónde tirarías?

—Por el novio de Sofía, por supuesto. E incluso por sus padres…

—¿Sus padres?

—Sí. Todo queda siempre en casa… ¿Qué tal se llevaban los padres de Sofía con ella?

—No sé… —dije estupefacta—. Solo sé que quisieron enterrarla muy rápido. Y que en la morgue no soltaron ni una lágrima.

Yasmín abrió las manos con cinismo y dijo:

—Ahí lo tienes. Igual les vino de puta madre que muriera. ¿Por casualidad no estaría ganando mucha pasta últimamente? Y todo el dinero es para ellos. O igual tenía un seguro de vida de la hostia y ahora mismo están en las Maldivas pasándoselo teta. ¿Lo habéis comprobado?

Os juro que me dejó boquiabierta.

Estuve a punto de levantarme y darle un beso en la frente. También me entraron ganas de llorar… ¿Cómo había permanecido tan ciega? En ese mismo momento mandé a Gómez un mensaje con una sola palabra: «Gracias». Y él me devolvió una carita sonriente y un pulgar arriba.

Nos pusimos las pilas para comprobar todas las nuevas vías que acababan de abrirse. Tuve tentaciones de llamar a Ulises, pero no lo hice, confíe en Yasmín, y debo admitir que, misteriosamente, me sentí muy a gusto trabajando con ella. ¿Me estaba ablandando?

Quizá sí, porque poco tiempo después mi nueva ayudante me llamó un día por teléfono a las ocho de la mañana. Le había dado mi número personal, sí, pero bajo amenaza de no usarlo a no ser que alguien se estuviera muriendo. Y así fue. Resulta que Yasmín necesitaba el día libre porque Klaus se había puesto muy enfermo y tenía que llevarlo al veterinario urgentemente.

—No puedo pedírselo a mi hermana porque es alérgica a los gatos, y no tengo a nadie más… Creo que si no lo llevo ahora mismo, cuando vuelva a casa estará muerto.

Aquello me dejó patidifusa.

—¡Claro, claro, ve…!

—Lo recuperaré otro día, te lo prometo. Gracias.

Y me colgó sin añadir nada más. Sin gilipolleces. Era de las mías.

Estuve todo el día preocupada por ella debido a la falta de noticias. Era viernes y no podía quedarme con la duda hasta el lunes. No lo soportaría. Quería escribirle, pero me horrorizaba preguntarle «¿Cómo está tu gato?» y que me contestara que no lo había superado. Porque desearía consolarla de alguna manera y no podría hacerlo a través de la dichosa tecnología.

Así que, sin pensarlo mucho, me presenté en su casa como una buena acosadora —no me costó mucho encontrar la dirección—, y llamé al timbre.

Era la primera vez que hacía algo parecido. Habían pasado solo dos semanas desde que nos conocimos, pero habíamos comido juntas la mayoría de los días. Yasmín se mostraba hermética con su pasado, pero yo le había contado mil anécdotas vividas con Ulises, incluso le conté que Gómez estaba liado con mi madre, y flipó. También hablamos mucho de series y de libros. No me enteré de grandes detalles de su vida, lo único que sabía es que estaba sola.

Cuando abrió la puerta, después de descorrer lo que me parecieron al menos cuatro cerrojos, apareció en pijama y armada, ¡ole sus ovarios!, y se sorprendió mucho de verme.

—Hola…

—Hola… Yo… solo quería saber qué tal está tu gato.

Su sonrisa incrédula volvió a darme un poco de pena.

—Mejor. Gracias… Le han tenido que hacer un lavado de estómago.

—Uf, menos mal. Había traído un kit de rescate por si acaso… —dije levantando una bolsa—. Son unas chucherías para los mininos y helado de chocolate con brownie para ti.

—Oh, Dios… —musitó anonadada—. ¿Alguien sabe lo adorable que eres en realidad, Keira?

—No. Guárdame el secreto, por favor…

Nos sonreímos, y me obligó a pasar.

—¿Siempre vas armada dentro de casa? —bromeé.

—La verdad es que sí…

Cuando cerró la puerta, me fijé en la parte trasera de la hoja y descubrí que no lo decía en broma. Había un montón de pestillos diferentes. ¡Eso era pasión y culto a los sistemas de seguridad!

En ese momento pensé que estaba frente a una chica aterrorizada, pero su personalidad y su empuje desmentían esa hipótesis. Por no hablar de su salón… ¿Quién dijo miedo? No podía estar más equivocada. Sentía que acababa de entrar en una tienda de armas… Había de todos los tipos y tamaños expuestas por todas partes… Era aterrador.

—Vaya… Te gustan un poco las armas, ¿no?

—Un poco de nada —contestó con guasa—. Me encantan. Me dan seguridad. Nunca voy desarmada.

—¿Y en la cama, mientras duermes?

—¡Ahí no! Siempre la dejo en la mesilla —contestó como si hubiera dicho una estupidez.

Un maullido quejumbroso hizo que me volviera, y encontré a Klaus tirado sobre un cojín encima del sofá. Parecía un auténtico marajá. Y en cuanto le conté al gato que había visto la serie de la que provenían su nombre y el de su colega, Yasmín urdió un plan para pedir una pizza y empezar a ver *Los Originales* juntas. No pude negarme. Sentía que me necesitaba.

Un par de días después, aquí estoy; nos hemos plantado en la primera semana de diciembre y he quedado con Ulises en una hamburguesería que a los dos nos enloquece. Es un sitio barato con cuatro mesas de metal mal puestas, pero su materia prima es un secreto bien guardado. Uno de esos lugares que no recomiendas para que no crezca, se reproduzca y muera su verdadera esencia.

Me pregunta qué tal en comisaría y le cuento un poco sobre Yasmín.

—Así que os habéis hecho amigas —dice Ulises con la boca llena.

—Algo así… ¡Es un genio! Tengo que presentártela. Esa acaba de comisaria antes que nosotros, te lo digo yo…

—Me alegro de que tengas a alguien, Keira… —Sonríe satisfecho.

—No seas condescendiente conmigo. He empezado a meterme en Tinder y ya tengo un montón de matchs…

—¿Por qué eres tan mentirosa? —dice divertido. Y después de dar un gran trago a su bebida continúa—: El mercado está fatal… Ástor me contó que su última cita fue un desastre.

—Ah, ¿sí? —disimulo mi malestar.

—Sí… Le fue bastante mal.

—¿Qué pasó?

—No sé. Me dijo que la chica era preciosa, simpática y que el chichi le daba palmas, pero que no tenían química.

—Dudo que Ástor dijera lo del «chichi»…

—Bueno, lo dijo con otras palabras, claro.

—¿Qué dijo exactamente? —«Fatal. Disimulas fatal tu interés, nena».

—Me dijo que le rozaba la pierna todo el tiempo y que le sonreía mucho mirándole la boca. Cosas así. Las mujeres sois menos disimuladas de lo que os creéis…

Esa imagen me estruja los pulmones. Y su comentario me cabrea, porque me mira como si estuviera captando lo mucho que me irrita.

—Y a ti, ¿qué tal te va con Charly? ¿Cómo se ve la vida al otro lado del arcoíris…? —lo ataco sin piedad.

—Tiene un color especial, como Sevilla…

—¿No me digas? —Sonrío divertida.

—¿Has tenido sexo anal alguna vez? —me pregunta de pronto.

—No, muchísimas gracias.

—Yo solía decir lo mismo…

—Y ahora eres fan de los enemas.

—Vete a la mierda.

—Exacto… Ese es más o menos el problema, Ulises.

Terminamos riéndonos como solíamos hacerlo antes.

—Te echo de menos —confieso entonces—. Verte dos noches por semana no es suficiente. Miércoles y domingo. ¡Es como si Ástor y yo nos hubiésemos divorciado y tuviésemos tu custodia compartida…!

Ulises suelta una risita relajada.

—Yo también te echo de menos, Kei…

—¿Y por qué no me ha sonado creíble?

Tuerce la cabeza con pena y cariño a la vez.

—No seas boba… Te echo muchísimo de menos.

—¿Pero…?

—Pero no echo de menos mi vida de antes. ¿Puedes entender eso?

Asiento despacio. Claro que puedo… Ahora está enamorado.

—No tienes intención de volver, ¿verdad?

—Por el momento, no. He alargado la excedencia. Voy a esperar a

que se calmen las aguas…

—Y a ver hacia dónde va tu relación con Charly, ¿no? —le pico.

—No, eso no tiene nada que ver —dice a la defensiva—. Hago esto por Ástor. Jamás lo admitiré, pero estoy muy a gusto así… Estar con él es casi como estar contigo… No sé explicarlo muy bien.

—Pues está muy claro… ¡Me has sustituido! Te encanta tener por fin un amigo al que no te puedes follar.

—¡No es eso! —Se ríe—. Es que Ástor me recuerda mucho a ti en ciertas cosas… Sois iguales. En mi humilde opinión, deberíais estar juntos.

—¿Ahora de repente te parece un tío diez? Porque te recuerdo que hubo una época en la que asegurabas que era un gilipollas…

—¿Qué puedo decir? Será muchas cosas, pero es un buen tío. He luchado mucho por no encariñarme con él desde el principio, lo sabes, pero ha sido superior a mis fuerzas… Por algo será. Me recuerda a ti.

—Puede que tengamos mucho en común, pero a mí no me gusta que me tomen por el pito del sereno. Con lo de la web me mató…

—Que te ocultara todo eso no significa que no te quisiera.

—Considero que ocultar cosas a alguien a quien quieres es menospreciarle. Me da igual que no me entiendas, Ulises. La traición es muy difícil de perdonar, y por mucho que me guste el jarrón que formábamos juntos, Ástor lo ha roto. Y tiene demasiadas grietas para juntar los pedazos de nuevo.

—Ástor ya estaba roto cuando lo conociste, Kei… —dice locuaz.

—¿Cómo está ahora? —pregunto interesada—. ¿Ha vuelto al Dark Kiss?

—Solo hemos ido un par de días, pero creo que no vio a Nat…

—¿Lo crees o lo sabes?

—No lo sé seguro. Pero veo mejor a Ástor. Menos torturado que antes. Aunque no lo creas, te entiende, por eso está tratando de olvidarte.

Dolor. Eso siento. Dolor puro al captar que se refiere a olvidarme «con otras».

—Si no estuvo con Nat, ¿qué hizo en el Dark?

Y me arrepiento de haberlo preguntado en cuanto lo dejo escapar de mis labios. Porque sé que Ulises no me lo dirá para no triturarme el corazón.

—Sinceramente, no lo sé… No lo vi. ¿Importa acaso?

—En realidad, no… —Mis ganas de llorar zarandean mi corazón.

—Solo fuimos porque Charly insistió.

—Qué raro… —digo con sarcasmo.

—Únicamente quería animarlo. Y creo que también quería ponerme celoso, discutir, y luego tener un gran polvo de reconciliación. —Sonríe poniendo los ojos en blanco—. Es de lo que no hay…

—¿Ástor te pregunta alguna vez por mí?

—Hablamos de ti constantemente, Keira… —Me aprieta la mano.

El gesto y sus palabras me dan un abrazo interno.

—Hablamos de cómo llevas el caso, e incluso llegó a preguntarme si creía que algún día podríais ser amigos…

—¿Y qué le contestaste? —Mi corazón deja de bombear sangre.

El muy capullo se encoge de hombros haciendo tiempo para intensificar el momento, y aprieto los labios con fuerza para no hablar.

—Que era muy pronto… Creo que si os vierais, saltarían chispas. Y si de verdad no queréis estar juntos, Kei, yo no me arriesgaría…

—Tienes razón… Es así… Yo no quiero verle.

—Si lo dos tenéis pareja y os encontráis en un evento con más gente, quizá podríais soportarlo. Con una ligera depresión postevento, por supuesto…

—Por supuesto. —Sonrío. Aunque por dentro me esté muriendo.

No sé si Ulises ha utilizado alguna táctica especial conmigo que yo desconozca, pero tardo solo diez días en encontrar un motivo para hacer una visita a Ástor.

keira

25
La noche más especial

Diez días después
Miércoles, 17 de diciembre

He calculado un momento de bajo riesgo para verle. Un día y una hora en la que sé que Ástor estará en el establo cuidando de los caballos, según su rutina. Ese lugar le da paz, lejos de miradas y de cualquier presión. Es perfecto.

A veces, siento un hormigueo por dentro y sé justo lo que tengo que hacer. Esta es una de esas veces. Respiro hondo y me interno en las instalaciones.

Cuando lo veo, mi corazón se salta un latido. Capto el preciso instante en que un sonido lo alerta de que ya no está solo y me ve.

—Hola…

Me gusta que lo segundo que haga, después de abrir mucho los ojos, sea sonreír. Lo que no me gusta tanto es que esté brutalmente atractivo con el pelo algo más largo y revuelto que antes.

—¡Anda…! Menuda sorpresa…

Está de pie, junto al caballo, y avanzo hacia él con media sonrisa.

—Ya ves…

Hace mucho que no nos vemos. Cuarenta días. Una cuaresma. Una liturgia de conversión espiritual necesaria llena de reflexión, luto y penitencia. Lo normal sería darnos dos besos, pero no quiero acercarme tanto a él. Y él tampoco hace amago de querer traspasar cierta línea roja imaginaria.

Verle con sus botas altas de caña marrones, un pantalón beis, una camisa azul oscura y un chaleco de anorak a juego ya es suficiente castigo. Lo pillo lustrando el pelaje del animal con un cepillo de crin.

—¿Qué te trae por aquí, Keira? —pregunta intrigado, y me da un discreto repaso de arriba abajo—. Estás… muy guapa.

No hay mucho que ver. Es diciembre y llevo un abrigo de paño de color galleta, unas botas de ante del mismo tono, unos vaqueros oscuros y un jersey blanco de cuello alto oculto tras una enorme bufanda de cachemira. Mi madre dice que dónde me he dejado el negro…

—Gracias —contesto ruborizada y con el estómago del revés.

Humedece su jugoso labio inferior y yo con él. «Mierda».

No quiero preguntarle cómo está, porque ya os lo digo yo, ¡está *Too much for the body*! Ahora mismo, mi decisión de dejarle me parece un chiste malo.

—¿Cómo te va? —le pregunto acercándome un poco más a él.

—Bien. Bastante bien… ¿Y a ti?

—No puedo quejarme.

—Sí que puedes, por mí no te cortes —replica con guasa.

Y sonrío un poco más. Es tan… Joder, qué tonta soy… O fui. Ya no lo sé… ¡No! Es el tiempo, que me hace olvidar lo mal que me hizo sentir.

«Mantente fuerte, Keira. Eres una persona coherente». O lo era…

—¿Cómo está Héctor? —pregunto enfocándome en otro tema.

—En su línea… —Suspira con pesar—. Visita con frecuencia a Carla. Está bastante deprimido, la verdad.

—Me lo imagino… No hemos dejado de trabajar en ello. Mateo se está centrando en encontrar algo que exculpe a Carla, aunque no demos con el culpable, pero la cosa va lenta…

—Ya… Ulises me mantiene informado de todo. Te lo agradezco, Keira.

Me quedo en silencio sin saber qué más decir. Claro, como ya tiene a Ulises, a mí no me necesita para nada. Captado…

Estoy a tres segundos de empezar a hacer el ridículo porque no puedo dejar de mirarle hipnotizada. Jamás pensé que sería una de esas personas que alargan el momento en vez de ir al grano.

«¿Qué te trae por aquí?». ¡Es lo primero que me ha preguntado! Pero necesito hacer un poco más de tiempo. Necesito… sentir que la magia no ha muerto.

—¿Te cuida bien Ulises? —pregunto con pitorreo—. Espero que sí, porque me lo robaste descaradamente…

La sonrisa traviesa de Ástor hace que mis hormonas crepiten. ¿Cómo puede alguien sonreír así? Igual desconoce el efecto que causa… Si fuera consciente, sería un verdadero psicópata.

—Si te digo la verdad, no sé qué haría sin él… —admite Ástor.

—Pues lo mismo que yo, llorar por las esquinas.

—Lamento tu pérdida —murmura sin sentirlo en absoluto.

—En realidad, he venido por él…

—¿Qué le pasa a nuestro hijo de padres divorciados?

Bufo una risita al recordar ese comentario. Va a ser verdad que Ástor y Ulises se lo cuentan todo y que ahora son «supermejores amigos» o, como se dice ahora, *besties*.

—Dentro de nada es su cumpleaños —le informo—. El día veinte.

—Y no me ha dicho nada, el cabrito…

—Lo imaginaba. Por eso he venido. A avisarte.

—Podías haberme escrito un mensaje, Keira…

Y me quiero morir. No me queda más remedio que acercarme a la cabeza del caballo y abrazar al animal como apoyo moral. Ástor no pierde detalle del cariñoso gesto, y contesto a su frase cortante.

—Prefería contártelo en persona… No pensé que te sentaría mal que viniera.

—No, tranquila… —se apresura a decir—. Me alegro de que hayas venido.

—¿Te alegras? —pregunto haciendo contacto visual.

—Sí… Y Misty todavía más, ¿verdad, pequeña? —añade acariciando a la yegua—. Bueno, pues habrá que montarle una fiesta al niño, ¿no?

Mi boca fabrica una sonrisa, y Ástor se contagia de ella.

—Estaría bien… Además, cae en sábado.

—Podemos organizarla en casa de mi madre. Así Ulises no sospechará nada de nada…

¿En casa de su madre? Por Dios…

—Pero… ¿a ella no le molestará?

—No creo. Está en el Caribe. Esta semana tenemos a los chuchos en casa. Bella está obsesionada con Ulises… —Sonríe divertido.

—Es que Ulises es un híbrido entre vampiro y hombre lobo. —Saco la lengua mientras sigo acariciando a la yegua—. Y no los llames «chuchos».

Ástor sonríe malévolo, y me pone a cien.

—Oye…, ¿vas con prisa —dice sorprendiéndome— o tienes tiempo para tomar algo? Me queda poco aquí… Solo un caballo más. Y así hablamos de la fiesta de Ulises con detalle…

Tengo un *flashback* muy potente de lo que podría pasar entre su boca y la mía durante, después o en el coche al volver a casa. Y por un momento dudo. Dudo al distinguir el miedo enmascarado tras mi excitación y la alta probabilidad de que no sea una buena idea.

—¿Podemos permitírnoslo, Ástor? —pregunto con valentía. Creo que sabe a qué me refiero.

—Solo hay una forma de averiguarlo… —musita sin mirarme.

Cuadra los hombros y sigue cepillando al caballo, dejando que yo decida nuestro funesto destino.

—Podemos confeccionar una lista… Tenemos poco tiempo para organizarlo si queremos que sea un fiestón… —digo dando luz verde.

Mis palabras consiguen doblar la comisura de su boca hacia arriba, y, como un maldito efecto dominó, la de la mía.

Me chisporrotea todo el cuerpo solo de pensar en sentarme a una misma mesa con él llevándose algo a la boca que no sea yo. ¡Mortal…!

Corrijo: Ástor es de esos hombres que saben perfectamente lo que provocan en el género femenino y alardea de ello los siguientes sesenta segundos con gestos tan sexis que deberían estar castigados

por la ley.

Siento que mi fuerza de voluntad brilla por su ausencia, y me acojono: —Podríamos ir a cenar, pero no puede pasar nada, Ástor… ¿Te comprometes a ello? Solo así conseguiré estar relajada…

Me mira, y el reto que se forma en el aire promete dolerle mucho. Espero que se haga cargo de lo que significa que le haya pedido que me lo prometa… Básicamente, que si lo intenta, no creo que pueda apartarme.

—Claro, descuida. Estás a salvo, Keira. Ahora coge ese cepillo, por favor. Juntos terminaremos antes. Y como esto no es una cita, te toca currar.

Sus órdenes me hacen sonreír y consigo tranquilizarme un poco. Cojo el utensilio con mango de cuero y empiezo a cepillar la zona que falta.

No puedo explicar lo agradable que resulta estar tan cerca de Ástor sin decir nada y con un amago de sonrisa en la boca. Magia pura…

Charlamos de trabajo, y termino hablándole sobre mi nueva compañera, Yasmín. Se me escapa que Gómez nos juntó precisamente porque fue una víctima de violación en grupo, y Ástor niega con la cabeza, avergonzado de su género. Pero no debería. Porque no todos los hombres son así. También existen los clichés sexistas para ellos, y el asco en los ojos de Ástor me lo confirma.

Si algo he aprendido en mi profesión es que no se puede generalizar nunca. He conocido a madres que han matado a sus hijos. A padres que han violado a sus bebés… He visto de todo. Y cuesta volver a confiar en el ser humano, pero no es imposible, si no, miradme a mí. En ese sentido, estoy deseando que Yasmín logré asimilar que también existe lo que yo denomino «el otro bando», el de los buenos, porque hay hombres que lo son, y espero que cuando lo descubra pueda volver a reconstruir su vida.

Ástor me cuenta problemas de la finca, y le pillo un par de veces mirándome más tiempo del debido, pero se lo perdono porque se corrige enseguida.

Poco después, nos vamos de allí cada uno en su coche y terminamos en un *irish pub* en medio de la nada. A la aventura. No sé si es la acogedora madera barnizada, la música o la botella de vino

que nos bebemos mano a mano, pero se convierte en una de las mejores noches de mi vida.

Pedimos extravagancias culinarias de la carta para hacer un poco de colchón en el estómago.

—Hacía semanas que no comía tanto… —confieso encantada.

—Estás más delgada —puntualiza—, ahora que te veo sin el abrigo.

—A ti te ha crecido el pelo —lo acuso.

—Ya… Tengo que cortármelo —dice acariciándoselo, y sus dedos me dan una envidia que me supera. «¡Quién pudiera…!».

—Pues a mí me gusta. Te da un aire más rebelde.

—Una pena que haya prometido portarme bien…

—¡Camarera, unas tijeras! ¡Cuanto antes!

Y nos reímos juntos.

—Te he echado de menos… —dice mirándome melancólico. Y me recuerda a cuando yo se lo dije a Ulises. Mismo tono. ¿De verdad nos parecemos?

—Yo también… —contesto de corazón.

Y los dos nos damos cuenta de que nos desviamos hacia terreno pantanoso y cambiamos de tema.

—Oye, ¿viste un e-mail que te mandé hace unas dos semanas?

—No —digo perdida—. Soy un desastre… Tengo unos veinticuatro mil e-mails sin abrir en mi bandeja de entrada personal. No exagero, Ástor.

—¿Veinticuatro mil? —repite divertido—. ¿Cómo es posible?

Me encojo de hombros.

—¿De qué era ese e-mail?

—Nada importante. Un par de artículos que encontré sobre ti de ajedrez. Los busco, espera… —Coge su teléfono—. Ulises me ha dicho que has ganado un par de torneos más…

—Sí, pero no voy a volver a ir a ninguno. ¡Fue horrible! La gente no respeta el concepto de espacio vital y me agobio mucho…

—¡Es que eres famosa desde que ganaste al campeón de España! —Sonríe vacilón—. Revisa de cuando en cuando tu bandeja de entrada, quizá te manden alguna invitación importante alguna vez.

—¿Cómo cuál?

—Para algún campeonato abierto europeo, por ejemplo… Y de ahí

a la Copa del Mundo de la Federación Internacional de Ajedrez el año que viene…

—No tengo claro que quiera meterme en eso…

—Tú solo revísalo. Y si te llega algo, me avisas. Yo me encargo de convencerte… —Me guiña un ojo y me muestra su teléfono.

Me acerco bastante a él para leer lo que pone, y soy consciente de cómo vuelve la cara hacia mí y aspira mi olor profundamente.

Lo miro. Me mira.

—Lo siento… —se disculpa abochornado—. Es que hueles jodidamente bien…

Mi boca se llena de saliva y trago con dificultad. Él registra el gesto y se humedece los labios. Me gustaría abanicarme, pero me toco el pelo para que pase el instante embarazoso y, al parecer, solo lo empeoro, porque Ástor se queda enganchado en mi mano como si hubiera perdido el control de su disimulo y fuera a abalanzarse sobre mí en cualquier momento.

—Joder… Ya está… —se corrige, apartando la vista y apretándose los ojos—. Lo siento… Será el vino.

—No pasa nada.

—Es que estoy muy a gusto contigo.

—Yo también, pero no podemos, Ástor… Sería dar un paso atrás terrible.

—Ya lo sé… Tranquila. Te lo he prometido.

—Es que si no, nunca podremos avanzar, y estaría bien poder ser amigos, ¿no crees? Me gusta que estés en mi vida…

Me mira emocionado.

—A mí también. Y si el precio que tengo que pagar es no tocarte, lo haré. —Se forma un silencio—. Ya tocaré a otras pensando en ti…

Y reconozco ese tono sutil de vacile que tanto me gusta, así que le empujo en broma y me ofrece la sonrisa más maravillosa del mundo. Yo también sé jugar a eso…

—Besé a Mateo —suelto de pronto—. Bueno, me besó él. Yo solo intenté demostrarme a mí misma que podía, pero fue un fracaso…

—Me lo contó Ulises…

—¡El cabrón no se calla una…! Él me dijo que fuisteis al Dark Kiss… ¿Volviste a estar con Nat? —quiero saber.

—No. No sé qué te habrá contado, pero no he estado con nadie,

Keira. Lo he intentado y no he podido… Es pronto. Lo que he sentido por ti no se supera de un día para otro.

El corazón empieza a palpitarme a toda velocidad. «Dios santo…».

—Y me encanta que hayas venido, pero siento decir que, después de esta noche, quizá sí necesite a Nat…

Eso no ha sido un vacile, lo ha dicho en serio.

Al momento me siento fatal por haber provocado este encuentro. Por haber sido tan egoísta. Pero para mí este rato ha sido un «que me quiten lo *bailao*» inocente que me hacía mucha falta para seguir viviendo, joder.

Siento sus ojos clavarse en mis labios y anhelarlos con fuerza. La tensión se vuelve insoportable.

—Disculpa… No quería causarte problemas —digo arrepentida—. Tenemos un muy buen amigo en común y me apetecía hacer algo especial por su cumpleaños…

—Y lo haremos. Pero ahora deberíamos irnos antes de que la cague… —dice Ástor, mortificado.

—Vale…

No me deja pagar la cuenta. Lo evita con el semblante serio, y salimos a la calle.

Caminamos hacia los coches, que hemos dejado aparcados el uno al lado del otro, y me acompaña hasta la puerta del mío quedando un espacio reducido en medio de los dos.

—Bueno…

—¿Estás bien para conducir? —le pregunto preocupada.

—Sí. Todo lo que hemos comido ha absorbido el vino. ¿Y tú?

—Sí, hace rato que solo bebo agua…

—Vale, pues… te escribo para comentarte cómo va la «operación cumpleaños». Vendrás, ¿no? No puedes faltar… —me presiona.

—Sí, sí… Iré.

—Bien…

Nos quedamos mirándonos como si ninguno de los dos quisiese marcharse. «¡Por Dios… Abre esa puerta, súbete y vete, Keira!».

—Gracias por venir a verme… —consigue decir Ástor.

—No era mi intención provocarte una crisis, de verdad…

—No pienses eso. Ha sido al revés. Me has ayudado… Me sentía más fuerte, pero era una sensación falsa. Tú me has recordado lo que

es sentirme fuerte de verdad… Y seguiré intentando conseguirlo. En serio, gracias por venir… ¿Tú estás bien?

—Sí… —«¿Cuándo dejaré de usar los síes como noes?».

—Me alegro… —musita cabizbajo sin moverse. Como si quisiera oír algo más.

Qué duro es esto… Pero lo digo:

—No quiero que pienses que me eres indiferente, Ástor… A veces tengo que hacer un esfuerzo muy grande para recordar por qué no estamos juntos…

—¿Por qué no estamos juntos, Keira? —pregunta dolido—. Porque yo ya ni me acuerdo…

No se acuerda, claro… Porque él no tiene ningún motivo para no estar conmigo. Pero yo no sé cómo explicarle lo que me hace sentir; aun así, lo intento.

—Porque… ya no sé a qué atenerme contigo, Ástor… Y no soporto vivir con esa duda. Me hace sentir mal conmigo misma.

—Puedes atenerte a que te deseo muchísimo —dice acorralándome contra la puerta de mi coche sin llegar a tocarme.

Intuir el calor de su cuerpo desata un infierno en mí.

—Estaba yendo bien… No lo estropeemos, por favor… —suplico vulnerable.

—Estoy siguiendo adelante… Pero no creas ni por un momento que he pasado página, Keira —susurra muy cerca de mí.

Yo tampoco. Y no sé si lo haré algún día, porque no quiero hacerlo, pero tampoco quiero sufrir, ni llorar ni volver a descubrir algo de Ástor que rompa en fragmentos aún más pequeños lo que me queda de corazón.

—Tengo que irme… —Y lo he dicho con tan poca convicción que su respuesta es atraerme hacia él e incrustarme en su pecho, duro y varonil.

La fragancia de su colonia mezclada con la de su esencia personal provocan un fundido a negro en mi cerebro. Dicen que el olfato gestiona las emociones más fácilmente que ningún otro sentido. Son capaces de evocar recuerdos de los que no puedes huir.

—Kei… Necesito que me dejes romper mi promesa… —susurra Ástor en mi boca.

Por un momento soy incapaz de formular un «No». Mis

terminaciones nerviosas se rebelan, impulsándome hacia sus labios para romperla a lo grande, pero mi corazón lanza un quejido agudo que reverbera en todo mi ser y aparto la cara a tiempo.

—No puedo, Ástor… Esto es un error.

Sus labios aterrizan en mi cuello como si no pudiera frenarlos.

—Keira, por favor…

—Para, Ástor… Te estoy pidiendo que te alejes de mí.

Se queda rígido, como si acabara de analizar el significado de mis palabras.

—Joder, lo siento… —dice retirándose azorado y pasándose las dos manos por el pelo—. Lo siento mucho, de verdad. Tienes razón… Por favor, no me lo tengas en cuenta. Olvida esto, ¡ha sido una noche genial…! Yo…

—Sí, lo ha sido —contesto abrumada por mi latente deseo—. La culpa es mía. Quería que funcionara… Me refiero a poder vernos y que no pasara nada. Pero Ulises tenía razón: es demasiado pronto…

—No. ¡Podemos conseguirlo! —dice con convicción—. Hemos bebido y… De verdad, discúlpame, por favor. Te juro que no volverá a pasar nunca… Yo también quiero que funcione. Quiero estar contigo en esa fiesta, con más gente y que todo sea… normal.

—No sé cómo hacerlo sin causarte dolor… —digo preocupada.

—Me causa más dolor no verte que no poder tenerte, Keira.

—¿Estás seguro de eso?

—Del todo. Cuando se me vaya la pinza, me frenas y listo. No pasa nada.

«¿Y si se me va a mí?», pienso preocupada. Porque ahora, por suerte, he podido frenarlo, pero no quiero ser hipócrita y echarle toda la culpa a él, ¡porque yo también lo estaba deseando! Aun así, necesito ser consecuente con mis decisiones, y no deseo hacerle daño.

—¿No te enfadas? —pregunto cohibida.

—No. Tienes razón, Keira. Y creo que con el tiempo aprenderé a controlarlo. Cuanto más te vea, más te normalizaré… O eso espero.

—De acuerdo —digo encogiéndome de hombros.

Ástor se aleja un poco más de mí para que sienta que tengo libertad, pero sin llegar a darme la espalda.

—Conduce con cuidado, ¿vale? —se despide—. ¿Te importa avisarme cuando llegues a casa? Te prometo que te responderé solo

con un emoticono.

Esa frase me hace sonreír.

—Vale. Ve con cuidado tú también…

—Lo haré. Nos vemos, Kei…

—Nos vemos, As…

No sé ni cómo llego a casa, porque durante el trayecto no he visto la carretera, solo he reproducido el beso que podríamos habernos dado una y otra vez. He visualizado cada malito movimiento de su boca sobre la mía a cámara lenta … y me he tocado los labios unas veinte veces para que dejasen de llorar. No ha habido suerte porque todavía huelo a él.

—¿Dónde estabas? —me pregunta mi madre nada más llegar.

—¿Qué tengo, seis años?

—Por tu contestación, deduzco que estabas con Ástor…

—No es lo que crees… Estamos planeando la fiesta de cumpleaños de Ulises.

—Menuda excusa…

—¿Qué más te da? ¿Ahora tengo que darte explicaciones de todo lo que hago o dejo de hacer con mi vida sentimental por vivir bajo tu techo? Porque cuando quieras, me marcho…

—Pensaba que éramos amigas —dice dolida—. Me preocupo por ti.

—Pues abórdame de otra forma. Ya no tengo dieciséis años, mamá.

—Exacto. En nada cumples los treinta. Deberías ir centrándote un poco…

—¿Centrarme en qué exactamente?

—En ser feliz y compartir tu vida con alguien.

—No sabía que había que tener pareja para ser feliz —digo irónica.

—No es eso, pero…

—Déjalo, mamá… Pensamos de manera diferente.

—Estaba convencida de que Ulises y tú acabaríais juntos, pero él se está buscando la vida y espero que tú también encuentres tu sitio.

—¿Mi sitio? ¿Insinúas que esta casa no es mi sitio?

—No, pero… ¡supongo que no querrás quedarte aquí toda la vida!

—¿Tanta prisa tienes por que me vaya?

—¡Nooo! ¡Pero Keira…, ¿qué leches te pasa?!

—¡Eres tú, mamá! ¿No te das cuenta de los mensajes subliminales que me mandas? Dices que tienes miedo de que termine sola y de que no me busque la vida, pero lo que oigo es que te preocupa que no puedas vivir tú la tuya sin mí de una buena vez. Tranquila, esta semana me buscare algo.

—¡No es eso! ¡Simplemente no quiero que te pase lo mismo que a mí, hija…! —confiesa de pronto, y la miro atónita. Me quedo callada para que se explique—. De los veinticuatro a los treinta y ocho no tuve ninguna relación seria. Pasé años pensando que no lo necesitaba, que estaba muy feliz sola contigo, ¡y estaba realmente cómoda!, pero ahora que estoy enamorada estoy muchísimo mejor. Y me fastidia que te cierres al amor, hija, o que persigas amores imposibles que solo te harán daño. ¡Es perder el tiempo!

—Siento haberte hecho «perder el tiempo», mamá… Me alegro de que ahora seas realmente feliz con Gómez.

—¡Keira…! —me llama cuando ve que me voy sin hacerle caso.

Uno de mis grandes traumas es haber eclipsado la juventud de mi madre; además de no haberle dejado tener pareja por lo que pasó con la última, así que entiendo perfectamente que, en el fondo, le gustaría deshacerse de mí. No dudo de que me quiera, pero ya no soy una niña, tengo trabajo estable y aquí ya no pinto nada. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

Recordar que Yasmín está emancipada desde los dieciocho me hace verlo todavía más claro. Me siento inútil. Y cobarde. Incluso egoísta.

Me encierro en mi habitación como si fuera una adolescente malhumorada y me tumbo en la cama con el teléfono en la mano.

Tecleo a Ástor que ya he llegado, tal como le he prometido:

Keira:
Ya he llegado
Gracias por esta noche. Ha sido
genial…
Me has hecho sentir que, aunque no
estemos juntos, nunca estaré sola
mientras tú estés en el mundo Y lo

escribo porque lo pienso de verdad. Siento que él me entiende. Lo veo ponerse en línea, y la aplicación indica que está «escribiendo». Luego para. Me ha dicho que no me mandaría mensajes. «Escribiendo» de nuevo. Vuelve a detenerse. Los nervios se agarran a mi estómago como un gato con miedo al agua.

Espero ansiosa para descubrir si cumplirá su palabra o se la saltará a la torera como ha estado a punto de hacer en el aparcamiento. Es como si de ello dependiera que se cumpla la profecía que ha lanzado antes al aire: «Te juro que no volverá a pasar nunca». NUNCA. Ha sido como un hachazo en todo el corazón. ¿Y si yo quiero que pase? ¿Y si quiero que me escriba?

Permiso para darme una colleja mental. Es muy probable que necesite un psicólogo, además de un piso nuevo.

El mensaje aparece.

Ástor:

👍

Se ha contenido. Casi me siento triste.

De pronto aparece otro mensaje.

Ástor:

Yo nunca me siento solo… porque tú siempre estás en mi mente. Ten paciencia conmigo, tengo mucho que aprender. Por lo pronto, a no hacer promesas que no pueda cumplir.

Buenas noches, Keira

ástor

26
Feliz cumpleaños

Cumpleaños de Ulises
Sábado, 20 de diciembre

Jadeo en mi escondite.

¿Quién tiene que esconderse en su propia casa? Bueno, es la de mi madre, pero da lo mismo. Soy el anfitrión.

Llevo todo el día muy nervioso por volver a ver a Keira…

Ese casi-beso en el aparcamiento me llevó al borde del abismo. ¡Joder! Pero fue mucho más que eso. Fue toda la maldita noche.

En cuanto apareció en el establo, tuve una fibrilación auricular. Mi corazón comenzó a tener espasmos como si fuera un pez que lleva tiempo fuera del agua.

Y ahora me está pasando lo mismo. Ha sido verla y que mi

corazón palpité desorganizado, olvidándose de bombear sangre al resto de mi cuerpo; el cabrón la manda toda hacia un único lugar…

La culpa la tiene la jodida máquina de hacer esclavos que Keira lleva puesta. Llamémosle «el modelito». Porque eso no es un vestido… Y sumadle la amiguita cañón que se ha traído. La tal Yasmín.

«Total, una poli más…», me dijo Keira con inocencia, y no le di importancia porque ya iba a tener a parte de la comisaría metida en casa, pero no contaba con que apareciera con un ángel de Victoria´s Secret que ha causado furor entre los pocos miembros del KUN que han acudido a la fiesta.

He tenido que advertir a todos que ni se les ocurriese ofrecer una carta de Kaissa a Yasmín… Y, en especial, informar a Charly y Ulises, que a veces buscan compañía femenina como tentempié, de que la chica fue víctima de una violación en grupo, para que se olvidaran del tema.

—¡No jodas! —ha dicho Ulises, alucinado.

—Qué fuerte… —lo ha secundado Charly.

Pero en vez de mantenerlos a raya, se han interesado aún más por Yasmín. Lo bueno es que ella parece sentirse cómoda pensando que solo son un par de gais inofensivos y que las miradas que echan a su indumentaria se deben a su buen gusto por la moda.

Lo cierto es que la chica es guapa. Guapísima. Me recuerda un poco a Carla: rubia, pelo largo y mirada angelical. Es la clásica belleza nórdica que a mí ya no me impresiona. O será que Keira me tiene sorbido el seso…

Ya he perdido la cuenta de las veces que me la he cascado esta semana en la ducha recordando el olor de su cuello…

Me llevé la sorpresa de mi vida, esa es la verdad, y disimulé lo mejor que pude. Por un momento, pensé que me lo estaba imaginando y que la gente que pasaba estaría viéndome hablar solo. Pero me la sudaba. Estaba encantado con la alucinación.

Me di cuenta de que era real cuando al final de la noche me desperté de golpe y porrazo al sentir un doloroso pellizco tras pedirme que me alejara de ella.

Si la enzima de su saliva no siguiera activa en mi organismo, habría podido capear mejor verla aparecer hoy en la fiesta con un trozo de tela especialmente diseñado para desestabilizar a cualquier

ser vivo, sea cual sea su orientación sexual. Está increíble…

Mireia se ha superado esta vez.

La prenda está confeccionada con una tela elástica parecida a las vendas que se usan para los esguinces. Sí, esas que lo oprimen todo a modo de faja creando una ilusión de firmeza enloquecedora.

A simple vista parece un vestido negro, palabra de honor, al que se han añadido unas mangas largas de la nada (los hombros quedan al descubierto, para mi desgracia), pero el verdadero *shock* es que no termina en falda… ¡Termina en pantalón corto! MUY corto y ajustado.

Ya, yo también me he quedado sin habla.

Palabra de honor con pantalón corto y manga larga. Sueña con eso.

Apretado como el demonio… Pelo suelto… Botas altas negras de cuero. Casi reviento el marco de la puerta cuando he tenido que agarrarme a él para procesar su código de vestimenta.

—Esta es mi compañera, Yasmín —he oído cuando Keira me la ha presentado.

Pero os juro que apenas le he prestado atención. ¡Soy un jodido maleducado…!

He reaccionado en piloto automático y, en cuanto he apuntalado los posibles estropicios, me he escabullido rápido hacia un pasillo para apoyarme en una pared y empezar a jadear como un perro.

—¿Qué haces aquí? —Héctor me sorprende saliendo de la nada.

Siempre, en todas las fiestas, hace su aparición estelar tarde. Se cree Lady Gaga. Y eso que ayer vinimos a dormir aquí para que los servicios que hemos contratado hicieran su despliegue desde primera hora de la mañana.

—Nada, solo estaba…

—Escondiéndote —termina mi hermano por mí—. Pero ¿de quién?

—¡De nadie…!

—Ástor…, ¿de quién?

—De Keira… —admito cerrando los ojos, cazado.

—Yo también quiero esconderme de ella. No me apetece nada verla, aunque por razones inversas a las tuyas.

—Déjala en paz. Keira no tiene la culpa de que Carla siga en prisión.

—¿Y quién la tiene?

Me quedo callado.

Le rebatiría mil cosas, pero no sé cómo gestionar este tema. No quiero pelearme con Héctor, y, diga lo que diga, reaccionará mal.

En el fondo, mi hermano me da mucha pena. No sé lo que haría yo si estuviera en su pellejo, pero nada bueno… Me dijo que había contratado a varios detectives privados carísimos para que investigaran por su cuenta, pero que no habían conseguido nada sólido. Y es que cualquiera que no la conociera pensaría que Carla lo hizo. El juez de instrucción que le toque cuando llegue el momento de juzgarla pensará lo mismo, y es muy difícil asimilar esa realidad cada día que pasa sin obtener resultados.

—Héctor, relájate un poco hoy, por favor. Por Ulises. Intenta pasarlo bien.

—Llevo años diciéndote: «Intenta pasarlo bien», y ahora por fin te comprendo… —replica desganado—. ¡No podías! Qué ignorante es la gente que no aprovecha cuando está bien… ¡porque no es consciente de lo rápido que se te puede joder la vida en un momento!

Lamento que se sienta así, pero…

—Has superado cosas peores, hermano…

—No. Nada es peor que esto, Ástor —dice convencido—. Tenías razón… Siempre duele más cuando las cosas atañen a alguien a quien quieres, en vez de a ti mismo. Ahora te entiendo tanto… Y quiero pedirte perdón, As. Por obligarte a estar bien cuando no podías estarlo.

Me agacho para quedar a su altura y le froto los brazos. No me gusta que diga que ahora me entiende, pero lo agradezco viniendo de alguien que me tendió una trampa para sacarme de ese estado.

—Siento haber traído a Keira a tu vida… —añade abatido.

—Yo no —aseguro, solemne—. Porque funcionó. Ella me ha enseñado mucho sobre mí mismo… Y entre todos conseguisteis que mis fantasmas me asustaran menos.

—Ahora la que te asusta es ella, y tienes que esconderte —se burla.

Suspiro amortiguando ese *touché* entre mis paletillas y me sincero: —Es que… ¡la quiero! Siento con cada fibra de mi ser que está hecha para mí…

—Pues no la dejes escapar.

—No depende de mí, Héctor… Es lo único que no puedo controlar del mundo. Y lo único que me puede destrozar.

—Pues aléjate de ella.

—¡¿En qué quedamos?!

—¿De verdad quieres estar con alguien que puede destrozarte? Porque tus bajones no se pasan con helado y tiempo, se te pasan realizando actividades arriesgadas que un día van a costarte la vida…

—Hace tiempo que no hago nada de eso.

—Porque ahora tienes otros pilares en los que apoyarte, pero no puedes ignorar tus necesidades. Y tú necesitas un pilar femenino. ¿No tienes alguna amiga?

—Mamá dice que no puedo tener amigas…

—¡Tío…, me acabas de recordar a Forrest Gump! —Se ríe—. ¡Sí que tienes amigas! ¿Olga no iba a venir a la fiesta?

Olga… ¡Joder! ¡Me había olvidado de ella! Pero no podía faltar. Ulises me ha acompañado a todas partes este último mes y también a mi cita mensual con ella para hablar del negocio. En realidad, ya se conocían de la vez que vino a comer a mi casa e intentamos engañar a Keira metiéndonos en mi habitación. A partir de entonces su amistad ha ido aumentando, sobre todo desde que el día del aniversario de la muerte de su hermana la acompañamos al cementerio… Lo hago cada año.

—Tú ve al salón —empujo a Héctor, nervioso.

—Vale, pero Ástor… —Me frena—. Nada que merezca la pena tiene un camino fácil… Piensa en eso.

—Uy, no… No me vengas con frases del dalái lama, que me matas.

Ese tipo de sentencias me afectan más de lo que me gustaría admitir. Las ignoro inicialmente, pero luego se me quedan dentro dando vueltas hasta que las aplico a mi vida. De hecho, regreso a la fiesta pensando que Keira vale tanto la pena que todavía tengo que sufrir mucho para merecerla. Ahora bien, Héctor tiene razón en una cosa: estoy mucho mejor porque tengo más pilares. Como Ulises.

Sin querer, Ulises se ha convertido en alguien indispensable para mí. En un apoyo que siempre me había faltado, como un alma gemela, por así decirlo. Con nadie me siento más yo mismo que con él, y eso

se dice pronto…

Charly es mi otra mitad. La malvada. Pero Ulises es mi reflejo… Y no le cuesta nada leer en mi cara lo preocupado que estoy cuando aparece Olga y Keira se percata de que se saludan como si fueran grandes amigos.

Solo veo una salida: emborracharme, y que sea lo que Dios quiera…

Después de unas horas de formalidades, saludando a gente y fingiendo que somos una gran e incestuosa familia feliz, pregunto a Charly si, por casualidad, se le ha ocurrido traer algo de «ayuda», como él lo llama, a una fiesta plagada de polis. La sonrisa que me echa me indica que está más loco de lo que creía. Pero lo necesito. Tengo que dejar de mirar a Keira como si estuviera a dieta de ella. Nunca me han gustado las drogas. Aparte de ser peligrosas, siempre he pensado que tomarlas implica cierto desequilibrio mental. Muchos dirán que se trata solo de una válvula de escape, pero yo no lo veo así. Más bien, es la evidencia de una desavenencia con una parte de ti mismo que no eres capaz de manejar solo. Es miedo. Es cobardía. Es debilidad e irresponsabilidad. Es inseguridad… Creo que cuanto más las tomas, menos te quieres a ti mismo y menos orgulloso estás de cómo afrontas los problemas.

Por eso no lo siento incorrecto cuando lo aspiro. Porque ese soy yo. Alguien que no está orgulloso de sí mismo. Ni de lo que he hecho en mi vida. Ni de cómo me siento.

Cuando me despido de ese diablo vestido de blanco, acudo adonde se oye más follón. Todo el mundo parece estar encantado con la empresa de cócteles que contraté. Son unos chicos que ganaron el concurso de no sé dónde y llevan toda la noche subvencionando chupitos sublimes a los invitados.

—Ponme uno especial para mí… —me animo.

—A ti te voy a hacer uno que se llama «múltiple» —contesta uno de los bármanes, enigmático.

—¿Por qué tiene ese nombre…?

—Porque hace que cambies de personalidad. —Sonríe canalla—. De repente, lo que está bien te parece mal. Y lo que está mal es genial… —bromea subiendo las cejas con una expresión perversa.

—¿Qué? Pue no pienso probarlo solo. —Sonrío precavido—. Si yo

caigo, vosotros también —reto a Charly y a Ulises.

—Venga, va —se anima Charly.

—Tú no lo tomes, que te me vuelves aburrido —lo pica Ulises.

—Pues bébete el mío y ponte todo loco… ¡Me encantaría!

—No podrías soportarlo, cariño… —Sonríe Ulises con chulería.

En ese momento, llegan Keira y su secuaz, Yasmín.

—Chicas, brindad con nosotros. —Charly les ofrece uno.

—Yo no quiero, gracias —responde Yasmín.

—¡Venga, anímate! —insiste él.

—No. —Y suena tan brusco que Charly se queda cortado y todos nos damos cuenta—. No quiero beber nada, gracias —repite.

Keira interviene para que el momento pase.

—Me tomo yo el suyo. ¿De qué es?

—Ni idea —murmuro—, pero nos han dicho que es la bomba…

No me creo ni una palabra del viaje psicodélico que promete la mezcla, pero veinte minutos después estoy tan pletórico que hasta Charly va a preguntar a los bármanes qué llevaba el dichoso combinado. Es lo que tiene juntar guaraná, taurina y cafeína con grosella, que se te va la polla. ¡Quiero decir…! ¡La olla!

Lo paso genial durante un rato. Incluso creo que bailo. Lo hacemos todos. Se monta un escenario improvisado sobre una mesa de té japonesa tallada a mano. Si la gente supiera cuánto cuesta, más de uno gritaría, pero merece la pena solo por ver a Héctor reírse a carcajadas y empezar a grabarlo todo con su teléfono, augurando que un día será un filón para futuros chantajes.

El punto álgido de la borrachera llega cuando algunos polis obligan a Keira a subir a la mesa y ella les sigue la corriente. Me parece increíble, ¡si odia ser el centro de atención! Debe de llevar un buen pedal, y yo otro para no enfadarme cuando uno que se la come con los ojos se sube con ella y empiezan a bailar de forma sensual.

Mi actitud me da un baño de esperanza al pensar que quizá sí podamos ser amigos después de todo. Nada es imposible.

Sigo bailando como jamás lo he hecho. Con Olga, con Keira, con Yasmín… Incluso bailo con Ulises y Charly, que me rodean como si fuera el relleno de un sándwich. ¡Esto es el mundo al revés! Y, negaré haberlo dicho, pero… el noventa por ciento de los asistentes son gente de clase media que no se preocupa por las apariencias y que solo

quiere divertirse, lo que me permite saborear de nuevo la vida que una vez dejé atrás.

En un momento dado, me topo con Keira por casualidad, haciendo cola para entrar en el cuarto de baño. Es encontrarse nuestras miradas y empezar a romperse imposibles a diestro y siniestro…

—¡Eh! ¿Qué haces aquí?

—Esperando para entrar.

—¡Tú no tienes que esperar! Ven conmigo…

La cojo de la mano y la arrastro hacia el piso de arriba.

Cuando ve el cuarto de baño de mi madre, alucina tanto que empieza a actuar como un dibujo animado. No es que no coordinemos, estamos…, no sé cómo decirlo…, demasiado accesibles, eso. Y de repente, lo entiendo. Lo veo. Lo presiento. Me juego algo a que Charly ha dicho al barman que eche otra ayudita de las suyas al «múltiple» o a cualquier cóctel que yo pidiera, sin prever que íbamos a compartirlo todos. ¡Tiene que ser éxtasis líquido! Incoloro e insípido. Dicen que te vuelve tan positivo que te harías colega hasta de alguien que te está apuntando con un arma.

—Madre mía… ¡Me quedaría a vivir en este cuarto de baño! —exclama Keira, feliz. Y me río con ganas al imaginarla acampada aquí.

Me miro en un espejo que ocupa toda la pared e intento discernir qué coño me pasa. Al menos me he cortado el pelo… Llevo la corbata floja y un botón desabrochado. «¿Cuándo me lo he soltado?».

—Ástor, ¿te importa salir? —se queja ella—. ¡Tengo que hacer pis ya!

Y sin verlo venir, se me cruzan los cables y me doy la vuelta, divertido.

—No. Me muero de ganas por saber cómo vas a quitarte esa cosa… —Señalo el «modelito»—. ¿Vas a tener que sacarte las mangas?

Se monda de risa ante mi amenaza de quedarme.

—Pues sí. Y como no te vayas, lo voy a hacer delante de ti.

—No tienes nada que no haya visto ya… —contesto muy chulito.

Y la respuesta de Keira es sacarse las mangas con una mirada fiera que me hace adorarla aún más. Se baja la prenda hasta la cintura sin ningún tipo de vergüenza, quedándose en un sujetador sin tirantes negro de lo más sexy.

No aparto la vista ni un jodido milímetro.

—Hay que ver lo que te gusta desnudarte delante de mí…

—Tú mismo lo has dicho: me has visto mucho más desnuda que esto. Y si no te largas, voy a mear contigo delante. Tú mismo…

—Eso sería un gran paso en nuestra relación… —digo risueño.

—¡Era coña! ¡Vete antes de que me explote la vejiga, joder…!

Me troncho de risa y me quedo apoyado en el lavamanos.

—¡Ástooor! —protesta cruzando las piernas como una niña pequeña.

Soy incapaz de huir de la entrañable vulnerabilidad que desprende. ¡Es adictiva!

—Superamos lo de tener sexo con la regla y superaremos esto. Venga, hazlo, Keira… Adelante. No es para tanto…

—¡No pienso hacerlo! —Se ríe y llora a la vez—. ¡Vete, por Dios! ¡Has hecho que saliera de la fila de abajo… y ahora ya no puedo aguantar!

Vuelvo a negar con la cabeza, sonriente. Hacía que no me divertía tanto desde… ni lo sé. Le doy la espalda para ayudarla un poco en su decisión.

—Venga, hazlo. No te miro. Solo escucho.

—¡La madre que te parió, Ástor…! —brama—. ¡Claro que lo vas a oír!

—Piénsalo. Este es un buen método para romper la glamurosa tensión sexual que existe entre nosotros. Hazlo, y acabemos con ella de una vez.

—Bien. Tú lo has querido…

La oigo bajarse la ropa del todo y empezar a hacer pis, pero el sonido queda amortiguado por una simulación de gemidos sexuales tipo «¡Oh, síííí…!», «Oh, Diosss…» que me hacen sonreír aún más.

—¡Esto es mejor que un orgasmo! —grita.

Cuando tira de la cadena y pronuncia un «ya está», me vuelvo hacia ella con una sonrisa en la boca.

—Es oficial: por fin me he desenamorado de ti —sentencio vacilón.

Y la sonrisa que me devuelve me parece tan tierna que no puedo dejarla marchar. Lo siento mucho…

Cuando pasa por mi lado con un «genial, es lo mejor para todos…», la retengo contra mí.

—No te lo habrás creído, ¿no? —susurro arrimando mis labios a su oreja.

Y la cara que pone entonces me gusta todavía más.

No sé cómo terminamos contra una pared. Me pego tanto a ella que nuestras bocas casi se tocan. Solo un roce, sin llegar a más.

—Ástor… —me avisa Keira, preocupada. Y percibo en su tono un «me lo prometiste» que hace que me separe de ella como si fuera su palabra de seguridad.

—Lo siento. —Y soy sincero—. Te doy permiso para denunciarme cuando quieras… Considérame un peligro para ti.

Sonríe, pero lo he dicho en serio. «¿Por qué no me controlo? Me doy miedo».

—Nadie dijo que sería fácil ser solo amigos… —musita instándome a salir del cuarto de baño y volver a la escalera—. Lo que importa es que lo estamos intentando. Esta noche está siendo genial… Y me está gustando poder compartirla contigo.

—A mí también —digo con afecto.

—¿Sabes cuál es nuestro problema? —piensa en voz alta—. Que estamos cachondos…

Me río. Porque tiene toda la razón. Siempre la tiene… Y ojalá ese fuese el único problema, pero el verdadero es que nadie me fabrica sonrisas como ella. Nadie me habla con tanta franqueza y nadie habría hecho jamás pis delante de mí… Qué va. Cualquier mujer de las que conozco habría dejado que le reventara la vejiga antes de hacerlo… Pero Keira no.

—Hay que seguir con nuestras vidas… —dice convencida—. Y la única forma de que podamos tenernos en ellas sin que duela es no dejando que pase nada íntimo entre nosotros. ¿De acuerdo?

La fragilidad de su voz no denota mucha convicción, pero…

—De acuerdo.

Y juro que en ese momento lo veo claro. Pero media hora después, se me olvida…

La veo bailando a cámara lenta en medio de la gente, contoneándose de un lado a otro como si estuviera en éxtasis, y me pego a su espalda como si una fuerza me hubiera obligado a hacerlo.

Entierro mi nariz en su pelo y los dedos de mi mano derecha se entrecruzan con los suyos.

No tiene que volverse para saber que soy yo. No sé exactamente qué me ha delatado, quizá haber colocado una mano en su vientre con tanta posesividad, pero cuando mueve lentamente la cabeza hacia mí y nuestras frentes se juntan sigue bailando con los ojos cerrados.

Llego a pensar que le da igual quién sea. Que solo quiere imaginar que soy yo, aunque sea cualquiera.

Junto nuestras manos en su vientre para abrazarla del todo y le sigue un prometedor roce de narices. Estoy en el cielo. Vuelvo a rozar sus labios de la misma forma que he hecho en el cuarto de baño, como si estuviese llamando a las puertas del cielo… Casi puedo oír el temazo de Guns N' Roses resonando en mi cabeza.

Cuando estoy a punto de besarla, recuerdo mi juramento y me contengo, lo que nos hace abrir los ojos y mirarnos. Los suyos son tan profundos y oscuros que me da miedo caer al vacío. Pero Keira me agarra del cuello de la camisa y tira de mí hasta encajar nuestras bocas.

Eso me hace resucitar de entre los muertos.

Es un beso inesperado. No es intenso ni urgente. Es mucho más decadente e indecoroso que todo eso… Es un baile erótico de roces de labios interminables y húmedos que no quieren llegar a profundizar por miedo a no poder parar.

La boca de Keira se queda abierta en más de una ocasión, dejando que yo absorba su labio inferior, para volver a la carga con el superior.

Oigo un «joder…, ¿has visto eso?» que pasa de largo en mi cabeza.

Cualquiera que esté siendo testigo de este morreo sabe que está en presencia de una necesidad primaria imparable. Algo completamente ingobernable que nos hace estremecer de placer y olvidar dónde estamos y lo que tenemos alrededor.

Creo que es el propio Ulises el que nos empuja, alejándonos del ojo público, y nos lleva a un lugar más privado, pero no lo tengo claro. Solo la siento a ella. Nuestras bocas. Nuestros cuerpos. Ni siquiera sé si nuestro amigo ha abandonado la habitación cuando arrastro la tela de su modelito hacia abajo y mi boca atrapa uno de sus pechos. Caemos rápidamente en picado hacia un delirio sexual irresistible.

La oigo gemir y noto que me agarra el pelo con fuerza. Me busco

la vida para llegar a su sexo, encharcado, y gruño de satisfacción al mojarme.

Keira empieza a retorcerse ansiosa cuando mis dedos entran y salen de su cuerpo sin parar.

—Dime lo que quieres… —exijo con voz líquida.

No sé ni donde estamos, pero su petición me llega alta y clara:

—Quiero que me folles…

Fascinado por sus palabras, nos desnudamos en tiempo récord y aterrizamos en una superficie blanda.

Solo entonces miro alrededor. Joder… ¡Es la habitación de Héctor! La que usa cuando viene aquí porque no puede subir la escalera.

—Ástor… —suplica Keira cuando me siente acomodado entre sus piernas.

La miro por última vez, completamente enajenado, y, al advertir un ruego velado en su mirada, me sepulto en ella sintiendo un deseo incomparable en lo más profundo de mi ser.

Me pierdo en la sensación de un placer superior. Las emociones me inundan y no sé nada más… Oigo un «te amo»… Aunque lo cierto es que no sé si lo he oído, lo he pensado o lo he dicho. Supongo que no importa. Lo único que importa es que cuando todo termina, Keira me mira como si tuviésemos un futuro juntos. Y eso me basta.

Después de besarnos durante cinco largos minutos, nos vestimos sin decir una palabra. Los dos sabemos que no estamos en condiciones de hablar de nada racional, pero antes de salir de la habitación, volvemos a besarnos inevitablemente.

—Quédate a dormir luego, Kei…

—Imposible… Tengo que acompañar a Yasmín a su casa.

—Puede llevarla alguien.

—No quiero dejarla sola con nadie. No le gusta…

—Seguro que Olga puede llevarla.

Me mira como si quisiera preguntarme algo sobre ella, pero se corta.

—Déjame hablar con ella primero, y si puede llevarla, te quedas.

—Vale…

Cuando volvemos al salón, presiono su mano y nos separamos. Keira va directa hacia Yasmín, que la espera sonriente, y yo voy

directo hacia Charly, que está arrumbado en la barra, aprovechando que Ulises charla con antiguos compañeros.

—Joder… —lo saludo contento.

—¡Hombre! La estrella porno del momento… —Sonríe vacilón.

—Cállate…

—Si no fuera por Ulises, os ponéis a follar en la pista.

—Además de verdad… ¿Qué coño nos has metido en el cóctel?

—¡¿Yo?! ¡Te juro que nada! —dice efusivo, y parece sincero. A Charly no le pega mentir. No pierde oportunidad de escandalizar, si puede hacerlo.

—Un día vas a acabar en la cárcel, ¿sabes? —lo amenazo.

—¡Que yo no he hecho nada! Habrán sido los de los cócteles. Yo que tú los denunciaría, te lo digo en serio. No pueden ir por ahí echando cosas en las bebidas. Yo, si lo hago, siempre pido permiso.

—No vuelvas a hacerlo. Un día de estos, podría salirte mal…

—Me estoy mosqueando, Ástor… Te he dicho que yo no he sido. Y esos tíos van a irse de rositas. Seguramente era SLD, porque yo no te he visto bailar en mi puta vida y hoy lo has dado todo… Si fuera yo, les metía un puro que te cagas, porque van a seguir haciendo esto en más fiestas…

Su seriedad me alarma y me planteo seguir su consejo. Incluso me planteo llamar a la policía para que los registren ahora mismo y comprueben si están en posesión de ese tipo de drogas. Y de repente caigo en la cuenta… ¡Si la casa está llena de policías!

—Vale, te creo, Charly. Esos bármanes se van a enterar, esto está repleto de polis… Voy a preguntar si hay alguien aquí especializado en estupefacientes.

—Gracias por creerme —dice apocado.

—Gracias a ti por preocuparte siempre por mí…

Tomo un sorbo de mi bebida y busco a Keira con la mirada. La encuentro en el sofá hablando con Héctor. Qué peligro…

Héctor estaba muy filosófico al empezar la fiesta, y después de cuatro horas empinando el codo seguro que lo está todavía más. Espero que se comporte; no quiero que joda nada. Esta es la definitiva… Lo sé porque lo que Keira y yo hemos hecho en esa habitación no es follar es… hacernos inmortales.

—Por cierto, me alegro por vosotros —dice Charly, feliz.

—Gracias…

—Gracias a ti por montar esta fiesta a Ulises, aunque te has pasado un poco con el regalito, ¿no crees? Me has hecho quedar fatal con mi puto reloj de tres mil pavos…

Suelto una risita.

—Es evidente que yo le quiero más que tú… —Me burlo.

—No flipes…

Nos miramos, y veo en su mirada que está hasta la médula por Ulises. Pero si yo he superado que Keira y él sean íntimos e incluso muuuy íntimos en el pasado, Charly tendrá que superar que Ulises y yo nos hayamos vuelto inseparables.

—No te enfades —intento recular—. Pero es que… ¡le debo la vida! Se la debo a muchos niveles…

—Tío…

—¿Qué?

—Que Keira ha dejado de hablar con Héctor y se ha ido directa a hablar con Olga… —musita preocupado.

—Seguramente le esté pidiendo que se lleve luego a Yasmín a casa.

—Por la cara que pone no creo que sea eso… Mira…

Me doy la vuelta, y lo que sucede a continuación no lo veo venir.

Keira se va del lado de Olga con aire de cabreo y esta última me clava la mirada con terror.

Keira se acerca a Yasmín para decirle que se van inmediatamente, y su pupila intenta seguirle el paso hacia la puerta. Mis piernas reaccionan, y las intercepto justo cuando va a abrirla.

—¿Adónde vas…?

Cierra los ojos, disgustada por que la haya pillado en plena fuga.

—Ni se te ocurra seguirme… Olvídate de mí para siempre, Ástor.

Mis cejas suben ante esa contestación tan agresiva.

—Pero… ¡¿qué ha pasado, Kei?!

Intenta irse de nuevo, y la sujeto del brazo.

—¡¡¡NO!!! —me grita furiosa. Y al ver la desolación con la que rompe a llorar me duele como nunca.

—Keira, ¿qué pasa? ¡Háblame, por favor! —le pido consternado.

—Suéltame ahora mismo… —exige con un sollozo.

Se produce un silencio inaudito en el que solo se oye la música, y

me doy cuenta de que mucha gente nos está mirando. Ulises debe de estar a punto de aparecer, así que solo digo: —Por favor… Te quiero…

—¡¿Y a mí qué me importa que me quieras?! —exclama enfadada—. ¡Eres un mentiroso, joder! ¡Y nunca dejarás de serlo…! No sé en qué momento se me ha olvidado… ¡Héctor me lo ha contado todo y Olga me lo ha confirmado!

Me quedo estupefacto. ¿Qué coño le han dicho ahora?

keira

27

La otra sorpresa

Cuando Ulises llega a la puerta, me dirijo a él en un tono que conoce muy bien.

—Quiero irme. AHORA.

Él mismo aparta de mi brazo la mano de Ástor, que no hace ningún esfuerzo por impedirlo.

Salgo disparada, buscando las llaves de mi coche en el bolso. Yasmín me sigue sin atreverse a decir ni una palabra.

Sé que estoy siendo drástica, pero no quiero explicaciones. ¡No las quiero!

Ástor tiene razón: cada vez que discutimos, no perdono, no lucho y no le concedo el beneficio de la duda… ¡Pero es que no se lo merece, joder!

¡Este puto amor es superior a mis fuerzas!

Ulises lo predijo también. Me dijo algo así como que yo no sé querer a nadie. Y acabo de darme cuenta de que es verdad. No puedo querer a nadie porque todo el mundo acaba fallándome. A Ástor le ha faltado tiempo para mentirme otra vez a la cara, y no me habría jodido tanto si no hubiera sido tres segundos después de volver a caer en sus redes… ¡Soy imbécil! ¡Él me hace sentir imbécil!

Conduzco con los ojos llenos de lágrimas y no dejo de darme manotazos para limpiármelas y poder ver la carretera.

—Keira, para en el arcén… —me pide Yasmín, preocupada.

—No…

—¡Para el coche, por favor…! Para ahí. —Señala un lugar.

Al final obedezco porque siento que no puedo ni respirar. Y en cuanto tiro del freno de mano me derrumbo sobre el volante de forma dramática.

—Chist… Tranquila… —Noto su mano en mi espalda aplacando mis sollozos—. No voy a preguntarte qué ha pasado, ¿vale? No quiero saberlo.

Escuchar eso me tranquiliza, porque no puedo ni pronunciarlo. Solo me deshago en plañidos contra el volante y me doy cuenta de que ya estoy otra vez llorando por Ástor. Mi madre tiene razón: ¡no aprendo!

—Aunque me lo puedo imaginar… —añade entonces Yasmín, con su habitual olfato detectivesco.

—Es un cabrón… —resumo—. ¿Por qué me hace esto?

—No sé qué te ha hecho, pero desde que hemos llegado a la fiesta me ha parecido que está completamente colado por ti.

Niego con la cabeza, devastada.

—Déjame conducir, anda… —me pide Yasmín—. Vuelve a casa, Keira, métete en la cama y mañana será otro día. Todo pasa…, te lo digo yo, que he vivido situaciones muy chungas… De lo más chungas…

Entonces la miro y siento que ha llegado el momento. El hecho de que haya repetido lo «chungo» que fue me indica que quiere contármelo. En todo este tiempo no ha mencionado nada sobre lo que le pasó, pero parece que mi grado de sufrimiento ha activado el típico consuelo basado en la idea de que «podría ser peor».

—¿Qué «situaciones muy chungas»? —pregunto haciéndome la

despistada.

—Sumisión química. ¿Te suena? Hay miles de casos anualmente. Fue en una fiesta… Estaba divirtiéndome con mis amigas, y de repente se me apagó el cerebro. No recuerdo más. No sé dónde estuve, ni con quién, ni siquiera tengo flashes… Pero cuando me desperté supe que me habían violado…

—Dios mío… —digo horrorizada—. Lo siento mucho… Debió de ser terrible. ¿Se supo quién fue? ¿Hubo una investigación?

—Lo peor fue la reacción de mis padres… Quisieron mantenerlo en secreto para que nadie se enterara de lo que me había pasado. «Total, si no te acuerdas de nada…», me dijo mi padre.

—No te creo… —farfullo ojiplática.

—Me desperté en la calle, llevaba todas mis pertenencias, y me fui directa al hospital. Me dolía tanto el cuerpo… Tenía un mordisco profundo en un pecho, moratones en la mandíbula y arañazos en los muslos y la espalda… Me dieron la pastilla del día después y antirretrovirales. No había ni rastro de sustancias químicas en mi organismo, pero me dijeron que el tipo de drogas que se usan para la sumisión química suelen eliminarse en dos o tres horas. Con lo que no contaban mis agresores era con que ese día tenía la regla y encontraron un tampón muy al fondo de mi vagina lleno de restos de ADN…

—¡Joder…!

—Había cuatro distintos… Y aunque quise pedir pruebas de todos los chicos de mi curso, porque había sido en una fiesta del instituto, mis padres prefirieron no denunciar… Y yo era menor.

—Hostias… No me extraña que no tengas relación con ellos, Yasmín.

—Me escapé de casa de esos monstruos. Y lo peor fue el sentimiento de culpa que me dominó por haber ido a esa fiesta, como si yo pudiera haber hecho algo por evitarlo. Ninguna de mis amigas supo darme explicaciones de cómo terminé así. Tenía la impresión de que sabían algo y se estaban protegiendo unas a otras. O a sus amigos. O a los padres de los amigos de sus padres. Fue horrible…

—No lo entiendo, Yasmín. ¿No había ningún padre con sentido común?

—Ese tipo de gente siempre se protege entre sí. Es como una

norma…

—¿Qué tipo de gente?

—Los ricos y poderosos. Yo era una niña rica… Y los alumnos que iban a mi colegio no podían tener ninguna mancha en su expediente. «¿Quieres arruinarles la vida por una borrachera que terminó en algo que ni siquiera recuerdas?». Esa fue la frase de papá…

Me llevo una mano a la frente. Siempre la misma mierda… El alcohol no es excusa para hacer atrocidades.

—¿Puedo decirte una cosa, Yasmín? —le pregunto, por ayudar.

—¿Qué?

—Has hecho que se me pase el disgusto…

Sonríe tenuemente, pero luego se le borra recordando a su padre.

—Le dije que mi vida era la que estaba arruinada y me contestó que si no me acordaba quizá hubiera sido consentido, porque la ropa que me ponía lo pedía a gritos.

—¡Por favor…! —exclamo asqueada agarrándome el puente de la nariz.

—Sí… Mi padre fundó el lema «Es que las visten como a putas».

—¿Cómo pudiste salir adelante tú sola? Eres muy valiente…

—Tenía dinero en mi cuenta corriente. Me escondí los meses que me quedaban hasta ser mayor de edad en una pensión de mala muerte y dije a los dueños que les pagaría el triple si no me pedían el DNI ni me hacían preguntas. Cuando cumplí los dieciocho me pagué una buena psicoterapeuta, que me ayudó mucho. La veía todos los días. Gracias a mí, ahora tiene un chalet en la playa…

»Me apunté a una academia para sacarme la oposición de policía y alquilé un piso. Poco a poco fui saliendo del agujero…

—¿Y tu fijación con las armas, viene de ahí? ¿No estarás pensando en asaltar un instituto y liarte a tiros…?

—No… —Sonríe.

—No lo digo en broma —aclaro seria—. Es una realidad.

Yasmín pierde la sonrisa.

—Ya… Siempre me han gustado las armas, Keira. Mi abuelo era cazador, y le ayudaba a limpiar sus escopetas ya de pequeña. Sé que no es lo ideal, pero me hacen sentir segura.

—Si te drogan de esa forma, un arma no te servirá de nada.

—Por eso solo bebo agua, y de botellas precintadas, en los sitios a

los que voy.

—Eres increíble… No cualquiera habría tenido tanta entereza después de algo así.

Yasmín se encoge de hombros, dolida.

—Siempre he tenido un carácter fuerte, pero me costó quitarme la culpabilidad de encima. Supongo que me ayudó mucho la rabia que sentí hacia mis padres, hacia mis amigas y hacia todo mi mundo… No hay nada más peligroso que una mujer cabreada.

Le cojo la mano con afecto.

—Gracias por contarme todo esto…

—Gracias a ti por haberme acogido en tu vida… Y no solo en el trabajo.

Nos abrazamos, y siento que, por primera vez, alguien me entiende a la perfección. Le he tomado un cariño inmenso a Yasmín en muy poco tiempo. Me ha ayudado a recuperar una sensación que ya daba por perdida, una que empecé a vislumbrar con Sofía, la de poder confiar en una amiga.

Todo lo contrario a lo que siento por Ástor en ese momento…

En cuanto llego a casa me meto en la cama como me ha recomendado Yasmín, pero cuando me despierto al día siguiente me siento aún peor. Mi madre no quiere ni preguntar qué me ha pasado, y se lo agradezco. Hago un repaso mental de lo acontecido en la fiesta y siento ganas de morirme.

Al llegar tenía la esperanza de ser capaz de hacer borrón y cuenta nueva con Ástor. ¡Claro que podíamos ser amigos…! Somos personas, no animales. Pero empiezo a pensar que es imposible…

Hubo varios momentos extraños en la fiesta. El primero, cuando nos abrió la puerta. Reaccionó con mala cara, pero se recuperó rápido.

Lo segundo fue ver a Olga abrazando a Ulises como si se conocieran de toda la vida. Él se mostró muy cariñoso con ella, y me escoció un poco que tuvieran esa familiaridad. Olga también hizo buenas migas con Yasmín. La única rara era yo, pero no entendía por qué la habían invitado al cumpleaños de Ulises…

Cuando este último leyó esa misma pregunta en mis ojos me buscó para hablar.

—¿Te pasa algo, Keira?

—¿A mí? Nada…

—Tienes atravesada a Olga desde el principio de los tiempos, pero, en realidad, es maja… He podido conocerla un poco más.

—Cuando nos vimos por primera vez en su salón de belleza me trató como si fuera la mala de *Betty, la fea*.

—No sería para tanto, si luego te dejó guapísima…

—Ya he visto que os lleváis muy bien… ¿Desde cuándo, Ulises?

—Ástor queda con ella cada dos o tres semanas. Al fin y al cabo, tienen un negocio juntos. Y como yo lo acompaño a todas partes, hemos coincidido varias veces. Es maja, de verdad…

—Genial. Pues que se casen y tengan muchos hijitos. —Sonreí falsa.

—Keira…

—¡Lo digo en serio! Tranquilo, Ulises. Quiero pasarlo bien. ¡Es tu cumpleaños…! —Forcé una sonrisa—. ¿Te ha sorprendido la fiesta?

—Muchísimo… No dije nada porque creía que no sería buena idea que Ástor y tú os vierais. Y vais, y montáis esto…

—¡Sí que es buena idea! Somos amigos… Diviértete, ¿vale?

Y hasta yo noté la mentira en mi voz.

¿Solución? Emborracharme…

Busqué a Yasmín por la fiesta y le confesé mis intenciones:

—Necesito pillarme un buen pedo…

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? —preguntó preocupada.

—¿Recuerdas toda la novela que te conté sobre Ástor de Lerma?

—Cómo olvidarla…

—Pues la sirena borde preciosa está aquí. La que me hizo el cambio de imagen, vino a comer a su casa y se encerró en su habitación para darme celos… Esa.

—¿Quién, esa pelirroja?

—La misma. Ástor tiene un fetiche muy bestia con las pelirrojas…

—Joder… ¡Sí que se parece a Ariel!

—Tú eres opuesta a la princesa Yasmín.

—Claro. Porque yo soy Yas, a secas. Yasmín es muy repipi…

—Vale. Tú puedes llamarme Kei.

—Joder, Yas y Kei… Suena a dos perros coreanos que resuelven crímenes en horario de franja infantil…

Me parto de risa.

—Dirás dos perras…

—Eso. —Levantó la mano para chocármela.

Yas me ayudó a seguir de buen rollo, incluso cuando Ástor y Olga se pusieron a hablar durante un largo rato salpicando la conversación de toda clase de gestos cariñosos que denotaban confianza y que terminaron sellando con un abracito…

En ese momento me pedí el chupito que fue el principio del fin de mi raciocinio… Luego lo siguió ese maldito cóctel, el «múltiple», que fue como caer en un multiverso en el que yo no era yo. Era la versión fumada de mí misma. Todo era cercano, bonito y posible.

Siendo sincera, lo pasé como nunca. Aunque la resaca de después también está siendo «como nunca». Jamás había tenido una resaca así… Ni moral ni física… Un horror. Mi dopamina está por los suelos, y quiero morirme por un montón de motivos distintos.

«Mierda… ¿Hice pis delante de Ástor?». Sin comentarios…

Y por supuesto recordaba habernos besado mucho y haber follado como dos ardillas en primavera.

Por un momento fui feliz. Feliz de verdad. Por un momento no me importó nada; creo que fue cuando Ástor entrelazó sus dedos con los míos y aspiró mi pelo. En ese instante, quise desaparecer junto a él para siempre.

Cuando volvimos a la fiesta se me había bajado un poco el globo, pero no lo suficiente para no tomar una decisión descabellada cuando mi mirada y la de Héctor se encontraron.

Él estaba situado junto al sofá, para facilitar el hablar cara a cara con quién quisiera sentarse con él. Seguramente le dolería el cuello de estar mirando todo el tiempo hacia arriba. En eventos así, la gente debe de olvidar su condición.

Sin pensar en lo que desataría, me senté a su lado.

—Hola, Héctor. ¿Qué tal? ¿Todo bien?

No sé por qué le hice esa pregunta. Si era evidente que no todo estaba bien en su vida desde hacía tiempo.

—Todo lo bien que puede irme teniendo en cuenta que las piernas no me responden y que el amor de mi vida sigue en la cárcel…

—Joder… —Me tapé la cara porque me sentí fatal al haberlo olvidado—. Lo siento mucho… Si alguien no se merece esto, eres tú, Héctor.

—Gracias, pero le está pasando a Carla más bien… Yo estoy aquí de fiesta y ella… —Se calló como si le pesara.

—Lo siento. De verdad… Te juro que no sé qué más hacer. Mateo está tratando de encontrar a un testigo que la viera minutos antes… O a alguien que reparara en otra persona en las inmediaciones. Pero es complicado…

—Lo sé. Ahora ya es tarde… —masculló molesto—. Han pasado meses, y nadie se acuerda de nada de lo que hizo o vio ese día. Si no hubierais estado todos tan ocupados jugando a los enamorados, quizá habríais hecho mejor vuestro trabajo y no se os habrían pasado detalles por alto…

Lo miré acongojada. Tenía tanta razón que me sentí fatal.

Ulises y yo habíamos estado muy ciegos. Igual otros policías habrían actuado de forma diferente, como Yas me sugirió. Bueno, igual no, seguro… Nosotros no fuimos objetivos con nada.

—No sé qué decirte, Héctor… Solo que no me rendiré.

—Yo tampoco. He contratado a unos detectives privados…

—Estamos investigando a los padres de Sofía —le chivé de repente.

Cosa que llamó poderosamente su atención.

—¿Por qué?

—Mi nueva compañera me dio la idea. Y tiene otras muy buenas… Estoy profundizando en ello. Encontraré algo, te lo prometo…

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Keira… —contestó severo.

—Vale, perdón. Es la borrachera la que habla…

Héctor chascó la lengua contra su paladar.

—Me parece penoso que tengáis que poneros así para liaros por fin. Acabo de veros salir juntos del pasillo… ¿Cómo vas a centrarte en el caso si sigues jugando con mi hermano?

Me quedé callada. No quería pelearme con Héctor. Sabía que lo estaba pasando muy mal…

—Ástor ya estaba mejor… —continuó pensativo—, y que os vierais ahora, sinceramente, me ha parecido una cagada…

—Ya lo sé… —admití culpable—. Sé que Ástor está mejor, pero ¿y yo qué? ¿Nadie piensa en mí? ¿No cuento? Yo quería estar con tu

hermano… Iba a tragar con muchas cosas por estar con él, pero sus mentiras se me atragantaron y no pude… Me hizo sentir que no contaba…

—Es lo que pasa cuando intentas desesperadamente contentar a todo el mundo, Keira. Que mientes y manipulas para que solo escuchen lo que quieren oír… Y al hilo de esto, creo que Ástor y tú sois demasiado parecidos para estar juntos. Ambos sois muy herméticos y controladores a la vez, y eso siempre os hará daño. A mi hermano le conviene otro tipo de chica. Alguien como Olga. Y diga lo que diga, a él siempre le ha gustado… Lo que pasa es que su hermana murió en el accidente y la situación era complicada de narices. Y ahora que por fin parece que la cosa tira entre ellos, apareces otra vez en su vida y lo trastocas todo…

No puedo describir el dolor que me invadió en ese momento. ¿Cómo que «ahora que la cosa tira entre ellos…»?

Imaginarlos juntos fue como si el tío de *El templo maldito* de Indiana Jones me hubiera arrancado el corazón y lo enseñara a un público, jubiloso de que le diera un bocado.

—Me dijo que nunca habían estado juntos… —farfullé cohibida—. Ástor me ha contado que no ha estado con nadie desde que lo dejamos…

—Joder… —resopló Héctor—. Pues te ha mentido. Se ha acostado con Olga, te lo garantizo. Y más de una vez…

¿Y sabéis lo que hice?

Desconfiar de Héctor. Como de todos. Porque estratega era un rato. Sin ir más lejos, era el artífice de haber puesto las notitas amenazadoras a Ástor, así que me levanté y fui directa hacia Olga.

—Hola. —Me planté delante de ella.

—Hola… —me saludó con un punto histérico en la voz.

—Solo quiero hacerte una pregunta y que me contestes con sinceridad. Por pura sororidad entre mujeres… ¿Ástor y tú os habéis acostado alguna vez?

Su cara fue un poema que respondió a la pregunta por sí misma clavándose dolorosamente en mis entrañas.

—Eh… A ver…

La vi buscando palabras que ni siquiera existen en el diccionario, unas que no signifiquen nada y que no hagan daño. De ilusiones se

vive.

—Con un sí o un no, me basta… —la presioné.

—Pero… ¿qué te ha dicho él exactamente?

«Madre mía… Otra que no quiere cabrearle».

—Gracias, Olga, ya me has contestado.

Me fui de su vista y busqué a Yasmín con prisa.

—Nos vamos. YA.

—¿Qué ha pasado? Pensaba que…

—Ven rápido y no preguntes —dije cogiendo los abrigos de uno de los colgadores de la entrada.

Casi había alcanzado la libertad cuando Ástor nos cortó el paso.

No podía ni mirarle a la cara.

Estallé en un llanto incontenible y humillante, y Ulises vino en mi rescate. El resto ya lo sabéis…

Y ahora no quiero ni mirar mi teléfono. Ojalá pudiera lanzarlo al mar, pero aquí no hay.

Echo un vistazo y veo que tengo doce llamadas perdidas.

Todas son de Ástor y Ulises… No interesan.

Les llega el turno a los mensajes.

Uno de Ulises, preguntando si he llegado bien a casa. Y diciéndome que le llame.

De Ástor, ni entro, pero en el último pone:

Ástor:

No entiendo cómo puedo quererte

¡Boom! A eso lo llamo yo matar moscas a cañonazos…

También hay uno de Yas.

Yas:

Maratón de *Los Originales* segunda temporada esta tarde? Te espero Ese me hace sonreír, y apago el teléfono sin contestar nada a nadie.

Yo tampoco entiendo cómo puedo quererle; hace mucho que dejé de preguntármelo. La única pregunta que tengo es: «¿Por qué?».

¿Por qué tiene la necesidad de mentirme?

¿Por qué me dice lo que quiero oír, como a los demás?

Pensaba que para él era especial, diferente… Pero eso también es mentira. Ástor es y siempre será un mentiroso. Por mucho que me guste cómo besa, cómo folla, cómo juega al ajedrez, cómo me mira, cómo habla. Cada maldito movimiento que hace… Pero se acabó.

Estoy tan dolida de haber dado mi brazo a torcer otra vez y haberme vuelto a llevar una sorpresita con el «sello De Lerma» que ya paso…

Poco después, el único mensaje que devuelvo es a Yas, para decirle que llegaré a su casa sobre las dos del mediodía con comida china y golosinas. Es tan genial que me contesta con un emoticono de manos hacia arriba, indicando que alaba la idea.

Nos pegamos el prometido maratón y charlamos un rato.

—¿Te ha escrito, Kei?

—Sí, pero prefiero no ver lo que pone. Sabe que los teléfonos no son lo mío. Llamaré a Ulises dentro de unos días. Él no esperará mi llamada antes; sabe que primero tengo que quemar la rabia hasta agotarme. Y también necesito enfocar mi atención en otra cosa. Creo que voy a independizarme… Mi madre lo está deseando…

—Voy a decirte una cosa, y no te enfades, ¿eh? —empieza medio en guasa—. Si algún día tengo un hijo, espero que a tu edad ya no esté viviendo conmigo. Si no, le echaré a patadas por su propio bien…

—Ya veo que tienes un gran instinto maternal, Yas —me mofo.

—Es una tradición. En familias como la mía no puedes quedarte en casa para siempre. Te dan medios para buscarte la vida fuera, o bien te casas pronto y pasas a ser responsabilidad de otro hombre…

—Eso suena bastante medieval. Por no decir machista.

—Ellos lo llaman «conservadurismo». Valores tradicionales de toda la vida donde cada uno tiene su papel y la igualdad brilla por su ausencia. Sin embargo, ahora me siento libre. Querrás mucho a tu mami, pero independizarte me parece un planazo, nena…

—¿Me ayudarás a buscar algo? Igual compro un piso para no tirar el dinero en un alquiler… Invertir en algo mío, ¿sabes?

—Es buena idea, aunque…

—¿Qué?

—Nada… Iba a decir que, si quieres, hasta que encuentres algo que te guste, puedes venirte a vivir conmigo… Tengo habitaciones de sobra.

—¿Al Museo de las Armas? No, gracias… —digo divertida.

—Bueno, tú piénsatelo, Kei. Si necesitas un cambio, aquí estoy. Y puedes irte cuando te dé la gana…

—Creo que si quisieras una compañera de piso, ya la tendrías…

—La gente comparte piso para compartir gastos o porque quiere vivir con amigos. Pero yo no necesito dinero y no tengo amigos, así que…

Y le veo en la cara que odia sonar tan victimista, porque no los tiene porque no quiere. Igual que yo. Pero con ella he descubierto que eso es un error.

—¿No hiciste amigos en la academia de Ávila? —quiero saber.

—Sí, pero yo era la más joven con diferencia y a ellos los destinaron a otros sitios. Además, no soy muy sociable que digamos. Creo que contigo encajo porque tampoco lo eres…

Sonrío por su perspicacia.

—Me lo voy a pensar, Yas… Lo de venirme aquí, digo…

—Bien. —Se encoge de hombros y seguimos viendo la tele.

Al final nos dan las diez de la noche, y cuando entro de nuevo en casa de mi madre me está esperando de brazos cruzados.

—¿Dónde te habías metido?

Definitivamente, tengo que mudarme.

—En casa de Yasmín…

—Ástor ha estado aquí… —me informa solemne, y maldigo en voz baja.

—¿Le has dejado subir?

—No, si te parece le digo: «Duques, no».

—Habría estado bien…

—¿Qué ha pasado, Keira? —pregunta cogiéndose los brazos temerosa—. Me ha dicho que no contestas a sus mensajes ni llamadas y que tenía que hablar contigo urgentemente.

—Cosas nuestras… Bueno, no. Que se acabó y ya está… Esta vez, para siempre.

—Pensaba que ibais a ser amigos…

—Es imposible —admito por fin—. Se nos da fatal…

—No sé quién dijo que «cuando algo merece la pena, incluso merece la pena hacerlo mal».

—No estoy para frasecitas, mamá… —gruño yendo hacia mi

habitación—. Y por cierto, he encontrado un piso. Me mudaré después de Navidad.

—¡¿Y me lo sueltas así?! —exclama sorprendida.

—Sí. Puedes empezar a bailar en silencio en cuanto cierre la puerta de mi cuarto…

Me voy de su vista y solo oigo silencio. Es el fin de una era. Me encierro en mi habitación y vuelvo a tumbarme en la cama.

¿Ástor ha estado aquí? Maldita sea…

¿No le quedó claro que no quiero verle ni saber nada más de él?

Me meto en mi aplicación de mensajería, y veo que ahora tengo más mensajes de Ástor. El último: Ástor:

Prepara la orden de alejamiento

Entro en la conversación de mala gana.

Ástor:

03.15 h: Keira, por favor, no es lo que crees!

03.15 h: Por qué siempre huyes?

03.16 h: Por qué no me has pedido que te lo aclare?

03.18 h: No me gusta que hayas cogido el coche así… Avísame cuando estés en casa, por favor 03.20 h: O avisa a Ulises, aunque sea

04.00 h: Disfrutas haciéndome sufrir? Espero que sí. Lo entiendo muy bien

05.11 h: Cuando tú entiendas lo equivocada que estás, vas a pasar mucha vergüenza 06.03 h: Joder… No entiendo cómo puedo quererte

16.18 h: He ido a tu casa porque necesitaba hablar contigo. No soy de esas personas que dejan las cosas a medias. Ya sé que tú sí, pero yo no soy así y quiero que te quede clara mi versión de los hechos 16.20 h: Mañana iré a comisaría para hablar

contigo. Si no me recibes, me quedaré todo el día en la puerta hasta que salgas. Y si tampoco quieres verme… volveré al día siguiente 16.30 h: Prepara la orden de alejamiento

Me dispongo a contestarle:

Keira:
Quedamos mañana a las cuatro en mi casa

Y salgo de la conversación sin querer saber nada más.
De repente, veo que tengo un mensaje de Héctor. Y lo leo.

Héctor:
Siento lo que pasó ayer en la fiesta…
Podemos quedar algún día de esta semana para hablar del caso? Prometo no mencionar a mi hermano.
Se acerca la Navidad y quiero dar a Carla alguna buena noticia… Aunar esfuerzos. Hay un par de cosas que me gustaría comentarte, y me quedé con las ganas de saber qué más ideas tiene tu nueva compañera. Seguro que es más objetiva que nosotros Le contesto enseguida:

Keira:
No sé si te interesarán mucho.
Su mayor sospecha es que fue Charly

Héctor:
Me interesa.
Cuándo podemos vernos?

ástor

28

Palabras llenas

Lunes, 22 diciembre
16.00 h.

Este solía ser uno de mis días favoritos del año. Ya no, claro. Y este menos. Es un día alegre por la suerte que reparte la lotería en nuestro país y por dar el pistoletazo de salida a la Navidad, pero este año me da la sensación de que no hay nada que celebrar. Menos que nunca…

Llego al portal del bloque de apartamentos donde vive Keira y llamo al timbre para avisarla.

—Ahora bajo —dice.

No me deja ni subir. Qué bien… Por suerte, no hace aire y el sol calienta un poco todavía.

Retrocedo y la espero con las manos en los bolsillos.

No me hace esperar mucho. Aparece enseguida con unos vaqueros, unas botas con borreguito por dentro y enfundada en un plumífero acolchado negro. El gesto de su cara es serio por verse forzada a esta situación.

—Hola… —farfulla.

—Hola…

—Di lo que tengas que decir —comienza seca, metiéndose las manos también en los bolsillos. Yo, sin embargo, las saco.

—Solo quería aclarar que no te mentí, Keira. Cuando en marzo te dije que nunca había estado con Olga, era cierto. Pasó algo entre nosotros este verano… Y cuando te aseguré que no había estado con nadie acoté encarecidamente que era desde la muerte de Sofía, no antes… Y esa es toda la verdad.

Me quedo callado, atento a su reacción. Espero ver alivio o arrepentimiento en su cara, sin embargo dice:

—Vale. ¿Algo más, Ástor?

—No…

—Pues bien.

Se dispone a irse y la freno, alucinado.

—Espera… ¿Por qué actúas como si eso no cambiase nada?

—¿Esperabas que sonriera aliviada y me lanzara corriendo hacia tus brazos? —pregunta con inquina.

—No… Porque de querer hacer eso me habrías pedido una explicación en la fiesta y no te habrías largado sin más. O habrías buscado respuestas por mensaje al día siguiente. Ese es el punto que deseaba demostrarte. Que te da igual el motivo, Keira. Lo que quieres es huir de mí con cualquier pretexto. Héctor dice que me tienes miedo.

—Yo no te tengo miedo. Lo que estoy es harta de que me hagas llorar. Mi madre dice que cuando estoy contigo lloro todo el tiempo, y eso no es buena señal. Nadie debería dejar que la misma persona le haga sentir mal dos veces.

—No es esa mi intención… —lamento sentido—. Pero si no hubiera amor, no te dolería tanto…

—El amor no tiene que doler, Ástor.

—No me hables a mí de dolor —replico agresivo—. Quien diga que el amor no duele es que no lo ha sentido nunca. El dolor es lo más

real que hay. Y no es tan malo. Está en todo lo que importa de verdad. En lo que merece la pena. En el sacrificio, en el esfuerzo… Esas no son palabras tóxicas, sino esperanzadoras y luchadoras. Mientras hay dolor, hay vida…

—Pues yo prefiero vivir sin dolor, Ástor.

—Por lo tanto, sin amor. Ya lo has dejado bien claro…

La veo fatal. Como apagada. Como si hubiera perdido toda emoción. Me recuerda tanto a mí hace un tiempo… Pero cuando hablo me mira como si mis palabras tambalearan por momentos su rígido talante, así que sigo:

—En todos mis años de luto permanente he descubierto una cosa: que el amor solo muere a base de indiferencia, no de dolor. Ibas a quedarte a dormir conmigo, Keira, y un segundo después no querías volver a verme nunca… Si el motivo es lo que acabo de desmentirte y sigues enfadada, es un problema que va mucho más allá de mí, de manera que no te hagas la víctima, por favor… No te escudes en que he querido engañarte para rechazarme, porque no es así. El problema es tu desconfianza… Tu desconfianza en todo y en todos.

—Tienes razón —me corta adusta—. Ya te advertí que no confío en la raza humana, en general. Y tengo hechos de sobra, de todos los colores y sabores, que lo corroboran. Por eso prefiero no poner en riesgo mi felicidad.

—¿Y crees que así vas a ser feliz, Keira? —pregunto incrédulo—. ¿Aislándote del mundo?

—Ser feliz también es saber dejar atrás deseos tóxicos… —formula con tristeza—. Saber renunciar a cosas que te hacen llorar y sentir mal, aunque las desees con todo tu ser. Y no será tu intención, pero lo haces, Ástor. ¿Quieres que esté sintiéndome así por ti cada dos por tres?

—No… —respondo casi sin voz.

—No te deseo ningún mal, Ástor… Espero que seas muy feliz, y Héctor cree que con Olga podrías serlo. Te has estado refrenando con ella muchos años por tu culpabilidad sobre el accidente, pero ahora que lo estás superando podrías darle una oportunidad. Lo nuestro está muerto, Ástor…

—Si duele no está muerto. Y a mí me vas a doler siempre, Keira…

Baja la cabeza haciéndose cargo de lo que significan mis palabras.

—Pues yo no quiero que me duelas para siempre. Por eso te digo adiós.

—Tu problema no es el dolor, sino el miedo… Héctor está convencido de ello. ¿De qué tienes miedo, Keira? ¿De no estar a la altura y que te abandone?

La veo tragar saliva y sé que he dado en el clavo. Esto tiene mucho que ver con mi título, lo que se espera de ella y lo que ha dicho acerca de que estaría mejor con Olga.

—¿Por qué no confías en mí? —insisto—. ¿Por qué no haces ese esfuerzo, Keira? ¿Por qué no te sacrificas por mí? Te juro que haré que merezca la pena…

Sus ojos se encharcan con rapidez y las lágrimas se desprenden de ellos sin que emita ni un sonido, como si se le hubiese estropeado el lagrimal.

—No es nada de eso… —musita—. Es que, he echado cálculos como buena matemática, y he descubierto que me restas en vez de sumarme, Ástor…

Esas palabras atraviesan mi corazón. «¿Yo le resto? Joder, creo que es lo peor que se le puede decir a alguien».

—De acuerdo… —farfullo herido de muerte. No sé ni cómo he podido hablar con el dolor que tengo ahora mismo en la boca del estómago.

—Adiós, Keira…

—Adiós, Ástor…

Se da media vuelta y echa a andar hacia el portal.

No le veo la cara, pero la conozco, y sé que está conteniendo un sollozo hasta llegar a un lugar privado donde poder explotar a gusto. Yo tengo mis problemas y Keira los suyos… El mío es que ni siquiera puedo moverme.

Cuando desaparece, respiro hondo saboreando el aire viciado de dolor que tendré dentro hasta que amaine la tormenta. Y solo conozco un modo de que desaparezca.

Que pase el huracán Nat y lo pulverice todo.

keira

29
La trampa del destino

Quince días después.
5 de enero. Víspera de Reyes

En buena hora dije que sí…

—¡Date prisa! —me grita Yas para que salga del cuarto de baño ya.

—¡Ve al otro! ¡Estoy tan nerviosa que tengo la tripa suelta!

La imagino poniendo los ojos en blanco.

—¡Mi neceser está ahí dentro, Kei…! —gime desesperada.

Cinco minutos después salgo con las manos sobre el vientre.

—Mi estómago está bailando el *hula hop*… —aviso.

—No te preocupes. ¡Todo va a salir bien!

Sí, ya… ¡En menudo lío me he metido!

Mejor os cuento desde el principio en qué ha derivado mi vida desde que empezó la Navidad…

Tal como anuncié a mi madre, el día 26 de diciembre llené hasta arriba mi pequeño Seat León amarillo y me mudé con Yasmín. A ella se lo comuniqué oficialmente el día 24, durante el vermut que se prepara en la comisaría anualmente. Después de un par de ponches, le di una bolsita de regalo decorada con un montón de renos borrachos, y me miró horrorizada.

—¡No fastidies, Kei…! ¡Yo no te he comprado nada!

Me reí y le dije que lo abriera.

Era una tarjeta que decía con letras escalofriantes SÉ DÓNDE VIVES. Y añadí en boli: «Y si me aceptas, me encantaría mudarme contigo».

La sonrisa de Yasmín me dio la respuesta sin necesidad de palabras.

—¿Sabes dónde te metes? —bromeó.

—Sí… Intentaré no cabrearte, Yas. Pero ahora mismo no soporto mi vida y necesito un cambio de aires… También necesito a una amiga. Y la tercera temporada de *Los Originales*…

Nos reímos y nos abrazamos con fuerza. Solo ella sabía lo mal que lo estaba pasando, porque veintitrés horas al día guardaba la compostura, pero en la que quedaba me desmoronaba, y Yas había sido testigo de ello varias veces.

En ese abrazo entendí por qué Ulises no me echaba de menos cuando dejó la policía. Porque me sustituyó por un sentimiento más sano. Seguía añorándolo con fuerza, pero, como el propio Ulises dijo, no nuestra vida anterior. Eso era un bucle sentimental irreal y tabú, mientras que Yas me llenaba de una forma totalmente nueva y bonita. Y creo que a él le pasaba lo mismo con Ástor y Charly.

—Quiero que esta noche vengas a casa a cenar con nosotros… —añadí dándolo por hecho.

—¿Qué? No, no, Kei… Es Nochebuena…

—¿Tienes un plan mejor, Yas?

—Me haré una pizza casera y veré una película de Navidad.

—Eso lo haremos otro día las dos. Esta noche tú te vienes a casa. No me obligues a hacerte daño…

Se partió de risa.

En cuanto empezamos a vivir juntas, fue inevitable profundizar más en su vida. Lo poco que me había contado de su familia me dejó impactada y, en cuanto indagué, me quedé todavía más planchada. Con lo de «niña rica», Yasmín se había quedado muy corta…

—¡¿Perdona…?! —dije con la mano en el pecho.

—Sí, mi padre es marqués…

—A-LU-CI-NO. Toda mi vida viviendo al margen de la aristocracia… ¡y de un tiempo a esta parte me crecéis alrededor como setas!

—¿Entiendes ahora, Kei, que en mi mundo la gente se considere intocable?

—Totalmente. ¡Es como si se creyera al margen de la ley…!

—Ástor y Héctor no me reconocieron porque todavía era muy joven cuando me largué de casa. Y tampoco había coincidido en ningún evento con ellos. Pero yo sí los conocía… Sobre todo a Ástor.

—¿De qué? —pregunté estupefacta.

—Vale… Keira, no flipes, porfa… Es que mi padre es miembro del KUN.

—¡AAAH! —grité sin cortarme—. ¡¡¿Y me lo dices ahora…?!!

Me puse histérica. Me levanté. Caminé en círculos. Me tiré del pelo y la miré con odio.

—No te enfades, por favor… —Se tapó la cara—. Sé cómo te pones cuando alguien te oculta algo importante…

Esa pequeña pulla me dolió más de lo que se imaginó.

—¡Tendrías que habérmelo dicho cuando te conté todo lo de Ástor! ¡Joder, Yas…!

—¡Creo que no venía a cuento! —se defendió—. Además, quería saber si se acordaban de mí… Fue como una prueba. Y para nada… Pero es lógico. Solo vi a Ástor una vez en su gala de investidura como nuevo presidente del KUN y aquello estaba plagado de gente con familias. Yo tenía dieciséis años recién cumplidos y mi hermana, trece… Estuvimos poco tiempo porque a mi padre no le gustaba cómo nos miraban algunos de sus amigos, ¿lo pillas?

—Joder… ¿Cuántas menores de edad se habrán sentido observadas con lascivia alguna vez? —dije con asco—. ¿Por qué tenemos que aguantar eso las mujeres? ¿Y hasta cuándo?

—No sé… No sé dónde falla el sistema, la verdad. No sé en qué momento un precioso niño de nueve años se pervierte. Yo creo que es

un problema educacional. No se educa en el respeto y se vuelven unos putos depravados…

—Supongo, pero hay hombres muy buenos y mujeres muy malas.

—Eso es cierto.

—Madre mía, ¡aún no me creo que seas una marquesita!

—No lo soy. Lo será mi hermana. Yo soy libre… —dijo Yasmín con satisfacción. Pero después se quedó pensativa—. Mi padre no nos llevó a ningún evento más, y cuando ocurrió lo mío no supo reaccionar. Se desentendió por completo denostando mi sufrimiento para olvidarlo cuanto antes. No te conté nada, Kei, porque ese mundo ya no tiene nada que ver con mi vida. No me lo tengas en cuenta, por favor…

—Tranquila… Yo también quiero contarte una cosa… —Carraspeé.

Ya iba siendo hora. Y le conté no una sino muchas cosas. Le hablé de mi padrastro, de mi familia, de mis parejas, de mi pasión obsesiva por el ajedrez… Y Yas me confesó que en la academia de Ávila me mencionaron como un ejemplo a seguir y que por eso eligió mi comisaría como destino. Para estar cerca de mí.

—¡Madre mía! ¡Tengo a mi propia acosadora! —Me reí.

—Zorra. Te seguía por tu carrera policial…

Me daban ataques de risa cuando me insultaba. Estábamos desarrollando una relación compleja y única.

—¿Quitaste mi póster a tamaño real de tu pared cuando me vine a vivir aquí? —me mofé.

—¡Imbécil! ¡Que no! Que sepas que cuando empecé a verte en revistas como el nuevo ligue de Ástor, me decepcionaste muchísimo. Luego rompisteis, te conocí y me alegré de comprobar que no te habían mordido y convertido en uno de ellos…

—Ástor sí que muerde… Y mucho —dije levantando las cejas.

—¡Joder, calla…! No quiero ni imaginarme cómo será en la cama… El tío está cañón, al césar lo que es del césar.

—Un día me torturó sexualmente… Fue la hostia…

Explotamos de risa y continuamos charlando toda la tarde.

—Dime una cosa, Kei… ¿No has vuelto a ir a torneos de esos? —me preguntó otro día cuando me pilló estudiando jugadas de ajedrez en la intimidad de mi habitación.

—No… Antes me acompañaba Ulises, pero cuando fui sola no me sentí cómoda. Se ven en la obligación de hablarte, y no me gusta…

—Yo puedo acompañarte cuando quieras.

—No hace falta…

—Pero ¡quiero ir a verte jugar!

—¿Por qué?

—Porque veo que te gusta mucho el ajedrez y porque, según dicen, eres muy buena…

—Ástor me insistía todo el tiempo para que fuera a más torneos. Incluso me dijo que quería llevarme a uno internacional y que revisara mi e-mail por si tenía alguna invitación…

—¿Y te la han enviado?

—No sé. No lo he mirado.

—¡Pues hazlo!

—Paso…

—¡Míralo ahora mismo! No me obligues a hacerte daño…

Sonreí ante mis propias palabras. Yasmín aprendía muy rápido. Y cuando lo comprobé, vi que tenía una maldita invitación para el torneo al que nos dirigimos hoy. ¡En buena hora me dejé convencer!

En realidad, era una gala benéfica que organizaba una asociación junto con la FEDA para recaudar fondos para Navidad, y claro, con el chantaje emocional y frases como «Hazlo por los niños», me dejé liar.

Se exigía etiqueta, es decir, era una gala para gente con dinero que pretendía recaudar lo máximo posible atrayendo a figuras populares del ajedrez. Cuando vi el sello oficial pensé que sería una buena oportunidad para sumar Elo. Me puse a investigar y vi que Jorge, el actual campeón, asistiría. Volver a ganarle, esta vez de forma oficial, era un gran aliciente. Y Yas hizo campaña para que no perdiera la oportunidad.

—¿Qué te vas a poner? Recuerda que hay que ir «de etiqueta».

—No sé… Alguno de los vestidos que tengo por ahí…

—¡Yo tengo un montón! Te dejo uno. Y podríamos ir a la peluquería. Hace tiempo que quiero cambiar mi look rollo Barbie y hacerme unas mechas *mousy*…

—Me estás hablando en chino, Yas.

—¡Iremos y nos pondremos divinas de la muerte!

—A mí déjame tranquila…

—Por favor… —dijo frunciendo el labio inferior a modo de puchero.

—Me *cagüen* la leche, Yas…

—¡Hurra! —exclamó subiendo los brazos, que bajó rápido ante mi cara de pasmo—. ¿Qué pasa? En tu idioma eso es un sí…

Cuando llegó el momento de elegir vestido, me quedé de piedra ante las puertas de su armario, que abrió de par en par.

—¡Todos tuyos!

Puede que hubiera renunciado a ser marquesa, pero no a tener un armario de marquesa… Su ropa para ir a trabajar era muy discreta en comparación con lo que encontré allí. ¿Para qué la tenía? Si nunca salía. No le quedaron ganas… Pero me contó que guardaba todas esas prendas de su vida anterior porque le encantaba la moda. A mí me sonó a que tenía la esperanza de poder volver a usarlas algún día…

En cuanto nos metemos en el coche, empiezo a hiperventilar.

Dos tías de punta en blanco en un Seat León amarillo… Va a ser una aparición épica. Pero no pienso renegar de mi coche, a mí me flipa.

Mi madre me insistió para que me lo llevara, porque, según me dijo, ellos ya tenían el de Gómez y, sorpresa…, ¡iban a vivir juntos! Qué casualidad…

Lo estaban deseando, y no les culpo. Me culpo a mí misma por no haberme dado cuenta antes. No siempre es fácil sacar la cabeza del culo.

Y me culpo de más cosas.

Por ejemplo… de la discusión que tuve con Ulises el día antes de Nochebuena. Habían pasado cuatro días desde su cumple y sabía que estaba preocupado por mí, pero necesitaba tranquilizarme un poco antes de verle y hablar. Tampoco sirvió de mucho…

—¿Qué tal te va con Charly? —me interesé por su vida. Me negaba a que nuestra relación se redujera a hablar de Ástor.

—No quiero levantar envidias, pero… genial. —Ulises sonrió encantado—. Ha reservado un viaje para este verano. Nos vamos a Tailandia un mes entero. ¡Está loco…!

Y la sonrisa ilusionada que puso me convenció para no comentarle nada de lo que nos traíamos entre manos Yasmín y yo. Gracias a ella,

Charly volvía a estar en mi punto de mira. Cuando los conoció en su cumpleaños le sorprendió que estuvieran tan colados y, siendo expareja de Sofia, Charly podía tener un motivo oculto para matarla. Me refiero al propio Ulises… Quizá Sofía solo fuera un estorbo entre Charly y su verdadero amor.

—Ástor está hecho polvo —me soltó Ulises en cuanto tuvo oportunidad.

—No me hablemos de él, por favor —le pedí, aunque sabía que era inevitable.

—Estás siendo muy injusta, Kei…

—Ulises…, no quiero pelearme contigo. Lo que te tiene que importar es cómo me siento cuando estoy con él, y es mal. Una vez le dije a Ástor que era como la droga hecha persona… Y lo sigo pensando. Los buenos momentos no compensan los malos. Punto.

—Vale, vale… —dijo levantando las manos—. ¿Puede darme pena la situación o tampoco? —añadió molesto.

—Puede dártela. Pero hay que saber dejar atrás las equivocaciones.

—¡Maldita sea, Keira…! Te quiero, ¿vale? Te quiero y me importas mucho, y espero que no te moleste lo que te voy a decir…, porque te juro que no pretendo hacerte daño y que deseo verte feliz, pero no me pidas que te entienda…

»No digas que hay que dejar atrás las equivocaciones y esperes que asienta con la cabeza y me calle. Eso lo haría alguien que pasara de ti. Alguien que te quiere te diría que la que te equivocas eres tú. Tú y tu miedo al abandono. Tú y tu desconfianza innata en los demás, que te hacen incapaz de tener una relación amorosa sana. Las personas no somos perfectas. Y déjame ahorrarte el misterio: tú tampoco lo eres. Y esto lo demuestra. La estás cagando, Kei… Busca ayuda. Busca ayuda profesional antes de mandar a la mierda a un hombre como Ástor, con el que encajas tan bien y al que jamás podrás superar, porque te conozco… Has tenido la suerte de tropezarte con él, no lo eches todo a perder por nada…

Me puse de pie con un cabreo máximo. Estaba dispuesta a irme sin decir nada, pero tocaba madurar un poco y me quedé para decir: —Yo también te quiero, Ulises… Muchísimo. Y me alegro de que te vaya tan bien, de verdad, no sabes cuánto. Pero yo he estado años

aguantando tu miedo a volver a enamorarte por lo que te pasó con Sara y nunca te he dicho: «Ulises, te estás equivocando», aunque lo percibiera así. Ni siquiera te pedí que buscaras ayuda profesional porque pensara que podía estar interfiriendo en una posible relación entre nosotros… Yo te respeté. Respeté tu miedo y tu dolor. Dejé que lo superaras por ti mismo cuando estuvieras preparado y me quedé a sufrir contigo porque eso es lo que hacen los amigos. Pero tú estás siendo un mal amigo…

Me fui de allí sin que me llamara a lo lejos ni una vez. Ulises sabía que no serviría de nada y que los dos teníamos parte de razón. Solo necesitaba tiempo. Porque el amor no lo puede ni lo cura todo. Por curar, cura más la muerte… Y fue la de Sofía la que le hizo clic en la mente y le permitió darse cuenta de que los traumas que arrastraba solo eran un callejón sin salida que él mismo se había construido. Igual que Ástor con la muerte de su padre y como yo con los hombres de mi vida. Pero cada cual tiene que apechugar con lo suyo y esperar ese clic, que no puede programarse ni aprenderse. Solo puedes sentirlo.

—Arranca, joder… —Yas me saca de mis pensamientos—. ¿De verdad estás bien o estás demasiado nerviosa para conducir?

—No, no… Voy.

A veces hay que mentir por el bien común. El término «nerviosa» ni se acerca a mi estado actual… Estoy histérica. Pero disimulo.

Al llegar adonde se celebra el torneo, todo empeora. El lugar está hasta la bandera. No hay más que ver el aparcamiento auxiliar que han tenido que habilitar para meter más coches.

En la entrada hay un *photocall* opcional, que rechazamos con educación. Aun así, me sacan varias fotos huyendo de él. Creo que me han reconocido. Mierda… Pensaba que ya se habrían olvidado de mí.

Una vez dentro, nos mezclamos con la gente y busco el panel con las rondas que se jugarán.

Cuando leo su nombre, me da un síncope.

—Dios mío… —musito petrificada.

—¿Qué pasa?

—Ástor está aquí. Va a jugar…

—¿Qué dices, Kei? ¿Crees que ha venido a propósito por ti? Espera… ¿Crees que ha conseguido que te inviten? ¿Crees que…?

—¡No sigas, por Dios…! ¡Deja de ser policía y sé mi amiga!

—¿Qué necesitas? —pregunta Yasmín, solícita—. He traído tres armas.

La miro escandalizada. Y luego me río.

—Alcohol. Necesito alcohol.

—¿Estás segura?

—Muy segura, joder… Vamos a la barra.

Pensaba… o tenía la esperanza de no volver a ver a Ástor más que en las revistas… Pero por la clase de evento que es, se me pasó por la cabeza que podría asistir. Y habrá venido con Ulises, claro… Dos por el precio de uno. No hay dolor…

Mi excompañero de fatigas me felicitó la Navidad y yo le contesté educadamente lo mismo. De Ástor no he vuelto a saber nada, y tengo claro que en un evento así se comportará con la máxima corrección.

—Es difícil que te lo encuentres —intenta animarme Yas—. Aquí hay mucha gente…

—Vamos a vernos sí o sí… ¡Hay muy pocos jugadores!

—He contado dieciséis. ¿Cómo se decide contra quién juegas? ¿Va a durar mucho? No te ofendas, pero tiene pinta de aburrido…

—Es un torneo de modalidad Blitz. Eso son rondas rápidas de diez minutos en las que cada jugador dispone de ese tiempo para vencer.

—¡Ah! ¡Entonces, genial! —exclama Yas subiendo los brazos. Los baja enseguida—. No te ofendas…

—¡Deja de decir eso! —la riño—. Te va a gustar. Las piezas son como armas. Serán cuatro rondas de diez minutos cada una. Empezamos siendo dieciséis, después solo quedarán ocho, luego cuatro, y por fin, los dos de la final. Eso son cuarenta minutos más descansos.

—Lo soportaré… O eso creo.

Buscamos una barra y pedimos.

Tengo que mentalizarme. Puedo con esto.

—Keira… —me llaman.

Me doy la vuelta y es… ¡Saúl! Y también Jorge, el vigente campeón de España.

—¡Hola! —exclamo exaltada. Y creo que hasta lo abrazo.

No puedo explicar cuánto me alegro de verlo. Es un apoyo moral increíble.

—Qué bien que has venido, Saúl… No conozco a nadie. ¿Vas a jugar?

—Sí. Mi padre ha hecho una cuantiosa donación, ya sabes…

Joder, no le he visto en la lista de participantes porque cuando me he topado con el nombre de Ástor mi mundo se ha torcido sesenta y cinco grados y me he metido un hostión fino.

—Buenas noches, Keira —me saluda Jorge, educado.

—¡Hola…! Buenas noches —me corrijo—. Me alegra volver a verte.

—A mí, no tanto… —dice con una sonrisa—. Estás muy guapa… Y no pienses que te estoy llamando tonta, por favor…

Suelto una carcajada. ¡Al final, todo el mundo me va a tener miedo!

Además, no estoy tan guapa. Llevo un vestido negro muy básico. Justo lo que necesitaba. Elástico y cómodo. Con diminutas motitas brillantes que lo vuelven un poco festivo, y es muy tapado. Largo, con cuello redondo y cerrado, manga hasta las muñecas… Lo único que deja ver es una pierna… Casi entera, eso sí. De modo que si lo miras de un lado, parece un vestido (muy) corto, y si lo miras del otro, parece que es largo hasta los pies.

Mi maquillaje es discreto. Sin carmín que valga. Mis labios están castigados hasta nueva orden. Así que solo me he ahumado un poco los ojos; no estoy de humor para más…

—Gracias… Chicos, os presento a mi amiga Yasmín…

Pero Yasmín no es Yasmín. Es un montículo con ojos saltones.

Está mirando a Saúl como si hubiera visto un fantasma, y Saúl también parece sorprendido de verla cuando centra su vista en ella.

—Joder… —balbucea Saúl sin dar crédito.

La respuesta de mi amiga es alejarse de nosotros con cara de susto.

—¡¡¡Yasmín…!!! —grita Saúl, y sale disparado tras ella para cogerla del brazo con suavidad.

—¡¡¡No me toques!!! —chilla frenética cuando él detiene su huida.

La gente de alrededor los mira, extrañada, y Saúl la observa con expresión dolida. Yo estoy flipando…

«¡¿Qué pasa aquí?! ¡¿Por qué Yasmín huye de él?!».

Me desplazo hasta ellos porque me había quedado paralizada,

pero Yas vuelve a huir antes de que pueda preguntarle nada.

Saúl va a emprender la marcha de nuevo, pero lo sujeto.

—¡Espera…! ¡¿Qué pasa?! ¡¿De qué os conocéis?!

—Íbamos juntos al colegio… —contesta nervioso—. ¡Tengo que hablar con ella!

Lo agarro con más fuerza.

—No lo hagas. Es evidente que no quiere hablar contigo.

—¡¿Sabes el tiempo que llevo buscándola?! ¡Desapareció de la noche a la mañana! Estábamos en el último curso y…

La noticia me impacta como un meteorito y me hago cargo de lo que significa para Yasmín. Un posible agresor. Dios santo…

—Déjala en paz, Saúl… No quiere ver a ningún compañero de su antiguo colegio…

Aún lo estoy asimilando cuando suelta:

—Nosotros no fuimos simples compañeros, fuimos mucho más…

«¡¿CÓMO?!».

—¿Fuisteis pareja?

Niega con la cabeza como si fuera un tema doloroso para él.

—No exactamente… Solo íbamos a casarnos.

Mi mundo empieza a temblar. «¿Hay terremotos en esta zona?».

Miro a Saúl de hito en hito. ¡¿Qué solo iban a casarse?! ¡¿Qué está pasando aquí?!

—¡¿Cómo que ibais a casaros…?!

—Nuestros padres nos tenían «apalabrados», querían dos grandes marquesados unidos, lo que pasa es que nosotros no estábamos muy por la labor… Lo intentaron, pero no cuajó. Yasmín era una auténtica arpía…

—Dios mío… —farfullo sin dar crédito. ¿Acaba de llamarla «arpía»? ¿Saúl? ¿Mi querido, amable y diplomático Saúl?

—¿Por qué…? ¿Cómo…? ¡¿Cuándo…?! —Empiezo a decir atolondrada y no acabo ninguna frase, como siempre.

—El día de la fiesta de graduación desapareció sin dejar rastro. Sus padres dijeron que se había ido de vacaciones al extranjero… Pero ya nunca volvió. ¿De qué la conoces tú, Keira?

La sangre no me riega el cerebro. ¿Yasmín es la chica que Saúl nunca pudo olvidar, según Sofía?

Tengo que hablar con Yas antes de seguir hablando con Saúl…

Tengo que… Y de repente, lo veo…

LO VEO.

En el peor momento de todos. ÁSTOR… Con una pinta de mafioso que te mueres, guapo a rabiar, y más cuadrado que un Sugus de fresa… Tiene a Ulises y Charly a ambos lados como si fueran sus dóberman y están arrimados a la barra con… ¡Olga!, que corre a engancharse del brazo del nuevo Vito Corleone.

Para colmo, me acaban de ver…

«¡Esto no está pasando!».

keira

30
Problemas de mascotas

Ulises se acerca adonde estamos, preocupado al ver la expresión de mi rostro, que en estos momentos debe parecerse al cuadro de *El grito* de Munch.

—Hola… ¿Va todo bien?

—No. No va todo bien. No es un buen momento —contesto tensa.

Los ojos de Ástor se clavan en los míos por un instante. Pésima idea la de mirarle. La turbación que registro en sus pupilas produce una leve brisa que levanta un poco la lona con la que había tapado mi corazón. Por aquello de que no coja polvo; porque no tenía intención de volver a usarlo hasta dentro de muchísimo tiempo.

Aparto la vista con rapidez e intento centrarme en Saúl.

Ulises lo mira en busca de respuestas ya que no las obtiene de mí, y Saúl se pasa una mano por el pelo, incrédulo todavía.

—¿Habéis venido juntos? —pregunta Ulises con cautela.

—No —respondo veloz—. Yo he venido con Yasmín…

Ese nombre produce un pequeño seísmo en Saúl, que se frota la frente, desconcertado. Algo me dice que hoy no va a ser un rival fuerte en el tablero.

—No sabía que vendrías… —añade Ulises—. Podría haberte acompañado, Keira…

Y como soy idiota, vuelvo a mirar a Ástor, que no me quita ojo. Olga ya se ha olvidado de mi existencia y está con Charly en la barra pidiendo algo.

—Ha sido una decisión de última hora… —respondo escueta.

Y no miento. No sé ni cómo me han dejado participar avisando con tan pocos días de antelación. Y ahora que veo a Ástor, no quiero ni pensarlo.

—Disculpad… —farfullo.

Me voy de su lado por miles de razones que ahora mismo no me apetece sintetizar, pero la más importante es Yasmín. Yasmín y su… ¿prometido? ¡Madre del amor hermoso…!

Con razón Saúl era experto en padres que cedían a sus hijos para fusiones convenientes…

Cuando ya creía que su vida no podía sorprenderme más va y resulta que conoce a Saúl. ¡Y la ha llamado «arpía»! Inaudito viniendo de él. Algo gordo tuvo que suceder entre ellos.

Mis métodos de deducción alcanzan a adivinar que Yas ha salido disparada hacia el único lugar al que Saúl no va a poder seguirla.

—¡Yasmín! —vocifero al entrar en el aseo de mujeres.

—Estoy aquí… —Se oye una voz de ultratumba.

Abre la puerta, y la veo sentada en el retrete con la tapa cerrada.

—Desde luego…, contigo no me aburro —le digo a modo de saludo.

Se frota la cara en respuesta.

—¡¿Por qué no me hablaste de Saúl?! —la acuso. He caído en que tuvo que ver su nombre en los informes del caso de Sofía.

Empiezo a pensar que me va a pasar lo mismo con cada persona con la que me implique emocionalmente. Sorpresitas a tutiplén…

¿Por qué me contó lo de la violación, pero quiso ocultarme esto?

Yasmín se prepara para darme una explicación:

—Si te digo la verdad, quería borrar a ese tío de mi mente…

—¡Cómo lo vas a borrar, si estabais prometidos…! —exclamo, casi enfadada de que me tome por tonta.

—¡¿Prometidos?! ¡Sus ganas locas! —replica indignada—. Nuestros padres querían ser consuegros, unir los escudos de nuestras casas y que diese a luz a ocho cachorros de pura raza, pero ¡estamos en el siglo veintiuno!, y nada más proponerlo les dijimos que ni hablar.

—¿Por qué? Saúl es bastante mono… —alego con una sonrisita tonta. Ella me mira mal—. ¡Es broma! ¡Solo quería meterle algo de humor a este sinsentido!

—Pues no es para reírse, Keira… Cuando lo he visto ha sido como ver pasar mi vida ante mis ojos. ¡Es un imbécil!

—Él te ha llamado «arpía».

—Claro… ¿Qué va a decir ese santo varón de una diablesa como yo?

—Ni tú eres una diablesa ni Saúl un santo. ¿Qué pasó que fuera tan grave?

—Nunca debió pasar nada…

—Pero ¿salisteis juntos o no, Yas?

—Olvídalo todo… —Mueve la mano de un lado a otro—. Forma parte de mi pasado y me niego a que me joda la noche. Dile que no me hable, por favor…

—¿Él tuvo algo que ver con lo de… la noche de la fiesta?

—No… Ese es otro tema. Bueno, está todo mezclado… Pero Saúl no sabe nada de lo de la violación. Y debe continuar sin saberlo. No tiene derecho…

No puedo seguir preguntando más porque la competición de ajedrez está a punto de empezar.

—¿Vienes conmigo, Yas, o vas a quedarte toda la noche aquí encerrada?

—Quiero irme a casa… —Su pose ermitaña sale a la luz.

—Así que me dejas sola con Ástor y Olga… ¡Muchas gracias!

—¡¿Qué?! ¡¿No me jodas?! ¿Está aquí con ella?

—Sí, son muy cuquis juntos… —suelto con sarcasmo.

Yasmín se pone de pie con ánimo renovado.

—Vale, escucha… —Consulta la hora—. Tú no pienses en ellos,

Kei. Concéntrate en el ajedrez. Juega y diviértete. Para eso hemos venido, para que te diviertas un poco de una vez…

Sus palabras me hacen sonreír.

Ya… ¿Qué más da que Ástor esté aquí acompañado de su nueva novia? Puedo soportarlo perfectamente… Mientras no se acerque a mí. Y de pronto comprendo a Yasmín de golpe.

—Pediré a Saúl que te deje en paz —digo para tranquilizarla—, y me hará caso… porque es un buen chico, en serio.

—¿Lo has tratado mucho?

—Lo suficiente. Era el exnovio de Sofía. Salieron un año.

—Ya… Pero no termino de entenderlo…

—¿Qué?

—El perfil de Sofía no me encaja nada con Saúl… ¿No era una tía de armas tomar? ¿Lanzada? ¿Divertida? ¿Sexual…?

—Sí, justo.

—¡Si él es todo lo contrario! No me pegan nada…

—A mí no me parece que Saúl sea todo lo contrario. Tiene mucho *flow*. Me gustó desde la primera vez que lo vi y jugué al ajedrez contra él.

—¿Jugaste contra él? ¿Quién ganó?

—Tenemos un pequeño conflicto con eso —digo divertida—. Él dice que me ganó y yo que me dejé ganar…

Yasmín inspira hondo y se revuelve.

—No quiero que se acerque a mí, Keira…

—No lo hará. Vámonos de una vez.

Cuando salimos del aseo, le digo a Yasmín que me espere en una mesa aleatoria de las muchas que hay desperdigadas por el espacio mientras voy a por las bebidas que habíamos dejado abandonadas en la barra. Pero me obliga a pedir otras nuevas, aludiendo que cualquiera ha podido echarles algo, y obedezco. De hecho, lo convertiré en una nueva norma: no perder de vista nunca mi bebida.

Voy directa hacia Saúl, que está en la barra, y me mira con cara de cordero degollado para que le ponga al día.

—¿Cómo está Yasmín…? —me pregunta en cuanto llego.

—Bien. —Hago una señal al camarero—. Pero… no te acerques a ella en toda la noche, por favor.

—¡¿Por qué?! ¡Yo no le he hecho nada…!

—Ya… Pero necesita estar tranquila y dice que tú la alteras.

—¿Yo? Solo quiero hablar con ella un momento y preguntarle de dónde coño ha salido de repente… ¿De qué la conoces, Keira?

—Es mi nueva ayudante. Es policía…

—¡¿QUÉ…?! —Nunca había visto a Saúl tan anonadado—. Imposible…

—¿Por qué es imposible?

—Porque alguien como ella no puede ser poli…

—¿Por qué no?

Se vuelve a pasar una mano por el pelo, flipado.

—Necesito hablar con ella… ¡Te lo ruego, Keira!

—¡Pero ella no quiere, Saúl! Te lo pido como un favor especial… Si no, se largará ¡y me dejará sola con los Cullen…! —digo señalando con la cabeza a Ástor & CIA.

Saúl no puede evitar reírse. Y me mira con complicidad.

—Tranquila, me tienes a mí. Para servirte. —Me guiña un ojo, canalla.

¿Este es el santurrón del que habla Yas? Me alegra ver que vuelve a ser el que era. Por un momento me ha dado miedo. Siempre parece tan chistoso y despreocupado…

—Y luego dice que eres un santo varón…

—¿Quién?

—Yasmín… Me ha dicho que eras un santurrón… y que no te pega nada haber salido con Sofía. Que eras opuesto a ella…

—Y lo era. Pero ya no —sentencia con acritud—. Yasmín se encargó de volverme un cabrón…, y de hacerme entender que en esta vida, eres un clavo o un martillo…

—¿Por qué? ¿Qué te hizo?

Justo me ponen la copa delante recién preparada y le doy el trago que llevo necesitando un rato. ¡Qué gusto!

—Perdí mi virginidad con ella y al día siguiente pasó de mí…

Escupo todo el líquido que tengo en la boca y termino en un abrupto ataque de tos. ¡Me *cagüen* la leche!

«¡Mala, Yas! Perra demoniaca…».

Saúl me da unos golpecitos en la espalda.

—¿Todo bien? —Sonríe de medio lado.

—No… —digo ahogada—. Voy a volver con Yasmín para echarle

esto por encima. Si me disculpas…

Saúl sonríe y se encoge de hombros.

—Da igual… No le digas nada.

—Saúl… Te juro que no lo entiendo… ¿Por qué la gente me oculta cosas supergordas todo el tiempo? —pregunto vulnerable.

Empiezo a pensar que el problema soy yo. ¡Menudo detalle se ha callado la mosquita muerta!

—Será que no tienes cara de cura —alega Saúl en su estado vacilón—. Ni de monja, ya puestos… —Sube las cejas juguetón.

—¡Lo digo en serio…! ¿Cómo no voy a tener un problema de confianza? Cuando me muera quiero que me disequen con mi cara de tonta al descubrir un secreto…

Saúl se ríe con soltura de nuevo, pero se pone serio al ver que me afecta de verdad.

—Es normal que no te cuenten cosas… Por si no lo sabías, impones un poquito, Keira…

—¿Yo? ¿Qué voy a imponer? Suelo pasar desapercibida…

—Eso es imposible… Tú estás destinada a destacar, te guste o no. De hecho, estoy rezando para que no me toque jugar contra ti en la primera ronda…

Esa frase me hace sonreír un poco.

—Eres un tío genial, Saúl… No dejes que nadie te diga lo contrario.

—¿Y a qué esperas para salir conmigo de una vez?

—Sí, claro… ¡Sobre todo ahora que vivo con tu prometida!

Los dos nos tronchamos de risa y le digo que tengo que volver con Yasmín. Porque nos está mirando con el ceño fruncidísimo.

—Por favor te lo pido, no molestes a Yas cuando te eliminen y yo no pueda protegerla, ¿vale? —digo muy seria.

Me mira analizando mis últimas palabras y luego me insulta. Me parto. ¡Son iguales!

La cara de seta de Yasmín me está esperando al llegar a su vera.

—Menudas risitas os echáis juntitos… —masculla molesta.

—¿Estás celosa?

—Lo que estoy es sedienta. Trae aquí mi botella de agua… —Me la arrebata como un ave de rapiña en busca de su presa.

Me planteo llamarle de todo por no contarme que se acostó con

Saúl.

¿Sería también su primer chico? ¿Cómo pasó, si no se soportan?

Opto por callar, por ahora, y hago un esfuerzo titánico por no buscar a Ástor con la mirada por la sala. Me disculpo con Yas y le confieso que, para agilizar mi mente, tengo que ver un par de vídeos en YouTube de partidas rápidas.

Se acerca el momento de llamar a los participantes a las mesas, y prometo a Yasmín que Saúl no la abordará en toda la noche. Espero que él cumpla su palabra.

El primero contra el que juego es un desconocido. «Uf, menos mal…».

Solo de pensar que si gano puedo jugar contra Ástor, me tienta perder…

Lo mejor es ignorarlo, pero necesito saber si nos vamos a saludar o no. Por un lado, quedaría raro no hacerlo, por otro, es normal no querer. Y no tenemos por qué.

Una partida de ritmo rápido es como una discusión acalorada entre dos personas que va subiendo de intensidad. No es como una partida bala de un minuto, que gana el que más instinto animal tenga. Aquí hay algo de tiempo para defender tus «argumentos».

Y lo intento.

El jugador que está delante de mí no puede ser malo, aunque puede que solo sea muy rico, no lo sé; lo sabré por cómo juega. En estas partidas se nota enseguida si eres un novato.

Nada más empezar, movemos rápido. Está claro que ninguno de los dos juega por impulso, sino aplicando conocimientos estratégicos y tácticos asimilados durante años. Aquí el nivel de profundidad de cálculo es menor y tienes que saber lo que te haces.

Y parece que yo no tengo ni idea cuando, después de mover algún peón, los caballos en defensa y utilizar un alfil —de manera casi idéntica a como lo ha hecho él—, planto uno de mis jacos a dos casillas de su rey, dejándolo, no solo vendido, sino con mi reina en una posición de peligro.

Pierde el tiempo en mirarme extrañado, como si estuviera loca.

«¿A quién quieres comerte primero?», le pregunto con los ojos.

Si hubiera tenido más tiempo para pensar, seguramente no le habría podido el ansia por aniquilar a mi pieza más valiosa… Como en

la vida, es mejor pensarte dos veces a quién vas a joder, porque puede tener nefastas consecuencias…

En cuanto captura a mi reina, le demuestro que mi alfil hace jaque a su rey. Si se lo come, mi caballo se lo come a él. Así que se apresura a moverlo hacia delante, donde, supuestamente, estará a salvo. Pero es mi otro caballo el que le hace un jaque mate sin posibilidad de escapar.

—Caramba… —farfulla fascinado. Y yo sonrío satisfecha.

Nos quedamos en nuestros asientos en silencio hasta que transcurren los tres minutos que quedan. Son las normas.

No puedo evitar mirar hacia Ástor cuando está a punto de cumplirse el tiempo reglamentario y sus ojos atrapan los míos sin dejarles escapatoria. Leo en ellos la pregunta de si he ganado, pero no contesto.

—Es usted un genio, señorita… —me felicita mi contrincante cuando se reanuda el tiempo de hablar—. ¿Cuál es su nombre?

—Keira, me llamo Keira Ibáñez. Muchas gracias. Ha sido un placer.

—El placer ha sido todo mío…

Jorge y Saúl vienen a mi encuentro con dos grandes sonrisas. Sin que me lo digan, sé que los dos han ganado también. Son buenos. Y Saúl parece totalmente recuperado de que «la chica que lo convirtió en un cabrón interesante y atractivo» haya aparecido de nuevo en su vida…

—¿Cómo os ha ido, chicos? —pregunto, aun sabiendo la respuesta.

—¡Genial! Ha sido muy emocionante —responde Saúl.

—¿Qué tal te ha ido a ti, Keira?

—¡Muy bien! —celebro eufórica—. ¿Qué apertura habéis usado?

—Hola, Ástor… —dice de pronto Saúl.

No quiero ni volverme, pero tengo que hacerlo.

—Buenas noches a todos… —murmura el duque solemne.

—Hola… —digo al más puro estilo plebeyo.

—¿Cómo os ha ido? —pregunta interesado.

—Bien… Hemos ganado —contesta Saúl—. ¿Y tú?

—También —responde Ástor mirándome fijamente—. ¿Cómo estás?

—¿Yo? Bien… —digo como si la pregunta estuviera fuera de lugar.

—Me alegra que hayas venido…

—Y yo me alegro de que te alegre… —contesto mordaz.

Saúl nos observa como si nuestras voces fueran la pelota de un partido de tenis.

—Todos nos alegramos —remata cómico.

Le sonrío, pero Ástor lo mira sombrío.

—¿Sueles jugar partidas rápidas, Keira? —Jorge corta la tensión.

—Solo a veces. Como entrenamiento están bien, pero no da tiempo a ser muy creativo, la verdad…

—La mayoría de los grandes maestros juegan con asiduidad partidas relámpago.

—Sí. Lo mejor es jugar a una doble estrategia con dos piezas —digo enigmática, y noto que todos prestan mucha atención por miedo a enfrentarse conmigo.

Sonrío levemente.

—Colocar dos piezas donde quieres es muy difícil si a la vez tienes que estar defendiéndote de los ataques… —replica Jorge.

—Por eso yo no suelo defenderme de los ataques. —Sonrío de nuevo—. Si quieren comerme, dejo que lo hagan…

A más de uno se le corta la respiración ante la frase. Los labios les traicionan. A Saúl se le separan y Ástor no puede evitar elevarlos un poco.

—Keira cree en el sacrificio… —explica el duque.

—Por supuesto —confirmo rápido—. Nada que merezca la pena se obtiene sin sacrificio…

—¿Crees que el fin justifica los medios, Kei? —pregunta Saúl.

—En el ajedrez, sí.

—¿Y en la vida? —insiste Ástor.

—No. En la vida nunca —digo bajando la cabeza, mortificada.

Los tres se quedan mirándome de nuevo, como si desearan que aclarara mi tajante aseveración.

—Entonces ¿crees que no se deben hacer cosas de dudosa moralidad en nombre de un buen fin? —pregunta Ástor.

—Si quieres que tu honorabilidad quede intacta, no.

Ástor y yo nos sostenemos la mirada, y me pierdo en el profundo

azul de sus iris. Es como el maldito océano. Y no me refiero al que ves de lejos. Me refiero a ese color que adquiere el agua cuando tienes la suerte de avanzar mar adentro y observarlo de cerca. Es un azul magnético. Precioso. Cargado de secretos y maravillas.

—¿Y si tu honorabilidad te importa un pimiento y solo te preocupa el bienestar de los que amas? —me reta Ástor—. ¿No es eso una paradoja? ¿No dice eso mucho más de ti…?

—El problema de esa idea es que los medios utilizados para lograr un buen fin determinan la naturaleza del fin y también de la persona que lo pretende. No puedes ganar tú hundiendo a otro, por muy feliz que eso haga a los que amas.

—Es fascinante oíros hablar, chicos —dice Jorge, embelesado.

—Síííí… —lo secunda Saúl, irónico—. De hecho, si me disculpáis, tengo que ir a hacerme una paja pensando en esta batalla dialéctica…

Saúl se va, tras soltar semejante perla, enfatizando su rivalidad con Ástor, y vuelvo a pensar en Yas. ¡¿Cómo ha pasado de santurrón a… ser tan guay?! ¿Qué ocurrió realmente entre ellos? Porque la actitud inmadura de Yasmín esconde mucho más. No le pega nada acostarse con Saúl y luego dejarle tirado. ¿Por qué lo haría?

Jorge sigue a Saúl, conmocionado por sus palabras. Y Ástor y yo nos quedamos solos. Mierda…

—Continúa colado por ti —comenta Ástor tranquilamente, como si hubiera ganado el enfrentamiento entre ellos.

—Un poco joven para mí, pero ya crecerá…

Mis palabras lo ponen en alerta.

—¿Piensas salir con él?

—¡Quién sabe! Por cierto…, ¿cómo te va con Olga? Espero que seáis felices.

—Gracias…

Esa simple palabra se me clava en el bazo dejándolo inservible.

—Voy a buscar a Yas… —me despido, con la bilis en la garganta.

—¿Qué le ha ocurrido antes a Yasmín? ¿Está bien?

—Sí… Es que… —Me quedo callada unos segundos.

«¡Ya no estamos juntos! No tengo por qué contarle nada. Él nunca lo hacía…».

—Da igual, no tienes por qué contármelo, Keira… —dice Ástor de pronto.

Y ahí está. El principal motivo de nuestra ruptura. Porque yo cuando confío en alguien siento la necesidad de darle toda la información para que entienda la realidad de una situación. No soy de callarme detalles que lo cambian todo. Es obvio que si te piden que no cuentes algo no debes hacerlo, pero la cosa cambia si alguien te pregunta; en esos casos, dejar que esa persona se haga una idea parcial o equivocada del asunto no es mi estilo…

—Yasmín es hija de un socio del KUN —suelto a bocajarro.

La cara de Ástor cambia al momento.

—¿De quién? —pregunta con avidez.

—No lo sé, pero Saúl y ella se conocían de antes. Y ha sido un reencuentro muy violento…

—¿Cómo se apellida Yasmín?

—De la Torre.

—Joder… —musita Ástor con la vista perdida—. ¿Yasmín es… «esa Yasmín»? —dice casi para sí mismo.

Me muero por preguntarle más, porque parece que sabe algo, pero me lo prohíbo terminantemente.

—Bueno… Tengo que irme, Ástor.

—Keira… —me llama sin haberlo meditado mucho.

Me doy la vuelta y casi le suplico con la mirada que no diga nada que pueda herirme.

Lo veo pensar rápido. Y lo más rápido siempre es la verdad.

—Me alegro de verte…

—Siento no poder decir lo mismo.

No me quedo a ver su reacción.

¿No quería sinceridad? Pues no me hace feliz verle. Todo lo contrario: me pone triste.

Voy a resguardarme en Yas, que me da la enhorabuena y clama que soy la mejor jugadora del mundo.

—No alucines. Solo he tenido suerte…

—«El ajedrez no es una cuestión de suerte» —imita mi voz. Y sonrío.

Rodeaos siempre de gente que os haga sonreír. Yo no soy una persona de sonrisa fácil. Y Ástor tampoco…

¿Por qué pienso en él? Seguro que con Olga se parte de risa… No. No lo creo. No sé por qué se reía tanto conmigo. Mi humor ni siquiera

es inglés, es mucho más bestia… Casi escocés.

Los diez minutos de descanso se me hacen eternos. Reviso partidas en mi móvil para calmar los nervios y, de repente, lo veo. Me pregunto qué hace aquí Xavier Arnau… «Bueno, vale, está con su prole, pero… ¿por qué no está jugando?».

La curiosidad hace que me levante, y digo a Yasmín que vuelvo enseguida.

—Xavier, buenas noches… —lo saludo.

—Keira…

Parece contento de verme, pero es como si le costara hablar.

—Me ha encantado tu partida.

—Gracias… ¿Por qué no has jugado tú?

—Me echas de menos, ¿eh? —intenta vacilarme.

Sin embargo, sigo notando algo extraño en él. No está al cien por cien. De repente, tose un poco.

—¿Te encuentras bien, Xavier?

—Sí, solo es un catarro… ¿Qué tal te va a ti? ¿Cómo llevas lo de dar con quien se cargó a mi niña? Me refiero a Sofía…

Me sorprende ese pequeño desliz de «mi niña». Percibo que está en un momento vulnerable e intento sacarle más información.

—Andamos muy perdidos… ¿Tú quién crees que lo hizo?

Me mira como si se muriese de ganas por contarme sus conjeturas.

—Me parece que buscas donde no debes, Keira… ¡Tienes la respuesta en casa…! Para mí está muy claro —dice a duras penas. Y vuelve a toser.

¿«En casa»? No entiendo…

—¿De qué estás hablando, Xavier?

—Fueron los Amantes de Teruel…

«¿Cómo? Este hombre delira». Mi gesto confuso lo hace señalar hacia Ástor.

—Me refiero a los amiguitos de Ástor… Los vi besarse en una fiesta. Es asqueroso… Ellos la mataron. Sofía les sobraba en la ecuación… El poli quería toda la atención del chuloputas de Charly para él solo.

—Pero ¿qué dices…? —mascullo totalmente perpleja.

Coincide con los motivos de mi sospecha, aunque justo al revés: pudo ser Charly, por celos. No tengo claro de quién.

—¿No sabías que esos dos estaban liados? Pues estás más ciega de lo que pensaba, reina…

«No voy a destaparlos, pero…».

—Ulises no ha sido. Es policía. Y, además, ¡quería a Sofía!

—No la querría tanto si ahora está con ese… Es una aberración… No es normal, se mire por donde se mire.

—El que no es normal eres tú… —digo con inquina—. No sabía que fueras un homófobo, Xavier.

—Que hagan lo que quieran, pero que no lo hagan delante de mí. No tengo por qué verlo…

Lo miro sin entender cómo puede existir gente tan poco tolerante.

—Me encantaría haber conocido a tu mujer —digo sorprendiéndole—. Debía de ser espectacular para que su hijo haya salido tan bien teniendo un padre como tú…

Voy a irme, pero me retiene.

—¿Crees que Saúl ha salido bien? Es mi mayor fracaso… Y Ástor piensa lo mismo de él.

—Qué pena que estés tan ciego y equivocado. Ástor adora a Saúl. Y yo también.

—Lo único bueno que tiene Saúl es que no es un muerdealmohadas…

Lo miro estupefacta con los ojos muy abiertos.

«Relájate, Keira, no montes una escena. No a la ira. Sin violencia. Usa las palabras…», me dicen todos los grandes maestros en mi interior.

—Me voy, Xavier… Te dejo lidiando con tu propia bisexualidad, como buen homófobo. ¡Mucha suerte…!

—¡¿Me tomas el pelo?! —vocifera.

Y me alejo sonriendo. «Madre mía… ¡Qué elemento de padre!». Hace que sienta un renovado respeto por Saúl.

Seguramente no mentía cuando me dijo que pensaba fugarse y cambiarse de apellido. Lo que no me explico es cómo ha aguantado tanto tiempo a su lado.

Vuelvo al ruedo, y cuando veo que me toca jugar contra Jorge sonrío de puros nervios. Le gané una vez, pero… ¡Es el campeón de España!

—Esto es injusto —se queja él, sentándose frente a mí—. Quería

que me taparan los ojos si me tocaba jugar contra ti. Ya heriste mi orgullo el año pasado y ahora seguro que lo haces de nuevo.

—¡Anda, anda…! Esto no es lo mismo que una partida de una hora… Esta vez no te dolerá tanto. Ni te enterarás. Será muy rápido —me burlo.

—¡Qué mala eres! —Se ríe.

Lo sé. Pero la única oportunidad que tengo con Jorge es la de minar su seguridad desde el principio.

La ronda comienza, e intento divertirme sembrando el pánico con la reina mientras mi torre se cuela en su guarida al fondo del tablero.

Lo veo resoplar ante el primer jaque y salvar la situación con estilo. Engulle mi torre kamikaze y la sustituyo por un alfil. Deja que le coma su reina para escapar. Es muy bueno y aprende rápido de mis comentarios sobre los medios para llegar a un fin. Pero en el último momento se ve obligado a mover el rey, firmando su sentencia de muerte. Lo sabe incluso antes de que mueva. Solo por mi sonrisa. Y en su cara estalla otra. El ajedrez es divertido, de verdad de la buena.

—Maldita sea… —vocaliza cuando gano y lo miro radiante.

Su mirada es muy distinta a la de la última vez. Porque no es lo mismo que te derrote alguien a quien subestimas, que alguien al que idolatras. Y es genial sentir esa deferencia en Jorge.

Volvemos a reunirnos todos al terminar.

De las cuatro partidas que se han jugado, hemos salido vencedores Ástor, Saúl, un tío al que he llamado «número tres» y yo.

—No chuleéis de vuestra victoria —les dice Jorge—. A quien le toque contra Keira, que se olvide de ganar…

—Yo estoy deseando jugar con ella… —Saúl levanta las cejas.

Y me digo que con tal de no jugar contra Ástor, acepto lo que sea…

Me pone nerviosa que no me quite ojo. Y si juego contra él perderé, como en la vida real.

Me voy rápido de su lado, y cuando vuelvo a mirarlo me percato de que ha acorralado a Saúl para preguntarle por algo que le violenta bastante.

Maldigo. «¿Para qué le habré contado lo de Yasmín?».

Las pantallas cambian. Y cuando veo que en la siguiente ronda me toca jugar contra Ástor me entran los siete males.

«¡No, por favor!».

ástor

31

Quiero que me comas

El regocijo me invade cuando veo que me toca jugar contra Keira.

Me alegro, porque pienso dejarme ganar; quiero que juegue la final y, de todos modos, no quiero comprobar si puedo con ella. Ya sé que no. Ni en el juego ni en la vida…

Ha sido una sorpresa verla aquí. Bueno, en realidad, lo estaba deseando en secreto. Rezaba para que hubiera visto el e-mail y para que mis llamadas a la asociación promocionándola hubieran surtido efecto. Es una gran oportunidad para ella.

Lo que no puedo creerme es que haya venido con Yasmín. Y que esa Yasmín sea ¡la Yasmín de Saúl! Qué fuerte… Y qué pequeño es el mundo.

Busco a Saúl por la sala y voy directo a preguntarle por ella.

—No sé nada… Keira me ha pedido que no me acerque a Yasmín

—responde cabreado—. Así que tú tampoco le digas nada…

—Me parece muy fuerte que no quiera hablar contigo después de lo que te hizo…

—Y a mí… Y es la nueva compañera de Keira. —Saúl se pasa una mano por el pelo—. No me creo que ahora sea policía…

—¿Por qué no? Es obvio que te gustan las polis… —digo mirando hacia la lejanía.

Saúl me clava la mirada con desprecio.

—Deja de llorar, Ástor… Hay que ser idiota para perder a Keira tantas veces… La tenías y la dejaste escapar. Ahora nos toca a los demás…

—¿Crees que tienes posibilidades con ella? —pregunto prepotente.

—Puede… Me adora.

—Eres un iluso, Saúl…

—Lo mismo dijiste en el caso de Sofía, y terminé saliendo con ella…

—Solo dije que no encajabais como pareja, y al final tenía razón.

—Pues encajábamos que daba gusto… Mucho gusto, en serio…

—Ten cuidado con Yasmín, no quiero que vuelva a hacerte daño.

—¿No quieres que vuelva a hacerme daño? —Saúl se ríe, sardónico—. ¿Desde cuándo te preocupas por mí, Ástor? ¿Crees que volvemos a ser amigos porque accedí a formar parte del KUN? ¡Lo hice por Keira! Y por coger al hijo de puta que se cargó a Sofía. Pero no pienses que vuelvo a ser el de antes, ni mucho menos…

—Ojalá lo fueras… —mascullo dolido recordando el buen chaval que era.

Saúl se me queda mirando con algo de culpabilidad, pero enseguida se recompone y contesta: —Pues olvídate… Ese chiquillo ya no está, le disteis demasiado por culo y no va a volver. Creo que todavía no es posible *desfollarse* a alguien…

—¿Yo te di por culo? —pregunto completamente perdido—. ¿Por qué? ¿Porque dejé de prestarte atención? ¡Tenía un montón de responsabilidades!, y tú no eras una de ellas…

Me arrepiento al momento de decir eso porque Saúl me mira más herido que nunca.

—No es eso, Ástor… Ya sé que nunca te he importado una mierda.

—No es cierto.

—Te escuché, joder… Te oí hablando con mi padre un día, diciéndole todo lo que pensabas realmente de mí…

Se me para el corazón. ¿Nos oyó? «No, por Dios…». Cierro los ojos con fuerza maldiciendo mi suerte.

—Saúl, no es lo que crees…

—Ni te molestes —me corta—. Entré en el KUN con una condición, y me cobraré ese comodín dónde y cuándo yo quiera, recuérdalo. Olvídate de Yasmín. Y olvídate de mí. No necesito que me protejas…

Se va de mi lado dejándome hecho polvo.

Necesito una copa… y un camión de mimos. ¿Dónde está Olga?

Porque para eso la he traído, como apoyo. Es mi mejor escudo para fingir que estoy bien y no abalanzarme sobre Keira si por casualidad venía. Pero no estamos saliendo.

Como le dije a Keira, el verano pasado ya tuvimos todo lo que debíamos tener, y solo porque pensaba que nunca volvería a ver a la inspectora… Creía que lo nuestro había sido un episodio surrealista de los que hacen que te des cuenta de que tu vida es más penosa de lo que pensabas. Y no le veía solución. Casi llamé a Olga como un modo de autodestruirme más… De atacarme a mí mismo y a algo sagrado que había intentado mantener a salvo de mi alcance. Pensé que mancillándolo terminaría de coronarme como el capullo del año. Y como siempre le he gustado, Olga se lanzó a mis brazos con todas las consecuencias de esa decisión fatal.

Siempre tuvimos química, no lo niego. Había una atracción física potente y a nivel mental nos bastaba con una conexión de siete. Eso es una sintonía notable y válida para, al menos, intentarlo. Pero el modo en que la conocí, siendo la hermana de la víctima de mi accidente, siempre marcó una vulnerabilidad terrible en mí. Me tenía a sus pies sin hacer nada, aunque no se lo hubiese ganado. Y no era un sentimiento real.

Semanas después de que Keira cortara conmigo en la final del torneo del KUN, invité a cenar a Olga y nos acostamos por fin. Sacié una expectación que llevaba seis años agobiándome, embadurnada de una tierna confianza nacida del roce, del cariño y de lo exultante que parecía ella por cumplir un sueño que siempre había anhelado, según me confesó. Y lo intenté. Intenté enamorarme de Olga con todas mis fuerzas. Pasar página. Pensar que podría volver a ser feliz; habría sido

bonito tener a alguien como ella en mi vida, pero mi mente no me dejó. No soltaba el recuerdo de Keira, contaminándolo todo de una pena húmeda y escurridiza. La diferencia entre lo que sentía al comparar una con otra era abismal. Y el dolor que me generaban, también.

Ya no sabía a lo que era adicto… Si a Keira, al dolor o a sentirla inalcanzable a pesar de mi privilegiado alcance a todos los demás niveles. Ese descontrol me hacía sentir vivo. Y las veces que conseguí tener a Keira en mi cama fue una sensación incomparable a nada.

Por fin tomo asiento frente a Keira para jugar la partida y nos miramos expectantes.

«Quita ahora mismo esa mirada, Ástor…», me regaño a mí mismo.

«Le resto y no se alegra de verme», me repito mentalmente.

Pero en los ojos de Keira hay algo, no sé qué es. Se parece a la mirada que me lanzó aquel potrillo cuando decidí no sacrificarlo. Como si quisiese morir y dejar de sufrir. El anhelante ruego de que me rindiera de una vez con él…

La partida empieza y muevo sin pensar. Ni siquiera me concentro en buscar una estrategia. Y después de tres movimientos aleatorios, Keira me mira mal.

«¿Qué haces? Juega bien…», parece decirme.

«¿Para qué? Quiero que ganes».

«Y yo no quiero ganar así». Frunce el ceño.

«¿Qué más da cómo sea, Kei? Vas a ganar igual…»

«Pero no quiero ganar con trampas».

Vuelve a mover con su cara de cabreo y retira su ataque hacia mi rey.

«¿Qué haces? No podemos quedar en tablas, ganaré yo por puntuación de Elo», le echo la bronca con la mirada.

«Pues haber jugado bien, Ástor…». Sube una ceja con chulería, retrocediendo de nuevo las piezas.

«¡Keira…!». Muevo con agresividad para exponer más mi rey.

Ella aparta sus fichas con más opciones para atacarlo.

«No seas cría… ¡Esto es importante!». La atravieso con la mirada.

«El crío eres tú, Ástor. ¿O debería decir “condescendiente”? ¿Crees que necesitaba que me dejaras ganar para hacerlo?».

«¡KEIRA!». Abro mucho los ojos. Estoy furioso… Y encima se me

está poniendo dura. Perfecto…

Estudio el tablero durante el tiempo que necesito para tenderle una trampa. Busco una casilla en la que mi rey peligre por varias de sus piezas y no pueda apartarlas todas. Consulto el reloj. Quedan cuatro minutos. Miro a Keira y veo que se cruza de brazos. «¿Cómo puede gustarme tanto?».

Intento concentrarme. Rebobino en mi mente los movimientos que acaba de deshacer e intento predecir los que quería hacer de verdad. Ella misma lo ha dicho antes: siempre prepara un doble ataque…

Cuando me doy cuenta, queda un minuto y medio.

No puedo dejar que vuelva a mover hasta que lo vea claro. Y no tengo tiempo de jugar al despiste. A lo loco.

¡Un minuto!

Avanzo e5 con mi rey. Keira avanza su alfil a b2.

Yo e4. Ella mueve su caballo a g3. «¡Será bruja!».

E3. F3. C2. Keira suelta una risita incontenible que me hace sonreír sin poder evitarlo. Todas las miradas rebotan en nosotros porque el ajedrez ha de jugarse en riguroso silencio.

Quedan treinta segundos. Nos miramos durante dos, algo más juguetones, sintiendo la adrenalina de la competición.

Mi rey se queda en e3, justo delante del suyo, en una posición muy buena porque su reina no puede alcanzarlo y tiene un peón de e2 adelantado. Me sonríe, sabiendo que va a salirse con la suya y que estoy perdido. Me conformaría con las tablas. Y de repente, retrocede un alfil desde b2 hasta c1 haciendo un jaque mate a mi rey con tal desfachatez que me palpita la polla.

El tiempo se cumple, y Keira se levanta disimulando una sonrisa coqueta.

Al final, me ha comido a su manera. Es decir, sin que me dé cuenta. Sin que me dejara, como a ella le gusta… Es su jugada favorita, de hecho, matarme a traición cuando yo ya me había entregado…

Espero un poco para levantarme porque no quiero que se note lo mucho que he echado de menos su brillante crueldad.

La veo hablando con Saúl, que sonríe y, por la cara que pone, él también ha perdido contra Salinas. Un tío que está en el puesto setenta en el *ranking* mundial…

Me retiro con la cabeza gacha y me reúno con Charly y Ulises. Olga debe de estar en el aseo o hablando con alguien.

—¿Has perdido? —me pregunta Charly, extrañado.

—¿Contra Keira? Pues claro…

—Qué blando eres… ¿Te has dejado ganar?

—Eso pretendía, pero ella no estaba dispuesta. Le apetecía más cazarme como a un ciervo indefenso y humillarme…

Ulises sonríe ante mi valoración. Sus ojos traslucen un «sois iguales» que siempre me repite.

—Entonces ¿ya no vas a jugar más, Ástor? —pregunta Charly.

Que la gente gaste saliva en preguntas de respuesta evidente siempre me ha puesto nervioso. Me recuerda al mal guion de una serie o a un libro pésimo…

Es un torneo eliminatorio y acabo de decir que he perdido. ¿Cómo iba a seguir jugando?

Lo paso por alto. Como cientos de detalles insignificantes más. Pero me rebota por dentro que Keira no dé puntada sin hilo nunca. Que hayamos podido mantener esa brillante conversación mental. Que jugara a perder para ganar… Que siempre vaya un paso por delante, con dos variantes a la zaga… LA AMO.

Cojo mi copa y bebo mientras la busco por la sala.

Está hablando con Salinas. Tonteando, más bien… Es un tío listo.

Aparto la mirada para no verles. Yo le resto. Le-res-to. «Recuérdalo».

—¿Estás bien? —me pregunta Ulises haciendo que me vuelva hacia el lado opuesto, donde están Olga y Charly.

—Sí…

—Keira está preciosa… —señala Ulises.

—Cómo te gusta echar sal en la herida. —Chasco la lengua.

—Solo es una apreciación —responde con inocencia fingida.

—¿Vas a hablar con ella para hacer las paces? —le pregunto.

—¿Y tú?

—No. Perderme de vista es lo mejor para Keira. Pero a ti te necesita.

—Hablaré con ella luego. Cuando gane…

Nos sonreímos ante su premonición realista.

Y no nos sorprende que Keira llegue a la final y se proclame

campeona. Tampoco que el vídeo que he grabado lográndolo alcance miles de visualizaciones en pocos minutos, como si fuera la última canción de una gran estrella del rock. Porque esto no es solo ajedrez. Son las normas establecidas de toda la vida cayendo en picado por un ser humano común que no sabe que tiene el poder de cambiar el destino del mundo. ¿Qué pasa? ¡Es el argumento más explotado del cine!

Sigo aplaudiendo cuando le dan un trofeo, y solo entonces se permite mirarme una vez.

No me apetece sonreír. Pero hago un esfuerzo para que no crea que estoy enfadado con ella. Porque es más que eso. Lo mío es otro concepto. Es… asco. Asco de mí mismo por perderla, como ha dicho Saúl. Pero siento que tampoco podía haberlo evitado. Que estaba escrito. Que en ningún momento ha dependido de mí. Y ya lo he asumido.

Al final, Ulises se acerca a hablar con Keira. Más bien invade la mesa en la que está con Yasmín y le ofrece ir a por unas bebidas.

«¿Me acompañas y hablamos un momento?», supongo que Ulises le ha dicho, o alguna otra frase boba de las suyas. Pero funciona y se van, dejando a Yasmín desamparada. Aprovecho para aproximarme a ella como un perfecto caballero.

—Buenas noches… —la saludo.

—¡Ah…! ¡Hola! —Se sorprende. Y noto que se pone algo nerviosa.

—¿Puedo acompañarte, Yasmín? Veo que te han dejado sola…

—Eh… Sí… Siéntate, Ástor. Bueno…, o no… —Me mira acorralada—. No sé si a Keira le gustará mucho que hablemos.

—Si no te ha dicho nada, hay un vacío legal, ¿no? —Subo las cejas.

—Vale. Total…, llevo toda la noche pifiándola. Por una más…

—Keira me ha contado que tu padre es Ramón De la Torre.

Al oírlo se incomoda visiblemente.

—Lo era. Ya no tengo nada que ver con él.

E identifico muy bien el tono de desaprobación y rabia que se cuela en la voz de hijos que no soportan a sus padres.

—No lo conozco mucho, la verdad.

—No te pierdes nada…

La miro con pena.

—Solo quería decirte que me das envidia. Por rechazar tu título y vivir como te dé la gana…

—¿Te da envidia que me violaran? —dice directa.

Me quedo estático. Como si alguien me hubiese pegado un corte limpio de lado a lado del tórax y solo quedara esperar a que la mitad superior se deslizara hasta el suelo.

—Sé que Keira te lo ha contado… —añade—. No sé cuándo, pero lo sé por tu cara de pena… Voy a matarla.

—No quería decir que me diera envidia eso… Lo siento.

—Dejé mi título atrás por ese hecho. Esperaba mi momento para heredarlo y no cometer los mismos errores que mi madre, siendo la sombra de un hombre, vigilada y callada incluso cuando hacen daño a sus hijas… Pero ya no quiero nada de ellos. Se me quitaron las ganas…

—Saúl me hablaba de ti. Éramos buenos amigos cuando vosotros también lo erais…

Es oír el nombre de Saúl y que le cambie la cara.

—No me apetece charlar sobre Saúl…

—Me lo imagino, Yasmín, pero le hiciste mucho daño y podrías tener la deferencia de hablar con él. Creo que se lo debes…

—Yo no le debo nada —masculla a la defensiva. Vaya, es una mini Keira en potencia…

—Vale, bien… Allá cada uno. Yo solo quería ayudar…

—Pues no ayudas. Más bien, me pareces un entrometido…

—Es mi destino, supongo…, que las mujeres listas tergiversen y malinterpreten todas mis intenciones. Siento haberte molestado, Yasmín.

Me levanto con calma y me voy sin dejar que me conteste nada. Si no quiere hablar, se merece quedarse con la palabra en la boca.

Me dirijo a la barra y, ahora sí que sí, me preparo para saltar por el precipicio porque voy directo adonde están Keira y Ulises. Me quedo cerca de ellos, ignorándoles, con intención de pedir otro trago. Y con la pretensión de que mi amigo me eche un cable y me meta en la conversación.

—¡Ástor…! ¿A que sí? ¿A que Keira es una cabezota…?

Doy gracias a Dios en silencio por enviarme a Ulises… porque cada día tengo más claro que es un ángel de la guarda infiltrado en el

mundo terrenal.

—Cállate… —lo riñe Keira, mortificada, en voz baja.

Me acerco a ellos sin prisa. Casi como haciéndoles un favor. Desde el cielo deben de reírse a carcajadas conmigo.

—Es fácil responder a eso… —le contesto vacilón—. Acabamos de jugar una partida a la inversa. Es decir, Keira intentando perder y yo tratando de hacerla ganar… ¡¿Quién leches hace eso?! —Sonrío.

—¿Alguien indignado? —replica Keira con ironía.

—No. Solo una cabezona…

—Prefiero pensar que soy honrada —dice displicente.

—Muchas felicidades, por cierto… —Sonrío solemne—. Por ganar a Salinas. Es un gran maestro muy reconocido…

—Era una partida rápida…

—¿Y qué?

—Nada… ¿Qué más da?

—Puedes llegar muy lejos, Keira —digo con intensidad.

—¿Y si no quiero llegar a ninguna parte? —replica con osadía.

—¿Por qué no? Te encanta… El ajedrez es tu vida…

—No, no lo es, Ástor —dice con aires filosóficos—. Me encanta, sí, pero es un deporte muy absorbente y, sinceramente, me he dado cuenta de que hay otras cosas que me llenan más a nivel personal.

—¿Como qué?

—Como ayudar a los demás…

Ulises y yo nos miramos sabiendo que podríamos derretirnos en cualquier momento. Porque ni su cuerpazo ni su increíble cerebro tienen nada que envidiar a su corazón.

No sé ni qué contestar a eso, pero Keira lo hace por mí.

—Por eso me hice policía. Y por eso se hizo policía Yasmín, porque el mundo es injusto y la gente necesita ayuda.

—Esa chica también es muy cabezota, ¿sabes? —digo a Ulises para volver al ambiente cómico—. Saúl me habló de ella cuando solo era un adolescente. Lo volvió completamente loco… Le he dicho que fuera a hablar con él y se me ha lanzado al cuello.

—La tengo bien amaestrada. —Keira sonríe con suficiencia, sacando el culo hacia un lado y colocando un brazo en jarra.

Mis ojos se estrellan sin poder evitarlo contra la deliciosa curva de su cadera. Es para matarte en ella y quedarte deambulando para

siempre por un eterno asunto pendiente.

—Pues yo creo que Yasmín está siendo injusta con Saúl… —declaro—. Despareció del mapa sin darle explicaciones, y eso no se hace…

Veo que Keira sonríe y se prepara para dar uno de esos discursos que me dejan al borde del orgasmo: —¿Sabéis qué? Gracias a Yasmín acabo de entender por qué a las mujeres nunca les gustara tanto jugar al ajedrez como a los hombres…

—¿Por qué? —pregunto interesado.

—Porque las mujeres, las inteligentes al menos, somos más de actuar que de pensar. Cuando una mujer piensa, da miedo, pero cuando una mujer hace lo que piensa, aterroriza… Les deseo buenas noches, caballeros.

Se va dejándonos con un palmo de narices.

—Por Dios… —Ulises se echa a reír—. ¡Disimula un poco más, tío, estás llenando el suelo de baba!

—¿Qué coño dices? —me enfado, y me limpio las comisuras de la boca en un acto reflejo, lo que hace que Ulises todavía se ría más.

—¿Cómo se te ocurre decirle que estás saliendo con Olga?

—Yo no le he dicho eso.

—Pero no la has corregido.

—Es mejor así.

—¿Mejor para quién?

—Para todos.

—Los dos sois lo peor… Sobre todo tú, Ástor…

—¿Vosotros habéis hecho las paces?

—Más o menos…

En ese momento, Keira vuelve a mirarme desde su mesa, perdonándome la vida. O aprovechando para saciar su alma de algún extraño anhelo, no lo tengo claro. Lo único que sé es que no voy a poder ser feliz con Olga ni con nadie, porque mi corazón está ocupado y siempre lo estará… Y la chica que habita en él ha estado evitándome toda la noche.

Sin embargo, al volver a casa, justo cuando me estoy lavando los dientes para meterme en la cama, me llega un mensaje de Keira.

Keira:

No puedo explicar lo que siento.

Algo que estaba muerto dentro de mí ha vuelto a la vida. Y no me refiero a mis esperanzas de estar con ella, sino a la fe en que la humanidad existe. Entendida como una sensibilidad, compasión y benignidad inconmensurable que hace que merezca la pena vivir un día más.

No contesto nada. Solo presiono sobre la frase y la valoro con un corazón.

Está decidido. Voy a quererla bien y a dejarla en paz de una vez.

No puedo evitar dormirme llorando.

ulises

32
La pista definitiva

Un mes y medio después
16 de febrero

Lo único bueno de la muerte es que llega de forma inesperada.

Nadie conoce el momento exacto, aunque sepas que es inminente. Esa última bocanada que ignorabas que lo sería te pilla desprevenido, y después ya es tarde para ser consciente de ello.

Por eso yo nunca he tenido miedo a la muerte, porque te mueres y se acabó. Lo que me da miedo es ver morir a los demás. A cualquiera. Hasta a la gente que me cae regular…

Esa es la razón de que me pegara a Ástor como una lapa desde que casi lo atropellaron delante de mis narices. Porque lo miraba y preveía su aciago final, y esa sensación no me dejaba dormir bien por las noches.

Llegué a sentir que, si yo no cuidaba de él, nadie lo haría, y que las repercusiones en mi pequeña burbuja de felicidad formada por Keira y Charly serían más grotescas de lo que imaginaba si a Ástor le pasaba algo.

Así que nos volvimos inseparables. A la fuerza. Empecé a ser su escolta y nos veíamos todos los días a todas horas, pero había algo más… Teníamos algo en común: un culto secreto a la misma cosa… La boca de Keira.

De formas muy distintas, eso es cierto.

Yo viví durante años por verla sonreír y a él le obsesionaba para un largo etcétera de acciones más picantes e intelectuales en las que no me atrevo ni a pensar…

Fuera bromas, Keira era nuestro gran vínculo innombrable, aunque nos pesase a los dos. Me gustaba pensar que, cuidando de él, estaba cuidando también de ella, manteniendo a salvo al amor de su vida. Y a Ástor le gustaba tenerme cerca como una forma de no perder jamás la conexión del todo con Keira.

Suena profundo y enfermizo, pero es lo que había, y nos iba bien.

Además, nos aportábamos cosas importantes el uno al otro.

—¿Adónde vas con esa pesadilla óptica a la que llamas «camiseta»?

—A ver a tu madre, para convencerla de que te vuelva a meter dentro de ella…

Da igual quién le dijo qué a quién, lo que importaba eran las sonrisas que nos arrancaban nuestras interacciones diarias.

Por otra parte, Ástor era mi forma de mantener los pies en la tierra con Charly. De no perderme en el laberinto carnal de su cuerpo, de sus ojos y de su hedonismo macarra por el que haría cualquier locura. A veces, me dejaba llevar por su mala influencia y…, bueno, Ástor nos había pillado en varias ocasiones metidos en faena y el pobre había tenido que huir de la escena chocándose contra todos los muebles, tratando de taparse los ojos y las orejas a la vez. Era la mar de gracioso cuando quería.

Pero ahora entendía mejor que nunca la relación entre esos dos. Charly necesitaba a Ástor en su vida. Su corrección. Sus buenas maneras. Su virtud… Y Ástor necesitaba la desvergüenza de Charly.

Eran mi ángel y mi diablo. Y me encantaba estar en el medio,

acomodado entre los susurros de ambos en un equilibrio perfecto de emociones bipolares. Los adoraba.

¿Y la que armaron para mi cumpleaños?

Prepararon una fiesta nivel «No existe un mañana».

Invitaron a Keira, por supuesto, y a más excompañeros de la base. También a gente con la que solía cruzarme por la Universidad de Lerma y con la que había entablado amistad. No faltaba nadie. Y en ese momento me di cuenta de que Ástor, realmente, me había regalado una nueva vida.

Claro que, cuando vi el Range Rover Evoque negro en el garaje con un lazo enorme de color rojo, casi me la quita de golpe.

—¡Feliz cumpleaños! —gritó el anormal retirando la sábana que lo cubría de un tirón, como si fuera el truco del mantel en una mesa con vajilla.

Mi cara de alucine no tuvo precio.

—Pero… ¿qué has hecho, loco? —dije flipando en colores.

—¡Yo, nada! Lo han fabricado en Reino Unido —se mofó.

—¿Cómo se te ocurre, Ástor? —Sonreí pasmado.

—Ni que fuera un Lamborghini… —Se encogió de hombros.

Negué con la cabeza sin dar crédito y miré a Keira anonadado. Por un momento, pensé que lo había hecho para impresionarla, pero el brillo de sus ojos me hizo entender que lo había hecho solo por mí. Y sí…, puede que me emocionara un poco más de la cuenta. No por el coche, sino por hacerme sentir tan importante para él.

Cuando Ástor leyó en mis ojos que quería abrazarlo se acercó a mí y dijo: —Vale. Esta es la verdad, Ulises… Los vecinos se han quejado de que tienen pesadillas con que les atropelle tu viejo Seat Ibiza… Prefieren morir aplastados por un coche de alta gama…

Le metí tal golpe seco en las costillas que la mitad de los invitados se quedó con la boca abierta. Sobre todo al verle desternillarse de risa y de dolor a la vez. Es lo menos que podía hacer por él…

Ástor seguía siendo adicto al dolor, y desde mi cumpleaños, más todavía… Había tenido que acompañarle a ver a Nat un par de veces a la semana y no sabía cómo hacerle parar. Pero las palabras de Keira en nuestra discusión habían influido en que guardara silencio. Me había echado en cara que no estaba siendo un buen amigo… E intente serlo para Ástor. Respetarle y acompañarle hasta que lo superase,

como hacía Charly. Pero a mí no me hacía gracia verlo sufrir, y a Héctor menos. Me dijo que lo vigilase bien. Que se lo debía… Y lo hice.

Tracé una estrategia para intentar que no necesitase ese tipo de dolor. Podía canjearlo por otro más sano, y empezamos a meternos unas palizas de deporte tan alucinantes que, poco a poco, comenzó a funcionar. El paso del tiempo hizo su trabajo. Y también haber visto a Keira en el torneo de ajedrez de Reyes… Fue una suerte encontrarnos, porque yo no sabía cómo recuperarla sin hacerle daño con mi sinceridad.

Mi relación con Charly iba genial, pero empezó a acusar que pasara demasiado tiempo con Ástor sufriendo en el gimnasio, algo de lo que un dandi como mi novio pasaba olímpicamente. Charly estaba celoso, a pesar de que yo le decía con una sonrisa que él se estaba beneficiando de los frutos de esa terapia, porque me estaba poniendo como un toro… No obstante, seguía afirmando que me echaba de menos y que sentía que yo prefería estar con Ástor que con él. En realidad, Charly sabía que no era cierto, porque nuestros momentos, aunque más espaciados, eran de calidad y eso los hacía únicos. Aun así, he accedido a ir a jugar hoy con él al squash para tenerlo contento.

La semana pasada me lo rogó como regalo de San Valentín y casi me ahogo de risa ante la petición. Pero hace dos días, cuando abrió su regalo y vio el «Vale para un partido de squash», gritó, eufórico, que era justo lo que deseaba.

Hemos quedado en la puerta de la escuela al atardecer.

El plan es jugar una hora, luego ir a cenar y después a su casa, a disfrutar de los fuegos artificiales que fabricamos juntos. Hace dos noches no pudimos hacerlo. Era jueves y no quería dejar a Ástor solo en un día tan significativo como San Valentín, por si intentaba hacerse otra paja en el armario…

Veo a Charly aparcar su Mercedes GLE Coupé azul detrás de mi flamante Range Rover nuevo y sonrío. El mamón se baja con su estilazo característico, sus Ray-Ban, sus greñas, que ya vuelve a llevar demasiado largas y que sé que se las recogerá en una coleta para jugar, y por supuesto, su *blazer* azul marino sobre una camiseta blanca elástica. Está para comérselo y escupir solo los huesos…

Permanece serio hasta que me ve y sonríe de medio lado. Me mata esa sonrisa canalla.

—¿Listo para perder? —dice vacilón.

Me jode no poder callarle la boca en público como me gustaría. A menudo me cuesta controlarme, y Charly disfruta de mi sufrimiento porque él sí lo tiene controlado. Es como si desde la cuna le hubiesen inculcado guardar las apariencias delante de los demás.

—Listo para todo —contesto chulito, y sube las cejas interesado.

Saludamos al de la puerta y pago mi entrada porque no soy socio.

Nos cambiamos en el vestuario con calma, disimulando nuestras miradas cómplices, y vamos hacia la pista.

—¿Un poco de peloteo antes? —me pregunta condescendiente.

—Vale.

—¿Nos apostamos algo? —propone pillo.

—No entiendo qué aliciente puede tener para ti… Si tus deseos son órdenes para mí.

Se me acerca sonriente, como si quisiera besarme, pero ya he aprendido que nunca lo hará mientras alguien pueda estar viéndole o grabándole. Lo hace para que aumente mi grado de deseo por él. Es mucho más visceral que yo en todos los sentidos. Y me encanta que así sea.

—Si gano, te vienes a vivir conmigo —dice de pronto.

Lo miro alucinado. «¿Vivir juntos? ¡Ay, madre…!».

—¿En serio, Charly? —pregunto sorprendido.

—No sé por qué mantienes tu piso, Ulises, si apenas lo utilizas. La mitad de los días estás en mi casa y la otra mitad te quedas en la de Ástor…

—¿Tan celoso estás? —le pico—. Sabes que con tráfico son cuarenta y cinco minutos hasta mi piso, por eso me suelo quedar donde As.

—Desde mi casa serían veinte hasta la de Ástor… y podríamos pasar juntos todas las noches…

—¿Y si te cansas de mí? —sugiero con guasa.

—Imposible, Ulises… Además, Ástor no va a estar soltero eternamente. Ahora su casa es como un piso de estudiantes, pero, tarde o temprano, las cosas cambiarán. Yo, sin embargo, voy a ser el eterno soltero…

—Ah, ¿sí? —Sonrío—. Te recuerdo que estuviste a punto de casarte con una chica, Charly… Quizá encuentres a otra y vuelvas a la idea de familia feliz…

—No creo… Ya he encontrado a alguien que me hace feliz…

Mi mirada se calienta en la suya a fuego lento.

—Juguemos, entonces… —lo reto, aceptando su propuesta. Y el ambiente cambia para volverse más competitivo y romántico, si cabe.

Nunca he jugado al squash, pero siempre se me han dado bien los deportes en general. A bote pronto, dar leñazos se me da de miedo…

Castigo la pelota con mi habitual rabia y obtengo resultados. Siento que estoy a la altura, y hasta gano unos cuantos puntos al principio, pero la técnica de Charly prevalece y, al poco rato, ya me está mareando como quiere. Sudo para llegar a darle y él juega tan tranquilo. Es bueno. Muy bueno. Y hace un par de tantos espectaculares de los que intenta no fardar, aunque no lo consigue. Eso forma parte de él. Tiene esa confianza en sí mismo que me vuelve loco en contrapartida con una susceptibilidad aguda en temas que atañen al honor y las tradiciones.

—Te estoy dando una paliza, Ul… —murmura con una sonrisita.

Y se me ocurren cien formas distintas de borrársela. Todas muy cerdas.

«¿A que termino viviendo con él…? ¿Quién me mandará a mí apostarme eso?».

Pero no sabía que era tan bueno. De hecho…, tenía el recuerdo de que era más bien malo, como le comenté cuando vi la grabación el día que mataron a…

El suelo se tambalea bajo mis pies y me desplomo como si algo invisible me hubiera empujado.

Ha sido una idea. Una certera y escalofriante idea…

—¿Estás bien? —pregunta Charly, extrañado.

Noto que me cuesta hasta hablar. «¡Joder…!».

—Sí, sí… —consigo decir.

Mi cabeza va más rápido que nunca, no para de dar vueltas y se pierde en un recuerdo. En ese vídeo… El de su coartada.

Charly saca y no veo ni la pelota. Corro hacia ella, pero no le doy.

—¡Punto! —exclama él, eufórico.

Mi malestar queda disfrazado por ir perdiendo y suelto un taco.

En ese vídeo, Charly era muy malo… Mucho. Y se lo dije. Era un puto paquete…

Tenía la coartada perfecta, pero… ¿y si el del vídeo no era él?

—Me estoy encontrando mal… —le advierto con sinceridad.

—¿Es una excusa porque vas perdiendo? —Sonríe—. Oye, que si no quieres vivir conmigo, no estás obligado, Ulises… Solo era una broma. Bueno, medio en broma, medio en serio… —dice vergonzoso.

—No… Me encuentro mal de verdad.

—¿Qué sientes exactamente? —Se acerca preocupado de forma adorable.

«¿Y si él mató a Sofía…?». Esa pregunta retumba dentro de mí dejándome sordo.

«Hostia puta…».

Había dejado atrás esa idea hacía un par de meses. Esa idea que cuadraba tan bien en mi cabeza cuando se destapó todo lo de la web SugarLite y en la que no había vuelto a indagar porque… porque no quería creerlo. Aunque en realidad llegué a investigarlo y no encontré mucho. Analicé todos los movimientos bancarios de Charly, sus e-mails, sus mensajes… por si había sido un encargo, ya que él mismo no podía haberlo hecho puesto que el vídeo lo situaba en otro lugar a esa hora. Pero no encontré nada raro. ¿Qué iba a encontrar si lo hizo él mismo sin ayuda de nadie?

—Voy a vomitar… —farfullo mareado. Porque lo tengo claro.

Charly para el juego y me pone una mano en la espalda.

Su contacto me quema y hago un esfuerzo por no apartarme de él. No quiero que note nada. Es como si no me cupiera duda… Como si no hiciera puta falta comprobar que estoy en lo cierto. Porque no hay otra explicación plausible. No la hay… Y Carla va a ser procesada sumiendo a Héctor en una depresión galopante.

Charly consulta la hora.

—Si quieres nos vamos ya, Ul. Quedan quince minutos, pero da igual.

—Sí, mejor…

Mi malestar es muy real. Es curioso cómo el cuerpo se resiente por un problema psicológico. Apenas puedo sostenerme en pie.

—¿Llamo a un médico? —pregunta solícito.

—No, no… Voy a ir al baño, a ver si se me pasa.

—Vale.

Me encierro en un cubículo e intento pensar con los dedos apoyados en la frente.

«¿Estás seguro de esto?», me pregunto a mí mismo.

«Es imposible…». «¡Él no lo haría…!». Me digo lo que siempre oímos de los más allegados de un culpable.

—Entro en la ducha, Ulises —me avisa—. ¿Necesitas algo? ¿Estás bien?

—Ve tirando… Ya voy…

En cuanto se hace el silencio salgo con el corazón desbocado y me dirijo a la recepción de la escuela.

Les pido volver a ver el vídeo de aquel día, y el encargado, que me recuerda, lo busca sin problema en la carpeta pertinente del ordenador, localizándolo por la fecha.

Avanzamos hacia la hora en cuestión, y cuando enfoca la pista siete lo que veo me deja sin habla…

Se parece a Charly, de eso no hay duda, y van vestidos igual. Misma cinta de pelo sujetando sus greñas australianas… Pero no es Charly.

Me conozco su cuerpo de memoria. El hombre de la imagen no se mueve como él. No son sus piernas. Ni sus brazos. Ni sus codos. E incluso me atrevería a decir que ese tío es un poco más alto. Pero no es Charly. Está de espaldas, y ya os podéis imaginar la cantidad de veces que lo he visto desde ese ángulo…

Se me comprime el pecho al certificarlo: NO ES ÉL.

Doy las gracias al encargado y vuelvo al vestuario más blanco que la pared. Sin tener ni idea de lo que voy a hacer a continuación.

Un policía normal habría pedido refuerzos desde la propia recepción, pero yo no soy normal. Soy yo. Y lo único que quiero es que nada de esto sea real. Que el tío del que estoy profundamente enamorado no sea un asesino. Ni siquiera se me pasa por la cabeza coger mi móvil y avisar a Keira. Solo quiero que el tiempo se detenga, agarrarme las piernas y quedarme una hora sin hacer nada, porque no puedo asimilar que la persona con la que estaba a punto de irme a vivir y con la que planeaba hacer el amor esta noche sea un asesino.

Estoy en negación aguda. Quiero pensar que me dará una buena explicación y yo contestaré «¡Ah, valeee!». Que el destino se sacará un

conejo de la chistera y que mi vida no saltará por los aires en cuanto Charly me note en la cara que lo sé.

Cuando llego al vestuario, lo encuentro con solo una toalla alrededor de la cintura, el pelo húmedo y el torso desnudo. La acción natural de mi cuerpo es babear por todas partes, y se me mezcla con las náuseas que generan mis fundadas sospechas.

—Tienes mala cara, Ulises… ¿Adónde has ido? —pregunta extrañado.

Mi mirada y mi silencio lo ponen en alerta.

«¡Reacciona, joder!», me grito.

—¿Qué te ocurre? —pregunta inquieto, dejando su taquilla abierta.

—Me encuentro fatal, Charly. He ido a pedir una pastilla a recepción, pero creo que va a ser mejor que vomite —digo sujetándome el estómago.

Me voy al aseo y, efectivamente, vomito.

Noto su presencia detrás de mí y me entran sudores fríos.

—¿Mejor…? —dice.

Me ha traído un trozo de papel humedecido, y me lo pasa por la frente. Su amabilidad me provoca ganas de llorar.

—Sí…, mejor. No sé qué me ha dado…

—Puede ser un corte de digestión. ¿Has merendado mucho? Te has forzado demasiado en la pista y tal vez…

—Puede ser…

—¿Llamo para anular la cena y nos vamos directos a casa? —me ofrece de pronto.

Pienso rápido. Preferiría no estar a solas con él. Darme tiempo para pensar. Estoy completamente bloqueado.

—No… Me ducho y seguro que se me pasa.

—¿Tú crees?

—Sí, ya estoy mejor… Vamos a cenar, Charly…

Me pone una mano en la espalda cuando paso por su lado y me desnudo para ducharme.

Estoy bajo el chorro más tiempo del debido. Las dudas me ahogan. Cuando salgo y me visto, Charly ya me está esperando como un pincel, trasteando en su teléfono.

Podría encararme con él. Reducirle. Detenerle aquí mismo y gritar

que alguien llame a la policía, pero eso nos separaría para siempre… Que me mire y me sonría de medio lado demostrando que le gusta lo que ve me deja mudo.

—Ya tienes otra cara, Ulises…

—Sí… Estoy mejor.

Me visto en silencio y me siento tan observado que no hago caso al móvil. Como si no fuera mi maldita tabla de salvación. Una llamada y todo terminaría. Quizá fatalmente… ¿Charly se resistiría a la detención? ¿Tendría que pegarle cuando solo tengo ganas de abrazarle? ¿Algún compañero de gatillo fácil le apuntaría a la cabeza y…?

Trago saliva.

—¿Estás listo?

—Eh, sí, sí… —jadeo.

Cojo el móvil, y la mano me quema por escribir un mensaje rápido. ¿Diciendo qué? «Charly mató a Sofía». ¿Por qué lo haría? No quiero perderle…

Caminamos juntos hacia la salida mientras miles de preguntas se agolpan en mi cabeza manteniéndome hierático.

Una vez fuera, veo que Charly me observa.

—Escucha… —dice solemne deteniéndose en el punto donde nos separaríamos para ir cada uno hacia su coche.

Me mira con cariño, y no sé qué hacer con mi vida, ni con mis principios ni con los potentes latidos de mi corazón. Solo sé que su cercanía me provoca emociones adversas, de asco, de pasión y de una conmoción que no podré controlar mucho más tiempo sin que explote.

—¿Qué pasa, Charly?

—Que lo de vivir juntos no iba en serio. Sé que es muy pronto… Y no tenemos ninguna prisa. No quiero que te sientas obligado… No te agobies, ¿vale?

Doy gracias a Dios de que crea que es eso lo que me pasa.

—Sí… Ya… Vale —digo aliviado.

—Simplemente, olvídalo, ¿*okey*?

—Bien… —casi gimo.

Me mira los labios queriendo sellar mi trastorno con un beso. Sabe que no puede hacerlo en medio de la universidad, pero no quiere dejarlo así y me da un abrazo al que tardo en responder.

Me cuesta un mundo colocar mis manos en su espalda, y cuando lo hago, sabiendo que puede ser la última vez, cierro los ojos y lo estrecho con fuerza. «Esto no puede estar pasándome a mí…».

Lo aprieto tanto que se separa, extrañado.

—¿Estás bien? —me pregunta escrutando mis ojos brillantes.

Nos sostenemos la mirada durante unos segundos.

—Sí… Es que… no quiero perderte… —digo de corazón. Y no he sido más sincero en toda mi vida.

—No me vas a perder… —Lo noto conmovido—. Ha sido una estupidez por mi parte, Ulises. Tienes razón… Estoy celoso de Ástor y… En fin… —Se encoge de hombros—. Vamos a olvidarlo, ¿vale? ¿Nos vemos en El Glotón?

Asiento como puedo. Trato de imaginar la conversación que vamos a tener en el restaurante porque no podré aguantar mucho más así, pero estaremos rodeados de gente y será todo menos dramático. Desde allí pediré un coche patrulla. Sin embargo, antes necesito hablar con él… Necesito que me lo explique todo y… entenderlo. Porque Charly no es un asesino. Lo conozco, joder. Es una persona que cometió un error… O eso me digo durante todo el trayecto hacia el restaurante.

Me veo tentado a coger el teléfono en lo que dura un semáforo, pero me digo que necesito tiempo. Si llamo ahora, los agentes se plantarán allí enseguida y no tendré ni tres minutos a solas con Charly. Y necesito arañar los últimos instantes de normalidad con él. Necesito hablarlo en confianza, exponer mi dolor de forma privada y luego avisar a quien sea. Quiero ver cómo reacciona cuando se dé cuenta de que lo sé, solo yo y nadie más en el mundo. Si preferirá salvarme o elegirá destruirme. Si me quiere más que a su vida o no… Como se quería antes la gente. Como Leo DiCaprio quiso a Kate Winslet, a pesar de que cupiera en la tabla junto a ella… Digan lo que digan.

Aparcamos prácticamente al mismo tiempo, en la misma acera aunque a dos o tres coches de distancia, y nos reunimos en la puerta.

—¿Seguro que quieres entrar, Ulises? Si no estás de humor…

—Sí, entremos.

—Oye…

Me frena del brazo, y me da un beso tierno y reparador que se me

sube a la cabeza. Mis instintos gritan que me separe de él en el acto, pero es el puto mejor beso de mi vida. El último, creo. Y acaricio su lengua a modo de despedida notando calor en mis ojos.

No soy muy de llorar. Ya he llorado mucho en mi vida y se me cortó el riego. Pero la ocasión lo merece, porque nunca me he sentido peor. Ojalá nunca lo hubiera sabido jamás…

—Vamos, tengo hambre —digo mirando al suelo y arrastrándolo conmigo para que no me vea.

Una vez dentro del restaurante, nos llevan a una mesa y nos preguntan por las bebidas. Me abstengo de pedir un whisky doble sin hielo para acabármelo de un trago y opto por una cerveza, que sé que no tendré tiempo ni de paladear.

—¿Qué te apetece? —me pregunta Charly ojeando la carta—. ¿Estás mejor? ¿Te ha ido bien la pastilla que te han dado antes?

Me quedo mirándole en silencio, incapaz de mentir más.

—No he ido a por ninguna pastilla, Charly…

Sus ojos me miran confusos.

—He ido a pedir que me dejasen ver de nuevo el vídeo de ti jugando el día que asesinaron a Sofía… Y me he dado cuenta de que no eres tú… Recordaba que ese tío no era nada bueno… y tú hoy has jugado muy bien.

Nos sostenemos la mirada durante lo que me parecen años.

Me duele la cara de mantener una expresión imperturbable y de tener que soportar su mirada sabiendo que se acabó. Se acabó todo entre nosotros…

—¿No dices nada? —pregunto, consciente de que el día no va a terminar como lo habíamos planeado.

—¿Qué quieres que te diga, Ulises? —replica inspirando profundamente.

—¿No vas a negarlo?

—¿Serviría de algo?

El corazón amenaza con salírseme del pecho. No sabía cómo reaccionaría, pero no esperaba que fuera así. Tan normal. Tan sereno. Tan elegante. Tan él y tan psicópata al mismo tiempo…

Dios…

¿Quién tiene estilo admitiendo un asesinato?

ulises

33

Quiéreme

—¿Por qué lo hiciste?

Parece la pregunta del millón, pero no lo es, porque poco importa ya. Sofía está muerta y lo nuestro también. Ya no queda nada en pie.

—¿Se lo has contado a alguien? —pregunta curioso—. ¿La poli está a punto de rodearnos o algo así?

—No. Aún no… Primero quería hablar contigo a solas…

Mira alrededor, asegurándose de que nadie nos oye, y dice:

—Tenía mis motivos, Ulises. No fue por placer, te lo aseguro… Me vi obligado a hacerlo.

Se me eriza todo pelo de cintura para arriba cuando lo admite. ¡Fue él! ¡No me lo puedo creer! El corazón me va a mil por hora.

«Joder… ¡Todo este tiempo…!».

Y, encima, parece creer que hay algún tipo de explicación que va a convencerme y hacer que lo entienda.

Me llevo la mano a la boca, sintiendo un mareo acojonante.

Necesito ayuda. Si se fuera corriendo, no sé si podría perseguirle. Lo dudo mucho, con el *shock* en el que me encuentro. Apenas puedo respirar, ¡mucho menos, correr!

—¿Mataste a Sofía? —repito, aunque ya haya quedado claro que sí. ¡Lo que quiero saber son los jodidos motivos!

—La pregunta, Ulises, es… ¿qué vamos a hacer ahora? —expone calmado.

Y esa cuestión me mata lentamente. Porque sé lo que debería hacer, pero no quiero. No lo soporto… No puedo perderle. Sin embargo…

—Voy a tener que detenerte —verbalizo para convencerme a mí mismo.

—¿No prefieres que vayamos a mi casa y dejar que te lo cuente todo en la cama? Soy yo. Puedo entregarme mañana y pasar una última noche juntos… Que lo juzgues teniendo toda la información. Solo así podrás elegir qué hacer…

Lo miro sin disimular que pienso que está completamente loco. Y a partir de ahí, cometo un error detrás de otro.

Muevo la mano hacia mi móvil olvidando con quién estoy y él bloquea mis intenciones colocando la suya encima.

Su contacto me quema y me tenso automáticamente. La desbrozadora que tengo en la boca del estómago se pone en marcha de nuevo.

—Ulises… —acaricia mi nombre con una advertencia velada—. Antes de avisar a nadie, escúchame un momento, por favor…

Su tono de alguien por encima del bien y del mal, su desfachatez y su abuso de confianza me ponen enfermo, y en un segundo entiendo lo manipulable que he sido. Lo caprichoso. Lo estúpido. Lo ingenuo. Lo humano, joder…

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le increpo dolido—. Engañarme así, jugar conmigo…

Una tristeza devastadora arrasa mis facciones, y siento que estoy a punto de romperme en mil pedazos y empezar a llorar a lo grande.

—Yo no he jugado contigo, Ulises —dice serio—. No pude evitar enamorarme de ti. Te juro que no era mi intención sentir esto…

—¿La mataste por mí? —pregunto con el corazón encogido.

—¡No! ¡Para nada! ¡Tú no tuviste nada que ver! Lo nuestro surgió después. Sin darme cuenta te metiste en mi alma… y no pude frenarlo.

—¿Creías que podrías esconderme esto para siempre, Charly?

—Solo quería olvidarlo… Pasar página…

—¿Olvidarlo? ¡Incriminaste a Carla…! —recuerdo de pronto—. ¡¿Por qué?! ¡Joder…! No puedo creer que fueras tú…

—Te juro que tenía mis motivos… —repite convencido.

—¡¿Qué motivos?! ¡Quiero saberlos! ¡Quiero saber por qué mi vida se ha ido a la puta mierda otra vez!

—Esta vez no tiene por qué irse, Ulises… Esta vez, depende de ti.

Mis cejas suben hasta el nacimiento de mi pelo y niego con la cabeza.

Me tapo la cara al pensar por un momento en la posibilidad de… «¿Qué insinúa? ¿Que sigamos como si nada? ¿Que lo ocultemos?».

De repente, la camarera interrumpe con las bebidas y le damos las gracias con un murmullo.

Esto es increíble… No quiero ni mirarle, pero me obliga al decir: —Eres mi pareja, Ulises… Nadie puede obligarte a declarar contra mí…

—¡Soy policía! —exclamo con incredulidad.

—No. Ya no lo eres… Al parecer, mi plan de casi atropellar a Ástor terminó de convencerte para dejarlo.

¡¿FUE ÉL?!

Si no estuviera sentado, necesitaría estarlo. Siento que el cuerpo me falla y que un vahído amenaza con reducirme a la nada.

—¿Querías matar a Ástor…? —pregunto perplejo.

—Claro que no, solo quería que dejaras la policía. Y sabía que así lo conseguiría…

Tengo la boca abierta.

Conociendo el *modus operandi* de los miembros del KUN, ¡debí haber imaginado que fue todo un puto montaje!

—¿Ástor amañó el atropello para que fuera su guardaespaldas?

—¡No! ¡Él no sabe nada! Pero todos ganamos aquel día, ¿no crees, Ulises? Admite que ahora eres muchísimo más feliz que antes…

—Dios mío…

Me llevo una mano a la frente y termino surcando mi pelo con los dedos. Charly, aprovechando mi desconcierto, se agencia mi móvil,

dejándome sin medios.

—Tranquilo. Hablemos… —dice colocándolo fuera de mi alcance.

—No tenemos nada de que hablar —le espeto, cabreado ante su gesto.

Pero no es cierto. Hay mucho que decir. Aunque en comisaría.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunto a bocajarro—. ¿Cogiste el trofeo de casa de Carla? ¿Cuándo? ¿Por qué no te manchaste al golpear con él a Sofía…?

Miles de preguntas asaltan mi mente, y empiezo a soltarlas en bucle. En el fondo, me recrimino no haberme dado cuenta de que no había otra explicación posible…

—Te contestaré a todo, Ulises. Pero primero necesito saber cuánto me quieres…

«¿QUÉ?».

No entiendo nada… O no quiero entenderlo.

—¿Qué coño tiene que ver lo uno con lo otro, Charly?

—Todo… Necesito saber si me quieres lo suficiente para superar esto…

«¿Superar que es un asesino? ¡No! O eso creo… ¡Joder! ¡Puta vida!».

Que no le conteste con un rotundo «no» le sorprende gratamente, y me da la sensación de que se emociona.

¿Acaso no es humano dudar?

«¡Es Charly, joder…! La persona a la que más quiero en el mundo…».

Me pregunto qué no haría cualquiera por «su persona».

Sé que hay algo que no encaja en esa idea, pero el amor no me deja verlo con claridad…

«¿Qué haría Keira en mi lugar?», pienso de pronto.

«Lo más justo», me respondo. Simplemente eso.

A Charly le nace una leve sonrisa de incredulidad, y dice:

—¿De verdad te lo estás pensando, Ulises…? ¡Joder…! —Cierra los ojos, conmovido—. No sabes lo halagado que me siento ahora mismo…

—Eres un cabrón… —vocalizo cada letra—. ¿Cuánto me quieres tú a mí? ¿Qué clase de maniaco pone a su pareja en semejante compromiso? Lo has jodido todo, Charly… Esto no se supera. No soy

de los que protegerían a un hijo al que le gusta descuartizar chicas… En mi mundo quien la hace la paga, por mucho que lo quiera.

—Pienso igual. Por eso Sofía tuvo que morir… Pero tranquilo, solo quería saberlo, no te he pedido nada… Estoy preparado para actuar en caso de que me descubrierais; tengo mi propio plan de contingencia. Y no eres tú…

Lo miro totalmente alucinado. Y no sé de qué me sorprendo. ¡Es Charly! El tío más listo y sexy del planeta. El que «casi» realiza el crimen perfecto.

—¿Y qué plan es ese? —pregunto displicente.

—Voy a darte a elegir… —dice con una templanza que me deja preocupado—. Entre detenerme aquí y ahora o permitir que me vaya y coja mi vía de escape… Una nueva identidad, avión privado, millones en el banco…

—Charly… —pronuncio sin fuerza. Porque ya no puedo ni llamarle así—. Sabes que no puedo dejarte ir…

—Claro que puedes… —suelta, tan tranquilo.

—No, no puedo.

—Te lo he dicho: tú eliges… —repite, indiferente. Y su actitud se parece mucho a la de otros sociópatas que he tenido el disgusto de conocer.

—Devuélveme mi teléfono, por favor… —le pido, cordial pero firme.

—Antes déjame mostrarte lo que hay tras la puerta número dos…

Me aterroriza ese tono de voz tan cómico. Y me mantengo a la espera tras suspirar pesadamente.

—Te escucho…

—Bien —dice dándolo por hecho—. Porque deberías saber que si eliges detenerme no podrás parar a tiempo la bomba que tengo escondida en casa de Ástor. —Separa las manos y vuelve a juntarlas—. Tengo el ¡boom! al alcance de los dedos. ¿Quieres que te lo enseñe para que veas que no miento?

Me quedo patidifuso. «¿Una bomba?».

—¿Qué coño dices, Charly…?

—Está escondida. ¿Quieres verla o no?

Asiento con unas ganas de llorar que me muero.

«Charly… ¡Joder!».

El corazón me pesa cada vez más, señal de que se está convirtiendo en piedra.

Entra en su móvil y busca una aplicación concreta de las tropecientas que tiene en ochocientas mil carpetas distintas, y aprovecho para observarle.

Todavía no me lo creo… Hay gente que se lleva toda la suerte del mundo, y otros, como yo, que apuestan y pierden una y otra vez…

—Aquí está. —Me lo muestra satisfecho y lo activa delante de mí.

Hay un cronómetro con cuenta atrás *linkeado* a un punto verde parpadeante.

—No era mi intención hacerla estallar. Tan solo es mi baza para negociar. Pero nunca la encontraréis. Ni con perros. ¿Puedo irme ya?

—No —digo con todo el dolor de mi corazón—. No puedo dejarte marchar.

Su cara se descompone por un momento.

—¿Permitirás que Ástor muera? —pregunta extrañado—. ¿Es más importante cogerme a mí que el hecho de que muera una persona?

Lo miro profundamente decepcionado, pero tengo que actuar como un policía. Ya no es mi novio. Es un jodido delincuente. Y esos se me dan mejor.

—Desde mi punto de vista… —empiezo con templanza—, me estás dando a elegir entre no volver a ver a Ástor o no volver a verte a ti… —enuncio con los ojos muy brillantes—. Y al que no soportaría no volver a ver es a ti… Así es cómo te quiero.

Y como si estuviera escuchando de fondo al jodido Harry Styles en el estribillo final de la canción «Sign of the times», me despido de él.

«Tenemos que alejarnos, cariño…».

Charly me mira como si acabara de darse cuenta de esa realidad, de esa condena, y tampoco lo soportara. Sus ojos se encharcan, asustados al entender que, sea como sea, ya somos fantasmas.

Que tanto si le detengo, como si lo dejo irse, lo nuestro va a morir sin haber vivido lo suficiente.

—¿Que Ástor muera es tu elección final? —pregunta incrédulo.

—Sí… Tú no te vas a ninguna parte, cariño.

charly

34
Una elección explosiva

¡Puto Ulises…!

¿Cómo no iba a gustarme? ¡Si es un jodido fuera de serie!

Sabía que no me lo pondría fácil. Que su honor estaba por encima de todo. De mí. De Ástor. De él mismo… Pero no me esperaba esto…

Ha destripado mi farol con brillantez; sabe que no dañaría a Ástor. O quizá prefiera perderle a él que perderme a mí…

¡Me cago en mi vida…!

No quería llegar a esto. A ver esa cara en él. La de que lamenta haberme querido alguna vez.

Nunca me perdonaré haberle perdido por lucirme jugando al squash. ¡Qué imbécil he sido! Es verdad que la avaricia siempre acaba por romper el saco. Que se lo digan a Sofía…

Ulises se pone de pie, y me tenso. Pretende recuperar su teléfono sin montar una escena, pero no puedo dejar que lo haga.

¡Tengo que pensar rápido, joder!

Cojo los teléfonos y me alejo de él con intención de huir. De todas formas, no va armado y yo soy más rápido.

—Charly, no lo empeores… —Se acerca a mí despacio—. Aún eres joven… Te queda mucha vida por delante.

—Una vida que quería vivir contigo —digo caminando hacia atrás.

—Para un momento… Escúchame, por favor…

Y obedezco. Porque necesito verle por última vez. Y decirle algo más.

—Pensaba que me querías de verdad… —le echo en cara.

—¿Y qué es querer de verdad?

—Querer a alguien por encima de todo. ¡Por encima de ti mismo y de la ley! Como se quiere a un hijo o se debería querer… Pero ya nadie quiere de esa forma… Es una puta pena…

—Demuéstrame que tú me quieres así, Charly —me pide, intenso—. Quédate… Entrégate, y pasaremos por esto juntos… Si te vas, no volveremos a vernos jamás.

Su ruego me araña por dentro, provocándome una herida que sé que va a dejar una profunda cicatriz en mí. Me mira como si fuera la única salida. La última oportunidad… Me está pidiendo que me mate ahora mismo por él, entregándome, en vez de huir…

Y me lo pienso por un instante, a pesar de la situación crítica: «¿Podré seguir viviendo sin verlo nunca más? ¿Despedirnos aquí y ahora?».

Un silencio teñido de miedo me da la respuesta. Él mismo lo ha dicho: «Esto no se supera».

No me deja otra opción…

Aprovecho que un grupo numeroso de gente entra en el restaurante para lanzar su móvil hacia arriba y escabullirme por la puerta abierta. Sé que lo necesita, y eso me da unos segundos de ventaja.

Corro rápido hacia el coche y siento que me persigue, pero los segundos que ha perdido por atrapar su móvil más sortear algún que otro obstáculo me conceden el tiempo suficiente para meterme en el vehículo y presionar el cierre centralizado antes de descubrirlo pegado al cristal.

—¡No lo hagas! —me suplica ahogado en pena. Y ha sonado a: «No me dejes», y sé que la expresión de su cara me perseguirá de por vida.

Meto la llave en el contacto y arranco el coche.

Ulises corre hacia el suyo para seguirme haya donde vaya. Y cuando lo veo subirse, desbloqueo mi teléfono, sabiendo que ya estoy dentro de la aplicación, y pulso el botón sin pensar, preso de la adrenalina.

No me da tiempo a agacharme antes de oír la explosión. Lo hago luego, hacia los asientos, y grito con todas mis fuerzas emitiendo un sonido agónico que me evade del dolor inhumano que me está desgarrando por dentro en este momento.

Ni siquiera noto los cristales que se me han clavado en la piel al estallar. Me quedo envarado por la fuerza del llanto contra el asiento del copiloto y no puedo moverme. No, sabiendo que Ulises ya no existe…

keira 35

Esto no ha pasado

Un día después Me despierta la sed.

No me extraña que esté deshidratada. No he dejado de llorar.

Alargo la mano hasta la botella de agua y me abastezco sin apenas moverme.

Porque no quiero ni moverme… Ni levantarme. Ni vivir…

No quiero nada sin él.

keira

36
Nuevos cimientos

Varios días después

En mi vida había llorado tanto.

Ni dormido. Ni estado tan atontada. No he comido absolutamente nada, ni he visto a nadie… Solo un desfile interminable de vestidos negros y uniformes oficiales estrellándose contra mis ojos uno tras otro; el resto ha sido un fundido a negro en bucle de las paredes de mi habitación.

Nunca me habían acariciado tanto el brazo, ni la espalda, ni había dejado que me achuchasen a discreción sin ningún tipo de impunidad. Podría denunciar a unos cuantos por abusar de alguien drogado que no puede defenderse de un contacto no deseado…

Yo solo quería volver a la oscuridad de mi cuarto. Nada más. Ya

tuve suficiente interacción social cuando el propio Gómez se presentó en casa de Yasmín, a las once de la noche, para darme la peor noticia del mundo.

—Ha ocurrido algo… —masculló con voz grave.

Y me quedé sin aire.

Porque sé lo que un policía viene a decir en persona a esas horas de la noche. Nada bueno… Lo sé demasiado bien.

—Es Ulises… —farfulló con aprensión. Y se mordió los labios incapaz de terminar la frase. Sus ojos lo dijeron por él.

Me tapé la boca para no echar el corazón. Me tambaleé hacia atrás y, antes de que pudiera darme cuenta, Gómez me estaba sujetando porque me iba derechita al suelo.

Respirar el aire de un mundo sin Ulises me quemó por dentro.

—No… —murmuré como si pudiera hacer retroceder el tiempo.

Una nueva bocanada de aire, del todo irrespirable, entró en mis pulmones provocándome un dolor indecible.

Me fui contra la pared del recibidor, y un segundo después, el parquet me daba la bienvenida tras resbalarme hasta el suelo. No me moví de allí durante muchísimo rato. Yasmín se quedó de piedra sin saber qué hacer.

Gómez narró por fin lo sucedido con voz queda, y me contó que Charly también había resultado herido cuando salían de cenar en un restaurante. Me juró que encontrarían al culpable. Me dijo tantas cosas que no escuché porque ya no me importaban… Nada de eso me lo devolvería.

Poco después, llegó mi madre y me tragué sin preguntar todos los fármacos que me metió en la boca. Dormí diecisiete horas seguidas.

Recuerdo que soñé bonito… Que lo olvidé. Pero al despertar la noticia volvió a inundarme de golpe como un tsunami destructivo. No quería seguir viviendo. Ese día no. Estaría muerta, por él y con él. Di órdenes explícitas de que nadie me molestara.

Dejé mi móvil enchufado porque echaba humo y lo olvidé.

En el funeral no tuve que levantar la vista para saber que, en un momento dado, era Ástor el que me estaba abrazando.

—Me tienes para lo que quieras… —dijo, y su voz ajada me confirmó que era sincero.

Quizá levanté la vista y lo miré, no lo recuerdo…, pero os aseguro

que no lo vi. No vi nada en absoluto aquel día. Estaba sedadísima.

«Era muy buen chico», oí varias veces.

Y una mierda. Era el mejor…

Mi madre insistió en que me instalara en su casa unos días, pero me negué. Pegué un berrido cuando sentí que ignoraba mi decisión inicialmente, y la pobre Yasmín tuvo que escuchar millones de directrices para cuidar de mí.

Solo estaba bien en la cama, debajo de las sábanas, como cuando era pequeña y me entraba miedo.

Tenía que rumiar mi dolor. Vomitarlo y digerirlo lentamente para asumir lo que había sucedido.

Ni siquiera me preguntaba por qué. Ulises era demasiado bueno en su trabajo como para dudarlo. Quien tratara de eliminar a Ástor no encontraba el modo de atacarlo con su ojo de halcón siempre avizor, y quiso eliminarlo.

Dicen que fue una maldita bomba. Salió en las noticias bajo el titular: «¿Ajuste de cuentas?». Y lo que más me enerva es que fue colocada con tiempo. Bien escondida y accionada en el momento oportuno. ¿Por qué no revisó su coche? Desde el susto en la fiesta de inauguración extraoficial del torneo en casa de Guzmán, siempre lo hacía… Las cámaras de la calle no habían captado actividad sospechosa alrededor del vehículo. ¿Por qué no accionarla en un momento en el que estuviera con Ástor?

Ya daba igual. Ulises se había ido. Aunque es cierto que me dejó mucho antes de morir. Hasta eso hizo bien, el cabrón. Tuvo la decencia de permitir que me acostumbrara a vivir sin verle todos los días antes de abandonar este mundo… Acostumbrarme a quererle como una idea en mi cabeza los días que no le veía. Como si fuera una parte de mí que me ayudó a ser quien soy.

Llegó el turno de pensar en Ástor. Él era quién más horas al día pasaba con Ulises desde hacía meses. ¿Cómo estaría? ¿Tenía quien se preocupara por él? Claro… Tenía a Olga, a Héctor y a Charly…

No quería pensar en Charly ni en cómo se sentiría. No podía sumar su dolor al mío. Sería demasiado.

Al quinto día, oí el timbre y me sorprendió percibir que Yas abría la puerta en lugar de despachar a las visitas desde el telefonillo, como hacía siempre. Quizá fuera un mensajero con un paquete.

Cuando la puerta de mi habitación se abrió esperé explicaciones o las típicas preguntas «¿Necesitas algo?», «¿Te apetece comer?» o «¿Vemos la tele un rato?». Ya tenía preparado mi «no, gracias» de rigor, pero nadie habló. La puerta simplemente volvió a cerrarse, y me di cuenta de que había alguien dentro de la habitación, porque oía su respiración.

La estancia se quedó a oscuras otra vez, y no me moví. Estaba de espaldas a la puerta. Aun así, abrí los ojos con la esperanza de adivinar quién podía ser. Seguramente mi madre o la propia Yas. No podía ser nadie más…

Oí cómo se quitaba la chaqueta y luego continuaba con más prendas. ¿Un jersey, quizá? Y un presentimiento extraño se apoderó de mí. O más bien un deseo. No encendí la luz ni dije nada porque no quería descubrir que me estaba equivocando. Por un instante, hasta pensé que era el propio Ulises, que venía a decirme que todo había sido otra maldita broma…

Quienquiera que fuese atinó a deshacerse de su calzado, y sentí que se aproximaba a la cama con cautela. Separó la ropa de cama de mi cuerpo, y el colchón se hundió bajo su peso cuando se pegó a mi espalda y me abrazó. En ese momento empecé a llorar. No sé si de alivio, de pena o de felicidad… Pero reconocerle me desmoronó por completo.

Ástor.

Ástor llegó para fundirse conmigo. Para hacer suya mi pena. Y me aprisionó contra él de una forma que nunca olvidaré.

No tuvo que decir nada, su gesto lo dijo todo.

Lloré con una amargura insólita durante lo que me pareció una eternidad, y por los espasmos de su cuerpo diría que él también lo hizo.

Sus manos intentaron reconfortar mi llanto, pero solo había una cosa que pudiera hacerlo. Me volví hacia él, con la cara irritada por la humedad de las lágrimas y henchida por el esfuerzo de aplacar tantos sentimientos, y palpé su boca justo antes de estrellarme contra ella.

Ástor continuó el beso despacio, rodeándome con sus brazos.

Ni siquiera buscó desnudarme ni lamer nada que no fueran mis labios, llenos de dolor e impotencia. Cuando me ganó la posición y sentí la presión de sus caderas sobre la mías, me catapulté hacia un

estado donde la pena fue eclipsada por la pasión.

Mi pantalón de pijama se deslizó por mis piernas y el suyo bajó lo suficiente para encajarnos con urgencia. Fueron tres minutos de empellones, jadeos y gemidos ahogados en nuestras bocas. El placer y la oscuridad lo ocuparon todo por un momento, y me sirvió de liberación. El orgasmo fue uno de los más brutales que he sentido. Concentrado, inacabable, de los que te dejan los ojos en blanco y deseas vivir suspendida en él para siempre. La sincronización fue tan perfecta que nos quedamos muy quietos y sin querer entender que allí había algo más que piel y pena.

No fue hasta después de un buen rato que reuní fuerza para hablar.

—Gracias por haber venido, Ástor…

—No sabía adónde ir… Estaba a punto de recurrir a Nat porque no podía más, pero pensé que a Ulises le habría cabreado mucho. Se había propuesto alejarme de ella y buscar otra salida para mi dolor. Y lo estaba consiguiendo…

—¿Cómo?

—Con ejercicio. Resulta que el tío llevaba dentro un entrenador sádico…

—Se estaba poniendo muy cachas últimamente.

Moví las piernas y noté que las tenía entrelazadas con las de él. Me gustó sentirlas, las mías desnudas y las de él cubiertas por una suave tela. ¿Sería un chándal fino? Ástor con chándal… Espeluznante.

Me pegué a él hasta apoyar la mejilla en su torso desnudo. Lo noté más duro que nunca, pero necesitaba escuchar el latido de su corazón.

—No me puedo creer que ya no esté… —murmuré llorosa.

—Yo tampoco. Llevo unos días frenéticos, sin saber ni lo que hago, preocupándome por Charly, por los padres de Ulises, hablando con la policía, pensando en ti… Hoy ha sido el primer día que he podido preguntarme cómo estaba yo… Y he acabado aquí.

Volvemos a abrazarnos con fuerza y mis ojos se encharcan.

—Dios…, ¡eres todavía menos acolchable que antes…! —me quejé.

Eso nos hizo sonreír momentáneamente. Después me besó la coronilla y me apretujó más contra él, solo por fastidiar.

Nos quedamos callados y quietos, sintiéndonos reconfortados de

tenernos. De poder compartir el dolor con alguien que te entiende y lo vive de igual modo que tú.

Instintivamente cogí su mano y la frote contra mis labios. Después la bese varias veces. Había añorado tanto sus dedos… Su olor. El tacto de su piel… Ástor debió de pensar que estaba colocada. Pero cuando nos vimos en la gala benéfica hace más de un mes ni siquiera nos tocamos… y echar de menos ese detalle fue lo peor de todo. Tarde varios días en descubrir qué me pasaba. Sentía una vibración extraña en mi cuerpo. Y era mi libido pidiendo auxilio desde una celda en mi interior; no se calló hasta que me masturbé pensando en él.

—Deja de hacer eso, si no quieres que vuelva a la carga… —se quejó—. Hacía mucho que no tenía sexo, Keira… Desde el cumpleaños de…

Su nombre resonó en nuestras mentes, clavándose como metralla.

«Un segundo, ¿cómo que no ha tenido sexo…?».

—¿Y Olga? —dije sin pensar al recordarla de golpe—. Dios… ¡¿Acabamos de ponerle los cuernos?!

—No. Olga y yo no estamos juntos.

—Pero en la gala benéfica…

—Lo dedujiste tú sola, Kei… Y no te corregí porque no me fiaba de mí mismo. Por eso le pedí que me acompañara. Quería darte espacio… Quedé con Olga en Navidad, pero estuvimos todo el tiempo hablando de ti… Ella misma me dijo que era muy pronto para retomar nada entre nosotros, y aun así le rogué que viniera a la gala benéfica como apoyo moral.

Esa información fue como un golpe de fusta, doloroso y placentero al mismo tiempo. Pero Ástor tenía razón: lo que él y yo vivimos no fue cualquier cosa. Fue una conexión íntima tan especial y ardiente que acabábamos de necesitar echar mano de ella en el peor momento de nuestras vidas. Sin preguntas. No cabía ninguna. Solo Ulises y nuestro vínculo emocional con él. Porque eso era lo único que seguía vivo. Y estando juntos lo notábamos más fuerte.

Volví a acomodarme en su pecho, y sentir un lugar conocido y seguro me tranquilizó mucho. No hablamos de nada más. Ni de nosotros ni del mundo… Solo dormitamos durante mucho tiempo.

—¿Qué hora será? —pregunté al despertarme de repente.

Ástor lo comprobó en su reloj de muñeca.

—Las once de la noche.

—Tengo hambre —revelé.

—Normal… Yas me ha dicho que llevas días sin comer.

—No me entraba nada…

—Ya… Y tampoco te has lavado los dientes ni te has duchado, por lo que veo. No sé cómo he sido capaz de tener una erección…

—¡Imbécil…! —clamé, arrancándole media risita.

—¿Quieres pedir una pizza? —me tentó.

Y solo de imaginarla mi boca empezó a salivar.

—Vale, pero nos la comemos aquí. No quiero salir de mi cuarto…

—¿Por qué?

Me pensé la respuesta. No era que me hubiera vuelto loca, era que…

—No quiero ver cómo la vida continúa sin Ulises… No estoy lista. ¿Tiene sentido?

Ástor me acarició la espalda, comprensivo, e insistió:

—¿Y una ducha rápida? El cuarto de baño es un espacio atemporal…

Las comisuras de mi boca se curvaron un poco.

—Hecho. Pide esa pizza. Y mientras llega, me ducho.

—Gracias a Dios… —murmuró, más para sí mismo.

Le pellizqué con fuerza y él se quejó, sonriente.

Creo que mientras estuve en la ducha Ástor salió a hablar con Yasmín, más que nada porque cuando volví a la habitación tenía la camiseta puesta de nuevo. Yo me había llevado ropa limpia al cuarto de baño. Nada especial. Un pijama negro de la serie *Friends* y una camiseta a juego. No podía pensar en otro color. Tenía la impresión de que el negro regresaría a mi vida de forma permanente.

Encontré a Ástor sentado en mi cama, con la espalda apoyada en la pared, revisando su teléfono.

—Deberías encenderlo. —Señaló el mío.

—No tengo ganas…

—Ya, pero debes hacerlo, Keira. No contestes ningún mensaje si no quieres, pero tienes que estar operativa. Puedo ayudarte a revisarlo…

Y lo hicimos. Entre unas cosas y otras, llegó la pizza y pude disfrutarla, aun sintiendo una culpabilidad extraña al hacerlo.

—¿Cómo está Charly? —me atreví a preguntar.

—Fatal… No vino al entierro… Lo tuvieron en observación por la onda expansiva y porque tenía rasguños de cristales por todas partes. Está vivo porque fueron en coches diferentes…, y creo que eso lo tiene traumatizado. No dice una palabra, pero lo vio todo… Vio arder el coche, y, conociéndolo, se debe de estar poniendo hasta las cejas de todo… Su madre está muy preocupada. Tampoco sale de la cama para nada… Ni come. He ido a verle, pero no sé ni qué decirle… Yo…

Ástor fue incapaz de seguir hablando. Dejó el trozo de pizza que tenía en la mano y bajó la cabeza, intentando controlar un derrumbe inminente tapándose la boca.

Verlo al borde del abismo me conmovió mucho y le acaricié la nuca. Después le atraje hacia mí para abrazarle.

—Deberías odiarme, Keira… —murmuró—. Yo lo hago. Ulises ha muerto por mi culpa… —soltó sin más.

Típico de Ástor. Culparse de todo. Sabía a lo que se refería, pero…

—No lo veas así… Yo no lo hago.

—¿Cómo puede ser que no lo hagas? —preguntó desesperado.

—Puede que no lo sepas, pero desde el momento en que te haces policía estás al servicio de los demás. Es tu deber protegerlos. Tu trabajo… Eso es algo que Ulises tenía muy arraigado. Salvó muchas vidas a lo largo de su carrera, era lo que más le gustaba hacer. Sacrificarse para que otros sobrevivan…

Los ojos de Ástor estaban completamente encharcados.

—Además, era un poco despistado, ya lo sabes. Se le olvidaba revisar los coches. Si lo hubiera hecho…

—Iba sin mí y no pensaría que… Charly me dijo que habían discutido…

—¿Por qué? —pregunté intrigada.

—Porque salió el tema de vivir juntos. Fueron a jugar al squash antes y se lo apostaron… o algo así. Creo que Ulises no estaba preparado para dar ese paso y…, no sé…, es posible que tuviera la cabeza en otra parte.

—Lo que está claro es que hay alguien en la sombra que quiere hacerte daño, Ástor… Corres peligro. Deberías comprar un coche blindado y contratar otro escolta. Uno bueno.

—Ya lo sé… Y ya no solo por mí. También por mi hermano, por

Charly y por cualquiera que esté a mi lado… No puedo cargar con más muertes a mi espalda, Keira.

—Mi jefe me dijo que iban a investigarlo a fondo.

—¿Tú no vas a ayudarles?

—No puedo… —dije con un hilo de voz—. Además, Gómez no me dejaría…

—Come un poco más, Kei —me recomendó.

Al terminar volví a meterme en la cama y Ástor se sentó en ella por fuera. Supongo que no quería dar nada por hecho otra vez. La escena anterior podía considerarse un arrebato del momento.

—Gracias… —dije cogiendo su mano—. Significa mucho para mí que hayas conseguido burlar a mi perro guardián de tres cabezas…

—No ha sido fácil. —Sonrió pensando en Yasmín—. Pero creo que al verme ha entendido que lo necesitaba…

—Lo necesitábamos los dos…

Nos miramos, y vemos a Ulises en el otro. Es como si nuestra mutua presencia nos hiciera sentir que no lo hemos perdido del todo.

—Déjame cuidar de ti hasta que estés mejor —me pide solemne—. Ulises lo habría querido…

—Entonces ¿lo haces por él, no por mí…?

—Lo hago sobre todo por mí… —admitió sincero—. Ahora mismo cuidar de ti es lo único que me mantiene cuerdo, Keira…

—Está bien.

Nos abrazamos sin querer soltarnos, y cuando retrocedimos nuestras bocas se buscaron sin poder evitarlo. Fue uno de los besos más bonitos que Ástor me ha dado. Tierno, sincero, lento, con mucho amor y poca lujuria. Sobre todo había agradecimiento por permitirle besarme sin pedir nada a cambio.

—Descansa… —susurró en mis labios, y se levantó despacio.

Me quedé pensativa mirando cómo cogía su chaqueta.

—Gracias… —repetí, y sonó como un «te quiero».

Él pareció darse cuenta y hubo un *impasse*, pero simplemente respondió con cariño:

—Volveré, Kei.

Y lo hizo.

Siempre que llegaba me encontraba sumida en la pena y hacía lo necesario para que viera las cosas menos negras. Solía traerme algún

regalo o detalle que llamara mi atención. Flores, dulces, crucigramas… Un día me trajo hasta una planta.

Se mostraba respetuoso y cariñoso conmigo, como si no quisiera imponerme nada. Como si esperara que yo decidiera lo que necesitaba de él.

Y eso hacía.

Siempre terminaba abrazada a su cuello, intentando recomponer el estropicio que suponía tener que seguir viviendo sin mi mejor amigo, y dejando que mis labios rozaran la piel de su cuello.

Así sucedió la segunda vez que nos acostamos. Ástor se estremeció al sentir mi boca rondando su cuello y hundió la mano en mi pelo, para sujetar mi cabeza y quizá frenarme, pero no lo hizo. Lo oí retener el aire por un momento y soltarlo con lentitud cuando empecé a subir lentamente por su mandíbula, dejando pequeños besos en los aledaños de su barbilla.

Su respiración era pesada cuando besé la áspera piel de su mentón. Se afeitaría por última vez para ir al entierro y ahora estaba en la clásica fase de pinchar que da gusto, pero lo preferí. Me pareció tan sensual notar esa dejadez, esa confianza, que le agarré del pelo para encajar nuestras bocas.

Nos perdimos de nuevo entre las sábanas y volvimos a hacer el amor. Porque aquello no era sexo lascivo y pervertido. Era amor del bueno. Del poderoso e intenso. Y sin condón…

Ástor ni siquiera me había preguntado si seguía tomando la píldora después de tanto tiempo separados, pero intuyó que, si no decía nada, una de dos: o estaba protegida o quería tener un hijo. Y sentir que las dos cosas parecieran venirle bien me hacía desear entregarme mucho más a él.

No sabía que el sexo fuera tan reconfortante frente a la muerte. Me hacía olvidar mi malestar por un momento. Esa es la verdad.

—Kei… —gimió mi nombre cuando llegó al orgasmo, y sentí que para él aquello no era un simple encargo desde el más allá, sino que nunca había dejado de amarme.

No faltó ningún día a la cita. A veces venía por la mañana y estaba conmigo hasta última hora de la noche, pero nunca se quedaba a dormir, aunque se lo rogara. Decía que no podía… Que tenía cosas que hacer. Sin embargo, la sensación que me daba es que no quería.

¿El motivo? Preferí no analizarlo. Todavía me dolía volver al mundo real en el que todo era muy complicado y confuso. Y la razón tenía pinta de serlo. Complicada. Una de esas realistas que odias porque sabes que se acabará imponiendo a cualquier deseo.

Yo estaba de baja, o eso había dictaminado Gómez. «Incapacidad temporal», creo que lo llamó.

«Las muertes inesperadas de personas tan jóvenes no se gestionan en tres días…». No me lo dijo a mí, se lo dijo a mi madre en el coche cuando volvíamos del funeral. En ese momento recuerdo pensar que no lo superaría nunca. Después me acordé de que Ulises perdió a Sara y salió adelante. Pero él era más duro que yo. De un tiempo a esta parte, mi muro insensible se había fracturado con sentimientos. Ástor me había obligado a sentir de una forma completamente nueva. Una placentera y dolorosa a la vez. Como la vida misma, más bella porque es efímera y finita.

Fueron diez días disfrutando de un oasis en el que nada más existía, solo Ástor, yo y los buenos recuerdos de Ulises. Un día me obligó a trasladarme al salón. Al sofá, sin encender la tele. Y aunque me costó, le hice caso. Sin prisa, fue sacándome del zulo y empezamos a compartir tiempo con Yasmín. Sus cambios de vestuario, su cara de frío al llegar y un montón de detalles más me causaban dolor, dándome a entender que el tiempo no se había detenido en un mundo en el que Ulises ya no estaba. Pero poco a poco fui acostumbrándome a ese navajazo, compensado con creces por el placer de tener de nuevo la boca de Ástor entre mis piernas…

¿Qué pasaría cuando tuviera que volver a la vida real? ¿Íbamos a seguir viéndonos? ¿Acostándonos? No lo habíamos hablado, al menos de viva voz. Sí nos habíamos mirado mucho preguntándonoslo mutuamente, pero el gesto siempre decía lo mismo: «No importa». «Ahora no voy a pensar en eso». «Ya veremos…».

Y lo fuimos dejando pasar, hasta que hoy Ástor no ha venido.

He estado esperándolo toda la mañana y no he querido mandarle un mensaje para preguntarle: «¿Dónde estás?». Como si visitarme fuera un trabajo remunerado o una obligación.

He esperado, comiéndome las uñas, a que viniera por la tarde. Me parece extrañísimo que no me haya dicho nada en todo el día. Siempre me da los buenos días, y me pregunta: «¿Te llevo algo cuando

vaya?». Sin indicarme la hora exacta a la que aparecerá, lo que todavía lo hace más excitante. Pero hoy no me ha dicho nada de nada…

A las siete de la tarde, me trago el orgullo y le mando un «¿qué tal tu día?» superinocente. ¿A que sí?

Ástor siempre contesta enseguida cuando le escribo. Así que una hora después, al no tener noticias suyas, lo llamo desesperada. Un tono tras otro se burlan de mí, y me muerdo el labio con impaciencia, pero no me coge. Me quiero morir.

En ese momento, suena el timbre y salto de la cama pensando que es él y que no ha descolgado el teléfono porque ya estaba en mi portal.

Yasmín no está, tenía clase de baile moderno, y de pronto veo que es mi madre y le abro, algo chafada. ¡Encima de que me trae táperes con comida…! Soy una desagradecida.

Y de repente me llaman al móvil. ¡Es Ástor! El corazón me late a mil por hora cuando descuelgo.

—¿Hola?

—¿Keira? —contesta una voz. Una voz que no es la suya. Es Héctor.

—¿Héctor?

No me da tiempo a decir nada y él vuelve a hablar:

—Hola, tengo el teléfono de Ástor. Está en el hospital…

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado?

Mi mundo pasa a ser en blanco y negro y todo va a cámara lenta.

—Ha tenido un accidente… —escucho en estéreo.

«¡¿CÓMO…?!».

El timbre de la puerta suena otra vez, y abro a mi madre, desconcertada. En vez de saludarla, la miro fijamente con un puño apretando mi garganta y digo al teléfono:

—¿Cuándo ha sido, Héctor? ¡¿Dónde?!

—Esta mañana. Con un caballo salvaje al que intentaba domar. Lo ha tirado contra una valla… Ástor ha perdido el conocimiento. Le están haciendo pruebas…

La imagen me horroriza, pero me había imaginado un aparatoso accidente de tráfico y me alivia saber que no es de ese tipo.

—Pero ¿está bien? —pregunto mucho más esperanzada cerrando

la puerta cuando mi madre pasa y se queda quieta, aunque vaya cargada.

—Está en cuidados intensivos… De momento, no reacciona, Keira… Dicen que tiene un traumatismo craneoencefálico grave…

«¡¡¡¿QUÉ?!!!».

Los segundos pasan y siento que me ahogo. «Ástor no…».

No puedo perderle también a él…

—¡Héctor, ¿dónde está?! ¡¿En qué hospital?!

Mi madre me mira con los ojos como platos.

—En el del Carmen.

—¡Voy para allá ahora mismo!

Y cuelgo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta asustada.

Sin decir nada la abrazo llorosa y deja las bolsas en el suelo para consolarme.

—¡Ástor está en la UCI!

—¿Qué dices, hija?

—¡Tengo que irme ahora mismo…!

—¡Voy contigo!

—¡¡¡Dicen que no reacciona, mamá…!!!

—Tranquila. Seguro que se pone bien…

—¡¿Y si no?! ¡¡¡Si le pasa algo, me muero!!! ¡Me moriré!! ¡En serio! —grito histérica, y mi madre me abraza preocupada.

Me martirizo pensando en mil posibilidades y siento que me hundo en un pozo negro de mala suerte.

«¡No, por favor…! Dios, no me hagas esto… No te atrevas a quitármelo a él también».

ástor

37

Volver a nacer

«Ni se te ocurra dejarme».

Con ese pensamiento abro los ojos.

¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? No recuerdo nada.

Reconozco al momento que estoy en el hospital. ¡Joder…!

Una máquina pita a mi lado y muy pronto aparecen un par de enfermeras.

—¡Bienvenido, valiente! —exclama una de ellas, contenta—. ¿Sabe quién es y qué le ha pasado?

—No… No sé qué me ha pasado. Soy… Soy Ástor de Lerma…

—Se cayó de un caballo. Si no llega a llevar casco, ya no estaría aquí. ¡Ha tenido mucha suerte…! Ahora, relájese, por favor —dice cuando ve que intento moverme—. Enseguida vendrá el médico, y luego podrá ver a su familia. Van a venir a asearle, lleva aquí tres

días…

—¿Tres días?

«¡Me cago en la leche!».

—Entonces ¿no se acuerda del accidente?

—No… —Palpo el vendaje de mi cabeza.

—No se preocupe, señor De Lerma. Se recuperará.

Joder… No recuerdo nada de ningún caballo, pero ojalá se me hubiera borrado la memoria desde mucho más atrás…

Recordar que Ulises ya no está me hace revivir el dolor de nuevo.

Cuando me enteré, no pude ni llorar. Entré en *shock*. Me dolió tanto por Keira… que no podía respirar al imaginar cómo estaría.

Un sinfín de preguntas se apelmazaron en mi mente: «¿Por qué pusieron la bomba en su coche? ¿Por qué la detonaron si yo no estaba con él?». No tenía lógica. Solo sabía que no volvería a verle. Y recordé lo último que le dije aquella misma mañana.

—Es sábado, ¿tienes algún plan? —me preguntó Ulises, precavido.

—No… Quedarme en casa y ver el fútbol.

—Eres el mejor jefe del mundo, As, ¿lo sabías? —Sonrió feliz.

Y le devolví la sonrisa porque, a esas alturas, éramos mucho más que jefe y empleado, pero le encantaba hacerme rabiar con el apelativo.

Ulises me había ayudado tanto que no podía abarcarlo.

Estuvo conmigo en mi peor momento con Keira. Me ayudó a prescindir de Nat. Me señaló mi cansino proteccionismo con Héctor y encajó entre Charly y yo como una pieza de ingeniería perfecta.

Me hacía gracia notar que Charly estaba celoso de nosotros porque Ulises se cuidaba mucho de demostrar debilidad por mí, pero la propia reacción de Charly era suficiente para sentirme querido por él. Y hacía mucho tiempo que no me permitía sentir eso. No de esa forma.

Ulises se comportaba como si él me estuviera haciendo un favor y no yo a él, y eso me permitía dejar de ser el perfecto Ástor de Lerma y convertirme en una persona con derecho a cometer errores y a esforzarme por ser mejor. Era brutal…

Pero la vorágine de su muerte se me llevó por delante.

Durante varios días no pude pensar ni en él ni en mí, había mucho que hacer, pero cuando todo terminó y volvió la calma casi me muero.

Ese fue el peor instante. El más negro. Tanto que terminé en casa de Keira…

La había visto en el entierro, pero ella estaba en otro mundo. En el de los barbitúricos…, igual que Charly. Con la diferencia de que Keira no podía faltar al ceremonial, estaba obligada a dar la cara. No fue un entierro oficial por parte del cuerpo de policía, porque el atentado no ocurrió mientras Ulises estaba de servicio, aunque se le pareció mucho.

Había llamado a Keira varias veces, sin ninguna esperanza de que me cogiera el teléfono. Lo más probable es que ya lo hubiera tirado por la taza del váter. Pero al día siguiente fui a su casa, hablé con su madre, que también estaba muy afectada, y me dio la dirección de Yasmín.

Cuando llamé al timbre, oí un «ahora bajo» que me dejó confuso.

Creía que era Keira. Sin embargo, minutos después apareció su compañera de piso.

—Lo siento… —dijo Yasmín con aflicción—. Está dormida, y he recibido órdenes estrictas de no dejar entrar en casa a nadie. Ni siquiera a su madre. A mí me deja porque la casa en mía…, claro. Pero me ha dicho que no le hable hasta que lo haga ella. —Se encogió de hombros.

—Ya. Tenía que intentarlo…

—Siento mucho todo esto… —dijo apenada—. ¿Cómo te encuentras tú?

Me sorprendió que fuera tan amable después de lo borde que había sido conmigo en el torneo de la gala benéfica de Reyes.

—¿Yo? —repetí sorprendido.

Y me di cuenta de que no sentía nada. Todavía no había llegado mi gran crisis. El ataque. Estaba intentando que todo lo demás no se desmoronase a mi alrededor sin vigilar qué sucedía conmigo. Tuve que llevar a Charly a casa de su madre, estuve en comisaría varias veces, acompañé a los padres de Ulises para hacerme cargo de todos los gastos del entierro… Y no había tenido tiempo para fijarme en mí mismo.

—No lo asimilo… Es demasiado. Y estoy… bien.

—Es normal, Ástor. Cuando pasa algo así, alguien tiene que ser el fuerte. Coger las riendas. Intenta aguantar… La próxima vez que

vengas, te abriré para que subas, ¿vale?

—De acuerdo… Gracias…

Y cuando volví, fue tan reparador estrechar a Keira entre mis brazos que ojalá lo hubiésemos hecho antes. Desde el principio. Nos habría ahorrado a los dos muchas horas de sufrimiento.

Pero la espera mereció la pena.

Yo necesitaba a alguien a quien cuidar para estar bien. Para no pensar en mí. Era mi especialidad. Con todo, me sorprendió que Keira también cuidase de mí permitiéndome acceder hasta un punto que, creía, ya no volveríamos a compartir. No me lo esperaba. Y me devolvió una ilusión que se había esfumado de mi cuerpo hacía meses.

Me muevo, y siento que me duele todo, no solo la cabeza.

Pasa mucho rato hasta que, por fin, mi madre y mi hermano entran en la habitación. Acontece la clásica escena dando gracias a Dios que no hace falta relatar, y cuando salen me dicen que va a entrar Keira.

Me pongo nervioso. «¿Está aquí?».

Llega con cara de póquer y no tarda en hacer gala de su honradez: —Me has dado un susto de muerte, ¿sabes? —dice enfadada.

Está verdaderamente preciosa. No lleva maquillaje, ni joyas ni un vestido espectacular, pero me deja igualmente sin aliento.

—Lo siento mucho…

—Te he odiado un montón estos días. Entraba a amenazarte y todo.

—Recuerdo algo de eso…

—¿En serio? —dice cortada—. ¿Me oías?

—Sí —miento descaradamente.

Y me encanta ver como se pone roja. ¿Qué leches me habrá dicho cuando estaba inconsciente? Me muero por saberlo. Y si cree que lo sé, quizá me lo chive.

—Eres una quejica. «Ni se te ocurra morirte…» —la imito tentando a la suerte, porque es la frase en la que estaba pensando cuando me he despertado.

—¿De verdad oíste todo lo que te dije? —pregunta alucinada.

—Todo.

Sus ojos se llenan de una nueva fragilidad que necesito hacer mía. Quiero protegerla y amarla con la fuerza de los mares.

«Mierda… Vale. Rebobina, Ástor. Tú y ella no sois nada».

—Tranquila, las palabras en el lecho de muerte no cuentan, lo importante es que he vuelto. ¿No te alegras de verme, Kei?

—¡Pues no sé qué decirte…! —exclama ruborizada.

Alzo la mano para que me la coja y lo hace rápido. Como si lo estuviera deseando.

—Gracias por venir a verme… Te habrá costado salir de tu cueva.

—No, no me costó… Fue pensar que te perdía y…

—Gracias…

—No, gracias a ti, Ástor…, por cuidar de mí…

—Joder, esto es como lo de «cuelga tú», «no, tú», «¡túúú!», pero con el «gracias»…

Y su sonrisa me devuelve la fuerza por momentos.

—¿De verdad tenías que domar tú a ese caballo? —me amonesta.

—Me gusta hacerlo. Son unos incomprendidos…

—Podías haber muerto, Ástor…

—Todos podemos morir en cualquier momento… —digo filosófico acariciando sus dedos—. ¿Por qué la gente no piensa más en eso? ¿Por qué hay tanta maldad?

—No lo sé… —contesta sombría—. Pero hay que intentar contrarrestarla como sea…

—Podrías hacerlo con un beso —sugiero—. Soy un pobre convaleciente.

Su sonrisa es lo último que veo antes de que cubra mis labios con los suyos. Mi otra mano se cuela bajo su pelo para sostenerle la cabeza y que no se aparte de mí.

Es un beso codicioso. Codicia vida.

—Gracias… —susurro otra vez pegado a sus labios. Y espero que haya entendido que es mi forma de decirle «Te quiero», porque la entonación ha sido la misma.

—Yo también… —musita, haciéndome el hombre más feliz del mundo.

Me acaricia la cara y vuelve a besarme ensimismada. Disfruto de la sensación y de su significado como nunca. Y hasta tengo la duda de si me ha oído decir una cosa o la otra.

De pronto, oímos un carraspeo y nos separamos. Me quedo asombrado de quien acaba de entrar por la puerta. ¡Charly!

En su cara se evidencia que ha tenido días mejores.

Keira y él se miran intensamente. Se hace un silencio que no puede ser llenado con palabras. Serían demasiado tristes.

Avanzan a la vez y se abrazan con cuidado, procurando que no se rompa el frágil equilibrio al que han conseguido llegar tras quince días desde la muerte de… su ser más querido.

Todavía no se habían visto, y es como revivir esa primera vez en la que lo comentas con alguien que sabes que también le quería.

El abrazo se prolonga hasta que Charly la suelta, esforzándose por no llorar, como ya está haciendo ella. O quizá sea que ya no le quedan lágrimas.

No se dicen absolutamente nada de Ulises. Porque no hay nada que puedan decir que mejore la situación. Solo lo empeorarían.

—Eh… —me dice Charly.

—Eh… —le respondo automáticamente.

—¿Cómo estás?

—Un poco desorientado…

—Eso es de besar a Keira, ya te pasaba antes.

Resoplo una risita y me recompone verla sonreír con los ojos brillantes.

—Te dije que un día te harías daño, pero como pasas de mí… —comenta Charly fingiendo indiferencia.

—Estoy bien…

—Menos mal… Ya estaba afilando el cuchillo con el que iba a cortarme las venas.

—Eso no lo digas ni en broma —lo riño, serio.

—Apenas me mantengo en pie. No sé ni cómo he venido. Pero Héctor me ha dicho que habías despertado y… he querido acercarme.

—Parece que os he sacado a los dos de las sombras. —Sonrío satisfecho—. Ni a propósito me habría salido tan bien.

—¿Lo has hecho a propósito? —pregunta Charly, perplejo—. Lo digo porque esto lleva el sello De Lerma bien visible…

—Sí, justo —ironizo—. Pensé: «Venga, me voy a abrir la cabeza, a ver si estos dos espabilan…».

No llega a formarse una sonrisa en la boca de Charly, pero se queda cerca.

—Por cierto, ahora que estáis los dos aquí… —anuncio, más serio

—. Los padres de Ulises me dijeron que si queríais ir a su piso para coger algo suyo…

Vuelve a crearse un silencio atronador.

—Podríamos ir juntos… —insisto.

—Habrá que esperar —dice Keira—. Tardarán días en darte el alta, Ástor.

—No creas. Ha sido menos de lo que los médicos pensaban. Aunque el golpe me hinchó mucho la cabeza, lo cierto es que aguantó sin que nada se rompiera. Estaban listos para intervenir en caso de hemorragia, pero al final ha remitido. Me han dicho que en unos días podré irme y que las secuelas que tenga serán temporales.

—¿Qué secuelas, Ástor? —pregunta Charly.

—Puedo tener problemas para pensar con claridad, visión borrosa o doble y estar sensible a la luz o al ruido, pero no habrá daño permanente ni complicaciones. La mayoría de esas secuelas remiten en horas, por lo visto. Lo mío serán semanas…, aunque para algunos pueden ser incluso meses. También depende de la edad…

—Bueno, tú primero recupérate… Luego, ya veremos —dicta Keira.

—¿Se sabe algo…? —le pregunta Charly, cohibido—. Lo que sea…

Y todos tenemos claro que se refiere a Ulises y a la bomba de su coche.

—Sé menos que tú —confiesa ella—. No he querido enterarme…

—¿Te da igual?

—No. Pero saberlo no va a hacer que me sienta mejor.

—Yo no quiero que queden impunes… —dice Charly, dolido.

—Estoy segura de que están haciendo todo lo posible —contesta Keira—. Paso de meterme. Está visto que no es buena idea investigar algo con lo que estás estrechamente relacionado. Las emociones pueden cambiar la percepción de las cosas, y prefiero no meterme ni envenenarme más.

—Lo entiendo… —la apoya Charly—. Sería muy duro para ti…

Yo tampoco creo que Keira deba involucrarse en la investigación. Solo le causaría más dolor.

—Gracias por venir —le digo a mi mejor amigo cuando veo que desea irse.

—No se dan. Gracias a ti por seguir vivo, As. No quiero ni pensar

lo que habría podido pasar. Bueno…, me voy…

—¿Vendrás mañana? —pregunto lastimero. Me fastidiaría que volviera a encerrarse en su cueva, y si puedo aprovechar mi convalecencia para algo…

—¿Quieres que venga?

—Sí. —Junto las manos—. Por favor…

—Vale… No tengo otra cosa mejor que hacer… Ya no sirvo para nada.

No nos pasan desapercibidas sus frases fatalistas. Poco a poco…

—Gracias, Charly. Te espero…

Se acerca a mí y me da un sentido achuchón que dura un poco más de lo habitual.

—Hasta luego, chicos… Me alegro por vosotros. Y él también se alegraría…

Abandona la habitación con prisa porque las murallas de sus ojos han cedido a lo inevitable al mencionar a Ulises. Verlo hace que cedan las mías, y mis ojos se encharcan sin poder evitarlo tampoco.

Keira se acerca a mí, visiblemente emocionada, y me abraza.

Nos quedamos así, sin decir nada, durante unos minutos. Sin admitir ni desmentir ese «me alegro por vosotros» por el simple hecho de pillarnos besándonos. Pero no es tan fácil. Sabemos que las cosas ahora mismo están simplificadas al máximo, no hay nada oficial.

Obligan a Keira a marcharse porque van a hacerme más pruebas. Le digo «Hasta luego», sin querer creer que sea un «hasta mañana», pero el horario de visitas es corto mientras que no me trasladen a una habitación normal, y al final no vuelvo a verla en todo el día.

Es mi madre, sin embargo, la que aparece horas después y se cuela en mi habitación. La abrazo con fuerza, feliz de verla de extranjis.

—¿Qué haces aquí? —pregunto ilusionado.

—Tenía que verte… —afirma solemne—. No iba a dormir en toda la noche si no te decía esto. Cariño…: la vida es muy corta… Y tú ya has sufrido mucho. Te mereces ser feliz, y Keira te quiere… Estos días he visto cuánto te quiere y lo que la quieres tú a ella y… Es lo que siempre he deseado para ti. Así que… te libro de tu promesa, Ástor… Olvídate de herederos y de historias, y vive tu vida como desees.

No doy crédito a lo que oigo.

—Pero ¡mamá…! ¿Y el ducado?

—Ástor…, ¡podías haber muerto! ¿Qué habría pasado con el ducado, entonces? ¡¿No lo ves?! ¡No puedes seguir sacrificando tu vida por esa idea! No voy a permitirlo. Siempre he querido que te cases por amor. Pero tú ya has dado tu corazón… Ya no te pertenece. Ahora es de ella.

No puedo rebatírselo.

Mi corazón es y siempre será de Keira.

keira

38
La última jugada

«Me alegro por vosotros».

No dejo de pensar en esa puñetera frase…

Es evidente que Ástor y yo tenemos que hablar de ese «nosotros», pero estoy tan aliviada de que haya despertado que no quiero que nada empañe esta felicidad.

Los pronósticos eran terroríficos. Básicamente, nos dijeron que en cualquier momento podía desatarse el caos en su cráneo si reventaba cualquier venita y la presión bajaba drásticamente, causándole daños cerebrales permanentes e incluso la muerte.

Así que, después de cuatro días en Guantánamo, ahora mismo estoy en Disneylandia.

No me molestan los bocinazos, ni la gente buscando aparcamiento, ni esos dos adolescentes riéndose de un vídeo chorra de

internet ni el tipo ese que no recoge las deposiciones de su perro. Puedo soportarlo todo porque Ástor sigue vivo. Lo que no me ha gustado tanto es la propuesta de ir a casa de Ulises un día de estos a revisar sus cosas. Uf…

Por un lado quiero ir, pero por otro va a ser demasiado doloroso olerlo y no tenerlo. Demasiado real, cuando mi cerebro intenta desesperadamente que se me olvide por momentos que ya no está.

Desde luego, mientras me preocupaba por un Ástor debatiéndose entre la vida y la muerte se me ha olvidado muchas veces.

Aparecer con mi madre en el hospital no fue la mejor idea que he tenido, pero ni siquiera lo pensé. Cuando llegamos, la madre de Ástor estaba aquí, y mi vida se convirtió en una película de los Hermanos Marx.

—Keira… —me llamó Linda en cuanto me vio aparecer. Se levantó exhibiendo su divino modelito y me agarró de las dos manos.

—Hola… ¿Cómo está Ástor?

—Sin cambios. Los médicos han dicho que solo cabe esperar. Me alegro mucho de que hayas venido…

Sus ojos fueron hacia la figura que estaba a mi lado y se presentó sola. Me pregunto qué pensaría su hijo de tal atrevimiento. Es justo lo mismo que mi madre hizo con él cuando lo conoció.

—Hola. Soy Linda, la madre de Ástor.

—Yo soy Silvia, la madre de Keira.

—Encantada…

—Igualmente. No esperaba conocerla en estas circunstancias. Lo siento mucho, Linda…

—Pues a mí no me sorprende —bufó su madre—. Mi vida es como una tragedia griega… ¡Un día de estos me van a matar a disgustos! Pero Ástor es fuerte y tiene muchos motivos para vivir. Y tú eres uno de ellos, querida —me dijo soñadora.

«Tierra trágame ¡y escúpeme en Australia por lo menos…!».

—Va a recuperarse… —dije con positividad y una pizca de miedo. Y no pude evitar mirar a Héctor.

—Siento no haberte llamado antes, Keira… —se disculpó él—. No sabía en qué punto estabais mi hermano y tú.

—Últimamente, se ven todos los días —les informó mi madre como si nada. Mis ojos se agrandaron al máximo—. ¿Qué pasa? Tú

compañera de piso me da el parte diario…, así que sé que Ástor ha ido a verte todos los días. Y que está contigo durante horas.

«¡Disimula, Keira!».

Me quedé tiesa sintiendo todas las miradas sobre mí.

—Ástor me ha estado ayudando con lo de Ulises…

—Ah, sí… —recordó su madre, alicaída—. Pobre chico… Me pareció un muchacho encantador cuando lo conocí en el balneario. ¡Y cenó con nosotros en Nochebuena! Desde que me enteré de lo que le pasó, apenas he dormido, temo por la vida de Ástor… —añadió mirándome fijamente—. Y él se pasa el día yendo y viniendo…, a casa de unos y de otros, a la universidad, a la finca… Tiene a sus nuevos escoltas mareados.

¿«Escoltas», en plural? No me lo había contado, pero me gustó oírlo.

—¿Puedo verle…? —pregunté con ansiedad mirando a Héctor.

—El horario de visitas ha terminado; dicen que necesita descansar. Yo quiero quedarme aquí toda la noche, por si pasa algo… Tengo la sensación de que si me voy…

Su voz se quebró sin llegar a terminar la frase.

—Me quedo contigo —me ofrecí con firmeza—. No pienso moverme de aquí hasta que tu hermano despierte…

Nuestras madres se miraron conmovidas y las ignoré con fuerza.

Después de contarnos pormenorizadamente cómo ocurrió todo, es decir, quién avisó, cómo lo trasladaron, dónde estaban ellos cuando se enteraron…, mi madre tuvo la flamante idea de proponer a Linda ir a la cafetería.

Quise morirme cuando aceptó. Tan solo imaginar esa conversación me dio ganas de vomitar, pero eso hizo que Héctor y yo nos quedásemos solos y pudiéramos hablar con más libertad.

—Siento mucho lo de Ulises… De verdad. No sabes cuánto…

—Gracias… —respondí apocada.

—Le echaré de menos. Ya era uno de los nuestros. Y estaba ayudando muchísimo a Ástor…

—Yo también le echaré de menos… Y no sé si algún día podré superarlo.

—Podrás, Keira. Aunque ahora te parezca imposible. El ser humano es más fuerte de lo que creemos. Te lo digo yo. Duele

muchísimo, pero saldréis adelante… Todos. Y quiero que estés lista por si acaso Ástor…

—Ni siquiera lo pienses —lo frené.

—No se despierta, Keira… Yo estoy muy preocupado.

—Me niego a pensar eso… Ástor va a superarlo. Se despertará.

—Dios te oiga… —musitó Héctor, atormentado—. ¿Habéis vuelto juntos?

—En realidad, no… —me sinceré—. No hemos hablado de nada. Solo estamos… intentando sobrevivir.

—Mira que sois raros, joder… No sé a qué esperáis…

—De momento, tenemos suficiente con superar el día a día…

—Ese es el tema, que nadie sabe si tiene un día más. Mira Ulises…

Esas palabras me estrujaron el corazón.

—Lo siento —se corrigió apesadumbrado—. Si te sirve de algo, se encuentre donde se encuentre, seguro que Ulises se alegra de que mi hermano y tú estéis juntos…

Esa conclusión terminó de hacerme polvo, y mis ojos se inundaron sin piedad. De pena. De culpa. De su recuerdo.

—Preferiría que estuviera vivo y ser infeliz para siempre…

—Y harías bien. La felicidad es muy traicionera… Yo era muy feliz, y ahora Carla se está pudriendo en la cárcel. No está. No la tengo. Me la arrancaron de cuajo… También preferiría que fuera libre y joderme sin ella.

Su pesar se unió al mío y lo sentí por él. Me daba mucha pena.

—Vale, puede que no sea tan dramático como una muerte, pero, de algún modo, la chica que Carla era ha muerto. Ya no es la misma, Keira… Se lo noto. Esto la ha roto por completo. Quizá otras personas lo habrían soportado mejor, pero ella no…

—No la subestimes, Héctor —la defendí—. Acabas de decir que todos somos capaces de soportar más de lo que pensamos.

—Sí, pero todo el mundo tiene un límite. Y el de algunas personas es más bajo. Quizá el tuyo no, ni el mío, ni el de Sofía, ni el de Charly, pero Ástor es más frágil de lo que parece…

El golpe de efecto que pretendía dar no fue el deseado.

—No lo veo así. Ha demostrado ser fuerte encargándose de todo y de todos desde la tragedia de Ulises.

—Esto os ha unido y eso le ha dado fuerza. Pero tienes que

comprender que me eche a temblar cada vez que empezáis con vuestras idas y venidas… Ya van unas cuantas. Si tanto lo quieres, Keira, decídete de una vez y deja de jugar con él, por favor…

Por un momento lo miré furiosa, pero mi rabia se desintegró en un microsegundo. No podía cargar contra Héctor con Ástor pendiendo de un hilo. Lo que contestase lo condicionaría todo entre nosotros para siempre, y me callé a tiempo, una vez más, gracias al ajedrez y a pensar antes de hablar. El propio Héctor cogió el testigo llegando a la misma conclusión.

—Perdóname, Keira… —dijo frotándose la cara—. Estoy muy preocupado por Ástor. Llevo mucho tiempo así, por eso hice lo que hice en su día con las notitas amenazadoras, porque siento que su presencia en mi vida, después de todo lo que me ha ayudado, me impide ser feliz. Y me siento fatal por ello… Es horrible cuando algo que quieres te hace daño…

Fue duro de escuchar, pero le entendí. Le entendí tan bien… ¿Qué haces cuando algo que amas te está haciendo daño? Al fin y al cabo, era su hermano pequeño. Su familia. Su hogar.

—Ástor tiene un problema de gestión de las emociones —empecé—. Y debe aprender a controlarlo. No hay que intentar protegerlo para que no le pase nada, porque siempre le pasaran cosas.

—Ya, pero nadie nos protege del amor, Keira… Yo me enamoré y nunca he sido más infeliz que ahora, te lo juro… Estoy pasando un calvario y pienso todos los días en una frase que mi padre solía repetirme: «Diviértete con todas las mujeres que quieras, pero no ames a ninguna o pagarás por ello».

—Consejos de papá, volumen uno… —dije asqueada.

—Lo que me da miedo es que Ástor te ama con locura…

—¿Por qué te da miedo, Héctor?

—Porque Ástor enamorado es de los que, si quieres una estrella, te vuelca el cielo. Y si le haces sufrir, sufre más que los demás.

—Yo siempre he creído que el amor no debería hacer sufrir…

—Eso es muy bonito, Keira, pero utópico. Sufrir por amor es inevitable. Cuando amas algo, automáticamente te invade el miedo a perderlo. Y te aseguro que no hay nada peor que eso. Yo lo he vivido. He perdido a Carla…

—No la has perdido —le rebatí molesta—. Debes tener fe en que

un día encontremos algo; no es que estemos de brazos cruzados, Héctor… Estas cosas llevan su tiempo. Bueno —me corregí—, ahora mismo estoy de baja, pero no voy a dejar de buscar al culpable.

—¿Me lo prometes? —preguntó con los ojos brillantes.

—Te lo prometo. —Y le acaricié el cuello con pena.

En ese momento me hormiguearon los dedos por volver a la comisaría y ponerme manos a la obra. Héctor lo estaba pasando fatal y llevaba mucho tiempo así.

Esa noche enviamos a nuestras madres a casa, jurando llamarlas si había cualquier cambio, y Héctor y yo nos quedamos allí juntos.

Hablamos sin cesar, de Ástor, de Carla, de Ulises, de anécdotas juntos, del caso de Sofía, de todas las pistas que teníamos, de la bomba, de la que pusieron en su coche, de Charly…, de tantas cosas… Hablamos incluso de Saúl. Héctor me contó lo que había ocurrido entre él y Ástor, y se me pusieron los pelos de punta.

—Saúl es un buen chaval, Keira. Siempre lo ha sido… Sabía que le gustaba Carla y le pillé un poco de manía, pero la verdad es que se ha portado muy bien con ella desde que la metieron en la cárcel.

Fue refrescar el asunto y todavía me dieron más ganas de volver a la comisaría.

Es cierto que ninguna sospecha arrojó resultados suficientes, pero presentía que estábamos muy cerca de la verdad, que la teníamos delante y solo había que verla, como una jugada de ajedrez… Quizá Ulises la viera y por eso lo mataran…

Esa idea cruzó mi mente como un relámpago. Uno de esos que caen sobre un DeLorean y te trasladan a cualquier parte. Al instante exacto del asesinato.

Sobre las dos de la madrugada me di un pequeño paseo para estirar las piernas y Héctor decidió tumbarse en un banco para cambiar de postura. La poca gente que había en ese momento en la sala de espera —una o dos personas— se quedó muda, pero él pidió disculpas y aseguró que necesitaba hacerlo para activar su circulación.

Merodeé por los alrededores de la habitación de Ástor y, cuando vi la oportunidad, me colé dentro.

Desde ya os digo que fue una mala idea.

Estaba irreconocible… Entubado y con una venda alrededor de la cabeza que, debido a la hinchazón, se la hacía más grande de lo

normal.

Verlo así me impactó mucho y me cagué en el karma. ¿Estaba destinada a perder a la gente que más quería? ¿Por qué?

Y con ese simple razonamiento fui consciente de hasta qué punto le quería. No es que antes no lo supiera, pero ahora tenía la certeza de que no deseaba vivir sin él. Lo había intentado. Había tenido miedo de arriesgarme y sentirlo todo, lo bueno y lo malo. Había tratado de esquivar esa misma situación límite…, la de la pérdida absoluta, el abandono supremo, pero con la marcha de Ulises había caído en la cuenta de que merecía la pena enfrentarse a ese miedo. Porque si lo haces quizá pierdas, pero si no lo haces pierdes seguro.

—Ni se te ocurra morirte… —lo amenacé con ganas—. ¿Me has oído? No puedes. Te lo prohíbo. ¿Recuerdas lo que me dijiste en lo alto de la Torre Eiffel? Me dijiste que esperarías a que estuviera lista… Pues ya lo estoy, Ástor. No puedes dejarme ahora… Por favor… Vuelve.

Quise tocarlo, pero me dio pavor y me fui.

Con el paso de las horas, todo empeoró. Ástor no reaccionaba y nuestras madres se estaban haciendo amiguísimas…

Cuando vi aparecer a la mía la tarde siguiente con unas pastitas de mantequilla, por poco me da un telele.

—He pensado que tendríais hambre —saludó encogiéndose de hombros a la vez que yo me apretaba el puente de la nariz.

—Muchas gracias, querida… —respondió Linda, amable—. Son muy oportunas. Cuando estaba embarazada de Ástor tuve un antojo tremendo de estas mismas pastas que me llevó a engordar veinte kilos.

Y de ahí se pusieron a contarse batallitas de cuando Ástor y yo éramos bebés. Fue mortal…

Personalmente, no entendía cómo podían comer o hablar de otras cosas que no fuera… ¡el hilo del que Ástor pendía! Pero supongo que hay personas que no dan nada por perdido hasta que realmente lo está. Y mi madre y la de Ástor eran de ese tipo de personas. ¿A quién habíamos salido nosotros?

—Yo creo en la energía —explicó mi madre—. ¡Porque todo es energía!, y si mandas buenas vibraciones, repercute en todo.

—Lo que hacemos en vida tiene su eco en la eternidad… —musité.

—¡Exacto! ¡Qué inspirada estás, hija…!

—Es una frase de la película *Gladiator*… Es la favorita de Ástor…

—Se sabe hasta su película favorita —cuchicheó Linda, encantada.

—Me hizo esa pregunta la noche que nos conocimos —recordé melancólica.

—¡Qué romántico…! —opinó su madre.

¿Lo éramos? ¿Lo fue elegir un tema de la banda sonora de *Gladiator* para hacer mi baile en barra? ¡Quién sabe!

Cuando entré a ver a Ástor al día siguiente procuré mandarle buenas vibraciones. Juro que lo intenté, pero se me daban mejor las amenazas y jurar venganza…

—… Y te perseguiré por el infierno como no te despiertes ya…

Una enfermera entró justo en ese momento y me callé de forma abrupta, pero creo que me oyó, e intenté salvarlo de alguna forma: «Porque te quiero mucho…».

Cuento todo esto porque no es que Charly al ver que nos besábamos diera por hecho que estábamos juntos y se alegrara por nosotros…, ¡es que lo pensaba todo el mundo!

Y era…, bueno…, mentira no, pero sí complicado…

Ayer fue un día horrible en busca de estadísticas de gente que no se despierta tras una conmoción cerebral en menos de una semana, y para colmo apareció Xavier Arnau por el hospital. Cuando vi cómo abrazaba a Linda, recordé nuestra amarga conversación en la gala benéfica. Buf… Xavier me saludó como si nada y tuve que presentarle a mi madre, sin poder vomitar cuando le tiró los tejos de una forma descarada. Fue asqueroso… Pero hoy, sabiendo que Ástor ha despertado y parece estar bien, por fin puedo respirar tranquila. No obstante, me duermo llorando, pensando en Ulises y en cómo habría actuado él si hubiera vivido para ver este accidente. Seguro que habría sabido qué decir para reconfortarme… Y darme cuenta de que la vida sin él siempre será un poco peor me ha hecho llorar más.

A la mañana siguiente, me planto en la UCI y descubro que han subido a Ástor a planta.

Al verlo, no sé ni cómo saludarlo… ¡y menos si me sonríe de esa forma! Buf… Vaya sonrisa…

Me acerco y… «¿Beso? ¿Abrazo? ¿Menear la mano…?».

Su madre y su hermano me observan fijamente, así que al final lo

abrazo, pero Ástor me retiene y me busca, y termina dándome un beso en el cuello porque vuelvo la cara, vergonzosa. «¡Socorro!».

A él parece divertirle mucho mi apuro.

Su madre me hace señas con los ojos e intento ignorarla.

«¡Por favor, Linda…!».

Señala una chaqueta que hay colgada en la silla y finjo que no me he enterado.

—¿Por qué no os vais a tomar un café? —propone Ástor, canalla.

Joder, odio que se note tanto…

—Acabamos de desayunar… —se queja Héctor.

—Pues repetís… —exige Ástor con su consabida autoridad.

«Dios, qué mal…».

Su mirada prácticamente me mete mano cuando la encuentro sobre mí.

—Está bien, os dejamos solos… —dice su madre con una sonrisa —. Vámonos, Héctor…

—Sabía que no tenía que haber venido… —masculla el aludido—. Pegaso ya está bien y solo quiere retozar…

Intento no reírme de ese apodo y aprovecho para tomar cierta distancia de él. En la silla estoy bien.

—Me alegro de verte… —comienza Ástor, seductor—. ¿A qué debo el honor de tu visita, Keira?

Es un idiota. «¿Me va a hacer decirlo?».

—Me pillaba de paso… —le sigo la broma, y sonríe divertido.

—¿Y hacia dónde ibas…?

—He venido porque me has tenido en vilo cuatro días y aún no me creo que estés bien, ¿vale?

—¿Y por qué no te acercas para comprobarlo?

Su mirada es la de un tiburón, y me muevo valiente, con una pose de chulita impasible. «¿Crees que te tengo miedo?».

Ástor palmea la cama, satisfecho de haber logrado tenerme al alcance de sus zarpas.

Al sentarme, le paso la mano por el pelo con cuidado y se deja, disfrutando de mi toque y de poder observarme más de cerca.

—Estás preciosa, Kei… —comenta con auténtica devoción.

—Estoy normal, como siempre…

—Será mi vista borrosa, que me hace verte más guapa.

—Qué bobo eres… —Sonrío.

—Misión cumplida. Has sonreído.

—Ástor…, ¿quieres que hablemos de… algo?

—Quiero que me beses.

—Ya, pero ahora no estamos solos en mi casa y la gente empieza a sacar conclusiones… Creo que deberíamos hablarlo…

—¿Por qué perder tiempo en hablar cuando hay otras formas mejores de usar la lengua?

Me acerca a su cara y me río en su boca.

—Ástor…

—Sabes que no podré concentrarme en nada de lo que me digas hasta que no te bese, ¿no? Llevo pensando en tus labios toda la noche y toda la mañana, Keira. Y al llegar, te has apartado. Ya sabes lo que provoca ese gesto en mí. Pero si quieres hablar, habla…

Una sonrisa se instala en mi cara, y Ástor tira de mí para acercarme a sus labios. En el momento en que nuestras bocas se encuentran recuerdo la canción que sonó en nuestro primer beso, después de la cuenta atrás. «When love takes over» de David Guetta.

Es un beso más hambriento que el de ayer. Hambriento de vida. De ganas. Y nos cogemos las caras para disfrutarnos una vez más antes de tomar una decisión que puede cambiarlo todo.

—Ástor… —digo con los ojos cerrados—. ¿Qué estamos haciendo?

—Nos estamos besando… Y se nos da de maravilla…

—As… —musito en su boca más en serio.

Se detiene y abre los ojos captando el mensaje.

—Llevamos semanas así… —expongo—. Deberíamos hablar…

—¿Deberíamos? Yo estoy bien así, ¿tú no?

Que tarde en contestarle tiñe su mirada de una antigua angustia. Justo la que estaba buscando sonsacarle. Esa a la que no se quiere enfrentar.

—Yo necesito hablarlo… —digo por fin.

—Pues tenía la sensación de que tampoco querías…

—Y no quería… Pero ahora tú estás en una posición más vulnerable y…

—Necesitas aclararme que no somos nada —termina por mí—. Tranquila, Keira, que, por mi parte, lo que estamos haciendo no te compromete a nada conmigo. Solo a… a apoyarnos en momentos

difíciles, y es lo que estamos haciendo ahora, ¿no?

—Apoyarnos… —repito analítica.

—Sí… Es como lo siento. Y creía que tú sentías lo mismo. No hay nada que me apetezca más en este instante que estar aquí besándote. Esa es la verdad…

Sonrío con afecto y cumplo sus deseos con más cuidado y mimo que antes. Ástor disfruta como un loco de cada nueva caricia que le brindo con los labios y la lengua. Nuestros cuerpos quieren olvidar esta conversación y continuar con su cometido, pero no podemos.

Me separo de él y acuno sus ojos atribulados.

—Tienes razón, estamos bien… Pero el pasado siempre vuelve a llamar a la puerta. Y cada frase que nos hemos dicho tiene su eco…

—¿En la eternidad? —murmura triste—. Pues yo las he olvidado todas, Kei… Es como si fuese otra persona quien dijo todo eso, no yo.

—Dijiste que yo nunca luchaba por nosotros. Que nunca te daba el beneficio de la duda… Que desconfiabas de mi forma de quererte… ¿No tienes miedo de que vuelva a hacerte daño?

—Correré el riesgo… —sentencia con los ojos brillantes.

—Una vez me dijiste que morirías protegiéndome, ¿lo recuerdas? Fue en el ring de boxeo… Y ahora te creo, Ástor. Porque has estado conmigo cuando más te necesitaba, en el peor momento de mi vida. Sacrificando de nuevo tu corazón. Y si vamos a seguir adelante con esto, quiero hacer lo mismo por ti…

Su cara refleja confusión, sorpresa y expectación. Todo en uno.

—Necesito que confíes en mí y en que voy a quererte como necesitas que lo haga —digo emotiva.

—Voy a confiar en ti ciegamente, Kei… —promete emocionado.

—Lo sé… —Sonrío.

De pronto, le cojo la mano y la coloco sobre el bolsillo trasero de mi pantalón.

La conmoción arrasa su cara al palpar algo duro y cuadrado.

Mi sonrisa le confirma que es lo que piensa, pero su estupor no cesa ni cuando saco la misma cajita que él me había hecho palpar en París.

Ayer le supliqué a su madre que removiera cielo y tierra en su casa buscándola, porque estaba totalmente convencida de lo que iba a hacer. Casi grita.

—Ástor… —Abro la cajita—. Ya estoy lista… ¿Quieres casarte conmigo?

Su cara refleja un «¡oh, Dios, mío!» elevado a la enésima potencia que me hace gracia. Creo que es el mejor jaque mate que he hecho en mi vida…

Tiene la boca abierta, y meneo la cajita, sonriente, para que reaccione y se dé cuenta de que esto es real.

—Pero… ¡Keira…!

—¿Eso es un «no»?

—¡No, joder…! Es un… «es lo único que deseo en la vida».

Sonrío aliviada y nos besamos con ímpetu. No disfruta del beso porque sigue alucinado, y solo me presiona contra él con fuerza, como si no se lo creyese.

—Dios… ¡Qué fuerte! —exclama—. ¿Lo has visto?

Señala el anillo, y, de repente, lo miro…

—¡Hooostiaaa…! —suelto sin pensar.

Ástor sonríe satisfecho al ver mi sorpresa.

Es… es… ¡¡¡Madre mía!!!

Mis ojos me traicionan y se llenan de lágrimas poco a poco. Siempre le he recriminado que me hacía llorar, como si ese acto solo tuviera connotaciones negativas, y acaba de demostrarme que me equivocaba. Es la primera vez en mi vida que lloro de alegría, y me parece una sensación extraordinaria…

Es que… No puedo creerlo…

¡Y hace meses que tiene este anillo!

—Lo mandé hacer a medida —explica—. Es de oro blanco y brillantes.

—No tengo palabras… —balbuceo incrédula—. Es… es… precioso.

Espero que a nadie le sorprenda que el anillo emule un tablero de ajedrez. Pero no como estáis pensando, es mucho más sofisticado de lo que imagináis. Las casillas «blancas» son brillantes que refulgen con una claridad impresionante, pero las negras están vacías… Y consiguen el efecto porque el tablero es una estructura 3D, de pequeñas columnas cuadradas que por dentro están huecas, consiguiendo así el color negro deseado. Es espectacular, y no queda un cuadrado plano en el dedo, sino que es una especie de pirámide. Es

verdaderamente impresionante.

—Estoy flipando… —admito sincera.

El regocijo de su sonrisa me llena todavía más de alegría.

—¿En serio vas a concederme ese honor…? —susurra abrumado.

Lo miro con todo el cariño del que soy capaz.

—Sí. Y no lo dudes nunca más. Por eso hago esto, para que no vuelvas a dudar de mi amor jamás…

Junta nuestras frentes, maravillado y aliviado.

—Joder, Kei… Esto es demasiado… Demasiado bueno.

—No quiero volver a separarme de ti, Ástor… Deseo vivir cada minuto de lo que nos queda de vida juntos. Lo más juntos posible. Lo más cerca… física y mentalmente…

—Dios…

Me besa como no me han besado en mi vida, y no puedo dejar de pensar: «¿Cómo hemos tenido la suerte de encontrarnos?».

Su beso se vuelve ardiente y sus lametazos más lujuriosos. Todo su cuerpo grita que necesita poseerme ahora mismo. Está pletórico.

—Relájate, tienes la cabeza abierta… —le recuerdo sonriente.

—No puedo, joder… Eres tan para mí… ¿Le pediste el anillo a mi madre? —pregunta desconcertado—. ¿Cómo coño lo ha encontrado?

—No lo sé. —Sonrío pizpireta—. Se lo pedí anoche…

—Por eso volvió… —susurra Ástor, pensativo—. Volvió y me dijo que fuera feliz y que me liberaba de mi promesa. ¿Qué le dijiste exactamente para que te lo diera? —pregunta expectante.

—Que era la única forma de demostrarte que iba en serio…

—Madre mía… —Sigue alucinado—. Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo, ¿lo sabes? Póntelo, Kei. ¿Te queda bien?

Me engarzo el anillo en el dedo con cuidado y… me va perfecto.

—Una boda íntima y normalita, ¿eh? Nada de cien invitados…

—Ya hablaremos… —Sonríe como si tuviera en mente trescientos.

Volvemos a besarnos, y me pregunto si es legal ser tan feliz.

No creo. Seguro que es delito.

keira

39
Todo queda en familia

Cuatro días después

—¡Quiero irme a casa! ¿Tan difícil es de entender?

Pongo los ojos en blanco al oír a Ástor cabreado y procuro que no se me note la sonrisa que puja por asomarse a mi boca.

Está negro porque el médico quiere asegurarse de su estado antes de darle el alta y él tiene prisa por irse porque…

Vuelvo a sonreír con picardía.

Imagináoslo…

Todavía no hemos podido «celebrar» la pedida en condiciones…

Ástor mejora a una velocidad meteórica desde que nos prometimos. Su madre y su hermano volvieron a la habitación poco después y nos pillaron besándonos felices.

—¡Ay…! —exclamó mi cómplice, efusiva. Y vino corriendo hacia nosotros para abrazar a su hijo—. ¡Cuánto me alegro por vosotros!

Cuando miramos a Héctor lo descubrimos emocionado y sonriente.

—Muchas felicidades, hermano, de verdad… Keira… —Negó con la cabeza—. Nunca dejarás de sorprenderme. Felicidades.

—¡Gracias! —exclamé feliz, y fui a abrazarle con fuerza.

No me pasó por alto una mueca de melancolía en su rictus. Seguro que estaba pensando en que Carla se perdería la boda.

Pero mi cabeza había urdido un plan. Y estaba totalmente enfocada en sacarla de la cárcel cuanto antes.

Los días previos a que Ástor despertase, había hablado mucho con Héctor y necesitaba ayudarlo fuera como fuese. Era una pieza muy importante en la vida del hombre al que amaba y quería poner todo mi empeño en resolver el enigma, ahora que todo estaba cambiando.

Porque sí, todo está cambiando tan rápido que da vértigo.

Hacía quince días mi vida era muy distinta. Se había adaptado a una normalidad desconocida. A no trabajar con Ulises. A desterrar a Ástor a una zona de mi corazón cercada con una cinta en la que se leía: FUERA DE SERVICIO. Y estaba creando nuevos lazos con Yasmín. Empezando a construir un mundo con ella, una nueva fortificación en la que resguardarme. Me había cambiado de piso, me había propuesto avanzar con los torneos de ajedrez y, de repente, Ulises murió. Murió… y el mundo se desordenó por completo. Todas las fichas cayeron al suelo con fuerza, algunas se rompieron, y el orden de las cosas se restableció como se hace después de una catástrofe, enriqueciéndose con acciones bienintencionadas. Con la mejor «ayuda humanitaria» posible.

Tuve que trabajar durante días en los cimientos; no podía pensar en el tejado todavía, solo en la base. En encontrar la fuerza necesaria para empezar a recolocarlo todo de nuevo. Pero nada ni nadie me la daba… Ni mi madre, ni Yas, ni mi trabajo ni el ajedrez… Nada. Solo él lo consiguió… No sé cómo, pero Ástor lo logró. Me ayudó a resurgir de mis cenizas cual ave fénix. Y descubrí que ese era su mayor don: ayudar a los demás. Puede que sí nos pareciéramos, después de todo…

El accidente con el caballo no fue más que una piña lanzada con efecto por un ser superior para dejarme las cosas claras de una vez por

todas e inyectarme una dosis extra de valentía.

«Muchas gracias», pienso observando mi anillo.

Esa lucidez hizo que me replanteara la vida entera. ¿Y lo que me gustan esos sucesos inesperados que hacen que alguien frene, piense y corrija el rumbo, os lo he contado?

Era un nuevo mundo. Un mundo sin Ulises, sí, pero todavía quedaban cosas importantes por las que luchar en su nombre.

Cuando me presenté en comisaría, todo el mundo me miró como si fuera a agarrar una automática y a disparar a diestro y siniestro, pero, en vez de eso, me dirigí a mi despacho y encontré a Yas repasando documentos concienzudamente.

Mi mesa nunca había estado tan llena de papeles ordenados en montículos con cientos de pósits de colores, y mi respuesta sensorial fue experimentar un orgasmo visual. Me envolvió una sensación de tranquilidad, felicidad y cosquilleo muy placentera.

Cuando Yas sintió mi presencia, levantó la vista.

—¡Keira…! ¡¿Qué haces aquí?!

—He vueeeltooo —dije como lo haría el protagonista de *Daniel, el travieso*.

—¡Tooomaaa!

Yasmín subió los brazos, jubilosa, y me dio por reír. ¿Cómo podía emitir ese sonido sabiendo que Ulises estaba bajo tierra? No lo sé… Supongo que, de alguna forma, sabía que era lo que él querría. Que luchara. Que no huyera. Que le honrara…

—¿Con qué estás ahí? —le pregunté ávida de información.

—Estoy revisando las notas de Ulises… ¿Sabes que tenía carpetas y carpetas?

Sí. Y las tenía todas perfectamente ordenadas con los pasos que habíamos ido dando en la investigación del asesinato de Sofía. También vi recopilado a un lado cuanto había sobre la muerte de Ulises hasta la fecha. Al parecer, Yas estaba convencida de que todo estaba relacionado.

—Creo que Ulises encontró algo, Keira…, y que por eso lo mataron.

Tragué saliva e intenté ser fuerte. ¡Era la misma conclusión a la que había llegado yo! Lo habían matado por Sofía, no por Ástor… Pero yo llevaba a mis espaldas años de experiencia en el cuerpo, era

matemática y había jugado miles de partidas al ajedrez…, ¡y Yasmín era solo una cría novata! En resumen: Yas me parecía un auténtico genio. Una tía válida y especial que tenía mucho que ofrecer al mundo. Y me alegré inmensamente de tenerla en mi equipo.

—Tranquila, Kei, yo me encargo de lo de Ulises —continuó perspicaz—. Me he hecho amiga de quien está llevando su caso, el inspector Olmos, y sus hipótesis de por qué estalló la bomba si Ástor no estaba ni remotamente cerca son muy flojas. Las mías son siete veces mejores. Lo estoy cotejando todo con los pormenores del caso de Sofía, pero Olmos no cree que esté relacionado… Seguiré buscando por mi cuenta y cuando encuentre algo, te lo diré.

—De acuerdo… —accedí asombrada—. Gracias, Yas… Gracias por ocuparte tan bien de todo… De mí, de esto… Siento haber sido una compañía tan horrible. Tú has sido una compañera de piso ideal, una amiga todavía mejor y por aquí lo tienes todo controlado… Gracias…

—Ni se te ocurra disculparte por nada, ¿me oyes? —me riñó—. Es totalmente entendible. Lo he pasado muy mal por ti… Pensaba que te había perdido para siempre, Kei. —Sus ojos amenazaron lágrimas.

—No me has perdido…

Pero no me extrañó que lo pensara. Yas era una pieza que se perdió entre los escombros del derrumbe. Y en los días que Ástor jugó a ser la bella durmiente en el hospital, apenas me había cruzado con ella en casa. Si lo hicimos, me preguntó por su estado con la boca pequeña y yo le contesté taciturna que «sin cambios». Había sido una maldita pesadilla. Sin embargo, el sol volvía a brillar, y quería compensárselo.

—¿Comemos juntas? —pregunté risueña—. Así te cuento novedades… —chuleé exhibiendo mi anillo de un modo exagerado y presuntuoso.

Yasmín abrió mucho los ojos.

—¡¿Qué leches es eso…?!

—Me caso con un duque.

—¡¡¡¿QUÉ?!!!

El resto de la secuencia fue material inflamable.

Saltitos sincronizados, confidencias, el «cómo fue» paso a paso, chillidos histéricos… Un rol que el año pasado habría odiado tachándolo de cursi y que ahora me sentía en todo mi derecho a

disfrutar. Porque resulta que lo cursi me hacía feliz. ¡Se siente! No es que yo creyera en las bendiciones del matrimonio; de hecho, creía más en sus maldiciones… Nunca he pensado que esa firma demuestre nada en sí misma, no es más que una manifestación popular de que amas y eres correspondido, pero… ¿no es eso lo más grande que te puede pasar, según Hollywood?

Para mí, era justo lo que necesitaba para demostrar mi amor a Ástor, y no hablo de ceder a los chantajes o caprichos de tu pareja, sino de respetarlos y de preocuparte por su bienestar emocional. En el momento en que sentí que hacerlo por él me haría feliz a mí supe que estaba actuando de la manera correcta. Deseaba comprometer mi vida con él oficialmente.

Gómez apareció en mi despacho, alarmado por uno de los chivatos de la comisaría.

—¡Keira, qué sorpresa…! ¿De visita…?

—Hola, Nacho…

Yasmín dio un respingo al oír que lo llamaba por su nombre de pila. Gómez solo subió las cejas, sabedor de que lo que iba a decirle a continuación no daría lugar a discusión.

—No es una visita, ¡vuelvo! Di a quien corresponda que me prepare el alta.

—Keira… —Carraspeó cauteloso—. Es muy pronto…

—Han pasado muchas cosas en este tiempo. Y estoy bien. Ástor también está bien. Nos vamos a casar —digo mostrándole el anillo—. Y quiero volver con efecto inmediato. Tengo mucho que hacer…

—¿Estás en modo *vendetta*? —preguntó asustado.

—No. Te prometo que no busco venganza. No me acercaré al caso de Ulises. Quiero ocuparme de otros asuntos y de casos nuevos.

—Está bien… Siendo así, me alegro de que hayas vuelto, Keira.

—Gracias. Y gracias por darme estas semanas… Eres el mejor.

—Lo que necesites. Siempre.

Me guiñó un ojo. Y en ese momento dejé de verlo ya como mi jefe. Porque eso no lo hace un jefe. Lo hace la familia…

Yasmín y yo empezamos a revisar todo en lo que había estado trabajando, y me quedé alucinada. Era disciplinada, rigurosa y muy literal. ¡Le sacaba punta a todo! Sospechaba hasta del perro que pasaba por allí… Me sentó estupendamente volver a hacer conjeturas,

aunque muchas fueran absurdas, y por la noche regresé al hospital para contárselo todo a Ástor.

—Me alegra verte otra vez en activo. —Sonrío—. ¡Te sienta bien, Kei!

—Igual lo que me sienta bien es estar prometida… —bromeé.

—Pues te juro que desde que lo estás te encuentro irresistible.

Me reí y le besé. Después volvimos a acordarnos de Ulises y nos abrazamos sentidos, lo que me recordó que necesitaba ir a su piso. Yasmín había insistido mucho en ello por cuestiones laborales.

—Solo digo que quizá en su casa encuentres alguna pista que explique lo que le pasó, Kei… —adujo Yas—. Un bloc de notas, un diario, cualquier archivador que pueda contener nuevas pesquisas, algo en su basura… —insistió—. Yo que tú, vigilaría muy de cerca lo que Charly se lleva de su casa…

La miré mal.

—¡Solo por si acaso! —añadió Yasmín, precavida.

—Está bien. Iré con Ástor y recogeré todo lo que me parezca importante. Pero tú haz lo que te he dicho, Yas…

—Sí, tranquila. Iré a ver a Carla e intentaré que haga memoria sobre lo que quieres saber…

Y como os decía, cuatro días después de despertar, Ástor está a punto de hacer rapel por la ventana del hospital para escaparse.

—¡¿Puede alguien llamar a mi médico?! —se queja de nuevo—. Y no me digáis que hasta mañana no viene. ¡Traed a alguien que pueda mandarme a casa, por favor! ¡Estoy ocupando una cama inútilmente!

Las enfermeras le sonríen con cara de circunstancias y desaparecen. Nunca habían visto a un titán enfadado.

—Ten más paciencia, Ástor… —lo riño dándole un beso en la frente. Se lo debía porque acabo de llegar.

—Pero ¿cómo voy a tener paciencia con lo bien que hueles? —musita ejerciendo fuerza para retenerme cerca y morderme el cuello.

Intento escabullirme porque no se encontraba precisamente solo. Charly y Héctor estaban con él, charlando tranquilamente, sentados, y no quería interrumpirles, pero si me deslumbra con esa sonrisaza nada más verme, tengo que acercarme.

—Hola, chicos… —los saludo algo vergonzosa.

—Hola, señora De Lerma —responde Charly, vacilón.

Se levanta y viene a darme un beso con aire lúgubre. La verdad es que no tiene buen aspecto. Ha adelgazado mucho, está pálido y todavía se le empañan los ojos cuando me ve. Y a mí me pasa lo mismo con él. Es un sentimiento inevitable, tan doloroso y tangible que se me hace muy difícil sospechar de él. Casi imposible… Por eso lo he dejado todo en manos de Yas, porque siento que señalar a Charly es traicionar a Ulises y a Ástor. A lo que más quiero, vaya…

—Enhorabuena —susurra en mi oído—. Me alegro mucho por vosotros. De verdad. Y él también lo haría…

Asiento con la mirada húmeda y recibo su cariñoso toque en el hombro.

«No. ¡No puede ser Charly!».

Ha demostrado muchas veces lo mucho que se preocupa por Ástor, y tampoco dudo de cuanto amaba a Ulises. ¿Entonces…?

Muevo la cabeza para deshacerme de esos pensamientos y para que se me pasen las ganas de llorar. Tengo que sonreír.

—¿Qué tal va la vuelta al trabajo? —me pregunta Héctor.

—Bien… Estoy otra vez a la carga. —Le guiño un ojo—. Yasmín tiene muy buenas ideas para coger al culpable y sacar a Carla de la cárcel.

—¿Cómo cuál? —pregunta Charly, interesado. Muy muy interesado…

—Los padres de Sofía —contesto con rapidez, mirando a Héctor.

Y sabe que miento. Porque le conté que ya estudiamos esa vía y descubrimos que con todo el dinero que cobraron de Sofía no habían hecho gran cosa. Cero caprichos. Ni siquiera habían dejado sus empleos…

—¡Igual esperan que pase el tiempo para no llamar la atención! —alegó Yasmín como posibilidad.

—Ya hace casi seis meses, y no han tenido ni el más mínimo gasto…

—¿Y eso no te parece sospechoso, Kei? —insistió.

—Pues no. Es evidente que sienten que ese dinero no es suyo. No lo querían. Y tampoco hemos encontrado nada que los vincule…

—El día menos pensado se comprarán un chalet en Benidorm y se jubilarán…

Puse los ojos en blanco ante la insistencia de Yasmín. Por eso

tampoco hacía mucho caso cuando se empeñaba en señalar a Charly. Se ponía así con todo.

De pronto, mi móvil suena. Lo llevo siempre colgado como si fuera un bolso.

—¿Yas? Te oigo fatal… —Salgo de la habitación tapándome el otro oído.

—He venido a ver a Carla a la cárcel y me ha contado una cosa muy fuerte…

—¿Qué cosa?

—Me ha hecho jurar que no lo diría, pero… Creo que tienes que saberlo, Keira. Es demasiado gordo…

El corazón se me dispara. Otra sorpresa no, por favor… No quiero volver a romperme. No quiero conocer más secretos escondidos. Siempre son cosas que no necesitaba saber y…

—Yas, espera… ¿Tiene que ver con el caso?

—No, pero…

—Pues si no es del caso, paso de saberlo.

—Pero… ¡es muy importante, Keira!

—¿Tiene que ver con Ástor?

—En parte… Por eso te llamo…

—No me lo digas, Yas. En serio. No quiero saberlo…

—Pero ¡Keira…! —exclama alarmada.

—Si no lo sé ya, es porque no tengo que saberlo. No me importa. Ya hablaremos mañana…

Y le cuelgo sin darle opción a decir nada más.

No deseo que nadie amenace mi nueva felicidad. Es el regalo que me ha hecho Ulises… y no soportaría perderlo. Seguro que no es nada importante…

Antes de volver a la habitación, pongo el móvil en silencio y voy directa a los brazos de Ástor con un poco de aprensión.

—Esperemos que te suelten para el sábado… —comenta Charly.

—¿Qué pasa el sábado? —pregunto perdida.

—Es mi cumpleaños…

—¿Quieres celebrarlo?

—Tenía pensado beber hasta desmayarme… Y necesito a alguien que me lleve hasta la cama. Héctor lo tiene complicado y Ástor se ha

roto la cabeza… Pero no tengo a nadie más a quien pedírselo…

Se hace un silencio penoso que nos cala hasta los huesos. ¿Tengo yo la culpa de que me den ganas de abrazarlo todo el tiempo? ¡Joder!

Por suerte, Héctor sale al paso con humor y logra levantar la situación.

—Yo, si quieres, me ofrezco a tumbarme a tu lado en el suelo, donde te desmayes…, para que nadie te robe los Bottega.

Quince minutos después, cuando ya tenemos la conversación encarrilada, Yasmín sale de la nada…

«¡¿Qué hace aquí?!».

Mi cara de susto le transmite que le estoy gritando en mi fuero interno. Y sé que lo capta perfectamente porque lista es un rato.

—Hola… —saluda a los demás con algo de miedo —. Keira…, ¿podemos hablar un momento? Es urgente…

Todos se quedan intrigados. Me muevo, no sin antes mirar a Ástor por última vez y sentir su preocupación. Me acerco a él y le digo «Ahora vuelvo» como si le estuviera jurando que nada de lo que Yasmín me cuente afectará a lo nuestro.

Salgo inspirando hondo como un toro.

—¡¿Qué pasa contigo, Yas…?! ¡Te he dicho que no quería saberlo!

—¡Perdona! —Se tapa los ojos con las manos—. No me mates, Kei, por favor… Pero escúchame solo un momento…

—¡Yasmín no me hagas esto! —exclamo bajito cogiéndola del brazo y llevándomela más lejos de la puerta—. Si no es algo crucial para el caso, no me lo digas…

—Pero ¡tienes que saberlo!

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué tengo que saberlo?!

—¡Porque es un tema de vida o muerte!

—¿Cómo…?

—Vale, allá voy… Espero no estar cagándola…

—¡Dilo de una vez! —cedo enfadada.

—Carla está embarazada…

—¿Qué…? —Me quedo en blanco.

¿Embarazada? Pero… ¿cómo es posible? ¿Es posible? ¡Hostias!

—¿Y a qué viene lo de «vida o muerte»?

—Porque quiere abortar.

«¡Ay, Dios!».

El mundo empieza a temblar amenazando con derruir torres muy altas.

—Carla me ha pedido que no se lo cuente a nadie y que la ayude, pero… ¡tenía que decírtelo! Sé que está en todo su derecho… Aun así, creo que deberían saberlo ellos también porque…, después de todo, es un De Lerma y… ¿no es eso lo que necesitaban? ¿Un heredero?

«Dios mío…»

—Te pido perdón, Yas… Has hecho bien en explicármelo —digo, aliviando su desasosiego—. Perdona por no hacerte caso.

—¿Estás segura de que he hecho bien? Porque yo no. Carla me ha dado mucha pena… Y contárselo a ellos sería traicionarla a lo grande. Alguien se va a enfadar. ¡Y las mujeres tenemos que apoyarnos!, pero… Me pregunto cómo se toma una decisión así. ¿Qué lógica sigues tú, Kei? ¡Dímelo, por favor!

Me quedo pensativa y recapacito.

—Pues… pienso en todas las posibilidades y decido la menos perjudicial en conjunto. Si Carla no quiere tener el bebé, nadie puede obligarla. Eso para empezar…

—No me ha parecido que ese fuera el problema, sino su situación… ¿Qué probabilidades hay de que esto termine bien?

—Veamos… De entrada, si no lo contamos y aborta, sería el caso A. Pero es un secreto que algún día saldrá a la luz y puede destruirlos como pareja. Si lo decimos, pueden pasar cuatro cosas: B, un Héctor alegre y convenciendo a Carla para tener el bebé; C, un Héctor alegre comprendiendo que aborte; D, un Héctor cabreado insistiendo en que lo tenga; y E, un Héctor cabreado aceptando que aborte. Esos cuatro caminos pueden bifurcarse en que ellos terminen o no con su relación por no ponerse de acuerdo.

—Joder, me estás dando miedo… Entonces ¿qué hacemos? ¿Lo contamos o no?

—Mi lema es intentar salvarlo todo… Primero al bebé y luego la relación de Héctor y Carla. A es igual a C y a E. El bebé solo se salva con B y D. Matemáticamente pinta mal…

—¿Y si nos callamos, siguen juntos y tienen otro hijo en un futuro?

—Estudiémoslo… En A, B y C siguen juntos. En D y E rompen.

—¡¿Hay un puto común denominador en todo esto?! —pregunta

Yasmín, histérica.

—Sí. La B. Un Héctor alegre convenciéndola de tenerlo…

—Suprime lo de alegre en cuanto sepa que se lo ha querido ocultar… Punto dos: ¿convencerla para tenerlo sola en la cárcel? ¡Es el sueño de toda jovencita de veintiún años…! —dice irónica.

—Mierda…

—Exacto.

—Hay una posibilidad F… —digo esperanzada.

—Suena fatal. Pero vale. ¿Cuál es la F…?

—Que Héctor convenza a Carla de tener el bebé… y sacarla de la cárcel.

—¿Y si no podemos hacerlo?

—¿Y si podemos?

—Esto es demasiado, Kei —dice Yas masajeándose las sienes—. No quiero joderles más de lo que ya están… Si me chivo y Héctor deja a Carla, me da algo, ¿eh?

—No la va a dejar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la gente que se quiere de verdad es capaz de superar cualquier obstáculo. Y él la quiere. Lo sé.

—Vale… Venga… Tienes mi apoyo. ¡Prende fuego a todo!

—Voy a necesitar mucho tu ayuda, Yas…

—Y la vas a tener.

Nos abrazamos. Y prolongamos el abrazo, más fuerte.

—Ulises y yo hacíamos esto… —digo de pronto, y pongo los antebrazos hacia arriba.

Yasmín me imita, y se los choco. Pero no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas. No concibo que llegue el día en que hable de él y no me pase esto, pero debo tener fe en que llegará.

—Mola mucho… —dice Yasmín, halagada—. Gracias por quererlo hacer conmigo…

—No. Gracias a ti por ser como eres… —musito emocionada.

—¿Y tú? ¿Sabes cómo eres, A, B, C, D, E, F? ¡Ya te vale, joder…! ¡Estás como una regadera, Kei! Y me encanta…

—Lo dice la que lleva tres pistolas encima.

—Y un cuchillo pequeño.

Sonrío negando con la cabeza, como Ulises hizo conmigo la

primera vez que me llamó «loca». Todo se repite.

Caminamos hacia la habitación de nuevo, y cuando entramos los tres me miran expectantes. Yasmín saluda de nuevo con la mano para no tener que dar besos a un sospechoso. Me pienso si contárselo a Héctor en privado, pero estos tres no tienen secretos entre ellos, y me parece una estupidez guardar las formas.

—Chicos… Yasmín acaba de comunicarme algo importante…

Ástor me mira más preocupado que los demás. Todavía teme que algo nos separe. Pobrecito mío. Necesitamos afianzar ese miedo a perdernos de nuevo con muchas horas de besos, de hacer el amor, de risas y de gestos que salen sin querer acompañados de miradas que lo dicen todo. Apenas hemos tenido tiempo de eso…

—Yasmín ha ido a ver a Carla hoy… —comienzo, y Héctor se envara—. Le ha contado algo que quería que guardara en secreto, pero…

Charly se humedece los labios, intrigado, y Ástor frunce el ceño.

—¿Y por qué no lo respetas? —pregunta la honorable vena ducal de Ástor.

—¿Qué te ha explicado, Yasmín? —exige Héctor, apremiante, pasándose el honor por el arco del triunfo.

—Me da que contarlo no va a ser buena idea… —opina Charly.

—Héctor… —Intento prepararlo—. No quiero que te enfades. Eso es fundamental…

—No me jodas, Keira… ¿Qué es? —pregunta tenso.

—Por favor… Sé razonable cuando te lo diga y déjanos asesorarte, ¿de acuerdo?

El aludido inspira hondo y asiente.

—Carla está embarazada.

Su cara se baña en incredulidad. Luego en horror. Y por último en rencor.

—¿Eso es posible? —Charly verbaliza lo que todos estamos pensando—. ¿En la cárcel habéis estado juntos…?

—¡¿Tú qué crees?! —responde Héctor, enfadado—. La veo una vez al mes durante tres horas en una habitación con una cama…

—¡Pero creía que no podías follar con normalidad y terminar dentro de ella!

—¡Y no fue así! Yo… Pero eso no significa que sea infértil.

—Te juro que no lo entiendo —insiste Charly, consternado.

—Por poder, puedo correrme usando métodos de estimulación directa… No todo es el coito… —dice Héctor, a la defensiva.

—Pero si no sientes nada, ¿por qué hacerlo?

—¡Que yo no sienta el orgasmo no significa que no pueda usar mi miembro para dar placer a Carla!

—¡Qué importa cómo haya pasado! —exclamo nerviosa.

—¡Exacto! ¡Es una gran noticia! ¡Casi un milagro! —celebra Ástor, feliz, pero nadie acompaña su estado de ánimo.

—¿Por qué no me lo ha contado? —se pregunta Héctor, herido, y luego me mira sabiendo que hay más.

Presiento que voy a romperle el corazón y no puedo ni decirlo.

Los segundos pasan, y todo el mundo entiende que ocurre algo malo.

—No quiere tenerlo… —suelta Yasmín al percibir mi bloqueo. A veces me parece increíble que tenga tantas agallas…

La noticia estalla en la cara de todos como un bofetón inesperado.

—¿Cómo que no? ¡¿Por qué?! —Ástor es el primero en quejarse.

Héctor se vuelve hacia él, agresivo.

—¡¿Cómo que por qué?! —dice iracundo—. ¡Está en la cárcel, joder! ¡Parece que siempre se te olvida…! Y va a estar años allí. No creo que quiera criarlo allí dentro ella sola…

—¡También puede ser una gran motivación…!

—¡Claro, a ti te viene de perlas, ¿verdad?! —grita Héctor con sarcasmo—. Tus problemas para encontrar un heredero para el título se solucionan. ¡Qué bien! Que alguien lo incube… mientras tú eres feliz con tu mujercita en casa.

—¡Héctor! ¡No…! —exclamo dolida.

—¡Mierda, Keira…! ¡Atrévete a negarlo! ¡Mira lo maravilloso que le parece! ¡Le da igual que ni siquiera me lo haya dicho! ¡No ha oído que Carla quiere abortar sin que nadie se entere, solo ha escuchado lo que le conviene! ¡Porque es un puto egoísta que no piensa en los demás!

—¡Y tú eres un neurótico, Héctor! —ataca Ástor—. ¡Claro que lo he oído, y no me da igual, pero sigue siendo una buena noticia! ¡Es un maldito milagro, joder…! Lo malo habría sido no llegar a saberlo. Todavía estamos a tiempo de que esto termine bien.

—¿Bien? ¡¿Bien?! ¡¡Llevamos sin estar bien más de seis meses mientras tu juegas a *La bella y la bestia* con Keira!! Esperando a que en algún momento os decidáis a centraros en Carla. Y ahora, ¡¿crees que voy a permitir que la mujer que amo pase por esa experiencia traumática ella sola en la cárcel?! ¡Ni de coña! Tendré que renunciar a ese puto milagro ¡porque no pienso tratarla como a una jodida gallina!

—Héctor, nadie quiere eso… —intervengo triste—. Vamos a sacarla…

—¡Ya, claro…! ¡Ahora vais a sacarla porque os conviene que caliente el huevo, ¿no?!

Charly y Yasmín no dan crédito a lo que oyen.

—¡Deja de decir gilipolleces! —clama Ástor, enfadado—. ¡Solo queremos ayudarte, Héctor!

—¿Ayudarme? —Su cara se arruga con furia—. Si fuera Keira y no Carla la que estuviera en la cárcel, ¡ya habrías movilizado hasta a la NASA! Pero como ahora te interesa, vas a ayudarme… ¡Que te jodan, Ástor…! No pienso soportarlo más. Cuando vuelvas a casa, ya no estaré. Y ve olvidándote de ese bebé. Voy a decir a Carla que si decide abortar, la apoyo. ¡Sois la hostia, joder…!

Maniobra con las manos rápidamente la silla y sale de la habitación airado.

—¡Héctor, no te vayas! —grito desesperada—. ¡Y no te enfades con Carla ni con nosotros, por favor! ¡No hagas nada de lo que puedas arrepentirte!

Charly nos mira aterrado y sale detrás de Héctor, sabiendo que necesita a alguien. Para mi sorpresa, Yasmín le sigue.

La impotencia de Ástor me duele físicamente cuando me lanza una mirada afligida. Me acerco a él y nos fundimos en un abrazo con el que intento absorber su disgusto. Sé que le ha sentado fatal que Héctor haya dicho que se va a ir de su casa. ¡Es el fin de una era!

—Lo siento… —Lo acaricio—. No sabía si decirlo o no…

—Menos mal que lo has hecho…

Lo miro con expresión culpable.

—Pero no quería que os pelearais, As…

—Si hay alguna posibilidad de que ese bebé nazca, hay que intentarlo. Claro que soluciona nuestros problemas, ¡pero no es solo eso! Antes del accidente, Héctor siempre quiso tener hijos. Lo daba

por hecho, le han gustado los críos desde que recuerdo. Después decidió renunciar a ser padre porque se sentía insuficiente, pero yo sé que le haría muy feliz. Si pudiéramos conseguirlo…

—Tengo que sacar a Carla de la cárcel como sea… —me flagelo.

—Kei… —Ástor me coge la cara—. No puedes cargarte con esa responsabilidad. Nada de esto es culpa tuya.

—¡Pero podía haberlo hecho mejor! Yo… El amor me ha distraído.

—Tú también tienes derecho a ser feliz. Y yo. ¡No solo ellos!

—Madre mía, ¿quién eres tú y qué has hecho con Ástor de Lerma?

Mi prometido me sonríe levemente.

—Mientras hay vida, hay esperanza, Keira… Hay que intentarlo. Héctor solo tiene miedo. Habla con Carla. Averigua lo que quiere de verdad, porque si aborta y luego la sacas de la cárcel esta decisión siempre será un obstáculo entre ellos.

—Hablaré con ella. Tú intenta hacer lo propio con Héctor… —lo animo.

—No va a ser fácil. ¿Crees que este enfado es solo por esto? No… A mi hermano le pasa algo conmigo desde hace tiempo. Está acostumbrado a que le lleve en palmitas, a que me desviva por él, y desde que te conocí todo ha cambiado. ¡Pero se supone que era lo que quería, joder…!

—Lo que le pasa es que le asusta perderte. Le da miedo que discutamos y que hagas una locura…

—Lo sé… Cree que soy un suicida… Este verano le di un susto de muerte, ¡pero no pretendía hacerlo!

—¿Estás seguro? —pregunto seria—. Si lo hiciste, no pasa nada… Pero tengo que saberlo, Ástor. ¿Pensaste en suicidarte?

—¡No…! Solo quería probar algo nuevo que me hiciera olvidarte… Fue un accidente.

—De acuerdo. Te creo…

—Yo nunca perdí la esperanza del todo contigo, Keira… Confiaba en que algún día la vida nos volviera a reunir.

—¿Cómo podías pensar eso?

—Porque el tiempo lo pone todo en su lugar. Y el mío es contigo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto embelesada.

—Porque nunca me he sentido más en casa que la primera vez que estuve dentro de ti.

charly

40

En el punto de mira

—¡Héctor! —lo llamo de lejos.

Veo que se dirige a los ascensores y echo a correr, pero noto que alguien me sigue a la carrera.

Es esa niñata policía que no dejó de hacerme preguntas en la fiesta de cumpleaños de Ulises…

Debe de creer que es muy disimulada, pero solo le faltó señalarme con un dedo y acusarme de haber matado a Sofía.

Cuando llego a los ascensores, veo que baja gente de uno y que Héctor se sube. Entro con él y le doy rápido a un botón.

Me quedo observando cómo la chica…, Yasmín, creo que se llama, corre hacia nosotros mientras la puerta se cierra inevitablemente. Sus ojos se agarran a los míos como si no pensara dejarme escapar.

Habría jurado que no le daba tiempo, pero la muy loca se lanza en el último momento y consigue colarse en el ascensor, aterrizando

sobre mí con un placaje alucinante.

—¡Perdón…! ¡Lo siento…! —se disculpa, cohibida.

¡¿Por qué coño no me he apartado?! ¡Me ha clavado todas las tetas en el estómago! Me ha hecho oler su fragancia celestial y su alucinante pelo me ha rozado la cara.

Me froto el cosquilleo que he sentido en la piel y frunzo el ceño.

—¡¿Estás mal de la cabeza…?! ¿Sabes que estas puertas no tienen sensor?

—Lo sé… Me he quedado atrapada en ellas más de una vez.

—Me va a salir un buen moratón. —Me toco la zona donde hemos chocado.

—Lo siento, es que tenía que hablar contigo… —le dice a Héctor, esquivándome y agachándose para que él pueda mirarla a los ojos—. Solo quiero decirte una cosa, por favor…

—¿Qué cosa? —pregunta brusco, aunque se ablanda por momentos por su heroica entrada.

No es para menos…, porque el modelito que lleva la chica es digno de estudio. Es un mono vaquero de manga larga, de una sola pieza, con una sugerente cremallera desde el ombligo hasta el escote que sujeta a duras penas la delantera que me ha clavado…

Y agachada en esa postura ofrece un canalillo apretado por el que darías hasta tu alma.

—Quizá Carla sí quiera tener ese bebé… —comienza cautelosa—. Los motivos que me ha dado están basados en que le da miedo perderte, Héctor. Por favor, no me hagas quedar mal por habértelo contado… Habla con ella con calma y preguntaos qué queréis los dos, porque vuestro futuro depende de ello. En momentos así es cuando una pareja demuestra de lo que está hecha…

—Pues pretendía ocultármelo. De eso estamos hechos…

—No habrá sido fácil para Carla. Piensa que si te lo ha ocultado es para no perderte… Y si no os apoyáis en esto, estaréis perdidos igualmente. Decida lo que decida, apóyala, Héctor. Pero que lo decida como si no estuviera en la cárcel, porque te juro que vamos a hacer lo que esté en nuestras manos para sacarla muy pronto, y entonces os encontraréis con la decisión de frente y para siempre, y eso determinará el futuro de vuestra relación. Sea como sea, poneos de acuerdo.

—Gracias por el consejo… —musita Héctor, más tranquilo.

La poli me mira y me pilla de lleno ojeando su escote.

Aparto la vista, y cuando vuelvo a mirarla veo que sigue observándome fijamente.

—Siento lo de… Ulises… —me dice de pronto, apocada.

—Gracias —respondo sorprendido.

Noto que me perfora las córneas como si quisiera que lo confesara todo. Podría jurarle que es lo más doloroso que he tenido que hacer en mi vida. Que pensaba que me moría con él y que hubo días en que me arrepentí de no haberme subido a su coche e irnos los dos a tomar por culo. Nunca mejor dicho… Habría sido memorable.

Pero no podía dejar inconclusa mi misión… No, cuando había llegado tan lejos.

Las palabras que acaban de salir por su boca son más ciertas de lo que imagina: «si no os apoyáis, estaréis perdidos».

Si Ulises me hubiera apoyado, seguiría vivo… Y yo quería que siguiera vivo. Necesitaba que así fuera…, pero ni siquiera me dejó escapar. No me eligió. Y yo tampoco pude elegirlo a él… ¿De qué estábamos hechos, entonces?

Su muerte fue una gran tragedia… como lo son las más grandes historias de amor jamás contadas, y le echaré de menos el resto de mi vida.

Mataría por saber qué fue lo último que le pasó por la mente. Qué era lo que predominaba, si la pena o la traición.

En mi caso fue percibir el dolor de que Ulises renunciaba a todo por mí. Hasta a su vida.

Los días que siguieron a su muerte quise desaparecer del mundo. De hecho, lo hice. Me quedé prácticamente catatónico. No soy un psicópata al uso que ni siente ni padece. Ojalá lo fuera…

No soportaba el dolor. La culpa. La injusticia… ¡¿Por qué, joder?! ¡¿Por qué?! Podíamos haber sido felices para siempre…

La culpa fue de Sofía… La muy zopenca nos condenó a todos.

Tampoco quería matarla a ella, pero no me quedó más remedio. ¡Estaba a punto de desvelar el secreto mejor guardado del mundo!, y yo no podía permitirlo…

Recuerdo que me tomé un segundo, apoyado en el volante, para llorar su muerte después de esconder las pruebas y limpiarme los

restos de sangre. Lamentaba haberla llevado a casa de mi madre y dejar que descubriera esa parte de mí… Pero iba a casarme con ella, y pensé que debía saberlo. Creí que lo entendería.

Cuando llegué al escenario del crimen, Ástor estaba allí… y siempre recordaré lo que hizo en cuanto me vio. Me lo puso tan a huevo que…

—¿Qué ha pasado…? —farfullé nervioso, y Ástor me asió por los brazos.

—Charly…, para… Tranquilo…

Vi a Carla esposada, llorosa y cubierta de sangre, y me transformé.

—¡¿Qué pasa?! ¡Carla! ¡Carla…!

—¡¡¡Carlos, mírame…!!! —Ástor me cogió la cara—. No te muevas de aquí, por favor. No des un paso más hacia el jardín…

—¡¿Dónde está Sofía…?!

Y si soy tan buen actor es porque en realidad no lo estaba fingiendo. Todo era completamente real para mí. ¡Me estaba pasando de verdad! ¡Alguien había matado a mi novia! ¡Estaba muerta! Solo me bastaba con olvidar el hecho de que el asesino era yo.

Con Ulises me ocurrió lo mismo, y fue un duelo durísimo. Porque no fue culpa mía, sino suya…, por fijarse tanto en los putos detalles. Y me jodió muchísimo, os lo aseguro. Ulises era esa media naranja que casi nadie encuentra. La gente tiende a conformarse con mandarinas. Es parecida, tiene el mismo color, pero no sabe igual…

Me apuesto lo que sea a que, si Sofía no me hubiera obligado a matarla, Ulises y yo habríamos vuelto a encontrarnos en la boda de Ástor y Keira. Desde la primera vez que los dos se besaron en aquella piscina tuve claro que se celebraría, más que nada porque siguieron haciéndolo cuando el juego ya había terminado. En ese momento supe que aquello me traería problemas.

El ascensor se abre y nos escupe de nuevo al mundo real. Me devuelve al presente.

Héctor sale el primero, y sigo su estela porque no quiero dejarlo solo. Si pretende mudarse de casa de Ástor de forma eficaz y rápida va a necesitar mi ayuda. Creo que pensaba hacerlo de todos modos, así la parejita prometida tendrá por fin su propio nidito de amor. Una pena que la felicidad les vaya a durar tan poco…

Suena un mensaje en mi móvil, y no tengo que mirarlo para saber que es Ástor rogándome que vele por el bienestar de su hermanito.

Si me diera un euro por cada vez que me ha mandado un mensaje similar a este «ayúdalo en lo que puedas, Charly, y mantenme informado de todo», yo sería rico… Más de lo que soy, me refiero.

Le respondo un «ok» y añado que, por favor, me llamen el día que vayan a revisar la casa de Ulises, porque quiero tener algo suyo.

Ese día tarda en llegar la friolera de otra semana. Entre que le dieron el alta a Ástor, él y Keira se animaron a vivir juntos y toda la situación con Héctor, me han hecho esperar siete largos días para acompañarles a casa de Ulises. Pero al fin podemos ir.

Necesito saber qué hay en ese piso. Porque sé que en algún momento Ulises sospechó de mí, y seguro que tenía algún cuaderno con anotaciones que señalaban el hilo del que seguir tirando para descubrirme. Si no lo hizo es porque me amaba demasiado. De todos modos, me temo que Keira no lo pasará por alto, y debo averiguar qué aspecto tiene ese maldito bloc de notas… o lo que sea, porque, tarde o temprano, tendré que destruirlo o hacer que desaparezca.

Quizá esté paranoico… Ulises parecía realmente sorprendido cuando lo descubrió todo. Hasta le dio un corte de digestión serio. ¡Estaba pálido! Me di cuenta al momento de lo que le pasaba, por eso antes de llegar al restaurante lo dejé todo listo para asustarlo con el control remoto de las bombas que tenía instalado en mi otro móvil.

No pensaba usarlas… Eran solo mi vía de escape. No tenía planeado que la noche terminara así…

Detonar la bomba fue una chapuza a todos los niveles, en especial el logístico. Todo el mundo se preguntaría por qué estalló sin Ástor cerca, pero todavía podía arreglarlo. Inventarme algo. Dejar una pista falsa y, quizá, otro cadáver con una nota de suicidio admitiéndolo todo… ¿Por qué no? Hay mucha gente que quiere ver muerto a Ástor.

Podría acusar a uno de los hijos de puta del «chat maligno» del KUN; les tengo muchísimas ganas… Jamás debieron meterse conmigo. Sea como sea, tengo que desviar el foco de mi persona y señalar a otro culpable, como hice con Carla.

Lo siento por ella, pero era la víctima perfecta para cargarle el asesinato de Sofía. Los celos que le tenía eran muy sospechosos. Y si

esa mosquita muerta decide tener el bebé de Héctor lo lamentará. No tengo más que hacer una llamada para que se encarguen de Carla en la cárcel; soy el abogado de varias reclusas, y harán lo que les pida.

No me gustaría, pero me obligará a hacerlo… No quiero futuros herederos de acciones que vayan a quedarse con mi parte del pastel cuando haya acabado con los De Lerma. Creo que me lo he ganado entero con creces…

No preveo que entrar en casa de Ulises me cause una hemorragia interna. Me asaltan miles de buenos recuerdos por cada rincón. Todavía huele a él, y noto un peso horrible en el estómago y en los ojos.

—¿Por qué no empezamos por su habitación? —propone Ástor, precavido.

Keira y yo asentimos, totalmente devastados.

Al abrir su armario tengo ganas de quedarme abrazado a su ropa un buen rato, y luego escurrirme hasta el suelo y no moverme nunca más.

«Joder, Ulises…».

Entiendo que mis palabras puedan chocar, pero la vida es una constante elección. Y elegir significa renunciar a una cosa que «quieres» por otra que «prefieres». Y yo quería a Ulises. Y estar en su casa ahora mismo me está doliendo más de lo que imagináis.

Muchos delincuentes terminan confesando sus crímenes como una necesidad de purga indispensable para sus almas, y les entiendo bien. Porque por momentos es insoportable y deseo confesar a todos que fui yo. ¿Qué cara pondrían?

—Hoy hace un año que nos conocimos, chicos… —nos dice Keira de pronto, melancólica.

Ástor la abraza, y estoy a punto de gritar porque no puedo sentir el abrazo de Ulises. ¿Qué he hecho para merecer esto?

—Este año el torneo tendrá que posponerse… —musita Ástor.

—Joder, ni me acordaba —digo, por decir algo.

—Durante años ha sido un hito para mí —continúa As, mirando a Keira—. Era lo único emocionante de mi vida. Claro que desde que te conozco todos los días son así. Estoy servido de emociones fuertes…

Keira le sonríe y vuelven a abrazarse.

«Aprovechad, chicos… A todo cerdo le llega su sanmartín…».

Creen que con tenerse el uno al otro será suficiente, pero, por culpa de Ulises, están todos sentenciados.

La expresiva mirada de Yasmín me dejó bien claro que me tienen en el punto de mira en comisaría, y Ulises terminó descubriéndome, aun sin querer. ¿Quién sabe qué otros errores cometí que él pasó por alto por culpa del amor? Pero si Keira revisa sus notas dará con la clave, y antes de que eso ocurra tengo que completar mi misión.

El segundo cabo suelto no me preocupa… Me refiero al bebé. Porque hace unos días presencié una conversación entre los hermanos De Lerma que daba a entender que Carla había decidido abortar.

Ástor me pidió que preparara una encerrona a Héctor para que pudieran hablar, pero solo sirvió para empeorar las cosas.

—Eh… —lo saludó As.

Su hermano, sin embargo, no le correspondió como otras veces tras una pelea. Solo chascó la lengua y murmuró que iba a cagarse en toda mi familia por tenderle esa trampa.

—Héctor…, me duele que pienses así de mí —musitó Ástor—. De verdad creo que ese bebé es una bendición y no solo un golpe de suerte. ¡Quiero ayudaros!

—No te molestes… Está decidido, Carla no lo va a tener —sentenció.

—Pero… podemos buscar una solución entre todos…

—No hay solución, Ástor. Carla dice que se niega a tenerlo encerrada. No quiere ser madre en esas condiciones, y la entiendo…

—¡Pues que no lo tenga allí dentro! ¡Puedes cuidarlo tú fuera! Nosotros te ayudaríamos y…

—¿Cuidarlo yo? —dijo Héctor, horrorizado—. ¿Estás tan ciego que te has olvidado hasta de esto? —bramó golpeando la silla con violencia—. ¡¡¡Si apenas puedo cuidar de mí mismo, Ástor!!!

—¡Pues lo haré yo! Si no queréis el bebé, ¡me lo quedo!

A Héctor se le salieron los ojos de las cuencas.

—Pero… ¡¿TE ESTÁS OYENDO?! ¡Hablas de mi hijo como si fuera un jarrón!

—¡¡¡Es un De Lerma, Héctor!!! ¡Nuestra sangre corre por sus venas! ¡Solo intento salvarle la vida! Y te lo repito: si no lo queréis, me lo quedo, ¡pero no os deshagáis de él!

—¡Esto no funciona así, Ástor!

—¡Ah, perdona! ¡Pues dime cómo funciona, por favor! ¡¿Es mejor matarlo?!

—¡Lo que habría sido mejor es que Keira hubiera sacado a mi novia de la cárcel cuando tuvo oportunidad, en vez de centrarse en ti! ¡Si ese niño no nace, es por tu culpa, Ástor!

A mí se me congeló la sangre al oír esa acusación. Sabía que tenía que intervenir, que debía pararles, que no habría marcha atrás para esas palabras, pero fui incapaz de meterme en la discusión.

—No puedo creer que hayas dicho eso… —borboteó Ástor—. No es momento de ser egocéntrico, Héctor, ¡piensa en tu hijo!

—¡Eres tú el que está pensando solo en ti! ¡Nacer en estas circunstancias marcará el resto de su vida!

—¡Y que abortéis marcará el resto de la tuya, Héctor! Aunque no te lo creas, no estoy luchando por él ni por mí, ¡sino por ti…! ¡Porque te arrepentirás de esto, hermano! ¡Lo sé! ¡Te conozco…!

—De lo único que me arrepiento es de haber pasado tantos años a tu lado, preocupándome por ti. Pero ya no soy asunto tuyo, Ástor. Ni tú, el mío. Hasta nunca…

Y con esas palabras, Héctor se marchó. Insistí en llevarle a su nueva casa, pero rechazó mi ayuda. Así que me quedé con Ástor e intenté consolarlo. Pero la que realmente lo consoló fue Keira entre sus brazos… o entre sus piernas, no lo sé. La cuestión es que el imperio De Lerma ya había empezado a destruirse por sí solo, sin que yo hiciera nada. Lo que quedaba iba a ser coser y cantar…

Seguimos registrando cada rincón de la casa de Ulises en busca de algún detalle especial. Me centro en una gran estantería llena de documentos que hay en el salón. Keira se me une y, en un momento dado, la veo coger una carpeta roja y abrirla, intrigada.

—¡Bingo! —exclama contenta. Y, alarmado, me vuelvo hacia ella —. ¡Aquí está todo lo que Ulises investigó por su cuenta sobre el caso de Sofía!

Me arden las manos por coger esa carpeta, pero Keira la lanza dentro de la caja de cartón que ha traído para hacer acopio de los recuerdos de su mejor amigo. También deja caer algunos objetos y fotos que encuentra por ahí. Ah, y una camiseta de Ulises que era de mis favoritas. ¡Maldita sea! Me derretía cuando la llevaba puesta… Me

da rabia no poder tenerla, pero quizá sea mejor así, porque si ese trozo de tela entra en mi casa jamás podré olvidarle.

Cuando nos marchamos, totalmente desmoralizados, bajamos los tres en el ascensor y mi vista recae de nuevo en la carpeta roja. La portada es transparente, y en el papel que hay justo debajo adivino un «Charly» subrayado varias veces que hace que me ponga a sudar.

Me crujo el cuello y suspiro pesadamente. ¡Necesito esa puta carpeta!

—¿Estás bien? —me pregunta Ástor, preocupado.

—Lo estaré…

Claro que lo estaré. No tengo más que fingir que no pasa nada. Olvidar que la persona a la que más he querido en toda mi vida ya no está y centrarme en que todavía queda mucho por hacer.

Y lo haré, cueste lo que cueste… y muera quien muera.

keira

Epílogo

Quince días después

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunto ya en la puerta, sonriente.

—¡Sí…! Muchas gracias por todo —responde Charly, educado.

—¡Ha sido una gran velada! Yasmín, ¿seguro que no quieres quedarte a dormir aquí? Es muy tarde…

—¡Que no, pesada!

—¿Estás segura? Me da cosa que vuelvas a vivir sola…

—No te preocupes… ¡Estoy bien! No sabéis cuánto echaba de menos el silencio. No os ofendáis, pero erais muy escandalosos cuando vivíamos los tres en mi casa.

Ástor sonríe con presunción. Yo me muerdo los labios. ¡Es que las paredes eran muy finas…!

—Bueno, pues cuidado con el coche —murmuro maternal. Pero lo que realmente le estoy diciendo con la mirada es: «Cuidado con

Charly». Y lo digo en todos los sentidos…

Es increíble. Yasmín ha pasado de no querer estar a solas con un hombre a dejar que nuestro sospechoso número uno la lleve de vuelta a casa un sábado por la noche.

Nos despedimos con un abrazo sentido y Ástor cierra la puerta.

—¡Pensaba que no se irían nunca…! —susurra cogiéndome por detrás, pegándose a mi cuello y acariciando mi vientre.

—Son nuestros mejores amigos… —Sonrío melosa.

—Lo sé, pero todavía no me he saciado de ti…

Me vuelve la cabeza hacia él y me besa a lo bruto, demostrándome todo lo que planea hacerme en la cama a continuación. Acabo de confirmar que hoy no va a ser precisamente blandito conmigo.

—Déjame ir al cuarto de baño antes de que sea imposible parar… —le pido.

—Anda, corre… —finge darme permiso—. Mientras tanto, recogeré un poco el salón.

Me pierdo por el pasillo y pongo rumbo hacia el despacho en vez de hacia el aseo.

Cuando Ástor y yo empezamos a vivir juntos hace diez días instalé una mesa para mí en su despacho donde antes estaba la de cristal que se rompió. Había un hueco enorme que todavía no había llenado con nada. Era como si estuviera esperándome a mí.

Compramos una estantería en la que coloqué todos mis libros y recuerdos, incluida la carpeta roja que me llevé de casa de Ulises… La había dejado cogiendo polvo en un rincón, esperando su momento. Y me había encargado de que Charly la viera allí.

Mi ordenador me espera en modo suspendido y lo activo con el movimiento del ratón. Necesito comprobar una cosa urgentemente…

Abro una carpeta que contiene las grabaciones periódicas de esta misma habitación e interrumpo la que se está en curso. Clico en ella y la hago retroceder hasta el fragmento que me interesa.

¡BINGO!

Y es que, en algún momento de esta «sublime velada», Charly, tras varios días en los que hemos comentado delante de él la valiosa información que contiene la famosa carpeta roja, se ha colado en el despacho para husmear en ella.

El corazón comienza a martillearme frenético en el pecho al constatar que ha caído en mi trampa. No me lo puedo creer… ¡Ha estado siempre ahí, delante de mis narices! Es obvio que está preocupado y tiene miedo de que le descubra, como hizo Ulises. Por eso acabó con él, porque llegó a la conclusión de que Charly había matado a Sofía.

Inspiro hondo y me crujo los dedos, cansada. Por algo el ajedrez es un deporte. Porque es jodidamente agotador trazar estrategias eficaces para atrapar a tu rival. Y la mía ha funcionado.

«Ya te tengo, cabrón», pienso con más coraje del que creía tener. Ahora solo me queda demostrarlo.

No puedo revelárselo a Ástor sin tener pruebas, porque se pondría a la defensiva con virulencia, como siempre ha hecho cuando he insinuado que su mejor amigo podría ser el culpable. Y no voy a permitir que nada empañe nuestra situación actual.

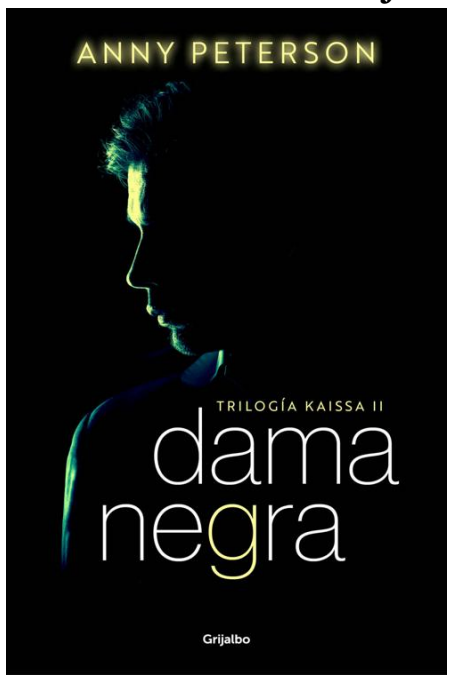
Está en juego el amor de mi vida.

Está en juego hacer justicia.

Está en juego la vida de un bebé y la de todos.

Necesito una *Jugada maestra* para conseguir el jaque mate final.

Amor, intriga y pasión se unen en la segunda parte de la trilogía más excitante de Anny Peterson, una de las autoras de romántica mejor valoradas.



La inspectora Keira Ibáñez y el duque de Lerma se reencuentran tras la aparición del cuerpo sin vida de una alumna de la universidad, un suceso que pone de nuevo en entredicho el prestigio del atractivo y poderoso aristócrata. Ambos tendrán que colaborar en la investigación, aunque eso signifique lidiar con la inevitable atracción que palpita entre ellos.

Keira está convencida de que Ástor corre peligro y de que el asesinato emula una de las jugadas más brutales en el ajedrez: el famoso sacrificio de la dama para arrinconar al rey. Comenzará así una arriesgada partida que podría hacerles perder la razón y el corazón.

Anny Peterson (Zaragoza, 1983), conocida en las redes sociales como Lady Fuxia, es licenciada en Arquitectura superior por la Universidad del País Vasco en San Sebastián y tiene un máster en Marketing online, Publicidad y Diseño por la NETT Digital School.

Amante del cine y lectora acérrima, debutó como escritora de novela romántica en 2017 y desde entonces su carrera ha sido un éxito. Durante su infancia ya se divertía escribiendo y siempre tuvo el sueño de publicar un libro. Lo que no esperaba es que miles de lectoras se volcaran con sus historias y le permitieran dedicarse a la escritura a tiempo completo.

Penguin Random House Grupo Editorial
Primera edición: junio de 2023
© 2023, Anny Peterson
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Shutterstock, por las ilustraciones del interior Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imagen de portada: © Wojciech Zwolinski / Arcangel Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-253-6379-5
Compuesto en leerendigital.com Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Dama negra

Prólogo
1. Reencuentros fatales
2. La lista negra
3. Descansa en paz
4. Hoy, no
5. Tenemos que hablar
6. No pierdas el tiempo
7. El fin del principio
8. El primero y el último
9. Mejor llama a Sindy
10. La jugada
11. Secretos incontables
12. El primer paso
13. La proposición
14. El Bicentenario
15. El chat maldito
16. La *vie* (no) es *rose*
17. La vida es demasié
18. La definitiva
19. Sálvame
20. Sentimientos arriesgados
21. Métodos infalibles
22. Ojo por ojo
23. Confía en mí
23. Manipulaciones humanitarias
25. La noche más especial
26. Feliz cumpleaños
27. La otra sorpresa
28. Palabras llenas
29. La trampa del destino
30. Problemas de mascotas
31. Quiero que me comas
32. La pista definitiva
33. Quiéreme
34. Una elección explosiva

35. Esto no ha pasado
36. Nuevos cimientos
37. Volver a nacer
38. La última jugada
39. Todo queda en familia
40. En el punto de mira
Epílogo

Sobre este libro
Sobre Anny Peterson
Créditos

ANNY PETERSON

TRILOGÍA KAISSA III

jugada maestra

Grijalbo

jugada maestra

ANNY PETERSON

Grijalbo

Quien asume riesgos puede perder;
quien no los asume pierde siempre.

SAVIELLY TARTAKOWER

A mis padres,
por enseñarme que vale la pena arriesgarse
a perseguir un sueño

keira

Prólogo

Sábado, 7 de abril
4.12 h.

—Estás rara —opina Ástor, resignado.

—No es verdad.

—Dices que no, Keira, pero lo estás…

—¿En qué lo notas?

Una pregunta estúpida cuando acabo de apartarme de su toque.

—Pensaba que ya lo habíamos superado… ¿Es que no me crees?

—Claro que te creo, Ástor —contesto con firmeza.

—Entonces ¿qué pasa?

Me callo porque no tengo respuesta a esa pregunta. ¡No es por él! ¿O sí…? Lo cierto es que ya no sé en quién confiar después de los

últimos quince días.

Es el tiempo que ha pasado desde que descubrí quién mató a Sofía. Lo malo es que sigo sin poder demostrarlo y sin saber por qué, y el insomnio y el estrés que arrastro me están consumiendo. No es fácil ser testigo de hasta qué punto un buen asesino es capaz de engañar incluso a sus más allegados…

Con toda probabilidad su mente enfermiza transforme sus remordimientos en la convicción de que tiene una misión mucho más grande que cualquier vida humana.

—¿Es por esta casa? —me pregunta Ástor de pronto, sacándome de mis cavilaciones—. ¿Te trae malos recuerdos?

—Puede ser… —admito.

Estamos en la mansión de los Arnau. Aquí es donde descubrimos que Sofía y Carla andaban compinchadas. Ahora la una está muerta y la otra, encerrada, y encontrarnos aquí de celebración me incomoda un poco.

Es un casoplón enorme, repleto de invitados de etiqueta que no querían perderse el cumpleaños del marqués. Al parecer, Xavier tiene fama de ofrecer un despliegue inigualable de buen gusto, amenizado con un *catering* de alta calidad y la mejor música en directo.

—Pues a mí me pone mucho estar aquí… —confiesa Ástor con una sonrisa torcida pegándose de nuevo a mí—. Me llena de adrenalina…

Sentir la brisa de sus palabras sobre la piel de mi mejilla me excita, y esta vez no me aparto.

Antes lo he rechazado porque acordamos que no volveríamos a ocultarnos nada y somos expertos en romper esa promesa… A mí me pesa tener que hacerlo, pero no puedo contarle lo que he descubierto. Podría ser muy peligroso para él.

Sus labios se posan en mi cuello y me obliga a cerrar los ojos contra mi voluntad.

Me encantaría perderme en su boca y olvidarme de todo por un instante, pero no es fácil desconectar. No lo ha sido desde que vi esa maldita grabación de Charly entrando en mi despacho en busca de la dichosa carpeta roja de Ulises…

Las increíbles manos de Ástor acarician el exterior de mis muslos y no detienen su andanza al toparse con la tela de mi vestido, sino que

la arrastran hacia arriba a la vez que entierra su nariz en mi pelo.

—Kei… —jadea suplicante—. Necesito que todo vuelva a ser como antes… Por favor…

Su petición me ablanda y arqueo la espalda dándole acceso a mi intimidad. Al percibirlo, suspira enardecido.

Me aprisiona desde atrás contra la encimera del cuarto de baño hasta el que me ha seguido y gimo bajito cuando me separa las piernas sin delicadeza. Sus manos recorren mis ingles con devoción hasta llegar a mi centro.

Mentiría si dijera que no me gusta sentir su necesidad de poseerme y terminar follando en los lugares más insospechados, como si fuera su amante en vez de su prometida.

—Dios, Keira… —gime impaciente, desabrochándose el pantalón.

La anticipación me tensa al imaginar cada centímetro de su piel abriéndose paso en la mía con estocadas firmes y profundas.

Podría tomarme esta licencia…, este pequeño instante de placer y disfrutarlo un poco, porque en cuanto volvamos a la fiesta el enemigo seguirá acechándonos.

Brindará con nosotros, bromearemos juntos y tendré que dibujar una sonrisa falsa en mi cara para que nadie sospeche nada, Ástor el que menos…

El susodicho toma mi boca con avaricia haciendo que la imagen del innombrable se difumine en mi mente. Hacía muchos días que no nos dábamos un morreo en condiciones, y me regocijo al máximo. Es evidente que el alcohol ha conseguido que nos saltemos el clásico protocolo tras una pelea, porque la semana ha sido bastante fría entre nosotros después de cierto mal trago con la prensa… Ya os contaré, no es momento de pensar en eso, es momento de…

Toc, toc, toc.

Unos golpes en la puerta nos interrumpen.

—Que esperen… —farfulla Ástor, molesto, sin intención de interrumpir lo que se proponía hacer.

Tengo el vestido por la cintura y él, el pantalón deslizado piernas abajo, estábamos a punto de «reconectar».

—¿Hay alguien aquí? —pregunta una voz masculina.

Ástor y yo nos miramos y guardamos silencio.

—Disculpe, pero la casa está siendo evacuada. Le ruego que salga

cuanto antes, por favor…

«¿“Evacuada”? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?».

Automáticamente, me preocupo. Hace media hora hemos visto a Saúl y le hemos preguntado dónde estaba su padre, pero no lo sabía.

—Hace rato que no lo veo —nos ha asegurado—. Igual ha hecho una bomba de humo y se ha ido ya a la cama. Por mucho que diga, cumplir sesenta y cuatro le ha sentado fatal… Iré a buscarlo.

El malhumor de Saúl no nos ha pasado desapercibido, y estoy segura de que el motivo ha sido la desaparición de Charly y Yasmín un rato antes.

Que Charly se encaprichara de mi compañera no fue una sorpresa para mí. Ya sabía que le gustaban los policías, especialmente los que investigan casos en los que él es sospechoso.

Me recoloco el vestido en su sitio con garbo y Ástor se viste para salir. Hay un empleado por el pasillo que sigue comprobando las estancias, y al notar su tensión me azota un mal presentimiento.

—Vayan saliendo, por favor… —nos repite nervioso.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —pregunto interesada.

—Lo siento, señorita, no estoy autorizado para dar explicaciones. Solamente tengo órdenes de que todo el mundo abandone la casa.

—¿Dónde está el anfitrión?

—Eh… Indispuesto. Han llamado a una ambulancia. Y a la Policía.

—Yo soy policía. ¿Dónde está? —le exijo con firmeza.

El hombre me observa de arriba abajo dudando de mi palabra por culpa de mi atuendo y del pintalabios que sin duda llevaré corrido, porque acababa de retocármelo cuando Ástor me ha sorprendido en el cuarto de baño.

Al ver que no contesta, me doy la vuelta y me dispongo a buscar a Xavier por mí misma. Solo tengo que fijarme en el comportamiento de los trabajadores para encontrar el origen del conflicto.

Llegamos al *hall* principal y veo a una chica del servicio cruzar el espacio a toda prisa en sentido opuesto al nuestro. Sigo su estela sin dudarlo y nos lleva hasta un pasillo donde se aglomera más gente. La muchedumbre desemboca en la puerta de un enorme despacho en cuyo interior distingo a Saúl, de rodillas en el suelo, llorando consternado con su padre entre los brazos.

—¡Saúl…! —exclama Ástor, alarmado.

El aludido levanta la cabeza y nos mira con la cara desencajada.

—¡Apártense! —ordena Ástor en un tono irrebatible.

A medida que avanzamos hacia él, las piezas empiezan a encajar en mi mente como en un puzle. Una cuerda recia, de unos cuatro centímetros de grosor, descansa al lado del cuerpo. Hay una silla volcada y marcas moradas en el cuello de Xavier… Todo indica que se ha ahorcado.

Lo primero que hago es tomarle el pulso. Cuando confirmo que no tiene, busco los ojos de Ástor, atenazada. Saúl se queda estático ante mi silencio sepulcral. Tiene la mirada perdida y vidriosa.

Ástor se agacha para apoyar una mano en su hombro a modo de consuelo y lo oigo susurrar:

—Tranquilo…

—No puede ser… —musita Saúl—. ¡Es imposible! Mi padre nunca lo haría. Ástor… ¡Tú lo sabes!

Mi chico se agacha del todo para abrazarlo y Saúl se derrumba contra él. Apoya la frente en su pecho y rompe a llorar de una forma devastadora. El velo que suele cubrir su fachada de listillo inalcanzable se desvanece, mostrando que no es más que un chaval de veintidós años que acaba de perder a su padre.

La escena nos aplasta.

«Madre mía… Xavier ha muerto…».

Me vuelvo e intento alejarme de esa imagen tan dolorosa e íntima. Siento un terrible peso en el estómago y no soy capaz de gestionar la culpabilidad y la impotencia.

Digo «culpabilidad» porque en las últimas dos semanas he hablado bastantes veces con Xavier. Quizá demasiadas… Lo he presionado mucho con todo el asunto de Sofía, Ulises, Charly y Carla…, y ahora está muerto.

Mi estómago empieza a dar vueltas sobre sí mismo a medida que soy más consciente de las repercusiones que mis duras palabras han podido tener en él.

Y de pronto, la veo.

Una insolente nota encima de la mesa, con tres palabras escritas en letras mayúsculas.

Al leerla, el mundo deja de girar:

LO SIENTO. YO MATÉ A ULISES.

keira

1
A por él

Quince días antes

Intenté convencerme a mí misma de que era imposible… Que pillar a Charly husmeando entre mis notas no significaba nada. ¡Podía ser simple curiosidad, ¿no?! Pero algo dentro de mí no tenía duda de que él estaba detrás de todo.

Los había matado a los dos. A Sofía y a Ulises.

Una muerte explicaba la otra. Solo quedaba demostrarlo, pero primero necesitaba entender por qué.

¡Por qué, joder! ¡Se supone que los quería…!

Ulises debió de descubrir algo. Y si él pudo hacerlo, yo también. Quería resolverlo en tiempo récord ahora que sabía dónde concentrar

mis esfuerzos. Iba a diseccionar la vida de Charly como si de una maldita rana se tratara.

Pero lo primero era lo primero: Carla.

Me constaba que finalmente Héctor y ella habían decidido detener el embarazo muy a pesar de los treinta y seis años de él, de su posición social y del milagro que suponía haberlo conseguido de forma natural, pero el mayor de los De Lerma terminó cediendo al hecho de que ella no quisiera tener al bebé en semejantes circunstancias. Las afecciones psicológicas de dar a luz encarcelada, de ver crecer a su hijo en cautividad y del escándalo mediático que supondría indicaban que lo más sensato era abortar. La insistencia de los padres de Carla por aplazar su maternidad hasta que saliera de aquel infierno terminó de inclinar la balanza. Y a mí me sabía fatal que el verdadero asesino de Sofía se cobrara también esa vida… Porque ese niño no es que fuera «no deseado», más bien era «no esperado», pero sin duda sería querido si la situación fuera distinta.

Recé para no haber llegado demasiado tarde.

Cuando Carla descubrió su estado estaba de seis semanas. Aguantó otras dos sin contárselo a nadie hasta que Yasmín la visitó. Para entonces, ya tenía decidido abortar bajo el más absoluto secreto, pero Yas se tomó su confesión como la duda necesaria para luchar por hacerla cambiar de opinión.

Pasaron otros siete días hasta que Héctor y Carla tomaron una decisión definitiva, plantándose en la novena semana de gestación.

Según la ley de plazos española para la interrupción voluntaria del embarazo, tenía hasta la semana decimocuarta para decidir libremente.

El domingo fui a verla a la cárcel, en calidad de policía, para no perturbar las dos visitas semanales de veinte minutos que se turnaban indistintamente entre sus padres y Héctor.

Carla se quedó asombrada cuando me vio en el locutorio.

—¡Keira…!

—Carla…, hola… ¿Cómo estás?

—He estado mejor —contestó irónica—. ¿Por qué has venido? ¿Hay algún cambio? —preguntó con una esperanza que ya creía perdida. Pero no. Por mucho que digamos lo contrario, siempre queda una con vida hasta el último aliento.

—Traigo novedades. Pero antes, dime: ¿ya has abortado?

—No. Será mañana…

Bufé de puro alivio.

—Menos mal… Pensaba que ya lo habrías hecho.

—No. Una vez que Héctor y yo nos decidimos tuve que rellenar un montón de papeleo y me obligaron a esperar otros tres días, por ley. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Quiero hacerte una pregunta, Carla… —dije con intensidad ignorando sus demandas—. Y contéstame sinceramente, por favor…

—¿Qué?

—Si supieras que vas a salir de aquí en un mes, ¿tendrías el bebé?

—¿Un mes? Y seis también. Lo que no voy a hacer es traer a un niño al mundo para que pase sus primeros tres años de vida aquí dentro o lo haga alejado de mí y que luego no sepa ni quién soy. Mi estancia en la cárcel le marcaría para siempre… —dijo categórica—. Héctor ha sido muy comprensivo y yo no tengo prisa por ser madre… —La última palabra sonó un poco más aguda de lo normal.

—Pero ¿tú quieres tenerlo o no?

—Yo quiero a Héctor… —simplificó, tajante—. Su situación es muy inusual. Puede que esto no vuelva a pasar nunca, los médicos lo consideran un milagro y sé que, en el fondo, él quiere. La prueba de ello es que esta semana no ha venido a verme… —añadió angustiada—. Me dijo por teléfono que no tenía ánimo. Que había perdido a demasiada gente en poco tiempo… A mí, a Ástor y ahora a nuestro hijo…

Las lágrimas desbordaron sus ojos, y dejé que se las limpiara y se desahogara antes de continuar. Por poco me derrumbo yo también, pero me guardé la pena, respiré hondo y escondí mis emociones en las profundidades de mi estómago, aunque protestara de forma agónica.

Cuando se repuso, Carla me miró.

—Necesito saberlo: si estuvieras libre, ¿lo tendrías?

—Sí… Lo haría por Héctor. Quizá yo no esté preparada ni motivada para ser madre, pero él sí para ser padre. Y sabiendo que dispondría de los medios y el apoyo necesario para continuar formándome, lo tendría incluso sin contar con la bendición de mis padres. Ellos no lo aprueban por el simple hecho de que no lo ha precedido una gran boda de revista… Son así de retrógrados.

—¿Tú quieres casarte, Carla?

—Desde niña me han hecho pensar que debía casarme antes de plantearme tener hijos, pero he descubierto por las malas que la vida viene como viene y que hay que adaptarse a ella. Estoy intentando con todas mis fuerzas soportar el estar aquí encerrada injustamente… Mi dormitorio es una celda, ¡una maldita celda! Y estoy agotando mis escasas energías para no volverme loca. Cada minuto que pasa es una lucha por sobrevivir a esta pesadilla interminable, y no pienso sumarle tener un bebé sola… ¡No puedo ceder a los deseos de Héctor de ser padre en estas condiciones!

Sollozó de nuevo y me sentí fatal por ella.

—No tienes que ceder ni en esta ni en ninguna otra circunstancia. Yo no lo he hecho por Ástor, por mucho que lo necesite para perpetuar su linaje… ¡Se trata de mi vida! Y, en este caso, de la tuya.

—Lo sé, pero eso me hace sentir egoísta… A ti, ¿no, Keira?

—¡¿Por qué?! —pregunté con intención de rebatírselo.

—Porque ellos no pueden tener hijos. Están subyugados a nuestra decisión para ser padres, e igual que hay muchas mujeres que no quieren tenerlos, hay muchos hombres que lo están deseando y no pueden. ¿No te parece injusto? ¿No te parece una actitud machista el hecho de clasificar el rol femenino como el único e imprescindible para la crianza de un hijo? ¡Hoy en día hay padrazos así como madres muy desprendidas que pasan olímpicamente de sus hijos…!

—Ya, pero la madre lo engendra, lo lleva dentro y la unión con el bebé alcanza un grado que luego se refleja en todo…

—¿Y qué pasa con los bebés cuyas madres mueren durante el parto, acaso no salen adelante? Los vínculos se forjan, Keira. Y creo que la responsabilidad de tener un hijo es de dos, no solo de la madre. Somos nosotras mismas las que nos adjudicamos ese papel del que luego tanto nos quejamos, y la clave está en saber delegar y no intentar abarcar más de lo que somos capaces. Por lo tanto, teniendo el privilegio de traer a una persona al mundo, ¿por qué iba a negarme si sobran manos que lo atenderán de mil amores, aunque no sean siempre las mías?

Su discurso me dejó a cuadros.

Nunca lo había visto de ese modo. ¿Delegar? Sí, claro… Y luego aguantar el chaparrón de que eres una madre horrible, no «como las

de antes». Sin embargo, su reflexión hizo que me diera cuenta de que, a pesar de haber luchado siempre contra la injusticia de género, incluso yo me amparaba en pensamientos machistas de una ideología opresiva en la que ni siquiera creía para justificarme a mí misma la decisión de no tener hijos.

No conocía mucho a Carla, o nada, pero me acababa de demostrar que había interiorizado todos aquellos libros feministas que descubrí un día en la estantería de su habitación.

—He estado esperando novedades a diario desde que me trajiste aquí el primer día… Y has venido en contadas ocasiones, básicamente para aplacar tus remordimientos por ser tan feliz con Ástor mientras yo me pudría aquí —me reprochó—. Llevo meses soñando que apareces corriendo con la solución ondeando en la mano, así que dime que tienes algo, Keira…

No puedo explicaros lo mal que me sentí en ese momento.

Por eso no quería venir a verla y por eso no quería ser madre, porque saber que alguien depende tanto de ti es una sensación insoportable. Su situación no era culpa mía, pero me vi pidiéndole perdón mil veces.

Le expliqué que hubo demasiados frentes abiertos en la investigación del asesinato de Sofía y que desde la primavera pasada mi estado emocional había sido como una puñetera gastroenteritis. Pero se acabó, por fin tenía una pista sólida: mi instinto. No me atreví a asegurárselo por no jugar con sus emociones, pero…

—Carla… —empecé sin saber muy bien qué decir y qué no—. He venido porque necesito que confíes en mí. Te quedan cuatro semanas de margen para tomar la decisión de abortar con libertad y quiero que esperes porque estoy a punto de solucionarlo. Tengo una pista nueva.

—¿Qué pista?

—No puedo contarte nada —dije apenada—. Si quiero que esto salga bien necesito que nadie lo sepa.

—Entonces ¿yo tengo que confiar en ti, pero tú no en mí?

Ese *touché* se me clavó entre los omóplatos con fuerza.

—Es por tu bien…

—¡Necesito saberlo, Keira! —Me miró con dureza—. Dímelo…

—De acuerdo, pero ten presente que si se lo cuentas a alguien, a cualquiera, puede costarte el no salir de aquí en diez años.

—Entendido.

—A nadie, Carla…

—¡Que no se lo diré a Héctor, joder! Si el precio de mi silencio es que me saques de aquí, no contaré nada. Pero si la decisión de tener un hijo depende de ello, necesito saber de qué se trata.

—Sé quién mató a Sofía…

Y expresarlo en voz alta inyectó una nueva convicción a mi teoría.

—¿Quién?

—El problema es que todavía no puedo demostrarlo…

—¡¿Quién fue?!

La vi contener la respiración. Y respiré hondo antes de soltarlo.

—Charly.

Carla me miró como si esa opción ya se le hubiera pasado por la mente.

—¿Por qué estás tan segura?

—Solo lo sé, ¿vale? Ulises no murió por nada… Murió porque lo descubrió, me apostaría una mano. Así que tendí una trampa a Charly y picó… Sé que fue él, Carla, y voy a llegar al fondo de este asunto como sea.

—¿Por qué la mataría? ¡Iban a casarse! Sofía estaba muy ilusionada.

—No lo sé, pero algo se torció aquella semana. Desde que aceptó el compromiso hasta que la mató salió a la luz un secreto… Y gracias a la aplicación que usaban para monitorizarse mutuamente sabemos con exactitud dónde estuvo Sofía. También estoy analizando cada movimiento de Charly. Todo lo que hizo esa semana. Ulises tenía muchos detalles apuntados en notas… Solo te pido que esperes diez días más. No abortes todavía, por favor…

—De acuerdo —aceptó esperanzada.

—Pero di a todo el mundo que lo has hecho, que ya no hay bebé.

—¿Por qué?

—Porque si existe un complot contra los De Lerma, como creo que es el caso, ese niño también lo es. Es mejor decir que ya no está.

—Vale… Por cierto, Keira, siento mucho lo de Ulises…

Apenas pude formular un «gracias».

—Héctor me lo contó y añadió que Charly estaba fatal… ¿Crees que eso se puede fingir tan bien?

—Es que no creo que estuviera fingiendo —apunté bajando la vista.

—¿Y crees que lo mató él?

—Sí. Muy a su pesar. Pero sí…

—No lo entiendo…

—La locura no tiene lógica, Carla, por eso es locura. Supongo que Charly tuvo que elegir. Era él y sus planes o Ulises… Y su estado coincide totalmente con el abatimiento de una culpabilidad en ciernes. Su dolor y el mío son muy distintos. Lo noto.

—Espero que lo atrapes, Keira… Héctor dice que eres un genio jugando al ajedrez. Necesito que hagas tu mejor jugada con él…

—Lo intentaré —contesté angustiada—. Pero estoy asustada… —confesé—. Creo que todos corremos un gran peligro. Si Charly llegó a renunciar a Ulises es porque tenía preparada una cruzada mucho más grande detrás, y aquí todos somos el punto débil de alguien… Por eso es tan importante que no comentes esto con nadie. Ástor y Héctor se volverían locos… Carla, estoy confiando mucho en ti.

—Guardaré el secreto, pero ven a verme en cuanto sepas algo, por favor. No me dejes una semana sin saber de ti. No te cuesta nada acercarte o llamarme por teléfono.

—El teléfono no es seguro. Vendré en persona. Cuenta con ello —dije poniendo la mano en el cristal, y Carla hizo lo mismo, agradecida.

—Keira… Sé que no empezamos con muy buen pie, pero si me sacas de aquí, me lo curraré mucho para que acabes adorándome. —Sonrió ilusionada—. Al fin y al cabo, vamos a ser cuñadas… Felicidades por tu compromiso con Ástor…

—Gracias —contesté esperanzada—. Mi intención es sustituir a un padrino psicópata por una dama de honor en libertad.

—Ojalá… —musitó soñadora con la mirada brillante.

—Dame tiempo, Carla, ¿vale? Es inminente…

Cuando volví a casa convencí a Ástor de que tenía mucho trabajo. Sentía que iba a contrarreloj y me encerré en el despacho con la carpeta roja de Ulises para hacer una lista. Quería aparecer el lunes en comisaría con los deberes hechos y mostrárselos a Yasmín, la partidaria número uno de que Charly era el culpable desde que leyó el informe pericial.

—¡Lo sabía! —exclamó cuando le conté cómo cayó en mi trampa.

—Bueno, en realidad, que hiciera eso no demuestra nada, Yas, pero… —cuestioné haciendo de abogado del diablo conmigo misma.

—¡¿Cómo que no?! ¡Es él, joder! ¡Está clarísimo, Keira!

—Si de verdad es él, está muy loco… —señalé asustada—. Y tú dejaste que el sábado te llevara a casa en su coche… Por eso te escribí, para saber si habías llegado bien. Yas, hay que tener muchísimo cuidado con Charly. Si sospecha algo puede tomar medidas…

—¿Y si te digo que intentó besarme cuando me dejó en casa?

—¡¿Qué?! —exclamé contrariada—. ¡Alucino! ¡Ese tío cambia de pareja como de calzoncillos! ¡No hace ni un mes que murió Ulises…!

Mi pecho palpitó frenético de ira. Pensaba que me daba un infarto allí mismo. No soportaba que Charly estuviera en libertad, vivito y coleando, y mi mejor amigo bajo tierra…

Apreté el puño con fuerza y lo estampé contra la mesa con la esperanza de que mi cólera se pulverizara.

—¿Quién narices es Carlos Montes? —pensé en voz alta, cabreada—. Vamos a averiguarlo, Yas. Quiero vida y obra. Padres, infancia, juventud… Las novias que ha tenido desde el parvulario, cómo coño entró en el KUN y cuándo… ¡Lo quiero todo! Pide en la aplicación de rastreo sus datos de las dos semanas anteriores a la muerte de Sofía.

—Dalo por hecho.

También informé a Yas de que había ido a ver a Carla a la cárcel y le hablé de nuestro pacto.

—Me parece genial. ¡Vamos a conseguirlo, Keira! —exclamó ilusionada.

—Sí… —confirmé, aunque con miedo. Me estaba jugando mucho. Mi propia felicidad, porque no podría estar tranquila hasta resolverlo.

En aquel entonces aún no lo sabía, pero Yasmín acababa de tomar una decisión por su cuenta respecto a Charly que elevaba el nivel del juego y la adentraba en un terreno peligroso.

Al cotejar los recorridos de Charly y Sofía una semana antes de la muerte de ella, saqué dos conclusiones: una, que cuatro días antes, el domingo, habían ido a comer a casa de la madre de Charly; y otra, que en los siguientes dos días Sofía visitó a Xavier un par de veces. ¿Por qué?

Con la madre de Charly quería hablar, pero no me interesaba hacer saltar la liebre tan pronto, así que me decidí por la visita a

Xavier.

A media mañana, Yasmín y yo nos presentamos en el despacho que ocupaba como decano de la facultad de Matemáticas, previa cita telefónica, y nos llevamos una gran sorpresa.

—Buenos días, Keira…

—Hoy soy la inspectora Ibáñez —le contesté seria.

Xavier se quedó petrificado al fijarse en mi compañera.

—¡¡¡Pero si es Yasmín de la Torre!!! ¿De verdad eres tú?

Su cara de «¡Mierda!» la delató.

—Hola, señor Arnau…

—Dios mío… ¡No puedo creerlo! ¡Saúl no me tomaba el pelo…! ¡Te has convertido en toda una mujer!

«Ya empezamos…», pensé al percibir su vomitiva admiración.

—Hemos venido a hablar de Sofía —lo corté, arisca.

—Un momento, Keira, querida… —dijo levantando un petulante dedo y volviendo a mirar a Yasmín—. ¡Te juro que pensaba que tu padre te había vendido a un maldito árabe! Y me enfadé mucho con él…

Lo comentó tan preocupado que hasta yo le creí.

—No me vendió. Hizo algo peor…

—¿Qué te hizo?

—¿Podemos centrarnos en el caso? —replicó Yasmín mirándome, en busca de ayuda.

—Sí, mejor —reaccioné—. Xavier, por favor, deja el pasado en el pasado y céntrate en el presente. Viste a Sofía dos veces la semana de su muerte. ¿De qué charlasteis? Y no me vengas con evasivas. Esto es serio. Habla.

Se echó hacia atrás acomodándose en su gran sillón tapizado en cuero y cruzando las manos sobre su estómago.

—¡Ah, vale! Que ahora hablas en serio… No sabía que antes lo hacías en broma, Keira. Aunque un poco de chiste sí fue… —me acusó presuntuoso.

Le odié como se odia a alguien que tiene razón.

—¿Qué te explicó Sofía? ¿De qué hablasteis? ¿Por qué dos veces? —insistí.

—Te recuerdo que no estoy obligado a declarar por mi relación íntima con ella. Además, ya viste las grabaciones en su día…

Hablamos poco y follamos mucho.

—Esa semana Sofía descubrió algo —continué, ignorando sus palabras—. ¿La notaste más exaltada de lo normal?

—¡Ya lo creo…! —Sonrió lascivo—. Diría que estaba especialmente excitada…

—¿Puede usted ponerse serio por una vez? —inquirió Yasmín, ruda.

Xavier la miró como si hubiera olvidado su presencia allí.

—Lo lamento… —musitó arrepentido. Y mis cejas se alzaron al percibir algo de sumisión en él—. ¿Sabéis qué? Yo era el único que caía bien a Sofía… No soportaba la hipocresía de la mayoría de los miembros del KUN. Yo estaba realmente enamorado de ella, no la perseguí porque fuera novia de mi hijo. Me pirran las mujeres guapas, pero Sofía era especial. Su vibrante personalidad me desmontaba, tenía agallas… Era como el hijo que siempre deseé, ambiciosa, sacrificada… Hasta le pedí que se casara conmigo, ¿y sabéis lo que me contestó? —Sonrió con autenticidad—. ¡Que era demasiado joven para ella…!

—¿Demasiado joven? —repitió Yasmín, escéptica.

—Sí, me dijo que si estuviera más a las puertas de la muerte, me haría el favor, pero que como me quedaban treinta años buenos, que nada… Era realmente maravillosa…

Yasmín disimuló una sonrisa en los labios ante su razonamiento.

—Y tú también me gustabas para mi hijo… —añadió de repente, sorprendiéndola—. La verdad es que no daba un duro por vosotros, pero al final prendió la chispa, ¿verdad? —soltó burlón.

Llegué a temer por la vida de Yasmín; os juro que no respiraba.

Carraspeé y me centré. No debíamos dar alas a las provocaciones del decano.

—¿Qué te contó Sofía aquella semana, Xavier? —insistí severa—. Cualquier cosa podría servirnos…

—Ya te lo dije, Keira. Estaba hecha un lío entre sus sentimientos y su ambición. Era evidente que la conveniencia le había explotado en la cara…

—Explícate.

—Se había enamorado como una colegiala de ese policía presuntuoso, Ulises, y el *matao* de Charly, loco de envidia, le había

hecho una suculenta oferta de matrimonio. Por otro lado, yo la animaba a seguir en solitario; estaba a punto de ser nombrada miembro del KUN y no tenía por qué conformarse con estar casada con uno de ellos. Le preocupaba el dinero, pero todavía era joven y hermosa y sabía que yo siempre la respaldaría en el plano económico…, mientras estuviera conmigo, claro.

—¿Qué te contó de Charly exactamente?

—Muchas cosas que no vienen al caso…

—Todo viene al caso, Xavier. ¡Explícate!

—No le gustaba que bebiera los vientos por Ástor… —aclaró desdeñoso—. Se quejaba del orden de prioridades en su vida. Sus planes siempre dependían de la agenda del duque. Cuando lo necesitaba, se paraba el mundo y el resto tenía que esperar. Y creedme, lo necesitaba muy a menudo…

Yasmín y yo nos miramos.

¿Por qué tendría Charly esa obsesión con Ástor?

Se supone que estaba enamorado de Sofía. Y luego de Ulises. Y tenía dinero de sobra gracias al negocio de la web SugarLite. ¿Por qué ese servilismo? ¿Qué tramaba?

—¿Sofía le comentó algo sobre la visita a la casa de la madre de Charly? —preguntó Yasmín.

—Solo me dijo que era una mujer encantadora y que le enseñó un montón de fotos de cuando Charly era pequeño. Lo normal. La pobre no sospecha que su hijo es más marica que un palomo cojo…

—Los palomos cojos son violados por los machos al confundirlos con las hembras —salté ante la falta de respeto de Xavier por la comunidad LGTB. Su cara fue un poema, y me alegré de ello—. ¿No lo sabías? Son palomos heridos que se tumban adoptando la misma posición que las hembras disponibles en época de celo, y a los pobres los violan por error y a la fuerza.

Noté que, a mi lado, Yasmín se tensaba visiblemente.

«¡Mierda!». A menudo olvidaba lo que mi compañera había vivido a manos de esos inhumanos.

—Keira, cielo…, ¡me acabas de fastidiar el día con esa imagen! —se quejó Xavier—. ¿Por qué tienes que ser siempre tan reivindicativa?

—¿Y tú qué? ¿Por qué siempre tienes que hacerme pensar que eres un hombre intolerante que no merece ningún respeto por mi

parte?

—La tolerancia es el principio del fin, querida.

Me levanté de la silla, cabreada.

—Vámonos, Yas. Estamos perdiendo el tiempo… Hablar con él es como darse contra un muro.

—¡Esperad! Hay una cosa que no os he contado… —soltó solo con la intención de retenernos—. La misma mañana de su muerte, me crucé con Sofía en el *hall* de la universidad y me comentó que estaba muy contenta por algo…

—¿Te explicó por qué?

La ansiedad que se filtró en mi voz hizo que Xavier sonriera como la serpiente del paraíso.

—Esa información tiene un precio, chicas…

—No vamos a acostarnos contigo —contesté a bocajarro.

—Tranquila, no pido tanto.

—Entonces ¿qué quieres? —pregunté enfadada.

—Solo que Yasmín tenga una cita con mi hijo. Ya sabes, para rememorar los viejos tiempos… Nada más.

—¡¿Cómo?! ¡Ni hablar! —exclamó ella, sintiéndose ultrajada.

—Solo es una cita —expuso Xavier—. Y os aseguro que la información que os daré a cambio es muy golosa…

—Ya sabemos de qué se trata —dije recordando lo de la web.

—Lo dudo, Keira. No tenía nada que ver con cuestiones económicas, ni con Charly, sino con la propia Sofía y los De Lerma…

A Yasmín y a mí se nos cortó la respiración.

—Mientes fatal, Xavier, ¿lo sabías? —Intenté disimular mi turbación con el ceño fruncido.

—Como prefiráis… Podéis iros. Pero solo es una cita con Saúl…

—¡¿Para qué diablos quiere que tengamos una cita?! —preguntó Yasmín, indignada.

—Llámame romántico…, pero creo en eso de que «quien tuvo, retuvo».

—¡Saúl no tuvo nada! —gritó furiosa.

Ambos la miramos como si supiéramos que acababa de mentir descaradamente.

—Mi hijo no estuvo tan abatido por «nada». Le rompiste el corazón, señorita, y eso solo lo hacen las mejores… —Sonrió malévolo

—. Sofía también era una rompecorazones. Pero a Saúl no le afectó tanto su muerte como tu desaparición del mapa…

Me puse enferma al sentir que seguía jugando con nosotras.

—¡Ya está bien, Xavier! ¡Necesito saber ahora mismo qué te dijo Sofía! ¡Ha muerto gente! ¡Carla está en la cárcel! ¡Déjate de juegos, joder!

—No vuelvas a levantarme la voz —musitó tranquilamente—. La única persona que me importaba ya está muerta, y el futuro de mi hijo es incierto… Quiero esa cita. Y es mi última oferta.

—¡Esto es increíble…! —explotó Yasmín, alucinada.

—Joder… —resoplé hastiada—. A ver…, una cita tampoco es para tanto, Yas…

La aludida me miró con la traición fulgurando en sus ojos.

—¡¿Es que no sabes que no se negocia con terroristas?!

La risa de Xavier brotó relajada. Como si no nos estuviéramos jugando la vida de nadie.

Miré a Yasmín con insistencia e hice el gesto de acariciarme la tripa, para que recordara a Carla. Mi compañera arrugó el ceño.

—¡Está bien…! —accedió —. Solo una maldita cena.

—Bien. Te avisaré con los detalles. Ahora tengo que convencer a mi hijo, y me temo que eso va a ser mucho más difícil…

Intenté no reírme de la cara que puso Yasmín al oírlo, pero confié en que estábamos a una maldita cita de descubrir algo vital.

Qué ilusa fui… Y qué iluso fue Xavier.

saúl

2
Furia paterna

Presente
Sábado, 7 de abril
5.01 h.

Lo único que quiero es abrir los ojos y descubrir que todo ha sido una pesadilla, pero no tengo muchas esperanzas de que ocurra. Esto duele demasiado para no haberme despertado ya.

—Aquí hay una nota —farfulla Keira cerca de la mesa.

Su voz me hace volver la cabeza, y me avergüenza comprobar que he manchado la impresionante camisa azul marino con la que Ástor ha acudido a la fiesta de cumpleaños de mi padre. Me moría por saber dónde la había comprado.

«Joder… Mi padre…».

Observo otra vez su cuerpo sin vida y una sensación de vacío me invade de nuevo.

No. Ese montón de piel y huesos ya no es mi padre, su esencia ha desaparecido y ahora solo es un cuerpo que pronto iniciará su irremediable proceso de descomposición.

«¡No puede ser verdad…!».

Me veo echando de menos esa aura maligna que hacía que el aire se congelara a su paso; el calor del mundo se vuelve agobiante sin él. Creo que estaba demasiado acostumbrado a su frío.

Me limpio la cara y me acerco a la única explicación que me ha dejado sobre el escritorio.

—Eso no lo ha escrito él —sentencio al verlo.

—¿Cómo lo sabes, Saúl? —me pregunta Keira.

—Mi padre jamás usaba las mayúsculas. Decía que a alguien que tiene razón no le hace falta gritar…

Voy a coger la nota, y Keira frena mi mano.

—No la toques. No toquéis absolutamente nada… Y alejaos del cuerpo —nos ordena como si tuviera una premonición. La misma que yo desde que lo he visto: «Imposible que mi padre se haya suicidado». Nadie disfrutaba más de la vida que él… Puede que solo algún otro villano.

Keira y yo nos miramos. Ella preocupada y yo aceptando una dura verdad. Una que siempre he sabido y que soy incapaz de reconocerme en este momento: que voy a estar mejor sin él.

Intento soportar la presión de la culpabilidad por tener ese pensamiento y que no se manifieste en mi rostro, pero entonces miro a Ástor y veo en sus ojos que sabe exactamente cómo me siento… porque solo él tiene idea de cuánto odiaba a mi padre.

Y odiar a alguien no es lo contrario de quererlo. El perfecto antónimo sería la indiferencia. Porque odiar es un sentimiento muy intenso y humillante que implica que esa persona te importa lo suficiente para que perturbe de algún modo tu existencia.

Y ese modo era desear en secreto que aquel odioso ser me quisiera.

Los ojos se me llenan de lágrimas al verme tan expuesto. Mi fachada carismática, mi rebeldía inconformista y mi seguridad

arrolladora caen a plomo al darme cuenta de que no estoy llorando por él, sino por mí. Porque siempre hizo que me sintiera basura.

—Dios mío… —dice una voz desde la puerta del despacho, y todos nos volvemos hacia ella.

Es la de Charly, acompañado por Héctor en su silla de ruedas.

—No entréis. —Keira los detiene—. Todo el mundo fuera de aquí… Es el escenario de un crimen…

Es oírlo y tener que apoyarme en la mesa.

Creo que voy a desmayarme. Porque está bien claro… No he estado más seguro de nada en mi vida. ¡Lo han asesinado! Y ha podido ser cualquiera.

Sin ir más lejos, yo mismo tengo más motivos que nadie, porque estas dos últimas semanas casi me vuelve loco. De hecho, creo que amenacé con matarlo un par de veces, si no recuerdo mal.

—Buenas noches, hijo… —me saludó una tarde con una sonrisa que no me gustó ni un pelo. Yo estaba tranquilamente en el salón del segundo piso, leyendo en un sillón individual cuando me sorprendió —. Adivina a quién he visto hoy…

—Ni idea, papá, pero seguro que estás a punto de decirme sus medidas —murmuré sin despegar los ojos de las letras.

—No hace falta, ya te las sabes…

Eso me hizo levantar la vista y descubrir su nueva sonrisa siniestra.

—He visto a Yasmín —confesó con picardía, y juro que mi corazón se saltó un latido—. Ha venido al decanato con Keira, y… tenías razón, ¡está preciosa!, y muy cambiada.

—Pues qué bien… —Volví al libro, pero fui incapaz de enfocar ni una palabra.

—Te he conseguido una cita con ella.

Al oírlo, todo mi cuerpo se puso en tensión sin permiso.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Por qué no? ¡Formabais una pareja espectacular!

—¿Cuándo vas a dejar de meterte en mi vida, papá?

—Nunca. Eres mi hijo. Me perteneces. Te tuve con un propósito muy concreto, enorgullecerme de ti, y hasta ahora he fracasado.

Cerré el libro de golpe y me levanté de un salto.

—Pues sal tú con ella —le dije un instante antes de desaparecer.

—¡Lo haría si pudiera…! —vociferó—. ¡Igual todavía estoy a tiempo de tener otro hijo que sí honre mi apellido de verdad…!

Me encerré en mi habitación dando un portazo y me lancé sobre la cama. ¿Cómo iba a querer a alguien así? Mi amor propio estaba en sus manos. El que le mostraba a los demás era una simple réplica de un bazar chino.

Me había dado la vida, vale; me había criado desde que mi madre falleció cuando yo tenía nueve años, pero nunca había tenido lo más importante: su cariño. Y mucho menos, su aprobación. Para él todo lo hacía mal. O demasiado bien, daba igual.

«¡Lanza más fuerte!», «¡Ten más pelotas!», «¡No pidas las cosas por favor, el favor se lo haces tú a ellos dignándote respirar su mismo aire!», y un sinfín de perlas más de las que no extraje ninguna enseñanza que mereciera la pena.

¿Una cita con Yasmín? ¿Para qué?

Lo maldije cien veces porque sabía que se buscaría la vida para que yo aceptara. Su primer movimiento fue enviarme una copia del vídeo que grabó años atrás donde Yasmín y yo salíamos protagonizando el momento más íntimo de nuestras vidas, y escribió: «Si no sales con ella este viernes por la noche, se lo enseñaré. Y a Keira también. Seguro que le encanta…».

«HIJO DE PUTA».

Pero no podía ceder a sus peticiones. Si lo hacía, no dejaría de chantajearme de por vida con esa maldita grabación.

—Por mí como si lo cuelgas en YouTube —dije con desgana nada más entrar en casa y encontrármelo de frente esperando una respuesta—. Ya no soy el mismo que hace cuatro años, papá…, y si enseñas ese vídeo el que va a tener que dar muchas explicaciones serás tú. Y te recuerdo que Yasmín es poli. Prepárate…

—Espero que no seas el mismo, porque eras penoso… Confío en que Sofía te hiciera un hombre…

—Pues sí. Y yo la hice a ella una mujer de verdad.

—Lo dices como si antes fuera de mentira…

—Antes no se respetaba a sí misma y creía que el físico lo era todo. Descubrió que estaba equivocada cuando la dejé…

—Yasmín te dejó a ti, no lo olvides.

—Da igual. Esas dos mujeres me mostraron qué busco en el amor,

y no es a alguien como ellas, así que no entiendo tu interés por que tenga una cita con Yasmín…

—Os parecéis más de lo que crees. Los dos sois díscolos y antisistema. Tal para cual…

Resoplé, cansado, y negué con la cabeza. Solo quería escapar de él.

—¡¿Qué tengo que hacer para que acudas a esa cita, Saúl?! —me imploró, rendido—. Pide por esa boca y te daré lo que quieras…

Su insistencia teñida de ansiedad llamó mi atención.

—¿Por qué tienes tanto interés en esto?

—Porque algún día yo ya no estaré y solo Dios sabe qué mujer terminará al mando de esta casa… Yasmín de la Torre siempre me ha gustado…

—El que terminará al mando de esta casa seré yo.

—Tú no tienes madera…

—¿Y Yasmín sí? Te pega que te guste tanto… Dios los cría y los divos se juntan.

—No voy a consentir que faltes el respeto a tu difunta madre… —me avisó muy serio.

A veces me metía unos reveses de campeón de tenis que me dejaban estupefacto. Porque tenía razón… ¿Cómo pudo mi madre casarse con alguien como él? ¡Si era la mujer más maravillosa del mundo! Admito que yo como hijo la tenía idealizada, pero todos hablaban maravillas de ella. La recuerdo como una de esas personas que traen paz, con la que todo era fácil y menos malo. No sé explicarlo, pero irradiaba una calma y un cariño entrañables. Era astuta y tenía una extraña debilidad por mí. Quizá esté loco, pero Keira me recordaba un poco a ella.

Dios… Todavía no me creo que esté prometida con Ástor, y mucho menos que Yasmín se haya convertido en su nueva compañera de trabajo.

¿Qué le ocurre al universo? Llevo más de un año queriendo huir en el sentido opuesto a mi destino de heredar el marquesado, y cuando estoy a punto de terminar los estudios y largarme, va mi padre y se muere.

No…, no se ha muerto, alguien lo ha matado. Pero ¿quién?

Llegan más agentes de la Policía a la casa. Reparo en que Keira

habla con quien parece estar al mando, pero está nerviosa.

Cada vez que veo el cuerpo de mi padre tan tieso y amoratado me entra un malestar terrible. De pronto, noto que alguien me empuja para sacarme de la habitación y me doy cuenta de que es Ástor.

«Joder, Ástor…».

—Dejemos trabajar a la Policía —me sugiere escueto—. He pedido a Keira que te tomen declaración en otra estancia, Saúl…

Me lleva hasta un saloncito cercano y hace que me siente en el sofá. Cada segundo que pasa mi vida me parece más surrealista.

Ástor se queda de pie, custodiándome. No es la primera vez que los dos estamos solos en esta habitación. Recuerdo encontrarnos aquí en una celebración en la que yo andaba aburrido a mis trece años —Ástor debía de tener veintipocos, fue antes del accidente—, y lo sorprendí sentado en este mismo sofá.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, fascinado por tenerlo solo para mí.

—Escapar del mundo…

—¿Es que te persigue?

Sonrió ante mi broma.

—Exactamente.

—Pero ¿quién? —pregunté confuso.

—A todos nos persigue lo mismo…

—¿Qué?

—Las circunstancias en las que hemos nacido.

Me sorprendió entender tan bien esa respuesta.

—Pero tranquilo, chaval, está en tu mano cambiarlas si no te gustan.

—No me gustan… —confesé con culpabilidad—. Yo mataría por ser como tú… —continué, impulsivo, y me comió la vergüenza cuando quedó al descubierto mi patente admiración por Ástor.

—Dices eso porque soy mayor. —Sonrió, suavizando mi tensión.

Yo también sonreí, pero enseguida me puse serio.

—No, creo de verdad que nunca podré ser como tú, Ástor…

—¿Por qué no?

—Porque soy hijo único. Y tengo que hacer lo que me manden…

Y lo entendió. Vaya si lo entendió. Lo vi morderse el labio y sentirlo por mí. Porque si algo dominaba nuestras vidas era el peso de

nuestros apellidos y su perpetuidad. Un peso que Ástor no tenía en ese momento y que yo le envidiaba porque podía dedicarse a disfrutar de la vida. Sin embargo, algo no encajaba en aquel cuento de hadas aristocrático, y los dos sabíamos lo que era: nuestros padres y sus personalidades tóxicas, que nos habían llevado mil veces a mirarnos sintiendo vergüenza ajena incluso cuando éramos solo unos críos.

Es muy difícil estar orgulloso de un escudo si su máximo representante te causa tanta desconfianza. Y cuando no entiendes que un ser de luz como tu madre lo eligiera. Yo me perdí en la lógica de aquel amor y solo pude creer que era culpa mía que fuera así conmigo. Mi padre, con sus desprecios, con su férrea disciplina carente de amor y su equivocada forma de infundirme honor, me convirtió en una persona que, cuando tuvo la oportunidad de ser feliz, la fastidió por completo con Yasmín.

Corría mi primer año de instituto…

Empecé el curso siendo todavía muy infantil. Algunas chicas habían comenzado a florecer en el proceso de cambio de niña a mujer, y recuerdo pensar que me daban pena.

Yo no quería dejar atrás mi mundo de fantasía en el que me sentía a salvo y comprendido entre libros de temática paranormal, superhéroes y elfos. Toda una estructura friki que me evadía de la realidad, de retazos de conversaciones que había escuchado de boca de mi padre charlando con el de Ástor, cosas como «Tiene un buen coño» o «A la muy guarra le gusta que la folle duro». Frases que mis delicados oídos no querían entender, pero que iban calándome en la idea de negarme a ser como ellos jamás.

¿Cómo sería Ástor en ese sentido?

Me moría por preguntarle sobre mujeres, deseaba escapar con él a un mundo en el que se sintiese cómodo, porque tenía la impresión de que yo también lo estaría.

El curso siguiente, tras el verano, se notó una evolución sustancial en el ambiente estudiantil. La mayoría de las chicas habían dado el ansiado cambio. Todo eran miradas de reojo, risitas y comentarios sobre quién estaba más guapa o quién tenía la delantera más llena. Las inevitables erecciones a todas horas controlaban mi existencia. Era un suplicio que me acercaba cada vez más al barranco de la perversión.

Empezar a ver porno con mis amigos solo empeoró mi obsesión.

Miles de flashes taladraban mi cabeza con fantasías a diario, incluso con la cajera del supermercado de toda la vida. Tenía la esperanza de que se me pasase; mientras tanto, intentaba disimular mi turbación. Quería saber si a todo el mundo le ocurría lo mismo o acaso yo y mis amigos éramos unos jodidos depravados.

Un día, en casa de los De Lerma, tuve la oportunidad de hablar con Ástor de nuevo a solas.

Estaba en la piscina, tumbado en una hamaca con unas gafas de sol negras leyendo el *Marca*. Al ver su cuerpo fornido me sentí un mierda. Él era fibroso, compacto y estaba bronceado, y yo era un tirillas blancucho y demasiado alto para mi edad que todavía no tenía musculatura.

—Hola —lo saludé sentándome en una hamaca cercana.

Ástor bajó el periódico y fijó la vista en mí.

—¡Eh, chaval! ¿Qué pasa? ¿Cómo te va?

—Bien… No sabía que ya habías vuelto de París.

—Sí, he terminado el máster. Y tengo pensado pegarme el mejor verano de mi vida. —Sonrió feliz.

—¿Vas a estar un tiempo por aquí? —pregunté esperanzado.

—No, solo estoy de paso. Voy a viajar con mis amigos…

—Ah… Qué suerte…

—Ya llegará tu momento, Saúl. Yo a tu edad tampoco iba a ninguna parte.

—¿Y qué hacías a mi edad…? —pregunté de repente—. Es decir…, ¿salías con chicas y eso?

La forma en la que me miró me provocó una vergüenza tremenda.

¡Era transparente, coño! Y su sonrisa terminó de confirmarme la gracia que le hacía mi pudor.

—A tu edad yo tenía un hermano tres años mayor del que lo aprendí todo y al que podía preguntar cualquier cosa —recordó.

—Jo, qué guay…

—Y tú me tienes a mí. Pregunta sin miedo. ¿Qué quieres saber?

El corazón comenzó a martillearme en el pecho deprisa. Ástor era la última persona que quería que pensara mal de mí.

«¡Dios…!».

Mi cara debió de transmitirle el pánico que sentía, porque soltó una carcajada muy varonil, confiada y benevolente. Era tan perfecto…

«Joder… ¿Soy gay?», pensé hecho un lío.

—¡No es nada…! Es solo que… Estoy un poco confuso…

—¿Respecto a qué, Saúl?

—A las chicas.

—¿En qué sentido?

Resoplé angustiado, y retuvo una sonrisa socarrona.

—Es que… no quiero ser como ellos…, como nuestros padres. No quiero sentirme un cerdo.

En ese momento me miró con atención y vi cruzar una estela de respeto en sus ojos.

—Pues no lo seas.

—¿Se puede no serlo? —pregunté alucinado.

Una inevitable carcajada se lanzó al vacío desde sus labios. Creo que fue la última vez que le oí reírse así. Tras el accidente, nunca volví a escuchar ese sonido en particular en él.

—Tú eres un buen chico, Saúl… Siempre lo has sido. No te preocupes, no te pareces a ellos…

—¿Cómo eres tú con las mujeres? —le pregunté con vergüenza.

Sonrió como si guardara un secreto.

—Lo único que puedo aconsejarte es que hagas que se sientan cómodas y respetadas. Yo intento transmitirles que el hecho de que compartan su tiempo conmigo es todo un privilegio para mí. No soy partidario de ocultar a una mujer que me gusta, me parece algo natural, y creo que a ellas también les agrada saberlo. El truco está en decirlo desde el respeto.

—¿Y si piensa mal de mí, a pesar de todo?

—Cuando consigas crear una química consensuada, no te sentirás así, ya verás… Esas cosas se notan…

—Tendré que creerte, Ástor… Muchas gracias —contesté vergonzoso—. Tampoco es que piense que ninguna vaya a querer nada conmigo, pero bueno…

—¿Por qué dices eso?

—Porque hay opciones mucho mejores que yo…

—A la gente se la conquista con esto. —Me tocó la frente—. Y con esto. —Me tocó el corazón.

«¡Es oficial…! ¡SOY GAY!». Mi pecho latía frenético.

En ese momento llegué a pensarlo de verdad, porque lo que sentí

con su toque fue muy especial. No obstante, mis erecciones ante las féminas lo desmentían totalmente. Fue solo que hacía cinco años que no me hablaban y me tocaban con ternura. Desde que mi madre murió no había sentido que le importara de verdad a nadie. Mis abuelos maternos me revolvían el pelo y me hacían regalos caros, pero me miraban con pena más que otra cosa. Tenía primos a los que casi nunca veía, y la mayor parte del tiempo estaba solo con mi padre, acompañándole a sitios como si fuera una carga para él. Ástor fue el primero que me trató como si mis sentimientos fueran algo a tener en cuenta.

Como ahora mismo…

Mi padre acaba de morir y aquí está él, preocupándose de que no siga en la misma habitación que su cadáver. Creo que lo hace porque sabe que nadie más lo hará por mí.

—No te preocupes por nada, ¿de acuerdo? —murmura sereno—. Te voy a ayudar en todo lo que necesites, Saúl…

Esas palabras vuelven a abrir el grifo de mis lagrimales sin permiso.

Odio llorar. Y más, delante de Ástor, pero mis ojos gotean sin parar aunque apriete con todas mis fuerzas para cerrarlos. Y lo más doloroso es no entender por qué lloro por ese cabrón…

Fácil… Porque era mi padre y era lo único que tenía en la vida.

Me duele pensar que no he tenido tiempo de aprender a quererlo. Ni a entenderlo. O de intentar abrazar su realismo amargo frente a mi idealismo azucarado.

Dos agentes me acorralan y empiezan a hacerme preguntas a discreción. Noto mucho movimiento a mi alrededor, pero Ástor no se mueve de mi lado en ningún momento. Cuando me dejan tranquilo, siento que alguien se sienta a mi vera, y cuando vuelvo la cabeza encuentro a Yasmín con cara de circunstancia.

La que faltaba…

—Lo siento mucho… —musita compungida.

Aparto la vista del increíble vestido color coral con el que ha aparecido en la maldita fiesta. No quiero escucharla. No, después de lo que ha pasado entre nosotros estos días. Y todo por culpa de mi padre.

«¡Maldita sea…!».

Es un hecho: nadie podría tener mejores motivos para matarlo que

yo.

yasmín

3
La caja de Pandora

No me lo puedo creer…

¡Sencillamente, no doy crédito! Charly es un maldito genio…

Por favor, entended mi comentario desde el punto de vista de una adicta a programas de televisión donde se recrean asesinatos reales y su posterior investigación en busca del crimen perfecto.

Cuando me he enterado de lo que ha pasado he entendido de golpe aquello de que «la realidad supera a la ficción». Me da lástima la gente que sigue utilizando la palabra «surrealista» en su vocabulario. Creo que viven en los mundos de Yupi…

Madre mía, madre mía… Recapitulemos.

¿Xavier Arnau, un homófobo del que me atrevo a decir que nadie echará de menos, ha aparecido ahorcado con una nota en la que pedía

perdón a Ulises, al cual le tenía una animadversión obsesiva por haber mantenido relaciones íntimas con la víctima de nuestro principal caso, Sofía?

El montaje se merece un aplauso por su brillantez.

Encaja tan bien que Charly igual consigue desviar las sospechas sobre su persona y hacer dudar a Keira, rascando un poco más de tiempo antes de que lo arrestemos. Pero a mí no me engaña.

Una vez es coincidencia; dos, casualidad; la tercera ya es un patrón.

Y Charly es un psicópata que no parará hasta conseguir lo que quiere. ¿Y qué es? Ni idea, pero me enerva no poder gritarle a la cara que estamos a punto de pillarlo y que las cadenas perpetuas se le están acumulando embadurnadas de una alevosía imperdonable.

No tenía pensado aproximarme a Saúl ahora mismo. Sé que soy la última persona a la que quiere cerca, pero mis piernas me han llevado hasta él sin preguntar.

Soy la culpable de que durante la última semana de la vida de su padre discutieran día sí, día también, y me siento fatal por ello. ¡Nunca tendría que haber aceptado esa maldita cita! ¿De qué ha servido?

¿Por qué no se dio cuenta Xavier del riesgo al que se exponía presumiendo de conocer el secreto por el que habían matado a Sofía?

¿Cómo no se nos ocurrió que podía correr la misma suerte?

Porque era el marqués de Riazor, y eso, al parecer, significaba algo. Lo capté en su mirada confiada, una que parecía estar por encima del bien y del mal, el día que lo conocí en la hípica, acompañado de su hijo. Solo tenía once años.

Nuestros padres se saludaron soltando un berrido, como si fueran un par de piratas, y yo me fijé en Saúl. Parecía solitario y algo más joven que yo, ya que, por aquel entonces, le sacaba unos centímetros.

Mi hermana pequeña, Lina, se le acercó curiosa para observar con descaro las almendras garrapiñadas que Saúl guardaba con recelo en la mano. Su sonrisa deseosa le pidió una sin necesidad de pronunciar palabra, y él, completamente derretido por la enana, abrió el paquete dispuesto a compartirlas.

—Espera… —objeté—. No sé si mi hermana puede comerlas… —Y fui a preguntar a mi madre, que, después de felicitarme por haberle

pedido permiso, nos las denegó.

Saúl volvió a cerrar la bolsa con resignación.

—Yo sí quiero una —susurré cuando regresé a su lado—. Dámela sin que nadie lo vea…

Saúl se me quedó mirando, anonadado, y, por un instante, dudó.

—Por favor… —insistí al verlo mirar hacia los adultos, temeroso.

Segundos después se alejó de mí, y sentí un latigazo de ira recorriéndome de pies a cabeza. «¡Maldito bobo!».

No quería ni imaginarme la clase de vida que le esperaba como no espabilara… Yo había descubierto hacía tiempo que en nuestro mundo había que asentir a todo lo que te dijeran y luego hacer lo que te diese la gana. ¡Así hacíamos los demás! Tenía claro que si dejabas que otros dirigieran tu vida estabas abocado a ser infeliz.

No volví a ver a Saúl hasta un par de años después.

Cuando nos ordenaron saludarnos, fruncí el ceño demostrándole que todavía recordaba el incidente de la almendra garrapiñada.

Para entonces, él ya era más alto que yo. Los trece le habían sentado bien e imponía un poco más. Yo a él, en absoluto. Delante de mis padres seguía siendo la eterna niña perfecta sin una sola mancha en su historial académico o personal, pero eso estaba a punto de cambiar. Aquel verano iba a convertirme en mujer y tendría que empezar a lidiar con lo que eso significaba. Las miradas, las expectativas, la dieta rigurosa…

La transición fue casi un castigo.

Hasta ese momento yo había estudiado en un colegio solo de niñas y Saúl en uno solo de niños, por eso cualquier interacción con el sexo opuesto era todo un hito.

Nuestros padres se conocieron en el KUN y emprendieron negocios juntos. En aquella ocasión, habían organizado para las dos familias un fin de semana en una exclusiva zona de Ibiza a la que debías presumir de haber ido alguna vez para cerrar tratos importantes.

Nos dieron libertad total para movernos por el hotel de cinco estrellas en el que nos hospedamos con la condición de que no nos separásemos.

—Yo no necesito que nadie me vigile —repliqué malhumorada.

—No quiero que vayáis solas por ahí —expuso mi padre—. Permaneced juntos… o entreteneos aquí con un juego de mesa.

Saúl guardó silencio y me dejó decidir.

—Vamos… —mascullé enfadada.

—Cuida de ellas, hijo, ahora son tu responsabilidad —soltó Xavier como despedida.

Y esa frase me dio una idea. Una mala idea… Porque Saúl iba a tener que seguirme adonde fuera.

Ya no le gustó la propuesta de bajar a la playa, pero cuando sugerí coger un patín acuático con pedales se llevó las manos a la cabeza.

—No creo que nuestros padres lo aprobaran…

—¿Nunca haces nada que no apruebe tu papi? Tranquilo, podemos ir sin ti…

—No os dejarán llevarlo solas. No tenéis fuerza suficiente…

—El mar está en calma total y he visto que hay algunos ligeros para niños. El problema será si nos vamos muy adentro… —Levanté las cejas burlona.

—No iréis solas…

—Pues tendrás que acompañarnos.

—¡Sí, por favor! ¡Yo quiero! —exclamó Lina, entusiasmada.

Y Saúl cedió con un gruñido. Parecía que a mi hermana no podía negarle nada. Ni la almendra garrapiñada, ni el hidropedal…

Alquilamos uno pequeño y manejable. Saúl y yo nos pusimos a pedalear al unísono en la parte delantera y Lina se sentó atrás. Tenía pensado ponerlo en un aprieto, discutir un poco con él y volver a tierra, pero cuando no llevábamos ni diez minutos montados, empezó a levantarse un viento muy fuerte. Nada hacía presagiar el violento e inesperado fenómeno que acababa de aparecer por el sudoeste de la isla alcanzando rachas de ochenta kilómetros por hora. Fue algo similar a una galerna del Cantábrico.

El mar se embraveció súbitamente y nos asustamos de veras.

—¡Pedalea, Yasmín…! ¡Vamos! —me gritó Saúl.

—¡¡¡No puedo!!!

Ni siquiera veía. El viento levantaba agua y arena, impidiendo la visibilidad, y los bamboleos de la embarcación hacían imposible coger el empuje suficiente para avanzar.

Además, Lina no dejaba de chillar.

—¡¡¡Yas…!!! —gritó muerta de miedo.

—¡Agárrate fuerte, Lina!

Pero tampoco había muchos lugares donde poder hacerlo. La vi cometer el error de levantar el culo de su asiento para abrazarse al respaldo con los dos brazos, y en el siguiente golpe de mar cayó al agua.

—¡¡¡LINA!!!

El terror me paralizó cuando vi que el mar se la tragaba. Se había convertido en una masa peligrosa e inestable que no tenía piedad con nadie. Mi corazón se estrujó con impotencia de forma dolorosa. Y de repente, Saúl se lanzó al agua a por ella. Apenas pude valorarlo porque el patín giró de forma tan brusca que faltó poco para caerme yo también. Entonces me di cuenta de que Saúl había cogido un extremo de la cuerda de la embarcación y me arrastraba con él.

Mi hermana no estaba por ninguna parte y me temí lo peor. Juro que no he pasado más miedo en mi vida.

—¡Socorro! —se oyó su voz. Y supe que Saúl también la había oído porque buceó en esa dirección con ganas.

Llamadlo adrenalina o milagro, pero poco después emergió con Lina a la superficie.

Subir de nuevo al hidropedal fue muy complicado. Quise ayudarles, pero Saúl me gritó que no me moviera de donde estaba. Procuré alargar la mano hacia mi hermana, y consiguió subir.

Saúl no la soltó en ningún momento; la tenía agarrada del brazo como si fuera una muñeca rota. Y cuando se sentó en su sitio, la atrajo hacia sí, colocándosela encima con las piernas abiertas hacia él.

—¡Agárrate a mi cuello, Lina, y no te sueltes! —le ordenó. Después me miró—. ¡Yas, vamos a pedalear juntos! ¡Dale! ¡Ahora!

Sus gritos me atoraron, pero obedecí.

Me daba la sensación de que no avanzábamos nada. Mis pedales se movían solos, incluso más rápido de lo que yo era capaz de pedalear. Perdí el hilo un par de veces y me hice daño al golpearme los pies con ellos.

—¡Pedalea, Yas! ¡No dejes de hacerlo!

Y volví a ello. Al menos debía evitar que fuésemos en círculos, pero el llanto de mi hermana no me dejaba pensar con claridad. Batí las piernas todo lo rápido que pude hasta llegar al agotamiento. Y cuando ya estábamos cerca de la playa, unos chicos de salvamento marítimo nos socorrieron.

Ni que decir tiene que me cayó una bronca monumental por parte de mis padres después de que Saúl les contara con detalle que me empeñé mucho en subir al patín cuando él me pidió expresamente que desistiera. Me hizo quedar como una idiota irresponsable. Y lo peor es que no le di ni las gracias…

Pero no importó, Lina lo hizo por las dos. Saúl era su nuevo héroe. El resto del fin de semana me pilló un par de veces rememorando su hazaña a lo Capitán América, aunque seguía enfadada con él por el chivatazo. Y muy agradecida también…

Después de aquello, nos cruzamos el primer día en el instituto mixto y ni siquiera nos saludamos. Solo nos miramos intensamente.

Estábamos en territorio comanche. Todo era nuevo y la mayoría de los alumnos eran extraños en plena fiebre hormonal.

Las etiquetas en ese tipo de ambientes se forjan rápido y yo me hice popular enseguida sin necesidad de abrir la boca. Es alucinante la importancia que se da a la estética por mucho que Disney se empeñe en decir lo contrario. Respecto a Saúl, basta con señalar que no era el clásico *quarterback*… Ni siquiera le gustaban los deportes, y sus destacables notas y su carácter reservado lo encasillaron de empollón rápidamente.

Pasaron años en los que él se convirtió en un don nadie y yo en la nata de todos los postres, y un buen día nuestros padres nos soltaron la bomba: «¡Hemos decidido prometeros!».

Se desató el caos en mi casa. ¿Aquello era real?

No sé a quién de los dos se le quedó más cara de tonto, si a Saúl o a mí. Supongo que a mí cuando me enteré de que él, en vez de acatar órdenes fiel a su estilo de niño obediente, estalló en furia y se negó en redondo.

«¿Perdona…?». Cualquiera en su lugar estaría dando las gracias.

—¿Quieres que te traiga algo? —le pregunto apenada colocando una mano en su espalda musculosa.

Es increíble lo mucho que ha cambiado en cuatro años. Lo fuerte, lo grande y lo «hombre» que está… Su aura es muy distinta a la que era. Ha pasado de vergonzoso a sinvergüenza, pero ahora mismo solo evoca una tristeza absoluta que me bloquea. Nunca sé cómo

comportarme cuando alguien muere, ya lo he dicho en alguna otra ocasión.

Saúl niega con la cabeza a modo de respuesta.

—Si necesitas algo… Lo que sea… —insisto.

—Necesito algo —contesta de forma pausada—. Necesito que te vayas de mi casa…

Sus palabras me queman, como ya es costumbre entre nosotros. Me siento estúpida e impotente, y miro a Ástor avergonzada de que lo haya escuchado.

—Vale, lo lamento…

Me levanto con rapidez, sintiéndome insignificante para Saúl, y no levanta la vista cuando me voy. Sin embargo, la mirada condenatoria de Ástor se me clava en la espalda.

¡Qué mal…! Yo solo quería ayudar.

Pero ¿qué esperaba después de lo que ha pasado en su habitación hace un par de horas?

Salgo de la estancia, abochornada, y voy en busca de Keira.

La encuentro hablando con un miembro de la Policía Científica. Espero a que terminen para abordarla.

—¿Necesitas que haga algo? Tenme entretenida, por favor… —le suplico.

—Ahora mismo no puedes hacer nada más. Solo necesito que ellos hagan su trabajo y que venga el maldito juez de una vez para levantar el cadáver. Saúl no cree que se trate de un suicidio…

—¡Pues claro que no! Ya sabes quién ha sido… —murmuro con secretismo.

Keira me echa una mirada controvertida.

—O igual es que ves demasiadas series, Yas… —musita llevándome aparte—. Xavier tenía sus razones para matar a Ulises, ya lo sabes, no lo tragaba y pensaba que había matado a Sofía para quedarse con Charly. Quizá quería acabar con los dos cuando puso la bomba en su coche. ¡Tenía medios y poder suficiente para organizarlo todo!

—Keira, no dejes que esto te haga dudar. Piensa en todo lo que hemos descubierto estas semanas sobre Charly… ¡Estamos a un paso de cogerlo, joder!

—No es fácil ahorcar a alguien… Y no hay signos de violencia.

—Puede que lo drogara antes. Que analicen su sangre rápidamente, esas sustancias desaparecen del organismo en muy pocas horas…

—¿Y de dónde leches sacó la cuerda? —se pregunta Keira en voz alta.

—¿Del gimnasio? Parece la típica *battle rope*, ya sabes, una de esas cuerdas de batalla que se usan ahora para hacer ejercicios. Pregunta a Saúl si tienen una. Tal vez Charly fuera a por ella cuando se desmayó.

—¡¿Quién haría algo así en una casa llena de invitados?!

El histerismo moderado de Keira me da pena.

Su nivel de autocontrol está rozando el límite desde hace días. Nadie se merece pasar por lo que ella está pasando. Tiene muchísima presión encima. Duda de todo. Incluso de Ástor. Y no me sorprende…

La semana pasada él tuvo que irse de viaje de negocios; a ella le pareció genial porque cuanto más alejado estuviera de Charly, mejor. Sin embargo, los paparazis lo siguieron, y un par de días después todas las revistas revelaban unas fotos muy embarazosas con otra mujer. Desde entonces, creo que su compromiso pende de un hilo.

—Solo se necesitan unos minutos y mucha sangre fría para hacer algo así, Kei… —insisto.

Veo que un escalofrío la recorre entera.

—Mierda… —maldice perdida—. Y con la excusa de que Ástor y Héctor no se hablan, Charly lleva toda la noche de aquí para allá turnándose para estar con ellos, sin levantar sospechas… ¿Dónde estabas tú, por cierto?

Me quedo parada.

—¿También sospechas de mí?

—No, joder… Solo digo que no te he visto durante mucho rato, Yas…

—Te recuerdo que no soy tu mascota. Tengo vida propia, ¿sabes?

—La pregunta es simple, mi joven padawan: ¿con quién estabas cuando no estabas con nosotros?

—¡Estaba escondiéndome de Saúl! —confieso abochornada.

Keira se sujeta la cabeza y niega despacio.

—¿Es que aquí no hay nadie medio normal?

—Puede que me esté volviendo loca, ¡pero tú tienes parte de culpa! Desde vuestra maldita fiesta de compromiso, mi vida es un

caos…

—Esa fiesta no fue idea mía. ¡Ni siquiera quería celebrarla…!

Tampoco me sorprende que diga eso.

Ese evento llegó en el peor momento posible. «Para acallar los rumores», dijeron la madre de Ástor y la de Keira, pero supongo que no existía un buen momento para reencontrarme con mis padres.

No fue agradable. Los culpaba. De algún modo, culpaba a todo el mundo menos a los que habían sido, más que nada, porque no sabía quiénes eran.

No sé cómo esperaban que reaccionara. Quizá más suave y menos borde de lo que fui, pero ya no era la misma que ellos recordaban. Era una versión más deteriorada de mí. La palabra «hogar» ya no formaba parte de mi diccionario; en ningún lugar me sentía segura.

Después de la violación, no quise volver a estar con ningún hombre a solas. Al principio me costaban hasta las multitudes. He sufrido delirios persecutorios, paranoia, claustrofobia y agorafobia… Mi psicóloga casi me pone una orden de alejamiento de lo mucho que la llamaba…

Por eso cuando me vi mejor, prescindí de ella pensando que pronto me repondría del todo. No sé por qué tendemos a pensar que esas cosas se solucionan solas, supongo que para no enfrentarnos a ellas. Pero la triste realidad es que en la actualidad tan solo pensar en tener relaciones sexuales con alguien me da asco y pavor a partes iguales.

Y tener una cita con Saúl fue como volver a abrir la maldita caja de Pandora.

saúl

4
La cita

Es increíble que tenga tiempo para sentirme mal por Yasmín.

¡Mi padre acaba de morir! Y yo solo puedo pensar en lo borde que he sido con ella… O tal vez solo quiera olvidar las extrañas circunstancias que han rodeado la muerte de mi progenitor. Hacen que me sienta inútil y perdido.

En realidad, llevo toda la noche intentando no acercarme a Yasmín, y ahora mismo estoy en posición de exigir no verla; necesito relax, no como en estas últimas dos semanas, que han sido de locos.

Todo empezó con esa dichosa cita…

Que conste que yo no me la tomé como tal. No me puse música motivadora mientras me arreglaba ni me di consejos mirándome en el espejo. No elegí esa ropa con la que me sentía genial ni utilicé mi

mejor coche. Al revés. Me planté en el portal de la casa de Yasmín diez minutos tarde, con unos vaqueros viejos, un polo Lacoste básico blanco y mi viejo Audi A3 negro. Sin colonia.

Me peiné porque suelo hacerlo cuando salgo a la calle, llamadme maniático, pero mis pretensiones románticas eran menos cien.

¿Qué hacía entonces allí?

Como era de esperar, mi padre me hizo una oferta irrechazable.

Hacía tiempo que tenía dudas sobre qué hacer el próximo año cuando terminase de estudiar Económicas; perderme en Singapur parecía la mejor opción. Se lo había mencionado un par de veces y él no se había pronunciado al respecto, por lo que tenía la sensación de que me había preparado una emboscada para el día menos pensado.

—De acuerdo, papá, saldré con Yasmín esta noche si me dejas echar un vistazo a tu testamento ahora mismo. Pide que te envíen una copia al e-mail en unos minutos y llama delante de mí para que no cambien nada…

Su sonrisa maquiavélica me dio los escalofríos de costumbre.

—Está bien, listillo, pero júrame por tu honor que vas a cumplir el trato de la cita, leas lo que leas en él…

—Lo juro —dije con miedo. Me pregunté qué coño pondría en el testamento… Algo terrible, seguro.

Esa misma noche esperé a Yasmín apoyado en mi coche con los brazos cruzados.

Estaba listo para deleitarme con su cara de asco al verme, porque tenía claro que ella también había sido coaccionada para acudir y me moría por saber con qué. Debía de ser algo muy gordo cuando en el torneo de la gala benéfica de Reyes ni siquiera se dignó mirarme a la cara.

En cuanto la vi, mi corazón se volvió loco. Empezó a golpearme el pecho como si la recordara y quisiera huir de ella despavorido. Tuve que gritarle mentalmente un «sooo, chico, que solo es una tía guapa… y malvada».

Pero lo entendía…, porque menuda imagen.

Seguro que había consultado en internet un artículo titulado «El look ideal para que él caiga rendido a tus pies en la primera cita», pero haría falta mucho más que eso para olvidar lo que me había hecho.

Llevaba unas botas *cowboy* blancas con un vestido primaveral de fondo negro y pequeñas flores de todos los colores, la melena suelta con ligeras ondas deshechas de color miel y sin maquillaje. Casi me muero allí mismo.

Descrucé los brazos y sentí el nerviosismo viajar a través de ellos hasta las puntas de mis dedos. Odié que me hormiguearan por tocarla.

—Hola… —refunfuñó seca.

—Hola… —intenté imitarla e ignorar mi turbación pasajera.

Cualquiera de las mujeres que conozco se habría quedado de pie, delante de la puerta del coche, esperando a que se la abriera para subirse, pero Yasmín fue directa a abrirla a la vez que yo, lanzándome una mirada asesina por si osaba tocarla.

«*Okey*…», pensé subiendo las cejas.

No dije nada y volví al puesto del conductor.

Una vez dentro, encendí el motor y saltó la radio.

Fue irónico que Fonsi y Demi Lovato aseguraran a dúo que no era ella, sino yo… Que era mejor olvidar y dejarlo así. ¡Y encima permitir que me echara la culpa! No me quedó más remedio que decir: —¿Puedo saber qué ganas tú por venir a este sinsentido, Yasmín?

—Eso es información clasificada —contestó con voz neutra.

—Pues espero que valga la pena…

—Yo también.

Nos miramos. Compartir un espacio tan pequeño e íntimo me resultó embarazoso.

—Lo mío no la ha valido… —mascullé entre dientes arrancando el coche.

Sentí su mirada confusa sobre mí, intentando descifrar si eso había sido un insulto sobre su estilismo o me refería a mi recompensa particular.

Dejémoslo en que el maldito testamento se las traía…

—¿Adónde vamos, Saúl? —preguntó displicente.

—¿Adónde quieres ir?

—Me da igual.

—A mí también.

—Elige tú.

—¿Por qué tengo que elegir yo?

Yasmín bufó.

—Hablar contigo es agotador, ¿sabes?

—Lo mismo digo…

Volvimos a mirarnos con rabia. Aquello era surrealista.

—Pues damos vueltas con el coche y listo —zanjó chulita.

—Bien. Me encanta dar vueltas.

—Y a mí. Pero sin hablar.

«Y sin mirarnos», añadí mentalmente. Porque tener tan cerca esos muslos al descubierto me estaba afectando demasiado. Será porque una vez me rodearon las caderas mientras empujaba entre ellos…

No sabía si se había puesto colonia o qué hostias era, pero todo el habitáculo apestaba a ella. A puto verano. A sol. A dormir la siesta a la sombra mientras te dan un masaje en los pies… «¡Argh!».

Ni siquiera había pensado adónde llevarla. No quería compartir con ella ninguno de mis locales favoritos, ni satisfacerla yendo a los suyos; prefería que fuera incómodo, desconocido y extraño para los dos. Por eso me dirigí a una zona de bares que solían estar atestados de gente; nada de un restaurante romántico con manteles de lino y música de ascensor de fondo.

Aparqué en una calle paralela y lo dejé todo en manos del destino.

—Si no has reservado, no encontraremos sitio en ninguna parte —dijo Yasmín, molesta.

—En estos bares no se reserva, esperas a que alguien se levante.

—No me gustan los sitios tan concurridos…

—A mí sí —mentí sarcástico.

Me interné en un bar ambientado con motivos vascos y no le quedó más remedio que seguirme hasta la barra.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunté. Tuve que acercarme bastante a su oreja debido al barullo, y percibir más matices concentrados de su aroma hizo que mi polla palpitara sin querer.

—Una botella de agua —dejó caer en mi oído.

—No pienso pedir agua en un bar… —Forcé la voz para no tener que volver a acercarme tanto.

—Pues yo no pienso beber nada que no esté embotellado.

—¿Por qué no?

Yasmín se fijó en mis labios para entender mejor mi frase y se quedó clavada en ellos por un momento. Me los humedecí con la lengua como acto reflejo. Un gesto recurrente para calmar nervios y

ganar seguridad.

La cercanía de su piel despertó recuerdos en la mía que ya creía olvidados, y podría jurar que a ella le pasó lo mismo. Sin embargo, todo era distinto. Nosotros. Nuestros cuerpos, nuestras voces, nuestra mirada… Y a la vez más intenso que nunca. Esas sensaciones no encajaban con cuánto la había odiado durante años.

—Pues un maldito zumo —decidió.

—¿Qué tienes, tres años?

Una sonrisa estalló en su boca contra su voluntad y rebotó en la mía por arte de magia. Fue como una estrella fugaz en la que no me dio tiempo a pedir un deseo.

—A ti te gustaba el vino blanco, ¿no? —recordé.

—Sí, pero no quiero.

—Un vino fresquito no te va a matar, Yasmín…

Hice un gesto al camarero y pedí dos. Me extrañó que los ojos de Yasmín rezumaran una ansiedad casi palpable y lo corroboré al ver que seguía el recorrido de su copa hasta que la tuvo a salvo en su mano.

En ese momento, una pareja sentada a una mesa alta cercana se levantó y me apresuré a coger el sitio.

—¿Nos sentamos?

—¡Sí, por favor! —exclamó aliviada—. Me pone un poco nerviosa estar de pie en medio de tanta gente.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Prefiero estar sentada…

—Yo preferiría estar en mi casa… —mascullé sin poder reprimirme.

Yasmín me miró entre curiosa y ofendida.

—Vale, ahora en serio, Saúl —empezó, cansada—, ¿tienes idea de por qué tu padre ha querido meternos en esta situación?

—La pregunta es: ¿por qué se lo hemos permitido nosotros?

—Lo mío fue chantaje puro y duro —confesó—. Keira y yo estamos muy cerca de atrapar al asesino de Sofía, y tu padre nos dijo que ella le contó algo interesante la última vez que la vio…

Cerré los ojos sabiendo que iban a morder el polvo.

—Pues os ha mentido. Mi padre y Sofía no hablaban precisamente

durante sus encuentros…

—¿Eso crees, Saúl? ¿Te imaginas a tu padre callado sin presumir o sin decir nada impertinente? Imposible…

No tuve más opción que sonreír.

—Es verdad… Pero ya repasaron esos vídeos y no había nada.

—Nos ha dicho que la vio la misma mañana de su muerte en la universidad y que ella le contó un chismorreo…

Fruncí el ceño.

—Si mi padre tuviera información relevante que pudiera ayudar a encontrar al asesino de Sofía lo habría dicho… Su muerte le afectó mucho… Ella le importaba.

—¿Y a ti?

—También. Éramos amigos.

—¿Se puede ser amigo de un ex?

—Depende de los motivos de la ruptura. Cuando es sin motivo, suele joder bastante… —Le lancé la pulla. Y sentí cómo la cazaba al vuelo.

—Siempre hay un motivo, Saúl.

—Ya, pero si no se tiene la decencia de explicarlo, te imaginas el peor…

Yasmín bebió de su copa para no tener que contestar.

—Quizá a tu padre no le convino contarlo entonces, porque desvelarlo podría haberlo metido en problemas con alguien con el que no quería tenerlos…, por ejemplo, con Ástor. Se supone que el secreto era sobre él…

Esa teoría captó mi interés.

—Si eso es cierto, ¿qué sentido tenía que Sofía quisiera contármelo a mí?

—Por aquel entonces tú no formabas parte de los KUN, ¿no?

Nos miramos fijamente y leí la pregunta en sus ojos antes de que me la hiciera.

—¿Por qué no formabas parte?

—Porque no quise… —contesté sin más.

—¿Y a tu papi no le pareció mal?

—No sabes el tipo de relación que tengo con mi padre…

—¿Ha cambiado mucho desde hace cuatro años?

—Sí. Radicalmente. A peor…

—Sigo sin entender qué pretende con esta cita —resopló molesta.

«Yo sí», pensé avergonzado. Probablemente, grabar otra cinta…

Volví a beber de mi copa, nervioso, al recordarlo. No es que la hubiese visto dos millones de veces, es que el txakoli entraba increíblemente bien… Era fresco y ácido, igual que Yasmín.

—O sea, que buscáis a alguien del KUN, pero seguís dando palos de ciego sin saber quién es, ¿no? —me burlé, para sonsacarle más.

—No. Ahora sabemos quién fue —contestó petulante e impulsiva.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo, Saúl. Nadie puede saberlo.

—¿Por qué? ¿Es alguien muy cercano a Ástor?

Mis deducciones la pusieron nerviosa, y me gustó notarlo.

Yasmín bebió de su copa —que no había soltado en ningún momento— y se acarició el pelo para distraer mi atención.

Me fastidia reconocer que funcionó.

Tenía una melena preciosa. Larga, dorada, ondulada y muy brillante. Un puto sueño, en definitiva. Uno que una vez se hizo realidad…

—¿Y si lo adivino? —propuse suspicaz.

—No pierdas el tiempo, no pienso decírtelo. De hecho, es mejor que no hablemos de nada y ya está.

—Como quieras.

Si quedaba algo de la chica que una vez conocí, tuve claro que no podría estar callada más de cinco minutos. Su encefalograma no sabía estar plano. Yasmín era demasiado curiosa y avispada. Y como la obstinación suele llevar a callejones sin salida, dejé que las copas se fueran vaciando a falta de no tener nada mejor que llevarnos a la boca.

Sin preguntarle si le apetecía otra, pedí dos más.

—Yo no quería —dijo en lugar de «Gracias» cuando le acerqué la nueva.

—¿Y cómo piensas pasar el rato que tenemos que estar aquí?

—¿Cuánto va a ser?

—Al menos un par de horas…

—¡Joder…! ¿Crees que tu padre se enterará si nos vamos antes?

—¡Ja! No lo conoces… Seguro que lo está grabando todo.

—¡¿Qué?! —exclamó asustada mirando a su alrededor.

—No sé cómo, pero si no cumplimos, lo sabrá, créeme. Si deseas que te dé esa información, cumple con tu parte, Yasmín.

Resopló, cogió la copa llena y empezó a beber. ¿No decía que no quería?

—Tampoco te mataría dar las gracias de vez en cuando, o quizá un «lo siento».

—¿Por qué tendría que decir «Lo siento»? —preguntó belicosa.

—Si te lo tengo que explicar, no hace falta…

—Igual eres tú el que debería darme las gracias a mí…

—¿Por qué?

—Si te lo tengo que explicar…

Nos quedamos de nuevo en silencio, lo que nos ayudó a bajar otra copa entre miradas furtivas y *flashbacks* de nuestra primera vez.

Solo esperaba que Yasmín no se refiriera a eso… ¿Quién puede olvidar un espectáculo tan sangriento? ¿O la forma de absorberme hacia su interior, o la deliciosa presión que tuve que ejercer para traspasar esa barrera de piel…? ¿O sus gemidos, la humedad, las sensaciones y sentimientos extraordinarios que compartimos?

La miré fijamente. No me creía que la tuviera delante y que no sintiera nada por ella. Nada bueno, al menos.

Volví a beber y ella hizo lo mismo.

Me daba la sensación de que aquello fue en otra vida, siendo otras personas. Y así fue. En realidad, estuve dando gracias a un ser superior por vivir ese instante de dicha durante unas cuantas horas, pero me arrepentí muy pronto.

Nunca supe cómo se corrió la voz.

Es cierto que se lo conté a mi mejor amigo, en cuya discreción confiaba plenamente. Sobra decir que después de eso dejó de serlo tras negar su traición hasta tres veces, como san Pedro. Pero al día siguiente en los pasillos del instituto no se hablaba de otra cosa.

Mis compañeros me hicieron todo tipo de comentarios alabadores antes del recreo bajo mi expresión estupefacta. Después todo cambió. Las miradas de reproche y la palabra «mentiroso» flotaban en el ambiente sin disimulo. Mucha gente vino a preguntármelo en persona para que desmintiese el cotilleo, como si tuviera que dar explicaciones sobre mi vida privada. Y cuando por fin tuve frente a frente a Yasmín y le pregunté si podíamos hablar, ella se negó y se puso a gritar. Me

dijo que dejara de inventarme cosas sobre nosotros y me acusó de estar obsesionado con ella desde que éramos niños.

Una semana después, fue la fiesta de graduación y Yasmín desapareció para siempre. Sus padres dijeron que se había ido de vacaciones de verano con una tía al extranjero y ya nunca volvió. Nuestro compromiso se rompió, igual que mi corazón, y tuve que encargar uno nuevo a prueba de arpías.

—¿Es cierto que besaste a Keira el año pasado? —me preguntó de pronto mientras paladeaba el vino. Juraría que ya estaba afectándole.

—Solo fue una puesta en escena, Yasmín.

—Sí, ya me contó el tinglado que montó Héctor. Muy poético todo.

—Lo fue. Y debería estar agradecida… Ahora está prometida, ¿no?

—Lo dices como si eso te molestara —señaló perversa.

—Que Keira me fascina no es ningún secreto —admití con tranquilidad—. Esa chica es la honestidad personificada. Además, es preciosa y un caimán sobre el tablero. Es una combinación de lo más sexy…

—Me queda claro… —masculló incómoda.

—Trabajar con ella debe de ser genial. ¿Cómo terminaste siendo policía, Yasmín? —le pregunté intrigado, sin mucha esperanza de que me contestara.

Se lo pensó durante un momento.

—Ya sabes que siempre me gustó la criminología, analizar casos y perfiles, y necesitaba un trabajo…

—Pensaba que tenías grandes planes para unirte a las Kardashian.

—Ojalá. Son muy buenas empresarias, a pesar de lo que la gente cree.

—¿Sigues en contacto con tu familia?

—No quiero hablar de eso…

—¿Por qué no?

—Déjalo, por favor…

—¿Ni siquiera con tu hermana?

—¡He dicho que lo dejes, Saúl! ¿Quieres que te pregunte yo cosas de tu padre? ¿Qué tal te sentó que se follara a tu última novia?

—Y ahí está… —dije displicente consultando mi reloj—. Treinta y cuatro minutos has tardado en sacar a la arpía que llevas dentro,

Yasmín. Felicidades.

Sus ojos se volvieron una rendija roja, pero supo controlar la ira con una nueva templanza que no le conocía.

—Si me atacan, me defiendo.

—¿Preguntarte por tu familia es atacarte?

—Te he dicho que no quería hablar de ellos.

—¿Qué te hicieron que fuera tan malo?

—No te importa.

—Es verdad. No me importa en absoluto. Además, seguro que te lo merecías…

Me miró con un odio que me asustó.

¿Qué coño habría pasado? Yasmín desapareció del panorama social. De todas partes, en realidad.

La vi consultar su móvil.

—Tú has tardado treinta y seis minutos en sacar al gilipollas que llevas dentro, Saúl.

—¿Qué quieres que haga, si mi gilipollas se enamoró de tu arpía?

Su mirada se volvió frágil por un segundo y vislumbré a la Yasmín que una vez me engañó. Me dieron ganas de agarrarla por los brazos y decirle: «¡¿Por qué lo hiciste?! ¡Vuelve!». Pero sería buscar a una persona que nunca existió.

Como buena arpía, se dedicó a ignorar mi reveladora frase con mucho estilo cogiendo su copa empañada y volviendo a beber.

«Bebe, bebe…», pensé cabreado.

Pronto descubriría los estragos que causaban tres vasos de txakoli sin comer nada… Y comiendo también, la verdad sea dicha.

Cuando terminé mi bebida moví la copa vacía delante de su cara dando a entender que le tocaba ir a por más. A ella tampoco le quedaba, y se levantó a regañadientes. Pensaba que ya había tenido suficiente y que aparecería con un zumito tropical, pero por lo visto le había cogido el gusto y trajo una botella entera de txakoli con un escanciador.

«Interesante», pensé, reprimiendo una sonrisa.

Seguimos bebiendo y la observé perdida en sus pensamientos mientras el líquido iba desapareciendo por su garganta a una velocidad de vértigo. No tardamos en llegar al punto de «exaltación de la amistad», ese estado donde tu cerebro ve a alguien que acabas de

conocer como de toda la vida, y a alguien de toda la vida como si fueras tú mismo en un espejo…

—¿Estuviste muy enamorado de Sofía? —preguntó sin filtro.

—Guau… ¡Vaya pregunta! —Sonreí—. Te habrás quedado a gusto, Yas…

—Bastante. —Me lanzó una sonrisa borrachuza.

Conocía esa mueca. Más tarde os contaré nuestra primera borrachera en la Nochevieja de nuestros dieciséis años. Agarramos un buen pedal en una fiesta que se celebró en casa de sus padres. No quiero adelantar nada, pero vino hasta la Policía.

—Lo estuve. Enamorado. Pero ya sabes lo que dicen, ese estado dura muy poco tiempo… Hay a quien no le dura ni veinticuatro horas, de hecho…

Pulla al canto.

«Gracias por la oportunidad de encajarle esa frase, papá».

—Yo no estuve enamorada de ti —sentenció Yasmín a bocajarro.

Sonreí al sentir que un dolor familiar y caduco me atravesaba el pecho. Esa era la señal para quitarle la copa de la mano. Sin embargo, en lugar de eso señalé al camarero y dije: —¿Quieres que le pida al tío de la barra un sacacorchos? Así podrás clavármelo directamente en el corazón…

Una preciosa sonrisa afloró en sus femeninos labios. Eran carnosos y tenían un color natural fuera de serie.

—Lo siento —musitó, y sonó sincera—. Es que creo que estar enamorado es otra cosa…

—¿Y qué es, según tú?

—Necesitaría otra botella para contestarte a eso, Saúl… No obstante, aunque no conocía a Sofía, creo que era una gran chica.

—Lo era…

—Tenía mal gusto para los hombres, pero era una guerrera, al fin y al cabo.

Hube de reconocer que se ponía muy graciosa cuando bebía.

—Sí, de hecho, me recordaba un poco a ti… —la piqué.

—¿A mí?

—O a una parte de ti…

—Ah, porque físicamente somos opuestas.

—Yo me refería a la parte importante…, a la personalidad.

—Qué asco de tío… —farfulló para sí misma—. Siempre tan noble.

Sonreí de nuevo al comprobar que Yasmín ya no discernía entre lo que decía y lo que pensaba. «¡Genial!».

—¿Por qué te hiciste policía? —volví a preguntar.

—Porque hay gente muy mala en el mundo… —contestó de sopetón—. Ya te lo he dicho, Saúl: siempre me ha gustado resolver acertijos y ver documentales sobre crímenes perfectos que no lo fueron tanto. Me encanta ese rollo… Las pistas están ahí, solo hay que encontrarlas. Y estamos a punto de destaparlo todo. Se va a enterar…

Sus palabras me interesaron y seguí dorándole la píldora.

—Keira dice que eres muy buena ayudante —apunté, aunque no tenía ni idea.

—Ella sí que es buena… —dijo soñadora—. La sigo desde hace años. Si supieras todo lo que ha hecho te morirías.

—Ya me muero sin saberlo.

—¡Corta el rollo, Saúl! ¡Keira está con Ástor! —advirtió brusca. Y volví a sonreír al notar cierto resquemor en sus palabras. Como si fuera duro entender que ya no era la reina de mi baile…

—¿Por qué me pediste ayuda para aprobar en su día, Yasmín, si no pensabas ir a la universidad?

—Quería ir, pero no pudo ser. La vida no siempre sale como uno la planea…

—Todavía puedes ir…

—Estoy matriculada. Voy poco a poco… Me ha costado mucho asentarme, y ahora que por fin he empezado a trabajar necesito estar un par de años de servicio como mínimo antes de poder pedir una excedencia…

Volvimos a escanearnos con la mirada, y captó en mis ojos la curiosidad por el motivo por el que tuvo que asentarse por su cuenta.

—Con Lina sí me hablo —aclaró de pronto—. Pero todavía está en el último curso de instituto… Es menor y vive con mis padres.

—La pequeña Lina… —murmuré encantado.

—Seh…

—¿Y no mantienes el contacto con nadie del instituto?

—No… ¿Y tú?

—Con alguno…

—¿Ha habido más chicas? Aparte de Sofía —indagó perspicaz.

—Estás muy preguntona sobre mi vida privada, Yasmín. —Sonreí vacilón—. ¿Tanto te interesa?

—Soy poli. Me gusta averiguar cosas. Y lo pregunto por saber hasta qué punto te rompí el corazón… —soltó, volviendo a beber de su copa.

«¡Qué cabrona…!».

Quizá no quisiera pedirme perdón por la bomba de humo que hizo nada más acostarnos, pero notaba que el tema le preocupaba un poco.

—Aparte de Sofi, no ha habido nadie digno de mención… ¿Y tú qué…, ha habido más chicos en tu vida?

—No.

—¿No? —insistí.

—Nadie digno de mención…

—¿Nadie en cuatro años?

—He estado ocupada sacándome la oposición y demás…

—Sigue pareciéndome raro que no hayas congeniado con nadie, Yasmín.

—Será lo que me merezco…

Parpadeé despacio ante la acusación que destilaban sus palabras.

—Lo siento, antes me he pasado… No tengo ni idea de lo que pasó con tu familia, pero tuvo que ser grave para que te fueras de casa…

—Lo fue…

La curiosidad me comió vivo y pegué un trago para sosegarla. Quería que me lo contara, y para ello tenía que hacerla beber más. Apuré mi copa para servirnos otras dos. Yasmín no puso pegas. Tampoco a las dos que la siguieron…

—Joder… —jadeó ebria una hora después—. ¡Se suponía que me ibas a llevar a cenar algo! Si hubiera comido, no estaría así… ¿Qué lleva este puñetero mejunje?

Su penosa pronunciación me chivó que había llegado la hora de irnos.

—La última y nos vamos —la avisé.

—¿Sabes cuánto hacía que no me emborrachaba? —dijo retórica—. Cuatro años… Y eso solo puede significar una cosa…

—¿Qué?

—Que soy penosa. —Se sujetó la cabeza y cerró los ojos.

—No lo eres. Solo eres alguien que tiró su futuro por la borda por una discusión familiar…

—¡Ellos me empujaron por la borda! —exclamó severa.

—Lo dudo mucho, tus padres te adoraban… —la presioné. Quería que lo soltase ya.

—Adoraban lo que era, no quien era… Igual que tú, Saúl. Yo no le importaba una mierda a nadie…

—¿Por qué dices eso? —pregunté preocupado.

—A mis padres solo les preocupaba el escudo, su honor y el escándalo que se habría armado si llega a saberse el motivo…

—¿Qué escándalo? —indagué expectante.

—Nada… Olvídalo. No importa. Quedaron impunes…

—¡¿Quiénes?!

—¡No lo sé! —rezongó aturdida, y volvió a beber de su copa cuando ya no había nada—. ¿Pedimos otra?

—No. Ya es suficiente por hoy… Deberíamos irnos a casa.

—¡Llevo cuatro años metida en casa! —exclamó furiosa—. Para un día que salgo, no quiero irme. —Apoyó los codos en la mesa y enterró las manos en su melena—. Además, hoy tengo guardaespaldas. Contigo seguro que no me pasa nada malo… No lo permitirías, ¿verdad, santurrón?

La vi cerrar los ojos por un instante y fui consciente de que iba a costarle despegar los párpados de nuevo.

—Yasmín, será mejor que nos vayamos antes de que no puedas ni caminar.

Me levanté con prisa.

—Si no puedo andar, tú me cogerás… —murmuró confiada.

La ayudé a bajar de su taburete como si se tratara del mismísimo Empire State y en cuanto tocó el suelo se convirtió en una lapa antropomórfica con un difuso límite del concepto de espacio vital.

«Dios santo…», pensé cuando se pegó a mí y apoyó la mejilla sobre mi esternón.

Sentir su cuerpo aferrado al mío disparó mis sentidos como si fuera un jodido asesino en serie. ¿Cómo podía ser tan suave y oler tan bien?

Salimos del bar a trancas y barrancas, y pensé que igual no debería haber permitido que bebiera tanto. A mí ese vino me otorgaba

el clásico contentillo disfrutón, pero no me ponía tan mal.

Dejé el coche donde estaba aparcado y pedí un taxi para llevar a Yasmín hasta su casa, pero casi no llegamos. Lo primero que salió del coche en cuanto abrió la puerta frente a su portal fue su primera papilla. Líquido, en lo esencial. Le sujeté la melena hacia un lado para que no se la manchara, y me pidió que cogiera un clínex de su bolso.

Aprovecho para decir que allí había de todo, menos pañuelos.

Incluso llevaba un espray de defensa y una táser para electrocutarme.

—¿Tenías planeado rociarme con esto? —pregunté con guasa.

—No. Eso es para los violadores… Y tú no fuiste, Saúl… —farfulló ida, rebuscando algo en su bolso.

Por fin encontró las llaves y se dirigió hacia el portal, dejándome patidifuso con esa última frase. «¿Ha dicho: “Tú no fuiste”?».

—¿Cómo sabes que yo no fui? —Tiré de ese hilo mientras la seguía.

—Porque lo sé… Fueron otros…

«¡¿“Fueron”?!».

—Yasmín… —dije preocupado agarrándola del brazo—. ¿Quiénes fueron? ¿Qué te hicieron? ¡¿Cuándo?!

—No lo sé… ¡Yo no sé nada! —masculló deshaciéndose de mí y avanzando hasta la puerta del ascensor para apoyar la frente en ella mientras esperaba a que llegara.

Cuando lo hizo, tuve que cargar con ella para lograr subirnos.

Una vez dentro, se apoyó contra el cristal y acarició con agradecimiento la superficie lisa y fría. Tenía los ojos cerrados, y me preocupé de sujetarla por si se deslizaba hasta el suelo. Estaba tan en *shock* que a mí se me estaba bajando la borrachera a pasos agigantados.

—¿Cuál es la llave, Yasmín? —pregunté delante de la puerta de su piso, con ella arrimada a mi hombro.

Observó el manojo durante un rato hasta que dijo: «Todas».

Entonces me fijé en que había… ¡cuatro cerraduras!

Fui probando con paciencia, una llave tras otra, hasta abrirlas todas, y cuando entramos en su casa y vi que tenía incluso más cerrojos por detrás de la hoja pensé que era más maniática que Jack Nicholson en *Mejor imposible*.

—Ciérralas todas —me suplicó señalándolas, olvidando el pequeño detalle de que yo tenía que salir de allí después.

Pero algo me dijo que me callara y lo hiciera para que se quedara tranquila.

—Gracias… —Me abrazó con fuerza cuando terminé—. Gracias por todo, Saúl… Por ser tú.

—Vaya… Nunca me habían dado las gracias por ser yo —bromeé.

Tenía que tomarme aquello con humor. Sobre todo por la tensión que estaba generando en mi pantalón el hecho de tenerla totalmente embebida en mi cuerpo.

—Sí, gracias. Gracias por haber sido tú… —aclaró—. Por darme una primera vez bonita, al menos…

Me quedé petrificado con esa coletilla.

«¿“Al menos”?». No. No quería creerlo… ¡No podía ser…!

—Yasmín… —pronuncié su nombre queriendo hablar en serio.

Pero fue imposible. Me miró con los ojos turbios, me acarició la cara y acercó su boca a la mía para besarme.

Me aparté de milagro en el último momento.

—Yas…, necesitas dormir. Voy a meterte en la cama, ¿vale?

—Vale… —jadeó mareada apoyando su frente en mi hombro.

La guie hasta la que me indicó que era su habitación, sin atreverme a sacar el tema de nuevo. Creo que no estaba preparado para saberlo.

La ayudé a caer sobre la cama y le quité las botas.

—Yasmín… —empecé, inquieto, e hice una pausa para inspirar hondo—. ¿Quién te violó?

—No lo sé… Ellos…

Cerré los ojos con rabia. Una rabia dolorosa mezclada con una pena horrible que me quemaba en los conductos lagrimales.

«ME CAGO EN LA PUTA…».

—¿Cuándo fue?

—En la fiesta… —respondió con los ojos cerrados.

—¿La de graduación?

—No lo sé… ¡Yo no sé nada…! Y él tampoco quiso saberlo…

No tenía claro si estaba hablando en sueños o era real.

Cogí la sábana para taparla, pero empezó a darle patadas. De repente, se incorporó hasta quedarse sentada y comenzó a quitarse el

vestido por la cabeza.

No supe qué hacer. Sobre todo cuando vi una cinta con un arma bajo sus costillas. ¿Había ido armada a la cita?

Se la quitó, certera, y la dejó caer en el suelo con la funda. Mis ojos casi la siguen al visualizar tanta piel desnuda delante de mí.

Volví a taparla con rapidez casi a tientas, y cuando ya pensaba que caería en coma profundo se movió de forma extraña para librarse del sujetador de un tirón…

Esa hábil maniobra me dejó loco. ¡Y yo que me las daba de experto!

Aparté la vista tarde para mi desgracia. Fue como si no controlara mis propios ojos. Verla en ropa interior había sido catastrófico, pero sus pechos me habían dejado inútil para lo que me quedaba de vida. Los recordaba más pequeños…

La boca se me llenó de líquido sin poder evitarlo, como si fuera un puto animal de granja.

Se puso boca abajo, y me quedé mirándola, pensativo.

En el bar dijo que no se había emborrachado en cuatro años…, y ese era el tiempo que llevaba sin verla. ¡Debió de ser en la fiesta de graduación!

Tengo un vago recuerdo de aquella noche. Solo sé que Yasmín estaba más preciosa que nunca, que le dieron el título honorífico de Reina de la Promoción y que no me miró ni una sola vez. Bueno, puede que una sí, pero lo lamentó, eso seguro. Porque yo estaba hecho una mierda. Tuvimos una gran pelea y me fui pronto a casa con la esperanza de verla unos días después en la clásica fiesta del solsticio de verano que solían celebrar sus padres como si fueran unos malditos trols. Sin embargo, aquel año no la celebraron, y ya no volví a ver a Yasmín. Según ellos, se había ido de viaje.

Pero tuvo que ser ahí.

Hice memoria y recordé la primera frase que me dijo Keira cuando me encontré a Yasmín en el torneo de Reyes.

«No quiere ver a ningún compañero de su antiguo colegio».

Dios…

«¡Yo no sé nada…! Y él tampoco quiso saberlo…», me había dicho. ¿Se refería a su padre?

Desde luego, la noticia no trascendió. Lo ocultarían. ¿Encubrieron

lo que le había pasado a su hija?

«Quedaron impunes». Apreté los puños con fuerza al atar cabos.

«“Impunes…”». Fueron varios. «Joder, ¡qué hijos de puta…!».

La impotencia trepó por mi garganta como si fuera la niña del pozo de *The Ring* y juré que todo aquello no iba a quedar así.

Quizá no tendría que habérselo contado a mi padre, porque puede que metiera las narices donde no debía y ese sea el motivo por el que haya terminado muerto.

keira

5
Comprometidos

—¿Dónde está Saúl? —pregunto a Ástor cuando lo veo aparecer.

—Con un agente. Voy a buscarle un tranquilizante, Kei. ¿Cómo vas tú?

Sus ojos transmiten tanta preocupación que me dan ganas de abrazarlo, pero me abstengo. Parece cansado.

Consulto la hora en mi móvil. Las siete de la mañana…

—Anda, vete a casa —le insto—. A mí todavía me queda aquí…

—¿Por qué no dejas que se encargue el inspector Ayala? —propone—. Tú ya llevas mucho encima. Últimamente no tienes descanso.

Lo miro con pena. Si él supiera las semanas que llevo realmente… Pero no puedo hacer la vista gorda sabiendo que está todo

relacionado. En la nota de «suicidio» de Xavier menciona a Ulises, y tanto Yasmín como Saúl piensan que en realidad ha sido un asesinato premeditado.

Estoy a un paso de arrestar a Charly. Lo sé…

«Por eso ha hecho esto», caigo en la cuenta.

Porque estoy cerca y se ha visto forzado a provocar una situación que lo trastoque todo. Yasmín tiene razón: quiere hacerme dudar.

Miro a Ástor a punto de estallar y me rindo al abrazo que prometen sus ojos. Lo último que deseo es que dude de cuánto lo quiero. No quiero que vuelva a pensarlo ni que nadie me haga pensar a mí lo contrario.

Llevamos dos semanas metiendo la pata el uno con el otro, pero, que Dios me perdone, ¡no he tenido tiempo para rayarme por enredos sentimentales!

Cuando el lunes por la tarde Ástor me dijo que le había surgido un viaje hasta lo celebré. Me restaba presión saber que estaría lejos de Charly. Y si era en Nueva York, mejor que mejor.

Me contó algo sobre una franquicia, no le presté mucha atención. Estaba enfrascada en analizar el momento exacto en el que Charly conoció a Ástor y descubrir qué había pasado a partir de entonces que fuera tan importante como para tener que ocultarlo. Debía de ser gordo para haber tenido que sacrificar a personas a las que amaba… Porque si de algo estoy segura es de que Charly adoraba a Ulises y a Sofía.

Hice una lista con sus compañeros de clase de la facultad. También de los que convivieron con él en el colegio mayor Los Arces, donde residió durante los dos primeros años de carrera. Revisé sus redes sociales desde los albores para encontrar alguna foto o algún nombre que pudiera relacionar con Ástor. Y encontré uno: Olalla Jiménez Espiga.

Me sonaba ese nombre.

«¿Esa no era la chica que iba sentada al lado de Ástor en el famoso accidente de coche?».

Tirando del hilo, averigüé que conocía a Carlos…, a Charly, desde el colegio, e intenté localizarla para preguntarle sobre él.

Imaginaos mi cara cuando, después de fisgar en sus redes sociales como una auténtica acosadora, descubrí por los mensajes de otras

personas que había muerto atropellada hacía algunos años. Había fotos de ramos de flores en un paso de cebra. Al parecer, el culpable se dio a la fuga y nadie logró ver la matrícula.

Un minuto después de conocer esa información, abría la puerta de la casa de Ástor —él odia que no la llame «nuestra casa», pero no lo es—, y nuestras madres aparecieron al otro lado con una sonrisa peligrosa en la cara y una idea «fantabulosa» que proponernos.

—¿Te apetece? —me preguntó Ástor, cariñoso.

Desperté de mi trance policial cuando ya estábamos todos sentados en el sofá tomando té de jazmín.

—¿El qué?

—¡Una fiesta de compromiso! Podríamos hacerla en el KUN…

—¡Ah…! Eh… Sí, sí… Mmm…

—Solo si tú quieres, Kei…

Me acarició las manos, recurriendo al juego sucio. Por un instante disfruté de sus falanges como una maldita obsesa, pero pronto vi que nuestras madres esperaban mi respuesta aguantando la respiración como dos maniacas. Si decía que no, iba a tener que pelearme con ellas y lidiar con la desilusión de Ástor, así que…

—Vale… Pero que sea algo pequeño e íntimo, por favor…

—¡Por supuesto! —exclamó Linda con cinismo—. Además, vendrá bien para que mis hijos se reencuentren y hagan las paces. Héctor sabe que no puede dejar de asistir a un evento así. ¡Sería un escándalo…!

Héctor… Ya. ¿El mismo que no contestaba a mis llamadas?

Estoy convencida de que podía ayudarnos mucho, pero no era el momento idóneo para comentarle mis avances porque se estaba apoyando en Charly más que nunca a raíz del enfado con Ástor.

—Lo haremos el jueves que viene, así da tiempo a prepararlo todo. ¿Os parece bien?

—Cuando gustes, madre…

—¡Qué ilusión! —Linda lo celebró dando palmas—. Y también hay que empezar a mirar cosas para la boda: fijar la fecha, reservar el sitio, apuntarnos a la Barcelona Bridal Fashion Week en abril… ¡Lo pasaremos estupendamente!

Mis ojos saltones hicieron que Ástor soltara una risita.

Nadie sospechaba que me moría por decir: «Perdón, pero ahora mismo no puedo pensar en esto, ¡tengo un asesino que atrapar…!».

Aunque esperaba lograrlo antes de abril.

Qué coño, ¡esperaba hacerlo aquella semana…! De hecho, ojalá hubiera podido detenerlo en plena fiesta de compromiso. Eso sí la habría convertido en algo interesante de verdad. Pero para ello necesitaba dejar de pensar en pasarelas de vestidos de novia…

Cuando esa misma noche Ástor y yo nos reunimos en la cama, no sé qué me derritió más, si sus besos o sus palabras.

—Siento la fiebre nupcial de mi madre —musitó algo avergonzado.

—No pasa nada, Ástor. Yo siento no ser una novia más efusiva, pero es que tengo mucho trabajo atrasado por la baja…

—No te preocupes. No tienes que serlo… Solo me importa que quieras casarte conmigo. Nada más. —Me besó tiernamente.

—¡Y quiero! Me casaría contigo debajo de un puente con una bolsa de basura puesta.

—Y yo te adoro por ello, Kei, pero eso mataría a mi madre…

Nos reímos juntos.

—Linda no es la única que sufriría… La mía está disfrutando de esto más que un perro con dos colas.

—Míralo por el lado bueno. Así tú no tendrás que hacer nada. Que se encarguen ellas de todo y ya está…

—Me parece bien. Porque ahora mismo estoy muy ocupada…

—Lo sé, pero en la luna de miel te quiero enterita para mí… —Volvió a besarme el cuello—. Hay que pensar adónde queremos ir y la fecha que más nos convenga, según el destino.

—Vale. Pero Ástor… —Frené su avance hacia mis clavículas—. ¿Podemos dejar todo eso para el mes que viene? ¿Corre prisa? Es que ahora mismo no estoy en situación…

—¿En situación de qué? ¿De viajar conmigo, de casarte conmigo, de disfrutar conmigo de esa vida efímera de la que hablamos hace quince días…? —expuso un poco molesto—. Detestaría pensar que quererme es menos urgente para ti que tu trabajo, Keira…

—¡No es eso para nada!

Me mordí los labios, acorralada.

¿Cómo podía explicarle que mi investigación afectaba directamente a nuestra felicidad? Que era la causante de que no se hablara con su hermano. Que Carla confiaba ciegamente en mí. Que

me moría de miedo y de pena por considerar que Charly, alguien a quien él apreciaba muchísimo, pudiera estar detrás de todo…

Me bloqueaba solo de pensarlo.

Pronto tendría que ver a Charly otra vez, y me aterraba mi reacción. Siempre he sido una actriz pésima, pero si Ástor se enteraba probablemente lo mataría con sus propias manos antes de poder probar nada.

—Cariño… —dije acariciando la mueca triste de su cara—. No hay nada que desee más que hacer todas esas cosas contigo, créeme, por favor… Lo eres todo para mí.

—Eso es solo una frase hecha… Tú misma lo dijiste. Nadie es todo.

—Vale, pero eres el pilar que me sostiene, aunque no te des cuenta. Me miras y recargo energía. Tú eres el único que me hace sonreír en el caos en el que vivo, ¿no te parece importante?

—No quiero que vivas en el caos, Keira…

—Lo sé, pero estoy intentando solucionar las cosas para poder disfrutar de nuestra felicidad al máximo. Me encanta vivir contigo, pero lo empaña el recuerdo de que ya no te hables con Héctor y también me preocupa Carla… ¿Te das cuenta de que han abortado porque no estoy haciendo bien mi trabajo?

—Keira, por Dios… —resopló dolido—. No digas eso. No le des la razón a él, ¡estás haciendo todo lo que puedes! Es injusto exigirte más, y tampoco podemos dejar que ese tema hunda nuestras vidas.

—«Ese tema» es la felicidad de tu hermano. Y te recuerdo que ha sido tu único objetivo desde que tuvisteis el accidente. Es aquello que te ha estado hundiendo la vida durante años, y ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea en intentar sacar a Carla de la cárcel. ¡Es la solución a todo! Y las notas de Ulises nos han abierto nuevas vías de investigación. Solo te pido un mes, Ástor… Necesito tu apoyo más que nunca.

—Tienes razón, joder… Perdóname. Lo tienes al cien por cien —dijo besándome la mano—. Sé que vas a conseguirlo… Olvida todo lo que te he dicho, ¿vale?

—No puedo, me preocupa. Y no conseguiré llevarlo a cabo si te veo sufrir por mí… Quiero que confíes en mí, aunque ahora mismo sea incapaz de dedicar tiempo a detalles de celebraciones a las que me

he propuesto que acudan Carla y Héctor juntos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Te apoyaré en todo, lo prometo. Solo dime qué necesitas y lo haré…

—En este preciso instante… necesito que me hagas el amor. —Tiré de su cuello para juntar nuestros labios y lo besé a conciencia.

Ástor gruñó y rodó hasta colocarse encima de mí, aprisionándome con su cuerpo.

Y vaya cuerpo… Duro. Grande. Perfecto…

—Yo creo que lo que necesitas es otra cosa, inspectora… —susurró sugerente.

—Ah, ¿sí? ¿Qué? —ronroneé lasciva.

—Que te desestrese un poco…

Solté una risita en respuesta y me mordió el cuello.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Follándote a lo bestia…

—No sé si eso será suficiente —lo vacilé—. Estoy MUY estresada…

Sus ojos centellearon ante ese reto y, sin perder tiempo, se deshizo de mi ropa y me dejó gloriosamente desnuda sobre el colchón.

Su boca se posó en todos mis rincones favoritos haciéndome desear más y más con cada caricia suave de su lengua. Qué bien me conocía… Hacía días que permanecía en estado ansioso, y para aplacarlo necesitaba sexo duro, desenfrenado y sucio. Algo que me hiciera abrir los ojos de par en par para ver mejor las respuestas.

Ástor se centró en succionar mis pezones como si fuera el cachorro más abusón de la manada y terminó bajando por mi cuerpo con lentitud. Cuando pasó de largo mi ombligo, abrí las piernas muerta de deseo.

Lo necesitaba urgentemente en un punto muy concreto.

Y como si hubiera escuchado mi súplica silenciosa, merodeó en mi sexo durante unos minutos antes de hundir su boca en él y empezar a devorarlo sin piedad. Solté un gemido exagerado cuando calcinó mis terminaciones nerviosas con sus expertas atenciones. Si un hombre se agarra de esa forma a tus muslos y te folla con la lengua como un loco, no te queda más remedio que empezar a creer en el amor.

Sus habilidades sobrenaturales me pusieron al límite haciéndome soltar varios tacos, y cuando estaba a punto de correrme lo agarré del pelo con fuerza para avisarle. En el momento en que la ola de placer

estaba cogiendo fuerza para darme un revolcón legendario, Ástor se incorporó de golpe y se introdujo en mí con tanta fuerza que creo que oí crujir una lama del somier.

—¡¡¡Diooos…!!! —grité asombrada.

Empecé a correrme en cuanto me penetró.

Perdí totalmente la noción del espacio y el tiempo. Un placer inhumano me poseyó y no me importó nada, solo quería seguir surfeando ese éxtasis con los ojos cerrados haciendo frente a sus intensas embestidas. Poco después, un gemido gutural salió de su masculina boca y noté que se tensaba por completo sobre mí.

No se puede poner nombre a lo que compartíamos juntos. Era una sincronización carnal perfecta, cimentada sobre unos sentimientos tan profundos y puros que me costaba creer que pudiera ser tan afortunada. Debí de haber sido muy buena en otra vida para merecerlo. Nunca me había sentido más feliz y agradecida por nada.

Solo rogaba a quien estuviera al mando que nuestra unión no se rompiera nunca. Sin embargo, otras personas deseaban lo contrario… y pronto lo sufriríamos.

El martes y el miércoles, en ausencia de Ástor, estuve haciendo una radiografía a la vida de Charly, empezando por su jodida partida de nacimiento.

Los nombres de sus padres aparecían fielmente en el documento: Alfredo Montes y Sonia Ochoa. Su padre era un reputado abogado que falleció de cáncer de colon cuando él tenía dieciséis años. Lo que nos llamó la atención fue comprobar que no formaba parte de los KUN. Entonces… ¿cómo había entrado Charly en el club?

Investigué los asuntos financieros de la familia de Charly y cómo salieron adelante tras fallecer su padre. Al parecer, entre su sueldo de asesora, los seguros de vida del señor Montes y la pensión de viudedad, su madre reunía una buena suma a fin de mes. Todo legal.

Andaba estudiando todo aquello cuando, el jueves por la tarde, llamaron al timbre.

Consulté la hora y pensé que era pronto. El vuelo de Ástor no habría aterrizado todavía. Me acerqué a la mirilla y localicé dos bultos sospechosos muy familiares.

—Hola… —saludé confusa al encontrar a nuestras madres detrás.

En sus caras no apareció la sonrisa habitual tipo «¿Molestamos?

¡Es que nos morimos de emoción por veros juntos!», sino una mueca que me dio muy mala espina.

Por un momento, pensé que el avión de Ástor se había estrellado o algo parecido…

—Cariño… —musitó con tacto mi madre—. Tenemos que hablar…

Solo entonces me fijé en que estrujaba una revista con aprensión.

—Pasad. ¿Qué ocurre?

—Te dije que no sabría nada —cuchicheó mi madre con la de Ástor—. Mi hija no lee estas cosas…

—En realidad, no pasa nada… —me contestó Linda tratando de quitarle hierro, pero parecía cautelosa—. Han salido unas imágenes de Ástor en una revista, pero no tienes de qué preocuparte…

—¿Qué imágenes?

—Antes de verlas, Keira, recuerda que seguro que es un montaje…

Me corté de arrancarle la revista de la mano y extendí la mía con toda la amabilidad que pude.

El temor de mi madre a dármela me encogió el estómago.

¿Qué coño iba a ver?

No tuve ni que abrirla. Ástor salía en portada bajo el título: «Escapada romántica a la Gran Manzana».

El corazón se me cristalizó cuando lo vi junto a una pelirroja a la que conocía muy bien. La tenía cogida de la mano en la entrada de un restaurante de lujo.

—Keira… —gorgoteó Linda, atormentada, al percibir mis oscuras vibraciones—. Ástor conoce a esa chica desde hace mucho tiempo, solo es…

—Sé quién es —la corté adusta—. Es Olga. Tienen un negocio juntos.

—Exacto. Han ido a Nueva York para abrir una franquicia de su salón de belleza.

—Ástor no me mencionó que se iba con ella…

—Seguro que se le pasó, Keira.

—A Ástor no se le pasan ese tipo de detalles, Linda —rezongué.

—Esa chica nunca le ha interesado —aseguró—. Lleva años detrás de él, y nunca ha ocurrido nada.

—Te equivocas, tuvieron algo el último verano… ¿No lo sabías?

Por su cara diría que no.

—Si no funcionó es porque te quiere a ti, Keira…

—Con el debido respeto, Linda…, desde que nos prometimos en el hospital han pasado muchas cosas. Mi vuelta al trabajo y el enfado con Héctor nos han distanciado… Y puede que los sentimientos de Ástor por mí se hayan enfriado…

—¡Eso son sandeces!

—¿Y por qué tu hijo va cogido de la mano de Olga?

—¡Igual había hielo y la pobre se iba a resbalar al entrar…!

Puse los ojos en blanco y abrí la revista en busca del reportaje central; si salían en portada, seguramente lo habría…

¡Bingo! Lo de la mano era lo de menos. Había varias fotos peores, algo borrosas, eso sí, pero se veía claramente que eran ellos. En una, Ástor abrazaba a Olga, afectuoso. En otra, le cogía de la cara, y en otra…

La cerré de golpe.

¿Cuántas veces había imaginado sus labios en los de Olga?

Sentí una presión en los ojos y mucho calor en la cara.

—Puede tratarse de un efecto óptico, Keira —apostilló Linda, tensa—. Ya sabes, hacer que la cabeza de él encaje justo con la de ella para que parezca que…

Me moví solo para evitar que mi cuerpo reaccionara gritando, pataleando y estampando algo contra una pared… En lugar de eso, caminé hasta la nevera y saqué un tetrabrik de zumo del que bebí a morro. A la mierda las formalidades.

—Keira… —me advirtió mi madre, acongojada—, no saques conclusiones hasta que no hables con Ástor.

—No me ha escrito nada.

—Probablemente ni haya visto este reportaje —apostó Linda—. La revista ha salido hoy.

—Vale… Gracias por avisarme. No hacía falta que vinierais hasta aquí en persona. Bastaba con una llamada… —dije apartando la vista.

—Sí que hacía falta, Keira —replicó seria—. No te dejes llevar por estas cosas… ¡Las revistas solo quieren vender! Seguro que Ástor te da una explicación razonable.

—¡Seguro que sí…! —exclamé, y soné más falsa de lo que pretendía.

Enseguida me di cuenta de que, por mucho que intentara ser racional y moderna, tenía un cabreo cósmico que no me resultaría fácil controlar.

«¿Por qué Ástor no me dijo que se iba con Olga?».

Esa frase daba vueltas en mi cabeza. Y tampoco entendía por qué, si la respuesta era más que evidente… Supongo que no quería que me rayara, dado su historial con ella.

Yo confiaba en su forma de hacerme el amor, pero cuando te ponen los hechos delante, ¿qué esperanza queda? Me importaba una mierda si el de la foto de Ástor y Olga en la revista era un beso auténtico o no. Era cierto que se veía muy mal, pero ¿por qué mi novio le cogía la cara con las dos manos a otra mujer?

«¿Me convierte en una celosa enfermiza el hecho de que me moleste… teniendo en cuenta que "es" la mujer con la que ha mantenido relaciones y que está loca por él? ¿Tan despegado hay que ser hoy día que incluso no te afecten esos gestos?». Me pregunté qué pensaría él si yo hiciera lo mismo… Conociéndole, se le llevarían los demonios.

«No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti» es, en mi opinión, la regla de oro de la conducta humana. Un principio básico moral. Y me costaba mucho creer que Ástor lo hubiera roto.

—No os preocupéis… —intenté tranquilizarlas—. Lo hablaremos cuando llegue.

—Yo ya sé lo que Ástor te va a decir —replicó su madre—. La única cuestión es si le vas a creer o no…

Fui incapaz de contestar a eso, porque no lo sabía. Lo único que quería es que se fueran de mi casa. Y como si lo hubiera dicho en voz alta, se esfumaron rezando para que todo se arreglara.

Y hacían bien. Porque fue peor de lo que esperaba.

Opino que nunca llegas a conocerte del todo. Y hasta que no te ves en situación, las conjeturas y los idealismos en los que crees no sirven realmente para nada.

Ahora sé que es imposible racionalizar un sentimiento. Conoces la teoría acerca de la neurosis de los celos, pero la práctica es otra cuestión… No puedes ordenarte dejar de sentir dolor.

A medida que pasaban las horas, la bola de fuego se iba haciendo más grande y tuve la necesidad de llamar a Yasmín para contárselo

todo.

—¡La madre que lo parió…! —contestó alucinada.

—Te aviso porque igual termino esta noche durmiendo en tu casa.

—Aquí tienes sitio, Kei, pero espero de todo corazón que lo solucionéis.

Al final no fui. Y tampoco contesté a sus mensajes preocupados.

No tuve fuerzas ni para eso…

En cuanto pisé la comisaría al día siguiente, dije a Yasmín que prefería no hablar del tema. Tuvo que hacer un ejercicio enorme de contención para no preguntarme, aunque atacó por otro flanco. Por el de convencerme para ir a ver a la madre de Charly.

—¡No debemos! —exclamé hastiada—. Charly vendría a pedirme explicaciones un minuto después. Y podría tomar medidas al respecto. Además, ¿qué crees que nos va a decir esa mujer en contra de su hijo?

—En contra, nada. Pero quizá nos diga lo mismo que le dijo a Sofía y se nos encienda la bombilla.

—La madre es el último cartucho, Yas. Llevamos cuatro días con esto. Para ser buena policía, a veces hay que tener paciencia…

—Tengo la información de dónde estuvo él la semana anterior al asesinato.

—¿Y bien?

—Todo normal. Estuvo en los juzgados, en su casa y en la de Ástor. Sota, caballo y rey. No fue a ningún lugar inusual. Ni siquiera pisó el KUN.

—¿Y Sofía? ¿Estuvo en algún sitio fuera de su rutina?

—Tampoco. El lugar más singular fue la casa de la madre de Charly. Por eso quiero ir, Kei. Quizá viera algo en su habitación de niño o en sus viejas fotografías…

—¿Relacionado con Ástor? —Arrugué la nariz. No me cuadraba.

—Es posible que cuando empezaron a ser uña y carne pasara algo que Charly quiso encubrir para no tener que dejar de ser su amigo.

—Es probable, sí. Y en ese sentido la mayor fuente de información es el propio Ástor… Sería ideal preguntarles acerca de sus vivencias juntos, viajes, situaciones más extrañas y siniestras…, han estado muchos años siendo los mejores amigos.

—Sí. Y el lenguaje corporal de Charly puede darnos muchas pistas.

—Si le preguntas tú, se notará menos —sugerí—. Síguele el juego… Ya ha intentado besarte. Dale una de cal y otra de arena…

—Esa es la auténtica definición de «zorra», no la de llevar escote o una falda corta, sino el jugar con las expectativas de la gente.

—Pues selo. Él es un puto asesino…

Por aquel entonces no sabíamos que ese plan nos explotaría en la cara y tendríamos que recurrir a Saúl para que el asunto no se nos fuera de las manos…

—Hoy es viernes. Tienes la cita con Saúl, ¿no? —pregunté—. Ayer me pidió tu teléfono…

—No me lo recuerdes. Me escribió superrancio en plan: «A las nueve en tu portal». Te juro que me siento estúpida…

—Una vez tuve una cita con él y estuvo bastante bien…

—¿Qué? ¡¿Cuándo?!

—Que te lo cuente Saúl… Así tenéis algo de que hablar. Pero besa bastante bien…

Sus ojos como platos me hicieron soltar una carcajada, como si le estuviera tomando el pelo.

No entendía qué interés podía tener Xavier en que su hijo y Yasmín tuvieran una cita, ni tampoco por qué ella era tan hermética respecto a él.

Me moría de intriga por saber lo que pasaría cuando estuvieran juntos y a solas, y al día siguiente, sábado, a las diez de la mañana, ya le estaba preguntando «¿Qué tal?» por mensaje.

No obtuve respuesta hasta la una del mediodía, cuando Yas me contestó un estruendoso «FATAL». Con mayúsculas. No me quedó más remedio que plantarme en su casa con comida china para cuatro y el infalible helado de chocolate con galleta de Mercadona.

Todavía tenía llaves, y las utilicé a pesar de haber llamado al timbre. Por un lado, me dio pena irme de esa casa y dejar a Yasmín de nuevo sola, pero ella insistió en que si iba a casarme con Ástor lo lógico sería vivir con él. También me dijo que tenía el oído más fino que un perro y que estaba harta de escuchar cuánto nos amábamos…

Irónico, teniendo en cuenta que ya no sabía en qué punto estábamos Ástor y yo.

Intentaba pasarme a verla un par de días mínimo a la semana para darle la tabarra, y ese sábado era el día ideal. Había esquivado bien a

Ástor el viernes al ser laborable, pero en fin de semana sería más complicado… Además, quería detalles sucios sobre ese «FATAL»…

Descubrí que Yas no había acudido a la puerta porque se estaba duchando y la esperé en el salón tirada en el sofá.

—¡Buenos días! —exclamé al verla con una toalla enrollada en la cabeza.

—Haz el favor de no volver a gritar —me suplicó cerrando los ojos con fuerza y sujetándose las sienes.

—¿Resaca?

—No sé… Se supone que antes de los veinticinco no se tiene resaca. Puede que sea un tumor cerebral…

—¿Bebiste mucho?

—Ni siquiera recuerdo cómo llegue a casa.

—¿En serio?

—Ni cómo me metí en la cama, pero me he despertado desnuda…

—¡¿QUE QUÉ?!

—Lo que oyes… —admitió mortificada.

—¿Has hablado con Saúl?

—No. Y no pienso volver a verle jamás.

—Pero… ¡YAS, tienes que llamarle! ¿No te acuerdas absolutamente de nada? ¿Y si os liasteis? ¿Hay algún signo de ello…?

—No. No pasó nada, te lo aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco la sensación de despertarte después de haber mantenido relaciones sin que te acuerdes…

La frase me dejó planchada.

«¡Joder, Keira! Vale. Venga… *Keep calm*».

—Y… ¿qué tal te lo pasaste en las partes que sí recuerdas?

—Mal. No nos tragamos. Su padre está loco. No sé qué pretende…

—Deberías llamar a Saúl ahora mismo.

—¿Por qué?

—¡Porque no sabes cómo llegaste a casa! ¿No tienes curiosidad?

—Ninguna.

—Yas…

—¡De verdad que no quiero saberlo, Kei! —rebatió, evitando mi mirada.

—¿Me estás ocultando algo? —pregunté arrugando el ceño—. ¿No

tienes ningún flash? ¿Seguro que te trajo Saúl? ¡Solo quiero asegurarme!

—Claro que me trajo él. Tengo flashes. ¿Contenta?

—¿Y qué pasó?

—¡Nada!

—Voy a llamarle yo misma —amenacé, sacando mi teléfono.

—¡No le llames! —Yasmín se lanzó sobre mí para impedírmelo.

—¡Pues cuéntamelo tú! —forcejeé divertida.

—¡Yo estaba borrachísima! —confesó aturullada—. Y Saúl tuvo que cargar conmigo hasta aquí. Se pegó media hora para abrir la puerta…

—Me lo imagino… ¿Qué más?

—Y puede que… intentara besarle y él se apartara…

Forcé mis labios hacia dentro para evitar cualquier mueca chistosa bajo su atenta mirada.

—¿Te hizo una cobra?

—¡Lógicamente…! Acababa de vomitar y me apestaba el aliento…

Puse el puño delante de mi boca para ocultar mi sonrisa, pero no sirvió de nada porque asomaba por mis ojos.

—Estaba borracha —zanjó seria—. Y cachonda. Y Saúl olía muy bien. ¡Habría besado hasta al Papa!

—Me consta que el Papa no huele tan bien. ¿Te desnudó Saúl?

—No… Lo hice yo. Pero delante de él… —Se apretó la nariz.

—Yasmín…

—¡¿Por qué te crees que no quiero volver a verle?! —Pataleó—. ¡Soy imbécil! Quizá aquella noche me mereciera todo lo que me pasó… ¡Soy lo peor!

—No vuelvas a decir eso ni en broma, Yas —me enfadé con ella—. Lo de sentirse culpable es un clásico, pero tú no diste tu consentimiento. Abusaron de ti con alevosía en una condición física impuesta para que no pudieras defenderte. Los agravantes son terribles… Por eso deberías llamar a Saúl ahora mismo y darle las gracias.

—¿Y qué le digo? ¿«Gracias por no aprovecharte de mí»?

—¡Pues sí, joder!

—¡No me da la gana!

—¡Ah! Ya entiendo… Tú querías que se aprovechara de ti.

Decirlo con una sonrisa la puso todavía más furiosa.

—Que te jodan, Keira.

—No. Que te jodan a ti. ¡Ah, no! ¡Que no quiso! —vociferé divertida cuando la vi irse toda digna—. ¡Más suerte la próxima vez! —Me pitorreé—. ¡Si no te hubieras emborrachado tanto…! Pero Saúl es un tío decente… ¡Vuelve, Yasss! ¡Te he traído chino, joder! ¡Soy la mejor amiga del mundo!

Tardó tan poco en volver que yo todavía tenía la sonrisa en la boca.

Vi que traía platos, cubiertos y dos latas de Coca-Cola Zero.

—Porque tengo hambre, Keira, si no, te echaba de aquí… —se excusó con una seriedad cómica.

—Jamás subestimes el poder del chino contra la resaca —dije satisfecha.

—Pero no pienso llamar a Saúl. Así que no insistas.

Puse los ojos en blanco.

—Como quieras. La que queda fatal eres tú, no yo.

—Ya, claro, tú eres perfecta…

—¿Qué?

—Nada…

Me pasé con ella toda la tarde viendo series. Quise saber más detalles de su cita con Saúl, pero fue imposible sonsacarle algo.

—Tengo una pregunta —comenzó Yasmín poco después.

—Pues no sé si voy a contestártela, porque tú no me cuentas nada.

—Es sábado… ¿No te ha surgido un plan mejor que estar aquí conmigo? A ver, que yo encantada, ¿eh?, pero tienes novio, Kei, y… ¿no deberías estar intentando arreglar lo vuestro?

—No hay mucho más que decir, solo esperar a que se me pase el cabreo. Además, Ástor me dijo que iba a quedar con Charly hoy para ver el fútbol… Y lo último que me apetece es coincidir con él.

—Pues no estaría mal. Necesitamos avanzar con el caso. Y Ástor y tú necesitáis pasar página. Puede que quedar con más gente os venga bien. Cenar, beber…

—¿Guateque con un asesino? Planazo… —ironicé.

—En algún momento tendrás que volver a ver a Charly o sospechará.

Solo de imaginarlo empecé a encontrarme mal.

—Va a ser horrible… —sentencié seria—. No le veo desde el día que lo grabé entrando en mi despacho, y no podré soportarlo, Yas… Mató a Ulises. Mató… a… Ulises, ¡joder…!

Unas incontrolables ganas de llorar asolaron las facciones de mi cara. Sentí que la pena me la partía por la mitad, rompiendo una presa hecha a base de venganza y honor que invadió mi organismo arrasando con todo.

—¡Ya no está, Yasmín…! —grité descompuesta—. Ulises no está… —Empecé a llorar como una loca y me ahogué en una desesperación tan cruda que, por un momento, me dominó por completo—. ¡Lo hizo Charly! ¡No voy a poder tenerlo delante y no decirle nada…! ¡Quiero matarlo! ¡No volveré a ver a Ulises nunca más! ¡No puedo soportarlo!

—¡¡¡BASTA, KEIRA!!!

El tremebundo grito de Yasmín llegó más certero que un bofetón. Me dejó tan asombrada que reaccioné saliendo de un trance horroroso. La agonía dejó de apretarme el cuello y retrocedió. Ya podía pensar.

Respiré profundamente un par de veces y me limpié los ojos. Al menos ya no me ahogaba.

—Dios… —dije alucinada—. No sé qué coño me ha pasado…

—Que has tenido una crisis de histeria. ¿Sentías que te ahogabas?

—Sí.

—Las he tenido. Y está demostrado que un grito inesperado es más efectivo que una bofetada. Di no a la violencia. ¿Tú vas a pegar a tus hijos para corregirlos cuando se porten mal?

Parpadeé sorprendida ante la pregunta y resoplé de nuevo.

—En principio, no voy a tenerlos… Pero no creo que lo hiciera. El contacto físico nunca ha sido mi punto fuerte. Prefiero la manipulación mental.

Y de pronto, pensando en esa idea, caí en la cuenta.

—Esta noche tenemos que volver loco a Charly…

—¿A qué te refieres?

—A emborracharlo. Juguemos con él hasta acorralarlo… Vamos a estudiar qué preguntas estaría bien hacerle y precedidas de qué conversaciones podemos sacarlas a colación. Solo superaré esta noche en modo trabajo, Yas… —dije ansiosa.

—De acuerdo. Avísales de que iremos.

Despierto de mi *flashback* abrazada a Ástor en casa de los Arnau.

Esa noche fue una auténtica locura que lo precipitó todo, pero jamás pensé que terminaría en esta muerte…

—No voy a irme —dice Ástor con seguridad—. Me quedo hasta que acabes y nos vamos juntos a casa…

—De acuerdo —respondo agradecida—. ¿Sabes dónde está Charly? ¿Se ha ido?

—Creo que no.

—Dile que me busque. Quiero hablar con él…

—Vale.

Me da un beso en la mejilla y se va de mi lado.

Me apuesto algo a que Charly ya se ha largado con cualquier excusa. A muchos psicópatas les gusta estar presente en el escenario del crimen para ver el desarrollo posterior, pero llega un momento en que desaparecen porque ya no pueden sostener más tiempo su enorme sonrisa de satisfacción.

ástor

6
Los margaritas

Increíble… ¡Xavier ha muerto en su cumpleaños…!

Si ya los detestaba, ahora más. Tengo grabado el día que dejaron de gustarme. Fue a raíz de leer un artículo científico donde aseguraban que en esa fecha tenías el trece con ocho por ciento más de posibilidades de morir que cualquier otro día del año.

Puede parecer poético morir en la misma fecha en la que naciste, pero de verdad da pavor lo común que es dicha coincidencia.

La explicación es pura matemática.

Teniendo en cuenta que una de las principales causas de defunción se atribuye a afecciones neonatales, es lógico pensar que no es difícil morir el mismo día, horas después de nacer.

Otro de los grandes factores tiene que ver con fallos

cardiovasculares y respiratorios, de manera que el estrés o la propia emoción por cumplir años pueden contribuir a la misma. También la tristeza y ser más aventurero u osado de lo habitual ese día concreto se lleva a cantidad de gente por delante…

Pensaba que Xavier estaba bien de salud. Al menos, lo parecía, y verlo muerto me ha removido muchos sentimientos.

Pobre Saúl… No es fácil ver morir a un padre al que odias. No voy a decir que te deja más tocado que con uno al que quieres, porque no es cierto, pero la perturbación que te provoca es descomunal. Como si fuera culpa tuya por no haberlo querido lo suficiente. O como si tú lo hubieras provocado por desearlo en secreto.

Saúl dice que es imposible que Xavier se haya suicidado, aunque todo apunte a ello, y yo tampoco lo afirmaría, pero todos tenemos secretos ocultos y nunca se sabe lo que puede pasar por la mente de otro ser humano. Y más de alguien como Xavier, tan contradictorio y punible.

Su hijo va a necesitar mucho apoyo después de esto.

Cuando me pasó a mí, al menos tenía a mi madre. Y a Héctor… Pero ¿a quién tiene él?

Días atrás pensaba que Saúl estaba volviendo a conectar con Yasmín, pero la petición de que se marche de su casa ha dejado claro que no están en su mejor momento.

¿Qué habrá pasado entre ellos esta noche?

No sé a qué juega Yasmín. Porque también está volviendo loco a Charly…

Al menos, el sábado pasado parecía muy interesada en él.

Me sorprendió que Keira me escribiera avisándome de que ambas aparecerían por casa. De hecho, había hecho planes con Charly porque llevaba días muy esquiva conmigo y me dijo que necesitaba espacio.

Un doloroso espacio que me tenía bien merecido…

Hace mucho tiempo que asumí que los hombres somos gilipollas y que no tenemos más opción que apelar a la compasión de las mujeres en cuestiones emocionales. Porque, cuando nosotros vamos, ellas vuelven…

Nada más aterrizar en Barajas tras la visita fugaz a Nueva York, me topé con una cascada de flashes de bienvenida para Olga y para mí. De hecho, mi mayor defensa ante la acusación de infidelidad es la

cara de susto que se me quedó. ¿Qué coño era aquello?

—Joder… —musitó Olga, ruborizada—. Piensan que estamos juntos…

Supongo que lo dedujo al oír los gritos de: «¿Habéis vuelto?», «¡Estás preciosa, Olga!», «¿Esta vez es la definitiva?». Y una larga lista de adulaciones asegurando que formábamos una pareja espléndida que a ella la hicieron sonreír sin querer.

Quise gritarle que borrara esa mueca de su boca, porque desde luego la mía solo estaba preocupada por lo que pensaría Keira de todo aquello.

Avancé rápido hacia Rodri, el chófer de la familia, cuando un periodista casi hizo que me tragara su micrófono preguntando: —¿Es cierto que va a casarse muy pronto?

Lo miré tan mal que percibí cómo retrocedía de miedo.

—Sí, pero no con ella. Estáis metiendo la pata hasta el fondo…

—Entonces ¿esto solo ha sido una última cana al aire?

—¡¿Perdón?!

—Hay fotos… —expuso con una expresión tipo «Te han pillado».

Me subí raudo al coche con la cara demudada y Olga hizo lo mismo.

—¡Madre mía…! —exclamó alucinada.

Pero yo ya estaba consultando mi móvil. Tecleando palabras clave en el buscador para que me mostrara esas dichosas imágenes.

—Me cago en mi alma… —murmuré sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa?

—Nos han fotografiado en Nueva York.

—¿Haciendo qué?

—Saliendo de cenar… Fue el día que lloraste, y claro, parece otra cosa. Te seco las mejillas, te abrazo…

—Lo siento muchísimo, Ástor… Pero Keira lo entenderá. ¡Seguro!

—Tengo un montón de wasaps de mi madre llamándome de todo…

Maldije en voz baja.

Rodri acercó a Olga hasta su casa y luego me dejó en la mía. Estaba cansado del viaje relámpago y quería relajarme, pero en vez del baño con pizza que tenía planeado, me esperaba el infierno.

Entré en el chalet con aprensión.

Temía el pronto irracional de Keira, el que la lleva a no detenerse a escuchar explicaciones cuando el cabreo la posee. Necesitaba tiempo para calmarse. Me lo había demostrado en muchas ocasiones: cuando Sofía y Carla nos la jugaron, cuando descubrió lo de la web, cuando se enteró de que Olga y yo nos habíamos acostado…

«Joder…».

Dejé la maleta en la entrada e inspiré hondo.

—¿Keira?

La protagonista de mi ansiedad no tardó en aparecer en el salón. Vestía de manera informal, con unas mallas negras con el logo de *Stranger Things* y una camiseta gastada de los Ramones. Estaba preciosa.

Nos dijimos tantas cosas en esa primera mirada…

«Lo siento».

«¿Por qué me has mentido?».

«Confía en mí, por favor…».

«Esto no funciona así…».

«Yo nunca dudaría de ti».

—Hola.

—Hola… —respondió paciente.

—No sé ni por dónde empezar… —dije colapsado.

—Pues por ahí, no, Ástor —contestó Keira con una fragilidad dolorosa.

—Es todo mentira —aclaré deprisa.

—Eso está mejor. Sigue…

—No ha pasado nada entre Olga y yo.

—¿Por qué no me dijiste que ella también iba a Nueva York?

—No quería que pensaras nada raro. Ha sido un viaje de negocios. Olga quiere abrir un salón en la Gran Manzana, y hemos ido a estudiar la propuesta y a cerrar el trato. Nada más…

—¿Y eso incluye cogerle la cara y besarla?

—No la besé.

—La abrazaste. Estabais muy juntitos. Acunaste su cara. ¿Lo niegas, Ástor?

—Me contó algo muy personal y se echó a llorar. Le limpié las lágrimas y la abracé. Solo eso.

—De acuerdo…

Keira apartó la vista, molesta, y caminó hacia la cocina evitándome. Como si no quisiera saber nada de mis brazos, que se morían por estrecharla, o de mis labios, que lloraban por saborear los suyos después de varios días sin verla. Pasó hasta de la triste expresión de mi cara.

—¿Tienes hambre? —preguntó cambiando de tema.

No podía creerlo…

La sensación de que le importaba muy poco lo que yo hiciera a sus espaldas me golpeó de lleno.

—¿Ya está? ¿Tema zanjado?

—¿Qué otra opción me queda? —cuestionó mirándome con los ojos vidriosos—. No tengo forma de comprobarlo, Ástor… Solo puedo fiarme de tu palabra y seguir con mi jodida vida…

La inseguridad que tiñó su voz me dolió más que nada.

—¿No confías en mí?

—Sí que lo hago. ¿Y tú en mí?

—¡Pues claro, Keira…!

—¿Y por qué no fuiste sincero? ¿Qué sentirías si yo hiciera lo mismo? ¿Qué pasaría si abrazara a un amigo con el que he tenido relaciones íntimas en una situación en la que te he ocultado que estaría con él?

—Me sentaría mal —admití sintiéndome fatal—. Pero yo ya he pasado por eso, Keira. Ahora no lo recuerdas, pero cuando nos conocimos, cada vez que tocabas a Ulises, que os abrazabais o que presumíais de vuestra inalcanzable intimidad, se me revolvían las tripas, y aun así confiaba en ti, en nosotros… cuando ni siquiera éramos nada oficial.

—No te atrevas a comparar a Ulises con Olga… —masculló furiosa.

—No los comparo. Olga es solo una conocida, una socia comercial; lo tuyo con Ulises era mucho más doloroso, Keira… Vuestra relación era muy estrecha y sentida. Lo querías. Tú misma me lo dijiste…

—¡Como amigo! Lo quería como amigo —sollozó afectada.

—La gente no se tira a sus amigos…

—Me importa una mierda lo que haga la gente.

—No, cariño. Ulises era más que un amigo. No lo niegues.

—Puede que al principio fuera así, ¡pero después nos enamoramos de otros y por fin pudimos serlo! ¡Porque siempre lo fuimos! Pero Olga siempre ha querido ser algo más que tu amiga… Y tú lo sabías.

—No me gusta que me creas capaz de engañarte así… —empecé a molestarme.

—Pero lo has hecho, me lo has ocultado, Ástor. Yo nunca te oculté nada. ¿No ves la diferencia? ¿No entiendes lo que implica?

—Joder, Keira… ¡No implica nada! ¡Solo implica que no deseaba que te disgustaras! ¿Es que no sientes cuánto te amo? ¿No lo captas cuando hacemos el amor? ¿No notas mi desesperación por abrazarte ahora mismo, por sentir tu piel contra la mía? ¿Porque me vuelvas a mirar con normalidad otra vez…? ¿Porque me quieras la mitad de lo que yo te quiero a ti?

Me acerqué a ella despacio y agachó la cabeza para que no viera que su boca se curvaba con una mueca de tristeza.

Me dejó rodearla con los brazos y se tapó la cara. Acerté a rozar con mis labios el nacimiento de su pelo y a susurrarle: —Créeme, por favor…

—Quiero creerte contra toda probabilidad… —musitó llorosa—. Y he hecho un ejercicio de contención enorme al no llenar las maletas e irme cabreada antes de que llegaras. Pero sigo enfadada, no puedo evitarlo. Ha sido muy doloroso ver esas imágenes… Y precisamente con ella… Ese daño no desaparece así como así, Ástor.

—Ya lo sé… Perdóname, por favor. Lo desmentiremos todo. ¡Esas fotos están fuera de contexto! Salíamos de un restaurante, y Olga me había estado contando que estaba harta de esperar al hombre perfecto y que quería ser madre ya. Tener una niña y llamarla como su hermana… ¡¿Cómo no iba a abrazarla?! ¡Por poco me muero…! Le limpié las lágrimas y le di un beso en la mejilla. Pero las cámaras de los paparazis echan ráfagas de fotos y alguna siempre coincide en el momento exacto en el que se alinean nuestras bocas para que parezca otra cosa al separarnos. Todo se arreglará, Kei, te lo prometo. En Barajas ya lo he desmentido…

—Me jode tener que dar explicaciones de nuestra vida privada.

—Ya lo sé, pero la fiesta de compromiso ayudará a aclarar las cosas. Podemos vender la exclusiva a alguna revista.

—Por Dios… —se quejó avergonzada—. Lo que faltaba…

—Estas cosas funcionan así. La gente tiene que verlo para creerlo. Además, ¿qué sentido tiene que me case contigo si no es por amor?

La mirada que me lanzó me dio pánico.

—Eso no es muy halagador por tu parte… —repuso arisca.

—Sabes lo que quiero decir. Nada me impide romper contigo y acostarme con quien me dé la gana si es lo que me apetece. ¡Si estoy contigo es porque te amo…!

—Se puede amar a dos personas al mismo tiempo…

—Eso es mentira —dije tajante—. Nunca es de la misma forma. Y la real es la que te saca de tu zona de confort. La que te reta. La que te hace sentir orgulloso de que esa persona te haya elegido. Y eso eres tú para mí, Keira…

—Ese es el problema. —Me miró a los ojos dolida—. Que al hacerme desconfiar de ti, haces que desconfíe de mí misma por elegirte… Y eso es lo último que deseo que alguien me haga sentir.

—Keira… —dije nervioso—. Te quiero como nunca he querido a nadie… —confesé como si fuera una debilidad.

—Y eso te hace actuar como si te diera miedo perderme… —dedujo en voz alta—. Pero eso no es confiar en el otro, Ástor. Deberías haberme contado que te ibas con Olga desde el principio. Esa ocultación es la que me lleva a poner en duda todo lo demás…

—¿Dudas de mí, Kei? —pregunté aprensivo.

—De ti no… Dudo de que vayas a quererme como necesito que lo hagas.

Y con esa frase lapidaria se fue de mi lado consternada.

No fui tras ella porque me dejó muerto. Y porque la conocía y sabía que necesitaba estar sola para procesarlo y perdonarme. Era mejor no seguir metiendo la pata… Keira es de esas personas que te dejan sin argumentos, y todo lo que digas después no hace más que restarte puntos poniendo de manifiesto tu inutilidad.

Esa misma noche, cuando me metí en la cama, ella ya estaba acostada y consintió que me arrimara a su espalda y la abrazara. No podía pedir más.

Al día siguiente le escribí mensajes preguntándole a qué hora volvería a casa y si le apetecía pedir la cena a domicilio. Contestó con un «ok» rancio. Luego, sin embargo, no se quedó a ver la tele conmigo, alegando que tenía que trabajar. No insistí. Solo dije: —¿Me das un

beso de buenas noches al menos?

Lo reconozco, me la jugué. Pero ya había sufrido veinticuatro horas de abstinencia de cariño y me parecía castigo suficiente.

Keira se acercó sin prisa y se agachó hacia mí por detrás del sofá.

Yo sabía que quería darme un simple pico y terminar rápido con aquello, pero no la dejé. Cuando se aproximó a mis labios con la boca cerrada, me aparté un instante y aproveché el *impasse* para agarrarla de la nuca y absorber su labio superior con lentitud, obligándola a entreabrirlos. En cuanto lo hizo, introduje mi lengua con suavidad. La suya me acarició tímidamente y le rogué que me devolviera la vida, como Antonio Orozco en esa canción.

Respiré aliviado cuando continuó el beso, pero lo cortó rápido. Estuve a punto de quejarme. De volver a insistir en mi inocencia. Pero me di cuenta de que sí había hecho algo mal: subestimarla. Y vi en sus ojos que todavía no estaba lista para perdonarme.

Era la única mujer que conocía que había esquivado mis labios. Y eso me volvía loco. Porque sentía que ya no era suficiente convencerla con lujuria, sino que estábamos en otro nivel, uno más difícil y complejo en una pareja.

Al inicio de una relación las ganas ganan la batalla a los principios, pero ahora era diferente. Me costaría más demostrarle que podía quererla como se merecía.

El sábado desapareció aludiendo que Yasmín la necesitaba. Me dijo que se iba a comer con ella y que no sabía cuándo volvería. Por eso me busqué la vida con Charly. Pero cuando me avisó de que venían me puse nervioso. Y ansioso.

Llegaron un minuto antes de que comenzara el partido de fútbol, y aun así, tras abrir la puerta no salí corriendo de vuelta al sofá como habría hecho cualquier tío, sino que retuve a Keira entre mis brazos y le di la bienvenida a mi manera. Fue un impulso incontrolable.

—Hola a ti también… —escuché a Yasmín en la oscuridad de mis párpados cerrados. A pesar de todo la ignoré, porque acababa de darme cuenta de cuánto había echado de menos esos labios.

Yasmín se había vuelto un pilar indispensable para Keira, tanto laboral como personalmente. De no ser por ella, no sé cómo habría

sobrellevado Kei la pérdida de Ulises…

En cuanto a mí, el vacío que había dejado en mi vida seguía quemándome. Y desde hacía un tiempo también debía soportar la lejanía de mi hermano. Solo tenía a Keira para reemplazar ese gran hueco —Charly seguía a medio gas—, y ahora que mi chica estaba enfadada me encontraba a punto de derrumbarme.

—¡Hola, Charly! —oí a Yasmín, jovial.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo estás?

—Muy bien.

—Ni que lo digas, chica…

Keira dejó de besarme y me miró con diversión.

—Será mejor que vayamos. Esos dos necesitan carabina…

—Más bien ellos son la nuestra —repliqué, claramente excitado.

Volví a besarla con ganas y me apartó halagada, sonriendo en mi boca. ¡La cosa prometía! Me sentí de nuevo un veinteañero desesperado por la vaga esperanza de triunfar un sábado.

—Vamos… —dijo Keira arrastrándome de la mano.

—Hola, Charly… —lo saludó sin soltarme cuando llegamos junto a ellos. Y ese detalle me pareció extraño.

—Kei…, dime que has traído chucherías —rogó Charly, teatral.

Ella tardó un segundo de más en contestar.

—Sí…, las he traído.

—¡Genial! ¡Eres la mejor! —exclamó contento.

—Toma. Disfruta, criatura. —Yasmín le tendió la bolsa—. Dicen que los adultos que comen chucherías son los que luego de mayores tienen diabetes.

—No pasa nada, no pienso llegar a viejo… —rumió Charly.

Las chicas se miraron intrigadas. Yo no, porque no era la primera vez que se lo escuchaba.

—¿Y eso? —preguntó Yasmín—. ¿Ya has vivido suficiente, Charly?

—No, nunca se vive lo suficiente, pero llámalo intuición o karma…

Ellas volvieron a mirarse de forma extraña.

—¿Tan malo has sido? —preguntó Yasmín, sugerente.

Se hizo un silencio extraño.

—La verdad es que sí… Y todavía puedo serlo más… ¿Quieres

pecar conmigo? —replicó él, vacilón.

A ese juego no había quien lo ganara.

—Voy a por algo de beber. —Keira nos sobresaltó a todos—. ¿Queréis algo? —preguntó nerviosa.

—No, ya tenemos. —Le señalé la mesa—. Pero ya voy yo…

—¡No! —me interrumpió brusca—. Voy yo. Yasmín, ¿me acompañas?

—Claro…

Las oí cuchichear en la cocina, como si estuvieran discutiendo, y aproveché para amonestar a Charly: —Tío, córtate un poco con Yas… ¡Vas muy a saco!

—¡¿Yo?! ¡Si es ella, que le va la marcha cosa mala…! Me echa unas miradas que alucino, en serio…

—¿Cómo te mira?

—Yo qué sé… ¡Cómo si quisiera matarme a polvos!

Me dio la risa. Charly era único teniendo alucinaciones.

Seguimos atentos al partido, y las chicas tardaron en volver al salón.

—¿Quién quiere un margarita? —ofreció Yasmín, entusiasmada, sujetando dos jarras llenas.

—¡Anda…! ¿Habéis preparado? —pregunté sorprendido, sintiendo una repulsión instantánea por mi copa de vino tinto.

—¡Sí! Hoy tenía sábado de antojo mexicano.

—Pues yo tengo poco de mexicano… —se quejó Charly.

Yasmín sonrió de forma auténtica.

—Si os apetece a todos, podemos pedir luego comida mexicana para cenar —sugirió ella.

—Por mí, genial. —Sonreí—. Charly, ¿a ti te apetece?

—Yo piso donde tú pisas, amo —contestó burlón.

—Os voy a servir dos copas… —murmuró Yasmín, empecinada.

Al irse, dejó la jarra en la mesa. Mala idea… Porque entraba que daba gusto.

Las chicas no tardaron en escabullirse hacia el despacho con la otra jarra.

—Llamadnos cuando termine el primer tiempo —me dijo Keira—. Mientras, vamos a repasar nuevas pistas sobre el caso de Sofía…

Charly se mostró interesado.

—¿Tenéis nuevas pistas?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Es mejor que no sepas nada hasta que lo tengamos claro. Estamos muy cerca. Confía en mí…

Se sostuvieron la mirada con intensidad antes de desaparecer.

Noté a Charly más desconcentrado que de costumbre con el fútbol, y cuando llegó el descanso se ofreció a ir a buscarlas.

—Para ganar puntos con Yasmín —añadió con picardía.

No tardaron en regresar al salón los tres. Y me encantó que Keira viniera a sentarse directamente encima mío, como si no soportara tenerme lejos ni un minuto más.

¡Tocarla se había convertido en mi jodida Navidad!

Su contacto me reconfortaba a niveles preocupantes.

Me preguntaba cómo podía quererla tanto. Nunca lo habría imaginado. Por no hablar del sexo, que con ella estaba alcanzando cotas desconocidas.

Era una sensación muy potente. Algo capaz de hacerte sentir eternamente joven. Pura vida. Por eso me estaba muriendo sin ella…

Contando el viaje a Nueva York, llevaba cinco días sin apenas tocarla, y antes de eso veníamos de una época de follar todos los días.

—¿Ya os habéis bebido la jarra entera? —preguntó Yasmín, satisfecha—. Voy a preparar más…

—¿Tratas de emborracharme, mujer? —le preguntó Charly, sin rodeos, y se quedó cortada—. Porque estoy totalmente a favor. —Sonrió truhan—. Aunque te advierto que me pongo muy insistente… Aviso.

—Y yo soy policía. Aviso.

Charly se rio y levantó las manos, divertido.

Miré a Keira, sonriente, y vi que estaba muy seria. ¿Qué le ocurría?

Supuse que era por el pasado de Yasmín. Parecía que Charly olvidaba por momentos el asalto que sufrió. Se lo mencioné cuando la conoció en la fiesta de cumpleaños de Ulises, pero entonces él todavía tenía novio…

—Brindemos —propuso de pronto mi chica con agresividad—. Por lo bien que supera Charly las muertes de sus parejas. ¡Y lo rápido que

vuelve a estar disponible! —Elevó la copa y sonrió falsamente ante nuestras caras de estupefacción.

Charly me miró alucinado y balbuceó atribulado.

—Keira…, solo bromeaba…

—Sí, ya…

—¿Crees que no echo de menos a Ulises? —preguntó incrédulo—. ¿Crees que su ausencia ya no me duele? Es un dolor crónico con el que estoy aprendiendo a vivir, y, sinceramente, no sé si lo conseguiré algún día…

Los ojos de Keira se cargaron de lágrimas al momento.

—Eh, cariño… —Le acaricié los brazos, pero no dejó de mirar a Charly con una expresión demoledora. Como si le estuviese pidiendo cuentas de algo.

Él continuó:

—No creas que me he enamorado de Yasmín ni nada parecido. Pero es muy fácil hablar desde la comodidad de los brazos de Ástor… Yo también necesito tener un puto motivo para seguir viviendo, así que no me juzgues…

—Chicos… —Me alarmé. Y miré a Yasmín en busca de ayuda.

—¡Callaos los dos ahora mismo! —sentenció ella con autoridad.

La sorpresa elevó mis cejas.

Desde que hablamos en la gala benéfica de Reyes no había vuelto a ver su faceta malévola. Era como si tuviera dos caras. La de novata encantadora y la de teniente coronel en potencia.

—No digáis nada de lo que os podáis arrepentir —añadió Yasmín—. ¡Los margaritas son muy traicioneros…! Y el dolor os hace decir cosas que no sentís ninguno de los dos.

Flipé cuando clavó tal mirada a Keira que consiguió doblegarla.

—Yasmín tiene razón —repuso Charly pasándose una mano por el pelo—. Ante todo, Ástor, que quede claro que me alegro mucho de que Keira y tú estéis juntos, pero me dais una envidia mortal… Encima vais a casaros y… me siento más apartado que nunca.

—No quiero que te sientas así —musité con desazón.

—Además, me ponéis cerca a una chica guapa con malas pulgas y ¿esperáis que no me sienta atraído por ella? —bromeó Charly—. Yo no tengo la culpa de que me siga el juego…

—¡Solo te lo sigo para que el ambiente no sea tan de recién

casados! —se excusó Yasmín—. Pero en algún momento de la noche, tal vez cuando intentes besarme de nuevo, te pararé los pies para decirte: «Charly, eres muy majo, pero estoy saliendo con otro…».

—¿Con quién? —preguntó sorprendido.

—No quieres saberlo, créeme…

—No me importa, me gusta compartir. —Charly sonrió canalla.

—Me consta… —replicó Yasmín, irónica—. Pero a mí no, gracias.

—Todo el mundo dice eso hasta que lo prueba…

—Te aseguro que yo no.

—Mejor todavía, ¡me encantan los retos! Dime, ¿quién es él?

Las chicas se miraron.

Yo estaba completamente fuera de onda en ese instante.

—Es Saúl…

—¡Anda ya! —exclamó Charly rebotando contra el sofá—. ¡¿Pero qué tiene ese tío que tanto os gusta a todas?! ¡Si todavía es un crío!

—Un crío muy mono —añadió Keira, mordaz, y sentí los celos clavándose bajo mis uñas.

Creo que lo disimulé bien, pero los margaritas y mis recuerdos de Saúl condujeron la conversación hasta una frase maldita, cuando oí presumir a Yasmín de que una vez el «crío» salvó a su hermana de ahogarse en el mar.

—Pensaba que ya le habías devuelto ese favor con creces, Yasmín…

En cuanto lo dije, supe que me había quedado sin mojar esa noche.

Los ojos de la aludida se abrieron de par en par, y los de Keira todavía más, pero no podía dejar de pensar en lo ilusionado que estaba Saúl con ella antes de que todo se fuera a la mierda entre ellos.

—¿Por qué los hombres siempre pensáis que una mujer tiene que pagar vuestras atenciones con sexo? —soltó Keira, indignada.

—Yo no he dicho eso —me defendí—. Se lo dijo Yasmín a Saúl hace cuatro años…

—¿Saúl y tú os acostasteis? —preguntó Charly, sorprendido.

—¡Yo no le dije eso! —me contestó Yasmín a la defensiva.

—Ah, entonces ¿no le dijiste que te acostaste con él solo por agradecimiento?

Se puso tan roja que pensaba que le saldría humo por las orejas

como a los dibujos animados.

Se levantó de golpe y huyó hacia la cocina. Keira me miró furiosa, y me expliqué.

—No tiene sentido que estén saliendo ahora… ¡Ella le rompió el corazón!

—¡Tú me lo has roto a mí un montón de veces, Ástor! ¡No lo olvides! —remarcó Keira, y se fue detrás de Yasmín, muy enfadada.

¿Quién me mandaría echar más leña al fuego…?

ástor

7
Esa tal Yasmín

Cuando Yasmín apareció en nuestras vidas y Keira me habló de su relación con Saúl, la identifiqué como la rompecorazones adolescente que protagonizó muchas de las charlas que tuve con él en el pasado.

La primera vez que Saúl la mencionó fue un día que me lo encontré en nuestra finca montando a caballo.

—Eh, donjuán, ¿cómo lo llevas con las chicas?

—¡Ástor! —me saludó, contento de verme.

Le acerqué el puño y me lo chocó emocionado.

Lamenté el día que toda esa devoción se transformó en asco, pero le entendía, porque yo también me lo tenía en esa época.

—Me va bien. Creo… —Sonrió vergonzoso.

—Uy, ¿y esa sonrisita? ¿Tienes a alguien especial por ahí?

Se encogió de hombros, ruborizado.

—Me gusta una chica, pero no tengo ninguna posibilidad real con ella. Es la más guapa de todo el instituto y puede estar con quien quiera.

—Pero ¿sois amigos?

—Sí, bastante… —dijo con orgullo—. A veces estudiamos juntos.

—Uuuh… —Sonreí tunante—. Eso suena muy bien.

—No tanto… Solo le convengo para aprobar.

—Podría estudiar con cualquiera y lo hace contigo —señalé con picardía.

Saúl sonrió de una forma muy particular. Con una suerte de esperanza mezclada con la anticipación de un beso escrito en el aire.

—¿Ya la has besado?

—¡Qué va…! —exclamó azorado—. Bueno, ella me besó a mí el año pasado, pero…

—¡¿Qué?!

—No es lo que crees. Fue un beso corto de agradecimiento. Sin lengua ni nada…

Me hizo gracia esa importante matización.

—¿Por qué dices que fue «de agradecimiento»?

—Porque la salvé de un chico que la estaba molestando…

—Ah, entonces confía en ti. Ya tienes lo más importante. Ahora solo te falta conquistarla.

—No sé cómo…

—Haciéndola sonreír. No falla.

—Yo no soy gracioso, Ástor. Ni atrevido.

Y tenía razón. Saúl era más bien tímido y buen chico. No como ahora, que se pasaba de listo y me reventaba que a Keira le hiciera gracia.

—Pues solo te queda jugar una baza, chaval…

—¡¿CUÁL?! —preguntó como si de eso dependiera la paz mundial.

No tuve más remedio que echarme a reír y confesarle el secreto.

—La sinceridad.

—¿La sinceridad?

—Sí. Es una de las armas más poderosas que existen. A las personas nos da miedo sincerarnos por si alguien se burla de nosotros, nos prejuzga o nos critica, pero no hay nada más poderoso que alguien

brutalmente sincero…

—Mi padre es brutalmente sincero y no mola nada —rebatió Saúl.

—Hay dos clases de sinceridad: la hiriente y la valiente. La primera hace vulnerable a los demás; la segunda, a uno mismo. Estos últimos son los verdaderos héroes.

Saúl me miró con aquella admiración especial que solía calentarme el corazón.

—Gracias por tus consejos, As… Me encantan nuestras charlas.

—A mí también, chaval. ¡A por ella, valiente! Y ya me contarás…

Un mes después, me lo encontré por casualidad en un famoso restaurante y no pude arrancarle ninguna de sus habituales sonrisas.

—¿Todo bien? —pregunté preocupado.

—Sí, sí… —musitó serio.

Yo iba acompañado por una chica y él por su padre, así que no estábamos solos para profundizar en el tema.

—Lo he traído a su restaurante favorito para ver si levanta cabeza —explicó Xavier.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Le ha dejado la novia… —se mofó Xavier con media sonrisa.

Noté que Saúl apretaba la mandíbula con fuerza. No solo tenía que soportar el dolor de perderla, sino también que su padre se burlara.

—No era mi novia —masculló Saúl hacia el cuello de su camisa.

—¡Tranquilo, hijo! Hay muchos peces en el mar, ¿verdad, Ástor? Tú lo sabes mejor que nadie, ¿eh? Cada mes te veo con una chica distinta…

Mi cita me miró pidiéndome explicaciones, y carraspeé incómodo.

«Puto Xavier…».

—¿Por qué no te pasas mañana por la tarde por mi piscina? —propuse a Saúl, amigable.

—No creo que quiera —contestó Xavier por él—. Se pasa el día encerrado en su habitación, ¡con el buen tiempo que hace! Pero mejor eso que salir y dejarse ver llorando por las esquinas…

Saúl inspiró hondo para no estamparle en la cabeza una botella que tenía muy a mano en una coctelera cercana.

—Vente y hablamos… —insistí ante su cara mustia.

Él se encogió de hombros, observó a la chica que iba conmigo y

volvió a mirarme a los ojos como si no entendiese algo de mí.

—Vale… Nos vemos. —Pasó de largo y salió del restaurante.

—Adolescentes… —explicó Xavier ante su actitud, más a mi cita que a mí—. Para ellos todo es un drama. Buenas noches, parejita…

Al final, Saúl no vino a verme y tuve que acudir yo al día siguiente a su casa.

Lo encontré en la terraza de la tercera planta de la mansión, recostado sobre los cojines de un balancín acolchado como el que hay en todos los porches del estado de Texas. Llevaba puestos unos auriculares enchufados al móvil. Cuando me vio, tuvo la deferencia de quitarse uno.

—¿Qué haces aquí? —preguntó seco.

—He venido a rescatarte de tu torre de marfil.

—No necesito rescate…

—Por tu cara, yo diría que sí, Saúl. ¿Qué ha pasado con esa chica?

—Nada… Un clásico. Nos liamos y se arrepintió. Eso es todo…

—¿Se arrepintió? ¿Qué te dijo exactamente?

—Nada de nada. De un día para otro cambió de opinión.

—Eso es raro…

—No tanto. La gente empezó a hablar de nosotros en el instituto y ella lo negó todo. Se avergonzó de mí. Ya te dije que era muy popular.

—La gente puede hacer muchas gilipolleces presionada por el qué dirán… Pero el instituto acaba ya, y si de verdad hay algo entre vosotros, no podrá ignorarlo mucho tiempo. Cuando os veáis de nuevo en verano seguro que…

—Se ha ido para no volver —dijo cenizo—. Y el año que viene cada uno seguirá su camino en una universidad distinta. La he perdido para siempre y sin explicaciones. Ahora entiendo que haya gente que huya del amor…

—Que esa chica no te haya dado una explicación me parece horrible —opiné enfadado—. Porque te obliga a juzgarte a ti mismo para obtenerla.

—¿A ti también te ha pasado, Ástor? —preguntó esperanzado.

Y no supe qué contestar.

No podía contarle que yo era un experto en manejar el dolor para que los demás no me hicieran daño. Estaba curtido. Disfrutaba de las mujeres, pero no creaba vínculos emocionales basados en la confianza,

sino en la atracción, y esta siempre terminaba desapareciendo, así que…

En ese momento entendí que yo me protegía del rechazo de mi padre y del dolor que me causaba con diversión, pero Saúl prefería sufrir a cambio de recibir algo de amor, porque escaseaba a su alrededor. Yo tenía mis fuentes fiables. Mi madre, mi hermano, amigos fieles… Parecía no tener a nadie.

—Nos ha pasado a todos… —contesté por fin—. ¿Y sabes qué? Te repondrás. El año que viene irás a la universidad y conocerás a otras chicas mucho mejores que una que no sabe apreciar a un buen tío cuando lo tiene delante. —Le di un toque afectuoso—. No hay nada malo en ti, Saúl…

Después de aquello no volvió a ser el mismo. Y cuando meses después ingresó en la universidad de Lerma su actitud empeoró todavía más.

Por eso no entendía a qué jugaba Yasmín ahora. ¿Estaban saliendo? ¿Cómo era posible? ¿Y a la vez tonteaba con Charly? ¿Por qué?

Mi mejor amigo se encontraba en un momento muy delicado a pesar de sus recurrentes bromas. Lo conocía, y lo notaba deprimido. Lo último que quería es que volviera a sufrir.

—Gracias por salir en mi defensa —me dijo Charly, y se sirvió otro margarita—. Pensaba que Keira me comía vivo… No es que los duelos se me pasen rápido, es que mi corazón es como un GPS que recalcula la ruta rápido cuando llega a un callejón sin salida.

Me llevé la mano a la sien.

—Si te oye decir eso te da una hostia que te mata…

Charly sonrió un poco, pero volvió a ponerse serio.

—Pensar en Ulises me hace polvo, As… Y no puedo seguir viviendo así. No quiero sentirme muerto en vida. Además, no se sabe nada de quién pudo asesinarlo y tengo la sensación de que una espada de Damocles pende de un hilo sobre mi nuca. En la de todos, en realidad. El abogado de Carla nos jodió la vida sacando a la luz la información de la web… Ese Mateo Ortiz es un trepa… Y a saber a qué jodido psicópata le contó que éramos los dueños de SugarLite… Cualquier día nos liquidan, amigo.

—No nos va a pasar nada —le aseguré con firmeza—. Hemos

reforzado la seguridad y ya he emprendido acciones legales contra él. Si es listo, Mateo se callará la boca. Y si se demuestra que Ulises ha muerto por culpa de que ese abogado se fuera de la lengua, lo acusarán de ser cómplice. Perdona a Keira, está muy nerviosa últimamente. No quiero que os peleéis, Charly…

—Tranquilo por eso… Está perdonada.

—Creo que solo trata de proteger a Yasmín. Recuerda su pasado. Y con Saúl tiene otro bastante problemático también. Así que quizá sea mejor que te olvides de ella…

En ese momento me pregunté si Saúl estaría al corriente de lo que le había sucedido a Yasmín, ¡probablemente no! Él nunca supo por qué desapareció sin dejar rastro…

—Intentaré dejar a Yasmín en paz —repuso Charly—, pero suenas como si no me conocieras, Ástor. Si me dices «No pulses ese botón», sueño con tocarlo a conciencia…

Solté una risita y negué con la cabeza.

—No tienes remedio…

—¡Es que es muy guapa! —se justificó.

—Sí que lo es…

—El niñato de Saúl tiene buen gusto, el muy cabronazo…

Sonreí de nuevo y recordé que estábamos en medio de una discusión con ellas.

—¿Cómo coño vamos a resolver esto? —expuse aprensivo—. Están muy cabreadas. Y Keira ya estaba de morros por mis fotos con Olga…

—Joder… Es que… ¿cómo caíste en esa trampa tan vieja? Pareces nuevo… —me amonestó Charly de pronto.

—¿Qué trampa?

—¡La de Olga! Es evidente que ella misma lo preparó todo…

«No me jodas…», pensé sintiéndome un ingenuo. ¡Ni siquiera se me había pasado por la cabeza!

—Y lo de callarte que te ibas con ella… ¿Eres idiota o te lo haces?

—Lo soy… —admití derrotado—. No quería remover la mierda. Me pareció que mencionárselo a Keira sería darle más importancia de la que tenía…

—Es al revés. Si no lo dices, parece que la tiene. Es para darte una colleja, de verdad…

—¡Lo sé, joder…! Y ahora ataco a Yasmín con lo de Saúl. ¿Qué

voy a hacer, Charly? Necesito arreglarlo con Keira esta noche o me volveré loco.

—Voto por beber más —propuso levantando la copa, tunante.

—Si fuera por ti, nos extinguiríamos, tío…

—Dales tiempo para que nos critiquen a gusto. Empieza la segunda parte del partido.

Cuando terminó el encuentro, otra jarra de tequila con triple seco y una pizca de jugo de limón había desaparecido por nuestras gargantas. Y estaba tan cargado que cuando las chicas reaparecieron en el salón, ni recordaba que estaban enfadadas.

—¡Mi vida…! —saludé eufórico a Keira, y la atraje hacia mí, haciéndola caer a peso sobre mi regazo. Su cara de sorpresa me recordó el enfado—. Gracias por no rendirte nunca conmigo… Y por ser tan sincera… Y valiente… Es lo que más me gusta de ti con diferencia.

La besé ensimismado y Kei apenas reaccionó al beso, intentando analizar mis palabras. Milagrosamente, sentí que se derretía contra mí y cooperaba por fin.

—Mataría por un beso así… —musitó Charly con ojos de anhelo.

—¡Pues a mí no me mires! —replicó Yasmín con guasa.

—¿De verdad vais en serio Saúl y tú? —le preguntó de vuelta.

Dejé de besar a Keira solo para ver la cara de Yasmín cuando contestara. Me interesaba mucho. Esa chica me tenía descolocado.

—Eh… Bueno, estamos limando viejas rencillas… El otro día salimos a cenar.

Me abstuve de decir nada al respecto. Y no sé qué ocurrió después entre ellos en la fiesta de compromiso, pero fuera lo que fuese, no iba bien si Saúl la había echado de su lado en el peor momento de su vida.

—Quiero haceros una pregunta —empezó Yasmín de pronto—. ¿Conocéis a mi padre? Es miembro del KUN…

—Apenas… —contesté sincero.

—Yo sin penas —añadió Charly, ebrio—. O sea, que sin pena de no conocerle. La mayoría de esos vejestorios son unos retrógrados insufribles.

—La verdad es que no te pega formar parte de los KUN —contestó Yasmín, risueña—. Es un club muy arcaico que choca totalmente con

tu estilo de vida moderno… ¿Cómo terminaste allí?

—¡Es una historia muy buena! —exclamé con media sonrisa—. Cuando empecé la universidad mi padre quiso obligarme a formar parte del KUN, pero me negué y discutimos. Él me aseguró que era su mayor vergüenza, y blablablá… Me tenía amargado con el tema.

»Un año después se dio cuenta de que había hecho buenas migas con Charly, y un día se plantó en la cafetería de la universidad para invitarnos a ambos a una gran fiesta en el KUN inspirada en la temática de casino.

»Charly contestó que le encantaría asistir y nos presentamos allí. Por desgracia, nos lo pasamos como nunca. Mi padre estuvo especialmente atento con Charly con el único propósito de tentarlo para entrar en el KUN a condición de que me convenciera para entrar con él. Y como comprenderéis, no pude negarme a esa mirada suplicante.

—¡Eso no es cierto! —Charly sonrió avergonzado—. Yo no te pedí entrar en el KUN en ningún momento…

—Pero lo estabas deseando —señaló Keira, perspicaz.

—¡¿Quién no querría entrar?! —le contestó de vuelta.

—Total, que sucumbí a su chantaje emocional… —resolví beodo.

—Héctor también te insistió mucho —me recordó Charly.

—Sí, bueno… Decía que era una deshonra que un De Lerma se negara a participar en la institución familiar, y acepté por todo un poco.

—Y luego terminaste siendo el presidente —acuñó Keira como si se avergonzara un poco de mí.

—Yo no quería, pero después me di cuenta de que quizá pudiera hacer algo para cambiarlo desde dentro. Limpiar su nombre. Romper con su concepto machista y elitista y convertirlo en algo respetable… Por eso tenía interés en que Sofía ingresara en él.

Keira me miró con renovado cariño, como si acabara de recordar quién era yo. Como si la sombra del espectro de esa revista se diluyera un poco. Y no miento si os juro que la polla me dio un respingo cuando su mano me acarició la pierna como una clara llamada de apareamiento ancestral.

Creo que a ella también le habían afectado los margaritas. Y seguro que cuando Yasmín huyó a la cocina enfadada admitió que yo

tenía parte de razón y que en su día la cagó con Saúl hasta el fondo.

Nunca me ha gustado follar borracho. Es muy distinto a hacerlo colocado. De hecho, es lo contrario. Sientes mucho menos. La sangre no colabora y no te quema en las venas. Aun así, estaba tan necesitado que casi rompo la cama con Keira.

Ojalá pudiera deciros que después de aquello olvidamos lo de Olga y salió de nuestras vidas para siempre, pero no… Lo peor estaba por llegar.

Consigo un tranquilizante para Saúl y vuelvo adonde lo he dejado vigilado por la Policía.

Lo encuentro abrazado a Héctor. Sé que ellos tienen una amistad paralela. Se conocen desde siempre, y cuando mi hermano tuvo el accidente Saúl lo visitó en el hospital muchos días. Otra cosa es que se distanciaran tras volverse un capullo conmigo.

Al percatarse de mi presencia, rompen el contacto y me miran.

Me siento afortunado de que Héctor pose sus ojos sobre mí, lleva toda la maldita noche evitándome…

—Keira me ha dicho que aún le queda un rato —les informo—. Pero es tarde… Deberías irte a descansar, Héctor…

—Yo me quedo —sentencia mi hermano, serio.

—Llevas muchas horas en la silla… Tienes que cambiar de postura.

—Por un día, no pasa nada…

—Sí que pasa —le presiono—. ¿Te ayudo a tumbarte en ese sofá?

—No.

—Héctor… —interviene Saúl—. Hazle caso, por favor…

Y como es de esperar, nadie lleva la contraria a alguien que acaba de perder a un familiar. Le bajas hasta la luna, si te la pide.

Me acerco a mi hermano y se aparta displicente.

—Puedo solo…

—Estás cansado de toda la noche —alego—. Déjame ayudarte, por favor…

Se queda quieto, y sin esperar su permiso lo agarro por debajo de los brazos como he hecho mil veces para levantarlo y dejarlo sobre un sofá o la cama. Mi hermano se acomoda en él y respira pesadamente.

—Gracias…

—De nada…

—Me gustaría deciros que os fuerais a casa —empieza Saúl—. Ser un hombre y esas cosas… Pero quiero que os quedéis. Los dos…

Héctor y yo nos miramos como si la pena acabara de abofetearnos.

—No vamos a ir a ninguna parte, Saúl —le aseguro con convicción.

Me acerco a él para presionarle el hombro y que me crea.

Todavía no he tenido oportunidad de explicarle qué significaba lo que escuchó en su día entre su padre y yo y que tanto le enfadó. En el torneo benéfico de Reyes se puso hecho una fiera conmigo cuando sacó el tema, pero me parece que fue por volver a ver a Yasmín. Desde que empezaron a salir el viernes pasado lo noto mucho más alterado.

Han ocurrido demasiadas cosas estos quince días…

No quiero ni acordarme de la que se montó en la fiesta de compromiso.

—¿Dónde está Charly? —pregunto a Héctor y Saúl—. ¿Se ha ido?

—Estaba aquí hace un momento —dice mi hermano—. ¿No te has cruzado con él?

—No. ¿Adónde ha ido?

—A ver a Keira.

—Ah, bien, porque Kei le estaba buscando.

saúl

8
Ya no quedan valientes

—¿Yasmín ya se ha ido? —pregunto a Ástor.

Me mira como si no quisiera darme la mala noticia.

—No sé… No la he visto. ¿Voy a buscarla, Saúl?

—No, no… Déjalo.

Los hermanos De Lerma se miran perspicaces.

—¿Estás seguro? —insiste Ástor—. No es momento para apartar de tu lado a la gente que te importa…

—Ella no es importante… —sentencio certero—. La he pillado antes en mi habitación enrollándose con Charly…

No les miro porque no quiero ver las caras que ponen, me basta con escuchar sus exclamaciones ahogadas y sus tacos furtivos.

Ahora no puedo pensar en eso… Aunque igual mi padre se ha

ahorcado al enterarse de que Yasmín y Charly estaban liados, echando por tierra todos sus esfuerzos por que ella y yo terminemos juntos.

Al volver a casa después de la cita, el muy tarado me estaba esperando para enfocarme con una luz directamente a los ojos y que se lo contase todo.

—No ha pasado nada… —le informé, dando el tema por zanjado.

—Pero… ¿habéis bebido lo suficiente?

—Ella ha bebido demasiado y la he tenido que llevar a su casa casi en brazos…

—¿Y…?

—¿Cómo que «Y…»?

—¡¿Y no ha pasado nada, Saúl?! ¿Ni siquiera eres capaz de cumplir con una chica borracha? ¡Ya te vale…! ¡Con lo cachondas que se ponen!

Cerré los ojos, asqueado.

—Llámame loco, pero prefiero que la chica con la que me acuesto esté consciente y no me vomite encima. Y aunque ese fuera el caso, no volvería a acostarme con Yasmín ni por todo el oro del mundo…

—Ya, pero… ¿ella quería? —preguntó tunante.

—Me voy a la cama, papá…

—¡Yasmín quería, ¿verdad?! —exclamó emocionado—. ¡Lo sabía! ¡Siempre tengo razón!

Apreté los dientes y me volví hacia él, furioso.

—No, papá. Estoy seguro de que Yasmín no quería… He percibido un montón de señales que indican que está totalmente traumatizada con el sexo opuesto. ¡Fue a la cita armada! Su casa es como una fortaleza llena de cerrojos, y creo que tiene que ver con que la violaran en la fiesta de graduación del instituto. Por eso desapareció del mapa. Sus padres lo escondieron todo… Así que déjate de hostias, papá. Guárdate tus sonrisitas lascivas y no me digas nunca más que sería más hombre por aprovecharme de una chica borracha y cachonda. Es asqueroso… Y respecto al testamento…, me alegra haberlo leído. Ahora por fin puedo tomar una decisión sobre mi futuro.

—¿Y cuál es?

—Terminaré este curso y me iré. Tranquilo, no volverás a verme…

Que por una vez su impertinente boca no tuviera nada que objetar

fue realmente doloroso.

Creo que estaba interiorizando la violación de Yasmín como si fuera una afrenta personal contra él, por repercutir en sus planes de enlazarme con ella. E igual se puso a investigar por su cuenta y vete a saber lo que encontró…

Cuando me metí en la cama esa noche, me vino a la mente nuestra primera borrachera juntos. Como os decía, fue durante una Nochevieja que se celebró en casa de sus padres. Tendríamos quince o dieciséis años.

Después de las uvas, los adultos empezaron a desfasar.

Hasta ese momento todo había sido corrección y buen gusto. Nos habíamos reunido varias familias de socios de la empresa, y los hijos mayores éramos un grupo de cuatro de edades similares.

—Hay que pillar una botella del minibar —propuso Gustavo.

—¡Tengo una idea! —exclamó Yasmín—. Puedo tirar una copa muy cerca de la barra, y cuando el camarero salga a limpiar el estropicio ¡que alguien entre y la coja!

—¿Quién? —preguntó Gus.

—Saúl —decidió ella.

—¡¿Yo?! ¡Ni de coña!

—¡Pero luego bien que querrás bebértela! —me acusó Gus.

—¡Ve tú, si tanto la quieres! ¿Por qué tengo que hacerlo yo?

—Porque nadie sospechará de ti —expuso Yasmín, audaz—. A Gus lo tienen vigilado. Saben que es un gamberro de tomo y lomo…

—Esta es tu casa, ¿por qué no la coges tú? —exigí a Yasmín.

—¡Porque yo soy el cebo, idiota! Mírame… Este vestido ha sido diseñado para llamar la atención. —Posó de forma sensual, y mis ojos no dudaron en acariciar su escote y la piel sobre sus delicadas clavículas.

Aparté la vista apocado y Yasmín sonrió como si supiera el efecto que causaba su belleza sobre mí.

—Venga, Saúl… ¡Tú puedes! —insistió Gus, animado.

—¿Y por qué no va Elena? —propuse a la cuarta candidata.

—¡Porque la pillan fijo! No sabe disimular y ya va medio pedo por el ponche que hemos birlado antes.

—¡¿Y yo sí sé disimular?!

—Tú eres capaz de grandes proezas bajo presión, Saúl —me

recordó Yasmín, haciendo que me sintiera halagado.

—Está bien… —cedí, una vez más, rendido a su belleza.

Ella sonrió de pura emoción ante el peligro. Y esa sonrisa me volvía loco. Era atrevida, sexy y malvada. Todo lo que yo no era.

—¡Vale! ¡Después nos encontramos todos en el cuarto de las lavadoras!

La cuenta atrás empezó y nos colocamos en posición de ataque.

Gus se acercó a sus padres para no levantar sospechas, vi a Yasmín recolocarse el vestido de forma todavía más provocativa y volver a cazarme con los ojos resbalando por su anatomía. Me guiñó un ojo y empezó a llamar la atención de todo bicho viviente.

Se puso a hablar con gente cercana a la barra y a sonreír de forma adorable… Solo de ver cómo la miraban todos mi compartimento de mala leche fue llenándose de asco. Sobre todo cuando pillé a mi padre relamiéndose al observarla.

Cerré los ojos con fuerza e intenté concentrarme en «la misión».

Me quedé muy cerca del lateral opuesto adonde estaba Yasmín y visualicé la caja de las botellas sin abrir que había en el suelo.

De pronto, oí la inconfundible señal de cristales rotos.

¡CRASH!

—¡Ay, qué torpe…!

El tono falso que usaba Yas para casi todo chirrió en mis oídos.

Me había entrenado a fondo para ignorarlo y captarla solo cuando hablara como una persona normal. Bueno, normal…, no; más bien como una mujer empoderada con las ideas claras e increíblemente locuaz, capaz de arrasar con todo con tal de salirse con la suya…

El camarero, otro fan, salió para ayudarla a la voz de «No se preocupe, señorita», y aproveché para agacharme y entrar gateando.

A falta de una, cogí dos botellas. Una de vodka y otra de whisky-peach. Esa última fue la que nos fundió a todos.

Nos preparamos unos combinados de vodka, pero esos chupitos de crema de whisky y licor de melocotón entraban solos mientras brindábamos una y otra vez por el año nuevo.

Esa noche todos congeniamos a la perfección. Normalmente, no nos llevábamos tan bien; en esa ocasión, sin embargo, se alinearon los astros, o se alineó el alcohol, y terminamos enfrascados en el juego de la botella cuando se acabó el whisky-peach.

—Empiezo yo —dijo Gustavo con valentía.

—Pero si te toca con un chico, tienes que besarlo —le espetó Yas.

—Entonces… las chicas entre vosotras también.

—Hecho.

—¿Qué tipo de beso? —preguntó Elena, temerosa.

—Con lengua —propuso Gustavo alzando las cejas, el muy canalla.

—¿Vas a besar a Saúl con lengua? —Yasmín se echó a reír.

—Yo no voy a besar a nadie con lengua —advertí.

—¿A Yasmín tampoco? —me vaciló Gus, como si fuera un espectador de mis sueños más escandalosos.

—Tampoco —contesté tajante, y ella me miró como si su nueva misión en la vida fuese hacerme cambiar de idea.

Todo lo que Yasmín decía y hacía era más sugerente que nunca. El problema fue que no solo captó mi atención…

Al final, decidimos que serían besos sin lengua y empezó el juego.

El destino quiso que a Yasmín y a mí no nos tocara darnos ni un solo beso. Ya no sabía cómo hacer girar la dichosa botella para que coincidiera con ella. Gustavo, sin embargo, le tenía cogido el truco y se estaba hinchando a recibir besos de Yas. Y míos…, porque estaba a su lado y a veces no calculaba bien, el mamón.

Besé un par de veces a Elena y fue algo parecido a juntar los labios con un mero.

—Bueno, ya basta —cortó el juego Gustavo. Se notaba, por lo sobón que estaba con ella, que quería pasar a mayores con Yas—. ¿Nos vamos a dar una vuelta, Yasmín? ¿Me enseñas tu jardín?

—Hace mucho frío —farfulló ella, ebria.

—Igual nos vendría bien —propuse—. Vamos ciegos, y como nuestros padres nos encuentren así nos castigarán. Elena está al borde del desmayo… —La señalé.

La pobre apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Vale… Pues vamos afuera.

Nos trasladamos los cuatro al jardín y el aire fresco nos sentó de perlas, aunque Elena se tumbó en una hamaca y se puso a dormitar.

—Dame un beso de verdad… —oí que Gus rogaba a Yasmín—. Venga, déjame probar esa lengua tan viperina que tienes…

—Nooo… —Yas se zafó de él con gestos torpes y lentos.

—Venga… Me tienes loco… Estás buenísima… —musitó en su cuello.

Yasmín volvió a apartarse, pero Gustavo la atrapó llevándola contra una pared. Cuando vi que se clavaba en su cuerpo y le palpaba un pecho mientras ella intentaba liberarse, se me cortocircuitó el cerebro.

Fui hacia él sin pensar y lo arranqué de ella con todas mis fuerzas haciendo que perdiera el equilibrio y terminara rodando por el suelo.

—¿Estás bien…? —dije preocupado.

Me miró alucinada y asintió.

—Hijo de puta… —farfulló Gustavo desde el suelo—. No la toques, ¡es mía! —exclamó intentando ponerse de pie, superborracho como estaba.

—No es de nadie —respondí dando la espalda a Yasmín e interponiéndome entre ellos dos.

—Joder… Querías follártela desde el principio, ¿verdad, Saúl? —me acusó Gus—. Pues tendrás que esperar a que termine, porque yo voy primero.

No daba crédito a sus palabras y a su significado. ¿Estaba hablando de turnos, como si Yasmín fuera poco más que un abrevadero?

Se acercó a nosotros y volvió a recibir un empujón por mi parte.

No sabía de dónde salía mi fuerza. ¡Si era un maldito enclenque!

—Gus, estás borracho… —le advertí—. Será mejor que pares.

—¡Quítate de en medio, friki, o te parto el alma! —me amenazó.

—Me vas a obligar a llamar a un adulto y nos van a pillar con todo el ciego… —lo avisé.

—Eres un puto gilipollas, Saúl —ladró él, asqueado—. Quédatela, me da igual, toda para ti…

Se dio la vuelta y caminó renqueante hacia Elena. Abrí mucho los ojos cuando entendí lo que pretendía hacer.

Me acerqué a él, olvidándome de Yasmín, y cuando vi que le metía la mano por debajo del vestido por poco me da algo.

¡¿Se había vuelto loco de repente?! Elena estaba aletargada y no se daba cuenta por la borrachera que llevaba.

—¡Estate quieto, Gus! —le grité, pero eso no lo detuvo. Y por la distancia de su mano, debía de estar a punto de llegar a…

Me abalancé sobre él con tan mala suerte que me enganchó de tal modo que rodamos juntos por el suelo. Supe que ya no podría escapar de sus garras de jugador de fútbol. Recibí varios golpes en la cara con una fuerza que no me pareció humana, sino la de un animal salvaje capaz de matarme.

Oí gritos a lo lejos, presumiblemente de Yasmín, y después perdí el conocimiento.

Cuando me desperté todo había terminado. La Policía estaba allí, y Yas testificó que empezamos a pelearnos por culpa de la bebida. Me miró con cara suplicante para que no contara nada más. A nadie le pasó desapercibido que íbamos completamente borrachos. Al menos, Elena, Gus y yo. A Yasmín el pedal se le había pasado de golpe al verme apaleado en el suelo.

Lo peor de todo fue que, al volver a casa, mi padre me dio la enhorabuena por pelearme por una mujer, pero añadió que no entendía la disputa si había una para cada uno. No quise analizar su razonamiento.

Sin embargo, hubo una parte positiva. Al día siguiente, Yasmín se presentó por sorpresa en mi casa…

Juro que podría haber muerto de vergüenza. Todavía tenía la cara hinchada y amoratada, pero se sentó en mi cama de todos modos.

—¿Por qué has venido…? —pregunté como si la respuesta no fuera obvia para mí.

—Necesitaba saber cómo estás…

—Se me pasará… —Intenté hacerme el fuerte.

—Y quería darte las gracias también.

—Cualquiera habría hecho lo mismo, Yas…

—No. Cualquiera, no… —dijo con aprensión, sabedora de cómo eran muchos chicos a quienes quizá sus progenitores no les habían inculcado un respeto hacia los demás. Aunque a mí tampoco, y lo tenía innato.

—¿Elena está bien? —pregunté interesado.

—Sí, no se enteró.

—¿Y Gustavo?

—Asegura que no se acuerda de nada. Echa la culpa al alcohol…

—Eso no es excusa. Yo también iba borracho.

—Lo sé. Muchas gracias, Saúl, en serio… —dijo con devoción.

—No tienes por qué dármelas.

—Claro que tengo.

—Pues no las quiero, Yas… —repliqué cabezón—. No hice nada especial…

—Para mí sí.

—Yo sí que tengo que darte las gracias a ti —solté de pronto.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque si no llegas a avisar a alguien, Gus me habría matado…

—Hice lo que tenía que hacer.

—Como yo, entonces. Estamos en paz.

—Vale… —Yasmín sonrió ruborizada—. Pero siento que no lo estamos. Todavía te debo algo, Saúl…

—¿Qué?

—Esto…

Sin verlo venir, acercó sus labios a los míos con una lentitud que me dejó abrumado. Luego, tardó unos tres segundos en separarse de mí. No me creía lo que acababa de pasar… Fue como besar a un ángel…

—¿Por qué lo has hecho, Yas?

—Porque te lo debía…

—No me debías nada —rebatí con las mejillas rojas.

—En el juego no nos tocó besarnos ni una vez… Y tú querías, ¿no?

Tuve la sensación de que de esa respuesta dependía el resto de mi vida y opté por decir la verdad.

—Sí…

—Pues ya está.

Se me quedó atascado en la punta de la lengua preguntarle si a ella también le apetecía, pero que me acariciara la mano fue demasiado para mí.

—Muchas gracias por todo, en serio… Eres un caballero.

—Gracias a ti por venir, Yas… —Se la apreté con afecto.

Me sonrió con una dulzura insólita y se marchó de mi habitación como si no fuese un ser terrenal.

Siempre he considerado ese momento como mi primer beso de verdad. Claro que nuestro segundo beso, años después, fue todavía mejor… y con lengua.

No recuerdo quién dio el primer paso. No creo que fuera yo,

porque con un padre como el mío tenía la confianza donde da la vuelta el viento… Pero al menos tenía agallas. Eso, o un fatídico complejo de superhéroe kamikaze, porque cada vez que veía una injusticia mis puños se apretaban hasta ponerse blancos y tenía que intervenir.

La vez más sonada fue cuando un chico del equipo de fútbol salió del armario y empezaron a fastidiarlo para que dejara de jugar. Como si ser futbolista fuera una orientación sexual en sí misma.

Le tiraron la bandeja en el comedor, y cuando fue a recogerla, Gustavo le pateó la rodilla con intención de que se pasara lesionado el resto de la temporada. Me levanté de la silla sin creer lo que veía.

Se oyeron cuchicheos, y algunas chicas corrieron a pedir ayuda. El resto, silencio y expectación máxima.

—¿Te has caído, Alejandro? ¿Te has hecho daño? —le preguntó Gus con crueldad.

—Dale en la otra también, para asegurarnos… —murmuró el capitán del equipo, el Darth Vader de pacotilla al frente del imperio, dando órdenes a su soldado de asalto.

Se rumoreaba que lo coronarían rey de la última promoción y todo el mundo creía que acudiría como pareja de Yasmín. Las malas lenguas decían que ya se habían enrollado…

—Dejadle en paz —me oí cuando estaban a punto de patearle otra vez.

—No te metas, friki —gruñó Gustavo—. Si no quieres que te reviente otra vez…

—¿Este es el tío al que le diste sin parar hasta que se desmayó, Gus?

—Sí.

—¿Te va la marcha o qué? —El capitán sonrió.

Santiago Royo. Todo el mundo le llamaba Santi.

—Y a ti, ¿te va ser un villano? Dime, ¿es muy guay? —le contesté.

—Solo estamos de broma…

—Dentro de un año irás a la cárcel por algo que ahora catalogas de broma. En el mundo real lo llaman agresión.

—Yo no he hecho nada. —Subió las cejas con una expresión angelical.

Miré a su esbirro, Gustavo.

—¿Tanta hambre tienes que te vas a comer sus marrones siempre?

—Yo tampoco he hecho nada. Se ha caído, y me he tropezado con él. Todos lo habéis visto, ¿a que sí? —amenazó a la concurrencia.

Un silencio recorrió el comedor, prometiendo desgracias al que dijera lo contrario. La mayoría optaba por no meterse en problemas ajenos, ya tenían suficientes con los propios.

—Esto está mal, Gus… —le señalé.

—Tú sí que vas a acabar mal como no te calles y te sientes, Saúl.

Alejandro intentó levantarse del suelo, pero le fue imposible. Por la trayectoria del golpe diría que tenía una distensión en el ligamento cruzado.

—¿Qué está pasando aquí? —Llegó la ayuda adulta.

Los matones se dispersaron, y fui el único que narré en público la verdad de lo que había sucedido. Me gané varias miradas de odio, pero me dio igual. No les tenía miedo. Estaba deseando que alguien me pusiera una mano encima. «Contacto humano, ven a mí».

Sé que otros alumnos corroboraron mi historia de forma clandestina y anónima en el despacho del director. Gustavo fue expulsado durante tres días.

Horas más tarde, me crucé con Yasmín por los pasillos y, en vez de ignorarme como siempre, me clavó la mirada con una expresión brutal que ya le había visto antes. La de estar orgullosa de mí.

Esperé a que me dijera algo, pero solo fue un gesto velado y pasó de largo.

Esa misma noche me escribió al móvil por primera vez.

«Eres un valiente», leí cuando se iluminó la pantalla distrayéndome de mi lectura. Ver su nombre precediendo el rectángulo de conversación me hizo dar un brinco en la cama.

«¡Joder…!». El corazón empezó a bombearme sangre con fuerza.

Desbloqueé el teléfono y entré en la conversación.

Yasmín:

Eres un valiente.

Hoy has estado genial

Saúl:

No entiendo que nadie haga nada

ante algo así

Yasmín:
Tienen miedo

Saúl:
Lo que da miedo es pensar que el futuro está en manos de un puñado de cobardes Yasmín:

Saúl:
Por qué tú no has salido en su defensa?

Yasmín:
Yo?!

Saúl:
Sí. Tú eres alguien.
Podrías decir algo. Impedirlo

Yasmín:
Soy alguien porque estoy calladita

Saúl:
Y de qué te sirve serlo, si no puedes cambiar las cosas?

Yasmín:
Eso está muy bien para las series y películas, pero es utópico pensar que un solo individuo nadando contra corriente puede cambiar el mundo Saúl:

Pensando como tú, seguiríamos en candelabros

Yasmín:
Y pensando como tú, terminarás en el

hospital.
Solo quería avisarte de que tuvieras cuidado…
Esos chicos son peligrosos

Saúl:
Pues di a tu novio que soy tu amigo

Yasmín:
No es mi novio.
Y tú tampoco eres mi amigo…
😜

Saúl:
Y por qué me escribes?

Yasmín:
Porque no quiero que te metas en líos

Saúl:
Cualquiera diría que estás preocupada por un tío al que ni saludas por los pasillos Yasmín:

Lo hago por mi hermana.
La muy zopenca está enamorada de ti desde que le salvaste la vida Levanté una ceja con guasa.

Saúl:
No serás tú la que está enamorada de mí?

Sonreí con suficiencia imaginando su pataleta.

Yasmín:
Qué más quisieras, chato

Decidí no contestarle y me fijé en su foto de perfil.

Era una de esas que muchas chicas se hacen enfocándose la espalda mientras miran hacia atrás con un gesto irresistible. Salía tan guapa que parecía una broma de mal gusto… Su melena, de un rubio más claro en esa época, le caía en cascada como si fuera normal causar ese efecto celestial. Pero he de reconocer que en la actualidad está mejor, si cabe. Más mujer. Ha restado dulzura a su carácter y sumado autenticidad. Y se le nota que ha dejado atrás lo de permanecer calladita y no luchar contracorriente.

Menudo genio tenía entonces. Y menuda boca…

Ni en mis mejores sueños habría pensado que volvería a tener sus labios a mi alcance. Si hubiera sido cualquier otra chica, no le habría hecho una cobra ni loco. Porque yo tampoco estaba del todo sereno, y, aunque ganas de follar no me faltaban, no podía quitarme de la cabeza lo que acababa de decirme… ¿La habían violado? Era muy fuerte.

«Él tampoco quiso saberlo…».

¿Qué pasó? ¿Sus padres no la creyeron? ¿Por eso Yas se enfadó con ellos?

Sentí el impulso de preguntárselo a Keira al día siguiente, pero no quería ponerla en un compromiso. Sin embargo, había alguien que me debía un favor.

Ástor… el responsable de convertir al adolescente incapaz de ligar con una chica que un día fui, en lo que soy ahora: un universitario que ya ha perdido la cuenta de las mujeres que han pasado por su cama en los tres últimos años.

yasmín

9

La recompensa

Es irónico… Cuando buscas algo, no lo encuentras. Y cuando no quieres encontrarlo, no deja de aparecer ante ti…

—¡Yasmín! —oigo la voz de Charly, llamándome.

El corazón empieza a latirme rápido cuando lo veo aproximándose a mí. Y como siempre, él lo nota. Es un maldito experto en detectar palpitaciones cardiacas irregulares. No me extraña que piense que siento algo por él… A simple vista, cuela que ese sea el motivo de mis taquicardias.

Por supuesto que cuela… ¡Cuela porque es guapísimo! Porque tiene estilo hasta para mancharse mientras come. Porque es gracioso, inteligente y uno de los tíos más atractivos que me he echado a la cara.

Cuela tanto que… si no fuera porque creo que es un puto asesino, podría llegar a gustarme de verdad.

Ya está dicho.

Y ahora el problema serio… ¡No estoy al cien por cien segura de que lo sea!

Delante de Keira procuro mantener mi férrea postura; no debe verme dudar. No podemos permitirnos que ella lo dude… Pero hay una pequeña parte de mí que no admite que Charly sea el culpable, porque significaría que me hace tilín un posible asesino. Y… ¿dónde me deja eso?

—Te estaba buscando —me dice preocupado. Parece tan inofensivo. Tan leal… Tan…

—¿A mí?

—Sí… ¿Cómo estás?

Sus ojos, azul claro, sondean los míos, dorados. Parecen tan sinceros… Tan atentos y serviciales que…

—¿Yo? Bien, bien… Bueno, esto es…

—Una puta locura —termina por mí.

—Sí… —confirmo bajando la cabeza, nerviosa.

—Eh… —Me sube el mentón con un dedo—. No te preocupes por lo de antes, ¿vale? Ya sabes, por lo de la habitación de Saúl…

—Me acaba de decir que me vaya de su casa —le informo apocada.

—Joder… Vale, sí. Ha sido muy embarazoso que nos pillase allí, pero seguro que ahora mismo es lo que menos le importa.

Exacto.

Yo no le importo una mierda, y saberlo me duele.

Me han dolido tantos gestos, miradas y actitudes de Saúl desde esa dichosa cita que no sé ni cómo tomármelo. También ha tenido detalles que los han contrarrestado, pero… pillarnos en su cuarto ha sido el colmo para una semana demasiado confusa.

De la cita del viernes anterior, paso palabra…

Con la Y, ¿sinónimo de ridículo?

El sábado de los margaritas terminó como el rosario de la aurora. Y me refiero a que acabamos tan borrachos que Charly y yo tuvimos que quedarnos a dormir en casa de Ástor y Keira porque no se fiaban de que llegásemos a buen puerto ni cogiendo un taxi. De la boca de

nuestro sospechoso salieron un montón de frases incoherentes sobre Ulises y Sofía, y, aunque me avergüence admitirlo, me dio hasta pena.

¡Sí, pena! Porque su sufrimiento era muy real, y rivalizaba con mi intriga por la naturaleza de su posible psicopatía. Me tenía tan confundida que cuando intentó besarme de nuevo, no me aparté…

Con la Y, ¿sinónimo de idiota?

Ya sé que no es excusa, pero estaba superborracha. Y también un pelín despechada por lo que había sucedido con Saúl la noche anterior.

Su «cobra» me había inyectado un veneno mortal.

¡No había besado a un tío en cuatro años!, y va él y se aparta.

Tampoco había vuelto a beber alcohol, y en esos dos días lo compensé con creces.

Siempre me he considerado una persona racional, es decir, una de esas que cortarían un beso con un presunto asesino, pero a veces la vida te sorprende. ¿Qué digo, a veces? ¡Siempre!

En fin, no pensaba rayarme porque solo fue un morreo tonto… Uno del que, por suerte, Keira no fue testigo, o no habría sabido cómo explicárselo. Más que nada porque fue un poquito la hostia…

Me pasé todo el domingo vegetando en la cama, esperando a que llegara el lunes para poder ir a hablar con Xavier y que nos diera por fin la información como recompensa de la horripilante cita, pero no contaba con encontrarme con Saúl de frente en la universidad.

—¡Keira…! —saludó a mi compañera, encantado.

—¡Hola, Saúl! ¡¿Cómo estás?!

Kei se acercó a él y lo abrazó con desparpajo. Me chocó porque no es una mujer muy cariñosa que digamos, y creo que lo hizo inconscientemente para darle las gracias que yo no le di el viernes…

—Bien. No tan bien como tú, pero bien —respondió adulador.

Cuando sus ojos me atraparon, me quedé en blanco.

Un gif de su movimiento apartándose de mis labios parpadeó en mi mente junto con los lengüetazos profundos y calientes que me di con Charly el sábado, el día de los margaritas, para desquitarme.

—Yasmín… ¿Cómo te va?

—Bien…

«¿Y tú?». «¡¿Y tú?!». Joder… ¡¿Por qué no me salían las palabras?!

—¿Tuviste mucha resaca el sábado? —me preguntó socarrón.

—Bastante… Gracias por llevarme a casa. Y por desnudarme…

—Te desnudaste tú solita —puntualizó, mirando de reojo a Keira.

La cabrona tenía los labios ocultos en una fina línea para no evidenciar la gracia que le hacía nuestra conversación superfluida.

—Hemos venido a que tu padre me dé mi recompensa por la cita.

—Me han dicho que al final no fue tan horrible, ¿no? —le preguntó Keira, poniéndolo en un aprieto.

«¡Maldita sádica!».

—Bueno… Fue muy… reveladora —contestó Saúl, enigmático.

Levanté una ceja obstinada.

—¿Lo dices porque me viste las tetas?

Keira se rio sin disimulo.

—¡No…! Lo digo porque soltaste muchas cosas que me dejaron preocupado, Yas… —confesó mirando de reojo a mi compañera—. Keira, en el torneo de Reyes dejaste caer que Yasmín no quería ver a nadie de nuestro antiguo colegio. ¿Es que ocurrió algo malo y por eso desapareciste, Yasmín?

Ambas nos quedamos lívidas, y Saúl lo captó.

—No —respondí con rapidez—. Terminó el curso y dejé ese mundo atrás. Eso es todo.

—No sigas mintiendo. Lo sé todo, Yas… —admitió Saúl, decepcionado—. Ayer Ástor confirmó mis sospechas, y quiero saber quiénes te atacaron en la fiesta de graduación…

Una bola de fuego prendió dentro de mí. ¡Maldito Ástor!

La cara de Keira se convirtió en *El grito* de Edvard Munch.

—¿No podéis olvidarlo? —gruñí—. Dejad de mencionarlo y punto.

Me fui de su vista avergonzada de que Saúl lo supiera. Y también furiosa por lo injusto que me parecía tener que sentirme humillada por lo que otros habían hecho.

Por el estigma.

Porque pensara que me lo busqué yo solita…

Por una vergüenza infinita que avalaba el hecho más doloroso del mundo: que mis padres hubiesen optado por mantenerlo en secreto.

¿Saúl quería saber quiénes habían sido? ¿Para qué? ¿Para que lo pagaran? ¡Si no había pruebas! Las que había se destruyeron y no las cotejaron con el ADN de nadie. Fin del caso…

Y vale que no me acordaba de nada, pero esa incertidumbre era

precisamente la que me provocaba una desazón atroz que no me permitía llevar una vida normal.

—Yas… —me abordó Saúl.

Me sorprendió que no fuera Keira quien me persiguiera, pero no dejé de andar.

—Olvídalo, por favor… No quiero remover el tema…

—Solo necesito saber una cosa… —Me frenó, cortándome el paso.

En ese momento, una ráfaga de su fragancia inundó mi nariz. Era una esencia característica de los hombres que a mí me ponía los pelos de punta. Un perfume cargado de feromonas que, por motivos de sobra conocidos, me repelía. Lo llaman osmofobia… Es una respuesta condicionada por un evento traumático al asociar un olor determinado con una situación. Y a mí me recordaba a cómo olía yo cuando me desperté aquella mañana tras la violación… Olía a que varios hombres habían estado horas frotándose contra mí por todas partes… Y cuando tuve la cita con Saúl y me subí a su coche, se me bloquearon los pulmones porque todo el habitáculo olía a una fragancia varonil similar.

Ni siquiera me alivió pensar en lo bien que le quedaba ese irresistible look noventero de *jeans* con camiseta blanca o en su pelo a lo Paul Newman. Su esencia personal me noqueó nada más comenzar.

Al bajar del vehículo, cogí una gran bocanada de aire y Saúl me miró extrañado. Una vez dentro del bar, fue todavía peor. El barullo circundante hizo que me sintiera hostigada. Y cuando se acercó a mí para hablarme, su olor me llegó de forma concentrada.

Lo extraño fue que en esa ocasión discerní matices que me llevaron hasta un recuerdo muy concreto. El de lo especial que fue nuestra primera vez. Y acababa de volver a percibirlo.

Cerré los ojos confundida.

Había ido a la universidad para hablar con su padre, no con él, pero cedí y dije cansada: —¿Qué quieres saber, Saúl?

—¿Por qué no me buscaste? —preguntó herido—. Cuando huiste, o incluso años después, ¿por qué no recurriste a mí como me prometiste que harías si alguna vez estabas en problemas, Yasmín?

Los ojos me brillaron al recordar esa promesa, pero Saúl era la última persona que quería que se enterara; eso lo mataría… Porque él tuvo mucha culpa de que me violaran.

Se lo advertí. Le dije que esos tíos eran peligrosos y que dejara de hacerse el héroe…

Pocas semanas después del incidente de Alejandro en el comedor del instituto, saltó la noticia de que nuestros padres nos habían prometido. No sé cómo se enteró todo el mundo, supongo que los progenitores hablaban entre ellos, la cuestión es que en las aulas los dos negamos con insistencia que fuera cierto, y esa misma semana nuestros padres organizaron una cena a la que ambos acudimos de brazos cruzados.

—¿Os habéis vuelto locos? —pregunté en cuanto sacaron el tema.

—Yasmín, es más normal de lo que piensas entre casas blasonadas… —explicó mi madre.

—A ver, ¿qué parte no entendéis de que estamos en el siglo XXI y que no nos gustamos? —insistí.

Odié sus miradas condescendientes.

—Cariño…, el amor llega con el tiempo y con el roce. Los dos sois muy buenos chicos y os conocéis desde siempre. ¡Contáis con todo a vuestro favor! Solo tenéis que daros una oportunidad. No encontraréis a nadie mejor en vuestra vida.

Saúl y yo nos miramos alucinados.

«¡Que van en serio!», le grité con la mirada.

A lo que él respondió levantándose bruscamente y sentenciando:

—Siento romper la magia, pero no pienso casarme con ella. Ni ahora ni nunca.

Su convicción nos dejó a todos con la boca abierta. Sobre todo a mí.

¿A qué venía lo de «nunca»? No es que yo quisiera, pero había sonado a «Ni aunque fuera la única mujer en la tierra», y si tengo que sincerarme, no me hizo ni pizca de gracia. Fue un zasca terrible para mi ego adolescente.

Ocho pares de ojos me miraron con lástima y solo pude exclamar:

—¡¿Se os ha ido la cabeza o qué?!

—Cuando seáis más mayores, lo entenderéis —dijo mi padre.

—No podéis obligarnos —replicó Saúl con firmeza.

—No, pero podemos pediros que lo consideréis —acotó Xavier—. Lo hacemos por vuestro bien. ¡Juntos seréis una fuerza imparable…!

Saúl y yo volvimos a mirarnos confusos. ¿De qué hablaban?

—Juntos seréis intocables… —remarcó mi padre.

Pero sus palabras crearon el efecto contrario.

Para empezar, Santi me pidió explicaciones. No éramos nada oficial, pero nos habíamos liado en un par de fiestas. Puro postureo. Iban a coronarnos como reyes de la promoción y aquello estaba considerado como una especie de bendición mágica. Todos los coronados tenían siempre unas vidas envidiables. Está claro que yo llegué para romper la tradición con la corona todavía puesta…

Pero en realidad, toda la culpa la tuvo mi tutora cuando días más tarde me dijo: —Va a suspender Matemáticas, señorita De la Torre… Lo que significa que no podrá graduarse.

—¿Cómo…?

—Tiene un cuatro. Ni una décima más. Y eso no hay quien lo levante.

—Pensaba que si me quedaba una sola asignatura tenía derecho a pedir la compensatoria…

—Y así es, pero no si son troncales. Esas están exentas.

—No lo sabía —musité cortada—. Pero… algo se podrá hacer, ¿no?

—¿Qué? ¿Aprobarla por su cara bonita?

—No, pero… El resto de mis notas son ejemplares, repítame el examen. Estaba convencida de que podría compensarla.

—Estamos a viernes y las actas son para el lunes, ya no da tiempo…

—¡Por favor…! —insistí al verme acorralada—. Repítame el examen el domingo, puedo ir a hacerlo a su casa. Sé que estas cosas se hacen… Por favor. ¡Está en su mano cambiar el rumbo de mi vida! ¿Y acaso no se hizo profesora por eso mismo? ¿Para ayudar a sus alumnos a encarrilar sus vidas?

Mi tutora se lo pensó durante un instante mientras yo cruzaba los dedos.

—Está bien… El domingo por la mañana. A las once. Anote mi dirección.

—¡GRACIAS! ¡Muchísimas gracias! ¡Es usted la mejor!

—Ya puede llevarlo bien preparado, porque no pienso ponérselo fácil.

Tenía un problemón serio. Y… ¿quién era un lince en mates?

Me metí en la conversación de WhatsApp que mantenía con Saúl y leí la última frase que le había escrito semanas antes, en un ataque de… ¡No sé de qué!

«Qué más quisieras, chato», ponía con desprecio.

Maldije en voz alta. No era la mejor presentación para pedir un favor de ese calibre, así que opté por llamarle directamente.

—¿Sí? —contestó extrañado.

—¡Socorro! —exclamé teatral.

—Yasmín, ¿eres tú?

—Sí… —gemí.

—¿Qué te pasa?

—Que tengo un problema y necesito tu ayuda urgentemente.

—¿De qué se trata?

—No puedo contártelo por teléfono. ¡Es demasiado arriesgado…! ¿Puedo ir a tu casa? ¿Estás ocupado?

—Mmm… No. Ven. Te espero.

—¡Genial! ¡Voy ahora mismo!

Cogí un taxi hasta la mansión de los Arnau, y la prudencia con la que Saúl me abrió la puerta casi hizo que me echara a reír. Seguro que se habría imaginado mil cosas raras, pero no la que era en realidad. Me hizo pasar a un salón pequeño con sofás de terciopelo verde y tomé asiento.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Saúl, cauteloso. Como si no alcanzara a comprender qué podía hacer él por alguien como yo.

—No te lo pediría si no fuera muy importante… —musité.

—Mientras no sea que me case contigo, lo que quieras…

Solté una risotada. Aunque al instante me pregunté de qué leches me reía.

«¡Qué cabrón!».

—No es eso. Pero ya me explicarás qué tengo que sea tan horrible como para decir que no te casarías conmigo ni aunque fuera la última mujer de la tierra…

—Yo no dije eso.

—Pues sonó así. A mí también me pareció una locura, pero no lo convertí en algo personal contra ti. Tú sí.

—Comentabas por teléfono que era urgente. ¿Qué problema tienes, Yas? —apremió ignorando mis palabras.

—No van a dejar que me gradúe.

Le conté toda la historia con miedo a que me espetara que qué ganaba él ayudándome. Me había estado rompiendo la cabeza para sobornarle con algo, pero ¿qué se le promete a alguien que lo puede tener todo? Bueno…, todo no. No podía tenerme a mí…

Para mi sorpresa, respondió a mi súplica con una determinación envidiable, diciendo que no me preocupara y que con un buen repaso intensivo aprobaría.

—Tenemos treinta y nueve horas hasta el examen —anunció consultando su reloj.

«¿Y vas a dedicármelas todas a mí? ¿Por qué?», le preguntaron mis ojos en silencio.

Pero también lo ignoró. Saúl era un experto en fingir que no oía mis pensamientos.

—Mejor vamos a mi habitación… —convino—. Allí nadie nos molestará.

Era un espacio amplio y limpio con paredes grises claras. Había un escritorio negro, una gran estantería con libros, una tele de pantalla plana anclada a la pared y la cama donde una vez le di un beso…

Joder… Ese día me sentí tonta.

Creo que se me notó mucho que era yo la que me había quedado con las ganas de besarle y que el hecho de que Saúl me hubiera salvado del impresentable de Gustavo solo era una excusa.

Fuera como fuese, lo estuve pensando mucho y descubrí que no eran ganas, en realidad. Era pura justicia. No quería vivir en un mundo regido por un azar donde el malo se llevaba todos los besos de la chica y el bueno no obtenía ninguno. Puede que la suerte reparta las cartas, pero somos nosotros los que las jugamos.

Por eso lo hice. Fue algo catártico entender que estaba en mis manos cambiar el rumbo del destino. Que Saúl tuviera los labios más mullidos que había acariciado en mi vida solo fue un daño colateral…, aunque quizá influyera que los tuviera más hinchados que Carmen de Mairena.

Saúl lo dispuso todo para estudiar. Folios, bolis de todos los colores, pósits… Sacó el libro y un resumen que él mismo se había hecho para estudiar, y aluciné. ¡Era una maravilla!

Se nos pasaron tres horas como nada, mientras Saúl supervisaba cada una de mis anotaciones, me obligaba a razonarlas y me repetía la teoría para que me la aprendiera. Apenas detecté que se parara a mirarme un segundo más del necesario. Era como una maldita máquina sin emociones. Un músico que manejaba la materia como si fueran melodías compuestas por él. Cogí ritmo al ver que lo estaba entendiendo todo, hasta que sonó mi teléfono. Era mi madre.

—Mamá, lo siento, se me ha ido el santo al cielo… Voy enseguida.

—¡Tranquila! Nos ha llamado Xavier. Dice que estáis muy aplicados estudiando para un examen muy importante. Ha añadido que os iba a pedir una pizza por si queríais estudiar un ratito más y que más tarde te traería a casa. Así que… tranquila —repitió.

Saúl y yo nos miramos como si a nuestros padres los hubieran abducido los extraterrestres y otros seres vivieran en sus cuerpos.

—Dile que sí, que te quedas un poco más —murmuró Saúl.

—Vale, me quedaré a cenar aquí. Gracias, mamá.

—¡De nada, cariño! ¡Estudiad mucho!

Al colgar miré el teléfono con escepticismo.

—¿Seguimos? —instó Saúl, desoyendo la evidente encerrona.

—¿Te das cuenta de que están conspirando a nuestras espaldas para que pase algo entre nosotros? —dije alucinada.

—Déjalos soñar, Yas… Nos conviene seguir.

Lo miré fijamente intentando averiguar cuánto de cierto había en esa insultante convicción. La de que era un sueño. Porque no hacía tanto que babeaba por mí. Y me molestaba un poco que ya no viviera en esa fase impresionable. ¿Es que yo había hecho algo mal?

A partir de ese momento, fui más consciente de Saúl. De la cercanía de nuestros cuerpos. De su forma de humedecerse los labios al hablar. De sentir su respiración acompasada en mi mejilla cuando asomaba por encima de mi hombro repasando mis cálculos. Su forma de decirme que lo había hecho bien. La amabilidad con la que me corregía cuando lo hacía mal. Su forma de estirarse por el esfuerzo que estaba haciendo por mí.

Cuando llegó la pizza, su padre nos empezó a hacer preguntas con una sonrisa tonta en la boca, pero Saúl lo despachó rápido de la cocina.

—Has avanzado mucho estas cuatro horas, Yasmín —concedió—.

Vas bien.

—Ya, pero esta era la parte que mejor llevaba…

—¿En serio?

—Borra esa cara de sabelotodo ahora mismo…

Me lanzó una sonrisa canalla que me hizo verle de otra manera. Como la persona que algún día llegaría a ser. Un chico listo con una confianza tan sexy que hizo que se me endurecieran los pezones.

Su radar pareció interceptar esa señal en el campo magnético de nuestra atracción y me ruboricé un poco cuando me clavó la mirada. Su perspicacia era algo que siempre me había impresionado. Me pasaba el día poniendo los ojos en blanco mentalmente con casi todo el mundo, pero con él no me ocurría. Y eso lo hacía especial para mí.

—¿Os veis con ganas de seguir estudiando hoy? —volvió a interrumpir su padre.

—No, Yasmín está cansada —contestó Saúl por mí, y subí las cejas.

—No estoy cansada —le contradije, solo por el placer de hacerlo.

—Si queréis seguir estudiando, puedo decir a tus padres, Yasmín, que te acomodo en la habitación de invitados… —propuso Xavier, ladino.

—No será necesario —atajó Saúl de nuevo—. Nos queda todo el día de mañana para estudiar. Papá, la llevas a casa y que la traiga su padre mañana temprano. —Me miró—. Si quieres, claro…

Asentí manteniendo una expresión estoica, sin que se me notase que no me sentó bien captar que no le apetecía tenerme allí. ¿Pensaba que iba a atacarle en plena noche o algo así?

—Muchas gracias por todo —le dije cuando nos despedimos. Su padre ya me estaba esperando con el coche en marcha.

—Ha sido un placer…

«¿Lo ha sido?», cuestioné con mi mirada. Pero él la apartó rápido.

¿Qué me pasaba? Por algún extraño motivo, sentía que no deseaba separarme de él.

¿De un lugar cálido en el que todo era fácil y olía a seguridad? Ni idea, chicos…

En esos momentos el olor corporal de Saúl me olía a eso. A sentirme segura, estuviera donde estuviese: en el mar, en una fiesta, frente a cualquier problema…, porque ahí estaba él. Y cuando se

acercó tanto a mí en el bar vasco, en nuestra cita del pasado viernes, rescaté ese matiz, más allá de otras dolorosas notas olfativas.

En fin… Continuo. Al día siguiente, mi padre me llevó temprano a la mansión de los Arnau. Al despedirse me miró como si estuviera entregándome al matadero.

¿Qué pensaba que iba a ocurrir?

Tal vez no debería haberme puesto tanto escote, pero era junio, hacía calor ¡y yo tenía el pecho que tenía! Juro que era una camiseta de tirantes normal, básica. Otra cosa es que la talla S no dejara lugar a la imaginación de cada rincón de mi cuerpo. Y me había puesto falda por el mismo motivo. En verano, mis piernas no olían los pantalones.

¿Algún problema?

Nada más llegar, nos pusimos a trabajar sin perder tiempo. Saúl apenas me miró dos segundos seguidos. Volvía a ser la máquina eficiente y bien engrasada del día anterior.

Intenté concentrarme en la materia. Tenía que aprobar las mates. A media mañana, su padre nos ofreció un zumo de naranja recién exprimido.

—Gracias por ayudarme, Saúl… —repetí cuando nos tomamos un descanso—. Supongo que no era tu plan pasarte todo el fin de semana haciendo esto… Pero te lo compensaré.

—No te preocupes. No me importa.

—Intenté pensar en algo para sobornarte, pero no te conozco tanto como para saber con qué puedo tentarte…

Y ahí, justo ahí, cayó un telón de acero en su mirada que me dejó en llamas. Fue como si pudiera leer sus deseos más oscuros. La elección de palabras no había sido la más acertada por mi parte, pero yo no me refería a nada sexual.

—No hace falta que me sobornes con nada, Yas… —dijo con voz ronca.

—Pero si fuera a hacerlo, ¿qué te gustaría?

Una vez más, trago saliva intentando considerarlo una pregunta inocente…

¡Solo quería conocer sus gustos!

¿En qué ocupaba su tiempo libre?

—¿Practicas algún deporte o tienes alguna afición concreta? —especifiqué cohibida.

—Como deporte, me gusta la hípica, el tiro con arco, la esgrima y el ajedrez.

—Había olvidado que el ajedrez es un deporte.

—Pues sí, de los más agotadores…, mentalmente, claro.

—Seguro que tienes unos músculos muy sexis en tu cerebro.

«¡PERO ¿QUÉ COÑO ESTÁS DICIENDO?!», me grité.

—¿Qué aficiones tienes tú, Yas? —me preguntó de pronto—. ¿Qué te gusta hacer? Aparte de ir por ahí rompiendo cuellos que se vuelven para mirarte…

—¡Oye…! —Sonreí indignada. Pero me encantó que me dijera eso. ¿Significaba que me consideraba guapa? Porque nunca me lo había dicho, al menos, verbalmente—. Déjame pensar, Saúl… De repente no se me ocurre ningún otro don que no sea ese.

Ladeó la cabeza con una sonrisa.

—Me gusta ver la tele —admití.

—La caja tonta. Muy interesante…

—¡Eh, que ponen cosas interesantes a veces! Y emotivas. Me chifla llorar con las películas. Deshidratarme a mis anchas. Es muy sano.

—¿Cuál es tu película lacrimógena favorita?

—Sin duda, *Lo imposible*. Una de las más desgarradoras que he visto. No pude llorar más.

—No la he visto.

—¿No? Buf… Solo la banda sonora te eriza la piel hasta límites inimaginables.

—Tendré que verla…

—Hazlo, por favor. Para mí fue un antes y un después…

—Me encanta verte hablar así, Yas… —confesó de forma impulsiva.

—¿Así, cómo?

—Con tanta pasión. Y tan en serio. No sabía que te gustara el cine.

—Sí, me gusta. Y también me gusta bailar. Y cazar…

—¿Ves? Eso ya te pega más…

Nos sonreímos.

—En mi familia es tradición, pero ya no lo disfruto como antes. Cada vez me dan más pena los animales. Ojalá se pudiera cazar solo a los que son malos…

—¿Crees que existe la maldad pura? —preguntó Saúl con interés

—. Yo no creo que haya animales malos. Igual una pantera te atacará para dar de comer a sus crías… Suele ser por supervivencia o territorialidad. Y en ese sentido, cualquiera puede ser peligroso.

Es una frase que he tenido muy presente desde que me hice policía. Y sin querer pensar en todo lo que aconteció después, en este momento me hago consciente de que tengo a Charly delante. Un depredador acorralado que acaba de defenderse con fiereza de todos los ataques que le hemos lanzado en los últimos quince días…, sobre todo desde que Keira y yo visitamos a su madre el martes por la mañana.

Aún no sé cómo pudimos mantener en secreto lo que nos confesó esa mujer.

keira

10
Cosas de casa

Termino de hablar con el incompetente del inspector Ayala, uno de los más reputados de mi comisaría, y salgo cabreada de la habitación.

He aquí el problema de no estar implicado emocionalmente en un caso, que piensas: «¡Anda, mira! ¡Se ha suicidado reconociendo un asesinato! ¡Eso son dos casos resueltos por el precio de uno! Xavier mató a Ulises por venganza y terminó suicidándose. ¡Me viene de perlas porque no me apetecía seguir dando palos de ciego con el caso del inspector Goikoetxea!».

¡QUIERO GRITAR!

¿Dónde está Yasmín cuando la necesito?

Es vital que me traiga una bolsa de papel marrón para respirar…

De repente, la veo hablando con Charly, muy juntitos ellos. Y me

mosquea. Es como si el tío tuviera un maldito don para engatusar a mi pareja policial… ¡Y a todo el mundo, ya puestos!

Ya nos lo dijo su madre, su magnetismo es un misterio. Uno que Xavier tampoco se explicaba, al parecer.

Cuando fuimos el lunes a la universidad por la recompensa de la cita de Yasmín, tuvimos un encontronazo con Saúl. Se había enterado de lo de la violación, y a Yas pareció afectarle mucho. Les dejé intimidad para que lo discutieran y esperé. Después fue Saúl el que huyó de ella con un mosqueo considerable. Quería hablar con él de todo aquello, pero no tenía tiempo ni de respirar.

—Vamos —me dijo Yasmín andando hacia el despacho del decano.

A ella no me atreví a preguntarle nada. Suficiente suerte tuve cuando no me echó en cara haberme ido de la lengua con Ástor. Se lo conté hace mil años en los establos. Había llovido mucho desde eso.

Entramos en el despacho de Xavier, y que nos recibiera con aire serio me hizo temer lo peor.

—Buenos días, preciosas. ¿Cómo estáis?

—Bien, gracias. Venimos a por la información —dije directa.

—Ya, bueno, el problema es que el trato se cumplió a medias, ¿no?

—¿Cómo que «a medias»? —preguntó Yasmín, agresiva.

—¿No te emborrachaste y prácticamente perdiste el conocimiento? Ese no es el final que yo quería. Al parecer, mi hijo necesita que la chica esté en buenas condiciones para que se le ponga dura.

No podíamos creer lo que oíamos.

—El trato era una cita, no tener sexo —gruñó Yasmín.

—Sí, pero yo confiaba en que terminara en eso, y tú lo saboteaste. Tsss, tsss, tsss… Muy mal —siseó.

—¡Eres un…!

—Te ofrezco un nuevo trato, Yasmín. A ver si esta vez lo haces bien…

—¡No pienso volver a…!

—Espera un momento, Yas… —la corté abrupta y me dirigí a él con malicia—. Querido Xavier… O nos cuentas ahora mismo lo que queremos saber o te prohíbo la entrada a mi fiesta de compromiso —

amenacé levantando la invitación que acababa de ver encima de su mesa, cortesía de mi futura suegra.

Su agenda estaba abierta y había marcado con exclamaciones la frase «¡Fiesta Ástor&Keira!» el jueves.

—Llevo tiempo intentando adivinar cuál es tu punto débil, Xavier —continué—. Y acabo de verlo claro. Eres un hombre solitario, y tu única diversión son los eventos donde te lo pasas pipa poniendo a caldo al personal. No quisiste perderte ni la gala benéfica de Reyes, aunque estuvieras muy resfriado. ¡Las fiestas son tu adicción! Y si no cumples, se te acabará la diversión… Te perderás ver en vivo y en directo cómo tu querido hijo y Yasmín se reencuentran este jueves en el KUN.

Su respuesta fue sonreír relajado.

—Querida Keira, eso es juego sucio. Te tenía por una defensora de la justicia, no esperaba que recurrieras a la coacción.

—¡¡¡No estamos jugando a nada, Xavier!!! —grité muy cabreada.

—Tranquilízate. Te noto muy alterada, querida…

—Mira… —dije muy en serio—, no sé lo que quieres, no sé si te importan una mierda los hermanos De Lerma, o su madre, o Carla o Sofía, pero nos estamos jugando mucho. Carla está embarazada… —solté de pronto—. Y si no la saco de la cárcel pronto, abortará. ¡Y tú nos tienes jugando a las citas de las narices! Me da igual si estoy siendo justa o no, ya me he cansado. Y hablando de ser justos…, no es justo por tu parte que Yasmín haya salido con tu hijo y no obtenga nada a cambio.

—De acuerdo, os diré algo.

—Algo que nos sirva —afiné—. Te estás jugando entrar el jueves en el KUN y también no acudir a mi boda con Ástor, te lo juro —amenacé seria.

En ese momento, me miró con algo parecido a la pena.

—Está bien… No os voy a contar lo que Sofía me dijo el día de su muerte, eso me lo reservo, si os parece bien, para revelároslo en una comida en mi casa el día de mi cumpleaños. Es el domingo. Vosotras, los De Lerma, mi hijo, incluso el estúpido de Charly puede venir… Os juro que ese día sabréis el gran secreto que lo resolverá todo.

—Y ahora, ¿qué vas a darnos? —preguntó Yasmín, enfadada—. Más vale que merezca la pena…

—Ahora os voy a dar la clave de todo —sentenció serio.

Puse máxima concentración en lo siguiente que fuera a decir.

—La madre de Charly.

—Sonia Ochoa, se llama… ¿Qué pasa con ella?

—Es la clave.

—¿Por qué? ¿Sofía te comentó algo sobre ella?

—¡Ya lo creo…! Volvió encantada de la casa de esa mujer. Sus palabras exactas fueron: «Es mi nuevo ídolo». ¿La habéis investigado ya?

—Sí. Todo está en orden… —contesté extrañada.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se gana la vida?

—Tiene participaciones en la empresa de su hijo. Pero antes era asesora. Pidió la jubilación anticipada.

—Así que no trabaja… —rumió Xavier teatral.

—¿Qué tiene que ver esto con los De Lerma? —preguntó Yasmín.

—No voy a haceros el trabajo, reinas… Solo digo que Sofía me contó que estaba impresionada, y a ella solo le impresionaba la forma en la que la gente hace dinero…

—Pues Sonia Ochoa no trabaja —dije con seguridad—. Charly le traspasa dividendos de vez en cuando, y poco más. Sofía estaba contenta por averiguar que Charly era un magnate a la altura…

—No fue por eso. Sofía no quería ser una mantenida… Buscad algo más. Otros negocios del pasado de esa mujer… Os repito que me dijo que «la idolatraba». Se refería a su vida.

—Te dije que la clave era la madre… —murmuró Yasmín hacia mí.

—Siempre has sido una chica lista —comentó Xavier al oírla—. ¡Si hasta te sobraba tiempo cuando estudiabas para un examen y podías emplearlo en otras cosas más placenteras…!

Yasmín lo atravesó con la mirada.

—Vámonos, Kei —dijo asqueada.

—Nos vemos, chicas… —Xavier sonrió.

Yas y yo no hablamos de nada hasta el coche. Se notaba que mi compañera seguía cabreada con los Arnau. Con los dos. Pero me moría por decirle: «¿Así es como os acostasteis por primera vez, mientras estudiabais juntos para un examen?».

Pero yo chitón. No era asunto mío… Lo único que me preocupaba

era que Saúl causara problemas a Yasmín queriendo investigar el tema de la violación cuando ella había decidido pasar página y no deseaba que nadie más lo supiera. Me sentía un poco culpable…

—¿Vamos ahora a casa de la madre de Charly? —insistió Yasmín.

—No.

—¡¿Por qué no?!

—Porque primero hay que hacer los deberes. Es obvio que esa visita es inminente, pero no te precipites. Cuando comprobé las cuentas de Sonia Ochoa andaba buscando si alguna vez a ella y Charly les faltó dinero. O si no cuadraba con sus declaraciones de renta, pero vi que tenía un sueldo y varios cobros fijos estatales y no me fije más allá, no comprobé su procedencia. Solo que estuvieran en regla. Por otra parte, antes quiero ir a ver a Carla y que nos diga qué sabe de esa mujer o si Sofía le mencionó algo sobre ella.

—Vale —aceptó Yasmín sin más, metiéndose en el coche.

Su tono denotaba que tenía prisa por acabar rápido con el caso para alejarse de su pasado.

—Si quieres que te asignen a otra inspectora, lo entenderé —solté tranquilamente cuando paramos en un semáforo camino de la prisión.

—¿Por qué lo dices, Kei?

—Entiendo que te incomode tener que ver a los Arnau y entrar en el KUN cuando tu padre es socio. No tienes por qué hacerlo, Yasmín… Hablo con Gómez y te evitarás volver a verlos. También a Charly…

Yasmín mantuvo silencio. Y después de un rato dijo:

—Prefiero seguir contigo.

«Pues cambia de actitud», quise responderle, pero me callé. Y no era mi estilo callarme nada. ¿Estaba cambiando? ¿A mi edad? Qué cosas… O quizá es que por primera vez en mi vida me importaba alguien.

Cuando Carla apareció se alegró mucho de vernos.

—¡¿Cómo va la cosa?! —preguntó con demasiadas expectativas. Pero en una décima de segundo supo que «la cosa» no estaba siendo fácil.

—Estamos en ello… —contesté diplomática—. Hemos venido a preguntarte qué sabes de Sonia Ochoa, la madre de Charly… ¿Te comentó Sofía algo de ella la semana de su muerte? ¿Te dijo que había estado en su casa?

—No. Recuerda que estábamos enfadadas. No podía llegar de pronto y hacer como si no pasara nada. La notaba más contenta de lo habitual, y el martes me ablandé cuando Charly vino a nuestra casa y los encontré muy acaramelados en el sofá. Eso me tranquilizó respecto a mis celos por Héctor… Decidimos que teníamos que hablar, y creo que el día de su muerte iba a contarme algo.

—Entonces ¿no sabes nada de Sonia?

—No.

—Joder… —maldije.

—¿Creéis que esa mujer mató a Sofía porque no quería que Charly se casara con ella?

Yasmín y yo nos miramos al caer en la cuenta de que no habíamos pensado en esa posibilidad. ¡PARA NADA! Joder… ¿Y si la madre de Charly quería que su hijo se casara con una chica con más clase? ¿Ella tenía algún título o distinción que lo mereciera? ¿Quién coño era esa señora?

—Debemos ir a verla ya —me repitió Yasmín.

—Iremos cuando la hayamos estudiado a fondo —resolví cabezota—. ¿Cómo estás, Carla? ¿Todo bien por aquí?

Se encogió de hombros en respuesta.

—¿Sí o no?

—No puedo decir «Bien», porque bien no estoy. Hay abusonas que me insultan continuamente. A veces me roban la comida y me molestan. Me llaman pija. Me desprecian.

—¿Y qué haces para matar el tiempo? —le preguntó Yasmín.

—Leo. Me voy a otros mundos y a otras vidas que no sean la mía…

—Aguanta un poco más —le supliqué—. Al final de la semana tendremos algo.

Yasmín me miró inquisitiva por prometer tal cosa, pero lo sentía en el aire. O en la mirada de Xavier. Estábamos muy cerca. Y no me equivocaba.

—¿Por qué no cogemos comida para llevar y volvemos al despacho para repasar a fondo todo lo de Sonia Ochoa? —me propuso Yasmín de vuelta al coche.

—Afirmativo —respondí.

Y sonreí en silencio ante sus ansias. ¡Como para dejar el caso…!

La impaciencia corría por sus venas tanto como por las mías. Y esa vocación no la tiene todo el mundo.

Seguimos el plan y analizamos con calma las cuentas de Sonia Ochoa desde el principio. Sobre las seis de la tarde encontré algo.

—Estuvo trabajando en la asesoría Palacios durante casi veintinueve años. Y su contrato terminó hace siete… —comenté.

—¿Qué tiene eso de especial? —preguntó Yasmín.

—Nada, pero cobraba un salario muy alto, seis mil euros… Y no sufrió ni la más mínima variación en esos casi treinta años.

—Palacios es su segundo apellido —señaló Yas—. Sonia Ochoa Palacios. Igual era autónoma y se ponía ella misma un sueldo fijo.

—Es raro —disentí—. Podía fijarlo, pero no facturaría siempre lo mismo, ¿no? ¿Dónde están los ingresos de los remanentes? ¿Era una S. L.?

—¿Busco información sobre eso, Kei?

—Sí. Mientras tanto, voy a mirar otra cosa… —murmuré pensativa.

—¿Qué cosa?

Volví a sonreír por su incesante interés. Ese que mueve el mundo.

—La despidieron en la asesoría y empezó a cobrar el paro, eso hizo que sus ingresos se vieran drásticamente reducidos. No fue hasta un año después que empezó a cobrar beneficios de SugarLite…

Ástor me contó que se vio obligado a montar la web de Sugar Babys porque descubrió que su padre había arruinado el ducado…

De pronto, até cabos y tuve una revelación. Comprobé la fecha exacta del fin de contrato de Sonia y me levanté de forma brusca para buscar una carpeta muy concreta.

—¿Dónde coño está…? —murmuré para mí misma.

—¿Qué buscas?

—El informe sobre la muerte del padre de Ástor…

Yasmín se levantó para ayudarme.

—¡Aquí!

Ojeé el informe intentando localizar rápido la fecha y… coincidía.

—Hostias… Ahí está la conexión… —farfullé alucinada.

—¿Cuál?

—Sonia dejó de trabajar justo cuando murió el padre de Ástor. Mismo mes del mismo año… No puede ser casualidad.

Yasmín me miró con sorpresa y corrió a sentarse frente al ordenador de nuevo.

—Voy a ver si encuentro la titularidad real de la asesoría Palacios… —anunció Yasmín. Al cabo de unos segundos de búsqueda, añadió—: No sigue activa. ¡El cese fue en esa misma fecha, Kei! Y la disolución un mes después… ¡Joder! ¡El titular era Guillermo de Lerma! ¡Ay, Dios…!

—¿Sabes lo que significa esto? —deduje asombrada.

—¡Que la madre de Charly trabajaba para el padre de Ástor!

—¿Cómo es posible que nadie lo supiera? Fueron veintinueve años… —pensé en voz alta.

—La operación debió de ejecutarse según las últimas voluntades del difunto duque de Lerma. Para que cuando sus hijos tomaran el control del ducado no hubiera ni rastro de ella… En realidad él trabajaba con otra asesoría, esto era…

—Una tapadera… —terminé la frase.

—¿De qué?

—No lo sé, Yas, pero sigue siendo mucho dinero por un servicio de asesoría… Puede que ahí hubiera algo más.

—¿Crees que estaban liados? —preguntó Yasmín de repente.

Eso explicaría que quisiera mantenerlo en secreto, pero me incliné por algo más turbio.

—O quizá lo chantajeaba… —aposté—. Lo que ignoramos es si Charly sabe todo esto. Quizá su madre lo dispuso todo para meterlo en la vida de los De Lerma y presionó al duque para que los presentara a cambio de su silencio… ¡Esto es muy gordo, Yasmín! ¿Qué descubriría Sofía en su casa?

—¿Información importante para conseguir su acceso al KUN?

—Algo que no quiso contar ni a los De Lerma ni a Charly… Algo que quizá su madre no deseaba que nadie supiera…

—¡TENEMOS QUE IR A VER A ESA MUJER! —gritó mi compañera angustiada—. ¡Ya no sé cómo decírtelo, Kei!

—¡Si hubiéramos ido sin saber todo esto, Sonia nos habría tomado el pelo!

—¡Pues vamos de una vez! ¡¿Qué más necesitas?!

—¡No es fácil! —exclamé asustada—. Necesito prepararme psicológicamente para estar en una habitación con Charly sabiendo

que le estoy investigando. Se lo dirá a Ástor. Me hará preguntas. Y todo se complicará. Incluso puede intentar matarme… ¡Necesito más pruebas antes de que se entere de que vamos a por él…!

—O podemos acorralarlo y dejar que se excuse y luego hacerle creer que nos lo hemos tragado…

Esa fue una idea brillante.

—No podemos esperar más, Keira, ¡la respuesta está en su madre! Tenemos que hacerle una visita cuanto antes y luego… ya veremos.

La miré muerta de miedo.

Era una sensación que nunca había tenido en el ámbito laboral, donde solía sentirme segura con mi placa y mi autoridad. Pero se trataba del mejor amigo de mi pareja, y sabía que, pasara lo que pasase, Ástor iba a sufrir.

—Iremos mañana por la mañana, Yas —resolví—. Necesito asimilarlo. Además, lo último que quiero es que Charly nos sorprenda en casa de su madre, y por las mañanas él siempre está en los juzgados…

Esa noche no pegué ojo.

Repasé las notas de Ulises por si había algo sobre esa mujer, pero no encontré nada.

A la mañana siguiente, a una hora razonable de un martes cualquiera, me vi frente a su portal.

No podía creer que estuviera allí…

El plan era no llamar al timbre. Yasmín y yo íbamos a esperar a que bajara algún vecino, colarnos y presentarnos delante de su puerta sin que tuviera ni un solo segundo para esconder nada de nada sabiendo que la poli estaba a punto de irrumpir en su casa.

—Tranquila… —me dijo Yasmín—. Sea como sea, lo arreglaremos, Keira. Tú enciende tu radar antimentiras…

Sonreí un poco. Inspiré hondo y llamé a la puerta.

Nos abrió una mujer que no había duda de que había sido muy guapa en su juventud, más que nada porque lo seguía siendo. Tenía una melena con mechas rubias que le llegaba hasta los hombros. Era delgada. Llevaba ropa buena y joyas preciosas… Desde el papel de la pared hasta el olor del ambientador, cuanto había en esa casa te

avisaba de que Sonia tenía toda la clase que el dinero era capaz de comprar. Sin embargo, en cuanto la oímos hablar noté una (no tan sutil) diferencia con la madre de Ástor.

—¿Qué quieren? —preguntó extrañada. Una expresión muy alejada del «¿En qué puedo ayudarles?» que habría utilizado Linda.

—¿Sonia Ochoa Palacios?

—Sí, soy yo.

—Soy la inspectora Keira Ibáñez y esta es la agente De la Torre. Hemos venido a hacerle unas preguntas… —dije sacando la placa.

Nos miró de arriba abajo y escrutó la placa como si fuera uno de esos fraudes donde dejas entrar en tu casa a cualquiera que finge ser quien no es.

—¿Preguntas sobre qué?

—Sobre el caso de Sofía Hernández Prieto, la que fue novia de su hijo Carlos. ¿Podemos pasar?

—No sé en qué puedo ayudarles yo, pero adelante…

En mi vida había visto un piso tan bonito. Ese nivel de sofisticación solo se alcanza con un buen chantaje y mucho tiempo libre.

—Nos consta que Sofía estuvo aquí cinco días antes de su muerte —empecé cuando nos acomodamos en el sofá.

—Sí… Vino con mi hijo a comer. Hacían una pareja magnífica… —dijo Sonia, sinceramente afligida—. Sofía era espléndida, y estaban muy ilusionados con su compromiso.

—¿Le dio esa impresión? —empecé a pinchar.

—¡Sí! ¡Mi hijo la adoraba! Y no me sorprende. Era una joven extraordinaria. Guapa, lista… Me habló de sus inicios humildes y de cómo había terminado estudiando Periodismo en la Universidad de Lerma.

—¿Le contó que conoció a Carlos en un famoso club de dudosa reputación?

—Sí. La gente de nuestra posición se mueve en círculos muy concretos, no te los encuentras un sábado por la noche en un bar cualquiera…

—Entiendo. ¿Fue así como conoció usted a Guillermo de Lerma? ¿En uno de esos ámbitos?

La cara de Sonia Ochoa se paralizó. No se esperaba para nada

escuchar ese nombre. Uno que conocía muy bien, sin duda.

Aguardé a ver si mentía, y cuando leí en su cara que estaba a punto de hacerlo quise ahorrarle el mal trago.

—No trate de engañarnos. Sabemos que trabajó para Guillermo de Lerma durante muchos años… Hemos investigado sus cuentas.

Sonia abrió los ojos de par en par, totalmente descolocada.

Yasmín y yo nos miramos sintiendo que era un momento crítico.

—¿Qué tiene que ver eso con Sofía? —espetó acorralada.

—Eso es lo que queremos saber.

Miró alrededor, apabullada, y empezó a hacer gestos nerviosos. A tocarse la ropa, el pelo, a rascarse… El clásico comportamiento de alguien que lleva años callando y tiene mucho que contar. Si Ulises estuviera aquí, ya se habría lanzado sobre ella oliendo la carne fresca. No podía esperar cuando sentía la verdad tan cerca. Era un subidón de adrenalina sin igual. Sin embargo, yo me limité a respirar hondo y a esperar. Bendito ajedrez…

—Sé quién eres —dijo de repente a la defensiva, empezando a tutearme—. Carlos me ha hablado de ti. Eres la novia de Ástor, ¿verdad?

—Su prometida —puntualicé con orgullo.

—Lo sé. Mi hijo me lo cuenta todo… Pero yo a él no. Y no puede saber que conocí al padre de Ástor ni que trabajaba para él. Nunca —dijo preocupada.

—¿De verdad trabajaba para él? —atajó Yasmín, atrevida—. Porque su sueldo, señora Ochoa, era sospechosamente alto…

—Es que era muy buena asesora…

—Ya… Entonces ¿nunca tuvo una relación amorosa con él?

Sonia pareció pensárselo.

—Algo hubo… —admitió con cierta chulería—. Guillermo era uno de esos hombres a los que no se les puede decir que no. Pero desde que empezamos a trabajar juntos no tuvimos nada. Yo me casé y él también. Nos pareció que lo mejor era mantenernos en el anonimato. —Nos miró compungida—. Hasta hoy…

—¿Dónde y cuándo conoció al señor De Lerma? —continué presionando.

Tenía la sensación de que podía sonsacarle información importante. Y que de ahí lograría deducir quién había matado a Sofía

y por qué. ¡Y quizá no fuera Charly! También el famoso secreto de los De Lerma. El chantaje. La verdad. ¡Estaba eufórica!

—Lo conocí en una gala benéfica. Yo formaba parte del equipo de camareras.

Ese dato me hizo subir las cejas. ¿Una camarera?

—¿Y…?

—Y se encaprichó de mí. Me persiguió y me ayudó al más puro estilo *Pretty Woman*. Un poco como Ástor hizo con Sofía. Ella misma me lo contó… y me recordó mucho a mí.

—¿Y qué le contó a ella sobre usted? Porque se fue de su casa idolatrándola.

—Bueno… —Sonrió con orgullo—. Solo le dije que me recordaba a mí, porque también hubo un hombre antes del padre de Carlos que me había facilitado estudiar y conseguir las conexiones necesarias para ganarme bien la vida y terminar casándome con un buen partido.

—¿Le contó que ese hombre era Guillermo de Lerma?

—¡No, por Dios…! No quiero que Carlos lo sepa jamás, insisto. Fue Guillermo el que forzó que Ástor y Carlos se conocieran.

—¿Por qué?

—Decía que podían ayudarse mutuamente en el futuro.

—Sobre todo Ástor a su hijo… —señalé pensativa—. Incluso lo metió en el KUN. ¿Por qué ese interés por ayudarles a usted y a su hijo? ¿Por qué se tomó tantas molestias? ¿Por qué él le pagaba un sueldo tan alto? Es como si quisiera cuidar de Carlos y de usted… —elucubré en voz alta.

Yasmín me miró como si se acabara de encender una idea en su cabeza. La misma que cruzó por la mía como un rayo. Pero era incapaz de expresarla en voz alta. Era demasiado… No podía ser…

—Un segundo… —les pedí.

Quise consultar mi teléfono para fijarme en la fecha exacta en la que Sonia empezó a trabajar para la asesoría. Sabía que Charly había cumplido treinta y seis años el pasado 8 de marzo…

«¡Me cago en mi puta vida!», pensé cuando lo vi claro.

—Guillermo era el padre de Carlos… —dije con la cara desencajada.

—¡No…! —gritó Sonia.

Yasmín se quedó catatónica en cuanto me atreví a verbalizarlo.

—Las fechas coinciden, Sonia. —Pasé a tutearla—. Empezaste a trabajar en la asesoría fantasma cuando nació Charly… Con un sueldo desmedido desde el primer minuto…

—¡No es el hijo de Guillermo!

—Eso lo sabremos con un simple análisis de sangre.

Sonia pegó tal chillido que nos asustó a ambas. Comenzó a soltar tacos, que rebotaron con dolor contra sus finas paredes, y se derrumbó.

—¡Keira, por favor…! —sollozó preocupada.

—Y cuando Guillermo murió repentinamente, dejaste de cobrar tu manutención…

—¡Era un secreto que iba a llevarme a la tumba! —admitió por fin—. O eso acordamos con Guillermo. ¡El padre de Carlos fue siempre Alfredo, mi esposo, a todos los efectos! ¡Si hasta se hizo abogado en su honor! Cuando nos conocimos, Guillermo acababa de comprometerse con una chica de buena familia con apellidos de renombre… ¡y yo no era nadie! Fui su amante unos meses. Me pagó los estudios y me coló en ambientes influyentes donde conocí a gente poderosa. Cuando meses después le dije que me casaba, le dio un ataque de celos tremendo. Su mujer ya estaba embarazada de Héctor y hacía meses que no tenían relaciones… Me quedé embarazada y Alfredo se creyó que era suyo.

—¿Estás segura de quién fue el padre?

—Sí. Hicimos una prueba de paternidad para asegurarnos…

—Quiero verla.

Sonia me miró atribulada.

—¿Qué vas a hacer con esta información, Keira? —preguntó aterrorizada—. ¿Se lo vas a decir a Carlos y a Ástor? ¡No lo hagas, por favor…!

—¿Le contaste esto a Sofía? —pregunté interesada.

—¡¡¡Claro que no!!!

—Pudo adivinarlo —atajó Yasmín, despertando de su trance—. Sofía era muy lista…

—No tanto —concluí—. Tuvo que ver algo. Me dijo que le enseñaste unas fotografías…

—¡En esas fotos no hay nada que pudiera hacerle pensar eso!

—Tiene que haber algo en esta casa que la llevara a pensarlo,

Sonia.

—No lo hay.

—¡Es imposible que Sofía lo dedujera sin más…! —zanjé nerviosa sabiendo que faltaba una pieza—. Era periodista. Necesitaría una prueba para creerlo…

—Guillermo me pidió que le tomara una fotografía con Carlos en brazos. Me obligó a sacársela. Pero la tengo muy bien escondida.

—Pues Sofía la encontraría.

—Imposible. Seguidme.

Nos llevó hasta un increíble vestidor que contenía un zapatero provisto de un cajón con llave. Una llave que llevaba colgada al cuello. «Joder…». ¿Qué más cosas habría en ese cajón?

Lo abrió y sacó una fotografía. También sacó la prueba de paternidad que guardaba en un sobre.

—Keira, promete que no vas a contárselo a los chicos… ¡Son hermanos! Y Guillermo y yo intentamos que se tuvieran en sus vidas sin saberlo. Es un detalle insignificante, ¿no creéis? Si se supiera, quizá empezarían a tener problemas entre ellos, de herencias y cosas así, y no lo veo necesario. Por favor… Mantened el secreto.

Tragué saliva y dudé de todo; hasta de mí misma.

Que Charly supiera que era un De Lerma lo cambiaría todo radicalmente. Explicaría muchas cosas… Pero no saberlo lo exculparía.

No podía fiarme de su palabra, tenía que asegurarme.

—No explicaré nada a Carlos con una condición —propuse a Sonia.

—La que sea…

—Que le llames ahora mismo, delante de mí, y le digas que he estado aquí. Cuando te pregunte, dile: «Hemos estado conversando sobre tu padre, y Keira lo sabe todo». Quiero ver su reacción…

—¡Pero eso es como explicárselo!

—No. Si lo sabe se pondrá como loco, pero si no lo sabe te preguntará de qué hablas. Y tú contestarás: «Que te hiciste abogado por él y que lo echas mucho de menos». Y ya está. Lo pasará por alto.

—Está bien… ¿Lo llamo ya?

—Sí.

—¿Pongo el manos libres?

—No, eso se nota. Me arrimaré a ti y escucharé lo que te contesta.

—Bien…

Oí los tonos, y Charly contestó enseguida:

—Hola, mamá. ¿Qué pasa? Estoy liado.

—Hola, cariño… ¿Mucho trabajo hoy?

—Sí. ¿Necesitas algo?

—Eh… No, solo quería contarte que la novia de Ástor, esa policía tan guapa de las revistas, ha venido a verme.

—¿Qué…? ¿Por qué?

—Me ha dicho que quería hacerme unas preguntas sobre Sofía…

—Joder… ¿Y qué le has contado?

—Poca cosa. —Sonia me miró nerviosa—. Sobre todo hemos estado hablando de tu padre… Keira lo sabe todo, hijo…

Se hizo un silencio de dos o tres segundos.

—¿Saber qué, mamá? —Charly sonó descolocado.

—Lo mucho que lo has echado de menos desde que murió… Y que ese es el motivo por el que le tienes tanto apego a Ástor. Parecía celosa de vuestra relación… —añadió Sonia encogiéndose de hombros.

—Joder… ¿Te ha dicho algo más?

—Poco más… Me ha preguntado de qué hablé con Sofía…

—Vale… Bueno, tengo que dejarte, mamá. Luego te llamo.

—Un beso, cariño. Cuídate…

Creo que ese momento en casa de Sonia fue un punto de inflexión que hizo que Yasmín levantara un velo con respecto a Charly. Se le disiparon las dudas sobre su inocencia y se permitió caer en su embrujo sexual de una forma fulminante.

Su lenguaje corporal, viéndolos ahora mismo juntos, no me engaña. Estos dos se han metido la lengua hasta la campanilla. Pero a la vez juraría que Yas está colada por Saúl.

Algo no me cuadra…

Algo no, nada me cuadra.

charly

11
Cartas de amor

Besaría a Yasmín ahora mismo, pero Keira nos está mirando.

Me ha dejado a medias antes en la habitación de Saúl. ¡¿Por qué ha tenido que interrumpirnos ese niñato?!

Follarme a su primer amor en su propia cama habría sido una venganza épica. Y se la debía… Quería nivelar el maldito universo, porque pocas cosas me han sentado peor que el hecho de que empezara a salir con Sofía cuando ella entró en la UDL. Fue como si alguien me arrancara el hígado de cuajo.

Ástor intentó impedirlo, pero el mocoso no le hizo caso.

—Me voy a ir —anuncio doliente a Yasmín—. No me encuentro bien y me da la sensación de que aquí sobro. Mi relación con Saúl nunca ha sido buena, y con su padre aún menos… Además, saber que

Xavier mató a Ulises me ha revuelto el estómago. Seguro que pensaba que iríamos los dos juntos en ese coche… —digo moviendo la cabeza —. Nos tenía entre ceja y ceja por pensar que éramos los responsables de la muerte de Sofía…

Hago un gesto para demostrar mi malestar y sostengo que necesito descansar.

—Espera, Charly… No te vayas todavía. Keira quería hablar contigo.

—¿Qué? No me asustes, Yas —bromeo—. ¿Puedes ir a buscarla y decirle que venga? Os espero aquí —añado sentándome en un banco de madera de la época colonial.

—Vale —responde la poli con prisa.

—Eh… —la llamo antes de que se marche—. ¿Nos veremos algún día esta semana? Quiero invitarte a cenar…

—Sí…, claro… —Y me ha sonado a «Ni de coña». Un «Ni de coña» cargado de «Sé que has sido tú».

—Genial… —Sonrío relajado.

—Ahora vuelvo, Charly…

En cuanto Yasmín se va, abandono la casa a paso rápido y me subo al coche. Salgo de la propiedad apretando el acelerador al máximo. No pienso dejar que me cojan.

Supe que el final estaba cerca cuando el martes a mediodía sonó mi teléfono con la melodía identificativa de mi madre. Es una canción de ABBA con la que me torturaba de pequeño: «Mamma Mia».

—Hola, mamá —contesté sin saber la que me esperaba—. ¿Qué pasa? Estoy liado…

—Hola, cariño… ¿Mucho trabajo hoy?

—Sí. ¿Necesitas algo?

—Eh… No, solo quería contarte que la novia de Ástor, esa policía tan guapa de las revistas, ha venido a verme.

Me detuve en seco en mitad de la cafetería de los juzgados, sintiendo que el mundo había terminado y que el corazón iba a partirme el pecho si continuaba latiéndome con esa violencia.

Me concentré en superar la prueba de no reaccionar a nada de lo que mi madre me dijera. Al colgar, estuve esperando con el corazón atenazado a que me llamara de nuevo a mi segundo móvil. Ese que nadie sabía que tenía, excepto ella. Diez minutos después, sonó.

—¡Mamá!

—¡Hijo…, tenías razón! ¡Han venido! ¡Y lo sabían! ¡Lo sabían todo!

—¿Les has dicho todo tal cual te pedí?

—Sí.

—¿Has estado convincente?

—Creo que sí…

—Joder… —Resoplé aliviado. Y respiré hondo para tragarme la ansiedad.

«Lo sabían todo…». Se acercaba el final. Porque Keira no podría ocultar un secreto como ese a Ástor. Ni siquiera por pena. Y yo no quería que nadie supiera que era un De Lerma.

El día que llevé a Sofía a conocer a mi madre para comunicarle que nos casábamos, mi novia se fue al cuarto de baño y tardó más de la cuenta. Sabiendo cómo era, fui a buscarla y la encontré en mi habitación.

—¿Husmeando? —pregunté con picardía.

—Sí… —admitió coqueta—. ¡Me encanta todo, Charly! ¡La habitación de la infancia de alguien da muchísima información sobre su persona!

La noté más alterada de lo normal. Casi jubilosa… Y me extrañó.

—Si ya lo sabes todo de mí, nena, ¿qué más quieres saber? —susurré sugerente acercándome a ella. Acaricié sus caderas y le mordí el cuello.

Sofía soltó una risita encantadora.

—Me gusta imaginarte haciéndote tus primeras pajas aquí… y me encantaría que me contaras en qué pensabas exactamente cuando te tocabas…

La besé con lascivia. Era la jodida mujer perfecta.

—Pues pensaba en chicas como tú… Explosivas y listillas.

—Ah, ¿sí? —Se contoneó contra mi cuerpo como siempre hacía cuando estaba cachonda.

—Sí… —jadeé en su boca—. Me imaginaba chupándote las tetas y comiéndote el coño a lo bruto. Luego te follaba a lo bestia hasta perder el conocimiento…

Sofía llevaba un vestido elástico muy fino, y absorbí uno de sus pechos por encima de la tela. Mi mano subió por su pierna y burlé sus

bragas en busca del cofre del tesoro. Cuando lo encontré le metí un dedo, y gimió excitada.

—Me encanta que siempre estés lista para recibirme…

—Solo a ti…

—Pero ahora no puede ser, Sofi. Habrá que esperar…

—¿Qué? —se quejó ultrajada—. ¡No fastidies! ¡Quiero hacerlo en tu habitación de adolescente salido…!

—Mi madre nos está esperando… —Sonreí negando con la cabeza.

—Te dejo seco en dos minutos, cariño —prometió sugerente.

—¿Y aparecer en el salón oliendo a sexo? Ni de coña.

—¡No olerá nada! —Se echó a reír.

—Mi madre tiene el olfato muy fino… —dije empujándola para que saliera de la habitación. Y le di una palmada en el culo, prometiéndole que se lo compensaría.

En el último momento, volví la cabeza y vi un cajón mal cerrado.

ESE cajón. Y una estaca de hielo me atravesó el corazón.

Seguro que Sofía lo había visto… Claro. Por eso estaba así… Había encontrado una foto en la que mi padre me tenía en brazos. La única en la que salíamos juntos… Hice una copia a escondidas de la que mi madre tenía en su caja fuerte.

Y por si me cabía alguna duda, a partir de ese momento Sofía no dejó de sonreír ni un instante y de ilusionarse mucho con cualquier cosa. Normal… No todos los días se casa una con el futuro duque de Lerma.

Si hubiera confiado en mí y me hubiera contado que lo había descubierto, le habría revelado mis planes. Era lo suficientemente avariciosa para formar conmigo un gran equipo y quedarnos con todo.

Deseé con fuerza que lo hiciera, pero eligió otro camino… Eligió presumir delante de sus amigos de que, por fin, iba a formar parte del legado de los De Lerma y me dejó de lado. ¡A mí! Como si yo fuera lo menos importante…

La única mujer en la que podía confiar era mi madre, que deseaba tanto como yo que reclamara lo que me pertenecía por nacimiento.

Me previne de que Keira me señalara como culpable porque leía perfectamente en su cara lo que pensaba de mí. Era evidente que estaba cabreada porque su mejor amigo hubiera muerto en esa explosión y yo no. Y sabía que, tarde o temprano, caería en la cuenta.

Deduciría que Ulises había descubierto algo del caso y que me lo había tenido que ventilar, muy a mi pesar. Iba a contrarreloj para buscar a una víctima a la que cargarle su muerte.

Por el mismo motivo, la pequeña Yasmín me trataba fatal cada vez que me veía, y eso me volvía loco. Sin querer, se convirtió en un reto.

¿Una antihombres que me consideraba sospechoso? ¡Ñam…!

Mi boca se hacía agua con ella. Y cuando supe que era una ex de Saúl, ya perdí la cabeza por completo. Eso no era un reto, era la madre de todos los retos. Y necesitaba cuantos más mejor para mantenerme distraído de… de los *flashbacks* que asolaban mi cabeza día y noche sobre los labios de Ulises moviéndose lentamente sobre mí. Sobre nuestros sexos rozándose. Sobre ser feliz… Un puto espejismo que duró pocos meses.

Pensé en culpar a Saúl de su muerte porque tenía todas las papeletas: Sofía era su ex y estaba furioso porque Carla estaba en la cárcel injustamente. Pero no me resultaría fácil. Seguro que ese pichabrava tenía alguna coartada de viernes noche. Pensé en hacer que encontraran mi segundo teléfono móvil con el programa de control remoto de las bombas entre sus pertenencias. Y con sus huellas en él. No me sería difícil cogerlas de un vaso que Saúl estuviera sosteniendo en el KUN y plasmarlas en el teléfono. Pero al final, Xavier me tocó los huevos y…

Conduzco como un loco hacia el garaje donde tengo mi coche de huida. Debo dejar atrás este maldito vehículo…

Golpeo el volante con rabia. Keira me ha engañado bien…

Cuando mi madre le confirmó el secreto, fui consciente de que tenía que hablar con ella a solas y afianzar el hecho de que yo no sabía nada. Sería la única baza para ganar tiempo y buscar una cabeza de turco que explicara la muerte de Ulises.

Necesité un día entero para reunir fuerzas. Estaba esperando a que Ástor viniera a aporrear mi puerta al saber que éramos hermanos, ni siquiera hermanastros. Los hermanastros son hijos de un matrimonio que no tienen ningún vínculo de sangre por ninguna de las partes. En cuanto hay cualquier coincidencia de los padres, ya eres «hermano».

Pero me cansé de esperar, y el jueves por la mañana me planté en comisaría. Con dos cojones.

Pregunté por la inspectora Ibáñez y me llevaron hasta su despacho. Cuando me vio, Keira pegó un brinco de sorpresa.

—¡Charly…!

—Hola… Siento presentarme así, pero necesitaba hablar contigo…

Yasmín clavó sus pupilas ámbar en mí y tragó saliva, impresionada.

—Claro… —titubeó Keira—. Pasa y siéntate…

Yasmín se quedó inmóvil, y mis ojos subieron por sus piernas, su blusa, su arma… Me ponía muchísimo.

—¿Puedes dejarnos solos? —me dirigí a ella.

Yasmín miró a Keira y frunció el ceño. Cómo me gustaba que se resistiera. Mi chica guerrera…

—¿Por qué quieres que me vaya, Charly?

—Porque me pones nervioso… —Subí las cejas seductor.

La sinceridad de la frase la dejó muda, pero para bien. Keira le hizo un gesto con la cabeza, y Yasmín se fue refunfuñando y muy excitada.

Cuando subí la vista, unos ojos con más cafeína que la Coca-Cola me miraban fijamente sin fiarse ni un pelo de mí. Hasta se me secó la garganta y me entró sed.

—¿Puedo beber agua?

Keira se cruzó de brazos, ignorando mi petición.

—¿Qué haces aquí, Charly?

—¿Tú qué crees?

—Supongo que sabes que estuve en casa de tu madre el otro día…

—Bingo… Y cuando me lo dijo pensé: «Eh, tío, Keira sospecha de ti, ¿qué coño has hecho esta vez?».

Keira se mantuvo en silencio, esperando a que hablara más en serio.

—¿Por qué me estás investigando? —pregunté a bocajarro.

—¿Es que no puedo hacerlo?

—Sí, pero verás… Cuando me enteré, sentí una especie de pellizco justo aquí. —Me señalé el pecho—. Y ahora me incomoda acudir a la fiesta de compromiso de alguien que no confía en mí. La prometida de mi mejor amigo, nada menos, que es como mi hermano… —Disfruté

de esa última palabra como nunca ante sus ojos saltones—. También eres la mejor amiga del hombre que fue mi alma gemela y murió asesinado vete a saber por qué perturbado…

La vi apretar los dientes enfadada.

—Lamento si te sienta mal que te investigue, Charly. Solo sigo las pistas…

—¿Qué pistas? ¿Qué ha cambiado desde que me abrazaste hace un mes en el hospital, Keira? Porque allí sí sentí que confiabas en mí.

—La carpeta roja de Ulises —soltó sin más—. Eso ha cambiado. Te tendí una trampa y picaste de lleno. Sé que entraste en mi despacho a ojearla. Lo tengo grabado…

—¿Esa es tu gran pista? —Sonreí burlón—. ¿Que me interesase por las notas de mi novio muerto?

—Pues sí.

Me crují el cuello y respiré hondo, desolado.

—¿Sabes lo mal que he estado por Ulises? Peor que un adicto al crac con mono. Y leer algo que escribió fue como tener contacto de nuevo con él. Me leería hasta una lista de la compra… Solo quería escucharle otra vez en mi mente. Vi mi nombre escrito y subrayado cuando bajábamos en el ascensor porque la carpeta es transparente, y no dejaba de pensar en ello. Para mí, leer sus anotaciones fue como una jodida carta de amor.

—¿Leer cómo sospechaba de ti te parece una carta de amor?

—¿Ver cómo intentaba creerlo y no podía? Sí… Para mí lo es.

Keira guardó silencio.

—Ulises te quería, Charly… —confirmó apesadumbrada. Pero que sonara a reproche por haberle matado hizo que una avalancha de lágrimas encharcara mis ojos al momento.

—¿Y crees que yo no lo quería a él?

—Quizá no lo suficiente… —contestó Keira con rigidez.

—Sé que lo más cómodo para tu dolor es pensar que fui yo, que te cuadra genial, pero lo que me molesta es que Saúl, por ejemplo, está en la misma posición que yo… o peor. Porque yo iba a casarme con Sofía, Keira… Iba a casarme con ella, y no hay ni un solo día que no llore recordando cómo me sentí el poco tiempo que estuvimos prometidos. Vale que después llegó Ulises y revolucionó mi mundo, pero viéndoos ahora a Ástor y a ti, créeme, está siendo el doble de

duro… Y tengo que aguantar que vayas dando abrazos a Saúl por ahí y que a mí me tengas en el punto de mira e interrogues a mi madre. Ya sé que te mueves por sensaciones, pero déjame recordarte que, desde que nos conoces, tus sensaciones te han fallado mucho…

—No te lo tomes como algo personal, Charly —expuso más tranquila—. Estoy exprimiendo al máximo todas las alternativas. También interrogué al padre de Saúl. De hecho, fue Xavier el que me dijo que visitara a tu madre, pregúntaselo si quieres. Me dijo que Sofía volvió de su casa encantada, y se me ocurrió ir a verla para saber de qué habían hablado.

«¡Xavier…! Me lo voy a cargar», pensé manteniendo una expresión neutra.

—Necesito dar con algo que saque a Carla de la cárcel pronto… Ahora mismo es lo que más me importa.

—¡Yo soy el primero que quiere sacarla de la cárcel! —comencé mi papelón—. ¿Sabes lo que es oír las lamentaciones de Héctor día y noche? Estoy a punto de cortarme las venas… —Eso era cierto.

—La única forma de que Héctor y Ástor hagan las paces es sacando a Carla de la cárcel… —señaló Keira.

—Y metiéndome a mí, ¿no? Total, como sobro…

—No sobras —replicó severa—. No solo eres el mejor amigo de mi futuro marido, sino que eres de la familia, Charly…

Y al decirlo me miró fijamente, como si quisiera leer en mí si sabía o no que tenía auténticos lazos de sangre con los De Lerma. Me costó mucho que mis pupilas no se lo reconocieran dilatándose al máximo.

—Gracias —dije apartando la vista—. Es como me gusta sentirme, por eso es tan importante que confíes en mí, Keira…

—¿Sabes el alivio que sentí al verte coger esa carpeta roja y pensar que eras tú? —confesó de pronto—. Te juro que no puedo más… ¡Estoy desesperada! Y siento que Ástor y yo no conseguiremos ser felices hasta que solucione esto. Supongo que me invento cualquier cosa que pueda cuadrar…

Esas explicaciones me tranquilizaron mucho. Maldita embustera…

Me lo tragué porque vi que Keira no tenía nada sólido. Pero lo de que Xavier hubiera señalado a mi madre no se me olvidó. E imaginar muerto a ese cabrón me vigorizó por completo.

—Los De Lerma y yo tenemos muchos enemigos, Keira… Matar a Sofía e inculpar a Carla era una forma de jodernos a todos.

—A Ástor no.

—A Ástor también. Sofía era su gran proyecto. Era su jodida obra benéfica y la estaba preparando para hacer historia en el KUN. Matándola nos jodían a los tres. Y a mí especialmente me odia mucha gente por la complicidad que me une con ellos…

—Te tienen envidia, Charly. Y miedo. Y no me extraña… Te llevaste por delante hasta a un tío heterosexual totalmente cerrado al amor… Y Yasmín ni siquiera controla sus ojos cuando está cerca de ti…

Una sonrisa vanidosa escapó de mi boca.

—Eso es mutuo —admití.

La vi sonreír un poco y me tragué su interpretación. *The winner is*…

—Por cierto, tu madre me cayó muy bien —añadió amistosa.

—Es la mejor… La que siempre me ha ayudado a mantener los pies en la tierra y no perder la cabeza con tonterías de la alta sociedad. Creo que Sofía me recordaba un poco a ella…

—Eso es bastante asqueroso… —bromeó Keira.

—En eso sí soy culpable. —Sonreí canalla—. Dicen que buscamos inconscientemente a nuestros padres en nuestras parejas… ¿Cómo era tu padre, Keira? —le pregunté interesado.

—No conocí a mi padre…

—Pues debía de ser un hijo de puta parecido a Ástor…

Cuando nos despedimos, lo hicimos con un abrazo y me sentí reconfortado. Estaba convencido al setenta y cinco por ciento de que Keira aguantaría un tiempo sin explicar nada a su prometido sobre nuestro gran secreto familiar. Y una vez que Ástor muriera, mi madre levantaría la liebre y yo fingiría quedarme patidifuso con la noticia de que debía ocupar el lugar de Ástor.

Al salir del despacho, me encontré con Yasmín esperando fuera. Ya no me miraba como si me considerara culpable. Parecía que esa conversación telefónica con mi madre había surtido el efecto deseado en ella. Y parecía, también, que no había olvidado el beso que nos dimos el sábado de los margaritas en casa de Ástor cuando la seguí hasta el cuarto de baño y… ¡Por Dios…! ¡Qué forma de besar! Era

valiente, guapa y fiel a sus excitantes sensaciones carnales más que a sus principios éticos. ¡Buf!

Le eché una mirada de las que crean afición y le dije:

—¿Nos vemos esta noche en la fiesta de compromiso, Yasmín?

—Eh… Sí —musitó.

—No te pongas muy guapa, por favor —le pedí serio—. Últimamente tengo el corazón delicado…

Me fui sin mirar atrás. Dejando que fuera ella quien me observara. Tenía muchas esperanzas de que se me diera bien la velada.

Cuando anocheció, me planté puntual en el KUN.

Me hizo gracia notar que Ástor había puesto especial esmero en la seguridad, sin sospechar que la amenaza estaba tan cerca.

Lo primero que hice, como si se tratara de un ritual, fue ir a saludar a mi mejor amiga, que estaba en la sala de televisión. Se trataba de una pantalla Home Cinema Ultra HD 8K de 325 pulgadas situada frente a doce sillones reclinables confeccionados con la mejor piel del mercado.

«Si algún día no me encuentras, búscame aquí», decía siempre a Ástor. Incluso me había quedado algunas noches pidiendo la cena allí. No entendía por qué nadie más lo hacía.

Dediqué un saludo militar al pantallón y solté un gemido cuando me tumbé en mi sillón favorito, el de primera fila, en medio. Nunca había tenido más claro que había nacido para estar allí. Y pensé que pronto tendría el reconocimiento adecuado…

Quería haber compartido mi gran momento con mi padre, pero no pudo ser porque Ástor se lo cargó… Increíble. Cuando lo confesó, pensé que era la mejor demostración posible de que éramos hermanos… Ser un asesino se lleva en la sangre, al parecer.

A partir de ese momento, mi tregua civilizada con él terminó abruptamente y decidí que moriría pronto. Lo más probable es que lo preparara todo para que el jet privado con el que Ástor y Keira se fueran de luna de miel tuviera un accidente. Dos pájaros de un tiro… Una verdadera lástima.

De repente, la puerta de la sala de televisión se abrió y lancé una mirada asesina a quien hubiera osado perturbar mi oasis de bienestar.

¡Era Saúl…!

Su cara de sorpresa también mostró disgusto. Esperaba que cambiara de opinión y se marchara, pero entró igualmente y se sentó a mi lado. Ganaba papeletas por momentos para que le diese pasaporte.

—Me has jodido mi lugar feliz… —comentó Saúl con los ojos cerrados.

«Lo que hay que oír…», mascullé para mis adentros.

—Llevo trece años viniendo aquí. Tú llevas en el club trece minutos…

—Técnicamente, tengo más derecho a estar aquí que tú… —dijo el cabrón.

Apreté la mandíbula y deseé gritarle que se equivocaba del todo. Había deseado gritarlo tantas veces…

—Es una preciosidad… —continuó, adulando la tele.

—¿Te refieres a Yasmín o a la pantalla? —pregunté impertinente. Entonces me miró, y sonreí, listo para rematar—: Lo digo porque las dos son impresionantes. Pero una besa mejor que la otra…

Sus ojos se achicaron lo justo para saber que no le era indiferente, pero apartó la vista diciendo:

—No me interesa… Yasmín te romperá el corazón, Charly…

—Imposible. No tengo. —Me reí con guasa—. Ya no…

—Entonces sois perfectos el uno para el otro.

—Genial…

En ese momento entendí que Yasmín me había dicho que estaba saliendo con Saúl solo para mantenerme a raya, pero le sirvió de bien poco porque terminé comiéndole la boca igualmente. Y ella dejando que se la comiera. Joder, qué sensación que alguien te bese con miedo y con ganas a la vez. Me ponía a cien mil.

—Pero no te pases con ella… —me advirtió de pronto Saúl—. Creo que está un poco traumatizada con el sexo masculino en general. Necesita ir despacio…

—Tranquilo, soy un experto en quitar traumas a base de orgasmos.

Frunció el ceño.

—Lo digo en serio, Charly. Cuidado con lo que haces…

—¿Es una amenaza?

—Sí.

Me reí. El chaval tenía su punto divertido. Y seguí picándole:

—¿Por qué sigues en el KUN, Saúl? Dijiste que no querías pertenecer a este club. No te desdigas ahora, ten un poco de palabra…

—Me quedo porque creo que el responsable de la muerte de Sofía está aquí y no me iré hasta que salga a la luz.

—La responsable de la muerte de Sofía está en la cárcel. Ya te puedes ir…

—Carla no fue. La conozco muy bien.

—¡Qué manía tenéis todos con decir eso! ¿Crees que una mujer adorable no es capaz de matar? Cualquiera puede cometer una atrocidad. Es puro instinto animal. Y no hay nada más peligroso que una mujer cabreada…

—Sí que lo hay. Una que además sea policía. Así que yo que tú me andaría con mucho ojo…

A los cinco minutos me levanté y lo dejé allí con su última frase dando vueltas en mi cabeza.

Bajé al salón y en un vistazo rápido divisé a todo el mundo.

Keira y Yasmín estaban con Ástor delante de una de las barras. Héctor se encontraba en la otra punta con su madre. Mucha gente de relleno. Y en medio, el gilipollas de Xavier hablando con unos amigos.

Me acerqué a él disimuladamente para escuchar lo que decía, pero me sentí observado, como si llevara rato buscándome.

—Carlos Montes… —pronunció mi nombre como si no fuera nada —. ¿Qué haces que no estás pegado al culo de Ástor?

Me volví hacia él como un auténtico asesino en serie.

—¿Y tú, Xavier? ¿Qué haces que no tienes la lengua pegada a la próxima conquista de tu hijo?

Su respuesta fue soltar una carcajada.

—Al menos eres gracioso…

—Tú, ni eso. No me hizo ninguna gracia que dijeras a Keira que fuera a ver a mi madre… ¿Por qué lo hiciste?

—Me preguntó por la relación de Sofía con ella, y solo le dije que se quedó muy impresionada con tu madre… Era de esperar, en su día fue una mujer muy guapa…

Me asaltó una duda: ¿Xavier conocía a mi madre?

Por un momento pensé que lo sabía todo. Xavier era el mejor

amigo de mi padre. Pero eso no significa nada. Ástor es mi mejor amigo y no lo sabe todo de mí.

Quise amenazarle. Advertirle. Aterrorizarle. Pero me callé. La venganza se sirve fría.

—Keira es tonta —deduje—. Si supieras algo relevante para solucionar el caso de Sofía ya habrías ido corriendo a comisaría para vanagloriarte de ello. Tus patéticos intentos por hacerte el interesante son penosos.

—Pues Sofía no opinaba lo mismo… Tenía mucha confianza conmigo, más que contigo, de hecho.

—No me toques los cojones, Xavier.

—Descuida, yo no soy de esos… Soy un hombre de verdad, no un bicho raro como tú…

No sé qué me detuvo para no ahogarle con mis propias manos en ese mismo instante. Bueno, sí, que Saúl nos interrumpió.

—Un día te van a partir la cara, papá… —le advirtió—. Siempre te metes con Charly, pero te aseguro que es el hijo que nunca tuviste. ¿Sabes que ya va detrás de Yasmín, tu nueva fijación? Estáis muy compenetrados…

—Podría haber sido mi hijo… —Xavier sonrió malicioso—. Pero tuve suerte y me libré… No como otros, a la vista está…

Mis ojos se abrieron al máximo. Ese tío merecía morir solo por haber insinuado que se tiró a mi madre. Y por haber dicho que otro de sus escarceos no tuvo tanta suerte y nací yo. ¿Estaba al corriente de todo? Al fin sabía de dónde venía su desprecio hacia mí. Me consideraba un bastardo. Un hijo de nadie. Ni siquiera del renombrado Alfredo Montes…

Ahí decidí que Xavier Arnau iba a morir.

En principio, iba a envenenarle. Le dormiría y le haría tragar de todo, y la gente creería que se había quitado la vida con pastillas. Sin embargo, cuando vi la soga en el gimnasio… pensé que se merecía la horca y cambié de planes. Cosas del directo.

saúl

12
Solo un abrazo

De pronto, Yasmín aparece de nuevo, corriendo, en la salita donde estoy con los hermanos De Lerma. ¿No se había ido ya?

—¡¿Habéis visto a Charly?! —pregunta acelerada.

—No… —contesta Ástor, extrañado—. ¿Qué ocurre?

—Que se ha ido.

—A mí me ha dicho que estaba cansado —apunta Héctor.

—Sí, pero le he pedido que no se fuera todavía porque Keira quería hablar con él y me ha contestado que me esperaba sentado en un sitio, ¡y ya no está!

—¿Has comprobado si su coche sigue en el aparcamiento? —sugiero.

—No. ¡Voy! ¡Gracias! —exclama acelerada. Y sale pitando.

«¿Qué le pasa? ¿Por qué está tan alterada?».

—Ahora vengo —digo a los De Lerma, y salgo con garbo detrás de ella.

—¡Yas…! —la llamo por el pasillo.

Frena en seco y se vuelve hacia mí, extrañada de que le hable. La alcanzo y mi mal presentimiento se agudiza.

—¿Ocurre algo? Pareces preocupada…

Me coge de los brazos y me lleva a un aparte, sobrepasada.

—Puede que sí… Es que… creo que sé por qué se ha ido Charly…

Me mira con tal mezcla de culpabilidad y terror que no puedo evitar querer protegerla. Mi mano acaricia su codo para que se sienta más segura y me lo cuente todo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado, Yas?

—Que ha metido la pata… No sé si se ha dado cuenta o no, pero la ha metido hasta el fondo —farfulla nerviosa—. Ha sido él, Saúl… Él ha matado a tu padre.

Mi corazón se comprime al vacío al oír esa frase. Ahora soy yo el que necesita agarrarse a ella para no caerme.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y por qué dices que Charly ha metido la pata?

—¡Porque ha hecho referencia a la nota de Ulises!, y él no ha llegado a entrar en el escenario del crimen. ¡No podía saberlo! Se lo he explicado a Keira, y le estamos buscando.

Mi mundo empieza a girar a cámara lenta hasta llevarme a un momento muy concreto. La discusión entre mi padre y Charly que presencié en la fiesta de compromiso de Ástor y Keira…

No miento si digo que me pareció leer en sus ojos que quería matarle de verdad. Aun así, no le di importancia porque hasta yo lo pensaba a menudo, pero al final era mi padre y se lo perdonaba todo. A Charly, sin embargo, le había faltado al respeto de una forma denigrante con… con todo. Con Sofía, con Ulises, con su inclinación sexual, con su madre…, y en su caso no le tenía ningún tipo de aprecio consanguíneo.

Me cuadra que haya sido Charly. Sobre todo después de lo que siguió en esa conversación…

—No le hagas caso. —Frené a Charly cuando sentí que estaba a punto de arrancar la cabeza a mi progenitor. Una madre es sagrada. No podía apartar los ojos inyectados en sangre de él—. Charly, Yasmín

está allí… ¿Por qué no vas a verla? Está guapísima, ¿no crees?

Su mirada siguió la dirección de mi dedo y pareció tranquilizarse un poco.

—Primero voy a ver a Héctor… —farfulló a modo de despedida.

—Ni lo intentes con Yasmín —le advirtió mi padre—. Sofía era un primor, pero de barrio, al fin y al cabo. Yasmín es otro nivel… A alguien como tú le viene muy grande. Y a mi hijo también. Pero si ya se abrió de piernas una vez para él, puede volver a hacerlo…

—¡¿Por qué coño te habrán invitado?! —exclamé iracundo con ansias de arrugarle el traje—. Le diré a Keira que o te vas tú o me voy yo. Tu diarrea verbal es cada día más incontrolable, papá, y nadie tiene por qué aguantarla.

—Tú ganas, hijo. Ya me callo…

—Sí, ahora te callas, pero ¿quién nos quita a nosotros la mala hostia que nos has puesto? —lo acusé.

—No sé… A este le gustan los tríos. —Señaló a Charly—. Lo mismo Yasmín se anima… Una vez ya estuvo con varios, ¿no?

La mirada se me desencaja.

—Se acabó, papá. —Me acerqué hasta un centímetro de su cara—. Vete ahora mismo o les digo que te echen. Y lo harán. ¡Vete!

—Ven conmigo, Saúl, anda… —Charly me puso una mano en el hombro y me alejó de mi padre obligándome a andar hacia Héctor.

—Estarás mejor sin él… —farfulló, más para sí mismo, una frase que ahora cobraba todo el sentido para mí.

—¡Hola! —nos saludó Héctor, contento de vernos, cuando llegamos a su lado.

Alzó su puño hacia mí y se lo choqué con pocas ganas.

—¿Qué pasa?

—Que hemos sido testigos de una posesión demoniaca —explicó Charly con humor—. Ha sido muy *heavy*…

—Que no soporto a mi padre —traduje—. Está peor que nunca…

—Lo mejor es ignorarle —recomendó Héctor—, y os va a ser fácil porque me consta que han venido un montón de chicas guapas. Aprovechad, vosotros que podéis…

Que dijera aquello me dio pena. No me acostumbraba a ver a Héctor en silla de ruedas. Me seguía chocando después de tantos años. Tenía un recuerdo de él que no se correspondía con su imagen actual.

Antes era un triunfador. Mostraba una conducta de matrícula de honor delante de todo el mundo, a pesar de que en *petit comité* era un sinvergüenza. El accidente truncó sus planes de vida y los reconfiguró por completo. Le costó un par de años resurgir de sus cenizas, pero recuperó su empuje y su buen humor, y cuando descubrí que Carla se había enamorado de él y que había querido entrar en el KUN como Kaissa solo para que se rindiera a su amor, me pareció muy romántico. Los vi juntos un día, semanas después de que se descubriera todo el engaño de Sofía, y por poco me ahogo en mi propia envidia.

Carla era… todo lo que yo buscaba en una chica. Dulce, alegre, un poco infantil, tierna, de trato fácil y absolutamente preciosa…

—Joder, tíos… —protestó Héctor—. ¿Me estoy volviendo loco o Yasmín está que se rompe con ese vestido?

Los tres miramos en su dirección. Por Dios… Estaba tan guapa que el corazón comenzó a hacerme cosas raras, como cuando un aparato se estropea y sabes que su vida útil ha llegado a su fin.

—Está para comérsela —confirmó Charly—. No te tortures por babear. Es una auténtica mojacalzoncillos.

Mis ojos volvieron a repasarla y la verdad me abofeteó. Desde luego que lo era. Siempre lo había sido. Llevaba un vestido metalizado rosa claro con escote palabra de honor y la melena perfectamente lisa recogida en una coleta alta. Prometía ser una visión espectacular esparcida por encima de tu cama.

—No estás loco… Esa chica no es de este mundo —admití a regañadientes.

—Vale… —Héctor se pasó la mano por el pelo, agobiado—. No me dejéis beber o se me puede ir la pinza. Esta semana echo más de menos que nunca a Carla… Ni siquiera he ido a verla… —confesó culpable.

Charly y yo nos miramos extrañados.

«¡¿Por qué nos miramos, si no somos amigos?!», pensé sulfurado.

Pero lo que de verdad me noqueó fue lo bien que me sentí ante esa nueva complicidad. Nunca había visto semejante don para manipular. Para provocar reacciones emocionales sin buscarlas; era fascinante.

No sé cómo lo hace, pero Charly te transforma en la persona que siempre has querido ser y te eleva a una posición en la que te ves más

fuerte, en la que te sientes más vivo, y no te queda más remedio que ignorar tus prejuicios y dejarte llevar por él.

—¿Por qué no has ido a ver a Carla, Héctor? —le preguntó Charly con la valentía que yo no tenía.

—Porque la última vez que la vi llevaba a mi hijo dentro… y tengo miedo de que verla sin él haga un daño irreversible a nuestra relación.

Tragué saliva ruidosamente ante esas crudas palabras.

«¡¿Carla estaba embarazada?! ¡¿Y había abortado?! ¡Joder…!».

Estábamos a punto de venirnos abajo, cuando Charly dijo:

—No pienses hoy en Carla… Ni en Yasmín; porque es mía. Mejor vete al otro extremo y busca una morenaza con la que deleitarte la vista… Por ejemplo, la tía a la que está saludando Ástor ahora mismo. Está cañón…

Los tres localizamos el objetivo. Era una mujer muy atractiva que debía de sacarme veinte años, pero ellos me sacaban quince y me sentía muy cómodo a su lado. Supongo que siempre fui un *viejoven*.

—*Mamma mia*… —exclamó Héctor, olvidándose de sus penas momentáneamente.

—No está mal… —corroboré. Parecía una mujer de armas tomar.

—Esa tiene dientes en el coño, os lo digo yo… —remató Charly.

Los tres nos tronchamos de risa y me sentí realmente integrado.

—Mierda… —refunfuñó Héctor—. Voy a tener que saludar a Ástor, aunque solo sea para que me la presente…

—No podéis seguir sin hablaros —le amonestó Charly.

—¿No os habláis? —pregunté extrañado—. ¿Desde cuándo?

—Es una larga historia… —musitó Héctor—. Ya no vivimos juntos.

—¡¿Qué?!

—Yo sobraba en esa casa —declaró Héctor—. Mi hermano vive con Keira ahora.

—¿Y tú dónde vives? —pregunté con interés.

—De momento, estoy con mi madre… No sé qué haré… —dijo deprimido recordando a Carla de nuevo.

«¡Mierda, Ástor…!», lo maldije mentalmente. ¿Tanto había cambiado? Que cuidase de su hermano era lo único que seguía admirando de él todos estos años…

Miré hacia Keira, y justo me miró y me saludó sonriente.

Levanté la mano en respuesta y vi que movilizaba a todo su grupo para acercarse a nosotros. Morena incluida.

—Vienen hacia aquí… —avisé en voz baja—. La morena también…

—¡Hola! —exclamó Keira, afable.

Nos plantó un beso a cada uno, pero se esmeró con Héctor, abrazándolo de forma sentida.

—Muchas gracias por venir… —le dijo afectuosa.

—Gracias a ti por invitarme —musitó su futuro cuñado, ablandado ante semejante despliegue de cariño.

Keira estaba impresionante con la melena suelta y un vestido blanco de tirantes confeccionado con una tela reluciente. La naturalidad con la que lo llevaba, la sensualidad no buscada y su forma de brillar sin necesidad de joyas ni de maquillaje me dejó embobado…

De pronto, sentí una mano apretándome el hombro y oí un «eh, chaval…» inconfundible. El rostro de Ástor apareció en mi campo de visión llenándolo todo de… ¡dolor en el hombro! «¡Au!».

No hizo falta que dijera nada, su sonrisa torcida y su mirada a juego me aseguraron que sabía perfectamente lo que estaba pensando sobre su prometida. Me apresuré a tragar la baba generada.

—Hola… —respondí cortado.

Por fin le llegó el turno a la morena.

—Héctor, Charly, Saúl…, os presento a mi madre —dijo Keira, feliz.

Héctor soltó una carcajada irreverente. No sé si por mi cara de lerdo o por la de póquer de Charly al tiempo que se mordía una sonrisa en los labios y soltaba un «encantado, señora»… Pero nuestras miradas cómplices junto con la cara de confusión de Ástor merecieron la pena.

Si llego a saber que formar parte del KUN iba a ser tan divertido, lo habría hecho antes…

Charly me guiñó un ojo mientras respondía un «cosas nuestras» a Ástor cuando este le preguntó de qué nos reíamos. Y ahora mismo, pensar en la posibilidad de que haya podido ser él quien ha matado a mi padre zarandea violentamente mi sentido común. Sobre todo,

después de haberle pillado enrollándose con Yasmín en mi habitación esta noche…

¿A qué distancia estoy de un tío que aniquila a mi padre y se enrolla con mi primer amor la misma noche? Debo de ser patético…

Volviendo a la fiesta de compromiso de Ástor y Keira, cuando llegó el momento de saludar a Yasmín y a sus intensos ojos dorados, recordé nuestra última conversación en la universidad. Yo le había preguntado que por qué no acudió a mí después de que la violaran, como siempre había hecho cuando estaba en problemas, y lo que me contestó me dejó lo suficientemente frío para no dignarme saludarla nunca más. Maldita fuera…

—¿Cómo iba a hacerlo después de la puñalada que me diste, Saúl…? —respondió dolida.

La miré de hito en hito.

—¿Que yo te di una puñalada?

—¡Sí! Te faltó tiempo para ir corriendo a contar a todo el instituto que nos habíamos acostado… ¿Qué pretendías? ¿Querías ser popular a mi costa o solo hundir mi reputación?

Me quedé con la boca abierta.

Que me dijera eso después de lo mal que lo pasé por ella me dejó mudo. ¿Creía que lo había hecho para «chulearme»? ¡A mí ese encuentro sexual me dejó traumatizado de por vida!, y que se enterara todo el instituto todavía más. Ni siquiera había empezado a gestionarlo.

Solo sabía que detuve mi vida por completo cuando vino a pedirme ayuda para estudiar mates. Si estuve un poco seco fue porque no quería que se me notara que pasar tantas horas a su lado era un sueño hecho realidad para mí.

Poder contemplarla, enseñarla, olerla… Pero percibir que mi padre quería forzar la situación para que pasara algo entre nosotros me puso nervioso y, por consiguiente, esquivo.

Cuando Yasmín volvió al día siguiente con una falda y una camiseta de lo más provocativa, supe que iba a ser un día «duro» en todos los sentidos. Había estado dudando entre hacerme una o dos pajas en la ducha aquella mañana. Y menos mal que cayó la segunda… o no habría soportado todos los vistazos a su canalillo desde mi privilegiada posición superior.

Estudiamos toda la mañana, y durante el descanso charlamos un poco de nuestras cosas. Las miradas y sonrisas que nos lanzamos en ese *impasse* aumentaron mi tensión arterial de forma peligrosa.

Sentía una fuerza extraña atrayéndome hacia Yasmín como si fuera mi nuevo centro de gravedad. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para mantener las distancias.

—¿Es así? —me preguntaba esperanzada tras resolver un problema. Y yo me derretía ante sus ganas de no decepcionarme.

—Sí… Te está entrando genial… —respondí ingenuo.

Me puse rojo al momento al darme cuenta del posible doble sentido de ese verbo, «entrar». Mi estúpida reacción le hizo captarlo. Fue horrible…

—Eres un profesor realmente bueno —señaló pasándolo por alto —. Contigo todo parece muy fácil, Saúl…

«¡¿"TODO"?!». Dios… Sospechaba que tener la manía de extrapolar cualquier comentario al terreno sexual me convertía en un paranoide incipiente. Estar con Yas era a la vez lo mejor y lo peor del mundo.

A mediodía mi padre nos interrumpió:

—Voy a pedir comida a tu restaurante favorito, hijo. Yo ya he comido algo. Vosotros hacedlo cuando queráis…

Estaba encantado con que nos estuviera dejando a nuestra bola, porque, conociéndole, podría haberse puesto muy pesado.

—Gracias, señor Arnau —formuló Yasmín.

—Estás en tu casa, querida…

Durante la comida, me habló de sus planes para estudiar Psicología.

—¿En serio? Yo creo que tienes más potencial como paciente… —la piqué.

—Idiota… —Sonrió—. En realidad, lo que quiero es estudiar Criminología, pero resulta que me convalidan muchas asignaturas.

—Me sorprende que tus padres te dejen estudiar lo que te plazca —comenté asombrado.

—¿Por qué? ¿El tuyo no?

—No. Me dio a elegir entre tres o cuatro opciones… Poco más…

—¿Por qué?

—Porque según él, un marqués no puede ser cerrajero, periodista o pescadero. Ni siquiera médico…, eso sería demasiado altruista.

Yasmín se rio.

—Bueno, lo mío es peor… —alegó con un mohín—. Me dejan estudiar lo que quiera porque confían en que jamás trabajaré de ello. Mi marido no me lo permitirá. Tendré que quedarme en casa, asegurándome de que no hace falta comprar más toallas de Armani con nuestros nombres bordados y vigilando que las flores del jardín combinen entre sí con la ropa de los niños…

—Entiendo. —Sonreí—. ¿Y cómo le sienta eso a una chica como tú?

—¿Como yo? ¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, mandona, testaruda, peleona, posible villana Marvel…

Yas se partió de risa y me miró con un cariño especial.

—¿Te doy esa impresión?

—Sí. Y me gusta que seas así conmigo. Es tu parte oculta. La verdadera…

Nos miramos intensamente. ¿Había dicho que me gustaba? ¡Ouch!

—Me tienes calada, Saúl… —admitió halagada—. ¿Cómo me hace sentir que mis padres o cualquiera quiera dominarme? Me da igual… A los once años ya tenía claro que podían decir misa, que si me apetecía una almendra garrapiñada me la comería. Si me la hubieras dado, claro…

—¡Sabía que me guardabas rencor por eso! —exclamé divertido.

—Me pareciste un repelente de mierda…

—No te conocía. Pensaba que acto seguido irías corriendo a chivarte de que te la había dado. Parecías una maldita policía infantil. Lo que no sabía es que eras de las corruptas…

Nos reímos tanto y nos miramos de una forma tan peligrosa que cuando llegó la noche y nuestros padres insinuaron de nuevo que Yasmín se quedara a dormir en mi casa para aprovechar más horas de estudio intenté escaquearme. No me responsabilizaba de en qué me convertiría a partir de las doce de la noche…

—También puede volver a las siete de la mañana —propuse nervioso.

—¡Eso no tiene sentido! —rebatió mi padre—. Sería irse tan solo para dormir. Mejor que se quede y se ahorre el viaje.

—Pero… igual está más cómoda en su cama… —insistí.

—Estaré bien —repuso Yas—. Gracias, señor Arnau.

—Llamaré a tus padres y les diré que yo te llevaré al examen.

—Gracias, es usted muy amable.

¿Amable? ¡Y un cuerno…! Me estaba poniendo a prueba y su sonrisa malévola daba fe de ello, prometiendo que, si no pasaba nada, se metería conmigo a muerte durante el resto de mi vida. Pero no pensaba darle esa satisfacción…

Eso sí, ella no me lo puso fácil. Condensé tanto calor en el último repaso que tuve que encender el ventilador del techo. Lo usaba para dormir a gusto en verano. El aire acondicionado me parecía horrible incluso con regulador.

Pero la brisa del aparato hacía que su sedoso pelo revoloteara como en un jodido anuncio, y Yas no dejaba de tocárselo para apartárselo de la cara. Me imaginaba besándola mientras su melena escondía a los ojos del mundo nuestras bocas entreabiertas.

Mi padre me mandó un mensaje de buenas noches que ponía que me había dejado preservativos en el cajón de la mesilla. Por poco colapso al leerlo… Me costó Dios y ayuda seguir centrado en la lección.

Terminamos sobre las dos de la madrugada.

—Deberías dormir bien hoy, Yasmín —le aconsejé—. Ya te lo sabes todo…

—No sé cómo darte las gracias, en serio… ¡Creo que voy a sacar un sobresaliente!

—Me alegra haberte ayudado…

Hui de su lado, dejando que corriera el aire entre nuestra joven y adolescente piel.

—Querré darte las gracias, Saúl… Aún no sé cómo, pero lo haré.

—No es necesario… —repetí nervioso—. Vamos, te acompaño a la habitación que ha acondicionado mi padre para ti.

Cuando llegamos todo estaba dispuesto. Mi padre le había dejado incluso una camiseta mía, que a Yas le quedaría por la rodilla, para que durmiera con ella.

—Me la ha birlado del armario… —me quejé al verla.

—Está bien, en verano suelo dormir en ropa interior —apuntó Yasmín.

Me quedé sin respiración al imaginarla.

—Vale, me acabo de escuchar. —Se rio—. Olvídalo, Saúl. Lo digo

porque cuando hace mucho calor me molesta cualquier prenda de ropa.

—A mí también… Hay pocas cosas más placenteras que dormir desnudo… —Y pensé: «¡Cállate, Saúl!»—. Bueno, que yo sepa, claro…

«Joder… ¡No lo empeores!».

¿Acababa de reconocer mi limitada experiencia sexual? Fantástico.

—Este es el mando del ventilador del techo. —Lo encendí y se lo di.

—Gracias. Hoy dormiré con la camiseta… Si me la dejas, claro…

—Toda tuya. —Carraspeé—. Eh… Bueno, descansa. Hasta mañana —dije retrocediendo en silencio.

Me parecía tan íntimo que Yasmín estuviera en mi casa… Significaba tantas cosas para mí… Al menos, que éramos buenos amigos. Su mirada acarició la mía sintiendo lo mismo.

—Muchas gracias otra vez… —repitió.

—Deja de decirlo… No es necesario.

—Para mí sí. ¡Siento que te debo mucho…!

—Eso es porque no estás acostumbrada a pedir favores, ¿a que no?

—No. Me gusta que me los pidan a mí, pero no pedirlos yo…

—Me pasa lo mismo…

Nos miramos en silencio.

—Detesto sentirme en deuda con alguien, ¿sabes? —repuso.

—Sí, pero de verdad, lo he hecho encantado, Yasmín. Me flipan las Matemáticas… De hecho, quiero estudiar eso, Económicas.

—Se te dará genial.

—Gracias. Eh… En fin…, que descanses.

—Saúl, ¿me dejarías darte un abrazo para compensártelo?

—¿Qué…? —balbuceé conmocionado.

—Un abrazo. De amigos. Me sentiría mucho mejor…

Aquello me pareció una trampa mortal para apuntarme con el dedo cuando me creyera que quería algo más conmigo. Si se fundiera en mis brazos, ya no podría soltarla… y su olor me narcotizaría hasta tal punto que podría hacer alguna tontería. Los efectos resaltarían en mi anatomía, en mis ojos y en mis labios entreabiertos de deseo por…

—No me parece buena idea… —zanjé con sinceridad.

—¿Por qué no? —preguntó confusa.

—¿De verdad tengo que explicártelo? —Subí las cejas perspicaz.

Si se hubiera hecho la tonta en ese momento, habría sido muy decepcionante. Pero en vez de eso, musitó con cierto resquemor: —Vale, pues nada…

—Sentirte entre mis brazos haría que mi cuerpo reaccionara de un modo muy concreto, Yas…

—Vale, vale…

Las comisuras de su boca apuntaron hacia abajo con fuerza y me sentí fatal. Porque sonó a que ella era una calientapollas y yo un pervertido.

—Buenas noches… —me despedí pesaroso.

—Buenas noches… —respondió mirando hacia otro lado.

—Te va a salir genial, estoy seguro.

—Gracias…

Me fui antes de que su decepción me asfixiara por completo.

¡No podía hacerlo! Todo adolescente tiene un límite… y el mío era abrazar a Yasmín de la Torre.

Me puse el pijama, me lavé los dientes y empecé a sentirme cada vez peor. ¿Qué tipo de monstruo era si ni siquiera podía abrazar a una «amiga»?

Cuando quise darme cuenta, estaba volviendo a su habitación.

No llamé. Se me olvidó… Encendí la luz a tiempo de ver cómo se incorporaba de golpe en la cama. No estaba tapada, solo llevaba mi camiseta y tenía las piernas al aire —¡qué cagada!—, pero ya era tarde para echarse atrás.

Me acerqué a ella, me senté en la cama y la abracé como si se tratara de una antorcha humana. El impacto de cada centímetro cuadrado de su piel en la mía me abrasó. Sentir cómo se relajaba contra mí y disfrutaba de mi cercanía fue mágico.

Sin embargo, se acercaba el momento más duro: separarnos de nuevo…

Lo hice lentamente, y me quedé atrapado en sus ojos como ya me temía. Tenía el pelo despeinado, y aun así perfecto, y supe que acariciarle la cara sería un error. De todos modos, lo hice. Tocaba decir algo… Y solo cabía la verdad.

—Haría cualquier cosa por ti, Yasmín… —confesé—. Te ayudaré

encantado siempre que lo necesites. La deuda es mía…, pero con el universo, por dejarme disfrutar de tu compañía…

Su reacción fue mirarme los labios alucinada como si quisiera que la besara. Y quería. Pero me aterrorizaba que se apartase de golpe y me preguntara si estaba loco…

—Buenas noches… —Me levanté con rapidez—. Descansa, ¿vale?

—Vale… —murmulló impactada todavía.

Por la mañana se me dio genial hacer como si nada hubiera pasado. Porque no había pasado. Y me alegré de que así fuera. Le deseé suerte y le dije adiós.

No tardó en escribirme en cuanto salió del examen.

Yasmín:

Tengo un nueve!

GRACIAS! GRACIAS! GRACIAS!

Saúl:

Toma! Me alegro mucho

Yasmín:

Hay que celebrarlo!

Déjame invitarte esta noche a mi restaurante favorito.

Yo he probado el tuyo, y el mío te va a gustar aún más!

No pude negarme.

Tenía que verla otra vez como fuera. Tres horas sin Yasmín después de huir de esa mirada que rogaba un beso habían sido mortales. No podía seguir viviendo con la incertidumbre. Necesitaba que volviera a tratarme mal para sentir que no había ninguna posibilidad. Que me lo había imaginado todo…

Esa noche sí que me arreglé. Esto es: me puse mis mejores vaqueros y ese polo que reservaba para lucirme en alguna ocasión especial, y me pasé treinta minutos frente al espejo para conseguir el pelo de una estrella del rock. Luego llegué diez minutos antes a la puerta del restaurante para torturarme un rato haciendo conjeturas

sobre qué se pondría ella.

Cuando se bajó del coche que la llevó, casi hago una genuflexión. Esperaba que viniera vestida para la alfombra roja, y me sorprendió con un conjunto juvenil nada presuntuoso con el que estaba asombrosa. Tenía miedo de que apareciera con un escote generoso que me dificultara poder mirarla a los ojos, pero nada más lejos. Era un conjunto ibicenco de una sola pieza formado por un pantalón corto y un top que dejaba entrever su vientre suave y bronceado. También llevaba unas graciosas mangas abultadas que cubrían sus bíceps, dejando al descubierto sus deliciosos hombros.

—¡Hola! —exclamó con una sonrisa.

Era la más grande que le había visto nunca. Y cuando vino a abrazarme al grito de «¡He aprobado!», la recibí entre mis brazos.

—No has aprobado, has sacado un sobresaliente, Yasmín —le recordé.

—¡Ya…! ¡Qué fuerte! ¡Y todo gracias a ti! —Me miró embelesada.

Hice un gesto para quitarle hierro y la solté. Por el bien de los dos.

—Espero que el restaurante lo valga… —bromeé.

—¡Desde luego! Confía en mí. Te va a encantar.

Me cogió de la mano y tiró de ella para entrar. La gente nos miraba preguntándose qué coño hacíamos juntos. Muy halagador… aunque yo también me lo preguntaba. ¡Estaba flipado!

Nos comportábamos como si fuéramos más mayores de lo que éramos. Como si nuestra vida fuera otra. Una libre. Normal. Y aquello, lo más natural del mundo… Nos sirvieron las bebidas y hablamos de nuestros planes de verano hasta que llegó la pregunta que lo cambió todo.

—¿Has salido con alguna otra chica antes?

Incluso ahora mismo, con Yasmín asegurándome que Charly es el artífice de la muerte de mi padre, siento esa fuerza de atracción que emana de nosotros y que, de algún modo, me sostiene para no desmayarme.

—Quizá Ástor haya contado a Charly lo de la nota y por eso lo sabía —sugiero. Porque no quiero creer lo que insinúa.

—Lo dudo… ¡Tiene que haberlo hecho justo antes de que nos

pillaras en tu habitación! —alega pensativa—. ¡Y yo debía ser su maldita coartada!

Recordar la imagen de verles juntos hace que me separe de ella emocionalmente. Porque ese fotograma ha dolido demasiado. ¿Tenían que liarse justo en esa habitación? ¿En serio…? ¿Entre esas cuatro paredes?

Al verlo, he reaccionado fatal, pero eso no significa que la quiera… Simplemente, ha ensuciado un recuerdo que guardaba como lo único bueno que me había pasado en la vida.

saúl

13
Gracias

—No lo veo claro, Yas… —repito, incapaz de creerlo.

—¡Hazme caso! ¡Ha sido Charly…! ¡Y se ha ido por eso!

«Y vas tú, y lo besas…», pienso para mis adentros, cabreado.

¿Por qué lo ha hecho?

Es conmigo con quien ha estado tonteando toda la semana. Fue a mí al que llevó a su restaurante favorito hace unos años y tuve que ganarme a pulso un beso, intentando capear todas sus preguntas indiscretas como: —¿Has salido con alguna otra chica antes?

—En plan… ¿salir, salir? —respondí cortado.

—En cualquier plan, Saúl.

—No. Ya sabes que no soy muy popular en el instituto…

—Todo el mundo tiene su público. ¿Paula no estaba coladita por ti

en primero? ¿No llegasteis a nada? Y te vi mucho con Carlota en tercero…

—Solo eran amigas mías, Yasmín…

—¿Por qué? —preguntó sin anestesia.

Y me tomé mi tiempo para contestar.

—Prefiero no complicarme… Entre los estudios, las actividades extraescolares y mi padre, no tengo tiempo para nada más…

—Menuda excusa —se mofó ella—. Siempre hay tiempo para eso, Saúl…

—Pues supongo que no me he topado con nadie que me gustara lo suficiente como para lanzarme…

Yasmín me atravesó con la mirada tildándome de mentiroso, porque siempre notó lo mucho que me gustaba ella.

—¿Nadie?

—No —respondí certero—. Nadie que fuera una posibilidad real…

La sonrisa que le nació dio a entender que supo leer entre líneas.

—Entonces ¿nunca has besado a nadie? Tienes diecisiete años…

—Tú me besaste una vez… —le recordé.

—¡Eso no cuenta!

—¿Por qué no? —Sonreí. Por no llorar…

—¡Porque no fue un beso de verdad!

—Vaya… Gracias…

—¡No…! —Volvió a reírse, avergonzada.

Estaba tan guapa y exultante que no me importaba quedar como un pringado. No podía dejar de mirarla; rebosaba vida y dulzura.

—Muchos matarían por haber rozado sus labios con la futura reina de la promoción —me chuleé—, así que me doy por satisfecho…

—Y… ¿no sientes curiosidad por saber cómo es un buen beso?

—No… No tengo prisa —mentí, haciéndome el interesante—. Y por tu beso diría que tampoco me estoy perdiendo mucho…

—¡Oye…! —se quejó divertida, y me atizó en el brazo.

Ahí sí que me reí con ganas. Sabía por mi mirada que solo estaba bromeando. Y también que no iba a sonsacarme una confesión sobre mis deseos más oscuros hacia ella… Eso quedaba entre la ducha y yo.

Claro que había tenido oportunidades de «experimentar» y de curiosear con otras, pero mi lado perfeccionista me había llevado a esperar por algo que mereciera la pena y, como bien me dijo Ástor, el

año siguiente en la universidad todo sería diferente. Podría reinventarme, conocer gente nueva y…

—¿Y tú qué? —ataqué—. ¿Vas en serio con Santi? ¿Le has entregado ya tu flor o se la darás en la fiesta de fin de curso?

—¿Mi flor? Joder, Saúl… ¿Estás seguro de que el sexo con el que naciste coincide con tu identidad de género?

—Solo intentaba ser fino. Pero si quieres puedo no serlo…

Me miró con una sonrisa que prometía consecuencias catastróficas.

«Yo que tú, no miraría así a nadie…», le advertí con los ojos.

—Con Santi, nada —desmintió—. Soy bastante exigente y tampoco tengo prisa. El concepto de virginidad está obsoleto. No dejo que ese tema me presione ni condicione mi vida. La sexualidad es mucho más que el coito, ¿sabes?

—Si tú lo dices…

—No es que yo sea una experta, pero… Seguro que tú has visto más porno que yo.

¿Qué hacíamos hablando de porno? Pfff…

—Mi problema es que soy tímido —me excusé.

—A algunas chicas les gusta eso. Te crea un aura interesante…

—Ya, pero en el último momento siempre me echo atrás…

«Como ayer», pensé mirándola. Y creo que me entendió.

—Pues no deberías reprimirte, solo hacer lo que sientas.

—Gustavo no quiso reprimirse contigo…

—Eso es distinto. En cuanto te dicen «No», no hay más que hablar.

—Quizá ese sea mi problema, el miedo al rechazo…

—Puedo ayudarte con eso —dijo enigmática.

—¿Cómo?

—Quitándote la vergüenza. Cogiendo rodaje… Practicando…

—¿Qué insinúas? —pregunté como si me pareciera una locura.

—Esa podría ser mi forma de agradecerte lo que has hecho por mí. Ya sabes, un conocimiento a cambio de otro… Darte seguridad para entrarle a una chica el día de mañana.

—¿Estás de coña…? —pregunté perplejo.

—Para nada…

Me quedé sin habla. Parado, esperando a que estallara en carcajadas por habérmelo creído por un instante, como solía hacer mi

padre cada vez que confiaba en algo que parecía decirme en serio.

—¿Qué van a pedir? —nos interrumpió un camarero.

—Pide tú —le rogué.

—¿Te fías de mí?

—Del todo —dije sin pensar.

—Yo también de ti… —añadió clavándome una mirada confiada, como si hablara de otra cosa.

«¡Joder…!».

Ese domingo por la mañana, mi padre y yo habíamos ido a las caballerizas de la finca de los De Lerma para montar a nuestros sementales y me había topado con Ástor. Me leyó en la cara enseguida que había aparecido alguien especial en mi vida, y recordé sus palabras: «Si confía en ti, ya tienes lo más importante. Ahora solo te falta conquistarla…»

«¿Cómo?».

«Con sinceridad».

¡Sí, claro…! ¡Qué fácil!

Cuando el camarero se fue, seguimos hablando e intenté ser lo más sincero posible.

—¿Qué vas a hacer este verano con tanto tiempo libre, Saúl? —me preguntó Yasmín de pronto.

—¿Quién tiene tiempo libre existiendo las redes sociales?

—¡Es verdad! —Se rio—. ¿No te da a veces la sensación de que vivimos más a través de una pantalla que en la realidad?

—Totalmente. Odio que la gente grabe con su móvil los momentos estelares de su vida en vez de disfrutarlos en vivo y en directo.

—Yo también, pero creo que lo hacen porque sienten la necesidad de compartirlos después…

—Me gustaría más que lo contaran con pasión mirando a cámara. No creo que una imagen valga más que mil palabras…

—¿En serio? Vivimos en un mundo cada vez más visual.

—Sí, pero cualquier anuncio que contenga a una persona comunicándose y transmitiendo algo con palabras ganará siempre de calle a cualquier imagen impresionante en silencio. Estamos diseñados para conectar con otros humanos, más que con cualquier otra cosa.

—¿Y qué famosa te gusta? —preguntó de pronto—. ¿Quién es tu *crush*?

—Me gustan Maléfica, Cruella de Vil, Harley Quinn… Chicas así…

Más sincero y directo no pude ser. Y acerté, porque le entró un ataque de risa.

—¿Qué pasa? ¿Te ponen las villanas?

—Bastante… —Me sonrojé como si hubiera dicho su propio nombre. Y por su forma de mirarme, sé que lo pilló al vuelo.

—Bueno, Wonder Woman también está muy buena —añadí para relajar el ambiente—. Me encanta el mundo de los superhéroes. Es uno de los pocos recuerdos que tengo de mi madre. De pequeño, siempre me compraba cómics… Mi padre decía que eran basura y que debería leer *Moby Dick* en vez de tantas patrañas, pero mi madre le contestaba que los superhéroes enseñaban valores y que obsesionarse con una ballena asesina no llevaba a ninguna parte. —Sonreí nostálgico—. Era la mejor…

—¿De qué murió tu madre?

—De cáncer de mama.

—Lo siento mucho…

—Gracias… Pienso en ella todos los días. Me ha faltado tanto… Guardo todo lo que tengo de ella como oro en paño en un cofre debajo de mi cama, y muchas veces, en mi tiempo libre, lo saco y me quedo horas ojeando sus recuerdos. No quiero olvidarla…

—¿Un cofre?

—Sí, es como un tesoro para mí.

—Me gustaría verlo algún día… —Sonrió enternecida.

—Cuando quieras te lo enseño.

Seguimos hablando, y cuando llegó la comida aluciné en colores. Creo que me supo mejor todavía por ver la cara de satisfacción de Yasmín cuando la probé. Como si para ella fuera importante que yo tuviera un criterio parecido al suyo.

—Bueno, muchas gracias por esta espléndida cena… Y por la compañía acorde —le dije cuando salimos del local. Ya eran las once menos cuarto.

—Gracias a ti por ayudarme a graduarme.

—Ya sabes… No tienes más que pedir por esa boquita… Al parecer, no sé decirte que no…

Sonrió de tal forma que me quedé perdido en sus labios. Eran tan jugosos y apetecibles…

—El chófer debe de estar a punto de llegar —pronunciaron esos labios.

—Eh… Ah…, vale. Esperaré aquí contigo hasta que venga.

—Podemos llevarte a tu casa, si quieres…

—No. No te preocupes, me cojo un taxi… No te pilla de paso.

—No me importa llevarte, Saúl. Es pronto.

—Vale, gracias… Y gracias otra vez por invitarme. Ahora cuando alguien me pregunte si he salido con una chica, podré decir que sí.

—Esto no era una cita —se burló Yasmín.

—Ah, ¿no?

—No. Solo lo sería si terminara en beso. —Sonrió coqueta.

—Ah, ya, claro…

—Mi oferta sigue en pie, Saúl.

Se volvió divertida hacia mí. Y aparté la vista abochornado.

«¿Te imaginas…?», fantaseó mi cabeza, ilusionada.

—No bromees con eso… —repliqué serio.

—No es ninguna broma. Si te incomoda dar ese paso, a mí no me importa que lo superes conmigo. Te lo debo…

—No me debes nada… —contesté azorado.

«¡Dios, mátame ya! ¡Haz que me parta un rayo o algo así!».

Lo último que quería era que una chica me besara por lástima o porque me considerara un cobarde. Y menos, ESA chica…

Por suerte, el chófer llegó poco después y los dos nos sentamos atrás en el coche.

Durante el trayecto nos miramos varias veces en la oscuridad. La cara de Yasmín estaba sutilmente iluminada por el reflejo de la luna, y gracias a alguna farola perdida la vi humedecerse los labios como si los estuviera preparando para la despedida. Como si no pensara dejar que me fuera sin sellar el acuerdo…

«Madre mía…». Tragué saliva, acojonado.

Sentir que posaba su mano en la mía fue algo indescriptible. Me di cuenta de que nunca había estado realmente nervioso. Aquello era una emoción adulta y letal. «Hostia puta». Pero por una vez, no me aparté y me dediqué a recrearme en aquello. No sabía lo que implicaba o significaba. ¡Yasmín de la Torre estaba jugueteando con mis dedos!

«Se los besaré y le diré “Adiós”. Nada más», intenté tranquilizarme.

Pero cuando llegamos a mi casa, no quise despedirme de ella. Y tampoco iba a darle un morreo delante del chófer, un desconocido para mí. De pronto, recordé que mi padre se había ido a Barcelona porque tenía una reunión a primera hora de la mañana en la Ciudad Condal, y me salió sin pensar: —Mi padre no está… ¿Quieres que te enseñe el cofre ahora? Solo será un momento. Di al chófer que te espere…

—Vale… —aceptó convencida—. Aguarda, Toño. Ahora vuelvo.

—Sí, señorita.

Soltarle la mano me dio vértigo. Temía no poder regresar a ese punto de intimidad. Pero tuve que hacerlo para abrir la puerta de la mansión.

Al entrar, la casa parecía un sitio completamente distinto. ¿Qué había cambiado? Ah, sí, que ya no teníamos excusa para estar allí juntos y solos.

Ya no había nada que estudiar. Y entrar en mi habitación, un lugar que había soportado una tensión sexual inaguantable escudada en las Matemáticas, despertó por decimoquinta vez esa noche una erección en mi pantalón. La ignoré, y me lancé al suelo para sacar el cofre de debajo de la cama.

Me encantó que Yasmín se agachara a mi lado con agilidad. No era una de esas chicas de cristal. Y el gesto hizo que su olor me llegara como un tsunami.

Abrí el cofre y le enseñé su contenido.

—Era guapísima… —balbuceó asombrada al ver una fotografía.

—Sí…

Podía haberle dicho: «Como tú…», mirarla, cogerle la cara y besarla. Pero qué va… ¡Era tonto del culo!

En vez de eso, le relaté cada recuerdo que veía, y podía sentir cómo la complicidad crecía entre nosotros hasta volverse asfixiante. Necesitaba tanto abrazarla…

—Gracias por enseñarme todo esto… —musitó gentil—. Es algo muy personal, Saúl…

—Nunca se lo había enseñado a nadie —confesé.

Yasmín me miró halagada. Era el momento de ser sincero. No podía soltarle un «te quiero» en la primera cita a lo *Como conocí a vuestra madre*…, pero podía demostrarle que no era el pelele que ella

creía. Ni por el que yo me tenía.

—Te lo he enseñado porque tú eres especial para mí, Yas… —solté.

—¿Lo suficiente para arriesgarte a besarme? —me provocó.

Esa frase fue como quitar la anilla a una granada.

Tic, tac, tic, tac…

Sentí que iba a morir de un instante a otro de pura vergüenza, y decidí hacerlo en sus labios.

Su boca encajó en la mía como si lo llevara haciendo toda la vida. El roce de nuestras lenguas me dejó fuera de juego, fue una sensación muy dulce y agradable seguida de una súbita presión en mi entrepierna.

«¡Joder!».

Era la misma tensión y electricidad que me embargaba cuando estaba a punto de correrme.

Le cogí la cara y ahondé en el beso como si su boca fuera agua en el desierto. Yasmín ladeó la cabeza de forma que nuestros labios encajaran mucho mejor aún, y entendí que sería incapaz de parar aquello.

Yo no podría ponerle fin… y me atravesó la certeza de que no sería solo un beso. Su forma de besarme me lo confirmó.

La agarré y la subí sobre mí como pude. Necesitaba estar más cerca de ella, más en contacto todavía. La reacción de su cuerpo cuando mi mano acarició su muslo fue presionarse más contra mí.

¿Quién cojones iba a parar aquel delirio?

Supe que Yasmín no lo detendría cuando su mano fue directa a palpar mi dureza a punto de explotar. Gemí en su boca de pura desesperación.

Con un movimiento casi animal, le bajé el top sin saber que me estaba llevando por delante también un sujetador sin tirantes. Iba a ciegas. Y cuando rocé sus pezones enhiestos, los dos temblamos de placer. Los acaricié como si se tratara de la piel de un recién nacido, y Yasmín se echó hacia atrás para que se los besara.

Ver sus pechos fue… como estar en presencia de la octava maravilla del mundo. No daba crédito. Mi boca aterrizó sobre ellos por puro instinto y empecé a lamerlos haciendo que mi sexo se humedeciera sin remedio. No sabía si me había corrido ya porque

saborearla estaba siendo como un eterno orgasmo.

Su mano desabrochó mi pantalón y accedió a una zona declarada como incendio descontrolado. Que sorteara mis calzoncillos y llegara a lo que me parecía una vara ardiendo a mil grados de temperatura terminó de volverme loco.

—Dios… —rogué cerrando los ojos con fuerza cuando Yas deslizó la piel hacia abajo y empezó a bombear. Hice un esfuerzo por no correrme en el acto.

—Tócame… —la oí entre jadeos.

La propia Yas llevo mi mano hacia su pantalón, y supe que si la metía ahí eyacularía en un chasquido de dedos. De todos modos, me dije, iba a hacerlo igualmente si no dejaba de tocarme, así que no quise perder la oportunidad.

Sumergí la mano y encontré sus bragas completamente encharcadas, como si se hubiera hecho pis encima, pero al esquivarlas y ver lo que ocultaban sus pliegues me quedé de piedra. Fue exactamente igual que meter la mano en mermelada… Y seguro que sabría aún mejor.

Yasmín ahogó un gemido que denotaba un grado de excitación imparable. Quería hacerlo todo. Volver a sus labios, que me tocara, tocarla yo, pero en el suelo la postura no era la más adecuada.

No deseaba despegarme de ella para ponernos de pie y tumbarnos en la cama, y tampoco podría moverme mientras su mano siguiera en mi miembro, de manera que la obligué a apartarla y le di la vuelta, pegando su espalda a mi pecho para levantarme con ella colocando un brazo por debajo de sus senos sin tener que sacar la mano de su néctar.

La hice caminar hasta la cama, conmigo a su espalda, y la obligué a volver la cabeza para atrapar su boca de nuevo. Pude sentir cómo ese doble asedio en sus principales cavidades la derretía entre mis brazos como un maldito helado al sol.

Coló su mano hacia atrás y encontró la bragueta abierta de mi pantalón, lo que le permitió hallar lo que buscaba y hacerme gruñir de gusto.

No sé cómo la ropa terminó en el suelo y nosotros tumbados en la cama, el uno sobre el otro, encajando nuestras bocas con una necesidad enfermiza, pero así fue. Juro que yo solo quería besarla,

pero resultó que mi cuerpo también quería besar el suyo por todas partes, y cuando mi dureza se encontró con su centro abrimos los ojos para descubrir el anhelo prendido en nuestros iris.

—¿Tienes condones, Saúl? —preguntó excitada.

«¡Me *cagüen* la leche…!». Ni lo sabía. Miré hacia el cajón de la mesilla y avancé el cuerpo para abrirlo. Estaban allí de puro milagro.

Ninguno de los dos dijo nada. No podíamos razonar ni hablar en ese momento, estábamos hipersensibles, solo queríamos rozarnos y continuar.

Abrí uno y la miré para que me detuviera, pero al no hacerlo me lo coloqué no sé si del derecho o del revés.

Volví a besarla con la devoción de una declaración de amor. Cada lengüetazo le aseguró que bebía los vientos por ella, que la veneraba más que a ninguna otra, que aquello era lo mejor que le había pasado en la vida a un chico como yo, y sentí que sus piernas se abrían dejándome paso, como si hubiera dicho mentalmente las palabras mágicas. Me entraron ganas de llorar cuando sentí que se ofrecía a mí. No me lo creía… Sin perder un instante, avancé con pasión y noté perfectamente cómo se tensaba al romperse una barrera de piel entre nosotros.

Dejé de besarla para concentrarme por un segundo en la cohesión de nuestros cuerpos. Quería tratarla con cuidado, con respeto y con todo el amor que siempre le había tenido. Pero, sobre todo, quería que disfrutara, y sus gemidos empezaron a demostrarme que lo estaba consiguiendo.

No sé si alguien ha muerto por intentar aguantar un orgasmo, pero estaba convencido de que me estallaría un testículo… Cuando ya no pude más, caí por un barranco de placer tan oscuro que pensé que nunca podría regresar al mundo real.

Al terminar, nos relajamos en silencio. Tampoco sabía qué decir. Ese beso se nos había ido completamente de las manos, y los dos deseábamos perdernos de vista y no hablar de ello jamás. O esa sensación me dio. Que nadie debía saberlo, ni siquiera nosotros…

Yasmín recogió su ropa y se metió en el cuarto de baño. Me fijé en que la cama estaba manchada de sangre y mi mente cortocircuitó. Mi padre no podía enterarse de aquello; tendría que tirar las sábanas a la basura esa misma noche.

Yo también estaba manchado, pero me puse los vaqueros y la camiseta de nuevo, y esperé a que saliera del cuarto de baño. Estaba superpreocupado.

Cuando Yas apareció, la miré expectante.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo…?

—No… Toño me está esperando. Tengo que irme…

«¡Reacciona, Saúl! ¡Haz algo! ¡Di algo!», me gritó mi sentido común.

Pero no hubo suerte. Yasmín abandonó la habitación y la seguí escalera abajo. Ella misma abrió la puerta de mi casa, pero yo no quería que se marchara. De repente, se volvió para despedirse con una mirada vulnerable que no pude ignorar y la atraje hacia mí con cuidado para abrazarla. Ella se dejó.

—Eres increíble… —susurré simplemente.

—Tú también.

Sentí su mano en mi espalda y me separé un poco sin soltarla.

—¿Seguro que estás bien, Yasmín?

—Sí, tranquilo. Tengo que asimilarlo. Ni siquiera sé qué somos…

—No hace falta etiquetarlo… Solo quiero seguir viéndote…

—Nos veremos. —Sonrió—. Eso, seguro…

—Vale —respondí aliviado.

Tomé su boca para dejar un suave beso que ella me devolvió casi con pena, acariciándome la mejilla a su vez. No supe captar que aquello era una despedida para siempre.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana…

Me quedé de pie en el porche, de brazos cruzados, sufriendo su despiadada ausencia. Pero cuando me miró justo antes de subirse en el coche y me sonrió, el alivió recorrió mi sistema.

Volví a la habitación totalmente superado por los acontecimientos.

Intenté revivir en mi cabeza lo que acababa de pasar, pero me fue imposible. Solo lograba juntar retazos del mayor subidón que había experimentado en mi vida. Recogí todo y fui reticente a ducharme entero, solo me lavé las partes indispensables para seguir oliendo a Yasmín toda la noche.

Dormí como un lirón y me desperté en un nuevo mundo en el que,

si bien seguía siendo yo, todo era distinto. Me alegraba pensar que solo quedaban unos días de instituto y nos imaginaba pasando juntos todo el verano. Nuestros padres estarían encantados con la idea. Creía que me esperaba la mejor época de mi vida… Pero no podía estar más equivocado… Fue la peor. No me quedaron ganas de nada después de aquello.

Mi padre me martirizó como si supiera cada puto detalle de lo acontecido. Hasta que un día me confesó que las cámaras que tenía instaladas en casa lo habían grabado todo en su ausencia.

—¡Eres un cabrón! —me desgañité—. ¡Un enfermo depravado!

—¡Se grabó sin querer! —se defendió—. ¡Yo no sabía que pasaría!

—¡No te creo! ¡Bórralo ahora mismo, joder, delante de mí! ¡Vamos!

Corrí hacia su despacho, muy cabreado, y me siguió alucinado.

—No pienso borrarlo, Saúl. Tú imagínate que la niña ahora dice que la forzaste… ¡Esto es una prueba en tu defensa, y no es ilegal!

—¡No pienso formar parte de tu colección de vídeos porno caseros!

Tenía un sofisticado programa de grabación conectado a todas las estancias de la casa. Si quería masturbarme, debía meterme en el cuarto de baño, no podía hacerlo cuando me diera la gana en la intimidad de mi habitación. En la actualidad, tenía sexo en hoteles o en casa de las chicas porque sabía que de hacerlo en casa mi padre lo visualizaría todo a través de su programa de mierda que a veces hacía «grabaciones aleatorias para mantenerse activo», según él.

—Bórralo ahora mismo, papá, no te lo voy a repetir —le amenacé rudo.

—Saúl, deja de comportarte como un crío…

«¿Crío?». Cogí la silla de oficina con ruedas a peso, y se asustó cuando amenacé con lanzarla contra la pantalla de cristal ultramoderna desde donde lo gobernaba todo.

—O lo borras o te rompo el chiringuito ahora mismo…

—¡Bien! ¡Lo borro! Pero si esa zorra te busca las cosquillas, será problema tuyo.

Si supiera que Yasmín lo negó todo con vehemencia tratándome de mentiroso cuando salió a la luz…

Mi único problema en la vida es que tenía a un maniaco viviendo

conmigo… Un maniaco que lo grababa todo y que probablemente hacía copias. Un maniaco que…

Dios… Un momento…

A mi padre lo único que le ponía en órbita era acusar con el dedo a los demás y regodearse con su dolor. Le apasionaba contar secretos ajenos para sembrar el caos. Y si los tenía grabados, mejor que mejor…

De hecho, este último verano me reconoció que fue él quien capturó mi beso con Keira durante el torneo de ajedrez del año pasado y él mismo lo hizo rular entre los alumnos para joder a Ástor… Por eso en la maldita fiesta de compromiso, tras hablar con Yasmín de su violación, fui directo a preguntar a mi padre si había sido él quien hizo correr el famoso rumor por nuestro instituto…

Su sonrisa diabólica contestó por sí misma. Y añadió: «Para una cosa que hacías bien, tenían que saberla, hijo…».

—¡YASMÍN! —exclamo de repente volviendo al presente.

Ella se asusta porque la agarro con fuerza y la miro con los ojos desorbitados. Acabo de caer en la cuenta de algo…

—¿Qué ocurre, Saúl?

—Quizá mi padre tenga grabado su asesinato…

—¿Cómo…?

—¡Lo grababa todo, joder! ¡Lo que pasaba en cada maldita habitación de esta casa! ¡Y en una fiesta así, seguro que tenía el circuito activado para pillar in fraganti a cualquier pareja espontánea que quisiera montárselo en algún espacio apartado…! ¡Puede que esté grabado!

—¡Madre mía…! ¡Vamos a buscar a Keira! ¡Rápido, Saúl!

yasmín

14
Contigo no

Corro en busca de mi compañera con la respiración acelerada y el corazón desbocado sin dejar de pensar en la última frase de Saúl: «¿Una pareja montándoselo en algún espacio…?». ¡Presente!

Dios…, no me extraña que Saúl me odie…

En la fiesta de compromiso de Ástor y Keira ni siquiera quiso saludarme cuando me vio. Apartó la vista y me esquivó. Me parecía increíble que siguiera afectándome tanto, pero me resultaba imposible ser inmune a él después de todo lo que habíamos compartido.

Yo intentaba luchar contra el destino, imponiendo mi voluntad, pero cuando fui a saludarlo, Charly me interceptó con un «estás preciosa», que sé que Saúl oyó, aunque fingiera ignorarnos.

Cinco minutos después, no había cejado en mi empeño y lo

busqué por el salón. Finalmente, lo encontré apartado en una barra.

—Hola, ¿eh? —lo saludé insinuando lo maleducado que resultaba.

—Hola —contestó seco, sin dejar de mirar hacia su copa.

Bebió un gran trago, y lo solté sin más:

—Necesito un favor…

Su reacción fue sonreír con desidia y mirarme moviendo la cabeza.

—Sigues siendo la misma de siempre… ¿En qué puedo serviros, alteza?

Fruncí el ceño ante el jocoso apelativo.

—No soy la misma de siempre ni de lejos.

—Pues a mí me parece que sí. Me tratas a patadas y luego vienes a pedirme favores… Exactamente igual que en el instituto.

—¡¿Cuándo te he tratado yo a patadas?! —dije alucinada.

Su cara de póquer me hizo pensar que lo había olvidado.

Bueno… quizá le traté un poco mal el otro día en la universidad, ¡pero se lo merecía! Debería estar besando el suelo que piso, joder…

—Esto es serio, Saúl. Estoy trabajando y tengo que…

—Bonito uniforme —murmuró fijándose en mi escote con descaro.

El estómago me hormigueó sin permiso.

Él había amasado mis pechos con fruición en otra vida, se los había metido en la boca con una devoción casi enfermiza, y ahora sentía su desprecio por ellos abofeteándome en la cara.

—Necesito quitarme a Charly de encima…

Esa frase llamó su atención y me miró.

—¿Por qué?

—Está muy pesado conmigo, Saúl, y se me ocurrió decirle que tú y yo estábamos saliendo… ¡Y no mentí! Salimos el viernes…

Arrugó la cara.

—¿Por qué tienes la necesidad de mentir, Yas? Déjale claro que no te interesa y punto.

—¡Se lo he dicho por activa y por pasiva! Pero pasamos mucho tiempo juntos por culpa de Ástor y Keira y es… complicado.

—Contigo siempre lo es…

Lo miré con odio. Como muchas veces había hecho en el pasado cuando me criticaba. En una ocasión me dijo que mis enfados eran como un piropo a su inteligencia.

—El problema es que te gusta, ¿no? —saltó de repente—. Y como estás trabajando, claro…, no sería muy ético liarte con él.

—¡No es eso…! —exclamé sin convicción. ¿Por qué era tan listo?

—No te avergüences, Yasmín. Acabo de vivir en mi propia piel lo atrayente que puede llegar a ser el gilipollas de Charly. Hace diez minutos estábamos lanzándonos pullas en la sala de televisión y hemos terminado uniéndonos contra mi padre y partiéndonos de risa junto a Héctor. Eso me ha hecho entender una cosa: no importa cuánto creas odiarlo, estar con él es emoción asegurada. Es improvisación, y te hace sentir vivo. Al menos, hasta que te mata, claro…

NO. ME. LO. CREÍA…

¡¿Por qué coño Saúl era así?! Odiaba que me diera mil vueltas.

—No pongas esa cara, Yas, lo supe en cuanto me dijiste que ibais tras la pista de alguien muy cercano a Ástor en nuestra no cita.

—No se lo digas a nadie —dije con avidez, temerosa—. La vida de Carla depende de ello, y sé que es tu amiga. Estamos investigando a Charly a saco. Keira cree que mató a Ulises y a Sofía, y yo tengo miedo, sí… Miedo a que mi objetividad se vea alterada por su puto embrujo…

Saúl se rio jactancioso.

—Lo sabía…

—No te rías, estoy en plan «mátame, camión». Y, además, tampoco es seguro al ciento por ciento que sea el culpable.

—Eres transparente para mí… Y ambas habéis subestimado a Charly desde el principio. Sus tentáculos llegan muy lejos…

—Presta atención. ¿Has escuchado lo de que «no es seguro»?

—¿Y por qué quieres hacerle pensar que estamos saliendo si ya te has liado con él? Charly me lo ha contado, Yasmín.

—¡¿QUÉ?! —dije con un chillido incrédulo, y me sujeté la cabeza.

«¡¿Se lo ha contado?!».

Intenté mantener la calma y usarlo en mi beneficio.

—No cuenta, Saúl. Iba muy borracha —me justifiqué—. Y me había dado pena porque cuando Ástor y Keira se besaron, supermonos, Charly dijo que mataría por un beso así y… lo cierto es que yo sentí lo mismo. Hacía mucho que no besaba a nadie. De hecho, al último al que besé fuiste tú…

Saúl me miró con la cara desencajada.

Al fin un poco de ventaja.

Me dio la sensación de que el traje lo sujetaba a él y no al revés. Incluso se apoyó en la barra para asimilar esa información. Era muy fuerte, sí, pero quería que lo supiera, porque era la jodida verdad.

—¿Soy el último chico al que has besado? —repitió estupefacto.

—Bueno…, ahora ya no… Pero no puede volver a pasar nada entre Charly y yo. ¡Necesito tu ayuda, Saúl! Solo tienes que fingir que salimos. Te prometo que será poco tiempo…

—Ya es tarde, Yas… Hace quince minutos le he dicho que no me interesabas en absoluto…

Me quedé superplanchada. «¿"En absoluto", acababa de decir?»

«Ni se te ocurra ponerte a llorar», me amenacé al sentir que me temblaba la barbilla. Me tragué la humillación como si fuera ácido sulfúrico y respiré profundamente.

—¿Y por qué le has dicho eso, Saúl? —pregunté manteniendo el tipo a duras penas.

Se encogió de hombros.

—Porque Charly ha venido a chulearse de que te besó. Supongo que sabe por Ástor que hubo algo entre tú y yo en el pasado… Y le he respondido que felicidades y que sois el uno para el otro, porque ninguno tenéis corazón.

«Ahora sí que sí…», predije con miedo.

Mis ojos se empañaron contra mi voluntad y aparté la vista hacia el suelo para que no lo viera. Lo mejor que podía hacer era largarme de allí antes de estallar en llanto. Pero cuando intenté huir, Saúl me retuvo contra su cuerpo para susurrarme algo al oído: —Y aun así, te voy a ayudar, Yasmín, maldita sea… Todo lo que no me dejaste ayudarte en el pasado lo voy a hacer ahora…

Lo miré anonadada, desvelándole mi brillante mirada.

Sabía a qué se refería. A la violación. Quería investigarlo.

—No puedes ayudarme, Saúl, no hay pruebas…

—Subestimas el poder del KUN —apuntó altanero—. No te preocupes, diré a Charly que he cambiado de opinión al verte tan guapa esta noche… Aunque te advierto que generar una competición por ti con él puede incentivarlo a perseguirte todavía más. Y si de verdad está loco, puede ser peligroso para ti…

Mi cuerpo me gritó que me apartara de su toque, ¡estábamos demasiado cerca!, pero no podía. Su fuerte envergadura varonil junto con ese matiz olfativo que me ofrecía seguridad me embriagaron de tal forma que tuve un flash muy vívido de la noche que me dijo que haría cualquier cosa por mí.

—Me arriesgaré —musité en respuesta—. Le volaría la cabeza antes de que se le ocurriese hacerme daño…

Saúl sonrió como si le encantara esa faceta de mí. ¡Dios, qué sonrisa!

Me humedecí los labios inconscientemente y él supervisó el gesto.

—Fui a ver a Gustavo el lunes… —confesó de repente.

—¡¿Cómo?! ¿Crees que fue él? ¿Por qué?

—Porque siempre te tuvo entre huevo y huevo, Yas…

Tragué saliva, asustada.

—¿Y qué le dijiste?

—Le di un ultimátum. O confiesa o se arrepentirá…

—Por Dios… ¿Amenazaste con matarle?

—No. —Saúl sonrió con maldad—. Hay cosas peores que la muerte, cielo…

Me quedé sin habla ante su actitud. Y más cachonda que nunca.

Pero todo aquello me sonaba a locura. No quería que revolviera el pasado. Me daba vergüenza y pánico. No quería que nadie lo supiera. Ya se sabe: «En casa del herrero, cuchara de palo». Me costaba considerarme una víctima.

—¿Y si te pido por favor que no hagas nada más, Saúl? —supliqué mirándole con intensidad.

Me sostuvo la mirada durante un instante y después la apartó, turbado.

—No puedo dejarlo pasar, Yas…

—¡¿Por qué no?! ¡Hacerte el héroe es peligroso! Ya te lo dije una vez…

Me miró como si no entendiera por qué me preocupaba por él después de lo mal que se había portado conmigo tras estar juntos.

«¡¿Y por qué coño seguimos tan cerca? Por el amor de Dios…!».

—Eres tú la que debe tener cuidado con Charly —musitó separándose de mí lentamente como si me hubiera leído el pensamiento—. ¿Qué quieres tomar? —preguntó solícito.

—Una botella de agua —respondí sin pensar. Tenía la respuesta automatizada.

—Agua no. ¿Qué quieres de verdad? —insistió adusto.

Lo miré fijamente con osadía.

—No quiero nada.

Supe lo que iba a oír de sus labios antes de que lo pronunciara.

—Dijiste que nunca bebes nada que no esté embotellado, Yas. ¿Crees que alguien te puso algo en la bebida aquel día?

—Estoy convencida… Porque fue de repente. Estaba bien y, de pronto, tuve un fundido a negro. No estaba nada borracha. Lo poco que bebí se me bajó cuando discutimos…

Porque menuda discusión fue aquella. Me sentía tan traicionada…

Al besarme en el suelo de su habitación no se me pasó por la cabeza que llegaríamos a acostarnos. Fue como si sus labios desprendieran una sustancia química que activó mis instintos más primarios y sexuales. Los sonidos que hacía, las caras que ponía, su halagadora incredulidad… me hicieron desearle hasta un punto que jamás creí posible.

Lo cierto es que veníamos acumulando ganas desde el viernes. Desde que le pillé un par de veces conteniendo la respiración cerca de mí y relamiéndose la baba inconscientemente. Al anochecer tenía las pupilas tan dilatadas que estaba segura de que intentaría algo, pero al final se rajó. ¿Qué clase de adolescente masoca era?

El problema era que cuanto más se alejaba Saúl de mí, más cerca lo quería yo. Por eso le pedí ese abrazo, para que rompiéramos esa barrera física imaginaria que parecía frenarle conmigo, pero cuando se negó reconociendo su aprensión, me sentó fatal. Y no me esperaba que apareciera quince minutos después, sorprendiéndome en bragas, demostrando que no podía negarme nada.

Buf…

Y cuando pensaba que iba a besarme, volvió a apartarse de un salto y me dejó vendida. Para tener tan poca experiencia, era experto en volver loca a una chica…

Que acudiera a la cena guapísimo terminó de matarme. Nadie se arreglaba tanto para no conseguir nada al final de la noche, ¿no?

Incluso intenté servírselo en bandeja ofreciéndome a besarle como si fuera una transacción comercial, pero ni con mi mano sobre la suya en el coche rodeados de oscuridad se lanzó.

Ya había perdido toda esperanza cuando sentí sus labios sobre los míos en el suelo de su habitación… El resto es historia. Cualquier día aparece una foto mía en el diccionario al lado de la expresión: «Se le fue de las manos».

¿Cómo terminé desnuda en su cama con él entre mis piernas? Es un misterio que nunca alcanzaré a entender, pero por primera vez en mi vida tuve claro que quería hacerlo. Que lo necesitaba. Y me pareció poético que fuera con él. Un chico bueno e inteligente en vez del guaperas de turno del equipo de fútbol con el que me habría pasado la cena hablando de su tanto por ciento de grasa corporal.

Saúl siempre había sido alguien especial para mí. Casi un reto. Porque sentía que me despreciaba, pero a la vez captaba señales de que le gustaba.

Pensaba que era diferente, sinceramente… Aunque la forma en la que me enteré de que estaba equivocada no pudo ser más terrible.

Fue en mitad de clase de Lengua.

Santi me mandó una notita que ponía: «¿A mí me rechazas y te tiras al friki? Qué bajo has caído…».

Lo miré alucinada y me di cuenta de que todo el mundo me observaba de reojo y cuchicheaba con risitas.

—Tía… —comenzó Estela cuando me encontró en el aseo en los cinco minutos entre clase y clase—. ¿Es verdad? ¿Te has acostado con Saúl Arnau? —preguntó con pitorreo.

—No… —contesté instintivamente al sentirme juzgada.

—Pues es lo que va diciendo por ahí. Que lo hicisteis a tope…

Se me paró el corazón al oírlo. Porque sí…, fue a tope, joder. Todavía sentía sus salvajes embestidas arrancándome descargas de placer. Su boca jugueteando con mis pezones, provocando que mi entrepierna se inundara ineludiblemente. Sus manos apretándome contra él como si quisiera estar todavía más dentro de mí.

¡Y el tío lo estaba anunciando a los cuatro vientos!

Me puse verde. De ira. De odio. De dolor.

—Es mentira, Estela —mascullé con convicción—. ¿Quién va a creerle?

—Vuestras familias se conocen, ¿no? ¡Si hasta querían casaros…!

—Saúl siempre ha estado obsesionado conmigo y no sabe qué más hacer para llamar la atención…

Fue decirlo y que me doliera el estómago. Porque había sido más bien lo contrario. Era el tío que más había pasado de mí en la vida con diferencia… Y cualquier gesto, por pequeño que fuera, que indicara que yo podía gustarle lo analizaba con esmero y le daba mil vueltas.

Pero imaginarlo disfrutando de su momento de gloria gracias a su plan maestro y sonriendo a los demás cerdos cuando le decían «¡Bien hecho, tío!» me hizo odiarlo profundamente.

No es de extrañar que cuando me lo encontré de frente, rodeado de chicos envidiosos, estallara el apocalipsis.

En cuanto grité, una decepción horrible rasgó sus ojos del color de la miel como si le hubiera fallado por no corroborar la verdad, pero me parecía increíble que no se diera cuenta de la falta de respeto que suponía hacia mí. Acababa de demostrar que se había acostado conmigo no por lo que sentía por mí, sino para ganar posición social.

Si te importa una chica, no la exhibes como a un trofeo, la guardas como un tesoro, como hizo con su madre.

Ignoré sus ojos brillantes por tirar por el suelo su gran triunfo y me fui directa a casa. No podía estar ni un segundo más en el instituto.

No sé si Saúl trató de ponerse en contacto conmigo porque lo bloqueé. Y al día siguiente, quien no apareció por clase fue él. Gracias a eso, las aguas volvieron a su cauce rápido, y me vi obligada a parecer disponible para Santi para clavar los últimos clavos en el ataúd de ese rumor.

No hicieron falta más que un par de besos y darle una débil esperanza de terminar en su casa el día de la fiesta para que me creyeran, pero en el momento de la verdad, cuando obtuvo una negativa, el cabrón de Santi buscó conseguir su premio de otro modo… Y compartirlo con testigos, supongo.

Quizá nos escuchara discutir a Saúl y a mí en la fiesta, a la que acudió con el único fin de aclarar las cosas conmigo.

—¿Por qué has mentido Yas? —me preguntó ofendido—. ¿Es porque reniegas de mí? ¿O reniegas de ti misma por sentir algo por mí?

—¡Reniego de haberme acostado contigo! Pensaba que eras diferente… ¿Por qué lo has contado, Saúl? Me has utilizado…

—Si crees que sería capaz de ir presumiendo por ahí de eso es que no me conoces en absoluto… —contestó herido.

—Sí que te conozco, eres un chulo y siempre lo has sido. Pero en el instituto no destacabas, y claro, esto te ha venido genial para hacerte un nombre… Es lo malo de algunos superhéroes, que se les sube a la cabeza querer ser una leyenda.

—¡Yo no soy el problema aquí! ¡Lo eres tú! ¡Te avergüenzan tus sentimientos por mí…! Te dejaste llevar en mi casa siendo tú misma y ahora tus acciones no encajan en tu doble vida de mierda. No soportas descubrir que no eres tan diva como quieres aparentar ser, ¿eh?

—¡Tú no sabes nada de mis sentimientos! ¡Sentía que te lo debía!

—¿Perdiste la virginidad conmigo para pagar una deuda? —exclamó incrédulo.

—No. Lo hice porque me apetecía. Ya te dije que para mí solo era un trámite. He tenido encuentros sexuales más satisfactorios sin necesidad de penetración… Lo que no me esperaba es que se lo contaras a todo el mundo como si eso significara algo más…

La mirada que me lanzó fue lo más parecido a ver morir a alguien. Sentí cómo le partía el corazón por la mitad, igual que él a mí. Pero no pensaba darle la satisfacción de pensar que me había engañado del todo.

Cuando se marchó, fui directa a la barra a tomarme un par de chupitos. Necesitaba algo fuerte para dejar de sentir tanta angustia. Fue lo último que recuerdo esa noche… Ese dolor intenso por Saúl. Me bebí todo lo que me pusieron por delante…

—¿Seguro que no estabas borracha, Yas? —insistió Saúl en el KUN.

—Por muy borracha que vaya siempre tengo flashes, pero esa vez perdí el conocimiento por completo hasta que volví en mí a la mañana siguiente andando por la calle, medio moribunda…

Saúl guardó silencio imaginándolo hasta que se repuso de nuevo.

—¿Tienes flashes del viernes pasado? —preguntó de repente—. De cuando te llevé a casa…

—Sí. Alguno… Sé que intenté besarte, Saúl… Y lo siento, ¿vale?

—dije avergonzada.

Me miró fijamente y aparté la vista.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué quieres que te diga? —respondí borde—. ¿Que soy joven y tengo mis necesidades? ¿Que me apetecía?

—No. Porque no es la verdad. Solo quiero demostrarte que sigues siendo la misma de siempre, Yas. Me besaste por puro agradecimiento. Me diste las gracias por llevarte a casa y luego te lanzaste sobre mí. Y tienes que dejar de hacer eso con todo el mundo… De besar a Charly por pena, de intentar besarme a mí por ser tu custodio… y de liarte con Santi porque era el rey del instituto. Porque luego te arrepientes de haberte dado como moneda de cambio… Deberías besar a quien te plazca, por lujuria, por amor, por diversión…, pero no por pena ni por saldar una deuda. Coge las riendas de tu vida…

Intenté disimular lo perturbada que me dejaron sus palabras.

¿Eso hacía?

—Y ahora dime qué quieres tomar, porque no puedes seguir alimentando tus miedos con agua embotellada… —masculló furioso.

—Yo no tengo miedo…

—Ah, ¿no? ¿Vas armada ahora mismo?

—Soy policía —rezongué.

—Vienes armada a una fiesta de compromiso —confirmó sardónico—. ¿Y dónde coño la llevas, Yas? ¡Porque en ese minivestido no cabe ni un alfiler!

Me pegué a él, obstinada, cogí su mano y la introduje entre mis piernas hacia el interior de mi muslo.

Me gustó que abriera mucho los ojos y se le cortara la respiración. Le hice palpar la prenda elástica amarrada a mi pantorrilla y sentir el objeto duro.

—Joder… —Alucinó—. ¿Por qué lo haces?

—Por si acaso, Saúl…

—Aquí no te va a pasar nada —me aseguró como si fuera a morir antes que permitirlo.

—Para mí ya ningún sitio es entorno seguro…

—Esta barra, ahora mismo, lo es —dijo tajante—. Así que, ¿qué quieres tomar, Yas?

—Un gin-tonic. Pesado…

Levantó un dedo, y un camarero vino enseguida a atenderle.

—¿Qué ginebra prefiere, señorita? —me preguntó el barman.

—Me da igual.

—No le da igual —rebatió Saúl con tirantez—. Póngale Brockmans, por favor. Con tónica Fever-Tree.

—Enseguida, señor.

—No vuelvas a decir que una ginebra te da igual en mi presencia —me amenazó en tono neutro.

Mi boca fabricó una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué más da, Saúl? Saben todas igual…

Me miró horrorizado y disfruté de su desconcierto. Provocarle era adictivo. Siempre lo había sido.

—¿Cómo aprobaste la entrevista personal para ser policía? ¡Si no tienes ni pizca de sentido común…!

Solté una risita contra mi voluntad sin perder detalle de la preparación de mi copa. Una vez en mi poder, la probé y…

—¡Joder, está buenísima…!

—Mejor que el agua, ¿no?

—Gracias, Saúl.

—No se merecen…

Ya empezábamos… Pero sí las merecía.

—No me refería a la bebida en concreto, sino a lo que intentas hacer por mí.

Saúl me sostuvo la mirada, y vislumbré un alto muro emocional en sus iris a pesar de haber avanzado bastante ya.

—Guárdate tus «gracias», Yasmín. Son demasiado dolorosos…

Qué valor…

—No recurras a la autocompasión —mascullé seria—. Aquí la víctima soy yo. Si no hubieras contado a nadie que nos acostamos, mi vida no se habría ido a la mierda…

—Yo no presumí de ello delante de nadie —aseguró.

—Pero se lo contaste a alguien, Saúl… No mientas.

—Solo a un amigo que me juró que no había dicho nada.

—Pues te mintió.

—¡Hola, chicos! —interrumpió Keira de repente—. ¿Ya le has contado a Saúl el favor que tiene que hacernos?

—Más o menos… —murmuré.

—¿Ástor no sabe nada de lo que os traéis entre manos? —preguntó él a Keira.

—No. Y no puede saberlo, por favor, Saúl…

—No me gusta… —disintió preocupado—. Cuando se entere, se sentirá traicionado por ti, Keira, ya sabes cómo es…

—Ya hemos superado esa fase, y creo que entenderá que se lo oculté por su bien y el de Carla. Además, es muy temperamental y no quiero que sufra antes de tiempo…

—Las mujeres siempre os escudáis en el «por su bien», como si fuerais unas santas, pero lo único que hacéis es complicarlo todo más.

—Admite que el tema es peliagudo, ¡se trata de Charly! —susurró.

Y claro que lo era.

De hecho, estábamos a punto de descubrir hasta qué punto…

—¡Keira! —grito al encontrarla en los pasillos de la mansión de los Arnau.

—¡¿Ha aparecido Charly?! —me pregunta esperanzada.

—No. Pero… ¡escucha!, Saúl dice que quizá su padre lo grabara todo. ¡El asesinato puede estar grabado en el circuito de cámaras que tenía!

Antes de que termine de hablar, Keira ya ha echado a correr. Y la seguimos.

yasmín

15
Contigo sí

Entramos en el despacho de Xavier a la carrera y encontramos al menos a cinco personas recogiendo huellas.

A Saúl se le descompone la cara nada más traspasar el umbral de la estancia, a pesar de que el cuerpo ya no está allí.

—¡Ayala! —llama Keira al inspector—. ¡Puede que lo tengamos!

—¿Qué?

—La víctima tenía un circuito de cámaras de seguridad en el interior de la casa y es posible que estuviera activado al tratarse de una fiesta. Saúl, ¿cómo funciona? Siéntate, por favor…

El aludido se acomoda y comienza a manejar el sistema.

—Si se ha grabado, tiene que estar aquí…

Miro a Keira con los nervios a flor de piel.

«Por favor, Dios…, que esté».

—Joder… —musita Saúl.

—¿QUÉ? —exige Keira.

—Está grabado… De hecho, ¡sigue grabando ahora mismo…!

Todos gritamos eufóricos.

—¡Búscalo! ¡Rápido! —le apremia el inspector.

—Acabo de pararlo, tarda unos minutos en organizarse por carpetas y horas…

En ese momento, Keira recibe una llamada.

—Dime. Sí. Perfecto. Gracias, sí, un Mercedes GLE Coupé azul eléctrico. En busca y captura, sí.

Me sorprende saber que ya había ordenado su seguimiento.

Cuando cuelga, acaricia el hombro a Saúl, que ha apoyado los codos en la mesa y la cabeza en sus manos mientras esperamos a que se descargue el vídeo.

De pronto, nuevas carpetas aparecen en pantalla. Saúl selecciona la del despacho y clica dos veces para que empiece. Corre el cursor hasta que ve entrar a su padre en el despacho para sentarse justo donde está él. Se pega un buen rato solo, trasteando en el ordenador y en su teléfono. Adelanta el visionado hasta que se ve entrar a Charly en la estancia con una copa en la mano.

Keira y yo nos mirarnos en tensión. ¡Me va a dar un jodido ictus…!

—Saúl… —dice Keira con suavidad—. Es mejor que no lo veas. Deja que nosotros lo hagamos primero…

—Quiero verlo.

—Espera un momento. —Le mueve la cabeza para que la mire—. Por favor, hazme caso… Eres muy joven para…

—¡No me jodas, Keira…! Quiero verlo. Necesito verlo. No puedes impedírmelo… Estoy en mi derecho.

La grabación continúa mientras hablan de varios invitados a la fiesta, y sé lo que tengo que hacer.

Salgo disparada en busca de Ástor. Porque es el único que podrá convencer a Saúl.

—¡Ástor! —grito al llegar a la salita en la que los hermanos De Lerma estaban hablando por primera vez en muchos días, pero lo siento—. ¡Keira, te necesita!

—¡¿Qué pasa?! —pregunta alarmado poniéndose de pie.

—¡Está todo grabado! ¡El asesinato está grabado y tienes que impedir que Saúl lo vea! ¡Date prisa!

—Joder…

Los hermanos se miran angustiados.

—¡Ve! ¡Corre! —le insta Héctor, sabiendo que él no puede seguirle.

Ástor sale corriendo y volvemos al despacho de Xavier juntos.

Al llegar, oigo que Keira sigue intentado convencer a Saúl.

—¡Por favor, no te hagas esto…!

—¡Déjame! —vocifera desquiciado—. ¡No me toques! ¡Voy a verlo!

La tensión es máxima cuando Keira descubre nuestra presencia.

—¡¡¡SAÚL!!! —grita Ástor desde lejos a pleno pulmón.

La cara del aludido cambia por completo al oír su voz como si fuera la llamada de un ser al que está vinculado.

Ástor se planta a su lado en tres zancadas y se lo lleva con él a la fuerza.

—No… —balbucea Saúl débilmente cuando nota que lo aleja del monitor—. ¡No, por favor…! —estalla, y Ástor lo agarra desde atrás para contenerlo en su resistencia—. ¡Suéltame!

Yo no puedo mirar hacia la pantalla, que sigue en marcha, solo puedo observar su sufrimiento desesperado. Y se me encharcan los ojos al verlo fuera de sí, al borde de las lágrimas.

—¡Saúl…, para, escucha! —le habla Ástor con pesar—. Podrás verlo en otro momento. ¡Está grabado! Es por tu bien… Es muy reciente…

—¡No quiero…! ¡¡¡No quiero que lo mate…!!! —suelta con un alarido.

Ástor lo retiene contra sí y le da la vuelta para abrazarlo.

—¡Tranquilo…! Ya está… —susurra, afectado, cuando se derrumba entre sus brazos.

Intento concentrarme en el vídeo con el llanto de Saúl de fondo. Charly está muy cerca de Xavier, pero decido que yo tampoco quiero verlo.

Voy junto a Saúl, que sigue lamentándose efusivo, y veo que Ástor intenta calmarlo.

Yo no sé qué hacer por él.

Ástor ve en mis ojos mi necesidad de ayudar y que me sienta cerca, pero duda, al igual que yo, de que nuestro vínculo sea lo suficientemente fuerte en este momento. Al fin y al cabo, llevamos cuatro años sin vernos, y ellos llevan viéndose a diario en la universidad. Forjando una rutina, mejor o peor avenida, pero rutina. Y eso es justo lo que necesita ahora. Un amarre fijo.

—Joder… —suelta Keira observando la pantalla. Todos lo oímos.

Saúl hunde más la cabeza si cabe en el pecho de Ástor y yo me aferro a su mano instintivamente.

Sentirlo le hace abrir los ojos y mirarme. Los tiene enrojecidos y encharcados, y entiende que prefiero estar con él que ver el vídeo.

Su cara vuelve a arrugarse y suelta a Ástor para abrazarse a mí en un impulso. El gesto me hace llorar al instante. Y él llora más todavía.

Ástor intenta dejarnos intimidad. Sin embargo, yo sola no puedo con un Saúl desmadejado, y se derrumba por mis piernas, quedando de rodillas para llorar agarrado a mi cintura.

Ástor se dispone a levantarlo, pero no quiero que lo separe de mí y bajo al suelo con él, sentándome sobre mis talones para que Saúl se apoye en mí.

Mis manos surcan su pelo suave mientras siseo que se tranquilice, pero al momento soy consciente de que he cometido un error porque Ástor va hacia Keira y hacia la pantalla, y lo que ve… lo que ve lo deja petrificado.

Keira se da cuenta y se preocupa por su reacción inmediata al entender quién es el ejecutor.

Ástor se dobla sobre sí mismo, apoyándose en la silla, como si no soportara la verdad.

Ella lo abraza, sentida, sin decir nada. Solo tratando de absorber su dolor y su tormento contenido. Su derrumbamiento al descubrir que su mejor amigo es un jodido asesino nos duele a todos.

Pasan minutos hasta que uno de nosotros vuelve a hablar y a moverse. El primero que lo hace es el inspector Ayala.

—Hay que encontrarle… —farfulla.

—¿Dónde está Charly ahora? —pregunta Ástor con la voz rota.

—Tengo a medio Madrid buscándolo… —responde Keira.

Dejo de mirarles porque Saúl se incorpora y se limpia la cara con

el dorso del antebrazo. La tiene muy roja y congestionada, pero percibe que no quiero dejar de abrazarlo.

Me mira como si no supiera qué decir ante mis muestras de cariño, aunque, después de todo lo que ha hecho por mí estos últimos días, me resultaría imposible no consolarlo.

En el fondo, guardábamos la esperanza de que pasara algo entre nosotros en esta fiesta. Sin embargo, verme besando a Charly lo ha echado todo por tierra. ¡Pero tenía un buen motivo! Y sé lo que tengo que hacer para disipar sus dudas.

—Sé cómo dar con Charly… —digo de pronto, y todo el mundo se vuelve hacia mí.

—¿Cómo? —dicen a la vez Ástor y Keira.

Saco mi teléfono del bolsillo y se lo muestro.

—Mediante una aplicación móvil. Le regalé un cargador portátil en el que instalé un GPS. Lo lleva siempre en el coche…

—El GPS de su teléfono no da señal y el del coche tampoco. Seguramente lleve un inhibidor de frecuencia —ataja Keira.

—¿Por qué iba a llevarlo? —pregunta Ástor, perdido. Y las dos lo miramos con pena, incapaces de explicárselo.

—Porque esto no es un crimen pasional aislado, Ástor… —le responde Saúl—. Creen que Charly mató a Sofía y a Ulises, y que lo tenía todo previsto para huir en caso de que Keira lo descubriera. Llevan semanas investigándole…

Ástor mira a Keira como si no se creyera lo que oye.

—No quería alertarte… —se defiende ella—. No era seguro…

—¿Por qué sospechabais de Charly? —pregunta Ástor, anonadado.

—Le pusimos una trampa y picó —admito. Esa información le hace abrir los ojos como si le acabaran de clavar un cuchillo en la espalda—. Ha matado a Xavier para inculpar a alguien de la muerte de Ulises. Tenía todo el sentido, el inspector Ayala se lo habría creído… —Aprovecho para señalar su incompetencia—. Pero cuando me ha dicho que se iba a casa, ha mencionado la nota. Se le ha escapado porque él ni siquiera la había visto. Por eso se ha ido rápido. Porque se ha dado cuenta de que ha metido la pata. Por otro lado…, creemos que mató a Ulises porque este descubrió una pista que indicaba que Charly había matado a Sofía…

—¿Cómo pudo ser él? ¡Si estaba jugando al squash en ese

momento!

—Quizá no —dice Keira de repente teniendo una premonición—. El día que Ulises murió estuvieron en la escuela de squash, y a lo mejor allí descubrió que en realidad Charly no había jugado ese día…

La miré alucinada.

—¡Tenemos que comprobarlo cuanto antes!

—Sí —confirma Keira—. Tenemos que pedir que nos muestren las cintas del día de la muerte de Ulises… Ver lo que hizo exactamente para averiguarlo. Y volver a revisar las del día del asesinato de Sofía.

—¡Joder! ¡¿Cómo no se nos ha ocurrido antes revisar la grabación del día de la muerte de Ulises en la escuela de squash?!

—¡Porque era imposible pensar que hubiera sido Charly! —grita Ástor, enfadado—. ¡Él lo quería! ¡Estoy segurísimo! ¡Ni siquiera me lo creo ahora mismo con la prueba delante…! —dice sujetándose la cabeza.

—Ástor… Hay más… —le informa Keira con cautela.

«¡Hostias…! ¿Le va a decir que son hermanos ahora? ¿Pretende matarlo de un infarto o qué?».

Miro a Keira alarmada y niego con la cabeza sutilmente.

«¡No lo hagas! —intento transmitirle—. No es el momento, Kei».

Ella capta mi aprensión y duda.

—¿Qué más hay? —pregunta Ástor, impaciente.

Keira traga saliva y reformula lo que iba a decir. Menos mal…

—La chica que iba de copiloto en tu coche el día del accidente… —sale por peteneras, y flipo. ¡Es un maldito genio!—. Puede que Charly la matara a ella también… Olalla Jiménez Espiga. ¿Sabías que se conocían de antes?

—Sí… Él me la presentó como una de sus amigas del colegio. ¿Está muerta?

—Sí, murió atropellada un año después del accidente y el culpable se dio a la fuga.

—Eso es una locura… —jadeó Ástor apoyándose en la mesa—. ¿Por qué iba a matarla?

—No lo sabemos todavía, pero son demasiadas coincidencias… Tenemos que cogerle como sea —dice Keira mirándome fijamente—. Es probable que cambie de coche pronto porque sabe que lo estamos buscando. Con suerte, cogerá el cargador que le regalaste para cargar

un posible segundo teléfono irrastreable. Iremos probando por si da señal. Has sido muy hábil, Yas…

—Por eso le hice creer que me gustaba… —dije mirando hacia Saúl—. No quería que desconfiara de mí. Y a la vez, le hicimos pensar que Saúl y yo teníamos algo para mantenerlo a raya… Pero nada ha sido real…

Las caras de todos exudan un desacuerdo de lo más embarazoso, porque el abrazo que acabamos de darnos Saúl y yo ha sido bastante real.

Al instante, Saúl me coge de la mano y me mira agradecido.

—Gracias por arriesgarte tanto para atraparlo…

—No, gracias a ti por cubrirme… —respondo cortada.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —me pregunta con suavidad.

Todas las miradas rebosan ternura, como si estuvieran seguros de que Saúl va a declararme sus verdaderos sentimientos.

Tira de mi mano y salimos del despacho. Curiosamente, vamos a parar al mismo banco colonial donde he dejado antes a Charly. Y os lo dice alguien que no cree en las coincidencias.

—Necesito saber una cosa… —empieza, cohibido—. Cuando os he pillado antes en mi habitación a Charly y a ti…

—Te he escrito para que vinieras y nos interrumpieras a propósito —corroboro.

—¡Joder, Yas…! —Cierra los ojos abatido—. He estado a punto de no subir, ¿sabes? ¿Qué habrías hecho si no llego a aparecer?

—No sé… ¿Fingir un ataque de tos?

—No tiene gracia… ¿Por qué no me aclaraste desde el principio que estabas tonteando con él por mera estrategia? ¿Por qué me hiciste creer que te gustaba de verdad?

—Porque tus celos eran importantes para dar credibilidad a todo.

Su cara se pone seria al desafiar su pundonor.

—No eran celos, Yas… Solo estaba preocupado por ti —se defiende, abochornado—. Lo que sentía por ti se apagó hace mucho tiempo, pero te conozco desde que éramos unos críos y te prometí que siempre podrías contar conmigo. Te veo casi como a una hermana pequeña…

«¡Dios santo!».

No es que me haya lanzado de una patada a la *friend zone*, ¡es que me ha lanzado de cabeza hacia la *family zone* y me he roto el cuello al aterrizar!

—En ese caso, Saúl, nuestra relación habría sido un poco incestuosa, ¿no te parece?

—Ya sabes lo que quiero decir… —Pone los ojos en blanco—. No confundas mi ayuda con amor romántico. Te tengo aprecio, Yas… Hemos vivido muchas cosas juntos y ahora que nuestras vidas se han cruzado otra vez podemos intentar ser amigos… ¿Qué opinas?

¿Amigos? Claro… En el mundo real, ahora le quedo pequeña.

Ahora que él está de vuelta de todo y yo soy el último mono, podemos ser… amigos. Ahora le gustan más las inspectoras guapas y condecoradas prometidas con duques…

El interés que parecía tener por mí estos días ha sido totalmente platónico. Sin embargo, en mi tripa han revoleteado más mariposas que nunca. Sobre todo en mitad de la fiesta de compromiso de Keira y Ástor, cuando nada hacía presagiar que mis padres se presentarían allí por sorpresa.

Al verlos, escupí todo el líquido que tenía en la boca en ese momento. No entendía nada. ¿Qué hacían en una fiesta privada? Los más de cuatro años que llevaba sin verlos pasaron ante mis ojos como si fuera a morir. Todas las malditas noches que tuve miedo. Todas las que me dormí llorando por su culpa…

Se emocionaron tanto de verme que tardé en reaccionar unos segundos. Sus caras de incredulidad con lágrimas en los ojos mientras se mordían los labios esperanzados me incomodaron mucho.

—Yasmín, cariño… —sollozó mi madre, aliviada—. ¡Estás preciosa!

¡Por favor! ¡Como si eso fuera lo único importante en esta vida!

¿Su mayor miedo? Que me hubiera vuelto fea y usara chándal…

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —conseguí decir, alucinada.

—Ástor nos ha invitado… —contestó mi padre.

Lo busqué por la sala para taladrarlo con la mirada. «Maldito…».

¡¿Cómo coño se le había ocurrido, al muy alcornoque, hacerme esa encerrona…?!

—Yasmín, hija… —continuó mi madre, agradecida—. Llevábamos mucho tiempo esperando este momento.

—¡Te hemos echado tantísimo de menos…! —apostilló mi padre—. Nos alegra que hayas vuelto…

—No he vuelto —aclaré severa—. Solo estoy en la celebración de una amiga que casualmente se casa con un miembro del KUN. Eso es todo. Y vosotros no deberíais estar aquí…

—Queríamos pedirte perdón, cariño —farfulló mi padre, victimista.

Lo miré con desconfianza. ¿Ahora, perdón?

—No hace falta. Nunca os perdonaré…

Me fui de su lado y caminé directa hacia Ástor para cantarle las cuarenta en bastos y exigirle que los echara de inmediato. Por suerte, en ese momento no tenía a Keira alrededor y al captar mi mala leche me miró asustado. «Bien».

—Gracias por joderme viva, Ástor… —susurré en su oreja para que nadie más lo oyera—. ¿Por qué has invitado a mis padres? Están en plan Gusiluz pidiéndome que les perdone, y no pienso hacerlo…

—Lo siento mucho, Yasmín —respondió apocado—. Todo es cosa de Saúl. Me suplicó que les invitara, y le debía una. Lo siento, de verdad… Le avisé de que querrías asesinarle, pero…

—Joder… —Me cagué en él—. Ya veo que te tiene comiendo de la palma de su mano. Verás la que te cae cuando se lo cuente a Keira…

—Ella estuvo de acuerdo —añadió locuaz.

¡Alta traición!

Debí de poner cara de loca, porque Ástor adoptó su pose solemne de los discursos y torció la cabeza, obligándome a ser realista.

—Piénsalo un momento, por favor… Deberías hablar con ellos…

—No me interesa lo que tengan que decir. ¿Lo sienten? Más lo sentí yo, que tuve que marcharme de casa para no ver cada día que habían canjeado su integridad moral por no armar un escándalo.

—Diles cómo te sientes, te sentará bien. Yo nunca pude decírselo a mi padre; su lenguaje eran los puños. Pero si pudiera, le hundiría en la miseria en un cara a cara verbal. Hazles ver lo fuerte que estás… Tienes una profesión, una mentora y pretendientes a mansalva…

—No estoy nada fuerte, Ástor —confesé vulnerable—. Vivo con miedo de todo. Soy una novata, estoy sola y tomo muy malas decisiones sentimentales…

Que me mirara con algo de pena me hizo sentir a salvo. Como si

no fuera a dejarme caer porque era importante para Keira. Y por extensión, para él.

—Todos estamos solos, Yasmín… Y tú has llegado más lejos de lo que crees. Eres muy competente, tienes una gran intuición y eres una profesional; Keira me lo ha dicho. Ella te aprecia muchísimo, y te puedo asegurar que eso no es muy común… Te aconsejo que, en vez de huir de los problemas, los afrontes. Y ya verás qué diferencia… Yo tardé años en comprender que es imposible huir de tu pasado.

Suspiré profundamente, grabándome sus palabras a fuego, y asentí.

Ástor me acarició el hombro, paternalista, y me sorprendió que no me diera un calambre como me ocurría con la mayoría de los hombres que me tocaban.

Miré hacia mis padres y vi que estaban hablando con Saúl.

«¡La madre que lo parió…!».

Achiqué los ojos y volví allí tras disculparme con Ástor.

Ya me imaginaba a Saúl con su típico discurso de niño bueno diciendo: «Señor De la torre, es un honor volver a verle…».

Pero cuando me acerqué, escuché algo muy distinto:

—… Y creo que deberían haberlo denunciado. ¿Son ustedes conscientes de que tapando estos sucesos lo único que hacen es permitir que se sigan cometiendo?

—Hola —interrumpí cortada.

Saúl me miró y carraspeó, recatado.

—Hija… —farfulló mi padre, inquieto—. ¿Tú quieres denunciar?

—Ya es tarde para eso… —dije apartando la vista—. No hay pruebas con las que acusar a nadie…

—Nosotros te apoyaremos en lo que sea —convino mi madre.

—A buenas horas… —mascullé seria—. Ya no os necesito. Ahora soy policía y tengo amigos muy poderosos dispuestos a ayudarme…

—¿Eres policía? —preguntó mi padre, atónito.

—Sí. Alguien tiene que hacer justicia…

—¡Oh, cariño! Pero… ¡eso es increíble! —exclamó mi padre.

—Lo increíble es que quisieras hacer como si nada, papá…

Le clavé una mirada feroz, y su silencio conmocionó a Saúl. Lo noté.

—Creímos que sería lo mejor para ti… —agonizó—. De verdad…

—¿Para mí o para vosotros? —Sonreí con inquina—. Desde entonces vivo rodeada de armas, los hombres me dan pánico y no puedo dormir si no hay cuatro cerrojos echados en la puerta de mi casa. Y tú te limitaste a decir que «si no lo recordaba, no había pasado nada…». Pero lo recuerdo muy bien, papá. Recuerdo lo que me dolía el cuerpo al despertar después de la violación. Y recuerdo tu poca empatía conmigo…

—Lo siento mucho…

—Ese día moristeis para mí. Así que idos y no volváis a acercaros a mí nunca más. ¿De acuerdo?

—Yasmín, tu padre y yo solo intentábamos…

—Ya la han oído —intervino Saúl con rigidez—. Váyanse, por favor.

Me costó disimular lo mucho que me sorprendió su apoyo.

Y cuando obedecieron y se largaron, todavía aluciné más.

—Muchas gracias, Saúl… —musité a su lado.

—Por nada…

—¿Por qué pediste a Ástor que los invitara…? —le amonesté.

—Porque quería que te quitaras esa espinita de una vez. Y la única forma de deshacerse de ella era enfrentándote a ellos y explicándoles lo mal que te hicieron sentir. Tu padre tenía previsto un viaje, pero lo canceló por verte hoy. Les dije que era muy importante para ti que vinieran…

—Joder… ¿Los engañaste?

—Ellos eran los que vivían engañados pensando que algún día te recuperarían. Y consideré importante que te vieran para dejarles claro que nunca los perdonarás. Sé que esperaban que les dijera: «Tranquilos, Yasmín no habla en serio, terminarán consiguiendo su perdón», pero hay cosas que no lo tienen… —sentenció resentido—. Existe un dolor que solo un padre es capaz de provocar… Porque son los únicos que deberían quererte por encima de todo. Que se jodan, Yas…

Lo miré atónita.

La dureza de su rictus me puso a cien. Gritaba venganza, honor y lealtad. Era una actitud que le había visto en contadas ocasiones a lo largo de su vida, demostrándome que había algo más bajo esa timidez y corrección. Había justicia.

Esos fogonazos fueron los que hicieron que me enamorara de él en el pasado. ¡Y ahora era así el noventa por ciento del tiempo!

«OH… DIOS… MÍO…».

—Gracias por hacer esto por mí, Saúl —musité derretida.

—Solo quería ayudar.

—¿Por qué? —pregunté esperanzada. ¿Por qué quería ayudarme después de todo…?

—Porque me siento culpable de lo que te pasó… Si nadie hubiera sabido que tuvimos sexo, no se habrían encaprichado de ti… Pero como yo lo tuve, pensaron que ellos también lo merecían.

—Pienso lo mismo. Y te he odiado mucho por ello. Si no se hubiera corrido la voz… —dije apenada.

—Yo no la corrí, Yas. Alguien lo hizo por mí… —masculló dolido.

Y por eso no podía dejarlo pasar. No porque sintiera nada especial por mí, sino por su intrincado deber de superhéroe.

Recordando sus palabras en este puto banco de madera colonial entiendo que sus miras a nivel romántico siempre han estado muy lejos de mí.

Yo ya no le hago palpitar el corazón; no como el mío sigue haciéndolo por él. Y acaba de dejármelo cristalino al decirme que podemos ser «amigos». No me quiere. No sé si alguna vez me quiso…

¿El problema? Que ahora soy yo la que está loca por él.

ástor

16
Hablar de nada

La imagen de Charly colgando el cuerpo inconsciente de Xavier ha hecho trizas mi sistema nervioso.

Verle parado contemplando los espasmos que sufrió y que no hiciera nada hasta que dejó de moverse me ha recordado lo que yo viví con mi padre… Y ahora por fin me doy cuenta de la diferencia. Él lo provoco. Como quien provoca un incendio y se queda inmóvil viendo todo arder.

Para mí ha sido tan chocante como ver a un zombi asesinando a un humano. La misma terrorífica incredulidad atravesando un rostro que tiene que afrontar una realidad que nunca creyó posible.

A partir de ese momento, tu mundo ya no vuelve a ser el mismo. Es otro. Y una familiar sensación de bienestar muere para siempre.

Me hago cargo de lo que le habrá costado a Keira ocultarme esto.

Muchas actitudes han cobrado sentido de golpe, y una parte de mi inseguridad por notarla a disgusto en mi vida ha desaparecido, porque ahora sé que no era por mí, sino por Charly.

«Héctor…», recuerdo de repente.

Hemos dejado a mi hermano en la otra sala, y un miedo atroz me cala hasta los huesos al pensar que ha estado en manos de un psicópata todo el último mes.

Voy a buscarlo a paso rápido y noto que Keira me sigue de cerca.

¿Acaba de dejar que el inspector Ayala asuma el mando?

Será hipotéticamente, porque sé que para ella esto no ha hecho más que empezar. No parará hasta ver encerrado a Charly. Ya es algo personal.

—¡Ástor! —grita mi hermano con expectación desde el sofá.

El pobre ya estaba preparándose para alcanzar su silla de ruedas.

Llego a su lado y lo abrazo con fuerza. Nunca he necesitado tanto hacerlo, y Héctor se deja sin entender nada.

—¡¿Qué ha pasado?! ¿Había un vídeo?

—Sí… —musito sin soltarle.

—¡¿Quién ha sido?! ¡¿Quién ha matado a Xavier?!

Me separo y lo miro serio mientras acopio fuerzas para revelarlo.

—Ha sido Charly…

—¿Qué…? —balbucea desconcertado.

Su dolor me deja sin palabras al recordar lo que he sentido al descubrirlo. Héctor mira a Keira en busca de explicaciones racionales.

—Ha dejado una nota para incriminar a Xavier por la muerte de Ulises… —explica ella—. Pero estoy convencida de que Charly mató a Ulises cuando este descubrió que él era el asesino de Sofía.

Héctor se tapa la boca con un gesto que no denota sorpresa, sino un «lo sabía» enorme. Quizá esa posibilidad hubiera pasado por su mente varias veces, pero estoy seguro de que la rechazó con dolor, como hicimos todos.

—Joder… —Se pinza el puente de la nariz—. ¿Y de dónde vas a sacar pruebas que lo demuestren, Keira?

—Las encontraré, Héctor —sentencia ella con firmeza—. No dormiré hasta dar con algo…

Esas palabras me preocupan.

—Keira… —farfullo—. Para rendir, necesitas descansar, llevamos toda la noche despiertos y…

—¡¿Quién coño puede pensar en dormir ahora?! —exclama Héctor—. ¡Es el momento de destapar la verdad! ¡Por favor, piensa en Carla!

Lo último que quiero es volver a discutir con Héctor sobre eso, pero…

—Hay mucha gente trabajando para encontrar a Charly en este momento —expongo—. No viene de unas horas… Si Keira no descansa, a mediodía será un trapo. Tú mismo has pasado mucho tiempo pegado a Charly últimamente y no te ha hecho nada.

—Charly es capaz de todo, pero nunca nos haría daño a nosotros… —dice Héctor, convencido—. Lo que no entiendo es por qué incriminó a Carla, joder… ¡¿Por qué?!

—Por pura conveniencia —responde Keira—. Hizo lo necesario para que no se descubriera su secreto, incluso matar al tío del que estaba enamorado… —susurra compungida.

—¿Qué puto secreto es ese? —pregunto ya de mala hostia.

—Uno que nos atañe a nosotros —le recuerda Héctor.

—Yo sé cuál es —resuelve Keira de repente—. Al parecer, su madre chantajeaba a vuestro padre y no quería que lo supierais…

El corazón se me para por milésima vez esta noche.

No puede ser verdad… ¿La madre de Charly chantajeaba a nuestro padre? ¿Y él lo sabía?

Los dos la miramos sin poder creerlo, y ella inspira hondo para explicarlo.

—Descubrimos que Sonia Ochoa, la madre de Charly, cobraba un dinero fijo de vuestro padre al mes y fuimos a hablar con ella… Terminó revelándonos que lo tenía coaccionado…

Me llevo la mano a la frente. IMPOSIBLE.

—¿Qué coño dices, Keira…? —oigo a Héctor.

Yo no puedo ni hablar.

—¿Por qué no me lo contaste en cuanto lo supiste? —pregunto al borde del desmayo.

No sé cómo sentirme con ella. Solo sé que estoy furioso…

Después de la que me montó ayer, ¿ahora me viene con esto?

Bueno, fue la noche del viernes, más bien…

Desde que nos acostamos el sábado de los margaritas parecía que

todo estaba volviendo a la normalidad. Sabía que le costaría superar el mal trago de mis fotos con Olga, pero confiaba en que la sangre no llegaría al río.

No dejó de ser una semana de trabajo muy intensa para ella y para mí.

Estaba acabando la época de las cubriciones de yeguas y me pasaba el día en la finca. Entre eso, hacer de matón —ya os contaré— y organizar nuestra fiesta de compromiso en el KUN, apenas había tenido tiempo de nada.

Solo por la noche, bajo las sábanas, volvíamos a ser los de siempre, como si ese colchón fuera una realidad alternativa en la que amarnos y gemir juntos. Donde cargar pilas para afrontar un nuevo día.

El viernes por la mañana comenté a Keira que sería buena idea salir a cenar los dos solos a algún restaurante de moda. Ya se habían filtrado las fotos de la fiesta de compromiso a las redes sociales, pero vendría bien una confirmación.

Aunque a ella no le hizo mucha gracia, la convencí de que nadie podría dudar de nuestro amor si nos veían juntos cenando.

Estuve a punto de subrayarle que tenía que ponerse especialmente guapa, pero me callé a tiempo. Yo mismo me di cuenta de lo estúpida e innecesaria que era la frase. Porque lo nuestro nunca fue una pose. Se pusiera lo que se pusiese, Keira me dejaría alelado, como siempre; todo el mundo a mi alrededor se percataba de lo que me hacía sentir. Sobre todo cuando no se arreglaba, paradójicamente.

De hecho, cuando se presentó en aquel bar con vaqueros en mitad del torneo casi me muero. Cuando apareció en el escenario del crimen de Sofía también. Y cuando bajó con su abrigo de plumas al portal de su casa para mandarme a la mierda definitivamente más todavía. Daba lo mismo verla enfundada en un pijama con la cara roja de pena o en mallas el día que me pidió matrimonio en el hospital… Ningún vestido de gala había sido necesario en esos momentos, y eran los más importantes de mi vida.

Además…, nunca se va lo bastante elegante para que te humillen en público…

Llamé al Mystik, el sitio más cool del momento según mis fuentes, y me aseguraron que tendrían una mesa para nosotros en hora punta.

Era como cenar en medio de Pandora, el planeta de la película *Avatar*. Había mucha vegetación iluminada con luces led fluorescentes. El ambiente era exótico y exclusivo, y me sorprendió que fuera un espacio tan grande.

Durante un rato, pudimos relajarnos.

Allí tenías la tranquilidad de que nadie mostraría el mal gusto de sacar su móvil y hacerte una foto, aunque lo estuvieran deseando, y me permití ser más cariñoso de la cuenta con Keira. Me nació así.

Cuando ella ya me estaba mirando de un modo que prometía terminar amarrada a mi cama con velcro, oí una voz.

—¿Ástor?

Con cierta aprensión, me volví al reconocerla. Era la última que me apetecía escuchar en ese instante…

—Olga…, hola.

—¡Qué alegría encontraros aquí!

Su efusivo saludo, de entrada, ya me dio pánico.

Iba acompañada de otra chica.

—He venido con mi amiga Ginger a cenar. ¡Llevo meses esperando este día! ¿Qué tal habéis comido?

—Bien… —contesté reticente, y Keira me imitó sin saber adónde mirar.

—Siento mucho el malentendido que hubo con las revistas —se disculpó con Keira como si fuera el pan de cada día—. Hicieron esas fotos en un momento en el que me desmoroné. ¿Ástor te lo ha contado?

Keira se quedó muda, y contesté por ella.

—Sí, se lo conté todo… —admití.

—No espero que comprendas mi necesidad de ser madre. Ástor me dijo que tú no querías tener hijos…

Me cagué en todo lo cagable al oírlo.

Keira me miró en plan: «¿Contando intimidades, Ástor?».

Me mordí los labios y ella guardó silencio ante la clara provocación; me daba la sensación de que si empezaba a hablar explotaría.

No ayudó que Olga fuera vestida de una forma muy sugerente aquella noche. Ya dije una vez que era de las que necesitaban destacar de manera superficial, y era muy buena haciendo su trabajo… Llevaba

un vestido amarillo con un generoso escote y su melena color fuego suelta con ondas grandes y salvajes.

Keira también llevaba el pelo suelto, un vestido negro palabra de honor y un ceño que se fruncía por segundos…

Creo que solo de pensar que yo había estado a solas dos días enteros, a más de cinco mil kilómetros de distancia, con esa juguetona mueca en los labios de Olga, mi chica se estaba envenenando sin remedio.

—¿Y qué más te contó Ástor? —preguntó de pronto mi prometida en un tono que me dio pavor.

—¡Muchas cosas!

—No creo que sea necesario hablar de eso ahora… —la corté adusto—. ¿No tenéis hambre? —Señalé al camarero, que las esperaba junto a su mesa.

—Ya acabo, gruñón —me contestó Olga con familiaridad, y volvió a mirar a Keira—. Sobre todo hablamos de embarazos. Y me explicó que Héctor y su novia habían abortado… Qué pena…

Cerré los ojos compadeciéndome de mí mismo. Porque aquella conversación no podía acabar bien.

—Le dije que tendrían que habérmelo dado a mí… ¡Estoy deseando tener un hijo! Y también ofrecí a Ástor la posibilidad de ser la madre del suyo cuando desee tenerlo en un futuro…

«¡No, por Dios…!», maldije para mis adentros.

No quise ni ver la cara que puso Keira. Pero debió de ser grotesca para que Olga se diera tanta prisa en explicar a lo que se refería.

—¡Como me dijo que él seguramente terminaría teniendo uno con un vientre de alquiler, me ofrecí para que fuera con una amiga! ¡Mucha gente lo hace! No tenemos por qué tener una relación amorosa ni nada…

Junté las manos como si fuera a rezar y las apoyé en mi boca.

—Olga… —Hablé con mi voz pasiva-agresiva—. ¿Te importa dejarnos solos?

Nos miró asustada como si no fuera consciente de que había metido la pata hasta el fondo. Pero ya no me engañaba… Charly tenía razón: Olga se hacía la tonta.

—Perdón… Yo… pensaba que se lo habías comentado…

—Ástor nunca me cuenta nada —escuché el tono neutro de Keira,

ese que usaba cuando desaparecía su humanidad.

—Olga…, márchate —dije severo—. Ya hablaremos…

—Vale. Lo siento mucho… Pero es una oferta legítima. Sin pretensiones. Firmaré todo lo que me digáis, y no tiene fecha de expiración… Bueno, mi menopausia, pero…

—Olga…

—Me voy, me voy… —dijo nerviosa.

Inspiré hondo, armándome de valor para mirar a Keira.

—Lo siento —dije derrotado.

—¿Qué sientes?

—No lo sé… Todo.

—¿No haberme contado que Olga te propuso tener un hijo juntos?

—¿Debía contártelo?

—Tú sabrás… —contestó estática.

—A mí me parece una locura que no merece ni mención…

—¿Por qué, Ástor? Viendo lo confidentes que sois, no me parece tan descabellado. Hablas más de tus preocupaciones con ella que conmigo.

—Keira, por favor…

—¿Qué?

—No digas eso.

—¿Sigues pensando en lo del vientre de alquiler?

—Ya lo habíamos hablado. Pero no es para ahora, sino para un futuro. Cuando Carla y Héctor decidieron abortar, volví a poner la idea sobre el tapete; eso es todo. Yo no estoy tan seguro de no querer ser padre nunca. Tampoco significa que lo quiera ahora. Pero tranquila, tú no tendrás que ocuparte de nada…

—Olga te ha hecho una oferta magnífica —dijo dolida—. Qué buena amiga es…

La miré sabiendo que no hablaba en serio. No podía hablar en serio.

—Seguro que te propone concebirlo a la vieja usanza… —continuó—, por ahorraros el dinero, claro…

Cerré los ojos con pesar.

—Y ya sabes —añadió maliciosa—, si a la primera no va la vencida, podéis seguir intentándolo ininterrumpidamente…

—Ya basta —la corté serio.

—Me parece increíble que Olga todavía trate de acercarse a ti —masculló furiosa—. Ya no sabe qué más inventarse para atraparte. Dime una cosa, Ástor, ¿me puedes jurar que en Nueva York no intentó nada contigo?

Mierda de pregunta…

Claro que lo intentó. Con su discreción habitual, pero no piqué.

Utilizó el clásico truco de «Estoy muy deprimida y necesito emborracharme», sabiendo que en la exaltación del alcohol cualquier cosa está permitida.

Insistió en tomar algo después de la cena, para que se le pasase el sofocón. Pero en cuanto se puso más cariñosa de la cuenta le dije que deberíamos volver al hotel porque al día siguiente teníamos reuniones. Mágicamente, al irnos, apenas podía caminar y me vi obligado a llevarla hasta su habitación.

Me propuse no pasar de la puerta. Una vez allí, sin embargo, escudada en su ebriedad, Olga probó suerte y lanzó los dados; siempre podría alegar después que no recordaba nada de lo sucedido esa noche.

No dudé ni por un segundo. Más bien, estaba preocupado porque vi claro que era imposible que continuáramos siendo amigos. Había pecado de ingenuo…

Tampoco me queda ninguna duda de que la propia Olga avisó a los periodistas para que nos sacaran fotos cuando la vi sonreír en Barajas. Pero lo dejé pasar…

Y ahora esto…

Puede que Keira tuviera razón y ya no supiera qué hacer, porque yo mismo le comenté que quería probar ese restaurante a mi regreso. Quizá tuviera comprado al de las reservas para que la avisara cuando apareciera y presentarse aquí para joderme la vida…

—Responde —insistió Keira—. ¿Olga intentó algo en Nueva York?

—No pasó nada, te lo juro. Necesito que me creas.

—Y te creo. Pero si me dices que intentó algo, nada me impide levantarme de la silla ahora mismo, ir hasta su mesa y arrastrarla del pelo hasta la salida.

Subí las cejas alucinado.

—¿Harías eso, Kei?

—Como poco —dijo con una mirada mortífera—. Estamos

prometidos, y Olga sigue dando por culo y poniéndote las tetas en la cara. Tengo un límite, Ástor…

—¿Quieres salir en las revistas como una mujer celosa?

—No, como una mujer que patea a una rompefamilias…

—Nosotros no somos una familia…

Nada más decirlo me quemó en la garganta. «¡Mierda…!».

La vi bajar la cabeza y tragarse mi acusación velada. Y mi voz no pudo sonar más desesperada al añadir:

—No quería decir eso… Lo único que importa es que me creas… No dejes que Olga nos joda la noche; es lo que se proponía desde el principio. ¿No lo ves?

—Pues lo ha conseguido…

—¿Por qué? —pregunté dolido—. ¿Por qué dejas que esto te afecte?

—Porque no es solo que me restriegue la sensualidad con la que te provoca, sabiendo que ya habéis estado juntos, es que le has contado cosas muy íntimas de la familia que deberían quedar en *petit comité*…

—¿Como qué?

—¿El aborto de Héctor y Carla? ¿Que no quiero tener hijos? Y todo me ha sonado a reproche. Pensaba que respetabas mi decisión, Ástor…

—Lo hago.

—¿Y por qué su oferta sigue en pie? ¿Por qué no la rechazaste de inmediato cuando te lo propuso?

—Por no ser descortés…

—O porque no tenías motivos para rechazarla… Seguro que te habló de lo poético que sería crear juntos una vida con el nombre de su hermana muerta tras ser el responsable de arrebatársela… ¿Me equivoco?

Abrí mucho los ojos.

«¡La leche…!». ¿Cómo había llegado a esa conclusión? Porque es exactamente el chantaje emocional que Olga me hizo. Fue algo más sutil, pero vino a decir lo mismo para que no pudiera echarle en cara que se le había ido la cabeza.

Nunca tendría un hijo con Olga. Primero, porque eso haría sufrir mucho a Keira; y segundo, porque cada día me parecía más extraña.

Cuando eres duque, la amistad es solo una ilusión. Olga y Charly

eran dos personas en las que confiaba a ciegas, y la sensación de desengaño al ver el vídeo de la muerte de Xavier ha sido abominable. Con ellos y conmigo mismo. Me han hecho sentir vacío. Y últimamente es algo recurrente.

Anteayer no fue noche de velcros. Ni siquiera hubo beso de felices sueños. El karma había vuelto a salirse con la suya.

Tenía la impresión de que vivía esposado a mi título. Mi vida era una cárcel donde todo el mundo intentaba agarrarme a su antojo a través de los barrotes para obtener algo de mí. Pero ninguno podía alcanzarme. Ni siquiera los que deseaba que lo hicieran.

No es que me molestara que Keira no quisiera ser madre, me molestaba que no quisiera serlo conmigo… Y también que se enfadase por no contarle detalles que sabía que podían hacerle daño cuando acababa de descubrir que ella me escondía cosas peores por el mismo motivo.

No pongáis esa cara. ¡Para mí es el mismo motivo!, no herir sentimientos. Aunque en la balanza parezca que lo que ella me oculta a mí sea simple información policial y en la mía, una relación personal, no lo es. Todo es la misma mierda. Porque no haber compartido esta información conmigo, como siempre ha hecho, es una falta de confianza clarísima hacia mi persona. O hacia mi temperamento o mi forma de ser. Sea como sea, duele, porque siento que hemos dejado de estar en el mismo equipo.

Me importa un carajo el secreto de sumario policial. Nosotros estamos por encima de eso desde que murió Sofía. O eso me gustaba pensar…

Para mí, el problema es que seguimos dudando el uno del otro. No somos capaces de confiar del todo en otra persona.

Desde luego, nadie puede decir que no somos tal para cual.

ástor

17
Hablar de algo

—¿Por qué no me contaste lo de la madre de Charly? —formulo de nuevo en un tono aún más severo ante el silencio de Keira.

—¡No podía explicártelo, Ástor…!

—¡¿Por qué no?!

—Sonia nos dijo que Charly no sabía nada y nos persuadió de que esa información influiría en vuestra amistad. ¡Y yo no quería crear problemas entre vosotros! Me convenció de que vuestro vínculo era real y de que las repercusiones serían horribles.

—Esto es surrealista… —musita Héctor, anonadado.

—Pero ahora creo que Charly lo ha sabido siempre —añade Keira.

—Si eso es cierto… —amenazo, sin saber qué agregar.

Siento tanta impotencia que nada parece suficiente castigo. Han

sido unas semanas de mierda: estar sin Héctor, las discusiones con Keira… Y Charly también estaba raro, deprimido, ansioso.

Cuando he visto muerto a Xavier, por un momento no me ha extrañado en absoluto, porque no pudo tocarme más los cojones en la fiesta de compromiso. A mí y a todo el mundo…

—Recuérdame por qué tenemos que invitarle —increpé a mi madre, irritado, dos días antes de la fiesta.

—¡Porque es tu padrino! Xavier es como de la familia.

—Pues menuda familia…

—Haz el favor, Ástor… Le estoy diciendo a tu hermano que no puede faltar y ¿tú quieres dar carta blanca a los demás?

—Lo que no quiero es que nos joda la fiesta. Y es demasiado pequeña como para ignorarle… Además, está volviendo loco a Saúl desde que se enteró de que Yasmín de la Torre es la compañera de Keira, ¡y el chaval lo paga conmigo!

—Habla con Saúl de una vez, Ástor. Lleváis años así… Y habla con Xavier con una buena actitud, verás como te responde mucho mejor.

—Prefiero arrancarme los pelos de la nariz. Hablar con él es agotador…

—Los buenos consejos siempre molestan, hijo —dijo con inquina mi madre.

Nunca había sido fácil lidiar con Xavier. Ni por las buenas ni por las malas. Tenía una mente enfermiza y por su culpa había echado a perder mi relación con Saúl hacía años…

Que el chaval ingresara por fin en el KUN podría haber sido una agradable novedad, pero desde entonces estaba más borde que nunca conmigo.

Yo lo achacaba a las mujeres de su vida, que resultaban ser también las de la mía: Sofía, Carla y Keira. No podía culparle por haberse encoñado de la última tras los litigios con las dos primeras…

Cada una de ellas había sido importante para mí, y a Saúl, quizá por tenerme en su punto de mira, también le habían afectado.

Traté de protegerle de Sofía, pero no me hizo caso. Saúl ya no era un niño; sin embargo, todavía no era un hombre. Y mi único pecado fue intentar ayudarle a ser uno mejor que su padre.

El verano previo a que entrara en la Universidad de Lerma quedé varias veces con él para animarlo debido al desengaño amoroso

sufrido con Yasmín. Le prometí que todo cambiaría pronto, pero fue entrar en la UDL y sentir que nuestro vínculo se debilitaba sin remedio.

Creo que ninguno de los dos consideró que aquí tendríamos un enemigo común.

Me encontré a Saúl un par de veces por los pasillos, pero llevaba prisa y puede que se sintiera un poco ignorado. En cualquier caso, tenía que entender que aquello no era el patio de mi casa, era mi nuevo trabajo, y debía marcar las distancias con los alumnos si quería que me respetaran.

Además, era tutor de varios que realmente me necesitaban. Y uno de ellos era Sofía.

Saúl me vio un par de veces con ella, pero no se nos acercó a pesar de que le llamara expresamente para que lo hiciera. Días más tarde los vi charlando, o más bien tonteando, y no tardé en advertir a Saúl de que Sofía no era una chica para él…

Ese comentario no pudo sentarle peor.

—¿Por qué no? —preguntó, a la defensiva—. ¿Detrás de qué chicas, según tú, debería ir, Ástor?

—De las que quieras, Saúl, pero Sofía no es para ti…

—¿Y para quién es? ¿Para ti?

—No, joder… Me refería a que es demasiado para un chico como tú. Ella ya tiene experiencia y ha vivido mucho la noche…

—Comprendo… No estoy a su nivel, y terminará renegando de mí, igual que hizo Yasmín, ¿no?

—¡No, Saúl! ¡No digas tonterías! Simplemente no estáis en el mismo punto…

Pero ya se había largado de mi vista, y maldije en voz baja sabiendo que no serviría de nada seguirle.

Todo aquello coincidió con que Xavier me insistió mucho en que invitara a su hijo a formar parte del KUN.

Saúl me había dicho en repetidas ocasiones que no le interesaba, solo por no ver a su padre. Y lo entendía. Porque yo pensaba igual. Aun así, pasó por el proceso con buena cara y con Sofía agarrada de su brazo. Xavier se obsesionó con ella, y Saúl cada día llevaba peor el acoso a su novia. Al final, se me ocurrió una idea para calmar las pretensiones de Xavier: insistir en el hecho de que Saúl no estaba listo. Desacreditarle. Decirle que le avergonzaría dentro del KUN. Que

todavía no tenía lo que había que tener para entrar a formar parte de ese ambiente y que mejor que no ingresara de momento…

A eso es a lo que se refería Saúl en la gala benéfica de Reyes:

«Te escuché, joder… Te oí hablando con mi padre un día, diciéndole todo lo que pensabas realmente de mí…».

Fue mala suerte que lo oyera. No eran más que patrañas para terminar con el sufrimiento de todos.

Después de esa acusación en el torneo de Reyes estuve semanas buscando un hueco para hablar con él, pero siempre me ponía excusas.

—Algún día tendremos que hablar…

—Por mí podemos correr un tupido velo —zanjó Saúl cuando pasó por mi lado en el KUN sin intención de pararse.

—¡Dije todo lo que dije para que tu padre te dejara en paz! —vociferé, obligándole a escucharlo—. Xavier quería meterte a toda costa en el KUN y yo sabía que no era lo que deseabas, Saúl…

Solo entonces se detuvo y se dio la vuelta. Tenía la esperanza de que dijera «¡Ah, vale! Entonces, muchas gracias…», pero su rictus no cambió ni un ápice. Al contrario, se mantuvo más duro todavía.

—La cuestión es que te pareció que ese discurso funcionaría. Que era una idea creíble. Porque, en el fondo, tú también lo pensabas, Ástor. Eres igual que mi padre… ¡Te has vuelto como ellos!

—Te equivocas —dije con la mandíbula apretada—. Yo nunca seré como ellos, ¡y tú tampoco, Saúl! Lo hice por ti. Para librarte. A mí no me quedaba más remedio que aguantarlo, pero tú no tenías por qué… ¡Solo intentaba ahorrártelo!

—El simple hecho de que lo aguantes ya dice mucho de ti, Ástor… —soltó con desprecio—. Nunca entenderé por qué la gente con poder agacha la cabeza… Eso os convierte en cómplices, ¿sabes?

De repente, apareció Ulises justo a tiempo para cruzarse con su gesto airado huyendo de mí.

—¿Qué tenemos hoy en el capítulo semanal de *Hermano mayor*? —dijo con una sonrisa socarrona.

El comentario instaló una mueca graciosa en mi boca, aunque no estuviera para chistes.

—Ese crío me saca de quicio…

—Por eso mola tanto. Tiene un punto tocacojones muy chulo.

—Sí… Me recuerda mucho a ti, Ulises…

—Es decir, que es un puto crack. —Mi guardaespaldas sonrió.

Puse los ojos en blanco, pero callé otorgando con mi silencio.

No tuve que decirle nada para que me siguiera instintivamente como si fuera mi jodida sombra. Era una sensación tan increíble sentirme protegido por Ulises… Era casi como sentirse amado. Y en ese momento me hacía más falta que nunca.

Una semana después, murió. Y me dejó solo con todos mis demonios. Sin su mordacidad. Sin su apoyo. Sin sonrisas que te ayudan a que lo malo parezca menos malo. Sin esperanza, joder…

Tuve que ir solo a su entierro. Héctor no pudo acudir porque se vio afectado por un dolor lumbar agudo que le daba frecuentemente; Charly estaba catatónico, y me encontré perdido en el cementerio entre tanto policía.

Conocía a un puñado de ellos de verlos en el cumpleaños de Ulises, pero todo el mundo estaba muy afectado. Keira no parecía ella; iba totalmente anestesiada. Estoy casi seguro de que ni se enteró de que le di el pésame. Estuve a punto de largarme, pero quería estar cerca de Ulises hasta el final. Acompañándolo. Hasta que ya no quedara nada de él… Se lo debía.

Salí del crematorio hecho un asco. Fue el peor momento de todos. Y de repente, lo vi. Era Saúl, con las manos en los bolsillos, apoyado en una pared.

Cuando me vio, vino hacia mí con gesto serio.

—Hola…

—Hola.

Me salió una voz ronca de no haber hablado en más de un día. Me había quedado mudo ante los acontecimientos. No tenía palabras para expresar lo que sentía.

—He venido por Keira —se justificó Saúl—, pero ni la he saludado… La he visto muy grogui. Es como si no estuviera aquí.

—Ya…

Entonces ¿por qué se había quedado?

—¿Te apetece ir a tomar algo y no hablar de nada? —se ofreció.

Me pareció una idea cojonuda porque no quería volver a casa y sentirme como el culo. Le dije que me siguiera, y terminamos en el *irish pub* en el que había estado con Keira hacía unos meses. Puestos a

ser masoca, sentados a la misma mesa.

—Ulises me caía bien… —acertó a decir Saúl.

—Tú a él también, milagrosamente. Le gustaba que me odiaras…

El comentario evocó una sonrisa en Saúl. Pero era una triste.

—Yo nunca podría odiarte, Ástor…

El silencio que siguió a esa frase me abrazó el corazón en un momento crítico. Los demás me daban igual, de hecho, mucha gente me odiaba, pero descubrir que Saúl no lo hacía me dio fuerzas para seguir adelante. Y esas no te las da cualquiera.

—¿Sabes algo de Yasmín? —le pregunté entonces.

—No. Ni ganas… ¿Y tú de Keira? ¿Has podido hablar con ella?

—No. Mañana iré a verla a su casa. Al parecer, ahora viven juntas…

—¿Y si comemos algo? —preguntó Saúl visualizando la carta—. Me apetecen unas costillas a la barbacoa…

—Pide lo que quieras, Saúl. Yo no tengo hambre…

El muy cabrito pidió media carta.

—¿Algún problema? —preguntó cuando puse cara extraña.

—No, es que… no sabía que tuvieras tanto saque…

Y no lo tenía. Solo era un ardid para obligarme a picar porque sabía que nunca he soportado tirar la comida. Aun así, al empezar me di cuenta de que tenía más hambre de lo que pensaba. No sé ni cuánto tiempo llevaba sin meterme algo sólido en la boca.

No sacamos el tema de nuestro enfado. En realidad, estaba todo hablado; al menos por mi parte. Esperaba que le hubiera quedado claro que no pensaba nada malo sobre él. Al revés. Me estuvo contando que no sabía muy bien hacia dónde tirar al terminar la carrera y le dije que le ayudaría en lo que pudiera. Como si fuera mi nuevo proyecto personal.

Quince días más tarde, cuando se enteró de que estaba en coma en el hospital, Héctor me contó que le había asfixiado a mensajes. Estaba en plenos exámenes, y mi hermano le ordenó que no fuera a verme porque estaba inconsciente. Pero cuando desperté se presentó en mi habitación una noche.

—¡Hola…! ¿Cómo estás? Lo siento, no he podido venir antes…

—No tenías que venir, Saúl.

—Dicen que casi te mueres…

—Solo he gastado una de mis siete vidas…

—Me alegro de que estés bien, Ástor.

—Gracias. Estoy más que bien… —Sonreí enigmático.

—Pues que sepas que las vendas no te favorecen nada —bromeó.

—No todo el mundo piensa igual —me chuleé—. Estoy prometido.

—¡¿Qué?! ¿Con quién…? —preguntó confuso.

Subí las cejas canalla y lo pilló al vuelo.

—Nooo… ¡¿Con Keira?!

Mi sonrisa se amplificó.

—¡Serás cabrón…! ¡¿Cómo ha pasado?! ¡¿Por qué?! —Pero sonrío.

—Al día siguiente del entierro de Ulises fui a su casa, y Yasmín no me dejó entrar. Un par de días después, volví a intentarlo y lo conseguí. La novata no es tan dura como parece…

—No, solo tiene escorpiones por dentro…

Me reí, y me dolió todo el cuerpo. Maldije en voz baja.

—¿Y qué? ¿Os volvisteis a liar? —preguntó intrigado.

—Sí… Apenas sin mediar palabra. Fue la hostia…

—Joder… ¡Tendría que haber ido a verla yo…!

—Acércate, por favor… No llego a darte una colleja.

Saúl sonrió pícaro.

—¿Se lo has pedido porque has estado al borde de la muerte?

—Me lo ha pedido ella a mí, chaval… —dije vanidoso.

Lo vi cerrar los ojos con mucha envidia y también con aprobación.

—Están los que tienen suerte y luego estás tú, Ástor…

Mi sonrisa de satisfacción fue total.

—Gracias por venir a verme, Saúl…

—De nada… —contestó mirando mi mano.

No hizo falta que me la tocara. Me bastó con leer en sus ojos el deseo de hacerlo.

En el último mes hemos tenido más interacción que en el último año. Incluso me llamó por teléfono hace dos domingos por la noche, y me sorprendió tanto que pensé que había pasado alguna desgracia. Y así era. Me contó que su padre se había empeñado en que tuviera una cita con Yasmín a cambio de ver su testamento…

—¿Solo te dejaba la legítima? —pregunté alucinado.

—Sí, al parecer no soy digno del resto de sus cosas… Se venderá todo y construirán una clínica oncológica con su nombre para hallar

de una vez por todas una cura contra el cáncer. Así su apellido será inmortal y recordado por los siglos de los siglos… —Chascó la lengua—. Que conste que me parece de lujo. Que haga lo que quiera… No necesito su dinero. Ni a él. Y como no espera nada de mí, tengo libertad total para hacer lo que me dé la gana… Creo que me iré a Malasia en cuanto termine el curso, o a Singapur, y que le den por saco a todo. No le deberé nada…

En su voz había mucho resentimiento. Y la acusación velada de que su padre sí le debía muchas cosas que ahora sabía que ya no le daría jamás.

Su aprobación.

Su cariño…

Pero me alegré de que por fin fuera libre para ser quien quisiera ser. Para mí, no había nada más valioso. Eso es ser verdaderamente rico. Mi ansiada libertad.

Después me preguntó por el tema peliagudo.

—Necesito saber una cosa… —comenzó con cautela—. En la cita, Yasmín se emborrachó y me pareció oírla decir que la habían violado… ¿Keira te ha comentado algo sobre eso…?

Le conté todo lo que sabía. Y no porque le debiera nada, sino porque noté en su voz que le importaba mucho esa chica.

—Me cago en la puta… —respondió al oír la verdad—. Por eso desapareció… ¡Por eso se fue de casa! Era menor de edad, joder, ¡y sus padres no denunciaron su desaparición por no mencionar el motivo! Es para matarlos, de verdad…

—Ya han pasado cuatro años… Y al final se abrió camino.

—¡Estuvo sola, Ástor! Sola en el mundo… ¿Por qué no me llamó? —se preguntó herido—. Esto es increíble… No sabe quiénes fueron, pero pienso averiguarlo. Tuvieron que ser chicos de mi antiguo instituto. De mi curso. Y quiero dar con ellos como sea…

—¿De qué va a servir eso, Saúl? No tienes pruebas…

—No las necesito. O admiten lo que han hecho o pienso hacerles la vida imposible. Imagino quiénes son y por qué lo hicieron… ¡Y fue por mi culpa, Ástor! Porque se enteraron de que había estado con ella…

—Cálmate, Saúl… ¿Quieres que quedemos en persona?

—No… —contestó acelerado—. Seguramente a la cara no podría

contarte todo lo que te voy a contar por teléfono… —dijo avergonzado.

Volvió a relatarme la historia con mucho más detalle.

La primera vez, con diecisiete, se había dejado matices importantes, como que él era un marginado en el colegio y que lo tenían por el defensor de los débiles. Etiquetas que odió pronunciar pero que eran las responsables de que la pobre Yasmín fuera víctima de algo tan inherente al ser humano como querer conquistar el territorio que tu enemigo ha conquistado antes…

Cerré los ojos lamentando oírlo y entendiendo cómo se sentía.

—Creo que sé quiénes fueron, Ástor. Al menos un par de ellos… Y pienso ir a verles.

—Te acompañaré.

—Admito que esperaba que dijeras eso… —musitó aliviado.

—Cuenta con ello.

—Igual yo todavía no puedo hundirlos, pero tú sí…

—Si Ramón de la Torre, el padre de Yasmín, no hizo nada sería porque se trataba de chicos de familias bien posicionadas.

—Por supuesto… —dije con rencor—. Ramón de la Torre no hizo nada porque era gente cercana a él, como Gustavo García. El padre de Gus y el de Yasmín tenían una empresa juntos, y ya hube de salvarla de sus garras de violador una vez…

—Iremos a verle, Saúl, pero esto tiene que quedar entre nosotros… A Keira no le gustará nada que nos tomemos la justicia por nuestra mano.

—Hecho.

El martes Saúl se saltó las clases para acercarnos a la universidad donde Gustavo García estudiaba para ejercer la abogacía —tócate los huevos—, y pillarle de improviso.

En cuanto vio a Saúl, le cambió la cara como si fuera un demonio que venía a buscarle desde el inframundo. Supongo que no era el chico escuchimizado que Gustavo recordaba. Ahora Saúl era casi tan alto como yo y había ensanchado mucho este último año.

—Hola, Gus… —lo saludó de forma siniestra.

—Saúl…, hola… ¿Qué… qué haces por aquí?

—Visitarte… Resulta que me he enterado de lo bien que os lo pasasteis en la fiesta de fin de curso con Yasmín hace cuatro años…

El pánico cruzó sus ojos confirmando sus premoniciones. Sin embargo, dijo: —No sé de qué me hablas…

—Chaval, vas a tener que mentir mejor si quieres tener un futuro como abogado… —murmuré yo, posicionándome al lado de Saúl.

El chico tragó saliva.

—Sé que tú estabas entre ellos —continuó Saúl—. Pero, claro, tu padre y el de Yasmín eran socios de una empresa… ¿Tus padres llegaron a enterarse de que tenían a un violador en casa?

—¡Yo no hice nada! —se defendió con rudeza.

—Sí, ya me sé tus frasecitas… Yasmín tropezó y dio contra tu polla, ¿no, Gus?

Saúl se acercó a un centímetro de su nariz con ganas de darle una paliza si volvía a negarlo.

Estuve a punto de intervenir; no era el plan llegar a las manos.

—Estás loco, Saúl… —sentenció el chico—. ¡Eso nunca pasó…!

—Claro que pasó. Y seguramente no fuera idea tuya, como siempre. ¿Por qué te dejaste convencer por Santi?

—Santi tampoco hizo nada…

—¿Seguís viéndoos?

—Sí. También estudia aquí…

—¡Oh, mira qué bien! —Saúl sonrió, sardónico—. ¿Y continuáis violando a chicas juntos mediante sumisión química?

—¡Ya basta, Saúl! ¡Te lo estás inventando todo! Ni siquiera hay una sola denuncia interpuesta…

—No hace falta —musitó con frialdad—. Así es más divertido. En el Supremo te caerían diez o doce años a lo sumo… Mi condena para vosotros va a ser de por vida.

La cara de Gustavo se quedó sin sangre. Y Saúl aprovechó su miedo.

—Os voy a joder a cada paso que deis en adelante. Si buscáis trabajo, ahí estaré yo para impedirlo. Si pretendéis comprar una propiedad, ahí estaré yo para que no quieran vendérosla. Si vais a casaros, contaré a vuestra futura esposa qué clase de mamarrachos sois. Con una confesión, sin embargo, seguramente en seis años seríais libres por un delito de atentado a la integridad física y moral. Estúdialo en tus apuntes, Gus. Coméntalo con tus colegas. Habla con tus padres… Y ya me comunicarás tu decisión. Vámonos, Ástor…

Saúl se fue y, antes de seguirlo, me acerqué al chico para dedicarle unas últimas palabras: —Yo a los veintisiete me morí y volví a nacer… Está muy bien, te lo recomiendo.

De vuelta en el coche, felicité a Saúl por su impresionante actuación, y volvió a hacerlo un par de días después en la fiesta de compromiso cuando plantó cara a los padres de Yasmín. Ya no era el niño perdido que yo recordaba y me sentí muy orgulloso de él.

—¿Estás seguro de que quieres que invite a sus padres? —le dije alucinado—. Lo más probable es que Yasmín saque una de sus armas y te pegue un tiro…

—Me arriesgaré, Ástor. Necesita verlos… Yas está muy jodida. Y tiene que ir paso a paso quemando todas las etapas que le impiden volver a llevar una vida normal… Y una de ellas es la interacción con sus padres.

—Te importa mucho, ¿no?

—Si no nos hubiésemos acostado, no le habría pasado nada…

—No te engañes, Saúl. No se trata solo de culpabilidad… Sigues sintiendo algo por ella.

—No es eso —zanjó tozudo. Como cuando intentas convencerte a ti mismo de algo que no quieres creer ni por asomo—. Yasmín ya no me interesa. ¿Sabes lo que me dijo ayer cuando me la encontré en la universidad con Keira? Que yo le había dado una puñalada por contar lo nuestro para presumir en el instituto. ¿Y sabes cómo me sentó?

—Fatal.

—¡Fatal! —gritó ignorando mi acierto—. Que piense así significa que no me conoce en absoluto. «Cree el ladrón que todos son de su condición…». Pensaba que era más lista. ¡A la mierda…! No me interesa, en serio…

—Te entiendo muy bien… Es justo el motivo por el que yo quise cortar con Keira. Cada vez que discutíamos, pensaba mal de mí y me decía a mí mismo: «¿Cómo va a quererme si no entiende cómo soy?».

—Exacto.

—Pero a menudo ese tipo de reacciones no significan que no te vean, sino que revelan un trauma personal de su pasado. En el caso de Keira, su miedo al abandono saboteaba todas sus relaciones. Y puede que a Yasmín le ocurra algo parecido. La concepción que los demás siempre han tenido de ella: ser la reina del baile, la hija perfecta, la

guapa…, todo eso la lleva a temer que nadie la querrá como realmente es, sino por lo que representa.

—Cabrón… Acabo de entender cómo te has ligado a Keira… —masculló Saúl con admiración—. Menudo piquito de oro tienes…

Sonreí halagado.

—Que te obsesione mi mujer también tiene que ver con bloquear tus sentimientos hacia Yasmín…

—Futura mujer —corrigió con guasa—. Y no están bloqueando nada. Es que Keira es la hostia…

Me eché a reír.

—Quítale tus pensamientos de encima ahora mismo, Saúl…

—Ni de coña. —Cerró los ojos con regocijo—. Oh, sí, Keira… —musitó sugerente. Y le arreé la colleja que estaba deseando sentir por mi parte. Fue la primera vez que lo mucho que echaba de menos a Ulises dejó de presionarme la garganta.

Pero yo también tenía mis propios trucos para lograr mis objetivos. Y puede que manipulara un poco a Charly para que se interesara por Yasmín y que los celos demostraran al idiota de Saúl lo equivocado que estaba…

—¡¿Que Héctor ya no vive contigo?! —Me asaltó el chaval en la fiesta de compromiso—. ¡¿Cómo no me has contado nada?!

Y me hizo gracia su indignación. Como si fuera imperdonable dada nuestra nueva fase de confianza.

—Ya tienes suficientes problemas como para cargar con los míos…

—¿Estás bien, Ástor…? —preguntó Saúl rebajando su enfado—. Me ha dicho que ahora está viviendo en casa de tu madre.

—Sí… Ahí lo cuidarán estupendamente…

—No me jodas… Ahí no está tan a gusto como contigo.

—¿Te lo ha dicho el propio Héctor?

—¡Se le nota en la cara…!

—No quiero que viva solo. Puede tener alguna complicación, y si no hay nadie cerca, podría ser arriesgado…

—Le ofrecería mi casa, pero vivo con Gargamel —suspiró Saúl.

Me partí de risa. En ese momento me recordó tanto a Ulises…

—Mi hermano debería vivir con Keira y conmigo. —Inspiré hondo. Últimamente me costaba hacerlo. No me llegaba el puto aire.

—Me ha dicho que en tu casa sobraba…

—Joder… ¡De verdad…! —me sulfuré—. Señor, dame paciencia…

—Te ha dado algo mejor… A mí. —Saúl me palmeó el hombro, sonriente.

En ese momento entendí el dicho «Dios aprieta, pero no ahoga».

Yo había perdido mucho, pero había recuperado a Saúl justo cuando nos necesitábamos más que nunca.

keira

18
Toda la verdad

No sé si he hecho bien en destapar la relación que existía entre la madre de Charly y el padre de Ástor y Héctor, pero creo que es mejor ir soltando perlas poco a poco, no vaya a ser que el secreto muera conmigo…

Consulto el reloj. Las ocho de la mañana.

Llevo veinticuatro horas sin dormir, pero Héctor tiene razón, me sería imposible hacerlo ahora mismo. Estoy en estado de alerta. Sin embargo, ellos…

—Lo mejor es que os vayáis a casa —aconsejo a los De Lerma.

—No queremos dejar solo a Saúl —responde Ástor.

—Seguro que Yasmín se queda con él… —apostillo.

—¿Creéis que es buena idea que se quede aquí? —alega Héctor—.

¿En el lugar del crimen? Yo lo alejaría unos días de esta casa…

—Que se quede en la nuestra —le dice Ástor, como si todavía vivieran juntos. Y al darse cuenta, implora—: Necesito que te quedes con él en el chalet, Héctor… Yo tengo que encargarme de todo lo demás.

—Bien… Si no molesto…

—Nunca molestas —contesta Ástor, tajante.

Se crea un silencio, y justo aparecen Yasmín y Saúl por la puerta.

Ástor les hace partícipes de la decisión que acaban de tomar.

—Yo puedo quedarme con Saúl, si queréis —se ofrece Yasmín, atenta.

—No hace falta… —contesta el aludido—. Estaré bien con ellos…

Hay un cruce de miradas entre todos. ¿La está echando del círculo de confianza?

—Lo mejor es que os vayáis ya a descansar… —digo apaciguadora.

—¿Y tú? —me pregunta Ástor, preocupado.

—Yo tengo que ir a un sitio antes…

—Te acompaño —se ofrece.

Tuerzo la cabeza con pena por mi inminente negativa. Noto que Ástor está muerto de miedo. Que se imagina que me veré envuelta en una persecución de película con tiroteos y me perderá para siempre.

—As…, alguien tiene que acomodar a Saúl y a Héctor en nuestra casa.

—Yo puedo conducir… —salta Saúl.

—No, no puedes —decimos Ástor y yo al unísono. Y nos sonreímos el uno al otro. Quizá seríamos buenos padres, después de todo.

—Yo iré con Keira… —propone Yasmín—. Y si hace algo kamikaze, te aviso, Ástor, no te preocupes…

—Una que me entiende. —Ástor la señala—. ¡Gracias, Yas!

—¿Adónde se supone que vais así vestidas? —pregunta Saúl, extrañado.

Yasmín y yo nos miramos de arriba abajo.

«Joder… ¿Llevo todo este tiempo dando órdenes con este modelito propio de la nochevieja?».

—Si vuelvo a casa a cambiarme, ya no saldré… —admito—. Nos

llevará poco tiempo hacer una simple comprobación.

Nos ponemos en marcha, y Ástor me frena para decirme algo en privado.

—¿Adónde quieres ir que no pueda esperar?

—A la escuela de squash. Necesito comprobar la grabación del día que murió Ulises… Si no la veo, no pegaré ojo.

—Prométeme que después vendrás directa a dormir un poco.

—Depende de lo que encuentre…

—Keira…

—¡Esto es importante, Ástor!

—Lo sé, pero tú lo eres más. ¿De acuerdo?

Lo beso por decir eso y nos abrazamos. No sé muy bien en qué punto estamos, pero la realidad ha sepultado nuestros problemas amorosos por el momento. Está preocupado por mí.

¿Podría mandar a otro en mi lugar? Sí.

¿Tengo derecho a irme a dormir? Sí.

¿Voy a hacerlo? Ni de broma…

En el mundo hay dos tipos de personas: las que pueden dormir después de no haber hecho todo lo que han podido y las que no. Tengo claro que solo los que no se rinden cuando están cansados consiguen grandes hazañas. En ocasiones, intentarlo una vez más puede marcar la diferencia de toda una vida.

—Te escribiré, ¿vale? Tú, descansa…

—Si quieres te voy a buscar después, Kei…

—No te preocupes. Alguien me llevará a casa.

No se queda muy convencido, pero tiro de él y, una vez en el exterior, consigo que se meta en su coche y nosotras en el de un compañero de la base, sin que rechiste. El simple hecho de que no me lo discuta es de agradecer. A veces es en esos pequeños detalles cuando entiendes que tu pareja te respeta.

Yasmín se une a mí.

—¿Llevas la placa? —me pregunta en cuanto nos subimos en el coche—. Porque yo no, y creo que así vestidas nos ignorarán directamente. Si fuéramos hombres, sería más fácil…

La miro y me digo: «Cómo he cambiado». Porque yo solía pensar así. Me refiero a dar por sentado que vayas adonde vayas te van a desprestigiar por ser mujer, y creo que eso denota un espíritu

combativo y amargado que no es útil para normalizar las cosas. Porque cuanto más señalemos esas diferencias, más fuertes se harán.

—¿De verdad crees que se tomarían en serio a dos tíos vestidos de esmoquin que dicen ser policías? —le pregunto perspicaz.

—Estoy segurísima —sentencia irascible.

Sonrío ante su empeño. Y Yasmín me mira sin entender.

—¿Qué pasa, Kei?

—Nada… Solo que creo que he cambiado, y me gusta.

—¿En qué sentido?

—Por un lado, pienso que sí podrían tomarnos en serio vestidas así, igual que a dos tíos con esmoquin; y por otro, creo que no nos tomarían en serio a ninguno de los cuatro —digo divertida—. Lo gracioso es que ya no estoy segura…

—No te entiendo…

—Da igual, Yas. Llama a la base y diles que manden una unidad de apoyo a la escuela de squash.

—Vale, pero explícamelo, quiero entenderlo… —insiste con avidez.

La miro con orgullo. Porque ya lo decía Einstein, esa curiosidad, ese empeño, es el máximo símbolo de inteligencia que hay. Porque el saber no ocupa lugar; en todo caso, hace más sitio todavía.

—Está bien, Yas… La cosa es que yo antes opinaba como tú. No dejaba de pensar en «el malvado patriarcado», pero he descubierto que aún queda gente decente en el mundo. Incluidos hombres. Buenas personas dispuestas a ayudar a otro y no atacarlo por el color de su piel, su género u orientación sexual. Y te aseguro que es una gran revelación para mí. Me he dado cuenta de que todo ese odio proviene del mismo sitio y que solo puede combatirse dándole con la verdad en las narices con la máxima calma y normalidad. Así que llama. Llama a la base y hagamos la prueba, solo por diversión. Y si no nos creen, se lo demostraremos cuando llegue el apoyo. Pero no voy a presuponerlo de entrada. Ahí está la diferencia. ¿Entiendes? Ya no soy como ellos…

Yasmín me mira estupefacta. No sé si por admiración o porque se teme que estoy loca. En cualquier caso, no me importa, porque pensar así implanta una dulce sensación en mi mente que no quiero volver a perder nunca más. Estoy aprendiendo a disfrutar de la vida, antes solo me limitaba a existir.

Espero a que obedezca y sigo interrogándola.

—¿Tú estás bien, Yas? Pareces triste… ¿Todo en orden con Saúl?

—Sí, es solo que… creía que cuando descubriera que mi interés por Charly había sido puro teatro se dejaría de juegos conmigo…

—Su padre acaba de morir… No está por la labor…

—¿Eso crees? Porque cuando Ulises murió, Ástor y tú le dabais al asunto que daba gusto…

—Eso fue diferente.

—¿En qué?

—Nosotros sabíamos que nos queríamos. Vosotros no sabéis nada. Lo único que sabéis es que hace cuatro años follasteis una vez y que os culpáis mutuamente de que todo acabara mal. Por otro lado, los encuentros que habéis tenido ahora no son como para decir «Ah, ¿que lo de tontear con Charly no iba en serio? ¡Pues te quiero!», porque no estáis en ese punto para nada, Yas…

—Ya… Saúl me lo ha dejado bastante claro. Dice que me quiere en su vida, que soy como una hermana para él… Perdona, tío, pero yo no haría «eso» con un hermano…

—Ten paciencia. Empezad a ser amigos otra vez y ya se verá…

—Yo creo que el problema es que le gusta otra…

—¿Otra? ¿Quién?

—¡Pues tú!

—¡Qué dices, loca!

—Solo me lo ha remarcado unas cien veces, pero lo que tú digas, Kei…

—Yas… —me quejo—. Estoy cansada y muy nerviosa. Lo último que necesito ahora mismo es sentirme mal por ti y por Saúl. Solo quiero que suene el teléfono y que me digan que han cogido a Charly; lo demás puede esperar. Mi propia vida amorosa está en *stand by*…

—Vale. Lo siento. Olvídalo todo. Tú has preguntado…

Suspiro cansada. Vaya par…

—¿Sabes qué creo? —declaro—. Que estás muy acostumbrada a que te lo den todo hecho… Y la vida no es así.

—¡¿Todo hecho?! —repite Yasmín, atónita—. ¡Llevo fuera de casa desde los dieciocho años! Llevo cuatro años sola, haciéndomelo todo yo misma.

—No me refería a eso. Me refiero al amor. Tu corazón lleva

tiempo en «modo avión», pero esto ya no es el instituto, pequeña… En la vida real no chascas los dedos y los hombres que merecen la pena caen a tus pies. Esos son mucho más complicados de lo que crees… Sofía lo sabía muy bien. Me dijo que estaba harta de salir con chicos más inteligentes que ella, que habrá pocos, y se refería a Saúl.

—Detesto su cerebro matemático…

—A mí me encanta. —Sonrío satisfecha—. Saúl es un amor, pero no es fácil. Y también es bastante rencoroso…

—Ya me he dado cuenta…

—Es selectivo con la gente en la que deposita su confianza, y si le fallas, ¡agárrate que vienen curvas! En eso se parece mucho a mí.

—Qué bonita complicidad tenéis… —replica con sarcasmo.

Cuando llegamos a la escuela de squash me alegra ver que mis compañeros ya están allí, pero les digo que esperen fuera un momento para averiguar la resolución del experimento social.

Me presento en la recepción para comprobar mi teoría. Les comunico que somos policías y les pido ver las grabaciones del 16 de febrero por la tarde. Asienten sin dudar de mi palabra, y miro a Yasmín subiendo las cejas divertida.

«¿Has visto, Yas? No todo el mundo es como crees…».

Sé que habrían estado en todo su derecho a pedirnos las credenciales, es más, deberían haberlo hecho, pero me gusta sentir que todavía existe cierta benevolencia o tendencia a pensar bien, a ayudar, a confiar. Es una maldita gozada.

—Di al apoyo que entre ya —pido a Yas, y obedece sin rechistar.

Cuando Charly y Ulises aparecen en pantalla me muerdo los labios. Por eso no quería saber nada del caso de Ulises… Sé que me voy a poner mal.

Se les ve entrar juntos sobre las siete y media pasadas. Luego van a jugar a la cancha cinco. Pelotean bastante rato hasta que paran. Hablan un poco. Charly le pone una mano encima y se dirigen al vestuario donde no hay cámaras. Adelantamos la cinta y espero verles salir juntos de allí, pero de pronto aparece Ulises en recepción, él solo, en el mismo sitio donde estamos nosotros ahora. Y trago saliva.

Parece hacer una consulta y espera. Se fija en los monitores y se

toca la nariz, como solía hacer cuando se sorprendía por algo. Se fija mejor y se va con una cara de circunstancias horrible.

¡Seguro que Ulises estaba revisando la coartada de Charly!

No sé por qué motivo, pero quiso volver a verla y comprobar algo.

—Enséñeme el vídeo del veinticinco de septiembre a las cuatro de la tarde, por favor —le pido al responsable.

Es la hora a la que Carla y Sofía habían quedado.

Lo ponen, y Charly aparece en la pista jugando. Frunzo el ceño. «¿Qué vio Ulises que tanto le afectó?».

Partiendo del supuesto de que el propio Charly matara a Sofía…, concluyo que el que está en la pista no puede ser él.

Maldigo porque no tengo forma de confirmarlo. Aquel día Ulises acompañó a Charly a la taquilla del vestuario a por sus cosas, pero tuvo que regresar a por su móvil en algún momento después de matarla, porque cuando comprobamos su GPS no se había movido del sitio. Sin embargo, cuando lo vi en el escenario del crimen lo llevaba… Tuvo que volver a entrar a buscarlo por narices. Y no justo después del crimen, sino bastante rato después. En ese tiempo se ocultaría, quizá en su coche, donde pudo esconder también los guantes con los que manipuló el trofeo.

—Adelante la cinta, por favor… —pido al encargado—. Unos diez minutos.

Lo hace, y no sale nada. Charly sigue jugando en la pista asignada. Marcan las cuatro y diez. A esa hora Sofía ya estaba muerta. Si fue Charly, estaría fuera del edificio…

«Pero tuvo que entrar a por su móvil, joder…», me repito.

—Adelante despacio —murmuro concentrada. Nosotros llegamos a las cuatro y veinticinco al escenario del crimen… y Charly ya se encontraba allí.

«Tiene que aparecer algo…».

—¡Alto! —grito cuando veo entrar a un chico con una gorra calada y la camiseta de un color distinto de la que lleva «el otro Charly» que juega en pista.

Fuerzo la vista. Estoy casi segura de que es él, aunque no se le vea la cara. Reparo en su complexión. En sus brazos. En el pelo que sobresale de la visera… Estoy casi segura de que es él.

—Póngame de nuevo la cinta del día 16 de febrero…

El encargado me mira tedioso, pero lo hace.

—Ese no es Charly —digo con la mirada clavada en el monitor.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Yasmín.

—Fíjate en sus piernas y en los brazos. No están tan moldeados. El pelo es muy parecido, pero no es Charly. Mira sus codos…

—¡Ostras! ¡Es verdad! ¡No es él…! —exclama Yasmín, alucinada.

—Ulises debió de darse cuenta. Lo que no sé es a raíz de qué.

—Eso no importa, Keira. ¡La cuestión es que vino a comprobarlo!

—¿Por qué no me avisó enseguida? —maldigo en voz alta.

—Estaría en *shock*…

—¡Era policía!

—Y también estaba enamorado de Charly…

—Ulises era muy honorable para estas cosas… Por eso Charly lo mató, ¿no lo entiendes, Yas? Seguro que quería detenerlo. Joder. ¡Mierda…!

Se me encharcan los ojos.

De repente el recepcionista habla:

—Recuerdo que ese día, cuando se fueron, uno de ellos volvió a llamar para preguntar si el otro había pedido ver una grabación. Lo recuerdo porque me pareció raro…

Yasmín y yo nos miramos alucinadas. ¡Charly lo sabía!

Cierro los ojos con dolor. Tuvo tiempo de sobra para preparar lo de la bomba de camino al restaurante…

Pido a uno de los agentes que nos acompañan que tome declaración al recepcionista y confisque todas las cintas como pruebas. Arrastro a Yasmín hacia la calle con prisa, totalmente eufórica.

—¡JOOODEEER! —Le cojo la cara con fuerza—. ¡¿Te das cuenta de lo que significa esto, Yas?!

—¡¡¡SÍ!!! ¡Que Carla va a salir de la cárcel! ¡Lo tenemos, nena, lo tenemos!

Vuelvo a chillar, y rompo a llorar a la vez. Estoy desbordada.

Siempre he sentido mucha satisfacción al resolver un caso, pero este me atañe personalmente y no puedo contenerme. Muestro mis antebrazos a Yasmín y de manera instintiva sabe que debe chocármelos. Lo hacemos hasta tres veces y después nos abrazamos con fuerza, muy emocionadas.

Es increíble…

«Gracias, Ulises», pienso mirando al cielo y apretándome los ojos para evacuar las lágrimas.

Saco el teléfono de mi bolsillo con rapidez y busco el contacto de Gómez. En cuanto pronuncia mi nombre contesto certera.

—Lo tengo. Fue Charly. Charly mató a Ulises. —Suelto el aire que estaba reteniendo. Y mi cara se congestiona por la tristeza.

—Hijo de puta… —escucho su voz resentida.

—Ulises revisó las grabaciones y descubrió que el de su coartada no era Charly. Por eso acabó con él. ¡Fue él, Nacho!

—Buen trabajo, Keira —musita intentando mantener el tipo, pero sé que está tan afectado como yo—. Vamos a atrapar a ese cabrón aunque sea lo último que haga, ¿me oyes? Te lo prometo.

—De acuerdo… —contesto evitando un plañido.

—Tenemos que cogerle vivo. Descubrir cómo lo hizo y condenarlo.

—Sí. Se le ve entrar y salir de la escuela. Voy a avisar a los De Lerma. Carla lleva meses en la cárcel siendo inocente, joder…

—Hazlo. Luego te llamo.

—Bien —respondo mirando a Yasmín, que sigue alterada.

—¡Llama a Héctor ahora mismo! —me apremia en cuanto cuelgo.

Seguramente Ástor y él estén durmiendo, pero esto es demasiado gordo. Los De Lerma llevan mucho tiempo esperando este momento…

Aguardo los tonos con el corazón dando tumbos por mi caja torácica.

—Kei… —contesta mi cuñado con aprensión.

—La tengo, Héctor… Tengo la prueba para sacar a Carla de prisión.

—¡SÍ! ¡SÍ! ¡SÍÍÍ! —grita, y creo que golpea algo con fuerza a la vez. Acto seguido, noto que se echa a llorar—. ¡Gracias, Keira! ¡Gracias…! ¡GRACIAS!

Oigo barullo y otro golpe, como si se le hubiera caído el teléfono.

—¿Keira? ¡¿Qué pasa?! —Es la voz de Ástor, con el llanto de Héctor de fondo.

—Carla va a ser libre, As. Tengo pruebas de que Charly mató a Sofía…

—Joder… —exclama conmocionado—. No me lo puedo creer…

—Pues sí… ¿Cómo está Saúl?

—Eh… Bien… Está a mi lado, loco de alegría, como todos…

—Dile que esto también es gracias a su padre… Te quiero, Ástor. Luego nos vemos.

—Yo también te quiero, Kei…

En cuanto cuelgo consulto los mensajes que han ido pitado en mi oreja a medida que hablaba. Deben de ser noticias de la base. Los leo con premura.

—¡Ha aparecido el coche de Charly! —comunico a Yasmín.

—¿Dónde?

—En un polígono cercano. Habrá ido por carreteras secundarias.

—¿Qué hacemos ahora? Aparte de parar a comprar un Red Bull… —Se frota los ojos y se cruje el cuello.

—Ir al depósito adonde lleven el vehículo. Quiero registrarlo cuanto antes, a ver si hay algo. Y comprobar si Charly ha cogido el cargador que le regalaste, Yas…

—De acuerdo. ¡Vamos!

Nos dirigimos a la localización que nos indican, y pido que un equipo de la Policía Científica acuda para recoger huellas y captar cualquier mancha de sangre que pueda haber en el interior del coche. Por microscópica que sea, la encontraremos; aunque si es listo, Charly le habrá hecho una buena limpieza al interior del vehículo.

—Keira… —empieza Yasmín con cautela durante el trayecto—. No nos habremos precipitado al afirmar que esas grabaciones van a sacar a Carla de la cárcel, ¿no? A ver, nosotros lo vemos muy claro, pero no sé si un juez, con un buen abogado haciendo las preguntas adecuadas, lo verá del mismo modo. Charly mintió en su coartada, cierto, pero eso no prueba que él matara a Sofía. O sea, que sí, pero no… ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí. Ya lo sé. Una cosa es demostrar que lo hizo él y otra demostrar que no fue Carla. Sin embargo, existiendo esa duda razonable, tienen que darle, como mínimo, la libertad condicional a Carla, pendiente de la celebración de un nuevo juicio.

—Ah, vale…

—Pero estando seguras de que fue él, tenemos que encontrar algo, Yas.

Me sonríe y asiente convencida.

Pasa casi una hora hasta que llegamos frente al coche de Charly, y

el equipo inspecciona el interior centímetro a centímetro.

—Está limpio, inspectora Ibáñez…

Era de esperar. No iba a dejar su ropa manchada y los guantes que usó en la guantera todo este tiempo, pero tuvo que venir a ocultarlos aquí. Quizá haya algo.

—La buena noticia es que el cargador no está —añade Yasmín—. Pero sigue sin dar señal. —Me muestra el móvil.

—Tendrá activado el inhibidor. Hasta que se organice y lo quite pueden pasar días…

—Pues la carga solo dura treinta y seis horas…

—Tengamos fe. A ver, déjame pensar… Soy Charly. Vengo de matar a Sofía, probablemente salpicado de sangre. Me meto en mi coche de cristales tintados… —Me subo al vehículo imitando el movimiento que supongo que Charly haría y muevo las manos para averiguar hasta dónde llego—. Si hubiera sido más lista y menos ingenua, habría registrado el vehículo del novio de la víctima en ese mismo momento… si no fuera el mejor amigo de mi exnovio, claro —me hostigo—. Pero tampoco creo que hubiésemos encontrado nada porque lo habría escondido muy bien… —discurro en voz alta.

—Esconderlo… ¿dónde? —pregunta Yasmín.

—En un lugar que no sea obvio.

Busco en el techo, en las alfombrillas y por todas partes. Solo podría quedar oculto en el esqueleto del coche, o dentro de los propios asientos…

Me agachó y comienzo a palpar por debajo del mismo. No hay nada. Toco la tela y de pronto noto algo raro. Tiene un reborde en el que descubro una cremallera oculta. Saco la mano de inmediato.

—¡Carolina! —llamo a la agente de la Científica encargada de la inspección—. He encontrado algo… Una cremallera.

La especialista se agacha y lo revisa con pinzas y guantes.

—Es como un compartimento secreto —informa—. Pero está vacío. Espera, Keira… Voy a buscar indicios con luminol.

—Eso es lo que se aplica para detectar la presencia de sangre, ¿no? —pregunta Yasmín.

—Exacto.

—Nunca lo he visto.

—Es un espray de efecto casi instantáneo que detecta cantidades

de sangre muy bajas en superficies lavadas, aunque hayan pasado años.

—Guau…

—¿Ves algo, Carolina? —la azuzo, impaciente, al aplicarlo.

—No hay sangre, pero hay restos de un producto químico muy potente. Lo han limpiado a fondo. Lo que sí se ven son algunas partículas de polvo dorado adherido en las esquinas.

—¿Polvo dorado? —repito confusa. Y se hace la luz—. ¡¡¡El trofeo de Miss Madrid de Carla!!!

—¿Qué? —pregunta Carolina, perdida.

—¡Los trofeos con baño de oro terminan soltando partículas! ¡Coge una muestra, por favor! Dios mío… ¡Ya está, Yas! Se desprenderían del guante que Charly llevaba puesto cuando golpeó a Sofía con el trofeo, y este material no se disuelve como la sangre. Al limpiar el compartimento, lo arrimaría hacia las esquinas y… ¡No me lo puedo creer! ¡Solo hay que comparar estas muestras con la pintura del trofeo y le tendremos!

—Alucino… —musita Yas, pasmada.

Sin perder ni un momento, vuelvo a llamar a Gómez. Le informo de las pistas descubiertas en el coche y vuelve a darme la enhorabuena, maravillado.

—Mis chicos te llevarán las pruebas directamente a tus manos —le digo—. Agiliza todo lo posible los trámites para sacar a Carla de la cárcel, por favor…

—Intentaré que sea rápido. Mientras tanto, vete a descansar, Keira, te necesitaré muy pronto. Mañana habrá una montaña de datos sobre tu mesa para encontrar a Charly… Ahora vete a casa, es una orden.

—Sí…, «papá».

Nos oímos sonreír mutuamente y colgamos. A pesar de todo, me embarga una extraña calidez. ¡Todo está saliendo bien! Tanto que me escama…

Yas y yo abandonamos el depósito con un optimismo ciego. Poco después, Carolina se ofrece a llevarnos a casa, y quedo con Yasmín en que un coche la recogerá más tarde para que cene con nosotros esta misma noche. Por mucho que nuestro turno termine, vamos a seguir buscando por nuestra cuenta.

Llego a casa de Ástor, bueno, a la mía, cansada pero entusiasmada.

Aún no me lo creo… Carla va a ser libre, ¡por fin!

Uso mis llaves para entrar y me interno en una calma inusitada en la que se adivina que están todos dormidos. Intento llegar hasta mi habitación sin hacer ruido, me desnudo y me tumbo en mi lugar feliz en el mundo: la cama de Ástor.

Todavía no nos hemos recuperado de la experiencia psicodélica que sufrimos el viernes al encontrarnos con Olga en ese restaurante. Todo ha sido tirante entre nosotros hasta que a las cuatro de la madrugada nos ha dado un arrebato sexual en uno de los cuartos de baño de la mansión de los Arnau. Después todo se ha precipitado con su muerte y hemos firmado una especie de tregua.

Soy sutil como una gacela, no hago movimientos bruscos ni lo toco y, aun así, cuando siente mi presencia, Ástor se da la vuelta y me abraza desde atrás con un alivio que me derrite. Cierro los ojos agotada pero feliz.

—Te quiero tanto… —musita más allá que acá.

—Yo también…

Nos quedamos encajados y traspuestos, y entiendo que el amor no es solo desear acostarse con alguien, sino querer dormir a su lado.

No tengo un sueño tranquilo.

Recuerdos reales se mezclan con imágenes oníricas, y veo a Charly poniendo en marcha un plan de contingencia para conseguir sus fatales propósitos. Me da la sensación de que no es de los que renuncian una vez que han perdido, sino de los que intentan hacer todo el daño posible antes de irse.

En la fiesta de compromiso terció entre los hermanos de forma asombrosamente eficaz. Ástor llevaba casi un mes sin ver a Héctor, y estuve atenta a su conversación.

—Eh… Gracias por haber venido —empezó Ástor con cautela.

—De nada.

—¿Cómo te va?

—Estoy bien. Como siempre… ¿Y tú?

—Yo te echo de menos —soltó mi chico, directo.

Me encanta cuando se pone en plan «Toma mi corazón, es tuyo, rómpelo, si quieres». Es jodidamente irresistible que un hombre tan poderoso se exponga a eso por alguien.

Como era de esperar, la cara de Héctor se transfiguró al oírlo. Ya lo confesó en su día, desde el accidente la ternura le ganaba la partida en cualquier ocasión, y ya le brillaban los ojos.

—Yo también… —admitió—. E… Espero que Keira y tú seáis muy felices.

Se mordió en la lengua un «vosotros que podéis». Por eso estaba ansiosa porque descubriera que Carla no había abortado y demostrarle que todavía podía recuperar todo lo que creía perdido.

En algún momento de la tarde me despierto con los labios de Ástor pegados a mi cuello y sus manos acariciando mi tripa. Que merodee con sus dedos el borde de mis braguitas me da una pista de lo que quiere «desayunar».

Muevo la cabeza para rozar mi mejilla contra la suya, y nuestras bocas se atrapan despacio, comiéndose tres o cuatro veces con delicadeza.

—¿Has descansado? —murmura en mis labios.

—Sí…

—Pues sigue haciéndolo mientras rezo a mi dios particular…

Una sonrisa se estira en mi boca cuando lo veo sumergirse por debajo de las sábanas y atacar mi ombligo sin piedad.

Después de pelearse con él por la posesión de mi piercing, noto que sus dedos arrastran mi ropa interior hacia abajo y que se toma su tiempo para que mi centro se tense deseando que escriba un «buenos días» a lametazos.

—Ástor, no… —gimo—. Hace muchas horas que no me ducho…

—Mejor…

—Eres un cerdo. —Me río, y me muerdo los labios cuando los suyos empiezan a absorberme donde más me gusta.

Qué puñetera delicia…

Cuando me hace sexo oral me encanta deleitarme en el comportamiento de sus manos. Su forma de agarrarme y de acercarme más a él me pone como nada. Adoro sentir que necesita que me rinda al placer de sus labios y me enloquece percibir su ansiedad por llegar a lo más hondo de mí.

Cuando no aguanta más, repta por mi cuerpo para colonizarlo por completo, introduciéndose entre mis piernas hasta el fondo.

Se abre paso en mi carne y gimo al sentir un placer tan intenso

que hace un año ni imaginaba que existía. Su vigor parece multiplicarse al saber que su hermano va a recuperar su felicidad, o igual está cabreado con Charly por su traición, no sé lo que es, pero…

«¡¡¡Ay, Dios…!!!».

Me sube las rodillas para que lo sienta todavía más profundamente enterrado en mí y no deja de embestir cada vez con más brío.

Me quedo encanada por un momento, incapaz incluso de gemir.

—¡Me corro…! —consigo exclamar para que Ástor también se deje ir. Y lo hace con un gemido sordo de lo más sexy.

Hacía mucho que no me sentía tan bien.

Nos duchamos juntos entre besos lánguidos mientras le cuento lo increíble que ha sido descubrirlo todo. Abrazo su conmoción al saber que Charly ha matado a Sofía, a Ulises, a Xavier… A pesar del agua de la ducha, me parece distinguir sus lágrimas, y nos abrazamos durante mucho tiempo bajo el chorro de agua caliente.

Cuando salimos al salón, Saúl y Héctor nos están esperando con las sobras de la comida a domicilio que han pedido hace horas.

Lo primero que hago es acercarme a Saúl y achucharlo de lado.

—¿Cómo estás?

—Bien… Un poco descolocado, pero bien…

—Sabes que estás en tu casa, ¿no? —Vuelvo a abrazarlo, sentida, mientras escucho un «gracias» bajito y pienso en Yasmín.

Quiero hablar con Saúl sobre ella, pero no es el momento.

También doy un achuchón a Héctor, que me mira con una sonrisa espléndida.

—¿Cuándo crees que soltarán a Carla? —me pregunta impaciente.

—No lo sé… Me tienen que llamar, Héctor… Sin embargo, te advierto que es un proceso tedioso. Ahora mismo está en manos de Penitenciaría. Aun así, tranquilo, que ya se están encargando de todo. Hay que presentar nuevas pruebas al juez y que revoque la sentencia. Mi jefe lo va a agilizar, pero hay que tener paciencia, ¿vale?

—Entonces ¿la obligarán a dormir otra noche en la cárcel siendo inocente? —pregunta indignado.

—Las cosas de palacio van despacio, debemos seguir el proceso y compadecer ante un juez. Será dentro de las próximas setenta y dos horas, como mucho… Pero he pedido que lo aceleren. Y le darán una

buena indemnización…

—Estaba tan feliz, Keira… Si no la sueltan, quiero ir a verla mañana sin falta… Me muero por celebrarlo.

—Claro que iremos, Héctor. —Le sonrío.

Hablamos de Charly y de miles de detalles que ahora cobran sentido, pero en el aire flota una sensación agridulce por la reciente muerte de Xavier. Por no hablar de la pérdida de Charly tal como lo conocíamos…

Porque, a pesar de todo, sé que le echarán de menos.

Es un sentimiento difícil de digerir para ellos. Y más para mí, sabiendo que además es su hermano.

saúl

19
La carta

¿Cuánto tiempo ha de pasar para que una muerte deje de doler?

Si es la de alguien imprescindible en tu vida, nunca. Pero la creencia popular sostiene que el duelo amaina después del primer año. Dicen que es el más duro porque hay que enfrentarse a muchas primeras veces sin esa persona y es una sensación desgarradora. Es como si tu vida ya no fuera tuya, sino la de un desconocido.

La primera Navidad, el primer verano… Su cumpleaños. El tuyo. Y otras situaciones vitales donde dolerá especialmente que no esté… Pero nunca creí que un par de días después de la muerte de mi padre estuviera tan entero. ¿Tan poco le quería?

¿Tanta indiferencia sentía hacia él?

Yo no usaría esa palabra. Porque verle me provocaba toda clase de

emociones, solo que no eran muy positivas.

Tampoco puedo decir que hubiera buenos momentos. Digamos que había algunos… menos malos.

Cuando estaba cansado o enfermo me ignoraba, y yo daba gracias a Dios. Esos eran los mejores días. Nada de «Oye, hijo, ¡mira qué vídeo más gracioso!». Siempre era «Mira esto… Qué vergüenza. Son unos indecentes… Espero que tú no hagas nunca nada parecido, aunque tampoco me sorprendería».

Si estaba contento, estaba cruelmente contento.

Si estaba triste, se multiplicaba su nivel de maldad.

«Confiesa, joder… ¿Te alegras de que haya muerto?».

Y así andaba mi cabeza, dando vueltas a cavilaciones parecidas mientras los minutos y las horas pasaban en casa de Ástor fingiendo que me había ido a echar una siesta.

Yo no diría que me alegrase de la muerte de mi padre… Porque no era alegría lo que sentía al pensar en ello. Aun así, debo admitir que se parecía a una especie de liberación. Un remanso de paz. Era como si alguien hubiera encendido una luz en medio de la oscuridad. Una luz cegadora e incómoda porque ya me había acostumbrado a sus tinieblas. Y ahora mismo me siento muy expuesto y liberado a la vez. Es una sensación extraña. Como si pudiera empezar a ser yo sin presiones ni justificaciones.

Encontré el cuerpo sin vida de mi padre a las cinco de la mañana y nos marchamos de la mansión tres horas después.

Me hice una mochila para un par de días con lo mínimo, y aquí sigo, en casa de Ástor. Imagino que cuando se me termine la ropa limpia, será el momento de marcharme…

A media tarde me llega un wasap de Yasmín.

Yasmín:

Cómo sigues?

Saúl:

Bien…

Sé que suena falso, pero no voy a confesarle que estoy demasiado bien… Seguro que espera que le diga que estoy tan mal que necesito volver a derrumbarme sobre su vientre…

¿Por qué coño lo hice?

Supongo que Yasmín es lo más parecido a un «familiar» que me queda en el mundo. No cuento con mis abuelos por parte de madre, que en vez de volcarse conmigo cuando ella murió se desentendieron de mí, y todavía no han contestado a mis llamadas de ayer.

Yasmín:
Si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en decírmelo

Saúl:
Tranquila, no me hace falta nada

Yasmín:
Dijiste que podíamos ser amigos…
Y yo ayudo a mis amigos.
Tú me estás ayudando con lo de la violación y yo te quiero ayudar con esto. Vas a dejarme, por favor?

Sonrío agradecido, pero tengo tanto miedo de que Yas se haga ilusiones conmigo que no sé cómo actuar con ella.

Desde que en la fiesta de compromiso de Ástor y Keira me pidió que fingiera que estábamos saliendo, nuestra relación adquirió un cariz preocupante. Yo tenía muy claro lo que era fingido y lo que no, pero su lenguaje corporal me chivaba que ella estaba bastante confusa al respecto.

Quizá suene presuntuoso, pero hoy por hoy estoy curtido a la hora de notar cuándo una mujer está receptiva a algo más… Son señales sutiles que he ido aprendiendo a base de repetición. La atracción es el lenguaje universal, y cuando echamos a sus padres de la fiesta, Charly la buscó con intención de terminar con ella en la sala de los tapices.

No tuve más remedio que intervenir al ver que prácticamente estaba comiéndole la oreja a Yasmín en una de las barras.

—¿Podemos hablar un momento, Charly? —los interrumpí.

Él miró su reloj con parsimonia.

—Pensaba que a estas horas los niños ya estaban en la cama…

—Por eso vengo, para llevármela a la cama…

No pudo evitar soltar una risita ante mi sugerente declaración.

—Antes has dicho que no te interesaba —declaró delante de Yasmín.

—¿Y te lo has creído? —Sonreí bravucón—. Pero ¿la has visto bien?

Las dilatadas pupilas de Yasmín se clavaron en mis ojos anhelando que esa frase fuera cierta.

Primera señal.

¿Acaso dudaba de su belleza? Para mí era tan jodidamente hipnótica como el fuego, pero sabía lo que ocurría cuando lo tocabas…

—Pues me ha parecido que lo decías muy en serio.

—Es lo que quería… Como siempre vas corriendo a por todas las chicas que me interesan, quizá si creías que ella no, la dejarías en paz…

Charly sonrió reconociendo nuestra legendaria rivalidad por Sofía.

—Sofia le gustaba a todo el mundo, chaval… A mí, a ti, a tu padre, a Ástor en cuanto la vio por primera vez, y por supuesto, a Héctor…, gracias a lo cual acabó muerta —manifestó agrio—. Así que no te montes películas. Pero adelante —dijo apartándose de Yasmín—. Toda tuya. No tengo ninguna prisa… Intenta ganarte la aprobación de tu padre conquistándola. No voy a impedírtelo, porque cuando ella vea la diferencia entre nosotros, volverá a mí, como hacen todas… —Guiñó un ojo a Yasmín.

—Te lo tienes un poco creído, ¿no? —replicó Yas, fascinada.

Charly volvió a sonreír con una seguridad en sí mismo envidiable.

—Ay, cariño… Tu forma de besar es de las que prometen que saldrá una buena paella el día que yo ponga el arroz y tú el conejo… Mientras tanto, seguiré haciendo hambre. —Le besó la mano y se fue sin más.

Yasmín y yo nos miramos, y acto seguido empezamos a reírnos.

—¡¿Qué coño ha dicho de un conejo?! —repitió muerta de risa.

—No sé, pero ¡a mí me ha entrado antojo de paella valenciana!

A carcajada limpia ante un asesino, así estábamos… Aunque en el fondo, creo que nadie piensa que alguien con el que tratas a diario sea capaz de cometer un crimen. Que esas cosas solo pasan en la tele y que Charly era demasiado gracioso para matar a nadie… Ese era su

mejor disfraz, sin duda.

—¡Qué tío! Es la puta monda… —opinó Yas ladeando la cabeza.

—¿Has oído lo que ha dicho sobre Sofía? —pregunté incrédulo—. Si de verdad fue él, es un auténtico cínico… —«Y te desea, Yasmín», pensé aterrado—. Tenías razón… Deberemos convencerlo de que estamos juntos hasta que encontréis más pruebas. ¿Qué bebes?

—Nada…

—¿Otra vez con lo mismo?

—Joder… ¡Entiéndelo, Saúl! ¡Me da miedo beber cualquier cosa! No quiero que me vuelva a pasar… Y si me pido algo, estoy todo el rato vigilando mi copa en estado de alerta y no puedo hablar con nadie, porque en cuanto la descuido un momento, no la cojo más. Y paso de andar así toda la noche…

—Conmigo estás a salvo —le aseguré—. Tómate algo. El plan es quedarnos en la barra un buen rato y luego desaparecer juntos.

—¿Desaparecer?

—Sí, en estas fiestas la gente se pierde por las salas contiguas para tener encuentros amorosos desde hace más de cien años… Si nos vamos, se imaginarán de todo.

Yasmín asintió y se pidió otro gin-tonic de Brockmans. Sonreí complacido.

Bebimos, nos reímos, charlamos, y pude ser testigo de cómo todo el mundo se fijaba en nosotros y se preguntaba qué se cocía en nuestras sonrisas cómplices. Evite mirar hacia mi padre para no toparme con su cara de satisfacción. El puto Charly había dado en el clavo, pero satisfacerle era lo último que quería. Puede que parte de mi reticencia hacia Yasmín proviniera de ahí.

Por suerte, con la cantidad de gente que conocíamos en común, Yas y yo teníamos tema de conversación para rato, tanto del pasado como del presente.

Poco después, escapamos del ojo público con muy poco disimulo.

—Charly pensará que nos estamos enrollando fijo —le aseguré.

—No solo Charly. ¡Tooodos! Y Keira me preguntará…

—Pero Keira sabe la verdad, ¿no?

—Sí, sí…, la sabe.

Segunda señal.

¿De qué verdad hablaba? Porque sonó a que sabía la verdad de lo

que realmente sentía por mí. Y el hecho de que el otro día tratara de besarme borracha denotaba que, de hecho, quería hacerlo, como bien señaló mi padre…

El problema fue que, estando un poco achispado y sintiéndola tan cercana, accesible y preciosa…, yo también lo deseaba. Sobre todo cuando entramos en la sala de los tapices y me preguntó: —¿Qué harías si vinieras aquí con una mujer que realmente te interesara? ¿Dónde te colocarías? Lo pregunto por si entra alguien y nos pilla de lleno haciendo… nada.

Subí una ceja juguetona y sentí que mis ascuas comenzaban a avivarse ante una chica que tenía frío…

Tercera señal…

—Probablemente, la besaría contra esa pared. —Señalé el lugar—. Luego la arrastraría hasta ese mueble y me apoyaría en él, dejándola entre mis piernas.

Caminé hasta un mueble bajo con la altura perfecta para que dos personas se encajaran la una en la otra y me senté.

—¿Ella sobre el mueble o ella sobre ti? —cuestionó, acercándose para estudiarlo.

—Me da igual… ¿Cómo preferirías tú, Yas? —la piqué.

—No sé… —Se sentó a mi lado para comprobar la estabilidad de la pieza y rumió la respuesta—. Supongo que al llevar vestido, preferiría quedarme de pie, así él tendría libre acceso a todas partes…

—Me gusta cómo piensas…

Nos miramos por un instante y aparté la vista al imaginar el roce de mis dedos sobre la piel de sus muslos en dirección ascendente.

Estábamos a punto de comprobar si Newton tenía razón al decir que dos cuerpos, por el simple hecho de tener masa, experimentan una fuerza de atracción denominada fuerza gravitacional. Es decir, me gustaba pensar que si fuera cualquier otra chica seguramente nos juntaríamos, atraídos de forma natural, y ocurriría lo inevitable…

Pero mi corazón había aprendido a no ver a Yasmín de ese modo nunca más. Sin embargo, mi cuerpo iba por su cuenta y tuve que concentrarme para dominarlo.

Para mí sorpresa, Yasmín se quedó quieta a mi lado. Casi tensa. Y me pregunté qué le ocurría. Era la misma expresión que le había visto cuando Charly invadía su espacio vital en la barra. Un gesto casi de

desagrado.

—¿Te pasa algo?

—No… —contestó veloz.

—¿Qué es? Cuéntamelo.

—Nada, solo que… este silencio me pone nerviosa. Me cuesta estar a solas con un hombre desde aquello… Es superior a mis fuerzas.

—¿Te sientes tensa por mí ahora mismo?

—No… Bueno, sí. Aunque sepa que no vas a hacerme nada, siento una presión en el estómago. Es algo en lo que estoy trabajando día a día… En la cita que tuvimos lo pasé muy mal…

—¿En serio? —pregunté dolido, y me sentí fatal por ella. ¿No iba a poder llevar una vida normal por… por algo que le pasó por mi culpa o la de mi padre?

—¿Y cómo lo estás «trabajando»? —pregunté interesado.

—Aún no lo he puesto en práctica, pero supongo que es ir cogiendo confianza con un chico, poco a poco…

—Lo veo difícil si ni siquiera puedes estar conmigo, sabiendo que no va a pasar nada entre nosotros y que estás a salvo…

Se encogió de hombros y se mordió los labios, apurada.

—Ven aquí, anda, vamos a hacer terapia de choque, Yas…

—¿Qué?

—Terapia de choque. Comprueba por ti misma que no ocurre nada por tocar a un hombre. Domina tu miedo. Ponte delante de mí y afróntalo.

Obedeció casi sudando y con la respiración algo acelerada.

—Confía en mí… —susurré ante su estado de tensión.

De pronto, cogió mi mano y la posó sobre la piel de su esternón, justo encima de la curvatura de sus pechos. Me di cuenta de que intentaba mostrarme sus atronadores latidos retumbando en la penumbra.

—Joder… —dije sorprendido—. Tampoco quiero que te dé un infarto, ¿eh?

—Tranquilo… —Tomó aire y lo soltó—. Voy a intentar controlarlo. Eres tú… Es solo Saúl… —se repitió a sí misma—. Solo Saúl…

No se movió en un rato, así que la acerqué a mí con suavidad y la abracé, quedándose embebida entre mis piernas. Puso las manos en

mis hombros como si fuera a apartarme, pero no lo hizo. Se quedó quieta y la sentí temblar. Mi respuesta fue acariciarle la espalda con suavidad.

—Confía en mí, Yas —le susurré al oído—. Nunca te haría daño…

—Pues me lo hiciste… —replicó bajito, y tragué saliva, fulminado.

¿Debería contarle que acababa de descubrir que fue mi padre el que hizo rular la noticia y que nos tenía inmortalizados en una grabación?

No… No podía.

Me separé un poco de ella y la miré.

—Tú también me lo hiciste a mí cuando me gritaste todas esas cosas en el pasillo del instituto, Yas… Yo no había hecho nada y me pilló por sorpresa.

—Lo siento —musitó vulnerable entre mis brazos, y la tentación que sentí fue tan grande que creí que no podría resistirme.

Mi vista aterrizó en sus labios y humedecí los míos en un acto reflejo.

Yasmín lo captó y esperó a que moviera ficha. Fue un momento crucial. Me vi haciendo malabares en la cuerda floja de la ética a punto de caer en el lado oscuro. Si satisfacía mis deseos tendría que dar muchas explicaciones que ni yo mismo entendía, lo único que sabía con certeza es que no quería soltarla.

—Yo también lo lamento, Yas… —murmuré—. Odio que te pasase eso y que ahora te sientas así. Deberías poder estar a solas con un chico… No sentirte violenta cuando alguien haga esto…

Mis labios fueron a parar a su cuello, y su cuerpo se arqueó con una mezcla de decepción y placer. Me pareció que quería entregarse a mí, y las ganas de poseerla por poco me ganan la partida. Aun así, me dominé. No podía ceder a mis bajos instintos. Y creo que ella tampoco habría podido dejarse llevar, aunque me lanzara. Le quedaba mucho camino por recorrer en ese sentido. Los histéricos latidos de su corazón lo demostraban. No había vuelto a estar con un hombre desde…

«Pero besó a Charly», recordé.

Seguro que el muy canalla no le dejó opción… ¿Tendría razón mi padre y estaría tan excitada por la borrachera que su propio cuerpo había ganado terreno a sus traumas mentales momentáneamente?

De repente, la puerta se abrió arrojando un halo de luz artificial y oí una risita femenina. Paul acababa de entrar con una tal Lidia. Llevaban meses jugando a ponerle la cola al burro con idas y venidas.

Todavía no nos habían visto, y no me lo pensé dos veces. Era nuestra oportunidad.

Agarré la barbilla de Yasmín y encajé nuestras bocas con firmeza.

Ni viéndolo venir me esperaba un beso tan jugoso…

Su reacción fue instantánea. Arrulló mi lengua triturándome el cerebro, y sus manos me rodearon el cuello para anclarse más a mí. Sus dedos resbalaron hasta el inicio de mi pelo, y gimió al sentir que los míos la presionaban donde la espalda pierde su nombre.

—¡Oh, perdón! —se oyó de pronto, lo que nos obligó a romper el contacto de nuestros labios de golpe—. No sabíamos que había alguien más aquí…

—¡Esto está muy concurrido! —exclamó Lidia, jovial.

—Disculpad… —dijo Paul retrocediendo y cerrando la puerta rápido.

La mirada que me lanzó Yasmín a continuación fue la cuarta señal. Y que no se apartara de mí de un salto, la quinta.

Dejó en mis manos la decisión de callar y seguir besándonos o restablecer la normalidad, sin más.

Los segundos se hicieron eternos como en una batalla épica entre el bien y el mal.

—Misión cumplida… —zanjé cortado. Y Yasmín bajó la cabeza—. Ahora esperemos que llegue a oídos de Charly y se mantenga alejado de ti…

—Vale… —respondió cohibida, despegándose de mí.

—¿Te has sentido mal al besarme?

—No… La verdad es que no. Pero ya sabes, eres tú…

«Soy yo».

«¿Y qué significa eso? ¿Qué soy yo para ella?».

Descubrir una inoportuna tensión en mi pantalón me hizo levantarme de un brinco para caminar un poco por la estancia. Teníamos que hacer tiempo…

—Deberíamos salir mañana por la noche —propuso Yas de repente, tambaleando mi férrea determinación de poner tierra de por medio entre nosotros.

—¿Mañana?

—Sí. Es viernes. Y seguro que Ástor propone un plan para juntarme con su amiguito del alma. Está muy celestino… Lo ideal y lo lógico, si queremos hacer creer que estamos liados, sería salir juntos otra vez, Saúl. Además, me debes una cena en condiciones —dijo burlona—. El otro día me timaste. Te salí muy barata…

Una sonrisa se dibujó en mis labios, pero por dentro no dejaba de insultar a Ástor mentalmente.

«¡Será idiota…!». ¡¿Por qué trataba de juntarles?! Sabía lo que Yasmín significaba para mí. O significó… En el pasado.

¿No se daba cuenta de que ella no estaba preparada para una relación?

No podía abroncar a Ástor porque empezaría a sonreír como siempre hacía, crispándome los nervios al sugerir que estaba celoso. Y me jodía, porque si alguien podía entender lo lejos que estaba de volver a tener sentimientos románticos por Yasmín, era él, que me vio sufrirla en primera línea hace años.

—Vale… Pues mañana quedamos para cenar, Yas. Te llevaré a mi nuevo restaurante favorito.

—¿Has cambiado? —preguntó extrañada.

—Sí. La gente cambia de gustos, ¿sabes?

Y al decirlo nos miramos con intensidad, sabiendo que no estábamos hablando solo de comida.

Al final fue mejor idea de lo que creía, porque al día siguiente Charly le tenía preparada una emboscada con un plan espectacular y pudo contestar sin atisbo de duda que ya había quedado conmigo. Me gustaría haberle visto la cara al imbécil…

Quería cazarla y no iba a rendirse. Y el pequeño detalle de que ella quisiera ser cazada me ponía todavía de más mala hostia. Sentía que debía protegerla de su capricho, igual que yo debía protegerme a mí mismo del mío con ella. A ninguno nos convenía hacer tonterías con alguien peligroso…

Mi padre siempre dijo que «quien tuvo, retuvo». Y era evidente que físicamente a mí Yasmín nunca me sería indiferente. No me lo era ni cuando pensaba que era una loca que quería alquilar un patín de pedales solo para hacerme sufrir.

Lo que me enamoró de ella fue su mirada…

Cómo cambiaba cuando miraba a los demás y después a mí. Nadie lo veía, pero cuando el resto apartaba la vista ella me dejaba leer en el espejo de su alma que era una chica decidida y valiente. Y el hecho de que a mí no quisiera ocultármelo me hacía sentir especial. Esa sensación de notar que no le era indiferente, que se tomaba muy en serio lo que yo opinaba de ella, me llevaba a pensar que, en el fondo, sentía algo por mí.

Es cierto que apenas me miraba en el instituto, pero cuando lo hacía el tiempo se detenía.

Creo que no importa cuánto tiempo pases con una persona; si es detallista, puede cautivarte con un par de gestos de forma irremediable. Gestos que llegan al alma y te hacen sentir el ser más importante del mundo.

Y no hay nada más doloroso que alguien te suba la autoestima —que tienes bajo mínimos por culpa de un padre cabrón— y poco después te la arranque dejándote totalmente vacío y dolorido.

No permitiré que nadie vuelva a hacerme daño así… Ahora tengo el arca de mi autoestima bien llena, y un paso en falso con Yasmín podría arruinarlo todo.

Contesto a su wasap de si la voy a dejar ayudarme afirmativamente y le mando un emoji lanzándole un beso.

Sobre las ocho, Keira recibe una llamada interesante. Al parecer han encontrado algo en casa de mi padre. Una carta dirigida a mí.

¿Una carta de despedida por si un día moría de repente?

Se me cae el mundo encima. No sé si estoy preparado para unas últimas palabras malévolas…

Keira va a recogerla a la comisaría antes de ir a buscar a Yasmín para traerla a cenar.

Cuando llegan, no puedo disimular que estoy nervioso.

—Démosle intimidad —pide Ástor a los demás.

Sin embargo, no sé si la quiero. Me gusta que Yasmín me mire como si esperara cualquier señal por mi parte para venir corriendo si lo necesito.

Me dejan en el sofá, aislado, y ellos se van a la mesa de comedor que hay entre el salón y la cocina abierta. Esa es toda la intimidad que

van a darme, y me parece bien.

Desdoblo la carta y empiezo a leerla atemorizado.

Querido Saúl:

Si estás leyendo esto, es que mi plan ha tenido éxito.

Este verano me diagnosticaron cáncer de páncreas…

—Joder… —suelto sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa? —pregunta Ástor, preocupado.

Lo miro y decido leerla en voz alta desde el principio.

Querido Saúl:

Si estás leyendo esto es que mi plan ha tenido éxito.

Este verano me diagnosticaron cáncer de páncreas.

Como suele ocurrir, me lo detectaron tarde porque no presentaba síntomas y había empezado a hacer metástasis en hígado y pulmón. Me dieron una esperanza de vida de seis a nueve meses, como mucho.

No le vi sentido a contarte nada… Prefería que me siguieras odiando.

Hago una breve pausa, sentida, y sigo.

Ya sabes que cuando mataron a Sofía me cabreé mucho. Ella no merecía morir. No es un secreto que sospechaba de sus novios, pero cuando murió el policía me convencí de que Carlos estaba detrás de todo. Vi claro que era un viudo negro obsesionado con los De Lerma por algún motivo, aunque desconocía cuál.

En cuanto constaté que Keira había llegado a la misma conclusión e iba tras su pista con Yasmín, supe lo que tenía que hacer: tender una trampa a Carlos. Provocarle y hacerle pensar que sabía algo, a pesar de que no sabía nada.

Keira me comentó que irían a ver a su madre, y cuando empecé a investigarla me llevé una buena sorpresa… Resulta que era una antigua Kaissa de Guillermo de Lerma. El padre de Ástor y Héctor estuvo con ella un tiempo. Poco después, saltó la noticia de su compromiso con Linda y, como no quería complicarse, acalló con dinero la relación con esa mujer.

Sofía no me contó nada antes de morir, vino a verme dos veces aquella semana porque justo le expliqué lo de mi enfermedad y le dije que quería dejarle un dinero para que no tomara a la ligera la decisión de casarse. Pero en la fiesta de compromiso de Ástor y Keira hice pensar a Carlos que me había contado algo sobre él. Se lo tragó porque también le confié que había

chantajeado a Yasmín con darle información crucial para el caso con tal de que saliera contigo, hijo. Y le encantó oírlo.

Me humedezco los labios, alucinado. «¡Charly sabía que Yasmín y yo éramos una farsa! Por eso no dejó de insistir con ella».

Continúo leyendo.

No pongas esa cara, Saúl. Necesitabas competencia para darte cuenta de lo que…

Dejo de leer.

«¡Mierda! Ha sido una pésima idea leer esta carta en voz alta», pienso, y leo solo para mí: … darte cuenta de lo que querías. Siempre has sido un poco lento en el entorno sentimental.

Lo que pretendo es que Carlos venga a por mí en mi cumpleaños. Espero que lo haga. Le he cabreado mucho esta semana.

Cojo aire y reanudo la lectura en voz alta.

Lo que pretendo es que Carlos venga a por mí en mi cumpleaños. Espero que lo haga. Le he cabreado mucho esta semana. Y espero poder grabarlo todo. Quería que pudierais vivir todos tranquilos sin él, y quizá que tú ocuparas su lugar en el seno de los De Lerma…

«¡Me cago en…! ¡¿Por qué he continuado leyendo para todos?!».

… como siempre quise para ti.

Reanudo la lectura en voz alta.

… como siempre quise para ti.

Mi muerte será un final de velada inolvidable, ¿no crees?

Respecto al testamento, sé que te llevaste una desilusión, pero también la necesitabas para emprender el rumbo hacia tus verdaderos sueños, hijo…

Me quedo sin habla. ¿Lo hizo para ayudarme a decidirme?

Hago un esfuerzo sobrehumano por seguir.

La vida es corta, Saúl, no la desaproveches haciendo lo que crees que debes hacer, sino lo que deseas. Si quieres irte vete, no dejes que nada ni nadie te lo impida.

Las últimas palabras suenan demasiado llorosas como para que continúe leyendo. Agacho la cabeza y me tapo la cara con una mano.

Percibo movimiento a mi alrededor. Alguien se sienta mi lado y me frota la espalda. Es Yasmín. Reconozco sus pequeñas y dulces manos. No he tenido ni que hacerle señales…

Oigo más movimiento.

—Ya la terminarás de leer en otro momento, Saúl… —me dice Ástor—. Tranquilo… No tienes que hacerlo ahora.

—Era un cabrón… —murmullo enfadado—. ¿No podía tener esta conversación conmigo en vida? No me habló del cáncer. No… no lo entiendo… ¿Por qué no me dijo esto mismo a la cara en vez de hacerme sentir mal con el puto testamento?

—Era un hombre muy complicado… —explica Ástor.

—Sigue leyéndola tú, por favor… —le pido.

—¿Estás seguro, Saúl? ¿No sería mejor dejarlo para luego…?

—No. Quiero acabar con esto ahora… —sentencio.

Ástor coge la carta que le tiendo y se lo piensa un instante. Pero lee, al fin.

> Y ahora el plato fuerte…

Se detiene, intrigado. Y se hace un silencio entre todos.

—Joder… —suelta al leer para sí la frase siguiente.

—¿Qué pone? —pregunta Keira, ansiosa, quitándome las palabras de la boca.

Ástor carraspea y prosigue.

> Tienes un hermano por ahí, Saúl. Todo sucedió antes de conocer a tu madre, pero hice la promesa de que nunca revelaría su identidad, y la palabra de un hombre es lo más valioso que tiene. Puedo ser un cabrón, pero nunca miento. Con mi muerte esa promesa no queda liberada, sigo sin poder decirte quién es, aunque espero que algún día él te encuentre a ti.
>
> Desde que murió tu madre no he hecho las cosas bien contigo, pero tranquilo, seguro que me patea el culo si llegamos a encontrarnos. Espero que mi sacrificio de última hora me redima de todas las molestias que te haya podido causar y me catapulte a su lado sin juicios previos.
>
> No sientas pena por mí; en realidad, llevo esperando este momento desde que su corazón dejó de latir hace trece años…
>
> Cuídate mucho, hijo.
>
> Lucha por lo que quieres. Y con más fuerza contra ti mismo.

Solo puedo mirar hacia un punto fijo del suelo mientras la mano de Yasmín intenta reconfortarme. Esto es demasiado…

—¡Esto es increíble…! —corrobora Héctor—. ¡¿Xavier se sacrificó para cazar a Charly?! Siempre fue un grandísimo estratega…

—Pues se ha lucido… —le concede Ástor.

—Lo hizo porque iba a morir —señala Keira, racional.

—¿Tengo un hermano por ahí? —pregunto anonadado.

—Olvídate de eso, Saúl; es un callejón sin salida —resuelve Héctor—. Si tu padre hubiera querido contarte quién era lo habría hecho. Te toca esperar a que él te encuentre. Tampoco es que tengas datos para buscarlo.

Levanto la vista y miro alrededor.

Unos cuantos ojos que me brindan su apoyo incondicional…

¿Quién necesita un hermano?

yasmín

20

Estás viva

«¿En qué jardín te estás metiendo, Yas?».

¿Cuántas veces habré pensado esto en mi vida? Demasiadas; soy de las que prefieren quedarse con la culpa antes que con las ganas.

Siempre he sido muy impulsiva. Y para sobrevivir en mi mundo tuve que aprender a desarrollar un autocontrol envidiable. Hasta que un día me mutilaron emocionalmente y decidí dejar atrás esa parte de mí. La atrevida. La que no teme a nada. La chulita que tanto idolatraba Saúl.

La cosa es que él parece reactivarla de algún modo.

Cuando leyó la carta de Xavier nos quedamos todos atónitos y me resultó imposible no ir a consolarle. Tenía tal soponcio al oír por primera vez en su vida frases bonitas de la boca de su padre que no

podía cerrar el grifo. Así que le cogí la cara para limpiarle las lágrimas con los pulgares y empecé a darle besos en la mejilla para que dejara de pensar en ello.

Lo alucinante es que cerró los ojos y se dejó. Parecía que aquello lo calmaba de verdad y terminó reclinándose hacia atrás contra el sofá. Y yo… yo no paré. Le acariciaba la cara, dándole un ligero masaje en sus facciones congestionadas, y luego le aplicaba un dulce beso cada vez en un lugar distinto. Perdí la cuenta de las ocasiones en que lo hice, hasta que se quedó medio amodorrado y traspuesto.

Solo entonces oí un carraspeo.

Héctor, Ástor y Keira estaban mirándome desde la barra de la cocina con una expresión extraña. Fui hacia ellos y, a medida que analizaba sus caras, me iba sintiendo más tonta.

—¿Qué pasa? —pregunté incómoda.

—Nada… Solo nos estábamos preguntando qué hay entre vosotros —atajó Keira, expectante.

Me encogí de hombros algo avergonzada.

—Nada… Somos amigos. De la infancia…

Se miraron de reojo sin estar muy de acuerdo.

—Se rumorea que os vieron muy juntitos en la sala de los tapices… —formula Héctor.

—Eso fue un montaje. Keira, díselo.

—¡Fue un montaje! —Y sonó tan falso que los De Lerma sonrieron a la vez ante su tono guasón.

—Lo fue —sentencié enfadada—. Y lo de Charly también. No fueron más que un par de besos inocentes, no os vayáis a imaginar nada subido de tono…

«Cómo si fuera capaz de llegar más lejos…», pensé asqueada.

Si lo hiciera, creo que me pasaría como a Rachel en *Friends*, que cada vez que besaba a Joey le calzaba una hostia sin querer. Si alguien me metiera mano, creo que le pegaría un tiro en un pestañeo…

—¿Y no crees que vuestra actitud significa que…?

—Perdonad… Tengo que ir al baño —interrumpí a Keira. Y hui rápido de ese tercer grado. No quería escuchar nada más.

Me tomé mi tiempo en el aseo, y cuando volví el ambiente ya era más distendido. Habían encendido la tele, sacado bebidas y algo para picar, y todos hablaban animadamente.

Llamaron por teléfono a Saúl y nos vocalizó que eran sus abuelos.

Se fue a hablar a su habitación, y cuando las pizzas llegaron Keira dijo que iba a avisarle. Creo que quería hablar con él a solas y…, lo sé…, el Sombrero Seleccionador de Hogwarts me diría que tengo alma de Slytherin, pero la seguí.

Encontré la puerta de la habitación entreabierta y me quedé escuchando en el pasillo.

—¿Estás bien, Saúl?

—Sí…

—¿Qué te han dicho tus abuelos?

—Están horrorizados, Keira, aunque creo que en el fondo les ha importado bien poco…

—Las pizzas han llegado, pero si te apetece quedarte aquí lo entenderemos… Tienes todo el derecho del mundo a sentirte mal. Yo me encerré durante días cuando murió Ulises…

—Para mí es diferente… Tú estabas apenada, pero yo no sé ni cómo me siento, Kei… Estoy hecho un lío. Supongo que reaccionaré cuando se me pase el *shock* inicial y me vea completamente solo…

—No estás solo —se afanó en señalar Keira—. Nos tienes a nosotros y también a Yasmín…

Pronunció mi nombre de una forma cargada de significado.

—No sé qué insinúas, pero Yas y yo no somos nada… —murmuró Saúl.

—No es cierto. Fue tu primer amor y ese nunca se olvida…

—Ya no queda nada de eso. Sabes que todo ha sido un montaje…

—Sí, ya… ¿Y por qué la besaste cuando fuisteis a cenar el segundo viernes? Ahí estabais solos. ¿Para quién estabas fingiendo en ese momento?

—Eso fue solo… la demostración de una teoría.

A mí no me lo pareció, pero…

—¿Y no sentiste nada al besarla?

Contuve la respiración para oír mejor su respuesta.

—En realidad, no. Creo que estoy inmunizado a Yas, en serio… Me hizo demasiado daño en el pasado.

—¡Venga ya! ¡Nadie es inmune a Yasmín…! Ni siquiera yo. ¡Es genial! Me conquistó por completo, y es muy guapa…

—No digo que no lo sea, pero llevaba años sin verla y creo que, de

algún modo, esa chica murió para mí, ¿entiendes, Kei?

Escuchar eso me desgarró el corazón. Sentí un dolor tan intenso… Más que el de su traición en el instituto. Porque en ese momento sabía que me quería, pero ahora…

—Siempre puedes desenterrarla —lo vaciló Keira—. Los Addams lo hacen constantemente…

—Sabía que había un alma sádica dentro de ti… —bromeó Saúl, y oí su risita musical.

Pero yo no me reía. Me había quedado helada al oír eso.

Caminé hacia atrás, sin dejar de sentir un dolor profundo en el pecho, y anduve despacio de vuelta al salón.

A medida que notaba cómo mis ojos se inundaban de lágrimas, iba ralentizando mis pasos. No quería aparecer así. Tenía que ir al cuarto de baño primero.

Me detuve en medio del pasillo y me limpié las mejillas con la intención de que no se notara que algo me había afectado. No podía quedar rastro de llanto. Con no mirar directamente a los ojos de nadie durante unos minutos bastaría.

Hice inspiraciones profundas y volví a secarme la cara. Pero cuando levanté la vista tenía a Ástor plantado delante de mí.

—¿Va todo bien? —preguntó extrañado.

—Eh… ¡Sí, sí…! —dije sin mirarle.

—¿Ha pasado algo?

—No, no… —Parpadeé mucho, cohibida.

—Mi madre suele decirnos que sabe cuándo mentimos porque repetimos dos veces las cosas…, y tú lo haces casi siempre.

—Ah, vaya… No. Estoy bien, de verdad…

—Veo que sigues huyendo de lo que te hace daño en vez de afrontarlo…

—En todo caso, él huye de mí… —Intenté esquivarle.

—Yas… —Ástor me agarró del brazo con cuidado—. No sé qué habrás oído, pero no te rindas. A Saúl le importas mucho…

—Pues acabo de oír justo lo contrario. Que estoy muerta para él y que no sintió nada cuando me besó el otro día. Dice que es inmune a mí.

—Joder… ¡Es el maldito Pinocho!

—Lo dice en serio, Ástor… —musité casi sin voz, con los ojos

cargados de lágrimas de nuevo.

«¡Mierda!».

—Es mentira, Yasmín. Lo conozco muy bien, y sé que en todo caso es lo que quiere pensar, pero habla así por miedo. No te rindas… Yo no lo hice con Keira cuando trató de echarme de su vida. Son los dos igual de cuadriculados, joder…

—Acaba de decir que no me quiere…

—No le creas. ¿Sabes por qué estoy tan seguro? Por cómo le habló el otro día a uno de los chicos que presuntamente te atacó… Un tal Santi. Nunca le había visto así… Le importas mucho más de lo que piensa, Yasmín.

Me quedé impactada.

¿Habían ido a ver a Santi? ¿Los dos? Dios santo…

—¿Tú fuiste con él, Ástor?

—Sí… Saúl está dispuesto a hundirles la vida. Y eso no se hace por nadie que esté muerto para ti…

Permanecí en silencio absorbiendo sus palabras.

—Voy a avisarles de que se enfría la pizza —añadió—. Tú ve a lavarte la cara, anda…

—Vale… —balbuceé.

Continuó andando y lo llamé:

—Ástor… Gracias.

Asintió y emprendió la marcha sin regodearse. Ese hombre era el Dalai Lama reencarnado…

Me dirigí al cuarto de baño con renovadas esperanzas, dando vueltas a cuanto había pasado.

Saúl acababa de decir que no sintió nada al besarme, pero su forma de apretarme contra él lo desmentía…, aunque no por eso dolía menos. A fin de cuentas, no sé qué es peor, que no te quieran o que no quieran quererte.

Para mí, volver a besarle en la sala de los tapices fue tan perturbador como la primera vez que lo hice en el suelo de su habitación. Sentí que mi libido se reactivaba. Fue casi sobrenatural.

Y cuando al día siguiente me llevó a cenar y me dio otro beso, casi me muero.

En toda la cita no dejé de rememorar la última vez que cenamos en un restaurante. Saúl estaba tan cambiado… Su forma de hablar era

tan distinta… Mucho más experimentada y sabia. Al menos, todo lo sabia que se puede ser a los veintidós, pero si para algo sirve la universidad es para curtirte. Se aprende mucho observando a los demás. Y algo me decía que Saúl se había fijado mucho en Ástor. Su templanza, su porte, su mirada… Se daban un aire. Me encantaba la honorabilidad que destilaban.

Saúl estuvo atento y caballeroso en la cita, pero una de las veces le pillé observando mi vestido en vez de a mí.

Era un conjunto que me llevé sin estrenar de casa de mis padres. Recuerdo haberlo comprado pensando en él, pero nunca llegué a ponérmelo. Todo fue a raíz de un comentario suyo sobre una obra de arte de Mondrian, ese pintor cuya estética se hizo famosa por conjugar planos geométricos rectangulares con líneas negras, rellenando algunos solo con colores primarios. Y al verlo, me recordó mucho a ese estilo.

Era blanco con rayas negras y los tres colores elementales del universo: rojo, azul y amarillo, repartidos de forma aleatoria.

—Me gusta tu vestido —comentó Saúl cuando se hizo evidente que no dejaba de mirarlo.

—Gracias. Tú también estás guapo.

—Lo sé —bromeó chulito.

—Gracias por librarme de Charly…

—Bueno, según él, querrás volver corriendo a sus brazos… No sé cómo debiste de besarle, chica…

—Lo besé igual que a ti, Saúl.

«Más que nada porque pensaba en ti mientras lo hacía», me dije.

Bueno, pensaba en él y en su despecho al rechazarme un beso en mi casa.

—¿Te pareció igual besarme a mí que a Charly? —preguntó indolente.

—Fue diferente…

—¿En qué?

—Bueno, sentir que él me deseaba me dio miedo… Lo tuyo fue puro teatro… Es decir, me besaste para dar que hablar, no porque quisieras…

Saúl se quedó pensativo.

Sujeté mi lengua para no decir nada más. La pelota estaba en su

tejado. *Keep calm, Slytherin!*

—Pero… ¿te gustó besarme, Yas? —preguntó atrevido.

¿Cómo lo hizo? Me refiero a colar la pelota de nuevo en mi tejado.

—Supongo… —contesté cortada.

—¿Supones?

—¡No sé! —Sonreí—. Fue muy rápido… Apenas pude saborearlo…

Por suerte en ese momento, el *maître* nos interrumpió.

Le pregunté por sus planes al terminar el último curso, y Saúl me contó que dudaba entre hacer un máster aquí o en el continente asiático.

Cuando me acompañó a casa con su impresionante A8 esa vez paró frente a mi portal para despedirme.

—Espero a que entres. Escríbeme cuando estés dentro de casa y hayas corrido los veintisiete cerrojos de la puerta.

—No te burles de mí… —lo amonesté.

Saúl sonrió un poco.

—No me burlo. Quiero que me avises de verdad, así me quedo tranquilo…

—Vale.

En ese instante cometí el error de mirarle los labios y me cazó de lleno. ¡Como para convencerle de que no me interesaba! Iba lista…

Lo vi apretar los dientes reteniendo un impulso.

—En fin, buenas noches, Saúl… —me despedí—. Gracias por todo…

—Buenas noches, Yas… —murmuró algo alicaído.

Justo cuando iba a abrir la puerta del coche, me frenó.

—Espera…

El corazón comenzó a bombearme frenético antes de mirarlo extrañada.

La intensidad de sus ojos me dejó paralizada. ¿Qué iba a hacer?

—Quiero que tengas con qué comparar…

Se acercó a mi cara lentamente, puso una mano en mi mentón para subirla hacia la suya y sus labios se posaron sobre los míos con una suavidad irresistible.

No me lo podía creer…

¡Me estaba besando!

Volver a sentir su lengua acariciando la mía con esa nueva maestría hizo que me diera un pequeño vahído. Añadidle que su sabor era enloquecedor, y el roce de sus labios, el maldito nirvana.

Estaba agilipollada cuando finalmente los despegó de mí.

—Buenas noches… —repitió seductor.

Pero fui incapaz de contestar.

—Espero que puedas venir mañana al cumpleaños de mi padre… —expuso—. Estará todo el mundo.

—Ya te diré algo… —balbuceé, todavía consternada.

No sé ni cómo abrí la puerta del coche para bajarme.

Me sorprendió que me funcionaran las piernas porque las sentía de gelatina. Y cuando estaba entrando en casa me llegó un mensaje suyo.

Saúl:
Ya estás dentro?

Yasmín:
Sí…
Lo siento.
Es que ese beso ha sido como un concurso de paellas

Saúl:
😉
Gracias. Acabas de salvar mi hombría

Yasmín:
Menudo arrebato te ha dado…
Qué infantiles sois los hombres!

Saúl:
Perdona, pero ese beso no ha tenido nada de infantil

Yasmín:
Pero sí mucho de orgullo.
Y madurar es dejar el orgullo a un

lado

Saúl:
Yo pensaba que madurar era atreverse a dormir con el brazo colgando por un lado de la cama
Yasmín:

Ja ja ja!

Saúl:
😜

Yasmín:
Me ha escrito Charly

Saúl:
Joder. El tío es implacable!

Yasmín:
Me pregunta si iré mañana a la fiesta de tu padre

Saúl:
Dile que sí.
Si estamos saliendo, lo lógico es que vengas

Yasmín:
Vale. Iré.
Muchas gracias por ayudarme
Con… todo

Saúl:
No es nada.
Y lo he pasado muy bien

Yasmín:
Yo también

Saúl:

Nos vemos mañana

Yasmín:

Lo estoy deseando

¡¿Por qué leches le puse eso?!

Intenté borrarlo, pero los tics azules se marcaron al instante y grité.

¡Maldito fuera mi dedo de gatillo rápido!

Saúl me mando un emoji guiñándome un ojo y se desconectó.

Quise morirme.

Blanco y en botella que estaba coladita por él… ¡Mierda!

Por suerte, me distraje de mi patética cita hablando con Keira. Al parecer estaba encerrada en el cuarto de baño de su habitación tras discutir con Ástor por la supuesta futura paternidad del duque. No sabía ni qué decirle sobre eso. Lo que estaba soportando era, como se diría vulgarmente, «para mear y no echar gota».

Me sorprendía que estuviera aguantando tanta tontería y sabía que tarde o temprano estallaría. En eso era como yo. Cabezota. No le daba la gana de dar su brazo a torcer cuando todo el mundo cargaba contra ella. Resistía con ahínco. Con la nariz sangrando y la mirada fiera como haría Once de *Stranger Things*. Era un coraje desconocido que tenía poca gente, propio de los que no sabían rendirse. De los que desafiaban a lo imposible. Un auténtico superpoder, el de creer en ti mismo.

Al día siguiente, estuve toda la mañana nerviosa pensando en qué ponerme para el dichoso cumpleaños y volví a llamar a Keira por teléfono.

—¡Será que no tienes ropa en el armario, Yas! —se burló—. ¿Sabes algo más de tu novio ficticio? No me creo que Saúl te besara al despedirse…

—No sé nada… Y has sonado celosa, Keira.

—¡¿Yo?! —Se rio—. Qué va. Pero al parecer Ástor tenía razón: Saúl siente algo por ti…

—No es cierto, solo lo hizo porque… Da igual, Kei. Déjalo…

—Por Dios… ¿Por qué todo el mundo esconde tantos secretos? ¡Me estoy volviendo loca! Se supone que Xavier sabe algo y que

Charly no sabe nada, pero estoy empezando a pensar que es al revés…

—¿Y si Charly es inocente? —dije por primera vez, y sé que a Keira le impacto oírlo, pero habría que tenerlo en cuenta, por si acaso —. ¿Y si no sabe nada de que es un De Lerma y su madre lo está manipulando? ¿Y si fue ella la que mató a Sofía?

—¿Y entró a por el trofeo a casa de Carla? No lo veo…

—¿Por qué no? Si Charly se lo cuenta todo, como parece ser el caso, esa mujer pudo pensar en cargarle el asesinato por celos. Un momento… ¡¿Y si también mató a Ulises porque no quería que su hijo tuviera esas parejas porque ha tramado algo mejor para él?!

—No me jodas, ¿eh…? —soltó Keira, nerviosa—. Ya lo había pensado, pero…

—Ni siquiera sabemos si la madre de Charly tiene coartada… ¿Dónde estaba el día que mataron a Sofía y a Ulises? ¡Hay que comprobarlo! Porque igual acusar a Charly es lo más fácil, pero… ¿y si nos equivocamos?

Solo ahora, mirando atrás, entiendo que ese tipo de conjeturas son pura ilusión de lo que tu mente quiere pensar, no de los hechos reales. Y quizá a Saúl le estuviera pasando lo mismo conmigo… ¿Podía ser?

—De acuerdo. Lo investigaremos, Yas. Ahora elige un maldito vestido y procura no quedarte a solas con Charly esta noche. ¿Me oyes?

—Sí.

—¿Cómo te besó Saúl? ¡Cuéntamelo, por favor!

Puse los ojos en blanco y aterricé con la cara en mi almohada para ahogar un grito.

¿Cómo no iba a hacerme ilusiones con el pedazo de morreo que me había plantado y ese emoji guiñándome el ojo en respuesta a mi frase de que estaba deseando verle otra vez (y volver a besarle, claro)?

Porque lo hizo.

No sé por qué, pero me besó a conciencia. Dándolo todo.

Quizá fuera solo por renovar el podio de «mejor beso» conmigo.

Saúl creía que me encontraba entre dos aguas, y lo cierto es que tenía que seguir bailándosela a Charly porque me daba la sensación de que en cualquier instante cometería un error y se nos escaparía.

Keira y Ástor pasaron a recogerme para ir a la fiesta de cumpleaños de Xavier, donde Charly, más guapo que nunca, desplegó

todo su ingenio para arrinconarme en cuanto notó que entre Saúl y yo existía un preludio sexual con miradas que decían: «Cada vez me pones más difícil fingir que esto no es real».

En un momento dado, Saúl colocó una mano en mi cintura y no supe distinguir si fueron mis hormonas o mi trauma lo que me provocó un escalofrío.

—Charly nos está mirando… —justificó su gesto—. ¿Estás bien?

—Sí… Lo siento, Saúl. Siempre me asusto cuando me tocan de repente.

Me miró con pena.

—No me gusta sentir que me tienes miedo —susurró en mi oído.

—No es por ti, es que me has sorprendido. Quiero pensar que algún día, si tengo una relación de verdad, estaré más tranquila…

—Y mientras tanto, puedes ir acostumbrándote conmigo… Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Fue oírlo y pensar que podría llegar a acostumbrarme a que me tocara algo más que los labios… Pero solo asentí, y él sonrió.

Al cabo de un rato, su padre se acercó a nosotros sibilino.

—Cómo me gusta veros juntos, chicos… Sabía que congeniaríais.

Saúl respiró hondo.

—Cuando tienes razón hay que dártela, papá… —le concedió—. Pasa tan pocas veces que… —remató socarrón.

—He invitado a tus padres, Yasmín, espero que no te importe, pero quería que vieran con sus propios ojos este milagro. —Nos señaló —. ¡Es lo que siempre hemos deseado para vosotros!

—Echa el freno, no estamos prometidos ni nada parecido… —se afanó en remarcar Saúl.

Y una vez más, me sentó fatal.

—Ya, bueno, no tengo más que veros para saber que estoy en presencia del amor verdadero.

Volvimos a mirarnos cohibidos.

«¿Confirmamos que está loco? Confirmamos», pensamos a la vez.

Aunque fue Nietzsche el que dijo que siempre hay un poco de razón en la locura.

Vale que era ver a Saúl y sentir que no había otro como él en el mundo. Y que ese traje le quedaba de muerte. Y que me arañaba el corazón cada vez que una chica lo saludaba con una significativa

caída de pestañas, dejando claro que habían estado juntos o que querían estarlo… Pero lo de «amor verdadero» era pasarse de la raya.

No me preguntéis cómo, pero Charly consiguió llevarme hasta la habitación de Saúl bajo un pretexto *random*. Me cogió de la mano y me aseguró que debía enseñarme algo muy importante en ese lugar. Tenía un extraño magnetismo que impedía que le dijeras que no.

Tuvo que ser justo después de matar a Xavier… Darse el lote conmigo era su brillante y agresiva coartada.

Al llegar, me entró un escalofrío por sentirme a solas con él, precisamente lo que Keira me dijo que no hiciera…

—¿Por qué querías venir aquí? —le pregunté intrigada.

—Mira. —Charly señaló un aparato circular en el techo. A simple vista, parecía un detector de humos—. Eso es una cámara.

—¿Y…?

—Y que el cerdo de Xavier me ha dicho que me alejara de ti porque tú y su hijo estabais destinados… blablablá, y como es un *bocachancla*, me ha confesado que tenía grabada vuestra primera vez aquí…

—¡¿CÓMO DICES?! —Abrí mucho los ojos.

—Fue en esta habitación, ¿verdad, Yasmín? Y ahí está la cámara.

Esa información me desestabilizó por completo.

«Dios santo…», pensé asqueada.

Y conociendo a Xavier, no me cupo duda de que había sido él quien filtró la información a todo el instituto.

«¡JODER!».

—Quería que lo supieras —dijo Charly con inocencia—. Grabar a terceros es ilegal. Una cosa es que se grabe a sí mismo con las mujeres a las que paga, pero a dos menores… ¡Vaya tela! —exclamó, como si su moral fuera intachable.

En ese momento, me pareció menos culpable que nunca y sentí que podía relajarme con él. Además, en sus ojos había ternura y pena, no eran los de un lobo hambriento de paella…

—Gracias por decírmelo… —balbuceé consternada.

—Los Arnau son mala gente, Yasmín. Desde que los conozco me han parecido unos interesados. Y yo solo quiero una cosa de ti… Tus labios.

Le continué el beso porque… ¡No sé por qué!

Quizá porque quería compararlos una última vez y aclarar si eso del «amor verdadero» era una patraña o no. Además, estaba muy sorprendida de que mi trauma no estuviera saliendo a la luz con él.

Eso me hizo consciente de que era algo que estaba solo en mi cabeza y en mi corazón. Y como la actitud de Charly, siempre con ese *flow* elegante, no era para nada la de un pervertido, no me sentí amenazada en absoluto.

La pillada por parte de Saúl fue monumental; apenas recordaba que le había avisado por puro miedo.

Para colmo, cuando la puerta se abrió, no me aparté de golpe de Charly.

—¿Qué coño hacéis aquí? —preguntó Saúl, ultrajado.

Me sentí morir, lo juro. Con la Y, ¿joven y estúpida? ¡Yasmín!

Una hora después, en la que yo prácticamente estuve escondida en un cuarto de baño para no verles, descubrieron el cadáver de Xavier y Saúl me dijo que me fuera de su casa.

Quizá Ástor tuviera razón y Saúl hubiera dicho a Keira que no estaba interesado en mí por miedo a volver a encariñarse conmigo…

Solo había un modo de averiguarlo.

Keira insistió en que fuera a cenar a su casa sin mencionar a Saúl, solo me aseguró que era vital que permaneciéramos juntas para volver a repasar las notas de Ulises y comprobar a cada hora la aplicación que tenía asociada al GPS que había regalado a Charly.

Empezamos a cenar e intenté ignorar a Saúl después de escucharle decir que era inmune a mí. El problema fue que él no lo era para mí…

Los ojos de Ástor me atraparon en mitad de un discurso de odio hacia mí misma en mi interior: «Olvida lo que has oído y sé simpática con Saúl…», me aconsejó.

«¡No puedo! Estoy muerta para él».

«Eso no cambia el hecho de que te necesite, Yas. O a tu fantasma».

Me reí sola, y Ástor también esbozó una sonrisa. Keira nos cazó.

Después de cenar, dejamos a los tres chicos en el sofá para escabullirnos al despacho y trabajar un rato. Era genial ver a Ástor y a Héctor reunidos de nuevo. Se notaba que se habían echado mucho de menos porque no dejaban de tocarse y de gastarse bromas, o quizá solo lo hicieran para dibujar una sonrisa en la boca a un Saúl que había vuelto a enterrarse entre los cojines con un aura fúnebre. Pero,

de vez en cuando, media sonrisa iluminaba su rostro; no podía negar que disfrutaba oyendo y viendo a los De Lerma tan bien avenidos.

Nuestra mirada coincidió por un momento y nos acariciamos con ella de forma natural. En ese instante pareció recordar por qué estaba teniendo el privilegio de sentirse acogido por una familia de verdad, y una mezcla de tristeza y anhelo invadió sus ojos. No me dejo otra opción que acercarme a él por detrás, abrazarlo y darle otro beso en la mejilla, aunque no se lo mereciera.

Saúl cerró los ojos, agradecido, y me agarró el antebrazo que bordeaba su cuello con cariño.

Todos se quedaron en silencio ante el gesto y le eché morro.

—Anímate, Saúl… Keira y yo nos vamos a trabajar un rato. Si te aburres de estos dos, vete a la cama. Deberías descansar un poco…

—Gracias —contestó sinceramente al notar mi energía sin pizca de ese «me muero por ti» tan evidente.

Le acaricié el pelo y me fui. No le di tiempo a replicar nada ni a que hubiera silencios incómodos.

Quizá por eso terminé durmiendo con él…

Héctor se recogió pronto, pero Ástor y Saúl se quedaron viendo la tele un par de horas más.

Cuando Keira y yo volvimos al salón, ella llevaba las sábanas para que yo durmiera en el sofá. Al vernos, Ástor se levantó para ayudarla a colocarlas como buen anfitrión y Saúl no tardó en darse cuenta de que eran para mí.

—Puedo dormir yo aquí… —se ofreció, cohibido.

—No hace falta, tú ya has dormido en la cama una noche y no vamos a hacerles usar más sábanas —le expliqué.

—Puedo colocar aquí mis sábanas y tú dormir en la cama…

—Es trabajar dos veces, Saúl. No hace falta, de verdad. Este sofá es la mar de cómodo… —dije como si nada.

Guardó silencio sin estar del todo conforme.

Creo que hasta se le pasó por la cabeza la idea de compartir su enorme cama de matrimonio conmigo, pero se calló. Sin embargo, cuando las luces se apagaron y cada mochuelo se fue a su olivo, apareció en el salón. Según él, para beber agua. Pero no tardó en decir: —Me siento mal por que tengas que dormir en el sofá… ¿Por qué no duermes conmigo?

Me quedé callada, disfrutando de su proposición. Y del rechazo que recibiría de la misma.

—Estoy bien aquí, Saúl…

—No quería decirlo delante de ellos, para evitar que lo sacaran de contexto, pero tú sabes, Yas, que entre nosotros no hay nada y que puedes confiar en mí por completo, ¿no?

—Sí, pero no hace falta, en serio… —Me resistí, aunque muerta de ganas.

—Por favor, Yasmín… Me sentiré mejor si vienes. ¿Somos amigos o no?

—Lo somos.

—Pues vente…

Lo que yo decía… «¿En qué jardín te estás metiendo, Yas?».

yasmín

21
Sentido y culpabilidad

Sigo a Saúl con el pijama que Keira me ha dejado. Es una camiseta de raso de color beis, de tirantes, y un pantalón corto a juego.

Al llegar a su cuarto nos metemos en la cama y nos volvemos el uno hacia el otro. En la mesilla hay una lampara con regulación que ofrece un tono tenue de luz. No estamos a oscuras.

—¿Cómo te sientes? —pregunto expectante. Porque los dos sabemos que esto no va de dormir.

—No lo sé, Yas… Es como si no fuera real. De repente, me acuerdo de que está muerto y de que no volveré a verle ni a oír su voz cargada de malicia, y noto una presión en el pecho…

Mi mano viaja sola hasta el lugar mencionado y se lo acaricio.

«¿Qué estoy haciendo? Sería mejor que me las atase…».

—Es normal.

—A la vez, me siento aliviado… —confiesa mirándome como si se considerara la peor persona de la Tierra—. Y es una sensación horrible…

—También es normal, si te hacía la vida imposible…

—Era mi padre.

—¿Qué significa eso en realidad? Porque mi padre también era mi padre… y me jodió la vida.

—No, Yas, te la jodió el mío…

—¿Qué quieres decir? —Me hago la tonta.

—Fue él quien hizo correr el rumor por el instituto… ¿Sabes el circuito de seguridad de grabación? Pues mi padre nos grabó cuando estuvimos juntos en mi habitación…

Le quito la mano de encima y parece lamentar la pérdida de mi toque.

—¿Desde cuándo sabes esto, Saúl?

Lo veo suspirar pesadamente.

—Me enteré en la fiesta de compromiso de Ástor y Keira…

—¿Y por qué me lo desvelas ahora?

—Porque está muerto. Y porque quería que supieras que yo no fui. Nunca quise presumir delante de nadie. Apenas me lo creía yo… Cada vez que pienso en los cabrones que te atacaron quiero matarlos a todos… ¿Qué clase de ser humano hace algo así?

—Que murieran, ¿te parecería un castigo justo o desmedido?

Lo veo morderse los labios ante ese famoso dilema tan mundano y tan humano. Polémicas como la pena de muerte, el ojo por ojo y la venganza siempre están en boca de todos.

—¿Cómo se mide lo que te han hecho? —dice retórico—. No te mataron, pero han condicionado tu vida para siempre. Y no me refiero a que te fueras de casa, sino a las secuelas psicológicas que te han ocasionado. ¿Tú te mereces vivir así? No me parece suficiente castigo que vayan a la cárcel… Se haría justicia con ellos, pero ¿y contigo?

—Eso es lo malo de la justicia, que nunca es justa —rezongué—. Como mucho, me indemnizarán para que me pague un psicólogo… Pero te aseguro que no me aportaría nada que murieran.

—Entonces ¿qué te ayudaría?

—Lo único que deseo es dejar de tener miedo de las personas.

—Pues en menuda profesión te has ido a meter, Yas…

—En la mejor. Me encanta pensar que protejo a la gente buena. Que saco de la calle a los zumbados y así evito que se crucen con ellos. Además, me gusta la caza, ya lo sabes, Saúl…

—Lo sé… —Sonríe en la penumbra—. Cuando quieres, puedes ser letal, pequeña.

—Solía serlo…

—Sigues siendo valiente, o no te habrías arriesgado a intimar con Charly…

—O igual es que estaba cachonda… —suelto sin pensar.

Nos quedamos callados. Dado mi nulo historial, es posible que fuera todo un poco.

—La verdad es que se te veía muy a gusto entre sus brazos cuando os pillé en mi habitación… —admite Saúl a regañadientes.

—Lo hizo a propósito para cubrirse las espaldas en el asesinato. Llevábamos allí dos minutos…

—Lo sé…

—Pues eso…

—Y… no contestes si no quieres, pero… ¿con Charly no te afectó tu miedo a los hombres…? Es decir, ¿estabas tensa o te gustó?

—Me gustó —confieso con un hilo de voz. Lo veo apretar ligeramente la mandíbula.

—¿Más que conmigo?

No me creo que haya preguntado eso…

¿No es consciente de que la respuesta me obliga a mojarme demasiado…?

—Sois diferentes, Saúl…

—Empezamos mal… —murmura cómico.

—¡Los dos besáis bien…! —Sonrío vergonzosa.

—¡¿Te das cuenta de que eso es lo que se le dice al perdedor?! —exclama abochornado.

—¡Esto no es ningún juego! —protesto divertida.

—Más bien era un reto contra el novio de mi exnovia. Y he perdido…

—Charly te saca quince años de experiencia.

—No sigas, por favor… —Se cubre la cara maldiciendo.

Suelto una risita y me animo.

—¡Es la verdad, Saúl! Charly y tú no estáis en igualdad de condiciones. En este mundillo la experiencia es un grado, por eso yo soy tan mala…

—No eres mala… Y yo tampoco lo di todo el otro día en mi coche, que conste…

—¡Deja de poner excusas! —le pico.

—¡No son excusas, Yas! —Se incorpora ofendido—. Fui con pies de plomo porque no quería asustarte, pero Charly, seguramente, desplegaría todo su arsenal de seducción sin tener en cuenta tus traumas.

—Oh, qué considerado eres… —digo vacilona.

En un parpadeo, lo tengo encima, pegado a mi cara y hablándole a mis labios.

—Me obligas a demostrártelo…

No es una pregunta porque no espera respuesta. Basta con que no me aparte de él para que elimine la distancia entre nuestras bocas.

Nos quedamos sostenidos en el contacto entre nuestras lenguas. No sabría decir qué matiz es el que me vuelve una yonqui de sus besos, pero es real. Puede que sea su adictiva saliva, la calidez de sus labios o la forma de absorberme con ellos… Pero le he mentido. Los besos de Charly están bien; los suyos, sin embargo, son sublimes…

Saúl se esmera tanto en demostrar su valía que creo que voy a desmayarme. Sus manos sobre mi carótida tienen que haber notado cómo se han disparado mis pulsaciones.

Parte de su cuerpo me tiene atrapada contra el colchón, y sentirlo tan cerca y tan duro hace que el mío se hinche sin poder remediarlo.

Mis pezones se yerguen reclamando atención y noto un calor insólito entre mis piernas. Como si lo hubiera oído, Saúl desliza las yemas de los dedos por mi hombro para bajarme un tirante y rozar con los labios la piel desnuda que deja. Su boca termina posándose sobre el inicio de un pecho que asoma por mi camiseta, ahora suelta.

Mi respiración se acelera exageradamente de pura anticipación, y me mira sorprendido.

—Lo siento… —digo ahogada—. ¡No sé qué me pasa…!

—¿No lo sabes? —pregunta ladino—. ¿Cuándo fue la última vez que te masturbaste, Yas?

—Eh… ¿Nunca?

—¡¿Cómo que nunca?!

—Ese lugar y yo no nos llevamos demasiado bien… —jadeo nerviosa. Mi necesidad de frotar las piernas entre sí hace que él trague saliva, excitado.

—Yas…, tu cuerpo te está mandando señales muy claras de que necesitas terminar…

—¡No…! No puedo. Nunca he tenido un orgasmo…

—¡¿Qué?!

Mira hacia todas partes menos a mí, buscando qué sé yo…

—¿No te corriste cuando lo hicimos hace cuatro años? —pregunta con culpabilidad.

—No… Pensaba que nadie se corría en su primera vez…

Lo veo morderse los labios, abochornado, y tomar una decisión.

—Déjame ayudarte, Yas… Será rápido. Te lo prometo…

—¿Qué vas a hacerme? —pregunto asustada.

—Nada. Solo… tocarte… Confía en mí, por favor…

—Yo no…

Pero Saúl ya ha hundido la cabeza en mi cuello para empezar a besármelo de nuevo, y pongo los ojos en blanco al sentir sus músculos oblicuos clavándose en mi cadera.

«¡Oh, Dios…!».

Su otra mano, cual Houdini, opera misteriosamente para bajarme el otro tirante y que mi fina camiseta de raso rompa filas de su posición. La imagen de mis pechos casi al descubierto hace que mi ansiedad aumente deseando el húmedo roce de su lengua en ellos.

Su boca vuelve a la mía para apagar mis jadeos y obligarme a respirar por la nariz.

Buena idea…, así disimulo mejor mi desesperación.

Sin esperarlo, sus dedos arrastran mi camiseta hacia mi cintura y reúne su boca con su mano en uno de mis pechos para devorarlo. El espasmo que me sacude al sentirlo es increíble.

No deja de lamerlos, tirar de ellos y apretarlos con la mano. ¡Creo que me va a dar algo!

—Saúl… —me quejó sin saber lo que quiero, y vuelve a mi boca.

—Chist, tranquila, Yas… No pasa nada. Mira…

Sus manos deslizan mi pantalón de raso hasta medio muslo junto con mis bragas, y me pongo a temblar de forma exagerada. Ya no

distingo si esto es excitación o miedo.

—Esa zona, no, por favor… —suplico aterrada.

—Confía en mí… No voy a tocarte…

De pronto, coge mi mano y la lleva hasta mi centro. Una humedad sin igual me da la bienvenida. Estoy tan resbaladiza que me avergüenzo y la aparto al momento.

—¿Estás lista para sentir lo mejor de este mundo, Yas? —susurra embaucador.

En mi fuero interno pienso que no, pero no digo nada.

Saúl se aproxima a mi cara para observarme de cerca mientras manosea mi vientre, tensándome por completo. Gimo desesperada al sentir la insoportable presión que me provocan sus caricias.

—Relájate… —me pide justo antes de volver a besarme.

Sus lengüetazos me marean tanto que, por un momento, no sé ni dónde estoy.

De repente, lo oigo soltar una imprecación cuando su mano roza ligeramente mi centro para comprobar mi excitación.

—¡No me toques…! —exclamo sin pensar, separándome de él, y me mira asustado.

—Está bien, tranquila… Pero te juro que vas a disfrutar de un orgasmo alucinante, Yasmín. Estás muy lubricada…

—No quiero sentir nada entrando en mí —le explico—. Solo quiero que me beses por todas partes como estabas haciendo ahora…

Se queda pensativo, haciéndose cargo de la impresión que me causa sentir algo entrando en mi vagina.

—No vas a llegar al final solo si te beso…

—No importa… Me gusta…

—¿Y si te beso ahí abajo? ¿Me dejarías?

—¿Sexo oral?

—Sí, solo besarte por fuera, no introduciré nada, Yas. Confía en mí y verás…

Me quedo en blanco. Me horroriza pensar que vaya a poner su boca ahí…

Antes de que me raje, se dirige a mi entrepierna con decisión.

—Saúl, espera…

—Solo déjame besarte una vez, por favor… Lo he hecho en muchas ocasiones. No te sentirás invadida, confía en mí…

Me abre las piernas de par en par y me siento superexpuesta.

«¡JODER!».

Se hunde entre mis muslos, y cuando noto su boca rozando mi zona más sensible, suelto una exclamación que me deja sin aire.

—¡¡¡Dios…!!!

Se me pone el vello de punta como si acabara de electrocutarme.

No podría apartarlo de mí aunque quisiera. Esto es demasiado. No está dentro, solo está jugando con la parte superior, haciéndome ver las estrellas cada vez que la absorbe y se recrea en ella.

Los dedos de los pies se me retuercen de puro placer.

Los de las manos se cierran sobre el pelo de Saúl cuando siento que algo en mi interior se tensa tanto que está a punto de romperse.

Darse cuenta de mi estado hace que él se enardezca todavía más. ¡No puedo soportarlo! En cuanto me rindo y me abandono a mi suerte, una llama explota dentro de mí liberando una energía sin precedentes que se propaga como una onda expansiva por todas mis terminaciones nerviosas.

«¡Por el amor de…!».

«¡¡¡HOSTIAS!!!».

Cuando el fenómeno termina, lo miro alucinada y él me sonríe con suficiencia.

—¿Quién es el mejor ahora, Yas?

Suelto una risita histérica, muerta de vergüenza, y Saúl hace lo mismo.

—Madre mía… —Me tapo con las sábanas y él se levanta para desaparecer un momento.

Creo que ha ido al cuarto de baño, y aprovecho para colocarme bien la ropa de nuevo.

Cuando regresa y se tumba a mi lado, no tengo palabras.

—¿Cómo estás? —pregunta interesado.

—Bien… No sé cómo darte las gracias, Saúl…

—No tienes que dármelas —dice con una sonrisa vanidosa.

—Es que ha sido… ¡Dios! Sin ti nunca habría podido llegar…

—¡Claro que sí! Pero me ha encantado poder ayudarte…

—Me has ayudado mucho. ¡No sabes cuánto! —digo eufórica—. Y por favor, Saúl, no te sientas raro… Tengo muy claro que solo somos amigos y… ¡ha sido genial! ¡Siento que estoy un paso más cerca de ser

normal!

La lástima apenas cruza un segundo su rostro, pero enseguida reacciona.

—¡Guay…! Me alegro de haber podido hacer esto por ti. Ahora me siento un poco mejor. Me estaba odiando a mí mismo… por si creías que entre tú y yo había algo…

—No pienso eso, tranquilo. Ahora mismo no quiero estar con nadie. Tengo mucho que aprender hasta ponerme al día y poder mantener una relación importante, pero esto es un buen inicio. Eso sí, estoy que me muero… Me siento tan agotada…

—Son los efectos secundarios del orgasmo —resuelve ducho—. Somnolencia, hambre… Te puede dar por cualquier cosa. Incluso por repetir…

Se hace un silencio tenso ante esa tentadora posibilidad.

—Que sepas que ha sido muchísimo mejor que un beso de Charly.

Saúl se carcajea.

—¡Genial! Por fin podré dormir tranquilo… —bromea.

Apaga la luz, y me permito el lujo de sonreír anchamente en la oscuridad.

—Buenas noches, Yas…

—Buenas noches, Saúl…

A la mañana siguiente, cuando me despierto estoy sola en la cama.

Caigo en la cuenta de que mi ropa está en el salón y maldigo.

Aparezco por allí despeluchada, con un «buenos días» tímido en la boca. Es pronto, pero ya están todos a pleno rendimiento. Menos Héctor, que está desaparecido.

—¡Buenos días! —grita Ástor con una expresión burlona que me gustaría borrarle de un manotazo.

Saúl me mira y me lanza una sonrisa comedida.

—¿Qué quieres desayunar? —me pregunta Keira, servicial—. Debes de tener hambre…

Esa frase, seguida de otra sonrisa socarrona, me mata.

«¿Qué pasa? ¿Saúl les ha contado algo?».

Me pongo como un tomate.

—Solo un café. No me entra nada a estas horas…

Saúl levanta una ceja divertida, y analizo lo que acabo de decir.

«¡Mejor cállate, Yasmín…!».

Desayuno rápido, cojo mi ropa, me ducho y, en poco tiempo, Keira y yo estamos listas para irnos a la comisaría.

Los prometidos se despiden con un beso digno de una luna de miel; parece que han firmado la paz. Y Saúl y yo nos miramos en un intento de actuar con naturalidad.

—¿Cuándo volverás a tu casa? —indago.

—Supongo que hoy…

—Puedes quedarte un día más aquí —le ofrece Ástor—. Hoy va a ser un día de muchos trámites. Te ayudaré, Saúl…

—Gracias… —musita agradecido.

—Bueno, escríbeme luego si quieres que te acompañe —zanjo quitándole importancia—. ¡Adiós!

Les planto un beso a cada uno en la mejilla y salgo del chalet con fingido aire despreocupado.

En cuanto nos subimos en el coche, Keira no puede evitarlo.

—Sois taaan monos —suelta, más ñoña que nunca.

—No digas ni una palabra más. ¿Adónde vamos ahora?

—A Tráfico. A comprobar todo lo que elucubramos anoche repasando la carpeta roja de Ulises.

—Bien.

—¿No piensas contarme nada de esta noche, Yas?

—¿Qué quieres que te cuente?

—¡Has dormido con Saúl! Cuando nos hemos levantado y hemos visto que no estabas en el sofá nos ha entrado un ataque de risa. ¡Sois de lo más predecibles!

—Vino a buscarme. Se sentía culpable de que durmiera en el sofá.

—Ya, ya… ¿Y habéis dormido algo o…?

—¡Pues claro que hemos dormido!

—¿Me estás diciendo que no pasó nada? ¿Y qué eran esas miraditas del desayuno…?

—No hay nada entre nosotros, Keira…

—Pues el gemido que oímos anoche no parecía «nada».

«¡Maldita sea!».

—Le expliqué que nunca había tenido un orgasmo y me lo quiso dar. Dijo que me lo debía de nuestra primera vez…

—¡¿QUÉ ME ESTÁS CONTANDO?! —exclama alucinada.

Me río de sus ojos saltones y le ordeno que se calle ya.

No voy a darle más explicaciones. Primero porque me muero de vergüenza, y segundo porque no hay nada que contar tipo «¡Uuuh! ¡Nos gustamos mucho y nos hemos liado por fin!». Es todo producto de una enorme bola de culpabilidad y orgullo. Yo solo lo he simplificado.

keira

22
La otra verdad

Entramos en Tráfico como quien entra en un bar del Oeste buscando provocar un duelo, pero lo siento, necesito respuestas.

Anoche pedí a Yasmín que se quedara en casa, además de para potenciar su interacción con un Saúl hecho un lío y muerto de pena, para repasar juntas el cuaderno de notas de Ulises.

Las había ojeado mil veces, pero cabía la posibilidad de que con las novedades lo viéramos todo con otros ojos. También podía haber alguna pista de su paradero actual.

¿Qué se le estaría pasando por la cabeza a Charly lejos de sus preciados De Lerma?

Cuando nos escabullimos al despacho estuvimos hablando sobre la carta de «suicidio» de Xavier. Tenía sentimientos encontrados respecto

a ella. Es cierto que, de un tiempo a esta parte, había percibido un notable deterioro en su salud, pero no pensaba que podría ser cáncer, sino un catarro mal curado del pasado invierno.

Si le contó a Sofía que estaba terminal en septiembre significaba que ya habían pasado casi ocho meses… Quiero pensar que su sacrificio le ahorró un último mes de sufrimiento agónico a cambio de encerrar a una persona que no merecía pasearse por el mundo con total impunidad. No después de matar a mi mejor amigo…

Tuve un pequeño ataque de ira al pensar en ello, pero Yasmín supo capearlo a la perfección a pesar de su extrema juventud.

Intento imaginar cómo sería la vida con Uli estando presente. Lo más seguro es que nada de esto hubiera ocurrido. Probablemente, la que estaría muerta sería yo y él seguiría feliz con Charly en su ignorancia.

Ástor se moriría de la misma pena y Charly saltaría a la palestra como el nuevo e inesperado heredero De Lerma…

Películas aparte, anoche vi una anotación en el cuaderno de Ulises que siempre había pasado por alto: «Accidente de Héctor (parapléjico). ¿Quién chocó contra ellos?».

Supongo que Ulises la descartó porque era un suceso muy remoto como para pensar que alguien buscaba venganza desde entonces, pero hoy por hoy, sabiendo quién es el psicópata que vigila sus vidas, podría ser un dato relevante.

En Tráfico nos informan de qué vehículo tenía Ástor hace ocho años. Vehículos. En plural. Y en los informes de atestados rastrean el suceso hasta dar con el otro vehículo implicado.

—Aquí está. La matrícula que buscáis es 6279 FMT.

—¿A quién pertenece? —pregunto con avidez.

Mete los datos en el ordenador y nos da un nombre.

—José Ramón Gutiérrez Quevedo.

Sacó mi móvil y mando un audio.

—Ali, quiero información sobre José Ramón Gutiérrez Quevedo. Antecedentes, si está casado o tiene hijos. Su vida laboral. Quiero saber en qué trabajaba justo hace ocho años. Gracias, guapa.

Suspiro hondo y descubro a Yasmín mirándome embobada.

—¿Qué?

—Nada, nada… —Se recompone—. Solo que acabo de entender

que te conocí en un momento muy raro de tu vida. Es como si ahora fueras otra. Más tú de verdad…

—Esta es solo una parte de mí, Yas; soy muchas más cosas. Ahora lo sé. Y desde que mi universo es más grande, los problemas se han hecho más pequeños.

Cuando salimos de Tráfico, siento que el sol brilla con fuerza y me pongo mis gafas ahumadas.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Yasmín, inquieta.

—Esperar y rezar —contesto lacónica—. Mientras, tomemos algo.

Quince minutos después, Alicia me devuelve la llamada con novedades jugosas.

—¿No jodas? —le respondo a la información que escucho, y Yasmín me mira intrigada—. Gracias, Ali. Sí, al e-mail. ¡Muchas gracias!

—¿Qué?

—Adivina… —digo enigmática—. El tío está en prisión. ¡Lleva entrando y saliendo de la cárcel desde los dieciséis años!

—Menudo figura…

—Vamos a verle —digo apurando mi café.

En treinta minutos estamos aparcando en la penitenciaría donde lo tienen encerrado. Pedimos verle, y un hombre fornido se sienta al otro lado del cristal con una expresión desconfiada.

—Buenos días. Soy la inspectora Ibáñez. Necesito que me dé información sobre un accidente de tráfico que tuvo hace ocho años, ¿lo recuerda?

—¿Qué pasa con eso?

—Señor Gutiérrez, la persona que le contrató para hacerlo ha sido detenida. En su casa había un diario donde narraba todos sus asesinatos. Pone que le pagó para chocar contra el modelo y la matricula que dispuso.

El hombre arruga la cara como si le hablara en otro idioma.

—¿Qué coño está diciendo…?

Yasmín me mira extrañada. Error de novata. Todavía no ha aprendido a seguirme el juego como hacía Ulises.

—Será mejor para usted que diga la verdad.

—Esa noche bebí más de la cuenta y me dormí al volante. ¡Fue un accidente!

—Eso no es lo que revela el diario.

—¿Trata de colgarme el marrón? ¡¿Qué clase de maricón escribe un puto diario?!

—Carlos Montes.

Es solo una milésima de segundo, pero la cara de José Ramón Gutiérrez no puede ocultar un ligero asombro, que camufla rápidamente con enfado.

—¡No conozco a nadie con ese nombre!

Y suena a mentira pura y dura.

—No hace falta que se moleste en negarlo.

—¡Se lo está inventando todo, inspectora! —insiste furioso.

—Tranquilo, Carlos Montes ha confesado el encargo…

—¡Eso es mentira porque no hay nada que confesar, maldita chula!

—Adiós, José Ramón —digo levantándome con parsimonia.

—¡Quiere engañarme! ¿Es eso? ¡¿De qué va?!

Nos largamos de allí oyendo todavía sus gritos.

—Madre mía… —comenta Yasmín de camino al coche—. ¡Cómo se ha puesto…!

—Porque tengo razón.

—¿Cómo estás tan segura? Parecía indignado.

—La norma número uno en su oficio es negarlo todo siempre, aunque te lo estén mostrando grabado en vídeo. Si hablara, se quedaría sin trabajo de por vida. Pero cuando he dicho el nombre de Charly he visto que lo conocía.

—Tu percepción no vale como prueba en un juicio, Kei.

—Ya, pero me vale a mí. Solo tenemos que averiguar la conexión entre ellos. Buscar coincidencias. Vamos a comisaría y lo estudiamos.

—¿No es un poco arriesgado contratar a alguien que te conozca para este tipo de encargos? Charly es muy listo… ¿Cometería ese error de principiante?

—No es un error. El crimen perfecto no existe, Yas, lo sabes muy bien, y ¿a quién le encargas algo así? Los sicarios no tienen Páginas Amarillas. ¿Qué es mejor, un desconocido que te vendería a la mínima o a alguien de confianza que sabes que no te va a fallar?

—Visto así…

—Charly debió de pagar a Gutiérrez mucho dinero por estrellarse

contra un vehículo de frente. Y si es un desconocido, ¿quién arriesga primero? ¿El que paga o el que mata? Si José Ramón Gutiérrez acumula tantos delitos leves es porque este es su negocio… Provocar accidentes camuflando un asesinato en un homicidio imprudente.

—Me parece increíble…

—¿El qué?

—¡Todo! Que Charly provocara ese accidente, que haya estado tantos años al lado de Ástor y Héctor guardando el secreto. ¡¿Por qué lo haría?!

Me quedo pensativa porque ese es el quid de la cuestión, y de repente me entra un miedo terrible al llegar a una conclusión.

—Quería matarlos y quedarse con todo —digo en voz alta con la mirada perdida.

—¿Y por qué no lo ha vuelto a intentar durante todos estos años? —pregunta Yasmín.

—Porque no le convenía —respondo cayendo en la cuenta—. Pero ¿por qué? Él se habría quedado el legado De Lerma… Eso es lo que quería… ¡Pero estaba arruinado!

—¡Y su madre había dejado de cobrar la manutención!

—Charly los necesitaba —concluyo con firmeza—. Para meterse en el negocio de la web SugarLite y meter también a su madre, alegando, como buen abogado, que precisaban una cabeza de turco visible en la empresa.

—¡Cuadra perfecto…! —exclama Yasmín, maravillada.

—Y probablemente, muy a su pesar, se encariñara con ellos… Son sus hermanos y vive realmente bien a su vera. Le han dado una buena vida. Quizá ya no quisiera hacerles daño…

—¿Sigues pensando que los aprecia?

—Me cuesta mucho pensar lo contrario. Nadie puede fingir tanto tiempo. Creo que sí le importan, Yas. Charly mató a Sofía para proteger el secreto… Y ahora estoy segura de que Sonia Ochoa, su madre, nos mintió. ¡Él lo sabía todo desde siempre! No sé cómo lo descubrió Sofía, husmearía en su casa, pero a Charly no le quedó más remedio que matarla antes de que ella lo contara. Porque si los hermanos llegaran a enterarse, no tardarían en deducir que el accidente en el que murió una chica y Héctor se quedó parapléjico fue provocado…

—¡Todo esto es muy fuerte, Keira! —exclama Yasmín.

—Intentó matar a Ástor y Héctor, no lo consiguió y poco después, su padre murió… En ese sentido, todo le salió mal. ¿Y para qué quería un legado arruinado? ¡Es jodidamente increíble, joder…!

—¿Vas a contárselo a Ástor? —me pregunta Yasmín, seria.

La miro y no sé qué contestar a eso. Me aterra la idea de decírselo, pero…

—Tendré que hacerlo, Yas. No puedo cargar con un secreto así de por vida por mucho que le hiera. Además, saber que el accidente no fue culpa suya lo compensará todo…

—Va a ser un palo muy grande para ellos, igualmente…

—Lo sé… Y seguro que para Ulises también lo fue enterarse de todo, pobre mío…

Los ojos se me encharcan de pena de nuevo. ¿Cuándo dejará de dolerme tanto su pérdida?

Antes Ulises era todo mi mundo, pero con su marcha, me regaló otra vida. Una más plena. Solo espero que sepa lo muchísimo que lo añoro. Únicamente a él, no a mi vida de antes. En realidad, empecé a echarle de menos incluso antes de que muriera…

Cuando quiero darme cuenta, estamos entrando en comisaría.

Trabajamos durante horas con toda la información recopilada.

Estamos tan inmersas que se nos pasa la hora de comer y nos apañamos con unos sándwiches de la máquina. El tiempo es oro.

Descubrimos que José Ramón Gutiérrez está casado y tiene dos hijos. Casualmente, su mujer está desempleada y ha estado en varios centros de desintoxicación. Estoy segura de que si hacemos una redada en su casa aparecerá el dinero negro del que tiran para vivir. O quizá lo tengan bien escondido… Pero su situación será una de esas en las que puedes tirar del hilo y encontrar de todo. Incluso lanzarles a Hacienda encima para que investigue con qué ingresos pagan el alquiler. Es gente que no usa tarjetas ni cuentas corrientes. Que ni siquiera paga internet; se busca la vida para piratearlo. Es gente de la que solo puedes rastrear su infancia…

—¡LO TENGO! —grita Yasmín, dándome un susto de muerte.

—¿Qué tienes?

—Colegio de Nuestra Señora de Eulalia. ¡Charly y José Ramón Gutiérrez Quevedo fueron al mismo colegio!

—¡Ahí está la conexión!

—En todos los centros hay alguien que acaba descarriado. Y termina siendo un contacto muy útil para los que llegan al poder…

—¿Lo has buscado en Facebook? —pregunto intrigada.

—No tiene —repone Yasmín—. Joder, ¡la gente joven que no tiene redes sociales me da yuyu!

—Pues yo no tengo —repongo divertida.

—¿Cómo que no?

—Prefiero jugar al ajedrez que navegar viendo vídeos de chorradas.

—¡No me lo creo, Kei!

—¡Qué sí!

—Madre mía… ¡Pues no sabes lo que te estás perdiendo!

—¿El qué? Yo no quiero airear mi vida. Ni seguir a famosos…

—Eso me parece respetable, pero hazte un perfil falso para ver algo que te interese y estar conectada con el mundo, mujer. Yo veo cosas asombrosas todos los días… Otras que me hacen reír y llorar. ¡Las redes emocionan de mil formas distintas! Por eso son tan adictivas. Yo no habría sobrevivido tanto tiempo sola sin ellas… —confiesa Yasmín, recordándolo—. Es como una gran comunidad de la que formas parte. Es el mundo en tu mano…

—Tengo una cuenta espía. Se llama *DiNoALaMostaza.*

—¿Qué…? No me vaciles… —dice de guasa.

—¡Es verdad!

—¡Estás peor de lo que pensaba! —Yasmín se echa a reír, encantada.

Y sé que podría acostumbrarme a esto. A lo que nunca me acostumbraré es a la maldita prensa rosa que espera a la salida de mi casa. A veces incluso me siguen hasta la comisaría. Un día freno en seco y les pongo una multa por tocahuevos.

De pronto, a Yas le suena el teléfono. Lo revisa y sonríe.

—¿Quién te escribe?

—Nadie…, «mamá».

—Estás sonriendo.

—Es Saúl.

—¡Bingo! ¿Qué te pone?

—Te has vuelto una alcahueta, Kei, ¿lo sabías? Y Ástor, otro…

—¡¿Qué te pone, coño?!

—Me pregunta a qué hora termiiino… —dice a regañadientes—. Quiere que le acompañe a su casa a recoger algunas cosas.

—Puedes pasar la noche en nuestra casa hoy también, así dormís juntitos otra vez… —la pico.

—No flipes…

—¡Pero quiero que estés conmigo, Yas!

—No cuela. Si te llaman, me pasas a buscar y listo. Para dormir no me necesitas.

—Pero Saúl sí te necesita —sentencio con intensidad.

Yasmín se me queda mirando con la cabeza torcida y le señalo el móvil.

—Acaba de escribirte. ¿No vas a ayudar a un amigo en el peor momento de su vida?

—Escuché lo que te dijo, Kei… —confiesa abochornada—. Estoy «muerta» para él. No sintió nada al besarme. Todo lo que hemos hecho ha sido por competir con Charly, o porque se siente culpable de que me violasen. Lo que no entiendo es por qué me empujas hacia algo que me acabará haciendo daño…

La dureza con la que habla me pone seria.

Me da mucha pena ver lo que le han hecho. Y no me refiero a la violación, sino a arrebatarle la confianza y la seguridad de la juventud para cometer esos necesarios errores de los que luego aprendes.

—Yas…

—No quiero hablar más de este tema —me avisa—. Me pone triste.

—No sabía que te sentías así, y te pido perdón por vacilarte tanto. Pensaba que estabas disfrutando de volver a tener a Saúl en tu vida. Si suelto que sois monos es porque me lo parecéis… Y que sepas que todo lo que me dijo en su cuarto ¡me entra por un oído y me sale por el otro…! Yo me rijo por el lenguaje corporal. Y si a Saúl no le viera muerto por tus huesos, no te empujaría hacia algo que te «acabará haciendo daño». ¡Él está así, precisamente, por eso! Por miedo a que le vuelvas a romper el corazón. Porque déjame decirte que sí cabe la posibilidad de que antes fueras una arpía…

—No lo era.

—Una hipócrita, entonces. Elige, Yas. Pero algo eras. Y Saúl no

sabe que has cambiado. ¡No tiene pruebas! Pero lo que te pasó y la propia vida te hicieron cambiar. Y él también cambió. ¡Solo tenéis que daros cuenta! ¡Los dos! Por eso quiero que vengas a mi casa a dormir esta noche, por nada más.

—¿Por nada más? —pregunta sonriente—. Dime la verdad… Inconscientemente, ¿no sientes que necesitas apoyo femenino ante tanto rabo suelto por tu casa?

Dejo ir una carcajada que termina en una de esas epifanías de vida.

—Joder, llevo necesitándote tanto tiempo, Yas… Y ahora que por fin te tengo, quiero aprovecharlo. No sabía que me gustaría tanto tener una mejor amiga…

Me emociono visiblemente. «¡Si mi antigua yo levantara la cabeza…!».

—Keira… —dice solemne.

—¿Qué?

—Que te va a pasar lo mismo con las redes sociales… ¡Luego no podrás vivir sin ellas!

Nos reímos a carcajadas, y le digo que se largue ya con su querido y confundido Saúl.

Me quedo un rato más pensando dónde diantres puede haberse escondido Charly y en lo que yo haría si fuera él. Ir hacia la Sierra. Hacia un pueblo perdido… Y alquilar una cabaña a través de un e-mail falso. Pagar en efectivo. Cambiar de móvil y pensar en cómo salir del país. ¿Qué digo? ¡Eso ya lo tendría pensado de antemano! Pero no creo que Charly se vaya hasta que todo se tranquilice. Mientras, estará escondido. Y pronto le picará de nuevo el vicio…

La pregunta del millón: ¿Cuál es su vicio, su adicción?

¿El sexo en grupo? ¿Los De Lerma? ¿Matar…?

Cuando llego a casa, nadie acude a recibirme a la puerta y me quedo triste. Me había acostumbrado a que Ástor viniera cual perrillo que se alegra en exceso de verme después de lo que he tenido que soportar últimamente por ser quien es.

Sí… Hablo de la jodida Olga…

¡Qué rápido se olvidan de todo los humanos!

Busco indicios de vida, y oigo una música proveniente del gimnasio.

Paso de largo la habitación de Héctor, aunque me fijo en que no hay nadie dentro. Volvemos a estar solos… Llego al gimnasio y me recibe una imagen que me enciende entera.

«¡Madre de Dios…!».

Ástor está sentado, solo con el pantalón negro de yoga, y el cuerpo girado hacia un lado. Está levantando una mancuerna enorme con un solo brazo, e inclinado un poco hacia abajo ofreciendo la imagen perfecta de un maldito dios griego… O sea… Si alguien le inmortalizara así en una fotografía y saliera a la luz, reinaría el caos por un desequilibrio hormonal sin precedentes entre las féminas.

—Hola, guapo…

—¡Kei…!

Me acerco a él en busca de sus labios, pero espero a que termine el ejercicio y deje la pesa en el suelo.

—¿Dónde está Héctor? —pregunto antes de lanzarme en plancha.

—Ha ido a casa de mi madre, volverá para cenar… A ver cómo lo convencemos para que se quede cuando Saúl se marche…

—Lo haremos.

Me integro entre sus piernas y me siento sobre uno de sus férreos muslos.

—Sigues sin ser acolchable… —digo divertida.

—Las quejas al buzón de sugerencias que tengo entre las nalgas, por favor…

Me río y le fabrico una sonrisa tan chula que no puedo evitar besarla.

—Estoy muy sudado, cariño… —se disculpa ruborizado.

—¿Quieres ducharte conmigo? —le propongo sensual.

—Prefiero bañarme contigo.

—¡Vale! —exclamo contenta, y nos besamos de una forma tan lasciva que certifica lo que va a ocurrir entre nosotros dentro del agua.

Enciendo todas las velas mientras Ástor se ducha antes de entrar en la bañera.

Se adentra con cierto respeto, pero conseguimos acomodarnos juntos.

Intento no pensar en todo lo que he descubierto hoy y en que tengo que decírselo cuanto antes, pero sus labios me convencen de que no es el momento. Este momento es nuestro.

—Nos falta la pizza… —susurro melancólica.

—Mi pizza eres tú.

—Creo que es lo más bonito que alguien me ha dicho.

Nos reímos en la boca del otro y nos comemos durante un buen rato de forma lánguida y lenta hasta que, ignoro cómo, termino encajada en su cuerpo y él en el mío, como la primera vez.

No sé por qué no habíamos vuelto a hacerlo aquí, pero me alegro de que esté pasando. Necesitaba sellar ese mal recuerdo. Y lo estamos haciendo con placer…, con estocadas profundas que demuestran que esa dictadura social tradicional que una vez nos dejó fríos ya no nos afecta.

He pensado mucho en lo que me dijo Carla en la cárcel…

«¿Tengo derecho a quitarle la oportunidad de ser padre?».

«Todo el derecho», me respondería mi antiguo yo sin titubear, y añadiría: «Tu vida. Tu cuerpo. Tus responsabilidades. Tu felicidad…».

Al fin y al cabo, es la filosofía de hoy en día, pensar solo en nosotros mismos.

«No necesites a nadie».

«Confía solo en ti».

«Quiérete».

Pero ¿qué pasa si quiero a otra persona más que a mí misma? Como mucha gente quiere a sus hijos, por ejemplo. ¿Por qué la sangre ata y perdona ese sacrificio, cuando la decisión de hacerlo sin ese hándicap es mucho más significativa y bonita? Es la familia que se elige.

Una vez escuché que la diferencia entre amar y querer, es que si la quieres, matarías por esa persona, pero si la amas, morirías por ella.

¿Qué pasa si yo estuviera dispuesta a dar mi vida por Ástor? Si adoro verlo sonreír. Si me hace feliz hacerle feliz… ¿Qué pasa si quiero casarme por el compromiso que representa? ¿No puedo hacerlo porque ya no está de moda atarse a nada?

Yo pensaba que ser libre era tener la libertad de elegir lo que quieres sin sentirte juzgado por ningún bando, no morir a un concepto de vida radical que me acusa de haberme ablandado por hacer concesiones por amor.

¿Qué pasa si quiero cambiar de opinión?

Ocurre a menudo cuando te topas con algo que te hace

reflexionar. Que cambia tu perspectiva. Y como bien dijo Charly, desde que los conozco mi forma de actuar ha sido, cuando menos, errática…

¿Y no es ese el viaje?

¿El cambio que se espera de todo ser humano en el transcurso de su vida? ¿Errar y aprender de los errores para evolucionar?

No miento si digo que este soliloquio culmina en un orgasmo brutal. ¡Buf!

Nos da tiempo a arreglarnos y a estar un rato tirados en el sofá, pelando la pava, antes de que lleguen los demás. Esquivo el tema de adónde hemos ido hoy Yasmín y yo hablando de alternativas de la luna de miel, y Ástor parece olvidarse.

Pronto van llegando nuestros huéspedes. Primero Saúl y Yasmín, y más tarde Héctor.

Mi amiga tiene cara de necesitar hablar urgentemente a solas, y la adrenalina corre por mis venas cuando nos trasladamos a la cocina para que me cuente sus avances con Saúl.

Ya os contará ella, pero… *Oh my God!*

En mitad de la cena, mi móvil suena estridente y me extraña.

Si me llaman a estas horas, tiene que ser importante. La expectativa se revuelca en el silencio que se crea cuando lo cojo.

—¿Gómez…?

—Keira… Hay un problema…

No me gusta cómo ha sonado eso e intento mantener una expresión estoica porque cuatro pares de ojos me miran superatentos.

—¿Qué problema? —digo en voz alta para que se vayan haciendo a la idea de que no son buenas noticias.

Sus caras se tiñen de preocupación.

—Ha pasado algo en la cárcel…

—¡¿Qué?! ¡¿Qué ha pasado?!

Me pongo de pie de un salto y Ástor me imita, alarmado.

—Ha habido una pelea después de comer y… han tenido que trasladar a Carla al hospital.

—¡¿Cómo que está en el hospital?!

Miro a Héctor aterrada, dejándole claro de quién hablo. Él se cubre la cara con las manos como si no fuera a suceder si no lo ve.

—¿En qué hospital? —susurra Ástor a mi lado.

—¡¿En qué hospital?! —repito nerviosa.

—En el Provincial… Dicen que ha perdido mucha sangre… Prepáralos para lo peor.

—Dios mío…

Y sé que acabo de sembrar el pánico con esa última frase. Lo veo en sus caras. La esperanza se escurre por sus ojos.

Saúl se levanta con brío y se va. He visto muchas veces ese arrebato. Es la prisa por ir a vomitar, superado por las circunstancias. Otro de los famosos formatos del estrés: revolver el estómago a lo salvaje.

—Vamos ahora mismo… Nos vemos allí…

Cuando cuelgo, abrazo a Ástor compungida.

—¿Qué te ha dicho tu jefe, Keira? —pregunta Héctor con el corazón en un puño.

—Ha habido una pelea en la cárcel a mediodía. Carla está herida…

—¿Te ha contado cómo está?

—Solo que ha perdido mucha sangre… —confieso angustiada. Estoy harta de ocultar cosas—. Tranquilo, Héctor, seguro que se pone bien… Es fuerte. Venga, vistámonos y vámonos ya.

Pero Héctor no se mueve. Se queda con la vista fija en un punto inexistente, y Ástor se agacha para hablarle de cerca con cautela.

—Eh… Se va a recuperar. Ya lo verás…

—¿Qué cojones pasa conmigo? —lamenta Héctor retóricamente—. ¡Estoy gafado, joder…! ¡Y le rebota todo a ella! Debería alejarla de mí…

—No digas eso —lo riñe Ástor.

—Mateo Ortiz tenía razón, nada bueno crece a nuestro lado…

—Héctor… —se queja Ástor—. ¡Por favor, esto no es culpa tuya…!

—Es de Charly —sentencio, cayendo en la cuenta—. Esto no puede ser casual… ¡Ha tenido que ser él! Ha podido hacer una llamada a la cárcel desde cualquier parte y… ¡Joder, un momento…!

Entro en mi teléfono a toda prisa y vuelvo a llamar a Gómez.

Me apuesto lo que sea a que, si lo comprueban, descubrirán que una presa ha tenido que recibir una llamada justo antes del suceso en la que le daban órdenes exactas.

Hay que averiguar de dónde procedía esa llamada.

héctor

23
Colorín colorado

Me rindo.

Me la devuelven, sí, pero medio muerta. ¡No es justo!

Contaba con que Carla saliera de la cárcel psicológicamente jodida, pero no también a nivel físico. En ese terreno estoy anulado; no tengo capacidad de maniobra. Sus padres la alejarán de mí y…

Y puede que eso sea lo mejor para ella.

Inspiro hondo y me centro. Analizo por qué tengo estos pensamientos fatalistas y asumo que es el clásico «Deja antes de que te dejen». Porque cuando Carla se entere de que todo esto es por Charly, e indirectamente por nosotros, huirá despavorida de mi vida…

Entramos en el hospital, bueno, entra Ástor empujando mi silla para que no tenga que impulsarme yo mismo, y nos encontramos con

los padres de Carla. Es muy mala señal que parezcan consternados. Hay varios policías con ellos.

—Hola. ¿La habéis visto ya?

—No. Todavía la están operando… —responde su padre, ofuscado.

—¿Operando de qué?

—Ha recibido varios navajazos…

Oírlo me duele como si me los hubieran clavado a mí.

Keira se tapa la boca y siento la mano de Ástor apretando mi hombro. Mis ojos se nublan, y no puedo hacer otra cosa que aceptarlo y esperar.

Acumular desgracias te enseña una verdad indiscutible: que todo podría ser mucho peor; Carla podría estar muerta ya, por ejemplo…

Si no dependiera de una silla de ruedas, probablemente ya estaría dando un espectáculo lamentable, golpeando las paredes y agrediendo a los médicos para que la salvaran sí o sí; porque, claro, en mi maravillosa y perfecta vida no encajaría que me pasasen cosas así. Pero siendo mi vida como es, no me queda otra opción que ser paciente y callarme…

Cuando llega la Policía Judicial, Keira se levanta como impulsada por un resorte y va hacia ellos. Un hombre entrado en la cincuentena parece estar al mando de todo.

Poco después, se acerca a hablar con nosotros, bueno, con los padres de Carla principalmente. Les explica lo que ya sabemos: Carla no volverá a prisión porque ya han solicitado audiencia con el juez para aportar las nuevas pruebas que justifican que está exenta de responsabilidad. Sin embargo, cuando oímos que la reclusa que la ha atacado era una antigua clienta de Charly no doy crédito… ¿Qué gana él haciendo esto?

El comisario sigue dando explicaciones sobre la burocracia para sacarla de la cárcel y, en un momento dado, un médico sale preguntando por los familiares de Carla Suárez.

Me duele no poder gritar: «¡Aquí! ¡Ella lo es todo para mí!».

—Está fuera de peligro… Hemos podido detener las hemorragias…

—¡¡¡Gracias a Dios!!! —grita su madre por todos.

Yo junto los puños en mi frente más agradecido que en toda mi

vida.

—La mala noticia es que no hemos podido hacer nada por el bebé… Lo ha perdido.

Todos nos quedamos petrificados al oír esa información.

Keira es la única que estalla en un sollozo y se cobija en el pecho de Ástor, que la abraza sin entender nada.

—Pero… Se supone que abortó hace quince días —alude su madre.

—Al llegar al hospital detectamos latido fetal, aunque muy débil. Además, Carla había perdido mucha sangre… No hemos podido hacer nada por él. A su hija están realizándole un legrado en este momento, señora…

Keira levanta la cabeza y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Fui a verla hace dos semanas… —balbucea con cautela—. Le dije que estaba muy cerca de coger a Charly y le pregunté si tendría al bebé si supiera que iba a salir en un mes. Me respondió que sí… Como podía abortar hasta la semana catorce, la convencí de que esperase. Y ahora… —Se le corta la voz y vuelve a resguardarse en Ástor, que la abraza mientras me mira conmocionado.

«¡Seguía embarazada! Y yo… Yo no fui a verla porque…».

La situación me supera.

Resoplo con fuerza para impedir que me dé un ataque de ira, pero es en vano. Un grito horrible escapa de mi garganta y asusta a todos los presentes. Por suerte, en ese momento no hay nadie más en la sala salvo nosotros. La cosa empeora cuando me descubro golpeando con violencia una silla de plástico que tengo cerca, llevado por la desesperación, pero enseguida siento que alguien me separa de ella para impedir que la rompa o que me haga más daño. Es Ástor, que me amonesta alterado.

—¡Para, Héctor! ¡¡¡Por Dios…!!! ¡¿Quieres que nos echen de aquí?!

Pero no puedo parar. Era mi hijo y seguía vivo…

Somos energía, y necesito disiparla para aplacar mi furia, así que agarro a Ástor de malas maneras, dispuesto a destrozarlo porque ya no razono. Lo único que entiendo es que jamás conoceré a mi hijo y no puedo soportarlo…

—¡¡¡Ese niño ya no existía!!! —exclama Ástor con afán de evitar

mi golpe—. ¡Ya habíais tomado la decisión de no tenerlo! ¡No tendría que estar aquí!

—¡Pero estaba!

—¡Por Keira! ¡Si fuera por ti, ya no estaría, Héctor…!

—¡Accedí al aborto por Carla! ¡Yo no quería! No podía obligarla y me resigné… ¡Pero yo no quería…!

Soy consciente de que todo el mundo me mira como si estuviera loco. El médico, los padres de Carla, mi familia… Siento que no me llega el aire y empiezo a asustarme.

—Tienes que calmarte… —me aconseja Ástor al verme respirar como un animal acorralado.

¿Que me calme? No puedo hacer eso… ¿Quién podría en mi lugar?

—No he sido capaz de protegerlo… —digo casi sin voz—. No pude antes y no he podido ahora. ¡Y nunca podré…!

—No vayas por ahí —me advierte mi hermano sin soltarme, pero ya no me retiene, más bien me está abrazando—. No culpes a tu estado de tus equivocaciones porque me trasladas la culpa a mí y no pienso comérmela de nuevo, Héctor… No quisiste escucharme. No tuviste fe. Si lo hubieras hecho, te habría frenado, ¡pero la verdad es que tenías miedo…! Miedo de enfrentarte a la paternidad en tu estado. Admítelo.

Sus palabras me calan hondo inundando mi organismo con la fría verdad. Con cobardía, vergüenza y alivio a la vez. Porque Ástor tiene razón. Si renuncié a ese niño sin luchar fue porque, en el fondo, me aterraba ser padre. Me sentía indigno de él. Y no quería perder a Carla…

—Podría haberla matado… —simplifico mi agonía.

Y por fin llego al quid de la cuestión: que no entiendo nada. Estoy tan furioso con Charly que…

—Han dicho que Carla se pondrá bien —me recuerda Ástor—. No vuelvas a pensar en lo que pudo ser y no fue, solo agárrate a la valiosa certeza que te ha dejado el hecho de que fuera a tener a tu hijo…

—¿Qué certeza?

—Que Carla te quiere, Héctor. Que, aunque en circunstancias normales no entraba en sus planes ser madre, iba a serlo por ti… Solo porque confiaba en que serías un padre magnífico…

«¿Yo? ¿Un lisiado? ¿Cómo es posible?».

—En un futuro podréis volver a intentarlo. Carla por fin es libre. Piensa solo en eso, ¿vale?

—Quiero verla… —suplico al médico con los ojos acuosos.

—Ahora mismo está muy sedada. Podrá verla en un par de horas…

Ástor me trae algo de beber para que me tranquilice un poco. En cuanto me veo con fuerza ruedo mi silla en dirección a Keira y la descubro sentada lejos de los demás, perdida en sus pensamientos junto a Saúl.

Al llegar a su lado, me mira apenada.

—Lo siento mucho… —musita resignada.

Nos abrazamos sin decir nada y la oigo sorber las lágrimas por la nariz.

—Iba a ser una sorpresa… Te merecías esa alegría después de tantos meses de sufrimiento, Héctor. Sé que, en el fondo, querías tenerlo, aunque te diese miedo.

—Sí, pero también pienso en que Carla se merece ser madre como y cuando ella quiera, igual que tú, si no deseas serlo. Me equivoqué en decir lo contrario… Porque traer a una persona al mundo implica una responsabilidad que se debería tener el derecho de elegir. La vida es una constante elección, y esta tendría que ser siempre libre. La maternidad también.

—Me alegro de que pienses así…

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, Keira. Me la has devuelto…

Nos apretamos la mano y se la beso, emocionado y feliz. Los dos sabemos que debemos estarlo solo por el hecho de que Carla siga viva.

—Mi jefe está intentando rastrear la llamada de la cárcel… Voy a cogerle, Héctor, te lo juro…

Y esta vez, la creo.

Ástor se reúne con nosotros, y pregunto en general:

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué coño ha ido a por Carla?

Keira niega con la cabeza y resopla, abatida.

—Hay algo que no os he contado… —confiesa de repente.

El gesto de Ástor anuncia que esas palabras no le han gustado nada. Creo que está harto de secretos. Y yo también, porque todos

terminan con marrones que se come mi novia.

—¿Qué es? —la presiono para que hable.

—Charly es vuestro hermano… —dice dejando una estela de asombro a su paso—. Su madre no hacía chantaje a vuestro padre, sino que él le pasaba una pensión para su manutención…

Si no estuviera sentado, me caería redondo al suelo.

La cara de Ástor se desfigura por completo y temo por él.

—No dije nada porque Sonia me aseguró que Charly no lo sabía… —se justifica Keira antes de que la acuse—. Habían pactado que os conocierais de forma natural, sin rencillas, pero ahora sé que me mintió. Charly lo sabía todo… Sofía lo descubrió cuando la llevó a su casa para comunicar el compromiso a su madre y la mató para que no lo contara.

—La hostia… —balbucea Ástor, totalmente descolocado.

—Si eso es así, ¡¿por qué quiere matar a mi novia?! —insisto.

—Porque quiere destruiros —sentencia Keira, tajante.

—Y una mierda… —digo incrédulo—. ¡Es imposible! Pudo haberlo hecho muchas veces a lo largo de estos años, si es lo que quería…

—Quería el ducado de Lerma, pero rebosante de poder, no arruinado.

Veo que Ástor cierra los ojos y se apoya en una pared.

No sé cómo sigue en pie. Si yo fuera él, ya me habrían fallado las piernas.

—El día que vuestro padre murió, a Charly dejó de llegarle dinero y necesitaba un plan B. Os necesitaba para salir adelante y subirse al carro de lo que fuera… Al final, fue la web.

—No puede ser… —farfulla Ástor, agónico.

—Charly solo estaba esperando el momento adecuado —me aclara Keira—. Y Carla era un objetivo porque podía aportar otro heredero al título cuando Charly hubiera acabado con vosotros…

—¿Acabar con nosotros? —pregunta Ástor con agresividad—. ¡Charly nos adoraba, joder! ¡Y nosotros a él! ¡Si me lo hubiera pedido, le habría regalado encantado el puto título! ¡¿Por qué no me lo dijo?! ¡Que seamos hermanos es algo bueno! ¡¿Por qué ocultarlo?! ¿Por qué matar a Sofía? ¡¡¡POR QUÉ, JODER!!!

Es su turno de perder los papeles.

Da una palmada horrible en la pared que no imagino cuánto le habrá dolido. Los de arriba deben de haber sentido hasta un temblor. Si llega a dar el golpe con el puño, se rompe la mano…

¿Y lo que me jode no poder hacer nada para detenerlo como él ha hecho conmigo? No os hacéis una idea. Estoy condenado a sentirme inútil para siempre…

Saúl se levanta y se interpone entre el cuerpo de mi hermano y el hormigón. Es casi tan alto como Ástor y tiene buena musculatura para su edad. Me recuerda mucho a mí en mis mejores años…

Keira también se pone de pie, alertada, pero se queda cerca de mí.

—Yo sé por qué os lo ocultó… —dice cohibida.

¿Qué coño le pasa? Si no la conociera bien diría que está temblando.

—¿Por qué? —pregunta Ástor, más que enfadado.

Keira aguanta el tipo ante la dureza de su mirada.

—Porque era el móvil perfecto…

—¿Qué móvil? ¿Para qué?

—Para provocar el accidente que tuvisteis hace ocho años…

Esa frase es un puñetazo de los que te dejan fuera de combate.

Ástor ni siquiera se mueve. Lo asimila y, acto seguido, se coge el pecho, preocupado por un inminente infarto.

Noto perfectamente cómo se encierra en sí mismo y cómo Keira reprime sus ganas de ir a consolarlo sabiendo que en ese momento no puede tocarlo o estallará como una maldita granada.

Yo soy incapaz de concebir que Charly provocó nuestro accidente.

IMPOSIBLE…

Miro mis piernas inertes…

No… No.

Ástor se sienta. Apoya los codos en sus rodillas y se coge la cabeza, hundido. No me imagino lo que estará sintiendo. Tantos años culpándose por ello… Dios santo…

Siento que tengo que hacer algo. La rabia me hierve dentro, pero, una vez más, la aplaca el sentimiento de que podría ser peor. Podría habernos matado en ese accidente. Mató a una chica, de hecho. Un vehículo se lanzó de frente contra nosotros como si fuera a adelantar. Era una furgoneta y eso le proporcionaba la seguridad de la altura.

Ástor intentó esquivarla para no chocar frontalmente, pero…

—Ástor… —musita Keira, preocupada, agachándose delante de él sin llegar a tocarlo.

—¿Desde cuándo sabes todo esto? —pregunta él en tono acusador.

—Desde ayer. Estuve todo el día siguiendo la pista del conductor de la furgoneta que chocó contra vosotros… Es un hombre con antecedentes que acumula delitos imprudentes por los que creo que cobró un dinero a cambio. Conocía a Charly del colegio… Fui a verle a la cárcel y lo negó todo de forma rotunda. Pero cuando mencioné el nombre de Carlos Montes, le cambió la cara por completo.

Ástor guarda silencio y habla como si le faltara el aire.

—En mi vida me he sentido así… —dice con un hilo de voz—. Tan traicionado y decepcionado con todo el mundo…

Keira me mira triste, entendiendo que eso va también por ella. Ninguno sabemos qué hacer y, para mi sorpresa, es Saúl quien toma las riendas de la situación.

—Ástor, no dejes que te haga esto… —dice, imitando a Keira al agacharse a su otro lado—. No dejes que Charly se salga con la suya… Solo quiere hundirte en una aflicción que te incapacite, pero el que ha perdido es él… ¿No lo ves?

Le pone una mano en la rodilla, y Keira y yo nos quedamos sin respiración temiendo una reacción airada por parte de Ástor.

—He sido un estúpido… —murmura cabizbajo.

—Te equivocas. Eres una buena persona… Y para mí no hay mayor signo de superioridad.

Ástor lo mira conmovido.

—Tú eres el único que ha sido franco conmigo todos estos años, te admiraba por tratarme tan mal, ¿sabes?

Saúl sonríe melancólico.

Keira le acaricia la pierna pidiendo audiencia, y Ástor la mira como si no supiera qué hacer con ella y su traición.

Saúl le presiona la rodilla, animándolo a que no sea tozudo.

—Os dejaremos solos… —dice el chaval, levantándose y empujando mi silla lejos de ambos.

Veo que Keira se sienta al lado de Ástor, pero él no vuelve la cara. No sé si podrá sacar nada bueno de él en este momento. A veces callar es la peor mentira de todas. Y una mentira es pan para hoy y hambre para mañana. Salva y condena al mismo tiempo. Nunca sale gratis.

Se me hace eterno hasta que nos dejan ver a Carla.

Entro con sus padres a la habitación donde reposa y los demás se quedan fuera.

Me impresiona ver la fragilidad de su cuerpo vendado, pero su mirada es lo peor. Es demasiado joven para destilar tanto pesar. ¿Se recuperará algún día de haberme conocido?

Sus padres la abrazan y lloran junto a ella mientras cierra sus ojos, ya húmedos.

Hablan del miedo que han pasado, y cuando llega mi turno me acerco todo lo que puedo a Carla y extiendo la mano para que me la coja. Ni ella puede incorporarse más por sus heridas ni yo tampoco por la silla de ruedas. Es una jodida desgracia detrás de otra.

Siento que sus padres dejan la habitación para darnos un poco de intimidad.

—Se acabó… —pronuncia. Y el corazón se me parte en dos.

—Lo siento mucho… —digo sincero—. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto por el hijo de puta de Charly. Entiendo perfectamente que quieras dejarme… No te preocupes por nada…

—¿Qué?

—Has dicho «Se acabó…».

—¡Se acabó la pesadilla, Héctor! ¡Nadie va a volver a separarnos nunca más! —Me aprieta la mano con fuerza y mi pecho explota de emoción.

Me llevo su mano a la cara y rompo a llorar muerto de alivio, expulsando toda la presión que he sentido durante estos meses sin ella.

—¿Te han contado lo del bebé? —pregunta con una tristeza palpable.

—Sí… —Vuelvo a apretar su mano. Y la miro compungido.

—Lo habría tenido, Héctor… Confiaba en Keira. Pero al final…

—No pienses más en eso, Carla… —Le beso la mano de nuevo—. Lo único que me importa es que estés bien. Me siento fatal por todo… Yo…

—Héctor…

Su dulce voz me doblega, y sigo sin dar crédito a que este ángel me quiera a mí. A lo fuerte que es. A lo valiente…

—Dime… —acato como si sus deseos fueran órdenes.

—Cuando salga de aquí, no quiero ir a casa de mis padres… —dice decidida—. Quiero estar contigo. Nos han robado demasiado tiempo.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Pero son de pura alegría.

—Sí, mi amor… Haremos lo que tú desees. Ahora mismo estoy en tierra de nadie, pero buscaremos un sitio para…

—De eso nada —irrumpe Ástor, que acaba de entrar en la habitación—. Aún tienes tu casa, Héctor. Nuestra casa. Dejadme cuidar de vosotros hasta que Carla esté bien del todo. Por favor, os lo suplico… —y suena tan implorante que me desarma.

Me limpio las lágrimas que ya caen por mi cara con insolencia. Carla también me las limpia con un cariño infinito.

—Ástor… —pronuncio su nombre como si fuera mi jodido salvador. Siempre lo ha sido. Es increíble cómo ha cuidado de mí, a pesar de ser el pequeño de los dos. Yo no cuidé de él cuando me necesitó—. Por favor… —le suplico sin voz.

—¿Qué quieres? —pregunta solícito, conociendo mi tono de necesidad implacable.

Keira se queda atrás, agarrándose los brazos ante la íntima escena.

—Quiero acercarme a Carla… Necesito abrazarla… Ayúdame, por favor. Yo solo no puedo, As…

Mi hermano se mueve metódico sin decir nada y se coloca donde necesita para cogerme a pulso. Justo delante de mí.

—Keira, cariño, retira la silla cuando lo levante para que pueda rodearle —le pide, y ella obedece, precisa.

Ástor me aúpa contra él con agilidad, como si no pesara nada, y me rodea para situarse detrás de mí, como si estuviera sosteniendo una peonza gigante.

Me apoyo en la cama con las manos y él me arrima al lado de Carla. La abrazo con cuidado de no hacerle daño, confiando en que Ástor sujete mis piernas para que no cedan, metiendo una de las suyas entre las mías para fijarlas. Cualquiera que nos viera pensaría que me está dando por culo… Pero sé que tiene el cuerpo ladeado, como hizo mil veces cuando durante el primer año nos vimos en situaciones mucho más comprometidas porque yo no tenía fuerza para nada.

Tengo una mano apoyada en la cama y con la otra acaricio la cara de mi novia.

—Mi niña… —susurro justo antes de besarla.

Se me caen las lágrimas mientras beso su libertad. La de los dos.

«¡Por fin, joder!».

La abrazo, y Carla me acaricia la espalda con debilidad.

—Quiero dártelo todo… —le juro—. Y lo voy a intentar, aunque necesite ayuda. Te lo prometo…

—Yo solo quiero tu corazón, Héctor… Y lo tienes en los ojos.

Nos miramos, y sé que siente que la amo inmensamente. Volvemos a besarnos y el gesto se alarga un poco.

—Termina, cabrón… ¡Me estoy poniendo cachondo! —murmura Ástor.

Carla y yo cortamos el beso con una risita. Y volvemos a darnos uno corto de despedida.

—Pronto estarás mejor y podrás volver a saltarme encima —la animo.

—No te quepa duda. No te vas a librar de mí…

Me doy la vuelta hacia Ástor para que me deje en la silla de nuevo y le doy las gracias.

—Me alegro de que estés bien… —dice mi hermano a Carla.

Keira se acerca a la cama y la abraza con cuidado.

—Lo siento mucho… —se disculpa—. No pensé que ocurriría esto…

—No podías saberlo. Y ahora… ¿me vais a contar qué ha pasado? Porque solo me han dicho que iban a revocar mi prisión provisional, pero no el porqué.

Le contamos lo acontecido en la fiesta de cumpleaños de Xavier y no sale de su asombro con todo lo que escucha.

—Dios mío… ¿Y dónde está Saúl ahora?

—En la sala de espera, con Yasmín.

—Madre mía… ¡Qué fuerte!

—Sí, es increíble… —responde Ástor, todavía impactado pensando en mil cosas más.

No tardan en echarnos de la habitación alegando que Carla necesita descansar de sus heridas. Si pudiera me quedaría con ella. Si no tuviera esta jodida lesión…

«¿Qué coño…?».

—Quiero quedarme —digo obstinado.

—Héctor… —se queja Ástor—. No es bueno para tu circulación. Además, esta noche apenas has descansado. Te traeré mañana temprano, te lo prometo.

—Si pudiera andar, nadie pondría en duda que me quedase… No pienso dejar que nada me limite…

—Héctor… —me pide entonces Carla—. No seas cabezón. Vete a casa. Descansa bien y espera a que me cure. Además, quiero hablar con mis padres a solas…

Asiento como un tonto.

Es oficial… Creo que no voy a poder negar nada a Carla mientras viva.

saúl

24
Desahógate

Veo que Ástor, Keira y Héctor vuelven a la sala de espera y me pongo de pie de golpe.

—¡¿Cómo está Carla?!

—Mejor de lo que pensábamos —responde Ástor, más sereno.

Me alegra verlo mejor. Por un momento pensé que lo perdía otra vez. Ha sido demasiada información de golpe para él.

—¿Puedo verla un minuto? —suplico.

Se miran entre todos unos segundos y Héctor asiente. Creo que me lo permite porque mi padre acaba de morir.

—No tardo nada. Solo quiero darle un beso…

—Che… Sin besos, que nos conocemos, chaval… —replica Héctor, bromista, y Ástor sonríe un poco.

—Habitación veintinueve —susurra Keira, amorosa.

—Ahora vuelvo…

—Voy contigo —se suma Yasmín.

No tengo claro si me convence o no que me acompañe a los sitios. Porque siempre termina pasando algo inesperado…

La invité a dormir conmigo porque me sentía mal de que durmiera en el sofá y terminó corriéndose en mi boca… ¿Hola? Mi vida es como una peli de Almodóvar.

¿Qué coño significó aquello?

¿Que tengo una vena competitiva insaciable o que no puedo resistirme a Yasmín? Una de dos.

O igual son las dos… Pero cuando me dijo que nunca había tenido un orgasmo por poco me da un infarto.

Me señalé con el dedo mentalmente y grité «¡Vergüenza!». Porque vergüenza debería darme no haberme preocupado de que la chica llegara antes que yo en nuestra primera vez; ahora es como una norma sagrada para mí.

Por otro lado, quiero ayudarla a que tenga una vida lo más feliz posible, se lo merece, y está claro que el tema sexual la condiciona por completo.

Con ese pensamiento ha pasado lo que ha pasado en mi casa esta tarde…

No me juzguéis, por favor…

La he llamado porque esta mañana me ha dicho que la avisara si iba. Bueno, y porque no quería volver a pisar esa casa yo solo…

Ástor se ha ofrecido a acompañarme, pero tengo los niveles de dignidad por los suelos con él… y con Yasmín por los cielos después del impresionante orgasmo que le di. ¡Fue increíble!

No daba crédito a cuánto se estaba excitando en mi cama. Verla en ese estado me condujo a querer hacer lo que fuera necesario para aliviarla.

Su coño me pareció… Bueno, diga lo que diga, me sentiré un cerdo, pero esta mañana en la ducha ha sido el protagonista indiscutible de mis fantasías. No sé cómo pude dormirme con semejante dolor de huevos…

Y todavía no ha desaparecido.

Toda la puta mañana he tenido flashes de su cuerpo desnudo…

Era incapaz de pensar en otra cosa. Tengo sexo asiduamente, pero estas últimas semanas no ha sido así. Desde el día de aquella maldita cita, cuando me enteré de que la habían violado, mi libido pasó a un segundo plano.

Las veces que me he excitado han sido con Yasmín en momentos puntuales, y ahora a mi cuerpo no le motiva hacerlo con nadie más. Es un cabrón de ideas fijas…

Por eso le he escrito como un jodido desesperado para quedar…

¿Con qué intención, si ella no está lista para nada? Solo con la de tenerla cerca y calmar una inquietud latente por que me acaricie otra vez, aunque solo sea la cara. ¡Soy lo peor! Ya lo sé.

Al final, hemos quedado en el exterior de la mansión.

Ástor ha insistido para que me quede con ellos hasta después del entierro de mi padre, pero quiero coger mi coche y algo de ropa.

Cuando Yasmín se ha bajado del taxi a cámara lenta, el corazón me ha dado un vuelco. (Ya le he reñido por ello).

—¡Hola! —Ha sonreído y ha venido a darme un cariñoso beso en la mejilla.

A esto me refería… «Oh, sí…». Necesitaba su contacto como si fuera un maldito cargador de móvil magnético.

Me ha encantado que me pregunte «¿Qué tal?» como si nada. Se le da de lujo disimular que ha leído en mis ojos lo mucho que la he echado de menos.

—Tirando… Y tu día, ¿cómo ha ido, Yas?

—¡Genial! Ha sido muy productivo… —Ha sonreído de medio lado.

—Supongo que no puedes contarme nada.

—Te enterarás muy pronto, Saúl. Ahora vamos a centrarnos en la misión que nos ocupa. —Señala la casa.

—Me han llamado antes de la morgue… —le he informado—. El cuerpo de mi padre está listo para ser entregado. Ástor se ha encargado de todo… El funeral será mañana por la mañana.

—Vale… —Me ha acariciado el brazo sin saber qué más decir.

—Necesito coger un traje…

—Está bien… Pues vamos.

Hemos entrado en la mansión y la calma que se respiraba me ha dado escalofríos. Estaba tan limpia y ordenada como si no hubiera

pasado nada. Ástor contrató a un equipo de limpieza y han estado aquí esta misma mañana.

Hemos recorrido todas las estancias, una a una.

—¿Sabes que oficialmente esta casa ya no es mía, Yas? —le he confesado a media voz.

—¿Cómo que no?

—No. Mi padre solo me ha dejado en herencia la legítima en efectivo. Ordenó en su testamento que todas sus pertenencias fueran vendidas para destinar el dinero a una nueva clínica de investigación contra el cáncer.

—Madre mía… ¿Y no se dio cuenta de que de un día para otro no tendrías donde dormir?

—Creo que es justo lo que pretendía… Que me largara de aquí, como siempre deseé. Sabía que quería irme… Y no es como si no pudiera pagarme un hotel mientras pienso qué hacer con mi vida…

—Ya, pero… es un poco frío.

—No dejo de pensar que él sabía cómo me sentiría después de su muerte… Chocado pero aliviado. De todos modos, yo preferiría que estuviera vivo y hubiera sido sincero conmigo.

—Las cosas nunca son como queremos, Saúl… Puedes venir a mi casa si necesitas tiempo para decidirte. Acojo a cualquier animalillo que lo necesite. Con Keira lo hice. —Me ha guiñado un ojo.

—¿Al Museo de las Armas? No, gracias…

—Si te molestan, puedo quitarlas.

—Deberías quitarlas aunque yo no viviera allí, Yas…

—Son bonitas.

—A la gente normal le dan inseguridad, no seguridad.

—Yo no soy normal.

—En eso estamos de acuerdo…

Nuestras miradas se han besado y mis labios se han relamido con envidia.

Correcto, se me va la pinza.

Al ir a entrar en el despacho, ella me ha frenado.

—¿Estás seguro de que quieres pasar?

—Sí… Lo necesito.

Yasmín no parecía muy convencida de entrar en el despacho, pero ha cedido y me ha dejado observarlo todo con calma. Recuerdo

acceder la noche de la fiesta a la voz de «Papá, ¿estás aquí? La gente te está buscando para despedirse…», y verlo colgado a quince centímetros del suelo de una cuerda arriostrada a la viga de madera que cruza el espacio en perpendicular.

Mi primer instinto fue ir corriendo y levantarlo a pulso, pensando que quizá seguía vivo.

—¡¡¡AYUDA!!! —grité varias veces, y no tardó en acudir alguien del servicio.

—Por Dios santo… —oí.

—¡Coge una de las catanas y corta la cuerda! —ordené.

Mi padre tenía dos o tres espadas japonesas expuestas de su viaje al país nipón. Cuando el chico lo hizo, el cuerpo cayó como un fardo y no tuve fuerza para sujetarlo. Nos fuimos juntos al suelo y allí nos quedamos.

—¡Papá! ¡Papá…!

Aflojé la soga de su cuello y le palmeé la cara como si estuviera desmayado. Acerqué mi oreja a su nariz y busqué el pulso en su muñeca haciendo presión con el pulgar. Pero nada…

Mi instinto fue abrazarlo con fuerza como si acabara de perder algo muy valioso y automáticamente me sentí culpable por saber que no era así. Por un momento, creí que se había suicidado por uno de sus berrinches, porque a menudo usaba esa expresión: «Como pierda el Madrid, me ahorco».

«Como no haya una mesa a la sombra, me ahorco».

«Como se hayan agotado las manitas de cerdo, me ahorco».

Le pegaba mucho hacer algo así para llamar la atención y joderme. Lo imaginaba desde el techo, señalándome con el dedo y riéndose de mi desconcierto, pero cuando encontramos la nota supe que no había sido así, y también sentí cierto alivio de que no hubiera tomado la decisión de dejarme solo en el mundo.

—¿Qué pasará con todas sus cosas? —me ha interrumpido Yasmín mientras rememoraba todo eso—. Con su ordenador, por ejemplo… ¿Es ahí donde guardaba nuestro vídeo porno?

—Supongo que sus cosas personales me las darán a mí…

—Me gustaría verlo… —ha soltado Yasmín de pronto.

—¡¿Cómo dices?!

Mis cejas han subido hasta el nacimiento de mi pelo.

—Quizá verlo me ayudaría a normalizar el sexo otra vez, Saúl…

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

—¡Joder, Yas…!

—¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza que te vea después de lo de ayer?

—Bueno, ayer tú no me viste nada en realidad…

—¿Eso es un reproche?

—¡No! Me imagino que tienes aprensión a esa zona en concreto de la anatomía de los hombres, ¿me equivoco?

—No te equivocas. Por eso verlo en vídeo igual me ayudaría… Además, no creo que se vea demasiado, no es como si fuera una peli porno de verdad, donde se enfoca todo de cerca…

—¿Tú ves porno? —he preguntado sorprendido.

—No, pero a veces me salta alguna página en el ordenador.

—Preferiría que no vieras ese vídeo, Yasmín…

—Pues intenta localizarlo para borrarlo, por lo menos.

—Ya obligué a mi padre a hacerlo en su momento. Aunque el otro día me amenazó con enseñártelo si no salía contigo, así que tendrá copias… Pero hay muchísimos, y seguro que le ha cambiado el nombre. Va a ser imposible encontrarlo…

—No si buscamos por fecha de creación.

Yasmín se ha sentado en la silla de mi padre y me ha pedido la contraseña de inicio.

No entiendo cómo ha filtrado la búsqueda hasta quedar solo siete posibilidades, y ha ido abriéndolos uno por uno hasta que…

«Dios… ¡Es ese!».

El vídeo ha comenzado con nosotros entrando en mi habitación y revisando mi cofre de los recuerdos. Un cofre que terminé guardando en el trastero solo porque me recordaba demasiado a Yasmín…

—Ya lo has encontrado. Bórralo y listo —me he afanado en decir.

—Espera, Saúl… Deja que mire un poco, por favor…

He resoplado sabiendo que era una pésima idea.

Debería haberme apartado para que lo mirara sola. Sin embargo, me he quedado apoyado en el respaldo tras ella, sin poder apartar los ojos como si fuera un jodido morboso.

He rememorado tantas veces aquella situación que me la sé de memoria, pero el visionarlo ha sido demasiado.

Había olvidado pequeños detalles. Y oír cómo se le cortaba la respiración a Yasmín en algunos instantes ha terminado de ponerme enfermo.

Al no haber sexo oral, los movimientos no eran demasiado explícitos, y aun así recordar lo que sentí al hacerlos ha sido la hostia… Verla bombear mi miembro ha hecho que se despierte cierta actividad no autorizada en mis calzoncillos.

El momento de la penetración se apreciaba claramente, y no he podido evitar morderme los labios al revivir cómo la traspasaba.

Todo terminó vergonzosamente rápido. ¿Cómo iba a correrse?

Al final, he parado el vídeo, que continuaba grabando cuando nos levantamos de la cama, y le he dado a «botón derecho, borrar».

—¡No lo borres! —ha exclamado Yasmín súbitamente—. Mándamelo a mi e-mail…

—¿Qué dices? ¡Ni de broma!

Vuelta hacia mí como estaba, mi paquete le quedaba a la altura de los ojos y no ha podido evitar fijarse en lo abultada que tenía esa zona del pantalón. He creído morir.

—Por favor, Saúl… —ha empezado—. Puede que sea la única vez en toda mi vida que haga el amor y deseo tenerlo de recuerdo.

—¡Pero ¿qué dices?! ¡Esa no va a ser tu única vez!

—Hoy por hoy, lo pienso de verdad. Por favor, mándamelo, no quiero perderlo.

—¡Joder, Yas…! —Me he pasado la mano por el pelo porque he sentido que iba a ceder—. Pero no se lo enseñes a nadie nunca, ¿vale?

—Te recuerdo que soy policía.

Se lo he enviado y, acto seguido, he borrado todo rastro, incluso de las papeleras.

—Listo. Ahora vámonos de aquí…

Hemos subido a mi habitación, y al abrir la puerta he tenido un *déjà vu* de ver a Yasmín besando a Charly en la fiesta. Estaban tan juntos que presenciarlo fue como un latigazo…

He ido directo a mi armario y ella ha ido directa a mi cama…

Mala idea. ¡Ese era el lugar de los hechos!

Cuando he terminado de reunir lo que necesitaba, tras un incómodo silencio, la he mirado para descubrir que no tenía ninguna intención de moverse…

—¿Nos vamos, Yas?

—No.

Juro que una gota de sudor frío ha resbalado por mi espalda.

—Antes te debo una cosa…

—Yas, no empieces… —he musitado cerrando los ojos.

—¡Pero es cierto! Te la debo… Sé cómo sois los tíos. Anoche diste salida a mi excitación, pero no tuviste la tuya. Y ahora te he obligado a ver el vídeo y también te has excitado. Me parece muy injusto para ti, Saúl…

—Déjalo. ¡No me debes absolutamente nada! —he dicho sulfurado.

—Siéntate un momento aquí, por favor… —Ha palmeado la cama, y he obedecido sabiendo que no debería acercarme a la tentación.

—¿Qué quieres?

—Respóndeme a una cosa: ¿tienes ganas de masturbarte ahora mismo?

«Si ella supiera de lo que tengo ganas…».

—No.

—¿Por qué me mientes? No pensaba que fueras de los que mienten sobre temas sexuales…

—¡Bueno, vale…! Claro que me ha excitado ver el vídeo, pero…

—Pues desahógate.

—¿Qué?

—Aquí, delante de mí… Quiero ver cómo lo haces.

—¡¿Te has vuelto loca?! —He exclamado alucinado. Y excitado…

—Para nada. Como has dicho, tengo aprensión a las… pollas —ha dicho esto último sin voz—. Pero igual a la tuya, sabiendo que no tiene intención de meterse en mí, no se la tenga. Creo que me vendría bien verlo… ¡Y tú ayer viste mi entrepierna en todo su esplendor! Así que me lo debes, Saúl…

—¡¿Por qué siempre nos debemos tantas cosas?! —Me he reído. Y Yasmín también.

—Lo digo en serio, Saúl… ¿No querías ayudarme? Dijiste que éramos amigos. Ayer compartí un orgasmo contigo, y ahora quiero ver cómo lo tienes tú. Te lo debo y me lo debes…

—¡Mierda, Yas…! —He echado la cabeza hacia atrás y me he frotado la cara. Pero esa simple conversación ha vuelto a ponerme a

cien y mi pantalón ya no ha disimulado—. ¿En serio te ayudaría verlo?

—Te lo estoy pidiendo…

—¿Así? ¿En frío…?

Se ha aproximado a mí hasta quedarse a cinco centímetros de mis labios.

—¿Qué haces?

—Acercarme a ti. Que estés cerca me hace entrar en calor… Igual contigo también funciona.

Ha pegado su mejilla a la mía, y Yasmín me ha empezado a acariciar el cuello con una sensualidad maligna. Las ganas de devorar su boca se me han clavado como agujas en la piel y he pensado que hace quinientos años la habrían colgado por bruja.

—¿Funciona? —ha preguntado con una inocencia masticable.

—No dejes de tocarme… —he musitado haciendo que mis palabras le rozaran la cara como si la estuviera incitando a besarme.

Yasmín ha usado las dos manos para acariciarme el pelo, el cuello y por fin la barbilla…

—Me va a hacer falta algo más que esto… —he susurrado en la comisura de su boca.

Era mentira, ya estaba durísimo, pero quería que se lanzara a mis labios. Se los he mirado hambriento y ella ha pegado su boca abierta a la mía sin titubear.

«¡Guau…!».

«Besarla es una adicción de las que pueden destrozarte la vida, pero todo sea por… ayudarla… a… ¡Dios…!». En ese momento, me he dado cuenta de que no puedo negarle nada. Ojalá nunca lo sepa.

—Desabróchame el pantalón —he ordenado en sus labios, y he seguido besándola con una cadencia desquiciante.

Lo ha intentado, pero al final he tenido que ayudarla porque no atinaba. Falta de costumbre, supongo… Y que estaba totalmente derretida en mi boca, claro.

«Joder… Y seguro que su entrepierna está igual».

No he dejado de besarla hasta que la parte de mi anatomía que más le interesaba ha quedado al descubierto.

«Ten cojones…», me he dicho.

«Trágate la vergüenza y hazlo por ella».

«Deja que lo vea. Que te vea. Y que lo estudie… Tú anoche miraste y saboreaste a tus anchas».

Cuando he visto que miraba mi miembro, no con satisfacción, sino como si fuera un perro a punto de atacarla, se me ha pasado todo el pudor.

—Eh… No pasa nada… —he susurrado para que se relajara.

Lo hinchada que estaba asustaría a más de una, pero la he acogido en mi mano con suavidad, como cuando un dueño te demuestra que el temible animal se deja acariciar y que no muerde aunque no deje de observarla fijamente con un solo ojo…

He gemido bajito para enfatizar que me gustaba ese contacto, que era algo bueno, sin dejar de mover la mano arriba y abajo con lentitud.

—Anoche me supiste a gloria, Yas… —me he sincerado. Ha sido mi forma de empezar mi cometido. Tenía que lograr que su miedo fuera sustituido otra vez por la excitación—. Me encantó comerte… Estabas tan mojada, tan hinchada y tan a punto de explotar…, ¿lo recuerdas?

—Sí… —ha dicho sin quitar la vista de encima a mi falo.

—Pues yo estoy igual ahora… Siento lo mismo.

Tras lamerse los labios, ha tragado saliva como si se le hubiera acumulado en la boca. Ese gesto ha hecho que se me pusiera aún más tiesa y he aumentado el ritmo de mi mano.

Si me hubieran jurado que iba a hacer esto alguna vez en mi vida, los habría tachado de locos. Si me masturbo, es solo. De lo contrario, lo hacen por mí…

He intentado transmitirle mi estado con sonidos y creo que le convencía lo que veía, así que se me ha ocurrido una idea.

De repente, he apartado mi mano y he puesto a Yasmín contra las cuerdas.

—Házmelo tú… Venga, tócame…

—¡No! Yo no puedo… —Su expresión aterrada me ha chivado que he dado justo en el clavo para avanzar.

—Por favor… Necesito terminar como tú ayer. Lo necesito tanto…

He echado la cabeza hacia atrás como si estuviera sufriendo lo indecible. Un poco de escenificación siempre ayuda.

—¡No! ¡Sigue tú, por favor…!

—No me dejes así, Yas… —he insistido, desesperado—. Hazlo…

He cogido su mano con cuidado y la he acercado despacio hasta donde me urgía. Puede que también haya gemido más de la cuenta cuando he notado su toque, pero eso la ha animado.

—Sí…, así —la he alentado, y ha empezado a estimularme despacio.

Que te lo haga otra persona me parece mil veces mejor, porque deja de ser un acto físico y empieza a tener connotaciones emocionales.

—Me estás matando, preciosa… Necesito más velocidad…

Me ha hecho caso y ha empezado lo bueno de verdad.

—Oh, Dios… ¡Sí, joder! —he dicho muy en serio. Y no exageraba esa vez.

Un minuto después, estaba a punto de correrme y me he preocupado por dónde hacerlo.

—Ya sigo yo… Estoy a punto… y no tengo nada con que recogerlo… Usaré mi mano.

Su siguiente movimiento ha hecho que me explote la cabeza. Se ha agachado y mi miembro ha desaparecido en su boca.

Ni siquiera me ha dado tiempo a frenarla. Solo un improperio la ha avisado de que en tres sacudidas más iba a reventar como la maldita presa Hoover.

—¡Jo… der…!

Me he dejado llevar como en mi vida, notando perfectamente que le llenaba la boca de éxtasis líquido. La sensación ha sido tan brutal que por poco me desmayo.

—¿Lo he hecho bien?

He abierto los ojos, alucinado, en cuanto he oído la pregunta.

—¿Bien? Por Dios… ¡Claro! ¡No esperaba para nada que hicieras eso, Yas!

—Me ha entrado curiosidad… —Se ha encogido de hombros—. Me preguntaba cómo sería. Y como tú ayer lo hiciste conmigo…

—Pues ha sido la hostia… —admito anonadado.

«Más bien, fulminante…». Lo de enamorarme otra vez de ella, digo.

Porque he tenido otro *déjà vu* tremendo. De cómo era antes. Una chica que te dejaba de piedra en el momento más insospechado.

Alguien que hacía lo que quería, cuando quería y como quería. Te pareciera bien o mal. Nadie le mandaba. Y eso era… irresistible para mí.

Una hora después, normalizando la situación como si fuésemos muy maduros y modernos, hemos llegado a casa de Ástor y Keira.

Ástor ha debido de notármelo en la cara, porque cuando he ido a dejar el equipaje a mi cuarto me ha seguido, preocupado.

—¿Qué tal ha ido en tu casa?

—Esa ya no es mi casa…

—Tecnicismos, Saúl. ¿Va todo bien?

—Sí… —he dicho sin estar muy convencido de los extraños fenómenos que han sucedido en ella. La mejor mamada de mi vida, nada menos.

—Habéis entrado con unas caras muy raras… ¿Ha pasado algo?

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy pesado?

—Nunca. —Ha sonreído canalla—. A la gente le gusta contarme sus cosas. Al menos a ti solía gustarte…

«¿Tirando de la artillería pesada? ¡Mira que es cotilla!».

—¡No ha pasado nada, Ástor…!

—Me gusta lo caballeroso y reservado que eres.

He guardado silencio confirmando sus sospechas. Y ha sonreído.

—No te preocupes, ya me lo contará Keira cuando se lo sonsaque a Yasmín.

—Ha pasado algo —he confesado—. Pero no es lo que crees… Solo intento ayudarla a que pierda el miedo a los hombres… Creo que es lo mínimo que puedo hacer…

—Muy considerado por tu parte…

—¿Te estás cachondeando de mí?

—¡No! —Sonríe como si fuera un sí enorme—. Entonces le estás dando una especie de clases particulares, ¿no?

—Vete a la mierda, As…

—¡Solo que te las paga con orgasmos!

Lo he sacado a empujones de mi habitación mientras se reía.

¡Maldito fuera!

Pero después la noche se ha torcido considerablemente cuando han llamado para avisar del ataque a Carla.

Yasmín tenía razón: no hacía falta que me contase nada. Me he

enterado de todas las novedades muy pronto, y me han parecido apabullantes para los De Lerma.

Entro en la habitación veintinueve, y veo a Carla malherida y vendada. Todavía no me creo que la hayan acuchillado.

—Holaaa… —susurra suavemente como si se alegrara de verme.

—Hola, preciosa… Menudo susto nos has dado.

—Me estoy haciendo la fuerte, pero ha sido lo peor que me ha pasado en la vida, Saúl… Pensaba que iba a morir.

—Habrás tenido mucho miedo. —La acaricio.

—Hola, Yasmín… —la saluda afable.

—Hola, guapa… Siento mucho lo que te ha ocurrido…

—Lo importante es que ya estoy fuera, y todo gracias a vosotras…

—Te recuperarás muy pronto, ya verás.

—Siento mucho lo de tu padre, Saúl.

—Gracias, Carla…

—¿Cómo estás tú?

—Está siendo duro…

«Muy duro darme cuenta de lo poco duro que está siendo». Trago saliva.

—Me alegra que os tengáis el uno al otro. —Carla nos sonríe—. Formáis una pareja perfecta.

—No estamos juntos —me doy prisa en corregir. Quizá demasiada.

Mi amiga se sorprende de oírlo y Yasmín pone mala cara.

«¿Qué he dicho…?».

—Ah, ¿no? Héctor me aseguró que estabais saliendo…

—Aquello fue un montaje —resuelve Yasmín con inquina—. Solo somos amigos, ¿verdad, Saúl?

—Sí… Amigos…

La palabra me quema en la garganta como si fuera azufre.

—Es genial tener un amigo como él… —añade Yasmín—. Ya sabes, de los que te comen el coño como si nada. ¿A ti también te lo comía?

Carla nos mira estupefacta.

—Espero que te cures muy pronto —tercia Yasmín a modo de

despedida. Y abandona la habitación sin decir nada más.

Miro a Carla mortificado y me sonríe con una patente diversión.

—¡Recuérdame por qué dejé de ser tu amiga!

Suelto una risita, pero niego con la cabeza, apurado.

Carla me mira con una expresión cargada de sororidad entre mujeres y capto su mensaje: «Eres idiota».

Lo admito. Y sufro en mi piel lo que duele que una boca en la que hace nada has tenido el mejor orgasmo de tu vida te ningunee sin fingir un poquito de cortesía.

ástor

25
De tal palo

Un día después, sigo cabreado.

No hay nada que me reviente más que irme a dormir de mal humor. No descanso bien y tengo pesadillas horribles; no era para menos con las últimas noticias de Charly.

¡Era mi mejor amigo…! Y nuestro hermano. E intentó matarnos provocando un accidente.

No me digáis que no es para perder el jodido juicio…

Dejó a Héctor paralítico y a mí me jodió la cabeza más de lo que ya la tenía después de criarme con un padre que era el diablo en persona.

¿Cómo pudo guardar Charly ese secreto tantísimo tiempo?

¡Han sido dieciséis años de amistad! Hay que estar

verdaderamente loco para terminar desarrollando sentimientos reales por gente a la que luego planeas borrar del mapa sin ningún tipo de remordimiento.

¡Mato a Ulises, joder…!

Creía que un ser aleatorio de los muchos que querían liquidarme se lo había llevado por delante por ser el mejor guardaespaldas del mundo, pero que haya sido Charly es una información que no pienso tragarme con cara de cuerdo.

Su madre le soltó la bomba a Keira de que éramos hermanos y ella se lo calló durante días. Estoy MUY cabreado. Entiendo que sea su trabajo y que creyera que era lo mejor, pero no puedo evitar sentirme traicionado por lo que implica: no se fía de mí.

—No podías saberlo… —respondió cohibida a mi pregunta no formulada cuando nos dejaron hablar a solas en el hospital—. Mírate, Ástor… Y ahora imagínate tener que estar con Charly bebiendo margaritas y riéndote… sabiendo todo esto. ¡No habrías podido soportarlo! ¡Tú no sabes fingir!

—Llevo fingiendo siete largos años… —repliqué desabrido—. No me diste la oportunidad, Keira. Me apartaste. Me descartaste como alguien incapaz de ser razonable, cuando la felicidad de Héctor estaba en juego.

—Por lo general lo eres, pero con Charly habría sido arriesgado. Es demasiado listo e intuitivo. Habría sido una cagada decírtelo y, sinceramente, esperaba equivocarme con él, de todo corazón…

—Eso puedo entenderlo, pero entiende tú que ya que esa información repercutía en mi eterna culpabilidad por el accidente de Héctor, debiste decírmelo…

—¡No lo hice porque no quería que sufrieras más!

—¿Y creías que no me haría sufrir descubrir que me has mantenido al margen de la investigación más importante de tu vida?

—Ástor…, tú eres lo más importante de mi vida. ¡Necesito que lo entiendas! —exclamo Keira, desesperada—. ¡No podía correr ese riesgo!

—Lo entiendo —musité afligido—. No podías correr el riesgo de confiar en que actuara con normalidad. Soy guapo y estúpido…

Su silencio otorga y vuelve a doler. Tengo que asimilar que lo más importante para ella siempre será su trabajo, no yo.

—Para Carla, Héctor sí es lo más importante —expuse—. Salta a la vista…

No quería mezclar las cosas, pero si no lo decía reventaba. Tenía el maldito tema martilleándome el cerebro.

—No nos compares… —dijo cabreada—. ¿Eso es para ti el amor de verdad? ¿Ceder a hacer todo lo que desee tu pareja, aunque no te complazca?

—El amor también es sacrificio, Keira. No es perfecto. Y es una forma de querer que persigo y merezco. Una en la que rompes una lanza en favor de la confianza. De buscar una solución juntos, de pasar de prejuicios y oligarquías impuestas por la sociedad, por ejemplo, sobre cómo debería ser la maternidad. Es una forma de querer que tiene en cuenta los sentimientos del otro. Y tú no los has tenido al ocultarme todo esto. Considerabas más importante hacer bien tu trabajo y ser profesional…

—No estoy de acuerdo. Desde que te conozco, he sido una ruina de inspectora. Precisamente porque trato de proteger tus sentimientos…

—Pues te ha salido mal. ¿Sabes lo que me he rayado estas semanas? Te notaba rara, joder… Sabía que te pasaba algo y creía que era por mí. ¡Has dejado que pensara que no estabas segura de nosotros!

—¡Es que no lo estaba! Lo de Olga tampoco ha ayudado mucho a ser sincera contigo… Tú no lo has sido conmigo.

—Yo no he hecho nada con Olga —sentencié endemoniado—. Yo si te lo oculté fue para protegerte y que no sufrieras por algo infundado. ¡Pero lo que tú me has ocultado es cierto! ¡Es real!

—¿Es algo infundado planear tener un hijo con ella a mis espaldas?

—Eso es ridículo, Keira. Puede que algún día quiera tener un hijo, pero tranquila, no será con Olga. Y olvídala ya; no mezclemos temas. Ya he cortado todos los puentes con ella. Lo único que me importa es que esta tarde, en la bañera, sabías todo esto y no me lo has dicho… ¡Estabas como si nada! —La miré dolido.

—Como si nada, no… —balbuceó con los ojos brillantes—. Iba a contártelo, pero intentaba alargar un poco más el no verte tal como estás ahora… Es una información muy dura de oír, y me agarraba al

«Ojos que no ven, corazón que no siente».

—¿Recuerdas lo que me contestaste cuando te dije eso mismo al ocultarte que todo el mundo nos vería haciendo el amor en el KUN? Dijiste: «Pues te has equivocado. Sí que siento. Me siento jodidamente engañada…». Igual que yo ahora mismo.

—Lamento que te sientas así. —Sonó incomprendida—. Pero tienes que entender que no podía poner en peligro la investigación. Soy policía, Ástor… Mi deber es protegeros a todos.

—Bien… Pero admite que la razón es que no confías en mí —musité al borde de las lágrimas—. Y no te engañes más, ese es el único motivo por el que no deseas tener hijos conmigo, porque no confías en mi rol de padre. No confías en que cubra una responsabilidad que tú no quieres adquirir. No confías en mí, Keira… Si no, no te habría hecho tanto daño lo de Olga.

Me levanté iracundo tras ese análisis pormenorizado de nuestra situación de pareja y me fui hacia la máquina de bebidas sin tener sed en absoluto. ¿Cómo iba a tenerla si lloraba ríos por dentro?

Cabrearme es mi modo de camuflar lo triste que estoy. Lo abatido. Lo vencido… Saúl dijo que había ganado, pero yo no lo siento así. Perdí a Ulises y ahora he perdido a Charly. Al menos, a la persona que creía que era; porque para mí ya es otra. Una que me propongo mantener lo más lejos posible de la gente a la que quiero.

Volvimos a casa del hospital a la una de la madrugada.

Lo único bueno fue que Héctor estaba mucho más tranquilo.

Me despedí sombrío de todos y los deje en el salón. Quería estar solo.

Me lavé los dientes, me puse el pantalón negro de yoga y me metí en la cama sin camiseta, pensando: «Mañana será otro día». Y lo es. Uno peor, de hecho… Hoy es el entierro de Xavier.

Ayer me pasé la mañana en su casa con mi madre eligiendo el traje con el que despedirle y recibimos al equipo de limpieza para que lo dejara todo perfecto para cuando fuera Saúl esa misma tarde. También hice un comunicado oficial en el KUN y los del seguro me dijeron que se ocuparían del resto de los trámites.

Me he tomado muchas molestias por los Arnau y he tenido que admitirme a mí mismo que siempre han sido importantes para mí.

Era inevitable que Saúl y yo retomásemos el contacto si nuestras

chicas se habían hecho íntimas, pero lo cierto es que llevaba intentando recuperarle desde mucho antes de que muriera Ulises. A su lado, me sentía más yo mismo.

Saúl era una constante en mi vida que me recordaba quién quería ser. Y gracias a su actual apoyo en el KUN, pronto tendré holgura suficiente para plantear la suspensión de las subastas de Kaissas. Hablando con la gente, he logrado convencer a muchos de que como institución esa práctica nos deja por los suelos. Si lograra abolirla, la dinámica de los *Kampeones* también moriría y podríamos competir por placer. O por prestigio. O por dinero. Pero por nada más.

Estaba boca arriba con los brazos bajo la cabeza cuando Keira se metió en la cama, y noté que me miraba como un cachorro abandonado. Las tornas habían cambiado a raíz de nuestra última conversación.

—Necesito que lo veas, Ástor… —empezó tristona—. Mi intención no era dejarte al margen porque no me parezcas de fiar, fue porque no deseaba que sufrieras… Esa es la verdad. No sé si hice bien o mal, pero necesito que me perdones y vuelvas a quererme… a ser posible antes de cinco minutos, porque estoy que me caigo de sueño.

Quizá hasta habría sonreído de medio lado si descubrir que Charly es mi hermano y que había intentado asesinarnos no me hubiera tocado tanto los cojones.

Quería hablar con mi madre. ¿Sabría ella algo de todo esto? No me había atrevido a llamarla. Todavía estaba digiriéndolo.

No creo que fuera una sorpresa para ella descubrir que mi padre tenía una amante. Seguramente ella también los tuvo, porque no recuerdo que hubiese estado enamorada de su marido nunca.

—Todavía te quiero, Keira… —admití serio—. Y lo entiendo… Pero no me pidas que te perdone. Hoy, no… Ha sido demasiado para mí.

La amargura se coló en mi voz y ella guardó silencio, dolida.

—El ataque de Carla ha sido un buen batacazo… —murmuró—. No me lo esperaba. Charly se ha tomado muchas molestias, llegando incluso a matar, para no quedar mal con vosotros, y ahora hace esto… No me cuadra nada.

—No le busques lógica. Es un maldito enfermo que no sabe ni lo que hace. Y no quiero hablar más de él por hoy, Kei. Ya he tenido

suficiente… Solo quiero dormir.

—De acuerdo…

Apagamos la luz y nos acomodamos sin un beso de buenas noches.

En los últimos quince días ya iban muchas veces que no nos lo dábamos. El dolor era real. Me sentía tan vacío…, tan débil, tan engañado y tan poco querido que no tenía fuerzas para perdonarla. No habría sido sincero.

Sentí que se adaptaba a mí en la oscuridad y que pegaba su mejilla a mi espalda desnuda, como si fuera una roca que estaba segura de que no iba a ceder ni un milímetro de cariño, y me escocieron los ojos mientras intentaba dormirme.

Como decía, he dormido fatal.

El día promete ser nublado y taciturno. Ideal para acudir a un entierro, pero tengo algo que hacer antes de ir al cementerio.

Decido levantarme cuando Keira se mete en la ducha. Me pongo un traje negro con camisa gris oscura y corbata a juego con la muerte. Carmen nos facilita un desayuno con varias fuentes de comida dulce y salada como si fuera el bufet libre de un hotel de cinco estrellas.

Saúl aparece todavía sin arreglarse. Hay tiempo hasta las doce.

—Buenos días…

—Hola. ¿Ya te has vestido?

—Sí, tengo que hacer un recado a primera hora —explico seco.

—¿Estás mejor? —me pregunta el hijo del muerto, y me siento ridículo por robarle el papel protagonista un día como hoy. Pero no quiero mentirle.

—No. No estoy mejor…

No añadimos nada.

Hoy no hay lugar para bromas en el desayuno. He dicho que seguía cabreado. Y puestos a pagarlo con alguien, ya sé con quién va a ser… Yo también he estado haciendo los deberes por mi cuenta mientras Keira investigaba por la suya.

La susodicha aparece con una de mis piezas de ropa favorita suya. Se trata de un mono entero de color negro que le sienta de vicio. Creo que es el mismo que llevó en el entierro de Sofía.

Se ha recogido la melena en un moño austero, queriendo

transmitir que no es un día para lucirla suelta, pero creo que no entiende que su cuello despejado es una tentación todavía más provocadora.

Va repartiendo besos a diestro y siniestro en la mejilla a todos, y cuando llega a mí me da otro igual de impersonal. Mis labios patalean rabiosos y empiezan a insultarme, pero mantengo mi rictus serio, apretando la mandíbula.

—¿Ya te has vestido? —me pregunta observadora.

—¿Y tú?

—Yo tengo que pasar antes por un sitio —explica—. Yasmín se viene conmigo. Nos encontraremos allí.

Nos retamos con la mirada, y Saúl nos observa precavido sabiendo que pasa algo raro entre nosotros por el tono que usamos.

—Yo también tengo que hacer un «recadito secreto» antes de ir al entierro, luego vendré a por Saúl y Héctor. Nos vemos allí…

Keira arquea la ceja ante la pulla, pero no pregunta nada.

El desayuno es silencioso. Solo Yasmín parece cariñosa con Saúl, aunque él sigue marcando las distancias con ella. Aficionado… El orgullo le saldrá caro en un día como hoy.

Las policías se marchan, y poco después yo lo hago en mi coche.

De camino a la universidad, llamo a mi madre. Ya hablé ayer con ella para contarle lo que decía la carta de Xavier; está desolada por su muerte. Debía de ser la única persona a la que ese cabrón trataba bien, aparte de a Sofía, claro.

—Oye, Siri: llama a mamá —digo a mi teléfono.

Oigo los tonos por el manos libres, y descuelga.

—Hijo, ¿cómo estás?

—He estado mejor… Ayer me enteré de una cosa y quiero que seas totalmente sincera conmigo, mamá… No me mientas tú también.

—No me asustes, Ástor. ¿Qué pasa? ¿Qué es tan importante que no puede esperar? Vamos a vernos en un par de horas en el cementerio…

—Allí no podremos hablar de esto… Por eso te llamo.

—¿Qué es?

—¿Tú sabías que Charly es nuestro hermano?

—¡¿QUÉ?! ¡¿Charly?! ¡¿Qué dices?! ¿De dónde has sacado eso?

Se lo cuento todo y, por el tono de su voz, creo que no tenía ni

idea, aunque tampoco parece sorprenderle mucho.

—Madre mía… ¡Entonces de tal palo, tal astilla! Tu padre estaba loco y Charly habrá salido a él… Menos mal que vosotros no sois así.

Paso por alto el comentario porque lo que estoy a punto de hacer avala totalmente que la sangre psicópata de los De Lerma también corre por mis venas.

Repito, estoy cabreado.

Aparco el coche en la facultad de Derecho y busco a mi víctima.

—¿Santiago Royo?

—¡Señor De Lerma…! —balbucea sorprendido y acojonado.

—Me recuerdas; mejor para ti… Dentro de unos días te llegará un burofax con un texto admitiendo que participaste en una violación en grupo hace cuatro años. Si lo firmas, te garantizo que la noticia no trascenderá ni afectará al resto de tu vida. Si no, iremos a juicio y, aunque no haya pruebas suficientes para que el tribunal os condene, me encargaré personalmente de que todo el mundo lo sepa y os joderé la vida, a ti y a todos tus amigos. Preferirás estar muerto, créeme… La empresa de tu padre perderá sus mejores contratos. Tus posibilidades de casarte bien se verán arruinadas. Estarás vetado en los mejores círculos. Sin embargo, si vas a la cárcel, es posible que estés en la calle en poco tiempo por buena conducta. Depende de ti.

—Por favor, señor… —suplica aterrado—. Tenga piedad, ¡se lo ruego! Siento muchísimo lo que pasó… ¡No sabía lo que hacía! Había bebido mucho esa noche, ¡y en aquella época era estúpido! ¡He madurado! Pediremos perdón a Yasmín y le daremos dinero, si quiere… Pero por favor, no puedo ir a la cárcel. ¡No soy un asesino! ¡Solo soy un buen chico que cometió un error! ¿Va a dejar que una mala noche arruine el resto de mi vida?

—Abusaste sexualmente de una chica indefensa. Eso no es una «mala noche», eso indica que eres un peligro para la sociedad. Fuiste tú y solo tú el que se arruinó la vida y también a Yasmín. Pídele perdón si quieres, pero te juro que vas a asumir las consecuencias de tus actos, en tu mano queda si de una forma o de otra. Y no tardes mucho en decidirlo, porque si alguien no gana nada con este acuerdo soy yo, y se me está acabando la paciencia…

—No puedo hacerlo… —farfulla ahogado en unas lágrimas que se resisten a aflorar. Le abruma ser incapaz de hacer lo que le pido.

—Hay otra alternativa… —digo de pronto.

—¡¿CUÁL?! ¡Sea la que sea, la cojo!

—Dime los nombres y apellidos de los que participaron aparte de ti y te dejaré al margen, pero alguien tiene que pagar por esto.

—¡Fueron Gustavo García, Nicolás Lanzuela y Pedro Barquín! Pero… por favor…, ¡yo no puedo ir a la cárcel!

Niego con la cabeza, asqueado.

—Qué ruin es dejar que otros asuman la culpa, siendo tú incapaz… Supongo que no se puede pedir a un cobarde que sea valiente, por eso lo he grabado todo —digo sacando el móvil de mi bolsillo—. Nos vemos en los tribunales, chaval…

Me voy sabiendo que me he ganado otro enemigo. Uno más que se suma a mi larga lista. Pero me siento mucho mejor.

Vuelvo a casa satisfecho para recoger a Héctor y a Saúl.

—¿Estáis listos? —vocifero desde la puerta nada más entrar.

Cuando acuden y me preguntan adónde he ido, contestó que tenía que ir a pagar mi cabreo con alguien y luego les enseño la grabación.

—¡Dios mío…! —exclama Saúl, estupefacto. Me mira como si estuviera viendo al mismísimo Dios y estalla en júbilo—. ¡¡¡Esto es genial!!! Madre mía… ¡¿Cómo has conseguido sus nombres, Ástor?! ¡Muchas gracias!

—No me las des. Y vámonos ya, hay que llegar de los primeros.

Nos ponemos en marcha algo más serios. Una vez en el vehículo reina un silencio sepulcral hasta que Héctor dice:

—Hay que pasar por esto, chico… Nosotros lo hicimos con nuestro padre y, por muy cabrón que fuera, va a ser duro…

—Lo sé…

—Oye, Saúl, ¿por qué no te quedas unos días más con nosotros?

Y me alegro de que esta vez sea Héctor quien lo presione para que se quede. ¿Qué cojones va a hacer un chaval de veintidós años solo en ese casoplón?

—No quiero molestaros más…

—No nos molestas —apostillo deprisa.

¿Acaso doy la sensación de que la gente me molesta? Quizá antes fuera así, pero ahora soy diferente. Todo lo es. Yo lo soy. O tal vez

esté volviendo a ser el mismo por fin.

—Yasmín me ha ofrecido vivir con ella… —suelta de golpe.

Héctor y yo nos miramos con los ojos muy abiertos. Nos morimos por vacilarle, pero no es el momento y nos mordemos la lengua.

—Es una buena oferta… —opina Héctor con esfuerzo.

Saúl levanta una ceja inquisidora intentando captar algún tipo de ironía en ella.

—Mientras no estés solo… —secundo.

—Yasmín es muy buena compañía —patina Héctor procurando ocultar una sonrisa.

—Muy buena, sí… —lo sigo, y veo que Héctor se pone un puño en la boca para disimular su diversión. Es un cabrito.

—¿Ni siquiera hoy podéis parar? —protesta Saúl, molesto.

—¡Si no hemos dicho nada! —Me hago el inocente. Pero mi sonrisa momentánea me delata y vuelvo a guardarla.

—Te lo estás imaginando todo, chaval… —añade Héctor con su habitual seriedad cómica.

Me muerdo el carrillo por dentro para guardar las apariencias.

—Sois unos cabrones… —masculla Saúl.

Mi hermano y yo estallamos en carcajadas sin poder evitarlo. Nos miramos risueños, y no abarco cuánto lo he echado de menos. Y a Saúl… Quizá no esté todo perdido, al fin y al cabo.

Pero es pensar en Keira y, al instante, una nube negra vuelve a cubrirme.

Llegamos al entierro y saludamos a muchísimas personas por puro protocolo. No se parece en nada al entierro de Ulises, donde todos hablaban sin parar y no escondían sus sentimientos. Esto no deja de ser un escaparate más de la *jet set*. Y me parece penoso e incómodo. Para ellos no es más que otro día de ostentación en el que socializar por interés.

Acude infinidad de gente, Xavier era un hombre muy popular, y todos quieren dar el pésame al hijo del difunto. Me mantengo a su lado como si fuera su perro guardián.

Localizo a las chicas y hago un gesto a Keira con la cabeza cuando me mira. En el interior de la capilla nos buscan en primera fila, y solo cuando la misa empieza me digno mirar a mi futura esposa al notar que ella también me mira.

«Hola».

«Hola…».

Siento que me coge de la mano y me traslado al entierro de Sofía. A aquella tarde en Atienza. A aquella noche mágica y las bromas por la mañana de Charly y Ulises…

Mi corazón vuelve a inundarse de tristeza y consigo dar la imagen perfecta para enterrar al tocapelotas de mi padrino.

Dicen que el karma se ceba con las buenas personas y nunca da su merecido a las malas, pero en mi vida no se cumple esa premisa. A no ser, claro, que la muerte sea un destino mucho más dulce en comparación con lo que me tiene preparado a mí en vida…

De repente, siento que Keira me suelta la mano para atender su teléfono, que está en modo vibración.

—Tengo que cogerlo —se disculpa en voz baja, y sale con rapidez de la capilla.

Poco después, veo que le llega un mensaje a Yasmín, que me mira preocupada. Al momento me llega otro a mí.

Keira:

Cariño, tengo que irme… Han localizado a Charly.

Te llamo en cuanto sepa algo más

Veo que Yasmín dice algo a Saúl. Este asiente y ella le da un efusivo abrazo antes de marcharse a paso rápido.

Estoy en el mejor sitio para rezar con todas mis fuerzas para que atrapen a Charly. Quiero sentarme cara a cara con él y soltarle todo lo que pienso sobre su comportamiento con los adjetivos calificativos más degradantes que encuentre.

yasmín

26
Situación límite

—¡No me creo que vayamos a cogerle! —exclamo eufórica.

—No cantes victoria. Y tú vas a quedarte en el coche, Yas.

—¿Qué? ¡¿Por qué?!

—Porque lo digo yo.

—¡Joder, Kei…! —rechisto con fastidio—. Yo quería ir contigo. ¡Soy tu escudera! ¡Necesito estar en primera línea!

—Me recuerdas a mí hace unos años… —murmura con media sonrisa.

—Y mira hasta dónde has llegado.

—Tienes que ir poco a poco, Yas. Esto es peligroso.

—¿Peligroso? ¡Si somos cincuenta contra uno!

—Pero ese uno es muy retorcido… Y puede ir armado.

—¿Crees que llevaba armas en el coche, rollo kit de supervivencia, por si tenía que salir corriendo?

—Por supuesto que sí.

—¿Y sobres de comida deshidratada y móviles de prepago?

—Seguro.

—¿Qué tal lo lleva Ástor? —pregunto, sabiendo que la cosa está tensa entre ellos.

—¿Que su mejor amigo sea un puñetero asesino? Mal. ¿Y tú qué tal con Saúl? He visto que anoche tampoco dormiste en el sofá, a pesar de pedirme las sábanas con tanta convicción…

No era un secreto que volví a casa del hospital más cabreada que Ástor, si cabe.

No es plato de buen gusto ver avances con tu objeto de deseo y que, a la mínima oportunidad, aclare con vehemencia que no sois «nada». Una tiene su dignidad, aunque sea tan minúscula que haga falta un microscopio para verla.

Era tarde cuando regresamos al chalet de los De Lerma. Nadie quiso cenar. Ástor se despidió bastante rancio tras los descubrimientos en el hospital y Héctor también desapareció rápido. No tardé en pedir unas sábanas a Keira notando la mirada culpable de Saúl clavada en mí. Pero lo ignoré.

Ni siquiera me moví cuando volvió a por mí en medio de la oscuridad de la noche.

—Yas…

—Regresa a tu gruta.

—Yas…, no seas cabezota.

—¿Yo? Esto es increíble… —refunfuñé, y me tapé de nuevo con ahínco.

—¡Yas, te lo ruego…!

—¡Ni Yas ni leches! Vete a dormir, Saúl. Mañana te espera un día duro.

—Por eso mismo… ¿Duermes conmigo, por favor?

—Muy pronto estás usando la carta del huerfanito desamparado.

—No es eso, es que quiero solucionar las cosas. Mañana tengo que pensar solo en mi padre, y si no hablamos, no podré dejar de pensar en ti.

—Dirás en nuestra amistad…

—¡Yas, joder…! —susurró enfadado—. Hablemos en la habitación, no aquí.

—Bien. ¿Quieres hablar? Hablemos. —Me levanté brusca—. Pero no recojas nada, voy a volver —dije antes de marcharme hacia la habitación.

Saúl entró detrás de mí y cerró la puerta, detalle que no me pasó desapercibido. Me senté en la cama de brazos cruzados.

—¿De qué quieres hablar? ¿Quieres que te perdone? Te perdono. ¿Ya me puedo ir?

—Para el carro… —dijo sosegado—. Primero: ¿me cuentas por qué estás tan enfadada?

—Si te lo tengo que explicar es que eres tonto…

—Pensaba que estábamos de acuerdo en lo que hacemos… Dijiste que no me preocupara…

—Pregunta: ¿haces esto con todas tus amigas?

—Sabes que no…

—¡Yo no sé nada, Saúl! Lo único que sé es cómo me besas…

—¿Y cómo te beso?

—¡Tú sabrás, joder…!

—¡Solo estoy intentando ayudarte, Yas! Porque me siento culpable de tu falta de confianza y de tu inexperiencia…

—Pues tranquilo, ya me buscaré a otro para que me ayude. A uno que no sea tan cobarde…

Me levanté dispuesta a irme, y Saúl me bloqueó el paso con su cuerpo.

—No soy un cobarde —masculló sin separarse de mí—. Lo que soy es listo. No me culpes por no querer ir más allá contigo. Me destrozaste una vez, y no voy a dejar que vuelvas a hacerlo…

—Pobrecito… ¡A mí me destrozas cada vez que dices que solo somos amigos…, cuando es mentira!

—¿Y qué somos?

—¡Más que eso! ¡Y lo sabes! Todo el mundo se da cuenta menos tú. Me pides que confíe en ti y que sea valiente, ¡pero tú no lo eres, Saúl! ¡Tú solo…!

Un segundo después me estaba besando desaforado.

No pude hacer otra cosa que continuarle el beso con pasión y agarrarme a él para no caerme al suelo. Fue un asalto irrechazable.

Prácticamente me empujó sobre la cama y se incrustó en mí, clavándome su «amistad» en el vientre. A esas alturas ya me conocía sus labios de memoria. Y puede plantar cara a sus lengüetazos de un modo que pronto se nos subió a la cabeza. Era como si todo diera igual: quiénes éramos, dónde estábamos… Nada importaba excepto el palpitar de nuestros sexos.

Me quitó el pijama a zarpazos y se acomodó disimuladamente entre mis piernas. Surqué su pelo con mis dedos cuando me lamió un pezón enhiesto y solté un gemido. Yo llevaba unas braguitas negras y él unos calzoncillos elásticos de pernera con goma, y pude notar a la perfección que su miembro ansioso rozaba mi clítoris con alevosía. Mi cuerpo reaccionó dando un respingo.

«Tranquila, joder, ¡solo es una erección! Esa tan mona que antes te has metido en la boca… ¿No sería genial que se colara en algún otro orificio de tu cuerpo?».

Su dureza parecía opinar lo mismo. Sin embargo, Saúl notó mi aprensión y se apartó para tumbarse a mi lado. «Como un buen "amigo" que está intentando ayudar a otro», me convencí. Pero los besos que me brindaba tenían muy poco de amigables.

Su mano amasó mis pechos con cuidado y fue bajando por mi tripa hasta bordear mis braguitas con los dedos.

En ese momento me mordió los labios evidenciando que tenía hambre de mí y sumergió los dedos bajo mi ropa interior para acariciar mi monte de Venus con timidez.

Mis piernas se abrieron de forma casi automática. Quería dejarme llevar, pero a la vez tenía miedo de esa sensación.

Como si me leyera el pensamiento, Saúl empezó a arrastrar mis braguitas por las piernas. Me puse rígida.

—Chist… Déjame intentar una cosa… —musitó.

Con cierta preocupación, le permití que me las quitara, y subió su mano traviesa a mi cara para que me centrara solo en sus besos. Al minuto me tenía derretida y relajada de nuevo.

Cuando volvió a bajarla sin prisa, temí y deseé a la vez que llegara más abajo. Pero cuando por fin parecía que iba a alcanzar la meta, se desvió hacia mi muslo y empezó a acariciarme suavemente por los alrededores de mis ingles.

«¡Maldita sea!». Me puse frenética.

Estaba tan excitada que no dejaba de temblar. No controlaba mi cuerpo…

«¡Joder, qué sensación!».

Quería que me aliviara, pero el miedo persistía.

—No voy a entrar, Yas… Solo voy a tocarte por fuera, ¿de acuerdo? —advirtió en mi boca.

No pude decir que no cuando sentí las puntas de sus dedos jugueteando con mi humedad. Eso provocó que empezara a respirar como un perro al sol en pleno mes de agosto. Saúl jadeó muerto de deseo.

—¿Puedo meter solo un dedo? —suplicó abatido—. Únicamente quiero recordarte qué se siente…

—No… —gimoteé asustada—. La última vez que me metieron algo por ahí me hicieron mucho daño…

—Te juro que no te va a doler… Confía en mí, por favor…

Los músculos de mi abdomen se tensaron cuando Saúl hizo un amago.

—Yas…, no podré ser valiente contigo hasta que confíes en mí de nuevo.

Fue oír esa frase y mirarnos fijamente.

Quizá le di permiso con los ojos, no lo sé, pero cuando lo atraje hacia a mis labios con vehemencia, su dedo se introdujo en mi interior arrancándome un gemido.

Noté su boca abierta sobre la mía de puro deleite.

Cuando añadió otro dedo y empezó a moverlos más rápido, tuve que dejar de besarle para soportar cada segundo de placer. Volvía a estar a punto de explotar.

—Me muero por follarte, joder… —confesó desesperado.

Mi mano buceó en sus calzoncillos, y cuando lo agarré con fuerza soltó un alarido. Estaba tan firme y húmedo que me parecía imposible.

Por un momento, imaginé que en vez de sus dedos era su miembro el que se deslizaba dentro de mí y recordé nuestra primera vez, pero lo que estaba sintiendo era mucho mejor. ¿Cómo podía ser?

Le bajé los calzoncillos del todo para no tener que luchar contra el elástico y lo vi hacer un esfuerzo por no clavarse entre mis piernas hasta lo más profundo de mi ser. Rememorar esa sensación me hizo explotar en un millón de fuegos artificiales. Grité como si

estuviéramos solos mientras él apretaba los dientes conteniéndose.

Poco después, me enseñó cómo bombear su miembro, colocando su mano sobre la mía para terminar vertiéndose sobre su estómago con una expresión en el rostro que me dejó muda.

Después de asearnos, regresamos a la cama con el pijama ya puesto.

Apagó la luz y se juntó a mi espalda para abrazarme desde atrás. Permanecimos un rato sin decir nada y fue maravilloso sentir cómo Morfeo me atrapaba también entre sus brazos.

—Necesito que confíes en mí —susurró en mi oreja, adormilado.

—Y yo que seas valiente, Saúl…

—Estamos en la misma encrucijada —dijo pensativo—. Ambos queremos avanzar, pero un recuerdo doloroso nos lo impide. El miedo se apodera de nosotros y huimos.

—Yo no puedo huir de ti. No me dejas —le recordé, y sentí su sonrisa.

—Me gusta estar contigo —se defendió—. Siempre lo has sabido…

—No siempre. Y cuando sentía lo contrario, dolía.

—No quiero volver a perderte, Yas… —confesó sincero—. Y si empezamos algo, estaremos condenando una posible amistad.

—¿Y si funciona? Tú ya no eres un gilipollas ni yo una arpía…

Me abrazó con fuerza y nos quedamos dormidos en el silencio. Pero esta mañana ha vuelto a estar frío conmigo.

¿Dudas de última hora?

No importa. Le daré tiempo. Como he dicho, he intentado alejarme de él y tampoco me lo permite.

Cuando Keira aminora la velocidad, me pongo en alerta.

El rastro de Charly nos ha traído hasta la localidad de El Molar en la Sierra de Madrid y termina en una casa rural hecha de piedra y madera con una gran extensión de terreno alrededor. Me sorprende que haya elegido una ubicación tan aislada; con tanto espacio abierto no tiene posibilidad de huir. Podemos rodearle fácilmente y abordar la casa por diversos flancos.

Al llegar, vemos que el asfalto acaba a cincuenta metros de la edificación; los coches estacionan y varios agentes, entre los que me

encuentro, nos quedamos amurallados tras ellos, cubriendo al equipo de asalto, en el que está Keira, que ya se aproxima a la casa armado hasta los dientes.

La veo imponente con el uniforme puesto. Se ha cambiado de ropa en el coche y lo conjunta con un favorecedor chaleco antibalas y un cinturón de armas. En mi opinión, está más guapa que nunca.

El operativo se lleva a cabo bajo un inusitado silencio que hace que mi adrenalina se dispare.

Acceden al jardín por parejas, en forma de uve como si fueran una bandada de pájaros. Los dos primeros están a punto de llegar al porche de la casa cuando una fuerte explosión me deja sin respiración.

¡¿Qué coño ha sido eso?!

Los dos agentes han salido despedidos por el aire y están en el suelo malheridos.

Un compañero cercano corre a socorrerlos y se oye una nueva explosión que hace que se me gire el estómago.

—¡No os mováis! —ordena Gómez por un megáfono desde uno de los coches patrulla—. ¡Hay minas en el suelo!

Los ojos se me salen de las órbitas. «¿Minas antipersonales?».

¡El muy cabrón nos estaba esperando!

Me fijo en Keira, que está inmóvil, y se me congela la sangre cuando acierto a ver que un láser rojo apunta a su cabeza. Proviene de una mira telescópica.

Quiero gritar, pero soy incapaz. Quiero advertirle que se agache, pero la certeza de que el ataque de Carla no era más que una zanahoria que seguir para tener a Keira justo donde está ahora atraviesa mi sentido común.

«¡Este era el plan de Charly desde el principio! ¡Matar a Keira!».

Aguanto la respiración esperando el amargo final de un momento a otro. Pienso en Ástor y en el dolor que sufrirá cuando se entere. Se me empañan los ojos en medio segundo. No puede ser verdad.

—Yo que vosotros no daría ni un paso más.

La voz de Charly resuena alta y clara en medio del desconcierto. Debe de haber colocado altavoces o tener las ventanas abiertas.

La esperanza renace al saber que no va a abrir fuego todavía. Típico error garrafal de todo villano: posponer el castigo para regodearse en la victoria.

Keira obedece y permanece quieta, aunque es el eufemismo del siglo porque no podría temblarle más el cuerpo. No deja de mirar hacia sus compañeros en el suelo. Uno parece inconsciente, pero los otros dos siguen retorciéndose de dolor.

Soy incapaz de quedarme quieta ante semejante imagen. Siento que tengo que hacer algo.

—¡Carlos Montes, estás rodeado! —grita Gómez—. ¡Sal con las manos en alto!

—Saldré en cuanto haga una llamada, si no le importa…

Cierro los ojos sabiendo de sobra a quién va a llamar. ¡A Ástor!

Tomar conciencia de que Keira está sentenciada me llena la boca de bilis. Me entran unas ganas de vomitar insólitas al entender que quiere que Ástor sea testigo de cómo la abate en directo. ¡Maldito enfermo!

—¡No os mováis! —advierte Gómez a sus agentes por el megáfono.

«Y una mierda…», pienso para mí misma ante su orden.

No voy a conformarme con este final. No, si está en mi mano reescribirlo.

ástor

27
Di adiós

Después del entierro me he llevado a Saúl al único lugar posible.

Sé exactamente cómo se siente y lo que necesita: emborracharse.

Hemos acompañado a Héctor al hospital para dejarlo con Carla y hemos terminado en el *irish pub* donde me trajo él cuando me rescató del entierro de Ulises.

Nos han preguntado si vamos a comer porque es mediodía, pero los dos hemos dado una negativa a la vez. Lo teníamos claro. El estómago se nos ha cerrado cuando hemos visto desaparecer el féretro de Xavier en una estrafalaria tumba de mármol negro en la que no había reparado en gastos. Tras cerrar la lápida, nos hemos quedado hasta que se ha ido todo el mundo.

—Id yendo al coche… —nos ha pedido Saúl—. Ahora iré.

Hemos obedecido sin hacer preguntas.

Cuando ha aparecido de nuevo, su aspecto no invitaba a hablar, pero una vez que se ha bebido media cerveza de un trago se ha aflojado la corbata y ha empezado a preguntar.

—¿No solucionaste las cosas ayer con Keira? Esta mañana os he notado tirantes…

—Es complicado…

—¿No le has perdonado que te ocultara información confidencial de un caso policial con tres asesinatos sin resolver?

—Adoro tu sutileza a la hora de elegir bando, Saúl… ¿Qué día te pondrás de mi parte?

—Cuando el infierno se congele.

Se me queda mirando como si le debiera información. Y carraspeo.

—Es largo de contar… Y tampoco voy a darte detalles íntimos de nuestra relación.

—Pero yo tengo que contártelo todo sobre Yasmín y sus problemas —repone con sarcasmo.

—¿Qué tal la clase particular de anoche?

—Digamos que «progresa adecuadamente…».

—Eres alucinante… —Sonrío con guasa—. No sé cómo te soporta Yasmín.

—No lo hace. Ayer estaba muy cabreada conmigo…

—¿Por qué?

—Es largo de contar, Ástor…

Nos retamos con la mirada, y pongo los ojos en blanco.

—Va a ser mejor que no hablemos de ellas… —convengo irritado.

—¿Crees que ellas hablan de nosotros?

—Por supuesto. Ya puedo ver a Keira defendiéndote a capa y espada como si fueras un santurrón…

—Pues yo no veo a Yasmín defendiéndote a ti, Ástor. Y menos, después de las fotos que aparecieron con Olga…

—Todo mentira —zanjo con aspereza.

—¿Sabes cuál es mi refrán favorito? «Cuando el río suena, agua lleva».

—Pues justo es uno de los que más odio… ¿Has oído hablar de la tergiversación? ¿De sacar las cosas de contexto? ¿De los montajes?

—He oído hablar de «hacerse el tonto» e ignorar las insinuaciones poco sutiles de chicas a las que no quieres disgustar por ser un bienqueda…

—Ya veo que Yasmín te lo cuenta todo a cambio de tus valiosas lecciones… Pensaba que tú eras el fundador de la expresión «Hacerse el tonto». Sobre todo con las polis…

Y ocurre lo imposible. Saúl levanta las comisuras de la boca cuando hace una hora se ha quedado oficialmente solo en el mundo. Y me gana la batalla.

—Yo estoy loco por Keira… —confieso entonces—. Pero loco, loco. Y muchas veces siento que no estoy a su altura y que no sé hacerla feliz.

—Guau. —Abre mucho los ojos—. ¿Y qué altura es esa?

—La de una mujer que no necesita a ningún hombre al lado para ser feliz. Honestamente, no sé qué le aporto… aparte de ser su esclavo sexual, claro…

—¡Tío…! —Se ríe escandalizado—. ¿Hablas en serio?

—Sí…

Saúl niega con la cabeza, molesto.

—Ojalá pudieras verte a través de los ojos de los demás, Ástor… —apunta soñador—. ¿Me estás diciendo que no sabes qué ve en ti? Yo sí. Y no me hace falta preguntárselo, es tan obvio…

—¿Qué es?

—¡¿Me lo estás preguntando de verdad?!

—Sí… —respondo cohibido—. Keira tiene un trabajo muy importante que es su prioridad; tiene sus *hobbies*, tiene a Yasmín, y no le interesa formar una familia… Ni siquiera le hace ilusión la boda…

—Ástor… ¡Keira está obsesionada contigo! No hay más que fijarse en su cara. Y el motivo no tiene nada que ver con tus abdominales o tu polla, ni siquiera le interesa el lujo o la ostentación, ¡a ella le gustas tú! Tu forma de ser.

—¿Gruñón y aburrido?

—Joder…, me parece increíble que tenga que estar aclarándote esto, pero… ¡tú siempre estás cuidando de los demás! Lo llevas dentro. Eres un líder que se vuelca al doscientos por ciento con todo. No puedes evitarlo. Cuidas de Héctor, de tus alumnos, de Olga, de Sofía, de Charly, de mí ahora mismo… Está mañana no has ido a ver a Santi

porque estuvieras cabreado, has ido porque siempre estás cuidando de alguien. Y no contento con ello, ¡también necesitas cuidar caballos!

Sonrío avergonzado.

—No te hace falta nada para estar a la altura de Keira… Tus actos lo están de sobra. ¿Lo entiendes?

—Vale… —digo bajando la cabeza, emocionado.

—Vuestra complicidad es envidiable —añade Saúl, admirativo.

—Yo pienso lo mismo de Yasmín y de ti. Tenéis una química muy especial. Espero que eso también sepas verlo, Saúl…

—Siempre la hemos tenido, desde críos…

—¿Entonces…?

—Ese chaval…, el que una vez la perdió, sigue dentro de mí, escondido entre las sombras. Y no quiero que vuelva, As. No puedo arriesgarme a que vuelva…

—No eres un Pokémon, ¿sabes? No puedes involucionar. Ese chaval ya no existe. Y tampoco la Yasmín del instituto.

—Eso mismo me dijo ella ayer por la noche…

—Es una chica muy lista, y Keira lo avala. La conquistó en un periquete, igual que tú, y Keira no es de trato fácil. También tiene sus sombras…

—Pues descubre cuáles son, porque la Keira que conociste también ha cambiado… Sofia me la describió como una feminista radical antiamor y antiniños, ¡y terminó pidiéndote matrimonio!

—En lo de antiniños no ha cambiado…

—¿Tú quieres hijos?

—No es que los quiera. Pero lo querría todo con ella…

—Aún puede cambiar de opinión.

—Eso mismo le dije yo y casi me come.

—Keira no tiene el clásico perfil de la gente que siente aprensión a los niños; quizá no sea muy sociable, pero dale a un ser necesitado de protección y lo tratará mejor que a nada. Es una de esas personas que luego mete a un animal en casa y lo humaniza convirtiéndolo en el centro de su universo. Su aprensión a la maternidad no es pereza, egoísmo o ganas de vivir la vida, es otra cosa, y deberíais desentrañar juntos lo que es, porque estoy seguro de que no es por ti, ni porque te quiera menos que Carla a Héctor…

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto abochornado.

—Vi la cara que puso cuando se lo dijiste a Héctor en el hospital… Vino a sentarse a mi lado y le pregunté si estaba bien. No me respondió. No puedes exigirle eso, Ástor… Solo rezar para que supere su aprensión y cambie de opinión.

Me paso una mano por el pelo, nervioso.

Las ganas de verla aumentan y vuelvo a consultar mi teléfono. No entiendo por qué todavía no me ha dicho nada…

De repente, mi móvil empieza a sonar reflejando un número que no tengo registrado en mis contactos.

Lo cojo, convencido de que es ella.

—¿Keira?

—Prueba otra vez —responde una voz que se me clava en el alma.

—¡Charly…! —exclamo descompuesto.

Saúl abre los ojos tanto o más que yo.

—Sorpreeesaaa… Pero tranquilo, Keira no anda lejos de aquí.

—¡¿Dónde estás?!

—¿Eso es lo único que quieres preguntarme, hermanito?

Esa última palabra me deja noqueado y se crea un silencio cortante.

Intento mantener la calma y no gritarle porque su acritud me está dando pánico.

—Es tu última oportunidad para hablar conmigo —advierte con seguridad—. ¿No querrás quedarte con dudas para siempre?

Eso ha sonado muy mal. ¿Lo han detenido o…?

—Solo quiero saber por qué… —digo sin pensar, con el corazón martilleándome en el pecho.

—Por qué ¿qué?

—¿Por qué nunca me lo has dicho? Para mí ya eras mi hermano…

—Porque la cagué. La cagué hace muchos años cuando todavía no te conocía y ya no hubo vuelta atrás…

—El accidente… —farfullo con la esperanza de que lo niegue.

—Exacto. De pequeño os odiaba a los dos. Habíais tenido una vida que yo también me merecía y estaba cegado de rabia…

—Nosotros no teníamos la culpa de eso, Charly.

—Ya, pero no os conocía y no me importabais. Mi madre me convenció de que debería quedarme con todo en compensación, pero me salió mal… Vosotros sobrevivisteis al accidente y nuestro padre

murió. Dos por el precio de uno. No tuve más remedio que quedarme a vuestro lado para sobrevivir…

—¿Cómo has podido? —digo alucinado—. Han sido muchos años callándote ese odio…

—Supongo que empecé a quereros… Los dos cambiasteis a raíz del accidente. Al principio estaba convencido de que Héctor no duraría mucho tiempo y de que tú te suicidarías tarde o temprano. Pero poco a poco empecé a implicarme, a enamorarme de los nuevos vosotros y después fundamos la web. Todo empezó a ir bien económicamente, y cuando comencé a vivir como creía que me merecía me di cuenta de que prefería compartirlo todo con vosotros.

»Vivíamos genial hasta que Keira y Ulises se cruzaron en nuestras vidas y las pusieron patas arriba, ¿no crees? Precipitaron una serie de acontecimientos que hicieron que Sofía descubriera mi secreto… y tuve que matarla.

—La mataste a sangre fría… —digo con asco—. Y a Ulises… ¿Cómo pudiste, Charly…? ¡¿Por qué, joder?!

—La culpa fue tuya…

—¡¿Mía?!

—Ulises estaba como loco contigo y quise chulearme delante de él jugando al squash; una cagada. Mi coartada para la muerte de Sofía la protagonizaba un tío que jugaba de pena y Ulises se dio cuenta; era un jodido lince… Le di la oportunidad de que me guardara el secreto, pero no quiso. Me pidió que me entregara, pero no podía… A veces no nos quieren como necesitamos que nos quieran, ¿verdad, hermano?

—Me cago en todo, Charly…

—Sí, yo también lo hice, créeme… Porque matar a Ulises era lo último que deseaba, pero tuve que hacerlo por ti…

—¡Dirás porque descubrió que eras un asesino!

—No… El asesino eres tú…

No doy crédito a lo que oigo. ¡Está completamente loco!

—El día que me enteré de que tú mataste a nuestro padre, juré que lo vengaría —prosigue Charly, obcecado—. Pero en aquel momento estabas tan hecho mierda por Keira que matarte habría sido casi como un favor. Lo que debería haber hecho es cargármela a ella… Así Ulises aún seguiría vivo…

Esa frase me pone los pelos de punta.

—Charly… Por favor… ¿Dónde estás?

—¿Quieres saberlo? Atento a la pantalla…

Veo que la llamada cambia a modo videollamada y la imagen que aparece es confusa.

Pronto me doy cuenta de que es una mesa con un rifle colocado estratégicamente en un trípode enfocando una ventana. Fuera se ve un campo verde con figuras negras quietas… ¿Son agentes?

—No creo que puedas apreciarlo, pero tengo a Keira a tiro ahora mismo.

Mi corazón grita de forma ensordecedora.

—Charly, no… —Me atraganto con mi propia saliva—. Te daré lo que quieras. ¡Lo que sea! ¡Pero no lo hagas, por favor…!

Saúl me mira muy asustado porque me levanto de la mesa de forma atropellada.

—Te estoy haciendo un favor, hermano… Esa perra no te conviene.

—¡Charly, por Dios…! —exclamo desesperado—. ¡Haré lo que sea! ¡¿Qué quieres?!

—No quiero nada… No voy a salir vivo de aquí, As… He matado a cuatro personas. Y la de Xavier ha sido la única muerte que he disfrutado de verdad. Ese hombre me sacaba de quicio, joder…

—¡¡¡Charly…, solo tú puedes parar esto!!! —exclamo saliendo del local—. ¡Hazlo por mí! ¡Te lo suplico…!

—Mataste a nuestro padre, Ástor…, y ningún crimen debería quedar sin castigo. Yo voy a pagar con mi vida por los que he cometido. Y Keira pagará con la suya por tus actos… Sé que su muerte es tu mayor castigo.

—¡Tu padre era un hijo de puta que no te reconoció nunca! ¡Y yo no le maté, se lo buscó él solito cuando intentó matar a mi madre!

—Esta arma está apuntando a la cabeza de Keira. —Me la enseña—. No tengo más que apretar y todo acabará.

—¡¡¡JODER!!! —maldigo impotente.

Intento pensar rápido. «Esto no puede estar pasando…».

«No. ¡No! ¡NO!».

—¿Quieres verlo en vivo y en directo, As? No creo que tardes ni quince días en reunirte con ella…

—¡¡¡Charly, no lo hagas, por favor…!!! ¡Keira es inocente!

—¿Inocente? ¿Qué clase de novia se calla que somos familia? ¿O que soy peligroso? Keira te desprecia, Ástor… Cree que eres imbécil.

—No es cierto… Lo hizo por mi bien —mascullo en su defensa.

—Por tu bien, ya… Detrás de esa frase siempre hay un sentimiento egoísta. Cuando alguien dice «Por tu bien» en realidad es por el suyo. Sabía que se lo callaría y que eso destrozaría vuestra confianza; sois tan iguales… Normalmente, una pareja se complementa. Como el ying y el yang… Pero vosotros pecáis de lo mismo. Os creéis mejores que los demás.

—Tú puedes ser mejor que nosotros. —Veo la oportunidad—. No lo hagas, Charly… Perdónanos la vida. Y para mí siempre serás Dios…

—Ha sido un placer, Ástor, de verdad que sí, pero se acabó.

—¡No! ¡Escúchame, por favor…! Quiero hablar contigo en persona. ¡Voy a ayudarte! Entrégate. ¡Se darán cuenta de que estás enfermo, y juntos podremos…!

—¡Acabo de cargarme a tres policías, Ástor! Si me cogen, nunca saldré de la cárcel. Mierda… Antes he hecho mal las cuentas, llevo ocho víctimas a la espalda, contando con la hermana de Olga y con Olalla. Bueno, y ahora con Keira serán nueve…

—¡¡¡NO!!!

Me duele la cara por las ganas de llorar que tengo, pero estoy tan bloqueado que soy incapaz de hacerlo.

—Hay una cosa que siempre me ha decepcionado de ti, Ástor… —dice displicente—. Tu forma de desperdiciar tu vida preocupándote por los demás. Es tú única vida, ¿sabes? Y la mía termina ya, pero al menos puedo decir que la he disfrutado a cada momento. Lo tuyo, sin embargo, ha sido penoso. Matarte habría sido un acto de piedad.

—¡Yo disfrutaba de mi vida hasta que provocaste ese accidente, hijo de puta! ¿Sabes por qué estás a punto de morir? Porque te lo has montado fatal. Porque eres un puto avaricioso, además de tonto del culo, como papá; en eso sois clavados. Podías haber sido mejor que él y que yo, pero al final has resultado ser peor todavía. ¿Y sabes lo que siempre me ha decepcionado de ti? Que te creyeras inferior solo por no tener un puto apellido que siempre ha sido una jodida vergüenza para mí. Lo tenías todo para triunfar en la vida. Me tenías a mí… Y la has cagado hasta el fondo. Eso sí que es ser penoso, Charly.

—Di adiós a Keira —contesta indolente.

El corazón me estalla al entender que en breves momentos la persona a la que más quiero en el mundo dejará de respirar. Su vida va a acabar, y la de él, y la mía… Nos reuniremos todos al otro lado porque no pienso quedarme aquí si ella ya no está.

—No me va a dar tiempo a sufrir, Carlos… —digo devastado—. Si la matas, me mataré detrás. Si quieres, me mato ya y la dejas vivir. ¿Hay trato?

—No. Al menos sufrirás viendo cómo muere por tu culpa.

El sonido de un disparo hace que se me pare el corazón.

La imagen se pierde y a continuación se oye una explosión terrible.

Mi cuerpo falla al instante, como si esa bala acabara de alcanzarme a mí, y no puedo ni gritar cuando un dolor indecible me atraviesa el alma.

—¡¡¡ÁSTOR!!! —oigo a Saúl, agachado a mi lado, sujetándome.

Pero yo ya no estoy. Ya no soy.

Ese Ástor ha desaparecido con Keira.

yasmín

28

No soy tu amigo

«Soy muy joven para que me tiemble tanto el pulso», pienso con el arma en alto. Pero la explosión que acabo de oír me ha espantado.

Ver a Charly ensangrentado en el suelo también me oprime el estómago, sobre todo cuando me mira y masculla: —Se acabó, Yas… Keira está muerta…

Por el tono renqueante de su voz sé que le he causado una herida grave. Intenta moverse para recuperar su arma, pero le atravieso la rodilla con una nueva bala.

Aprovecho su alarido para colarme por la ventana desde donde le he disparado y procedo a esposarlo rápido.

Cuando he visto el final de la jugada, me he escabullido para rodear el perímetro de la casa y acercarme por una zona que rezaba

para que no tuviera minas. Sé que lo habitual es colocarlas siguiendo un patrón para formar una barrera uniforme y he saltado la línea imaginaria que he trazado en mi mente a partir de la posición de las primeras explosiones.

Soy consciente de que me la he jugado, los aspavientos de Gómez cuando me ha visto hacerlo me lo ha confirmado, pero no podía quedarme quieta y verla morir.

Una vez pegada a la pared de la casa he localizado a Charly hablando por teléfono, parapetado tras una ventana, con una mesa contra ella y un rifle apoyado con una mira telescópica.

Cuando ha enfocado el móvil hacia Keira para pavonearse delante de su interlocutor, no he dudado. He sacado mi arma y, en cuanto ha colocado el dedo en el gatillo, yo he apretado el mío.

Tendría que haberle disparado a la cabeza, pero no quería fallar.

Charly ha caído al suelo, sorprendido, y ha soltado el móvil en el impacto. Le he visto retorcerse de dolor, por eso no me esperaba que se sacara un mando a distancia del bolsillo y lo apretara.

El bum me ha dejado temblando por un momento y luego me ha asegurado que Keira estaba muerta.

—Debería matarte ahora mismo… —amenazo mientras le esposo —, pero creo que es justo lo que quieres, así que dejaré que te pudras en la cárcel…

Lo coloco de lado y me fijo en la herida de bala que tiene en la parte baja de la espalda.

—Ya me has matado, Yas… Estoy mareado y tengo frío. Seguro que me desangro de camino al hospital.

Tiene razón, está perdiendo mucha sangre muy rápido. Y me sorprende que no me impacte verla. Quizá ayuden todos los animales que vi desangrándose en las jornadas de caza con mi padre. O igual es que he nacido para cazar hijos de puta.

—Eres un loco de mierda… —musito cabreada.

Pero no sé si me oye porque va camino de perder el conocimiento. Me agacho ante él y le coloco una goma de pelo que llevo puesta para que le presione en el muslo por encima de la rodilla, a modo de torniquete. Si no corto la hemorragia, no lo cuenta.

Después observo la mesa que parece ser su centro de operaciones y encuentro un dibujo de dónde tiene colocadas las minas respecto a

la puerta principal. Voy hacia ella y salgo para comunicar que está controlado.

La imagen que me encuentro es dantesca…

Ya no hay ningún agente en pie. Todos están en el suelo malheridos, incluida Keira. El horror atenaza mi garganta.

Entiendo que la última detonación no ha sido una mina antipersonal de presión, sino una de rebote de las que saltan al aire y estallan esparciendo metralla en todas direcciones. Sus fragmentos metálicos se proyectan en 360 grados provocando lesiones mortales a toda persona que se encuentre en un radio de menos de diez metros. La mayoría de mis compañeros están manchados de pólvora por la explosión.

Observo el plano con manos temblorosas y la vista nublada, y veo que la bomba más letal estaba colocada en el centro del jardín.

—¡¡¡Keira!!!

Echo a correr hacia ella tras localizar un pasillo seguro.

—¡Yasmín, no te muevas! —oigo a Gómez.

Pero no me detengo. Necesito llegar hasta ella y sé dónde estoy pisando.

—¡Keira…! ¡Por Dios…! —Me agacho a su lado, preocupada.

Su cuerpo está lleno de pequeñas heridas con sangre. Tiene una grande en el cuello con muy mala pinta. Ella misma se la presiona. Y sé que si no lo hubiera hecho, ya estaría muerta. Está muy pálida.

—¡¡¡Yasmín!!! —grita Gómez en busca de respuestas.

—¡Está viva! —exclamo buscándole otras heridas.

—¡No te muevas de ahí! —oigo a Gómez.

—Aguanta, Kei, por favor… —me despido de ella, llorosa, antes de ponerme de pie y correr hacia los coches.

—¡¿Qué coño haces?! —grita Gómez, desquiciado—. ¡Hay que esperar a que lleguen los especialistas en desactivación de artefactos!

—¡Tengo un plano de las minas! —grito llegando a su lado.

—¡¿Sabes cuántos protocolos te has saltado?!

—¡No hay tiempo para eso! ¡Si esperamos más, morirán todos! ¡Tenemos el puto plano, no necesitamos a los especialistas!

Gómez me mira como si no se planteara saltarse unas normas que alguien que jamás ha vivido algo así escribió una vez.

—¡Está bien…! ¡Hay que sacarlos! ¿Carlos Montes está muerto? —

me pregunta con avidez.

—Herido y esposado, señor.

—De acuerdo… ¡Moveos por parejas! ¡Las ambulancias están en camino! Yasmín, acompaña a Juan y a Pedro por el mismo camino por el que has venido hasta la casa y traed al detenido.

—¿Y Keira…?

—Yo me encargo de Keira. Y Yasmín… —Me mira conmovido—. Buen trabajo…

—Gracias, señor.

En ese momento me asola una sensación inexplicable. No me he sentido mejor en toda mi vida… Esto no es comparable a nada. Pero sé que tengo mucho que aprender todavía, porque si hubiera disparado mejor, Charly no habría podido detonar la última mina… Debería haber sido más rápida. Debería haber…

—¡Vamos! —me insta un compañero.

Pasar por el lado de los heridos y no poder ayudarles ante sus quejidos es una experiencia que no deseo a nadie, pero hay que hacerlo de forma ordenada para no cometer errores.

Las ambulancias llegan para llevarse rápidamente a los que siguen vivos. Entre ellos, Keira y Charly.

—¿Se va a poner bien? —pregunto asustada al médico que ha inyectado a Keira un sinfín de mejunjes desconocidos.

—No sabemos el daño que ha causado la onda expansiva… Si llega al hospital con vida, quizá podamos salvarla.

«¿“Si llega”? ¿“Quizá”?».

«¡Dios, por favor…!».

—¡¿A qué hospital los llevan?!

Cuando el médico me lo dice corro hacia el coche a por mi teléfono móvil y veo que tengo diecisiete llamadas perdidas de Saúl.

Madre mía…

Lo llamo enseguida. Y reparo en que sigo temblando.

—¡¡¡YASMÍN!!! —me contesta histérico—. ¡¿Estás bien?!

—Sí, yo sí…

—¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Cómo está Keira?! ¡¿Está bien?!

—No… No está bien…

Lo oigo exhalar un sollozo, augurando lo peor. Y se lo aclaro.

—Está grave… La llevan al hospital Infanta Sofía. ¿Nos vemos

allí?

No obtengo respuesta.

—¿Saúl?

De repente, oigo una frase cargada de alivio: «¡Está viva…! Esta viva, joder…», informa a alguien que no es a mí.

Oigo sonidos extraños y espero.

«Ástor… Está herida, pero vive…», repite emocionado esperando respuesta.

—¿Saúl? —insisto.

—Sí… —contesta con la voz cascada—. ¿Se… seguro que tú estás bien?

—Sí, tranquilo.

—Joder… —Toma aire conmocionado—. Charly ha llamado a Ástor y le ha dicho que iba a disparar a Keira… ¡Ha sido horrible!

—Lo sé…

—Y ahora Ástor no reacciona. Está pálido y tiene la mirada perdida.

—Está en estado de *shock*. ¿Tiene dolor en el pecho o dificultad para respirar?

—Creo que no…

—Si le pasa, túmbalo y súbele las piernas. Si en cinco minutos sigue igual, llama al 112. Si vomita o se desmaya, lo mismo. No dejes de decirle que Keira sigue viva y que está en el hospital, quizá reaccione pronto. Recuérdale dónde estáis y lo que estabais haciendo antes de la llamada, lo más probable es que esté completamente desubicado.

—¿Cómo sabes todo eso?

—He leído libros de intervención psicológica en emergencias…

—¡Joder, Yas…!

—¿Qué?

Nos mantenemos en línea, solo escuchando nuestras respiraciones agitadas.

—Que ya no quiero ser tu amigo… Quiero serlo todo.

ástor

29
Méritos propios

Dos horas después

Entro en el hospital a la carrera y me encuentro al jefe de Keira, a su madre y a una larga lista de familiares de otros agentes caídos en la operación.

—¡Silvia! —llamo a la madre de Keira, y nos cogemos de las manos al encontrarnos—. ¡¿Se sabe algo?! ¡¿Cómo está?!

—¡No nos dicen nada…! Ástor, mi pequeña… —solloza afligida. Y la abrazo con fuerza.

—Tranquila, se pondrá bien… Tiene que ponerse bien…

Mi mirada se cruza con la de Gómez, que no parece tenerlas todas consigo.

—El compañero que iba a su lado ha muerto… —me informa serio—. Los médicos creen que cuando se oyó el disparo cubrió a Keira y la protegió de la lluvia de metralla.

—Dios mío… ¿Dónde está la familia de ese hombre?

—Esas son su novia y su madre. —Señala a dos mujeres.

Están rojas y desoladas de tanto llorar. Si la historia es cierta, les debo la vida, y su comportamiento heroico no quedará sin compensación.

—¿Dónde está Yasmín? —pregunta Saúl, nervioso.

—Hace un momento estaba aquí. Ha sido la heroína del día… Cuando hemos llegado a la casa, algunos agentes se han acercado por el jardín internándose en un campo de minas sin saberlo. Han explotado dos antes de que pudiéramos darnos cuenta. Un agente ha perdido una pierna y otro ha muerto en el acto. Yasmín ha visto un puntero láser en la cabeza de Keira y Carlos ha dicho que iba a hacer una llamada antes de entregarse. Sabía que tenía poco tiempo para abatirlo antes de que matara a Keira y se ha arriesgado por su cuenta a ir por un lateral de la casa para localizarlo. Ha sido un movimiento suicida, pero ha salvado a Keira de una muerte segura…

Veo que Saúl se tapa la boca al ser consciente del peligro que ha corrido la chica de la que está enamorado hasta la médula.

De pronto, la ve a lo lejos y grita su nombre.

Ella corre hacia él y se abrazan con fuerza sin intención de soltarse durante un buen rato.

—Eres increíble… —parece susurrarle él con los ojos cerrados—. Te quiero, joder… —leo en sus labios—. Te quiero tanto que no me permitía reconocerlo…

—Yo también… —lloriquea ella, emocionada.

No pueden ser más jodidamente adorables.

Vuelven a abrazarse, y Yasmín me mira leyendo en mis ojos lo infinitamente agradecido que le estoy. O eso espero.

Viene hasta mí y la abrazo sentido.

—¿Cómo estás? —me pregunta preocupada por mi ida de olla.

Porque eso es lo que ha sido. Una total y absoluta fuga de cerebro; no sabía ni dónde estaba… Ni quería saberlo. Me ha costado quince minutos reaccionar y entender lo que Saúl me repetía sin parar…

—Pues vámonos al hospital —le he respondido una de las veces

sin pensar.

—¡Joder, Ástor…! ¡Qué susto, tío! ¿Estás bien?

—Creo que sí…

—Madre mía… ¡Pensaba que te quedabas *tupi* para siempre!

He tardado en recobrarme porque no me creía que Keira pudiera estar viva.

Abrazo a Yasmín con más fuerza y digo contra su pelo:

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

—Solo he seguido tu consejo: no rendirme…

Le doy un beso en la frente y suspiro con fuerza.

Nos cuentan lo sucedido con más detalles.

Media hora después, una enfermera sale a informarnos sobre el estado de Keira. Nos comunica que está respondiendo bien a la intervención quirúrgica de extracción de metralla; según ellos, la zona más aparatosa es la garganta.

Doy gracias a un Dios en el que voy a tener que empezar a creer a partir de ahora…

Mientras esperamos más noticias, recibo una llamada de un número desconocido y lo cojo sin titubear.

—¿Es usted Ástor de Lerma?

—Sí, soy yo…

—Hola, le llamo del hospital Infanta Sofía. Aparece usted como persona de contacto de Carlos Montes. Le informo de que su vida corre peligro. Una bala le ha atravesado el hígado y necesita un trasplante urgente. Ha perdido mucha sangre y podría tener un fallo hepático. ¿Le gustaría ayudarle o conoce a algún familiar o amigo que quisiera hacerlo?

No puedo creer lo que oigo.

—Eh… —No sé qué decir.

—Solo podrá salvarse con una donación parcial. No se preocupe, el hígado humano se regenera y vuelve a su tamaño normal poco después de una extirpación. Y, en todo caso, primero deberíamos saber si es compatible con usted u otra persona interesada.

Es de locos. Pero no sé qué hacer. ¡Es Charly!

«Ha sido mi mejor amigo durante años…».

«¡Pero ha estado a punto de matar al amor de mi vida!».

«¡Causó el accidente que dejó parapléjico a Héctor!».

No puedo hacerlo… Me niego. Aun así, conociéndome, si no lo hago, su muerte me perseguirá de por vida. Sería volver a empezar con lo mismo… Yo no lo habría matado, pero le estaría dejando morir por no haberlo ayudado… ¡DIOS!

—Estoy en el mismo hospital… ¿Adónde tengo que ir?

Me alegro de que se me lleven para no escuchar más los gritos e insultos de Yasmín y Saúl. No saben lo que es cargar con una muerte a la espalda, y si mi hígado se va a regenerar, me da igual…

Me hacen todo tipo de análisis, y una hora después el mismo médico que me ha atendido viene a hablar conmigo.

—Señor, lamento traerle malas noticias…

—¿Qué ocurre?

—Su sangre no es compatible con la del señor Montes.

—¿Cómo? ¡Si somos hermanos!

—Me temo que eso es imposible, señor…

El mundo se detiene y casi me caigo al suelo de cabeza.

—¿Está seguro?

—Totalmente. ¿Conoce a alguien más que pueda salvar a Carlos? —me pregunta con avidez.

—Déjeme hacer una llamada… —digo completamente alucinado.

Sin darle muchas vueltas, llamo a Héctor.

—¡Ástor! ¿Dónde estás? ¡Saúl me ha llamado! ¡Ni se te ocurra darle nada al malnacido que ha matado a mi hijo…! ¡¿Me oyes?!

—Héctor… No soy compatible con él… Me han dicho que no somos hermanos…

—¡¿CÓMO?!

—¿Puedes venir? Quiero que te hagan las pruebas a ti también.

—Estoy fuera. ¡Pero he venido a impedírtelo, so memo! Y yo no pienso darle nada mío a ese cabrón que acaba de cargarse a un montón de polis, entre ellos, casi a tu novia. ¡¿En qué estabas pensando, Ástor?!

—¿Crees que merece morir?

—¡¡¡PUES SÍ!!!

—Yo también pensaba que papá lo merecía…, por eso cuando se cayó a la piscina no hice nada por salvarlo, Héctor… Dejé que se ahogara.

Un silencio cubre la línea. No tengo ni idea de lo que está pasando

por su mente, pero necesitaba que lo supiera.

—Estaba estrangulando a mamá… —continúo—. Casi la mata… Y cuando cayó al agua, no moví ni un puto dedo… He estado siete años culpándome por ello. Castigándome todos los días y viviendo un auténtico infierno de arrepentimiento… Y no quería que me volviera a pasar lo mismo con Charly.

—Joder… Sal ahora mismo, por favor…

—Ahora vuelvo con otra persona —informo al médico.

Cuando salgo, totalmente chocado por la información de que no somos hermanos, Héctor me recibe con los brazos abiertos. Y ese gesto significa más para mí que cualquier cosa que pudiera decir, porque me aterrorizaba su reacción.

—Lo siento mucho… —susurra en mi oído—. Siento haber sido una mierda de hermano…

—No lo has sido… —digo casi sin voz.

—Sí. Pero me quedan unos cuantos años para compensártelo. Y te prometo que lo haré…

Intento no llorar con todas mis fuerzas. Parpadeo rápido, pero no lo consigo y me limpio las lágrimas de un manotazo. Comunico a todos que Charly no es mi hermano y sus caras se desencajan.

—Quizá su madre mintiera… —sugiere Héctor.

—Eso no es posible… —salta Yasmín con seguridad—. Tenía una prueba de paternidad. ¡La vi! Quizá eres tú el que no es hijo de Guillermo de Lerma, Ástor…

Eso sí que no me lo esperaba. Y a la vez explicaría tantas cosas…

—Por eso mi padre me odiaba… —pienso en voz alta—. Igual sabía que no era hijo suyo…

—¡Eso es imposible! —exclama Héctor, indignado.

—Entra, por favor —le insto—. Hazte la prueba y pediremos que la comparen con la mía también. Así lo comprobaremos. Yo voy a llamar a mamá y ahora vengo.

Nadie se atreve a llevarme la contraria; me notan desbordado. Saúl y Yasmín se quedan sentados la una sobre el otro, y voy afuera para tener la conversación más difícil de mi vida.

—Mamá…

—¡Hijo, te he llamado cinco mil veces! ¡Héctor acaba de avisarme! ¡¿Cómo está Keira?! ¡Me estoy arreglando para ir al hospital!

—La han estabilizado, pero te llamo por otra cosa… Acaban de decirme que Charly no es mi hermano. Y Yasmín afirma que su madre les enseñó un test de paternidad… Eso significa que yo no soy hijo de papá…

Que se quede callada es muy mala señal.

—¿Mamá?

—Hijo… —No puede seguir y rompe a llorar.

—¿Tú eres mi madre?

—¡Pues claro que sí! ¡Estuve diecisiete horas de parto contigo!

Respiro aliviado. Habría sido demasiado que me dijera que era adoptado o algo así…

—Mamá… ¿Quién es mi padre?

—¡Juré que nunca lo diría! ¡Y en realidad, no importa…! De verdad… Eres mi hijo y Héctor es tu hermano. ¡Te lo juro!

—Quiero saber quién es.

—¡No puedo, hijo! Es por tu bien…

Siempre lo es… Pero empiezo a pensar que Charly tenía razón. Que siempre hay un motivo egoísta oculto en los «por tu bien» y no puede ser otro que la vergüenza, porque debo de conocer a mi padre…

—¿Y si lo adivino?

—¡Ástor, por favor…, no insistas!

—¿Era Xavier?

Que la respuesta no sea un tajante «¡no!» lo dice todo.

Cierro los ojos sin saber qué sentir. Es como si de manera inconsciente siempre lo hubiera sabido… Es una sensación superextraña.

—Oficialmente, no lo es —responde mi madre—. Así que olvídalo…

—¿Que lo olvide? Siempre he pensado que se metía demasiado en mi vida… Y Saúl… ¡Saúl es mi hermano! ¡¿Cómo es posible…?!

—Tu padre cambió en cuanto nos casamos y tuve a Héctor. Era malo conmigo y Xavier siempre me defendía de él… Me salvaba a menudo de sus enfermizas intenciones y me ayudaba en todo lo que podía. Y un día…

—¡Dios, mamá! No sigas… ¿Papá lo sabía?

—No, pero quizá lo sospechara. Para mí no hay diferencia,

Ástor… ¡Tú eres mi hijo!

—Vale, mamá… Tranquila. Ya hablaremos… No hace falta que vengas. Keira está fuera de peligro. Te iré informando de todo, ¿vale?

—No se lo digas a Saúl, por favor…

—Por supuesto que voy a decírselo. Un beso.

—¡Ástor, no…!

Cuelgo y me quedo un minuto de pie asimilando la información. El puto Xavier… ¿Fue un buen hombre en otra época? Me cuesta creerlo. Igual simplemente estaba enamorado, porque tampoco fue un buen padre para Saúl… Dicen que los villanos también se enamoran, ¿no?

No dejo de darle vueltas a lo de «Por tu bien». Si es cierto que hay un factor egoísta, ¿por qué Keira me lo ocultó todo? Además de para protegerme y para proteger la investigación, debía de haber otro motivo propio.

¿Qué ganaba ella, egoístamente?

«Sois iguales…», había dicho Charly.

Cierto. Yo también la había cagado. ¿Por qué no mencioné a Keira que era con Olga con quien me iba de viaje? ¡Responde!

Por no remover el pasado. Porque no quería complicarme. Porque no quería perderla ni que se enfadase conmigo… Vale. Entonces… Ella tampoco quería perderme ni que me enfadase si me contaba lo de Charly… ¿Por qué?

Y la respuesta llega sola: «Porque me quiere…».

«Esperaba equivocarme», había dicho. Esa es la cuestión. Nunca estuvo segura, y acusar a Charly de algo así si al final resultaba ser inocente habría sido muy violento para todos.

«Joder… ¡Keira tenía miedo de perderme, no es que desconfiara de mí!».

Cuando vuelvo al interior del hospital, veo a Héctor junto a Saúl y Yasmín.

—¿No has entrado? —le pregunto sorprendido.

—Sí, pero enseguida me han dicho que yo no puedo donar; por mi estado. Sería arriesgado…

—Ah… Ya…

Miro a Saúl y trago saliva.

—Yo no pienso donar nada al hombre que ha matado a mi padre

—dice sin que le pregunte—. Y tranquilo, te aseguro que no tendré ningún remordimiento después.

—Vale… Y yo no puedo, así que…

—Así que adiós, Charly —sentencia Yasmín—. Ha matado a demasiada gente…

—Si Keira se entera de que donas algo al tío que mató a Ulises te deja en el acto —me advierte Héctor—. ¿Qué te ha dicho mamá?

—Eh… —Los nervios se apoderan de mí. Nervios buenos que no estoy acostumbrado a sentir—. Me ha confirmado que Guillermo de Lerma no era mi padre…

—¡¿Qué? ¡¿No jodas?!

—Sí… Pero ella sí es mi madre. Y la tuya, Héctor. Pero mi padre es otro…

—¿Te ha contado quién?

Sin querer miro a Saúl, que me sostiene la mirada impertérrito. Yasmín se lleva una mano a la boca lentamente captando el significado de mi gesto a la primera como si fuera una maldita superdotada.

—Dios mío… —musita sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa? —pregunta Héctor, perdido.

Saúl no deja de mirarme fijamente. Creo que sin respirar. Me parece que es de esas veces que sabe algo que no quiere saber.

—Me ha dicho que era Xavier… —confieso con un hilo de voz—. Yo soy el hermano perdido.

—¡HOSTIAS! —exclama Héctor mirando alucinado a Saúl.

El aludido se queda inmóvil, sin saber qué hacer ni qué decir.

Se me humedecen los ojos al ver que los suyos se encharcan sin remedio y que niega con la cabeza, totalmente sobrepasado.

Cuando me acerco a él y le pongo las manos sobre los hombros, baja la cabeza y Yasmín se tapa la boca.

—Somos hermanos, chaval…

Saúl intenta contenerse, pero su cara se contrae irremediablemente y lo abrazo antes de que estalle en llanto.

Siento sus espasmos silenciosos al intentar evitar que las lágrimas drenen también por su nariz. Apenas puedo soportar la inmensidad del momento.

Me separo de él y lo miro con los ojos vidriosos.

—¿No tienes nada que decir? —pregunto con media sonrisa.

—Solo que… no sabía que los sueños pudieran hacerse realidad…

Dos gotas caen por sus mejillas y se las limpio con los pulgares. Después le doy una colleja cariñosa y vuelvo a abrazarlo. Esta vez él también me agarra con fuerza, y Héctor se une como puede colocando una mano en su espalda baja.

—Lo siento por ti, pero vas a tener que cargar conmigo también, porque los hermanos de mis hermanos son mis hermanos…

—Es verdad… —suscribo cómico—. Somos un pack indivisible.

Saúl se ríe dándose cuenta de que ya no está solo en el mundo o de que nunca lo ha estado, en realidad. Yasmín no deja de flipar y de decir que siempre ha pensado que nos dábamos un aire.

Está loca. No nos parecemos ni en el blanco de los ojos…

—¡Que sí! ¡Que tenéis gestos iguales, en serio!

—Eso es porque el enano me imita desde que era un moco.

Saúl sonríe encantado y se frota la cara alucinado. Todavía no puede bromear sobre el tema, ha sido una sorpresa tremenda. Pero estamos en lo de siempre: los lazos son lazos, y me importa bien poco si son de sangre o no porque eso no es garantía de nada…

Supongo que para cada uno es distinto.

Para mí es una cuestión del papel que representa en tu vida dicha persona. Y ahora me doy cuenta de que yo siempre he intentado ser el hermano que Saúl nunca tuvo. Y por el contrario, siempre renegué de mi padre. La etiqueta no importa, sino el trato.

Nos dejan pasar a ver a Keira a última hora de la tarde, pero sigue sedada. Sé que estoy enamorado cuando me sigue pareciendo la inigualable de la temporada aun con el mal aspecto que tiene.

Necesito que despierte y apriete mi mano. Necesito profesarle todo mi amor, lo demás ya no me importa.

Su madre se abraza llorosa a su pareja y enterramos a Yasmín bajo una nueva ola de alabanzas. Si no llega a ser por ella, el corazón de Keira no estaría latiendo ahora mismo.

La culpabilidad por su estado asoma su fea cara por mi hombro, pero le doy un codazo y me prometo a mí mismo no volver a pensar en que no soy lo suficiente para ella. Quiero cuidarla, como indicó

Saúl. Esté sana o herida. Quiero estar a su lado siempre, con o sin hijos. Quiero compartir el tiempo que me quede con ella. Ser nuestro propio hogar juntos. No necesitamos nada más.

Cuando cae la noche digo a todos que se marchen a casa. Keira no despertará hasta el día siguiente y no pienso separarme de su lado.

Saúl y Yasmín dejan a Héctor en casa de mi madre y se van a dormir al piso de Yas.

El día termina con la noticia de que Charly ha fallecido. No sé ni cómo digerirlo. Tampoco importa porque el asalto se filtra a los medios y se me agota la batería del móvil por la cantidad de mensajes que recibo del KUN y otras instituciones. Como presidente del club, tendré que decir algo, pero no puedo dejar de pensar en que ya no soy un De Lerma y no debería estar al mando de nada. Es más, nunca he querido estarlo…

Pienso en Xavier. En cómo me miraba a veces. En todo lo que me ha dicho a lo largo de mi vida. Y lo cierto es que siempre estuvo ahí, dando por culo… Impulsándome a ser mejor. Intentando alejarme del mal camino.

Gómez me cuenta que la madre de Charly ha sido detenida. No tengo muy claro de qué la acusan, pero tampoco me interesa.

Cuando me quedo solo, me levanto del sillón donde llevo horas velando a Keira, siendo testigo de cada interacción de las enfermeras con ella, y le cojo la mano.

—No puedo prometer que vaya a contártelo todo siempre, Kei…, pero te prometo que nunca volveré a ocultarte nada.

keira

30
Te doy mi palabra

Debo de estar viva porque me duele todo.

Me quejo, y al momento soy consciente de que tengo público; son desconocidos con uniforme hospitalario.

«¿Dónde está mi familia?», trato de decir, pero la garganta no me responde. La piel me tira y la noto diferente. Veo las estrellas al tragar saliva.

—No intentes hablar —me aconseja una enfermera—. Tienes una herida en la laringe y te dolerá mucho.

Me dan una pizarra y me obligan a escribir la respuesta a todo tipo de preguntas ridículas: mi nombre, el año en el que estamos, cuál es mi profesión… Hasta que oigo:

—¿Cómo podrías ganar en tres movimientos al ajedrez?

«E2, H5, E8», anoto sin titubear.

—Déjenla… Está bien —confirma Ástor con media sonrisa.

Es escuchar su inconfundible voz y que se me acelere el corazón, pero es su imagen la que me deja sin palabras.

Lleva la misma ropa que llevó al entierro de Xavier, pero la corbata y la chaqueta han desaparecido y exhibe una camisa gris perla abierta con su habitual frescura. Está claro que ha dormido aquí.

En su mirada no queda rastro de rencor, solo del amor más puro. Por un momento pensé que no volvería a ver esa mueca nunca más. No con todo lo que descubrió antes de ayer…

En cuanto estallaron las primeras minas supe que la única pretensión de Charly era matarme para machacar a Ástor. También supe que debía de estar apuntándome con un arma a la cabeza.

En ese momento lamenté profundamente no haber sido sincera con Ástor desde el principio.

¿Por qué no confié en él? Ha lidiado con mucho en su vida… Pero no era por Ástor, era por mí. Tenía miedo de estar equivocada…

Cuando presentí mi final, lo sentí por él. Los demás conseguirían seguir adelante sin mí, pero Ástor no. Acabaría devorado por la culpabilidad, y nada ni nadie podría hacerle cambiar de idea. Y eso era lo último que se merecía…

Pensé en su forma de ser y en cómo tranquiliza con su presencia a todo el mundo, tanto a personas como a animales. Los hace sentir seguros porque derrocha una nobleza innata que se capta a una frecuencia que no concibe ni dudas ni prejuicios, solo la envidia, que puede ser sana o insana, pero jamás te será indiferente.

Se acerca a mí y siento que es reacio a tocarme por si me hace daño, aunque esté deseoso. Se limita a darme un beso en la sien, y cuando se aleja lo agarro del cuello de la camisa para que me mire a los ojos.

No puedo verbalizar nada, pero espero que lo lea en mi mirada.

«Te quiero». «¡Te quiero más que a nada, joder…!».

Rozamos los labios inevitablemente para sellar ese sentimiento y termina apoyando su frente en la mía.

—Si te llega a pasar algo, me muero… —musita vulnerable.

Niego con la cabeza, y nuestros labios vuelven a encontrarse con cuidado como si lo necesitaran para vivir. Sus mejillas están ásperas

porque se afeitó hace unos días y no puede gustarme más la sensación.

Resulta una paradoja que no pueda hablar, quiero decirle tantas cosas… Tengo unas dos mil preguntas que hacerle, aunque la cara que pone me contesta a la mitad. Resumiendo: un psicópata le ha hecho sufrir mucho en las últimas horas.

Cojo la pizarra y escribo: «¿Charly?».

En ese momento, mi madre y Gómez entran en la habitación y Ástor se hace a un lado en vez de responder a mi pregunta. Mi madre se me echa encima, efusiva, hasta que Gómez la aparta a la voz de:

—Déjala respirar, Silvi…

—¡Estaba tan preocupada…! —declara mi madre.

Levanto el pulgar para decirle: «Estoy bien», y los tres me miran como si necesitara un espejo…

Vuelvo a señalar la pizarra, y Ástor y Gómez intercambian una mirada cautelosa.

«Hablad. Ahora», los amenazo subiendo las cejas.

Me lo cuentan todo, o eso espero, y no puedo evitar emocionarme al comprender lo que Yasmín ha hecho por mí.

¡Maldita loca de las armas! Me ha salvado la vida…

De los diez que avanzamos en escuadrón, solo cinco seguimos con vida. Básicamente los del ala exterior y un interior que cayó al suelo del susto al oír el primer disparo. Todos fuimos heridos de gravedad, y si no llega a ser por Yas, Charly nos habría liquidado uno a uno antes de entregarse y amenazar al resto para ser acribillado a balazos, en última instancia.

—Esa chica es un as… —presume Gómez—. Si la hubierais visto saliendo de la casa tan campante con el mapa de las minas en la mano… Os juro que fue alucinante. No solo te salvó a ti, Keira, los salvó a todos, porque ninguno habría llegado a tiempo al hospital.

—Es increíble… —comenta Ástor—. Tan joven y sin experiencia…

—Me recuerda a Keira a su edad. ¿Has olvidado cuánto te reñía al principio?

Niego con la cabeza, sonriente, al acordarme.

Hay personas que han nacido para romper las normas. Sobre todo las que están mal hechas, que son muchas y nadie se digna actualizarlas desde hace más de cincuenta años… ¡Con la cantidad de gente que hay tocándose las narices en el gobierno!

—A ver con quién la pongo ahora hasta que te recuperes… —rumia mi jefe—. Menudo marrón… ¡En realidad, esa chica es un peligro!

Asiento llena de orgullo.

«De valientes están llenos los cementerios», decía mi abuela… Pero cuando eres policía, esa advertencia no sirve de nada. Porque es exponiéndote al peligro cuando más se aprende. Y esa diferencia es la que salva vidas.

Llega un momento en el que «mis padres» se marchan y Ástor y yo nos quedamos solos de nuevo. Bueno, con la pizarra…

Vuelve a acercarse a mí y se sienta en la cama. Nos miramos intensamente.

—Pasé tanto miedo… —confiesa poniéndome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pensaba que te había perdido, Kei. Que ya no estabas…

Le cojo la mano para acariciársela y me devuelve el gesto poseyendo la mía. Disfruto como una loca de su toque. He echado tanto de menos esta respuesta cariñosa en él…

Cojo la pizarra y escribo una palabra: «Perdón».

Ástor niega con la cabeza.

—No hay nada que perdonar… —musita—. He entendido que no me lo dijiste porque me amas…, igual que yo no te dije lo de Olga. No queríamos que nada rompiera lo nuestro…

Asiento vehemente. Ha dado en el clavo.

—Ha sido una época muy difícil… —Suspira cansado—. Tú persiguiendo a Charly, las trampas de Olga… Ahora estoy seguro de que ella misma avisó a los paparazis en Nueva York y montó ese drama para conseguir las imágenes adecuadas. He disuelto los negocios que compartíamos… Le he vendido mi parte barata. No quiero tener nada más que ver con ella. Yo no maté a su hermana… Fue Charly.

Le beso la mano, orgullosa de sus deducciones, porque no sé qué otra cosa hacer.

—Y tengo novedades… —continúa con cautela—. Ayer me enteré de que no soy hijo de mi padre. No soy un De Lerma…

Pongo los ojos como platos y escribo un interrogante detrás de la palabra «Perdón».

—Mi verdadero padre era Xavier. Saúl es mi hermano…

Añado exclamaciones a la pizarra y de mi garganta emerge un sonido confuso que no puedo detener. No sabéis lo que me ha dolido la herida al emitirlo.

Cuando me recupero, señalo de nuevo la pizarra para que Ástor me lo cuente todo. Procede y alucino en colores. ¡Madre de Dios…!

Él sonríe, no sé si con pena o con gloria. Y se frota la cara agotado.

«¿Cómo te sientes?», escribo de nuevo.

—No sé… Creo que me da igual —responde con sinceridad—. Me da igual que Charly fuera o no mi hermano, que lo sea Saúl, que mi padre no fuera mi padre, que yo no sea un De Lerma… Según mi madre, nada de eso importa. Y alguien me dijo hace poco que lo que cuenta para estar a la altura son los hechos…

Asiento a favor de esa frase y le señalo sacando el pulgar hacia arriba.

—¿Yo, bien? ¿Soy bien? ¿Estoy bien? —trata de averiguar. Voy asintiendo, pero torciendo la cabeza como si casi acertara—. ¿Lo he hecho bien?

Le señalo con firmeza, haciéndole entender que esa es la correcta.

—Lo he hecho lo mejor que he podido… —musita.

Escribo algo más: «Y también estás muy bien…».

Al leerlo sonríe, pero enseguida se le borra la mueca quedando solo un gesto triste en los labios.

—Todo esto me ha hecho pensar que quizá hayamos ido demasiado rápido, Keira… No tenemos por qué casarnos todavía. No hay prisa… Ni siquiera tenemos que vivir juntos. Haremos lo que te parezca mejor; sin ataduras. Lo único que me importa es que cada vez que nos veamos sienta que quieres estar conmigo…

La expresión de su cara me fulmina. Sobre todo en mi estado, porque no puedo decirle con mímica todo lo que me gustaría gritarle furiosa en este momento. Y tampoco puedo escribírselo porque el tono no sería el adecuado para obtener el efecto deseado.

De todo lo que siento lo que predomina es el dolor y espero que mis ojos lo estén filtrando. Dolor por entender que sigue dudando de cuánto significa para mí, unido a la culpabilidad de no habérselo sabido transmitir.

Sé que soy poco cariñosa, y que últimamente he estado muy centrada en demostrar que su mejor amigo era un asesino, pero confié en que podría recuperar el tiempo perdido más adelante. Me equivocaba. El daño ya está hecho.

Cojo la pizarra y lo noto tensarse mientras escribo. Es como si creyera que fuera a ponerle «Ok» o «Gracias», pero se impacienta cuando ve que es una frase larga. Una que evito que vea hasta el final: «Ahora no puedo hablar, pero mañana te cuento en qué he estado pensando yo, ¿vale?».

Cuando lo lee, me mira y asiente expectante.

—¿Te traigo algo? ¿Necesitas alguna cosa? —pregunta haciendo ademán de levantarse y convertirse en el esclavo perfecto.

Pero no le dejo irse de mi lado.

Borro la pizarra y vuelvo a escribir: «Lo que necesito es que me beses». Y lo miro suplicante.

Se acerca a mí, loco de ganas y a la vez un poco reacio por mi estado o por sospechar que es lo único que me interesa de él, pero en cuanto nuestros labios se encuentran nuestros corazones se dicen todo lo que necesitan escuchar.

Cada movimiento, cada roce, cada sensación habla de cuánto nos amamos, nos respetamos y deseamos estar juntos. Tengo la impresión de que se convence solo con eso, de que me cree, de que disipo sus dudas… O eso quiero pensar.

No paramos de prodigarnos lentos y cuidadosos besos en cinco largos minutos. Suele pasar cuando has estado a punto de morir, que después vives cada segundo como si fuera regalado.

Recibo cientos de visitas; tantas, que no puedo volver a besar a Ástor como quiero hasta el final del día. Además sin poder hablar son un poco latosas.

Cuando se hace de noche, le insisto para que se vaya a casa a descansar. Necesita una ducha y dormir en una buena cama. Tras señalárselo varias veces en la pizarra, se marcha un poco apenado con un largo beso, prometiendo que volverá puntual mañana a primera hora.

No me dejan decir ni pío hasta que no pasa el médico, me revisa la

herida y me autoriza a hacerlo. Me cuesta al principio y noto una molestia extraña, pero lo resistiré, prefiero poder hablar.

Poco después, Ástor aparece en un momento en el que estoy sola. Sabemos que tenemos poco tiempo para hablar antes de que llegue más gente, y hasta él farfulla nervioso como si hubiese estado toda la noche dando vueltas a lo nuestro.

—Oye… Olvida todo lo que te dije ayer… No sé qué mosca me picó, solo deseaba que…

—No quiero olvidarlo, Ástor. Vamos a hablarlo…

—No hace falta. El resumen es que te amo y punto.

—Yo también a ti, pero creo que tenemos que aclarar algunas cosas.

Se humedece los labios, inquieto, y se sienta dispuesto a confesar.

—Keira…, creo que los dos metimos la pata. ¡Pero por el mismo motivo! Somos iguales…

—Lo somos. Por eso deberíamos entendernos mejor que nadie y no dudar.

—Te entiendo, ¡en serio! Eres una mujer fuerte e independiente del siglo XXI que no necesita cumplir ningún estereotipo para ser feliz.

—Exacto, no lo necesito… porque el que me hace feliz eres tú…

Se queda callado de golpe. No se esperaba esa frase. Cree que soy fiel al lema «La felicidad está dentro de uno mismo y no al lado de nadie», pero yo soy más feliz con gente que me suma alrededor. Dentro de mí misma puedo tener satisfacción por el trabajo bien hecho y obsesión friki por mis *hobbies*, pero alcanzo la felicidad compartiendo mi vida con los demás. Risas, caricias, complicidad…, sensaciones que antes no me permitía sentir.

—Ayer te habría gritado «¿Qué coño estás diciendo?». Porque tú mismo lo dijiste, desde que nos conocimos todo ha sido una locura y ahora debería llegar la calma…

—Después de la tormenta, lo que queda es un barrizal de cojones, Kei… Y siempre habrá problemas nuevos.

—Los capearemos juntos. Yo solo quiero estar contigo… Casarme contigo, vivir contigo… Lo quiero todo.

—Todo, no… —señala herido, y luego se amonesta por ello—. Yo no estoy pensando en tener críos, Keira, ¡para nada! Pero que no te plantees tenerlos conmigo me hace pensar que es algo personal. Que

cambiarías de opinión, si fuera de otra manera, como hace mucha gente que no piensa en ello hasta que se enamora y se lo replantea…

—Tienes razón… Es algo personal.

Sus cejas se arquean sorprendidas.

—¿Es porque no confías en mí?

—Es un problema de confianza, pero no contigo, sino con la sociedad en general… Vivimos una era sin precedentes, la de la mujer trabajadora, y cada vez hay más igualdad. Yo he trabajado muy duro para demostrar que soy tan válida como un hombre. Me veo con poder, independencia económica y reconocimiento personal… Por eso no quiero tener hijos. La maternidad se ha convertido en un sinónimo de opresión para el éxito personal de las mujeres. Para mí es un privilegio natural que acarrea la obligación de un rol que ya no encaja con la mujer contemporánea. Te hace elegir entre dedicarte a tu carrera o a la crianza de los hijos.

—Lo entiendo… Aunque ese pensamiento hará que en cien años haya una crisis demográfica sin precedentes…

—¡Pero si hay superpoblación!

—Dicen que solo es un pico puntual. Se sabe que los japoneses ya están en un declive imparable hacia la extinción. Ya muere medio millón al año más de los que nacen. Y los expertos señalan que en cinco décadas habrá menos gente que después de la Segunda Guerra Mundial, por eso muchos países están prohibiendo el aborto, a modo de parche momentáneo.

—Lo sé… Nos vamos a la mierda… Pero Carla, sin ir más lejos, dio con la clave de todo. Debería escribir un maldito libro sobre ello…

—¿Qué clave? ¿Qué te dijo?

—Que hay que desterrar la idea de que «Madre, no hay más que una».

Ástor me mira interesado.

—Me dijo que en la actualidad tener un hijo debería ser cosa de dos. O de más, si abusas de los abuelos como hace la mayoría… La conciliación laboral es un mito que lo único que consigue es devaluar la capacidad de la mujer. El trabajo dignifica y ya no vamos a renunciar a él. Y tampoco vamos a ser madres para que luego nos llamen «malas madres» por no ajustarnos a un rol asfixiante y machista. Por lo tanto, o ese rol cambia, se delega y se comparte el

cuidado de la prole, o en un futuro nadie se presentará voluntario para hacerlo… porque la mentalidad de la mujer está mutando, y si la del hombre no cambia con ella, nos vamos a la mierda, repito.

—Está cambiando. Yo no soy mi padre… —expone Ástor con firmeza—. Ni soy como algunos miembros del KUN. Saúl y yo estamos intentando modificar las cosas, y Héctor será un padrazo el día que le toque serlo.

—Seguro que sí. Pero no quiero que tú vivas esperando a que yo tenga otra opinión sobre este tema, porque la teoría es muy bonita, pero se precisan años para implantar una idea así. Y necesito que te baste conmigo, Ástor…

—Keira, mi vida… —Me coge la cara—. Claro que me basta. Solo me gustaría saber que confías en que sería un buen padre y que me implicaría completamente para que pudieras seguir haciendo lo que más te llena, tu trabajo. Solo quiero que seas feliz… y quiero estar a tu lado mientras lo eres, nada más.

Mis ojos se encharcan de emoción.

—Vale, ya solo queda que te entre en la cabeza que soy feliz contigo… —Me tiembla la voz. Y sonrío.

—Por fin lo veo… Tú cambiaste mi forma de ver el mundo, Keira. Yo buscaba casarme justo para cumplir con un rol que hay que abolir cuanto antes. Ahora lo único que me importa es lo que tengo contigo. Un amor capaz de cualquier cosa. Un sentimiento inspirador.

Ese adjetivo me embriaga. «Inspirador». Porque es un gran resumen de lo que debería ser el amor. Alguien que te inspira, que te motiva, que te alegra, que saca lo mejor de ti…, que ve más allá de tus imperfecciones. Y Ástor y yo nos vimos desde el principio debajo de mucha suciedad.

Fue como un fogonazo. Como el restallar de un mechero. Sentimos el calor residual de lo que podríamos ser juntos… Y a las pocas horas de conocernos creamos una intimidad inaudita e improvisada. Él me vio llorar y me oyó quejarme de mi falta de fe en la humanidad, y yo lo vi sufrir por su hermano, por Carla, por el KUN e incluso por mí… Y toda la virulenta trama que surgió alrededor de esa pequeña llama de amor que se encendió en el momento en que lo apunté con mi arma en casa de Sofía y supe al instante que era inocente, ha hecho muy difícil procurar que no se apague. De hecho, lo hizo una vez… Pero

una partícula incandescente se quedó adherida a esa mecha negra mientras el humo blanco escapaba a nuestro control y se desvanecía en el aire. Y en el último momento, una brisa la hizo brillar de nuevo con fuerza desde el más allá para que volviera a prender.

—Ástor…, tú también me inspiras —sollozo exaltada—. Tu gran corazón me desarma. Y no sé si algún día querré tener hijos o solo seré la flamante dueña de un husky siberiano, pero si me lanzo a algún tipo de responsabilidad vital, no dudes que será contigo…

Su sonrisa me abraza.

—Vale… Pero yo no quiero más responsabilidades ahora mismo. Ni siquiera caninas… Para eso ya tenemos a Saúl y a Yasmín… —Se mofa.

—*Seh*… Son unas buenas mascotas —bromeo.

—Ya lo creo —dice gamberro—. Lo que yo quiero son mil horas contigo sin que nadie venga a contar un secreto que nos haga dudar el uno del otro… Necesito paz, Kei. Necesito verte feliz conmigo…

—Ahora por fin voy a poder serlo. Carla es libre, el asesino de Ulises está muerto y yo no puedo estar más enamorada de ti… ¡¿Puedes preguntar cuándo me dan el maldito alta, por favor?!

—Hasta en eso somos iguales. —Sonríe—. Muy malos pacientes. Pero vas a tener que estar aquí unos días más, nena…

—Es insoportable… —gimoteo.

—No te preocupes, te he traído una cosita —dice enigmático.

Se acerca a una bolsa grande y saca un tablero de ajedrez.

—Mientras no puedas seguir capturando al enemigo en la vida real, puedes capturar fichas de madera, ¿no?

—Sí… —Sonrío con los ojos brillantes—. Hace tanto que no juego que no me lo creo… Me parece inconcebible que hubiera una época en la que esa tabla era mi única obsesión. Toda mi felicidad…

—Pues tienes que practicar porque en cuanto salgas celebraremos el torneo del KUN. Y esta vez nada impedirá que te gane…

Su sonrisa socarrona me hace soltar una risita dolorosa.

—Pues como no te desnudes, lo llevas claro, guapo.

saúl

31

Juntos

Hoy no he ido a clase.

Si Ástor se entera, me cruje. O puede que lo apruebe porque a Yasmín le han dado el día libre en comisaría y estoy seguro de que le parecerá bien que me dedique en cuerpo y alma a agasajarla. Ahora mismo es su heroína.

Anteayer fue un día muy intenso: el entierro, las minas, el descubrimiento de nuevos lazos familiares… Y cuando cayó la noche continuó siéndolo.

Acompañamos a Héctor hasta la casa de su madre y todavía nos quedamos un rato charlando con ella.

—Te habríamos acogido del mismo modo en el seno de nuestra familia aunque no hubierais descubierto que sois hermanos —me

aseguró Linda.

Casi me hace llorar otra vez.

De camino a casa de Yasmín le conté las noticias sobre el caso de su violación que no había podido explicarle antes.

—¡¿Qué dices?! —exclamó alucinada.

—Lo que oyes… Ástor fue a ver a Santi y lo grabó todo. Supongo que de tal palo, tal astilla… —Me reí entre dientes. Pero luego me puse serio al recordar a mi padre. Su tumba, la carta… Pfff…

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Yas colocando una cariñosa mano en mi pierna. Me encogí de hombros, confuso, y se la cogí.

—Muy abrumado por todo… Por el entierro. Por ti. Por ellos… Por cómo me ha cambiado la vida en poco tiempo. ¿Sabes lo que es sentirte una persona totalmente diferente a la de hace tres semanas?

—Sí, lo sé… —Sonrió comprensiva—. Lo sé porque yo me siento igual. Antes era un ser asexual, cagado de miedo, y hoy he sido una auténtica kamikaze y estoy deseando llegar a casa para demostrarte lo mucho que confío en ti y lo valiente que me pareces…

Nos sonreímos sensualmente y le besé la mano con una anticipación que no me dejaba ni respirar. ¿Quién no iba a enamorarse hasta las trancas de ella?

—Siento haberme ido en mitad del entierro —se disculpó—. Si me lo hubieses pedido, me habría quedado, pero…

—Keira habría muerto —terminé por ella—. Yas…, júrame que siempre harás caso a tu instinto, porque nunca te falla.

—No es cierto. Me falla muchas veces…

—Para mí, no. Perdiste la virginidad conmigo en vez de con un matón engreído; seguiste la carrera de Keira y eso te trajo de nuevo a mí… ¡Si incluso pensante que Ástor y yo nos parecíamos! No vuelvas a ignorar ese don nunca más, por nada ni por nadie. ¿Me lo prometes?

Yasmín asintió, emocionada.

Llegamos a su casa y, antes de que empezara a correr todos los cerrojos de la puerta, mi lengua ya estaba saqueando su boca.

Es lo que tiene estar cerca de la muerte, que te mete prisa por vivir.

—Quería ducharme antes de hacer esto… —susurró en mi boca.

—Pues nos duchamos juntos —respondí lascivo.

—Nunca me he duchado con nadie…

—Ser tu primera vez en todo se está volviendo adictivo. —Sonreí.

Nos besamos bajo el chorro de agua caliente, felices de estar vivos y de que todo hubiera terminado por fin. Nunca olvidaré esos besos de alivio, ni que no me frenara cuando mi mano tanteó entre sus muslos. Su forma de abrazarme me dijo que estaba lista para más. Que me quería dentro… Y la expectación me volvió loco.

Nos secamos a duras penas y terminamos rodando por su cama.

Después de besarnos mucho y de magrearnos por todas partes con las manos y las bocas, se lo dije:

—No tenemos por qué hacerlo… No te sientas obligada. Podemos hacer muchísimas cosas que no sea penetración y disfrutar igual. No hay ninguna prisa…

—Que digas eso hace que todavía sienta más ganas de hacerlo…

La besé con la sonrisa en los labios y su mano fue directa a acariciar mi miembro, que ya estaba completamente listo para ella. Abrió las piernas dejándome paso y me situé muy cerca de su entrada. Me puse un condón, y me arriesgué a probar algo que pensaba que a la antigua Yasmín le habría gustado: sujetarle las manos sobre su cabeza con una de las mías…

Admito que fue arriesgado, pero no es ningún secreto que cuanto más impetuosa, orgullosa, enérgica y atrevida es una persona en la vida real, más le gusta que la sometan en el sexo. Porque se sienten más deseadas que nunca y disfrutan sintiendo que están a merced de otra solo por un momento. Y Yasmín era así. Ella mandaba. Siempre. Y creía con firmeza que en la cama necesitaba todo lo contrario para estar satisfecha por completo, aunque con su historial yo no sabía cómo reaccionaría…

A pesar de que no sufrió una lucha de poder violenta en su horrible experiencia, podría relacionarlo fácilmente con ello, y estuve atento a sus sensaciones.

Se asustó un poco cuando entendió que yo tenía una mano libre y ella ninguna, pero empecé acariciando y lamiendo sus pechos con manifiesta devoción y contándole, paso a paso, todo lo que me hacía sentir.

—Me vuelven loco tus tetas… —susurré enajenado—. ¿Cómo pueden ser tan perfectas?

Me froté contra ellas y las mordí haciendo que le dieran espasmos.

Las amasé con vehemencia con mi mano libre y volví a decir:

—Soy el tío más afortunado del mundo.

En ese momento, mi punta roma encontró su humedad, pero no llegué a introducirme, solo la roce, tentador.

—¿Sabes las ganas que tengo de hundirme en ti, Yas? —admití lascivo—. No puedo más… Pero no lo haré todavía. Quiero disfrutarlo mucho. Quiero ponerme a mil y sentir tal latigazo de placer cuando me sumerja en ti que no pueda pensar que existe nada mejor.

Yasmín jadeó deseosa y se removió inquieta.

Noté que abría un poco más las piernas para atormentarme y volví a besarla, encantado.

El contacto de nuestra piel húmeda y dispuesta soltaba chispas.

—Me muero por ti… —le juré—. Eres tan preciosa y valiente…

—Hazlo ya… —me suplicó desesperada.

Y sonreí porque era justo lo que quería oír. Esa lujuria… Ese deseo latente en su voz.

La miré a los ojos, entre jadeos, e intenté transmitirle cuánto la quería.

—Deseo ser todas tus primeras veces… Para siempre…

Avancé en su interior y se produjo una conexión perfecta entre nuestros sexos. Entre la física y la metafísica. Fue una de esas descargas de energía que crean un nuevo universo. Uno nuestro, lleno de todo lo bueno por venir. De la libertad de elegirlo y de vivirlo a nuestra manera.

En ese momento solté sus manos, y me encantó sentir cómo las colocaba en mi espalda para atraerme más hacia ella.

Elevé su culo y nos encajamos de tal forma que no tardó en correrse al crear un celestial roce de su clítoris contra mi pubis.

—¡Oh, Dios…! —clamó alucinada—. ¡No pares…! —dijo desatada.

No lo hice. La taladré todo lo fuerte que pude hasta que me arañó la espalda y gritamos juntos. Fue apoteósico.

Y la cena de después en el sofá viendo la tele juntos no se quedó atrás.

«Así que esto es ser feliz…», pensé cuando la miré de reojo y me soltó un «¿qué?» con la sonrisa más preciosa del mundo.

—Nada… —respondí enigmático.

—Pues el que nada no se ahoga. —Me sacó la lengua.

Tuve que forcejear con ella hasta mordérsela entre risas.

Hoy nos hemos levantado tarde y hemos aparecido sobre las doce del mediodía en el hospital.

No he dejado de comunicarme por WhatsApp con Ástor en todo el tiempo que hemos estado separados. Me da igual que piense que soy un grano en el culo. Ahora estoy en mi derecho de serlo. Pero sentir que lo estaría igual aunque no fuésemos hermanos de sangre es lo que más feliz me hace. Porque ya lo éramos… Siempre ha cuidado de mí.

Casi siento vértigo al percibir que le importo a alguien en el mundo, es como si fuera a despertarme en cualquier momento del sueño para volver a la pesadilla.

Al entrar en la habitación de Keira, no sé cómo saludarlos. Yasmín se me adelanta dando un beso rápido en la mejilla a Ástor y esquivándolo para llegar a la encamada cuanto antes. Yo me quedo parado.

En cuanto mi hermano me ve, me dan ganas de abrazarlo fuerte, pero algo en mi interior me lo impide. Ese código de honor entre caballeros que yo nunca he tenido porque mi padre no dejaba de repetirme que no tenía honor…

De pronto, Ástor levanta la mano como si fuera a chocármela hacia abajo, e instintivamente la recojo en la mía. No contento con eso, la amarra y la gira haciendo que nuestros pulgares se abracen y juntando su cuerpo al mío, para quedar agarradas a la altura de nuestros corazones. Siento que voy a llorar.

Es un gesto tan perfecto para definir lo que somos que me deja fuera de juego.

—¿Qué tal, donjuán? —susurra guiñándome un ojo con una sonrisa socarrona que grita: «Se nota que has tenido sexo, cabrón…».

—Bien… —respondo cortado.

—No me extraña…

«¡Será idiota!». Bajo la cabeza con una culpabilidad divertida.

Veo que las chicas están abrazadas y me acerco a ellas para saludar a la convaleciente.

—Me alegro de que estés bien, Kei…

—Gracias a tu novia. Porque ya es tu novia, ¿no?

—Sí… —sentencio con orgullo.

—Sabía que eras listo. —Keira sonríe—. ¿Qué más me he perdido?

—¿Te parece poco todo lo que ha pasado? —le contesta Yasmín.

—No. Es más, todavía no lo he asimilado… Ayer Charly mató a cinco personas —dice pensativa—. Cinco personas que no tenían la culpa de que yo me haya enamorado de un duque…

—Mi amor… —me consuela Ástor, indulgente—. Nada de esto ha sido culpa tuya…

—Pero estaban viviendo sus vidas al margen de nosotros y, de repente, se han visto truncadas por un loco al que ni conocían…, ¡por un loco que estaba obsesionado con nosotros!

Todos nos quedamos serios.

—Keira… —empieza Yasmín con templanza—. Estaban haciendo su trabajo, que es protegerte a ti o a cualquiera. Todos los que nos metemos en el Cuerpo asumimos el peligro que corremos. Por eso hiciste que me quedara en el coche…, porque sabías lo que podía ocurrir. A veces ocurren cosas imprevisibles: se cae un balcón y mata a una chica de veinte años que pasaba justo por debajo, o se cae la rama de un árbol en un parque y mata a un niño… La muerte puede encontrarte en el momento más inesperado de la forma más injusta, y nadie tiene la culpa. Pero los policías vamos hacia el peligro con una misión y no siempre sale bien. La diferencia es que nosotros somos conscientes de ello. Y hay que estar agradecido, no de esquivar a un perturbado como Charly, sino de esquivar la casualidad de ese balcón o de un conductor dormido que te viene de frente…

Yasmín ha mirado a Ástor mientras hablaba, recordando su caso, y este la tranquiliza entendiendo lo que ha querido decir.

—La culpabilidad no lleva a ningún lado, Keira… —añado yo.

—Escucha a nuestras mascotas, cariño, ¡tienen razón! —se mofa Ástor.

—¡Oye…! —Nos quejamos Yasmín y yo al unísono mientras ellos juntan sus frentes y se besan entre risitas secretas.

Cuando se separan, Ástor cambia de tono radicalmente y suelta:

—Chicos… Esta mañana Gustavo García… me ha confirmado que confesarán. Todos.

—¡¿En serio?! —exclamo asombrado.

Yasmín se queda en *shock*.

—Tenemos que ir a interponer la denuncia y dar sus nombres, Yas —le impele Ástor—. Junto con la grabación y los papeles firmados. Será rápido… Te darán una indemnización y sus disculpas.

—Joder… —musita ella sin saber qué decir—. Mi padre me ha llamado tres veces esta mañana y no se lo he cogido… Será por eso.

—O porque se ha enterado de tu hazaña de ayer —tercia Ástor—. En el KUN todo el mundo lo sabe. Hice un comunicado anoche. Si yo tuviera una hija como tú, me gustaría saberlo… —Le guiña un ojo.

Yasmín se muerde los labios, conmovida. Al final se acerca a Ástor y lo abraza como si fuera el padre que necesitó que fuera el suyo.

—Muchas gracias por todo, Ástor… —farfulla incrédula.

—Gracias a ti… siempre. Te debo mi vida, la de Keira y la felicidad de mi hermano…

La escena me emociona mucho. Y creo que Keira opina lo mismo porque extiende su mano, enternecida, y se la cojo de inmediato con afecto para besarle el dorso.

—Aléjate de mi mujer… —masculla Ástor con voz ronca.

Keira y yo nos reímos sabiendo que bromea.

—Futura mujer —enfatizo con maldad.

Ástor sonríe sin llegar a quitar el brazo de encima de los hombros de Yasmín y dice:

—Ahora en serio, chicos… Queríamos preguntaros una cosa… ¿Tenéis algo que hacer el 5 de agosto…?

—No —responde Yasmín.

—Siempre hay algo que hacer… —rezongo yo solo por joder.

—Pues posponlo, porque Keira y yo nos casamos ese día. Y tenéis que estar allí para sentaros a la mesa presidencial… con la familia.

Yasmín y yo nos miramos conmocionados. Quizá no encontramos afecto y protección allí donde pensábamos que lo merecíamos por nacimiento, pero tenerles a ellos lo compensa todo.

—¡Cuenta con nosotros! ¡Allí estaremos!

Donde también tuvimos que estar fue en la graduación de la hermana de Yasmín ese mismo junio.

Antes la convencí para que devolviera las insistentes llamadas a

sus padres y les contará la sentencia que había impuesto el juez respecto a su caso. Se alegraron mucho, y su padre le informó de que sus socios se habían disculpado por el nefasto comportamiento de sus hijos.

—Son más razonables que tú… —le reprochó Yasmín por teléfono.

—Tuve miedo, hija… No me puse en tu piel, pero quise callar por tu bien y el de la familia. Por favor, perdóname…

—El mayor error ante una cosa así es no denunciarlo —dije yo con seguridad—. Porque habrán seguido haciéndolo y el silencio os hace cómplices…

—Yasmín… —pronunció su padre, devastado.

Le presioné el brazo para que no echara más leña al fuego porque la entendía, pero también asimilaba la cobardía humana. Mi padre nunca me vino a pedir perdón a la cara por su comportamiento. Nunca. Jamás tuvo esa valentía. No todo el mundo la tiene.

Al cabo de un mes, nos encontramos en la graduación de Lina, la hermana de Yasmín, después de que su hermana le rogara que asistiera, asegurándole que sus violadores también le habían partido la vida a ella, privándola de su compañía.

Eso sí le tocó la vena. Y fuimos con intención de ir juntos a comer después.

Por supuesto, llamé a sus padres a escondidas para que ese encuentro no terminara en estropicio. Solo había una norma: no mencionar el maldito tema.

—Es el día de Lina. Limitémonos a recuerdos bonitos y a hablar de su futuro, ¿de acuerdo?

—¿Y si Yasmín saca el tema? Ya sabes cómo es…

—La bloquearemos entre todos. Vosotros no entréis al trapo. La ignoráis, y yo cambiaré de tema.

—Gracias, Saúl… Sentimos mucho lo de tu padre. Fuimos al entierro, pero no quisimos importunaros.

—Os vi allí. Gracias.

—No podemos pensar en nadie mejor para nuestra hija que tú. Tu padre estaba convencido de que la cuidarías bien… y no se equivocaba.

Me mordí los labios y retuve la ira de todo el dolor que me había causado alguna vez. Algún día tendría que ir a terapia para entender

qué clase de padre hace correr rumores que te devoran vivo en la época más inestable de tu vida.

—Nos vemos allí…

Al final fue un buen día. La ilusión de Lina por ser el motivo de verlos juntos de nuevo lo llenó todo y superamos la velada con cautela.

Yasmín les contó que iba a seguir adelante con sus estudios de Criminología y sus padres se ofrecieron a ayudarla económicamente.

—No hace falta. Tengo la indemnización…

Fue el único momento en el que se creó un silencio frío.

—¿Y qué hay de ti, hijo? ¿Cuáles son tus planes de futuro? —me preguntó su padre.

Yasmín me miró cohibida. No habíamos hablado de eso. Era pronto para tomar decisiones de ningún tipo.

—Hasta hace poco tenía pensado irme a Singapur el año que viene.

—¡Caramba! La perla de Asia.

—Sí…

—¿Y por qué quieres irte tan lejos? —preguntó Lina en tono triste.

—Porque es una utopía en la tierra…

—Es uno de los países más ricos del mundo —apostilló su padre —. En él viven cuarenta y dos de los cien hombres con más fortuna del planeta, según la revista *Forbes*. Es uno de los mayores centros financieros que existen…

En economía estaba puesto…

—¿Y qué pretendes hacer allí, Saúl? —preguntó la madre de Yas.

—Conocer gente interesante. Buscar socios. Desarrollar ideas innovadoras multimillonarias. El dinero está en las matemáticas…

Su padre soltó una risita incrédula.

—Eso es perseguir un imposible… ¿No has pensado en algo más realista?

—Es realista. Allí los estudiantes aventajados aprenden mucho más teniendo acceso a material complejo y pudiendo aplicarlo en campos como la química, la ingeniería o la meteorología. El método de enseñanza matemática de Singapur se conoce como «Enfoque de dominio». Es otro mundo…

—¿Vas a aprender a dominar el mundo? —se burló su padre.

—Quién sabe… —respondió Yasmín poniendo una mano sobre la mía—. Quizá la juventud de hoy en día no sea tan vaga e irresponsable como pensáis. Quizá también seamos imparables…

La miré como siempre soñé que miraría a la mujer de mi vida. Y quise preguntarle allí mismo si me acompañaría cuando me fuera, pero era tan pronto… y ella amaba tanto su trabajo. Tenía sus propias aspiraciones.

Su mirada me dijo lo que me confirmó esa misma noche mientras hacíamos el amor con una pasión desconocida.

—Iré adonde quieras ir, Saúl… Tú eres mi hogar.

Quise llorar de felicidad.

—Pero tú deseabas estudiar… No quiero que dejes de hacer nada por mí. Vas a llegar muy lejos en la Policía y vas a salvar muchas vidas…

Volvimos a besarnos desaforados al entender que estábamos dispuestos a todo por no descuidar la felicidad del otro.

—Buscaremos una solución, lo importante es que estemos juntos —contestó ella.

—Siempre juntos…

keira

Epílogo 1

Cuatro meses después

¿Sabéis esa boda de cuento de hadas con la que la mayoría sueña? Pues así va a ser la mía. Solo que yo la tildo de pesadilla…

A mis seres queridos les hacía ilusión preparar un despliegue digno de *Sissí Emperatriz*, y ¿quién soy yo para quitarles la ilusión…? Aunque eso implique atestar el lugar con suficientes peonías como para detener un avance militar.

—¡Estás preciosa! —chilla mi madre poseída cual fanática.

—Gracias… Tenéis muy buen gusto para elegir vestido.

—¡Es la percha lo que da sentido a un buen diseño! ¡Es decir, tú!

—¿Ástor todavía no ha salido corriendo? —bromeo nerviosa.

—Nunca he visto a un novio con tantas ganas de casarse… —

murmura Linda, su madre, con una sonrisa satisfecha—. Por cierto, me ha dicho que lo de darme un nieto no es un «nunca» permanente. ¿Es verdad?

Pongo los ojos en blanco.

No quiero ni imaginar la conversación previa que habrá tenido con su hijo para que termine facilitándole esa información.

No nos preocupa, sabemos que en cuanto Héctor tenga un hijo nos dejará tranquilos con el tema.

—Si algo he aprendido este último año es que nunca puede decirse de esta agua no beberé, porque la vida te sorprende…

—¡AHHH! —grita mi madre, dramática—. ¡Eso no es un «no»!

Alzo las cejas hacia lo que consideraba el mal menor y maldigo. ¡No entienden nada! No voy a tener un hijo… Al menos, de momento.

Pienso de verdad en lo que he dicho. Los «nunca» que lanzas al viento pueden terminar dándote en el cogote con un efecto bumerán alucinante, porque todo está en constante cambio siempre.

Y también creo en hacer felices a los demás para obtener un potente efecto rebote sobre ti en vez de mirarnos tanto el ombligo… Porque es difícil ser feliz cuando la gente a la que amas no lo es; aunque todo tiene un límite, claro… No voy a tener un bebé sin desearlo; lo tengo muy claro. Si ese hecho cambia, ya veremos…

¡Estoy madurando!

Antes de conocer a Ástor rechazaba tajantemente muchas cosas por mero prejuicio. Y los prejuicios son algo negativo (lo aclaro por si acaso alguien lo duda todavía). Porque un prejuicio no es una opinión, los prejuicios revelan ignorancia y una falta total de tolerancia que genera una maligna desconfianza hacia los demás e incluso hacia ti mismo.

Yo me tenía muy coartada a mí misma por culpa de una parte de la sociedad que no respeta al prójimo, pero había aprendido a no darles el poder de hacerme daño. Miento, dolía. Pero no dejaría que esa indignación me frenase nunca más. E iba a disfrutar de la vida con una sonrisa indiferente, que es lo que más jode. Dientes.

Desde que salí del hospital no diré que la vida era perfecta y que nos pasábamos el día bailando, pero casi…

Os juro que fue un cambio abismal.

Héctor, Carla, Yasmín, Saúl… Todos nos convertimos en una gran

piña. Nos veíamos todas las semanas. Observar a los tres hermanos juntos era… no puedo explicarlo con palabras. Solo puede sentirse, saborearse… Los echaría a una olla y me los comería con patatas.

Las tres *Brujas de Eastwick* también nos hicimos uña y carne. A veces me sentía un poco mamá pato con ellas, pero en realidad solo les llevaba seis años. Y en otros seis, las dos me darían mil vueltas a todos los niveles porque Yasmín y Carla eran unas todoterreno. Cada una con una personalidad más letal y arrebatadora que la otra. Eran las gemelas rubias del doctor Jekyll y Mr. Hyde…

Yasmín y Saúl empezaron a vivir juntos y nos invitaron un día a cenar a su casa. Me gustó descubrir que Yas había hecho limpieza armamentística en el salón; Saúl me aseguró que ya no salía armada de la vivienda. Y ella me guiñó un ojo, como diciendo: «Menudo ingenuo está hecho».

Él terminó el curso con buenas notas y Ástor lo convenció para que cursara el máster de Matemática avanzada en la UDL un año más. A Saúl no le costó nada aparcar su sueño de viajar a Asia hasta que Yasmín completara los dos primeros años de servicio en comisaría y pudiera pedirse una excedencia.

Aun así, ni Ástor ni yo soportábamos la idea de que se fueran del país. Nos gustaba demasiado estar con ellos. Cuidar de ellos. Ayudarlos en todo… Y teníamos la esperanza de que no se marcharan.

—Tienen que ver mundo, Kei… —me dijo Ástor, apenado.

—¿Por qué? Yo no he visto nada y soy de lo más normal…

—No te atrevas a decir que eres normal —me riñó divertido—. Cuanto más vean, antes sabrán quiénes son y lo que quieren…

—Yo sé quién soy y lo que quiero —lo reté subiéndome encima de él con una sonrisa sensual.

—Yo también… —susurró lascivo acariciando mis muslos y acercándome más a su cuerpo.

Nuestros labios no tardaron en buscarse ni dos segundos y en otros tres nos empezó a sobrar la ropa.

Y así estábamos todo el día… Lo hacíamos tan a menudo que tenía miedo de toparnos con ese dos por ciento de ineficacia anticonceptiva…

Llaman a la puerta de la suite nupcial y Yasmín entra con prisa.

—¡¿Estáis listas?! ¡Ya está todo preparado! ¡Solo falta la novia!

Cuando me ve se asusta y se tapa la boca. Mal rollo.

—Te horroriza… —confirmo su opinión.

—¡No…! No es eso… Estás muy guapa, en serio…

—Entonces ¿qué pasa? —digo con las manos en la cintura.

—Nada… Solo que estás muy rara de blanco. Tu color es el negro…

—Ya lo sé… —Me abanico histérica—. ¡Me siento como cuando el bebé de los Addams se pone enfermo y se vuelve rosa y regordete! Y va por ahí soltando risitas en lugar de llamaradas… Un horror.

—¡Pero si estás preciosa…! —exclama mi madre.

—¡Ya lo creo! ¡Pareces una princesa! —remata la madre de Ástor.

El color abandona mi cara y empiezo a marearme. ¿Princesa?

—Señoras…, lo están empeorando… —avisa Yasmín captando mi crisis nerviosa—. Venga, circulen… Vayan saliendo, por favor. Tenemos un código rojo…

Las echa de la habitación y vuelve a mi lado. Me encuentra respirando en una bolsa de papel marrón que ella misma me ha traído. Me siento tan ridícula…

—Tranquila, tengo la solución —me dice cogiéndome la cara.

—¿Cuál…? ¡Hay cuatrocientos invitados ahí abajo…! Y no voy a poder fingir una sonrisa… —Me está entrando el pánico.

—Keira, por favor… Recuerda quién eres…

—¡Eso no me sirve, Yas! ¡No soy Simba!

—Me refiero a que eres poli. Y de las buenas. ¡Está bien…! —dice a regañadientes—. Te voy a dejar usar mi truco, ¡pero no te acostumbres…!

Se levanta el vestido y se quita el arma que lleva pegada al muslo.

—¡¿Has venido armada a mi boda?!

—¡Pues claro, boba…! La mitad de los invitados son gentuza. Además, después de lo de Charly no creo que me quite nunca la manía de llevar armas encima… Si con eso puedo salvar a alguien, pues…

La veo tragar saliva y mirar al suelo mientras se la quita.

—Yas… —La miró preocupada. Sus ojitos brillan—. ¿Estás bien?

—Sí… Es que… soy muy feliz, ¿sabes? —musita luchando por no llorar—. Y tengo miedo de dejar de serlo. Casi te pierdo, Kei… Casi

vuelven a joderme la vida… ¡Entiéndelo, estaba sola y apareciste en mi puerta con helado!

Tuerzo la cabeza con ternura y siento amor a discreción calentándome todo el cuerpo.

—Tú me obligaste a ver *Los Originales*. Estamos en paz…

—Tú me salvaste antes que yo a ti… —dice seria—. No podía dejar que murieras. Y tampoco te voy a dejar tirada ahora. Ponte esto…

Me levanta el vestido para colocarme el arma en el muslo como si fuera una liga.

—Yas… —me río.

—Y tengo otra cosa —añade yendo hacia el armario donde están todas las bolsas—. Quítate esos zapatos de Cenicienta trasnochada… Esto es muy clave.

Saca mis botas militares de la nada, las que me suelo poner en las misiones con el uniforme, y me echo a reír cuando me las trae relucientes. «¿Las ha limpiado?».

—¡No puedo ponerme eso…, Yas!

—¿Por qué no? ¡Esto va a ser peor que una guerra, nena! Las necesitas si no quieres sentirte un pato. Los buenos andares dan confianza…

Vuelvo a resoplar de risa mientras se agacha para ponérmelas.

La verdad es que me siento mucho más cómoda con ellas y no se me verán porque el vestido es muy largo y arrastra que da gusto. La parte de arriba es un corpiño duro, con escote palabra de honor, en forma de corazón y forrado de encaje que pierde sus filigranas en el gran vuelo de falda de tul que llega hasta el suelo. Súmale el arma y las botas de punta de acero…

Me pongo de pie y miro a Yasmín, agradecida. ¿De dónde ha salido esta chica?

—¡Ahora sí que eres tú, Kei!

La abrazo con fuerza y me río divertida.

—Gracias por ser como eres… Por buscarme. Por aparecer en el peor momento de mi vida y quedarte a mi lado. Sin ti no habría podido llegar hasta aquí. Gracias por enseñarme tanto…

—¡Yo no he hecho nada! —dice sonrojada. No sabe si reír o llorar.

—Has hecho lo más importante: no rendirte. No conformarte con

tu mala suerte. Armarte hasta los dientes y seguir luchando…

Volvemos a abrazarnos con sentimiento.

—Y ahora que soy feliz, estoy cagada de miedo —confiesa—. Estaba más tranquila cuando no tenía nada que perder…

—Conseguir lo extraordinario requiere pequeños sacrificios, pero merecen la pena. —Le guiño un ojo.

—Pues aplícate el cuento. Sal ahí y demuéstrales de qué estás hecha, ¿de acuerdo? Merecerá la pena.

Salgo de la habitación con renovada confianza en que puedo superar este trámite.

Menuda ilusa…

El sonido celestial de los violines, las malditas flores, las sonrisas admirativas de los invitados y verle a él tan guapo al final de un pasillo con alfombra roja casi hace que me desmaye de pura emoción.

«¡Malditos!».

Un minuto de silencio para quien inventó el rímel *waterproof*…

Es casi poético que Ástor me haga llorar también en nuestra boda. Solo él ha conseguido que lo haga de alegría. De dicha. De felicidad. Y no puedo evitar pensar quién me creo para sentirme así de bien en un mundo tan cruel…

«Pues parte de él», me contesto a mí misma cual Ariel. Se acabó eso de imaginarme flotando en el espacio sideral alejada de todo. En la Tierra hay sensaciones malas, pero también muy buenas. Y tengo derecho a ellas.

Los votos de Ástor me demuestran que me estoy casando con el hombre adecuado. Que si alguien se merece que confirme mi amor ante notario, es él…

La mayoría de lo que dice ya me lo ha dicho alguna vez en la intimidad de un abrazo, desnudos en la bañera o tumbados en el sofá un domingo por la tarde sintiendo que no queremos estar en ningún otro lugar, pero la sorpresa viene al final: —Ella no quería una boda tan aparatosa y recargada; solo le gusta ir de blanco cuando juega al ajedrez… —dice, y sonrío—. Por eso he querido darle una luna de miel que realmente la enloquezca…

Que diga eso me sorprende. Le confesé abiertamente que tenía miedo de aburrirme en ese viaje porque no estoy acostumbrada a estar de vacaciones sin hacer «nada».

Sé que soy de las pocas personas que están deseando que las vacaciones se terminen cuando me obligan a cogerlas. ¡Para mí las vacaciones son estar trabajando! Con descansar diariamente por las tardes, me llega… Y por las mañanas casi nunca me da pereza levantarme porque voy a hacer lo que me gusta.

El concepto «luna de miel» no va conmigo, así que no sé qué tendrá pensado. Le dije que para mí ya vivíamos en una eterna luna de miel.

—No nos vamos un mes a Australia, cariño…

Subo las cejas, sorprendida. «Ah, ¿no?».

—No. —Sonríe enigmático. Y conozco esa sonrisa. La conozco demasiado bien, es la de que sabe que la sorpresa me va a gustar tanto como me va a cabrear—. Al final nos vamos a Dubái…

«¡¿Dubái?!».

—Con Saúl, Héctor, Carla y Yasmín. Mañana. Nos vamos todos al hotel Atlantis The Palm y estaremos juntos allí diez días…

Oigo exclamaciones sordas por parte de los invitados, sobre todo de Yasmín y Carla. Los chicos se muestran complacidos como si ya lo supieran.

Sonrío al máximo, entusiasmada. ¡Es la mejor idea que ha tenido! Nos lo vamos a pasar bomba…

—Y después… —Su tono me chiva que ahora toca la de cal—. Nos iremos quince días solos… a Gibraltar.

«¡¿A Gibraltar?! ¿Y eso?».

«Espera…».

Su sonrisa me lo dice todo antes de que lo verbalice.

—A jugar un torneo de ajedrez muy importante…

Abro los ojos alucinada. ¡Si hace un montón que no juego! ¿Está loco?

—No estoy loco —responde chistoso a mi cara de pasmo—. Pero haré lo que sea para que te quedes conmigo toda la vida. Y el ajedrez forma parte de ti. Te quiero, Keira.

Levantarme, cogerle la cara y besarnos mientras la gente aplaude es un momento que guardaré para siempre en mi memoria. Que tantas personas se alegren de que seamos tan felices me conmueve. Creo que empiezo a entender las bodas. Un poquito…

—¡¿Que nos vamos mañana?! —protesta Carla cuando nos

sentamos de nuevo—. ¡¿A qué esperabas para decírmelo, garrulo?! —riñe a Héctor con un manotazo en el hombro—. ¡¡¡No tengo nada que ponerme!!!

—Dudo mucho que eso sea cierto —responde Ástor, divertido—, pero en cuanto lleguemos a Dubái iremos a visitar el Burj Khalifa, el edificio más alto del mundo hasta la fecha, y justo al lado hay un macrocentro comercial con las mejores marcas. Comeremos allí y podréis ir de compras.

—Gracias, Ástor. Ya no os odio a todos —declara Carla.

Héctor la mira negando con la cabeza y ella sonríe de medio lado.

Se quedaron un mes en casa con nosotros después de los ataques… Y debo admitir que los chicos nos atendieron como a auténticas reinas; aquello parecía un hospital de campaña. Carla y yo estuvimos quince días totalmente tiradas, pero poco a poco nos recuperamos y pronto empezamos a necesitar la intimidad básica de una pareja enamorada.

Héctor se terminó comprando un chalet en la misma urbanización que Ástor. Estaba tan cerca que podía venir andado. O rodando. Carla había perdido el año académico y no terminó ese verano, pero se estaba aplicando para presentarse a unos pocos exámenes de septiembre. Renegaba de su grado en Publicidad. Decía que le gustaba, pero siempre tuvo dudas. Últimamente le interesaba el campo de la fisioterapia, y Héctor la animó a terminar con una y empezar con la otra. Era tan bonito verlos juntos… Te dabas cuenta de que el amor te elige y esquiva cualquier obstáculo para hacerlo posible.

Le pregunté a Carla a solas si habían vuelto a pensar en ser padres y me confió que de momento no. Que estaban tomando precauciones y que preferían esperar.

—Es Héctor el que quiere esperar ahora… —me aclaró como si manejara la idea de ser madre como un concepto más en su vida, no como el único.

Pensé que él no querría que ella lo sintiera como una condición para estar juntos, y ahora que sabían que Ástor no tenía sangre De Lerma, la presión de que Héctor fuera padre era aún mayor.

Reconozco que me lo pasé muy bien en mi boda. Y a pesar de que juré que no sería una novia borracha y guardaría las apariencias hasta el final, los propósitos son solo eso, una lista de deseos que te gustaría

cumplir y que sabes que nanay…

Cuando solo quedaba un grupo reducido de gente joven me vine arriba y la posibilidad de tener sexo en la noche de bodas se redujo a una cifra infinitesimal… Lo que terminé es llorando en la suite nupcial a las seis de la mañana porque no podía quitarme el vestido. Había unos ochenta botones microscópicos en un lugar inaccesible de mi espalda y Ástor era incapaz de desengancharlos con el ciego que llevaba.

Fue traumático.

No le recomiendo a nadie verse atrapado dentro de un vestido de novia maligno… Es aterrador.

El novio tuvo que llamar a los refuerzos. Menos mal que mi dama de honor dormía en el hotel donde nos habíamos casado y que recordaba que mi madre me había abotonado el vestido con una aguja de tejer que había traído personalmente. Ástor y Saúl no podían dejar de reírse.

—¡¿Os queréis callar de una vez?! —exclamó Yasmín sudando—. ¡Así no hay quien pueda concentrarse!

—¡Es que no os estáis viendo…! —se excusó Saúl sin poder parar.

—¡No me hace gracia! —chillé—. ¡¡¡Quiero salir de aquí ya!!!

Volvieron a troncharse de risa.

Al final nos contagiaron y terminamos todos riéndonos, pero fue una puñetera agonía. En serio.

Compensamos esa infame noche al llegar a The Palm Jumeirah, la emblemática isla artificial en forma de palmera considerada uno de los mejores destinos turísticos del mundo.

Dubái me pareció maravilloso ya desde el aire. Vaya por delante.

Nos alojamos en tres suites. La de Héctor era la más grande con diferencia con más de doscientos metros cuadrados. Era como el punto de encuentro neurálgico para todos.

Nunca había estado en un espacio tan majestuoso. Si tratara de imaginarme el cielo, probablemente se acercaría a esa habitación. Bueno, eran varias salas con sofás, mesas… Había de todo, incluso un billar. Pero nuestra habitación era harina de otro costal…

Te dejaba sin respiración. Literalmente…

¡Era una habitación subacuática! No sé hasta qué punto es legal que todos aquellos peces vieran lo que vieron, pero bueno… Para mí

fue una experiencia inolvidable estar rodeada de una cristalera enorme a modo de acuario gigante por el cual entraba luz natural de la planta de arriba, que también era nuestra.

Lo más importante de aquellos días, además de lo bien que lo pasamos en nuestra cabaña familiar de la piscina, ir en yate, en quad, los masajes increíbles, el sexo brutal, la espectacular oferta gastronómica y ser un recuerdo memorable para todos, fueron las consecuencias…

Algo más de un mes después, volvimos a la rutina.

Ástor preparaba el inicio de curso en la UDL y yo seguía en comisaría persiguiendo anormales.

Un viernes quedamos todos a cenar en un nuevo restaurante que habían abierto unos amigos de Ástor y que optaba a una estrella Michelin. Tan solo con los entrantes de cortesía que pusieron sin preguntar, me dejaron muda. Eran pinchos muy elaborados.

—Y tú, ¿por qué no terminas el máster? —me preguntó Saúl—. Ya que lo empezaste y te gustaba, podrías terminarlo…

Ástor me miró intentando descifrar si era lo que deseaba. Habíamos tenido una conversación seria sobre el rumbo de mi carrera ajedrecística después de ganar el torneo abierto de Gibraltar.

—¡Puedes llegar al top diez mundial en pocos años! —gritó Ástor.

—Ya, pero ese nunca ha sido mi sueño… Yo juego para divertirme.

—¿Te das cuenta del don que tienes, Kei? ¡Tu ELO ha subido muchísimo!

—Ya te dije que prefería dedicarme a otras cosas más útiles… El esfuerzo que supone volverse profesional en este deporte no me apetece. Hay que estar constantemente viajando y… cuando gane y llegue a número uno, ¿qué? ¿De qué servirá?

—Pues… tendrás respeto y prestigio, además de mucho dinero…

—Esas cosas no me interesan, As…

—¡¿QUÉ?!

—No me interesa malgastar ese tiempo de mi vida en lograr eso. Siento diez veces más satisfacción cuando hago justicia que cuando gano a uno de los mejores jugadores del mundo. No quiero que el ajedrez sea toda mi vida. Quiero que lo seas tú…

Se quedó con la boca abierta. Como si le pareciera algo

incomprensible, casi imposible, y de repente, sonrío cayendo en la cuenta de algo.

—Joder… ¡Keira!

—¿Qué? —Sonreí confusa, contagiada por la felicidad de su aura.

—Que me prefieras al ajedrez es… inconcebible para mí.

—Claro que te prefiero. ¡Solo es un juego!

—Ya veo los titulares cuando te entrevisten y te pregunten por qué no te dedicas a ello… Nadie lo entenderá… ¡Aman el ajedrez! Y saben que tú también…

—Sí, pero te quiero más a ti. —Le saqué la lengua.

Volvió a sonreír incrédulo.

—A ti, a mis amigos, a mi familia y, sobre todo, a mí.

—Vale… —acabó aceptándolo, y, en el fondo, encantado.

—Puedo jugar alguna partida de vez en cuando… De exhibición.

—Nos lo pasaremos bomba haciéndonos los interesantes. —Sonrió enigmático.

Pero no contamos con que el problema de ser interesante es que no te sacas a la prensa de encima jamás…

—¿Quieres estudiar, Kei? —me preguntó Ástor cuando Saúl me instigó a ello.

Me encogí de hombros.

—El curso estaba bien. Me gustaba…

—Me dijo que le encantaba —se chivó Saúl a Ástor, como fiel escudero.

—¿Te gustaría terminarlo?

—Estaría bien… —Sonreí mirando a Saúl—. Iríamos juntos a clase.

—Un momento… —rumió Ástor, serio—. Esto no será una estrategia para quitármela, ¿no?

Saúl sonrió canalla. Bromeaban sobre eso a la mínima oportunidad que podían.

—Nunca olvidará ese beso, ¿te das cuenta? —me dijo Saúl, cómico.

—Jamás.

—Sueño con él a menudo —confirmó Ástor en broma.

—Bueno, ¡se acabó! —masculló Yasmín, levantándose vehemente.

Fue hacia Ástor, le cogió la cara y le dio un beso en la boca sin

que este pudiera hacer nada por evitarlo.

—Listo. Ahora estáis en paz… —dijo tranquilamente.

—¡¡OYE…!! —protestó Saúl, alucinado—. ¡Que lo mío fue un sutil roce de labios! ¡Eso ha sido mucho más! ¡Me ha parecido ver lengua!

Héctor se desternilló de la cara de Ástor, que me miraba ojiplático y totalmente flipado.

No pude hacer otra cosa que unirme a Héctor. Conocía muy bien el lado salomónico de Yasmín. Pero lo mejor fue que, de repente, Carla se levantó y vomitó.

En un primer instante todos nos quedamos impactados. Yasmín y yo nos levantamos preocupadas, y le tendí una servilleta.

—¿Estás bien? —preguntó Héctor, inquieto.

—Sí… Es que… —balbuceo Carla con una mano sobre el estómago—. Me ha dado mucho asco…

—¿El beso? —preguntó Saúl con inocencia—. No es de extrañar…

Tuvimos que hacer un esfuerzo titánico por contener la risa y aun así fue inútil. Miradas, el ceño fruncido de Ástor, la mano en la boca de Carla de nuevo.

Los camareros vinieron corriendo a limpiarlo… Y no podíamos dejar de sonreír cuanto más se mosqueaba Ástor.

Héctor parecía ajeno a todo al estar pendiente de su chica.

—Voy un momento al aseo —se disculpó Carla, ausentándose.

—Joder… —dijo Héctor—. Es que a Carla nunca le has gustado mucho, As…

Explotamos todos de risa, y Héctor sonrío tunante mientras paladeaba su vino.

—Cabrones… No ha sido por eso… —se quejó Ástor.

—Habrá recordado lo que fue besarte y… —añadió Héctor, serio.

Más risotadas desenfrenadas.

Ástor me miró enfadado al verme disfrutando de lo lindo.

«Deberías decir algo en mi defensa», me apremió mentalmente.

—No ha sido eso —enuncié misteriosa—. Es que está embarazada.

De repente, todos me miraron con los ojos muy abiertos.

Un momento… ¿Cuándo habíamos dejado de estar de cachondeo?

—¡¿Cómo?! —gritó Héctor, pasmado.

—¡Era una broma…! —aclaré asustada.

—Muy buena, cariño. —Ástor puso la mano para que se la

chocase, y lo hice divertida encogiéndome de hombros.

Pero miré a Yasmín y vi que no sonreía. Parecía preocupada.

«Ay Dios…».

Arrugué las cejas, preguntándole con los ojos, y ella apartó la vista.

«Oh, oh…».

Todos se quedaron pensativos dando crédito a mi alternativa. Y cuando Carla volvió del aseo se creó un silencio inusual.

—¿Ya estás bien, cariño? —preguntó Héctor, interesado.

—Sí, sí… Ya está. Lo siento mucho. Ha sido la tapa esta… —señaló el entrante—. Desde que la han traído me ha asqueado el olor…

Nos miramos los unos a los otros relacionando el habitual síntoma.

—Carla… —empezó Héctor, consternado—. ¿Tienes algo que contarme?

—¿Qué…? —preguntó perdida. Y nos miró confusa.

Pero en vez de mirarla a ella y descubrir la mentira en sus gestos, me fijé en Yasmín y lo violenta que parecía. Madre mía…

—¿A qué te refieres? —contestó Carla con ingenuidad.

—Lo saben… —dijo de pronto Yasmín. Y cerré los ojos con fuerza.

—Carla… —pronunció Héctor con el corazón en un puño.

La cara de la aludida mudó al pánico.

—Yo no… ¡No sé cómo ha pasado…! —confesó compungida, y se tapó la cara con las manos.

—¿No lo sabes? —musitó Saúl.

—¡Cállate! —susurró Yasmín.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Héctor.

—Hace tres días… Me parecía raro no haber tenido el periodo y me hice una prueba… No lo entiendo, ¡te lo juro! —dijo preocupada.

—Yo sí… —musitó Héctor, pensativo—. ¿Recuerdas la noche del Red Star en Dubái?

—Cómo olvidarla… —ratificó Ástor con una sonrisa.

—Ese maldito vodka chino me pegó bien. ¡Tiene un cincuenta y seis por ciento de alcohol, por el amor de Dios…! Y cuando llegamos a la habitación… ¿Te acuerdas?

—No. No me acuerdo de mucho… —admitió Carla.

—¿No recuerdas lo de la mesa de billar?

—¡Ostras, sí…! Ay, Dios…

—Sí… Ay, Dios…

Me tapé la boca con el puño de nuevo, para ocultar mi diversión.

—Lo he dicho por decir —hablé risueña—, pero… ¡Felicidades, chicos!

Carla y Héctor se miraron sin saber qué pensar.

—¿Por qué no me lo contaste enseguida? —preguntó Héctor.

—No sabía cómo… Sé que no querías tenerlo ahora y…

Héctor le cogió la mano y se la llevó a la boca.

—Es lo que más deseo del mundo, mi amor…

—¿En serio? —preguntó Carla con los ojos llorosos.

—Sí… No he dejado de pensar en ello. Pero no quería presionarte.

—Yo tampoco a ti…

—¿Tú quieres tenerlo? —preguntó Héctor, sorprendido.

—¡Sí…! Tampoco he dejado de pensar en ello todos estos meses… Ya me había hecho a la idea y… ahora me falta…

—Dios… —se emocionó Héctor.

Hizo ademán de querer besarla, pero no podía. Carla se levantó para sentarse en su regazo y lo abrazó.

—¿Vamos a hacerlo? —preguntó él, impresionado.

—Si tú quieres, sí… —contestó ella con una sonrisa tierna.

—Quiero… Pero con una condición.

—¡¿Hay condiciones?! —exclamó alucinada.

—Sí…, que te cases conmigo…

Yasmín y yo soltamos un gritito. Y la sonrisa de Carla se hizo más ancha todavía.

—Sí, quiero…

—¡¡¡Ahhh!!! —gritamos al unísono mientras se besaban.

—Camarero, traiga una botella del mejor champán que tenga —oí a Ástor.

Lo miré, y cuando nuestros ojos se encontraron advertí una satisfacción en ellos que no había visto nunca. Estaba tan emocionado que no podía respirar. Alargué la mano y él me la acarició con afecto.

Me levanté porque ese contacto me parecía poco y me colgué de su cuello para besarle. Ástor me agarró de la cintura.

—¿Estás contento?

—Mucho… Nada como coronar y que te devuelvan una ficha, ¿no?

—Desde luego…

Juntamos los labios con lentitud y nos miramos a los ojos con una convicción tan profunda del amor que nunca se me ocurrió que podía encontrar…

Él era mi único y verdadero cuento de hadas. Mi jugada maestra…

Y sus ojos eran el único jaque al que no me importaría rendirme.

ástor

Epílogo 2

Ocho meses después

El teléfono sonó en plena noche y supe que era Héctor.

Me dio igual porque no estaba dormido. Desde que Carla salió de cuentas, no había pegado ojo. Tenía pinta de ir a explotar en cualquier momento como un maldito globo de agua. Y no dejaba de pensar que en cuanto pasase me necesitarían.

Me comunicaron que no avisarían a sus padres en primera instancia. La relación con ellos había ido en declive desde que Carla anunció su embarazo; se alegraron de que fuera a haber boda, pero no de que la pospusieran un par de años para que su hijo formara parte activa en ella. Esas moderneces no iban con ellos. Estaba tan hastiado del tradicionalismo barato… ¿Por qué les costaba tanto respetar que la

celebraran como ellos desearan? Sin tolerancia no somos nada.

Por otra parte, mi hermano sería uno de esos padres perfeccionistas que no quieren cometer errores (cosa imposible) y sabía que contaba conmigo para lograrlo.

Lo bueno era que yo ya no hacía nada por culpabilidad, sino por amor puro y duro, y eso me llenaba espiritualmente de una forma muy distinta.

—¡Ya está aquí! —me gritó Héctor nada más contestar el teléfono. Tuve que apartármelo de la oreja al escuchar su euforia.

—Vale… Nos vemos en el hospital.

—¡Date prisa, Ástor! ¡Creo que va a salir disparado a propulsión!

Me froté los ojos y respondí afirmativamente antes de colgar.

—¿Ya viene el bicho? —preguntó Keira, adormilada.

—Sí. Y no llames «bicho» a tu sobrino.

—Su madre lo llama «alien».

—Eso es aún peor…

—No veo por qué. Es un ser no identificado creciendo en su tripa…

—Sí que está identificado… —repliqué, y Keira sonrió ufana al captar mi nerviosismo.

—Te equivocas, cariño… Aún no tiene nombre, dicen que no se ponen de acuerdo. Yo les recomendé que lo llamaran X, así luego podrían tener otro y llamarlo Y. ¡Sería tan genial…!

Levanté una ceja y su cara de lunática me hizo sonreír.

—Recuérdame que no tenga hijos contigo…

—Y si tuvieran tres, ¡podrían llamarlo Z…! —continuó flipada.

—Vístete. Tenemos que irnos. Quiero llegar antes de que Héctor infarte…

Y tal cual. Nada más entrar en el hospital nos encontramos a Héctor histérico.

—¡Le van a hacer una cesárea! —exclamó temeroso.

—Tranquilo… ¿Qué ha pasado? —le pregunté agachándome.

—Nos han dicho que había sufrimiento fetal —explicó agobiado —. La propia Carla bloquea los músculos de su vagina cuando está asustada, y no hemos querido arriesgarnos…

—Seguro que todo sale bien —dijo Keira acariciándole el hombro —. Yo tampoco me habría arriesgado…

La miré extrañado por esa afirmación. ¿Era capaz de ponerse en su piel en esa situación? Algo era algo…

—La presión por ser buena madre empieza en el parto —explicó Keira—. Te machacan con tenerlo de forma natural, con darle el pecho…, y son pautas que no se ajustan a las circunstancias de todas las mujeres, condenándolas a hacerles sentir mal consigo mismas cuando se ven forzadas a elegir otra cosa.

—¡Me la suda lo que digan! —exclamó Héctor, asustado—. ¡Yo solo quiero que todo salga bien!

—Estoy contigo. Al final, es lo único que importa. Todo irá genial…

Por suerte, la agonía no duró mucho y en treinta minutos el bebé estaba fuera y Carla estable.

Nos dejaron acercarnos a una zona contigua para verlo recién llegado al mundo, solo a Héctor, y a mí con la excusa de que empujaba su silla… Una chica salió del quirófano con un bulto envuelto en una sábana y nos quedamos petrificados al apreciar lo poco que ocupaba.

El niño estaba sucio y arrugado, pero se movió indicando que necesitaba ayuda y nos robó el corazón al instante. Mi mano fue hacia mi pecho notando por primera vez un latigazo bueno en vez de malo.

—Dios mío… —musité extasiado.

No quería apartar los ojos de él, pero hice el esfuerzo para mirar a mi hermano y vi lágrimas en sus ojos.

—Es precioso… —le dije—. Y es tuyo…

—Ástor… —murmuró de repente como hacía siempre que me necesitaba.

—¿Qué quieres? —pregunté solícito.

—No… Su nombre… Va a ser Ástor… —le dijo a la enfermera.

El corazón me explotó en mil pedazos y sentí que me ahogaba de amor.

La sanitaria asintió sonriente y se lo llevó con rapidez.

Me había dejado sin palabras. Las lágrimas inundaron mis ojos. Y solo pude agacharme y abrazar a Héctor, emocionado.

—Es lo más increíble que he visto… —le juré—. ¿En serio vas a ponerle mi nombre? ¿Lo has hablado con Carla?

—Sí. Queríamos que fuera una sorpresa para ti. Es mi forma de darte las gracias por cuidar de mí todos estos años…

Lo abracé más fuerte.

—Tú eras mi razón de vivir, Héctor… Si hubieras muerto, no sé lo que habría hecho sin ti.

—Algún día moriré, hermano…, y tú cuidarás de mi hijo como si fuera tuyo, ¿de acuerdo?

Nos miramos a los ojos fijamente y la certeza me atravesó.

—No lo dudes por nada del mundo…

Volvimos a abrazarnos, y me alegré tanto por él que no me cabía la felicidad dentro.

—Y pienso pedir una prueba de paternidad porque es clavadito a ti, joder…

Solté una carcajada y lo llamé idiota…

Tuvimos que esperar casi dos horas a que Carla saliera de la sala de recuperación.

Explicamos a Keira cómo había sido el primer encuentro con el «bicho», pero noté que no era capaz de entenderlo sin vivirlo.

Lo que sí entrevió es que estaba muy emocionado de que le hubieran puesto mi nombre. Y entendió que ese niño supliría de algún modo las querencias de mi reloj biológico. Uno que acababa de activarse de una patada voladora en cuanto vi a ese crío.

Estábamos todos en la habitación achuchando a Carla cuando trajeron al bebé en una cuna de cristal alta y agradablemente accesible.

—Sería conveniente que lo pegara a usted, piel con piel… —aconsejó la matrona.

—Vale —contestó Carla, visiblemente emocionada.

Todo fue muy rápido. La enfermera levantó al bebé adormilado y Carla se deslizó el pijama hospitalario hacia delante mostrado su torso desnudo para que lo apoyara sobre ella.

Me di la vuelta bruscamente ante la imagen.

«¡Joder!».

Verla desnuda me hizo sentir como un maldito intruso. Como si estuviera vulnerando un momento muy íntimo.

—No funciona —oí a Carla, preocupada—. ¡No se me agarra…!

—Dale tiempo, no lo obligues —contestó la mujer—. Puede que

ahora mismo le baste con oír tu corazón y tu voz. Háblale. Igual no tiene hambre, pero cuando la tenga, lo sabrás. Entonces podrás facilitarle el camino.

Miré de reojo y vi a Keira con las dos manos en la boca, alucinada.

—As… —musitó mi hermano en el tono que usaba cuando me necesitaba para algo y me volví sin querer mirar hacia ningún otro sitio que no fuera él.

—¿Me ayudas? Quiero abrazar a mi familia… Y Keira, ¿nos sacas una foto, por favor?

Cuando vi que Carla solo tenía ojos para su hijo y que le importaba un bledo que yo la viera de esa guisa, me sentí idiota. ¡Era lo último que le preocupaba! Era como si de pronto sus pechos hubiesen dejado de ser algo erótico para convertirse en soporte alimentario.

Me envaré al sentir que la ola de su madurez me pasaba por encima. Era la vida misma.

Me acerqué a mi hermano e hice lo que me había pedido. Keira tomó la fotografía desde el otro lado y tomó otra con Héctor dando un beso en la cabeza a su hijo apoyado entre los pechos de su madre.

En ese momento, miré a Keira, conmovido.

En sus ojos había una felicidad desconocida y exultante. Era como si por primera vez lo entendiera todo. Como si esa ola la hubiera alcanzado también a ella en todos los sentidos y se diera cuenta de que las teorías son una cosa y la práctica otra. Como si hubiera descubierto una parte que nadie le había contado y pudiera perdonarse un poco a sí misma por nacer.

Dicen que cuando tienes un hijo tus prioridades cambian. Que tu mundo se simplifica reduciéndose a lo esencial. A un amor incondicional que lo puede todo y te motiva a mejorar como ningún otro. Pero para mí no era algo desconocido. Ese era un tipo de amor, un motor, que siempre había estado en mí, aunque no fuera padre. Y entendí que quizá no necesitara serlo para disfrutar ese papel.

Era 20 de mayo y quedaba solo una semana para finalizar el curso lectivo en la universidad. Carla había estado asistiendo a clase desde que se enteró de su estado a principios de septiembre y tenía pensado realizar sus exámenes en junio para terminar lo que no pudo el año pasado.

Nunca había visto a mi hermano tan feliz. Vivía por y para su hijo de tres kilos, doscientos gramos. Decidieron darle lactancia mixta solo para que él pudiera participar de sus cuidados a cualquier hora. Ella nos dijo que gracias a eso estaba disfrutando mucho de amamantar a su pequeño, sin agobios ni presiones.

Carla se presentó semanas después a las asignaturas que le quedaban y las aprobó todas, y tomó la decisión de que el curso siguiente empezaría otra carrera. En su favor diré que mi sobrino era un bebé modélico que comía y dormía como un bendito.

—Es maravilloso… —opinó mi madre, extasiada, un domingo que fuimos todos a comer a su casa. Incluso Saúl y Yasmín.

El pequeño As estaba feliz rulando de brazo en brazo.

Me encantó ver a Carla riéndose despreocupada con Saúl, teniendo una conversación sin estar mirando hacia su hijo cada dos segundos como una auténtica maniaca. Me quedó claro que no sería el clásico niño sobreprotegido que no quiere salir de las faldas de su madre.

La complicidad entre Saúl, Keira y Carla había aumentado después de haber pasado todo el año comiendo juntos en la universidad. Mi mujer había cambiado su jornada laboral a turno de tarde para poder completar el máster y eso obligó a Yasmín a hacer lo mismo para seguir coincidiendo con ella, y también para tomarse más en serio sus estudios de Criminología.

Todo era un plan ideado al milímetro con vistas a que mi hermano no se mudara a Singapur. Fuimos egoístas, lo sé, pero Saúl acababa de terminar el máster y ya no podía retenerlo con nada. Yasmín pronto cumpliría sus dos años de servicio mínimo y podrían largarse. Pero tenía un último as en la manga…

—Saúl… —lo abordé—. ¿Sabes algo de lo de Singapur?

—Sí, tengo un par de ofertas de trabajo —me comentó, y tragué saliva—, pero no es exactamente lo que estoy buscando…

—Yo te ofrezco un trabajo.

—¿Cuál?

—La vicepresidencia del KUN.

—¿Qué? —Se rio de mí—. ¿Ese puesto existe de verdad?

—No, me lo acabo de inventar. Pero necesito delegar… y desde que tú me ayudas todo ha cambiado a mejor. ¡Tienes mejores ideas

que yo! Y cuando pasen los años, podrás ser el presidente y controlarlo todo…

—Ástor… —musitó asombrado—. Me siento halagado, pero… de verdad creo que no soy digno de ese puesto.

—No empieces…

—¡Lo digo en serio! Todavía no. Puede que algún día lo sea, pero tengo un plan vital que quiero cumplir.

—Y que consiste en abandonarme… —mascullé mirando al suelo como un niño pequeño.

—No, consiste en irme un año y volver con una idea de negocio millonaria en la que te incluiré, si quieres…

—Querré —le aseguré sin dudar—. Desde que disolví la web ando pensando en meterme en algo. Lo que sea.

—Ese algo nos está esperando, Ástor —dijo levantando su copa. Y se la choqué convencido—. Pero para eso tenemos que irnos un tiempo.

—¿Y Yasmín? Había empezado a estudiar…

—Ya lo hemos hablado. Puede terminar a distancia.

—Veo que ya lo tienes todo pensado… —Sonreí orgulloso y apenado a la vez.

—Solo tengo veintitrés años —dijo con humildad—. Necesito tiempo y experiencia para ponerme a tu nivel…

—No digas eso… Ya lo estás de sobra…

—No. Tú tienes varios negocios, tus caballos, a tu mujer… Yo todavía tengo que descubrirme a mí mismo. Pero volveré con algo que aportarte, te lo prometo…

—Ya me aportas mucho, Saúl… —dije conmovido por sus palabras. Si supiera cuánto, no se iría. Pero no podía ser egoísta con él, y dije—: Está bien, vete y demuéstrame de lo que eres capaz.

Su sonrisa me transmitió que había acertado en dejarlo volar sabiendo que tenía un sitio al que volver. Y aunque nunca tuviera hijos, esa sensación nadie podría quitármela.

—Te queda muy bien —comentó mi madre, sibilina, cuando vio a Keira apoyarse el bebé en su regazo—. Parece estar muy a gusto ahí…

—Es que todos los Ástor me adoran —replicó ella con sorna—. Es como una especie de maldición.

Sonreí ante sus palabras y le hice una fotografía mental. Porque se

me estaba cayendo la baba de verla con mi sobrino en brazos.

—Que no os engañe… —añadió Kei—. A esta edad son una cucada, cuando ni hablan ni caminan, pero luego crecen y…

—¿Y qué? —pregunté juguetón.

—¡Pues que se convierte en un infierno! Se ponen enfermos, tienen rabietas, vomitan, no saben limpiarse el culo solos… Todo muy divertido. Nótese la ironía…

—La noto, tranquila. —Sonreí.

—Bien. —Suspiró aliviada—. Porque no puedo paralizar mi vida para dedicarme a esto… —dijo sin convicción.

—Ajá… —respondí escueto.

Me acerqué a ella para quitarle al niño de cuajo y dárselo a mi madre. Sonreí para mis adentros cuando mi mujer se quedó con carita de pena.

Al no tener nada que acariciar, se levantó y vino a por mí. ¡Hurra! Éramos tan felices de estar juntos y vivos que no habíamos vuelto a discutir desde que casi se muere. Lo vimos tan cerca… y estábamos tan agradecidos que ningún motivo nos parecía suficiente. Solíamos estar de acuerdo en todo. En ese sentido, Charly tenía razón, nos parecíamos; para bien o para mal. Solo que el mal había quedado relegado a un tercer plano que no merecía la pena.

Ni siquiera había vuelto a ir al Dark Kiss. Casi nunca pensaba en ello más que para sorprenderme por no necesitarlo. Una vez, Sofía lo llamó el «antro quitapenas», y puede que estuviera en lo cierto porque sentía que ya no había rastro de ella en mi interior.

Pasaron casi dos años hasta que la oportunidad se presentó… Esa que solo pasa una vez en la vida. Y me lancé a cogerla.

Keira y yo veníamos de una época preciosa y tranquila, llena de amor, viajes y sueños que despegan…, pero el mío esperaba agazapado entre las sombras para hacerse realidad.

La boda de Héctor y Carla se celebró el verano en el que el pequeño As cumplía los terribles dos años. Era el encargado de llevar los anillos y de hacer que todo el mundo se derritiera con su traje de tres piezas hecho a medida.

Keira babeaba más que nadie…

Siempre andaba persiguiéndolo por todas partes, amenazando con comerle el culo mientras el niño huía de ella muerto de risa.

Cuando por fin lo cazaba, lo elevaba en el aire y lo mordía donde podía, ignorando sus gritos de auxilio. Me sorprendió descubrir que era más niñera que ninguno de nosotros. Y creo que a ella también. Me encantaba vacilarla con eso.

—Ese niño tiene padres, ¿sabes?

—Me gusta jugar con él… —Se encogió de hombros—. Está aburrido. Me han dicho que lo vigilara hasta que todo comience, y eso hago. Este ratito no es como cargar con un hijo las veinticuatro horas, Ástor…

Sus excusas eran cada vez peores. En realidad, pasábamos mucho tiempo con mi sobrino. A veces hasta nos lo dejaban a dormir en casa.

La envolví entre mis brazos para continuar vacilándola, pero el pequeño se colocó a mi lado y tiró de mi pantalón extendiendo sus bracitos para que dejara de abrazar a Keira y lo cogiera a él.

Lo subí hasta mi pecho, y su cara de satisfacción al verse a tanta altura del suelo me borró el Dark Kiss de la cabeza de golpe y para siempre.

As quiso atrapar a Keira también sin soltarme el cuello, y nos juntó a los tres en un abrazo conjunto.

—Este crío pretende matarnos de amor —masculló Keira, molesta.

Solté una risita socarrona.

—Agua —pronunció el peque con su singular voz de pito.

—Toma, campeón… —Keira rebuscó en su maxibolso.

—¿Llevas agua para él ahí? —pregunté ufano.

—Sí, bueno… Tiene sed a todas horas y…, ya sabes, es verano.

—Ajá…

—¡Deja de soltar «Ajás»! ¡Esto no significa nada!

—Claro que no… —dije tranquilamente—. La gente lleva agua encima para niños que no son suyos a todas horas…

—Carla me pidió que cuidara de él. —Keira entrecerró los ojos en una fina línea.

—Tiene abuelos —rematé.

—Y un tío muy tocapelotas… —Se cruzó de brazos—. ¿Este es tu plan, Ástor? ¿Meterte conmigo hasta que confiese que no me importaría tener uno? Pues espera sentado…

Me reí al percibir la ofensa que solo saca a flote la flagrante verdad.

—Te equivocas, Kei, no tengo ningún plan, ya me he hecho a la idea… Además, ya no podemos tener un hijo…

Me miró extrañada. Y picada.

—¿Por qué no? —preguntó cayendo en mi trampa.

—Porque ya hay un Ástor en la familia. ¿Cómo lo llamaríamos? Ningún nombre puede competir con ese, ¿no crees?

Y de repente, lo vi. Vi en sus ojos cómo cruzaba un nombre por su cabeza. El único posible… Una ficha que su contrincante le había arrebatado y que siempre había querido recuperar.

En ese momento, los organizadores de la boda nos interrumpieron metiéndonos prisa a fin de que todo el mundo ocupara el lugar que debía para empezar la ceremonia civil.

Obedecimos rápido; un *wedding planner* puede ponerse muy agresivo si se le lleva la contraria.

Mi sobrino se fue con su abuela hacia el fondo del patio de sillas para esperar junto a Héctor a que empezara la música.

No sé si fue la melodía del *Canon* de Pachelbel, una de las piezas más bellas compuestas por el hombre, o la adorable sonrisa que le echó el pequeño a Keira cuando pasó por nuestro lado, pero sentí que mi mujer se emocionaba inevitablemente.

Me arrimé a su espalda y sentencié en su oreja:

—Yo lo llamaría Ulises… ¿Y tú?

Se volvió hacia mí, sorprendida, y me miró sobrepasada y con los ojos humedecidos.

Tres segundos después, parpadeó, haciendo que las lágrimas cayeran por sus mejillas, y se las sequé con mis dedos.

La abracé con fuerza en silencio, y esperé con paciencia la respuesta cuando le repetí la pregunta:

—¿Y tú?

Creo que Keira sabía lo que le estaba preguntando. Lo que estaba en juego…

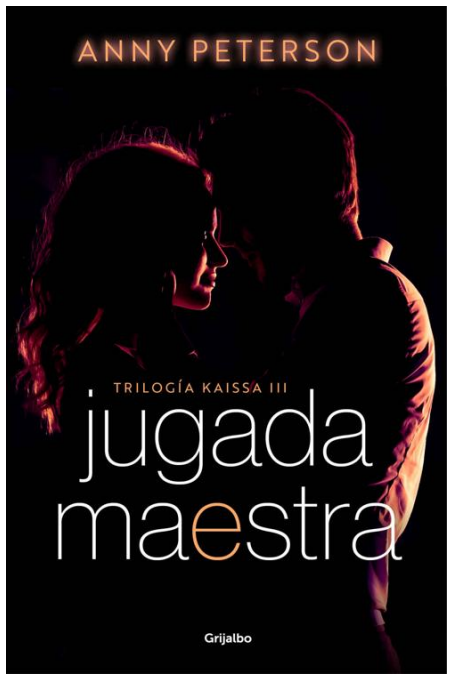
—Yo también… —asintió llorosa.

Cerré los ojos y una gota de felicidad se deslizó por mi cara.

En ese instante tuve la certeza de que recuperaríamos esa pieza que faltaba entre los dos… Y entendí que el amor es como el ajedrez:

te pasas la partida preocupado por perder a tu reina cuando es ella la que en todo momento hace lo imposible por salvarte a ti. Por algo es la pieza más poderosa de todas.

Amor, lujo y traiciones se entremezclan en el desenlace de la trilogía más ardiente de Anny Peterson, la autora que entusiasma a las lectoras de romántica.



Una inesperada muerte provoca que la inspectora Keira Ibáñez y el seductor Ástor de Lerma se vean envueltos en la investigación más arriesgada y personal de sus vidas.

Esta vez lo difícil no será averiguar quién es el culpable, sino demostrarlo. Sin embargo, ese no será el único desafío que deberán superar, porque cada movimiento que dan en este peligroso juego destapa viejos secretos y nuevas mentiras para las que ninguno de los dos está preparado.

Cuando todas las sospechas apunten hacia el corazón del duque, solo una jugada maestra podrá salvarlos de un jaque mate que amenaza su futuro y su amor.

Anny Peterson (Zaragoza, 1983), conocida en las redes sociales como Lady Fuxia, es licenciada en Arquitectura superior por la Universidad del País Vasco en San Sebastián y tiene un máster en Marketing online, Publicidad y Diseño por la NETT Digital School.

Amante del cine y lectora acérrima, debutó como escritora de novela romántica en 2017 y desde entonces su carrera ha sido un éxito. Durante su infancia ya se divertía escribiendo y siempre tuvo el sueño de publicar un libro. Lo que no esperaba es que miles de lectoras se volcaran con sus historias y le permitieran dedicarse a la escritura a tiempo completo.

Penguin Random House Grupo Editorial
Primera edición: junio de 2023
© 2023, Anny Peterson
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Shutterstock, por las ilustraciones del interior Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imagen de portada: Getty Images
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-253-6381-8
Compuesto en leerendigital.com Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Jugada maestra

Prólogo
1. A por él
2. Furia paterna
3. La caja de Pandora
4. La cita
5. Comprometidos
6. Los margaritas
7. Esa tal Yasmín
8. Ya no quedan valientes
9. La recompensa
10. Cosas de casa
11. Cartas de amor
12. Solo un abrazo
13. Gracias
14. Contigo no
15. Contigo sí
16. Hablar de nada
17. Hablar de algo
18. Toda la verdad
19. La carta
20. Estás viva
21. Sentido y culpabilidad
22. La otra verdad
23. Colorín colorado
24. Desahógate
25. De tal palo
26. Situación límite
27. Di adiós
28. No soy tu amigo
29 Méritos propios
30. Te doy mi palabra
31. Juntos
Epílogo 1
Epílogo 2

Sobre este libro
Sobre Anny Peterson
Créditos